



se

**LOUIS-FERDINAND  
CÉLINE**  
Guignol's  
Band

Lectulandia

Cuando, tras el armisticio, Céline dio a la imprenta su tercera novela, *Guignols Band* (1944), solo había terminado la primera parte de un proyecto que veinte años más tarde, y muerto ya su autor, se vería completado con la publicación de la segunda parte, titulada *El puente de Londres* (1964). En este volumen el lector encontrará las dos partes de lo que siempre fue una sola obra, fracturada por el encarcelamiento de Céline. La influencia en su escritura de los panfletos que causaron su exilio se acusa en el estilo de esta novela que transcurre en Londres, entre 1915 y 1916. El protagonista, el pseudoautobiográfico Ferdinand, se mueve a través del grotesco inframundo londinense. En este angustioso escenario, plagado de proxenetas, prostitutas, prestamistas y adivinos, policías y pirómanos, la ilusión de vivir se halla desnuda ante la disolución social y psicológica de aquellos que ya no albergan ninguna esperanza.

**Lectulandia**

Louis-Ferdinand Céline

# **Guignol's Band**

ePub r1.0

Titivillus 14.10.16

Título original: *Guignol's Band*  
Louis-Ferdinand Céline, 1964  
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

## UN CARNAVAL NARRATIVO

Cuando en 1944 se publica la primera entrega de *Guignol's band*, su autor, Louis-Ferdinand Céline, ya era mucho más que el alabado y celebrado escritor de dos novelas que habían transformado el territorio narrativo en lengua francesa: *Viaje al fin de la noche* y *Muerte a crédito*. Era ya una leyenda y un caso. La leyenda de un escritor que aunaba la lucidez, la verdad y la locura de un niño o de un borracho con el talento de un Rabelais del siglo xx, y mostraba una imaginación creativa que recordaba el estilo vitalista y la fuerza argumental de un François Villon decidido a renovar la vieja canción medieval del ahorcado, para entonar un nuevo réquiem por la humanidad en medio de una Europa desgarrada y desorientada entre las dos guerras mundiales. Y el caso Céline: su declarado antisemitismo, su aplauso y colaboración con las fuerzas de ocupación de la Alemania nazi. Un año después de la publicación de *Muerte a crédito*, el escritor había dado a la imprenta su *Bagatelles pour un massacre*, libro en el que se pedía la aniquilación de los judíos. En 1938 aparece otra publicación de carácter antisemita, *L'École des cadavres*, y en 1941, *Les beaux draps*, donde se achaca la derrota de Francia a la influencia judía. En 1943, en plena ocupación y cuando las deportaciones ya son un hecho reconocido, vuelve a editar *Bagatelles pour un massacre* con fotografías de claro contenido antisemita. La Resistencia lo condena a muerte. En 1944, cuando la contraofensiva soviética y el desembarco en Normandía tuercen el sentido de la contienda, Céline se siente en peligro y se refugia, primero en territorio alemán, y después en Dinamarca, desde donde asiste al derrumbe y hundimiento del Reich. Allí será juzgado por sus actividades colaboracionistas y donde sufrirá en prisión hasta que, en 1952, una amnistía le permite regresar a Francia para llevar una vida discreta hasta su fallecimiento en 1961.

Será en marzo de 1944, justamente antes de su «huida» hacia tierras alemanas cuando aparezca *Guignol's band*, editada por Bernard Denoël. En el prefacio se recoge un aviso del autor en el que señala que la edición corresponde tan sólo a una primera entrega parcial de lo que se anuncia como una obra más amplia:

Lectores amigos, menos amigos, enemigos, ¡Críticos! aquí me tenéis, ¡otra vez cuentos con este Guignol's, libro I! ¡No os apresuréis a juzgarme! ¡Esperad un poquito a la continuación! ¡el libro II! ¡el libro III! ¡todo se aclara! se desarrolla, ¡se arregla! ¡Os faltan así las tres cuartas partes! ¿Es ésta forma de comportarse? Ha habido que imprimir rápido, por las circunstancias, tan graves, ¡que no se sabe quién vive ni quién muere!

Antes de abandonar París, Céline entrega a su secretaria, Marie Canavaggia, una primera versión mecanografiada de esa segunda parte, mientras él viaja hacia Dinamarca con otra copia. En 1947 el autor escribe que ya ha terminado *Guignol's band II* pero que hay que revisarlo. Mas, de nuevo en Francia, parece haber perdido interés por su edición. Al morir Céline, Marie Canavaggia devuelve a su viuda la primera versión. Lucette Destouches confía a Robert Poulet la revisión y edición de esta segunda parte, que aparece editada en 1964 con el título de *El puente de Londres, Guignol's band II* como subtítulo. La edición de Poulet, que al parecer trabajó sobre la versión de Marie Canavaggia y la del propio Céline, ha sido muy cuestionada por los estudiosos de la obra celiniana. La versión «canónica» corresponde a la editada en la Pléiade, y es la utilizada en esta edición.

*Guignol's band*, de modo semejante a lo que sucede con *Viaje al fin de la noche* o *Muerte a crédito*, se construye en clave de apariencia autobiográfica. Hacia comienzos de 1915, el aún joven Louis-Ferdinand Destouches, herido en acción de guerra en las trincheras del frente flamenco, es destinado, después de su recuperación y en tanto se tramita su expediente como mutilado de guerra, al consulado francés en Londres para integrarse en el servicio de pasaportes. Allí residirá entre 1915 y 1916, período que coincide casi con exactitud con el espacio temporal que ocupa la acción narrativa de *Guignol's*. Se sabe también que durante su estancia londinense el futuro escritor entró en contacto directo con «los bajos fondos»: los territorios del lumpen y las turbias tabernas, y la inquietante fauna humana del Soho. Es por entonces cuando el futuro doctor Destouches conoce y contrae matrimonio con Suzanne Nebout (en cuyo reflejo parece construirse el personaje de Virginia), si bien la convivencia entre ambos será de escasa duración, y, al abandonar Londres camino de Camerún en junio de 1916, la ruptura ya se ha producido. La utilización en la novela de materiales autobiográficos, aun cuando no deja de tener un interés desde el punto de vista de la relación entre vida y literatura, es, en el caso de *Guignol's band* —y en otras obras de Céline—, un elemento de magra relevancia para entender el sentido y la intención de su narrativa. Como ya sucedía en *Viaje al fin de la noche* o en *Muerte a crédito*, el relato celiniano no está encaminado a dar cuenta de los avatares de una vida personal o al cumplimiento en el tiempo de un carácter o un temperamento, sino a levantar un mapa dislocado y carnavalesco de la existencia humana. Que Ferdinand sea el protagonista y narrador de estas novelas y que sea evidente que su peripecia biográfica se mueva en paralelo a la del escritor, no permite sacar conclusiones de juicio o de valor algunos sobre la calidad y el significado literario de sus obras.

Si *Viaje al fin de la noche* puede ser calificada como novela de la guerra, de los desastres de la guerra, de la guerra vivida y vista desde el frente, *Guignol's band* diríase que tiene vocación de novelar «la retaguardia», la espalda de ese frente de horror y sangre. Siguiendo una estructura de arranque narrativo ya presente en *Muerte a crédito*, caracterizada por una obertura argumentalmente colateral para entrar en materia a partir de un gran *flashback* o cadena de recuerdos, *Guignol's band*

se inicia con una espectacular escena de bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial en la que el caos y el horror, la histeria del terror y el impulso más salvaje del instinto de supervivencia ponen en evidencia la débil estructura sobre la que se asienta la condición humana. En cierto modo, y hasta donde se puede hablar de un sentido final en la obra de Céline, será la narración o el desvelamiento y recuento de esa debilidad moral y biológica siempre presente en el bullir de hombres y mujeres, y que al aflorar convierte en farsa cualquier intento o pretensión de ennoblecer la existencia, lo que estructura y dé coherencia al «mensaje» vital de su literatura. De guerra en guerra, de novela en novela, ésa es la historia que una y otra vez el autor nos pone delante en clave de parodia, de retablo de marionetas, de piezas de guiñol: representación teatral por medio de títeres movidos con las manos. La narrativa de Céline no se construye con las claves de la estética del naturalismo de Zola ni con los mimbres psicológicos de Proust o Gide. Es en la estética del carnaval, del disfraz, de la provocación, del ritual de un tiempo sin pudor ni prohibiciones donde hay que buscar su modo de encarar y representar el mundo y el absurdo doloroso y dañino de la vida.

En la novela, y en correlación con las dos partes que cada momento de la edición señalan —*Guignol's band I, El puente de Londres. Guignol's band II*—, pueden delimitarse dos espacios narrativos que no vienen determinados tanto por el desplazamiento espacial que tiene lugar durante el viaje londinense que la acción narrativa supone, como por el foco de atención que en cada una de esas partes supone la presencia relevante de un personaje que sirve, desde un punto de vista de la construcción narrativa, como cauce y contexto para la expresión del personaje narrador. En la primera parte ese personaje sería Borokrom, un lumpen con perfiles de anarquista que es perseguido por la ley, representada en clave de parodia o caricatura por el sargento Matthew. Borokrom forma parte del paisaje humano que la novela toma como protagonista: los barrios bajos, el mundo de los rufianes, la prostitución. Un mundo y un paisaje que la guerra apenas ha alterado y que se representa con tonos de novela picaresca. Alrededor de los muelles del Támesis la vida sigue, los barcos atracan, los trabajadores cargan y descargan, los niños juegan. La miseria se entreteje con la brutalidad y el vicio. El único desorden que la guerra ha provocado es el revuelo de las prostitutas, la necesidad de reorganizar el sistema de chulos y protectores. Peleas, chistes groseros, borracheras siguen ocupando el paisaje. Cuando la policía acecha, el anarquista tira una bomba. Ya no se trata de cambiar el mundo, ni de denunciarlo ni de llevar a cabo matanzas y atentados. Ya sólo queda el sálvese quien pueda. De aquel mundo que Conrad describiera en *El agente secreto*, y que en ocasiones esta novela parece evocar, se pasa ahora a un escalón más abajo: la única conspiración posible es llegar vivo y libre a un mañana. Aprovechar los disfrutes del presente y procurar que nadie interfiera o moleste. Ése parece ser el único horizonte posible de esa caterva de Lázaros, lazarillos, rufianes y Celestinas que pueblan las orillas portuarias del Támesis.

La segunda parte de la novela, sin perder su aire de lumpen y carnaval, encuentra su eje narrativo en la figura de Virginia. Entre una y otra parte, Ferdinand tropieza con un personaje de perfil extravagante, Sosthène de Rodiencourt, amante de las filosofías orientales, sabio a su manera, adorador de flores mágicas e imposibles y que sueña con irse al Tíbet en busca de un paraíso perdido. Ambos se ofrecen para trabajar como colaboradores de un coronel inventor que prepara nuevos modelos de máscaras de gas para la intendencia militar. Virginia es la nieta «angelical» del inventor, que desde el encanto y la desvergüenza de sus trece años, despierta los sentimientos (altos y bajos) de Ferdinand:

La pequeña estaba allí, junto al piano, mi querida adorable, más mona aún que la víspera... ¡ah! ¡qué hermosa estaba! ¡qué amor! yo ya no pensaba en nada... ya no oía el alboroto... sólo la veía a ella... sólo oía sus bonitas palabras... [...] Le vi el trasero en sus braguitas... tenso, culebreante... Se reía, se reía... ¡qué le iba a hacer! ¡la adoraba!... su risa tañía... ¡qué cruel era!... ¡La amaba, de todos modos, y diez veces más!... le vi los muslos, rodé por el suelo... ¡le vi el trasero!... [...] Le besé los zapatitos... las puntas... y después los calcetines... y después la pierna, la carne tensa ahí, tan rosa y morena...

En Virginia y en el sistema de relaciones, afectos, pasiones, celos, deseos que se establece entre ella, Ferdinand y el resto de los personajes, cabe resumir toda la gama de los tratamientos morales o inmorales con que Céline retrata y da cuenta del existir. Especie de *Lolita avant la lettre* pero también personaje turbio y misterioso que tiene ecos de Poe o Baudelaire: la mujerniña como tentación imposible de desatender. Apenas queda en ese personaje el rastro de la condición femenina como ocasión de cambio o purificación vital. Una vez que Virginia anuncia su embarazo, Ferdinand adopta una actitud de caballero que defiende a la doncella acorralada; pero ni el caballero es tal ni la doncella quiere ser salvada. No será Virginia símbolo o nostalgia de inocencia deseada o perdida. En el mundo de Céline la inocencia ni siquiera existe como valor positivo. Virginia se mueve por los mismos deseos que agitan a la prostituta que la seduce o al rufián que la calibra físicamente. Su horizonte es el placer y el deseo de seguridad. Su aparente inocencia no deja de ser una forma de codicia. El viaje de huida es imposible. En la larga escena final toda la canalla se reencuentra como en una larga y disparatada última cena, última orgía, donde lady Macbeth departe y se excita con el viejo y rijoso Falstaff en un escenario de tragicomedia en el que la bombas alemanas refuerzan la sensación de caos, de inutilidad, de absurdo, de manicomio y locura.

Novela sin argumento claro o cerrado, *Guignol's band* resume de manera magistral «el modo narrativo» de Céline: la acumulación aparentemente desarticulada de episodios que se suceden y entrelazan sin orden ni concierto; el disloque de



diálogos que delimitan espacios sin que la descripción acabe de hacerlos visibles; el cruce sin aviso de las fronteras entre el sueño, el delirio o la realidad, el apunte lírico —los barcos, los muelles, los niños jugando en las calles ajenos al trajín egoísta de los adultos—, el sexo «en carne viva» como único espacio posible para la sinceridad y el afecto. Una manera de narrar irrepetible, pero cuyos ecos pueden rastrearse en gran parte de la mejor literatura del siglo xx: en el descarnado estilo de autores como Günter Grass, Henry Miller o William Burroughs; en el ritmo quebrado del Cela de *San Camilo 36*, en la osadía moral de Genet, en la liviandad agria de Raymond Queneau, en la escatalogía de Arrabal o en el aire de provocación de Michel Houellebecq.

A estas alturas de la historia y aún sin dejar de cuestionarnos los espacios de sombra que las posturas antisemitas e intolerantes de Céline siguen provocando, el autor de *Muerte a crédito* se nos presenta como un violento destructor de las convenciones más conservadoras de la literatura de nuestro tiempo. Su violencia sintáctica, el agudo filo de su escritura, el desasosegante golpeo de su fraseo, la desenvoltura de su mirada y la directa crudeza moral de su pulso narrativo, hacen de su obra un espejo donde las nuevas generaciones de escritores se siguen asomando con admiración. Su lenguaje sigue viviéndose como un lenguaje nuevo, vivo, verdadero. Los lectores siguen viendo en él al creador de una literatura sin florituras ni paños calientes, antiacadémica e indomable. Como señalaba Juan García Hortelano: «La agresividad, componente indispensable de la obra maestra, alcanza en Céline al universo entero y verdadero, [...] es el primer escapista que, refractario a la mentira, no huye. Tampoco se apiada [...] Destruye el mundo, minuciosamente [...] Céline es un lenguaje nuevo. Del francés hablado, mal hablado, destiló un sistema de ruptura de la lengua, en el que reside toda su gloria. Creó una lengua significativa y hermosísima en su anárquica expresividad, en su grafía desquiciada, en sus signos de puntuación arrebatadoramente pictóricos. A veces usa las mayúsculas con un hálito de ansiedad intraducible, o como arroyuelos de hiel los puntos suspensivos. Naturalmente hubo de inventarse algunas palabras más, y más formas sintácticas de las contenidas en el argot, cuando necesitó transmitir los niveles de una estremecida realidad para la que resultaban inútiles el orden y decoro de la literatura filatélica».

Trasladar la potencia, la agudeza y la inteligencia de la escritura de Céline al castellano tiene algo de tarea heroica, si no imposible. Sin duda parte de la «música» se ha perdido en el camino pero el trabajo que el traductor, Carlos Manzano, ha llevado a cabo en esta versión permite asomarse al oído y al sabor de una prosa que ciertamente convulsionó la lengua y la literatura francesas. No sin razón su trabajo recibió en 1998 el prestigioso Premio de Traducción Ángel Crespo. No sería justo finalizar este prólogo sin agradecer su esfuerzo, oficio y mérito.

CONSTANTINO BÉRTOLO

¡Lectores amigos, menos amigos, enemigos, Críticos! aquí me tenéis, ¡otra vez cuentos con este Guignol's, libro I<sup>[1]</sup>! ¡No os apresuréis a juzgarme! ¡Esperad un poquito a la continuación! ¡el libro II! ¡el libro III! ¡todo se aclara! se desarrolla, ¡se arregla! ¡Os faltan así las tres cuartas partes! ¿Es ésta forma de comportarse? Ha habido que imprimir rápido, por las circunstancias, tan graves, ¡que no se sabe quién vive ni quién muere! ¿Denoël? ¿vosotros? ¿yo?... ¡Mi intención era de 1200 páginas! Conque, ¡daos cuenta!

«¡Oh! ¡hace bien en avisarnos! ¡nunca llegaremos a comprar esa continuación! ¡Qué ladrón! ¡Qué fracaso de libro! ¡Qué pesado! ¡Qué payaso! ¡Qué grosero! ¡Qué traidor! ¡Qué judío!»

Todo.

Ya sé, ya sé, estoy acostumbrado... ¡es mi música!

Jodo la marrana a todo el mundo.

¿Y si dentro de doscientos años lo aprendieran en el bachillerato y los chinos? ¿Qué diréis?

«¡Oh! pero bueno, ¡hay que ver! ¡qué discutón! ¡Y los puntos suspensivos! ¡ah! ¡sus puntos suspensivos! ¡por todo el libro! ¡ah! ¡qué escándalo! ¡Nos mutila la lengua francesa! ¡Es una infamia! ¡A la cárcel! ¡Devuélvanos el parné! ¡Guarro! ¡Desbarata todos nuestros complementos! ¡Sinvergüenza! ¡Ah! ¡esto no puede ser!»

¡Sesión horrible!

«¡Ilegible! ¡Sátiro! ¡Viva la Virgen! ¡Estafador!»

De momento.

Entonces va y se presenta Denoël, ¡fuera de sí!...

«Pero, oiga, ¡ya es que no entiendo nada! ¡ah! pero ¡es terrible! ¡no es posible! ¡No veo otra cosa que peleas en su libro! ¡vamos derechos al desastre<sup>[2]</sup>! ¡Ni siquiera es un libro! ¡Ni pies ni cabeza!»

Si le enseñara yo El rey Lear, no vería sino matanzas en él.

¿Qué ve él en la vida?

Y después se calma la cosa... ¡todo el mundo se habitúa a ello!... ¡y todo se arregla!... ¡Hasta la próxima!

Todas las veces, la misma historia. Vociferan y después se calman. Nunca les gusta lo que se les presenta. ¡Les ofende!... ¡Oh, huy! ¡huy, huy, huy!... ¡o es demasiado largo!... ¡les aburre!... ¡siempre hay algo!... ¡Nunca es eso! y después, ¡de repente se pirran por él!... ¡Vete a saber! ¡Cómete el coco bien! ¡son puros caprichos! Yo cuento con un año lo menos para que madure... que cada cual haya metido baza bien alto, soltado su bilis, propagado bien su pobre gilipollez, vomitado... Después el silencio... y cien y doscientos mil lo compran... a la chita callando... veinte mil lo adulan, se lo aprenden de memoria... ¡el Panteón!

Todas las veces el mismo guión.

Muerte a crédito tuvo por acogida, recuérdese, un fuego de barrera como pocas veces se había visto, ¡por la intensidad, la mala leche y la hiel! Toda la caterva,

hasta el último confín, de la Crítica, pero que en pleno, meapilas, masones, judiatas, andobas y chorbas, gafotas, cuchicheones, atletas, lameculos, toda la Legión, toda ahí, en pie, ¡huraña y soltando gilipolleces y espumarajos!

¡El toque de acoso!

Y después se calmaron y, ya veis, ahora Muerte a crédito está más apreciado que el Viaje. ¡Se nos jala incluso todo nuestro papel<sup>[3]</sup>! ¡Escandaliza!

Así son las cosas...

«¡Ah! pero ¡no hay que olvidar los “joder”! ¡Groserías! ¡Eso es lo que atrae a su clientela!»

«¡Ah! ¡ya os veo venir! ¡Eso es fácil de decir! Pero ¡hay que colocarlas! ¡Probad, probad! ¡No habla caliente todo el que quiere! ¡Sería demasiado cómodo!»

Os pongo un poquito al corriente, os hago pasar por entre bastidores para que no os imaginéis cosas... al principio yo también imaginaba... ahora, ya no... la experiencia.

Resulta gracioso incluso, parlotean, se acaloran ahí, alrededor... Discuten sobre que si los puntos suspensivos o que si no... que si es quedarse con el mundo... más luego que si esto y que si lo otro... ¡el tono que se da!... la afectación... etc., ¡y patatín!... ¡y las comas!... pero ¡nadie me pregunta a mí lo que pienso!... y hacen comparaciones... Yo no soy envidioso, ¡os ruego que me creáis!... ¡Ah! pues, ¡no me la trae floja ni nada! Mejor para los otros, ¡los otros libros!... pero yo, verdad, no puedo leerlos... Me parecen proyectos, no escritos, muertos al nacer, ni hechos ni por hacer, la vida es lo que les falta... no es gran cosa... o bien han vivido en plena prosopopeya, repelentes de tan negros, de tanto recargar las tintas, muertos frasíbulos, muertos retóricos. ¡Ah! ¡qué triste! Allá cada cual con su gusto.

¡Al diablo el inválido!, os diréis... Os pasaré mi invalidez, ¡no podréis volver a leer una sola frase! Y, hablando de secretos, voy a contaros otro más... abominable, vamos, ¡horrible!... verdadera, absolutamente funesto... ¡que prefiero compartir en seguida!... y que me ha desvirtuado la vida...

Tengo que confesaros que mi abuelo, Auguste Destouches se llamaba, practicaba la retórica, era incluso profesor de eso en el instituto de El Havre, y brillante, hacia 1855<sup>[4]</sup>.

¡Con eso os hacéis idea de lo que desconfío yo, atroz! ¡Lo innata que tengo la inclinación!

Poseo todos sus escritos de abuelo, sus legajos, sus borradores, ¡cajones enteros! ¡Ah! ¡temibles! Componía los discursos del Prefecto, ¡en un estilo, os lo aseguro, fenomenal! ¡Menudo si tenía seguridad con el adjetivo! ¡si la bordaba, la florecilla! ¡Nunca un desliz! ¡Espuma y pámpano! ¡Hijo de los Gracos! ¡la Sentencia y todo! ¡En verso igual que en prosa! Se llevaba todas las medallas de la Academia Francesa.

Los conservo con emoción.

¡Es mi antepasado! ¡Menudo si me conozco yo un poquito la lengua! ¡y no es

*cosa de ayer, como tantos y tantos! ¡Me apresuro a decirlo! ¡con sus finuras!*

*Me dejé todos mis «efectos», mis «lítotes» y mis «pertinencias» en los pañales...*

*¡Ah! ¡no quiero saber nada de ellos! ¡me matarían! Mi abuelo Auguste está de acuerdo. Me lo dice desde allá arriba, me lo insufla, desde el cielo...*

*«Niño, ¡sin prosopopeya!...»*

*Sabe lo que hace falta para que carbure. ¡Yo hago que carbure!*

*¡Ah! ¡soy intransigente feroz! ¡Si volviera a caer en los «períodos»!... ¡Puntos suspensivos!... ¡diez! ¡doce puntos! ¡socorro! ¡Nada más, si fuera necesario! ¡Ya veis cómo soy!*

*El jazz acabó con el vals. El impresionismo mató la «luz falsa», ¡o se escribe «telegráfico» o no se escribe ya!*

*¡La emoción lo es todo en la vida!*

*¡Hay que saber aprovecharla!*

*¡La emoción lo es todo en la vida!*

*Cuando te has muerto, ¡se acabó!*

*¡A ver si lo entendéis! ¡Emocionaos! «¡No son sino peleas todos los capítulos!»  
¡Qué objeción! ¡Qué mentecatez! ¡Ah! ¡Cuidado! ¡La chorrada! ¡Presa del ataque!  
¡Vuelan parloteos! ¡Emocionad, hostias! ¡Taratatá! ¡Saltad! ¡Vibrolead! ¡Estallad en  
vuestros caparazones! ¡Hurgaos, chorbos! ¡Destripad! ¡Encontrad el pálpito, hostia  
puta! ¡Eso es la fiesta! ¡Por fin! ¡Algo! ¡Despertar! ¡Hale, venga! ¡Robots del  
muermo! ¡Joder! ¡La transposición o la muerte<sup>[5]</sup>!*

*¡Más no puedo deciros!*

*¡Besad a la que os guste más! ¡Si aún hay tiempo! ¡A vuestra salud! ¡Si vivís! ¡Lo  
demás vendrá solito! ¡Felicidad, salud, gracia y calaveradas! ¡No os ocupéis tanto  
de mí! ¡poned en marcha vuestro corazoncito!*

*¡Será lo que pongáis! ¡la tormenta o la flauta! ¡como en el Infierno, como donde  
los Ángeles!*

## GUIGNOL'S BAND I

¡*Braúm!* ¡*Vraúm!*... ¡El desplome total!... ¡Toda la calle se derrumbó al borde del agua!... Orleáns se venía abajo, ¡un estropicio en el *Grand Café!*... ¡Un velador bogó y surcó el aire!... ¡Ave de mármol!... giró, ¡reventó la ventana de enfrente en mil pedazos!... Todo un mobiliario cayó, cruzó las cristaleras, ¡se desparramó como lluvia de fuego!... El altivo puente, doce arcos, titubeó, ¡se desmoronó sobre el fuego de un golpe! ¡El barro del río lo salpicó todo!... revolvió, empapó al tropel, que aullaba, se asfixiaba, ¡se desbordaba por el pretil!... Mal asunto...

Nuestro pabú la iba a palmar, temblequeaba, se torció a la izquierda, entre tres camiones, se desvió, resolló, ¡murió! ¡Con el motor extenuado! Desde Colombes nos venía avisando, ¡que no podía más! cien achaques asmáticos... Había nacido para recaditos... ¡no para la caza de montería infernal!... Todo el gentío las piaba detrás, que si no avanzábamos... ¡que si éramos una calamidad muy chungu!... ¡No iban descaminados!... Los doscientos dieciocho mil camiones, tanques y carros de mano apiñados, fundidos en el espanto, a caballo unos sobre otros, a ver quién pasaba primero, de coronilla, el puente ruinoso, se enredaron, se despanzurraron, se aplastaron, a cuál más bestia... Sólo una bicicleta se escapó y sin manillar...

¡Huy, qué mal!... ¡El mundo se desmoronaba!...

«¡Avanzad de una puta vez, capullos patosos! ¡Idos ya a la mierda, paletos inútiles!»

¡No era la última palabra! ¡La última acción! ¡Quedaba aún por hacer!... ¡Piruetas!

¡El comandante de ingenieros preparaba el golpe! ¡Otro trallazo! ¡Metió la mecha en la punta!... ¡Un demonio!... Pero de pronto le estalló el chisme, ¡y se le consumió chisporroteando entre los dedos!... todo el tropel se abalanzó, lo embistió, lo quitó de en medio, se lo llevó entre coletazos furiosos... La columna arrancó, todos los motores estallaron, ¡detonaron en un estrépito insoportable!... ¡Alaridos y blasfemias aterradores!...

¡Todo! ¡los cuerpos! ¡los trastos! ¡los tanques! ¡se precipitó entre los cañones-oruga que trituraban y rasaban todos los obstáculos a las órdenes de un furriel en jefe! La zarabanda del espanto, ¡el tiberio bajo los truenos en plan reptación-dislocación! ¡El triunfo del hombre de goma! ¡Ah! ¡viva el bandido cósmico, el soltero sin escrúpulos de la bicicleta sacacorchos, el patán acorazado!...

El *fritz* ametrallaba cosa mala, ¡venía por ahí arriba de los cielos! ¡El muy cabrón! ¡Con su trasto nos arrasaba! Nos rociaba desde las cimas más altas, nos cercaba, ¡nos zambombaba!... ¡Furia asesina, salvas demenciales y dardos rabiosos! ¡venga rebotar en derredor! Nos rociaba, ¡nos empapaba a muerte! Y después volvía a ponernos en danza, ¡se entregaba a los meneos! ¡a la rabia delirante, ondulante, a nuestro alrededor! ¡Sí que estábamos de suerte! ¡Obuses! ¡Tres enormes!... ¡Un trance! ¡Y muy pesados! ¡Y uno tras otro!... ¡La tierra expiraba patas arriba!... desfallecía, temblequeaba, gemía a lo lejos, hasta perderse los ecos... en las suaves lomas, ¡allá

abajo! ¡Estallaba el eco! ¡Estallaba el pepinazo! No había duda. ¡Cada vez peor!... ¡íbamos a morir hechos puré!... ¡como chinches!... ¡en sulfuraciones sofocantes! ¡aglomerados a base de pólvoras, de deflagraciones devastadoras! ¡El cabrón deliraba! ¡Se ensañaba allá arriba!... ¡Con nuestro desamparo! ¡El terrible avión! ¡Nos dio más estopa! ¡Y tres rizos! ¡Y después la granizada!... ¡Una fritura en la atmósfera! ¡La tira de rigodones en los adoquines!... Una señora que cobró en la espalda abrazó un cordero que yacía ahí, fue a retorcerse bajo los ejes, con él, se arrastró presa de convulsiones... un poco más allá... manoteó, se desplomó, ¡cayó en cruz!... gimió... ¡no se movió más!

La ambulancia, nuestra nave de misericordia, con los adoquines grandes palmó, se desvió, se bamboleó y se fue a tomar por culo, perdió todos sus tornillos, se hostió contra un rebaño, se desplomó entre bueyes, sementales, gallinas... ¡un tanque la sacudió en todo el culo!... ¡Bruang!... Del trastazo fue a besar dos triciclos, a una monja, a un agente de policía... El momento de las abluciones... ¡todos al puente! Ahí iba, el pobre auto, levantado por la ráfaga de torpedos, ¡veinte metros más allá! ¡En un vuelo horrible! Luego dos pasos y dos espasmos... Y fue a rodar hasta los torbellinos de la matanza... El tropel nos alcanzó otra vez... Nos apretujó... ¡Aceleramos a la desesperada!... Nos levantaron, ¡nos estrecharon feroces!... ¡Nuestro vehículo se salía de sus goznes!... ¡Ahí íbamos izados a hombros!... ¡Subidos por sobre las cabezas! encaramados ahí arriba, sobre el gentío... ¡Bruang!... ¡Valmg! ¡Un tute muy duro! ¡El costalazo! ¡Un «doce toneladas» lleno de ferroviarios nos cogió de costado!... ¡Ah! ¡Ya estaba hecho!... ¡Embaulados! ¡arrancados del tropel! ¡En pleno follón todo nos dislocaba!... ¡La ambulancia perdió las ruedas delanteras!... ¡La marejada nos dispersó en pedazos!... ¡Ahora era un coche de niño el que salía disparado sobre las cabezas!... ¡Un soldadito iba repantigado dentro! La pierna le colgaba por fuera hecha jirones... chorreando... ¡Era un golfo, el sorchi! nos hacía señas chulescas... ¡Nos divertíamos con él! ¡Estábamos juntos en la atmósfera!... ¡zarandeados en pleno torbellino!... El malvado del cielo nos tenía fila... Volvió... ¡Se lanzó de cabeza otra vez como un tornado!... Nos cayó de nuevo como un tobogán, fulminando, escupiendo sus rayos... ¡Nos decapitaba, el salvaje!... ¡el maricón!... ¡Nos arrastraba hasta su vientre! ¡hasta su estrépito asesino!... ¡Se elevó otra vez, diminuto, hasta las nubes!... ¡Giró allá arriba, en el techo! ¡una mosca!...

¿Quién era ese muerto en la cuneta? Tropezaban con él, lo aplastaban, ¡estaba blando!... Un vientre, ¡ahí!, abierto, y el pie, la pierna retorcida, vuelta hacia dentro... ¡Un acróbata de la muerte!... ¡fulminado ahí!

¡Vlumb! ¡Vlumb! ¡No tuvimos tiempo para pensar!... dos detonaciones secas... ¡El río, más abajo, fue el que cobró!... ¡El agua lisa se tragó dos torpedos gigantes!... ¡Se le formaron dos corolas furiosas!... ¡Dos flores-prodigio de volcán acuático!... Volvió a caer todo... en cascada sobre el puente... Quedamos aplastados bajo la tromba, empapados, apisonados, aplanados por el ciclón... vomitados otra vez... el

gentío nos alcanzó, nos atrapó... y después el fuego, a la carga otra vez... Era un cañón el que nos caneaba... Dejó el pretil cubierto de metralla... Debía de venir de entre las nubecillas, ¡justo encima de la iglesia!... debía de ser un reconocimiento... ¡Otros aviadores que nos buscaban la ruina!... ¡Igual les daban hombres, ganado o cosas!... ¡Eran franceses o alemanes!... La situación se estaba volviendo crítica... Sentí que mis empapados andrajos hervían... ¡La confusión total!... ¡Una madre deshecha en llanto en el pretil quería tirarse en seguida a los abismos con sus tres hijitos!... Siete obreros de los TCRP<sup>[6]</sup> la sujetaron, se interpusieron... valientes y serviciales y con sangre fría... ¡Primero se acabaron el jamón y la cabeza de jabalí!... Como la tocaran, ¡lanzaba unos gritos! clamores tan estridentes, tan espantosos, ¡que anulaban todos los demás!... ¡Había que mirarla por fuerza!... ¡Un obús!... ¡Vrang! ... ¡acertó en el puente! el arco maestro saltó, ¡estalló!... Abrió una sima en la calzada, una boca enorme... ¡un cráter que se lo tragaba todo!... ¡Las personas se precipitaban, se hundían en las grietas!... rodaban bajo los acres vapores... ¡en un huracán de polvo!... Vimos a un coronel, de zuavos creo, que forcejeaba en la catarata... ¡Sucumbió bajo el peso de los muertos!... cayó hasta el fondo... «¡Viva Francia!», fue y gritó al final... ¡vencido bajo el montón de cadáveres!... Había otros vivos que se agarraban a las paredes del precipicio, cubiertos de harapos por la explosión, hacían esfuerzos intensos, volvían a caer, vomitaban, estaban guapos... Habían quedado todos quemados. Apareció un nene desnudito en la delantera de un camión en llamas. Estaba asado, bien en su punto... «¡La Virgen!... ¡La Virgen!... ¡La hostia! ¡No es justo!...» Era el padre, bañado en sudor, al lado... Dijo eso... ¡Y después buscó algo de beber!... Me preguntó si tenía yo... ¿Cantimplora? ¿Cantimplora?

No había acabado la música, otro arcángel nos daba cera, bajando del cielo a toda pastilla... Ya estábamos hartos de sus estragos... Tan apiñados, que no nos movíamos... El puente retumbó... ¡flaqueó sobre sus arcos!... ¡Y después tic-tac!... ¡Rrrrau! ¡Rrrrau!... ¡La música de la gran matanza!... ¡el cielo bramaba de rabia contra nosotros!... El agua por debajo... ¡Y el abismo!... ¡Todo explotó!...

Es exacto, todo lo que os cuento... Aún hay mucho más... Pero ¡ya no me queda aliento para los recuerdos! Demasiada gente ha pasado por encima... como por el puente<sup>[7]</sup>... sobre los recuerdos... ¡como sobre los días!... ¡Demasiada gente piándolas por la batalla! Y después el humo otra vez... Y volví a meterme bajo el coche... Os lo cuento como lo pienso... Al bajar hacia la esclusa, ¡un cachondeo fantástico hasta el pretil del de Orleáns! Más bailoteo que en el otro, ¡cien mil veces más que en el de Aviñón!... ¡en la forja de la ira de Dios!... ¡Y *brum!* ¡y *tzim!* ¡y Santa María! ¡y muerta y bien muerta! ¡en la Verbena de los Huracanes!... ¡Vaya!... ¡Vaya!... ¡ni la menor importancia! El mundo se dio la vuelta allí mismo, ¡viejo paraguas reventado, flácido!... ¡Bogó por los ciclones!... ¡Peor para él!... ¡Wrrub! ... ¡Y *Bing!*... ¡*Braúm!*... ¡Lo vi pasar sobre el *Grand Hôtel!*... ¡Corría que se las pelaba! Lo vi bogar... oscilar allá, muy arriba... ¡duendecillo en las nubes!... ¡El

mediomundo y el superpuente! viraban en la borrasca... ¡juntos! entre los aviones asesinos, purulentos, que escupían metralla... ¡*Vraap!*... ¡*Hua!*... ¡*Wraago!*... ¡*Hua!*... ¡*Wroong!*... Así es, más o menos, el ruido que hace un verdadero torpedo en fusión... ¡el más tremendo!... ¡En el cogollo de un volcán negro y verde!... ¡La descarga del fuego, vamos!... ¡Otra bomba nos pasó rozando!... fue a estallar a huevo en la corriente... Después la onda, que nos derribó... como para arrancarte las tripas... ¡Saltarte el corazón a la boca!... palpitando como un conejo... Que, vamos, que una vergüenza, que ya es que te cagabas de espanto... a rastras... bajo las furgonetas, tres... cuatro... cinco piernas de través... Brazos por doquier enredados... rotos, ¡fundidos en el tembleque!... ¡en la papilla de ñordas y fardas de hombres en desbandada!... Desplomados, tendidos, presas del hipo, nos vimos blandidos, extraídos, encanijados, ¡a tomar por culo otra vez! ¡haciendo piruetas! ¡Era un motor a punto de incendiarse!... Escalamos una montaña de heridos... ¡Gemían con ganas bajo nuestros pies!... vomitaban... ¡Qué potra! ¡Un favor!... ¡Asomamos! atónitos, sonrientes... ¡Otro que nos agredía! ¡Se nos venía encima, tambor de muerte! Desgarraba las nubes a base de metralla. ¡Sus lengüetas de fuego disparaban por todos lados!... Vi todas sus llamas apuntadas hacia nosotros... ¡Era gris y negro! ... ¡y desgraciado como él solo!... Nos buscaba... ¡Volvió a brotar del cielo como de una honda desgranando su rabia!... ¡Nos hechizaba!... ¡Nos atormentaba!... Nos hincamos de rodillas... ¡Imploramos a la Virgen María!... ¡persignándonos con aspavientos muy fervientes!... a Dios Padre... ¡los aguilonos! ¡el Ojo del Culo!... ¡Misericordia! que nos tenía vendidos en los calzones llenos de gluglús... ¡La desbandada de los espíritus!... No cesaba de fusilarnos, salva tras salva, ¡el otro atroz! ¡colgado de los ángeles!... Revoloteaba... se abalanzaba... oscilaba... Se acercaba con su ciclón... ¡*Ffrru!*... ¡Volvía a pasar rozando!... Serpenteaba para arriba y para abajo... ¡Rumor de seda!... Desaparecía... ¡Nos hechizaba!... Una señal de la cruz... y tres... cuatro... ¡cinco!... ¡Lo que no impedía los horrores!... ¡las atrocidades asesinas!... ¡Nada estaba conjurado!... ¡Volvía a canearnos con el viento en popa!... ¡íbamos a verlo todo! ¡sufrirlo todo!... Era presa de su pasión... Nos granizaba... Nos fulminaba... ¡al vuelo!... ¡Carambolas de la matanza!... ¡Repiquetearon las chapas!... ¡Desfallecieron y se desplomaron los suplicantes!... ¡Se tambaleó el gentío!... El convoy se derrumbó... ¡el pretil reventó!... La sarta de los camiones... zarandeada... embaulada... ¡cayó de cabeza en las olas!... ¡Ah! ¡otra vez me había salvado!... ¡De nuevo había escapado a un golpe terrible!... ¡Llevaba veintidós años así!...<sup>[8]</sup> ¡No podía continuar siempre!... Me sostuve con Lisette, amiguita sin miedo<sup>[9]</sup>... entre las ruedas de la ambulancia... ¡desde allí vimos la cabalgada!... pero ¡todo! pero ¡es que todo!... Cómo zozobraba en todas direcciones... Vimos también a Largot, el peluquero, que no se separaba de nosotros desde Bezons, nos seguía con su bici... Estaba borracho desde Juvisy; quería matar a un alemán, pero desde Étampes no había vuelto a hablar de eso... Estaba ahí, pegado al pretil... Estrechaba en sus brazos a una abuela... A cada explosión la besaba...



Con el zumbido de los motores... Una vieja cubierta de canas... en mechones, trenzas y papillotes... Le sangraba roja toda la cabeza... Se mostraba tierno Larget con ella... Se le inclinaba encima... le bebía la sangre... Había perdido el respeto... pero es que era un obstinado tragón...

«¡Boah!... ¡Es tinto!», anunció... «¡Boah! ¡Qué bueno!»... ¡Se cachondeaba, encima!... Ella, ¡ni hablar!... Cerró los ojos, la abuela... Cabeceó... ¡La mecían los truenos!... ¡las tormentas que nos sacudían!... Larget se dirigió a mí otra vez...

«¡Es tinto! ¡eh, tú, el de la ambulancia!... ¡Es tinto! ¡Eh! ¡Macadán!...»

Así me llamaba. Aun estando, como estábamos, en plena catástrofe, me molestaban mucho sus modales... No me gustan las confianzas... Toda aquella carne borracha alrededor me asqueaba... Me notaba ideas muy raras, yo mismo... ¡No estaba borracho!... Nunca bebo... Es que me tambaleaba la razón... ¡con las sacudidas de las circunstancias! ¡sencillamente! ¡acontecimientos demasiado fuertes! ... ¡Y *Vraúm!* ¡vuelta a empezar con más fuerza!...

¡Volvió, brutal, el estrépito horrible!... ¡Una deflagración fantástica!... tres torpedos juntos, ¡un ramillete!... ¡como para quebrar cielo y tierra!... ¡dejar irreconocibles los elementos!... ¡desprenderte la coronilla!... ¡y el alma también y los globos de los ojos! ¡y los pulmones te destrozaba con una perforación profunda y atroz!... ¡apuñalado de atrás adelante!... ¡clavado al batiente como una lechuza!... ¡y la pedorrera!... los mil motores lanzados otra vez... ¡al asalto del pretil!... ¡los pabús furiosos! ¡al abordaje!... ¡al tirón!... ¡gentío molido!... ¡y el griterío de los pisoteados! ¡de los desollados de la columna enloquecida!... ¡los desplomados bajo los vehículos!... ¡y la oruga de ciento veinte mil dientes trituradores!... ¡como para corroer el eco!... ¡arrancar el calvario! bajo su vientre de trescientas mil cadenas relleno de aceros bamboleantes... de tripas con virolas pirueteantes... bizqueando, además, con la corona... con toda su enorme cabeza de cañones, ¡para aplastarte desde más lejos!... Por lejos que estuvieras, cuando te divisaba, te acechaba, ¡a ti, loco que resbalabas por la calzada!... y escapabas despavorido de monstruo tan estrafalario, ¡infame espectáculo!... ¡Ah! el tanque «Lilanga de Horror»... ¡No veas! ¡Modelo Nostradamus!... ¡como para no sobrevivir, vamos, de conmoción descorazonadora!... ¡bajo las silferías mecánicas, tribulaciones petrolíferas!... Pero el bamboleamundo era musical... ¡nada habría podido detener la danza!... ¡La Verbena de los Truenos!... Y el desgranar de los cien mil muertos, de las mil aves que piaban, graznaban en vuelo concéntrico, urdiendo los aires...

Y luego otra guirnalda de acentos dulces y trabucos sordos... venía de muy atrás... de las colinas... avanzaba con ecos de artillería... ¡Ni pensar en bailar trezados con el cuerpo tan rendido por el peso de vil plomo helado!... pero el compás te alcanzaba... el fondo del puente lleno de granadas se agitaba por ti... Por fuerza había que pisar igual los restos de personas y animales... descuartizados por las tracciones... y después acartonados como un huevo según las ráfagas de pánico... ¡Ah! En esos remolinos de embotamiento surgió un caso de rebelión... En un

arranque, Brigitte, esposa del fiscal Sacagne, abandonó de repente el coche, sin atender las exhortaciones acongojadas, se alzó de un buen tirón las faldas y saltó al pretil; de ahí, dominando el tropel, ¡berreó por toda la tormenta palabras de cólera e insultos!...

«¡Brigitte!... ¡Brigitte!... ¡te lo ruego! ¡vuelve, por favor!... ¡con tu amante esposo! ¡Vuelve a la razón!... ¡Te lo suplico! ¡Te lo ordeno!...»

«¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡Tú no existes!...»

«¡Señoras y señores! ¡mi mujer está loca!... ¡Está encinta! ¡Es la emoción! ¡Soy el fiscal Sacagne de Montargis, en la Côte d'Or!...»

«¡Me cago en la leche! ¡Eh, chorbo! ¡No nos toques más los cojones! ¡A tomar por culo, esa zorra! ¡Pendón!...»

Así la llamaba la multitud... ¡con eso se agriaba el ambiente!... ¡volvió a caer agotado sobre el mundo! Justo entonces, ¡todo fuego, trueno, relámpagos otra vez!... el cielo desgarrado por dentro y en derredor... Un rayo se estrelló contra la calzada, la trituró... ¡Ah! ¡Ya era hora!... dispersó todo el pánico, a las personas, los arcos, los coches, vaporizó el río hirviendo... ¡Era el infierno!... Las llamas nos rodearon, ¡nos vimos lanzados en piruetas al espacio!... Yo salí disparado con una carreta de ciruelas, el fox-terrier que había dejado de ladrar, una máquina de coser y una trampa ganchuda para tanques, me pareció, de hierro forjado y cubierta de alambre de espino... ¡por lo que pude ver!... ¡Nos separamos en el aire! la trampa saltó más a la derecha, hacia las esclusas, ¡las ciruelas y toda la pesca!... El perrito, la carreta y yo salimos por la izquierda más bien... en otra salva de granadas... hacia los álamos... el almacén... a buena altura y con ímpetu... Ahora yo veía por sobre las nubes... eso sí que era especial... ahí, ¡en pleno cielo!... ¡en pleno azul!... la visión mágica... una mano cortada veía... una mano muy pálida sobre copos... almohadones de nubes de reflejos dorados... y que sangraba gota a gota... una mano blanca pálida y bandadas de pájaros en derredor... rojos... que brotaban volando de las propias heridas... los dedos centelleantes de estrellas... esparcidos por las márgenes del espacio... en largas velas suaves... claras y gráciles... que acunaban los mundos... y te rozaba... y tus bellos ojos... con mimo... todo te llevaba... todo bogaba a los sueños... todo abandonaba... para las fiestas del Palacio de las Noches...

¡Muy bien dicho!...<sup>[10]</sup> ¡Muy bien! ¡Bien dices! ¿De qué sirve decir? ¿De qué hacer? La obsesión persiste ahí, gris, se adensa, tropieza a cada paso con una nueva duda... ¡Nada se afirma, nada reluce!...<sup>[11]</sup> ¡Un gran cúmulo de horror y sombra!...

¿Es eso todo?

¡Melindres! ¡Pasar por el infierno para tan sólo sentir un poco más de sed!

¡Voltereta!

¡Cual bestia borracha a comienzos de junio

Se extravía loca en el mes de agosto

Bajo un cañón

¡Emerge al delirio a mediados de septiembre!

En plena tasca.  
Asesina a un *fritz* al billar<sup>[12]</sup>.  
¡Revancha de Flandes!  
Todo vuelve a estallar al instante.  
Hay que reanudar la guerra.  
Ya estás otra vez hecho un flan.  
Relinchando, ávido de piruetas.  
Bajo los diluvios de artificio.  
¡Piafando a los desafíos! ¡y Tahure<sup>[13]</sup>!  
¡Con salud espléndida!  
¡Empuñando antorchas!  
Otra vez te espera la farsa de la muerte.  
¡Has bebido sortilegio!  
Vas listo, ¡de nuevo condenado!  
¡Ah! ¡Qué coyuntura más atroz!  
¡Ah! ¡Jorguinería carroñera!  
¡Los astros son basura para el siglo!  
¡Todos los almanaques en venta!  
¡No queda ni un solo ocultista!  
¡Ya es hora de que me ocupe yo! ¡Qué hostia!  
¡Tengo unas dudas horribles sobre Juana de Arco desde la misa en Orleáns!...  
Era un carillón avieso...  
Hay sinsabor en todo lo que tocas.  
En París vi Sainte Geneviève<sup>[14]</sup>...  
Estaba en misa de Reynaud<sup>[15]</sup>...  
Las capillas estaban llenas de judíos...  
Con los bidones llenos de gasolina...  
Y yo nunca hablo sin saber...  
¿Que van a perseguir a los masones<sup>[16]</sup>?  
¡Perfecto! Estupendo para empezar...  
Pero ¿y si tocan ellos<sup>[17]</sup> a los amiguetes?  
¿Si rozan a los manes del Templo?  
¡Se habrán acabado las bromas!...  
¡Un polvo es lo que descubrirán en el fondo de una pira diabólica!...  
Lo vaticino no sin emoción...  
¡Aviso! ¡Aviso! ¡Toco la sirena!  
El infierno no se cuece en un día...  
Hace falta aceite y saber.  
¿Quién sabe?  
Hacen falta colaboraciones<sup>[18]</sup>...

Ya lo has visto todo por el camino...

¡El mundo entero presa del afán!...

¡Y qué concurrencia enloquecida, furiosa, para crucificar, fantástica!

¡Insaciables con el martirio!

¿Habéis visto esos vehículos?

¿La decoración esotérica<sup>[19]</sup>?

Una vez iniciado, no te quedas ahí, contoneándote, sobre los abismos... ¡Para que te sublimen vivo, vaporizado, endeble juguete a merced del viento! ¡Claro! ¡Claro! ¡A paseo los tímidos! ¡Muerte a las ilusiones! ¡Es el momento de las hazañas valerosas! ¡De las sublimes, penosas tráfalgadas! ¡La fe que salva! ¡Quien se abandona al desánimo se ve al instante herido! ¡Despedazado! ¡Desangrado! ¡blanco de vergüenza!

Cuando los valientes se dan a conocer, los puros, los duros, los inflexibles, los corazones de lince, ¡entonces se puede decir que las gavillas humean! ¡centellean con acres llamas! ¡que nada se salva! ¡briznas de amor, muguete, dudas viles! ¡Tal cuales! ¡Al desgarrarse el sortilegio! ¡Sin la menor piedad! A comparecer en fila india uno tras otro en las moradas sulfurosas... ¡Ahí está la prueba!... torvos y mohínos... con los recuerdos... Piantes y cobardes... ¡terribles con sus capas de mentiras!...

¡Si lo sabré yo!...

Descarados y tramposos soberbios... arrogantes o viles o mudos... uno tras otro... ¡todos apestados maléficis atufando bajo la tortura hiel de luna y votos malditos! Venenos, siniestros mensajes... ¡Terneros mártires!...

¡Que cada cual eche la culpa al demonio! se ensañe, lo amarre, lo mate, se descomponga, recobre en su corazón el cántico, marchito... el gentil secreto de las moninas... ¡o perezca de mil muertes y resucite con mil pesares! De sofoco muy atroz, mil desollones de adorno y fuertes contorsiones de heridas, con pez hirviendo pegado, atenazado, con los músculos deshilachados, pataleando así todo un día y tres meses, una semana en el fondo de una olla grasienta y caliente, serpientes silbando junto con sapos hinchados, de lepra, jugosos, amarillos de ponzoñas, chupetones ávidos de salamandras, vampiros repulsivos en el cuerpo de los condenados, que te pisotean las entrañas y te reavivan el dolor, con jirones de carne magullada, requetedentelleados por dardos de fuego, así de mil en mil años, no te calman la sed de buen grado, sino con el odre lleno de vinagre, de vitriolo de tal ardor, que se te pela, se hincha, ¡estalla la lengua! y te vas al otro barrio de sufrimiento, ¡aullando despedazado por el Infierno! ¡día tras día! así por siempre jamás...

Cosa seria, como veis.

Arrancaste en la vida con los consejos de tus padres. No resistieron ante la existencia. Te viste metido en follones a cual más horrible. Saliste como pudiste de esas conflagraciones funestas, a trompicones más bien, cual cangrejo baboso, para atrás, sin las patas. Te cachondeaste con ganas a veces, hay que reconocerlo, aun en plena mierda, pero siempre presa de la inquietud por que volvieran a empezar las

cabronadas... Y siempre volvían a empezar... ¡Recuérdalo! Se habla mucho de las ilusiones, de que pierden a la juventud. ¡La perdiste sin ilusiones, tú, la juventud!... ¡Más líos!...

Como digo... Se jodió desde el principio. Eras pequeño, gilipollas de nacimiento, pringado desde la raíz.

Si hubieras sido hijo de un rico propietario de plantación en Cuba, La Habana, por ejemplo, todo habría sido una balsa de aceite, pero fuiste a nacer en casa de unos gurruminos, en un rincón todo él asqueroso, conque a sufrir de la casta y la injusticia te tritura, la enfermedad de la tiña babosa, que hace farolear a los pobres diablos tras sus patinazos, sus jindamas, sus taras pustulosas de infernales, tan bajos y tenaces que, al oírlos, ¡dan ganas de vomitar! Mes tras mes, es su carácter, el pringado gratis expía en el potro «Pro deo» su infame cuna, bien amarrado con su cartilla militar, su boletín de voto, su cara de capullo. ¡Tan pronto es la guerra! ¡Como la paz! ¡La guerra otra vez! ¡El triunfo! ¡El gran desastre! ¡Nada cambia en el fondo! la pringa todas las veces. Es el payaso del Universo... No cedería su puesto a nadie, sólo se pirra por los verdugos. ¡Siempre a disposición de todos los granujas del planeta! Todo el mundo le pisa los andrajos, se ejercita con su miseria, mimado por la suerte, vamos. Yo he visto abalanzarse sobre nuestras desgracias todos los tornados de una rosa de los vientos, caer sobre nuestras catástrofes, a la rebatiña de nuestros residuos, los chinos, los moldores, los esmirnas, los botriacos, los marsupianos, los glaciales suizos, los mascagates, los toscos bereberes, los vanútedos, los negros como la pez, los judíos de Lourdes, ¡feliz, toda esa chusma, bien agasajada, corriéndose como sarasas locas! Venga fastidiarnos de mala manera y sin nada para defendernos. François amable<sup>[20]</sup>, ludión de alcohol, atiborrado y chocho, amodorrado a base de discursos, pimpla que te pimpla en los derechos humanos<sup>[21]</sup>, en el torrente del olvido, con la piel y el alma tarumbas de asco de tanto obedecer, de dejarse manganar el patrimonio, el ahorro curioso, la novia, la flor de los trances<sup>[22]</sup>, que es que no le sirve de nada nunca cansarse, ponerse serio, lo más legal para dejarse arrancar la piel y mearse encima de puro vago, siempre tres cuartos de lo mismo, la pringa en todos los trajines, no está en el ajo, destinado perdido a no tener nada que rascar. De tan envilecido ante el mundo, ha hartado a los más caprichosos, ya es que se cansan hasta de descuartizarlo, de destruirlo aún más, ¡réprobo de todo quisque! ¡el apestoso del Universo! ¡Anda ya! Un poquito más de injusticia y se detesta, las pía por su suerte... Unas protestas atroces.

La Revolución<sup>[23]</sup> en las almas... Hay que comprender los sinsabores. Todo el mundo ha venido a ejercitarse con él en posición sumisa. Todo el Universo se ha puesto las botas con el Capullo del François Mamón hasta que todo se le desinfla, ¡le chorrea por el bul! Entonces ya la infección total y los más empedernidos se alejan... Él se queda alelado ahí, sobre el tajo... descompuesto, un primavera hecho jirones, ofensa para la vista... Suelta un olor, que los más cochinos vacilan, ¡se ofuscan para acabar con él!

¡Hay cosas que no se ven! Y, sin embargo, ¡son esenciales! ¡Huy, huy, huy! ¡Un momento! ¡Ocultas en el fondo del propio estiércol! ¡de los agujeros del cuerpo! ¡del filtro de entrañas! ¿quién lo sospecharía? Sólo los iniciados se susurran con los ojos cerrados... ¡que no ha terminado la misa!... ¡que no está todo dicho!... ¡Ni mucho menos!... ¡que los naipes no han acabado de hablar! ¡que no nos van a dejar consumirnos tan campantes en el montón! Que nos queda la tira de pus y de gangrenas de adorno, ¡brocados suntuosos y purpúreos por vestir!... desolladuras menuditas... antes de estar finos para la danza, ¡minués gráciles, ligeros, diáfanos! sin peso ya en las ondas, evaporados, remolinos de olas, encantadores, de aquí, de allá, ¡en plena primavera! ¡de las ferias! ¡puro gozo! tan monos para el mundo en su secreto, ¡todo resucita por arte de magia! ¡con ráfagas de flores y líquenes!... Más ligeras aún, caracoleos... ¡entre un hálito de rosas! Todas las zozobras disipadas con música... difusas, ¡arrastradas por las ráfagas juguetonas! ¡Céfiros!...

Desde luego, no voy a contaros todo. Fueron demasiado infames conmigo. ¡Sería hacerles un favor demasiado grande! Quiero que saboreen un poco más... No es venganza ni cabreo, es pura prudencia, una precaución esotérica<sup>[24]</sup>. No hay que jugar con los presagios, ¡la indiscreción te cuesta la vida! Les digo un poquito, ¡vale! Hago un pequeño esfuerzo, convenido, no consumo mi encanto. Me quedo tan ricamente con las músicas, los animalitos, la armonía de los sueños, el gato, su runrún. Así está perfecto. Un goce, no más; si no, me pongo a trapichear, trajinar, me entran los nervios, me tiro faroles, me pierdo por fantasmón, ¡se acabó! ¡Al diablo los prestigios! Bajo al barro, tropiezo por doquier, me desplomo, me proclamo Emperador, la justicia me busca, me encuentra, me quedo como un capullo<sup>[25]</sup>, todo el mundo me acomete, me descuartiza, el número del Napoleón<sup>[26]</sup>.

¡Y no aludo a nadie! ¡Quien quiera que me entienda! ¡No nací con buena estrella! «Quedón» es mi nombre de bautismo, ¡me conozco los oráculos, como yo digo! No me equivoco demasiado en los sueños, pero ¡con la engañosa condición de conservar el oído bien pegado a la tierra y las entrañas llenas de sospechas!... Así, ¡de acuerdo! ... ¡Flaqueo y caigo en el abismo! ¡Ah! ¡la convicción lamentable!... «¡No te dejes tentar!»... ¡Figuraos si he visto las brujas!... ¡Por la llanura! ¡los prados y las riberas<sup>[27]</sup>! ¡y en muchos otros sitios también!... ¡en las rocas! ¡en los abismos!... ¡con sus escobas y el búho!... Al búho es al que comprendo mejor... Me dice siempre:

«¡Cuidado, titi! ¡Te vas a ir de la lengua!...» Es bien cierto, en un sentido, ¡el buen corazón me agita y ajetea! me hace hablar a tontas y a locas. ¡Triste excusa! La pasma se pone en movimiento... ¡Y viene la respuesta inmediata! recochineos, vejaciones, ferocidades, tratos diabólicos, vertidos de torrentes de excremento para que palme pasmado, engullido, bajo los oprobios, ¡la repulsión de la gente de bien, los judíos y los concesionarios, legionarios! ¡Infamia! ¡Cábala consumada! No puedo abrir mi pluma más. Ya sea en el tribunal, bajo los golpes de «considerandos» feroces, o en la antecámara de los patronos<sup>[28]</sup>, me veo al instante trastornado,

despellejado, vilmente acartonado, a la altura de las larvas apestosas, pese a las buenas intenciones, odiado, desollado vivo, algo ya indecible, que aplastar subrepticamente entre salitres y cenizas calientes, y la prueba clara está en que hasta quienes conmigo comulgan, quienes en cierto modo están en las mismas filas, sienten pudor con mi caso, les da escrúpulo comentarlo, les agrieta el rostro un poco, prefieren callar<sup>[29]</sup>... Sería una lástima que se comprometieran, porque también para mí son unos mierdas... Conque así estamos de acuerdo... nos comprendemos sin habernos concertado... sin habernos consultado lo más mínimo.

La gracia, la discreción mismas.

Yo conocí a un auténtico arcángel<sup>[30]</sup> en el ocaso de su aventura, aún bastante vivo, de todos modos, en cierto modo deslumbrante incluso. Nunca supe su nombre, la verdad. Tenía demasiados papeles. En fin, lo llamaban Borokrom por sus conocimientos químicos, las bombas que había fabricado<sup>[31]</sup>, al parecer, en su juventud. Eran «habladurías», la leyenda. Al principio, me hacía gracia, me creía yo tunela entonces; más adelante, comprendí el fuste de aquel hombre, su valor, bajo apariencias absurdas, mi propia gilipollez. Tocaba el piano de maravilla, cuando no tenía nada que hacer, me refiero a nuestros trabajillos. Había llegado a Londres veinte años antes que yo para ocupar un «job» de químico, iba a trabajar en la Wickers<sup>[32]</sup>, en el Laboratorio de Nitratos. Había obtenido todos sus títulos en Sofía y después en San Petersburgo, pero no tenía la virtud de la puntualidad, lo que le jugó una mala pasada, no le daban trabajo, y, además, bebía pero que mucho, aun para Inglaterra. No había durado mucho en la Wickers National Steel Ltd., tres meses, con manutención, y después el lique, seguramente también por su pinta, muy equívoca, la verdad, cubierto de manchas, mirada atravesada. Se juntaba con gente de mala vida, sus amigos tenían mala catadura... Peor aún que él...

Siempre hacía malas migas con sus patronas de fin de semana. La policía, que lo conocía bien, solía dejarlo tranquilo. Era un golfo más y se acabó.

Es cómoda, Inglaterra, para eso, nunca te molestan de verdad, aun con mala pinta, aun equívoco, con la condición tácita de que no vayas a hacer el chorra a mediodía ante *Drury Lane* o hacia las cinco ante el *Savoy*<sup>[33]</sup>. La etiqueta y listo. El pacto de las conveniencias. El viva la Virgen está perdido. Hay momentos para el Strand, otros para Trafalgar<sup>[34]</sup> y en todos los demás, ¡a tu gusto!... Hay que conocer a los guripas ingleses, no les gusta la fuerza ni el escándalo, lo más vago que ha parido madre, basta con no provocarlos, no irritarlos en pleno día, basta, en una palabra, con no tocarles los cojones... Aunque tengan los bolsillos llenos de «mandamientos» con tu foto, te darán cuartelillo, si no te pones extravagante, guardas bien las distancias, no cambias demasiado de costumbres para asombrar a la galería, ni de tasca, ni de antro de perdición. Hay una etiqueta, modales decentes, decoro para los golfos de verdad, ¡no hace falta más! ¡No destrozar la tradición! Si te pones caprichoso, chulito, versátil, ahora en un *pub*, luego en otro, si no vuelves al billar a horas más o menos habituales, no te extrañe, la pasma te coge por banda, se ponen bordes de pronto y

atravesados, complicas la vigilancia, están hasta el gorro de tus manejos, piafan, bufan por pescarte. Cualquier fantasía los irrita, sobre todo en cuanto al hábito... Así fue con Borokrom, que acostumbraba a llevar bombines color ciruela, nunca otra cosa sobre su enorme mocha, siempre cubierto con su verde-ciruela, su uniforme. Tocaba así el piano para ganarse la vida entre el *Elephant* y el *Castle*, los dos extremos del MileEnd<sup>[35]</sup>. Una vez que le dieron el lique en Wickers Strong, no le había quedado más remedio. Todos los *pubs* a lo largo de Commercial<sup>[36]</sup>, ahora en éste, luego en aquél... pero siempre por el lado del Río. Así llaman al Támesis. Era muy conocido, simpático, de dedos muy alegres, pero cara muy seria, decente como un papa. La cosa carburaba, sobre todo los sábados. Se ganaba fácilmente tres libras, entre las ocho y las doce de la noche, y la *stout*<sup>[37]</sup>, la nutritiva, tan espesa, cremosa, absolutamente toda la que quisiera, por amabilidad de los consumidores. Y después la canción ronca, el cántico al beber, como es costumbre altiva, con los estribillos coreados por los borrachos apiñados en torno al piano.

*p! Oyé di oyé!*

*p! Oyé di oyé!*

Fueron las primeras palabras de inglés que aprendí de memoria: «oyé di oyé!...». Hacían unos ecos tremendos en la calle, en la noche, fuera, donde esperaban los niños, arrugados contra la ventana y aplastándose las naricillas, a que sus padres hubieran acabado de mamar la cerveza, la alegría, la felicidad de la vida, tan borrachos, que la bofia entraba para sacarlos a patadas, que se fueran a vomitar a otra parte. Nos volvíamos a encontrar en *La Prestancia*, el *pub* de la flor y nata del Lane<sup>[38]</sup>, la avenida concurrida, el que tenía siete mostradores macizos con proas esculpidas en el marfil y batayolas de cobre en espiral. Un trabajo magnífico. Y el retrato del *Conqueror*<sup>[39]</sup> hasta el techo, en un colosal marco dorado, adornado con sirenas. Allí nos encontrábamos, pues, cuando se produjo el incidente, cuando empezaron las peleas. Entró el sargento Matthew del Yard, por el «mostrador de los *sandwiches*», en el *box* de los currutacos, se anunció tocando el pito y ¡*Good day, señoras!* No estaba de servicio, iba de civil como tú y como yo, tarareaba con los demás, un poco piripi, conque estaba simpático... ¡De pronto! ¿qué le pasaba?... se quedó quieto parado, como una piedra... ante el Boro... ¡con chistera! ¡ah! ¡lo dejó sin respiración! ¡ah, qué rostro!... ahí, entregado a la música, dándole al rigodón, con ritmo agridulce, la arrulladora coplilla, con el encanto de niebla que tienen las tonadas por allá, que recoge bien las penas, ¡las hace bailar de cabeza!... ¡*ding!*... ¡*dindín!*... ¡*don!* ¡*don!*... ¡y duro ahí! ¡venga trinos y arpegios! con sus gruesos dedos sucios y amorcillados... que, vamos, que era un sortilegio cómo hechizaba la atmósfera con traviosos caracoleos del gran piano... Con cualquier coplilla... tan grata con la pena de la risa... la turbación de las mermeladas de naranja, dulce y



ácida a la vez... Así es la musiquilla de las coplas inglesas... Lo recuerdo bien... Se quedó desconcertado, patidifuso, vamos, el sargento Matthew, con el nuevo sombrero de su andoba. Lo dejó cortado... con la sonrisa helada en los labios. ¡No daba crédito a sus ojos!...

Se acercó... quería verlo mejor... apreciar. Se acercó al piano... Y de buenas a primeras, ¡vloff! ¡la cólera!... Se puso a injuriar al artista...

¡Cómo se le había ocurrido llevar una chistera en esa tasca de mala muerte! ¡Lo nunca visto, vamos!... ¡Es que estaba loco, la verdad!... ¿Dónde se creía que estaba, eh? ¿En el Derby? ¿En la cámara de los Lores? Era injuria y chulería en un extranjero tan mierda... ¡Un inmigrante de la peor especie! ¡Murguista fracasado y vagabundo! ¡Había que tener pero que mucho rostro para venir a imitar a los *gentlemen*!... ¡Un delito increíble! Lo iba a emplumar, ¡si no se lo quitaba en seguida!... Y muchos otros tacos y amenazas, ¡rojo y fuera de sí!...

Boro seguía con su chistera... Era regalo de una persona... El sargento Matthew, en el momento en que buscaba camorra, ya no medía sus palabras... Para empezar, ¡se estaba metiendo en camisa de once varas!... Boro tenía todo el derecho del mundo a ponerse un sofá en la cabeza, una cometa, una balanza, ¡con mayor razón una chistera! ¡era asunto exclusivo de su menda!... Pero el otro no lo veía así, estaba cada vez más mosca. Estalló el altercado a lo vivo... La cosa iba de mal en peor... ¡el follón!... ¡la fiebre! los curdelas echaban chispas... Todo el tinglado ondeaba, bogaba, se estremecía, con el pitote de la multitud en oleada, ¡que bramaba, se agitaba, abucheaba al Matthew!... Apretujado, Matthew tuvo miedo, yo cuento lo que pasó, sacó el silbato del bolsillo... ¡Ah! ¡ahí sí que se armó!... ¡La avalancha!... ¡Ah! ¡no debía pitar!... ¡Nada de refuerzos!... ¡Muerte a la policía! Tirado por el suelo, aplastado, Matthew se vio cubierto por borrachos, chillones, alegres, que lo pisoteaban, en montículo hasta la araña... ¡caracoleando de gusto y victoria! La ronda de chatos pasó por encima... ¡A su salud!... *For he is a jolly good fellow*<sup>[40]</sup>!

Ya no decía nada, él, ahí abajo, había cobrado lo suyo... ¡Yo esperaba junto a la puerta a que hubieran acabado de molerlo!... Me habría gustado estar lejos... ¿Y si se presentaban los guris, se llevaban a todo dios por delante?... ¡estaba yo guapo con mis papelas!... ¡la licencia, los sellos borrados! ¡Huy, huy, huy! ¡mi madre!... Mi situación con el consulado era delicada...

«Date el piro», fue y me dijo desde debajo el Boro... así, bajo la pila... ¡y señalaba hacia el Hospital!... ¡en la acera de enfrente!...

«London Hospital», muy conocido, Mile End Road<sup>[41]</sup>... Allí nos dábamos las citas, había motivos, la agradable afluencia, el perpetuo ir y venir... imposible de vigilar... Sobre todo hacia la puerta de «Ingresos», donde no cesaba el tropel... idas y venidas noche y día... Todos los autobuses pasaban por Mile End. Debía, pues, apostarme allí enfrente, justo bajo el farol de gas azul... Era corpulento, el Boro, pero muy ágil en las peleas... Tenía un don para salir de apuros... ligero, cuando quería... ¡pitando!... ¡zas, zas!... ¡no tardó en alcanzarme!... Un gran gato ágil... Se escurrió

entre los boxeadores, atravesó la tormenta, el terrible tornado de los mamporros. En todas las salas de *La Prestancia*, ¡unas tundas atroces! ¡un huracán de locos! ¡lo vi desde enfrente!... Reventaba, percutía en las paredes, ¡estallaban los cristales! caían en añicos, ¡salpicaban la calle!... ¡Qué tromba! ¡Un estrépito espantoso! ¡como para despertar al Lord Alcalde!... ¡Las mujeres chillaban cosa mala! ¡y los niños a obscuras! esperando a los cabezas de familia... «¡Mami!... ¡Mami!...» ¡Ya se veían huérfanos!

Boro me llegó cojeando, había recibido una buena hostia, ¡ay, ay! ¡ay, ay! ¡en plena rótula izquierda! sangraba... observamos su rodilla a la luz... ¡Menudo lo que es atravesar las matanzas!... Había perdido el sombrero, ¡la chistera de la cólera!... ¡Bien valía la pena! Nos dijimos que no volveríamos nunca más a *La Prestancia*, ¡tugurio cabrón! ¡mierda de burdel! aun con sus caobas, ¡los famosos mostradores! ¡las espirales! ¡huy, huy, qué horror! ¡un sitio pero que muy chungo! ¡cabrón, criminal! ¡Donde maltrataban a los amigos! ¡donde los guripas se portaban como cerdos!

Nuestra opinión sería.

Supongamos que venís de Piccadilly... Bajáis en Wapping<sup>[42]</sup>... Tengo que guiaros... No lo encontraríais... Al salir del *Tub*, es a la izquierda... entre los frigoríficos... Es estrecha la calle... paredes de ladrillos, casitas a ambos lados, en fila india... como los días de la semana... sin fin... vuelta a empezar... una sarta... una eternidad de casas... ni una fantasía... todas de un piso... una puertecita a la acera... la aldaba de cobre... calles y más calles así... a ambos lados y en hilera... Plymouth Street... Blossom Avenue... Orchard Alley... Neptune Commons<sup>[43]</sup>... letanías de la misma familia... Todas bien alineadas, decorosas... Hay quien te dice que es triste... Depende de los días, las estaciones... Con un rayito de sol se vuelven juguetonas, hacen extraordinarios... Hay miseria... Claro está... La tira de geranios en las ventanas... los batientes... te alegra... Lo monótono son los ladrillos... grasientos... pringosos de humo por todos lados... del churre de la bruma, del alquitrán de hulla... El olor, por allí, hacia las dársenas, es insidioso, a azufre mojado, a tabaco húmedo, se te mete en el pelo, te cubre... a miel también... Cosas todas que te asaltan, que no se pueden explicar con palabras... ¿y la magia de los niños?... ¡Eso sí que es inolvidable!...

Cuando conoces el lugar, a la primera sonrisa del sol, todo estalla en carcajadas y se arremolina... ¡Brincos! ¡Jaleo! ¡La kermés de los diablillos de un extremo a otro de Wapping!... De escaleras a soportales, ¡venga volteretas! ¡carreras! ¡pitando!... ¡Chicas y chicos!... ¡a quien pierde gana!... ¡a cuál mejor!... A cien juegos traviosos y vistosos... Los pequeñines en el centro... cogiditos de la mano... bailando en corro... chavalines muy majos de la bruma... tan contentos ante un día sin lluvia... ¡más juguetones, alegres, divinos y ágiles que angelitos de sueño!... Y después, embadurnados, los muy bandidos, importunaban en broma a las chicas a su alrededor... maltrataban a los transeúntes... ¡los monstruos chillones!...

*Policeman! Policeman! Don't touch me!  
I have a wife and a family<sup>[44]</sup>!*

¡Aparecían otros pillos al asalto! ¡agarraban a las chicas de las coletas!...

*How many children have you got?  
I have and twenty is my lot!*

Acto seguido, se reanudaba la canción con voces muy desafinadas, todas... de pillos roncós y feroces... Y después ésta, muy trepidante y que se baila de dos en dos...

*Buying Dolly had no sense!  
I bought a fiddle for eighteen pence<sup>[45]</sup>!*

Y tantas canciones más, frescas, cómicas y galantes, que me bailan en la memoria... con el impulso de su juventud... Y todo así en el fondo de esas callejuelas en cuanto el tiempo se arregla un poco... un poco menos frío, un poco menos negro por encima del barrio de Wapping entre «Poplar» y los «Chinos<sup>[46]</sup>». Entonces la tristeza se derrite al sol en montoncitos grises... Yo vi muchas tristezas que se derretían así, las aceras llenas, en realidad, goteaban hasta el arroyo...

¡Chavalita, vivaracha y fogosa, de músculos de oro!... ¡Salud más viva!... ¡salta caprichosa de un extremo a otro de nuestras penas! En el comienzo mismo del mundo, las hadas debían de ser bastante jóvenes para no ordenar sino locuras... Atestada entonces la Tierra de maravillas, caprichosa y poblada por niños absortos en sus juegos y cositas de nada, ¡y torbellinos y pacotillas! ¡Las risas se derramaban!... ¡Danzas de alegría!... ¡los corros arrebatában!

Recuerdo como si fuera ayer sus diabluras... sus traviesos bailoteos por aquellas calles de miseria en aquella época de pena y hambre.

¡Gracias por su recuerdo! ¡Caritas tan monas! ¡Diablillos al sol tan frágil! ¡Miseria! Para mí, siempre os alzaréis girando con gracia, ángeles risueños ante las tinieblas de la época, como en vuestras callejuelas antaño, en cuanto cierre yo los ojos... en el momento ruin en que todo se borra... Así la Muerte bailará, gracias a vosotros, un poquito más... moribunda música del corazón... ¡Lavender Street!... ¡Daffodil Place!... ¡Grumble Avenue!...<sup>[47]</sup> callejones que rezumaban miseria... El tiempo nunca bueno de verdad ni duradero, el corro y la danza de los pozos de niebla entre Poplar y Leeds Barking<sup>[48]</sup>... ¡Diablillos del sol, cuadrilla libre y desgredada, revoloteando de una sombra a otra!... facetas del cristal de vuestras risas... centelleantes en derredor... y también vuestra audacia zumbona... ¡de un peligro a otro!... ¡Caras de espanto ante los brutos cervecedores!... ¡Alazanes piafantes que

trituran el eco!... peludos y enormes... de la casa «Guinness and Co.»<sup>[49]</sup>, ¡de un espanto a otro!... ¡Chiquillas de ensueño!... ¡más vivas que currucas al viento!... ¡bogad!... ¡girad en los callejones!... ¡en las brumas!... ¡en tintes marrones y pringosos!... ¡Warwick Commons! Caribon Way, por donde merodeaba el truhán amedrentado... husmeando por los arroyos... ¡vestido de miedo!... y el *ministrel*<sup>[50]</sup>, el falso negro, embadurnado de hollín, andrajos de arlequín... vagabundeando aquí, allá, por doquier... guitarra en mano... voz de tísico... de un vaho... de una nube a otra... ¡pataleando con pie torpe por un *penny*, por dos *pences*!...<sup>[51]</sup> ¡el peligroso salto atrás!... ¡tres accesos de tos seguidos!... escupía un poco rojo y avanzaba hacia el gris de las nubes... por las calles interminables... y tantas chabolas, además... ¡Hollyborn Street... Falmouth Cottage... Hollander Place... Bread Avenue!... De pronto sonaba la alarma, ¡allá lejos!... por detrás de los tejados... ¡la llamada del barco!... ¡Desde la otra punta!... ¡Atención, truhanes a la escucha!... ¡Atención, mirones y boqueras!... ¡sarnosos, pájaros de mal agüero!... ¡Ratas de bodega! ¡Jetas como tomates! Canallas atravesados, ¡carne de vergajo!... ¡Vagos, brazos blandengues!... ¡Pulgas de grúas! ¡Especie hedionda de la descarga! ¡el Espíritu del Agua os llama!... ¿Oís su exquisita voz?... ¡En pie, cabrones, y echando chispas!... ¡Todos al cangrejo del pontón!... ¡Todas las edades!... ¡procedencias!... ¡razas infectas! ¡los mantas de los cuatro universos! ¡negros, blancos, amarillos y cacaos!... ¡Pillos de todos los pelajes! ¡Claro está! ¡Todo chancros! ¡Todo vicios! ¡Con educada reverencia!... ¡Por favor!... Quien chistara, flaquease y se escaqueara en ese instante... ¡Ay de él! ¡Quien se escaqueaba y diquelaba la maniobra! ¡acáis como platos! ¡religiosamente!... ¡Al castigo! ¡a base de azotes!... borracho y todo que estuviera... ¡Basta de vehemencia! ¡Todos a sus puestos! ¡Chaveas de los cables! con el pico cerrado, ¡prendados, atontados, inmóviles de emoción!... postrados ante el prodigioso espectáculo de las fragilidades del ataque, ¡el sutil milagro!... ¡que el gran fardo de estopa cayera al milímetro y a tiempo! ¡a ras del muelle! ¡sin cuerda ya! ¡gimiese *stop*! Chirriara, machacase, entre muralla y portilla... ¡Que todos los vientos se concentraran! ¡oh, qué instante! ¡una cosita de nada! ¡un hilo de más! ¡Todo el barco reventaba y estallaba!... ¡Oh, el buque!... quien no se quedara sin aliento... mirando... no era sino un guarro lamentable, ¡mierdaapestoso y capullo! ¡y sin remedio! ¡como para ahogarlo sin decir ni pío! ¡en el acto! no en las ondas que profanaba, sino bajo inmensidades de basura, ¡cien mil carretas de agua de estiércol soso! ¡Exacto! ¡Canción sin palabras!...

«¡Vergüenza le tendría que dar! ¡Y a sus malditos cómplices, tan chungalíes!... ¡La Puerta cerrada para siempre a ese cochino! ¡Escándalo en el Palacio de los Nautas! ¡Avatar en el retrete!»

¡Muy bien dicho! ¡Por aquí! Seguidme...

¡De prisa!... ¡Apretemos el paso! Dos callejones más, un mercado totalmente desierto... y después las ruinas de un incendio... y luego una plaza minúscula, con un farol en el centro, tres casas carcomidas, que demoler sin piedad, una que se defendía

aún, el almacén North Pole, donde Tom Tackett me guardaba los cuartos, día tras día, las semanas en que hacía alguna chapucilla, aquí y allá... en las dársenas, tareas fáciles para mis brazos, mis piernas... En las verbenas con Boro donde ganarme unas perrillas para las cosas más necesarias... dos camisas, medias suelas, un suéter de lana pura. Tom Tackett, la previsión en persona, tenía de todo en su tienda, tomaba mi parné en depósito, yo solo no habría podido guardar nada, a fin de mes me proveía. «Ship Chandlers<sup>[52]</sup>» era su ramo, todo el material del marinero, todo lo necesario para la tripulación, para el capitán. Cuchillos, botas así de grandes y linternas, faroles de todos los colores y también dados un poco fules y salmuera inolvidable, que aún no he digerido.

Me hago un lío, como un viejo zángano, tropiezo retozando, ya lo veo, cuento sin orden ni concierto, en fin, ¡mala suerte! Disculpad un poquito a este pureta travieso tanto divagar sin ton ni son, tanta cháchara sobre sus amigos, ¡en lugar de mostraros las cosas!... ¡En marcha! ¡y sin parar!... A ver si os guío como Dios manda... ¡sin extraviarme a derecha ni a izquierda!... ¡Rumbo al noroeste en seguida!... Bordaremos las paredes del Templo... «Los discípulos y el anabaptista», el Templo todo él ocre entre sus rejas<sup>[53]</sup>, que no repicaba sino los domingos, ¡y poca cosa! ¡sólo tres, cuatro toques!... Ahí teníais, en derredor, el gran terreno, todo él verde y negro... una llanura de gruesa arcilla con charcos, donde los descargadores jugaban al rugby los sábados a las dos... con jerseys blancos y rosas ceñidos... donde reinaba la belleza del color... Los había todos azules o todos malvas... el equipo de Poplar, por ejemplo... que desataba las pasiones con facilidad... Los hinchas, que mascaban tabaco sin parar, tiraban lapos al equipo antipático, ¡la cosa se ponía fea y se cabreaban! ¡El resultado era unas grescas sanguinarias por una simple pelota perdida! ... ¡Como os lo cuento!... Acababa en hecatombes por un saque discutido... Había injusticia, deporte colérico, sobre todo con los italianos, que se llevaban la palma en todos los *pubs* de Lime<sup>[54]</sup> a Poplar... jugaban en familia en el equipo, curraban en los West Docks<sup>[55]</sup> por tribus... Una población arrebatada... Servía también para otra cosa el terreno cenagoso anabaptista. En él apalancábamos nuestros tubos de opio, en sus terraplenes, en los hoyos de ratas, las cajas de junco, la mandanga del río, el contrabando curioso, que el chino lanzaba al vuelo por el ojo de buey, de noche o de día... ¡Frrrrt!... ¡Lanzado!... El barco se deslizaba despacito... casi como para detenerse... giraba en la esclusa... el piloto hurgaba en su esfera... ¡Ding! ¡Dang! ¡Derang! ¡Dong!... ¡Un segundo! ¡Un suspiro!... ¡La caja al agua! ¡Plac!... ¡Salpicaba! ¡Mandanga a nado!... ¡Atrápala!... ¡Yo no entendía ni jota al principio! ¡Había pasado cerca muchas veces!... ¡Cegato!... ¡Ya lo creo! ¡Boro fue quien me puso al corriente!... Me mostró el objeto del asunto... Había que guipar en cuestión de un segundo... el ojo de buey escupía... ¡Fluiitt!... ¡saltaba!... ¡Pluc! ¡al agua!... ¡Correo de las olas!... ¡el cómplice!... ¡el bote se lanzaba!... se separaba de la orilla... ¡y a escape!... ¡cinglaba que se las pelaba! ¡Duro ahí!... ¡Rozaba el costado! Pillaba el paquete... ¡Se daba el piro!... ¡perdiendo el culo!... ¡Corría!... ¡se

escurría!... a los *wharfs*<sup>[56]</sup>... se esfumaba en las sombras... esquivaba a la pasma... al ras... ¡se metía en las brumas!...

Os cuento todos estos detalles porque, discretos en el recuerdo, nada pesan sobre los años... hechizan poco a poco a la muerte, ésa es la ventaja. Trabajo sortilegio, vamos, ¡que no existe, cautivador, sino al borde del agua!... ¡Os aviso!... ¡Buen provecho os haga!... ¡No se hable más!...

Tras las casas en hileras, tras las calles análogas todas por las que os acompañó amablemente, se alzaban las murallas... los almacenes, las gigantescas murallas enteramente de ladrillo... ¡Acantilados de tesoros!... ¡almacenes monstruosos!... graneros fantasmagóricos, ciudadelas de mercancías, montañas de pieles de chivo, ¡que apestaban hasta Kamchatka!... Bosques de caoba en mil pilas, atados como espárragos, en pirámides, ¡kilómetros de materiales!... alfombras como para cubrir la Luna, el mundo entero... ¡todos los suelos del universo!... ¡Esponjas como para secar el Támesis! ¡unas cantidades!... Lanas como para asfixiar Europa bajo montañas de calor mimoso... ¡Arenques como para colmar los mares! Himalayas de azúcar en polvo... ¡Cerillas como para freír los polos!... ¡Pimienta en avalanchas enormes como para hacer estornudar siete diluvios!... Mil barcos de cebollas descargados, como para llorar durante quinientas guerras... Tres mil seiscientos trenes de alubias secando bajo cobertizos más colosales que las estaciones Charing<sup>[57]</sup>, Norte y Saint-Lazare juntas... ¡Café para todo el planeta!... para sostener en sus marchas forzadas los cuatrocientos mil conflictos vengadores de los ejércitos más enérgicos del mundo... nunca más sentados, zumbando, exentos de sueño y papeo, supertensos, fulminadores exaltados, reventando con la carga y el corazón contento, ¡arrastrados a la supermuerte por la hiperpalpitación supergloria del café en polvo!... ¡El sueño de los trescientos quince emperadores!...

Y otros edificios aún más enormes para los pitracos en profusión, las piltrafas en manteca a carretadas, secas y congeladas, con mahonesa y mostaza, de cazas tan prodigiosas, infinidad de salchichas con corteza de tocino picado, ¡de la altura de los Alpes!... Grasa de «corn-beef», masas gigantescas que cubrirían el Parlamento y Leicester y Waterloo<sup>[58]</sup>, que no se los volvería a ver, vamos, si les cayeran encima, ¡los sepultaran de pronto! dos mamuts enteramente trufados, recién transportados del río Amur, preservados, intactos en sus hielos, ¡frigorificados doce mil años!...

Ahora voy a hablaros de las mermeladas, colosales de verdad en dulzor, foros de tarros de ciruelas mirabel, océanos de oleajes de naranjas, en ascenso por todos lados, desbordando por los tejados, ¡flotas completas del Afganistán!... Los lukums dorados de Estambul, azúcar puro, en hojas de acacias... Mirtos de Esmirna y Karachi... Endrinos de Finlandia... Caos, vallejitos de frutas preciosas almacenadas bajo puertas triples, surtidos increíbles en sabor, fantasías de las Mil y una Noches en encantadoras ánforas azucaradas, gozos para la infancia eterna prometidos en las Escrituras, tan densos, tan ardientes, que a veces saltaban murallas, de tan fuerte superpresión a que estaban sometidos, reventaban las chapas, chorreaban hasta la

calle, ¡caían en cascadas! ¡en torrentes suaves y delicias!... Entonces cargaba la policía montada al galope triple, despejaba las inmediaciones, la perspectiva... zurraba a los saqueadores con vergajos... ¡El fin de un sueño!...

Justo detrás de esas dársenas, se precipitaba la gran corriente de aire, llegaba en tromba desde los altos céspedes del valle en Greenwich... la gran curva del río... Las vaharadas del mar... del estuario, allá, de aurora pálida... después de Barking... extendido justo bajo las nubes... por donde llegaban los cargueros diminutos... donde las olas rompían contra los diques, mojaban, se desplomaban, se esfumaban en el cieno... El reflujo.

¡Todo depende del estilo que te guste!... ¡Os lo digo modestamente!... El cielo... el agua gris... las riberas malvas... todo son caricias... uno en la otra, te dejas llevar... suavemente arrastrado en corro, en lentas vueltas y remolinos, te ves hechizado cada vez más lejos, hacia otros sueños... como para morir de hermosos secretos, hacia otros mundos que se preparan con velas y brumas de grandiosos dibujos pálidos y etéreos, entre los grumetes que cuchichean... ¿Me seguís?

En la corriente, más lejos, hacia Kindall<sup>[59]</sup>, se divisaban los «pontones» en apuros, balandros y *dundees* largando velas, cargadas hasta casi volcar... Todas las verduras de la mañana, todo el carguero de las «perecederas» zanahorias, manzanas, coliflores, hasta las vergas, maniobrando contra el viento, luchando en bordadas hacia la ciudad, ¡rumbo a las amas de casa!... Poco tráfico en ese momento, aparte de los agrios, gabarras llenas, ¡el reflujo hacia las siete!... olas hasta los arcos, hasta el canal del Puente Mayor<sup>[60]</sup>, cuando el piso cedía, se elevaba, chirriaba, ¡se rompía en dos! ... y el Correo de Australia entraba pavoneándose con alta y lenta majestad en el río, su negro estrave cortaba en lo vivo la espuma, su estela de mil olas se arrugaba en cascadas, a lo lejos, se chafaba en las rocas...

¡Unos pasos más hacia el muelle, por favor!... y luego un rodeo fuera de la esclusa y volvíamos a estar en el camino de sirga... el paso pringoso, todo cieno, algas, ¡cuidado!... Más abajo aún, por las rocas, ¡avanzábamos un poco pisando huevos! ¡muy a tientas!... aquí y allá... Estábamos ante un túnel... Mejor dicho, una especie de alcantarilla, entrábamos allá abajo, ¡nos hundíamos! subíamos los doce peldaños... desembocábamos en plena tasca... no de las más grandes, pero ¡amplia, de todos modos! un *pub* que podía contener, con todos los postigos cerrados, sus buenas cuarenta, cincuenta personas... Había que conocer los accesos... Mejor llegar con la marea baja, así ni visto ni oído, o de noche en embarcación, entonces marea alta, ¡y pasito a paso!... ¡era pintoresco!

*El crucero para Dingby*<sup>[61]</sup>, el *pub* de que os hablo, el nombre de su *licence* entre Colonial Docks y Trom<sup>[62]</sup>.

No quedó gran cosa, ya puedo anunciároslo en seguida, acabó en un desastre, ya os enteraréis leyéndome.

Además, ahora, con las bombas, no debe de quedar pero es que nada, hasta las cenizas deben de haber volado... ¡Qué lástima! ¡Me veo obligado para todo a

recordar! ¡Me habría gustado volver a verlo!

Una taberna bastante tranquila, la verdad, y famosa en los tres tramos del canal, y ni terrible ni criminal, ¡mucho peores las hemos conocido!... Los clientes, descargadores más que nada, parroquianos, obreros, con algunos golfillos, lógicamente, nunca faltan. Una pequeña pandilla de pillastres.

El patrón de la *queli* no era charlatán, era amable, servicial, pero reservado, no hacía muchas confianzas... Esperaba a ver... Sus gestos siempre me asombraban, una destreza para atrapar los vasos, a veces cuatro o cinco a un tiempo, en el aire como moscas, ¡hacer malabarismos con ellos! sin romper nunca un platillo, un volatinero... Todo un artista, desde luego, funámbulo, oficio ahora prohibido en los grandes espectáculos, hermoso oficio perdido... Además del *pub*, a hurtadillas, prestaba con fianza a los borrachos y, además, vendía un poquito de mandanga. Hay que reconocerlo. Aceptaba los encargos, las citas, más delicados, ¡y nunca el menor soplo! ¡una discreción con la bofia! ¡una tumba para las palabras! Cosa rara en el hampa.

Parábamos en su *queli*, al menos en los primeros tiempos. Era un sitio práctico para nosotros, muy cerca de los *bus* de Wapping y, aun así, en pleno centro de las dársenas... Una situación rara. Podíamos tirarnos por la ribera, cuando los guripas del Yard se acercaban, cuando oíamos sus simpáticos pasos... sonar sus calcos... en los adoquines... En cuanto a los otros, los *polices* del río, cuando pasaban al ras de los pilares con su lancha, ¡*ptup!* ¡*ptup!*... motor solapado... peditos muy suaves... se colaban sin decir ni pío... para hacerlo rabiar... tardaban más de una hora, en su tejemaneje, en ir a las esclusas y volver... ¡Eso que teníamos ganado! Como ratas los veía yo, ratas asquerosas entre el río y la ribera, nunca pude tragarlos... ¡la peor canalla en tierra y en el agua!... ¡Los más mierdas de las olas!... ¡La «policía del río»!... ¡Ya es que superaban los límites de la perfidia!... ¡Y no os he contado todo! ... Me embrollo de rabia al pensarlo... ¡echo chispas!... ¡me extravió sólo de comentarlo!... ¡de recordarlo!...<sup>[63]</sup> ¡No está bien!... ¡Mil vergüenzas!... ¡Mil excusas!... No son modales, ¡bien que lo comprendo!... ni artista... ni razonable... Os llevo a la mesa otra vez... ¡Os recibo!... ¡Os ofrezco algo! en el salón con todo el mundo... No quiero subir al primero... Abajo, pues, os instalo... Un cuarto largo y se acabó... con tabiques para el *pub*... oscuro, pringoso, pero caldeado con la estufa... en la temporada se apreciaba... el propio patrón ponía orden... Prosper no era debilucho... No necesitaba matones como en los *Saloons* de Mile End... en *La Prestancia* ni mucho menos...

Tosías un poco al entrar por la espesa humareda... también porque era lo habitual... estaba opaco hasta el fondo del salón... hasta el ventanal que daba al Támesis... los cristales a lo ancho... Para ver bien había que pegarse a ellos... Prospero Jim estaba en la barra... Bizqueaba, pero veía bien a su gente... Diquelaba fino, un artista... Yo no le hacía gracia... Debía de tener algo de envidia...

«La cuerda, ¿comprendes?», me recordaba... «Con eso está dicho todo...



¿Verdad, chaval? ¡La cuerda! ¡ahí está!...»

Al evocar su antiguo oficio, se ponía orondo al instante... bailarín en la Compañía Bordington, el gran circo mundial, un mes en cada ciudad, récord de taquilla, siempre con el mismo triunfo, las flores, los puros y *girls* a placer... Sólo decía un chiste, siempre el mismo: sobre el sol. Cuando fuera llovía en trombas, no cesaba de contarlo...

«*Lovely weather my Lord! Lovely smile! London Sun!* ¡Sonrisa de Londres! ¡Sol! ¡Señor mío! *don't you think?*»

Lo soltaba desde la barra a cada tipo que entraba, así se vengaba como italiano de que lo llamaran «ravioli», por su chamulle.

«Aquí, verdad, ¡sólo llueve dos veces al año!... Pero ¡seis meses cada vez!...»

Se lo sabía todo del río, las gentes, los usos, los tráficos, de su tasca, sus clientes. Desconfiaba de los nuevos... tenía miedo a todos los que merodeaban... No era mala persona, pero estaba amargado por el clima, hacía pasta y se acabó... Quería volver al sol... A su tierra, Calabria, ¡y forrado! ése era su programa... No era sólo eso... ¡También había desgracias!...

«¿Qué? ¿bien?...», me preguntaba.

Así me tanteaba. Bien veía yo lo que insinuaba, si habíamos recibido lo del barco... Si de entrada le hubiera respondido a las claras, habría metido la pata hasta dentro... Debía refunfuñar así «¡Ooh!... ¡Ooh!...», inquieto, no charlatán... la buena impresión... siempre en guardia... nos ha hecho un daño horrible, nuestro hablar por hablar... a la francesa... Si respondía «¡hum! ¡hum!», me apreciaba... De día íbamos a instalarnos en la mesa larga, junto a la ventana... pasaba el tiempo... los clientes dormitaban un poco... Roncaban incluso algunos... la fatiga, el humo y la *stout*, que adormece... Una pinta por barba... Por allí había maniobras sobre todo... Esperaban la hora de la marea, que se pusieran a pitar otra vez en los Wharfs Poplar, que se armara el jaleo otra vez, detonase, que las vagonetas rodaran... entonces, ¡la tromba a las bodegas! ¡cómo salían jalando de todas partes! desaparecían entre la chatarra, empezaba el estruendo otra vez, sudaban ahí dentro, hipaban por los esfuerzos, apencaban, jadeaban, se bamboleaban y zigzagueaban a todo vapor... ¡¡*Chnuff!*!!... ¡¡*Chnuff!*!!... ¡La grúa se afanaba, enrollaba, bamboleaba los trastos!... ¡subía! ¡bajaba!... ¡levantaba una polvareda! ¡los cachivaches en ebullición! ¡Aún teníamos tiempo de verlas venir! El reflujo chapoteaba hacia las ocho... Los clientes no hablaban demasiado... dormitaban más bien de cansancio... esperaban... bastaba con diquelar de vez en cuando, vigilar la perspectiva, la superficie lisa allá, a lo lejos... hacia los árboles... el claro en el recodo... hacia Greenwich, después de Gallions Rock<sup>[64]</sup>, donde los barcos subían con los prácticos, se dejaban llevar por el reflujo... noroeste... noroeste... pequeños primero, en cabeza... los chillones, la caravana... los grandes detrás, los mastodontes, los paquebotes, los de zumbido grave, con sirena de tres ecos... la ronca... de fagot, la doliente... luego los de Indias... Los «P and O»<sup>[65]</sup>... ¡ésos lastimaban!... ¡majestad!... ¡Qué señores! ¡El

correo! ¡Los clientes salían jalando de la cantina! ¡La avalancha a las amarras!

¡Atracaba el barco!... ¡El *pub* se vaciaba en un segundo!... ¡toda la clientela a los escalones!... ¡a la espadilla!... ¡perdiendo el culo!... ¡al estrave! ¡a los barandales!

El segundo observaba desde allí arriba.

«¡Que suban cincuenta! *Fifty!*...»

El vozarrón del segundo hacía eco...

«*Two extra!*... ¡Dos más!...»

¡Duro ahí, la chusma! ¡como un rayo!... ¡Se despachurraban! ¡se mataban en las cuerdas!...

Subían los *dockers*.

¡La gran hélice batía en el culo!... ¡¡*Vluff!*!... ¡¡*Vluff!*!... ¡¡*Vluff!*!... ¡con ganas en la sopa! ¡a borbotones!...

Del telégrafo... del puente: ¡*Dring!* ¡*Dring!* ¡*Dring!*!...

«¡Hacia atrás!...»

¡Muy despacito! ¡gran temblor!... ¡Se iba acercando al muelle!... ¡gemía por el flanco!... acercándose despacito... Enorme, ahí, bordeaba... ¡atracaba!... ¡Listo!... ¡Uf! ¡se acabó!... Un hondo sollozo le recorría toda la barriga... ¡Uf! ¡Uf! ¡se acabó! ¡se acabó! ¡mucho barquito!... Triste fin de la música... ¡La pena lo embargaba!... ¡Regreso a puerto!... Atado por todos lados, mil cabos... La pena le subía, ¡lo cubría todo!... ¡lo abatía!... *Stop!*

A Cascade lo encontramos en su casa en un estado de abatimiento, que nadie se atrevía a abrir la boca. Apreciaba, al fin y al cabo, a su gente y a las chavalas, en particular. Eran nueve en torno a él, simpáticas, gruesas, delgadas, y dos, además, carrozonas, auténticos callos, Martine y la Loba, llegué a conocerlas bien más adelante, las que más le rendían, campeonas en encanto, ofendían a la vista. Los gustos de los hombres, un auténtico batiburrillo, te meten la nariz en cualquier parte, se llevan a bizcas, patituertas, creen que son pozos de ciencia amorosa, allá ellos, nunca se enterarán, y que quilen.

Formaba un gallinero de espolones, cotorreos, chillidos, como para dejarte aturdido, la batalla tan cerquita, no se podía oír. Cascade quería que se acabara, tenía un discurso preparado, cosas importantes. Se agitaba en mangas de camisa, aullaba para que acabasen, que callaran el pico un poco. Con el chaleco gris perla muy ceñido, pantalón estilo cingaro, el rizo liso en la frente, bella voluta, hasta las cejas, aún causaba gran impresión, se defendía con el prestigio, ya no intentaba dárselas de guapetón, sólo un poquito por el bigote, su mostacho, ¡cómo había camelado en tiempos! Pero estaba encaneciendo recientemente, había cambiado, sobre todo por las profundas preocupaciones, el comienzo de la guerra, ya no podía oír gritos, sobre todo los cotorreos de las chavalas, en seguida se cabreaba como una mona.

Había que adoptar decisiones...

«De todos modos, ¡no puedo chulearos a todas! ¡Joder!...»

Ellas se reían de su apuro.

«¡Tengo cuatro nada menos para mí solito! ¡Vale! ¡Me basta! ¡Ni que fuera el Chabanais<sup>[66]</sup>! ¡No quiero más, Angèle! ¿me oyes? ¡No quiero ni una sola más!»

Rechazaba a las mujeres.

Angèle sonreía, le parecía cómico, su hombre, con sus clamores. Mujer seria, su Angèle, la de verdad, que regentaba su *queli*, pero con muchas dificultades.

«¡No estoy loco, Angèle! ¡No soy Pelicano<sup>[67]</sup>! ¿Adónde vamos a ir a parar? ¿Dónde voy a esconder a todas éstas, si esto sigue así? ¿Por quién me toman? Si no queda más remedio, ¡de acuerdo! pero, es que, mira, ¡va que chuta! el Colega no se calienta la cabeza... Hace dos días se las piró... vino a verme, el sarasa... a comerme el coco... Quería convencerme: “¡Toma la mía, Cascade! ¡anda, ninchi! ¡Sólo tengo confianza en ti! Me voy a la guerra”, fue y me anunció. “¡Al combate!...” Pues, ¡vete!

»“¡Tú eres un colega! ¡Te conozco! ¡Es mi oportunidad!” ¡Dicho y hecho!... ¡Se dio el piro! ¡El señor se abrió sin volver la cara! ¡Hale, una chavala más! ¡para el menda! ¡Pobre Cascade! ¡Una mejor! ¡Ni abrir la boca pude! ¡Qué primo soy! “¡Me voy a la guerra!” ¡y listo! ¡Tan campante! “¡Me han readmitido!”, va y me dice, “¡en Zapadores! ¡en el 42.º de Ingenieros!” ¡Todo perdonado! ¡El señor se daba el zuri! ¡Se hacía el jovencito! ¡Se quitaba de encima las preocupaciones! ¡Las lumis para mí!, pensé... Me dije: “¡el Colega me ha tanguelado! ¡Se aprovecha de las circunstancias! ¡Me nombra gerente bondadoso!” ¡No me hizo gracia la broma! ¡No veas qué cabreo cogí! Salí de allí, me fui hacia el Regent... Me dije... “¡Hombre! Voy a despertar al *Book*<sup>[68]</sup>, se me ha ocurrido una idea... ¡Las cuatro! Es la hora en la *Royale*<sup>[69]</sup>, ¡el pago de las carreras!... ¡voy a pasar a recoger mi parné! ¡Una pasta gansa! ¡Phil el Tartamudo me debe la tira! No se da prisa precisamente. ¡Le voy a partir los piños!...” ¿Y con quién me fui a tropezar en la puerta?... ¡Con el Guapo!... Al instante me cogió por banda... ¡en un estado, el muchacho!... ¡Un ardor!... Me dije: “¡Está borracho!...” ¡Qué va!... ¡Acababa de alistarse! ¡Otro más! Decía gilipollices por un tubo... “¡Cascade!”, me dijo, “¡toma a mi Pauline!...” ¡Así me lo suplicó!... ¡Así, de buenas a primeras!... “¡Me harías un favor!... ¡y también a Josette y a mi Clémence!...” ¡Ah! ¡hale, a abusar ya! ¡me asfixiaban!... “¿Co? ¿Co? ¿Cómo?”, dije... No me dejó acabar... “¡Embarco esta noche! ¡Me incorporo al 22.º, en Saint-Lo!...” ¡Así! ¡*pof!*... ¡Ni abrir la boca pude!... Me agarró... ¡me apretó!... ¡En el estómago! ¡No podía negárselo!...

»“¡Me envías la cuenta! ¡Te quedas tus *fifty*<sup>[70]</sup>, pichagorda!” ¡Ya veis cómo me hablaba!... “Pero ¡ándate con ojo con la Pauline!”, se dio media vuelta y me dijo, “¡le hacen tilín los rubios!... Rómpele las costillas, ¡y me harás un favor!... No es que le falte ánimo, pero ¡tienes que hacerla entrar un poco en razón!... ¡Bueno, chico! ¡Me voy pitando!... Saludos a los colegas... ¡El tren sale hoy a medianoche!” “¡No te dejes matar!”, fui y le repliqué... Pues, ¡ya eran dos!... ¡Yo ya estaba de una mala hostia!... La situación empeoraba... Me senté... pedí mi vermut... ¡Huy, qué bichos! ¡No me dejaban respirar! entonces va y se me instala la Cachas en el velador de al

lado... Me hice el sordo un poquito, ella me hizo señas, me llamó, la Cachas, verdad, ¡la del *Piccadilly!*, la que currela en el bar con su hija, se dirigió a mí, se puso a darme la lata... “Cascade, cuento contigo...” ¡Otra!... No esperó a saber mi opinión... “¡Encárgate de mi niña y de su prima!... no tienen pasaporte, ni una ni otra... Voy a ver a mi hombre a Fécamp, está de chorchi desde hace tres semanas, va a montar un picadero en Bretaña, aún no sé dónde, pero ¡es bonito!” Así empezó. “¡Es para los americanos! ¡Tú no te vas! ¡Hazme ese favor!...” “¡Claro, mujer! ¡Claro que sí!”, ¡fui y le respondí! ¡El primo el menda otra vez!... Tampoco podía negárselo... Es una mujer extraordinaria, la Cachas, de las que no abundan, ¡no hay otra igual en el mundo! ¡Un auténtico modelo para los macarras!... legal, sencilla y sociable, ¡nunca ha puesto cuernos a nadie! ¡Recta como una vela, servicial y demás! ... Veintidós años llevo tratándola... Le dije: “¡Vale, guapetona, tráete a tus esclavas! ... pero ¡mucho ojo, que las manos van al pan!... ¡No quiero que corrompan a mis jais! ¡Bastante me cuesta ya sujetarlas!... ¡El vicio es la muerte del trabajo!... Un poco de tortilla, ¡vale!... pero ¡sin pasarse!...” Así se lo dije.

»“Lo apruebo”, fue y me respondió, “¡querido Cascade! ¡Dales jarabe de palo! ¡No te cohíbas! ¡Totalmente de acuerdo! ¡Conozco tus principios!”... “¡Bien!”, me dije... “¡beneficios de guerra!...” ¿Me irían ya a dejar en paz de una puta vez?... ¡Ya debían de haberse largado todos!... ¡incorporados a sus unidades feroces! ¡Tambores, trompetas y toda la hostia!... ¡De vuelta en Berlín a esas horas! ¡No debían de quedar mujeres por ahí tiradas!... ¡combatientes más fules! ¡Tú fíjate, Nénette!... ¡Se me acercó la Purili!... ¿Y de quién me fue a hablar? ¡Adivina! ¡Del Pierrot!... ¡Pierrot el Bracitos! ¡Acababan de trincarlo! ¡Tres años de talego! ¡Menudo marrón! ¡Y, además, el gato!...<sup>[71]</sup> Pues, ¡qué noticias más buenas! ¡Pierrot el Bracitos! ¡Un ángel! ¡En el trullo en Dartmoor<sup>[72]</sup>! ¡El currutaco! ¡Desde el viernes! ¡Huy, huy, huy! Y a llorarme a mí también, ¡que si no tenía ningún colega al que recurrir! ¡que si tenía que hacer yo de abogado!... ¡Contaban conmigo!... ¡su salvador!... ¡su amigo!... ¡su hermano! ... ¡Y que si patatín! ¡y que si patatán!... ¡Otras veinticinco libras soltó este primo! ¡y, además, otra herencia!... ¡dos chavalas y muy monas! ¡La Purili y la Raymonde! ... ¡dos purís!... ¡Es mi estrella!... ¡Lo prometido es deuda! ¡Tráete a las jais! ¡El primer marrón de Pierrot!... ¡Mala bají, vamos! ¡La cosa se ponía fea! ¡Su primer marrón!... ¡Ya me barruntaba yo la desgracia! Las mujeres de Pierrot, para qué nos vamos a engañar, con todos sus vicios y demás, si sacan tres libras, ¡es el no va más! ... ¡A la chita callando me las endilgaba otra vez y a buen precio! Se las había vendido yo. Conque, ¡menudo si me las conocía!... ¡Aún no había acabado de poquinelármelas!... ¡No iba yo a decir nada! el hombre en la necesidad... ¡Claro está!... De todos modos, costaban trescientos billetes a pelo, ¡y sin contar la lencería! De aquí a que me las recuperen, las muy putas, ¡ya es que llevará peluca el Bracitos! ¡La de marrones que se habrá tragado, allí en la landa de Dartmoor!... ¡No veas!... ¡A sus mujeres ya no les quedará ni el bul!... ¡Podría cobarlas yo 25 años! Mira, me las conozco, ¡nada las engorda!... ¡Parece que jalaran niebla!... ¡unos fideos que dan

pena!... ¡En fin! ¡de todo tiene que haber!... ¡Lo jodido es tener que cargar con ellas otra vez! ¡En el fondo son como chachas!... ¿Y Quenotte? ¡menudo jujanas también el que me las había pulido!... ¡No veas si lo recuerdo también, a ese andaba!... ¡De Burdeos! ¡Con el acento y la afición da la priva!... ¡Menudo ladrón, el Quenotte!... ¡sus mujeres eran tres cuartos de lo mismo!... ¡No me gustan de ese estilo!... ¡mujeres randas!... *Business is business!*... ¡Cada cosa en su sitio!... Pero, ojo, ¡que me estoy haciendo un lío!... ¡Me pierdo, por fuerza!... Entonces va y se me presenta el Max<sup>[73]</sup>... Me echó los brazos al cuello... Yo estaba cavilando precisamente...

»“¡Esas rondas corren de mi cuenta!”, anunció. “¡Oye, Cascade! ¡Mira! ¡Me marchó esta noche!...” “Otro”, pensé. “¿Adónde?”, le pregunté... Ya no me sorprendía... “¡Me incorporo a Pau!”...

»“¿A Pau?”, me eché a reír... Todos los del velador se cachondearon... “¡A pelo! ¡A pelo!” Se chungueaban en sus narices.

»¡Saltó con una mala hostia! Armó un escándalo... “¡Idiotas! ¡Idiotas!”, nos llamó... “¡Atajo de maricones! ¡Que no tenéis huevos! ¡Inútiles para el servicio!... ¿verdad?... ¿Inútiles?...”

»A mí parecía que se dirigiese... ¡Ah! ¡era el colmo!... Pero ¡si yo no le impedía marcharse!... ¿Por qué me insultaba?... ¡Otro para Alsacia-Lorena! ¡Se me retorcían las tripas! ¡Adiós muy buenas! ¡El buchante en la cabeza!... ¡Yo no quería saber más! ... Ahuequé... ¡salté de mi asiento! ¡Me lancé afuera!... pitando, ¡qué leche!... ¡Corría que me las pelaba!... ¡Ya me veía salvado!... ¡Sí, sí!... Entré en Berlemont<sup>[74]</sup>... Estaba Bob en el bar con Bise... No quería que se pusieran a hablarme, me metí por el callejón de los sastres, salí por el otro lado, en pleno Soho... ¿Y con quién fui a tropezarme? A ver, ¡adivina!... ¡una posibilidad entre mil! ... ¡Con Picpus y Berthe, su mujer!... ¡la de Douai!... ¡Me la conozco yo a ésa, claro está! ¡un pendón! ¡Qué regalito! ¡ni hablar! Me dije: “¡Me la va a endilgar!... ¡Hoy es mi día! ¡Es la moda!...” ¡Zas! ¡no falló!... Me cogió por banda... “¡Ah! tunante, ¡no me vayas a hacer eso!...” ¡Quería engatusarme!... ¡Me suplicó!... “Tú eres el único que se queda y los italianinis... ¡nos van a quitar el pan!... ¡Tú eres nuestra única esperanza! ¡Cascade! ¡nos van a bailar todas las socias!... Si abandonas a los amigos, ¡sólo quedarán ellos y los corsos! ¡La rebatiña!... ¡Es horrible!... ¡La muerte!... ¿Es que no te conmueves?... ¿Dónde tienes el corazón?” ¡Había que tener rostro!... ¡Me estaba dejando sin respiración!... “¿Y vosotros, cabritos?... ¿Por qué os las piráis?... ¿pánico?” “Tú, ¡tú tienes varices y albúmina!”, fue y me respondió... “¡Así ya se puede!...”

»Se lo había contado yo.

»“¡Lo que os pasa es que estáis borrachos, todos!”, le repliqué, “¡y enfermos y majaras perdidos! ¡Que os va el rollo con ganas!”

»Al final me habían cabreado.

»Él quería convencerme, de todos modos.

»“Entonces, ¿no comprendes la pena?... ¿Que tenemos morriña?... ¿Es que no

entiendes nada?... ¿Es que no te haces idea?... ¿La morriña?... ¿Me oyes?... ¿La morriña? ¿Acaso tengo que dibujártela? ¿Que no podemos más, vamos! ¿A ti no te pasa?... ¡Mira a los demás a tu alrededor!...” Me citó al Bubu, el Chocolate, Grenade, Tartouille, Jean Maison y, por último, el Colega... ¡Se habían ido para allá! ... ¡Ahí tenía una prueba!...

»“Y mi plas, de permiso, tiene la medalla militar... ¡Es del regimiento de Cahors! ...”

»“Bueno, ¿y qué? ¿Qué demuestra eso? ¿Es que queréis ver quién resulta más herido?... Vais a palmarla todos, ¡y por los calcos! ¡Ahí es donde tenéis la cabeza!... ¡No arriba!... ¡abajo! ¡os lo digo yo!... ¡Y mierda para vuestras bocas!...”

»“Bien”, fue y me dijo, “anda, ¡píalas, Cascade, majo! ¡te sienta bien! ¡no me enfadaré!... Pero ¡quédate con mi Berthe! ¡Palabra de Picpus que es lo único que te pido!... Pero, oye, decidido, ¡ya la conoces! ¡te la confío!... Hace falta Dios y ayuda para hacerla cuidarse y eso que buena falta le hace...”

»Era cierto que arrastraba un sifilazo, que no veas... De eso estaba al corriente yo, ya lo creo... ¡que no se lo había quitado de encima!... Los médicos, ¡menudo! ¡se la pasaban unos a otros!... Erupciones por aquí... ¡erupciones por allá!... Había costado su peso en oro, Berthe, sólo en inyecciones, bubones... En fin, ¡era asunto suyo, verdad!... A veces tres meses de hospital, sin exagerar, por una pupa, y a veces hecha un asco por todas partes, chancros hasta en las orejas... Berthe y Picpus, ¡hay que ver lo que son!... ¡No veas qué palizas le da! cuando se ponen a discutir de verdad... ¡Un día le rompió tres costillas!... Siempre por su cabezonería de no querer ir al médico... ¡Dan asco las mujeres que no se cuidan!... “¡No quiero ir al novar! ...”<sup>[75]</sup> ¡El lloriqueo!... ¡Buah!... ¡Buah!... ¡un cuento!... ¡Pamplinas!... ¡Yo voy sin falta al médico!... ¡y no desde ayer!... ¡Desde hace quince años! ¡sin falta!... ¡No me lo salto ni una sola vez!... ¡La salud lo primero!... ¿Por qué han de escaquearse ellas, las muy putas? ¿Por capricho?... ¡Habrás visto! “¡Ah!... ¡Yo no me lavo el coño!... Soy guapa, ¡me aman!...” ¡Eso por ligarse a chachas! ¡Son sucias de por vida! ¡Andan por ahí!... ¡recogen mugre!... ¡siempre sin prisa!... ¡nunca meten el coño en el agua!... ¡Me quedo con todo y listo! ¡Sífilis y demás!... En su vida se acercarían a un bidet, si sus hombres no anduvieran con ojo, constantes, maleducados, furiosos. ¡Se las comerían los gusanos de arriba abajo!... ¡Ah! ¡los clientes no se dan cuenta del quebradero de cabeza que representan las mujeres!... ¡Cómo se empeñan en ponerse enfermas y bordes! Con el velo y los melindres, ¡siempre impecables! Pero ¡con la almeja! ¡ah, no! ¡ni hablar!... ¡Les importa menos que un comino!... ¡Berthe no es peor que las otras!... Hay que ser pero que bien veterano, ¡y ni aun así!... ¡no un macarra cualquiera! ¡para conocerla chipén, a su indecente!... ¡Ya lo creo!... Entonces Picpus insistió... “¡Quédate con mi Berthe!” ¡Me quería camelar!... Estaba absolutamente decidido... “¡Cógela en depósito!... Gana lo que quiere en el Empire<sup>[76]</sup>... ¡No tendrás problemas! *Fifty-fifty!*” ¡Ah! de todos modos, me fastidiaba con ganas ver marcharse así a un coleguilla al que nadie pedía nada...

»Intenté convencerlo, de todos modos.

»“¿Por qué te largas, tontaina? ¿Quieres dejar tu sitio a los otros? ¡Esto es Jauja de verdad ahora! ¡Te sacas lo que quieres en el *biss!*...<sup>[77]</sup> ¡La tira de sorchis!... ¡Nunca ha habido tanto trabajo en Londres! ¡Pregunta al Pelirrojo!...<sup>[78]</sup> ¡Hace treinta años que es de los nuestros! ¡Nunca había visto cosa igual! ¡Te forras en un día! ¡permisos a porrillo! ¡Te vuelven cargaditas, las chavalas!... ¡Podrás tener la casa en Nogent! Dentro de seis meses podrás marcharte... ¡Un poquitito de paciencia!... ¡Te has ganado la oportunidad!... ¡Y ahora te abres! ¡Te digo que esto es una mina! ¿A qué viene esta gilipollez? ¡No seas payaso! ¡Qué decepción, Picpus! ¡Anda, vete a recoger tu armamento! ¡Me das asco! ¡Ya ves tú! ¡Me indignas!...”

»¡Ya más no podía decir! ¡Así mismito le hablé!... ¡Ni siquiera me escuchó!... ¡Vuelta a empezar con lo de su chorba!... Estaban ahí los dos, Berthe y Picpus, en la acera... ¡Qué caras de gilipollas tenían!... “¡Anda!”, le dije. “¡Date el piro! ¡Vale! ¡Estás loco! ¡Se acabó!... ¡Pásame tu lumi!... ¡No quiero abusar de tu debilidad!... Pero ¡cuidado! ¡Nada de faenas ni de patinazos! Si me tanguela mientras tú no estés, ¡se la vuelvo a pasar a Luigi!... ¡Me está pidiendo!...”

»Sé que no lo puede tragar.

»¡Luigi el Florentino! ¡Huy, ése! ¡menudo es para meter en cintura!... ¡Cómo me las corrige, a sus mujeres!... A su lado, Picpus es un pedazo de pan... ¡Basta con ver a sus jais! las dos manos, ¡todos los dedos rotos!... ¡*Pflac!*... ¡listo! ¡En la puta calle al primer tanguelo!... ¡la gachí pública! ¡*Pflac!* ¡se la gana!... ¡la penitencia!... ¡ni un murmullo! No hay más que verlas, a sus chorbas... ¡Te aseguro que se andan con ojo! ¡que se portan bien!... ¡Ya es que no se quitan los guantes!... Se trabajan Tottenham<sup>[79]</sup>. ¡Te aseguro que no les quedan ganas de reír!... ¡La Berthe! ¡un hipo! ¡en cuanto le hablas de Luigi!... ¡Estuvo a punto de tenerlo de chulo! Conque, ¡ya te puedes imaginar!... “¡No! ¡No! ¡No! ¡Cascade! ¡Seré buena!... ¡Se lo juro! ¡No le daré el coñazo nunca!...”

»“¡Muy bien! ¡Muy bien, Berthe! ¡Ya veremos!...” ¡Así le dije!... Pocos ánimos...

»“¡Bueno, vale! ¡tú date el piro!... Ahora, ¡que eres un capullo! ¡Recuérdalo bien! ¡mi última palabra!...”

»“Me importa un comino, ¡con tal de que me la devuelvas! ¡La amo con locura!”

»Lo que os digo: ¡como la morfina!

»“Cuando vuelva, ¡estaré chupado!”, volvió a babear, a divagar, ¡me hablaba como el Ejército de Salvación!... “¡Lo que necesitamos es la Victoria de verdad! ¡Alsacia-Lorena, chavalote! Mira, ogro, ¡yo quiero ver Berlín!...”

»¡Así me habló!...

»“¡Qué leche vas a ver! ¡El rancho es lo que vas a ver! Vas a escupir las tripas... ¡Francia se las compone perfectamente sin ti! ¡Ya hay siete, ocho millones allá haciendo el canelo! Cada día palman diez mil, ¡tan gilipollas como tú! ¡Un macarrilla como tú no va a cambiar las cosas precisamente! ¡Recuerda lo que te digo!... Vas a

ser un zurullo en la alfalfa... ¡Ya es que no se te verá siquiera!... O se pierde o se gana, tu guerra de los cojones... ¡Tú eres un cero a la izquierda!... ¡Un asfixiado!... ¿Para eso tienes que morir? ¿Te han preguntado tu opinión acaso?”

»“Anda, ¡no digas gilipolces, Cascade! ¡Qué sabrás tú!... ¿Quieres guardármela? ¿Sí o no, joder? ¿A mi Berthe? ¿Mi amor?...”

»Ya íbamos a discutir otra vez.

»“¡Anda, anda!”, le dije, “¡no digas más chorradas! ¡Lo vas a tener bien merecido! ¡Que te liquiden esos *fritz* atroces!...”

»¡A cargar con otro pingo!... ¡Qué suerte la mía! ¡Ni que tuviera un garaje! ¡Venga socias para mí! ¡Para el primo, etcétera!... ¿Dónde voy a meterlas?... ¡Estoy arreglado!...»

La veterana Angèle, que había escuchado todo, no se dejaba camelar fácilmente... veía a su hombre exasperarse... Había sus más y sus menos... Habría podido decir unas palabritas... porque, al fin y al cabo, tenía derecho... por ser su mujer y no de ayer... de toda la vida, por así decir... ¿Las otras? simples suplentes, chorbas para la pasta... Había vuelto de América justo dos semanas antes con una bonita suma de dólares y una pillina que se había apalancado en Vigo, así, en la escala, una chavalita, una floristilla, buena chica, pero aún arisca, aún no habituada, y es que la había sobrecogido todo, en seguida, la ciudad, el barullo, los coches, que es que todo era demasiado negro para ella, el cielo y el asfalto, ¡que no había bastante sol! que ya es que hacía falta Dios y ayuda para hacerla salir... Otra complicación... Le daba la melancolía, a la portuguesa. Le hacía tan poca gracia a Cascade... ¡que ya ni la miraba!... ¡Quería incluso mandarla de vuelta a su tierra!... «¡No quiero tristonas aquí!... ¡Bastante desgracia tengo ya!...» ¡Y ya estaba cabreado otra vez!... ¡Volvía a echar pestes contra todo el mundo! ¡la guerra, que ponía todo patas arriba! ¡las costumbres! ¡los guripas! ¡la portuguesa!... A la veterana Angèle, que no había dicho nada, se le desató la lengua de repente:

«¡Eres demasiado bueno, Cascade!... ¡Demasiado bueno!...»

¡Ah! ¡Qué ocurrencia!... ¡No veas el cabreo que le entró ante esa parida lilanga! ... ¡Me le dio una leche! ¡*Pflac!* ¡como para derribar un asno!... ¡Se quedó sentada y grogui!...

«¡Hago lo que puedo, Cascade! ¡Lo que puedo!...»

Más lloriqueo.

¡Él se puso a vociferar, encima! ¡A patalear!

Y, como nosotros estábamos ahí mirando, también le irritábamos. Nos interpeló.

«¡Ya veis!», fue y dijo... «¡ya veis, capullos!... ¡Sí, señor! ¡Sí! ¡Soy muy bueno! ... Los señores deben de opinar lo mismo, ¡seguro!... ¡Que me lo merezco, que me persigan!... ¡El primo, verdad!... ¡El primo!... ¡El Cascade hasta la médula!... ¡Así mismito soy! ¡Esperad, granujillas! ¡Os vais a ganar una buena también vosotros! ¡Vais a ver la bofia! ¡Vais a ver a Matthew!... ¡Va a volver dentro de un rato!... ¡Lo ha prometido! ¡Seguro!... ¡Tiene un recadito!... ¡El señor Inspector del Yard!... ¡El



sargento Matthew! ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bonito! ¡Muy propio! ¡El escándalo! ¡Los señores armando escándalo en pleno Mile End! ¡Ah! ¡va a haber hostias dentro de cinco minutos! ¡No se ha tragado lo del sombrero, el señor Inspector Matthew!... ¡Para qué voy a ocultároslo!... ¡No le gustan los fantoches, al señor sargento Matthew! ¿Y a quién se dirige? ¿El guripa Matthew, sargento del Yard? ¿El señor Inspector?... Pues, ¡a mí!... ¡Claro está!... ¡Sólo me faltaba eso!... Nos encontramos en el Haymarket... Pasó delante de mí por la ventanilla<sup>[80]</sup>... Apostó una libra a Chatterton... ¡Y no era el favorito!... Me sorprendió un poco en él... ¡No hice ningún comentario!... Me cogió por banda él... yo le dejé respirar...

»“Oiga, Cascade... ¿No sabía usted nada? ¡Hay guerra, amigo mío!... *my dear!*... ¡Guerra!...”

»Observación idiota.

»“¡Otro!”, me dije... “¡Ya le ha vuelto a dar! ¡Es un tic en él! siempre la misma bromita, ¡desde que me vio la cartilla!... declarado inútil, quinta del 87... que ya cumplí mi período... ¡mis siete castañas! ¡que no voy a volver a empezar!... ¡que no estoy chalado! ¡como los otros!... ¡que para mí el camelo ya no carbura!... que ya me conocen en el consulado... ¡en el Yard también!... Además, que tengo albúmina... con revisión y todo... ¡que no hay quien me haga pirármelas!... ¡que Matthew no me arrancará la piel! ¡que le gustaría verme coger el rengue!... ¡librarse de mí! ¡Ah! ¡chico!... ¡cómo me pagaría el *glass* en *Waterloo!*...<sup>[81]</sup> que después... ¡las moninas para él!... ¡Capitoste y recaudador y todo! ¡La policía ni les molesta!... ¡unos hipócritas!... ¡Todas las chavalas en haces para los corsos!... ¡para los belgas!... ¡para cualquiera!... ¡Ah! ¡un negocio! ¡*Business* estupendo!... ¡Ya me sabía yo lo que estaba trajinando ese listillo! ¡No llegué ayer al Strand! ¡Huy, huy! ¡Un momento!... ¡Locos por la guerra!... ¡Lo voy a avergonzar!... ¡Se largará!... ¡Zas! ¡Bum!... ¡Son patriotas, los franchutes!” ¡Eh!... ¡Cuidado!... ¡Más despacio!... ¡Un momento!...

»“¡Las papelas!”, me pidió... me impacientó... “¿Las papelas? ¡Papeles en regla, haga el favor!... ¡Señor Cascade!... ¡Papeles!... ¡Papeles!...”

»“¡Aquí tiene! ¡Señor Inspector!...”

»“¡Todos los franceses de verdad, ¡se alistan!”... va y se pone, sin dejar de mirarme.

»“¡Ya lo sé!... ¡Ya lo sé!... ¡lo reconozco, señor Inspector!... No lo niego... Dejan su sitio a los clientes... ¡Parece ser la moda!... Pero es pura morriña, verdad, ¡locura total! ¡en mi opinión!... ¿No le parece a usted también, señor Inspector?”

»“¡No, Cascade!... ¡No me parece!...”

»“¡La harán sin mí, señor Inspector, la guerra! ¡la bonita!... ¡Yo estoy a gusto con usted, señor Inspector! ¡No tengo motivo para abandonarlo!...”

»¡Toma ya! ¡para que espabilara!...

»“¡Ah!”, se dijo para sus adentros... «¡Se acabó lo que se daba!...”

»¡Se quedó pensativo!... ¡Empezó a oír los espíritus!... ¡Resoplaba, que no veas!... ¡Ah, qué labia!... ¡Yo hice el tonto!... ¡Me lo conozco yo, a mi Yard!... ¡Me lo

conozco, al señor Inspector!... ¡gilipollas, pero falsos y tozudos!...

»Charlamos un poquito más... Volvió a empezar de otro modo...

»“¡Ah! ¡Sí! ¡es terrible, esta guerra!...”

»Le hacía suspirar.

»“¡Son unos verdaderos salvajes, esos *boches*!... ¿Ha visto usted el *Mirror* de esta mañana? ¿Las fotos? ¿Esa atrocidad? ¿Cómo cortan las manos a los niños?...”

»“¡Ah! Es verdad, señor Inspector... Exactamente...”

»“¡Hay que acabar con esas bestias, Cascade!...”

»“¡Oh! ¡Sí! ¡señor Inspector!”

»“¡Yo iría, mire usted!, ¡si estuviera libre!... ¡Ah! ¡cómo me gustaría estar libre! ... ¡como usted!... ¡Si no tuviese una obligación!... ¡Ah! ¡si estuviera libre!...”

»Y después la tira de suspiros, encima... ¡el muy canalla!

»“¡Ah! ¡yo estoy enfermo, señor Inspector! ¿No ha visto mi cartilla? ¡Debilucho! ¡Frágil! ¡Piernas delicadas!...”

»“¡Enfermo!”, va y me dice... “pero ¡revoltoso!...”

»¡Ah! ya veía yo venir el desastre... La cosa se ponía fea... ¡Lo había molestado!

»“¿Revoltoso yo? ¡Señor Inspector!... ¡Ah! ¡libreme Dios! ¡Ah! ¡no, por favor! ...”

»“¡Ah!”, protesté.

»“¿Un santo, entonces, tal vez?...”

»Se mostraba escéptico.

»“¡Absolutamente, señor Inspector!...”

»¿Qué iría a ocurrírsele?

»“¿Ninguna violencia? ¿Ni *breach of the Law*?”<sup>[82]</sup>

»“¡Ah! ¡En absoluto, señor Inspector!”

»“¿Y su banda, señor Cascade?”

»¡Ah! ¡Ya empezábamos!

»“¿Mi banda? ¿Mi banda?...” me sobresalté... ¡Ahora me enteraba! ¿Qué me insinuaba?...

»“¡Oh! ¡le va a crear problemas! ¡Qué pandilla! ¡Qué golfos, señor Cascade!... ¡Qué banda, la suya!... ¡Qué gente más temeraria! ¡Oh! no le comprendo... ¡Con semejantes macarrones!... ¡Ah! ¡se lo advierto, amigo Cascade, por las buenas!”

»No veía yo adónde quería ir a parar.

»Entonces me contó... los detalles... los trapicheos... la historia del sombrero... *La Prestancia*... vuestra batalla y todo... ¡Oh, cómo me olía a bofia!... ¡Oh! ¡La Virgen, qué palo!... No dije nada... Lo escuché... Ya lo veía venir. ¡Quería liarme!... ¡Había recibido órdenes, el cabrito!... ¡Querían comprometerme como anarquista!... ¡Así me deportarían! ¡Ni gota de verdad!... Pero ¡en fin!... Inventan, ¡y ya está!... ¡Todo vale, cuando te busca la pasma!... ¡Cierra el pico y se acabó!... ¡Paré el carro! ... ¡En plan chorchil!... Me declaré *guilty* y sin pretensiones... Si le provoqué, ¡me empuja!... ¡me empaqueta! ¡Seguro que tenía mi *Warrant*!...<sup>[83]</sup> ¡Me advirtió que iba

a haber hostias!

»“No quiero volverlos a ver en *La Prestancia*, ¿me oye? ¡A sus amigos!”

»“¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Señor Inspector!... ¡Son unos golfos!... ¡Tiene usted razón!... ¡No hay que perdonarles nada!...”

»Le di la razón.

»“¡Ni a uno ni a otro!...”

»¡Desde luego que no!...

»“¿Quién es el joven? el del brazo así...”

»“¡Es un mutilado de guerra! ¡Señor Inspector! Un muchacho que ha sufrido lo suyo... ¡Una víctima de los horrores actuales!...”

»“¿También Boro es una víctima de los horrores actuales?...”

»Se ponía sarcástico.

»“¡Ha sido su duodécimo atentado!... Y no ha acabado ahí la cosa, ¡estoy seguro! ¡Aún tiene bombas!... ¡Estoy seguro de que aún las fabrica!... ¿Sabe usted algo de eso, señor Cascade? ¡Carne de horca, señor Cascade! ¡Se junta usted con gente horrible! ¡Acabará colgado!... ¡Por abusar de las libertades!... ¡Me da vergüenza de usted, señor Cascade!”

»“¡Oh, Inspector, si me permite! ¡El hombre más tranquilo del Borough!...<sup>[84]</sup> ¡en el que quedan perfectos canallas! Dicho sea entre nosotros, sin malicia...”

»¡Una piedra para su tejado!

»“¡No quiero volverlos a ver en los *pubs*!... ¡Ni a uno ni a otro!... ¿Me oye?...”

»No parecía haber entendido...

»¡Se empeñaba!... ¡El muy cabrón!...

»De todos modos, protesté, ¡qué leche!...

»“¡Tampoco es que sean anarquistas!...”

»“¡*Damn you*, Cascade! ¿Le parece poco?...”

»“El joven, ¡no es ácrata!... ¡No sabe lo que es eso!...”

»¡Me indignó! Una acusación de lo más estúpida.

»“¡Ya veremos, señor Cascade! ¡Ya lo veremos!...”

»¡Qué cabezón, el asqueroso! ¡se estaba poniendo atravesado!... ¡más valía no insistir!... Cuando se pone cabrón, no hay quien pueda con él... Se le sube todo el whisky a las napias... ¡Ya ni siquiera con una astilla se puede hacer carrera de él!... ¡Y eso que le va la pasta!... ¡Si lo sabré yo lo que me cuesta desde hace 14 años!... Ha podido construirse una casa, ¡os lo aseguro! ¡y bien hermosa! ¡con mis untos!... ¡Hace la tira que lo mimo!... A cambio, ¡sólo me ha emplumado dos veces!... ¡dos marrones sin tener nada que ver yo!... ¡Pura y simple injusticia! ¡con mi coartada total! ¡Una vergüenza!... ¡Fueron las mujeres de Tatave las que le mangaron a aquel tipo!... ¡No las mías! ¡Ah! ¡en absoluto!... ¡Lo sabía perfectamente, el maricón! Pero ¡es que yo le debía doce casos! ¡En paz, pues!... ¡es que no había podido trincarme nunca!... ¡Tenía que caer!... ¡Por el honor!... ¡Creo que habría perdido el puesto!... ¡En el Yard todo el mundo se cachondeaba de él! ¡Era la época del Ojito Lindo! ¡Ah!

¡entonces se trabajaba también fuera!... ¡Menudo movimiento, chicos!... ¡Un *cottage* por semana!... ¡con las marmotas de compinches!... ¡Nos traíamos trescientas, cuatrocientas libras!... ¡Una juventud que para qué!... ¡Por aquí! ¡Por allá!... ¡La muerte de los patronos, las doncellas!... A Ojito Lindo, ¡había que verlo! ¡qué planta de chaval!... ¡Sólo las quelis más *high life*!... Cuando llegábamos, ¡una impaciencia! ... ¡Tú figúrate!... ¡El Matthew estaba que echaba humo!... ¡totalmente agilipollado! ... Pero ¡cargué con las culpas de Tatave!... ¡La cosa no podía seguir así!... ¡Me avisó incluso!... “¡Tienes que caer, Cascade! ¡Tienes que caer!” ¡Once meses enchironado por el Tatave!... ¡siete y cuatro!... ¡En paz así!... Salvaba el honor al Matthew. ¡Perdí 16 kilos!... Conque, ¡si me lo conoceré yo, a ese hombre!... Ya ajustaremos cuentas más adelante... No se ha perdido nada, ¡os lo aseguro! De momento, ¡estuve amable! ¡No quería envenenar la situación!... Cambié de conversación... Le dije:

»“Señor Inspector, veo que juega a ‘colocado’ por Chatterton... ¡Es buen caballo! ... ¡no lo niego!... pero en fin... en fin...”

»“¿Conoce usted otro mejor, Cascade?”

»“Pues, ¡claro que sí!... En fin, ¡me parece!...” No hay que ser categórico nunca en Inglaterra... ¡te toman por un chiflado!... “Yo, si me permite decírselo, ¡me jugaría algo por Micky, señor Inspector! Al fin y al cabo, no hay color en la monta, ¿verdad?... ¡No es que le quiera aconsejar, señor Inspector!... ¡que quede claro!... ¡no se me ocurriría!... Mire, ¡cojo seis para usted!... Pero a Micky ganador, ¿eh? ¡El todo por el todo!...”

»¡No parecía entenderme!... ¡Puse mis seis libras sobre el mostrador!... ¡Zas! ¡Zas! ¡arrambló con todas las fichas! ¡Sin decir ni pío, chico! ¡y adiós muy buenas!... ¡Vi que me había entendido sin palabras!... Total, ¡seis libras me costó la broma!... ¡por vosotros, imbéciles!... ¡por vosotros! ¡por vuestras asquerosas extravagancias!... Si no, ¡me empura!... ¡Impepinable! ¡el mariconcete! ¡La canción que se traía entre manos! ¡Chantaje puro y simple!... ¡Ya lo veis, so mierdas! ¡Y vosotros sois la causa! ... ¡Ahora puedo decíroslo en la cara! ¿Es que no os da pena? ¿No es una perfecta vergüenza que yo ande danzando a mi edad por unos mantas tan piernas como vosotros?... ¿Mi banda?... ¿Mi banda?... ¡Ahora me entero! ¡Ah! ¡venga ya! ¡mi banda!... ¿Artistas con su “catapum, chin, chin” por Mile End a las cuatro de la tarde?... ¡Ah! ¡mi banda! ¡de eso nada!... ¡La vuestra!... ¡Huy, la hostia! ¡Pringarme por semejantes catetos! ¡Ah! pero ¡qué disparate! ¡ya os digo!... ¡La justicia ha muerto! ¡Me lo veía maquinar, al pasma!... Se estaba diciendo... “¡Vas a ver, Cascade! Si no poquinelas, ¡te vas a enterar!... Te emplumo, ¡zas!, aquí mismo... ¡amiguito!...” ¡Me estaba buscando las cosquillas!»

«¡Eres demasiado bueno, Cascade!... ¡Demasiado bueno!...»

¡Ya volvía a darle, a la Angèle!... una efusión... ¡unos sollozos!... al oír semejantes historias, ¡todas las miserias de su pobre hombre!... ¡No lo resistía!... ¡Le saltó al cuello otra vez! Lo abrazó, ¡y una de besos!... Se ganó otro guantazo. Volvió

a hacer sus pucheros en el sofá...

«¡Yo la pringo, todas las veces que haga falta!... ¡Eso es cosa mía!... ¡Cobro todas las veces! Pero ¡no quiero que vengas a tocarme los cojones!...»

¡Así era!... ¡Dijo! y después, en seguida, ¡versos!...

*¡es mira, cada día*

*quiero más y más.*

*¡oy más que ayer*

*¡ro menos que mañana!*

Lo recitó todo de un tirón.

«¡La aprendí, ya veis, en Río!...» ¡y hale! echando chispas de cólera otra vez.

«¡Las estoy pasando bien canutas, chicos! ¡ya es que no me atrevo a asomar la nariz fuera! ¡Esto no pita, amigos! ¡Pero es que nada!... ¡Cascade por aquí!... ¡Cascade por allá!... ¡Me llaman!... ¡Me buscan!... ¿Es que apesto?... ¡Todos los guris me husmean!... ¡Y ésta, que no para de lloriquear!... ¡A las cartas pierdo como cincuenta!... En las carreras mis jamelgos corren para atrás... ¡Sólo me gana jais!... ¡De eso no me falta!... ¡Lo reconozco!...»

Con eso se cachondeaban Berthe, Mimí, que estaban echadas ahí, sobre los cojines, tronchándose. La Berthe, la flaca, la verdosa, y Mimí, pata de palo, una de muecas bajo la lámpara, partiéndose de risa...

«O lloran o se tronchan, ¡no pueden estar tranquilas!»

También le irritaban mucho.

«¡Ve a buscar el *calva* para los chorbos! ¿Me oyes, Mimí?»

La mandó abajo, a la Mimí... Bajaron las dos corriendo... la Angèle seguía sollozando, con las manos en la cabeza, de la hostia que acababa de recibir, hacía temblar toda la mesa... Cascade ya no quería ni mirarla... Le dio la espalda a propósito, a horcajadas en su silla, refunfuñaba... Se columpiaba. Estaba que explotaba...

En el fondo, estaba orgulloso, no me cabía duda, de que Matthew lo hubiera follado por baranda... ¡menudo pisto le daba entre los colegas!... ¡aun a costa de las seis libras!... ¡No era dinero entonces! ¡Nosotros, su banda! ¡y fenómenos!... ¡Un pisto que para qué!... No era un cualquiera... ¡Fardar era su debilidad!... ¡Habría apoquinado con gusto cien libras por semejante cartel!... ¿Con tantas socias?... total, ¡cien libras más o menos!... ¿Y diez y doce y ciento cincuenta? ¿Qué leche importaban?... ¡Tenía en el bote a Matthew! ¡Sobre todo con los refuerzos!... De acuerdo, ¡había un tren de vida!... ¡Entrada libre a la mesa!... El *Leicester* a pedir de boca... ¡cubiertos sin fin!... ¡Boqueras, gorriones y pordioseros!... ¡Un desfile perpetuo!... Un auténtico pensionado... Ya no se sabía ni quién ni por qué... ¡No cesaban de venir!... se traían a otros... coleguillas de viaje... señoritas... ¡más los pufos en veinticinco *pubs*!... siempre a su nombre... y no sabía de dónde ni cómo...

pero los pagaba puntual... ¡Reputación de macarra legal! Más luego las carreras y el Derby, donde se jugaba las pestañas... y el póquer «con velas» y los gastos en medicinas... ¡No veas lo que subía! ¡Los cosméticos, los peluqueros, las permanentes!, todas las frivolidades de las señoras, que no se privaban de nada, nunca de nada, locuras de masajistas, ¡Houbigant<sup>[85]</sup>! más luego gastos más importantes, la cuenta negra de los polis, presumidos y chantajistas, que le devoraban fortunas en un dos por tres, ¡seis, siete libras por gachí! ¡a la semana, al mes! ¡sólo en multitas, según decían! ¡En los pasillos de los teatros hasta de doce libras! ¡Los fines de semana para los currelos curiositos! ¡Y nunca era bastante! En una palabra, ¡un tren del copón!... ¡Chorreaba por todos los cabos! Sobre todo desde los años 14-15, en que se había vuelto una rebatiña, una avalancha, un ansia de beneficios, ¡que el personal desvariaba cosa mala por aquí y por allá! Cascade lo tenía clarísimo... ¡O había ingresos o a morir por Dios!

«¡La guerra! ¡La guerra!... ¡Los tiene dominados! ¡Fijaos, miradlos!... ¡Están que no se lamen!... ¡Quieren toda la pasta! Luego, ¡ya nada! ¡Quieren largarse todos! ¡Qué ilusiones! ¡Tienen fuego en el bul! ¡Y en el parné! ¡Fijaos en mis colegas! Han cometido bajezas, crímenes, para traer a sus chochos de oro a Londres... Si hace un año les hubieras dicho: “¡Tienes que largarte, titi! ¡Sé heroico! ¡Vuelve al ‘Basto’!<sup>[86]</sup> ¡El *Business* está por los suelos! ¡Londres está acabado!...” ¡Te habrían tachado de Rey de los Locos!... ¡Hoy trompetas y tarará!... Les dices: “¡Piraos, chorchis! ¡Doce balas a perra chica! ¡Hale, ya!” ¡Ya es que salen pitando! ¡Pierden el culo por llegar al cacao!...

»¡Corren sin poder contenerse! ¡Salen por piernas!... ¡Ya veis cómo son! ¿A qué viene eso? ¿Eh?... ¡Dime tú!... ¡Te abandonan mujeres, hijos!... ¡Ni por todo el oro del mundo quieren saber nada!... ¡Una chaladura completa!... ¡Y eso que se sacaban lingotes!... con una o dos lumis, ¡chupado!... ¡De oro el *biss* en este momento! ¡La buena vida, para mí, es lo que los mata!... ¡Tened piedad del pobre macarrilla! ¡Atiborrado de parné, que es que ya no puede más!... ¡Ya digo!... Vamos, ¡que no me cabe duda!... “Tatave, ¡me pones enfermo! ¡tu mujer te apoquina diez libras al día!... ¡Es un crimen changar el chollo!...”

»“¡Tú qué hablas!”, va y me dice... “¡Tú lo tienes fácil!... ¡Con tu albúmina!...”

»“¡Deja la albúmina! ¡A ti lo que te pasa es que eres un cateto!” ¡Me vuelvo majara de oírlos!... ¡Ya es que no los puedo soportar!... No es Verdún, ¡es el Somme! ... ¡y que si patatín y que si patatán!... ¡y citaciones, mira tú, como ése!...<sup>[87]</sup> ¡Son como niños!... ¡Vaya unos veteranos!... ¡Cómo les va el rollo!... ¡y presumen de ser del Foro! ¡Ah! ¡ni por mis cojones! ¡Ya sé yo lo que pasa!... ¡Es que leen demasiado los periódicos!... ¡Devoran todos los artículos! ¡y cua! ¡cua! ¡y loritos!... ¿Los leo yo acaso? ¡y una leche! ¡las revistas y sus gilipolleces!... ¡Eso es lo que los vuelve chalupas!... ¡los periódicos!... ¡los periódicos!... Tú los lees, ¡eh!, a esos lenguaraces... ¡Reconócelo, Boro! ¡Reconócelo, tontaina! ¡Anda, que te he visto!... ¡Te comprometes!... ¡Ahí va mi penique! ¡el *Mirror*!... ¡el *Sketch*!... ¡el *Star*!... *If*

*you please!*... ¡Su morralla!... ¡Hombre, mira aquí! ¡Ni uno solo por ahí! ¡Ni en el retrete los quiero!... Les digo a las chavalas: “¡Como vea uno! ¡os doy una paliza!” ¡Ya puedes mirar por todos lados! ¡Tienes jeta de cliente! ¡tú, de acuerdo, tal vez no seas tan imbécil! Y, aun así, ¡te has dejado comer el coco! ¡no paras!... ¡La guerra por aquí!... ¡La guerra por allá!... ¡Te trae a maltraer igual!... ¡Ya lo creo!... ¡La victoria por aquí!... ¡La victoria por allá!... ¡Las ofensivas!... ¡Carnes!... ¡Y más carnes!... ¡Hacen falta!... ¡De vuelta los huesos! ¡la cháchara! ¡la jeta! ¡no sirve!... ¡No hace falta escribir para eso!... ¡Yo sólo veo una cosa en la guerra!... ¡hace chorchis y parné! ¡Basta acostarse para forrarse!... ¡Ése es el trabajo de las señoras! ... ¡Yo no soy victoria! ¡Ni derrota! ¡No desembarco!... ¡No soy ofensiva!... ¡ni retroceso!... Me lo paso bomba, ¡y listo!... Es igual, ¡no es sólo cosa de risa!... ¡en su gilipollez llevan la penitencia!... ¡La prueba es que salen de naja! ¡a cuál más rápido!... ¡Los atrapa el miedo, creo yo!... ¡Pura y simplemente!... ¡Miedo al revés, ya ves tú!... ¡Lo más lila que ha parido madre! ¡Yo no tengo miedo, qué leche!... ¡Yo no necesito hoja de ruta! ¡Solo voy bien!... ¡a la mierda Matthew! ¡y los otros también!... ¡y el Mariscal Haig<sup>[88]</sup>! ¡y el zar! ¡y Poincaré<sup>[89]</sup>! ¡Y el Lord Mayor, claro está! ¡Al trullo con todos ellos! ¡Yo quiero forrarme igual! ¡Ah! ¡tímido! ¡Ellos chupan del bote!... Pues, ¡nosotros también! ¡Pues claro!... ¡Chupan sangre humana! ¡Entendido! ¡Siempre lo he dicho! ¡Ya me conocen! ¡Tengo ficha! ¡No veas los “Bat”!... ¡Chulo soy! ¡No general!... ¡No quiero ofender a nadie! ¡Ni hablar!... ¡Podría forrarme más! Mis mujeres me bastan y me sobran. ¡Podría hacer municiones! ¡Me lo han propuesto!... ¡Otros más chorras que yo se están poniendo las botas!... ¡o condones con agujeros!... ¡o calcos falsos, de cartón!... “¡Calcos La Victoria!” No es difícil... pero ¡yo me dedico al triquitrá! Pues, ¡muy bien! ¡Sigo con él!... ¡Sí, Majestad!... Entonces, ¿a qué me dan la paliza?... Tenía tres mujeres que me bastaban... ¡más la Angèle, claro está!... ¡ahora me endilgan una docena!... ¿A qué viene eso?... ¿Me lo queréis decir?... ¡Yo no leo los periódicos! ¡No estoy chalado!... ¡hasta Pierre el Bracitos se da cuenta!... ¡Ahora está en la cárcel!... ¡Sabe que yo sólo tengo una palabra!... ¡una sola cara!... ¡O toda la pesca o nasti! ¡Que le devolveré su Clémence intacta!... Pero ¡que me toca los cojones, la verdad! ¡No le había pedido nada!... ¡No es tráfico ordinario!... ¡Y ahora tengo que cargar con doce! ... ¡Tendría que montarme una casa como Pépé el Jiba! ¿Adónde voy a ir?... ¿Me lo queréis decir vosotros, madrazas?... ¡Vosotros leéis los periódicos!... Y, además, veo que os gusta el coñac... ¡Ah! ¡qué gusto me da!... ¡Ya veo!... ¡Bien que os fumáis mis “Londrès<sup>[90]</sup>”! Y Cubano, ¿eh? ¿Habéis visto?... ¡Ah! ¡no os dejéis desanimar!... ¡Ah! ¡qué agradable!... ¡Todo menos dejarse comer la moral, amigos!... ¡Hace falta ser chorra! ¡Cuánta razón! ¡Ya saldremos adelante!... ¡Hale!... ¡Bum! ¡La moral es todo!... Mi viejo, ebanista en Bezons con los 70 cumplidos, me decía siempre: “¡Chaval! ¡Cuidado con los ómnibus!”... ¡Él fue quien palmó en Courcelles!... ¡Ya veis de lo que sirve la prudencia!... ¡Desastre!... ¡La sífilis sobre el pobre mundo! ¡Por suerte hay hombres libres!...»

Ya habíamos bebido tres copas, empezábamos a tener mucha, pero que mucha calor.

«¡Mimí!... ¡Mimí!... ¡Sube el Borgoña! ¡no quiero que estos señores se vayan en ayunas!... ¡y el salchichón!... ¡y la cabeza de jabalí!... ¡Quiero que estos señores jalen un poco!... ¡Nunca me costarán demasiado caros!... ¡Bromistas!... ¡Originales!... ¡Caricatos por las buenas!... ¡Matthew me lo ha repetido mucho!... ¡Son artistas de verdad! ¡Y él es un entendido!... ¡Hombres como hay pocos!... “¡Artistas! ¡Señor Cascade!” ¡Boro! ¡Boro! ¡cántame mi canción!... ¡A ver si eres artista de verdad!... ¡O no te hablo más!... ¡en diez años!... ¡Ya ves cómo soy!... Mira, *El vals pardo*... ¡y todas las chavalas en coro!... ¡Por la victoria de los tontainas y los barrenderos!... ¡Ah! ¡Ah! ¡Hace falta fantasía! ¡Guillermo<sup>[91]</sup> nos escucha!...»

Había un Gaveau pequeño en un rincón al que faltaban algunas notas... Boro obedeció... ¡se puso a ello!... ¡Todos en coro! ¡Se lanzaron!... «¡Los caballeros de la Luna!... ¡a... a...!» Nos cachondeamos tanto, ¡que desafinábamos!... ¡Chillábamos más de la cuenta!... los cristales retumbaron... ¡y por el sentimiento!... La veterana Angèle bramaba más que nadie... Tenía pena en la voz... de tan desgraciada, sollozaba... La angustia de que su hombre se encontrara tan nervioso...

¡Cascade volvió a llamar a la Mimí!

«¡Borgoña, Mimí!... ¡Borgoña, cariño!...»

¡No habían acabado las libaciones! volvió a gritar por la escalera...

Estaba abajo, la Mimí, en la cocina, en el sótano, dándole a la priva con las otras... Se las oía reír. ¡Y con ganas!

«¡Se chotea de mí, esta zorra!... ¡Se cachondea de mí!... ¡Mimí! ¡Mimí! ¿me oyes?... ¡Di a la Joconde que suba!... Chicos, ¡tiene que echaros las lías! ¡Vais a ver qué espectáculo!... ¡Vais a chunguearos un poco!... ¡Es un número, mi Joconde! ¡Vais a ver! ¡Cosa fina!... ¡Las cartas!... ¡Las cartas!... ¡las manos!... ¡Vais a ver qué despiporre!... ¡Mi vieja creía en las lías!... “¡Mi niño!”, me decía siempre... ¡Yo, en todo caso, no creo en eso!... ¡No soy ni pizca supersticioso!... Pero ¡me lo paso pipa viendo a Joconde!... ¡De mil veces acierta una! ¡La Joconde, en serio!... ¡Hasta los tarots conoce! ¡Desde la cuna!... ¡Todas las cartas! ¡Vida! Pasado... ¡Porvenir!... ¡Un carácter muy atravesado! ¡Vais a ver qué palmito!... ¡Para eso es de Sevilla!... ¡Lo llevan en la sangre!... ¡La traje en 1902 de la Exposición Castellana!... Carmen se llamaba... ¡yo la llamo Joconde! ¡y ya veis! ¡aquí sigue!... ¡Se marcha hoy! ¡Y mañana regresa! ¡A la cocina!... Se da un garbeíto... ¡de vuelta otra vez!... Me dice: “¡Adiós, Cascade, majo!... ¡No me volverás a ver!...” ¡Yo no me abato!... ¡Tres días después está de regreso! ¡La fidelidad en persona!... Desde hace 20 años, ¡la misma canción!... ¡Calorri hasta las entrañas!... randa, zorra, mentirosa, ¡vamos, que lo tiene todo!... ¡Sólo bebe pañí! ¡No se pirra por el alcohol! ¡Es mucho peor aún!... ¡Hay que ver sus castañuelas también!... ¡Ah! ¡menudo cómo las toca!... ¡Granizo!... ¡Granizo parece!... ¡No le ves los dedos!... Nunca le pido nada... Me trae una libra... dos libras... ¡A veces cinco!... ¡Sin monsergas!... ¡Yo acepto todo!... ¡ella



también!... ¡Calorri!...»

«¡La Joconde está ocupada!», respondieron de abajo... «¡Está preparando el conejo para esta noche!...»

La Mimí lo explicó a voz en grito desde abajo.

«¡Me cago en la leche! ¡Dile que espabile! ¡Que la estamos esperando! ¡Que es para hoy!...»

«¡Ya voy! ¡Mi amor!... ¡Tesoro!...»

¡Qué arrullo! ¡Cucurrucucú!...

Ella era la que arrullaba así... de abajo... de lo más hondo...

«¡Y todas las cartas! ¡No olvides nada, Tesoro!... Pero ¡las fules, no! ¿Me oyes? ... ¡Las fetenes!... ¡La Niña de la Suerte!...»

Nos informó: «¡Es su pasión! Haría trampas con Deibler.»<sup>[92]</sup> ¡Nos tronchamos!

Ahí venía, subía, ¡Carmen, la anunciada!... resoplaba... escupía... se desgañitaba...

«¡Sacro mío!... ¡Sacro mío!... ¡Qué casa!... ¡Tacatá!...»

¡Los dos... los tres... los cuatro pisos!... Por fin, ¡apareció! ¡Ah! ¡qué cuadro bajo las puntillas!... ¡No había mentido Cascade!... Aferrada a la barandilla, presa del estertor... ¡no podía más!... ¡Asmática! ¡la muñeca!... ¡Una escayola!... ¡ojos negros!... ¡ascuas!... Chal de Chantilly<sup>[93]</sup>... ¡faralaes!... volantes de terciopelo... ¡toda una cola!... ¡llena de medallas tras las faldas!... en baldaquinos... ¡tintineaban! ¡campanillas!... ¡repiqueteaba en cuanto se movía!... Más encaje de malla... ¡el talle fino!... ¡toda cubierta de lamparones!... ¡y más lamparones!... ¡grasa! ¡polvo! ¡salsas!... En las orejas colgantes bárbaros que le llegaban casi hasta los hombros... Se ahogaba después de la subida... De repente... ¡se repuso!... ¡Ahí la teníamos!... ¡Nos miró de arriba abajo!... ¡Se plantó!... ¡rugió!...

«¡Lo más grande de mi vida!...»

¡Nos desafiaba!... ¡unos mierdicas éramos! ¡Menuda indignación! Se acaloró, retoques de enlucido, grietas de la cara gesticulantes, los labios torcidos, violetas, negros... de la cólera al mirarnos... del arrebató...

«¿Me llamabas, Cascade? ¿Me llamabas, maqueró?»

Así lo calificaba.

«¡A las cartas, muñeca!...»

Era una orden.

«¿Delante de estos mendas?...»

«¡Sí! ¡Y cierra el pico, so zorra!...»

Se asfixiaba... el chasis se le dislocaba con el catarro... ¡y venga toser!... ¡y toser!...

Angèle estaba ahí sin decir nada.

Carmen la vio.

«¿Y esta zorra?»

Angèle dio un grito.

«¡Cascade! ¡Echa a esta guarra! ¡A la perrera, aborto!... ¡a la perrera! ¡Cascade! ¡Si ella se queda un minuto más!... ¡Soy yo la que se las pira! ¡No he venido de Río para que me tomen el pelo!... ¡Ya me he encontrado siete gachís en el sobre! ¿Tengo que soportar, encima, a la loca? ¡Ah! ¡eso sí que no! ¡Ni hablar!... es superior a mis fuerzas... ¡Adiós, muy buenas!...»

¡Toma ya!... La muñeca ya es que se asfixiaba... hacía tambalearse toda la queli... Tuvo que descansar... sentarse ahí, en un peldaño... ¡se iba a desmayar!...

«¡Cerde! ¡Cerde!», se asfixiaba... «¡Cerde!... ¡Y aún te queda lo tuyo por ver! ¡Vas a ver a la n.º 13! ¡Vas a tener trece en la piltra!...»

¡Se cachondeaba como una chalada!... ¡de vértigo!... de repente se tendió... ¡ya no se sostenía sentada!... se retorció, se convulsionaba boca abajo... Las otras chavalas, ¡no veas cómo se corrían de gusto!... ¡Cómo se choteaban!... Estaban por todos lados... ¡todos los cojines ocupados!... ¡hasta en las alfombras!... ¡se reían!... ¡pataleaban!... ¡se retorcían de júbilo unas contra otras!... Las purís, las jóvenes, ¡menudo magreo!... ¡De película!... ¡la vida de palacio!... ¡y cochinas! Se pasaban las copas, las botellas, el calva primero y después las salchichas... ¡Y viva la Pepa!... ¡Todo estaba permitido!... Las rivales se insultaban.

Boro volvió al clavicordio... Y vuelta a empezar bien en coro...

«¡Los caballeros del infortu-tu-tu!... ¡ni!... ¡nio!...» Las chavalas se alzaban las faldas... se desabrochaban para respirar mejor... Se golpeaban los muslos... ¡con unas risas más locas!... marcas muy rojas... ¡Unas flacas y otras llenitas!...

Entonces Cascade se enfadó, se rebeló, le hacían cosquillas, le tiraban del mechón... ¡Ya no había el menor respeto!...

«¡Cómo, mis mujeres! ¿Y vosotros, los capullos? ¿Sacudiéndome ahora?... ¡Pues sí! ¡Pues vaya! Es increíble... ¡esto es el acabóse!... ¿Adónde vamos a ir a parar? ¿el mundo al revés?... ¡Las abuelas peores que las chinorris!... ¡El mundo se va al carajo!... ¡La carrera del vicio!...»

Entonces, ¡alto al cachondeo!... ¡No se podía seguir así!... ¡Todo el mundo llorando!... Se puso en pie, el indignado, se volvió a sentar a horcajadas... se secó el sudor...

«Entonces, ¿era sólo broma? ¡Señores! ¡un momento! ¡quieto parado!... ¡la salud!... Y ahora, Mimí, ¡el foie-gras!... ¡las rillettes, las pulpetas!... ¡Estos señores tienen hambre! ¡ya lo veo!... ¡Boro!... ¡Boro!... ¡Los trigos de oro!... ¡Te lo pido, Boro! ¡Los trigos de oro! ¿Me oyes?»

Pero ¡las chavalas preferían *El poeta!*... «¡Un poeta me dijo!»... ¡Adelante con *El poeta!*... «¡Que había una estrella!... ¡a! ¡a!...» Pero no continuaron... ¡Todo el mundo se puso a insultarse en seguida!... ¡por lo de Angèle otra vez!... ¡Unas a favor!... ¡otras en contra!... que si sus modales... etc., etc. ¡Que qué derecho tenía a ponerse de morros!... ¡Que si era una maleducada!... ¡Toda la pajarera cotorreando!... Un alboroto furioso... una algarabía, ¡que no se podía oír!... ¡A nosotros dos nos habría gustado contarle un poco más al Cascade!... ¡Sobre nuestra pelea con los

guripas!... explicarle un poco... ¡Es que era interesante!... el escándalo y las violencias... Yo no quería que se enconara la situación... Si la pasma me tenía fila... alguien debía de haber hablado mal de mí... haberme dejado como un trapo en la «Especial»...

Repicaba con fuerza en los cristales, ráfagas, cuerdas, descargaba en borrascas... Faltaba poco ya para el invierno... yo llevaba cuatro meses en Londres... ¡cuatro meses ya! ¡No todos los días era fácil por culpa de los currois! ¡Mejor, de todos modos, que allá enfrente!... mucho mejor que hacer el payaso en el «16.º de caballería»... echando el bofe empapado todos los días de Artois a Quercy... jugándote la vida en todas las zapas... ¡la vida en un hilo en tanta alambrada!... ¡Venga ya!... ¡Me lo había tragado tres años!... ¡Mi juventud zarandeada en combate!... ¡Había acabado muy mal la cosa con la maniobra Viviani<sup>[94]</sup>! ¡Adiós, Déroulède!... ¡Había vuelto con los huesos y la hipoteca! ¡cubierto de agujeros!... ¡el brazo torcido! Con muy poquitas chichas ya... ¡bastantes quizá para que me pescaran otra vez! ¡No había acabado el juego!... La guerra devora, ¡que no veas!... ¡Hay que desconfiar!... La guerra que dura... También el oído jodido pero bien... ¡un zumbido dentro!... ¡silbido!... Así, una bala... ¡Es alarmante en parte!... quita el sueño, el silbato... La pierna a rastras... Sin motivos para bromear... Los macarrillas me hacían sonreír... ¡Se habían tragado las trolas!... ¡les habían comido el coco!... ¡Yo no decía nada!... La experiencia... ¡Bien sabía yo!... ¡No hay que jactarse!... ¡Eran como niños, en cierto sentido!... ¿«en el ajo», éstos? ¡Y una leche!... ¡Se iban a enterar allá, en los sectores!...<sup>[95]</sup> ¡De todo lo que no salía en los periódicos!... ¡No basta con hablar por las comisuras de los labios y decir gurital guricual!... ¡Ya verían, ya!... ¡Yo me encontraba a gusto en casa de Cascade!... ¡Ya no rechistaba!... ¡Me parecía cosa de magia después de lo que había visto!... ¡Ya verían, éstos! los ardorosos, ¡si se les pasaría!... Ya podían ponerse verdes, que la vida de *Leicester* era de puta madre... Demasiado felices, ¡y se acabó!... ¿Dejarlo?... ¡Si será loca la juventud!... Ir a buscar la carnicería, los contraataques, ¡cosas de chalados, de asfixiados!, ¿comer la metralla?... pudrirse bajo la pañí... la trinchera de barro... la jeta llena de gas... ¡Que os aproveche, reclutones!... ¡Con todo mi cariño!... ¡Les iba el rollo, pero bien!... ¡Y tararí!... ¡Yo no iba a ponerme a hacerles chanelar, joder!... ¡Con los primavera es inútil! ¡Que suena el clarín, machotes!... ¡Se me habrían ventilado!... ¡Ay!... ¡De nada sirven las informaciones!... ¡Querían cambio!... ¡Buen viaje!... Ya podían esperar sentados, ¡que no me iban a ver el pelo!... Con las calles llenas de cabritos... ¡Figuraos!... ahí, a dos pasos... ¡un tráfico que para qué!... ¡Y abandonaban todas sus bazas!... ¡Abarrotadas, las calles!... ¡la tira de parné!... ¡Las aceras rebosantes!... ¡Chorchis para parar un tren!... ¡a torrentes!... ¡Oferta y demanda!... Las chavalas es que no paraban... Lo que se dice un circo de cabritos, ¡como para no encontrar un alfiler!... ¡un tiovivo, una muchedumbre de enamorados! ¡Shaftesbury<sup>[96]</sup> llena! ¡Tottenham llena!... ¡ni en sueños, vamos!... ¡Codo con codo! ¡apresurados, constantes! ¡muy tratables! contentos con todo, Tommies, Sammies<sup>[97]</sup>,

Boys, ¡por los cojones! ¡sudando los whiskis, los regalitos!... ¡Aceras de oro, podríamos decir!... Bastaba acostarse para cogerlo... ¡Ah! ¡Cascade no exageraba nada!... ¡Fueron años de soponcio, chachis, el 14, el 16 y el 17!... Jamás se había quilado tanto... ¡Los macarras lo tenían espléndido! ¡y cogían y se abrían!... ¡Se daban el piro!... ¡Majaras perdidos! ¡Les quemaba el bul!... ¡Una chaladura, vamos! ¡Y pánico! ¡Preparaban las peltrevas!... ¡Asaltaban los consulados!... ¡Sólo se los veía a ellos en Bedford Square!...<sup>[98]</sup> ¡Fanáticos!... ¡Colgados a la primera!... ¡Los periódicos les tenían comido el coco!... ¡Cascade no daba su brazo a torcer!... ¡Habían perdido la chaveta!... ¡Con el frenesí!... ¡la ventolera patriótica!... ¡Las chavalas patas arriba!... ¡perdidos!... ¡El resultado!... ¡Menuda herencia había recibido él con el tornado!... ¡Aún se quejaba!... ¡Doce nada menos!... ¡Doce chorbas! ¡de una vez! ¡Todas para el Cascade! ¡Ah! ¡era para echarse a reír!... ¡A lo mejor aún no había acabado ahí la cosa!... Ahora, ¿cómo arreglárselas?... ¿Meterlas a todas juntas en el *Leicester*?... ¿con Angèle de baranda?... ¡era, claro está, lo más práctico!... Lo más cerca, el picadero... ¡próximo!... ¡menos de cien yardas!... ¡No se podía desear nada mejor!... un «boarding<sup>[99]</sup>» admirablemente situado. ¡Los seis pisos de un solo *tenant*!... Leicester Street... Leicester Square W.I... que es que se veía subir a las personas del sexto desde la puerta... ¡y locales vastos y espaciosos!... ¡para tratar bien a los amigos!... higiene en todos los pisos... bidets franceses... ¡todo galantería! ¡tracatrá y honor!... ¡la divisa!... Todo el sótano una vasta cocina aprovisionada, ¡un sueño! ¡No escatimaban en casa de Cascade!... ¡Mesa abierta y generosa! platos calientes a cualquier hora... ¡día y noche! ¡Ninguna mujer podía negarlo!... ¡Londres es la prueba para las lumis!... ¡las frágiles no paran de toser!... ¡La acera es mortal en invierno!... ¡Niebla con tuberculosis!... Hacen falta cosas sólidas en el ambigú... ¡no chucherías ni fideos!... ¡oh, no, no! ¡ni hablar! ¡que llenen! ¡de primera calidad!... ¡Cascade no se fiaba de nadie en asuntos de gazzate! Iba a la compra en persona tres veces a la semana... Traía todo lo más chanchi que encontraba, las aves más cebadas, ¡pavos, capones, así de grandes! ¡piernas de cordero de las que ya no se ven!... ¡todos los platos chisporroteando en el horno! carneros cebados con pastos ribereños, ¡superfinos!... cuando encontraba chochas, ¡una docena para el bote!... Cestas tan cargadas, que a las chachas se les doblaban las piernas de tienda en tienda... ¡y sólo mantequilla extra!... ¡y en pellas!... Ni pensar en ahorrar jamás... ¡La mesa ante todo!... ¡La otra divisa del patrón!... ¡Nada de morralla en la mesa!... ¡Fruta fina!... ¡Los melocotones más hermosos en todas las estaciones! ¡ésa era la razón del éxito!... Tenía otras ventajas más la *Pension Leicester*... Muy céntrica para las citas, cerca del *Regent*, a dos minutos de la *Royale*, la Bolsa del *business*, el rincón favorito de los chulánganos, pero ¡no de los capullos, los fules!... ¡Ah! ¡no hay que confundir! ¡no! ¡los de peso de verdad! ¡Los fardones! ¡las leyes del oficio! Los chulos de verdad establecidos, ¡con diez, quince, veinte años en el gremio! ¡los «peces gordos» de la profesión!...

¡Pobres de los farsantes!... ¡los fules!... ¡no se comían una rosca! ¡de una tacada

eliminados!... ¡Había que verlos en el velador, en el póquer terrible!... ¡en la puesta contundente!... al primer *challenge*, ¡tumbados!... ¡para el arrastre!... ¡boqueras!... ¡papillotes!... ¡No los volvías a ver!... Ahí se trataban las cosas serias, en la *Royale*, de 4 a 6... La compra, la venta, la discusión, todas las comisiones... En el pasillo del *Empire* estaba la mina del oficio, sólo la propina al portero costaba tres libras por una mujer... más otro tanto para los guripas... Con eso os hacéis una idea en seguida... y Cascade tenía cinco suyas, con frecuencia más, trabajando, la Léa, la Ursule, la Ginette, Mireille y la pequeña Toinon, que sólo salía con su madre... Precisamente estaban descansando todas, cuando llegamos... Esperaban a la hora de los espectáculos para lanzarse al trabajo... por los pasillos, a las 8.30... ¡Y llegábamos en buen momento! ¡en plenas caricias y arrumacos!... Sobre todo a las chavalitas nuevas tiraban los tejos... las que acababan de perder a sus maridos... que estaban viudas desde aquella misma mañana... ¡los nerviosos que se habían ido a la guerra!... Había ligoteo a base de sobos y filetes... Se consolaban como mejor podían... ¡El aguardiente ayudaba bastante! ¡reinaba la marcha!... A Cascade le daba ánimos ver a todo el mundo contentarse... Ya se lo veía más tranquilo... Cascade se contentaba rápido, ¡la Angèle, no! ¡naturalmente! ¡era reticente y desconfiada! no tragaba a los vagabundos. Cascade era imprevisible aun así... ¡aun con retraso!... la alegría vencía en él por menos de nada. Por eso olvidaba pronto las peores cabronadas... lo desarmaban del todo con la risa... tanto las mujeres como los macarrones... ¡Había bichos, claro está, como en todas partes, que contaban horrores de él! ¡y de sus chavalas! ¡y de su mujer! Arrastraba tras sí a algunos de esos cabrones viperinos, pegados al culo, pero ¡no le quitaban el sueño!... ¡Les tiraba, a ver, de las orejas de vez en cuando!... Envidias, perfidias, pero no se atrevían a piarlas demasiado en su perímetro. De la *Royale* hasta el Soho, del *Elephant* hasta Charing Cross, tenía derecho al respeto. De vez en cuando se veía pringado, la pasma lo trincaba para guardar las apariencias, como el sarasa de Matthew, pero para decir que era normal, que la Ley era igual para todo el mundo: que todos los barandas debían someterse a ella y que hasta Cascade recibía lo suyo. El sacrificio, ¡y se acabó!... ¡No lo desriñonaban! Raras veces le empujaban a sus socias, en el Yard lo consideraban legal, lo reconocían leal, que se comportaba del mejor modo en sus negocios, sus mujeres volvían a casa a horas decorosas, nunca abusaban de la paciencia, nunca se exhibían en los clubes, nunca indecentes de palabra. El guripa inglés era ante todo vago, contra viento y marea... con guerra o sin ella... No había que complicarle la vida... si no, mala hostia con avaricia. En realidad, en cuanto a las cosas inglesas, Cascade, ¡una experiencia pero es que extra! ¡Se conocía todos los rincones! Nunca un solo día de ausencia en los 25 años que llevaba en Londres, desde su liberación a decir verdad, sus tres años de África en Blida, salvo sus dos viajes a Río, siempre en la brecha... un sedentario de hecho... y sólo chapurreaba el inglés... veinte, treinta palabras tal vez... como máximo... ninguna facilidad *spoken*... Lo reconocía él mismo...

¡Todo el puterío de la casa de Cascade procedía de Francia, salvo la portuguesa! ... y Jeanne la Piernas Rubias, que había nacido en Luxemburgo...

Tocante a salud, a ánimo, se le estaban poniendo grises las sienes, y tenía la albúmina, claro está, pero ¡aún era un papa en la mesa y en la priva y demás! ya no mojaba el churro como un as, pero ¡seguía teniendo una clase, que no veas! ¡a fin de cuentas! ¡Aún se ligaba chavalas! ¡y pimpantes, de los *Varietys*! ¡virguitos! Se iba a las salidas de artistas... ¡un poco de golfería! ¡Como si tal cosa!... y bastante a menudo, además. ¡Y sin demasiada conversación!... ¡sólo risitas y pantomima!... ¡faena vertiginosa y galante!... ¡Había bailado el vals como un príncipe en los buenos tiempos de Angèle!... ¡Ya no bailaba por las varices!... Pero, aun así, ¡dos o tres vueltas durante las conquistas!... Es cierto que era ligón, su pequeña debilidad, su vicio favorito, no muy extendido entre los macarras, tenderos que se pirraban por las cartas... más que por el asunto...

Y, además, conviene que observéis, siempre quisquilloso tocante a respeto, nada de familiaridades ni siquiera en pleno currelo, ni siquiera en *El Turón* con los colegas... una taberna muy infame, donde se le daba a la priva con las mesas abarrotadas de cañas... ¡Ah! ¡que no le faltaran!... Los jóvenes lo intentaban un poco, claro... lanzaban sus pullitas... ¡Se ganaban, zas, zas, una buena!... No toleraba inconveniencias, ¡era baranda y se acabó!... Cordial, amable, pero susceptible... ¡Un hueso con el honor!... Nunca chismes de matildonas... ¡Su palabra y se acabó!... ¡Muy hosco, si le tocaban el honor!... Nunca un chisme de chorbas... ¡Su palabra y se acabó!... ¡Y nunca provocador!... ¡aun curdela! ¡aun mamado!... ¡siempre listo para avenirse!... ahora bien, que quedara claro, ante el ultraje, ¡un tigre! ¡un rayo!... se volvía el Cachas de los Halles, el Hombre-cañón de Ternes, el Terror de la Banda de los Corsos, el tragapitones en llamas, el gran Dinosaurio con gorra, te lo devolvía de una leche en las napias, ¡y al canto y sin chiquitas!... ¡y delante de todo el grupo! ¡sin cuentas ni razones!... ¡que se viera al instante quién mandaba allí! ¡los buenos modales, la educación! A menudo eran sobre sus sortijas, las impertinencias, sobre sus «seis quilates del Brasil» y su «sello de zafiro», dos piedras magníficas. Le granjeaban muchas envidias. A los sarasas les parecía demasiado acicalado, le preguntaban si no le pesaban, si no le doblaban las manos. No toleraba la malicia, cuando volvían a empezar dos, tres veces, había hostias para parar un tren... con su mechón ya era otro cantar... ahí era él el agresivo... tomaba la delantera... quería exclusividad... No quería ver otro, alisado en forma de caracol, como el suyo, en ningún *pub* de la región. En seguida le entraba una rabia de la leche, había que echar a su émulo, habría sido capaz de hacer trizas la tasca, ¡y con ella el caracol!

Pero nada de eso era antipático. Reitero que lo estimaban, hasta sus enemigos, hasta los peores guripas del Yard, y eso que eran unos viles piantes, bordes, rapaces y envidiosos. Digo que lo estimaban, es que se imponía, claro está, pero no hay que olvidar los regalos, era de carácter generoso, repartía oro en abundancia... Matthew

se presentaba de vez en cuando con su *Constable*<sup>[100]</sup> de distrito, para que no lo olvidara... a ver si todo estaba como Dios manda... si el *Boarding* estaba decoroso... si la *Licence* estaba en el marco... ¡todo el mundo «registrado» con fotos, huellas y todo!... ¡era la guerra! ¡Cuidado!... ¡Ya nos conocíamos la pantomima!... ¡siempre se desarrollaba igual!... Llegaban más serios que la leche, justo después del almuerzo... ¡como quien anda tras algo muy gordo! ¡de estar en el ajo! ¡de algún tejemaneje espantoso! ¡un pastel fenomenal!... Y después, ¡tararí que te vi!... ¡Era un paripé muy full!... ¡es que había habido retraso con la astilla! de ahí el celo de pronto... La cosa se arreglaba, como de costumbre, con un regalo chachi... Se volvían a marchar agasajados y felices, salvo las dos o tres veces que hubo golpes duros... Así era la rutina de la vida... Pero, ahora... ¡ah, ni hablar!... ¡muy distinta canción!... Bien que lo notaba, Cascade, que no todo era broma en la guerra y la marcha de los macarras... ¡Oh! ¡huy, huy! ¡un momento! ¡No se dejaba atontar ni mucho menos!... ¡No le parecía maravilloso precisamente heredar once chavalas de una vez! No le encantaba... aun cuando hubiese habido diez veces más, ¡no se le habría subido a la cabeza!... ¡Oh! ¡no hay que confundir! Para las mujeres, ¡no es lo mismo! ¡Con ellas lo que cuenta es el momento!... ¡Sólo tenían que beber y fumar! ¡otra vez a llorar! ¡y a jalar de nuevo! ¡y no dar golpe! ya no había disciplina... se magreaban por todas las piltras para consolarse de las penas, ¡unos sollozos interminables! entre viudas se entendían bien, no era tan terrible a fin de cuentas, ¡tampoco era tan chungo! el currelo continuaba, lo que había que hacer era reanudarlo por el lado bueno... y, además, escribir mucho a los hombres y enviarles paquetes... todo estaba dispuesto... Se escribirían cada ocho días.

«¡Estamos viudas, Cascade! ¡Viudas!...»

Iban a sentarse en sus rodillas, para anunciárselo, morderle un poco el tibitigótite... ¡empapararlo también a él con las lágrimas!... que participara en la pena... ¡Y después otro traguito! ¡el *calva* y los pastelitos!... Cascade no quería que fumaran... ¡unas peleas sin fin! le parecía un espantoso horror, tipo putarras asquerosas...

«¡Se os pondrán dientes como de caballos! ¡amarillos y cochinos! ¡No habrá cliente que se corra con vosotras! ¡Yo con vosotras fumadoras no quilo en mi vida!»

Y después volvía a pedir las cartas... Daba la lata a Joconde...

«Bueno, ¿qué? ¿me las echas, guapa?...»

Se impacientaba.

«¡Me voy a cagar hasta en la hostia! ¿me las echas o qué?...»

«Y tú, ¿por qué no me besas más? ¿Porque te está mirando tu fulana?...»

¡Toma ya! ¡en todas las napias, a la Angèle! ¡y delante de todas las demás! ¡Cómo se tronchaban! ¡Angèle no podía dejar que quedara la cosa así! ¡Era demasiada afrenta ante todo el mundo!...

«¿Cómo? ¿Cómo? ¡Tú, vieja zorra! ¡Subes aquí a ponerme verde! ¡Ah! ¡Vieja guarra! ¡vieja chupada! ¡Vieja apestosa!... ¡Date el piro o te parto la boca! ¡Yo no

voy a hablarte a tu retrete! ¡Zorra! ¡A tu cloaca!»

¡Ya teníamos a Angèle roja como un tomate! ¡estaba fuera de sí!... Las chavalas, ¡unas a favor y otras en contra! ¡menudo cómo las piaban en los dos bandos!

«¡Tiene sus derechos!», decían unas...

Al oírlo, ¡Carmen saltó!...

«¡Derechos! ¡derechos! ¡y una mierda! ¡Le voy a enseñar yo sus derechos!...»

Echaba humo y todo por las ventanas de la nariz...

«¡Le voy a sacar los acáis!...»

¡Se habían acabado de golpe los llantos!... ¡Una furia, la Angèle! apoyada en el aparador, ¡iba a saltar sobre la purí! ¡arrancarle el pelo al instante!

«¡Un poco!... ¡Un poco!... ¿Un poco de qué? ¡Le voy a enseñar yo los derechos de mi culo!... ¡Acércate, bruja!»

¡Eso era una provocación!

Cascade fue y se interpuso de pronto... Pues, ¡no la excitó ni nada, a la Joconde! ¡le entró más furia aún!

«¡O me besa él o no las echo!...»

Así habló de las cartas: ¡las enseñaba!... ¡en abanico! ¡se abanicaba con ellas! ¡chulángana!... ¡Cascade ya no sabía dónde meterse!... ¡ni qué decir, qué hacer!... ¡Se le había acabado toda la paciencia! Conque, ¡la explosión!

«¡Amigos, hace veinte años que estamos así!... ¡que soporto todas las pejigueras!»

Nos ponía por testigos... ¡Celosas y atravesadas!

«¡Ya estoy harto! *Pflof!* ¡Me largo!...»

Decidido.

Entonces, ¡crisis total!... a Angèle le daban convulsiones, echaba espuma por la boca, y la risa nerviosa... ¡Unas carcajadas! ¡y unos meneos!... ya es que no lo podía controlar... Se rasgaba las vestiduras, chillaba, se mesaba los cabellos, lloraba y pataleaba, ¡por el suelo! ¡a los pies del cruel!... ¡No veas qué Trafalgar!... El moño se le deshacía, se le iba, se le desmelenaba... Él le pisaba los cabellos, se enmarañaba... ¡Qué gritos! ¡Él ya no sabía dónde meterse!... ¡Y ella venga gritar cada vez más!

«¡Tesoro! ¡Cielo! ¡Amor mío! ¡No lo hagas! ¡No te largues, Cascade!... ¡No te largues, anda!... ¡Seré buena! ¡Quédate con tu chorba! ¡Te lo suplico, Cascade! ¡Te lo suplico! ¡No quiero darte el coñazo! ¡Es ella!... ¡Escúchame, mi amor!... ¡Bésalas a todas! Pero ¡a ella, no! ¡A ella, no!... ¡A la purí, no! ¿eh? ¡A la purí, no! ¡Te da mal farío! ¡Yo lo sé! ¡Lo sé! ¡Cógete a todas las chorbas!... ¡tíratelas! ¡No me importa, Cascade mío! ¡Te las doy! ¡No me importa! ¡buah! ¡buah! ¡buah! Pero ¡la purí, no! ¡Ah! ¡eso, corazón! ¡cielito mío! ¡No podría yo! ¡La mato! ¡La mato! ¡Quiero buscártelas yo, las chorbas! ¡Di que soy celosa! ¡buah! ¡buah! ¡Ya que te divierte! ¡Te traeré una todos los días! Yo te las agenciaré, anda, ¡si quieres!... Pero ¡esa golfa, no! ¡eh! ¡ésa, no!... ¡Iré yo a ligártelas fuera! No te niego el placer, ¿ves, machote mío?



... pero esa golfa, ¡no! ¡eh! ¡ésa, no! ¡Me sacas de mis casillas! ¡Me rompes el corazón! Pero ¡no te vayas, mi amor!...»

«¡Tú, alhaja, eres la que me fastidias! ¡así! ¿Me oyes?... ¡Así! ¡nena!...»

Entonces ella se rebeló y atroz, ¡y la tomó con él!

«¡Habrás visto, el mierda este!... ¡El abuelito este salido!... ¡poniendo los cuernos a su mujer! ¡Ah! ¡está guapo! ¿Quién lo sacó de la miseria? ¡A ver! ¿Quién se habría podrido en la cárcel, si no? ¿Con quién va y me tanguela ahora?... ¡con un fiambre!... ¡Sí, señor! ¡mulé! ¡ya lo creo! ¡A ver si no es una lástima y un asco! ¡Mirádmela! ¡a ver!...»

Señaló a la Joconde...

Al instante, ¡risas a su favor!... ¡El Cascade había quedado bien en ridículo!...

«¡El señor quiere las cartas con ella! ¡Con el pingo de su purili! ¡El señor ya es que no tiene freno en sus vicios! ¡ahora quiere porvenir!... ¡Se dedica a las menores! ¡El Señor del Churro Viejo Verde!... ¡Yo te las voy a echar, las lías!... ¡Va a ser fetén!... ¡Te lo digo yo!...»

«¡Cierra el pico ya! Carmen, ¡ven para acá!... ¡Aquí, miniatura! ¡Aúpa, monina, a mis rodillas!...»

¡La vieja no se hizo de rogar!... ¡Se precipitó!... ahí estaba... ¡Un espectáculo!... ¡A sobarse los dos! ¡Vamos ya! ¡Toma ya! ¡El amor perfecto! ¡Cosa fina!...

¡Qué efecto! ¡Qué trance! ¡Las chavalas ya es que se tronchaban!... ¡se ahogaban! ¡se retorcían!... ¡se meaban encima! Se hacían trizas el chichi con las dos manos, ¡ya no se podían contener!

Se desgañitaban: «¡chinchá! ¡rabia!», y después la gran copla:

*s ojazos tan dulces,*

*an hechizado mi corazón!*

*para toda la vida!... ¡a!... ¡a!... ¡a!...*

¡Ah! ¡Con lo de la vida!... ¡a!... ¡a!... ¡un desastre! ¡Habían de subir todos juntos ahí arriba! ¡Descarriaban! ¡Se pasaban! ¡maullaban! ¡desafinaban! ¡como para provocar un chaparrón!... Juntaron las voces, ¡volvieron a empezar! Boro indicó los acordes... ¡era un ángel, él, para el piano! ¡nunca una palabrota de impaciencia!... Primero, ¡por la Victoria!... ¡Volvieron a gritarlo cinco, seis veces! ¡Brindis todos con coñac de verdad! ¡no caldorro de truhanes! ¡No! del sellado, firmado seis estrellas de la bodega de los Lores en el Savoy... ¡auténtico de la cosecha! ¡traído por el propio bodeguero! «Señor Gustave», lo llamaban, ¡Gustavo el Seco! uno alto y paliducho que acudía a que Mireille lo azotara todos los jueves o viernes... Sin coñac, ¡no había azotes! Esa era la condición, se le ponía de morros a veces todo un mes, ¡cuando se mostraba avaro! ¡Habría sido capaz de robar por su azotaina, Gustave el Seco! ¡Era mordaz, la Mireille! ¡Había que ver la fusta con que se paseaba!... La conocían en todo el Savoy. ¡Un néctar que valía la pena, el «Coñac de los Lores»!... ¡Bien distinto

del *brandy english*! ¡mezcla de droguero!... En seguida la botella a la redonda, ¡te embalsamaba el carácter, el *brandy* de los Lores! el corazón, las tripas, todo... La vida se volvía suave... las decisiones atrevidas... ¡A ver quién era más galante!... Hasta Boro, bastante moderado tocante a chavalas y al asunto, más dado a la música, cogía a su chorba en las rodillas, ¡me le metía unos meneos! ¡tocaba con una mano! ... ¡en plan descarado! Cascade, con el fino coñac en la nariz, quería que todo se arreglara, reconciliaba... ¡que se acabasen los cabreos!... ¡las caras bordes!... Quería que Angèle enjugara las lágrimas, ¡riera y cantase de buena gana!... ¡Que iban a echarse las cartas juntos!...

«¡Ven, pichirichi! ¡Ven, pichirichi! ¡Ven!»

¡Ella no quería!... ¡No quería nada!... ¡No quería reír! Estaba de mala leche y se acabó... Me lo ponía verde, ¡lo llamaba de todo!... «¡Cornudo! ¡Majara! ¡Capullo!» Quería guerra...

«¡Aborto! Mira, ¡hombres como tú! ¡Trece por una perra chica!» Así decía. «¡Y pásame la priva, Véronique!»

¡No quería nuestro coñac! ¡Licor de maricas!

«¡No quiero beber esa porquería vuestra! ¡Necesito tinto! ¡Tinto! ¡Véronique!...»

Véronique era la patituerta, la bizca, la pelirroja, trabajaba en las estaciones... muy buena chica, bastante discreta, obediente. Véronique le pasó la botella... Cascade saltó, ¡no quería!... ¡Ah! ¡desconfió de pronto! ¡Se la conocía a ella y sus botellas! ¡Iba a tirársela a la jeta! ¡Fue y la atrapó! ¡zas! al vuelo... Ella se resistía... ¡La volvió a agarrar, a aferrarse! ¡Una patada en la nariz! cayó, cuan larga era, se puso a berrear...

¡Ah! ¡ahí! Joconde, al ver su oportunidad, ¡su rival por el suelo! ¡se le tiró encima con todo su peso! ¡quería arañarle la jeró!... ¡Era una fiera! ¡Tenía que sangrar! ¡Cascade hubo de saltar al montón!... ¡Joconde berreaba aún más fuerte!...

«¡Asquerosa! ¡No llevo peluca! ¡Duro ahí, asquerosa!»

¡Y más desafíos!

Encima de Angèle, le gritó así en el oído:

«¡No llevo peluca, guarra!... ¡Tira! ¡Tira! ¡ah, monstruo!»

«¡Espera con los pelos! ¡Espera, pendón!»

¡Joconde se ahogaba!... ¡Así enganchadas una en la otra!... Pero Angèle era la más fuerte, retorció el brazo a la vieja, ¡se lo aferró contra la espalda!... ¡Ahora dominaba ella!... A dentelladas le mordió las mejillas, así... ¡haggn! y ¡haggn!

La vieja gesticulaba, se soltó... ¡Angèle volvió a asirla cubierta de sangre!... iba a ponerla con la cabeza para abajo... partirle la chola...

¡Cascade quería separarlas otra vez! ¡se lanzó para salvar las botellas! ¡salió por el aire! ¡derribó la mesa! ¡toda la cristalería! ¡Paratatrac!

La vieja escapó, se alzó las faldas, fue por ahí dando volteretas, brincos entre las mesas... ¡las chavalas corrieron tras ella!... se escapó, pataleando, culebreando, ¡daba gusto verla! tropezó, ¡se detuvo! Se quedó ahí plantada... parpadeó... sacó sus

castañuelas... ¡Ah, el gran desafío!... ¡Y taconeó!... ¡rabiaba!... ¡el baile!... ¡el trance!... los dedos, ¡manojos de nervios!... ¡chisporroteaba, crepitaba!... picadito... picadito... minúsculo... más menudito aún... granitos, granitos... molinillo... aún más chiquitito... ¡trr!... ¡trr!... ¡trr!... granulado... granulado... ¡rrrr!... ¡nada más! ... ¡silencio!...<sup>[101]</sup> y... ¡tzix!... ¡a escape otra vez!... ¡La cola del diablo!... ¡La cola atrapada!... ¡trrr!... ¡reanudó!... ¡hale!... ¡toda la cola!... ¡y media vuelta! ¡y voluta! ¡saltos de pantera! ¡hasta el extremo del cuarto!... ¡la cola corría detrás!... ¡allá!... ¡hala!... ¡ya estaba aquí!... ¡Un taconazo a los volantes!... ¡hala! ¡barría al ras! Angèle echaba espuma... ¡Ah, era demasiado! ¡Ya es que no podía más!

«¡No lo harás, guarra! ¡No lo harás!», ¡aulló!... Mirando, además, así, muy fijo, ojos desorbitados... Hipnotizando ahí... ¡hipnotizando!... ¡Y zas! ¡después! ¡Sin tiempo para decir ni pío! ¡Ya estaba en el aire! ¡había saltado! ¡empuñando el cuchillo! ¡Vi la hoja!... ¡Pflaf!... ¡resbaló!... ¡se lo plantó de través!... pflóf, ¡a la vieja! ¡en pleno culo!... ¡En el culo de la vieja! ¡Un grito!... ¡Que atravesó todo! ¡Desgarró todo!... ¡las paredes!... ¡las persianas!... ¡la calle! Debió de oírse en la plaza... ¡Volvieron a caer una sobre otra!... ¡Miré la puerta ahí, abierta de par en par! ... ¡Ah! ¡diquelé otra vez!... ¡Ahí estaba el Matthew!... ¡en el marco!... ¡Nadie lo había visto llegar!... ¡Había gozado de un espectáculo de verdad!... ¡Menudo brinco había pegado la Joconde!... ¡con el cuchillo en el culo! Saltaba de acá para allá piándolas... ¡najaba a nuestro alrededor!... gritaba «¡socorro!», se apretaba el culo con las dos manos... ¡Así volaba!... ¡en torno a la mesa!... ¡Muac!... ¡Muac!... ¡Muaaac!... ¡en torno a nosotros!... ¡Maullaba!... ¡Estábamos buenos!... ¡Estábamos guapos!... ¡El Matthew no dijo ni pío!... ¡Cómo salió de naja Cascade entonces!... ¡Corriendo tras su Joconde!...

«¿Dónde te ha pinchado? ¿eh? ¡Ese bicho!... ¿Dónde te ha pinchado? ¡di, Mimine!...»

«¡Aquí! ¡cielito mío!... ¡aquí!... ¡Buaah!... ¡buaah!... ¡Buaaah!...»

¡Y unos sollozos interminables!...

De todos modos, ¡dejó de correr!... Se levantó las faldas... Le enseñó el culo... ¡la nalga toda sangrante!... ¡Cómo manaba de la herida!... ¡cómo chorreaba!...

Todas las chavalas se inclinaron para ver mejor... ¿Cómo era? ¡dos labios como una boca!... en plena nalga... ¡y menudo cómo sangraba!...

Se pusieron a discutir otra vez.

«¡No llores!...», la consoló Cascade... La besó... le hizo cariñitos... la meció... Entonces, ¡ella se puso a berrear otra vez con todas sus fuerzas! Angèle se había quedado atontada... resoplaba... sollozaba... ¡ya no sabía lo que hacía! soltó el cuchillo... ¡ploc!... el ruido que hizo...

Ahora, ¡había que decidir!... ¡Había que llevarla al Hospital! Cascade era el que daba órdenes... ¡Ah! ¡Patatrás! ¡vuelta a empezar!... ¡ante la palabra Hospital!... ¡No quería ni oír hablar de él, Joconde!... ¡se puso a aullar contra el Hospital!...

«¡Quiero morir aquí!...», berreaba.

«¡No vas a morir aquí, tonta!»

No insistió.

«¡Moriré donde tú quieras, amor! Pero ¡dale un besito! ¡a tu niña desgraciada!...»

Tuvo que besarla otra vez... Estaba poniendo el suelo perdido de sangre.

La herida no cesaba de manar... Echamos un vistazo...

«¡Qué culo más hermoso tienes! ¡qué calladito te lo tenías! ¡eh!...»

Así le parecía a él... Intentaba hacerla cachondearse... que se dejara convencer por las buenas... que se marchase sin monsergas... que no bramara en la calle, mientras la llevasen... «¡Mira! ¡Mira!», dijo Cascade... «¡Mira!... ¡No sólo tú tienes un bul hermoso!...»

¡Se quitó los pantalones!... ¡Una idea!... Se bajó los alares, ¡que viéramos bien!... ¡Nos enseñó el rulé!... ¡tatuado en las dos nalgas!... la de la derecha con una rosa... ¡la de la izquierda con una boca de lobo!... ¡Una boca de dientes así de largos!... y, además, encima... «¡Muerdo por todos los lados!»... escrito tatuado en verde... ¡No se podía decir que no tuviera gracia!... Matthew tenía espectáculo ahí, de pie en el vano... seguía sin decir nada... Cascade no lo había visto... ¡estaba demasiado ocupado por el suelo ahí, a cuatro patas!... meneando el bul, pataleando... con su polkita...

Matthew no chistaba... Tenía un panorama... Yo tampoco me atrevía a moverme... Por fin la purí empezó a troncharse... ¡Lo había logrado!... ¡Ah! ¡tenía demasiada gracia!...

*s la reina de Inglaterra!*

*ue se ha caído al suelo!*

*ailando la polka!...*

*n el baile de la ópera!...*

¡Él cantaba al mismo tiempo!

¡Había vuelto el buen humor!... La vieja lloró un poco más... Pero entre sonrisas... y después accedió a marcharse...

«¡Boro!», dijo Cascade, «¡y tú, Tunela!... ¡Vais a llevarla vosotros dos!...»

Volvió a ponerse los pantalones.

«¡Preguntáis allí por Clodovitz! ¡London Hospital! ¡Doctor Clodovitz!... ¿Os acordaréis?... ¡Le decís que vais de mi parte! ¡Ve a buscar el taxi tú, Mireille! ¿Me oyes, Mireille? ¡Y vosotros dos! ¡Najando! ¡Me conoce a mí Clodo! ¡Me conoce! ¡Sabe lo que necesito!... ¡Y cuidadito con hacer gilipollices! ¡Que estoy yo aquí!... ¡Y que iré!... ¡Que pasará pronto! ¡Dentro de dos o tres días!... ¡Hale, largo! ¡Me comprenderá!... ¡Es un amigo Clodovitz!... ¡Clovis!... ¡Anda, muñeca! ¡que te queremos!... ¡Hale, pum, pum!... ¡Pitando!...»

¡Me la despachaba!...

Ella seguía sujetándose el trasero, ¡se lo apretaba con las dos manos!... ¡Volvía a

gemir!...

«¡Huy, la Virgen! ¡Si no es eso!... ¡Leche!»

¡Ahora ya no quería marcharse! ¡Huy! ¡qué coñazo!

La sangre volvía a chorrear por todos lados... ¡el entarimado! las alfombras, ¡empapadas!...

¡Zas! ¡diqueló al Inspector!... ¡Cascade! ¡Ah! ¡pues vaya!... ¡Lo descubrió!... ¡Un sobresalto!... Al instante, el paripé...

«¡Oh! ¡Perdón!» ¡Señor Inspector! ¡Mil excusas! ¡No lo había visto! ¿Verdad que podría parecer un crimen?... ¡Lo que se podría imaginar! ¡Oh! ¡Huy, huy! ¡Señor Inspector! ¡Oh! ¡fíjese!... ¡Oh! ¡estoy indignado!...»

En plan de broma, claro está... Pero el Matthew no se reía... seguía plantado en la puerta... aún no había dicho una puta palabra... ni siquiera «*Well! Well!*», como de costumbre... Absolutamente nada... ¡Un poste!...

«Angèle, ¡ve a buscarme las toallas! ¡Y el algodón!... ¡Hay ahí abajo, en mi cajón!...»

Angèle seguía pensativa... ¡*Pflac!*... ¡conmocionada! ¡Una torta!... levantada del sillón... ¡volvió a caer!... ¡*Badabum!*... ¡toda la escalera!... ¡rodando los tres pisos! ... ¡Con eso se despertaron las chavalas!... que estaban fascinadas ahí, como idiotas. Envolvieron a la purí en el mantel... le dieron la vuelta... la ataron... y después las toallas... los tampones... aun así, ¡seguía sangrando!... Angèle trajo un hule... volvieron a colocar a la purí boca abajo... ¡La fajaron como a un rorro!... Menudo cachondeo otra vez...

Matthew quieto parado, miraba todo aquello... ¡un papa!...

No se movía...

«Ahí está el *cab...*»<sup>[102]</sup>, anunció Mireille.

Ahora había que bajar... Boro y yo, claro está... Cascade nos endiñó un fajo de libras, así, un buen puñado... Para que nos arregláramos... Aún las piaba demasiado la purí... ¡Pedía su vulnerario!... Si no, ¡no se marchaba! ¡Chantaje!... ¡Mireille salió jalando a buscarlo!... ¡Era un capricho y había que ceder!... ¡necesitaba su vulnerario!... Cascade ya no sabía qué decir para disipar el malestar... para que el otro hablara un poco, jolines... ¡El Señor Conciencia! que llevaba una hora ahí, sin decir nada... ¡Un tarugo!

«¡Créame si quiere, señor Inspector! pero ¡es que quería que me echaran las cartas! Bueno, pues, ¡voy bien servido!... Tengo la pregunta... ¡la respuesta!... ¡Ya ve qué desastre!...»

Un poco de broma, para que sonriera...

«¡Ah! Ya ve, señor Inspector, ¡una escena familiar muy fea!... ¡Entra usted aquí! ... ¡como por casualidad!... ¿Y con qué se encuentra?... ¡Unas locas! ¡Pues sí!... ¡Locas! ¡Ah! ¡cuánto lo siento, señor Inspector!... ¡De verdad!... ¡Le ruego que me disculpe!...»

Ni palabra... Un tronco... Le dejaba hablar...

«¡Las cartas! ¡Las cartas! ¡claro!... Pero ¡mi mujer, Angèle, es horrible!... ¿Ha visto, señor Inspector?... ¡Usted mismo!... ¡Qué carácter!... ¡Ah! ¡no puedo decir la última palabra en mi casa!... ¡Esto no es vida, la verdad!... ¡No exagero nada!... Y, además, ¡todas esas chicas!... ¡Esta juventud que me endilgan así!... ¡Zas! ¡ahí! ¡en los brazos!... ¡Yo que soy pacífico!... ¡tranquilo!... ¿Es esto vida?... Usted me conoce, señor Inspector... ¡Me meten en complicaciones! ¿A santo de qué?... ¿Me lo quiere usted decir?...»

El señor Inspector seguía mudo.

«¡Ya veremos más adelante! ¡Ya veremos! Quién es el que tiene la culpa, el responsable... ¡Dicen que Guillermo<sup>[103]</sup>! ¡No digo que no!... En cualquier caso, ¡yo no!... ¡Eso lo sabe usted, señor Inspector!... ¡Todo el mundo está trastornado!... ¡Mal de la chaveta! ¡qué horror! ¡No voy a ponerme yo a averiguar el porqué!... ¡Perdería la chola yo también!... ¡Ya me caliento bastante la cabeza!... ¡sólo de oírlos!... ¡Usted también, señor Inspector!... ¡Estoy convencido!... ¡Estoy seguro de que le horroriza!... ¡Con todo el respeto que le debo!... ¡Mire, señor Inspector! No hago comparaciones... ¡Entendámonos!... ¡No hace falta decirlo!... ¡No hace falta!... Pero estoy seguro de que en su familia, señor Inspector, ¡tiene usted problemas también!... ¡Ah! ¡Me apuesto algo!... ¡Nadie se libra de lo que pasa!... Con todo el respeto que le debo... ¡No hace falta decirlo! ¡Claro está!... Pero, las circunstancias, ¿verdad?... afectan a todas las personas, todo el mundo recibe lo suyo... ¡y las situaciones más duras! las preocupaciones, los avatares, ¡no son sólo para los pobres!... ¡Ah! ¡está demostrado!... ¡pero que muy bien!... ¡Así! ¡mire! ¡fíjese en los hombres!... ¡Ah! no diré más... ¡Es la guerra, señor Inspector!... ¡La guerra!... ¡Un asunto que me pone demasiado triste! ¡Ahí está la tristeza de las cosas!... ¡Y es que todo el mundo es desgraciado!... ¡y se envejece así!... ¡Lo nota uno!... ¡Años por hora, podríamos decir!... ¡con todo lo que tenemos que ver!... ¡Ah! ¡Sin exagerar!... ¡Usted también es razonable, señor Inspector!... ¡La fatalidad de verdad!... ¡No me lo negará usted!... ¡No hago comparaciones!... ¡Claro está! ¡No hace falta decirlo!...»

Mientras parloteaba así, acaparaba su atención, nosotros habíamos levantado a la purí, apenas si se sostenía de pie... sujetada bajo los brazos... con el hule en el culo, las toallas, bien atado todo... ¡maqueada para el camino!... «¡Adelante, la señora!...» Pasamos por delante del Matthew... se apartó un poquito... No chistó... Escuchaba al otro charlatán...

Llegados a los escalones... ¡más gritos!... ¡se encontraba mal, nuestra purí! ¡a cada movimiento aullaba!... Paramos diez, quince veces... Una vez abajo, ¡otra sesión!... Hubo que volver a izarla... montarla en el *cab*... se aglomeraba la gente... meterla entre los cojines... que se mantuviera tranquila... ¡huy, la leche!... Ya se había formado una multitud en torno... ¡Salimos al trotecillo!... ¡Le habíamos pedido «al paso»! ¡Adelante!... Tottenham... El Strand... y después las calles *East*... No estaba allí el Hospital... Al final de Mile End... ¡Un viaje! Ya era noche, por

fortuna... ¡Ya sólo las piaba por los baches!... El aire de fuera le sentaba bien... se mantenía casi tranquila... La habíamos arrellanado muy bien... «No va a ser nada», me decía yo... «no va a ser nada, la herida... no es muy profunda»... Yo entendía de heridas... Habíamos podido llevarla al Charing Cross, ahí al lado, el otro hospital, ¡mucho más cerca<sup>[104]</sup>! Lo más práctico del mundo... Pero Cascade no quería... ¡Nos lo había prohibido muy en serio!... para él, no era sino una guarida de guripas, el Charing Cross Hospital. Quería que fuera el London... Pues, ¡al London!... ¡Arre, caballito!... ¡Era una tirada!... ¡Al menos dos horas al trote!... Es grande, Londres... ¡Quince o veinte ciudades de una punta a otra! el mismo camino que para las dárseñas... Fleet Street, el Banco, Seven Sisters... después del *Elephant*, luego el *Port East*<sup>[105]</sup>... Se fiaba del London, el Cascade... ¡London Hospital! Sólo tenía confianza en el London... No tenía yo inconveniente... ¡Joconde tampoco! Al parecer, era muy serio... podíamos contar con ese titi, ese Clodo médico... el Doctor Clodovitz ese... que se conocían desde hacía la tira... Nunca un enjuague... ¡los heridos pasaban sin problemas!... sin indiscreción... ni habladurías... Al cuidado del Doctor Clodo... London Hospital... Debía carburar perfectamente... No había que olvidar el nombre... Clovis como el Vaso de Soissons<sup>[106]</sup>... ¡Tal vez no fuera tan fácil!... ¡Tal vez faroleara un poco, Cascade!... Muchas veces se mostraba optimista... ¡Ya veríamos, pues!... Las calles... ¡los farolillos!... ¡No veas los que había sólo hasta el *Elephant*!... que ya es que te deslumbraban de mirarlos... ¡bailaban!... miles... y miles... desfilaban así... bamboleándose así... te atontaban... El trote me recordaba al 16.º... las patrullas... la escuadra... ¡top! ¡top!... ¡top! ¡top!... la cadencia... los hierros... me lo conocía yo un poquito... por la noche ¡top! ¡top!... pero ¡no había que olvidar el nombre!... ¡Ah! Clovis... ¡Clodo! ¡Clodovitz!... ¡Clovis como el Vaso de Soissons!... ¡Boro ya no lo recordaba!... Yo, por fortuna, tengo memoria...

Clodovitz, al vernos llegar, puso mala cara un poquito... todo hay que decirlo... La enfermera fue a avisarlo de que lo buscaban para algo muy especial... Estaba en el fondo del hospital haciendo una cura de urgencia... según esa persona... Yo creo que estaba durmiendo más bien... Llegó adormilado, no veía bien, se frotaba los ojos... De todos modos, estuvo amable, vimos que daba explicaciones para que nuestra vieja pasara antes que los otros... Dos hombres la pusieron sobre una camilla... Nosotros esperamos fuera... es decir, en el vestíbulo... No estábamos solos... Aun así, a las diez de la noche, estaba lleno de familias y la tira de gente... cuchicheando...

La durmieron al instante, a nuestra energúmena, le cosieron la nalga, no hubo que esperar mucho... La llevaron a un pabellón común. Nosotros allí, aún en penitencia... Las once, después medianoche... La veíamos bien en su piltra, con la cabeza toda amoratada... echando baba por todos lados...

En cuanto recuperó el conocimiento, se puso a armar jaleo otra vez, a llamar a su Cascade... Volvieron a pincharla, se quedó dormida de nuevo, era la una de la mañana. Clodovitz no era el baranda, ni el médico importante siquiera, sólo era

«médico de seguimiento<sup>[107]</sup>», en el London Freeborn Hospital, así, casi de balde, había varios de su categoría, que apechugaban, sobre todo de noche, con las guardias, todos los currelos ingratos, ¡Clodovitz casi una noche sí y otra no! Sobre todo los médicos extranjeros que estaban de internos en el London, así se iniciaban en espera de instalarse.

A Clodo lo conocí bien más adelante. Cierto es que era servicial, solícito, activo, podemos decirlo, sólo flaqueaba un momento, era poco claro de palabra, no se podían dar dos duros, creerlo a pie juntillas... bastaba con saberlo...

¡No era un «Hospital» rico, el London East End, en aquella época! Esperaban a los donantes, ¡que se hacían bastante de rogar!... Estaba escrito en todas las puertas que los esperaban y con urgencia... ¡en términos suplicantes! Los filántropos se lo tomaban con calma. En cambio, los corredores estaban llenos y los vestíbulos, a todas horas del día y de la noche, muchedumbres, tropeles, de todas las edades y procedencias... que se cuchicheaban cosas horribles, que ya es que no podían más, vamos, y que preferían diñarla ahí, sentados en las baldosas, a que los enviaran a casa, a sufrir otra vez... ¡Querían una cama o morir! Eso era lo que se oía. Sin contar a cien niños que andaban gritando por todos lados, a cuál más fuerte... con los biberones, los juguetes... los vestíbulos llenos de tos ferinas... las sillas llenas de cacas por todos lados... No era suficiente, ni mucho menos, para los enfermos apretujados en las puertas, siempre había algunos sufriendo, las aceras llenas, la calzada llena... Y eso que era una quelí enorme, una leonera a lo largo, salas y salas, con no sé cuántas ventanas, hasta Burdget, casi en la otra avenida... Las donaciones no afluían, sólo la miseria no dejaba de acudir. ¡Qué multitud! incluso en invierno, bajo la pañí, ¡para los ingresos!... ¡Colas de horas y horas!... Pescaban lo que les faltaba para diñarla, ¡soltando lapos de quejas y catarrros! Siempre vi rechazar a gente. Hacía mucho calor en el interior, claro está, a partir de octubre, un horno. Los mal alimentados siempre tienen frío... El carbón, allá, no es caro, lo usan para todo...

Lloraban para que los admitieran, lloraban también al salir... ya no querían irse... se encontraban bien dentro, se pirraban incluso por el rancho, las lombardas con puré de guisantes...

Era una barriada densa, populosa, todo Poplar, Lime y Stepney, todos los alrededores, y Greenwich delante, lógicamente, para la medicina y la cirugía. Abarcaba todo el East End, en una palabra, hablo de aquella época, de Highgate a las dárseñas, una basca que no veas, ¡una afluencia! Estaba tan lleno, cuando llegamos, que, si no hubiéramos conocido a Clodo, ¡nunca habrían admitido a nuestra chorba! Aun así, en plena noche negra, aglomerados y ateridos, habían advertido la comitiva, ¡y en seguida venga insultarnos! ¡Ah! ¡La cola furiosa! ¡Que si íbamos a chulearlos, quedarnos con ellos! ¡Un tropel enorme, desde luego! Gente que estaba allí desde la mañana esperando ingresar, uno vino incluso a advertirnoslo y gritarnoslo en plena cara, así, con la cólera, ¡que si él tenía una hernia doble! ¡que si llevaba tres días esperando ahí! mientras que nosotros con nuestro *cab*, y nuestra muñeca y su nalga,



¡le tocábamos los cojones con ganas! de nada sirvió que le explicáramos... ¡Fue un coro general, una agonía espantosa!... ¡No querían que entráramos! Para bajar hubo que hacerles ver con el farol la sangre, las toallas, la venda que llevaba en el culo, que chorreaba, por todas partes, ¡que eran cuajarones bien de verdad!... Se apartaron un poquito, pero gruñían roncós, listos para morder, pasamos bajo los insultos, llegamos a la ventanilla, preguntamos en seguida por Clodo... ¡Por fortuna! ¡Doctor Clodovitz! ... ¡Boro a vueltas con Soissons otra vez!... Por poco no nos pusieron en la puta calle.

Más adelante, con los años, volví a pasar muchas veces por allí, delante del London Hospital... Aún eran casi las mismas paredes, el mismo color frambuesa y amarillo, el mismo hollín por todas partes, la misma jaula enorme con cristales de Commercial Road al East Port, sólo la gente había cambiado mucho, la basca, las jetas, las fachas... me sorprendían, ya no los conocía... Ya no eran los mismos piantes groseros, provocadores, truhanes... aún algunas mujeres desmelenadas... ya no muchos jóvenes... Ya no eran los mismos boqueras... ahora hablaban con calma, habían aprendido vocabulario... Seguían cotilleando hasta el infinito, en el fondo de la niebla, de sus varices y sus purgaciones... pero ya no tan huraños, ni mucho menos... Ya no hostiaban en la jeró al que se colaba... ya apenas decían tacos... el propio barrio estaba cambiando... quiero decir, justo antes de la guerra... la del 39 con el «vacilón»...

Bien mirado, la población era la que cambiaba... Ya casi no había marina a vela, eso era lo que traía a los verdaderos salvajes, éstos eran los intratables, los horribles de verdad... amarillos... negros... ¡chocolates!... ¡rabiosos!... Acudían a menudo con heridas, en todos los dedos... un vendaje, otro... en los pies también y en el tronco... por un quítame allá esas pajas se hacían otras, en la puerta del hospital, una provocación y se sangraban, se destripaban como si tal cosa, ¡sobre todo de las islas y de América! morenos auténticos, de los trópicos, de las islas de la Sonda, de las colonias del Ecuador, y del Norte también, la verdad sea dicha... En el fondo, eran todos caníbales... todos en la cola de los «ingresos». Se formaban unas mezclas de peloterías, huracanes de risas tremendos... con las amas de casa cockneys y los bestias borrachos del lugar, los boqueras, las cirrosis a base de whisky, las fístulas, las jetas carcomidas, los gastrálgicos, los de los lumbagos cortados en dos que gritaban por nada, las albúminas, sus botellines, los piantes enclenques, los antitodo, los que nunca se movían, los de jubilación raquíca, los del asma que se asfixiaban, todos ellos pringados, amajadados, unos contra otros... apretujados contra la puerta... Con frecuencia había una distracción... el intermedio... el trovador... con sus matracas, sus imitaciones con la boca, el embadurnado del ¡*float!* ¡*float!*... ¡y la mandolina!... ¡las tonadas del momento!... Recogía sus tres peniques... se daba el piro... Yo lo hice más adelante... el traje de cola con botones, con placas-miríadas, ¡un auténtico caparazón!... Creo que aún existen artistas semejantes... Había mucha afición a las matracas en Whitechapel, en seguida se formaba una multitud, pero atestaban la

calzada, detenían los tranvías, conque los guris se lanzaban a huevo, apartaban a todos contra las paredes, jais, lisiados, mancos, tísicos... ¡Despejaban rápido!

Los días en que había demasiada niebla, en que el hielo diseminaba a la basca, sobre todo los que ya cojeaban, la cola llegaba hasta *La Prestancia*... hacían guardia en la tasca... Cada cual hacía cola por dos... Iban a entrar en calorcito un poco con los alcoholes... iban a sorber el *punch-cherry*... Los que aún tenían un penique se invitaban a una caña, los otros fingían trincar, había un ir y venir entre la barra y el arroyo los días de fríos demasiado penetrantes...

Olía también un poco a fenicado en *La Prestancia*, lógicamente... dentro del *pub*...

Ya no son los mismos hoy, la misma clientela, ya lo he dicho, hay decoro... el barrio progresa... La miseria pone casa. Ya buscaban la madera blanca, pronto se montarán «*cosy-corner*», un buen día se harán la manicura... Si no está todo despanzurrado, en este momento en que hablo, ¡volatilizado bajo las bombas, los pecadillos y los caprichos! Ya no estoy al tanto, lógicamente, los acontecimientos nos separan, ¡dentro de diez años no lo reconoceré! Estaba sombrío, entonces, las calles, las paredes, quiero decir los edificios. El hollín embadurnaba la fachada, todo el frambuesa chorreaba... Había que ver también cómo bajaba, del puerto, de las dársenas, de las fábricas, las nubes no cesaban de traer otros tiznes, otros alquitranes, en invierno en ráfagas, en tornados y, además, brumas viscosas, una desolación. El interior del hospital estaba también viscoso y sombrío, las paredes, incluso las camas, las telas bazas así, casi amarillas. El olor se me quedó grabado en las napias, la orina, el éter, el alquitrán y el tabaco con miel. Aún los huelo. Una vez que te habitúas, tiene su encanto... Sólo la sala de operaciones estaba niquelada, blanqueada, brillante, deslumbrante incluso, al llegar de fuera.

En cuanto había un poco de bruma, ya no se veía, el gran hospital, y eso que era un edificio con masa y extensión... Se fundía en todo el entorno, había que acercarse, tocarlo casi... Estaba pintado como con niebla, además del amarillo y del frambuesa. A partir de octubre era un tizne desolador el que entraba en todo, enturbiaba todo, la cabeza, las cosas, te aturdió poquito a poco hasta que ya no sabías ni qué hora era, el tiempo que pasaba y el día que caía... Del río surgía, se precipitaba desde el extremo del barrio, invadía todos los alrededores, las dársenas, las personas y los tranvías... Ponía todo vaporoso, difuminado...

De *La Prestancia*, el *pub* de enfrente, ya es que no se veía el hospital, los días en que reflúa... en que se concentraban las vaharadas de vapor, en enormes torrentes... Sólo se veían leves destellos... algunos parpadeos en las ventanas... y el gran farol amarillo en la puerta... Ya casi borrado... Iba bien para las cuitas... se iban... te dejaban tranquilo... Pero la verdad es que me gustaría, cuando me muera, que me dejaran así, en la acera... así, solo, ante el London... que todo el mundo se fuese... ya no se vería nada de lo que sucediera... Creo que me dejaría llevar muy suavemente... Ésa es mi idea... fe en la sombra... ¡No se apoya en nada, desde

luego!... ¡Ah! He de decirlo... bromeo, es una simple impresión... una vanidad breve... un vaho sesgado... ¡Oh! ¡huy, huy!...

Una vez cosida su nalga, ¡la Joconde inaguantable, vamos! ya es que no podíamos con ella... En la otra punta del pabellón común la oíamos aún berrear imprecaciones horribles contra la Angèle, la muy víbora, a la que quería destruir en seguida, regresar allá para hacerla papilla de una vez por todas. Por fortuna, ¡no podía! permanecía tesa en su cama, empujada del cuello a los talones... con las vendas, los hidrófilos... Para que no se moviera...

Apestaba a yodoformo, ¡hartaba a toda la sala aún más con el olor que con los gritos! Ni un segundo de silencio nunca. Las enfermeras, nada gazmoñas, le replicaban con la misma moneda, le hacían frente hasta la última palabra... Unas sesiones horribles... Sin dejar de pensar en aquella Angèle, tan chungalí y acabada, se consumía en la cama... «¡Zorra! ¡Más que zorra!», la llamaba, mientras rumiaba, «¡que asesina a una artista!... ¡Furcia celosa!... ¡Golfa!... ¡Ay! ¡pobre de mí!...»

Los enfermos, con sus dolores, protestaban a diestro y siniestro... que estaban hartos del jaleo...

Había toda clase de clientas alrededor... pero más que nada mujeres del barrio, marujas y marmotas, algunas chavalas de los bares también y chinas... y, además, dos o tres negras, mujeres en tratamiento... del vientre la mayoría... de los senos y también de la piel... placas, úlceras, crónicas... la Joconde no iba a estar mucho, pero, en fin, al menos 25 días así, boca arriba, era la opinión de Clodovitz, absolutamente inmóvil. Pasaba todos los días al menos tres, cuatro veces, de visita, contravisita. Venía a observarle el drenaje, si supuraba... Se mostraba de lo más atento... Recomendada por Cascade, ¡no era moco de pavo!... No era viejo, el Clodovitz, y, sin embargo, ya parecía tullido, achacoso, contrahecho, y artrítico en las juntas... Hacía reír incluso a los enfermos con sus dolores, hacía como ruidos secos, cuerdas, crujidos con avaricia...

«¡Ah! Si tuvierais mis rodillas», respondía a sus quejas, «¡ya veríais, ya! Y mis hombros, ¡no digamos! ¡Y mis riñones! ¡Huy, huy, huy! ¿Qué diríais?... ¡Y yo tengo que najar! ¡No me quedo tumbado!...»

Pasando a todo tren por las salas, los cinco pisos, tres veces por jornada, preguntaba qué tal a la galería. Tocante a nariz, ¡menudo! ¡de no creer! ¡un pedazo de Polichinela! ¡que lo arrastraba! Se inclinaba por todas partes, sobre todo, miope que no veía tres en un burro, con sus ojazos de pez haciendo visajes bajo las gafas. En cuanto se ponía a discutir, todo eso le temblaba en cadencia al tiempo que las palabras, nervioso por naturaleza, sus orejas se movían también, despegadas, ensanchadas, alas que le sostenían la cabeza, pero grises, vamos, de murciélago. Era feo de verdad. Daba miedo a ciertas enfermas... pero tenía una sonrisa amable, ¡ah! ¡hay que reconocerlo! una sonrisa como de niña, nunca brusco, nunca impaciente, siempre dispuesto a agrandar, a mostrarse afable, a decir la palabra oportuna, ¡contra destino y fatiga!... el consuelo, la galantería, al más boqueras, deforme, y tumbado,

meado, en su camastro, ¡delicadísimo con los más baldados! con las bichos más ariscas y repulsivas... recriminadoras con una mala hostia, la hez de las salas de crónicos, donde los otros médicos del *staff* no entraban prácticamente nunca... Había unas jerós de lo más estrafalario, derrumbes totales difíciles de imaginar, que, sin embargo, duraban, para jorobar, meses y meses... años algunos, al parecer... que se iban a trozos, un día un ojo, la nariz, un cojón y después un trozo de bazo, un dedito, que es que era, en una palabra, una batalla, contra el gran mordisco, el horror interior que roe, sin fusil, sin sable, sin cañón, que le arranca todo al andoba, le hace cisco tira a tira, y no viene de ninguna parte, de ningún cielo, un buen día deja de existir, completamente desollado vivo, tajado, carcomido de úlceras, así, a base de gritos, hipos rojos, gruñidos y rezos y súplicas abominables. ¡Ave María! ¡Dios Bendito! ¡Jesús! cómo sollozan los ingleses con corazón, los seres escogidos.

Y surtido había, variedad, todo un mundo, un bazar de calamidades, secciones para todo, para el estómago, el corazón, los riñones, las entrañas, ¡las cincuenta y ocho salas comunes del London Freeborn Hospital! Sobre todo durante los meses de invierno, ¡tose que tose!... ¡toses y más toses! ¡al menos noventa y tres salas! con catarros por doquier, además de los accidentes de la calle, que sucedían por series... a menudo diez o quince a la vez... las mañanas de niebla demasiado espesa...

En las propias salas había obscuridad desde finales de septiembre, salvo dos o tres horas por la mañana, y eso lo más cerca de las ventanas, las altas guillotinas, llegaba del río en grandes oleadas densas, penetraba en todos los locales, apagaba los mecheros de gas, los quemadores en los pasillos. Traía el olor a alquitrán, los humos del carbón del puerto, y el eco de los navíos, los movimientos de las dársenas, las llamadas...

Clovis, para la contravisita, se proveía de un gran farol, uno enorme de aceite, un «*mail-coach*», cuando lo llamaban al pasar, veía mal, oía bien, se acercaba hasta la cama, muy cerquita, los iluminaba en plena cara, formaba un círculo blanco alrededor, se recortaba sobre la noche, el rostro del hombre en pena. Entonces se inclinaba ahí, muy cerca, les hablaba en voz baja: «¡Chsss! ¡Chsss!», decía... «¡Chsss! ¡amigo! ¡No despierte a nadie!... ¡Vuelvo en seguida! ¡Le pondré su inyección!... *Soon be over!*... *Soon be over!* ¡Se le pasará!...»

A cada paciente las mismas palabras... y salas y más salas... las plantas... *Soon be over!* ¡Se le pasará!... Era como un tic en él.

¡Ponía una de inyecciones en una noche!... a hombres y mujeres... Estaba tan cegato, que yo le sostenía el farol muy cerca... junto a la nalga... para que hundiera la aguja donde debía... no al lado ni de través...

Al cabo de quince días que llevaba yendo a ver a la Joconde, éramos como amiguetes ya, yo le ponía las inyecciones, de cánfor, morfina, éter, lo habitual, y él me sostenía el farol. *Soon be over!*... *Soon be over!*... El ritornelo. «¡Pronto pasará!»

Tardé muy poco en coger el tranquillo a las inyecciones con la mano suelta, es automática la mano suelta, el enfermo no siente nada... un soplo...

Así me inicié, un poquito clandestino, en el London Freeborn Hospital con el Dr. Clodovitz, en la carrera profesional. Aprendí a decir igual que él, en seguida, por doquier, *Soon be over!* ¡Se le pasará! Se ha vuelto como una costumbre, un tic, en cierto modo... ¡Ha habido de todos los colores desde el Freeborn Hospital! por aquí, por allá, buenas, malas, horrores también, claro. Podéis juzgar por vosotros mismos. Sin idea fija alguna... simplemente el curso de las cosas... ¡peor podría haber sido!... *Soon be over!*...

Nos distanciamos dos minutos unos de otros. Andábamos con mucho ojo por las calles... Orchard Street, Weberley Common's, Perigham Row... Primero Boro y después René, el desertor, que tenía papeles imposibles, su foto en todas las gacetas, y, además, Elise la «mercera loca», que había quebrantado el *Warrant*, seguida por una panda de polis, en vista de que llevaba años puliéndose bolitas de opio inofensivas en todo Maida Vale y West End, sin avatares, y de repente se había pasado al hashish sin avisar, por la guerra. Eso era lo que el Yard no perdonaba, ¡las variaciones de costumbres!...

Tenía que acabar mal. Estábamos muy fichados. En el propio hospital, aun con Clodo, y eso que estaba yo muy modosito y echaba una manita a modo de enfermero de refuerzo en los momentos en que había demasiada gente, la cosa empezaba a ponerse fea... Joconde nos había perjudicado... Se había ido de la lengua por allí... Había contado historias sobre sus desgracias personales y sus avatares del *Leicester*, que eran pura y simple locura... Como hablaba un poco de inglés y allí había porteras para parar un tren, aquello estaba adquiriendo unas proporciones... tumbadas allí sin otra cosa que hacer que exagerar los líos... Se estaba volviendo ingrato y escabroso... Hablaban de ponernos en la puta calle, pura y simplemente, y a Clodovitz el primero... médico extranjero suplente... que sólo servía para las guardias nocturnas... La dirección no le quitaba ojo... Le tenían bastante fila, pero, como no le pagaban demasiado, ni siquiera por ese trabajo matador, despertado diez, quince veces por noche, no estaban nada seguros de encontrar otro interno tan perfectamente sacrificado, ni exigente ni bebedor, sólo un poco raro de facha... La dirección vacilaba a la hora de ponerlo en la calle... vacilaba, pero poco ya... ¡La expulsión habría sido la catástrofe!... Tenía papelas tan raras, tampones en ellas tan miserables, que no se podían enseñar... ¡Diplomas aún más curiosos!... pero su forma de estar ahí, de encontrarse ahí, andaba en Londres, ¡era un misterio aún mayor!... ¡Ah! ¡lo que le daban para el pelo!... ¡Estaba *finish!* Todos los días, desde hacía un tiempo, recogían a uno de esos «*aliens*», como llaman a los extranjeros, mucho menos equívocos que él...

Bien que sabía todo eso, el Clodovitz... me lo comentaba de vez en cuando, no le hacía gracia...

Cascade había prometido venir pronto y sin falta a ver cómo iban las cosas... Al cabo de tres, cuatro días, nada... Conque telefoneamos... ¡que viniese!... que se diera prisa... que teníamos que decirle dos palabritas...

La cita era para las seis en *El crucero para Dingby*, vieja tasca-cantina, en plenas dársenas, un poco al oeste del Hospital, justo a la orilla del río... Se podía ir por la ribera o por callejuelas de alrededor que llegaban en revoltillo hasta allí desde Commercial Road, de entre los *Stores*, los altos cobertizos, que era una llegada y una salida bien discretas, la verdad...

Allí estábamos, pues... Esperándolo... Estaba también el patrón de *La Prestancia*, que también había venido a vernos... Pero ya apenas hablaba, desconfiaba, se mantenía en guardia, gato escaldado...

«*I want to speak to Cascade!*...» ¡Sólo quería hablar con Cascade! Terco, antipático... Cascade no había llegado. Era una hora de afluencia, las mesas estaban llenándose, la salida de las cuadrillas, la brigada de los tornos, de las bodegas, armaban mucho jaleo, lógicamente, sobre todo por sus calcos, el local era todo de madera, todo travesaños y adobes, resonaba mucho. La máquina tragaperras y los dados soltaban también sus berridos... y, además, las barahúndas en derredor...

¡Ah! ¡*tuf!* ¡*tuf!* ¡ahí venía, un coche! ¡Llegaba el buen señor, de todos modos!...

«¡Hola, chicos!...», se presentó.

«¡Hola, amigo!», le respondimos.

¡Ya iba siendo horita!

«¿Qué tal el coco?»

A mí se dirigía.

«¿Te duele aún?»

Me indicó la cabeza.

«¡Siempre! ¡Siempre! ¡Señor Cascade!...»

Le molestaba que me doliera la chola, siempre me lo comentaba.

Clodo fue y lo abordó, que si lo habíamos llamado, etc., etc., ¡para hablarle de la Joconde!... que si no se portaba bien en el hospital... que si parloteaba a tontas y a locas...

«Y el culo, ¿qué? ¿Se va curando?...»

«¡Por ahí va tirando!...»

«Cuando el culo carbura, ¡todo pita!...», respondió.

Fue lo único que se le ocurrió...

«¿Y Angèle?», le preguntamos nosotros entonces.

«¡Se ha ido a Edimburgo! ¡Está con su *business*, amigos! A colocar a las dos chavalas del Bizco...»

«¿El Bizco?»

«¡El Bizco! ¡sí! ¡ya veis!»

No lo podíamos creer...

«¡Un hombre que va a cumplir los cuarenta! ¡Se larga también! ¡El muy imbécil! ¡Sí, señor! sorchi de infantería, señoras y señores, ¡de infantería! ¡Como lo oís! ¡Ah! ¡no quiero ni pensarlo! Pero, a propósito, ¿la Joconde? ¡Habéis visto qué clase! ¿Eh? ¿Habéis visto? ¡No os había mentado yo! ¡Estocadero! ¡Y *pfuitt!* ¡Qué arranques de

animal! ¡Parecía un ariete! ¡*Fluitt!* ¡Un nervio! ¡Como un relámpago! ¿eh? ¿no?... ¡Como un relámpago!...»

«¿No quiere ir a verla?», le propusimos amables.

«¡Ah! ¡no! ¡qué leche! ¡que la diñe!...»

Ésa fue su respuesta... ¡Estaba harto! ¡Hasta las narices!... ¡No quería más tristezas!

Un poquito egoísta.

«Hombre, chicos, ¡ya sé lo que voy a hacer!»

Ya estaba otra vez con su manía.

«¡Me voy a comprar un trombón! ¡Voy a desfilas yo también! ¡Pasaré a veros hacia el mediodía!... ¡Ya me veréis, ninchis! ¡Ya me veréis! ¡Voy a hacer música yo solito! ¡Para los que no quieren marcharse! ¡Voy a ser el anti-*recruting!* ¡ya está! ¡Voy a fundar una sociedad! ¡los Mantas del Estadillo! ¡Voy a aprender el inglés, chicos, si esto sigue así!... Quiero entender un poco sus gilipolleces, ¡cómo les comen el coco! ¡porque es que los vuelve locos a todos!... ¡debe de ser cosa fina! ¡Me gustaría entender su chamulle!... ¡Y eso que son vagos, los macarras!... ¡Yo me los conozco un poquito!...»

¡Ah! ¡Se quedaba alelado!

¡Era un prodigio de verdad!

Ante su *glass*, ahí, meditando... la *stout* espesa...

Prospero Jim, el patrón del *Dingby*, se acercó, naqueró... lo veía igual que Cascade... ¡el crimen de los periódicos!... ¡siempre los periódicos!... ¡Tampoco él los leía nunca!... ¡Y el cine también!...

«¿Has visto el noticiario? ¡Trincheras por aquí!... ¡los *boches* por allá! ¡Y mi medalla! ¡Mírame el coco! ¡Oh! ¡qué valiente soy! ¡Oh! ¡qué muerto estoy! ¡Es una comedia! ¡Te lo digo yo! ¡Vamos! ¡*Pluff!* ¡Caca de vaca! ¡Para su boca!...»

¡Se ponían de una leche, los dos, sólo de pensar en esas tonterías!

¡Tan sólo comentarlo les atacaba a los nervios!

«*I love you! I love you!*», decía Cascade, imitándolos... «¡Tienes razón! ¡Son como niños!... ¡gachós corrompidos por la rica crema! ¡ahitos de mantequilla! ¡demasiadas golosinas!»

Yo los escuchaba cotorrear... Seguía sin incumbirme... ¡Habría podido decir unas palabritas! Pero ¡qué leche! ¡cerré el pico!... ¡Cada cual a lo suyo, con la experiencia! ¡Ya me lo conocía, yo, bien! ¡Tenía las costillas aún bien cargadas con el conocimiento chipén adquirido!... ¡y sobre todo en el oído! ¡Un trocito de metralla aún! pero ¡no veas qué silbidos!... ¡de no poder dormir más!... y unas migrañas como para ladrar, como si me arrancaran los ojos con tenazas, me los girasen a la fuerza... me hacían bizquear durante horas... En fin, trances de verdad... ¡Ah! ¡no! ¡Yo no quería volver!... Pensaba en mi padre, mi madre, tranquilos allí, en su tienda, *Passage des Vérododats*<sup>[108]</sup>, tan campantes, compadecidos por los vecinos, por lo de su hijo herido tan grave, lloriqueando... Pensaba en todo lo que había visto de un

hospital a otro... Dunkerque... El Val... Villemomble... Drancy<sup>[109]</sup>... y mi propia persona, además... Cómo pasaban por los quirófanos, los heridos... ¡para que los recompusieran!... ¡los pusiesen en pie otra vez! les recosieran lo esencial, ¡y hale ahí! ... ¡Salta, sorchi! ¡la gorra!... ¡Estarás en el próximo torbellino!... Perfecto, en forma, ¡tieso como una bala! ¡De perilla para la próxima ofensiva! ¡Para ti los gozos del Bosque Quemado! ¡No vas a pasar frío este invierno, héroe feliz!... ¡Va a haber hostias por allí!... ¡Te lo garantizo!... ¡Ni un minuto de despilfarro!... ¡Vais a tener que estar vivos, chorchis valientes!... ¡No os miréis tanto los remiendos! ¡En un hombre está feo!...

Pensaba yo en todo eso... ¡Y no decía nada! Cascade, en cambio, no cesaba de hablar. Estaba contento de que lo escucháramos... causaba sensación.

«Conque el sargento, el de las cintas, ¡se me acercó! ¡Me abordó, me soltó el rollo! ¡Ah! ¡no veas qué mala leche!»

El incidente que había tenido.

«¡Yo! ¡eh, chicos!... ¡Ya veis! ¿Por quién me ha tomado? ¡Quería que siguiera su charanga! ¡Que fuese con él al *Recruting!* ¡Figuraos!... “¡*French!*”, fui y le dije... “¡*French, hombre!*”, ¡que se había colado! Entonces, ¡su jeta! ¡Pegada a la mía! ¡de pronto se chupaba la fusta! ¡Con una pinta de gilipollas que para qué!... Entonces, ¡los otros se tronchaban! ¡Tendríaís que haber visto qué multitud! ¡Top! vamos, ¡que un cachondeo! ¡anda y que les dieran morcilla!... ¡Ah! ¡la cólera! *French rascal! rascal!* me llamó. ¡La multitud estaba contra mí!... ¡Salí de naja! ¡Tú figúrate! ¡Uno contra mil!... ¡Adiós, muy buenas!... ¡Pies para qué os quiero! ¡Tendríaís que haber visto el bul del *Recruting!* ¡Así, chico, de ceñido! ¡Una túnica, huy, chico, de fantasía, vamos! ¡No veas qué bul hermoso para la guerra! ¡Se van a reír los *fritz!* Sí, te aseguro, ¡se ve cada cosa! ¡Con la fusta y *proutt! proutt!*...»<sup>[110]</sup>

¡Se divertía con ganas Cascade!... los clientes también en derredor... ¡Qué brillante conversador!... y hasta el patrón de *La Prestancia* olvidaba sus pesares...

«Pues, ¡es sargento, el tío! ¿te das cuenta? Mira, ¡me callo, Prosper! ¡Me vuelvo loco! ¡Sólo de pensarlo!... ¡Pásame el veneno! ¡Ese zumo de chinche!»

Se sirvió un gran *whisky-fizz*... Ofreció a tutiplén... generoso con ganas...

«¡Para todo el mundo! ¿Me oyes? ¡Para algo he venido yo! ¡Venir a hablarme a mí de enfermedades! ¡Y qué sé yo qué más!... ¡del espiche! ¡y una mierda! ¡Yo quiero reír! ¡Me recuerda a Jeanne Boquita de Piñón!... ¡Me la ligué, mira tú, en Santos!... ¡Me la llevé en coche! ¡Bien rumboso! ¡La paseé toda la tarde en un landó de millonario! Quería que disfrutara, ¡que se divirtiese!... ¡Un calor, amigos! ¡así, vamos!... ¡Un horno de yeso, chicos! Quise quedar aún mejor... Lo hice detenerse ante la tasca, ¡el *saloon* más bello del lugar! *L’Origone*, se llamaba, ¡el club de moda! ¡Quería hacerlo todo a lo grande!... ¡Fue y pasó un torero, con su guitarra, nada menos! ¡*flof!* ¡Fue y me la espabiló, ya ves tú, mi chorba! ¡Así, ya ves tú! ¡*flof!* ¡Con sólo mirarla! ¡Me la bailó! ¡Ella se le echó encima! ¡Eso me gané por ponerme meloso! ¡Se me la zampó! ¡Se me la llevó del brazo! ¡Ah! ¡yo echaba chispas! ¡Ah!



¡ya me dirás tú! ¡Salté sobre ese fantasmón! ¡le di una manta de hostias!... ¡Le rompí dos piños al torero! Conque, ¡me mandó a la bofia!... ¡Mi primera chorba!... ¡En Santos, fíjate, todo son rejas! ¡La cárcel está al aire libre! ¡Venían a verme los dos! ¡para cachondearse, así, los domingos! ¡chunguearse de mi jeró! ¡y cogidos del brazo!... Tú fíjate qué cabrones... ¡Y yo al otro lado de los barrotes!... ¡Me chupé seis meses! ¡Ah! ¡la juventud!... Tenía veinte años, ¡eso explica todo!... ¡Con eso escarmenté, ya ves, de los paseos!... Lo que hay que hacer es romperles las costillas... ¿Que eres cariñoso? ¡vas listo!... ¡Al trullo!... *I love you!*... ¡No quería enseñar mi fuerza! ¡Me chuleaba ella a mí! ¡Me hacía lavar los platos! ¡Para que te enteres, chaval!... ¡Con tus medallas! ¡Guerrero del pim-pam-pum! ¿Me oyes? ¡Para que aprendas! ¡Eso no viene en los periódicos!...»

Prospero estaba completamente de acuerdo.

Los clientes en derredor, los tatuados, los descargadores, los brazazos, movían la cabeza, no entendían nada... Prospero les tradujo un poco en inglés esas palabras prácticas... Se tronchaban y el alcohol les salía disparado... Tenían los vasos, los morros, los bigotes empapados... Se ahogaban al privar... sacudían toda la cristalería con roncadas risotadas a la salud del compadre, ¡tan generoso, tan filósofo!... Estaban tan atontados por el *gin* de malta y el *stout* y las espesas nubes de tabaco y el de mascar, además, y la fatiga de los transbordos, que era esfuerzo inútil explicarles esto y lo otro... No comprendían pero es que nada... Pero ¡quisieron de todos modos festejar al viva la Virgen que hacía las cosas tan espléndidamente! que convidaba a todo el grupo... que devolvía los ánimos, ¡en un tres por cuatro y *whisky-fizz!* y «vitriolo del marino», secreto de Prospero, que te despellejaba la boca de un tirón, con la simple sacudida de la primera gota, que habría disipado todas las nieblas de Barbeley Docks, a Greenwich, con sólo soplarle, ¡con el terrible aliento! a través de treinta y seis Támesis. Pero ¡había que sujetarse a la barra! ¡Hacía tambalearse pero bien al más pintado!

«*For he is a jolly good fellow*»... saltó con el famoso coro, todo el grupo, ¡lanzado, bum, contra los cristales! ¡rugía la casa de fieras!... Se formaban unos fumaderos como para cortarlos con cuchillo... Que todo el mundo lloriqueaba la tira, con los ojos picados y parpadeantes sin cesar, rojos, ardiendo con la pimienta, con el hollín... con muchos otros humos más, más acres, que se filtraban por doquier desde el río, de azufre, de carbón, de salitre, que embadurnaban todo, borraraban todo, hasta el gas, los quemadores, te daban muecas, rostros de risa, cabezas de melaza, pastosas por entre los vahos. El tascucio era todo rugidos, conque se veía todo confuso... toda la barahúnda de los fantasmas aulladores...

*r he is a jolly good fellow!*...

Vuelta a empezar... todo el estruendo... y después un gran berrido por la guerra, la cantinela en boga, el último grito, que hacía furor en el *Empire*...

*de your trouble! Hide your bag!*

*¡d sing! sing! sing!...*<sup>[111]</sup>

Hasta el Cascade lo berreaba «*Sing! Sing! Sing!*» con ganas. En ese preciso momento Boro, que estaba al fondo, jugando a las cartas, fue y se nos acercó.

«Pero, oye, ¿de dónde sales tú, barrigón?», lo acometió Cascade.

«¡De la cama, jefe! ¡a su salud! ¡Para servirle! No de la cárcel como tantos otros...», añadió... alusión discreta.

«Pero ¡usted también la conoce, seamos sinceros, señor Boro!»

«¡Y no menos de catorce veces por mi honor! ¡Señor Cascade!... ¡Porrr mis Ideas!... ¡Bien que puedo decirrlo! ¡Y estoy orgulloso de ello! ¡No lo descarto incluso, cuando haga falta!...»

¡Un acento terrible y rrrr como truenos!

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡No se jacte!...»

«¡Yo nunca, señor Cascade! ¡Yo nunca! ¿Me oye usted bien? ¡por el delito de macarrón!...»

¡Para que se enterara el Cascade!

«¡No le preguntamos sus opiniones, señor Borokrrrom! ¡Sus papelas nos gustaría ver, ya que es tan distinguido!...»

«Pues, ¡aquí las tiene, señor Cascade!»

Se urgó por los bolsillos, sacó toda una papeluchería, carnets, billeteros, jirones de pasaporte, todo remendado, cubierto de grasa...

Cascade examinó, le devolvió.

«¡Oh! ¡Oh! ¡No es usted difícil, querido bandido de honor! ¿Ésas son todas sus dotes? ¡Mal asunto, Boro! ¡Mal asunto!... ¿Y los suyos, señor Pifias?»

Se dirigía a mí.

«¡Enseñemelas, ande, sus papelitas! ¡Haga el favor!...»

Saqué las mías... Me las abrió, me les dio la vuelta... Frunció las cejas...

«Pues, ¡sí que está apañado también usted, señor Pifias! ¡También a usted han venido a buscarlo!... De acuerdo... ¡Me explico! ¡Lo llaman del consulado!... ¡Claro! ¡Claro!... ¡Es fácil de entender!

»¿No ha visto usted los anuncios?... Usted, que lee todos los *Mirrors*... No hablan de otra cosa en el Berlemont... Todos los hombres de la quinta del 12... ¡Todos convocados!... ¡inútiles o no!... ¿Y usted, querido Clodovitz? ¡El estimado doctor! ¡el estimado sabio!...»

Le avisaba.

«¡Déjeme ver, ande, sus jirones!... ¡Ah! ¡Ya los he visto, claro está! ¡Ah! Hace muchísimo, ¡eso es!... ¡Los añoro! ¡es que los añoro!... ¡Eran demasiado graciosos, hace dos años!... ¿Los sigue llevando encima?... ¡Estupendo! ¡Incubaditos, por así decir!... ¡Han criado! ¡Clodovitz!...»

Clodovitz se los apalancó, tenía los macos llenos, unos un poco legales... ¡otros

completamente falsos!... Rayados por todos lados... ¡como para poner el grito en el cielo, sus pasaportes! ¡fules! ¡de risa! Lo reconocía él mismo.

«¡Es de tanto rasparlos!...»

Explicaba la razón...

«Bueno, pues, ¡aviados estáis, cacho imbéciles! ¡Os vais a enterar de lo que vale un peine! Artistas, ¡no hay duda! Pero ¡para las papelas fules!... ¡Ah! ¡la Virgen! ¡hasta con el culo las haría yo mejor! ¡y eso que estáis solicitados, de todos modos!... ¡Hay quienes lo consideran excesivo! ¡La prueba! ¡clientes! ¡aficionados y serios!... ¡Hombre, el Matthew quiere veros! ¡Ahí tenéis al aficionado! ¡Os busca por todos lados!... ¡Se corre con vuestras papelas falsas! ¡Volvió a verme anteayer!... ¡a propósito!... ¡totalmente! Lo recibí: “¡Señor Inspector!”, le dije como si nada... sin cortarme un pelo: “¡Le veo cara de preocupación!” Me tomé la libertad de decirle... sé que es más falso que Judas... y cuando se presenta de buenas, ¡peor aún!... ¡Una trampa!... Fui derecho al grano... Saqué el *calva*... Probó... se sentó... ¡Y nada más!... Sin decir palabra en ningún momento... ¡Yo quería que entrara en calor!... Saqué el aguardiente... ¡y las copas grandes!... ¡Mucho mejor!... ¡Lo miré a la cara!... hizo “¡myam! ¡myaam!” ¡Se relamió!... ¡Joder, yo tenía prisa!... ¡Hice como que buscaba el sacacorchos!... el pequeño en el bolsillo... ¡me busqué!... ¡me hurgué!... ¡todos los macos!... ¡La comedia!... saqué un puñado de libras... así, ¡pof! ¡sobre el velador!... Me levanté... me largué... dije: “¡Voy a orinar!”... ¡Volví!... ¡ya no estaban!... Al instante, ¡pudimos hablar mucho mejor!... ¡Sonriente!... ¡Confiado!... ¡Mucha mayor soltura!... ¡Ah! ¡qué bien había hecho yo! Pues, ¡no tenía que decirme ni nada!... ¡Podía yo pensar que quería farolear!... Pero entonces me enseñó sus *warrants*... Cosa seria... ¡Os afecta y en detalle!... ¡Ya podéis escuchar atentos!... A ti, Pifias, quiere volver a verte... El consulado ha pedido tu cartilla... ¡en seguida!... ¡presto!... ¡cagando hostias!... Tú, Clodo, en el *Home Service*<sup>[112]</sup> están hartos de tu cara... ¡Y no son los únicos!... ¡que si tienes que volver a Folkestone!... ¡a la “cuarentena” de los polacos!... ¡que si ése es tu sitio y no otro!... ¡Y a usted, señor del Boro! ¡tan delicado!... son los Scots quienes lo llaman... ¡y en el Yard también<sup>[113]</sup> y en seguida!... ¡Hastidados están de sus escándalos!... ¡Ya ve usted cómo hablan! ¡Que a coger los bártulos y en marcha en el plazo de cinco días!... ¡Que no lo vuelvan a ver!... Si no, ¡va a haber hostias!... ¡y la camisa numerada!... ¡y tal vez un poco de látigo!... ¡Así son las noticias!...»

De acuerdo, Cascade exageraba, lanzaba esas peroratas para dejarnos pasmados... hacernos ver un poquito sus relaciones, pero ¡no todo era pura cháchara!... Había peligro, seguro... los polis estaban nerviosos, seguro, ávidos y marrulleros ellos... ¡Ah! Pero ¡no debíamos dejarnos tanguelar!... Conque, ¡nos irritamos también nosotros dos!... ¡Replicamos que eran abusos!... ¡iniquidades sin igual!... que en las calles de Londres se veía a la tira de truhanes, mucho más chungos que nosotros... ¡mucho más sospechosos y asquerosos! ¡golfos, vamos!... ¡horrores!... ¡pirantones redomados!... ¡que, para nosotros, esa mala fe abyecta, injusta, no tenía nombre!

Y después le cantamos las verdades, que probablemente fuese él, al fin y al cabo, quien se nos puliera pero bien a la pasma... ¡quien nos liquidara a traición!... ¡No nos anduvimos con chiquitas!... ¡La verdad es que parecía contento, liberado!... ¡Ah! ¡era sospechoso!

«¡Tienes envidia y se acabó! ¡reconócelo!»

Así mismo le dijimos... y, además, ¡una buena polcata!... ¡que si se cachondeaba con nuestras desgracias! ¡Que si era de lo más cínico! ¡Que si no tenía demasiado honor!...

¡Oh! ¡pues vaya! ¡Menudo cómo saltó!

«¿Yo? ¡Oh! ¡qué maricones! ¡Oh! ¡lo que hay que oír!»

¡Ah! ¡se asfixiaba!

«Pues, ¡no habrían muerto ya a latigazos ni nada! ¡Palmado en chirona! ¡hechos fiambre! ¡si no hubiera vuelto yo a untar ayer a su Matthew! ¡Si es que no cesan de arruinarme!... ¡No paro de salvarles la vida!... ¡Son carne de policía y compinches! ¡Y mira cómo me tratan!...» Con la indignación nos sacó, además, todo un paquete de libras, esterlinas, de diez... grandes sábanas, ¡toda una fortuna! Las agarraba, las estrujaba... ¡limpió toda la mesa con ellas! así, ¡adrede y con asco!... ¡para mostrárnoslo! ¡Enjugó todo! ¡la priva!

«¡Hale! ¡ahí tenéis, so mierdas!... ¿Es eso lo que queréis?...»

Nos las arrojaba como trapos de limpiar... manchados de rojo...

«¿Estáis contentos?...»

Nos humillaba.

«¡No, Cascade!... ¡No, hombre!... Pero mira... ¡piensa un poco!...»

«¡Bien pensado está, hostias! ¡Vosotros tenéis papeles de wáter! Como os pesquen, ¡os enchironan! ¡Es lo más natural! ¡Bien pensado está! ¡Y bien decididos que están ellos!... ¡Es la guerra!... ¡Hay que ver cómo hablan!... ¡No sólo yo los pongo negros!... ¡Todo los joroba!... ¡Aun con el parné!... ¡Ya puedes atiborrarlos! ¡toma, a manta!... Vuelven. ¡Aún tienen gusa!... Es una locura, ¡ya no hay límites!... “¡Es la guerra!”, ¡lo único que sueltan por la mui!... ¡La guerra!... ¡Y a mí qué me cuentas! ¡Venga gilipolceces! ¡La pasma y los demás!... ¡Macarras o cabritos!... ¡La locura más gilí! ¡Los que pueden quedarse no se quedan! ¿Los liquidan? ¡Se cabrean! ¡No saben lo que quieren!... ¡Joder!... ¡Se acabaron los buenos modales! ¡La mala leche con botas!»

¡Ah! En el fondo, ¡se cachondeaba, de todos modos!... Bien se veía que nos hacía de rabiar... que vacilaba con nosotros... ¡El Coco! ¡Tunante de nacimiento!...

Aun así, yo no estaba seguro... ¡tenía un canguelo de la hostia!... Boro se reía con una boquita así... Clodo ya es que no encontraba sus acáis, ¡con los visajes que hacía tras las gafas! ¡la copa se le soltaba de las manos con el tembleque!... ¡por el terror a verse expulsado de Londres! ¡Joder también! ¡No era un sueño!... ¡Todos teníamos nuestras razones poderosas para quedarnos en Londres! ¡y serias y personales!... ¡Boro ya es que tartamudeaba!

«¿Cree... cree... cree usted, Cascade?...»

«No es que crea... ¡Es como si lo viese!...»

Era una broma pesadísima...

A los clientes, a nuestro alrededor, les importaba un pimiento. Aprovechaban el chollo, ¡pimplaban de balde! ¡Cascade convidaba!... No comprendían las razones, ¡que nos apuráramos tanto!... ¡que nos cabreásemos por unos carteles!... ¡por chismes de guris!... ¡que estuviéramos asfixiados!... De nada servía explicarles... les repetíamos: «¡es la *War!*» ¡No les afectaba a ellos, la *War!* ¡Nunca se habrían alistado!... ¡Sólo valían, ellos, para las dársenas! ¡El resto no les incumbía!...

Cargar... ¡descargar!... ¡y se acabó! ¡Y más que listo!... ¡*Dockers!* ¡*Dockers!* ¡Y se acabó!... Cacharrería comercial o bélica... ¡Nunca otro currelo! ¡Así era, su destino!... ¡No iban a cambiar por nada del mundo!... Parecían truhanes, sucios, borrachos, atontados, andrajosos, pero ¡los boqueras de verdad éramos nosotros igual! ¡Los auténticos parias del caso! ¡Lilangas para la chingaripén! A ellos, tronquis *english*, nadie les pedía nada. ¡Ni que pensar en las tortas!... Bastaba con que continuaran apencando, sórdidos y tan campantes, en su «julepe», ¡y listo! ¡*Gentlemen*, a las bodegas! ¡Sin cuentos! Nadie les pedía nada. Nosotros, ¡otra canción! Nos tenían en las listas «*Frenchfranchutes*», ¡identificados canallas de todas partes! ¡Hombres del pecado original! ¡nacidos, claro está, para las batallas! numerados *clowns*, ¡todo el cuerpo! ¡Borricos para la metralla! ¡Chungo, pues! ¡Chungo, ya lo creo!... ¡No es sino cinco litros de sangre, un andoba!... ¡Lo comprendes demasiado tarde!... ¡No captas la diferencia al primer vistazo! ¡que la Tierra no es sino una ruleta!... los buenos... ¡los malos números!... ¡No va más!... ¡los enchufados de nacimiento!... ¡los sorchis de nacimiento!... A primera vista, ¡todo igual!... ¡Todos los mendas en el mismo saco! pero ¡qué leche! ¡Ni mucho menos!... ¡El día y la noche!... En las peores clases de la miseria, ¡gira un mundo! ¡Lo mejor y lo peor!... ¡Es como las montañas vistas desde las nubes, de muy arriba, de un avión! ¡Muy siniestras, negras y aviesas! Pero de muy cerca, abajo, ¡tarará! Están llenas de cholletes, abundantes enramadas, ¡preciosos hotelitos!... Hay que recorrerlo para conocerlo... eso no se aprende en la escuela.

¡Te vuelves muy optimista con los números de la suerte!... ¡Que los otros se lancen al matadero!... ¡Bien en coro que cantan los «enchufados»!... Una alborada muy agradable, ¡sobre todo bien piripis!... ¡ninchis fastuosos como el Cascade!...

¡Otra ronda!... ¡Y otra!... ¡El maharajá con la vena!... ¿Todo el montón de *banknotes* sobre la mesa?... ¡No quería verlos más!... ¡A liquidarlos!... ¡a privar!... ¡Lo festejaban con avaricia! *For he is a very jolly good fellow!*

Resonaba en toda la queli, hacía temblar las paredes, ¡con lo que aullaban en coro!... ¡La araña bogaba, valsaba sobre las cabezas!... Todo el bujío contento, todo el tascucio, todo el tinglado... Prospero volvía a lanzar la cantinela... ¡Creo que era él quien más aullaba! *For he is a jolly good fellow!*...

¡*Wromb!* ¡la puerta hizo «pam»! ¡Llegó un bulto de la calle!... ¡Así, en amasijo!

¡Wromb! ¡en plena queli! ¡Se había lanzado!... ¡No había visto!... ¡Los tres peldaños! ... ¡A paseo!... ¡Se desplomó! ¡Cuan larga era! ¡La Joconde! ¡en un bulto!... con sus algodones... ¡sus vendas!... se levantó, vociferó, ¡estaba horrible!... ¡en seguida los reproches!... ya estaba... se alzó, ¡se aferró a la barra!... ¡Una furia! Se asfixiaba con el esfuerzo... sofocada... había corrido por todo el barrio... ¡en nuestra busca! ¡estaba verde bajo la lámpara!... Miró en derredor... ¡un pánico! Dio unos gritos... ¿No estaba él allí?

«¿Dónde estás, cielo? ¿Dónde estás? ¡tesoro mío, sinvergüenza!...»

«¡Aquí estoy, amor! ¡Aquí, puñetera!...»

Le respondió en seguida Cascade.

«¡Acércate, desastre!... ¡Acércate!...»

¡Ah! ¡qué efecto, entonces!... ¡Las mesas! ¡Cómo se cachondeaban los chorbos! ¡Con la escena de familia! ¡De perilla venía!... ¡Menudo cabreo se cogió él!... ¡Ah! ¡Lo iba a pagar el doctor!...

«¡Mire, mire!... ¡Míreme esto!... ¡Señor doctor Clodovitz! ¡Le confío una persona herida! ¡Se la entrego para que la cuide!... ¡Pensando que va a estar tranquila!... ¡Pago el hospital! ¡Pago todo! ¡Lo atiborro de parné, mi querido doctor! ¿Y así me lo agradece? ¡A ver, dígame!... ¡Se puede largar como quiera de allí! ¡Pasearse, pirarse, de juerga! ¿Por quién me ha tomado? ¿Me lo quiere decir? Pues, ¡vaya un picadero que está hecha su queli! ¡su London Hospital, señor Clodovitz!... ¡Peor que el Charing, por lo que veo!... ¡Cosas de payaso! ¡Como sus papelas, señor doctor! ¡menuda porquería! ¡Incapaz de guardar a sus locas! ¡Una casa de locos! ¡Míreme la chavalita!...»

Ella no se había quedado con los brazos cruzados. Se arrancaba las vendas, las tiraba por todos lados a su alrededor, por todo el suelo, algodones, vendas, hilas... ¡Huy, huy, huy! ¡qué risas en la queli!... ¡unas ovaciones! ¡Clodovitz ya es que no sabía qué hacer!... Daba vueltas en torno a la purili... ¡Quería arreglarle las vendas! ¡ella no quería! ¡se defendía!... ¡Tiraban cada uno de una punta!... ¡Los bramidos de la sala ya es que sacudían todo el suelo! ¡las paredes! ¡la vidriera!

«¡Vuélvase, Joconde!...», rogaba, suplicaba de rodillas Clodo... «¡Vuelva! ¡No haga imprudencias! ¡Se le va a volver a abrir la herida!»

Todo el vendaje cubierto de cuajarones, ¡se lo arrancaba! ¡lo despegaba! volvía a soltar sangre... ¡chorreaba por todo el suelo!... ¡ah, no quería obedecer!...

«¡Cállese, chulo! ¡Asesino!...»

Ella era la que provocaba... de lo más mal hablada...

Ahora unos gritos que para qué en la tasca. Ya es que no entendían los *dockers*... Tenían la conciencia confusa... ¡creían que nos mostrábamos aviesos con la muñeca! ... De súbito se volvieron contra nosotros... Una tormenta así, repentina... ¡En defensa de la miniatura! ¡Ahora bramaban por ella!... ¡Al menos una docena de colosos que querían destripar a Cascade!... ¡En el acto!... ¡Brazos terribles! ¡Iba a haber hostias!... tatuados... ¡músculos de gorilas!...

¡Ah! cuando ella vio el peligro que amenazaba... que iban a saltar sobre su amorcito, ¡fue ella quien lo protegió!... ¡con todo su cuerpo! ¡Se puso delante de un salto!... ¡lo cubrió!... ¡Vociferó ante el peligro! ¡rugió como una leona!... Todos sus apósitos se desenrollaron... quedó atrapada, se enmarañó... aullaba más que toda la jauría... ¡Brrrr! ¡Brrrr!...

«¡Cielito mío, tesoro! ¡Hazle un cariñito a tu nena!...»

Pero ¡los tatuados estaban que ardían!... ¡tenían que dar de palos al Cascade! ¡Ahora furia y cólera total!... ¡Fueron y agarraron las botellas, los sifones, las sillas! ¡y *pflag!* ¡empezó a sonar! ¡salpicar! ¡saltar por doquier! ¡*Pang!* ¡a *bing!* ¡a *bum!* ¡en todos los espejos!... ¡la puerta!... ¡Un estruendo espantoso!... Cascade se retiró... ¡de un salto!... ¡en plena batalla!... ¡las mesas volcadas!... Barricadas, ¡y zas!... ¡se precipitaron! ¡Prosper y él!... ¡La caja, el armario, el perchero!... ¡Y zas! ¡todo por el aire!... ¡como briznas!... ¡Un bombardeo encima! ¡a base de sillas!... se derrumbó, ¡volcó!... Los *dockers*, rojos, ¡se lanzaron en tropel! a golpes de ariete se estrellaron contra el montón... ¡El asalto! ¡la matanza! ¡Aullidos por todos lados!... ¡*Vraúm!* ¡*Dzim!* ¡*Bum!* ¡Era el órgano mecánico, el enorme del fondo, que se puso a tocar súbito!... ¡En marcha! ¡*Tarrazza!* ¡*zzzum!* ¡el monstruo de las trompetas! ¡flautas! ¡tambores! ¡Había que oírlo moler! ¡asolar su vals! ¡Boro había puesto en marcha la herramienta! ¡Condenado instrumento! ¡Una borrasca! Lo vi hurgar en el fondo... ¡Me vio!... Me hizo una seña... «¡Date el piro!» así, ¡con gesto expresivo! Yo no comprendía nada, ¡capullo de mí! ¡Me gritó! ¡Vociferó!

«¿Qué pasa?» Farfullé...

¡No hubo tiempo! ¡*Wrrunng!*... ¡rayos y truenos! ¡Explotó la queli! ¡Menudo! ¡y unas llamas!... ¡Ah! ¡joder! ¡Vi! ¡Joder! ¡Era él!... ¡Ahí, entre las llamas!... ¡En el fuego que brotó! ¡Había lanzado el trasto! ¡Menudo!... ¡Una china! ¡Estalló!... ahí, bajo la mesa... ¡*Vrang!* ¡*Bang!*... ¡Otro! ¡Ahí mismo!... ¡Había tirado el artefacto!... Granada, ¡me las conocía yo! ¡Ah! ¡qué maricón!... ¡Qué tío más borde! ¡Un haz!... ¡una granizada!... ¡Qué gilipuertas!... ¡Nos disparaba!... ¡Oh! ¡un pánico! ¡Menudo cómo najaban!... ¡Tres tendidos! ¡tres mendas! ¡Yo salté por encima! ¡Se desplomó el techo!... Estalló todo tras nosotros... ¡se derrumbó!... ¡Los cascotes!... ¡las tejas!... ¡La avalancha!... ¡Cascade se había salvado!... ¡Corría delante!... Prosper también, ¡y la Joconde! ¡De naja!... ¡Ella corría detrás!... perdiendo el culo, piándolas... ¡Quería que la esperáramos! ¡que es que tenía un dolor terrible!... ¡Y unos insultos! ¡Nos llamaba cobardes!... ¡Boro venía también!... ¡como si tal cosa! ¡tan campante! ... ¡Corría detrás de nosotros! ¡La barriga no le impedía correr!... ¡Najaba bien baldado! ¡y contento, vamos!... ¡Sin vergüenza!... ¡Se cachondeaba! ¡Le sangraban las manos! ¡Tropezó! ¡se levantó! Se chungueaba por detrás de la vieja, que corría tras nosotros... ¡patituerta, ella!... ¡ban! ¡ban!... ¡hale, hale! ¡Decía llorando que la mataban!... Pero ¡perdía el culo igual!... No nos metimos por los mismos callejones... Nos lanzamos por High Way Lambeth... y después al trote por Grave Lane... Ruysdale<sup>[114]</sup>... y luego zigzags... ¡para despistarlos!... escurrirnos...

¡Cascade iba en cabeza!... La Muñeca se agarró a Boro... De la manga... ¡Cascade no quería saber nada con ella!... ¡Ya es que no quería verla más!...

Cada vez que daba en la acera, ¡berreaba!... le hacía daño en la herida... ¡saltaba dando alaridos!... Por fortuna, ¡eran todas calles vacías!... ¡Jalábamos por ellas toda la banda!... ¡Bonito habría estado en pleno día!... Prosper najaba también... ¡Yo no le veía la jeró! Lo oía cecear... Iba delante de mí. ¡No le pasaba nada!... ¡Su queli no era de mucho peso! ¡Joder! ¡Una llama!... ¡Madera! ¡adobe! ¡no sostenía nasti! ¡Eso es!... De todos modos, ¡Boro era un chiflado!... Corría con la Joconde... La arrastraba, a la vieja... ¡ella lo chingaraba!... «¡No corras tanto! ¡Por Dios! ¡No corras tanto!...» ¡De naja otra vez!... ¡Moorgate Street! ¡de punta a punta! ¡Con fuego en el bul, exactamente!...

Justo después de la plaza, vienen las dársenas... Me parecía que Clodovitz se había perdido... Lo llamé a gritos... así, corriendo... sin respuesta... Su hospital estaba ahí... al lado... ¿Dejaríamos en él a la purí?... Pasamos al ladito... pregunté... ¡lo grité sin dejar de correr! ¡Najamos! ¡Sin parar!... ¡Uno! ¡dos!... ¡Uno! ¡dos!... ¡giro a la izquierda!... Marylebourne... ¡recto!... después Mint Place... Entonces, ¿íbamos a casa de Tackett?... No sabía yo... ¡Nadie lo había dicho!... ¡Ya estábamos delante!... ¡Stop!

¡Y zas! ¡Nos lanzamos contra la puerta! ¡Entramos todos en tromba!... ¡Toda la cabalgada!... ¡Ah! ¡sorpresa! ¡Estaba poniendo orden precisamente! ¡Paratapuf!... ¡Toda su cacharrería! ¡jarcias! ¡chararra! ¡todo su cobertizo lleno de trastos! Se lanzó a la puerta, volvió a cerrar. ¡Estaba bastante sofocado!... «¿De dónde viene toda esta gente?», preguntó... Nadie le respondió... Todo el mundo resoplaba, lanzaba estertores... echaba el bofe... ¡toda la banda estornudando, salpicando saliva! ¡se desplomó en el sitio! ¡Huy, huy, huy! ¡qué deporte!

Cascade fue el primero en hablar... en recuperar el aliento...

Indicó a Tackett.

«Mira, ¿quieres ver a un asesino?...», refiriéndose a Boro.

Y después contó todo claro... ¡él también la había visto, la granada!...

«¿No llevarás otra en el pantalón?...»

Al instante, ¡todos a por Boro! ¡Ah! ¡habráse visto chiflado!... ¡marrano!... maricón... ¡todo el mundo le saltó a la panza!... ¡me le hurgó, toqueteó todo el cuerpo!... ¡a ver si tenía otra!...

«¡Hay que ser carnicero! ¡Hay que estar majara!...»

¡Me lo pusieron lo que se dice verde!

Él no se lo tomó a mal... no se quemaba la sangre por eso... ¡Se cachondeaba!... ¡decía riendo que le hacían cosquillas!...

«¿No tendrás otra?...»

Volvieron a sobarle, con ganas... ¡Tackett quería ponerlo en la puta calle!... ¡Para proteger su local!... ¡su cacharrería! ¡sus maderas!... Prospero, de pura desolación, no podía decir ni palabra. Seguro que sentía pena por su queli, su clientela, su



arrendamiento sobre todo... No cesaba de hablar nunca de su arrendamiento... ¡aún le quedaban 78 años!... ¡Estaba orgulloso!... ¡Joder, tenía razón el Matthew!... ¡El Boro era un cabronazo! ¡un incendiario furioso e hipócrita!... ¡Ah! ¡no saltaba a la vista!... ¡Yo nunca lo habría dicho!... ¡Y menudo viaje te enviaba! ¡entonces sí que sí, vamos!... ¡Ah, si sería bestia!... ¡e insolente, encima!... ¡tan campante!... ¡Tenía sed otra vez!... ¡Quería volver a pimplar en corro! ¡Estaba seco! ¡anunciaba! ¡Y que le abrieran una botella! ¡Y no dentro de una hora! ¡ahí, al instante! que ya estaba harto de esperar con su mano tan herida...

Era verdad que seguía sangrando, la Joconde también... se comparaban mutuamente... Una auténtica ambulancia... Yo no tenía sed, frío más bien...

La Joconde, al encontrarse así, en familia, recuperaba todo su rostro... Le rehicimos sus vendajes, le remendamos mal que bien todos sus bártulos, sus toallas, su algodón... Todo le colgaba entre las piernas... La echamos sobre unos sacos... Cascade se tumbó a su lado... a ver si se estaba tranquila un poco... se callaba de una vez...

Entonces fue y se presentó el Clodovitz... Llamó... A trompazos en la burda... Dijo su nombre a gritos... ¿Cómo nos había encontrado?... ¡la chorba legañoso! ¡Llegó!... Pestañeó... Contó historias... ¡Ya es que no sabía lo que decía!... ¡Creía que no había explotado!... ¡Decía gilipolleces!... ¡Ya no recordaba nada! Había tenido una conmoción, había recibido en la cabeza... tenía parte del cuero arrancado... Sangraba bastante él también... y por la boca, además. Había que calentar más café para él... Iba a encontrarse mal... Había najado... Le daban palpitaciones... Aprovechamos su reanimación para prepararnos otro grog, ¡dos pucheros!... ¡Tackett no había acabado!... ¡Sus invitados eran tragones!... Nos apiñamos todos juntos... ¡Nos enrollamos en los sacos! ¡las pilas!... No había camas en la casa... Cobertizos y se acabó...

Ahora Boro se encontraba mejor, decidió marcharse... Anunció:

«¡Me marrcho!... ¡Me marrcho!...»

Debían de ser las dos...

«¡Lárgate!... ¡Que ya estás muy visto!...»

La opinión de todos.

Prospero no había dicho ni pío... Estaba sentado sobre los sacos... ni siquiera se había tumbado... Sujetándose la cabeza así, con las manos...

«¡Lárgate tú también! ¿me oyes?...»

Cascade había ido a zarandearlo, no quería que se quedara ahí... ¡Y eso que no había dicho nada! ¡no había abierto el pico! ni palabra...

«¡Hale, venga! ¡largo!»

¡Brutal!

Creo que sospechaba que por la noche iban a armar una buena, Prospero y Boro, zanjar lo de la granada, ¡que sólo esperaban a que nos durmiéramos!

«¡Largaos a asesinar por ahí!...»

¡Así los puso en la puta calle!... No había réplica posible... Tackett estaba de su parte... ¡Menudo bruto, el Tackett! utilizaba una estaca de mina para los litigios... Su arma favorita... La lanzaba a las piernas.

Conque Prospero a la puta calle y Boro con él.

Ahora, ¡el cobertizo para nosotros!... Íbamos a poder dormir... ¡Tenía donde acostarse, el Boro! ¡yo no estaba preocupado por él! no había miedo. Iría a casa de su coleguilla el Aborto... siempre iba allí... Era enfrente, por el otro lado... después de Cubitt Docks...

Pero ahora las piaban desde la calle... «¡Maricones!», nos llamaban... resonaba con fuerza en la noche... «¡Mierrrdas! ¡Mierrrdas!»... El otro también, cuando se hubo reunido con él, empezó a ponernos verdes: «¡Maricas! ¡Maricas!»... Nos ponían de vuelta y media los dos.

Los oímos desde muy lejos... Oímos sus pasos... Mucho mucho tiempo... hasta la esquina. Nos quedamos dormidos.

En el momento en que se alargan las sombras, en que pronto habrá que partir, recordamos un poquito las frivolidades de la estancia... Bromas, pláticas corteses, rigodones puros, actos amables... y, además, todo lo que ya no es, tras tantas pruebas y horrores, sino pesado y peregrino aparato de catafalcos... Ropajes con pliegues de plomo, ¡esfuerzos vacíos! la enorme capa de rigores, arias, sermones, virtudes tristes, ya todo el muerto aplastante... azocado, un adefesio bajo la madera, en cripta vacía. ¡Ah! qué embeleso que, en el instante mismo, en el momento preciso en que todo nos inmoviliza, ¡escapara, brotase, fuera del féretro, un milagroso trino de flauta! ¡agilísimo, asombrosamente alegre! ¡Qué sorpresa! ¡qué orgullo! ¡Suspiros en el Cotarro de los Muertos! ¡Ah! ¡qué lección para las familias!... ¡Gozoso compadre, fiambre alegrafantasmas! ¡Trovador para toda clase de precipicios, lugares hechizados, arrabales malditos! El primer andoba que la pringó no vivió en vano, al haber sorprendido, por fin, ¡comprendido todas las gracias de la primavera! ¡el renacimiento de la avecilla! ¡del pinzoncillo en la floresta, que se lleva todo al más allá! ¡Revolucionario de las sombras! ¡Trovero en los sepulcros! ¡Saltimbanqui que danza en los antros del mundo!... ¡Ése quisiera ser yo! ¡Qué ambición! ¡Y no otro! ¡Claro! ¡Hombre! ¡Mil encantos el astuto!... Mejor rigodón de la eternidad que imperio humano calamitoso, mamut topinera de complots... ¡Espejismo para primos que se desploma!... ¡Adiós a los monarcas! ¿Revigorar los temas? ¡hacerlos patear a compás! ¡Qué historia!... ¡Loco el que se entrega a lo efímero!... ¡mil veces mejor perecer amablemente llevándose la flauta!... Pero, aun así, ¡también hace falta el momento del éxtasis arrebatador! ¡No basta quererlo para irse con música! ¡En el momento escogido!... Entretanto, hay que resistir... ¡Siempre lo digo! ... ¡El pro... el contra! ¡Saltar aquí!... ¡Rebotar allá!... cazar el pan cotidiano... ¡La vida de pulga!... ¡Te espían!... ¡Qué tormento!... Os he mostrado violentamente ese estilo en casa de Tackett... Para largarse con la flauta, ¡es distinto! ¡Ya lo veréis! ¡Ni pensar en refanfinflársela!...

Desde el pitote en el *Dingby*, ¡qué acoso! ¡Qué ejercicio! De salas de espera a *boardings* de mala fama, de zócalos a desvanes, de «Salvations<sup>[115]</sup>» a las patronas de dos peniques la noche, ¡qué trasiego! Me había llenado de terror Cascade con sus chismes de que el consulado andaba tras mí... Yo ya no tenía los nervios demasiado sólidos... Perdía la chaveta fácilmente... Corría de un barrio a otro... Nunca dos veces en la misma quelí, por las preguntas sospechosas... Era prudente... ¡no había vuelto a ver a nadie, ni de unos ni de otros!... había seguido sin falta, a la letra, los consejos prudentes... Había evitado Leicester y Bedford, la polvorosa, las aceras de las chorbas, donde habría podido enterarme de cosas... Aun así, ¡estaba en ascuas!... ¡Razón no faltaba!... Ni una línea en los papeles. ¡Cascade debía de haber untado!... ¡No debíamos volver a vernos antes de que nos lo indicase! Yo había cumplido mi palabra... ¡Lo más crítico había pasado!... la bofia husmeaba por otro lado... tras otros golfantes... Sólo, ¡que estaba tocando el fondo de mis macos!... Había pedido prestado a Cascade, antes de salir de naja, una decena de libras. No había hecho

extravagancias, pero ya las veía acabarse... No podía dormir en el rengue, ¡me producía unos dolores como para aullar, por lo del brazo!... Me veía obligado a coger una cama... Siempre resultaba bastante caro... aun en las casas más modestas. Pasaba el tiempo en el cine... Aún recuerdo los programas... Eran sobre todo «Pearl White» en *Los misterios de Nueva York*<sup>[116]</sup>... Ya podía pasar horas en él, que aun así me sobraba tiempo... Me metía por las callejuelas de Soho, las hormigueantes, las animadas... donde no cesaba de pasar gente... donde había una feria perpetua... un hormiguelo hacia las tiendas, de Shaftesbury a Wigmore Street<sup>[117]</sup>, escaparates llenos, en las puertas, una afluencia por todos lados, que te apalancaba bien, te tranquilizaba, al mismo tiempo era alegre, distraía... de todos modos, al cabo de diez o doce días de ir y venir así por ellas estaba empezando a hartarme. ¡Estaba hasta la coronilla de la penitencia! Al fin y al cabo, ¡no había hecho nada, joder!... No me atrevía a importunar demasiado a Cascade, pero ¡a Boro quería volver a verlo!... Un domingo por la mañana, me decidí... me dije: «¡Chaval! ¡Adelante!». Me encontraba por Barbeley Dock<sup>[118]</sup>, el transbordador esperaba, era incitante, el pequeño *boat*, tardaba diez minutos por el río... En cuanto veo el agua, siento tentación... El menor motivo, ¡y hale!... ¡por el menor pretexto daría la vuelta al estanque de las Tullerías! en un cristal de reloj, si fuera mosca, ya lo creo... ¡lo que sea por navegar! Cruzo todos los puentes por naderías... Me gustaría que todas las carreteras fuesen ríos... Es el embrujo... el hechizo... es el movimiento del agua... Allí, así, sin querer, obsesionado, el simple chapoteo del Támesis... me quedé ahí, encandilado... el encanto era demasiado intenso para mí, sobre todo con los grandes navíos... todo lo que se deslizaba en derredor... se escurría, espumaba... los botes... el ataque meridional de las dársenas... balandros y bergantines zigzagueando... arriaban... arrastraban... rozaban la orilla... ¡bogaban ligeros!... ¡Era pura magia!... ¡sin exagerar!... ¡Ballet!... ¡te alucinaba!... Era difícil apartarse... Con el pequeño transbordador, el *Dolphin*, se entraba un poco en la danza... dos vueltecitas... de punta a punta... ¡llegué a tomarlo cinco o seis veces! ¡como en la feria!... ¡ida y vuelta!... Barbeley-Greenwich... rozando casi los grandes cargueros... los ventrudos colosos que subían, burbujeantes, con hélices furiosas... desviándose en los remolinos... rugiendo, gruñendo alarmados... temerosos de los ataques... ¡Qué belleza!... ¡gaviotas en vuelo! ¡planeando en el cielo! ¡basta de sueños! ¡a tierra, niño! ¡Ni un penique ya en el bolsillo! ¡Hale, venga! ¡Greenwich!... ¡qué tristeza! ¡Vamos, ahora! ¡basta de vagar! errar... ¡Tenía que ver a ese cabrón! ¡Estaba acordado, convenido! en casa del otro, el susodicho «Aborto».

Me lo había dicho... Greenwich Alley... Greenwich Park... Van Claben Junior, su verdadero peta... Me lo había explicado bien... no lejos del *wharf* del Sur... ¿Qué dirían al verme?... Me diquelarían, seguro, desde fuera... tal vez no me abriesen la puerta... ¡Todos fules, todos chungalíes con avaricia! ¡Ah! ¡bien lo sabía yo! ¡No había confianza indebida! Me fui para allá y se acabó...

Observé un poco las inmediaciones... por si husmeaba algo de pasma... ¿Cómo

se presentaba la casa?... «Titus Van Claben»... Si veía jetas insolentes... Estaba todo en calma... todo tranquilizador... Tres, cuatro mendas charlando en la escalinata... clientes, seguro... esperaban su turno... En el parque, chavales que corrían, se lanzaban por todos lados, se perseguían por todas las alamedas... En fin, todo muy normal... Además, hacía bueno... sol magnífico, casi calor... No es frecuente en Londres a comienzos de mayo... Por las ventanas de par en par en el primero vi a Boro que aporreaba el piano... la misma canción... ¡muy bien!... Era sin duda su toque, su música, no creía equivocarme... ¡Estaba ahí, el golfo!... Me dije: «¡He tenido potra!... Está al piano... ¡podría haber estado en la cárcel!...» Empezaba a estar atontado de pasearme de un barrio a otro... ¡noche y día! ¡Un cansancio siniestro!... ¡No rilado, de todos modos, como de sorchi!... pero casi... en fin, bien reventado... y, además, un dolor en el brazo a fuerza de sobar aquí y allá... ¡roncar sobre piltras más duras que una piedra!... más luego zumbidos de oídos, que me hacían cerrar los ojos, de tan estridentes, penosos... Es chungu la vida de mutilado... y mal asunto el fin de los recursos... te infunde malos pensamientos, brutales... En fin, ¡cualquier cosa antes que la chingaripén! ¿Y si me hacían regresar?... ¡Era muy probable, hostias, según el otro mierda!... ¿Y si me buscaban del consulado?... ¿Si rascaban sus cajones?... Era un riesgo que corría, aun así, de todos modos... El reenganche en el acto... Una posibilidad entre mil la de encontrarme así, en Londres... ya contaré cómo... ¡Una potra insolente!... ¡Un momio!... ¡Una inversión de la suerte!... ¡Qué vuelco!... Cascade, la verdad, ¡qué chollo!... Todo gracias al bueno de Raoul... ¡Pobre chorbo, desde luego, ése! ¡Una desventura!... Ya lo contaré también!... ¡No hay que hacer ascos al destino!... ¡Me veía afortunado y con ganas! ... Todos los demás como yo, ¡perdiditos! Estaban cavando sus fosas en Artois... ¡o en otra parte!... ¡en el 16.º Pesado!... en los «transportados»... Habían trasladado a algunos... en la devoradora infantería<sup>[119]</sup>... apañaditos, machacados en la cal... ¡Diez horas seguidas al día bajo los pepinazos! ¡Ni regalado, vamos! ¡Mejor allí! ¡Hay que saber!... ¡Moco de pavo!... ¡hasta en los momentos delicados!... ¡Ah! ¡no flaquear!... ¡Agarrarlo todo!... ¡Mil veces vivo! ¡Me estaba serenando! ¡me aferraba! Aquellos ninchis no eran distinguidos, desde luego, pero para mí una familia estupenda, en el ajo y todo... En vista de que iba bien recomendado, me enviaba el pobre Raoul, ¡de entrada buena acogida!... Hasta entonces... ¡dos o tres tropiezos!... ¡y después el pitote en el *Dingby*!... Me habían dado de lado un poquito... ¡Era inevitable!... Ahora tenía que hacer las paces... ¡Por mediación de Boro los volvería a encontrar!... Ahí me teníais, pues, ante la puerta «Van Claben Titus»... Era el momento de la decisión... Llamé... sacudí... Nadie respondió... Volví a llamar... Insistí...

«¡Boro!... ¡Soy yo!...», vociferé, así, desde el jardín.

Por fin, el señor se dignó aparecer... Se asomó a la ventana... ¡Ahí estaba!... Asombrado de verme... Me hizo una seña...

«¡Tranqui, tronqui!... ¡Vuelve dentro de un rato!...»

Le enseñé mi cinturón... que estaba boqueras...

«¡Chsss! ¡Chsss!», volvió a empezar... Me indicó allí, la alameda, ¡que me alejara!...

¡Ah! ¡eso sí que no! ¡imposible! ¡Harto de paseos!

Los clientes, la gente, allí, alrededor, que iban y venían, que esperaban en la escalinata, se acercaron, se guaseaban de nuestros gestos... ¡Justo en ese momento fue y se abrió la puerta!... ¡Y apareció, mira por dónde, el Titus!... ¡Titus Van Claben! ¡alias el Aborto!... ¡Era su apodo!... Lo reconocí al instante, por lo que me habían contado... Se presentó así, en el umbral, vestido como un pachá, así dirigía su comercio... maqueado de seda amarilla y malva con un turbante colosal y, además, un bastón cubierto de pedrerías y una gran lupa de joyero. Así, tal cual, estaba en su tienda. Ejercía así su comercio, disfrazado de oriental a lo grande... Quiso echarme en seguida... su primer instinto... No me conocía... ¡Daba igual!... ¡No chisté! Me miró a los ojos...

«¡Ah! ¡es usted, joven, quien arma todo este jaleo!»

Hablaba francés, pero con mucho acento, raspaba, como ese otro de ahí arriba... Guiris los dos...

«¡Vete a la mierda!», fui y le dije...

Entonces, ¡menudo cómo se cachondeó el Boro! Estaba encima de nosotros, ¡se tronchaba! Nos contemplaba... desde los primeros palcos...

El califa parpadeó... Resopló... ¡Quería quedarse conmigo!... Me atacó, estaba rabioso, agitadísimo... saltaba en sus pantalones, sus enormes bombachos de seda... ¡Ah! ¡si sería payaso el gigante chungalí!...

«¿Te vas a largar de una vez, granujilla? ¿Te vas a dar el piro? ¡Largo!...»

Ya me estaba agitando el bastón.

No me moví ni un milímetro...

«¡Hale, corre! ¡Fuera de aquí!...» Volvió a empezar... El turbante se le tambaleó en la cabeza, con tanta indignación...

«¡Lárgate! ¡No quiero verte más!... ¿Quieres corromperlo aún más?... ¿Eso es lo que vienes a hacer?... ¿No te parece bastante vicioso?...»

Me señaló a ese otro de ahí arriba, que reventaba de risa, que se doblaba sobre la ventana, de tanto cachondearse...

Al principio me había parecido gracioso, ese payaso fanegas, pero ahora estaba empezando a jorobarme.

«¡Te voy a dar para el pelo, payaso!...»

No me gustan las amenazas... Estábamos en público... era grotesco...

«¡Go way, granuja!», volvió a acometerme. ¿A mí? ¡mutilado de guerra!... ¡Ah! ¡Huy, huy! Pero ¡bueno!

«¡Os voy a mandar detener a los dos!...»

Nos indicó ahí, a los dos...

Otro envidioso, ¡la Virgen!...

Entonces habló el otro, hizo un discurso desde la ventana, al público, lo apostrofaba...

«¡Salud! ¡a todo el mundo!... ¡Salud, *gents!*... ¡Salud, Coñón!... ¡Salud, ninchi! ...»

Enarboló una gran botella, un whisky «*gallon*<sup>[120]</sup>», se metió un lingotazo entre pecho y espalda, así, ¡a chorro!... Se ofrecía de espectáculo... ¡Pasmada estaba la gente!... ¡Bramaban! ¡Esperaban la continuación!

El pachá pataleaba, espumarajeaba, ya es que no podía más de furia...

«¿Quiere meterse dentro? ¡maldito perro! ¿Quiere meterse dentro?», le dijo... «¿Es que no está ya bastante bebido? Y usted, miserable, ¿no sabe lo que le espera? ...»

¡Ah! ¡eso era amenaza y directa!...

¡Ah! ¡no! Yo no sabía nada... ¡Ah! ¡Ya lo creo!... El caso es que me asqueaba, ¡eso seguro! Ya sólo me quedaba un brazo, ¡de acuerdo!... pero ¡se estaba extralimitando!... ¡Ah! le iba a acariciar la cara... Atravesé la concurrencia... ¡basta ya!... «¡Espera, Califa de mi corazón!...» Me le acerqué de un salto... Al verle la cara de frente, me quedé patidifuso, ¡era increíble!... ¡Así, en pleno día! ¡maquillado! ... ¡Una jeró como de yeso!... ¡qué trabajo!... ¡peor aún que la Joconde! ¡y mofletes de señora! ¡y michelines! ¡con crema! ¡y polvos!... ¡carmín incluso!... Me causó un efecto fantástico, una alucinación terrible, un espejismo... me fascinó. También él me miró de muy cerca... A los ojos... pestañeó... Se puso a escrutarme otra vez con su gruesa lupa...

«¡Oh! ¡Oh!», exclamó de repente... «¡Huy, huy, huy! ¡joven! Pero ¡joven! Pero ¡si es que está usted bastante mal!»

¡Ah! ¡lo había dejado pasmado!...

«Pero ¡lo veo a usted muy mal!... ¡Entre!... ¡Entre!... ¡Descanse!...»

Me invitó... Había cambiado de tono de repente... obsequioso ahora, enternecido... como una seda...

«¡Qué cansado debe de estar!... ¡Entre!... ¡Entre!... ¡Tumbese!...»

¡Demasiado cortés!

Salí de mi estupor, me lancé a la puerta, encontré la escalera... salté al instante, subí de cuatro en cuatro...

Un cuarto... ¡Qué caos!... ¡Chocaba con todo!... Me encontré al Boro, arrellanado ahí... ¡uf! repantigado en pleno diván... Me vio... se alzó...

«¡Ah! ¡Eres tú! ¡Oh! ¡amigo mío!... ¡Oh! ¡amigo mío!... ¡Oh! ¡qué historia! ¿Has visto a Matthew?...»

¡Sus primeras palabras! ¡Matthew!... ¡Lo único que le preocupaba!...

«¿Dónde está Matthew?...»

Sólo farfullaba eso: «¡Matthew!»... ¡Ni siquiera me preguntó qué tal me había ido!...

«¡No!», le dije, «no, ¡no sé dónde está el Matthew!... ¡So borracho!... Pero ¡no

creo que tarde en aparecer!... ¡con el escándalo que armas!... ¡alborotas a la gente!»

Le di mi opinión.

«¿Escándalo yo?...» ¡Ah!... se me encaró... En seguida, la violencia... ¡Me esgrimí la botella! quería tirármela a la jeró...

Tropezó... ¡Salió volando!... ¡Por el aire!... ¡*Baradabum!*... ¡El viejo de abajo seguía vociferando!... ¡por repercusión!... las piaba contra mí... una voz de chillidos taladrantes... ¡de chorba loca!...

«¿Vais a acabar de una vez, canallas? ¡Me lo vais a destrozar todo en la casa! Boro, ¡tóqueme *Jolly Dame Waltz!*...»<sup>[121]</sup>

Había un piano también ahí, en el rincón... ¡Quería música, el pachá!... ¡de un exigente! ¡un antojo!... ¡gritaba de deseo!

«*Jolly Dame Waltz...* ¿Me has oído? *Jolly Dame!*»

En seguida, con los nervios de punta... ¡Se agitaba! saltaba... ¡loquísima!

Hacía estremecerse toda la queli, ¡sacudía el suelo! ¡Retumbaba, que no veas! Al tiempo, ¡aporreaba el techo!... ¡con el bastón!... ¡auténtica pasión por *Jolly Dame Waltz!*

«¡Y una leche!», respondió el otro... «¡Y una leche! ¡cacho chorra!»

Boro, así, desde el sofá... Se lo lanzó por la escalera...

«Ya está usted borracho, Borokrom...», le respondió el viejo... «¡Ha bebido como una cuba!»

Se ponían verdes...

«¿Como una cuba?... ¡Ah! ¡esto pasa de castaño oscuro!... ¿Qué cuba, a ver? ¿Qué cuba? Una cuba como mi culo, ¿verdad?...»

¡Era demasiado indignante!... ¡Se levantó, el Boro! Quería oírlo muy de cerca... ¡lo que el viejo insinuaba! iba a bajar... ¡hostias! Tropezó... vaciló... Llegó a la escalera... Con la camisa suelta como una zamarra, el pantalón se le escapaba... Volvió a titubear... ¡*Brum!*... volcó... cayó... rodó... se desplomó en la tienda... Una masa... Así, ¡en plena leonera!... ¡En plena vajilla!... La pirámide de fruteros... ¡platos! ¡Ah, truenos!... ¡Una catarata!... El viejo se ahogaba de furia... La clienta que estaba ante el mostrador dio un chillido... baló de horror... quiso pirárselas... ¡no pudo!... ¡Le cayó todo encima!... El viejo intentó ayudarla, ¡sacarla! le tiró, ahí, de los calcos... se apoyó... ¡a... aúpa! ¡y zas!... ¡toda la trastería volvió a caer rodando!...

«¡Socorro!...» pedía la clienta... El viejo vociferaba... «*Help!* ¡Boro!... Boro, ¿me ayudas?...»

«¿Y tú, golfo? ¿No haces nada?...» Se dirigía a mí. Bajé... ¡Me requería!... Me lancé... Agarré a la clienta de los pies... la saqué del caos... la devolví a la luz... En seguida, vuelta a empezar la riña entre los dos gordinflones. Los insultos, las amenazas, sobre el propio vientre de la señora... ¡Que gritaba, abajo del todo, como si la mataran!...

Boro agarró al viejo por los pelos... ¡Ah! ¡ahora le iba a dar el palizón!... ¡El



turbante salió volando!... ¡Lo apretó del gañote!... ¡huy, la Virgen!, ¡lo estaba estrangulando!... Puso a la clienta por testigo... de cómo iba a estrangular al viejo...

«Pues, ¡no quería asesinarme!... Mire usted, señora, un pirata... *Pairate! I say Madam!...*»

Y después, para que lo entendiera mejor, volvieron a caer los dos sobre la clienta, la aplastaron cosa mala... rodaron por encima en el cuerpo a cuerpo... era precisamente una persona muy delgada... Venía a pedir dinero prestado con la garantía de su «título», su obligación mexicana... La sostenía aún en la mano... ¡Ah! ¡no la soltaba!... la aferraba... ¡Tenía un miedo cerval a los ladrones!... y no cesaba de chillar...

«*Help! Help! The door please!... the door!...* ¡La puerta!...» Pero Boro no quería que se largara... ¡Se aferraba a su falda!... mientras apretaba al otro en el cuello... Temía que vociferase fuera... pero ¡se le escapó el califa!... escuchimizándose, volviéndose flácido bajo las tenazas... de enorme que era se había como fundido, apergaminado bajo la fuerza... todo su culazo, sus alarazos... se deslizó... se disolvió... se escapó... ¡había que verlo! ¡*Vluf!*... ¡y otra vez de pie!... ¡Todo un globo! ¡Había rebotado del combate! Se abalanzó sobre un gran cuchillo que había ahí, sobre la mesa... Por fortuna, yo tengo muchos reflejos y lo agarré de los frufús... de los bombachos... le arranqué todas sus sederías, ¡y lo derribé!... ¡*Paratabum!*... ¡Nalgas por el aire!... Al instante Boro soltó a su clienta... empuñó una carabina en el paragüero, una Winchester de «caza mayor», cachiporra terrible... ¡y salió corriendo tras el Aborto!... ¡Continuaba el combate! ¡Iba a acogotarlo a culatazos! ¡Blandió bien alto su trabuco! ¡Una maraña en el fondo del cuarto!... Todo cerrado... calafateado... Apenas se veía... sólo la luz de una lámpara de agua... un sistema barroco sobre la mesa, ahí, cerca de la clienta... una gran bola... con una arandela debajo para el aceite...

¡Vi un poco el trance!... ¡el palizón que se estaban dando los dos!... ¡Quería salvar al menos a la señora!... ¡mi presencia de ánimo!... La cogí en el montón de la vajilla... la saqué otra vez tirándole de la falda... ¡la arranqué! ¡Oh! ¡aúpa! ¡me llevé todo! ¡La puse en pie! ¡con aplomo! ¡se tambaleó!... ¡ya es que no se sostenía en el aire! volvió a sentarse... resopló...

En el fondo... en la obscuridad... ¡esos dos seguían atroces! ¡la lucha!... ¡unos «¡*Han!*... ¡*Han!*...» tremendos!... ¡Al viejo se le volvió el bolso!... Lo llevaba en bandolera... ¡*dzing!*... ¡*ding!*... ¡*ding!* ¡Todo se le escapó!... ¡rodó!... ¡en cascada!... se desplegó... ¡zumbando por doquier!... ¡Raudales de oro!... ¡monedas!... ¡y más monedas!... Siguieron estrangulándose... Rodaron uno sobre el otro... ¡en pleno oro!... unas tenazas atroces... Llegaron a chocar con la clienta... ¡Volvieron a lanzarla al suelo de la silla!... Volvió a rodar debajo otra vez... ¡Atrapada otra vez bajo los luchadores!... ¡aplastada!...

«*Mister! mister!*», ¡suplicaba!... «*The door please!... the door!* ¡La puerta!...», volvió a decir...

Yo ya no podía arrancarla del furioso, ¡ahora sí que no! estaban apoyados en ella... ¡y ella totalmente aplastada otra vez!... Me arrastré hasta la puerta... ¡Abandonaba!... ¡aire!... ¡aire!... ¡no podía más!... ¡La diñaba yo también!... ¡Una bocanada ahí!... ¡Un hálito! ¡Por piedad! ¡Llegué!... ¡Uf! ¡hale! ¡empujé! ¡La puerta! ¡El viento fresco! ¡Ah! ¡el viejo se ahogaba! «*Oach!*» algo horrible... En pleno pancraccio así, sobre el otro, en el fondo, en la negrura, ¡enzarzados!... ¡Lo había sobrecogido, el aire! ¡asfixiado pero bien!... ¡Era demasiado fresco! «¡Asma! ¡Asma!»... ¡me dijo entre estertores! ¡se ahogaba!... ¡vomitaba!... ¡Ah! la iba a palmar seguro... ¡los ojos le daban vueltas! ¡Y todo se desplomó! caftán, sederías, bombachos, chorbo... Estaba ahí, en el suelo... babeaba... gruñía... Le desabrochamos la casaca, se convulsionaba, espumarajeaba, ¡una guarrería!... ¡se iba a morir!... ¡Unos acáis así, en blanco!... La clienta pirueteaba de miedo... ¡se las piró por la puerta!... ¡nos dejó todo ahí!... ¡sus objetos, su bolso!... ¡sus obligaciones!...

Apenas había salido fuera, se presentó otra chorba... Ahora, ¡que esa mucho peor!... En seguida, gritos... ¡clamores! ¡ladradora desenfrenada! en cuanto vio el caso, al pachá así boca arriba... en seguida una escena abominable... Boro la conocía.

«¡Delphine! ¡Delphine!», la llamó.

Era la criada... Me dijo: «¡Es la criada!...» ¿De dónde salía?... Al instante se arrojó sobre su patrón... ¡Lo colmó de lloros, de besos!... Lo quería mucho a su Sr. Titus... ¡Quería que recuperara el conocimiento en seguida!... ¡que volviera a abrir los ojos!... ¡Boro se esforzaba también!... ¡Ah! ¡quería también que se reanimara!... Se afanaba... Se contorsionaba en cuclillas... Le soplabá por todo el cuerpo... en los oídos... en la boca... ¡Ah! ¡se había acabado la batalla!... ¡Ahora cualquier cosa por salvar al buen señor!... Le extendía los brazos en cruz... Lo alzaba... volvía a bajar... tracciones... En seguida empezó a sentarle bien... volvió a respirar un poquito... lo sentamos... lo recostamos a la pared... lo arropamos con cojines... flaqueó otra vez... volvió a defenderse... a caer a la derecha... ¡y después a la izquierda!... Quería respirar sales... murmuraba... gemía... ¡quería!... ¡Estaban en el armario, las sales! ¡en el primer piso! ¡rápido! ¡rápido! ¡rápido!... ¡Él, Boro, no podía subir! Tenía que propulsar... Conque, ¡salté yo!... lo encontré en seguida... ¡El frasco estaba vacío! ¡Una desgracia tras otra!...

¡Delphine, la criada, se puso a bramar!... ¡Qué desolación!...

«*Mister Titus!... Please! Wake up!... ¡Despiértese! Be yourself!*... ¡Vuelva en sí!»

¡Unos clamores atroces!... ¡me lo cogía!... ¡me lo sacudía!... ¡Tenía que volver en sí! ¡revivir! ¡Por todos los medios! ¡Todos los esfuerzos! ¡Una criada extraordinaria! ¡ardiente de afecto y fervor!... ¡No se podía negar! ¡una persona admirable! ¡Estaba guapo, su patrón! ¡No estaba garboso precisamente, su popótamo! ¡Tumbado ahí entre sus sederías! cubierto de sus bascas... su vomitona... ¡aún hacía gluglú!... los ojos le daban vueltas... se quedaban fijos... en blanco... ¡Ah! ¡jun

espectáculo espantoso!... y después, ¡plof!... ¡Se volvió carmesí!... Él, tan pálido, ¡en un segundo!... Le subían una de gruñidos... la boca llena... Hacía esfuerzos... ¡El alivio! Ella le sostenía la cabeza... lo ayudaba...

«*Good! Mister Claben! Good! Mister!...*»

Estaba muy contenta... De rodillas así, lo sostenía... lo alentaba... a cada hipo, una palabra amable... Al final, ¡ya había vomitado todo!... ¡qué contenta se puso!... Arrojó aún un mogollón... bilis... verde aún... a su alrededor... sobre Boro incluso, que estaba ahí... mirando... lo puso perdido de salpicaduras... Yo también recibí un gran resuello... ¡Ya se encontraba mucho mejor! Quería que lo lleváramos a su cama... Ahí, tras el biombo... en su propia tienda... sobre la enorme cama con columnas... miré... vi... la tira de pieles encima en pilas, de colchón... un gran montón muy muelle... Lo izamos ahí, ¡oh, aúpa!... ¡Lo que pesaba! Le arreglamos las almohadas... Hubo que ponerle otra vez la casaquilla, su seda pajiza y malva, su turbante, ¡se empeñó! ¡recuperaba la coquetería! ¡Ah! ¡es que se sentía mejor!... Hubo que ponerle otra vez sus perendengues, ¡toda su pacotilla de pachá, sus cascabeles, sus cintas de moaré! ¡y ahora su bolso! ¡y su mosquetón!... ¡pies a cabeza! ¡Magnífico! ¡Lo quería todo así, sobre la cama!... ¡todo junto a él!... ¡Al instante! ¡Muy exigente!... Había perdido la confianza... ¡y su lupa!... ¡y su bastón cincelado!... ¡No se separaría más!... Había recibido la tira de porrazos en la jeta... ¡tenía un ojo a la virulé!... ¡azul y rojo y sangrante!... y, además, ¡la ceja izquierda rajada!... Delphine lo besuqueaba... lo asió de la cintura, lo estrechó... lo acarició, ¡lo adoraba!... ¡Una criada ardiente!... ¡Ah! ¡había vuelto justo a tiempo!... No era demasiado joven... esa persona... no la veía yo bien en esa mierda de cuarto... todas las ventanas cerradas... sólo aquella asquerosa bombilla sucia... que iluminaba menos que un zurullo... ¡No habían abierto ni una persiana! Él se había negado, ¡no quería ni oír hablar de eso!... Empezó a gemir un poco otra vez... un poco débil aún... ¡Ella se lanzó a las caricias otra vez!... Él no quería que llamáramos al médico... Se negaba en redondo... Delphine lo acunaba... lo mimaba... pidió música... Había recuperado todas sus ideas...

«¡Boro! ¡Boro!», masculló así, doliente, desdichado... «¡Boro! ¡Boro!... *Jolly Dame Waltz!*...» ¡Seguía queriéndolo!... Emperrado...

Boro yacía ahí, molido, derrengado, en pleno montón de pieles junto a Claben... Se había quedado dormido sobre el montón... le había sentado bien el pancracio... Tenía los nervios de punta... Ahora roncaba con el vientre al aire... Lo sacudimos... ¡debía obedecer!... La voluntad del enfermo...

«¡En pie! ¡En pie! ¡al piano! ¡cacho vago!...»

¡Para Delphine no había sueño que valiera! ¡Todo por su andoba!

«¡En pie!...» ¡Tenía que levantarse el cabrito! ¡y al instante! ¡Venga! ¡Venga! *Jolly Dame Waltz!* ¡el artista! ¡me cago en la leche!... ¡Así lo hacía entrar en cintura!

...

Estaba ahí arriba, el piano... ¡tenía que trepar! Bostezó... se estiró... Fue, de

todos modos... ¡Hale, venga, leche! Se detuvo... titubeó en la barandilla... ¡Delphine le riñó!... Tenía autoridad sobre él... El fanegas de Claben seguía gimiendo... Quería su música, ¡lloraba!... Ya se ahogaba otra vez...

Por fin, ¡ya estaba!... Comenzó... ¡Ahí tenía su *Waltz!*... ¡las notas! ¡por fin! ¡las perlas!... ¡preludio!... ¡Se había decidido!... ¡De todos modos!... ¡Una lluvia!... ¡dos trinos!... ¡en marcha!... ¡pedal!... ¡cascadas! ¡tres tiempos!... ¡caracoleos!... ¡un encanto!... ¡el vals te elevaba!... el matiz... ¡el arpegio!... y, después, largo, ¡acordes suntuosos!...

Una vez lanzado... todo lo que quisiéramos... nunca fatigado... ¡adelante!... tardes... noches... ¡si querías!... lo embriagaba también, en cierto modo... el fanegas no cesaba de brincar en el taburete... de moverse a compás... bien ocupado así.

Cuento todo esto como un zopenco... primero debería componérmelas... daros una ligera idea, representaros un poco las cosas... el lugar, el decorado... Es que la emoción me conmueve, me desconcierta, me arruina el efecto. ¡Debo reaccionar!... describiros toda la casa... los almacenes del «Van Claben», su depósito «*Pawnbroker*<sup>[122]</sup>»...

Una situación admirable, un poco a las afueras de Greenwich, con vistas al parque y al Támesis, a lo lejos, todo el panorama del río... un espectáculo maravilloso... Desde las ventanas del primer piso se divisaban los aparejos, todo el Indian Dock, las primeras velas, las arboladuras, los clípers de abril, los barcos de altura australianos... Más lejos aún, pasado Poplar, las chimeneas ocres, los *wharfs* de los *Peninsulars*, los paquebotes de los Straits<sup>[123]</sup>, blancos deslumbrantes, con superpuentes...

¡Ah! era el lugar ideal, no se podía negar, como punto de vista, perspectiva y demás, para quien soñara con viajes, navegación, escapadas...

Una situación admirable, todo un teatro ante sus ventanas, decorado prodigioso de césped sobre el puerto más grande del mundo... En seguida, con el buen tiempo, se volvía una auténtica magia... había que ver los macizos, ¡qué despliegue de flores!... todas las especies, amarillas, rojas, malvas, resplandecientes, todas las esencias, que se te subían a la cabeza pero bien, te devolvían la confianza plena, la chorrada chachi...

¡Bruto taciturno quien me contradiga!... Sobre todo después del invierno 15-16, tan despiadado, riguroso... ¡Fue una renovación terrible!... Suavidad enloquecedora de la naturaleza, ¡una granazón de la floresta como para hacer estallar los cementerios! ¡como para hacer bailar rigodones a los cirios!... ¡Yo lo vi! ¡y puedo hablar!...

Al Aborto, cuya historia os cuento, todas esas primaverías lo indisponían más bien... le entraba un cabreo, una mala leche... No quería saber nada, él, del despuntar jugueteón... se apergaminaba gruñón en el fondo de su tienda, apalancado, socarrón, desconfiaba de la radiante estación, mantenía cerradas todas sus ventanas, persianas... No toleraba los efluvios. Echaba el cerrojo a su almacén a partir de las

seis de la tarde. Tenía miedo de las clemátides, de los hechizos de las margaritas, sólo toleraba a los clientes... Sólo quería ver comercio, parroquianos, prestatarios, no pajaritos, no, ni rosas. ¡Se defendía bien! ¡Lanzaba lapos a la loca naturaleza!... Sólo había una cosa, ya lo creo, que lo ponía lelo, pasmado, emocionado, lánguido, y era la música... Agarrado hasta el extremo de devorarse las manos, asqueroso con avaricia, maldito usurero judío rematado, sólo lo podías comprometer con el ritornelo, ¡y no sólo un poquito!... ¡Totalmente!... Reacio a la jodienda, a los puros, a las moninas, remiso al whisky, nada julandra tampoco, nada de nada, era un insensible de verdad, salvo a las tonadillas para piano, a la fantasía melodiosa. Y nunca salía de casa... conque había que ir a buscarlo. No salía por el asma que las neblinas del río le provocaban por menos de nada... Ya os he descrito un poco un ataque... Boro se lo conocía a su pureta, ¡abusaba del sortilegio!... Cuando se encontraba boqueras, cuando la bofia o los caballos lo habían dejado limpio, se presentaba desde Londres de improviso, cogía por banda al Aborto, lo acometía en la digestión, me lo dormía melodiosamente... ¡Había que ver el trabajo, el estilo!... El viejo nunca habría confesado que le daba tanto placer. Era casi su perdición, sobre todo después de comer. Tenía que ser un caso excepcional, todas las circunstancias de la vida, que se hubieran conocido antaño, en tiempos, en su juventud, para que se dejara encantar así por un golfo tan ladino, tal vez peor aún que él mismo... Comprendí todo eso poco a poco... sin confidencia... con retazos y más retazos. El Boro no se complicaba, cruzaba derecho la tienda, así, decidido, sin decir palabra, subía allá arriba maleducado, le daba al trasto... El viejo juraba a su paso, le gritaba insultos, se debatía un buen rato, lo llamaba chacal, chantajista, macarra hediondo, gordo asqueroso... Boro, que no tenía pelos en la lengua, le replicaba con la misma moneda, ¡unos enrolles que para qué!... y después se callaban bastante rápido... En el fondo, era pura coquetería... Estaban muy contentos el uno con el otro...

En el primer piso, bajo las vigas, se encontraba el gran trastero de los instrumentos, sobre todo las cuerdas, las mandolinas, arpas en depósito y violonchelos, todo un armario de violines, trozos de guitarras y cítaras, un fárrago terrible... toda una carretada de clarinetes, oboes, cornetines, flautas, flautines, una maleta entera de ocarinas, toda clase de cachivaches para soplar... e instrumentos exóticos, dos tambores malgaches, un tamtam, tres balalaicas japonesas, como para hacer bailar a todo Londres, acompañar a un continente, equipar las treinta y seis orquestas con lo que había en el camaranchón del Aborto... sólo con los desechos de los músicos evaporados... las prendas en depósito, los chirimbolos por ahí tirados. El viejo debía deshacerse de todo aquello, pulirlo en Petticoat, la Meca de la chamarilería, el Rastro de allí<sup>[124]</sup>, ¡para hacer sitio! Pero lo dejaba de un día para otro... Le resultaba demasiado penoso, no se decidía... Tenía demasiado cariño a sus instrumentos... Compraba otros incluso... pianos sobre todo... El último un Pleyel, uno de media cola perfecto, un modelo de primera de la casa Maxon, una fantasía... ¡En eso se veía su pasión!... Lo que se pirraba por la música... No es que tocara

personalmente, no habría podido obtener una nota, pero tenía la queli llena, y le daba tanto placer, que no podía resignarse a ponerlos en venta... Acumulaba montones de arpas y trombones, ya es que no cabían en el desván, era un caos tan abarrotado, que ya no se podía empujar la puerta, taponaba todos los tragaluces... Habría podido hacer una pasta, y eso que él temía tanto por el parné, a lo que debía su apodo, el sórdido, un monstruo capaz de jalar ratas, avaro capaz de pispar un penique, habría vendido espinas si hubiera tenido algún comprador, pero la música le hacía correrse de tal modo, que se le olvidaban todas sus inclinaciones...

Boro, para hacerse sitio, empujaba todo a derecha e izquierda... a patadas... Cogía un cacharro del montón, un saxo, un flautín, mandolina... toqueteaba el chisme un poquito... por aquí, por allá... un preludeo... una fantasía... una cosita de nada... lo abandonaba... ¡puro capricho!... y después despejaba el piano, pero con ferocidad... para hacer caer toda la cacharrería... lo que le molestaba... ¡toda la leonera!... ¡*Barabum!*... por fin instalado, cómodo, ¡taburete y todo!... ¡adelante el vals!... Arpegios, trinos, ¡la cantinela!... ¡vamos ya!... con el ritornelo propio de la calle... con las variantes mejores para el encanto... quejumbrosas, charras, saltarinas, como para nunca acabar... algo irresistible... Forzaría a un cocodrilo al ensueño... Sólo, que hacía falta el estilo... Auténtico procedimiento mágico... para hechizar cualquier situación, ¡sitio canalla, ocasión sosa, salón elegante, fiesta de cornudos, decorados sombríos, encrucijadas siniestras, calles sin esperanza, comuniones, ventorrillos, Días de las Ánimas, tascucios sospechosos, bailes del 14 de julio!... un ¡*Dzim!* ¡*ban!* ¡*din!* y ya estaba lanzado... ¡nunca encontraba resistencia!... sé lo que me digo... Más adelante vendí con el Boro, después de muchas peripecias, esa copla de verbena, ese pataleo teclado... Había que oír nuestro «a tres manos»... Yo hacía el «bajo del mutilado», mi parte de octavas... tuve tiempo de meditar bien sobre los estilos del hechizo... más adelante, con los días... ¡Que la cosa carburara! era el gran secreto... sin aminorar nunca, ¡sin detenerse nunca! que se desgranara como segundos, cada uno con su pequeña travesura, su almita danzante, presurosa, pero, la Virgen, ¡ya había otra que la empujaba!... con un trino me la arrollaba... ¡la sobresaltaba!... ya es que te zumbaba en plenas preocupaciones... te tanguelaba el tiempo, te tañía la pena, bromeaba, traviesa, te zumbaba en las desazones, ¡y *ptemm!* ¡*ptemm!* ¡te la remolineaba!... se te la llevaba... constante, ¡al galope! ¡notas en notas!... ¡y después el arpegio! ¡y otro tino!... ¡la tonada inglesa, fresca, traviesa, caía!... ¡rigodón agudo!... ¡el pedal atronaba! nunca se retractaba... ni suspiraba... ¡descansaba!... ¡Eso es lo triste, cuando lo piensas!... toda esa gracia loca, siempre en marcha, de notas en notas... ¡Había que verlo en movimiento al Boro! ¡qué brío de artista! con la charanga... charra... pero acompañada, ¡voluble!... ¡y el repertorio!... ¡la memoria!... ¡las variaciones hasta el infinito!... Él, bastante pesado de carácter y brutal y borde, la verdad, con su manía de los explosivos, se volvía, ahí, volatinero, todo un acróbata, ¡puro duende!... Tenía el espíritu en los dedos... ¡Manos de hadas! ... mariposas sobre los marfiles... ¡Caracoleaba con las armonías!... ¡atrapaba una y

otra al vuelo!... ¡sueños y caprichos!... guirnaldas... rodeos... diabluras ágiles... ¡Poseído!... ¡no se podía decir de otro modo!... ¡por veinte diablillos en los dedos!... ¡Nunca de mal humor ni hastiado! horas y horas lo vi así, hacer cabriolas de terceras a cuartas y breves punteos... súbitos... con la cantinela... nunca distraído, ni un suspiro... nunca una sola palabra... «¡Basta ya!»... siempre vivo... alegre, hipnótico, meciendo su enorme jeta, cinco, tres dedos, ¡alto!... ¡y tónica otra vez!... ¡Una serie de acordes! ¡sostenido! ¡Logrado!... ¡El hechizo encadenaba!... La cantinela digna y ladina... Nunca acababa de llegar... ¡nunca terminaba!... tocada, molida, cimbrada, astuta... conquistaba los nervios desenvuelta, ¡y se imponía a todos los corazones!... ¡y para acá y para allá!... ¡y sin cuentos!... ¡y corría lírica! ¡y duro ahí con el pedal!... ¡rompecorazones de verdad!... ¡jalando!... ¡najando!... ¡un dedo sobre el otro!... ¡volaba agridulce!... ¡aleteaba y aleteaba!... ¡curdela con el *fa!*... ¡*la!*... ¡*si!*... ¡*do!* ¡*do!* patinaba... ¡se animaba!... ¡agotaba los sostenidos!... ¡Otra vez ahí!... ¡nunca expiraba!... ¡Ya lo creo!... ¡requetedindondón!... ¡El mundo jadeaba!... extasiado... ¡rendido!... ¡ante el guasón de los marfiles!... ¡estilo pillín!... ¡áspero y mimoso!... ¡brutal y calmoso! ¡con *dig!* ¡*dong!*... ¡soltaba notas a chorro!... ¡manos de bruja! ¡conquistaba y alelaba!... ¡*dig!* ¡*dong!* ¡*dong!*... ¡arrebatava todo!... ¡el mundo bogaba!... todo hechizado, disuelto, ¡mariposeaba! ¡Se derramaba con las ondas! ¡*dig!* ¡*dig!* ¡*dong!* ¡sin flaquear!... ¡Siempre en el *si!* ¡sostenido! ¡sostenido! ¡sostenido!... ¡*dum!*...

Más adelante se puso de moda ese estilo, mil veces repetido, guisoteado, vomitado por todos los organillos del mundo, ¡por todos los jazz de los continentes!... ¡por los morenos de casi todo el mundo!... con la cantinela-revoltijo<sup>[125]</sup>... Pero, en la época de que os hablo, aún era una primicia... la cantaleta nunca oída... el género sentimental en frío, ¡el mensaje saltarín y divertido de los tiempos tan golfos por venir!... tañendo tunante en las esquinas de los *squares*... a las puertas de los *pubs*, el agridulce, nervioso rigodón... con el pedal, ¡hale ahí, a toda leche!... el caliche en frío, ¡el mejor con mucho!... ¡crema y pimienta!... ¡ya es que nadie quería ninguna otra cosa! ¡cínico, capital y presuroso!... ¡en pelotas los acordes!... ¡el corazón en pelotas!... ¡*ding!*... ¡*dong!*... ¡*ding!*... brincaba con cuatro, cinco, tres dedos, ¡alto! pataleaba el torniquete y venga arpegios, ¡y duro ahí!... ¡empalme con el pedal!... ¡y por el aire!... y con la izquierda, bien fresca... la tira de ensueñecillos de acompañamiento... ¡pillines, a ser posible!... Yo mismo no podía separarme... Digan lo que digan... ¡sonaba exquisito!... Era arrobador, ¡tan suelto! ¡Era una delicia brindada por un pianista que conocía, ¡*pzum!* ¡*binch!* y ¡*pzim!*, su arte a fondo!... ¡que sabía aplicarse implacable!... imponerse cruel en el viraje... ¡recargar el motivo!... ¡aventurarse!... ¡y *yup!*... ¡y *vlom!*... ¡*Vlim!* ¡A circular los trinos y el acorde!... ¡a mover el esqueleto las escalas sostenidas y con ganas! ¡la tira de las tunelas! ¡Enrevesado!... ¡magistral!... ¡acojonante!... ¡la ebriedad técnica!...

El Titus lo comprendía... No se le notaba en la cara, a primera vista, retaco, zorro, popótamo, ahí, entre su mugre y la penumbra, y, sin embargo, era sensible,

influenciable, estaba en la gloria, embelesado, en cuanto se ponía a funcionar el piano... hipnotizado, petrificado, extasiado, sobre todo en sesión continua... Se quedaba ahí, extenuado, postrado, doliente bajo los hechizos. Ya es que no se atrevía ni a moverse... Era demasiado... cerraba los ojos... se encogía en sus pufs, en el fondo de su poltrona, se desentendía de los clientes, ya ni respondía a las preguntas... Los ponía en la calle incluso... sin cumplidos... con sus prendas, sus platillos, sus chirimbolos de ocasión... ¡que lo dejaran en paz de una puta vez!...

Todo le resultaba indiferente con tal de que continuara la música... ¡siguiera cayendo de allá arriba!... ¡la armonía a raudales!... ¡las hermosas tonadas, los pasatiempos, las cascaditas, las ristras de variaciones!... desgranadas así... y asá... todo lo que pasaba por los dedos de ese borde... el embrujo...

¡Ah! pero ¡no debía detenerse! ¡Ah! ¡qué hostia!... ¡languidecer ni un solo minuto!... ¡ni un segundo!... ¡Se ponía espantoso al instante! vociferaba, ¡blasfemaba cosa mala!... Agarraba cualquier cosa... ¡Fuera de sí!... ¡Y se te ponía a sacudir el techo! ¡hacer saltar todo!... ¡demoler!... ¡de rabia!... ¡enloquecido!... ¡que el otro volviese a tocar! ¡Se pusiera otra vez, la hostia puta! ¡la Muerte!...

Boro, allá arriba, lo sabía... ¡se conocía la comedia!... ¡el encanto o la muerte!... ¡coño!... ¡joder!... ¡hostias!... Prolongaba el suplicio... Anunciaba, vociferaba el precio... ¡la tasa!...

«¡Páseme el dinero!... *One bob Master! One bob!*... ¡Ahora mismo o no vuelvo a tocar jamás! ¡Un chelín! ¡un chelín! ¡o nada! La condición categórica... ¡lo tomas!... ¡o lo dejas!...»

¡El artista en sus trece!... ¡el chelín ahora mismo!...

«*Have it dirty! Have it rascal!*...»

Forcejeaba, el viejo... ¡insultos!... pero ¡tenía que apoquinar!

«¡Toma, anda! ¡cerdo! ¡bandido!...»

Los soltaba... ¡qué remedio!... dos, tres chelines más o menos por hora... ¡dos, tres pausas!... ¡un carácter para eso, el Boro!... ¡No habría vuelto a tocar! ¡jamás!... ¡Tenía que subírseles el pureta en persona, los dos chelines!... con un trabajo... las pasaba canutas por la escalera... Boro no se movía del piano... en modo alguno habría bajado... le hacía esperar un poquitito más... rabiar... ¡así de susceptible!... ¡es que estaba hartado, al fin y al cabo!... que echara chispas el viejo abajo... se pusiera frenético, volviese a suplicar... Entonces reanudaba muy bajito... lo ponía todo en sordina, con un rodeo solapado por el pedal, con la redonda lastimera... de sueño... con todo el bajo en arpegios... ¡desgranado en el canto *si menor* y sin dejar de brincar con la tónica! ¡Ah! ¡menudo!... volviendo a la cadencia, al rigodón vivo y movido. ¡Ahí está la astucia!... ¡la magia!... ¡la lastimera gracia perdida!... ¡*fling!* ¡y *ding!* ¡*bim!* danzando con la tonada plañidera... tres dedos... cinco dedos... ¡y luego el resto!... y después el acorde, ¡y todo despedido!... ¡diablillos!... ¡y logrado, elegante y preciso!... ¡todos los enanitos rodaban!... ¡tan monos como los otros!... sin apuro... ¡y listo!... se contoneaban de una escala a la tercera, ¡enlazaban en motivos



y encajaban! ¡chapoteaban todos los dedos!... ¡la redonda ágil!... ¡el ritornelo!... ¡y todo caía!... ¡y se reanudaba a toda prisa!... ¡a la ligera!... ¡Dzim! ¡Dim! ¡Pimp!...

Y así hasta la cena, a veces tres, ¡cuatro horas seguidas!... ¡al trote, al galope! ¡de octavas en *re!*... ¡*ding!* ¡*dim!* ¡*brim!* ¡con chispa!... ¡moliendo! ¡cinco! ¡tres! ¡cuatro! ¡*Dzim!*... ¡una lluvia de sostenidos!... ¡de triste a alborozada! ¡y rigodón!...

¡Se sacaba fácil una libra así a base de cara, el Boro, en sus tres, cuatro horas de chirridos!... de un *pub* a otro, siempre su estilo, «¡soltad las monedas!»... pararse... reanudar. Era algo charro, un tute, pero aún no tan brutal como el número fuera... no le gustaba el interior, prefería con mucho la calle, ¡la vida al aire libre! el piano montado sobre ruedecillas, tocando así, de pie, fuera... Y eso que la calle era muy jodida, como se puede comprender, mucho peor que los *pubs*, con los guris... Te tenían en sus garras, ¡con eso está dicho todo!... todo el tiempo ahí, piándolas, dando la polcata, ¡que si les embotellábamos los arroyos!... ¡tratados como chuqueles!... Y, además, la calle... ¡la competencia! ¡los *minstrels!* ¡los embadurnados!... ¡Había que verlos! ¡a aquellos chillones! ¡jetas de carbón! ¡armaban una murga! ¡su estilo en la época de que hablo!... el *swing*, entonces... ¡a gritos, más o menos como Joconde!... ¡sus vocalizaciones!... ¡A la plebe le molaba con ganas!... Subían desde las playas, aquellos golfos, tenían permiso desde la guerra. Te liquidaban una acera de tres lengüetazos. ¡Cogían unas tajadas que les duraban ocho días! Por eso eran menos coñazo los *pubs*, había de reconocer Boro por fuerza...

Con las circunstancias nos vimos obligados también nosotros a currelar así por el foro, ¡pasear el instrumento con las ruedecillas!

Acabó mal, lógicamente... ya lo contaré más adelante...

Formaban un espectáculo prodigioso, los montículos de baratijas en torno a Titus. Se morían por caer rodando... Se venían abajo por menos de nada, se desplomaban en avalanchas, en depresiones, en trombas de quincalla sobre los cochecitos de niño, las bicis de mujer, todas las vajillas y las baratijas, las chucherías de la China, se derrumbaban en salvas, volcaban a lo lejos los colchones, las almohadas, colchas, como para tapar las catorce dársenas, carretadas de cestas con botellas, hecatombes abominables, pirámides de chisteras, abanicos para mil trópicos, como para desrizar los aquilones, hacer retroceder todos los vientos del Norte, tal muralla de edredones, que, si se te desplomaba encima, la muerte segura y cierta por soponcio dulzón, ¡el coma bajo plumas!... pero ¡Titus se encontraba muy a gusto en pleno desorden descomunal!... en pleno negocio... en pleno cráter del caos, ahí se sentía en plena forma, su razón de ser, en pleno santuario, tras su globo, su lámpara de agua... Había que verlo en acción, no tenía igual para mortificar al cliente, hacerle perder todas sus astucias... ya sólo con deshacerle el paquete, con la forma de sopesar la cosa bajo la lámpara... el guipur... el juego de té, la endeble filigrana, el sonajero querido, cómo infravaloraba el artículo, con sólo soplarle, que ya es que no valía nada... no era sino un vil desecho, un pedo de conejo... que, vamos, que era una maravilla ya que él, el Titus en persona, tan difícil, tan delicado, consintiera en interesarse por un chisme tan

chungo, mínimo, una sobra ínfima, mugrienta, ¡que valía menos que el cordel!... Se corría con la balanza... Cómo toqueteaba el platillo... que si no pesaba nada... ¡lo que se dice nada!... ¡dos papirotazos!... Escuchaba el sonido del pobre chisme... la cafetera encarnada... ¡es que no valía nada, la verdad!... Preguntaba a la persona, con las cejas así de fruncidas... cuánto quería, muy escéptico... Se alzaba un poco el turbante... Se rascaba la cabeza... No oía las respuestas... Su aparato acústico lo defendía de las frases... Lo sacaba en ese preciso instante de debajo de la mesa... al final de la discusión... en el veto final... su trompetilla de sordo como una tapia... Pestañeaba... bizqueaba... silbaba... ¡No daba crédito a sus enormes ojos!... con lo que exageraba la persona ingenua... ¡qué rostro!... Volvía a ofrecer la trompetilla... ¡Quería oírlo otra vez!... ¡la cifra espantosa!... ¡Ah! ¡ofuscado!... ¡ah! ¡no era posible! ¡No daba crédito a sus oídos! Alzaba un poco los párpados para pronunciar el fallo... ¿su oferta? ¡la décima parte!... ¡si acaso! ¡Y tal vez!... ¡primero cinco céntimos! ¡después listo! ¡y se acabó! ¡Lo tomaba... o lo dejaba!... Precipitaba el desenlace del drama... ¡Ah! ¡ni una palabra más! ¡ni un suspiro!... No valía la pena insistir... Se arrellanaba en la poltrona... Se arrojaba con sus hopalandas... se calaba el turbante sobre las cejas... ¡Ya no veía nada!... ¡Ya no se lo veía!...

Estaba en penumbra, su queli, casi a obscuras, salvo la lámpara de globo en la mesa, que emitía como un fulgor, un verde de acuario... Nunca se abrían las persianas, salvo un momento antes de cenar, para que Delphine limpiara, cuando llegaba el ama de llaves, ¡su «governess»! no quería que la llamaran de otro modo.

«*Call me Delphine or governess! but not your maid! I am not your maid!* ¡Llámeme Delphine o ama de llaves! Pero ¡criada, no! ¡No lo soy!...»

En cuanto llegabas, te anunciaba al instante su rango en la casa, para que no te confundieses, al primer saludo, que no era *maid*, ¡*governess!*... ¡Y en un tono que no admitía réplica!... ¡Veinte años llevaba así!...

No se mataba con la limpieza, era imposible en casa de Claben, despejaba el centro de los cuartos, volvía a apilar los montículos, apañaba las hondonadas, que pudiera uno escurrirse, más o menos, encontrar la salida...

Claben no hablaba demasiado, con sus clientes, quiero decir, se valía del misterio, se decía cosas a sí mismo medio en yiddish, había que entenderlo a medias... Fardaba con ganas al principio con su casaca de pachá, sus enormes bombachos amarillos y malvas, su cabeza de payaso con mofletes, su turbante de tres niveles... Desconcertaba... se tiraba unos faroles con los tímidos... no abría el pico... en cambio, Delphine lo contrario, clamores perpetuos... ¡un monólogo sin fin!... ¡sin pies ni cabeza!... sus altercados al comprar, en la calle, en las tiendas con las personas arrogantes... que si la habían pisado, por aquí, por allá, casi por doquier, en los tranvías, en los autobuses... ¡La susceptibilidad en persona!... Iba hasta el centro a hacer la compra... hasta Soho... y de paso reservaba las localidades... tenía que ir al teatro al menos tres veces a la semana... ¡No veas cómo seguía la temporada! ¡Ah, no como una marmota ni mucho menos!... como una *lady* de verdad, ¡como una

*governess!*... A veces... no muy a menudo... le daba por ausentarse... se tiraba una semana sin aparecer... volvía marcada, tumefacta, con cardenales por toda la cara, se había peleado, se había enzarzado con golfos... el vestido hecho jirones... ¡y se había bebido toda la pasta!... toda la pensión de ex profesora, todo su sueldo de casa Claben, más un poquito de peculio que había heredado de una tía... Había tenido que cesar en la enseñanza tres veces seguidas, nos fuimos enterando así, poco a poco... por las tremendas escenas de violencia que hacía a sus alumnos por un quítame allá esas pajas, ¡unos cambios de carácter terribles!... mucho después... comprendió su auténtica inclinación... su auténtica vocación... ¡su drama!... lo contaba muy bien... a todos los que querían escucharla... e incluso a los que no querían... ¡les mostraba un poquitito su instrucción! y, además, ¡su sentimiento, sobre todo!... ¡su emotividad! ¡su sensibilidad! ¡ah! ¡algo extraordinario!...

Intervenía en el comercio también por menos de nada... ¡se tomaba las mayores libertades!... en pleno debate de una pignoración, metía baza... A Claben le daban unos berrinches con esas insólitas interrupciones, pero se reprimía antes de echarle una bronca, se habría molestado, no habría vuelto más... Y no podía vivir sin ella... no es que fuera demasiado honrada, le robaba muchas cosillas... pero ¡otra habría sido peor!... No era muy tentadora su casa... ¡una leonera toda la tienda enorme!... Prefería conservar a Delphine y espiarla a muerte... No reñían a menudo, salvo por lo de la palabra *governess*... con eso todos los días, vamos. Él detestaba la palabra *governess*...

«Pero, bueno, ¡no estoy chocho, Delphine!...»

«*I am not your maid either!* ¡No soy su criada!...»

Así le replicaba... Siempre la misma discusión... Pero en otro sitio, haciendo la limpieza, ¡la habrían llamado *maid!* ¡Eso impepinable!...

Más adelante, con toda confianza, me lo decía... lo confesaba todo...

«*You understand?* ¿Comprende usted?... *Between you and I*... Entre nosotros... *I played! Yes!*»

En el mayor secreto... susurrando...

«¡Yo actué, verdad, en el teatro!... ¡Ah! *Theater! Yes!*...» Gozaba mucho con tu sorpresa... ¿No serías aficionado por casualidad? ¿Delphine?... ¿Delphine?... ¿No te decía nada ese nombre?

Por lo demás, siempre muy arreglada, el sombrero, los mitones y todo, de punta en blanco, salvo cuando volvía con sus cogorzas... en un estado lamentable... sus escapadas para pimplar...

Hacía cola durante horas para el *pit*, el gallinero inglés, muy maqueada, plumas por doquier, vestidos de noche con cola...

En casa de Claben podía escoger para sus fantasías, ¡armarios y armarios! un piso entero de vestidos de cola, no se podía quejar, de todos los colores y tejidos, los tomaba prestados, los devolvía, podía fardar por todo Greenwich con sus vestidos, ¡e incluso las calles del centro de Londres y los saloncillos de los grandes teatros!... No

faltaba nunca... ¡No se perdía un solo estreno! ni el menor *event* artístico... Iba y volvía a pie... no pasaba inadvertida, se exhibía con profusión... se pavoneaba en los entreactos, la primera y la última en el saloncillo. Así, de los armarios de Claben volvía a sacar todas las modas de los cien años anteriores de invierno y de verano... Lógicamente, se fijaban en ella, le lanzaban algunas pullas, lo que a veces provocaba incidentes... pero en general no había problema... ¡La dignidad!... Sólo una vez en el Old Vic<sup>[126]</sup>, arrebatada por el entusiasmo, había perturbado el gran espectáculo...

Estaban representando *Romeo y Julieta*. Había gritado desde la galería... había felicitado vociferando a Miss Gleamor<sup>[127]</sup> «Juliet»... Los guris la habían expulsado... Se había enfadado con ganas... Lo había aplazado hasta el entreacto... ¡No daba su brazo a torcer ni mucho menos!... ¡Que los dos mil espectadores viesan lo que era el teatro de verdad!... ¡el alma!... ¡el fuego!... ¡el texto vibrante!... Había representado ella misma la escena así, desde lo más alto de la galería... ¡atestada!... ¡la gran escena del «Dúo»!...

¡Un triunfo! ¡Aplausos sin fin! ¡Romeo, Julieta! ¡La habían vuelto a expulsar, claro está! ¡La policía otra vez!... Pero ¡no estaba contento el público ni nada!... ¡Todos de pie gritando de entusiasmo!... Había vuelto a empezar en otra parte... así, de un teatro a otro... ¡siempre de improviso!... ¡siempre desde la galería!... todo el teatro se volvía hacia ella... ¡la aclamaba! y siempre tras el segundo acto...

Los artistas ya la conocían, subía a verlos a sus camerinos... Con frecuencia la decepcionaban en el contacto personal... «*Excitable... but no soul!* Excitable... pero ¡sin alma!...» ¡Era su veredicto! No quería fotos de artistas, ni siquiera firmadas en persona, se negaba en redondo, ni siquiera la del gran Barrymore<sup>[128]</sup>...

«*Poor mortal soul!*... ¡Pobre alma mortal!...»

Así lo llamaba.

Le daban pena unos y otros, por famosos que fueran, le parecían pigmeos, boqueras perdidos bajo las obras maestras... aplastados por el texto... ¡Contentos de que no se irritara!... ¡No se perdía nada de la «temporada»! Puntual a todos los clásicos... la primera en la cola para el «*pit*»... a menudo dos o tres veces a la semana... ¡costaba lo suyo, claro está!... Pero se veía independiente, lo comentaba, su rentita, su pensión, aunque un poco justa para todas sus necesidades «espirituosas», además, ¡y de su vida mundana!... No habría podido vestirse... Así, de «*governess*» en casa de Titus, iba tirando... los vestidos de noche y la priva, más todas sus fantasías, teatro, grandes galas de música, veladas benéficas... Se la veía por doquier... Con lo de la guerra aún más, las fiestas para los heridos, los recitales de los grandes virtuosos...

Tenía la amabilidad de hacer algunos recados... algunos favores a Titus... Pero sólo a título personal, lo recalcaba... ¡no como criada ni mucho menos!... ¡Ah! ¡criada, no! Nunca se quitaba el sombrero, ni el velo, ni los guantes, así hacía la limpieza... ¡ataviada de pies a cabeza! con sus plumas, sus lentes, corsé, botines altos, bolso...

«¡Como se atreva un golfo a tocarme!...» No le hacía ninguna gracia pensar en los impertinentes... ¡Blandía ahí al instante, el alfiler del sombrero!... ¡Una daga!...

Pese a los aires que se daba de elegante, pispaba un poquito... ¡no mucho!... pero, en fin, pizquitas... que revendía en Petticoat para sus gastillos... poca cosa, sólo fruslerías, cositas de nada... Titus quería sorprenderla... ¡Lo sospechaba, claro está!... Era una comedia... Desconfiaba de ella desde hacía veinte años... Se entendían en la desconfianza... En cuanto ella llegaba, él no le quitaba ojo... ¡hasta que se marchaba! Para que no se le escapara el menor movimiento, el menor gesto, la observaba con gemelos desde el otro extremo de la sala, su «Zeiss» de navegante. Quería tener las ventanas abiertas de par en par mientras ella agitaba los muebles, era el único momento de la jornada en que quería ver con claridad... ¡no fuera a largarse con una maravilla! un objeto de su gran colección. Se encaramaba en lo alto de la escalera, en toda la cima, se ponía tres o cuatro hopalandas por las corrientes de aire... sobre sus brocados de pachá. Se calaba el turbante, acurrucado así sobre los peldaños, con la carabina en las rodillas, no perdía de vista a la Delphine... no le quitaba ojo... con los gemelos... Podía tirarse horas así...

«¡Delphine! ¡Delphine! *Hurry up!*... ¡Delphine! ¡Delphine! ¡Dése prisa!...»

Ella provocaba un siroco a propósito, remolinos, huracanes de polvo... Los envolvía completamente. Él tosía, escupía, se asfixiaba, pero no cedía... Se quedaba encaramado ahí, en alto, piándolas pero bien...

Para hacer un poco de sitio, revolvía los montículos, provocando torrentes de cachivaches, ¡todo se venía abajo otra vez!... cuando se desplomaban sobre ella, ¡era otra historia! quedaba sepultada... Había que sacarla de ahí debajo... como había hecho yo con la clienta... Ya no podían echarse la bronca, se asfixiaban bajo las polvaredas... Lo más terrible, por el peso, era el lote de las armaduras antiguas, todo el tabique de la izquierda, y también los sillones de dentista imbricados unos en otros... ¡Cuando todo eso se volcaba!... ¡Menudo!... En un instante a tomar por culo la demencial sesión... bastante se habían asfixiado, ¡bastantes gilipolces habían vociferado!...

«*Stop! Delphine! Stop! I am all in!...*»

¡Era él quien pedía el armisticio!... Entonces ella abría la otra ventana, la del otro callejón, la corriente de aire entraba en tromba... ¡Toda la cacharrería, bamboleante ahí, volvía a desplomarse como un rayo!... ¡Y hasta la semana siguiente!...

¡Delphine triunfaba sobre el montón!...

¡Todo el esfuerzo para nada!

*v name is sweet Jenny!*

*v Father s'e deafy!*

*w I am the Queen*<sup>[129]</sup>!

¡La copla! ¡Muy contenta! ¡Para que se enterara Titus!... ¡Había ganado!... Los

clientes que esperaban fuera empezaban a impacientarse... rumiaban... gruñían y fruncían el ceño...

Claben también estaba cabreado.

«Dése prisa, ¡vamos, Delphine! ¿No ve que me voy a constipar?...» Aún tenía que hacer la cama, el enorme montón de pieles... al fondo de la leonera... Él nunca salía del local, nunca se desvestía, se dejaba puesta toda la farda, las esclavinas y el turbante, se sepultaba así bajo el montón de martas cebellinas, nutrias, visones... dormía con un ojo abierto, siempre con miedo de los atracos... Protegido de las corrientes de aire por la inmensa cortina de tapicería, aún la veo, la gigantesca, que cortaba todo el local en dos, «El hijo pródigo»...

Tosía, resoplaba, se crispaba... ¡que de verdad que iba a constiparse!... Se lo reprochaba a Delphine... Ya casi había acabado... las dos o tres grandes hondonadas de cacharrería más o menos contenidas... alzadas otra vez y bamboleantes contra las paredes... Delphine volvía a cerrar las persianas, Titus encendía el globo otra vez, la lámpara de agua... atizaba el pebetero, el incensario grecobizantino... que colgaba y se balanceaba del techo... cuando chisporroteaba, humeaba mucho, echaba una calada profunda... ¡ya estaba listo para el negocio!... El cliente se sentaba ante él... se entablaba la discusión... pero en seguida se interrumpía... «¡Oach!... ¡Roach!...» ¡otro ataque de tos! ¡El asma! ¡Su asma! ¡por haber estado así, sentado, al frío! ¡con las polvaredas!... «¡Ah! ¡ay! ¡la leche!...» Lo probaba todo para el asma, todos los medicamentos posibles, todo lo que aparecía en los anuncios... y para el enfisema... todo lo que Delphine le comunicaba de las conversaciones del barrio con las demás amas de casa, ¡presas también del asma!... más los remedios de Clodovitz, los ungüentos, los polvos, los frascos, todos los colores y tallas... ¡Toda especialidad nueva!... Delphine pasaba por el hospital, nunca volvía sin unas gotas, dos o tres ampollas, el producto, ¡la maravilla del momento!... ¡Claben probaba todo!... Todos los olores extraordinarios, todos los peores polvos «de la madre Celestina»... ya lo había sorbido todo... los aromas más embriagadores, los peores olores fétidos, atroces... absolutamente todo contra el asma... el ahogo de las nieblas... ¡Cuando le venía! ¡un pánico!... ¡había que verle entonces los acáis!... ¡el horror que lo sobrecogía!... Toda clase de plantas que mandaba calcinar, así, en un plato, en el momento crítico... Una vez hierbas de Senegal, que ya es que era como para caerse de culo con el hedor, tan penetrante, y también conchitas molidas que aspiraba antes de dormir... que también se fumaban en pipa... Los clientes, para conciliárselo, para que no se pusiera tan cabrón con el asunto de las prórrogas, se preocupaban mucho por su salud, le hablaban de su enfermedad, le preguntaban sin falta cómo se encontraba, se mostraban muy solícitos, le traían caramelos, comprimidos de eucalipto para que los inhalase quemándolos sobre azúcar... ¡Eso soltaba un horror tan fétido, que resultaba inconcebible! Probaba todas sus historias, probaba todo lo que quisieran, pero no se encontraba mucho mejor... Más bien empeoraba incluso... Carraspeaba con la nariz cada vez más... sobre todo desde el bombazo, desde la

noche del zepelín, que había caído sobre Mill Wall<sup>[130]</sup>, ¡a menos de mil quinientos metros de su casa!... que había sacudido todo, su queli había saltado, había sufrido daños... ¡había creído que era el fin!... había saltado de sus pieles, por el aire, ¡y había caído sobre el vientre con todo su peso! ¡Oach! ¡Qué sacudida! ¡una conmoción de catapulta! Le había dado un ataque, por reacción, dos días después, pero es que tan intenso, agudo, ¡que se había quedado, presa de los estertores, al pie de la escalera!... con la lengua sobre el felpudo... ¡intentando respirar!... cuarenta y ocho horas por lo menos, sin poder subir ni bajar ni moverse, ni pedir socorro, con la tienda cerrada a cal y canto, sin poder responder a nadie, conque los clientes de tanto esperar habían avisado al vecindario, habían llamado a los bomberos, los vecinos y los guardas del parque, habían forzado las cerraduras, habían creído que estaba muerto. Así era, más o menos, el personaje.

No tenían queja de él en casa de Cascade, no les parecía demasiado tramposo para ser un guarro de su estilo, que se aprovechaba de la miseria, vampiro, vamos. Hacía de perista, lógicamente, como todos los sapos de su oficio, encubridores todos más o menos... le llegaban de casa de Cascade, pero nunca grandes cantidades, sólo fruslerías, pacotillas, que las chavalas birlaban a los clientes, cosillas de nada... de guasa más o menos... regalos más o menos... Cascade no las incitaba... no le gustaban las ladronas... pero era difícil de impedir... eran obstinadas en eso, ¡tenían que hurgar todos los bolsillos!... ¡los lápices de oro!... ¡las boquillas!... siempre se traían algo... ¡y hasta relojes con las cadenas!... ¡Cascade no quería que todo eso anduviera por ahí!... ¡le entraba un cabreo en seguida! ¡Había que liquidarlo! ¡en seguida!... ¡Para eso estaba Titus! ¡el volatinero!... ¡ni una pregunta nunca!... ¡chachi!... ¡Y listo! ¡de buten!... Y después lo olvidaba al instante... Nunca una plancha... ¡ni chivatazo!... ¡Y ya no recordaba nada aún más rápido!... ¡ni los objetos ni a las tías!... Lo olvidaba todo: ¡como un rayo! ¡A nosotros mismos nos gastaba la broma!... ¡Ni siquiera recordaba nuestras caras!... ¡Ése era su encanto! esa forma de olvidar como un rayo... Pasaba la tira de gente por su almacén de «*Pawnbroker*»... ¡lo que desfilaba de cinco a diez! personas de toda condición... ¡modestas y arrogantes!... alborotadoras o mosquitas muertas... La desgracia azota casi por todos lados... pero su negocio, sus parroquianos, eran más bien gente sencilla, la basquilla de los barrios de enfrente... destajistas, obreros, pequeños comerciantes... Sobre todo del otro lado del Támesis... Eastwall... Wapping... Beckleton<sup>[131]</sup>... muchos jubiladillos también, chicas de servicio, pescadoras, artesanos, de todo un poco... Pero la mayoría gente con amor propio que no quería verse observada llevando sus bártulos «a empeñar»... ¡Y tenía competencia! ¡No era el único en el East!... Mile End estaba repleta de «*Pawn*», prestamistas en todas las casas, pero es que unos encima de los otros, vamos, locales contiguos, conque les sentaba como un tiro que los vieran ahí así, esperando. Mientras que allí, en casa de Claben, ¡era más discreto, qué caramba!... no había ventanas alrededor, sólo la vista completa del parque... Y, además, que era un viaje, había que tomar el *penny boat*...

Después ahí, en el jardín... si te encontrabas a alguien... si te veías en un apuro por un instante... era fácil disimular... que habías ido sólo de paseo... en seguida el despiste...

Claben, con los clientes, ya lo he dicho, no hablaba demasiado... pero diquelaba largo rato el artículo, lo examinaba con detenimiento... se le iban los ojos tras el fino «sello<sup>[132]</sup>»... se acercaba aún más con su gruesa lupa... se la apoyaba en los mofletes, las mantecas le subían hasta las orejas, de tanto apretar con la lupa... tan apasionado... Olvidaba su asma... Tomaba otra lupa... ¡aún más gruesa!... enorme... para ver mejor aún el objeto... lo examinaba tan nervioso, que agitaba todo con la pasión, la mesa, la lámpara de agua, la butaca... ceceaba, farfullaba, ya es que no podía ni hablar... Ya no le quedaban muchos dientes, ceceaba con los raigones, le impedían deglutir... Delphine tenía que picarle todo muy fino, sobre todo la carne, ¡sus grandes bistecs de dos chelines con seis!... Gustaba a la clientela, tal cual, de eso no hay duda, tal vez por su disfraz, su casaquilla oriental, sus aires de «Alí Babá», sus inciensos, sus colgaduras, todo... Cae bien a los ingleses el extranjero que permanece barroco... que no se pone a dárselas de *gentleman*, que sigue tal cual, extravagante... más bien chorra... Nunca vi que le echaran la bronca, al Claben, por sus actuaciones, sus exacciones comerciales, y eso que se portaba como un cerdo, ¡el peor chacal, abyecto, piante, en punto a usura y mala fe! Tocante a «préstamos y arriendos», ¡un inmundo! nunca perdonaba ni un día... ni un penique... el peor tirano para los vencimientos... ¡los desollaba vivos!... hasta a los boqueras más descarnados los liquidaba a base de pesares, ¡les chupaba hasta el hueso!... y, para colmo, ¡los insultaba él! ¡los trataba como a escoria por un retrasillo de nada! ¡Había que oír su ceceo! ¡Cómo sacudía la miseria! Eso no le perjudicaba... ¡al contarlo!... Cuando fue presa de sus graves ataques, que casi se muere, hubo una precipitación, una muchedumbre de todos los confines de la ciudad, para interesarse por él, consolarlo, desearle suerte, llevarle flores y fruta... Tenía clientillos a los que había desollado vivos, a los que había substraído todo, mesas, relojes, felpudos, y que aún volvían a verlo... así, sin la menor mala intención, que le llevaban incluso otros clientes, conocidos de aquí y de allá, personas necesitadas también... Ni siquiera les daba las gracias... Muchas veces habían acudido de muy lejos a visitarlo, perdiendo el culo, nada más salir del currelo, con frío, hielo, lluvia, granizo, sólo por la satisfacción de ver a su Aborto en el fondo de su cubil piarlas, resoplar, gruñir, sólo por ver que no estaba muerto... Así era el prodigio de su encanto. No les hablaba sino de parné, casi nunca una palabra amable... Así era y se acabó... Los peores chupones de la miseria gozan de prestigio... con frecuencia adulados, mimados, ¡y a los atentos que los hagan picadillo!... Matar de hambre al pobre importa tres cojones... abusar con ganas de las peores angustias, que vomiten la sangre, es el sortilegio chipendi, magia de verdad, ¡cosa fina, vamos!

Y luego que digan lo que quieran.

Así se presentaban la casa y el hombre Van Claben... *Titus Van Claben and*



*partner*... El rótulo de la placa de zinc *Las tres bolas*... *Prestamista con fianza y bajo palabra*... en pleno balcón en amarillo y oro... Al *partner* nunca lo vi... no debía de haber... ¡Lo que no había era palabra!

Titus no se apresuraba a abrir su comercio, lo hacía hacia las cuatro... a veces más tarde... Los clientes que se impacientaban podían irse a pasear al parque, mientras tanto... interesarse por el paisaje... cruzar los céspedes hasta los árboles, hasta los altos álamos de allá... Cuando hacía buen tiempo, quiero decir.

¡Estaba lleno de juegos, carruseles, corros de niños!... Si los rodeaban, los clientes que esperaban se refugiaban tras los quioscos, allí se estaba tranquilo... Aún se tentaban los forros... A ver si habían perdido algo... el medallón, el chirimbolo... A veces era algo más importante, del ajuar... el molinillo de café... la tetera... volvían a hacer el paquete... el diario... En cuanto abría Titus, volvían a congregarse todos...

«*Don't hurry! One by one!* ¡Cierren la puerta!...»

¡De uno en uno!...

¡Sin empujar!

Bueno, muy bien, conque el otro tocó, el viejo se quedó tranquilo un poco... En fin, las piaba menos... Se oyó el Big Ben dar las once, allí... ¡*Baúm!* ¡*Baúm!* Los sonos llegaban hasta las nubes...

Ése era, en una palabra, el panorama...

Ahora ya apenas hay riesgo... puedo contároslo todo, en suma... toda la comedia... ¡Hay siglos por medio!... ¡Ay, ay, ay! ¡ya lo creo!... ¡Se acabó todo aquello!... Es un sueño... meras imágenes ya... ¡imaginación!... y después vino la guerra del 39... y luego todo lo que sabéis... Ahora es como otro mundo... Es una lástima... Una gran lástima... Ya no volveré a verlos, seguro, los lugares reales... No me dejarán regresar allí... y eso que sería mi última voluntad, ya os lo digo. Antes me colgarán... Es una pena... es lamentable... No me queda más remedio que imaginar... Voy a daros un efectillo artístico... Me perdonaréis... no hubiera querido verme reducido al melodrama... Ahora, que en mi caso, ¿verdad?... Poneos en mi lugar por un momento... no me gustaría que os contaran las cosas justo al revés... más adelante... cuando ya no quede ni un testigo... nadie vivo... ya no sean sino chismes... cuentos de viejas... retazos de mamarrachadas requeterretorcidas... ¡Ah! ¡cómo disfrutarán con mi jeta!... ¡Se pitorrearán de mi suplicio, ensuciándome a diestro y siniestro!... Si no tomo todas las precauciones, me dejan deshonorado de antemano, ¡si no lo cuento desde hoy, desde ahora, todos los detalles! ¡no dentro de una hora!... ¡todo bien escrupuloso, exacto, meticoloso!... Conque reanudo aquí mi historia, con el ¡*Baúm!* ¡*Baúm!* del Big Ben... los sonos que llegaban hasta las nubes... que retumbaban con el eco... era exactamente así... no intento conmoveiros... no os exagero los efectos... La sirena de la bruma... el barco que subía... Se oía muy cerca su gran soplo... Cierto, pasaba muy cerca... La fuerza con que respiraba, con que resollaba... sus hélices que molían a cien revoluciones...

juntito a la orilla... el agua que susurraba... así de enorme... ¡Tcchau! ¡Tcchau!... Y ya había pasado...

Allá arriba Boro se había quedado dormido a fuerza de tocar *Jolly Dame Waltz*. Se había caído sobre el teclado con la cabeza en los codos... Dormía así, muy incómodo...

Abajo, nosotros, con Delphine, en la tienda, dormitábamos. Íbamos a acabar quedándonos dormidos... Pero el viejo empezó a sofocarse otra vez... ¡Pidió que fuéramos a buscarle las sales!... Nos armó un escándalo... La Delphine estaba que no podía más... se ahogaba también un poco... encerrada así en el tabuco... una atmósfera terrible... opaca por las fumigaciones, todas las guarrerías contra el asma... ¡Ah! ¡ya empezaba a estar harta!... ¡hasta el moño de los caprichos del enfermo!...

«*Hello Mister Claben! Hello please! Now you try a little air!...*»

Delphine le suplicaba que le permitiese... abrir un poquito la puerta... era verdad que la diñabas en aquella quelí, con una atmósfera tan cargada, viciada, pero él se mostraba hostil, ¡no quería!...

«¿Abrir?... ¿Abrir?...», se asfixiaba...

Se quedaba así, con la mui abierta...

«*Mister Claben! Mister Claben!*», gemía Delphine.

Pero él se negaba en redondo a que ella tocara siquiera el picaporte.

¡Testarudo asqueroso!...

Fui a buscar el aguardiente, le mojamos los labios con él...

No encontré las sales... Era fuerte, el aguardiente, se le retorcía la cara... Nosotros dos, Delphine y yo, pimplamos después... Yo no soy bebedor, pero en ciertos momentos es útil... la Delphine, útil o no, no paraba de darle a la priva... Le dejé la botella, se sirvió... dos... tres... cuatro lingotazos seguidos... entonces se le ocurrió una idea...

«¡Voy!», dijo... «¡No me retengáis!... *Don't hold me! Neither of you!* ¡Voy a buscar al médico!...»

¡Lo que se dice decidida! Se atusó el chapiri, las faldas...

«*Doctor Clodovitz! ¡claro está!... A perfect man! a perfect man!*»

Nos lo anunció... No era mala idea... feliz incluso, podríamos decir... pero ¡no estaba ahí mismo, el hospital!... ¡Huy, huy, huy! ¡menuda caminata!... Tenía que ir hasta el Túnel<sup>[133]</sup>, primero... y después volver a cruzar bajo el río... y luego por todo Wapping, a pie, en la obscuridad, así, sola.

Era una temeridad... ¡unos callejones muy peligrosos!... y sin luz... en fin, apenas... Se esperaban ataques, tal vez más zepelines, e incluso, decían, aviones que habían de sobrevolar todo Wapping, por las fábricas, y cargados con bombas tremendas... Las calles no eran nada seguras... ¡Y no sólo los zepelines!... Había también los vagabundos, que aprovechaban la obscuridad... Pero ella insistía, ¡quería salvar a su Claben!... ¡En seguida!... ¡En seguida!... ¡a toda costa!... Es cierto que

flaqueaba bastante... Ya no estaba rojo ahora como un rato antes, sino pálido, macilento, casi gris... No había perdido el conocimiento... Gemía bajito entre los ahogos... Nos acabamos la botella y después otra así, charlando, sobre si iría o no a buscar al Dr. Clodovitz... La segunda era de coñac... Nos animamos tanto, que despertamos al Boro... Gruñó allá arriba... bajó. En seguida, ¡quiso bebérselo todo! ... ¡También el viejo quería bebérselo todo!... ¡*Mñam! ¡Mñam!*, hacía... toda la mui... pero ya no podía moverse... aun así, nos guiñaba un ojo para hacernos comprender... Le remojamos los labios con el aguardiente, pero ya no podía tragar nada... Boro, al verlo tan enfermo, le hacía cariños, le sonreía... lo besaba... lo acunaba... Entonces Delphine lo acarició también... ¡Había que ver qué momento de ternura!... Se veía que estaba celosa... quería todos los besos para ella... Al final, se apiñaron... se manoseaban, se magreaban, se enmarañaron unos sobre otros así, sobre la cama del pobre enfermo... yo no sabía, la verdad, qué decir ni qué hacer ante aquellas manifestaciones, pero me encontraba bien instalado, no podía quejarme, me había hecho como un jergón con las alfombras de Oriente, los forros algodónados y los cubrepiés, encajonado entre la pared y el armario... ¡No me encontraba mal!... a pedir de boca... Me recordaba las guardias en las cuadras, pero ya no en el estiércol, ¡ni mucho menos! ¡en los brocados y las felpas! «¡Muy bien!», me decía, «¡que se diviertan! ¡que se diviertan! ¡son como niños!» Los veía darse el filete... «¡Yo voy a mimir en serio! después subiré a la cocina... bien que encontraré una tajadita... Pero, después de todas esas fatigas, ¡a sobar primero como un tronco!... ¡Ah! ¡roncar!... ¡el hambre puede esperar!»... ¡Y una leche!... Justo en ese momento, ¡Delphine se puso a vociferar! ¡A ponernos verdes!... ¡Que si éramos unos verdugos y debía darnos vergüenza! ¡que si no le dejábamos ir a buscar al médico! ¡Que si nuestra conducta era espantosa!... ¡Estaba fuera de sí!...

«*Mister Claben! Mister Claben!*», chillaba... «*You need a doctor!... You need a doctor!... ¡Necesita un doctor!*»

El viejo estaba bien fastidiado, pero, aun así, desconfiaba, ¡qué leche!... ¡No quería quedarse solo con nosotros!... ¡No tenía confianza! ¡La aferraba del encaje!...

«*Be a lady!... Be a lady!...*», le lloriqueaba... «*Don't go out by night!... ¡No salga de noche!...*»

«*But I am a lady, Sir!... Lady I am!...*»

¿Que si era *lady* ella?... ¡Ah! ¡qué pregunta! ¡menudo si era *lady*! ¡una señora pero que de verdad!... ¡y de primerísima calidad!... ¡Ah! ¡la duda ofendía! Pero ¡al instante! ¡Se lo hizo ver a las claras!... Volvió a coger al instante sus mitones, se atusó el cabello otra vez, el sombrero, las flores, la piel de avestruz, ¡un alfiler para el velo! ¡y hale! ¡ya estaba acicalada!... ¡absolutamente lista!... ¡Una decisión, que no veas!

¡Adiós, Delphine! ¡Adiós, hermosa! ¡Adiós, pues! ¡Nadie iba a poder impedirselo! Conque, ¡una copita!... ¡y ánimo!... ¡Un hurra por la decidida!... ¡Doña Intrépida!... ¡Y hasta Claben cantaba, con roncós estertores! ¡La copla cabal! ¡la

estrofa del estribo! ¡La de la partida!... entonces, ¡todos en coro!... ¡Gloria al valor!  
¡No temía a nada!... ¡a las tinieblas! ¡a los vagos! ¡a los golfos! ¡nada, pero es que  
nada, vamos! ¡Que nos lo trajera, pues, al Clodovitz!

*Delphine! o! Delphine! o!  
or she is a jolly good fellow!*

¡Y en marcha!

¡Ya estaba fuera! a las dos menos cuarto de la mañana, bien maqueada, ¡la tira de  
adornos!

Estaban oscuras las calles, ya digo, sólo un farolillo camuflado, aquí y allá, hacia  
los cruces.

Conque, nos dormimos, ¡adiós!... Habíamos abierto la ventana, que se despejaron  
bien los olores, no nos ocupamos más del viejo, ¡estuvo ahogándose a sus anchas!...  
Pasó el tiempo... Dormir se dice pronto... Mi oído, en primer lugar, me despertó...  
zumbidos, chorros de vapor... me dormí otra vez... volví a ser presa de la pesadilla...  
¡Me desperté cuatro, cinco veces seguidas!

¡Ah! ¡qué putada!... ¡me sobresaltaba! ¡daba vueltas!... me volvía tarumba... así  
pasaron dos horas... en fin, más o menos... De pronto un tiberio en la puerta... Era la  
Delphine... llamaba... ¡Ahí estaba otra vez!... ¡de regreso!... ¡Ah! ¡la vieja bicho!...  
¡sólo faltaba ella!... Yo quería dormirme otra vez... ¡Fuera de sí!... Lo cuento  
exacto... Pero ¡es que chalada!... ¡aterrada!... ¡con tembleque!... ¡sin aliento!...  
¡despavorida!

«¡Ah! ¡Amigos!... ¡Ah! ¡Amigos!...»

¡No le salía!...

Jadeaba.

«¡Si hubieran visto ese rostro!»

«¿Qué rostro?», le preguntamos.

«¡El rostro de ese hombre!...»

«¿Qué clase de rostro?», insistimos...

«El que me los ha dado...»

«¿El que le ha dado qué?...»

«¡Los cigarrillos!...»

Entonces abrió la mano... unos cigarrillos pegados, viscosos... ¡más pringosos!  
de papel verde... Volvió a resoplar y después nos explicó... por fin se puso a ello...  
así... Justo a la salida del Túnel, ahí, justo en el terraplén... después de Wapping...  
un hombre le había caído encima, ¡así!... ¡Vlam!... ¡de arriba! ¡Un hombrecillo muy  
de negro!... ¡había como caído sobre ella de lo alto del reverbero! de lleno así, sobre  
su sombrero... ¡Habían rodado en el Túnel así, uno sobre el otro! ¡Menos mal que no  
era muy pesado! ¡nada pesado! ¡No se había hecho nada de daño! ¡Menos mal! ¡Qué  
suerte!... ¡Era ligero, aquel hombrecillo!... ¡Como un paquete de huesos!... ¡ligero!

... ¡ligero!... Aquel hombrecillo, ¡lo que se dice un paquete de huesos!... ¡Le castañeteaban incluso todos, mientras luchaban!... ¡forcejeaban!... Una vez alzados los dos, habían continuado la lucha... ¡Los brazos de aquel hombrecillo eran como bastones!... Ella lo había notado al instante... ¡y había lanzado gritos! pero ¡de nada había servido! ¡Ah! ¡no había nadie por allí! ¡Pasaje Wapping! ¡imaginaos!

¡Y no era eso todo!... ¡Aquel hombre le había hablado!... ¡Aquel terrible manojito de huesos! ¡Recordaba sus palabras! ¡no tan loca tampoco!... ¡Lo imitaba incluso!... Así hablaba: gangoso... un inglés muy raro, por cierto... Le había parecido más bien *scotch*... no era de Londres, eso desde luego...

«¡No tenga miedo, hermosa Delphine!», así le había hablado, «¡yo seré el ángel de su gran amor!... *Your big love*...» Así mismo... «¡Le deseo la mayor suerte del mundo! *All the good luck in the world*!... ¡Quiero salvar a su querido Claben!... ¿Quiere usted, tierna paloma, darle a fumar estas hojas mágicas?... ¡Aquí las ve, enrolladas, preciosas, listas para su uso, en estos hermosos pétalos color agua!... ¡Que inhale los tres elementos!... ¡El fuego!... ¡el viento!... ¡el humo!... ¡Oh, cómo embriaga respirarlos!... ¡Corra! ¡Corra!... ¡Corra, tierna Delphine!... ¡Vuelva rápido a su cabecera!... ¡No siga adelante! ¡Yo soy el Físico del Cielo!... ¡El Mago de los Ángeles!... ¡Sé devolver el aliento a los moribundos!... ¡No vaya a perderse en la ciudad! ¡No se deje desviar por los sortilegios del Maligno!... ¡El diablo es hada para las muchachas locas! ¡Guárdese, Delphine! ¡Guárdese!... ¡El hechizo del aire!...»

¡Humos!... ¡Humos!... apenas había dicho esas palabras, se había encogido por completo, acurrucado en la acera... ¡ahí, ante sus ojos!... ¡esfumado!... ¡un simple pingajo bajo el reverbero!... y después, ¡nada!... ¡había sido cosa de nada!... ¡Ella se había lanzado derecha!... ¡pies en polvorosa!... A medida que le hablaba, se encogía... seguía contándonos... se acurrucaba... ¡al final una bolita!... ahí, ¡bajo el farol de gas!... ¡Un montoncito de pingajos!... ¡y después ya nada!... ¡Ah! ¡no había vacilado ni un instante! ¡se había lanzado derecha! ¡pies en polvorosa! ¡perdiendo el culo pero bien! ¡había vuelto a cruzar bajo el Támesis! ¡por el Túnel de las profundidades!... Llegaba ahí, tartamudeando, sin aliento, ¡reventada por la carrera! ¡Era un hombrecillo muy negro!... ¡No sabía nada más!... Estaba lleno de huesos, al parecer... todo él en punta...

¡Ah! pues, ¡vaya una historia! ¡La forma como se le había tirado encima! ¡*vromb!* ¡desde el reverbero!... ¡desplomado sobre ella!... ¡justo a la salida del Túnel!... ¡con todo su peso!... ¡poco peso! ¡sólo huesos!... ¡ah, eso sí! ¡desde luego!...

De todos modos, ¡tenía fuerza, aun siendo tan ligero! de nada le había servido forcejear a ella, ¡la había mantenido en sus brazos!... ¡en el abrazo de los huesos!... ¡y la había cubierto de besos al tiempo! y después, ¡los cigarrillos, al instante!... «¡Tenga, Delphine!»... la mano llena... ¡Estaban ahí, los cigarrillos!... ¡no había duda!... pegajosos, pringosos, verdes... Se alzaba el velo, para verlos bien, mirarlos... ahí, en la mesa... ¡y no eran visiones!... No salía de su asombro... ¡Aún había un trocito de hueso incluso con las colillas!... ¡un trocito amarillo! ¡Un

huesecillo!... ¡Ah! ¡era irrefutable!... y, además, las palabras que había dicho... «¡Oh, Delphine! *I am your friend! Your friend! The Sky Physician!*» Seguía repitiéndolo ahí... «¡Su amigo!... ¡Médico del Cielo!»... ¡Así mismo!...

Hicimos suposiciones... ¿quién podía ser? los tres... ¿sería tal vez un vampiro?... ¿un cura quizás? ¿No sería un alemán disfrazado de excéntrico?... ¿un funámbulo? ¿un fantasma?... ¿un farsante?... En fin, ¡nada sabíamos, la verdad!... Olfateamos los cigarrillos... ¡Tenían un olor curioso!... nada parecido al del tabaco... más bien como miel y azufre... una mezcla... aroma poco apetitoso, la verdad... Pero al viejo le moló al instante... ¡Lógicamente! ¡su gusto!... ¡Quiso olfatearlos una y otra vez!... ¡No cesaba de embadurnarse!... aplastárselos por toda la cara... ¡metérselo por las ventanas de la nariz!... Ahí, al instante, auténtica pasión... Después quiso mascarlos... pareció sentarle bien... podía pasar, la verdad... Lo probamos los dos... ¡con una gota de coñac! pero ¡fumar era harina de otro costal!... ¡Eso se lo había dicho el hombre de negro! ¡Ah! ¡la había advertido e insistido más de una vez! ¡que curaba a los enfermos, pero mataba pero bien a los sanos!... ¡Ah! ¡que quedara bien claro! ¡a todos los sanos! Eso nos dejó un poco perplejos... El caso es que, a fuerza de mascar, nos había entrado una sed ardiente... Había ginebra en la alacena... ¡más ginebra!... con el agua refrescaba... ¡Nos tomamos todo un frasco! ¡y toda una botella de sidra al mismo tiempo! ¡de lo más selecta!... ¡rociada con kirsch!... ¡el viejo fue y pimpló!... ¡Se sintió aún mejor!... ¡Ah! entonces nos pusimos muy nerviosos... ¡Empezamos a reñir otra vez! ¡iba a haber que decidir!... Si las fumábamos o no, las abracadabrantas colillas... ¡los pitillos del cielo, la leche! ¡Exactamente eso!... Nos habíamos quedado lelos ante ellos...

¡Boro fue y desgarró uno!... se lo aplastó en la pipa... encendió... no quemaba mal... Era un olor agradable, al hacerse humo... Yo quise probar también... podía ser bueno para el Aborto... No pensábamos sino en él todo el tiempo... se parecía al eucalipto en cierto modo... seguía fumando mucho, él, eucalipto... el pobre enfermo... Conque echamos una calada todos... después dos... luego tres... El viejo respiraba a fondo todo el humo... se lo tragaba... el de los demás también... lo aspiraba todo... parecía sentarle bien... respiraba mejor... ¡le despejaba!

«*Feeling grand boys! Feeling grand!...*»

Se sentía jubiloso... nos lo anunció... Conque me alegré por él.

«¡Se me sube a la cabeza!... ¡me aturde!... ¡Me sienta muy bien!...»

Ésas fueron mis palabras, al cabo de unos diez minutos... ¡lo recuerdo exactamente!... Y después me dieron ganas de vomitar... no muy fuertes, una sensación... me contuve... La náusea, en una palabra... Se te subía pero bien a la cabeza... Te volvía a salir por los ojos... así, entre lágrimas... Boro también veía borroso, me lo dijo:

«¡Te veo doble!», me dijo... «¡Te veo doble, chorra!...»

¡El Aborto se alegraba con ganas!... Lo aspiraba más que nosotros... se agitaba entre sus pieles... Estaba más cómodo así... Acostado... le hacía un efecto vicioso...

Se agitaba sobre la piltra... Se ponía apasionadísimo... sofocadísimo incluso... Conque agarró a la Delphine... ¡La estrechó con todas sus fuerzas!... ¡La derribó sobre su cama! aún sin aliento... Le metió la lengua en la boca... hasta dentro... le hizo la declaración... así, sin dejar de toser, fumar... ¡Todo un número curioso!... ¡lo alborotaba el olor!... ¡Ah! me pareció que la iba a palmar, por la forma de agitarse, así, al toser... para la Delphine era algo distinto... ¡se reía pillina!... ¡escapaba!... ¡volvía!...

«*O! glo! O! glo!... please, Mister Claben!... please!...*», así, serpenteando sobre la piltra... extasiándose... muy feliz...

¡Me incitaban los dos con el cigarrillo!

«*Smoke little one!... Smoke!...*»

A mí me daba asco... todo me daba vueltas... veía las estrellas... ¡y eso que apenas si había empezado el mío!... Seguro que no era tabaco... ¡Era mucho más brutal!... Era una embriaguez como un palizón... ¡un hostión!... no era cosa de broma... Al Boro lo puso muy raro en seguida... en un cuarto de hora más o menos... tal vez sólo dos, tres cigarrillos... ¡completamente chalado!... Quería subir al piso de arriba... vi que lo intentaba... que se aferraba a la barandilla... ¡Oh! ¡Aúpa! ¡Oh! ¡Aúpa!... ¡Escalón a escalón!... Al llegar al rellano... Se volvió... ¡se dio media vuelta!... ¡*Vlaúm!*... ¡Se lanzó al vacío!... ¡Fue fantástico!... ¡No había tenido miedo!... ¡en absoluto!... ¡por el espacio!... ¡*Brrrum!*... ¡se desplomó con todo su peso!... sobre los cachivaches... ¡Desapareció en el agujero!... ¡entre las porcelanas! ¡la vajilla! ¡Salió arrobado!... ¡Se sacudió! ¡Volvió a subir! ¡No había soltado la pipa!... ¡no se le había apagado!... Le sangraban un poquito las manos... ¡Quería volver a empezar al instante!... ¡Subió otra vez al piso de arriba!... a lo alto de la escalera... ¡Oh, aúpa!... ¡y zas! ¡una voltereta!... ¡Volvió a lanzarse!... ¡cada vez más alto!... ¡Se había arrancado toda una oreja!... ¡Ahora estaba todo cubierto de sangre!... ¡Daba mucha risa al Titus!... sentado, ahí, en su cama... ¡aplaudía! ¡aplaudía! y después, ¡se asfixiaba de tanto desternillarse!... ¡Se ahogaba con las carcajadas!... ¡Ya es que no podía más, nuestro enfermo!... ¡Se revolcaba, se convulsionaba sobre Delphine!... ¡ah! ¡cómo se divertían!... ¡los locuelos!... ¡Perdió el turbante!... Se lo volvieron a poner... Boro se reía muy fuerte también... así, todo embadurnado de rojo... ¡ah! ¡no se puede imaginar más curdela! Seguro que eran veneno aquellas hierbas... ¡eso pensé yo, por mi parte!... ¡bien claro, pese al mareo! ... ¡Mi idea!... ¡Bastaba con ver a aquellos desgraciados!... ¡cómo bramaban!... ¡se retorcían!...

«*Poison! Poison!*», grité a Delphine... ¡así, en inglés!... «*Poison!...*» ¡Le importaba un pimiento el «*poison*»! no se había quitado el sombrero, ni el velo, ni los guantes, se había alzado simplemente las faldas... ¡ahí la teníamos montada otra vez sobre Claben! ¡me lo caracoleaba!... ¡a horcajadas! ¡Arre, arre, caballito!, cantaba... se reía a carcajadas...

¡p! Youp horsey!  
e me that horse!  
ott! Hi! Galop!  
Burberry Cross<sup>[134]</sup>!

¡La carga de los niños!...

¡Ah! ¡cómo se divertía!... El viejo babeaba sobre las pieles... El humo era tan denso, que apenas si los veía yo ya... íbamos a diñarla con esa atmósfera... Me dije: «¡Voy a correr alrededor!»... Una idea súbita... ¡me iba a sentar bien!... en torno al gran montón de pieles... Estaba en cuclillas... Entonces el Boro me agarró... Era un coloso... Me alzó, me llevó en brazos... yo coceaba, me encabritaba, le mordí en las muñecas... ¡Me llevó, de todos modos!... Era un verdadero oso, por la fuerza... Me tiró a la piltra junto a los dos cochinos... Se tumbó también él sobre mí... me aplastaba... me eructaba... me decía gilipollices...

«¡Te quiero!... ¡te quiero!...» Me acariciaba... «¡Ferdinand, tronco!...», me llamaba...

Y, además, los otros dos, el Aborto y su criada, ¡se pusieron entonces a tirarme viajes a los pantalones!... ¡querían dejarme en pelotas!... a toda costa... ¡querían mamármela!... ¡Así lo anunciaron!... ¡me lo gritaron!... me agarraban, me estiraban, se me revolcaban encima... me babeaban en la cabeza... pero ¡el otro, Boro, no quería soltarme!... ¡me aferraba, me asfixiaba!... era demasiado fuerte... Rodamos los tres... ¡caímos de cabeza! ¡vlaúm! ¡pang! ¡de la piltra! ¡Brrum!... ¡al entarimado!... cuan largos éramos... ¡yo me escapé del abrazo!... ¡me zafé!... me levanté... estaba que echaba chispas... ¡Iba a matarlo, yo, al Boro!... ¡Vi el yatagán colgado ahí, en el centro del cuarto!... así, en el aire... bien cortante... a huevo en la obscuridad... ¡justo a mi altura!... ¡Ah! ¡lo que se dice chachi! ¡Agarré el sable!... ¡Se me escapó!... Qué gilipollas... ¡Ya es que echaba chispas yo!...

«¡Joder!», dije... «¡Hay que ver qué potra!... ¡Era una quimera!...» Los otros se tronchaban de verme así, ¡su payaso!... Pataleaban... ¡se cachondeaban de mí!... ¡Había que ver cómo eran! ¡Estaban en la gloria!... ¡El viejo ya no se asfixiaba!... ¡Estaba curado y bien curado!... Se magreaban... Se daban hostias... Se adoraban... y después la tira de besos y lapos... ¡ahí, así, en el revoltillo!...

«¡Ven a ver!», me llamó. «¡Ven a ver, cariño!... ¡Cielito mío!...»

¡Así me incitaba, el Aborto!... Yo no quería acercarme... De pronto, se inclinó sobre la mesa, me mostró el globo, la lámpara de agua... con la luz dentro...

«¡Mira!... *Look!*», me dijo. «Mira...»

Nos inclinamos todos... Miramos bien... Miramos a fondo... No veíamos nada, al principio...

«¿No ves al hombre?... ¿No ves al hombre?...», me insistía así, al oído...

Yo bizqueé aún más... me aplasté las napias... me atraía como una alucinación... tal vez viese algo en el cristal... así, pataleando en la bola... en fin, no era seguro...



me incliné aún más... me agaché al máximo... Entonces fue el otro, Boro, y me volvió a atacar... aprovechó que estaba ahí inclinado... quería azotarme el culo públicamente... le metí un patadón en el ojo... una coz con ganas... ¡cayó de culo!... ¡Sobre el gran sofá! ¡Se quedó ahí derrengado! ¡entonces fue la mía! ¡me le monté encima! ahí, ¡sobre su enorme cuerpo! ¡lo pisé! ¡lo pisoteé! ¡le pegué un buen guantazo!... ¡con toda la intención!

Estábamos como cubas, hay que reconocerlo... ¡Peor aún!... ¡Hervíamos!... ¡Fulminábamos!... ¡Lo que habíamos bebido no podía surtir, desde luego, efectos semejantes!... ¡No existía una cosa así!... Yo aún conservaba, de todos modos, el sentido común... ¡Eran los cigarrillos del veneno! ¡Eso! ¡los cigarrillos! lo había dicho yo, nada más verlos... ¡Iba a abrirles a todos la garganta!... ¡Lo primero! ¡pero es que a todos! ¡Eso estaba claro!... ¡lo sentía!... ¡para hacer salir sus mentiras!... ¡todas sus mentiras!... ¡a esos gachós!... ¡Iba a salvarlos a su pesar!... ¡Ya veía una gran escena de batalla!... ¡Era una visión!... ¡una película!... ¡Ah! ¡no iba a ser cosa corriente!... ¡en la obscuridad, por sobre la tragedia!... ¡Había un dragón que se los jalaba a todos!... les arrancaba a todos el trasero... los mondongos... el hígado... ¡Lo veía yo todo!... ¡ah! ¡pobres andobas! ¡cómo chorreaban, sangraban! ¡me saltaba en el ojo! ¡les arrancaba las posaderas! ¡Ah! ¡huy, huy!... ¡un cacho soltando jugo!... ¡Tenía piños como sables, aquel dragón!... ¡una mala leche!... Penetraba en la carne... hacía *chuic*... ¡todas las veces!... La sangre saltaba por doquier... ¡salpicaba!... ¡Yo también iba a coger fuerzas!... ¡Iba a fumarles todo su tabaco!... ¡Eso!... ¡Eso! ¡El gran milagro!... Se lo cogí a Delphine del bolso... ¡uno, dos, tres, cuatro cigarrillos!... de esos viscosos... ¡un momentito!... ¡Iban a ver cómo me los fumaba yo!... ¡Nada de cuentos, vamos!... ¡otro más y después dos!... ¡y luego doce!... ¡me los fumé así, los nueve juntos!... ¡ahí, de una vez!... Me llené la mui... ¡todos a la vez!... ¡Como el Quico!... ¡Los encendí, los nueve, en la lámpara!... ¡Bizqueé con ganas!... ¡De pronto vi las cosas!... ¡los fenómenos en el interior!... ¡En el fondo de la bola!... ¡Ah! ¡qué razón tenía!... ¡el jodío viejo Aborto! ¡Me fascinó!... ¡Era mi cabeza que daba vueltas!... ¡Y Boro, su jeta, que me llamaba!... ¡Me buscaba, el mierda! Venía del fondo de la tienda, así, titubeando... a ciegas, de un mueble a otro...

«¡Te veo!»... ¡me gritó!... «¡Te veo bien!... ¡Te veo, Coñón!... ¡No es mal trabajo, eh, mamón! ¡Ven, monín! ¡Ven, que te lo voy a contar!...»

Me cogió de la oreja... Me susurró... ¡Tenía una idea! ¡Ah! pero ¡yo tenía el sable en la mano! ¡Estaba armado cosa terrible! ¡Por eso se me juntaba ahora!... ¡Iba a haber leña!... ¡En la mano izquierda sostenía mi sable!... ¡mi mano izquierda, tan potente y fuerte!... ¡Invencible! ¡Le iba yo a cortar las ventanas de la nariz, a ese patán!... ¡No me gustan los julandras!... ¿Y si le cortara las partes?... ¡ah, sería fenomenal! ¡lo pensé!... ¡lo pensé!... pero ¿y si lo contaba todo?... ¡Ah! ¡me espanté!... ¡Palpité!... ¡ah! ¡el mosqueo! ¡la duda, la jindama!... ¡Era plasta, en el fondo, el Boro! ¡De la pestañí y con ganas toda su vida!... Era de la policía, ¡y se

acabó!... ¡Ah! ¡el presentimiento chungo! ¡Yo lo veía *policeman*! ¡lo veía doble!... ¡veía diez como él!... ¡con sus diez cascos a la vez! ¡Ah! ¡tenía gracia, de todos modos!... ¡Ya no lo mataría!... ¡Renuncié!... ¡El otro, el viejo, reclamaba otra vez!... ¡Berreaba! ¡Quería piano!... ¡Soñaba con un concierto!... ¡soñaba con el piano curioso! ¡La muñeca también!... ¡Insistían!... ¡Lloraban los dos!... Pero, Boro, ¡con otro cantar!... ¡La libra que le debían!... Se enzarzaron... ¡Lo que él quería era su parné!... ¡El Titus cedió!... ¡Estaba dispuesto a los grandes sacrificios! ¡No tenía fuerza!... ¡Cualquier cosa con tal de que le tocaran!... ¡le volviesen a tocar el piano curioso! ¡la magia! ¡el encanto!... ¡Una libra!... ¡dos, tres libras!... ¡diez!... ¡por *Jolly Dame Waltz*! ¡La locura de los acordes!... Estaba, en una palabra, bien dispuesto... En aquel momento estaba bajo Delphine, así, extasiado, relamiéndose, ella le endiñaba unos besos voraces... así, ¡a horcajadas!... De repente se desasíó, brutal... quería atraparme... ¡quería magrearme a mí también!... Pero se arrojó entre nosotros Boro... No quería que siguiera la cosa así... ¡Quería su parné y al instante!... ¡Quería sus veinte libras!... ¡Veinte libras exigía!... ¡Juraba!... ¡Soltaba por la boca! ¡Con rabia!

«¡Cacho guarro! ¡Veinte libras! ¿Me oyes?... ¡Veinte libras o te doy mulé!...»

El viejo no se ofendía... ¡al contrario!... le daba gusto, parecía... en seguida agarró su bolso... él, por lo general tan ladino... capaz de pelar a un piojo... se trajo el bolso hasta la panza, el morral enorme... ¡Lo abrió de par en par!... Metió la mano... ¡El hechizo hacía efecto!... ¡ah! ¡estaba claro!... ¡un milagro!... ¡Nos quedamos patidifusos al verlo!... Se mostró lo más amable del mundo... Ya podía toser, resoplar, ¡que no dejaba de sonreír! babeaba, carraspeaba, ¡escupía el asma! ¡esfuerzo enorme! Otro gran viaje... ¡uno terrible!... Y luego volcó todo su bolso... ahí, ¡*vlac*! ¡sobre la cama!... ¡*ding!* ¡*ding!* ¡*ding!*... ¡raudales de oro se vertieron!... por entre las pieles... ¡el cubrepíés!... ¡las alfombras!... ¡Unas cascadas!... ¡despepites!... ¡tintineos!... Cogí la mano de Boro y la metí así, con autoridad, en el diluvio centelleante y fresco... y después, ¡todas las monedas echaron a volar, de pronto, ahí! ¡ante nuestros ojos!... ¡toda la calderilla!... ¡remolineaba! ¡salpicaba! ¡Se derramaba!... ¡todo el mariposeo mágico! ¡por todo el cuarto!... ¡Vi cien, mil «luises»! ¡pequeños, grandes, «*soverings*»!...<sup>[135]</sup> ¡jamás había visto tanto parné!... ¡Parpadeaba en la atmósfera pero bien! ¡de lo más pimpante! ¡vivaracho! ¡voluble!... ¡iluminaba toda la tienda!... con oro y reflejos... ¡tintilleaba!...<sup>[136]</sup> ¡Me dejó espantado!... ¡Los otros se chingueaban de mí!... ¡Se cachondeaban!... ya es que balaban... ¡de verme ahí como un bobo!... El viejo volvió a abrir el bolso... Lo dejó abierto en el aire, ¡y todas las monedas se metieron revoloteando! ¡volvieron al agujero mayor!... ¡volvieron a afluir como los pajarillos a la jaula!... ¡Y después volvió a volcarlo todo! ¡Volvió a rodar por toda la mesa!... ¡el montón ahí de lo más centelleante!... ¡Era el momento de lavarse las manos!...

Nos lanzamos los tres hacia la pastizara, Boro, Delphine y yo...

¡Nos lavamos las manos con ganas en el tesoro!... es que era algo extraordinario,

vamos... ¡Una auténtica alucinación!... De pronto, ¡nos volvieron las ganas de fumar!... Y fue Delphine la que nos estimuló... ¡Ah! ¡no había que flaquear! ¡pese al mareo!... pues, ¡así son los prodigios! ¡La fuerza, hostias, del Tesoro!... ¡la felicidad en el aire!... ¡que veíamos claro!... ¡que no éramos cobardes!... ¡que íbamos a ganarnos las peores náuseas! ¡Que íbamos a echar hasta la primera papilla!... ¡Ahí estaban los últimos cigarrillos!... ¡Eran hierbas embriagadoras de verdad!... ¡El viejo no cesaba de reírse burlón!... Sacudía toda la tienda con sus risas... Sobre todo porque, además, se asfixiaba... se le pegaban los gargajos...

«¡Stop, chacal! Stop!», le gritó Boro.

¡Ah! ¡con la bronca arreciaba! ¡Qué gozo! ¡se retorcía! ¡se ahogaba de risa!... ¡Una risa loca e incontrolable!... ¡También nosotros reventábamos de risa otra vez! y unas caj-cajadas... ¡Hacíamos música de vientres con grandes gorgoteos! hacía eco en toda la quelí... Menudo el ruido que hacíamos ahora... La Delphine había empezado... ¡Daba una sed atroz fumar tales cigarrillos! ¡un ardor tan acre!... ¡Ya no quedaba nada de beber!... ¡Era terrible!... ¡Nos pusimos a contar todo el oro otra vez!... ¡Nos tronchábamos hasta desvanecernos con tan extraordinaria clase de risa como nos sacudía!

¡Nunca se había visto al Aborto exponer así en la mesa todo su oro! ¡todo su caudal!... ¡todo el dinero!... ¡y lanzaba carcajadas de júbilo! ¡Yo lo ayudaba a retener a esas traviesillas!... ¡Huy, huy, huy!... ¡eh, no!... ¡que no se dieran el piro! ¡no se largaran por la puerta!... ¡ah! ¡la hostia!... ¡ahí de par en par!... ¡tirintintán!... ¡perdiendo el culo!... ¡Nos lanzamos encima todos!... ¡Las apilamos!... ¡Las aplastamos todas!... ¡Así, a huevo sobre el montón!... ¡a huevo sobre la cama!... ¡boca abajo!... ¡Ahí los tres!... ¡en la gran piel!... así, ¡buenos amigos afables!... encantados, vamos, toqueteando la fortuna... revolcándonos sobre ella en la cama... retorciéndonos en el gran montón de oro. Boro fue el que se puso brutal... ¡él el primerito!... ¡Ah! ¡ya lo creo! ¡quiso comerse una moneda!... ¡tragársela entera!... ¡cruda!... ¡media guinea<sup>[137]</sup>! ¡Diez chelines! ¡Seis peniques! ¡y después diez!... ¡y después los quince de una vez!... a bocados, así, en toda la mui... El viejo le dijo unas palabritas... Entonces el Boro, ¡al instante rojo como un tomate y después verde de cólera!...

¡Ah! ¡ahí de inmediato!...

«¡Oye! ¡Claben!», lo atacó, «¡hale, venga! ¡tú también te las comes! ¡Guarro asqueroso! ¡Sinvergüenza! ¡cacho cabrón!...»

¡Así lo calificaba!...

«¡Ábreme la mui!...»

El viejo se tronchaba de tal modo, ¡que ya es que no podía defenderse!... Había vuelto a caer boca arriba así, con la boca abierta... Entonces Boro se puso a atiborrarlo... como con embudo... ¡le empujaba!... monedas a puñados... así, ¡a la fuerza!... ¡El viejo se lo tragaba todo! ¡Un segundo resoplaba!... ¡y *vlaúf!* ¡otra por el embudo!... ¡otro puñado!

«¡Hale, venga, papá! ¡hale, venga! ¡con sal y todo!...»

Así le hablaba.

¡Sin piedad!

Delphine le sostenía bien el cabezón, a su amorcito, mientras Boro se las metía por el embudo... ¡Le daba unos besos tremendos!... hacía *smack! smack! smack*<sup>[138]</sup>! en sus carrillazos... en su grasaza... ¡El viejo tenía un apetito enorme! Ya podía sofocarse, que quería más, ¡y más!... ¡y más!... quería tragárselo todo... ¡otra pequeña!... ¡otra!... ¡todas las monedas!... ¡todas las moneditas ahí, en la mesa!... ¡Todo el montón!... ¡no se hartaba!... ¡Lo masticaba todo! ¡Todo por el embudo!... ¡el muy tragón!

«¡Otra!... ¡Otra!...», reclamaba... Tenía la garganta llena... ¡presa de la risa loca! ... hacían ruidos por toda la panza... ¡le repicaban en el pantalón!... cuanto más repicaban, ¡más se cachondeaba!... ¡toda la panza le sonaba a oro!

«¡Otra más!... ¡Otra más!... ¡Amor!...»

Delphine lo animaba así... ¡que se tragara dos, tres más! Ya no quedaban en la mesa, de tanto jalárselas... en la cama tampoco... Volcamos el bolso... golpeamos el fondo... ¡Nada más!... ¡Pero es que nada! Se nos había zampado todo... ¡todo el oro! ... ¡Ah! ¡qué comilón, el barrigudo asqueroso!... ¡Y estaba alborozado, embelesado! ... ¡entre los ataques!... ¡Ya es que no podía controlar las carcajadas, el fenómeno!... ¡Y todas las tripas le repicaban!... ¡Todo el oro ahí dentro! ¡una quincalla!... ¡Tirintintán! ¡Tintán!... ¡Ah, se encontraba mucho mejor!... Se irguió... ¡Quería arreglarse, maquillarse!... ¡ponerse un poco más de carmín en los labios!... ¡arreglarse las pestañas!... ¡las cejas!... ¡Coqueto! ¡Coqueto!

«¡Quiero amarte, chaval, chulito! ¡salvaje!», me provocaba... Echaba chispas, babas, burbujas, gruñidos... Yo ya no podía moverme... Yo no era como él... ¡todo yo de plomo!... ¡La cabeza! ¡las piernas! ¡todo!... ¡Estaba *groggy*!... Me esforcé... ¡hi! ¡han!... caí rodando de la piltra... Él me agarró... me izó... me volvió a subir junto a ellos...

¡La Delphine estaba loca ahora!... me agarró la boca, ¡me chupó!... ¡La vampira! ... ¡Ah! eso sí que no, me repugnó, ¡me separé de un tirón!... ¡El salto supremo!... ¡Por el aire!... me zafé... ¡y salvado!... ¡Volví a caer sobre la carabina!... ¡la gran Winchester!... ¡la de «caza»!... ¡la empuñé!... ¡y ya no la solté!... ¡se me deshizo en las manos!... ¡así mismo!... ¡bien digo!... ¡se me deshizo!... la culata se extendió como masilla, me chorreó en los dedos... ¡melcocha!... ¡todo lo que yo tocaba se derretía!... y después, ¡todo giraba en torno al globo! como en el tiovivo... la lámpara de agua... ¡Vi cosas dentro! Vi guirnaldas... ¡vi flores!... ¡Vi junquillos! ¡Vi pájaros!... ¡un ruiseñor!... ¡Lo oí cantar!... Me di cuenta de que no era verdad... ¡Se lo dije a Boro!... ¡Me eructó!... ¡Estaba entre Delphine y el viejo!... ¡No dejaban las cochinas!... ¡ahí, en la gran piltra!... ¡Me asqueaban, como es natural!... ¡El otro se había jalado todo su peculio!... ¡no se asqueaba, ése!... ¡todas las monedas del bolso!... Estaba contento... ¡exultante!... saltaba sobre su grueso bul... ¡lanzaba

grititos de alegría!...

Boro se irritó, se enfadó... Veinticinco libras exigió al instante... Veinticinco libras en el acto... *twenty five!* ¡Menudo pitote, en seguida!... ¡sin chiquitas!... ¡Y se revolvió aún con una cólera!... ¡Ardiendo al minuto!... ¡Se parecía a mi padre!... los ojos le daban vueltas, se le desorbitaban, ¡lotos furiosos!... había que verlo.

«¡Mi libra!», gritó... «¡No, mis 25!... ¡No, 30!... ¡venga, leche!» ¡Cada vez quería más!...

Lo agarró de la hopalanda... del pañuelo... ¡lo agarrotó!...

«¿Vas a vomitarlo todo, cacho cabrón?...»

Delphine yacía boca arriba, gruñendo, reventada... Gemía ahí, echando las tripas... El viejo quería devolver también... Hacía unos esfuerzos horribles... ¡ladra!... Azotaba el aire con los brazos... Remaba... ¡Ya sólo se le veía el blanco de los ojos!... Quería con avaricia vomitar... ¡no podía!... ¡ni una monedita de oro! ... y eso que se convulsionaba, ¡vomitaba! pero ¡sólo baba!... sólo gluglús... ¡ni una sola moneda!... ¡*Ouuach!*... ¡*Ouuuach!*... Ya podía hacer esfuerzos.

«¡Reviéntale el vientre, anda!... Reviéntaselo», me decía Boro, furioso, ahí, indecente... «¡Reviéntaselo, que quiero recuperar mi dinero! ¡en seguida!... ¡Al ladrón!... ¡vacíalo!...»

Se dirigía a mí.

¡Buena idea!... ¡Magnífica!... ¡Ah! ¡me entusiasmó al instante!

¡Ah! pero ¿qué iba a decir Delphine?... ¡Ah! ¡tenía que despertarla en seguida!... ¡Ver la cara que pondría! ¡Le íbamos a abrir a su maromo!... ¡Hale! ¡me sacudí a la gachí!... la agarré de los pelos, ¡la zarandeeé!... ¡la levanté!... ¡No había manera! Gruñía, pero ¡no se despertaba! Entonces Boro montó a horcajadas al Aborto, ¡se lo montó sobre la panza a caballo!

¡Lo aplastó con todo su peso!... al tiempo que lo apretaba del gañote... ¡y cada vez más fuerte!... Se puso todo amarillo de pronto, el Aborto... con la lengua así, salida ahí... ya no respiraba, ¡eso seguro!... ¡No era sino un enorme cacho de cera amarilla con ojos!... ¡Ah! ¡hacía daño a la vista! ¡Yo ya es que no podía más!... ¡Lo dije en seguida!... No quería ver eso...

«¡Ven por aquí!», me dijo Boro... ¡encima me mandaba!... «¡Ven aquí, Coñón!... ¡Hay que aliviar a este pobre enfermo!... ¡Vas a ver!... ¡Le vamos a hacer un gran favor!...»

¡Ah! Ya era hora... ¡qué buena idea!... ¡Ah! ¡yo todo solícito!... ¡ahí al instante!

Conque lo agarramos de los calcos... ¡le aliviamos así toda la masa un poquito más!... ¡Oh! ¡aúpa!... ¡Pesaba!... ¡Pesaba!... ¡Pesaba mucho!... ¡cabeza abajo!... ¡peso de buey! ¡Oh! ¡aúpa! ¡arriba! ¡Ah! ¡un esfuerzo pero que muy arduo!... ¡Yo sudaba!... ¡regueros!... ¡me cerraban los ojos!... ¡Oh! ¡aúpa! ¡otro gran tirón!... ¡Oh! ¡aúpa!... ¡y *pflof!*... ¡soltamos!... ¡*Pfuff!* ¡sobre las baldosas su cráneo tan duro!... ¡que sacudió toda la tienda!... ¡Todo el local se estremeció con el choque!... el turbante se le escapó... ¡rodó!... ¡y vuelta a empezar! ¡Oh! ¡aúpa!... ¡una vez! ¡dos!

¡no había que rajarse!... ¡Al aire!... ¡y zas! ¡Bangg!... ¡con todo su peso!... ¡iba a vomitarlo, su parné!... ¡Nada! ¡Que no!... ¡No vomitaba! ¡Nada!... ¡Ni una sola moneda regurgitaba!... ¡Era pasmoso! ¡Nos dejó estupefactos a los dos!... ¡Nos volvió a poner rabiosos!... ¡No era bastante alto desde la piltra!... Había que levantarlo desde muchísimo más arriba! ¡de una altura enorme!

¡Ah! ¡Una idea!... ¡alzarlo por las esclavinas cabeza abajo!... ¡de la escalera de ahí arriba!... ¡Desde lo alto! ¡Aaa... aúpa! ¡todos los escalones!... ¡el piso! ¡un piso! ¡Aaa... aúpa! ¡y *plumb!* ¡allá va! ¡Ah! ¡menudo esfuerzo!... ¡valor! ¡Oh, ahí sí que sí! ¡duro ahí! ¡Allá iba! ¡*Vraúm!* ¡Lo que sonó! ¡*vraúm!* ¡su cabezón!... ¡sacudió todo el piso con el choque!... ¡no dio ni un grito!... ¡ni un mínimo suspiro!... ¡ni pío!... ¡Se desplomó! ¡Y listo!... ¡No podíamos dejarlo así!... Le saltamos sobre la barriga... ¡Volvimos a caerle encima!... ¡para ver si vomitaba!... ¡Qué leche!... ¡No dijo ni uf! ... ¡ni un mínimo hipo!... Nos inclinamos para mirarle la cara... le pusimos la lámpara de globo al lado... ¡una grieta tenía en la cabeza!... ¡Ah! ¡huy, huy!... un agujero justo ahí, entre los ojos... ¡Una raja!... cuajarones le chorreaban por toda la nariz... ¡No había dicho ni pío!... ¡Al canearse así la cabeza!... Boro puso unos ojos como platos... Estaba muy blanco ahí... como un pez... nos sorprendió, aun así... ¡No había dicho ni pío!... ¡No había vomitado ni una perra!... ¡ni un pequeño «*sovering*»!... ¡Ah! ¡qué bestia! ¡Era tenaz!...

«¡Ah! ¡hay que ver!», me dijo Boro... «¡Ah! ¡hay que ver qué cabezota! ¡Tiene huevos, oye!... ¡ni un hipo!...»

Lo miré... yo no comprendía... Y después me senté, ¡joder!... ¡Un esfuerzo que no era moco de pavo!... ¡Lo que pesaba!... ¡Las habíamos pasado canutas!... ¡No lo habría podido imaginar!... ¡Me había dejado atontado!... ¡Hasta el Boro había quedado deshecho!... ¡Y eso que era un coloso, eh!... ¡Ah! nos sentamos los dos... ¡Ah! nos quedamos agilipollados. Descansamos sobre las pieles... ¡sobre la cama de ese capullo! ¡a mimir, chavalín!... ¡eso! ¡exacto! ¡algo habíamos logrado!... Se lo dije a Boro.

¡La Delphine a lo suyo! ¡dormía! ¡Se había puesto a roncar otra vez! Estaba ahí, apretada contra el viejo... Yo cerré los ojos a ver si me quedaba dormido... Me tanteé... No fuera a estar soñando... ¡No, qué leche!... ¡no era un sueño!... ¡era bien real!

«¡Ah! ¡oye!...», dije a Boro... «me he quedado viendo visiones con la sesión...»

Él tampoco daba crédito a lo que había visto... Dije:

«¡Un auténtico arrebató de embriaguez, vamos!...»

Me refería al incidente...

No me respondió... estaba vomitando... Él estaba más enfermo que nadie.

«¡Es el alcohol, seguro!...», le comenté... «Tal vez también los cigarrillos...»

¡Ah! tenía la idea... y me aferré a ella... ¡Los cigarrillos!... ¡ya lo había dicho yo! ... ¡La culpa era de Delphine otra vez!... ¡vieja farsante!... Pero ¿y el otro ahí, por el suelo?... ¡el cráneo ahí!... ¡el agujero!... ¡Ah! ¡la madre de Dios!...

¡Intenté razonar un poco!...

«¡Oye!...», dije... «¡Curdela!... ¿No le has visto la jeró?»

Me respondió:

«Has sido tú, cenutrio», así, al instante... «¡Es cosa tuya y se acabó!...»

¡Me acusaba!

¡Ah! ¡Qué novedad!... ¡Estaba despertando! Acabó de vomitar... Ahora, ¡las quejas!...

«¡Ah!», le dije... «¿No te da vergüenza, cacho cabrón? ¿Es que no has sido tú el que lo ha caneado?... ¿No has sido tú el que lo has mandado a rebotar así, a huevo? ...»

Le indiqué...

«¡Has sido tú!... ¡has sido tú!», se obstinó... «¡Haberlo retenido en el aire!... ¡Tú eras el que lo sujetaba!...»

¡Había que ver!... ¡qué tunela!... ¡No salía de mi asombro ante tal falsedad! ¡la peor mala fe!... ¡ah! ¡qué maricón!

«¡Has sido tú!... ¡has sido tú!...», insistió.

«¡Oh!», le dije... «¡qué horror!... ¡A ver si no has sido tú el que le has hecho la brecha, eh!... ¿No le has visto la cabeza, al pobre, eh?...»

«¡La cabeza, al pobre!... ¡la cabeza, al pobre!... ¡Ah! ¡lo que hay que oír!... ¡la cabeza, al pobre!... hablarme así a mí...»

¡Estaba indignado ante mi insolencia!... Se volvió a sentar en el borde de la cama, no podía soportar mi cara dura, ¡estaba que reventaba de cólera!... Ya es que no podía decir ni una palabra, se asfixiaba, ¡se atragantaba de la rabia!... se contoneaba... se estremecía... La Delphine se despertó, estaba llorando... y no sabía por qué...

Nos miraba... los sollozos la estremecían... volví a la carga, ¡no había acabado la explicación!... ¡No me lo podía quitar de la cabeza!...

«Pero ¡si has sido tú, Boro!... ¡Tú y nadie más que tú!...»

Quería yo que se diera cuenta... ¡que no dijese más gilipolleces!

«Conque, ¿yo, eh?... ¿Yo, eh?», me repitió... así, atontado...

«Yo, ¿qué? ¡a ver!... Yo, ¿qué? ¡a ver!...»

No comprendía nada.

Fuera había ya un poquito de luz... empezaba... no se notaba por las persianas... borrosa... verdosa... y luego gris... No era un amanecer ordinario... me pareció... Era diferente a lo habitual...

«¡Ándate con ojo, bestia!...» Le avisé... ahí, ¡cara a cara!... «¡Ándate con ojo con las corrientes de aire!... ¿ves al viejo, ahí?... Lo han matado...» Así le hablé. ¡Me hacía gracia!... ¡Rigodondeando! ¡ahí tirolarirando! ¡que se cachondeara también él, el muy borde!

«¿Y la muñeca?... ¿no se mueve?...»

Estaba tendida... ¡llorando otra vez!... Le metí una patada en las costillas... ¡para

que se volviera a erguir!... Lanzó un gran alarido... Reaccionó, ¡y furiosa!... Tenía los ojos pegados... se restregó, se arrancó las legañas... en seguida, ¡los horrores!... Me escupió... me insultó... ¡Me llamó mierdero!... ¡Lo nunca visto!... ¡Ella, tan distinguida por lo general!... ¡había olvidado toda su educación!... ¡por una patadita de nada!

«*Little pirate!*», ¡le parecía yo!... «¡hiena!... ¡piratilla!... ¡peste!...»

¡Ah!... ¡qué cara más dura!... ¡Ah! ¡le respondí!...

«¡Guarra!», fui y le dije... «¡Asquerosa!... ¡Mira a tu maromo!...»

¡Ni siquiera lo había visto!... No había visto nada, la muy idiota... La agarré de la nuca, la forcé, ¡la hice bajar para que mirara! ¡Ahí, pegada!... ¡Ahí, con la nariz encima!...

«¿Qué te estaba diciendo?... ¡Ahí!... ¡mira!... ¡habla ahora!...»

Pero estaba demasiado oscuro en la quelí... no veía pero es que nada... Conque acerqué la lámpara al máximo... el globo de agua... ¡Ah, ahora sí!... ¡Lo veía bien! ... ah, veía todo... bamboleó la jeró... se quedó agilipollada, se quedó inmóvil...

«¡Ah!», dijo, «¡ah! ¡oh!», no se lo creía... así, pasmada, ahí... y después de pronto, ¡hale! «¡Ay!... ¡Ay!...», se puso a piarlas otra vez, ¡y qué gritos! ¡Se arrojó! ... se lanzó sobre el cuerpo... lo agarró... lo abrazó... lo cubrió de besos... ¡la boca! ¡los ojos! ¡se le había tumbado encima!... le besó la cabeza, la sangre... ¡se puso perdida!... y después, ¡nos atacó a los dos!

«*Murderers! Murderers!...*»<sup>[139]</sup>, nos llamaba, ¡y nos señalaba con el dedo así!... ¡nos contaba!... «*One!... Two!... One! two murderers!...* ¡Uno! ¡dos asesinos!...»

«¡Vete a la mierda, zorra!...»

A Boro lo ponía nervioso... «¡chsss! ¡chsss!», le dijo... ¡a ella la traía sin cuidado!... ¡estaba lanzada! ¡estaba en trance y se acabó!... ¡Menudo cómo atacaba! ...

«*Why murderers! don't you know me?... You don't know whom I am? ¿No sabéis quién soy?... Finish your job!...* ¡Asesinos!... ¡Acabad vuestra tarea!...»

Se ofrecía, así, ahí, de víctima... ¡ella también!... ¡la mártir! ¡la voluntaria! ¡Hale, venga! ¡en seguida!... ¡nos provocaba!... ¡nos desafiaba!...

«*One more to kill!...* ¡Otra a la que matar!... ¡aquí! ¡aquí!...» Nos mostraba sus pechitos... se desnudaba...

«*Finish your job! ¡Acabad vuestra tarea!...*»

Exaltada entonces... ¡jadeante!...

«*I am Marie Stuart! Yes! ¡Soy María Estuardo!... I am just arrived from France! ...»*

Nos lo anunció... Después se volvió a lanzar sobre el cuerpo, rezó... se recogió ante Claben... toda trémula... se alzó el velo muy arriba por sobre las plumas... el sombrero... nos descubrió bien el cuello... ¡nos lo ofreció!... por cortar... su frágil cuello...

«*Cut!... Cut!...*» Quería que la decapitáramos... Era su último suspiro... «*Cut!...*



Cut!...»

Nos lo ordenó... volvió a empezar...

«*I am Marie Stuart from France!...*»

¡El estribillo!... ¡la leche! ¡vale ya!... Boro se cachondeaba, el muy borde... ¡Ah! ¡Yo ya estaba harto, como es natural!... ¡Él no veía que fuera amanecía!... en fin, casi... Le indiqué.

«¡Mira!...», le dije... «¡Mira!...»

Volví a sentarme... estaba demasiado cansado... ¡y la otra puta que no cesaba!... ¡No podía matarlos a todos!... ¡Ah! ¡ya había demasiada luz!... ¡Había vuelto el yatagán!... Estaba sobre la mesa... ahí, ¡lo vi!... ¡Ahora iba a cogerlo!... ¡iba a hacerme con él!... ¡No!... Ya no valía la pena... ¡Ya estaba todo dicho!... Para empezar, ¡hacía frío!... se hacía de día... el frío... No se podía negar... Frío e inquieto... ¡Ahí el frío ya!... yo estaba temblando... ¡la de cosas que me pasaban por la cabeza!... en masa, de las de verdad... ¡no tonterías de borrachos!... ¡las cuestiones auténticas con el frío!... No todo va a ser revolcarse en la orgía, también tiene que terminar... ¡y después hay que salir del lío!... ¡No va a arreglarse solo!... ¡Acabas, de todos modos, dándote cuenta!... Vomité un poquito... Me alivié... ¡era el momento!... Boro también vomitó... ¡nos sentamos ahí razonables!... ¡basta de extravagancias!... ¡Intentamos reflexionar!... ¡Ahora hacía frío!... ¡Era casi de día!... ¡La Delphine nos interrumpió!... ¡Ah! ¡qué puta!... seguía dando alaridos... ¡lloriqueaba cada vez más fuerte!... Ya no era María Estuardo... Era el dolor de cabeza... ¡Como tenazas que le revolvieran la cabeza!...

«*What a headache!...* ¡qué dolor!... ¡qué dolor de cabeza!...», ¡me apostrofó!... «¿Me oye usted, franchute?... *Froggy? Froggy?...*»

¡A mí me insultaba como francés!... Después vuelta a empezar con sus remilgos... se puso a rezar otra vez... de rodillas ante el cuerpo... ¡a lágrima viva!... ¡se puso a suplicar otra vez que le cortáramos la cabeza!... ¡que le dolía demasiado la cabeza!... ¡había que ver cómo era!...

«*Go on, rascals!... Go on brutes!...*», nos suplicaba... «*There is Marie Stuart for you!... There is Marie Stuart! The poor little Queen!...* ¡La pobre reinécita!... ¡Adelante, bestias!»

¡Nos estaba tocando los cojones pero bien!... ¡Iba a haber que largarse, de todos modos! arreglar un poco el cuadro... ¡intentarlo al menos!... Yo ya estaba acostumbrado, ya había visto cuerpos, ¡y más sangrantes que ése!... ¡mucho más maltratados!... ¡Mucho peores los había visto yo! ¡sobre todo en Artois!...<sup>[140]</sup> bajo los morteros... pero ¡es que picadillo, vamos!... Yo estaba tranquilo en cierto modo, Boro era el más intranquilo...

«¿Tú crees que es él de verdad?...», volvió a preguntarme.

Algún escrúpulo.

Graciosa pregunta... por las dudas, ¡fue incluso a tocarlo otra vez! ¡lo toqueteó otra vez!... ¡Volvió a apoyarle en el vientre!...

«¡Oye!...», le decía... «¡Oye!...»

¡Quería hacerlo hablar otra vez!... Fue a recoger su turbante... Se lo colocó otra vez así, en la cabeza... Le costaba darse cuenta... No le parecía posible... Y eso que se le había pasado la borrachera... veía claro... Pero aún no se daba cuenta...

No se rendía ante la evidencia...

«¿Crees que es él de verdad?...»

¡Ah! ¡qué imbécil!

«¡Pues claro!», le dije, «¡claro que sí!... ¡Y tú eres el que le has abierto la cabeza! ...»

«¿Yo? ¿Yo?»

Me diqueló estupefacto.

«¡Ya lo creo!... ¡ah, no te quepa duda!... ¡ni la más mínima!»

¡No quería yo que le cupiese duda! Insistí entonces, joder, ¡era necesario!

«¡Ah! ¡oye, Delphine! ¡Escucha! ¡Escucha a éste!»

Ponía a Delphine por testigo, ¡ya empezaba a ponerse borde otra vez!... Pero Delphine ya no le escuchaba... seguía con la cabeza así, inclinada... el cuello inclinado sobre el cuerpo... se ofrecía... no quería otra cosa... quería que la decapitáramos... ¡a toda costa!

¡Ah! ¡el Boro ya es que no se contenía de cólera, de rabia contra mí!... ¡Hacía como que estaba abrumado, fuera de sí!...

«Pero ¡me cago en la hostia!... Pero ¡si es que es una vergüenza!...»

¡Ah! ¡el muy capullo quería quedarse conmigo!... ¡Se ponía farruco!...

«¿Quién ha caído de cabeza?...», ¡me volvió a preguntar, el carota!

«¡El viejo!» fui y le respondí... «¡El viejo!... ¡se ha caído de la escalera, él solito! ¡hale! ¿estás contento ya?... ¡Hale! ¿te basta eso?... Se ha arrojado él solo... ¿Tienes ya la explicación?... ¿Has comprendido?...»

Me eché a reír de pronto... ¡Hombre, qué hallazgo, la escalera!...

¿No lo arreglaba todo?

¡Ah! ¡estaba orgulloso de mí mismo!...

Me levanté... ¡quería ir a ver fuera!... ¡quería respirar el aire! Me volvían los vértigos... Me senté otra vez... Quería observar, de todos modos... Pero ¡me dolía demasiado la chola!... la herida en el oído que me zumbaba... sentía punzadas en el brazo... ¡las cogorzas! ¡las orgías! ¡los cigarrillos!... Reflexioné sobre lo que podría pasar... ¡Ya es que no comprendía, la verdad!... El viejo, ¡exacto!... ¡Ahí estaba!... ¡Se había abierto la cabeza pero bien!... ¡Eso estaba claro!... ¡Estaba ahí, desplomado, delante de nosotros!... ¡con todos sus bordados!... el turbante, las hopalandas... ¡todo ahí!...

«Entonces, ¡hay que sacarlo!...», se me ocurrió... «¡Hay que ir a buscar a la policía!...»

¡Una idea lo que se dice luminosa!...

«¡Qué leche!... ¡Déjalo ahí!... Vamos a ir a buscar a Cascade...»

Eso fue lo que me respondió. ¡Ah! ¡Claro, eso era más sensato!... Al instante convine... ¡le felicité incluso!... ¡A mí solo no se me había ocurrido!... ¡Y después solté un gran vómito!... ¡Era un alivio! pero no suficiente... Invité a Delphine a salir... también ella tenía náuseas... pero ya no quería salir en modo alguno... ya no quería tomar el aire.

¡No quería separarse nunca más del cuerpo!... ¡Había que ver cómo era!

«¡Hale, venga! ¡andando! ¡pichoncito!...»

Boro la cogió del moño, ¡y yup! ¡aúpa! ¡a levantarse!... No estábamos frescos como rosas precisamente, los tres... ¡Teníamos mala cara!... Yo titubeaba... ¡No era una cogorza corriente!... ¡Ah! ¡eso sí que lo tenía claro ahora!... Llegamos a la puerta por fin... Abrimos... La luz entró a raudales. ¡Me fulminó!... ahí, pero bien, ¡en el fondo de los ojos! ¡un golpe, que no veas! ¡Tuve que agarrarme!... ¡No sabía qué era!... ¡Volví a abrir!... ¡Era el parque!... ¡Ahí delante!... ¡Ahí!... ¡la escalinata! ... volví a aferrarme a la barandilla... ¡se estaba aclarando!... Velos que se disipaban... gris... malva... ante los ojos... el amanecer... ¿Qué hora era?... ¡No sonaba!... ¿Tal vez las cinco, las seis?... me pareció... Delphine gemía... que si seguía doliéndole... ¡que si no iba a poder moverse nunca más!... Hizo un esfuerzo, de todos modos... Ya estaba de pie... Ahora hacía melindres.

«*Gentlemen!*», nos dijo... «*Gentlemen*, ¡es un error!... ¡Son los vapores de la borrachera!... *Just a mistake!*...»

Se atusó otra vez el chapiri, las plumas, los mitones... volvió a sonreír... se divertía... «¡Ah! ¡qué error!... *What a mistake!*»... Mujer de mundo... burlona ahora... una simple broma... se burlaba de nosotros ahí, afligidos... corridos... le parecíamos graciosos, infantiles... Nos trataba como a granujillas...

«*Boys! Boys!*», nos llamaba, «*you drank too much!* Habéis bebido demasiado... *You'r sick!*... ¡Estáis enfermos!...»

¡Se plantó ahí delante de nosotros!... ¡Iba a azotarnos, a los pillos!... ¡iba a meternos en cintura!...

¡Ah! Entonces Boro me la cogió... ¡se me la llevó! ¡allá al fondo!... ¡La volvió a poner de rodillas en el suelo! ¡que viera bien! ¡que no nos diese el coñazo más! ¡que viera bien el fiambre! ¡que no soñase más!...

«¡Mira!... ¡Mira!», le dijo... «¿No es él, ése, a ver?... ¿No es él?»

Ella rezongaba... gruñía... no comprendía nada... y después, ¡se puso otra vez a gritar de pronto!...

«¡Es ese hombre!... Pero ¡si es ese hombre!...», vociferó... «¡Es él!... ¡Es el demonio!... *The devil!*... *Damned we are all!* ¡Todos perdidos! *Gentlemen!*...»

Vuelta a empezar con otro pitote...

Volvió a lanzarse hacia la escalinata... Lo gritaba por el parque... ¡a los árboles! ... ¡al aire!... ¡a los ecos!... Boro la volvió a agarrar... Se la llevó adentro... Ella se tiró otra vez sobre el fiambre... ¡se puso a besarlo otra vez!...

«*Darling! Darling!*», ¡en plena boca!... en la herida... alrededor... le chupaba la

raja... ¡se puso perdida de sangre!...

Boro la volvió a separar...

«¡Vete a lavarte!», le dijo... «¡Vete a lavarte!... *Go wash!*... ¡hostias!...»

La empujó hasta debajo del grifo... él lo hizo todo... la mojó.

«¡Hale, venga! ¡que me tienes harto!... ¡Venga ya!...»

La tuvo sujeta así... ¡bajo la pañí!... Ella vociferaba... protestaba...

«*But I am Lady Macbeth!*... Pero ¡si soy lady Macbeth! *Never! Never!* ¡Nunca volveré a estar limpia! ¡nunca más! *Never more!*...»<sup>[141]</sup> Ella forcejeaba... pero ¡él no la soltó!

Ahora había que ver qué decidíamos... ¿Nos marchábamos?... ¿O no?... ¡Ah! ¡intenté reflexionar!... ¡Quería decir mi opinión yo también! ¡No dije nada!... Era el sueño, los ojos me dolían demasiado... primero dormir... ¡No habría podido decir nada a derechas!... ¡Ah! ¡era una pena, de todos modos!... Me forcé... Miré un poco afuera... ahí, en la escalinata... Vi los árboles trepando en el parque... los vi crecer a simple vista... ¡ahí delante!... justo ante mi vista... ¡ramas y ramas!... ¡venga subir! ¡y subir!... ¡a unas alturas demenciales!... y después se volvían muy pequeños... árboles pequeñísimos, ramitas diminutas, se arrugaban hasta un grado minúsculo... ¡me entraban en el bolsillo! ¡árboles enteros!... ¡No lo podía creer! ¡No!... ¡No lo creía! ¡Ah! ¡no me dejaba engañar! ¡Era puro vértigo! ¡espejismo! Pero ¡veía que se movían! ¡Ah! ¡eso seguro! ¡ya lo creo! ¡subían muy arriba!... ¡Era el humo lo que veía aún!... ¡hasta el Observatorio allí arriba<sup>[142]</sup>! en plena vegetación... ¡Me tocaban los cojones todas esas cimas moviéndose!

¡Ah! pero Boro nos dirigía... ¡Ah! profirió: «¡Adelante!...»

Ya estábamos fuera, al viento fresquito... Boro nos arrastraba... No fuimos lejos... Hasta el banco... «¡Achupé! ¡Achupé!», justo delante del césped... delante del bancal de los heliotropos... lo recuerdo bien... ¡es como si los viera aún!... ¡al otro lado estaba el agua! ¡la ribera!... y, más allá aún, Poplar... el frente de las casas grises... las gabarras ancladas.

Estábamos sentados ahí los tres... en el banco... sin saber qué pensar... ¡a saber! ... Delphine estaba entre nosotros dos... temía que nos largáramos...

«¿Qué dices tú?... ¿eh, chorra?»

Yo no decía nada.

«¡Escucha!... ¡Escucha!...», le dije...

Estaban dando las seis en Londres... ¡ah! era verdad... ¡las seis en punto!... ¡Tenía yo razón!... ¡*Braúm!* ¡*Braúm!*... así, ¡con una fuerza sobre los *wharfs!*... ¡desde muy lejos, allá!...

«¡Ah! ¡caramba!... ¡Ah! ¡qué caramba!...»

¡No se me ocurría otra cosa!...

«Entonces, ¿no sabes nada, cacho cabrón?... ¿No sabes nada?...»

¡Insistía en que yo supiera!... Pero ¡yo no sabía nada, joder!... ¡Lo que me gustaba mucho eran los *Braúm!*... me impresiona... me da nostalgia... el sonido de

las campanas... sobre todo así, ya pasmado, ya poco católico... ¡La tipotietisitía<sup>[143]</sup>, vamos! ¡la tipotietisitía! ¡Soy sensible! ¡vibro!... ¡Él no podía entender, el muy tarugo!... ¡Chorra asqueroso, guarro!

«¡Cómo bogan!...» le dije, «¡Cómo bogan!... ¡Bogan! ¿no oyes?... ¡Escucha, anda, maleducado!... ¡Cernícalo! ¡Asesino!...»

Así, ¡pfloc! en los dientes, ¡ploff! ¡Me vino a la boca!...

¡Peor para él!

«¿Cómo?», resolló... «¿Co? ¿Cómo, canalla? ¡Espera un momento!...»

Iba a saltarme al cuello... Pero dio marcha atrás... Se quedó tranquilo...

«¡Joder!...», gruñó... «¡Joder!...», refunfuñó...

«¡A ti te la trae floja, cabronazo!...»

¡No me la traía floja! Tenía frío, ¡nada más!... ¡eso y nada más!... ¡Estaba tiritando!... La Delphine también... ¿Tenía calor él?... Movíamos el banco, los dos, Delphine y yo... Íbamos a volcarlo, de tanto tembleque... Pasó gente por allí... madrugadores... descargadores de la dársena de enfrente... Nos diquelaron... Se preguntaban qué pasaba... por qué nos abroncábamos así... qué cojones hacíamos ahí... No debíamos hablar tan fuerte... Pero quien las piaba era él, ¡no yo!... ¡Era un maleducado!... ¡su voz repercutía en el parque!... su acento búlgaro...

«Entonces, ¿qué, capullo? ¿te la trae floja?... ¡Así me hablaba!... ¿Me dejas eso ahí?...»

«¡No! ¡No me la trae floja!...»

«¿Es que no has sido tú acaso?...»

¡Ya empezábamos! ¡Volvía a la carga!... ¡Y dale otra vez!... ¡qué cabezón! ¡la leche!

«¿Es que no lo has zarandeado tú?... ¡Di que no, anda! ¿Acaso era yo el que estaba borracho?»

¡Qué hiel! ¡Me dejó pasmado! ¡Aún se atrevía!

«¡Un sueño!... ¡Un sueño!...», fui y le respondí.

¡Ah! ya no podía contenerse... ¡Echaba espuma!... ¡Qué comedia!... Se levantó del banco para abroncarme... ¡para hacerme más impresión! ¡Ah! ¡cómo se equivocaba! ¡Nos hizo reír!... ¡más aspavientos!... ¡exclamaciones!... ¡cómo gesticulaba, el gordinflón!... ahí, de pie ante nosotros... ¡Quería a toda costa que yo confesara! ¡Saltaba y brincaba en la hierba!... ¡de asombro! ¡de furia!...

«¡Anda ya! ¡cacho cabrón! ¡Un sueño! ¡Un sueño!...» ¡fui y le grité!... ¡Yo no me inmutaba!... ¡Quería ver hasta dónde saltaría!...

«¡Nos estás calentando, gordinflón!... Pero ¡mejor sería un cafelito!...»

¡Así mismo se lo espeté!...

¡Ah! ¡Yo no me inmutaba lo más mínimo!... ¡Me calmaba, a mí, verlo fuera de sí!...

¡Ah! ¡menudo! ¡ah! ¡no veas! ¡qué gritos!... ¡el desatado! ¡el histérico!... ¡peor que Delphine casi! Ahora ella se reía también... ¡se ofrecía de espectáculo!...

¡berreaba!... ¡se carcajeaba!... ¡armaba escándalo!... ¡y dale con que confesara yo! ... ¡ahora los dos emperrados! ¡ella así, en pleno despiporre, y él hecho una furia! ¡porque me quedara así, indiferente!... ¡que me chunguease tan campante!

¡Por mí podía diñarla de rabia!... ¡Yo ya sólo quería moverme por el cafelito!... ¡El cafelito bien caliente! ¡y la copichuela! No íbamos a movernos, ni Delphine ni yo... Estaba decidido... ¡nos abrazamos!... tiritamos juntos... ¡y nos reímos!... ¡Él se puso a insultarnos otra vez!... la gente hacía corro en torno a nosotros...

«¡Hale, venga!», decidí... «¡en marcha!...»

Se estaba poniendo la cosa imbécil.

«¿En marcha hacia dónde?...», preguntó...

«Pues, ¡a ver a Cascade! ¿no te acuerdas?... ¡tú lo has dicho!»

Cierto, era idea suya...

«Y entonces, ¿el viejo? ¿lo dejas así?... ¿te es igual?... ¿la puerta abierta?...»

Pensaba en todo.

¡Era verdad que no habíamos cerrado!... ¡que habíamos dejado todo plantado!... ¡Ah! ¡mal asunto! ¡qué juerga!... La veíamos, la puerta abierta, desde nuestro banco la veíamos bien... ¡Había que volver a cerrar esa puerta!... ¡Lo menos que podíamos hacer!...

«¡Bien! y después, ¿qué vas a hacer?...»

Ví que tenía un plan...

«¡Vamos a bajarlo!...»

«¿Adónde?»

«¡Al sótano!»

«¿Y después?...»

«Volveremos esta noche con los colegas...»

«¡Bueno, hombre!», ¡le dije!... «¡no es mala idea!»...»

Cierto, no era ninguna tontería... en el sótano estaba mejor...

«Entonces, ¿quieres que te ayude?...»

«¡Ya lo creo!...»

¡Bueno! hice un esfuerzo... me levanté... no debería haberlo hecho... otra vez las mismas ganas de vomitar... de dormir también... volvía a sentirme presa del torpor...

«¡Hale! ¡aúpa! ¡andando!...»

Me metía prisa.

Otra vez en pie... Volví a coger del brazo a Delphine... ya estábamos ante la casa de nuevo... la puerta abierta de par en par... exacto... la tienda tal cual... Entramos... nada había cambiado... Resultaba extraño, de todos modos... No estábamos borrachos... Avanzamos por el almacén... El cuerpo estaba ahí, en el suelo... ahí, ya lo creo, boca abajo... con las hopalandas... las sederías... la alfombra empapada, un charco, el turbante calado...

«¡Hale, venga!», me zarandeó... «¡anda!... tú cógelo de la esclavina... ¡tú,

Delphine, los pies!... ¡Hale, aúpa! ¡Oh! ¡aúpa!»

¡Pesaba algo increíble! ¡Más aún que en la escalera!... ¡Pesaba al menos cien! Era plomo, pero blando... Rodaba por todos los ángulos... No había quien lo sujetara... todo él enormes michelines fofos... Lo bajamos entre los tres... la escalera del sótano... por suerte estaba abierta la trampilla... lo hicimos resbalar despacito... por la ancha escalera... el corredor del sótano lleno de arena... Ahí lo dejamos... ¡lo que pesaba!... Lo dejamos así... en el centro del sótano, de la arena... ¡estaba más oscuro! ¡sólo la lámpara de agua para toda la maniobra!...

Era grande, el sótano... una gran bóveda... ahora, ¡que una leonera! ¡mucho peor aún que la tienda! un caos... ¡El trastero de la chamarilería! ¡toneladas, montones de detritos!... ¡carretadas de todo!

«¡Ah! ¡lo dejamos aquí! ¡Joder, ya está bien!...»

Me senté, respiré, me había dejado derrengado... ahí, en un escalón... en la bajada... a obscuras... descansé. Delphine, por su parte, en plena arena.

«¡Ah! ¡listo, chicos!», comenté... «¡Listo!...»

Conque íbamos a subir... Lo cuento todo exactamente.

«¡Eh!», se me dirigió Boro así, de súbito, me agarró del brazo como si oyera ruido... algo allí arriba, en la tienda. Escuché, no oí nada...

«¡Chsss!», nos ordenó... «No os mováis, voy a ver qué es... ¡Hay gente!...»

Subió, nos dejó solos y plantados así... No me hacía gracia... ¡con los restos mortales!... Dicho y hecho... ¡Subió!... ¡Y volvió a cerrar la gran trampilla sobre nosotros! en plena obscuridad... ¡Ah! ¡eso pasaba de castaño oscuro!... ¡Ah! ¡Yo no comprendía! ¡Ah! ¡nos encerró!

«¡Eh! ¡eh!...», le llamé... ¡Hostia! ¡qué jadeo!... No respondió... ¡Ni palabra!... Lo oí caminar, remover muebles, transportar cachivaches sobre nuestras cabezas, ahí, sobre la trampilla... ¡Ah! ¡esa vez berreé!...

«¡Boro! ¡Boro! ¿Qué cojones haces?...»

Seguía transbaulando... volcando... todo un tinglado así, sobre la trampilla... ¡Ah! ¡nos estaba encerrando!... Yo no oía a nadie con él... ¡estaba solo en la tienda! ... ¡Ah! ¡ya estaba!... ¡la sospecha!... ¡qué leche! ¡estaba seguro!... ¡Ah! ¡ya lo creo! ¡nos estaba encerrando!... ¡Nos enchironaba!...

¡Me aferré a los escalones!... ¡golpeé en los batientes!...

«¡Boro!...», grité, «¡Boro!... ¡abre!...»

¡Anda y que te den por el culo!... Hice esfuerzos... me afiancé contra la pared... ¡Estaba sellado! ¡Hostias! ¿Qué habría puesto?... ¡el puñetero traidor!... ¡Toda la tienda!... Volví a hacer fuerza... Empujé... ¡A... aúpa!... ¡qué asqueroso!... ¡cedía! ... justo una grieta... vi el almacén... ¡un centelleo!... apoyé la espalda mejor... la tenía fuerte... ¡A... aúpa! ¡Oh! ¡aúpa!... ¡ya estaba!... ¡ya lo tenía! ¡lo había empujado!... ¡tenía una grieta!... En ese momento, ¡pflor!... ¡en toda la jeta!... una hostia... ¡en toda la jeró! ¡pflam!... ¡me quedé turulato!... ¡me caí!... ¡de culo!... ¡de la grieta! ¡solté todo!... ¡la trampilla chalada!... ¡volvió a caer! ¡un hostión! ¡Era el

bandido ese!... ¡*Brruum!*... ¡Un trueno que estalló en la oscuridad!... ¡ahí, en pleno sótano!... ¡al mismo tiempo!... ¡en plena trastería!... ¡Ah! ¡cosa de magia!... ¡en toda la jeta!... Me desplomé bajo los escombros... ¡él era el que había arrojado el chisme! Maldito perro... ¡una explosión tremenda!... ¡Otra vez él!... ¡Eso es!... como en el *Dingby*... ¡Ya me lo temía yo!... ¡Debería haber sospechado!... ¡di vueltas entre los cascotes!... ¡así, en la oscuridad!... ¡Me vi lanzado! ¡a paseo! ¡aplastado! todos los trastos, los tablones, ¡me cayeron en la jera!... Llamé a Delphine... «¡Delphine!»... ¡Me respondió!... Estaba hundida en la arena... gritaba... al menos, no estaba muerta... ¡le había caído todo sobre la cabeza!... bajo un montón de maderas... tanteé... no veía nada... ¡la cogí!... ¡la aferré!... de los botines... ¡tiré!... ¡la saqué!... Gritó... pero no era nada... estaba como en un cubo de arena... bajo un montón de trozos de cajas... ¡Arranqué toda la pesca!... ¡saqué todo!... todo eso en plena oscuridad...

«¡Ha sido una bomba!»... le expliqué... «¡Ha sido Boro!»...

Ella no comprendía... se asfixiaba... estaba lleno de humo acre... todo el sótano... pero no del cigarrillo... ¡humo de verdad! Venía del fondo, aspiré, ¡estaba ardiendo! ¡era un incendio!... vi pavesas... en el humo... Delphine entonces, ¡menudo cómo las pió!... ¡como si la estuviera matando!...

«¡Vale, Delphine! ¡No es nada!... ¡Ayúdame!», le grité... ¡que empujara conmigo así, la trampilla!...

«*I am blind!*...», me respondió... «¡Estoy ciega!...»

«¡Que no! ¡es el humo!... ¡el sótano!...»

Se horrorizó... ¡quería escapar! ¡arrojarse al fondo! ¡al fuego! la retuve... ¡la atrapé en los escalones!...

«¡Hale, venga! ¡puta!... ¡juntos!...»

Yo quería elevar la trampilla otra vez... ¡El último esfuerzo!...

«¡Empuja, cielo!... ¡Empuja!... *Push!*...»

Se elevaba un poquito... ¡volvía a caer! ¡se desplomaba!... *Braúm!* eran muebles apilados... ¡todos los cachivaches!... ¡No lo lográbamos! ¡Eran arcones!... ¡ya lo creo!... ¡aparadores de una tonelada!...

«*Push!*», ¡volví a la carga!...

«*But I do!*... Pero ¡si lo hago!»

Protestaba ella. Venía humo de la tienda... ¡otro humo!... ¡se metía por la abertura!... ¡humo por todos lados!... ¡en el agujero!... ¡en nuestro rincón! ¡de la sima del sótano! ¡del almacén!... Nos veíamos atrapados en las volutas... venía... ¡refluía!... ¡asfixiaba todo!... ¡Estaba echando el resto, la cotorra! ¡ahora con todas sus fuerzas! ¡Hale, aúpa, ahí! ¡no más mohínes! ¡aúpa! ¡contra el batiente!... ¡Ya no quería en absoluto morir!... ¡no más María Estuardo!... ¡no más jeremiadas!... Pero ¡no cedía, la hostia puta! ¡Oh! ¡aúpa! todo volvía a caer... ¡catástrofe! ¡la trampilla! ¡*Badabum!*... ¡pesaba demasiado!... ¡Hacía falta otra cosa!... ¡Yo no perdí la cabeza!... pese a que aspiraba, gruñía y rugía... No estaba despavorido... ¡la sangre fría!...



busqué algo duro... ¡ahí!... ¡un hierro!... algo... tanteé alrededor entre la chamarilería... en la oscuridad así, entre los cascotes, agarré un hierro, ¡un larguero! ... Lo atranqué en la trampa así, a tientas... los ojos me dolían atrocemente... del humo... lo atranqué en el batiente, ¡y yup!... ¡Aaa... aúpa! ¡los dos!... ¡colgamos! ¡colgamos!... ¡lo estábamos alzando!... ¡ah! ¡eso ya estaba mejor!... ¡Aaa... aúpa!... ¡eso! ¡así! ¡ya cedía! ¡se venía abajo! ¡todo!... ¡todo el tinglado!... ¡se volcaba! ¡cajas! ¡armarios!... todos los bártulos... ¡todo lo que había apilado sobre nosotros! ... ¡La trampa se bamboleaba, se abría! ¡Ya estaba!... ¡logrado!... ¡Arriba! ¡como para reventar! ¡Estaba ardiendo la tienda! ¡un humo, que no veas!... ¡toda la chamarilería! ¡todo el piso! ¡Zumbaba el fuego!... por toda la casa... las llamas lamían, corrían, gruñían... ¡Huy, huy, huy! ¡Madre mía!... Torrentes de llamas ahora... Estornudábamos... resoplábamos... nos asfixiábamos... ¡Era demasiado fuerte!... ¡Peor que en el agujero!...

«*Do something!*», me gritó Delphine... «¡Haga algo! ¡hombre de Dios!...»

¡Me cogió las manos!... ¡Se me aferró!

«¡No!... ¡No!... ¡conmigo! ¡hale, aúpa!...»

Teníamos que empujar aún el batiente... para poder salir... salir al aire libre... ¡tomar impulso!... ¡y aúpa! ¡afuera! ¡atravesar las llamas! ¡atravesarlo todo! ¡volcar los trastos!... ¡Hale! ¡y largo! ¡Nada de sobos!... Vi la puerta al fondo... la claridad ahí... el marco blanco... en el humo... ¡por ahí debíamos saltar!... ¡ah!... ¡a huevo en el blanco!

«¡Hale, Delphine! ¡atención!... ¡juntos! ¡ahí! ¡una! ¡dos! ¡y tres!... ¡atravesar todo!... ahí, ¡aúpa!... ¡aúpa!...» nos lanzamos... ¡Yo no había visto!

¡*Pfloc!* ¡caí! ¡me vi volteado! ¡levantado! ¡llevado! ¡dos manos! ¡diez manos me agarraron! ¡me atraparon!... ¡me sacaron!... ¡el bulto!... ¡Ah! ¡el humo!... ¡no se veía nada!... Pero ¡fuera! ¡Ahí fuera! ¡Los bomberos!... ¡la gente!... ¡Estaban por doquier!... ¡Estábamos fuera! ¡salvados!... ¡Era una multitud!... ¡Ah! ¡los bomberos! ... ¡Ah! ¡unas acrobacias! ¡con sus cascotes! ¡cobres! ¡escalas! ¡los chorros!... ¡saltaba, salpicaba! ¡rociaba todo! Nos volvieron a agarrar... ¡nos regaron!... ¡nos empaparon! ... ¡Yo no me había quemado!... ¡Delphine tampoco!... ¡No importaba!... ¡Nos ducharon igual!... ¡nos bañaron, nos sumergieron en la enorme cubeta!... Nos volvieron a sacar, nos zarandearon, nos frotaron, nos enrollaron en mantas... ¡La emoción!... ¡El salvamento!... Y después preguntas, palabras... ¡zalemas! ¡nos felicitaron! *Shake hands!*... ¡Los hurras por nuestro valor!... ¡abrazos! «*Hello! Hello!*»... ¡Nos habían visto atravesar las llamas!... ¡Algo magnífico!... ¡Ah! ¡el salvamento entusiasta! «*Marvellous! Superb! A! ta Boy*<sup>[144]</sup>! *What a jump!* ¡Qué salto!... *A! ta good girl!* ¡Bravo, Delphine!...» ¡Hablaban todos a la vez! ¡Y preguntas! ¡Vociferaban! «¡Claben!... ¡Claben!...» la multitud lo llamaba...

¡Querían saber dónde estaba Claben! ¡El viejo Claben!... ¿Qué había sido de él? ¡Sus clientes se sentían muy desgraciados!... ¡Ah! ¡qué inquietos estaban!... Llegaban hasta las llamas... ¡Volvían!... ¡Ahora ardían todas las plantas!

«¡Ahí dentro!», les mostré sin aliento... expirando de semejantes esfuerzos... «¡Ahí dentro está!... ¡Ahí dentro!... *There!... There!...*» Les mostré las llamas... el brasero gigante... Aquel horno que rugía, bramaba...

«¡Oh! ¡Oh!», dijeron todos.

Era demasiado horrible.

«¡Sí! estaba durmiendo en la tienda...»

Repetí, mascullé así... yo lo decía muy convencido... tenía que parecer seguro... ¡absolutamente!... Claro está...

«¿Lo ha visto usted?...»

«¡Oh! ¡ahí, sí!... *Yes! Yes!...*»

Sin la menor duda... Así no habría error... ¡Era cosa hecha!...

La casa crepitaba cosa mala... ¡de arriba abajo!... los bomberos ya no podían ir hasta ella... ¡acercarse siquiera a cien metros!... era una pura antorcha... una antorcha loca, enorme... las llamas salían por todas las ventanas... cada vez se amontonaba más gente... de todos los barrios debían de venir... conque había un cotorreo terrible, además del crepitar de las llamas... en torno al brasero gigante... debían de haberlo distinguido de muy lejos... ¡de más lejos que el diablo!... ¡Habían acudido en multitud!... ¡tormenta de charlatanes!... Los salvadores de la Orden de San Juan, con sus sombreritos grises nos atendieron muy bien<sup>[145]</sup>... ¡a Delphine y a mí!... con especial consideración... ¡sus héroes supervivientes!... Nos animaron, atiborraron, mimaron... galletas... coñac... ¡café caliente!... ¡ah! ¡por fin el cafelito! ... Dije a Delphine:

«*Coffi!*»

En seguida estaba atusándose el chapiri, ¡la muy coqueta!... Su vestido de falla estaba chamuscado... Con eso queda claro el peligro que habíamos pasado... había perdido los mitones... Veíamos arder la casa... la casa Claben... ¡Ya no podía pensar en otra cosa!...

Nada te fascina como las llamas, sobre todo así, volanderas, disparadas, danzarinas en el cielo... Te quedas embobado... hechizado... ¡con las formas que adoptan!... así, atontadito ahí, como un lelo... sentado en la hierba... Delphine también ahí, a mi lado.

Alguien me asió... me zarandé, ¡hostias!, me agarró, ¡me estrechó contra su cuerpo!... ¡Ah! ¿qué era eso?

«¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...»

¡Yo creía que eran ellos otra vez! ¡los bomberos!... ¡que iban a ponernos perdidos de agua otra vez! ¡que volvían a empezar con su salvamento! ¡Ah! ¡qué horror! ¡grité! ¡vociferé! pero ¡no eran ellos! ¡miré! ¡no eran los bomberos! ¡era el propio Boro, el cabrón! ¡entregado a las efusiones así, súbitas! ¡ah! ¡qué maricón! ¡a los abrazos! ¡las lagrimitas!

«¡Ah! ¡hijo mío!... ¡Ah! ¡hijo mío!...»

Y nos abrazaba... ¡nos besaba!... ¡Ah! ¡qué buena persona! ¡qué contento estaba

de volver a vernos!...

«¿No os habéis quemado, los dos?...»

¡Ah! No cabía en sí de emoción... ¡lanzaba grititos de alegría!... lloraba... ¡gañía a nuestro alrededor!...

«¡Oh! ¡hijos míos!... ¡Oh! ¡hijos míos!...»

¡Era una escena que te conmovía!...

«¿Estáis sanos y salvos, hijos míos?...»

La gente se precipitó... todos querían abrazarnos...

La efusión unánime... ¿Qué podía yo decir?... Yo también lo abracé... ¡abracé a todos!... ¡abracé a un bombero! ¡a un Saint-John!...

«¡Oh! ¡hijos míos!... ¡Oh! ¡hijos míos!...»

Pero no nos dejaba reflexionar...

«¡Volvamos a casa!... ¡Aprisa!...»

«¿A qué casa?...»

Ya no sabíamos...

Cogió a Delphine del brazo... allá que se iban ya juntos... yo iba a seguir... iba a seguirlos... Volví a mirar la casa... las llamas, ¡cómo subían! ¡se arremolinaban! trepaban... ¡un vals ahí arriba!... los penachos amarillos... ¡rojos!... ¡Ah! ¡menudo horno!... ¡no iba a quedarme ahí! ¡volvería a quemarme!... me moví... me forcé... los alcancé... ¡Ah! ¡ahora cara a cara, los dos, amigo mío! Nada más pasar el quiosco, ¡lo atacué!...

«¡Oye tú, cacho asqueroso!... ¡oye tú, capullo!...»

No respondió... salió pitando...

¡Ah! ¡había que ver qué rostro!...

Cogió del brazo a Delphine, ¡y hale! ¡perdiendo el culo!... ¡a cien por hora! ¡Ella pidió un segundito!... ¡no podía más!... ¡una punzada en el costado!... ¡y, además, el zapato!... ¡el tacón se le torcía! ¡qué leche! ¡qué leche!... ¡no la dejó!... ¡Al trote!... ¡Al trote! estaba cojitranca... «¡Hale, venga!», la pellizcó... ¡menudo grito!... La gente nos miraba... ¡toda la acera!... Habíamos llegado en seguida... a la estación, la entrada *Stepham*<sup>[146]</sup>... se metieron... el «*Tub*»... me llegué corriendo... él cogió los billetes... ¡Vaya, por fin! ¡sentadito me quedé! ¡uf! el compartimento... había traqueteo... Le pregunté adónde íbamos.

«Pues, ¡a casa de Cascade! ¡De sobra lo sabes!...»

Le molestaba que le preguntara...

Pasamos una estación... dos... tres...

Cascade, no me hacía gracia... yo no quería... ¡ya estaba harto!... no quería verme arrastrado así, de un lado para otro, joder... y, además, ¡qué asco!... ¡era horroroso!... Pese a estar así, enfermo, molido, rilado, baldado y tal... ¡Qué leche! ¡No iría con ellos!... ¡no los seguiría!... ¡Al muy asqueroso! ¡y a la otra, la Mitones! ¡Que se largaran, pues!... ¡Ya estaba yo harto de sus falsedades!... ¡y de Cascade también!... de pronto, me dio, ¡me inflamó! ¡Ah! ¡qué gilipollas estaba yo hecho! ¡no

quería volver a verlos en mi vida! ¡Ah! ¡tendría fuerzas, qué hostia!... ¡ni a unos ni a otros! Se bamboleaban la tira aquellos vagoncitos... Bruscos... nerviosos... Pasamos una estación... pronto llegaríamos a *Clapenham*...

«¿No estarás enfadado?», me preguntó él...

«¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no estoy enfadado!...»

Muy amable por su parte...

«¡Espera!...», me dije... «¡a la próxima!... ¡Ya verás cómo me voy a guillar!... ¡Adiós muy buenas!... ¡Que os vaya bien!... ¡amiguitos!...»

*Clapenham*! ¡eso es!... ¡Era el momento!... ¡Silbato!... ¡la puerta! ¡Justo cuando se cerraba! ¡Me lancé! ¡una rendija!... ¡zas!... ¡Listo!... ¡Tacatá! ¡al andén!... ¡justito! ¡un tío! ¡Hurra! ¡Bravo, chaval! ¡El tren volvió a partir!... ¡Oh! ¡las jetas que pusieron!... ¡Me vieron! ¡No me había hecho daño!... ¡una potra! ¡un saltito! ¡zas! ¡con mi penca!

«¡Con Dios!... ¡Con Dios!...», les grité...

¡Así! ¡listo! Ahora, ¡a descansar!

Primero, ¡achupé, achupé! un momentito... Tenía que ver dónde estaba... en las estaciones es fácil.

Ya estaba, pues, libre... anduve por ahí, así, dos... tres días... Dormí aquí y allá... Fui a los cines... No me dejé ver demasiado... Evité los barrios del centro... ¡Eludí los encuentros desagradables! Tuve cuidado con mis recursos... aun así, se agotaban... Cuando me quedaban tal vez dos o tres chelines, me dije: hay que quedarse en las estaciones... Están calentitas, se duerme bien, se espera...

No tenía ideas firmes... no me decidía... Elegí Waterloo... La que tiene la sala de espera más bella... La más acolchada, eso seguro... Conocía un banco sobre todo, al otro lado de las estufas, más discreto imposible... detrás de la salida... desde donde se veía pasar a todo el mundo... toda la afluencia... todas las grandes líneas... Un torrente en aquella época... todos los efectivos... un río continuo de sorchis... ¡caqui!... ¡y más caqui!... en la puerta automática, a esperar... ¡enjambres de putiplistas, entonces!... ¡se cruzaban allí dentro!... ¡No veas!... De acá para allá... ¡tacones como agujas!... ¡boas! ¡medias amarillas!... ¡medias rojas!... ¡medias malva!... las modas de la época... al ataque... ¡a la caza ardiente!... ¡día y noche!... ¡se llevaban a quilar a Tommy! ¡Atkins! ¡Mohamed Jouglou! ¡Gorgovitch! ¡todos los que pasaban! ¡soldados de juerga! ¡los dominios! ¡la metrópoli! ¡los queridos aliados! ¡a toda velocidad!... echaban el palete a menos de cien metros... en el callejón de la izquierda, en el primero... «Tudor Commons»... No debería haberme sentado allí... ¡No era prudente, la verdad!... Pero ¡es que me aburría mucho!... Era mi excusa... No conocía a nadie... Me adormilé un poquito... en el rincón acolchado... Dormí bastante incluso... De repente... me zarandearon... me agitaron...

«¡Eres tú!... ¡Ah! ¡eres tú, cabeza loca!»

Me sobresalté, me erguí...

«¡Ah! ¿Eres tú, Finette?... ¡Ah! ¡qué bien!...»

«¿Qué leche haces aquí?...», me preguntó... «¡Todo el mundo pregunta por ti en el *Leicester!*»

Preferí no responderle gran cosa... me mantuve en guardia... farfullé... que había ido a dar un garbeito... Ella me dio noticias... que si había vuelto la normalidad en el «*Boarding*»... que si se habían acabado las disputas... que si todo el mundo estaba reconciliado... habían vuelto a hacer las paces por un tiempo... Que si Cascade había vuelto a admitir a todas sus mujeres... que si la Joconde había regresado, curada, del «*London*»... con el culo hecho papilla... había vuelto a bajar a la cocina... que si Angèle había recuperado a su ingrato... que si ahora era ella la que hacía entrar en vereda a las nuevas... pero ¡que al Cascade no le había hecho ninguna gracia que yo me hubiera dado el zuri!... ¡Ah! pero ¡es que ninguna gracia!...

«¡Vale, Finette! ¡vale!», repliqué... «¡Aún no me has hecho el avión!... ¡Ya te veo venir!»...

De pronto, fui presa de la inquietud otra vez...

«¿Quién?... ¿Quién te envía?...», le dije. «¡Canta! ¡anda!... ¡Dímelo ahora mismo!... ¿Cascade o Matthew?...»

¡Ah! ¡nada de cuentos!

«¿Yo?», exclamó... «¡Ah! ¡mira que tienes delito! ¡Palabra de titi legal!...»

«¡A ver! ¿Qué?...», le pregunté más bajito... «¡Por lo del *Dingby*, seguro!... ¡dime, anda!... ¿o lo del Claben? ¿Eh?... ¿no? ¿Claben?»

¡Ah! estaba yo receloso.

No me anduve con rodeos... fui al grano... la apremié... ¡Ah! me miraba... me veía majara perdido.

«¡Bésame!», dijo... «¡Bésame!... Eres como mi hermano, que está mutilado... ¡te altera a ti también la guerra!... Pero él se ha quedado ahora en casa, en *Athis-Mons*, con la familia... Tú tampoco deberías salir... ven a tomar un cafelito al *Basket*... ¡Veo que tienes frío!... ¡Yo te invito!»

Trabajaba las estaciones, Finette... los alrededores, más bien... es decir, toda la larga acera hasta el cine... ¡Se habría defendido bien incluso para dos!... Le habría bastado con Fernande... estaban liadas, ya se sabía... pero ¡la Fernande era un bicho y nada más!... ¡no quería dar puerta a su Mantecas!... conque, ¡venga celos! ¡complicaciones!... Ahora, que el Mantecas, no veas qué vago, ¡no se podía imaginar cosa igual, peor!... ¡Se lo pasaba bomba, el macarra!... No tenía inconveniente en que sus mujeres lo tanguelaran, ¡con tal de que no le mangasen el parné!... ¡Quería chupar de las dos!... ¡de tres, de diez, si hubiera podido! ¡Muy exigente, el señor!... ¡Por eso estaba que echaba chispas, la Finette! ¡sólo quería enriquecer a Fernande!... ¡No me había despertado porque sí!... ¡Quería comunicarme algo!... ¡un notición!... ¡Que habían llamado a filas al Mantecas!... ¡sí, señor! ¡Que el consulado lo estaba buscando por todos lados!... ¡Y que, al parecer, había puesto una cara!... ¡Ah! ése de voluntario, ¡nada! ¡El escaqueo en persona!...

¡Era cachondona, la Finette!... Tenía unos hermosos ojazos verdes... como de

gato... un poco rasgados hacia las sienas... con una chispa de malicia... y tramposilla, ¡y un bicho, en el fondo!...

Juntos, ante el cafelito en el *Basket*, me contó tres o cuatro faenas de ese macarrón... Que si ya no podía tragarlo... ¡que si menudo asqueroso estaba hecho!... ¡que si ya era hora de que lo mandaran a paseo!... ¡lo enviases a palmarla!... ¡Hacía mucho que esperaba eso, ella!... ¡que buena falta hacía!... ¡La de velas que había encendido!... ¡Era de Montauban, el macarrón ese!... no le gustaba a ella la gente del Mediodía... ¡En tiempos había sido tenor!... al parecer... ¡No cesaba de carraspear! ¡y llevaba diez años sin cantar!... «Mira, chico, ¡es gilipollas con avaricia!...» ¡No comprendía, pero nada, la Fernande!... ¡y, encima, la Finette los hacía forrarse, vamos!... ¡y desde hacía años! Muy bonito, ¿eh?... ¡Y que si su Fernande era un auténtico ángel!... ¡Ah! ¡ya es que no quería tanguelar más!... ¡Ella personalmente! ¡Ah! ¡eso se había acabado, vamos!... ¡Lo contenta que estaba de que se marchara él! ... ¡Para ella, chipendi lerendi!... ¡las dos solitas!... «¡Vas a ver cómo voy a trabajar! ... ¡Lo que hago ahora no es nada!... ¡Y eso que currelo la tira!... ¡Quiero que sea feliz, mi mujercita!... ¡Ah! ¡chico!... ¡Ah! ¡puro paripé! ¡Ahora es vaguería!... ¡Ya verás tú qué tracatrá!... ¡Un negocio, entonces!... Pero ¡que un negocio!... ¡Hay que ver qué gentío ahí dentro!... ¡Qué gentío!...»

Me indicaba la estación... ¡la acera!...

«¡Vas a ver tú qué vestuario!... ¿Y tú?...», cambió de tercio. «¡Oye, no tienes buena cara!... ¡Has adelgazado!... ¿Por qué no vuelves a casa de Cascade?... ¡Es buena casa, la de Cascade!... No es roñica... ¡Como estás en convalecencia!... ¡Un cubierto más o menos!... ¡No veas qué familia numerosa, en su queli!... ¡Habrías podido recuperar la salud!... ¡Anda, que estás como los otros! ¡Medio majara!... ¡Ya es que no sabes dónde te andas!... ¡Eso es lo malo que tienes tú!...»

Vivían en un piso, Finette, el Mantecas y Fernande, no lejos del *Empire Music Hall*... en Wardour<sup>[147]</sup>... Se metían unos trinqués, unos viajes de alcoholismo con tal avaricia, que ya es que se quedaban en la piltra a veces dos, tres días seguidos, haciéndose tisanas, compresas... ¡Así de pasión! pero ¡ahora iba a cambiar la cosa! ¡el Mantecas, por fin, con el petate a cuestras! ¡Ah, qué contenta estaba!... ¡jubilosa, vamos!

«¿Lo matarán? ¿tú qué crees?...»

¡En artillería tenía posibilidades!... ¡Ah! le indiqué, ¡podía volver! se lo dije con toda franqueza...

«Y tú, ¿no vuelves o qué?...», ¡va y me suelta de pronto! ¡la muy puta!

«¡Oye, tú! ¡Un momento!», fui y le dije «¡bicho!... ¡Oye! ¡que acabo de volver! ... ¡mucho cuidado, eh!...»

«Pero ¡todavía vales, cariño!... ¡Aún te quedan trozos!...»

¡Tenía ojeriza a los hombres!...

«¡Es bella, la guerra!... ¡Es bella, la guerra!... ¡Mira, mira eso!...»

Pasaba un pelotón de chorchis justo delante de los cristales... ¡y luego detrás toda

la charanga!... ¡La *Guard Band* hacia Buckingham<sup>[148]</sup>! El relevo del castillo.

«¡No me digas que no son hermosos! ¡Me ponen cachonda!... Oye, ¿te sigue doliendo el brazo?...»

Le había hablado de mis heridas...

«¿Y la cabeza? ¿Fue una bala, entonces, lo que recibiste?...»

«¡Oh! ¡una pequeñita!...»

«¡Oh! ¡qué cuco!...», ¡de repente le parecía yo gracioso!... Se puso a cachondearse, tan agria, tan irritante, de la bala de mi cabeza, que hizo volverse a todos los bebedores... todos los clientes de la barra.

«¡Ven que te dé un beso, carita de cordero degollado!... ¡Anda, que no tienes potra! ¡Estás rezagado!...»

¡Así me veía!

«¿Yo? Pero ¡si estoy adelantadísimo!»

¡Me pinchaba!...

«Mira, ¡eres tan lelo como el Mantecas! ¡Eres como todo quisqui! Aunque, ¡no eres tan presumido!... ¿Por qué no vuelves a casa de Cascade?... ¡Es casa buena!...»

¡Ah! ¡qué perra había cogido!

«¡Te habría agenciado una ja!...», continuó, ¡me vendía la mercancía!... «¡Ya ves tú!... ¡para ti solito!... ¡Habrías vivido como un rey!... ¡Le sobran chavalas en su casa!... Te habrías defendido... ¡lo más chachi! ¡No te tenía fila!... ¿No os habréis cabreado?... ¿No habrás querido birlarle la Angèle?... ¿eh? ¿en broma quizás? ¡Menuda abuela está hecha ésa!... ¡Anda que no ha tragado ni nada por el chichi!... ¡de la Bastilla a Río! ¡No veas qué tráfico! ¡Y, además, las guarniciones! ¡con Nougat, su primer maromo!... ¡Chico!... ¡la piculina!... ¡Te lo digo yo!... ¡Un chichi de acero!... ¡Así la llamaban en La Réole!... en *Le Petit Soupir*... ¡hace casi doce años!... ¡Yo tampoco me he quedado corta! ¡no lo voy a negar! ¡sé de qué te hablo!... ¡no voy a quejarme!... ¡Soy franca! ¡lo reconozco! ¡quilada pero bien! ¡los hombres no me dan miedo! Aunque prefiero las chavalinas, ¡eso desde luego!... Pero, mira, ¡lo que me resulta más chungo son los chutes! ¡Ah, eso sí! ¡me muero de miedo! Mira, yo lo del Novar<sup>[149]</sup>, ¡es que los mataría!... ¡cuarenta y cuatro seguidos, tú fíjate, en el bull!... ¡Caía redonda después de cada jeringuilla!... Oye, ¡es que creía que iba a palmarla!... ¡Un telele del canguelo, que no veas!... ¿Tú crees que eso cura la sífilis?...»

Las inglesas ante su té, las viajeras de provincias, arrugaban la nariz, las muy cursis... Sospechaban la clase de francesa que era... La Finette les guiñaba un ojo, al instante volvían la cabeza... En las fondas de las estaciones «tapas y tentempiés»... sobre todo Waterloo, pasaban muchísimas personas y de todas clases... y soldados, claro está... ¡ida y vuelta de Flandes!... ¡El torrente de los sorchis!... Finette volvía a pensar en su mujer...

«¡Mi Fernande tampoco para un momento!... Sobre todo ahora que hace el *Empire*... ¡No veas qué felices vamos a ser! ¡Las dos, ahí, solitas!... ¡Enviaremos al

Mantecas unos giros de aúpa! ¡Ah! ¡huy, huy, nuestro chorbo! ¡ah! ¡el hermoso trovador!... ¡La vida en rosa! ¡Carbura de maravilla!

»¡Tiene que jalar allí!, ¿no? ¡una lima, el Mantecas!... Quiero que la diñe, pero no de hambre... Para empezar, mira, ella todavía le quiere... ¡eso desde luego! ¡No me hago ilusiones!... ¡ya ves tú qué chola!... ¡Canta con él, tú fíjate! ¡si los oyeras!

*'uando tus ojazos tan dulces!*

»¡No sé qué le ve!... A mí, en cuanto me toca, me hace daño... ¡Y eso que no soy estrecha!... Pero ¡a ése lo tengo atravesado!... ¡No es porque sea el maromo de Fernandé! ¡Son los celos! ¡Ya ves! ¡Y nada más!... ¡Es lo más natural!... ¿No eres celoso, tú?...»

¡Reconozco que no demasiado!... ¡Ah! Eso no le gustó. ¡Ah! ¡la molestó! ¡Ah! ¿qué clase de persona era yo, entonces? Me miró... fijamente... ¡ya no podía tragarme!...

«¡Lárgate!...», me echó... «¡Lárgate, gilipollas!...»

¡Ya es que no podía verme!

«¡Pssst! ¡Pssst!», hizo desde su taburete... había visto algo fuera... se dirigía a la puerta... un soldado que merodeaba... corrió tras él... saltó... Ahí me teníais otra vez solo... brindé sonrisas aquí y allá... a las señoritas de la barra... sin resultado... un aviador las acaparaba... se reían burlonas todas, pillinas... ¡muy bien!... ¡fui a sentarme a una mesa!... ya que estaba allí... Iba a reflexionar un poco más... Pedí un café... otro... me quedé así... con la mirada perdida, como un tonto... Alguien me hizo señas del otro lado de los cristales... No lo reconocía... no veía bien... ¡ah! ¡era el enano!... Era Lou Ciempiés... me había visto.

«¿Te marcas las estaciones?...», fue y me dijo... Se cachondeaba de verme allí...

La cabeza llegaba a la altura de la mesa... Era casi un enano, a decir verdad... Y patizambo...

«Oye, ¡está la cosa fea!... ¿No te has enterado?... ¡Hablan de ti en el *Leicester*!... ¿No has leído el *Mirror*?»

No, no lo había leído...

«¡Me cago en la leche!... ¡Dame un penique!...»

Salió... me trajo el *Mirror*... Toda la página, una foto enorme... ¡Oh! pero ¡si era la casa del viejo!... ¡la queli!... ¡los escombros!... se titulaba «Greenwich Tragedy» en letras enormes... el humo... las ruinas... las vigas... todo.

«¡Ah! ¡menudo! ¡Está el asunto pero que muy feo!»

Y, cosa curiosa, ¡yo no acababa de comprender! volvía a mirar... por más vueltas que le daba... Me parecía extraño.

«¿Tú crees?», le pregunté... «¿Tú crees?...»

«¡Mira!... ¡Aquí lo dice!...»

«¡No sé!...», respondí...



«¿No sabes leer el inglés?...»

Él sabía leerlo bien, el inglés...

«¡Ah! vete a la mierda, ¡no entiendes nada!» Ésa fue su conclusión... Hablamos de otra cosa... Era cocinero de Barbe, él, en Soho Square, y también «extra» en la *Royale*... así hacía el juego a los «sindicados»... ¡en regla!... pero ¡sobre todo era mañoso con las cartas, el enano!... ¡Su trapicheo de verdad! ¡su magia!... ¡Ah, lo que quería en los juegos!... «¡Sindicado!» entraba en todas partes... Tuteaba a todos los «jefes»... todos los clubes de Londres... Les enseñaba sus números fenomenales... ¡al póquer! ¡al whist! ¡tris-tras! ¡invencible siempre al barajar!... Por eso lo llamaban Ciempiés... No se lo veía entrar, salir... ¡Una partidita a toda prisa!... ¡Anímense, señores! ¡No llegaba a la mesa!... el enano... Le colocaban cojines para que pudiera jugar a su altura... Divertía a las tanguistas... y siempre amable, complaciente... y, además, ¡extra en las carreras! ¡ah, en eso chanelaba, que no veas! ¡más que nadie, la verdad! ¡Siempre tres «colocados» en el Derby!... ¡por lo menos!... ¡18 años en Londres, verdad! ¡y una pastizara ahorrada!... Declarado inútil por lo de las piernas, como mangas de chaqueta... ¡ni un día de servicio!

«Pero ¡no tengo los dedos inútiles! ¡Eso es lo que cuenta en mi ramo!...»

No ocultaba su inteligencia.

Era un fenómeno con los dedos, ¡de una baraja te sacaba diez o doce así, en tus narices! ¡auténticos malabarismos al barajar! Sólo jugaba con los clientes, ¡con los amigos nunca!... ¡Ah! ¡eso sí que no! ¡No molaba!...

Cuando pasaba por el *Leicester*, en seguida: «Ciempiés, ¡a la cocina!»... ¡Ah! ¡sin contemplaciones! ¡al instante! ¡venga! ¡Ciempiés, el as de las patatas fritas!... no tenía igual para los *soufflés*...

«¡Hale, Ciempiés, a la sartén!...», gritaban de arriba abajo... ¡todas las señoritas! ... «¡Te ganarás besitos!»...

En realidad, ¡se las beneficiaba a todas y de gorra por sus *soufflés* de patatas!... Se lo permitían, los maromos de acuerdo, ¡sentían demasiada debilidad por las patatas fritas!... Es que estaban de rechupete, vamos, con manteca y el rico saumur, a ser posible... ¡Estaban mejor que las ostras, al parecer, «a lo Ciempiés»!... Yo creo que es el único vicio francés de verdad, ¡las patatas fritas!... pensándolo bien... justo en su punto, doradas, saladas, no demasiado, ni secas ni grasientas, con un chorrito de blanco... No había forma de apartarlos, cuando el enano ponía manos a la sartén... Unos platos gigantescos y hurras sin fin... como para hacer desplomarse todo el picadero... A veces diez y doce mendas por lo menos, apiñados así, en la mesa, poniéndose morados con la manduquela... ¡sin contar a las señoras, claro está!...

«¡Ah!», me dijo al abordarme, y vuelvo a mi relato, «¡pobre chorra! ¡estás en un lío hasta los cojones!...»

Mirando las fotografías... Leímos juntos aquella jerigonza... «Ayer, a las cinco de la tarde, se descubrió el cuerpo de Titus Jérôme Van Claben, el conocido prestamista...» Eso no lo sabía yo, que se llamara Jérôme... además de Titus...

«gravemente mutilado y completamente quemado»...

Era un inglés fácil.

«El incendio devoró todo el inmueble y dos casas vecinas... Desde 1768 no se había declarado un incendio de semejante virulencia en Wigmore Alley, el conocido paseo de nuestro hermoso parque de Greenwich. El *District Officer* encargado de la investigación se ha negado a ofrecernos su opinión sobre el origen de ese siniestro, que, según algunos expertos, podría haber sido intencionado. La vida privada de Titus Jérôme Van Claben no era modélica precisamente... Titus Van Claben recibía, además de sus clientes habituales, numerosas visitas de individuos corrompidos y vagabundos... bastante conocidos, por lo demás, de los *officers* de Scotland Yard... Entre el vecindario no cesan los comentarios... Se sabía que Van Claben gustaba de los travestidos orientales y de fumar hashish, de largas sesiones de “pianoforte” y del fácil juego francés de la “loto”... Se busca activamente a una mujer de cierta edad llamada Delphine, encargada de las tareas domésticas y antigua institutriz...»

«Pero ¡si no jugamos a la “loto”!... ¡Nunca hemos jugado a la “loto”!... ¡Es una pura mentira!...»

¡Salté!

«¡Sí! Pero entonces, ¿estabas ahí?...»

«¿Cómo lo sabes?...»

Era verdad, al fin y al cabo, ¿cómo lo sabía?...

Volví a leer el asqueroso periódico... volvió a darme el tembleque... así, con el periódico delante y todo... puedo decir que me daban canguelo esos periodistas metomentodo... un tembleque como por la mañana... como en el parque con Delphine.

«¡Ah! ¡pues sí!... ¡pues vaya! ¡Qué suerte la mía!... Pero tú, cabrito, ¿cómo lo sabes?...»

«Pues, ¡en el *Leicester*, chorrinas! ¡Volvieron hace dos días! Boro y Delphine... ¡Se pusieron las botas con ganas!... ¡Qué hambre, señor!... ¡No veas!... ¡Se tragaban todo!»

«¿Qué dijeron?...»

Tenía que enterarme.

«¡Cascade dijo que nunca lo habría creído de ti!...»

«Entonces, ¿lo contaron todo?...»

«¡Absolutamente todo!»

«¿Y adónde se marcharon?»

«¡Vete tú a saber!... ¡Ah! ¡cómo te pusieron!...»

«¿A mí?... ¡Ah! pero ¡cómo!»

«Pues sí, te pusieron verde, ¡es normal!... ¡Como no estabas allí!... ¡Ve a ver a Cascade!...»

¡Ah! ya lo veía yo venir al Ciempiés... ¡Espera un poquito, chaval!... ¡No dije nada!... Me hice el tonto... Salí con él de la tasca... Me arriesgué, en una palabra...

¡toda la carne en el asador!... Fuera, nos pusimos en marcha, caminamos juntos... Él ahí, tan pequeñín, perdía el culo... hacia el palacio de Buckingham... el camino... Miré un poco alrededor... guipé... tenía una idea... no había nadie ante la puerta... ¡Bien!... más adelante, a unos doscientos metros tal vez... ¡Zas! lo cogí del gañote... ¡Ah! ¡el listillo!... ¡me lo llevé a un rincón así, vivito y coleando, el pez!... ¡colgado de mi puño izquierdo!

«¡Oye, Ciempiés!», lo zarandeeé. «¿Quién te paga?...», le pregunté.

«¿Pagarme?... ¿Pagarme?... Pero ¡qué dices!», forcejeaba, se retorcía... berreaba...

«¿No te habrá enviado el Cascade?...»

Volví a dejarlo de pie en el suelo.

«¡Cascade no envía a nadie!... ¡A ver si te enteras, cacho gilipollas!... ¡Ajusta las cuentas en persona!... Sólo, que mira lo que dice: “¡Ferdinand no es lo que yo creía!... ¡Lo recibí con toda confianza!... como un joven de lo más serio... ¡Ferdinand nos tanguela!... ¡él, que acudió a mi casa como un amigo!... ¡de parte de Raoul!... ¡el pobre Raoul!... ¡Se ha portado como un cerdo!... ¡Sobre todo porque venía de parte de Raoul!...” Eso es lo que más le duele... “¡Vamos, que de parte de Raoul, en confianza!... ¡se ha portado como un cerdo!...”»

No tenía pelos en la lengua.

«¡No veas cómo te puso, Boro!... ¡Como no estabas allí!... ¡Duro ahí!... “¡Tiene usted mucha razón, Cascade!...” ¡Oh! ¡unos palos! ¡un criminal de aúpa!... ¡De ti hablaban!... “¡Mató a ese pobre Claben!... ¡Le afaná todo el parné!... ¡Metió fuego a la quelí!... ¡Se largó!... ¡Es un monstruo!...” ¡Así mismito dijeron!...»

«¡Ah! ¡hay que ver, oye!...»

¡Me daban palpitaciones de oír aquello! ¡Qué crimen! ¡ah! ¡me asfixiaban!

«¡Cómo! ¿Fueron capaces, los muy maricones?... ¡Ah! ¡serán cabrones, serán asquerosos!... ¡Ah! ¡como los coja!... Conque, ¿dijeron eso, exactamente?...»

«¡Delante de todos los que estaban allí!...»

No cabía la menor duda.

«¿Y tú, cabroncete?...», le pregunté...

Lo volví a coger del cuello...

«¿Y tú? ¿por qué me vienes con camelos?...»

Estábamos aún en la puerta... Forcejeaba, se hacía el inocente.

«¡Ah! ¡macarrón! ¡te lo juro!...», se asfixiaba... «¡No te miento nunca, Ferdinand!...»

Protestaba... gemía... lloriqueaba...

«¡Sé que eres mutilado, Ferdinand! ¡sé que eres mutilado! ¡Ah! ¡no quisiera hacerte daño!... ¡A ti nunca!... ¡te lo juro!... ¡no quisiera que te pasase nada!... Es sólo por tu bien, ¡créeme, titi!... ¡Tienen mala leche los del *Leicester*!... ¡Ten cuidado!... ¡Te tienen fila!...»

«¿Cuidado de qué?...»

«No sé... No sé...»

¡Bien! ¡entendido! lo dejé tranquilo... Volvimos a caminar por delante de las tiendas... No dije nada... de acuerdo... Yo iba nota... ¡Ah! ¡cómo desconfiaba!... el cacho cabrón... «¡Espera y verás, chavalín!...» Pensaba... «¡Ya me las pagarás!...» ¡Hice el paripé, como estaba mandado!... ¡callandito!...

«¡Ciempiés, tengo confianza!...», le anuncié. «En resumidas cuentas, pensándolo bien... ¡tienes más razón que un santo!... ¡Vuelvo allá!... ¡Quiero volver a verlos a todos!... ¡de acuerdo!... ¿Estás seguro de que no me guardarán rencor?... ¿Me lo garantizas?... ¡Ya sabes que soy franco y correcto!... ¡No me gustan las mentiras!... ¡Mírame bien aquí, a los ojos!...»

Era demasiado pequeño.

Volví a levantarlo del suelo... que me mirara bien a los ojos... Me miró fijamente... y le hablé.

«¡Ciempiés, hazme caso! ¡No guindé nada! ¡Te lo digo a ti ahora! ¡Puedes creerme! ¡no maté al viejo!... ¿Te lo crees ahora? ¿Me crees?»

«¡Ah!», me dijo...

¡Del todo en blanco!

Dudaba... dudaba... Yo veía que le fastidiaba... me hubiera preferido culpable...

«¡Sólo recogí dos *soverings* que se habían caído del morral! Sólo eso reconozco, ¡y se acabó!... ¡Vas y se lo dices!... ¡Es muy sencillo!»

Volví a dejarlo en el suelo.

Él me cogió del brazo otra vez... Estaba encantado... vi que estaba contento de llevarme... de todos modos, pese a todo... de que yo aceptara volver al *Leicester*.

¡Ah! ¡cómo sospechaba yo de él!

«Oye, ¿cómo me has encontrado?...»

Le hice aún esa pregunta.

«Pues ya ves... ¡por casualidad!... ¡pasaba por ahí!...»

«¡Ah! ¡huy, huy!» pensé para mis adentros... «¡te vas a enterar tú! conque, ¡por casualidad!»

Iba colgado de mi brazo, tan pequeñín... Avanzamos... Me contó un poco los chismes así, caminando... las noticias del *Leicester*... que si se las habían pirado dos más... Philippe y Julien... que si se habían incorporado a Dunkerque... que si habían dejado otras dos chorbas... que si llovía parné a porrillo... que si Angèle ya no sabía dónde meterlo... que si ya se había comprado algo así como siete pieles de zorro azules y dos «tres cuartos» de cebellina... Que si él, Ciempiés, por su parte, ¡no iba a andar así mucho tiempo por las cocinas de los clubes!... ¡Ah! ¡no, ni hablar!... ¡ni con lo de las lías trucadas siquiera!... ¡Ah! ¡eso para otros!... ¡Ah! ¡ni mucho menos! ... que si iba a lanzarse él también... ¡meterse al trajín curioso de la vida!... ¡que si en los tiempos que corrían era la fortuna a toda leche! ¡Huy, huy, huy! ¡que si ya había hablado con Cascade de ese asuntillo para agenciarse una chorbata!... que si ya le había dicho unas palabras... que si tenía pasta de sobra para permitírsele... Que si

no le había dicho ni que sí ni que no... Una que no fuese un feto y se defendiera bien...

«¡Vaya un macarra más pequeñito que vas a ser!... ¡Te vas a esconder bajo la piltra!...»

No pude por menos de hacer esa observación.

«¡Pequeño! ¡Pequeño!», ¡saltó!... «Pero ¡oye, tú, chorra! ¿Es que no puedo yo sacar tajada como cualquier otro? ¡Ah! ¡La piltra! ¡No veas! ¡Como hay guerra!»

¡Ah! ¡estaba pero que muy decidido!

«¡La jodienda es el *business*!»

¡Y se acabó! ¡Y con entusiasmo!... ya es que saltaba y brincaba, muy gracioso, de mi brazo, ¡ante la perspectiva!... ¡el porvenir radiante!...

«*Cash*! ¡y nada de cuentos!...»

Por lo demás, ¡iba a haber viudas!... Eso por descontado también... Cascade le había hablado al respecto... Contaba con ello... ¡Una viuda!... ¡tal vez dos!... ¡saldos!... ¡Es que nunca había habido tal *boom*!... ¡lo que se dice el *business* perfecto!... ¡puterío a porrillo!... ¡algo chupado!

¡Mal bicho, el enano!

Así, charla que te charla, llegamos al «Mall», la gran avenida delante del palacio... Buckingham Palace... la gran alameda para la equitación... Nos sentamos ahí, en un banco... bajo un árbol... quería yo dejar pasar a la gente un poco... mirar a las personas...

«¿Ves?», me dijo... «¡Ahí está el rey!»

Aún recuerdo su observación.

«¡No está tan bien como el Louvre!», le respondí.

«¡Depende de los gustos, Arthur!...<sup>[150]</sup> ¡Londres no es París!...»

Sobre eso discutimos un poquito.

«Los nuestros también estaban forrados... ¡yo el Louvre lo he visto!...» ¡Me empeñaba yo en lo del Louvre! ¡no iba a dar mi brazo a torcer! «¡Ah! ¡menudo cómo me lo conozco!»

Enumeré.

«¡Ah! ¡Es que no veas qué cuadros! ¡millones, chico, en fila india!»

«¿Cómo se llamaba el último nuestro?» Me preguntó. «¡Nunca lo recuerdo!»

«¡Luis XVI!»

Sin vacilar.

«¡Qué instruido estás, ninchi!», me replicó, pero en seguida se mosqueó.

«Ahora, ¡que la instrucción no basta! Mira, ¡lo que cuenta en la vida es la inteligencia natural!... ¡Yo la tengo! ¡de eso puedo preciarme! ¡Eso es lo principal! ¡Yo he conocido a mujeres que sabían, tú fíjate, cinco y seis lenguas! ¡ni de chachas las hubiera querido!... ¡muchos humos! ¡y se acabó!... ¡Se revientan la azotea!... Fíjate en los cabritos... ¡La mayoría son instruidos, verdad!... ¡En tu vida has visto mayores capullos!... ¡la prueba!... ¡Basta con que veas con qué se divierten en los

clubes!... ¡Si lo sabré yo!... ¡Juegan! ¡pierden! ¡y yo gano!... Les hago la puñeta pero bien, ¡te lo aseguro, chico!... ¿Y cómo se divierte un rey?... “¡Me voy pa la guerra!”, anuncia... “¡Vuelvo en seguida!... ¡Los otros la palman por mí!...” ¡Llega allí hacia mediodía!... Almuerzo chipén en su tienda, bien apalancado en un bosque... ¡Ahora ya está en la formación!... ¡los fotógrafos van y se acercan! Me lo fotografían, ¡y la jalandria! ¡a caballo! ¡en coche! ¡y para casita!... ¡Amigo! ¡Adiós muy buenas, señoras y caballeros! ¡Ah! ¡el hermoso majestad! ¡Badabum! ¡ciento tres cañonazos! ¡Hemos ganado! ¡Lo ves en todas las revistas!... ¡como tú, ninchi!... ¡Ya lo creo! ¡y *God save the King!*... ¿Tú crees que se dejará dar por culo, el rey?... Siempre lo he pensado... ¡Es inevitable! ¡Tienen una vida demasiado fácil!... ¡Yo también sería un jibia! ¡en su lugar!... Y tú también, ¡anda!... ¡Si te mimaran como a ellos!... Tú también serías de la acera de enfrente, ¡como es natural! ¡si fueses rey!... Te hastías, ¡es inevitable!...»

Hablaba solo... Yo no decía nada... De pronto me preguntó:

«¿El Mantecas? ¿lo conoces tú, al Mantecas?... ¿No lo has oído por casualidad cuando canta en casa de Cascade?... su *Si j'étais roi!*...<sup>[151]</sup> ¡Ah! ¡ya puedes estar seguro de que la canta bien!...»

Yo ya no lo escuchaba... me fastidiaba... me había vuelto el cansancio... en la cabeza sobre todo... ¡Qué emociones desde hacía quince días!... Resultaba agotador en mi estado...

«Ferdinand, ¿no te quedarás aquí, eh?... ¡Has dicho que venías!... ¿ya no vienes? ¡Anda, ven!»

Tenía razón, en resumidas cuentas...

«¡Hale, venga! ¡en marcha!... ¡Vamos a coger el *tub!* ¡Que estás rilado!...»

Así era.

«¿Ves?...» Me indicó a lo lejos los céspedes... «los pájaros son felices... Para ellos hay restaurantes por todos lados... ¡Granos por doquier!... ¡Ya ves tú lo que es la vida de los pájaros!... ¡Ya ves qué ventaja!... Oye, mira, ¡a mí me gustan los pájaros!... Si yo estuviese forrado, ¡tendría una pajarera! ¡como en el zoo! ¿Has visto el de aquí?... ¡Cacatúas! ¡el arco iris! oye, ¡todos los colores!... ¡Hay que ver qué hermosura! ¡Más que los cuadros de tu Louvre!... ¡auténticos arcos iris!... ¡Date prisa!... ¡Ya se van a haber ido!... Tendremos que pasar por el *Ping pong*...»

«¿Tú crees?», volví a preguntarle... «¿Crees, de verdad, que va en serio?... ¿que vuelvo y ya está, al *Leicester*?... ¿No sería mejor que no volviera a verlos más?...»

«¡Ah! ¡ándate con ojo, Ferdinand!... Mira, ¡Cascade es un tío legal!... pero ¡si ve, eh, que le haces la pirula!... ¡que tienes miedo a explicarte!... ¡Le vas a parecer muy raro! ¡Ah! ¡Va a haber sus más y sus menos!... ¡Ah! ¡se va a poner hecho una fiera! ¡al Boro le va a resultar fácil comerle el coco! ¡Ah! mira, ¡te dejan a la altura del betún! ¡Como no estás delante!»

Se empeñaba en que me decidiera... en que cogiésemos el *tub*... los dos... insistía cosa mala... ¡Ah! me soltaba un rollo, me agobiaba... otra vez ahí... delante

de la estación... yo vacilaba aún...

«¡Oh!», fui y dije... «Ciempiés, ¡no voy!...»

Cambié de parecer.

«¡Haces mal, Ferdinand!... ¡Haces mal!...»

¡Ah! ¡le fastidiaba que dijera que no!... Yo veía su carita terca... Cedí un poquito... Di dos o tres pasos... Me detuve... Nos miraban por la acera... él así, retaco, los dos en plena controversia... Entré en la estación... No me dejó ni respirar... Saltó a la ventanilla...

«¡Vamos, Ferdinand!... ¡Ven!... ¡Aprovecha!... ¡Es mucho mejor!... ¡Después te quedarás muy tranquilo!... ¡No vaciles!... ¡Corre!...»

Lo seguí... me puse en marcha... cedí por fatiga, a decir verdad... Era la estación *Baker Street*... Cogió los billetes... Nos vimos empujados al ascensor... sofocados entre la agitación... al instante, ¡una inquietud!... yo tenía el corazón al galope desde la víspera... por la mañana... desde lo de Greenwich, a decir verdad... ahora, ¡la embestida! ¡Encerrado así, en aquella caja! ¡palpitaba! ¡palpitaba! ¡una aceleración espantosa!

«¡Oye, retaco!», fui y le dije... «Oye, ¿estás seguro de verdad?...»

Aquello bajaba... bajaba...

«¡Pero, bueno, Ferdinand!... Pero bueno... ¡Sólo tienes que explicarles!... Si no vas, ¡se lo van a creer todo!... ¡tú no sabes la que puede armarse!...»

Así, ¡apretujados en la jaula! Desembocamos en pleno andén... seguía llevándome cogido del brazo.

«¡No vayamos a perdernos!», comentó... «¡No vayamos a perdernos!...»

Ahí estábamos esperando el tren... así, apretujados entre la gente. No sé por qué... ¡me asfixiaban todos!... ¡ya es que no podía respirar!... ¡Estaban todos ahí, pegados! Me separé... ¡Ah! ¡me separé!... avancé tres pasos hasta el borde del andén... ¿Y ahí, enfrente? ¿a quién fui a ver?... ¿ahí, mirándome a la cara?... ¡Ah! ¡sería posible! ¡Ah! ¡se me desorbitaron los ojos!... ¡Su raglán!... ¡su sombrero flexible!... ¡su jeta!... ¡Matthew ahí! ¡Matthew! ahí, ¡en el otro andén!... ¡El Matthew que nos diquelaba pero bien!... ¡Se me heló la sangre en las venas!... ¡Me quedé sin aliento!... ¡paralizado!... me quedé hipnotizado... ¡Me miró!... ¡Lo miré! ¡Ah! pero pensé, de todos modos... ¡pensé ahí al instante!... «¡Es el retaco! ¡ahí contra mí!... ¡Es él!... ¡El muy falso!... ¡Bien!... ¡Hombre!... ¡Muy bien!...» ¡Se estaba preparando sola! mi reflexión... me concentré... me concentré... no dije ni pío... con sangre fría... La gente hablaba a nuestro alrededor... Esperaban el tren, como nosotros... Oíamos rugir el tren... ¡llegaba!... allá, en la obscuridad... en el agujero... a mi derecha... ¡Bien!... ¡Hombre!... ¡Muy bien!... se acercaba, el tren. Rugía cosa mala, con estrépito y cada vez más... ¡Brrr! ¡Brrrrum!... ¡Bien!... ¡Hombre!... ¡Muy bien!... Estaba cerca... Miré a Matthew, enfrente... sentía al retaco pegado a mí... me tenía cogido del brazo... ¡no quería perderme!... ¡Brrr!... apareció la locomotora, ¡y Pfuuii!... ¡Pfuuii! el silbato... ¡Pluf! ¡de un culazo lo

mandé! ¡al retaco! ¡por el aire!... El trueno estalló, ¡le pasó por encima! ¡Pitó! ¡Pitó!  
¡Pitó!... ¡Vociferaron todos! ¡por todos lados, alrededor! ¡toda la bóveda!... ¡Yo  
retrocedí hacia atrás tal cual! ¡Estaba imantado! ¡así mismo!... ¡exacto!... ¡Me vi  
alzado!... ¡Ya no tenía peso! ¡Salí volando!... ¡Me vi atrapado por la salida!... ¡la  
escalera!... ¡Aspirado!... ¡Volando!... ¡Era el instinto! ¡la huida!... ¡Todo el  
sacacorchos!... ¡las cuatro plantas!... ¡me las tragué de naja! ¡torbellino! ¡No las  
sentí!... ¡perdiendo el culo!... ¡Me vi aspirado!... De tan ligero, ¡ya es que no tocaba  
los peldaños!... ¡Un pájaro atemorizado!... ¡Salté de la jaula a la calle!... ¡Corrí!...  
¡Corrí!... ¡al galope!... Crucé una calle... ¡dos!... ¡tres!... ¡Era un pájaro aterrado!...  
¡Huía a aletazos!... Otra calle... una plaza... otra avenida... un jardín... giré... ahora  
volaba en círculos... rozaba el suelo... sólo rozarlo... ¡velocidad!... ¡de bólido!...  
¡Derribé a varias personas!... ¡otra plaza!... la rodeé... aminoré... ¡uf!... me  
detuve... Tenía la lengua fuera... ¡Concluido!... ¡Iba a desmayarme!... Pero ¡no!...  
¡Me senté sobre el reborde de piedra!... ¡justo bajo un árbol!... Miré a ver si no había  
problema... si me seguía alguien... ¡Me habían perdido de vista!... ¡Miré el rótulo de  
la calle, encima!... «Berkeley Square», decía... un barrio hermoso... limusinas y  
landós se cruzaban... Debían de ser las seis... una hora bastante movida... Era el  
camino hacia Regent Street. El desfile de las elegancias... Recuperé un poco el  
aliento perdido... volví a ser presa de la inquietud... me puse a pensar... ¡volvieron  
las punzadas al corazón!... me estaba dando otra vez... me golpeaba en las  
costillas... y la cabeza empezó a castigarme otra vez... ya es que no podía  
descansar... me zumbaba... retumbaba... se calentaba... era el caletre que se  
bamboleaba y bogaba... Ya no veía nada... ¡y después lo veía todo!... ¡Ya no era yo!  
... ¡Era yo!... ¡Lo había tirado como un fardo, al asqueroso retaco!... ¡por el aire el  
Ciempiés!... ¡por el aire!... ¡Ah! ¡menudo, allá!... ¡Menudo! ¡una papilla era ahora!  
¡Wruam! ¡el rengue! ¡y el otro, Matthew, ahí enfrente! ¡diquelando ahí! ¡con ojos  
como platos!... ¡Es que lo veía yo aún, vamos, al guripa!... ¡con su mediomundo y  
todo!... ¡Ah! ¡ojos como platos!... ¡No había venido allí solo!... ¡Ah! ¡eso por  
descontado!... ¡Ah! ¡el Ciempiés, falso y cabrón! ¡tan cuco para el tejemaneje!  
¡Chsss! ¡Chsss! ¡Ni una palabra más! ¡Joder! ¡Ahora Cascade!... ¡Para mí solo! ¡El  
Claben también! ¡Ah! ¡no era posible! ¡Todo se nublaba!... ¡Era todo fuego!...  
¡ardía!... ¡me retumbaba en la cabeza!... ¡como allá! ¡Estaba en el horno!... ¡Con el  
culo en la piedra! ¡ah! ¡helado así me iba a resfriar!... ¡Como allá! ¡Ah! ¡la  
Providencia! ¡Ah! ¡me había salvado! ¡Ah! ¡ya me sentía mejor! ¡sentado en la  
piedra! ¡Vivan los Saint-John! ¡Vivan los bomberos! pero ¡no iba a durar mucho!...  
¡Iba por mal camino!... ¡Pensé en mis viejos!... mi madre en Francia, en su tienda,  
reparando los guipures... Me daba dolor de cabeza, mi mamá... haciéndose polvo la  
vista así, bajo la gran lámpara de gas... y las clientas nunca contentas... ¡Les iba yo a  
dar para el pelo, a las clientas!... ¡Les iba a enseñar, yo, buenos modales!... ¡y mi  
padre, en la Coccinelle, transcribiendo bien sus direcciones!... ¡el cuento de nunca  
acabar!... y los titis en la gresca, los cacho capullos, recibiendo hostias y más hostias



en la jeta... con la avalancha, los truenos, ¡y yo ahí como un asesino! ¡joder!... Volvía a ver todo el estremecimiento... me hacía ver visiones, me nublabla la chola... ya no me atrevía a moverme... «¡Ferdinand! ¡Ferdinand!», me dije... «¡Eres víctima de un complot!... no cabe duda, ¡te quieren perder!... ¡dolor de cabeza!... ¡Ésa es la prueba! ¿Eres un tipo legal?...» Era la pregunta que me trastornaba... «¿Qué daño te había hecho Claben?... Entonces, ¿le has robado sólo para beber? ¡Nadie tiene pruebas!... ¡el Ciempiés tampoco!... ¡Ahora está bajo el metro!... ¡Aún más pequeño!... ¡así aprenderá a hacer el chulo!... ¡Todo esto es horrible por tu parte!... Ferdinand, ¡lo vas a pagar todo!... ¡Matthew tiene la razón a su favor!... ¡Está de servicio!... ¡No hay duda! Te está buscando... ¡está en su derecho!... ¡Tiene la fuerza de la policía!... ¡Está de guardia!... ¡es su misión! ¡las tribulaciones criminales! ¡el castigo tralará! ¡Oh, bribón! ¡todo está bien!...» ¡mi juventud me sacudía aún! ¡me hostigaba! ¡me contrariaba! ¡todo estaba ahí, en la chola! ¡trastornándome! ¡la gente del Passage! ¡los vecinos del Vérododat! «¡las vas a pasar moradas!» ¡Me acusaban! ¡me implicaban! ¡Cara más dura! «¡pero que muy moradas las vas a pasar!» ¡El examen de conciencia!... «Vas a ver tú la gente... ¡no van a querer mirar más a tu madre!... ¡lo que va a llorar ella a lágrima viva!... “¡Un desertor, señora mía! ¡un joven poco interesante!... ¡Un auténtico monstruo!... ¡un bandido!... ¡Y su pobre padre!... ¡Debería haberlo metido en la cárcel!... ¡No! ¡en la Roquette!...<sup>[152]</sup> ¡en la cárcel con los golfos! ¡Ahora no se vería usted así, señora!... ¡Desertó en Londres!... ¡Estaba herido!... ¡Estaba loco!... ¡Borracho!... ¡Sátiro!... ¡Era mentiroso!... ¡se masturbaba en todos los rincones!... lo sorprendieron muchas veces... ¡Tenía instintos infames! ¡Tres veces lo catearon en el examen de graduado escolar!... ¡Había que ver qué ojeras!... ¡todo el mundo lo recuerda!... ¡Lo mal que hablaba a su madre!... ¡No fueron bastante severos con él!... ¡Robó cuatro panecillos!... ¡Cómo se privaron por él!... ¡Valía la pena!... ¡Robó a su patrono!...<sup>[153]</sup> ¡Y después se alistó!... ¡Luego tuvo un poco de valor!... Se había marchado en septiembre... ¡tres veces citado en el orden del día!... ¡y después la medalla militar!... Bravo al principio... pero poco le duró... ¡después lo perdió todo!... ¡el valor y lo demás! ¡todas sus buenas resoluciones!... ¡Ya no quería ni oír hablar de morir!... ¡Ya estaba hecho un simple golfillo!... ¡Siempre lo he dicho!... ¡y la medalla militar!... ¡una cabeza loca!... ¡un fondo criminal!... ¡Lo detuvieron en Londres!... ¡Lo encerraron! ... ¡Lo sometieron a torturas!... ¡Se lo tenía bien merecido! ¡Perdió la cabeza completamente!... ¡Confesó!... ¡Le arrancaron los ojos!... ¡hombres que lo conocían bien! ¡personas que estaban hartas de sus instintos criminales!...» ¡Yo oía las voces subir así, alrededor de las verjas!... ¡me llegaban a los oídos!... ¡en la propia Berkeley Square! Ya sólo oía esas voces... Ni siquiera oía los coches... Eran voces de verdad... e incluso voces inglesas entre ellas... con el acento... todo... «*Watch your step! Watch your step! Bloody murder!... Bloody murder!*...<sup>[154]</sup>» en sordina... ¡entre las otras voces!... con un poquito de música entre los ecos de la calle... ¡Asesinato! ¡Asesinato! ¡Oh! entonces, ¡tenía que actuar rápido!... ¡La cosa está muy

fea, Ferdinand!... ¡Te van a atrapar!... Te van a caer encima, como sobre la Delphine en el túnel...

¡Ah! ¡no me cogrían!... ¡La leche puta!... ¡Me conocía las celadas, yo! ¡los modales! ¡la guerra asesina! ¡las trampas! ¡A la mierda los macarras! Conque me levanté muy despacito... así, muy lentamente... ¡y zas!... ¡me lancé!... La acera de enfrente... ¡salí pitando!... ¡corrí!... ¡rocé las paredes!... ¡alcancé Bond Street!... ¡Maryleborn!... ¡Sabía adónde iba!... ¡Mi corazón redoblaba!... ¡Un tambor!... ¡Ráfagas!... pero ¡bien situado!... «¡Arriba los corazones!...» aún oía al coronel... «¡La caballería! ¡sable en mano!» ¡el Coronel des Entrayes!... «¡Arriba los corazones!... ¡y al galooope!... ¡Caarrrguen!» ¡Respondí a su llamada!... ¡Me lancé!... ¡Ah! ¡menudo si me lancé!... ¡presa de la rabia!... ¡volé a la carga!... ¡Fenchurch Street!...<sup>[155]</sup> ¡Wardour!... ¡La avenida!... ¡Straftesbury!...<sup>[156]</sup> ¡Sabía adónde iba!... ¡Arriba los corazones!... ¡Todo por la Patria!... ¡Me lo conocía yo, mi itinerario!... ¡No me perdía en el corazón de Londres!... ¡corrí cuesta abajo! ¡embalado!... *Hip! Hip! Hurrah!* ¡cabalgada!... ¡tromba! ¡Arriba los corazones!... ¡Ánimo!... ¡La victoria, mi ley!... ¡Victoria!... ¡Tottenham Court Road!... ¡Cambié de paso!... ¡bajo el cuello!... ¡en el freno!... ¡con los dos espoleé!... ¡Cargué sobre el autobús!... ¡todo el rebaño! ¡Mastodontes! ¡gruñían! ¡bramaban! ¡se estremecían! ¡gordinflones! ¡ahí, veinticinco motores!... detenidos, rojos como tomates, ahí, solapados... hocicos pegados a grupas... apelotonados, porfiados... ¡ante la señal trepidantes!... ¡olfateando jebes! ¡*putt! ¡putt!*... ¡búfalos de sangre!... ¡Los afronté!... ¡resoplé igual!... ¡*brrruuuu!*... ¡*brr... rr... ru... uuu!*... ¡Y cargué contra todo! ¡relámpago! ¡finta! ¡corté el rebaño!... ¡lo crucé!... ¡flecha! ¡escape!... ¡justo en el cruce!... ¡ante el Lyon's, el gigantesco salón de té, día y noche<sup>[157]</sup>, ocurrió!... «*Night and Day*»... ¡Ah! ¡el intrépido!... ¡Ah! ¡el héroe!... ¡Había que verlo! ¡los policías pitaban tras mí!... ¡Pitaban!... Pitaban... ¡Fútiles! ¡Di volteos aún más altos!... ¡Ah! sálvese quien pueda... ¡Rocé las paredes a una velocidad de locura!... Perdiendo el culo... ¡A lo lejos! ¡en el extremo! ¡estaba Bedford Square! ¡Olfateé!... ¡Me orienté!... ¡me lancé!... ¡Ya estaba!... ¡divisé los árboles! ¡la YMCA!...<sup>[158]</sup> ¡El perímetro, los hermosos sicómoros!... ¡los robles!... ¡el consulado!... ¡lo divisé!... ¡hala! ¡hala! ¡muchacho!... ¡Salta!... ¡vuela!... ¡un último empuje del culo! ¡Yop! ¡Yip! ¡llovía a mares! ¡derramaba! ¡meaba! ¡Quedé empapado!... ¡chorreaba! ¡en pleno vuelo! Me lancé bajo los paraguas... ¡tropecé!... ¡me desplomé!... ¡Aúpa! ¡en pie!... ¡najaba cada vez más rápido!... ¡Estaba fuera de mí!... ¡Bedford Square! ¡el consulado!...<sup>[159]</sup> ¿el mío?... ¡No! ¡el ruso!... ¡Me había equivocado por muy poco!... ¡otra vuelta!... ¡Llevaba demasiado impulso!... ¡tenía que perderlo!... ¡agotarlo!... ¡pequeño galope!... ¡trote ahora!... Eran al menos una docena de consulados... de todos los países... ¡en torno a los árboles!... alrededor de la plaza... ¡como en la noria!... ¡unos junto a otros!... ¡Ése! ¡el ruso! ¡el más grande! Al menos tres o cuatro inmuebles... La multitud se apiñaba ante la puerta... Sacudí... ¡ahondé!... Me ensañé... ¡me vi rechazado!... ¡Sucumbí!... ¡me desplomé entre la masa de rusos!...

Fumaban... escupían... ¡me pusieron verde!... Me vi frenado... ¡bólide anonadado! ... ¡Me desplomé cuan largo era!... ¡Me vi apretado, empaquetado, molido, en el oleaje de cuerpos!... ¡Un barullo interminable!... ¡Daban tres vueltas a la plaza desde hacía días y días! ¡semanas!... Marcaban el paso así... graznaban... tosían... bajo el sol... bajo la lluvia... la puerta de la oficina estaba cerrada... se entreabrió un poquito... Sólo admitían a dos a la vez... Tardaban horas en salir... días enteros... ¡Era para los visados!... ¡Una basca hormigueante y cubierta de churráis!... ¡y que se despiojaba con ganas!... ¡yo también me rasqué!... Era una mezcolanza... pululaba... de los sobacos... de los pies... Se desorbitaban todos hacia la puerta, cada vez que se abría... un barullo variopinto... se empujaban entre las verjas... se rascaban en busca de piojos... se laceraban... se hacían cosquillas... un batiburrillo... y especímenes de coquetas... ¡grandes negociantes y *moujiks!*... mucho de todo... presumidos con gabanes... profesores con binóculos... campesinas con pañuelo... todos ellos se trituraban, se hacían papilla los pinreles, forcejeaban, avanzaban al milímetro... ¡Tenía yo que pasar entre ellos!... ¡no iba a llegar nunca! ¡Mi consulado de Francia! ¡ahí! ¡se alejaba! ¡me veía deportado! ¡arrastrado a la izquierda! ¡me hice fuerte! ¡me liberé! derribé a judíos con gorra... ¡toda una compañía!... patillas con gafas enormes... dos popes con cruces en el vientre... Estaban apretados compactos. Me lancé terrible a huevo... en plena pasta de carne... trinché... ¡aparté todo!... ¡un impulso!... Tenía que llegar a mi peristilo... a mi consulado... ¡tierra francesa!... ¡Estaba compacto también allí, igual!... Obstruían la entrada... ¡toda una malgama piante y furiosa, franco-ruso-belga y tal y cual! todos ellos farfullaban, vociferaban... se ponían como chupa de dómine... doncellas agriadas... artistas... un camarero griego al que reconocí... un retaquito que cascaba... con mucho acento de Toulouse... Esperaban la hora de la apertura... volvía a abrir a las ocho para los visados del tren vespertino...

¡Yo tenía mucha más prisa que nadie!... ¡lo grité a aquel populacho!... ¡Tenía que imponerme inmediatamente! ¡No había acudido a esperar, yo!... ¡quería ver al cónsul en persona!... ¡A él!... ¡y en seguida!... Lo berreé por encima de aquella multitud... «¡El señor cónsul general!...» ¡Era lo menos!... Se me había desgarrado el abrigo... ya no era sino un jirón... ¡con los tirones de aquella gente!... ¡Colgaba detrás de mí en pingajos!... mi raglán tan caro... ¡Saludé a la bandera sobre la puerta!... ¡y al escudo!... ¡nuestros tres colores!... «¡Firmes!», ordené... «¡Firmes!», con voz estentórea por encima del tropel... Llamé a la puerta... Quería entrar... Las tías a mi alrededor, las preceptoras de francés, me llamaron tunante, bandido... No les respondí nada... llamé... ¡con más fuerza!... ¡Estaba dispuesto a arrollarlo todo!... ¡di unos porrazos terribles!... ¡patadones!... ¡Al final entreabrieron, de todos modos! ... una rendija... ¡lo atropellé todo! choqué... ¡contra el ordenanza!... ¡el conserje!... ¡ya estaba dentro!... ¡había ganado!... Pero ¡el corazón me flaqueaba! ¡me temblaban las piernas!... ¡me senté en el suelo!... ¡Demasiados esfuerzos!...

«¡Señor! ¡Señor!... *Mister!*», anuncié... «¡el deber me llama!... *Allons enfants de*

*la Patrie!*...» ¡berreé!... ¡con ganas!... ¡insulté a aquel machaca!... Me respondió en inglés «*Go away!*... *Go away! I am the Commissioner!*...» el tipo de lacayo con uniforme que se alquila por horas, por semanas, que defiende bien las antecámaras, los despachos, los lugares oficiales...

«¡El cónsul de Francia!...» requerí... «¡Quiero ver al cónsul de Francia!... ¡El señor cónsul general!...»

Por fin, ahí tenía a un empleado... Uno de verdad con lustrina... y después, ¡tres!... ¡diez más!... todos con lustrina y binóculos, cuello postizo de celuloide<sup>[160]</sup>... ¡Ah! ¡me detuve en seco! ¡Oh, celuló!... ¡me desconcertaron! ¡Eran los primeros que veía en Londres!... ¡Me quedé pasmado! Me fascinaron... ¡Llevaban todos pajarita!... ¡con el «sistema»!...<sup>[161]</sup> ¡Ya estaba!... ¡me reconocía!... ¡Toda mi juventud!... Me quedé ahí, bizco, aturdido... ¡con lo que se me iban los ojos tras sus pajaritas!... ¡Ah! ¡no podía quitarles los ojos de encima!... ¡Toda mi infancia!... ¡mi aprendizaje!... ¡el Passage des Vérododats!... Dios mío, ¿sería posible? ¡Llevaban todos una y la misma!... ¡como mi pobre padre!... siempre pajaritas con «sistema»... ¡de rayas y espiguillas, como la suya! negro y blanco... ¡Ah! ¡se me saltaron las lágrimas!...

«¡Señores!... ¡Señores!...» me dirigí a ellos... «¡Perdónenme!... ¡Es la debilidad!... ¡El hambre!... ¡Un desfallecimiento de nada!...»

«¿Tiene usted hambre?...», me preguntaron todos al unísono... Les apestaba la mui... Me resoplaban en la nariz... Vi sus raigones...

«¿Quiere usted algún socorro, joven?... ¿Socorro?... ¡Por las mañanas a las 10 horas!... ¡Vuelva mañana por la mañana!...»

Me echaban.

«¿Socorro?... ¿Socorro?...»

¡Ah! ¡qué granujas!... ¡Ah! ¡mi cólera!...

«¡Quiero alistarme, capullos!... ¡Quiero volver a la guerra! ¡Salvar a la patria!... ¡Gilipuertas!... ¡Aquí tengo mis papeles falsos!» ¡Así mismo se lo grité! se lo anuncié.

Vi que creían que desbarraba... Se hacían señas.

«¡Síguenos, joven!... ¡Síguenos!... Suba muy despacito... despacito con nosotros...»

Me invitaron... me escoltaron... Se me pegaron... No querían que escapara... ¡Oh! ¡Eran taimados!... ¡Ya me los conocía yo!...

Llegamos al primer piso... dos... tres... cuatro despachos en fila... todos ellos llenos de mecanógrafas... abortos, paliduchas y bizcas... una jorobada...

Al fondo, la «Oficina Militar»... escrito en la puerta acolchada... «Comandante Médico»... Nos colamos todos juntos... nos precipitamos... ¡y todas las mecanógrafas nos siguieron!... lanzaban risitas, los abortos... Me acompañaban... ¡No querían separarse de mí!...

Hacía lo suyo que no había yo visto médicos de uniforme... ¡desde el hospital, a decir verdad!... Al instante, ¡me excitó!... Desde Hazebrouk, en Flandes<sup>[162]</sup>...

«¡Firmes!...» grité... «¡Firmes!...»

Todo el mundo se rió... ¡jo! ¡jo! ¡jo!

«¡Enséñeme sus papeles, joven!... ¡Enséñeme sus papeles!...»

Me arranqué el bolsillo interior recosido en mi chaqueta... ¡bien preservado en el fondo de mis jirones!... Entregué mis papeles al comandante... Mi libreta... ¡mis citas!...

«¡Son todos falsos!»... le advertí en seguida... «¡Falsos todos!...»

¡Se lo avisé en voz alta y firme!...

«¡Enteramente falsos!...» Insistí.

Me hizo sentar. ¡Perfecto!... ¡Que los examinara a gusto!... Me arrellané en el sillón más amplio... Iba a examinarlos un poquito... Iba a disfrutar... Yo contemplé los vahos ahí fuera... las vaharadas que pasaban ante la ventana... que danzaban... grandes faralaes... ¡el ballet de las brumas!... mientras él examinaba mis papeles... ¡Canturreé una cancioncilla!... Había llegado con la lluvia... el ballet de los vahos... Se alejaba... se elevaba hacia lo alto... hacia Saint-Alban<sup>[163]</sup>... ¡a la ligera!... ¡la iglesia toda negra!... ¡la aguja con el sol de oro! ¡Ah! ¡qué efecto!... Las nubes se disipaban... ¡Ah! ¡yo sueño fácilmente!... Me dejo llevar así, en seguida... me pongo a decir paridas por menos de nada... quería que lo supiera ese otro de ahí... avisé al comandante... se lo advertí muy educado...

«Hay magia en la atmósfera...»

Una reflexión.

Ya estaba avisado.

«¡Acérquese, joven!...», me respondió, cortés pero firme. «¡Descúbrase!... ¡Los demás! ¡que salgan!»

Todo el mundo salió.

Me miró el brazo... las cicatrices...

«¡Firmes!...» berreé... «¡Firmes!...»

Me palpó la pierna, la nalga, los escrotos... me toqueteó todo... me auscultó... ¡me volvió a palpar!... Me hizo caminar... avanzar... retroceder...

Movió la cabeza... vi que me rechazaba...

«¡Quiero volver, mi comandante!... ¡Quiero volver!»... le supliqué, «¡No me rechace!... ¡Tengo que ir!... ¡Me persiguen!...»

Le solté todo el pastel...

«¡Soy el asesino! ¡Mi comandante! ¡he matado a diez!... ¡a cien!... ¡a mil!... ¡La próxima vez los mataré a todos!... Mi comandante, ¡envíeme otra vez!... ¡mi lugar está en el frente!... ¡en la guerra!...»

«¡Ya veremos!... ¡Ya veremos!...», me respondió con mucha calma... «¡Vístase! ...»

No me había dicho ni tres palabras... eso me parecía bastante insolente... conque me volví a poner el pantalón, las vendas, la camisa deshinchada... Me contempló... seguía moviendo la cabeza... Era un comandante con perilla, tipo regordete y

tripudo, de mejillas redondeadas, se quitó el binóculo, se lo volvió a poner... Llevaba polainas, espuelas, una gran funda de revólver... me preguntaba yo por qué... ¡No corría ningún peligro en su despacho!... Mandó a llamar a otro cuatro ojos... y después a los «*Commissionars*»... ¡otra vez los lacayos!... los que me habían recibido en la puerta... y entonces acudió todo el mundo... de todas las oficinas... todo el personal... ¡todo el consulado!... ¡todas las chorbas con moño! ¡iba a ser el gran espectáculo! ¡Me tenían rodeado!... ¡Se pusieron todos a cotorrear de nuevo!... ¡susurrar a propósito de mi caso!... ¡a hacerse señas!...

«¡Puede usted salir, muchacho!... ¡Puede usted salir!...»

¡Ya habían adoptado su decisión!...

¡Ah! ¡pero bueno! ¡qué ofensa!...

«¡A la guerra!...», grité... «¡a la guerra!... ¡No quiero salir de otro modo!... ¡Quiero mi alistamiento firmado ahí! ¡al instante!... ¡y sin retraso!... ¡Lo exijo!... ¡O lo toman o lo dejan!... ¡La vida o la muerte!...»

No me respondieron nada.

«¡A la guerra!», ¡les repetí!... «¡A la guerra! ¡como Pierrot el Bracitos!... ¡como René el Tirillas!... ¡como Jojo Boquita de Piñón!... ¡como Lucien Galant!...»

«Pero ¡si acaba usted de volver, joven!... ¡Ha cumplido usted del todo con su deber!... ¡Pronto tendrá su pensión!...»

¡Ah! ¡pues vaya!... ¡Intentaba hacerme conformar!... ¡Ah! ¡el lamentable farfullero!... ¡A mí, la conciencia en persona!... ¡Quería calmar mis escrúpulos!... ¡Ah! ¡el loco mamarracho!... ¡repugnante!... Conque, ¡se iba a enterar!...

«Pero ¡si no está bien hecho mi deber!... Pero ¿me ha mirado usted bien?... Pero ¡si tengo cantidades de deberes atrasados!... Y usted, ¿los suyos?... ¡Cuénteme!... ¿Pensión?... Pero ¡si yo no tengo pensión!... Pero ¡si no voy a tener nunca pensión!...»

¡Así mismo se lo dije!...

No se enfadó, volvió a hacerme entrar en razón... Se lo tomó con la mayor calma...

«¡Que sí!... ¡Que sí!... ¡La tendrá!... ¡La va usted a tener, amigo mío!... ¡Es usted un mutilado total!... ¡Uno de nuestros soldados más valientes!... ¡Tiene usted el 80 por ciento!... ¡Reclame un aumento!... ¡80 por ciento no está mal!... ¡2000 francos al año!...»

Pero yo, al contrario, ¡me acaloré!...

«Pero ¡yo soy un asesino, señores!... ¡Asesino!... ¿Me oyen bien?...»

Me dirigía a todo el mundo... ¡lo berreaba!... ¡lo bramaba!... ¡Ya es que no nos entendíamos!... Ponían todos caras tristes... Eran al menos treinta, en círculo, con lustrina, así, en derredor... boquiabiertos... ¡contemplándome!... Y después volvieron a la cháchara... ¡al cotorreo!... a las disputas... con muchas risitas solapadas...

«¡He matado a dos!...», volví a empezar... «¡He matado a diez!... ¡y he matado a

muchos más!... ¡Voy a acogotar a muchos más!... ¡Escúcheme, mi comandante!...»

Le supliqué... ¡me arrojé a sus rodillas!...

¡Esa vez se puso serio! ¡Lo estaba sacando de sus casillas!

«¡Está usted licenciado, muchacho!... ¡Sus papeles! ¡sus papeles están en regla! ... ¡Absolutamente impecables!... ¡Licenciado!... ¿Me comprende?... ¡80 por ciento!... ¡Pasó usted los consejos! ¡Dunkerque! ¡Béthune! ¡La Rapée!...<sup>[164]</sup> ¿Recuerda?... ¡Espere, pues, a su pensión! ¡Se están haciendo las gestiones!... ¿Vive usted con sus padres en Londres?...»

Era demasiado curioso, ¡me parecía a mí!... ¡Quería intimidarme otra vez! ¡Ah! ¡ya lo veía yo venir! ¡desviarme de mi deber!... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡qué miserable!...

«¡He matado a doce!», ¡exageré!... «¡he matado a cien!... ¡Aún no se ha acabado!... ¡Quiero volver! ¡Quiero matar a mil! ¡Quiero expiar mis faltas!... ¡Quiero volver al frente!... ¡al 16.º!... ¡16.º de coraceros!»

A raíz de eso, volvimos a hablarnos amablemente... Quería hacerme entrar en razón... Muy solícito... ¡Se puso a halagarme!... «¡Un héroe!... ¡Un héroe!...» ¡me llamaba!... Todos los chupatintas ante esa palabra... todas las señoritas de los despachos se tronchaban de risa...

«¡Tiene usted la medalla militar!...»

«¡He matado a doce, mi comandante!... Si vuelvo allá, ¡los mato a todos!... ¡Quiero volver al pelotón!... ¡Degrádeme!... ¡Degrádeme! Pero ¡quiero volver al servicio!... ¡y en seguida!... ¡Soldado raso, si es necesario!...»

¡Ah! ¡estaba empeñado!...

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡amigo mío!... Está usted nervioso, ¡y nada más!... ¡Ha cumplido usted con su deber!... ¡Todo su deber!... ¿Quiere usted regresar a Francia? ... ¿Quiere usted ver al cónsul?... ¿Se ha quedado usted sin recursos?... ¡Lo repatriaremos!... ¿Cuál es su profesión?...»

¡Me crispaba aquel tío chocho!

«¡Basta!...», le dije... «¡Ya está bien!... ¡Déjese de pamplinas!... ¡Quiero volver al frente!... ¿Entendido?... Quiero volver a cumplir con todo mi deber... ¡Que quede claro! ¡Solo, si es preciso!... ¡quiero matarlos a todos!... ¡Cuidado, mi comandante! ... ¡no va a ser así!... ¡No quiero regresar a París!... ¡Quiero volver al frente!... ¡como Lucien Galant!... Benoit el Bigotes...»

«Pero ¡no puede usted, amigo mío! ¡Tiene usted el 80 por ciento!...»

«Entonces, ¡lo voy a asesinar a usted!...», le respondí sin cortarme un pelo.

«¡Pásenme un sable!...»

Y salté hacia el atizador, que vi ahí, muy cerca... en el cubo de carbón... ¡Iba a traspasarlo, al payaso!... ¡a aquel barbitas!...

Entonces, ¡se arrojaron cuatro sobre mí!... ¡Me derribaron!... ¡me maltrataron!... ¡Me defendí a patadas!... ¡Los mordí!... Me llevaron... me arrastraron... ¡me desriñonaron! ¡cepillé el pasillo!... así, cogido de manos y pies... Pasamos ante un vano abierto... ¡en el gran salón sombrío!... ¿A quiénes divisé... ahí, al fondo, muy

pálidos... auténticos fantasmas... sobre el fondo negro?... «¡Alto! ¡Alto!»... grité a mis brutos... a aquellos cobardes que me sometían al pancracio, me dislocaban...

¡Oh! ¡ahí! ¡Firmes! ¡Los vi!... ¡A todos los vi!... ¡Allá! ¡al fondo!... ¡Los viejos amigos!... ¡de pie sobre el fondo negro, ahí!... ¡firmes!... Todos en coro, uno... dos... tres... cinco... ¡seis!... ¡de pie y tiesos! «¡Hola!», les grité, «¡Hola! ¡Eh, muchachos! Hola a todos... ¡En pie, los bravos!...» ¡Los veía clarísimos! ¡Ah! ¡sin la menor duda! ¡Firmes ahí! ¡exactos! Néstor, bajito, al fondo de la sala... ¡con su cabezón cortado en las manos!... ¡lo sostenía sobre el vientre!... ¡un macarra del *Leicester*!... ¡que se había marchado la semana anterior!... ¡Y el Mantecas a su lado! ... ¡y Fred el de la Moto!... ¡y Pierrot el Bracitos!...<sup>[165]</sup> ¡Y Jojo Boquita de Piñón!... ¡Y René el Tirillas!... ¡éste con el vientre abierto pero bien!... ¡Sangraban todos por algún lado!... ¡Eso era lo curioso!... ¡Y Lucien Galant y Muguet!... ¡El Matamoscas en infantería de marina!... ¡y Lu el Trolas de artillero!... ¡todos ellos alineados impecables en el fondo del salón! en la parte más lóbrega... ¡No decían nada!... ¡todos ahí de pie!... de uniforme, pero descubiertos... ¡Tenían todos la cara pálida!... blancos... blancos... como un reflejo blanquecino bajo la piel... un brillo...

«¡Eh! ¡muchachos!», volví a llamarlos, «¡eh! ¡muchachos!... ¡eh! ¡chorras!... ¡eh! ¡reclutones!... ¿qué tal ahí dentro?...»

No respondieron nada... ¡No se volvieron!...

«¡Están helados! ¡la leche!...»

¡Arrastré a todo el mundo tras mí!... ¡Quería ir a hablarles en persona! ¡hablarles de cerca!... así, en la jeta... ¡Ah! ¡ya podían agarrarme!... ¡era más fuerte que todos! ¡Me retorcieron!... ¡aullé!... ¡al menos catorce burócratas!... y dos... ¡tres solteronas!... ¡que me magrearon en plenas partes!... ¡las fuerzas se me duplicaron! ... ¡todo el personal!... ¡los ordenanzas!... ¡los arrastré! ¡Todo el racimo humano!... ¡hacia el fondo!... ¡la obscuridad!... ¡Quería hablar a esos titis!... ¡ahí donde estaban, cubiertos de sangre!... ahí, muy pálidos... firmes... ¡Quería tocarlos!... ¡Ya estaba! ... ¡Los toqué!... ¡Habían desaparecido!... ¡La hostia!... ¡Había que ver!... ¡Lo grité muy alto!... ¡la impostura!... ¡Otra cabronada!... ¡Se habían desvanecido!... ¡evaporado!... ¡Peor para ellos, joder!... ¡Ya lo pagarían!... ¡No encontrarían a nadie en el gran Hoyo!... ¡Eran todos carne de perdición!... ¡Los había reconocido yo perfectamente a todos!... ¡Todos los amiguetes del *Leicester*!... ¡Bien que me habían visto también ellos a mí!... ¡Habían desaparecido sin más ni más!... Con las tripas en torno a la cintura... ¡en el fondo del cuarto del consulado!...

«¡Hale! ¡baje!... ¡baje!... ¡Sáquenlo de aquí!...»

¡Así me trataban! ¡Cómo cumplen con su deber los ordenanzas! ¡Ah! pero ¡hubo lucha! Yo quería quedarme allí, en el suelo, soñar, reflexionar. Me arrojé bajo un banco. Me atraparon, me sacaron, dislocaron. ¡Ah! ¡estaban demasiado coléricos! ¡Los había sacado demasiado de sus casillas! Incluso al comandante, tan condescendiente... ¡Ninguno tenía ya ni pizca de paciencia!... ¡Cargaron contra mí todos juntos y a un tiempo!... ¡Todos los empleados del cónsul!... todos furiosos



entonces, ¡hombres, mujeres, señoritas!... ¡Caí! ¡rodé! ¡me hundí!... ¡me desplomé al pie de la escalera!... «¡Viva Francia!...», ¡grité de todos modos!... «¡Viva el cónsul! ... ¡Viva Bedford Square!... ¡Viva Inglaterra!...»<sup>[166]</sup>

«¡Fuera!... ¡Fuera!...», ¡gritaron, a su vez!... ¡Ya veis cómo me respondía esa gente!... ¡Y con ensañamiento brutal! ¡todo el mundo volvió a desgarrarme!... ¡descuartizarme!... ¡arrancarme más jirones de la chaqueta!... los ordenanzas, las secretarias, el canciller, ¡el propio cónsul!...

«¡Yo soy el cónsul!», me advirtió.

¡Ah! ¡qué monstruo!... ¡Llevaba binóculo como los otros!... ¡Vino a insultarme!

...

«¡Lárguese a la puta calle, chulo!...»

No se puede ser más brutal.

«¡Es usted un grosero!...», le respondí... «¡Viva el ejército francés!...»

¡Ah! ¡no quería ni oír hablar de eso! ¡respingaba! ¡pataleaba! ¡rabiaba!... ¡daba saltos en el sitio!...

«Sáquenlo... ¡Sáquenlo!...», dijo a los cuatro «*commissionars*» de guardia... ¡Auténticos cachas, hércules que pusieron manos a la obra al instante!... ¡Me vi arrebatado!... ¡La gran puerta abierta!... ¡La calle!... ¡Partí en trayectoria!... ¡Proyectil!... ¡Me elevé!... ¡Surqué!... ¡Cohete!... Me cerní sobre la acera, arma nueva, ¡sobre la multitud!... ¡y *pzoff!*... ¡caí de lleno en ella!... de lleno entre los rusos... ¡Ah! ¡papilla!... ¡Las piaron con avaricia al recibirme!... ¡Había dado un porrazo a cinco de ellos!... ¡Yacían ahí! ¡los cinco!... ¡Las mujeres me arañaron!... ¡me arrancaron lo que me quedaba!... Titubeé entre los vientres... de las emigrantes con pañuelo, de las campesinas camino de América... ¡Todo un pueblo me colmó de injurias!... Ya no podía separarme de los miembros, de los cuerpos enmarañados. Volví a andar sobre los caídos... Nos pisamos unos a otros... Los cuerpos me abroncaban cosa mala, en ruso, en italiano, en checo... El más avieso, el más piante, derribado ahí en el suelo, era un chinito, un hombrecillo con túnica de seda gris y un gran rollo de papiros bajo su cuerpo, ¡un gran papiro con sellos!... recogió todo eso muy furioso, se volvió a levantar... y su paraguas y su gran sombrero de artista... como un fogón de castañera... ¡se atusó la chalina!... ¡y me echó una buena bronca! ... ¡La tomó conmigo!... Era francés, ¡no había duda!... ni el menor acento... ¡vestido así, de chino!...

Al principio me quedé estupefacto... después me repuse... y luego, ¡menuda la que le eché!...

«¡Payaso!... ¡Cállese!...», le conminé.

«¡Vándalo! ¡Cafre!...», fue y me respondió.

«¿A quién está hablando?...», le pregunté.

«¡A un bestia!... ¡a un asesino!...»

«¡Tiene usted razón, amigo!», ¡lo aprobé al instante! ¡encarecí!... Pues, ¡no estaba yo orgulloso ni nada de ser asesino!... ¡Ah! ¡había acertado! Pues, ¡no había

yo matado ni nada!... ¡estaba bien en lo cierto!... ¡Ah! ¡menudo!... ¡Ah! ¡me sentía inspirado!... ¡Ah! ¡le recité!... «¡He matado a diez!... ¡he matado a mil!... ¡Caigo del cielo!... ¡Ya lo ha visto usted! ¡bien lo ve, falso chino!...» ¡Ah! ¡cómo me tronché!... «¡Tipejo!... ¡Payaso!...» ¡así gritaba en pleno Bedford Square!... ¡Ahora nos divertíamos mucho!... no sólo yo... ¡toda la multitud!...

Entonces lo miré muy de cerca, al piante ese... Pensándolo bien, me pareció menos imbécil que los otros... ¡Lo cogí! ¡zas! ¡me lo llevé!... de la manga... ¡Ahora a mí la iniciativa!... ¡Tenía algo que decirle!... ¡Aún nos vimos estrujados!... prensados... aplastados... apisonados... ¡expulsados por fin!... Se puso a atusarse el sombrero... sus enormes alas... Tenía yo que explicarle un poco... ¡confesarme en detalle!... ¡Era una necesidad repentina ahí!... ¡también era como una excusa!... ponerlo al corriente un poco... de todo lo que me había ocurrido... ¡que no era corriente, vamos!... ¡el porqué un poco de mis sinsabores!... para no quedarme con todo dentro... ¡Volvió a anudarse la chalina!... con mucho cuidado... Nos habíamos sentado en el encintado ahí, bajo el sicómoro de la plaza...

«¡Hum!... ¡Hum!...», decía, así... a medida que le contaba... escéptico más bien, ¡ya lo veía yo!... Dudaba un poco de mis palabras... «¡Cómo se enrolla!», pensaba él. «Un joven que se da tono... ¡que quiere deslumbrar a un viejo como yo!» ¡Ah! ¡yo quería convencerlo, de todos modos! ¡Me empeñé! Conque, ¡volví a empezar todo desde el principio!... Que si en el hospital de Hazebrouk estaban a punto de amputarme la pierna, que si les parecía muy pocha... ¡y el brazo al mismo tiempo!... con eso está dicho lo pachucho que estaba yo... y, además, la cabeza... la meningitis... un trocito de metralla en el oído izquierdo... tan grave y febril, que se preguntaban de un día para otro... así, allí, al borde, pues, de la negrura con un pie en el estribo, de hecho, me había hecho un amigo de verdad, en la sala de hospital de Hazebrouk... ¡Sala Saint-Eustache!... ¡exactamente!... Farcy Raoul, herido en la mano izquierda... Farcy Raoul, del 2.º de África... ¡Como yo!... la misma sala... ¡dos camas más allá!... Sala Saint-Eustache... Lo habían operado de la mano... Aullaba igual después de la operación... se le había declarado un poco de gangrena... había durado cuarenta días... Habíamos tenido tiempo de charlar... Me había cogido simpatía... habíamos concebido proyectos hermosos. Teníamos la misma edad exactamente... «¡Iremos los dos a Londres!...» ¡Estaba decidido!... ¡Hablabamos de cuando aquello hubiera acabado!... ¡Lo veía posible, él, para el invierno!...

«Ya verás, ¡en casa de mi tío Cascade!... ¡Cómo funciona!... ¡Ya verás tú qué vida!... ¡Ya verás tú qué queli!... ¡él también estuvo en los Batallones de África! ¡mi querido tío Cascade!» No cesaba de hablar de ese Cascade... Por fin, ¡hermosos horizontes!... ¡Proyectos atrayentes de verdad!... Buena falta me hacían... ¡Estaba bastante jodido yo!... ¡Cada vez más demacrado incluso!... ¡Sala Saint-Eustache!... ¡Supuraba por todo el cuerpo!... Me habían hecho tres eburnaciones<sup>[167]</sup> del húmero, de la tibia, los dos afectados... ¡Una delicia, vamos, más luego los drenajes, mechas y yesos... trozos de huesos pegados... me hacía un daño, que me tiraba casi todas las

noches gritando... Al final, poquito a poco, así, de un buen proyecto a otro, ¡el Raoul me había animado!... la moral, ¡hay que reconocerlo! ¡Bien que lo necesitaba!

«¡No te preocupes, titi!... ¡No te preocupes!...», así me hablaba. «¡Nunca volveremos por aquí!... ¡Ya verás tú lo que es Londres!... ¡qué plan más fetén!... ¡Espera a que me den la convalecencia!» Era muy amable por su parte.

Yo me animaba de maravilla entre escaras y suturas... ¡y las sobrellevaba!... Creedme, os lo ruego... Bueno, pues, ¡patatrac!... ¡todo por los suelos!... ¡Una mañana vinieron preguntando por él, Farcy Raoul!... Salía de la sala de las curas... Los gendarmes lo interpellaron, ¡lo emplumaron!... ¡las esposas!

«¿Adónde vas?» Salté... «¡Mueran los guripas!», fue y me gritó... «¡Mueran los guripas!»... así, delante de todo el hospital... Y después volvió a recomendarme aún, desde lejos... mientras los guris se lo llevaban... «¡Cascade! ¿oyes?... ¡Cascade!... ¡No te rajes! ¡Mueran los guripas!...» ¡Ésas fueron sus palabras!... las últimas que le oí... Aquella misma noche nos enteramos de lo demás... ¡empaquetado en consejo de guerra, el Raoul!... ¡Se lo cargaron dos días después!... Farcy Raoul... ¡Mutilación voluntaria!... ¡2.º de África!... ¡Puede que fuera verdad y puede que no!... ¡Hacen lo que quieren!... Para lo que les importa... Un destacamento fue, convalecientes del hospital, desfilaron ante su cadáver... Lo fusilaron al amanecer, en el patio, el patio Barnabé, nombre de la prisión militar. No flaqueó... «¡Muerte a los guripas!», les gritó, así, en el momento del disparo. Y se acabó.

¡Ah! ¡me dio pena de verdad!... Pocas son las cosas que me afectan... Yo, que fui primavera de nacimiento, hijo de mis padres, empleados laboriosos, sumisos, amables, muy serviciales... me había instruido pero bien, me había abierto las pupilas, el Raoul, lo eché de menos, la verdad... Raoul... no sabía escribir demasiado bien... se lo escribía yo todo por él... con la mano izquierda se lo escribía yo todo a Londres, a su tío Cascade... Farcy Cascade... dos cartas por semana... Farcy Cascade, Leicester Street... estaba decidido perfectamente... Nos esperaba a los dos... ¡absoluta, plenamente de acuerdo!... Estábamos iguales, por así decir, para el permiso, estábamos casados allí... los dos... ¡con inglesas! ¡camelo!... y con los papeles, licencias, ¡todo!... ¡Todo estaba previsto!... ¡trajinado!... ¡falsificado fetén!... Y después, ¡patatrac!... ¡El Raoul! ¡Qué faena!... Justo cuando yo mejoraba un poco... En fin, ¡no la diñaba!... ¡Qué leche! ¡Mala pata!... Me recuperé... ¡escribí al tío! Farcy Cascade, Leicester Street...

«Vente», me respondió de inmediato... «¡Vente, que quiero hablar contigo!» ¡Y sólo me conocía por las cartas!... ¡Ah! yo tenía el canguelo del Raoul... un pánico cagueta, ¡me lo había pegado!... ¡Me había asqueado de la guerra!... «¡No vuelvas a tu casa!...» Me lo había vuelto a gritar en el último momento... «¡Te trincarán!... ¡Ya ves!... ¡Cazan la carroña!» Se refería a sí mismo...

«¡Vete a Londres!... ¡No te olvides de Cascade!...», ¡fueron sus propias palabras! ¡Ah! ¡no se me iban de la cabeza! ¡las últimas que había pronunciado!

Con eso me recuperé... Me obstiné... «¡Vente!... ¡Vente!...» ¡Ya sólo pensaba en

Londres!... Luego los tres meses de convalecencia... ¡Ah! no me rajé, me embarqué.  
¡Me invitaban! ¡Aproveché! ¡el momento! ¡la potra!

¡Llegué!... ¡Ah! ¡qué buen ambiente!... ¡Ah! auténticos hermanos... Colegas de sangre... ¡así mismo!... En seguida me pidieron noticias... Expliqué lo del Raoul a Cascade... ¡La pena que le dio!... ¡Me hizo explicárselo así, al menos diez veces seguidas!... No se lo creía... ¡No podía creerlo!... ¡No se cansaba nunca de mi relato!... ¡que volviera a empezar!... ¡y otra vez!... ¡lo quería de verdad como a un hijo!... al Farcy Raoul... estaba completamente conmocionado... ¡Así había sido mi llegada a Londres!... las circunstancias providenciales... la suerte de haber conocido a Raoul, el pobre Raoul y su tío Cascade...

Conté mi historia al chino, así, en el bordillo de piedra... quería ponerlo al corriente... me aliviaba...

«¡Ya ve usted lo que me ha ocurrido!... ¡Ahora le toca a usted!... ¡Cuénteme su aventura!... ¡Yo le contaré el resto después!... ¡Aún me queda la tira!... ¡No puedo decirle todo de una vez!... ¡Después de cogerlo por banda así!... ¡en confianza!»

¡Ah! ¡huy, huy! ¡Qué gracia tenía!... ¡Unos minutos de cachondeo!...

«Como comprenderá usted», fui y añadí, «le habría gustado mucho dejarle todo a su Raoul... todo su picadero... todos sus negocios... todo el *Leicester*... Se habría ido al Sur, él, ése era el proyecto de Cascade... a plantar sus claveles... ésa era su idea... ¡Menudo lo que es el *Leicester*! agotamiento de día y de noche... ¡no lo aguantaría cualquiera!... Dotes de mando...»

¡No me respondía nada, el chino!...

¡Ah! me irritaba, lógicamente...

«¡Oiga, amigo!», fui y le dije... «¡No es usted charlatán!... ¿No irá usted a hacerme la cama?...»

Me inquietaba de repente, ese payasín... ¿No me habría ido de la lengua?...

«¡Oh! ¡tranquilo, joven!... ¡Demasiado ocupado estoy con mis empresas personales! ¡Tengo otras cosas en qué pensar para crearle problemas!... ¡Ya no soy un chaval! Tal vez lo haya notado usted... ¡Juguete de las pasiones!... ¡víctima de los entusiasmos! ¡A Dios gracias! ¡ya no tengo cabeza de chorlito! ¡Joven efervescente! ¡ya no soy un volatinero que hace piruetas entre espantos y ventoleras! ¡Oh! ¡huy, huy! ¡Puah!... ¡Cuidado! ¡No se confunda! ¡El hábito hace al monje!...»

El falso chino se pavoneaba.

«¿Calidad decía usted? ¿eh? ¡hace un momento!... ¡A propósito de esa pobre gente!... No tiene usted ni idea... ¡He comprendido al instante!... ¡Ya aprenderá usted a conocerme!... ¡acaso!...»

Y una sonrisita de superioridad...

«¡No quiero intimidarlo!... ¡oh! ¡ni la menor intención!... ¡Deslumbrarlo con mis títulos! ¡científicos, nobiliarios!... ¡No, desde luego!... ¡Flaqueza de viejales, cree usted!... Reflexionó... «¿Qué hará usted con su suerte, joven?... Es usted un héroe, al parecer... ¡Así lo afirma!... ¡Hum! ¡Héroe de la guerra!... ¡Presa fácil!... ¡Juguete

heroico!... ¡Un niño!...»

Yo lo había molestado.

«¡A su edad todo está permitido!... ¡Valor! ¡Valor!... Por mi parte, dése cuenta bien, ¡tengo otras cosas que hacer que ir a arrojarme bajo los tanques!... ¡He conocido toda clase de infortunios!... ¡Toda clase!... ¡La guerra es una pedorrera! ¡La vida es breve!... ¡Diversión!... ¿Qué queda de ella?» Me lo susurró al oído...

«¡Nada! ¿Eh?...»

Gozaba con el efecto... Desechó todas mis confesiones así, de un manotazo...

«En una palabra, ¡no me enseña usted nada!...»

Si sería presumido.

«¡Mire! ¡Le queda todo por aprender! ¿Es usted iniciable?...»

¿Iniciable?...

«¿Qué soy yo? ¡a ver!... ¿Lo sabe usted?... Yo le atraigo... ¿Me confía usted todos sus secretos? ¿Es por mi túnica?... ¿Le cautiva mi fluido?... ¿ya?...»

Puse cara de idiota.

«¡Francés! ¡lo soy, sí, desde luego! ¡Cuidado!... ¡Y de pura cepa! ¡Y de ello me precio! ¡Sin orgullo! ¡Así es! ¡dignidad lógica!... Pero ¡iniciado! ¡Es distinto!... ¡Ah! ¡ahí está el secreto! ¡He hecho mucho por mi patria! ¡Aquí, donde me ve!... ¡Explorador! joven amigo... Explorador... ¿Debo morir?... ¡Mire mi traje!... ¡Iniciado, joven!... ¡Iniciado!...»

Se acercaba aún más, me lo susurraba... ¡con ardor! palabras entrecortadas...

«¡El Tíbet! ¡Ah, el Tíbet! He soñado con él... ¡Sí!... ¡He soñado!... lo confieso... delito... ¡a las primeras llamadas del cuerno!... Cazador a pie, joven... ¡Cazador a pie!... ¡Oficial de la reserva!... ¡volver al servicio!... ¡a mi quincuagésimo séptimo año!... ¡Ya lo verá en mi hoja de servicios!... correr a ofrecerme a Gallieni<sup>[168]</sup>... ¡Lo conocí!... ¡Politécnico!... Y, además, verdad... la reflexión... ¡Tengo mejores cosas que hacer! ¡con mis dotes!... ¡mi obra! ¡mis trabajos!... ¿perecer en el momento preciso en que las tinieblas se desgarran?... ¡Ya se enterará más adelante!... ¡El trivial deber!... ¡sería un suicidio!... ¡y qué suicidio!... Tal vez un día aprenda usted... ¡Cuidado!... ¡al grano!... ¡aquí me tiene!...»

Me entregó su tarjeta.

HERVÉ SOSTHÈNE DE RODIENCOURT

Prospector Reconocido de Minas,  
Explorador de Campos Ocultos,  
Ingeniero Iniciado

«¿No le dice nada este nombre? ¡Claro!...»

No chisté...

«Me lo sospechaba... ¡joven e ignorante!... ¡Ahí está!... ¡Una cosa va con la otra!... ¡El Tíbet, señor mío, soy yo!... ¿Los conocimientos del Tíbet? ¿Todos los conocimientos del Tíbet? ¡Aquí! ¡verdad!... ¡están aquí!»

Se tocó la frente.

«¿No ha seguido usted la misión Bonvallet?...<sup>[169]</sup> ¿No?... ¿No sabe usted nada de eso?...»

Me miró de arriba abajo.

«¿Bonvallet?... ¡Qué extraño!... ¡Qué extraño!...»

Se corrigió.

«En el fondo, ¡mejor!...» Al oído: «¡Qué charlatán, ese Bonvallet!... ¡Qué canalla!... ¡Y nada más!... ¡Dicho sea entre nosotros!... ¡Un payaso!... ¡Nunca estuvo, en el Tíbet! ¡Qué fanfarrón!... ¿Ése, en la Gaurisankar<sup>[170]</sup>? ¡Oh! ¡huy, huy!» ¡Se tronchaba sólo de pensar! ¡en ese Bonvallet! Se carcajeaba... ¡Haberlo confundido con el Monte de Oro! ¡Qué Bonvallet! ¡Qué estafador!... ¡Qué jodío Bonvallet!... ¡Agente de Inglaterra!... ¡de los trusts!... ¡El bandido internacional más alto del mundo! ¡Gaurisankar! ¡7022 metros!... ¡Todo tiene explicación! ¡Vendido Bonvallet!... ¡Qué traidor!...

Yo adopté el mismo tono. Aprobé... me reí burlón...

«¡Oh! ¡huy, huy! ¡Qué golfo! ¡qué asqueroso, ese Bonvallet!...»

¡Ah! ¡no se lo podía quitar de la chola, el Bonvallet ese! se le ponían unos ojos terribles, mirada asesina, ¡sólo de hablar de él!... ¡de ese Bonvallet espantoso!... ¡y yo soy experto en miradas!...

«¿Le intereso? ¿O le aburro?... ¡Dígame francamente!... ¿Necesita usted chavalas sin duda? ¿No está usted desencarnado? ¿le mola el sortilegio de las nalgas? ¡La voluptuosidad!... ¡los suspiros!»

¡Ah! ¡huy, huy! ¡cómo le asqueaba! ¡ahí, de repente!... ¡Puah! ¡cabreado como una mona!... ¡me metía con Bonvallet! ¡Ah! ¡en el mismo saco!... ¡qué dos inmundos! pero ¡era figuración suya! ¡yo no tenía la menor voluptuosidad!

Así, a fuerza de dar vueltas en torno a la plaza, hablando, volvimos a hallarnos ante el consulado... donde nos habíamos encontrado... mejor dicho, ¡topado!... el consulado del zar... La inmensa bandera con el águila negra ondeaba alta por encima de las muchedumbres... hormigueantes, mugientes... esperando los visados. ¡Un auténtico ejército ahora rascándose, gargajeando, maldiciendo! un rumor tremendo...

«¿No ha hecho usted nunca exploraciones?», se dignó inquirirme.

«No... no gran cosa...»

Reconocí.

«¿De verdad busca trabajo?...»

«¡Ah, eso sí! ¡ya lo creo!...»

«¿Sabe usted montar a caballo?»

¡Qué pregunta!

«¡Ah! ¡huy, huy! ¡puede usted creerme! ¡ah, eso sí que sí! ¡Menudo! ¡sé hacerlo todo tocante a caballos!... ¡Sé almohazarlos! ¡sé ensillarlos! ¡sé darles de beber! ¡hacerlos trotar! ¡galopar! ¡saltar! ¡humillar! ¡valsar!... ¡Todo lo que usted quiera!... ¡Y con referencias, eh! ¡Cinco años!... ¡me he acostado, yo, con caballos! ¡he comido con ellos! ¡he comido sus cagajones! ¡aún tengo la boca llena de ellos, vamos! ¡Para que vea usted! ¡para que vea! ¡Aún me encabrito! ¡coceo! ¡soy casi caballo! ¡dicho sea entre nosotros! ¡más que a medias!... ¡No me quedó más remedio! ¿Le bastaría eso?»

«¡Bien! ¡Bien!»

Relinché para que me entendiera bien, no se figurase que eran mentiras.

¡Ah! ¡gran impresión!

«Me parece que puede valer...»

Convino. Y después le volvió a entrar mucha preocupación.

«¡Ah! pero es usted de la plebe...»

¡Otra mudanza! otra cosa que le molestaba...

«¡No es usted de cuna! ¡evidentemente!» Recalcó lo de «cuna»... «¿ni el menor abolengo en la sangre?»

¿Plebe? No acababa yo de entender... Se trataba de un empleo...

«¿Su padre y su madre?... ¿del común?»

¡Qué rostro!

«¿Y usted, cacho bestia?...»

«¡Chsss! ¡Chsss! ¡Sin insultar!... ¡Ignora usted totalmente su importancia!»

Le escuché.

«Mire, los antepasados, verdad... para mí, ¡es el culto!... ¡El mito!... ¡El culto de la sangre!... ¡el culto de los muertos! ¿Me comprende?...»

No tenía yo inconveniente en probar... Probaba todo...

«Pero ¡cuidado! ¡Sin arrebatos! ¡Ojo! ¡Ojo! ¡El drama de China! ¡Admitirlo todo! ¡Promiscuidades! ¡Todos los antepasados! ¡Oh! ¡huy, huy!... ¡Todos a la vez! ¡Cualquiera! ¡Churras y merinas!... ¡Discriminemos! ¡Discrimine!... ¡Desastre!»

Unos ojos terribles.

«¿No lo sabe usted?»

Yo no sabía nada...

«¡Veneran a cualquier muerto en China! ¡a cualquier antepasado! ¡Qué error! ¡Qué asquerosidad!...»

«¡Ah! ¡qué grotescos son esos chinos! ¡qué imbéciles!...»

«¡Está jodida China!... ¡jodida! ¡joven! ¡Yo sé por qué!»

Sabía todo él.

«¡A cualquier muerto! ¡Los veneran a todos! ¡Así de sencillo! ¡A todos! ¡Ah! ¡no le quepa duda! ¡hombre, se lo digo yo! ¿su cielo? ¡un picadero! Ya ve usted el resultado...»

Lógicamente...

«¡Un desastre! ¡Es inevitable! ¡Imagínese usted!... Adoran a sus mujeres de la limpieza, a sus antiguas sacerdotisas, a sus reinas, a sus diosas, a sus rameras, ¡en un batiburrillo todas! ¡a sus cobardes! a sus valientes, ¡las rojas jerós de la plebe igual que los generales del ejército! ¡todo en el mismo revoltillo! Los falsarios con los guardias, ¡los banqueros con los jueces! ¡los sabios con los que tiran de los carricoches! ¡La nada! ¡amigo mío! ¡la nada! ¡Ése es el resultado!»

¡Ah! ¡Lo sacaba de quicio esa horrible promiscuidad! hacía grandes gestos, la gente nos miraba...

¡Se la traía floja! ¡Nada lo detenía! ¡Estaba lanzado!

«¡No, amigo mío! ¡Hay que elegir! ¡Créame!... ¡los villanos mueren y permanecen muertos! ¡Como manda la justicia!... ¡Es necesario!... De lo contrario, ¡triumfa el contagio!... ¿Me comprende?... ¡La abuela de usted, por ejemplo<sup>[171]</sup>! ¡ínfima plebeya, sin duda! muerta, ¡permanece muerta!... ¡y bien muerta!... ¡ya no estorba más! ¡No infesta más la ciudad! ¡la Alta Ciudad del Recuerdo!... mientras que, ¡mi abuelo, por ejemplo! ¡al que venero con toda razón! ¡Revive en mí! ¡Toda una existencia de gloria! ¡de servicios regios!... ¡Lo hago revivir mediante mi sangre! ... ¡magnífico! ¡Sobrevive en mí!... ¿Me comprende?... ¡Lo cultifico!... ¡Piadoso y práctico!... ¡La sangre buena no miente!... ¡El culto!... ¡Todas las devociones!... Me sirve... ¡le sirvo!... ¡Lo prolongo!... ¡Me ilustra!... ¡Lo idolatro!... ¡Lo llevo conmigo por doquier! ¡El culto del muerto!... ¡Pronto se lo enseñaré!... ¡en persona mística! ¡Está en mi casa con mi mujer!... ¡Ha dado con nosotros tres veces la vuelta al mundo! ¡en su cenotafio<sup>[172]</sup> de viaje!...»

Miró rápido a derecha, a izquierda... ¡Ah! ¡desconfiaba de los transeúntes!

«¡Está impecable momificado! ¡consagrado! ¡Ya lo verá con sus propios ojos!...»

Aquello prometía.

Resumió:

«¡Cojo de China lo necesario!... No todo...»

¡Qué suerte!...

«¡Ah! ¡volvamos a usted, hijo mío!... ¡Aquí tiene usted su oportunidad!... ¡Llvida del cielo!...»

Todo se arreglaba...

«¡Jinete!... ¡Centauro!... ¡Entre los dos! ¡Villano, desde luego! Pero, señor, ¡qué le vamos a hacer! ¡Se formará usted en la nobleza! ¡Y se acabó! ¿Sin antepasados válidos? ¡Ya veremos! ¡Cultificará usted al mío! ¡Lo transmudaré hacia usted! ¡un poco!... ¡lo necesario!... ¡Le prestaré algunas de sus mallas!... ¡la cota es de talla!



¡Achille Norbert! ¡26 cuarteles!... ¡Una fibra de mi linaje! ¡Le prestaré una fibra!... ¡Exacto! ¡una fibra!... ¡Lo haré caballero! ¡Blandirá mi estandarte!... pero ¡no con ese rostro!... ¡Oh! ¡qué mueca!... ¡Todo por fe! ¡joven! ¡Fe!...»

Clamó esas palabras en voz muy alta... «¡Todo por fe!»

«¡Nuestra divisa! “¡Todo por fe! ¡Rodiencourt!” ¡Concilio de Poitou! ¡1114!... ¡No es cosa de ayer!...»

¡Me alegraba por él!...

«¡Para nosotros dos!» Me volvió a aferrar el brazo... «“¡Todo por fe!”... ¡Quiero utilizarlo a usted! ¡Mi próxima misión! ¡Mi gran obra!... ¡Cuidado!... ¡Quiero toda una caballería!... ¡Entiéndame bien! ¡treinta porteadores! ¡Ciento cincuenta caballos! ¡Cueste lo que cueste!... ¡Cosa de 200 000 piastras! ¡como mínimo!... ¡qué importa!... ¡No vamos a escatimar!... ¡la meta vale todos los sacrificios!... ¡Desde luego!... ¡Cuando usted sepa!... ¡Qué expedición!...»

¡Ah! ¡no era mala idea!

«¡Oh! ¡puede usted contar conmigo!... ¡de día y de noche!... ¡Llevo la caballería en la sangre!... ¡Puedo preciarme de ello!... ¡Caballos de equitación!... ¡caballos de tiro!... ¡Caballos de escolta!...»

Me realzaba.

«¡Caballos ligeros!... ¡Caballos de brida y de remonta!... ¡Caballos de *artimón*<sup>[173]</sup>! ¡Caballos de desfile!... ¡A la altura de todas las circunstancias!... ¡Nada podrán enseñarme en China sobre el caballo, la caballería, sus pompas, sus herraduras, sus avatares! Llevo el oficio en la carne, ¡he cobrado toñas a millares!...»

«¡Joven! ¡lo nombro escudero! ¡Gonfalón de mi caravana! ¡Ah! ¡No hemos acabado!... ¡Un dios existe para los bárbaros! Desde luego, ¡su necedad lo arroja al cogollo de la fortuna! ¡A mis brazos, joven! ¡a mis brazos!»

Se apartó un poquito para contemplarme mejor...

«¡Está usted cubierto!...»

Yo no llevaba sombrero.

«¡Cubierto! ¡Cubierto por el destino! ¡Perfectamente! ¡Y ahí! ¡el aura! ¡ahí! ¡la veo!... ¡Qué buena sorpresa! ¡No se mueva!»

¡Me la veía! ¡Me la describía en el aire! ¡un circulito en torno a mi cabeza!...

«¡Qué destino!... ¡qué símbolo!... ¡Oh! ¡no puede usted comprender! ¡Evidentemente! ¡Opaco! ¡Opaco! pero ¡radiante!...»

¡Ah, volví a decepcionarlo! ¡Ah, estaba exasperado de ver tan hermosas dotes perdidas, derrochadas en una cabeza tan necia!...

«¡Magníficamente dotado! ¡está claro!...»

Insistía... ¡Lo veía todo!... ¡No había yo acabado de asombrarlo!...

Resumí, ¡había que acabar de una vez!

«Entonces, ¿decidimos, señor? ¡entendido! ¡convenido! pero ¿qué día? ¿a qué hora?»

Yo estaba impaciente... ¡basta de camelos! ¡a la acción! ¡hasta la muerte! ¡con mi

aureola o sin ella!...

«¡Oh! ¡qué nervioso es usted, joven! ¡Poco a poco! ¡Todo se andará!... ¡Sin perder la sensatez! ¡Chsss! ¡Alto ahí! ¡Me parece que nos escuchan! ¡que nos espían alrededor!... ¡Los traidores a sueldo están en todas partes!...»

«¿A sueldo de quién?»

«¡Niño! ¡Niño!»

Le daba yo lástima.

«¿Sabe que ocurren cosas que ni siquiera sospecha usted?...»

«¡Oh! ¡le creo de buena gana!... ¡oh! ¡le creo!...»

Me hizo señal de que me callara.

Volvíamos a vernos inmersos en la multitud... todo el tropel de los consulados... aplastados contra las verjas... la basca encolerizada a nuestro alrededor... ¡la espera de los visados!... ¡apoyados, apretados unos contra otros!... Buscaban un idioma posible para mejor ponerse a parir del delirio, la rabia de verse amasados, descuartizados... ¡No lo lograban!... ¡Venían de demasiado lejos en el universo! de países demasiado extraños, distantes... No tenían un «mierda» en común... un insulto bien plasta, bien cutre, zafio, tremendo, humeante. ¡Discutían, farfullaban, acurrucados, piándolas por los esfuerzos!... ¡No lo encontraban! Aun así, nos acercábamos a la puerta, nosotros dos, ahí, juntos, sin decir nada... ¡levantados por las oleadas!... nuestro turno iba a llegar de verdad... tal vez tres empujones más...

«Me gustaría saber cómo debo llamarlo.»

Pregunta que se le ocurrió así.

«Pues, ¡Ferdinand! ¡por favor!...»

«Pues bien, Ferdinand, amigo mío, ¡otro día volveremos!...»

«Pero ¡si estamos a punto de pasar! ¡Vamos a perder nuestro turno!»

«¿Perderlo? ¿perderlo? ¡lo que hay que oír! ¡pues vaya!... ¿Sabe usted, joven vertiginoso, lo que puede costar ese visado? ¿nuestro visado?»

«¡Ni idea!...»

¡Qué loco!

«¿Madrapur vía Kiev? ¿Taranrog? ¿Kabul? ¿Mongolia?...»

«¡En absoluto!»

«¡Veintisiete libras! ¡por lo menos! Esa suma, ¿la tiene usted?»

«No, señor.»

«¡Yo tampoco!»

¡Ah, todo se desplomó! ¡Media vuelta!

¡Salimos de la muchedumbre! ¡con un esfuerzo!

¡Qué decepción!

¡Oh! pero ¡él tan campante!... ¡ni el menor desconcierto!...

«Joven, ¡hemos tomado contacto! ¡Ah! ¡tomar contacto! ¡ésa es la clave!»

Se extasió.

«¡El comercio de las ondas, Ferdinand! ¡el enfoque! ¡el enfoque! ¡Todo está en el

enfoque!... ¿No siente usted aquí mismo los efluvios que llaman desde el Tíbet? ¿Una caricia en cierto modo? ¿desde la verja de este consulado?... ¿de detrás de todas estas personas?... ¡Emanan, se lo aseguro! ¡Emanan! ¡vuélvase hacia ellos!...»

Me obligó a girar... giró él mismo... ¡Yo no sentía nada de nada!...

«¡Es usted opaco!... ¡aún opaco!... ¡Ya se le pasará!...»

Suspiró... No obstante, lo decepcioné un poco.

«¡En fin! ¡Qué le vamos a hacer!... ¡vámonos! ¡ya volveremos mejor preparados! ¡Lo iniciaré un poco, en otra ocasión! ¡Venga por aquí!... ¡aparte!... ¡para que sepa dónde estamos!... ¡para que le explique!... ¡No sabe usted nada!... ¡Es necesario!»

Nos alejábamos de la multitud, íbamos hacia Tottenham. Su traje de monigote falso lo obligaba a dar pasitos cortos. Abrió de par en par el paraguas, lo volvió a cerrar un poco más lejos...

«¡El chaparrón sideral!», observó... «¡Es la hora! ¡Treinta y siete minutos exactamente después de la puesta de sol!»

A la altura de *Selfridge's*<sup>[174]</sup>, la sarta de los escaparates... Se volvía con frecuencia... no demasiado decente en la calle... ojeadas a las jovencitas...

«¡Niña linda!... Niña linda... ¡Sonrisa de la tierra! ¡Y del cielo!... ¡Si yo tuviera su edad!...»

Gracioso de repente.

Decía tener cincuenta y siete años... Se rejuvenecía... todos los cabellos con *nubián negro*<sup>[175]</sup> y los llevaba largos, estilo artista, pero ojos vivos y decidido... ¡Su hermosa túnica lo trababa! ¡iba al trotecillo! le molestaba mucho en los arroyos... ¡tenía que alzarse las faldas! Bajamos todo Oxford y después Shaftesbury... a lo largo de los escaparates... Él iba charlando de esto y lo otro... Yo no comprendía todo... Con gusto me habría separado de él, me fastidiaba con su pinta de payaso... La gente se volvía demasiado a mirarnos... Pero yo resistía, de todos modos... ¡Tal vez hubiera una mínima posibilidad de que no fuese del todo camelo su marcha para China!... ¡que me llevara!... ¡que se hiciese realidad!

A mí no me llegaba la camisa al cuerpo en los cruces... por los vendedores de periódicos... Vociferaban todos el mismo «*Special*», el de la mañana... ¡la «*Tragedy*» en Greenwich!... ¡Llevaban retraso!... ¡Yo había hecho algo aún mejor después! ¡joder!... Cuatro días de retraso llevaban... ya es que no hablaban de la guerra siquiera con tanta ebullición a propósito de la «*Greenwich Tragedy*»... ¡Ah! ¡buena la habíamos hecho! A mí todo eso me daba vueltas en la cabeza... ¡Al final giraba demasiado! ¡Ya sólo entendía el dolor de cabeza!... Era demasiado, ¡y se acabó! Renuncié a seguir la inquietud...

¡El otro chorra no cesaba de hablarme!... ¡Causaba efecto en la multitud!... Nadie le pedía la documentación... ¡Eso era lo extraordinario!... Los chavales, las chicas, los chorchis corrían tras él, le lanzaban viajes, ¡le hacían travesuras!... Venían a tocarle el dragón, pellizcarle la túnica, el trasero... ¡Él se defendía con el mediomundo!... cachondeándose, sin ofenderse... Habíamos deambulado lo

nuestro... así, todo Regent, todo Totten... casi todo el barrio de los teatros... A fin de cuentas, era inevitable, ¡nos metimos donde las zorras!... La Nini primero, delante del *Twist*, que tenía su currelo entre *Wardour* y *Marble Arch*... Me divisó... me guiñó un ojo. Berthe Pata de Palo, cuyo terreno de acción era los pasillos de los teatros, me vio delante del *Daisy*...

«¡Ah!», se puso a berrear... «¿Eres del circo?... ¡Viva Polichinela! ¡Ferdine!... ¡eh! ¡Ferdine!»

No respondí nada.

Nos siguió... y *toc, toc*, ¡su pinrel!... Yo no quería responder... ¡me insultó!...

«¡Eh! ¡payaso!... ¡payaso!...»

Una rabiosa.

Estaba empezando a armar escándalo.

«¿Adónde lo llevas?», me gritaba...

Una histérica.

Me apresuré, apreté el paso, nos colamos por una callejuela... nos libramos de Berthe... Él no se inmutaba por tan poco... Debía de estar habituado a verse perseguido así, como un payaso... No perdía la sonrisa... No guardaba la compostura en público, aparte de la vestimenta... ojeadas a las niñas, ya lo he dicho, desafiaba, provocaba casi, hablaba muy alto.

«Pero ¡qué mal viste esa gente! ¡Ferdinand!...» Eso era lo que le sorprendía... «¡enterradores!... ¡auténticos enterradores todos!... ¡fíjese qué fachas! ¡qué siniestros!... ¿Y me dice usted que esa gente va a ganar la guerra?... ¡ah! ¡no me diga! ¡No me haga reír!... ¡No! ¡Llorar! Pero ¡qué van a ganar!... ¡Si es que se entierran ya por sí solos!... ¡Trincheras!... ¡trincheras! ¡Se visten ya todos de negro! ¡Ya está hecho! ¡Fúnebres! Pero ¡habrá que quemarlos!... ¡Incinerarlos! ¡Se lo digo yo!... ¡Bombas! ¡Apestan! ¡Todos! ¡Jetas de osario!»

¡Mueca de asco!

«¡Pobre gente!... ¡Bandadas de cucarachas!...»

¡Y a mí que no me gustaba que me hablaran de bombas, fuego, incendio! ¡Ah! ¡no, un momento! lo detuve en seco...

«¡Habla usted demasiado, señor Sosthène!... ¡No escucha usted nada, me parece a mí! ¡Por aquí, querido maestro!»

Me lo llevé hasta el rincón de una puerta, tenía que escucharme, ¡hostias! ¡el dichoso charlatán!... ¡No era él el único interesante!

«¡Me buscan!... ¿Me entiende usted?... ¡Me buscan!... ¡Señor Sosthène!...»

Se lo solté a la cara...

«A mí me buscan, ¿entiende usted?... ¡estoy acorralado, querido maestro!... ¡Señor de la China! ¿Me entiende ahora? ¡Soy un asesino, yo!... ¡Asesino! ¡Tengo que escapar!... ¡Me buscan!»

«¿A usted?... ¡Ah! ¡Lo buscan a usted!»

¡Ah! ¡Se tronchaba! ¡Ah! Pero ¡qué gracioso! ¡Ah! ¡qué chiste más bueno!...

¡demasiado bueno! Se asfixiaba con la risa.

«Pero ¡está usted borracho, joven! ¡Ésa es la palabra! Borracho y delirante... ¡Poeta! ¡poeta! ¡está usted borracho!... ¡Peor para usted! ¡peor para usted!»

Era lo único que se le ocurría.

«Pero ¡si no he bebido nada!... ¡no he comido nada!...»

¡Protesté! ¡Él era quien deliraba!

«¡Razón de más!... ¡Razón de más!... ¡Escúcheme!»

Ahora era él quien me arrastraba. No quería quedarse en la puerta. Una vez fuera, aceleró... jalaba con su sotana... ¡de naja!... todo el Strand... Charing... Corrimos Villiers Street<sup>[176]</sup> abajo, la callejuela más abajo de la estación... la que baja hacia el Támesis... Charing Cross, la estación justo encima... la sarta de los *public bars*... toda la pendiente... toda llena de tascucios... *Ginger*... *Tres cisnes*... *Star*... *Wellington*... uno junto a otro, cada bar un soportal... Se lanzó derecho hacia el *Singapore*, el «saloon» justo delante del túnel... Es como si lo viera aún, el establecimiento, color crema ornamentado, de mosaico... todo el techo guirnaldas... flores artificiales luminosas... y el gran piano, el mecánico, temblor de ciclón, que no cesaba nunca, ni de día ni de noche, que resonaba en toda la calle del Regent Strand<sup>[177]</sup> hasta la ribera, que es que agitaba a todos los bebedores, los conmovía en todas las barras, que es que vomitaban con las sacudidas de los címbalos, con grandes hipos, giraban sobre su eje, brincaban, rodaban, ¡zas! ¡por ahí iban! patinaban, se bamboleaban, a hacer puñetas hasta abajo, ¡de una acera a otra! Estaba pegajosa toda ella, pringue y hollín, todo el asfalto resbaladizo y negro... no se veía nada, el borracho desaparecía en la bruma. Las vaharadas del río sepultaban, asfixiaban... incluso en la tasca no se veía ni pizca, hacían falta iluminaciones cegadoras... la barra era eléctrica... desde debajo de las botellas... iluminaba... ¡Había que iluminarlo todo!... Hasta las camareras usaban bombillas, llevaban lamparitas en los cabellos... se veía que Sosthène era cliente... Saludaba a todo el mundo.

Nos instalamos en un velador justo bajo la araña mayor... ¡Ah! pero, mira por dónde, se puso ceñudo... Algo no iba bien...

«¡Cuidado! ¡la camarera!...»

Más sospechas.

«¡Dos sodas Biuty!», pidió.

«¡Dos peniques!», respondió ella.

«¡Présteme esos dos peniques, ande!...»

¡Por fortuna los tenía yo!

Cambió de conversación.

«Mire, ¡hablo inglés como un maleta!... Lo reconozco, ¡diga usted que sí! ¡Desde luego!... No consigo sacar sus “*the*” ni sus “*thou*”...»

En lo del inglés me recordaba a Cascade, ¡reacio también a los «*thou*»!

«Y, sin embargo, ¡verdad, joven! ¡no es falta de costumbre! ¡Pronto va a hacer treinta y cinco años que los frecuento, yo, a los ingleses!... y de todas clases, ¡puede

estar seguro!... ¡Los buenos! ¡los horribles! ¡los mejores! ¡los ricos! ¡los forrados!  
¡los risueños! ¡los tristes! ¡los espléndidos! ¡los nababs! ¡los boqueras! ¡toda la pesca!  
... ¡bajo todos los cielos! ¡las latitudes! ¡Hacen todos sus “the” para mí!... ¡Puedo  
garantizárselo! ¡En las Indias! ¡en China! ¡en Malasia! ¡Aquí mismo!... ¡A tomar por  
culo! ¡Me rindo! ¡Es que me rindo!... ¡Nada de “thou”!... ¡Nada de “the”!

«Pienso en francés, ¡pronuncio francés! ¡No hablo sino francés!... ¡Hay que  
aceptarme como soy! ¡Así soy! ¡No tengo remedio!... ¡Nunca aprenderé su lengua!...  
¡Se me niega!... ¡Y ya está!... ¡Se me niega!... ¡No es lo mismo que el indostaní!  
¡Ah! ¡eso sí que no! ¡Ésa la adulo! ¡es la lengua madre! ¡Es otra cosa! Es una  
antepasada... ¡Me gustaría que me entendiera usted!... ¡Soy sánscrito, yo, de  
corazón!... ¡de fibra!... ¡Ahí soy iniciado!... ¡Es otra cosa! ¡menudo cómo hablo yo  
el indostaní! ¡íntimo!»

Y después se me inclinó al oído ahí, en total confianza, pero, aun así, berreando  
como un asno por culpa del piano... ¡Debían de oírlo desde la calle!... El piano  
estaba tocando *Jolly Dame Waltz*... ¡címbalos y la tormenta! ¡puro trueno! ¡Era,  
verdad, la tonada de moda!... No entendía yo bien su confianza, berreaba contra el  
piano... era la lucha...

«¡Sólo el agua es propicia, joven!... Usted me mira... ¡Yo le maravillo!...  
Propicia, ¡entiéndalo bien!... ¡Propicia a la gran llamada de las ondas!... ¡Beba  
mucho agua!... ¡Haga como yo!... ¡Hemos nacido todos de Anfitrite! ¡Peces, pues!  
¡Peces, desde luego! ¡Ah! ¡ah! pues, ¡sí! ¡sí! ¡Peces y jinetes igual!... ¡Seguro!  
¡Delfines! ¡Señor Ferdinand! ¡Delfines, desde luego!...»

Estaba borracho.

«¡Delfines de las montañas!... ¡delfines de las vaharadas malva!... ¡delfines del  
Tíbet!... ¡Lo veo a usted!... ¡mire! ¡lo veo!»

Lo ponía yo soñador... visionario...

«¿Iría usted? ¡imagine! ¿Iría caracoleando, delfín de la cerveza? ¡Elfo de la  
pringosa stout! ¡Desde luego que no!»

Se detuvo.

«Stout!», pidió. «Maid! Two beers! Entre nosotros, verdad, ¡qué horror!...»

Continuó...

«¡Qué herejía! ¡monstruo aberrante!»

Se afligió.

«¡No se extrañe de nada!... ¡Todo se empantana, se pudre en este mundo por  
culpa de esa espesa stout! ¡Ni más ni menos!... ¡Vinaza y fango!... Pero ¡vea, en  
cambio, galopar a todos los bebedores de agua, por todo el universo! ¡Puede usted  
creerme! ¡se lo aseguro! ¡ya me ve a mí mismo, Sosthène! ¡Caballero de las ondas!  
¡cinco y seis veces la vuelta al mundo! ¡Bebedor de agua! ¡su servidor!...

«Maid! ¡otra!»

La Maid no traía nada de nada, ya lo conocía... lo dejaba perorar.

«¡Basta de broma!... ¡Atención! ¡Nada de equívocos! ¡La ablución es otra cosa!

Yo raras veces me lavo...»

Me lo sospechaba.

«Voy a explicarle... ¡Achille Norbert, por ejemplo, no se lavó sino dos veces en toda su existencia! ¡y vivió 102 años! ¡Ya lo leerá en sus cartas! ¡Las he mandado encuadernar con las armas! ¡Maestro de la Artillería del Rey! ¡Se lo explicaré!... ¡Sin vergüenza! El agua, ¡oh! ¡huy, huy! ¿*intus*? ¡Sea! ¡maravilla! ¿*Exit*?»<sup>[178]</sup>

¡Después fue presa de otra preocupación, otra manía! ¡Con la lluvia la tomó! el tiempo horrible que hacía fuera... ¡que si había neblina y llovía a un tiempo! ¡que si no se veía a tres pasos! ¡Estaba harto! ¡iba a clamarlo al cielo! ¡maldecirlo! ¡abrió la puerta de par en par! ¡se dirigió al cielo!

«¡Ciudad triste y sulfurosa! ¡Ciudad del diablo mojado! ¡Ciudad diabólica para los débiles! pero ¡yo soy fuerte! ¡Achille! ¡gracias!»

¡Los clientes gritaban! Volvió a cerrar la puerta, regresó al velador.

«¡Todos los grandes sueños nacen en Londres, joven! ¡No lo olvide! ¡usted no conoce Londres! ¡Desde el espejo de sus aguas grises!... ahí, abajo del todo, a merced del río... ¡Ah! ¡está comprobado! ¿Lo ignoraba usted?... ¡Usted ignora todo! ¡El admirable Vega lo anuncia expresamente! ¡canto 14.º! versículo 9... ¡El encanto! ...»

Se inclinó a mi oído.

«¿Ignora usted todo?»

«Sí.»

«Las Indias...»

Lo reconocí...

«Entonces, ¡nada de nada! ¡Lo sospechaba!... ¡Hum! ¡Hum! ¡Tendrá problemas! ...»

Se anunciaba chungu la cosa.

«¡Oh! ¡desde luego!...»

«¿El diablo? ¿Me comprende?...»

«Le creo...»

«¿Me sigue usted?»

«¡Claro que sí!...»

Los borrachos berreaban con ganas en la barra, ¡un estruendo que para qué, además del organillo!... Entonces me vociferó al oído... el secreto de verdad de su confidencia...

«¿La Armadalis del Tíbet? ¿La flor del Tara-Tohé?... ¿No sabe usted nada de esa flor?... ¿Absolutamente nada?...»

Me miró fijo para ver si vacilaba... tenía sospechas...

«¡Ah! ¡eso, no, señor! ¡se lo juro!»

«¿La Flor de los Magos?»<sup>[179]</sup>

«¡Ah! ¡de verdad que no!...»

«Bueno, pues, ¡yo la conozco! ¡yo sé dónde se encuentra! ¡la vía del santuario!

...»

¡Ah! ¡me quedé atónito!

«¡Y eso aún no es nada! ¡Escúcheme bien! ¡Yo me he acercado! ¡como lo oye! ¡tres veces seguidas a la Armadalis del Tíbet! ¡Sí! ¡la Tara-Tohé!... ¡Ya no está donde se cree!... ¡Ah! ¡en absoluto! ¡Ah! ¡ni mucho menos! ¡Qué va!... ¡Qué va!...»

¡Qué broma!

«¡Para extraviar a los imbéciles! ¿dónde diría usted, por ejemplo? ¿en el convento de Arthempajar? ¡oh! ¡huy, huy! ¡ni hablar! ¡pfutt! ¡pfutt! ¡de eso nada!»

Lo hacía reír yo.

«¡Yo sé dónde la esconden, la Armadalis del Tíbet!... Prospeccionando los cuarzos mercuriosos para los granujas de Calcuta... la Gem Proceeding Company... ¡Ah! ¡vampiros ésos! ¡Qué vampiros! En fin, ¡me sirvieron, de todos modos!... ¡Lo descubrí todo! ¡El azar! ¡exacto!... ¡El secreto de las cosas!...»

¡Ah! ¡era magnífico! volví a admirarlo. ¡Todo iba bien! De repente estaba chupado, tenía confianza. Nos iba a resultar fácil, ¡pues había descubierto él todo! Yo hacía visajes con los acáis.

«¡Le daré a leer los pasajes! ¡Versículos 25 a 42 del Vega secreto!... de momento, ¡chsss!... ¡hermético! Cuando estemos en Mahé... ¡el puertecito monzónico Mahé!... entonces, le confiaré todo... ¡Mahé! ¡Karikal! ¡claro está!»

«¡Miss! ¡Miss! ¡por favor! ¡Dos Bass<sup>[180]</sup>! two Bass!»

Pedía dos cervezas más... La cabeza debía de darle vueltas... ojos brillantes... pómulos rojos... imaginariamente... Se había achispado con agua de seltz, ¡la camarera no traía ni stout ni Bass! sólo habíamos bebido sifón.

«Conque haremos escala en Mahé, como le decía, ¡y después Delhi! ¿Ve usted lo que digo, verdad?... ¡los confines! allí, ¡el pequeño lama Rowipidor!... ¡Ah! ¡cuidado! ¡Qué granuja! ¡qué ladino, ése! ¡lo asocié al 50 por ciento!... ¡Codicioso!... ¡Codicioso!... ¡Ya se la pegaré más adelante!... ¡Ya se la pegaré!...»

Se perfilaba la cosa bien.

«¡Toda la misión! ¡Todo! Usted, ¡el convoy! ¡Los porteadores! ¡En marcha! ¡Para nosotros la Tara-Tohé! ¡Amigo mío! ¡En las narices del Universo! ¡Nunca mejor dicho!... ¡Por lo menos veinte misiones hasta ahora!... ¿Me oye bien?... ¡Segurísimo!... ¡Muy secretas! ¡Oh, impecables! ¡Compréndame! ¡iniciados de lo más austeros! ¡en este preciso momento revuelven! ¡remueven! ¡hurgan el Tíbet! ¡en todos los sentidos del Norte y del Sur! ¡Ponen patas arriba todas las lamaserías! pero ¡siguen con las manos vacías! ¡Ni una palabra de más! ¡Sería comprometerlo todo! ¡No! ¡No le diré nada más!... ¡Chsss! La Gem Proceeding Company me debe, imagínese, 25 000 dólares como poco... ¡Sólo por mis cuarzos! ¡y no hablo de las esmeraldas! ¡ni de las ebonitas! ¡Una fortuna! ¡de mis isocenos<sup>[181]</sup> mercuriosos!... ¡Meros desechos de mis prospecciones! ¡Si presentara toda mi factura!... ¡En una palabra!... ¡Una canallería fantástica!... Pero ¡ya volveremos a hablar del asunto!... ¡Aquí están las cuentas!...»



Volvió a revolverse en la sotana... Me sacó un gran rollo... Me lo desenrolló ahí, sobre la mesa... ¡columnas y columnas de cifras!... ¡qué sumas!... ¡el vértigo!

«¡Crédito!... ¡Mi crédito! ¡Lea ahí! ¡en rojo!... ¡25 000!... ¿verdad? ¡25 000!... ¡otra vez! ¡y 75 000, por otro lado!... ¡dólares! ¡dólares! ¡más! ¡crédito! ¡piastras hindúes!... ¡Con eso está dicho todo!... ¡y las esterlinas!... ¡Y mis opciones!... ¡y eso no es nada!... ¡ni la décima parte! ¡Fruslerías! ¡Como debe de haber presentido usted!... Si la Gem Proceeding se entera de mi regreso... ¡todo perdido! ¡Ya lo creo! ... ¿resucita la pobre víctima?... ¡Esos señores se enteran!... ¡los canallas se ponen en acción al instante!...»

Al oído.

«¡Me creen todos muerto!... ¡enterrado!... ¡Ji, ji! ¡Jovencito!...»

Se golpeó el pecho... resonó...

«¡En el acto! ¡Lanzan a nuestros talones sus asesinos más alertas!... ¡Mandan envenenar nuestras fuentes!... ¡Todas nuestras fuentes!... ¡Todo nuestro recorrido!... ¡Me los conozco yo! ¡capaces de todo! ¡Antes incluso de llegar a los lugares!... ¡Las cascadas del Madruwpoor!... ¡Perecemos asesinados!... ¡En la emboscada! ¡Pfuitt!... ¡Se acabó!... ¡Con eso está dicho todo!... ¡Esa gente no vacila ante nada!... ¡Me conozco yo a mi gente!... ¿El virrey? ¡Pfuitt!... ¡de la banda! ¡Hace la vista gorda, evidentemente! ¡Tumulto de ladrones! ¡Ya ve usted! ¡Ya ve usted! ¡amigo mío!...»

Buscaba aún... vacilaba... Quería darme una prueba de verdad... ¡toda la importancia del gran secreto!... ¡bien convincente!...

«¡Los consistorios brahmánicos me ofrecerían, ya ve usted, Ferdinand, en este momento mismo todo el oro del mundo!... ¿Me oye usted? ¡Todo el oro del mundo! ¡no es moco de pavo! Para que les cediera mis planos... ¡el trazado del recorrido por las cimas!... ¡Qué leche! ¡los mandaría a tomar por culo!... ¡Ni hablar!... ¡chitón!... ¡Ah! ¡ya ve usted cómo está la cosa!...»

Evidentemente, era cosa seria... Pero entonces otra inquietud... se enfurruñó... toda esa gente ahí, a nuestro alrededor... el ir y venir hacia la puerta... ¡Ah! ¡qué molesto era! las voces de los bebedores de al lado, sus discusiones... Se palpó otro bolsillo, otro forro... Se decidió... otro rollo... Me lo desenrolló... ¡todo sobre la mesa!... un gran pergamino... Apartó los vasos... Era un vasto plano... cotas, anotaciones, estrías... lleno de montañas... un gran río... depresiones profundas... negros abismos...

«¡Ahí!», me señaló con el dedo... «¡esa cruz roja!... ¡ahí!... ¡esa cruz azul!... ¡Ahí! ¡ésta!... ¡todas nuestras etapas!... ¡otras tantas etapas!...»

¡Ah! ¡mejor!... ¡Era la salida!

«¿Me comprende usted?...»

¡Ah! pues, ¡claro que le comprendía!... ¡Me conozco bien los mapas! Pero ¡cuidado! me acaloré, parloteé... Si decía demasiadas gilipolleces, mal asunto... ¡no iba a querer él! Volvió a hurgarse en los forros... se sacó otro trozo de mapa... un cuadrado con colores...

«¡Aquí el convento!... ¿Me oye?... ¡El convento!...»

«¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

Yo aprobaba todo.

«¡El lugar de la magia!»

Me incliné para mirar mejor.

«¡Oh! ¡Perfectamente!...»

Desorbité los ojos.

«¡Ahí! ¡Ahí es!...»

No había duda.

Me murmuró.

«¡La Tara-Tohé!...»

Pues, ¡no estaba satisfecho ni nada!

«¡Ah! ¡Ah!...»

«¡La Flor del Secreto!...»

Yo también estaba contento.

«¡Moscú!... ¡Lhasa!...» Rememoró... ¡Masculló todo nuestro recorrido!... así, bien convencido, imbuido... «Fíjese, ¡Moscú! ¡Lhasa!... ¡ciento veintisiete días como mínimo!... ¡Lhasa! ¡Mahé!... otra tirada... aquí dos semanas... ¡la costa! ¡Concentración!... ¡nuestro transporte!... ¡nuestros guías!... ¡nuestras cartas de acogida!... ¡Requisición de los poneys!... ¡Usted se ocupa de los forrajes!... ¡lo dejo al cuidado de esas tareas!... ¡Me ausento!... ¡Me alejo!... ¡Paso unos días en Swoboly, provincia de Penwane!... ¡La pagoda de los jades lázulis! ¡Una mera purificación! Firmo un acuerdo con Gowpur, el lama de los brahmanes... ¡Oh! ¡qué vampiro, ése!... Le llevo mis rollos de oraciones... la perfección misma... el molinillo de mi invención... ¡37 oraciones de una vez!... ¡el automático!... ¡Firmo con él la exclusividad!... ¡Oh! ¡Qué ávido es!... ¡Todos los clientes de las mesetas!... ¡Los quiere todos! ¡todo para él!... ¡para él solito!... ¡Qué demanda!... ¡Todo el Techo del Mundo!... ¡Cada brahmán se convierte en su cliente!... ¡Nos deja pasar!... ¡Se ocupa de nuestras provisiones!... *fifty-fifty!*... ¡Yo sus molinillos!... ¡Él nuestras mandiocas!... ¡Permutamos! ¡nada podemos hacer sin él!... ¡Cuando oiga usted su nombre! Gowpur Rawpidôr... ¡Tres reverencias! ¡Norte! ¡Sur! ¡Sudeste!»

Me las enseñó... Las ejecuté... Me incliné como él... dos... ¡tres veces!...

Prosiguió.

«¡Usted manda nuestra columna!... ¡Naturalmente!... ¡Me recoge al pasar!... ¡Estoy purificado!... Rawpidôr nos acompaña un pequeño trecho del camino... ¡Tres etapas!... dos tal vez... Nos presenta a sus bandoleros... a los devastadores chus, a su verdugo en jefe, para que nos dejen pasar... Óbolos, reverencias, regalos... ¡ya estamos!... ¡otros doce días de ascensión!... ¡estamos a pie de obra!... Abandonamos el terraplén de los musgos... y después los brezales...

»Estamos cerca del glacis místico... ¡de los abruptos del gran Masvanpur!... ¡Comienzan nuestras penalidades!... ¡En las Rocas Lázulis!... ¡Atención!... Ahí

están las planicies del Gran Recorrido... ¡Oímos los Vientos del Mundo!... ¡Ya queda bastante cerca nuestro convento! ¡Estamos en pleno Techo del Mundo!... ¡Mucha atención!... ¡Usted me abandona por tres semanas!... dos tal vez... Se aleja discretamente... ¡muy discretamente! ¡absolutamente solo!... ¡sin provisiones de ninguna clase! ¡Los espíritus lo sostienen!... ¡lo alimentan!... ¡Los Espíritus de las Nieves!... ¡El cogollo de las pruebas!... ¡donde soplan los Vientos del Mundo! ¡Las borrascas lo atrapan! ¡lo proyectan, lo atormentan! ¡lo arrancan a las crestas de las rocas! ¡lo lanzan más lejos! ¡Usted se aferra! ¡al filo de los abismos!... ¡Avanza a cuatro patas!... Se agarra a los glacia... ¡Es la Fuerza! ¡Que los huracanes lo abatan! ¡no se queje! ¡Todo por fe! ¡Todo por fuerza!... ¡Más fuerza! ¡en el corazón de los Huracanes del Mundo! ¡Palpita usted con el mundo! ¡Debe usted llegar solo al Gran Convento del Gran Lienzo! Lamasería suprema... ¿Me comprende? ¡Vivo o muerto! ...»

¡Ah! para eso estaba totalmente dispuesto yo... «¡Todo por fe!» Repetía. Hablaba como él... ¡Vivo o muerto!

¡Me prometía más y más!

«¡La Tara-Tohé! ¡versículo 42! ¡la ve usted! ¡Al fin! ¡La tiene delante!... ¿Qué mejor cosa puedo decir? ¡La tiene usted ahí, bajo los ojos!... ¡bajo los dedos!... ¡La contempla!... ¡Ya ha sufrido las pruebas!... ¡Terroríficas, desde luego! ¡inexorables! ¡claro está!... ¡mortales tal vez!... Pero ¡qué gozo!... ¡La toca usted!... ¡Penetra en el santuario!... ¡ahí!... ¡No más lejos!... ¡Sin duda alguna!... ¡Contempla el Gran Nido! ... ¡el término mismo!... “¡Nido de Verdad bajo el Techo del Mundo!” ¡bajo el Techo de las Nieves!... se lo traduzco exactamente... *Wupagu Sanskut!* “¡Las Vigas del Techo del Mundo!” ¡Nido de las Golondrinas de las Nieves!... *Wiwopolgi!*... ¿y en ese nido?»

¡Ah! ¡se detuvo! ¡se contuvo! ¡Ah! ¿qué más me iría a decir? ¡la imprudencia!

«No me crea tan charlatán.»

Me miró de arriba abajo receloso, desafiante.

¡Yo no preguntaba nada!

Pero ¡en seguida volvió a lanzarse! ¡Una nube! ¡más apasionado aún! ¡seguro de todo!

«¡La Tara-Tohé, Flor de los Sueños!... ¡Siete colores!... ¡El arco iris!... ¡Siete pétalos!... ¡Siete colores!... ¡siete exactamente! La cifra Vega 72... ¡Recuérdelo bien!... ¡la Tara-Tohé mágica! ¡La Flor se abre en su mano! ¡Todos los pétalos! ¡a su calor! ¡su fe! ¡qué prueba! ¿Será suficiente? ¿cree usted?»

Yo no pedía tanto.

«¿El secreto?... ¡Siete pétalos!... ¡Siete colores!... ¡Atención! ¡Los siete pecados! ¿Cuál es el color de su alma?...»

¡Ahí me había cogido!... ¡Nada sabía yo!...

En seguida se enfadó.

«¡Ah! ¡no sabe usted!... A ver, ¿qué?... ¿Qué pétalo va a elegir?... ¿El verde?

¿El amarillo? ¿Azul? ¿Índigo?...»

¡Ah, qué historia! ¡Me zarandeó, sacudió, atormentó como los Vientos del Mundo!

«¡No es eso todo! ¡Tara-Tohé! ¡Encanto del Ser!... ¡El peso se escapa de su cuerpo!... ¡Ha cogido usted la Flor!... las ondas se apoderan de usted, ¡lo arrastran, a su vez! ¡se lo llevan!... ¡lo transponen!... ¡a donde quiera!»

¡Hombre! ¡hombre!...

«¡Evoluciona usted!... viaja por la atmósfera a su gusto por meses... y meses... ¡Ya no tiene gravedad! Ha entrado usted...»

¡Ah! ahí no se atrevió a acabar... fue presa del terror... ¡era demasiado grave!... Lo tranquilicé... me lo susurró entonces, murmuró... para mí solito totalmente... pero ¡no lo oí!... No oí nada... ¡por culpa del organillo! Se vio obligado a gritármelo...

«... ¡en la cuarta dimensión!...»

¡Ah! ¡Eso sí que era chachi!

«¡Nadie puede ya tocarlo!... ¡Alcanzarlo!... ¡Meterlo en la cárcel!... ¡Es usted libre!... ¡el “libre de las ondas”!... ¡el mimado de las armonías del mundo! ¡Es usted pura música, en una palabra!... ¡Armonía!...»

¡Ah! ¡eso era magnífico!... ¡Ah! ¡qué satisfacción!

«¡Ah! ¡nada mejor podía yo desear!... Pero, oiga, ¡no estamos allí, en el Tíbet!», le indiqué... ¿Se estaría dejando llevar por el entusiasmo?

«¡Todavía no, joven!... todavía no...»

¡Ah! ¡me miró irritado! ¿Cómo podía dudar?... Me animé, ¡recuperé mi entusiasmo!

«¡Ah! ¡estoy dispuesto a partir!...»

¡Le reiteré mi confianza! ¡Nada me retenía! ¡Todo por la fe!... Pensaba al tiempo en el Matthew, quien debía de tener prisa, seguro... ¡no se lo pensaría, él, ni un segundo para meternos en el trullo! ¡Ah! ¡a mí me daba igual cualquier cosa con tal de que nos fuéramos lejos y en seguida!... ¡muy lejos!... ¡lo más lejos posible!... ¡sin un día de retraso!... ¡No fuéramos a tropezarnos con el Matthew!... ¡para mí eso era lo principal!... con la Flor mágica o sin ella... ¡a China!... ¡al Diablo!... ¡donde quisiera!... Pero ¡que nos largáramos de una puta vez, hostias!

«¿Nos vamos, entonces?...», volví a preguntarle... Soy muy paciente, pero estaba empezando a irritarme, de todos modos.

«¡Chsss! ¡Chsss!...»

Me dio golpecitos en la nuca... me calmaba como a un perro.

«¡Poco a poco!... ¡Poco a poco!... ¡ardoroso joven!... ¡no delire! ¡no se ponga nervioso!...»

¡Aún no estaba dispuesto él! ¡Más retrasos! ¡más carantoñas! le parecía yo impulsivo... se atusaba la corbata... liaba su chalina... aún tenía que reflexionar... ¡ah, una idea, hombre, para mí!

«¡Aquí tiene una buena solución, hombre! ¡Apréndasemela para mañana!... Le voy a dar una lección... No pierda ni un minuto... Prepárese para las pruebas... Volveremos a vernos... Apréndasemelo, mire, de memoria... ¡repítalo quinientas o seiscientas veces aspirando lo menos posible! ¡Tara-Tohé!... ¡Mawdrapur!... ¡Armantala!... ¡Horpoli!... ¡Horpoli!... ¡lo más usual!... Y después evoque con todas sus fuerzas... ¡ah! ¡con todas sus fuerzas! ¡Concéntrese! ¡Evoque en verde! ¡en verde jade! ¡Tanto como pueda!... ¡Es un buen comienzo!... ¡Vuelva a empezar sobre todo de noche!... ¡Son las primicias!... Si ve aparecer algo en sueños... ¡no se precipite! sin la menor brusquedad... ¡Concéntrese!... ¡Y se acabó! ¡Huela su primer pétalo! ¡cerrando los ojos!... ¡Armantala Horpoli!... murmure así... ¡Horpoli! ¡Horpoli! nada más... ¡murmure el nombre primero! ¡después lo clamará! ¡Concéntrese!»

¡Ah! ¡se dio una palmada en la frente! ¡Ah! ¡había olvidado!

«¡Ah! ¡tengo que dejarlo! ¡Ah! ¡mis visitas! ¡Ah! ¡qué cabeza de chorlito! ¡no me siga! ¡desaparezco! ¡quédese aquí unos minutos! ¡déjeme marchar! ¡Desaparezco! ¡Sea, por favor, muy discreto!...»

Me sonrió afectuoso.

«¡Chsss!»

¡Dos dedos en la boca!... ¡Todo misterio!...

Iba a preguntarle aún si valía la pena de verdad, si iba en serio todo aquello...

¡Me cortó!... Me tendió su tarjeta, la dirección... todo... ¡sin discusión!

Se fue de puntillas... En la barra, ¡ah! ¡cambió de opinión! ¡media vuelta! ¡volvió a susurrarme!:

«¡Sobre todo no hable de Achille!... ¡a nadie!... ¡Achille Norbert! ¡Como lo oye! ¡Ah! ¡a nadie! ¡el culto de los muertos!... ¡Oh! ¡esto es totalmente secreto!... Absolutamente entre nosotros... ¡Qué envidias!»

Lo tranquilicé.

«Pero, dígame, ¿dónde volveré a verlo?...» ¡Ah! le pregunté. «¿Qué día? ¿A qué hora?»

En una palabra, se escabullía.

«¡Los espíritus lo guiarán!...»

¡Había que ver qué rostro! No esperó... ¡Giró sobre su eje!... ¡Dijo adiós en derredor! ¡Un gestito!... Cruzó el bar, trotando... Con el dragón en el culo... Pasó la puerta... Los hombres de la barra se cachondearon... Le lanzaron pullas... Yo no chisté... no miré... me quedé sentado... esperé a que estuviera lejos.

En total, estuve por ahí así dos o tres días... No quería ir a molestarlo... Y eso que tenía su dirección... Rotherhite... el barrio justo después de Poplar<sup>[182]</sup>... Pero no tenía prisa... Quería reflexionar aún... a ver si había otro medio... Tampoco quería estar por ahí todo el día... de una acera a otra... a toparme otra vez con los guris... Encontré un pequeño *boarding* en Beckton Lane. Me tumbé... me dormí... me desperté... ¡Ah! ¡ya me sentía mejor!... ¡estaba decidido!... me dije: «Ya está... ¡es mi oportunidad!... ¡Voy a cogerlo en la cama!»... Monté en el autobús... el 17...

Encontré su queli en seguida... era a dos pasos de la parada... Rotherhite Mansion, 34. Una casa como todas las demás... Busqué en el buzón... Encontré el nombre: «Rodiencourt, 4.º piso...» ¡en el 4.º!... Llamé... subí... ¡Ya estaba ahí!...

Una cabeza que me entreabrió... una persona...

«¿Quién es?...»

«¡Soy yo!», anuncié, «¡Ferdinand!... ¡Ferdinand y deseo hablar con el señor Sosthène!»

«¡Lárguese!... ¡Lárguese!... ¡El señor Sosthène está acostado!» ¡Ah! pero ¡con malos modales!

¡Y volvió a cerrar la puerta! ¡con violencia!... Pero ¡bueno!... ¡huy, la leche!... Llamé a porrazos... reapareció la cabeza... hablaba francés esa persona, pero con acento... americano...

«¿Qué quiere usted?»

«Quiero ver a Sosthène... ¡el señor Sosthène!...»

«Pero si ya le he dicho...»

«¡Soy el escudero del señor Sosthène!...», insistí... «¡Él es mi patrón!... ¡yo soy su portaestandarte!»

¡Para que se enterase!...

Nos miramos ahí, cara a cara... Era una persona ya mayorcita... Pero ¡aún tenía su palmito!... Debía de haber sido bastante mona... Quedaban restos... pero ¡entre el enyesado!... ¡Qué polvos de arroz! los pómulos con carmín ardiente... los cabellos de fuego, una gran pelambrea llena de mechales blancas... amarillas... todo eso le llovía, recaía en la nariz...

Dejó la puerta entornada.

«¿De dónde viene usted?», me preguntó.

Seguía con la escoba en la mano. Estaba haciendo la limpieza... Le expliqué un poquito el asunto... Entablamos conversación... Se aplacó... aun así, defendía su puerta. Contoneaba un poco el bul... en el vano, mientras me hablaba... se ponía coqueta...

Por fin, burla burlando así, me confesó que Sosthène no estaba... que había salido muy temprano... lo que no era propio de él...

Mascullaba así, me fastidiaba... hablaba un poco como Sosthène... con confidencias susurradas... se lo había enseñado él...

Le pregunté:

«¿Es usted americana?»

«¡Sí! ¡Sí! *Oh yes!*... ¡Minnesota!»

Y se rió.

Yo quería precisiones... Intenté hacerla hablar de los viajes... ya que habían viajado tanto...

Soltó la escoba.

«¿Conoce de verdad la China? ¿y las Indias, como cuenta? Yo creo que son

faroles.»

«¡Oh! ¡Sí! ¡Menudo si las conoce!»

Y entonces, ¡un suspiro que para qué!... ¡ah! ¡como para partir corazones!

Y, ¡zas!, ¡se me arrojó al cuello!... ¡Súbita!... ¡La había yo provocado! ¡No había ido yo para eso, qué hostias!

La rechacé... serpenteó... se me aferró...

«¡Te lo voy a decir!... ¡Te lo voy a decir, chico guapo! ¡Te lo voy a decir todo!»

Quería que la besara... insistía... Iba a decírmelo todo...

Era traidora.

«*Never believe him!* ¡No le crea nunca!...»

¡Ah! eso era interesante...

Escuché.

Nos sentamos en la cama plegable... Era un gran local con artesanado... baúles... por doquier cofres en derredor... de mimbre... de madera... con herrajes... enormes... pequeños, de todos los tipos y dimensiones... Y más baúles... abiertos... cerrados... unos encima de otros... por todas partes tejidos... trajes chinos... vasijas de barro... libros por todos lados... rollos... pergaminos... por ahí tirados... un desorden enorme... casi como en casa de Claben... Me levanté de la cama... Prefería el sillón... bordado con quimeras, flores de loto... otros baúles más, llenos de rollos... desbordaban... caían en cascada por doquier...

Reanudó su limpieza... Fue a hurgar en el armario.

Desde lejos le pregunté.

«Entonces, ¿viajan ustedes mucho?»

Me interesaba eso.

«¡Querrá usted decir que él no para! *Never stops!*»

Volvió a lanzar un suspiro, las mechas le cayeron por la cara... Se puso a barrer otra vez... Levantó una nube muy grande, la verdad... ¡estornudó! ¡se acabó!... estaba cansada... volvió a sentarse...

«*You're from Paris?* ¿Es usted de París?...»

La pregunta.

Se rió con eso, le parecía gracioso que fuera de París... Me imaginaba depravado...

«¡Me parece usted *good looking!*», observó... «¡guapo!»

¡Ah! ¡Más puta que las gallinas! Me lo temía, hablé de otra cosa...

«¿Lo conoce usted desde hace mucho?...»

«¡Desde que nos casamos!... *What a joke!* ¡en Navidad hará treinta y dos años! ¡No es cosa de ayer!... *Not yesterday!*...»

«¡La de países que han visto ustedes!...»

Sólo eso me apasionaba...

«¡Acérquese aquí! *good looking!*...»

Me invitó a acercarme a ella.

«¡Le voy a contar todo!...»

Bueno, ¡muy bien!...

«¡Tú también eres un granuja de cuidado!...»

¡Pasó a los juegos de manos!... Yo no respondía a las caricias... sólo quería detalles sobre las Indias, etc.

«Entonces, ¿va a volver a marcharse pronto?...»

«Oh! Yes! Yes! Darling!»

Hacía crujir toda la cama... con tanto menearse... ¡tanto frotarse con el borde!... Se quitó el delantal... ¡lo lanzó por el aire! ¡ah! ¡qué nerviosa estaba! salió pitando a ponerse un poco más de polvos... volvió en seguida... Me cansaba...

Desde luego, no le hacía gracia que no respondiera yo a sus magreos. Me zumbaba en el cuello, me besuqueaba en los ojos... Yo la contenía como podía... me dominaba... Me veía enlazado... cubierto...

«¡Ah! ¡qué cochino es!...», exclamó... «¡Oh! ¡Es tan indecente como Sosthène! Viene a seducir a la mujercita y después, verdad, ¡la abandona!... *drop!*... ¡Oh! ¡el muy canalla!... ¡tunante!...»

¡La escenita ya!... ¡Un cuarto de hora hacía que la conocía! La calmé un poquito... ¡le di un besito en plena pintura! sobre el carmín del pómulo...

«Entonces, ¿te aburres conmigo? ¡di, principito mío zalamero!»

Nada tenía yo que responder.

¡Me marqué unos besos! ¡no quería escenas!

«Entonces, ¡vas a darme torturas!...»

Me lo susurró apasionada...

¡Yo no tenía ganas de torturarla!...

«¿Ha sufrido usted también?... ¡Se lo noto en los ojos!...»

Me atrajo hacia sí, me levantó los párpados... para mirarme el azul de los ojos... ¡me hacía daño! ¡era una apasionada!... ¡con eso volvió a entrar en trance! ¡se agitó, se soltó, escapó!...

«Voy a hacerle té, *my heart!*... ¡corazón!... ¡Té de samovar!...»

Desapareció... se agitaba en el fondo... removiendo cosas... en el cuchitril detrás de la mampara... meneaba las cacerolas... Volví a mirar el decorado... por doquier cosas chinas, de las Indias... ibis... más papeles, baúles llenos... cofres... más luego budas... todo un tapiz de loto... y guerreros... jabalinas...

«¿Va a volver?...», le grité.

«¿Se aburre usted?...», me respondió.

¡Ah! ahí estaba otra vez, con el samovar en equilibrio... Volvió a la cocina otra vez... ¡unas idas y venidas! Me gritó por encima de la mampara.

«Le parezco hermosa todavía, ¿verdad?... ¿Le ha enseñado mis programas?... ¡he interpretado la Flor maravillosa!... ¡durante veinte años!... ¿Se lo ha dicho?...»

De vuelta otra vez... ¡ahora sobre mis rodillas! Hacía melindres.

«¡Fui raptada, amor mío!... ¡raptada!... *rapped*<sup>[183]</sup>! ¿me comprende?... *rapped!*



...»

«¡Ah! ¿por Sosthène?...», inquirí.

«¡Sí!...»

Suspiros.

Iba a enterarme de todo.

La magreaba... y la magreaba...

«Pasaba con su compañía en el clíper de Australia... el transatlántico gigante *Concordia*... ¡Volví triunfal de la Feria de Chicago!... ¡todas las pasajeras estaban locas!... ¡Si lo hubieses visto!... ¡con su gran compañía de brahmanes!... ¡No te puedes imaginar lo guapo que era!...»

De repente, ¡me cubrió de besos!... se me lanzó a las mejillas, a los ojos... ¡me lamió completamente los párpados!... ¡Era de una avidez increíble!... ¡me mordió las ventanas de la nariz!...

«¡Como tú!... ¡Como tú!... Pues, mira, ¡como tú!...»

¡Guapo como Sosthène no era gran cosa!... ¡por lo que había visto yo!...

En cualquier caso, ¡con eso se puso apasionada!...

«*Sweetie!*... *Sweetie!*» Volvió a lamerme...

«¿Qué hacía usted en ese barco?»

«¡Era manicura, cielo! ¡Déjeme ver sus manos! ¡Oh! ¡qué manos!... ¡Qué bellas son!...»

En seguida, ¡el éxtasis! ¡Todo le daba placer!... me las toqueteó... me las volvió...

«¡Oh! ¡qué suerte!... ¡qué suerte más terrible!...»

¡Había visto de una ojeada!

«¡Sin corazón!... ¡madre mía!... ¡Sin corazón!...»

¡Y volvió a acurrucarse palpitante!... ¡volvió a colmarme de caricias!

«¡Toma la Flor de San Francisco!...»

¡Ya es que me sobraban flores!

Era un ofrecimiento.

Se acostó sobre mis rodillas, se retorció, ¡se convulsionaba otra vez! ¿Qué podía hacer yo?

Volvió a levantarse una vez más... Saltó hacia el otro camaranchón... ¡Me trajo un fajo de fotos!... Ahí estaba con camiseta ceñida, ¡era ella en 1901!... el programa... ¡el año! en el trono de una carroza de rosas... «¡Hada Biutiful!» ¡la atracción!

«*Chicago World Fair!*...», me anunció.

¡Ah! ¡menudo! «¡Hada Biutiful!»

Vuelta a empezar con los magreos.

«Entonces, ¿es que no sabes amar?...»

Estaba desolada.

Me besaba, me zarandeaba, perdía la chaveta.

«¿En absoluto?...»

No me apetecía, la verdad... soy del género curioso más bien... Volví a preguntarle el porqué de todos aquellos baúles... toda aquella cantidad de pertrechos... todas aquellas dragonerías... aquellos budas...

«¿No conoces el baúl mágico?»

¡Se quedó pasmada!

«¡Lo ha descubierto él todo! pero ¡bueno! ¿no lo sabías?... ¿El secreto del baúl mágico?... ¡Oh! Es un prodigio, ¿sabes? ¡Ya verás!... el “*Prodigious*”... ¡Nada dentro!... Abres así... ¡Nada!... Entonces, ¡invoca a los espíritus!... ¡Ves! ¡montones!... ¡montones de rosas! ¡del fondo suben!... ¡Sí!... ¡y el perfume!... ¡Crees estar soñando!... ¡Maravilla!... ¡maravilla!... y después, ¡el hada Beautiful! ¡Soy yo!»

Se extasiaba con el recuerdo.

«¡Fue una hermosa idea de él! ¡Lo amaba yo tanto! ¡desde el primer día! ¡al instante! ¡idea nuestra!... ¡Ahí! ¡así!... ¡Ya no podía separarme de él jamás!... me raptó para su compañía... Me hizo cambiar de barco... ¡En Brisbane nos casamos!... ¡Me amaba!... ¡Yo lo amaba!... Cogimos otro barco... ¡Era necesario! ¡El *Corrigan Tweed*!... ¡cuatro mástiles!... ¡Oh! ¡no lamenté nada! ¡Por amor me hizo flor del baúl!... ¡Sosthène!... ¡qué amor entonces!... ¡Qué años!... ¡Durante veinte años fui yo la Reina de la Magia! ¡aparecía yo en el corazón de las rosas!... ¡así! *Spring out! Floff!* ¡así del baúl! ¡Así! *floff!*... ¡al decirlo Sosthène! *Floff! The Rose of San Francisco!* ¡Mira! ¡así! está impreso ahí, ¡por todos lados!... *Look!*»

Volvió a mostrarme los recortes... ella siempre con camiseta ceñida... ¡todo un álbum! ¡y no otra! ¡Siempre ella! ¡y nada más que ella siempre!... ¡en carroza!... ¡sin carroza!... lánguida... ¡triumfal! ¡en palanquín!... ¡en carricoche!... ¡Siempre ella! ¡sonriendo!...

«¡Qué adoración en la sala! ¡No te puedes hacer idea!... ¡La más bella de las rosas, decían!... ¡En El Cairo después!... ¡y luego en Niza!... ¡Y después de eso Borneo!... ¡Sumatra!... ¡La Sonda!... ¡y luego las Indias!... ¡y después Hamburgo! ... ¡dos años!... Aquí, mira, en Londres... ¡el *Empire!*... ¡mira 1906!... ¡el *Crystal*<sup>[184]</sup>! y después, ¡París!... ¡el *Olympia!*... y después regresamos a las Indias... ¡otra vez! Entonces le entró la locura otra vez, ¡a Sosthène! ¡Sosthène dear! ¡Quería arriesgarlo todo! ¡sacrificarlo todo! ¡quería romper todos nuestros contratos! Mira, ¡conmigo fortunas!... Contratos, mira, ¡así! ¡Le entró la locura otra vez!... ¡Nos honraban demasiado en todas partes con nuestros brahmanes!... ¡Y los regalos, querido!... ¡se le subió a la cabeza!... ¡se ponía furioso! ¡Si hubieras visto!... ¡La de amantes que rechazé! ¡y diamantes!... ¡Querían todos que me divorciara! el rajá de Solawkodi... ¡Quería mandar construir para mí, para mí solita, un templo de opalina!... ¿Conoces la opalina, querido?... ¡Oh! ¡adorado mío! ¡tómame bien! ¿Por qué estás tan cansado?...»

Nada tenía yo que responder.

«¡Un templete de opalina!... ¿Comprendes lo que quiero decir?...»

¡Se reía como una bendita!... de lo más feliz con el recuerdo...

¡Un besito para la monina! ¡tenía que continuar!...

«Conque, ¡Sosthène se volvió loco! ¡como te he dicho!»

«¿Por qué?»

Yo no ponía suficiente atención...

«¡Celoso! ¡Cielito mío!... ¡Celoso! Seguía amándome, él, ¡fíjate! ¡Unos celos! ¡querido!... ¡Un loco!... ¡Ya es que no dormía a causa del rajá!... ¡Ya es que no podía comer ni un bocadillo!... ¡ni dormir!... ¡Hacía el amor, oye, todo el tiempo!... ¡Se puso a hacerme sufrir!... ¡A propósito!... ¡Las flores ya no le bastaban!... ¡Me metió en la magia muerta!... ¿Sabes lo que es la magia muerta?...»

¡No, yo no lo sabía!

«Me sumía en el gran sueño... ¡la catalepsia!... y, además, ¡todos los ultrajes!... ¡todas las miserias!... ¡que yo sufriera!... ¡que sufriese más! ¡cada vez más! ¡y nunca era suficiente!... ¡Nunca estaba contento!... ¡Me prestaba a sus brahmanes!... ¡toda una noche para su magia negra!... y después, ¡a los davidés<sup>[185]</sup> de Bengala!... ¡para su gran orgía!... ¡con las quemaduras y todo!... regresaba muerta por la mañana... ¡Yo veía que estaba poseído!... ¡Y cada vez lo amaba más!... ¡Como a ti! ¡Mira, como a ti, *sweetie!*... ¡Oh! amor mío, ¡sé tierno un poco!... ¿No conoces las caricias? ...»

«¡Cuéntame!»

«¡Me clavaba agujas!... ¡Durante el número!... ¡Me manaba sangre de las heridas! ¡Él me lo chupaba todo! ¡Mira, así! ¡*Puuif!* ¡*Puuif!* ¡Me pisaba los pies! ¡A mí, tan sensible!... Y después, en el momento del baúl, ¡me encerraba dentro de verdad!... Pero lo que se dice de verdad, ¡que es que me asfixiaba!... ¡Aún descubrió algo mejor!... Ése era su número genial... Me aserraba la cabeza todas las noches... e incluso dos funciones de tarde... Entonces, ¡me moría de miedo de verdad!... Me llevaba a su camerino... ¡Me tomaba así! ¡en Rangún estaba de verdad muerta!... ¡Ah! ¡la sierra así!... ¡escucha! ¡*rrrr!*... ¡*rrrr!*... ¡*rrrr!*... ¡la sangre corría hasta el patio de butacas!... ¡los espectadores se sentían mal!... ¡Tenía él los ojos, mira, así!...»

Me ponía los ojos como Sosthène... lo espantosos que eran... ¡había que apartar la vista! ¡extraordinarios! ¡como para morir de miedo!

«¡Me hacía volver a escena!... ¡Me llevaban en una camilla con sus brahmanes! ¡Qué triunfo! ¡Tú fíjate!... Y después, al volver al hotel, entonces ¡me amaba! ¡ahí, no te puedes imaginar! ¡Me volvía a estrangular muy suavemente!... Yo tenía miedo todavía... ¡Estaba loco por lo del templete! Anda, ¡házmelo tú también!...»

Tenía el cuello blando y lleno de pliegues... Yo apretaba un poquito.

«¡Aprieta, lobito mío!... ¡Aprieta!... ¡La lengua!... ¡La lengua!...»

¡Tenía que sacar la lengua al mismo tiempo!... Era complicado...

Lo hacía lo mejor que podía.

«Oye, ¿y después?... después, ¿qué?...»

¡Quería yo enterarme de los detalles!...

«¡Dos veces más la vuelta al mundo!... ¡Dos meses en Berlín!... ¡Seis meses en Nueva York!... Había cambiado tanto, ¡que yo misma ya no lo reconocía!... Estaba injurioso, desagradable, casi con todo el mundo... Él siempre tan amable antes, tan distinguido en sus palabras... Abofeteó a una señora en Copenhague... a nuestro jefe de orquesta en Hamburgo... y después al gerente... ¡Aquellos escándalos nos perjudicaron mucho!... los empresarios nos anularon contratos... eran ellos ahora los que nos “black-list<sup>[186]</sup>”... ¡Nadie quería saber ya nada con nosotros!... con nuestro baúl mágico... nos quedamos plantados en Singapur... Yo había adelgazado tanto, ¡que estaba horrible en camiseta!... ¡hacía un ruido terrible incluso cada vez que me pegaba!... ¡el esqueleto!... ¡era algo espantoso para los vecinos!... ¡Nos echaban de los hoteles!... Volvimos otra vez a las Indias... ¡Entonces fue el último naufragio!... ¡él, que no había jugado nunca!... ¡quiero decir al bacará! ¡Se puso a jugar! ¡a un ritmo infernal!... ¡jugaba a todo!... ¡El demonio!... ¡jugaba a los caballos! ¡a cara o cruz! ¡al whist!... ¡a las ruletas!... ¡a cualquier cosa! ¡Perdía!... ¡Ganaba!... ¡Pasaba las noches!... ¡Ya no me hacía el amor más!... ¡Me olvidaba!... Y después le venía otra vez... ¡aún más furioso! ¡feroz! ¡el tigre!... ¡Me arrancó un pezón! ¡Mira, mira! ¡aquí!...»

Me enseñó el seno... En efecto, ¡cortado en la punta!

«¡Así me mordió, mira!... ¡Ya no quería que yo subiera a escena!... ¡Arañaba a todos nuestros jefes de orquesta! ¡ya es que no podía verlos!... Así vivimos en la miseria...»

¡Ah! se detuvo... ¡Ah! era demasiado triste... no quería contar más... quería que yo me desnudara... ¡un antojo de repente!... ¡Empeñada absolutamente!... ¡quería ver mi pecho!

Me quitó sólo la chaqueta... lo que yo quería era que siguiese.

«El dinero, la suma que nos quedaba, ¡lo metió todo en una compañía! mira, ¡una Prospección de Minas!... ¡Como no se iban demasiado rápido!... en fin, según él... después, ¡tenía miedo de que nos robaran!... ¡Veinte años de ahorros teatrales! Decidió que prospectáramos nosotros mismos... que si íbamos a hacer una fortuna enorme con las esmeraldas... los lapislázulis... ¡y yo qué sé!... la Gem Proceeding Company se llamaba esa gente...»

¡Ah! ¡de eso me había hablado él! ¡No lo podía negar!...

«¡Ah! ¡querido! ¡cómo sufrí!... ¡Qué frío pasé en aquellas montañas!... ¡Buscamos filones!... ¡Todos nuestros recursos se fueron en ello!... Me hacía escenas, incluso allá arriba... ¡en los altiplanos del Tíbet!... ¡Aún los celos siempre! ... siempre el rajá... “¡Vas a tener tu templete de opalina!” ¡Me pegaba delante de los porteadores! ¡Me trataba peor que a una perra cuando le daban los celos!... ¡Yo no quería dejarlo!...

»¿Quieres que te haga un poco de fuego?»

«¡No!», le di las gracias.

«Yo, verdad, habituada al lujo, ¡acostarme en aquellas casas de salvajes mongoles! ¡montañas, tú fíjate, de piojos!... ¡Cuando me quejaba un poquito!... En seguida, ¡insultos!... ¡golpes!... ¡horrores!... Volvía a darle el ataque... ¡El templo! ¡El templo! ¡su manía!... ¡El rajá! ¡de ahí no salía! ¡Se volvía loco otra vez!...

»Para volver a Delhi pedimos dinero prestado, doce piastras, agárrate, ¡a la Misión católica!... ¡Con eso está dicha nuestra situación!... ¡Bien!... ¡Aún se le ocurrió otra cosa! Otra idea...

»“¡Pépé! ¡Pépé! ¡Ya sé lo que es! ¡Ya sé lo que nos falta!” ¡Estaba iluminado! “Nunca lograremos...”

»“¿Qué nos falta?”, le pregunté.

»“¡Un antepasado!...”

»No veía yo por qué un antepasado... ¿por qué esa idea?... así de un convento a otro se le había ocurrido, de reflexionar con los monjes... de hablar con ellos en “beluche<sup>[187]</sup>”, la lengua de por allí. Me dije: “¡Ésta va a ser buena!...” ¡ah! ¡menuda fue! ¡tuvimos el antepasado!... ¡volvimos a buscarlo a Francia!... lo paseamos... nos lo llevamos... ¡una vez más! después, ¡aquí! ¡allá! ¡por todas partes!... por cierto, ¡que está ahí! Lo sacaron de su panteón... ¡nos costó muy caro! ¡muy caro una vez más!...»

Me mostraba en el extremo del camaranchón... junto al armario... justo bajo el techo... un baúl de mimbre del antepasado... largo y achatado.

Quien me interesaba era Sosthène.

«Entonces, ¿va a volver a marcharse pronto?»

Yo buscaba al azar.

«¿Con qué dinero, querido? ¡Por suerte ya no nos queda nada!»

¡Ah! ¡era un alivio! ¡una tranquilidad! ¡para ella! ¡se verían obligados a quedarse en Londres! ¡No quería saber nada del Tíbet!

«¡Bésame mucho!... ¡Bésame con ganas!... ¡Ah! ¡tú tampoco te has marchado! ¡Anda! ¡que no te has marchado!... Mira, ¡aquí es!... Aquí es, ¿lo sientes?...»<sup>[188]</sup>

¡Tenía que volver a palparla!... el cuello, el lugar de la tortura, en el que aún estaba el chirlo... un círculo alrededor...

Entretanto, él no volvía.

¡Yo me preguntaba qué cojones haría fuera, el otro chorra de la China!... ¿Se quedaría ocho días? ¿un mes?... ¿tendría entonces que acostarme yo allí? ella continuaba con sus provocaciones...

«Mira, querido, ¡me pongo los polvos para ti!... ¡Me los he puesto!... Ahora, ¡que podría pasar sin ellos!... Tócame la piel... Mira qué suave es... ¡Él era el que quería que me empolvára!... ¡de blanco!... ¡de blanco!... ¡cada vez más pálida!...<sup>[189]</sup> ¡Así me prefería!... “Pépé, ¡mi muertecita querida!...” ¡así me llamaba!... ¡desde que estuve a punto de quedarme en el sitio el día de la sierra!... ¡Si hubieras visto aquel número!... Aún soy mona, ¿eh? ¡ves!... Pero ¡es que en Melbourne!... ¡si hubieses visto!... ¡Nunca había estado tan bella! Todos los brahmanes del número, ¡y

eso que estaban bien habituados! ¡no daban crédito a sus ojos!... Ellos eran los que me desclavaban la tapa, los brahmanes... ¡A mí, la supuesta muerta!... ¡Aparecía, mira, así!... ¡bajo un diluvio de rosas!... ¡Unos aplausos!... ¡que duraban veinte minutos!... ¡Una vez tres cuartos de hora en Sidney!... ¡Toda la gente de pie vociferando, de lo magnífica que me veían!... ¡Dime! ¿Beso bien?... ¿No quieres tomarme tú, entre las flores?... ¿Ves el baúl ahí?... bajo el tragaluz... ¡aún está lleno de rosas!... artificiales... pero, oye, ¡perfectas! ¡En tu vida las has visto iguales!... ¡tan bellas!... ¡tómame dentro!... ¡En tu vida has visto cosa igual!... Proceden de Bongsor Malasia... Allí, vamos, ¡es que no te puedes imaginar!... lo que pueden hacer con pétalos... ¡terciopelillos! ¡auténticas flores desecadas con los monzones!... ¡Vas a ver tú!...»

Me dejó... brincó hasta allá... ¡se metió en el baúl!... ¡salieron volando todas las rosas!... ¡una bandada de pétalos! ¡cayeron por doquier! ¡en derredor!... ¡otra nube!... ¡y otra!... ¡una lluvia de pétalos!... ¡todo aquello en una nube de polvo!... ¡Estornudamos los dos!... ¡y qué risas!... ¡Ah! ¡cómo nos divertíamos!...

¡Dong! ¡Dong!... ¡llamaron! a porrazos en la puerta...

Se reajustó el refajo... Corrió con las chanclas... Era un muchacho mofletudo con una botella de leche...

«*Thank you!... Thank you!...*»

Y un besote al muchacho... ¡Otro! ¡un gran besote! *dear little one!*... ¡y me le metió mano, al chavalín! ¡se vio acariciado, magreado, lamido, arropado, en un santiamén! ¡a caricias! ¡ahí sobre el felpudo! ¡ahí mismo, de pie!... ¡el chavea de los recados!... ¡Ah! ¡el monín!... ¡Se retorció, se reía igual!... ¡No debía de ser la primera vez!... ¡Debía de venir con gusto a subir la leche a la señora!... ¡No les importaba mi presencia!... Me quedé plantado, yo, ahí, en la cama plegable... De todos modos, ¡exageraba un poco, me parecía a mí!... ¿Y si subía alguien?... Me pareció que era bastante irresponsable... ¡Chocho de fuego, la purí!... ¡Iba a haber gresca otra vez!... si alguien subía, ¡iba a estar bonito!... lo mejor que podía hacer yo era ir a cerrar la burda... ¡Bastante fichado estaba yo ya, joder!... ¡Metido en otro lío de ultrajes!... ¡habiendo guripas por todos lados! ¡y ahora la tía salida esa! ¡Ah! ¡no, no! ¡me levanté! ¡no! ¡sentado! ¡qué leche! ¡no me moví! me pesaban las piernas... ¡que se arreglaran! ¡hasta el gorro! ¡Anda ya! ¡estaba demasiado aturdido por las calles!... había caminado demasiado desde la víspera... ¡estaba rilado!... ¡ella zascandileaba cada vez más! ¡Eran los nervios! ¡Eso eran los nervios! ¡Que se excitara, se espabilase al rubiales!... ¡triquitrá! ¿sería tal vez culpa mía también? ¡Todo era culpa mía últimamente!... ¡Los iba a poner en la puta calle! ¡a los dos! ¡me estaban sacando de quicio! ¡por la barandilla!... ¡me los iba a precipitar! ¡de cabeza!... ¡Para que se riesen! ¡Espera y verás!

¡Me levanté! ¡fui! en ese preciso instante unos gritos... de abajo.

«¡Putas! ¡Más que putas!...» Desde la calle. «¿Vas a entrar, guarra? ¿Vas a esconderte, perra?...» Desde abajo del todo... desde el pasillo.

¡Yo ya no sabía dónde cojones meterme!...

«¿Vas a dejar a ese niño?...»

¡El chaval salió de naja!... ¡*Bum!* ¡por piernas! ¡Se largó!... ¡Ella dio media vuelta! ¡se lanzó sobre mí! ¡a mis brazos!... hecha un mar de lágrimas, ¡loca de espanto!... el Sosthène estaba ahí, en la puerta... sobre el felpudo... Nos miraba...

«¡Escúcheme!... ¡Escúcheme!...», empecé...

Me cortó la palabra.

«¡He comprendido!...»

Avanzó... ¡estaba ofendido! Rechazó mi mano tendida... Después flaqueó, cedió, se desplomó sobre el borde de la cama... estaba reventado... gruñó... se asfixiaba... escupió...

«¡Oh! ¡huy, huy!...», dijo. «¡Oh! ¡huy, huy!»

Llevaba como siempre una túnica china, pero no era la misma, rameada... era una amarilla y roja... toda cubierta de ibis... No se quitó su gran sombrero... se quedó así, pensativo... «¡Oh! ¡huy, huy!», dijo... «¡Oh! ¡huy, huy!» Y después le volvió a subir la cólera... se levantó furioso... ¡atacó a la purí! ¡Oh! ¡huy, huy! ¡agitó el paraguas por encima de la bribona! ella se tiró al suelo a sus pies... se retorció... se arrastró...

«¡Pépe! ¡Levántate!... ¡Me haces sentir vergüenza!...»

«¡Ya lo sé! ¡adorado mío!... ¡Ya lo sé!...»

Le besó la túnica, los zapatos... se postró... ¡convulsionada por los remordimientos!...

«*My gouf!... my gouf!... ¡vida mía! ... gouffy!...*<sup>[190]</sup>»

Así lo llamaba.

«¡Levántate!... ¡Levántate!... ¡desgraciada!...»

«¡Oh! ¡sí, desgraciada! ¡Oh! ¡sí! ¡condenada de mí!», respondió ella. «¡Bien que lo puedes decir!» ¡bamboleándose! ¡deshecha en lágrimas!...

Era desgarrador... atroz...

«¡Hale, vuélvete!... ¡pide perdón!»

Obedeció.

Se prosternó del otro lado...

Él le levantó los andrajos.

«¡Mire este trasero! ¡este horror! ¡joven!»

Me ponía por testigo... El chaval había vuelto también.

Ella bogaba... ondulaba con el bul... agitaba la grupa...

«¡Oh! ¡qué culo más feo!... ¿verdad usted que es feo?»

A mí se dirigía.

¡Y *pfloc!* ¡y *pfloc!*... ¡golpes con el mediomundo!... ¡y pumba! ¡un patadón en el jebe!... ¡Fue a caer donde las rosas!... Ella seguía llorando, pero con menos fuerza, ahora sólo gimoteos...

Él salió rápido, corriendo, farfullaba por el otro lado... tras la mampara... el

grifo... dejó correr...

«*Coming!... Coming!...*», anunció... ¡y ahí estaba otra vez!... ¡muy impetuoso! Volvió a alzarle las faldas... ¡zas! ¡y todo el cubo de pañí! ¡*Vlaúf!* ¡en el bul!... Se marchó... volvió, vuelta a empezar... ella seguía tendida en el suelo así, cuan larga era... con el culo al aire...

«*Deary! Deary!* ¡Querido!», ¡imploraba!... «*Gouffy! Gouffy!*»

«¡Fuego en la popa!... ¡Fuego en la popa!... Toma, ahí, ¡ya está! ¡Otro más!...»

¡Se lo arrojó! ¡Salpicó todo!... ¡una charca en el suelo!... un barrizal... Chapoteábamos... ella se retorció en él... él se escurrió... dio un trapiés... ¡*Badabum!*... ¡salió por el aire!... ¡el culo!... ¡todo! ¡el sombrero!... ¡Se desplomó sobre ella!... ¡Le entró un cabreo!... ¡ella se tronchaba de risa!... ¡Ah! ¡qué bicho!... ¡Él quería levantarse!... ¡ah! ¡el ataque! ¡volvió a caer!... ¡Se trabó con la túnica!... ¡Ella se reía a carcajadas! ¡Ah! ¡entonces!... ¡a él le venció la rabia!... ¡Se arrancó todo!... ¡la túnica!... la chaqueta... la casaca... ¡en pelotas saltó!... ¡completamente desnudo!... ¡ahí, en el sitio! ¡fuera de sí!

«¡Me va a volver loco!... ¡Me va a volver loco!...»

Así gritaba.

«¡Vete!... ¡Vete!...» La echaba... «¡Vete!... ¡No vuelvas nunca!...»

Ella se puso de pie, muerta de risa... agarró al chaval... cogió la puerta, muy entonada, ¡tronchándose!... ¡Una golfa! ¡se marchó con el rubiales!

«*Good daye!...*», nos gritó... «*Good daye!...*»

Él se volvió a sentar, lloriqueando, afligido...

«¡Ah! ¿ha visto usted eso, joven?... ¿Es esto vida? ¿Ha visto usted qué loca?...»

Fue a ponerse un pantalón... Volvió... No cesaba de suspirar... ¡A mí me hubiera gustado enterarme un poquito!... ¡No todo iban a ser escenas!... No habría estado mal saber...

«Entonces, ¿se acabó lo de la China?»

Volví a hacerle la pregunta.

«¡La China! ¡La China! pero ¡qué dice! ¡todo lo contrario!»

¡Ah! ¡la mayor confianza! ¡todo seguro de sí!

Me miró de arriba abajo.

«¿Cree usted que he perdido el tiempo? ¡Vamos, hombre!»

¡Qué inepto estaba yo hecho, la verdad!

«¡Pasemos a los números un poquito!... ¡Aquí están mis cálculos!...» Me mostró uno de los baúles... bajo el tragaluz...

«¡Veamos!... ¡25 000 libras como mínimo!... ¡En Calcuta sabremos!... En fin, ¡pongamos unas 30 000! ¡por si acaso!...»

Se interrumpió.

«¡Pépé! ¡Pépé!...» la llamó.

Bajito me susurró:

«¡Escucha tras las puertas!... ¡No se fíe!... No se fíe de las mujeres, ¡sobre todo



de las extranjeras!...» Me aconsejó...

«¡Chsss! ¡Chsss!... ¡No se case nunca con una americana!...»

Se volvió a hurgar por todos sus andrajos... todos sus forros... su hermosa túnica hecha jirones... sacó un fajo de periódicos... vi el *Mirror* en el montón... el *Sketch*... ya estaba yo seguro... miré las fotos... los titulares... diquelé... ¡nada ahí!... ¡ni ahí! ... ¡ahí tampoco nada!... sólo fotos de la guerra... el ataque del Somme<sup>[191]</sup>... los prisioneros, los alambres de espinos, los Guillermo II, los «taubes<sup>[192]</sup>» en llamas, etc. ¡Ni una palabra ya sobre nosotros! ¡Sí que era sorprendente!... se les había pasado... ¡súbito!... ¡Ya no se ocupaban más de nosotros!... ¡en absoluto! ¡por encanto! Sosthène, por su parte, no eran las fotos, sino los anuncios, lo que miraba... miraba con un lápiz... buscaba una rúbrica... ésta, no... ésa, no... ¡ninguna era! se irritaba... vi que se ponía nervioso... farfullaba... es que no sabía leer los anuncios...

«¡Que no es chino!», fui y le solté. «¡Yo le ayudo!»

¡El *Times* era el que había que leer! ¡el *Times*! Volvió a hurgarse, sacó el *Times* de otras profundidades, de otra túnica que había ahí, sobre el diván... Ah... ¡ahí estaba! ... ¡Siempre diez páginas de anuncios, por lo menos, el *Times*! ¡y apretadas! ¡y finas! ¡Ah! ¡menuda tarea! pero ¿qué buscaba? No me lo dijo... Columnas y columnas... «*Marriages*»... «*Vacations*»... «*Employments*»... «*Demanders*»... ¡Qué variedad!

«¿Busca usted un puesto? ¿Qué es lo que quiere?...»

«*Investments*!»... los «*Investments*» era lo que buscaba... Los capitales... ¡Ah! señalaba con un trazo... en cada línea un trazo... se excitó... cruces por todos lados... inscribió las sumas, se apasionó... ¡25 000 libras!... ¡40 000!... miles y miles más... «*Partnerships*»... ¡Ah! «*Asociados*», ¡eso era aún mejor!... ¡Asociados! ¡Ah! ¡Ya estábamos! ¡ah! ¡muy satisfecho!... ¡ya!... ¡ya!... ¡se acaloró! Intentó leer línea a línea... ¡Lo arañaba todo!... ¡yo tenía más facilidad!... Yo iba descifrando... Él buscaba cierto anuncio en los «*Partnerships*»... ¡Él sabía! alguien se lo había dicho... me avisó... ¡Oh! ¡estaba muy solicitado!... cierto anuncio... «Hay que escudriñar las columnas»... y muy detenidamente... ¡muy minucioso! «*Partnerships*!» «*Asociados*» para los biberones... para los automóviles de lujo, para los colchones elásticos... los muebles ligeros y de jardín... los juguetes de niños... el comercio de exportación de ropita de niño... los *fountain-pens*... las direcciones de cines, ¡al menos un centenar!... ¡los artículos de deporte! doce cervecerías... ¡Ah! ¡ya! ¡ya! ¡ahí estaba! toda una serie: «*Mascarillas de gas*»... ¡Ah! ¡mascarillas de gas! ¡Eso era lo que buscaba! «*Gaz Masks Engineers. Wanted promptly young engineer...*» Joven ingeniero para mascarillas de gas: ¡eso! ¡eso! ¡nuestro asunto!... Se puso muy agitado... ¡algo para nosotros!... «*For trial perfect gaz masks!...*» para la prueba de mascarillas de gas «perfectas». «... *Very large profits expected... immediate premium 1500 pounds!... Partnership granted...*» ¡Enormes beneficios en perspectiva!... Asociación asegurada... ¡Prima inmediata!... «... *War Department Order...*» ¡Bien que nos molaba! ¡Encargo del Ministerio de la Guerra!... «*Coronel J. F. C. O'Collogham, 22 Willesden Mansions W. W. I.*» Prima inmediata, 1500 libras...

«¡Ah! ¡los astros nos favorecen!»

¡Yo lo creía! ¡Lo creía perfectamente! ¡Su confianza se ganaba mi voluntad! ¡me exaltaba! ¡Ah! ¡al instante! ¡Ah! ¡me animé! ¡Por fin algo!

¡Yo no lo había visto aún tan alegre nunca! ¡tan animoso de repente! ¡fardón! ¡los anuncios le sentaron bien! ¡a mí también! ¡Ah! ¡qué felices estábamos!

«¡Nos acercamos a Géminis!»

¡Eso es lo que descubrió!

¡Guasón viva la Virgen!

«Pero ¡cuidado!... ¡Actuemos!... ¡Ciertos solsticios duran dos segundos! ¡Hay que actuar!»

¡Era lo que yo más deseaba!

«¡Chsss! ¡Chsss!»

¡Otro misterio!

«¡Cuidado con las mujeres! ¡Lo embrollan todo! ¡enmarañan nuestros menores efluvios! ¡Enloquecen nuestro destino! ¡Voy a encerrar a la mía! ¡En cuanto regrese! ... ¡Qué bicho!...»

¡Ya estaba yo prevenido!... ¡Eso era otra cosa!... Pero ¿y el coronel O'Collogham y las mascarillas de gas?... ¿qué íbamos a hacer en casa de ese andoba?... ¿cogerle su parné?... ¿Asociados? ¿adónde más íbamos a ir a parar? Sosthène reflexionaba... Se había vuelto a arrellanar en el sillón. Me miraba con la vista perdida...

«¡Señor!...», me arriesgué... «Entonces, ¡se acabó lo del Tíbet!...»

«Al contrario, es justo el principio...»

Saltó.

«¡Tontaina! ¡Ah! ¡no hable delante de mi mujer! ¡Es usted un charlatán!...» Volvió a recomendarme... «Mire, ¡vaya a buscarme el té!... ¡sírvelo ahí!...»

Era yo la doncella ahora.

«¡Está frío, señor!... ¡Está frío!...»

Fui hasta el infiernillo... toqueteé... preparé... ¡Empezaba a encontrarme a gusto en el camaranchón de la pareja!... Sólo, que jumeaba chungo desde que él había vuelto... Le rugían los calcos con ganas... Eso ya lo había notado yo... Era la humedad de las calles... ¡Es terrible para los zapatos Londres!... yo también debía de oler... es mucho peor incluso que en el regimiento... ¡Se vuelven esponjas en un dos por tres!... Había jamón en el aparador, un aparador pequeño, bajito... Me hice un bocadillo... me serví... ¡primero!... ¡Toc!... ¡Toc!... ¡Toc!... llamaron...

Fui a abrir.

¡La re-Pépé! ¡Cucú!

«¡Ah! ¡cielito mío! ¡Amor mío!... ¡Ángel mío!...» ¡de dos brincos ya estaba encima de Sosthène! ¡vuelta a empezar con las caricias! ¡Ah! ¡cómo se amaban de nuevo!... ¡Besos otra vez!... ¡y requetebesos! Fueron a acariciarse al diván... Había traído comida, ¡más jamón! ¡un poco de sesos! ¡sardinas frescas! ¡justo cuando estaba

preparándome!... ¡Venía de perilla! ¡vi el papeíllo! ¡iba yo a rehogar con mantequilla todo eso! Mientras se hacía, miré... el decorado, la quelí, los baúles... y más baúles... cofres dorados... cofres negros... ¿Conque el antepasado estaba en ese rincón?... ¡El culto de los muertos!... ¡No dije ni pío!... ¡se lo estaban pasando muy bien, los dos! ¡ah! ¡estaba todo remendado! La tira de chismes por todos lados... chucherías chinas pero es que por todas partes... máscaras... muecas, azules, rojas... banderolas con signos... más baúles... resquebrajados... rotos... rollos que se salían... libros... la tira por todo el entarimado... Era más pequeño que el de Claben, pero igual de leonera y batiburrillo, ¡lo que ya es decir!...

Bien, ¡listo! ¡eso estaba mejor!... el té, ¡un tentempié! ¡lo llevé! ¡te resucita a un hombre! ¡Iba a servir a los señores!

¡Ah! ¡soy perfecto en mi género! ¡Sé reconciliar a los matrimonios! ¡Lo que gozaban ahora! ¡Más tiernos no podían estar! ¡Menudo cómo se lanzaron sobre mis sardinas! ¡Ah! ¡soy experto en asarlas! ¡La comidita de verdad para los enamorados! ¡Ah! ¡yo participaba con gusto en su gozo! ¡Me daba placer! A cada abrazo con que la estrechaba él, ella me hacía un guiño, se contoneaba, ¡volvía a guiñarme un ojo! ¡a cada besito! ¡tenía el diablo en el bul, la monina!

«¡Hale!...», lo achuché. «¡Que nos vamos!»

Era cierto, ¡era el momento!

«¡Sí! ¡Sí!... ¡Tiene usted razón!... ¡Adelante! ¡joven! ¡le sigo!»

¡Ah! ¡tenía que decidirse! ¡No iban a magrearse *eternam*<sup>[193]</sup>!

«¡Pépé! ¡mi túnica verde!...», ordenó.

¡Y volando! Ella fue a buscarle esa hermosa túnica... en otro baúl se encontraba... una falla tornasolada y adornada con mimosas... farfulló, sacó, lo vistió, lo empolvó, lo engalanó... ¡ahora el sombrero!... ¡el mediomundo!...

¡Ah, ya estábamos!

«¡A ver! ¡cójame otra vez la dirección!...»

¡Ya olvidada! busqué el recorte del *Times*. Copié... él repitió despacio...

«¡O'Collogham! ¡Coronel!... Willesden Green 41... Willesden Mansions...»<sup>[194]</sup>

¡Listo! ¡Intentaba recordarla bien!

«¡Ya está! ¡Ya está!...»

Y después me miró de arriba abajo.

«¡Lleva usted unos zapatos asquerosos!...»

Era bien cierto... Suspiró...

«¡Corrección, hombre!»

Lo desolaba yo.

Me tiró una tela... para que me los brillantara... un pañal de kimono...

«¡La presentación! ¡joven!»<sup>[195]</sup>

Listo.

«¡Ah!...» Se animó... «Me dejará usted hablar, ¿verdad?... No me cortará la palabra...»

¡Oh! ¡no, de ningún modo!... ¡eso se lo prometí!

Pépé quería besarlo otra vez... ¡un último besito!

«¡Hale! ¡de prisa! ¡en marcha!»

Él la rechazó... No era el momento... Se lanzó escaleras abajo... ¡yo najé!... ¡detrás! ¡Nos apresuramos! pero ¡a la Pépé no le hacía ninguna gracia! ¡Ah! ¡se nos pegó! ¡las pió! ¡maulló! ¡no quería quedarse allí sola! ¡quería que la lleváramos!...

«¡Ah! ¡debería haberla encerrado!...»

¡Ya era demasiado tarde!

Fuera, en seguida la gente se congregó... ya teníamos otro escándalo... ¡no nos librábamos nunca! ¡parlamentamos con Pépé! ¡lo hacía a propósito para que la gente nos mirara! ¡no quería entender nada! razonamos, Sosthène la besó... no comprendía nada... ¡que era para lo de las mascarillas!... por fin comprendió un poquito... consintió, pero ¡quería una atención de nuestra parte! ¡era la condición!... ¡quería golosinas!... Sosthène la conocía... vino con nosotros un trecho... justo hasta la esquina, ahí... Aldersgate<sup>[196]</sup>... a la parada de los tranvías. ¡Ah! ¡ahí era!... ¡la tienda de caramelos!... ¡nos hizo comprarle todo lo que quiso!... golosinas, todos sus caprichos... en los estantes y después en el mostrador... primero una gran caja de candy, luego dos habanos... después tres bolsas de *marshmallows*<sup>[197]</sup>, más luego un frasco de colonia... ¡Ah! ya casi estaba... ¡No! también quería unos *toffee*<sup>[198]</sup>... ¡era un vampiro!... ¡Para pagar tuvimos que sacarlo todo! ¡ahí, todo nuestro parné! ¡Sosthène y yo! ¡Había justo, justísimo! ¡Me cogió mis últimos peniques! ¡Ah! por fin accedió a «*go home*»... pero no estaba contenta... se fue enfurruñada... ni siquiera nos dijo adiós...

¡El autobús 29! ¡el nuestro! ¡ahora nosotros! ¡Aúpa! ¡por el aire! ¡Se levantó las faldas!... ¡y montamos!

## GUIGNOL'S BAND II

### El puente de Londres

Una multitud ya ante la puerta... Y eso que nos habíamos dado prisa... ante la verja... en la acera... y todos con el *Times* abierto de par en par... Venían por el anuncio todos, seguro... Una casa hermosa, de aspecto... lujo... un gran jardín alrededor... arriates, rosas, ¡algo chachi!... un machaca contenía a las personas... exhortaba a la paciencia.

«*The Colonel is not ready!*... ¡El coronel no está listo!»

Les gruñía desde la escalinata.

¡Ah! ¡el muy bribón! ¡eso no nos iba! ¡Ah! ¡no éramos de los que esperan!...

En seguida Sosthène chilló, agrio, por encima de las cabezas...

«¡El Coronel! ¡El Coronel! *quick! quick! War Office!*... ¡Urgente! ¡Urgente!...»

Blandía su enorme rollo, lo desplegaba por encima de la multitud... ¡como una oriflama!

«¡China! ¡China!», reclamaba.

Todo el mundo venga troncharse, lógicamente... Aprovechó, pasó...

«*The fool! The fool!*»

Les parecía un chalado.

Yo me precipité con él, ya estábamos dentro de la casa, sobre la moqueta, ¡una auténtica antecámara, magnífica! Nos limpiamos despacio los calcos... Grandes cuadros, tapices antiguos... Yo soy entendido<sup>[199]</sup>... Era una queli hermosa...

Llegaron, aparecieron otros domésticos... Debían echarnos, ¡lo más probable!... Sosthène los arengó de sopetón...

«*War Office! ¡Uar Ofis! Mask! Mask!*»

Hacía muecas, se imponía, lo miraron, no se atrevieron demasiado. Se quedaron quietos parados ante aquel chino. Rodearon todos su túnica, para verle los bordados, el trasero sobre todo... Les enseñó su dragón... hermoso, azul y amarillo, ¡y escupía llamas! ¡En seguida se los conquistó!

«*Speak english!*», me dijo, «*speak english!*»

Quería que perorara yo.

Pero no hizo falta... una jovencita... una muchachita... bonita que no veas, ¡un amor!... una rubita, encantadora... la admiré al instante... ¡ah! ¡arrebataadora!... ¡ah! ¡me quedé embobado!... ¡Ah! ¡el flechazo!... ¡Ah! ¡Unos ojos azules tan hermosos!... ¡Una sonrisa!... ¡la adoré, a la muñeca!...

¡Dejé de escuchar al otro gilipuetas!... Dejé de escuchar nada, me quedé en suspenso, ya es que no podía decir nada...

¡Si no hubiera yo llevado aquella horrible farda!... fui presa de la vergüenza... Si

hubiese estado un poco afeitadito... si no hubiera estado tan jodido... le habría dicho al instante lo que me causaba... el efecto maravilloso... ¡No! no se lo habría dicho... me habría quedado quieto igual... emocionado... babeante... desdichado... ¡Ah, qué gozo experimentaba!... ¡ya no me atrevía!... ¡Ah! ¡qué hermosa era!...

Los domésticos estaban perplejos... habían de esperar a su patrón... se fueron, nos dejaron... nos quedamos ahí, los dos, ante la niña... ya es que no sabíamos qué hacer... ¿Qué edad tendría?... doce... trece años tal vez... a mi juicio... en fin, eso pensaba... ¡y unas pantorrillas!... falda corta... qué gracia... qué piernas más espléndidas... doradas, musculosas, ¡todo, vamos!... debía de ser deportista... eso me causa una impresión tremenda siempre... Me imagino a las hadas sólo así, yo, ¡con falda corta!... ¡Era un hada!... El horrible Sosthène diquelaba socarrón... me guiñaba el ojo... ¡Sólo de rodillas debería haberla mirado, él! ¡haberse prosternado, haber pedido perdón!

«*Uncle! Uncle! ¡Tío!*», ¡hablaba incluso!... ¡llamó a su tío! ¡Qué voz! ¡qué cristal!... ¡Ah! ¡yo estaba prendado!

Sosthène volvió a guiñarme el ojo, ¡y ella lo notó!... ¡Había que ver cómo era ese hombre!

«¡Vale! ¡Vale ya!», me susurró.

¡El muy golfo!

«*The Colonel is coming!*»

Anunciaron.

Ahí estaba el coronel.

«¡Virginia!... ¡Virginia!...»

Avanzó hacia nosotros. Habló a su sobrina.

¡Ah! Se llamaba Virginia... ¡Qué bonito, Virginia!

Era rechoncho, aquel coronel, bastante abotargado, así, achaparrado, ¡no se parecía a mi Des Entrayes<sup>[200]</sup>! tenía un gran trasero, cabeza pequeña, parecía una bola con su bata, ojillos penetrantes, una mueca, un tic que le venía de continuo, de una mejilla a la otra, pasando por la nariz, roía, un tic de conejo... Estaba calvo... un espejo... El ojo le lloraba... uno solo... Se lo enjugó con un dedo. Contempló a Sosthène. Miró severo a Virginia.

«¿Qué hace aquí?», le preguntó. Yo entendía el inglés.

En seguida intervine.

«*The War Office!*», anuncié muy firme.

¡La audacia!... ¡Me hice cargo de toda la responsabilidad!

Añadí:

«*The engeneer speaks only french!...*»

Designé a Sosthène Rodiencourt.

«*Oh! Oh! but it's a Chinaman*», estaba sorprendido. «¡Es un chino!»

Entonces, ¡fue y le hizo gracia de pronto! miró el pájaro de arriba abajo. Sosthène fue y desplegó sus planos... sus rollos... se sacó de la hermosa túnica amarilla más

papeluchos... ¡Ah! empezaba a distraerlo, a aquel coronel atravesado... Dejó cotorrear a Sosthène, lo animó incluso con un gesto. Nos hizo pasar al salón como auténticos invitados. Nos precedió... Yo no me atrevía a sentarme... y después me atreví... ¡Qué sillones, la Virgen! ¡Me hundí! ¡Monstruos embriagadores! ¡colosos de esponja! ¡bebida la fatiga!...

Sosthène seguía con sus camelos, se agitaba en pleno centro, no se había sentado, descansado, nada... gesticulaba, arengaba, apostillaba... Ahora blandía su *Times*, la página de los anuncios...

«¿Me comprende, mi coronel? ¡Su oferta, verdad, me conviene! ¿Está usted de acuerdo? ¡Yo competente ciento por ciento! ¡Yo! ¡Yo!»

Sólo hablaba de sí mismo. Se golpeaba el pecho y con fuerza. ¡Temía que no lo comprendieran! Después fue a mirar por la ventana, ¡enseñó al coronel aquel gentío! toda aquella gente que caminaba sin moverse del sitio... toda la acera llena... ¡No quería ni verlos más! ¡Ah! ¡menudo! ¡muy decidido! ¡No soportaba la competencia!

«¡Ah! ¡mala suerte, mi coronel! ¡Se lo digo con toda franqueza! ¡Toda esa gente debe marcharse! ¡Esto no puede continuar!»

¡Ah! ¡Prefería marcharse, la verdad!

«¡O yo o nada, amigo mío! ¡Hale, vámonos!...»

Tiró de mí... ¡La dignidad!

Todo el mundo se rió, hasta los domésticos... todo el mundo lo retuvo de los faldones...

«*No! No! Sit Sir!*»

Había ganado... ¡Era demasiado gracioso!...

El coronel quería reír más, lo hizo ir, correr, regresar... quitarse el sombrero, volvérselo a poner... Todo eso en el salón... ¡Una comedia! La adorable muchacha Virginia se divertía también como los demás, pero no quería que lo volvieran loco, ¡que lo convirtiesen en un payaso!

«*Sit down Sir! Sit down!*»

Le pedía que se sentara.

¡Ah! pero ¡es que el tío no quería! quería toda la sesión con la túnica, el dragón, todo. Sosthène no se daba cuenta de nada... contaba toda su historia al paso, al galope, sin dejar de hacer el payaso... sus proezas en las Indias, sus tesoros descubiertos... perdidos... sus sinsabores con la Gem Co... sus renovaciones técnicas, las auténticas conmociones en las transferencias electrófugas... todo lo que le debían en las ciencias... su oscilatorio con cubeta precisamente para los gases, su detector a la millonésima... ¡todo lo que había patentado, en Berlín, desde 1902! todo lo que le habían robado...

«*Drinks!*», pidió el coronel.

Un machaca se apresuró, trajo la botella... toda una bodega de botellas, frascos, whisky, coñac, champán, sherry...

Se sirvió una copa, el coronel, y después dos y luego tres... Bebió solo... ¡Y otra

más!...

«¡Boah!», exclamaba cada vez... Era fuerte.

Se arrellanó en el profundo sillón, lanzaba unos ¡Oooh!... ¡Oooh! con ganas... se sacudía la panza... se cachondeaba... aprobaba a Sosthène... le parecía gracioso. Yo quería que me tragara la tierra, ¡sobre todo delante de la niña! Seguía lanzándome guiños. Yo hubiera querido que guardase la compostura... ¡Qué leche! ¡Estaba desatado!

«¡Puedo jactarme, mi coronel, de ser exactamente el hombre que usted necesitaba!... ¡No tengo reparo en afirmarlo! ¡Llévenos al laboratorio!... ¡Y ya verá usted!...»

¡Ah! ¡Ah! ¡viva la alegría de verdad, de la buena y chipendi! ¡El coronel estaba muy contento! Se daba palmadas en los muslos, estaba exultante. Sosthène, en el centro del salón, no se perdía ripio... reanudó su demostración... Los machacas no debían de entender nada... era un payaso, ¡y se acabó! Se entrecortaba con las risas... estaba contento de su éxito... ¡De lo más acomodaticio!... El coronel le ofreció una copa... ¡rechazó cualquier alcohol! Para él, ¡soda! ¡sólo soda!

Fui a echar un vistazo a la calle... los candidatos seguían sin parar en su sitio... Una muchedumbre... y no acababa ahí... no cesaban de llegar más... El anuncio había interesado... ¡Llevaban todos el *Times* en la cabeza!... Llovía ahora, a cántaros... alguien tendría que haberlos mandado a paseo, habría hecho falta un poco de decisión... y el coronel no se decidía... Seguía examinando a Sosthène... Yo me preguntaba si entendería el francés. ¡Se bebió otra copa de whisky! ¡Aoooh!... resoplaba así hasta el otro extremo de la sala. Debía de quemarle la garganta con fuerza... ¡El caso es que seguía sin echarnos! ¡Lo principal! Yo no las tenía todas conmigo... Sosthène estaba metiendo la pata con sus voces... con tanto alboroto... Me habría gustado ser un ratoncito... ¡me habría quedado apalancado ahí para siempre!...

Y, encima, ¡arreció la lluvia!... auténticas trombas en las ventanas... ¡Quedaron calados, los candidatos!... Subía un rumor de su multitud... Al final llegó a ser molesto... El coronel no se inmutaba... Dio palmas... Acudieron solícitos los lacayos, trajeron más bandejas, toda una mesa servida... ¡cubierta de fuentes, vituallas!... ¡qué despliegue de maravillas!... ¡qué succulencia!... ¡se me caía la baba! ¡La proyectaba con ganas!... ¡Ah! ¡fui presa del vértigo!... ¡Chicharrones! ¡anchoas! ¡jamones variados! ¡beefs! ¡gorgonzolas! ¡en masa! ¡a tutiplén!... ¡Ah! ¡qué surtido de fábula!... ¡lo que es haber pasado tanta hambre! ¡toneladas de mantequilla!... ¡olitas, grandes crestas! ¡Ah! ¡se me nublaba la vista! ¡Ah! ¡veía doble! ¡triple todo! Sosthène delante de mí vaciló, se alzó, se elevó un momento de puntillas, en suspensión... ¡y *pflóf!* ¡se arrojó sobre la bandeja!... ¡a cuatro patas! ¡boca abajo! ¡engulló! ¡devoró todo!... ¡un dogo! ¡y gruñendo!... Un espectáculo horrible... ¡Yo ya no sabía dónde meterme!... El coronel seguía callado... ¡Estaba muy contento!... No se lo tomaba a mal, ¡ni mucho menos! ¡debíamos de haberle hecho tilín! ¡Jubiloso



incluso!... ¡Ah! ¡qué risa le daba!... ¡Se agachó a atracar él mismo a Sosthène!... ¡Le metía fuentes enteras!... salchichón... ¡chicharrones! ¡más! ¡y más! le llenaba la boca... El otro no se hartaba... pedía más... ¡Ah! ¡qué barbaridad, delante de la niña! ... ¡Un perro ahora, mi chino! tragón, ¡dando lengüetazos por la alfombra! ¡Qué espectáculo!...

Me ofreció pollo también a mí, el coronel O'Collogham, pero ¡yo no iba a ponerme a cuatro patas!... ¡y eso que tenía mucha hambre también!... ¡me desmayaba de hambre! ¡estaba como para caerme al suelo! Pero ¡me aguanté! ¡No iba a tocar nada! ¡ni acostado ni sentado ni de pie! ¡Ya es que no quería comer delante de mi maravillosa! ¡mi irreal! ¡mi alma! ¡mi sueño!... ¡Palpitaba! ¡temblaba!... ¡transido seguía!... ¡de fervor!... ¡de gozo embriagador!... había recibido el flechazo. ¡No, no comería nunca más! ¡La amaba! ¡La amaba demasiado! ¿Masticar ahí delante de ella? ¡Zampar como el otro! ¡Osaba ese cerdo!... Me moriría, ¡mala suerte!... ¡me moriría por ella!... ¡de hambre! pero ¡mi divinidad, mi alma! fue ella la que me ofreció un sandwich... dos... tres... ¿podía decirle que no? me rogó... me sonrió... Cedí... no me quedaban fuerzas... ¡cedí!... ¡Ah! ¡estaba vencido!... ¡tragué!... ¡engullí, a mi vez!... El coronel nos felicitó... yo estaba emocionado, vencido... ¡Le devoramos sus cuatro fuentes!... nos pusimos a ello todos de buen humor.

«¡Bravo, boys! ¡bravo!»

Estaba contento de que no dejáramos nada... ¡Ah! sí, ¡ahora era un amiguete de verdad! ¡que hiciésemos los honores a sus *sandwiches*! ¡a su pierna de cordero! ¡a su caviar! ¡a sus golosinas, a su helado de molde! ¡un *frutti*<sup>[201]</sup> espléndido!... ¡zampamos!... Desde luego, ¡el Sosthène era el más tragón!... ¡Cogió para un mes lo menos!... En cuanto dejó de zampar, ¡hala! ¡a charlar otra vez! ¡las fanfarronadas! ¡venga historias exageradas!... entre bocados, vuelta a empezar... ¡una labia! ¡una jactancia!... ¡no había forma de que callara sus maravillosos méritos! floreaba... ¡se las daba de prodigio!... ¡Y otro episodio más!... ¡que si había inventado esto o lo otro!... su gran espejo espectroscópico que detectaba los efluvios gaseosos... ¡patente Liverpool!

Al coronel lo adormecía, me pareció... cabeceaba en el fondo de su sillón... bostezaba bajito tapándose con la mano... ¡Ah! entonces osé poner los ojos en aquella muchacha, aquel misterio lozano... ¡Dios santo, qué hermosa era!... ¡Qué ángel!... ¡qué gracia y qué dulzura!... Y qué malicia más monina también... Le hice una señita, ¡que si Sosthène hablaba mucho, la verdad!... menudo atrevimiento ya por mi parte... Me respondió con un gestito... era muy amable... «¡Déjelo!... ¡mi tío se está durmiendo!...» En efecto, el tío se adormilaba... Yo también, por fuerza, los ojos se me entornaban... ¡Ya no podía más, la verdad!... Sosthène seguía hablando... me habría gustado mantenerme despierto... Seguir mirando a Virginia... ¡mirándola siempre!... adorarla... pero mis párpados no querían saber nada más... los ojos me pesaban, me quemaban... ¡Ah! No podía estar muy amable yo... ni siquiera animoso... ni cómico siquiera... hacerla reír como el otro payaso... ya no podía

sentir sino en mis adentros... cómo me palpitaba el corazón... estaba pesado... tenía plomo por todo el cuerpo... en los ojos, en el fondo de la cabeza... Tenía plomo en las alas... ¡Ah! cedí... Era todo entero de plomo... todo mi cuerpo... Sólo tenía ligero el corazón... palpitaba en todos los sentidos... Me dormí así, con la cabeza en las manos, los codos sobre las rodillas... Era más bien que estaba demasiado débil... no quería delante de la niña... pero cedí... cedí... ¡Ah! ¡sobre todo no quería roncar! ... Estaba ahí, delante de nosotros, Virginia... ¡Qué bien se estaba en aquel salón!... ¡me dormí sólo a medias!... dormité... no quería que me viera dormir... seguía oyendo al otro cotorrear...

«Mi coronel... mi coronel...»

¡No iba a cortar nunca!... su chungu voz me adormecía... me adormecía... ya no sabía yo lo que decía.

A la mañana siguiente, hacia las seis, nos despertamos... hundidos en los sillones... Todo el mundo había subido a acostarse... Nos habían dejado dormir.

Con los primeros ruidos en la casa, Sosthène se puso a husmear a derecha e izquierda. Bajó al *office* a ponernos a calentar un poco de agua. No encontró nada para el café que deseaba... Volvió a subir al salón, nos acabamos la rôtula de cordero y la empanada... los restos...

Sosthène se sentía muy en forma... Fue a lavarse... otra vez al *office*... Volvió con una plancha... Se puso a planchar su túnica en la gran mesa del salón... con mucho cuidado en los pliegues... por fin, encontró a un lacayo... que circulaba por ahí, en la *queli*...

«¡Quisiera ver a su coronel, el Sr. Collogham! y ahora mismo... ¡Quisiera hablar con él!...»

Tuve que traducir yo. No acudió nadie.

Conque miramos afuera, a ver si seguía habiendo gente, los candidatos que esperaban... ¡No se habían ido a acostar! o habían vuelto al alba... En cualquier caso, estaban muy pálidos... se los veía de lejos, se veían sus pobres jetas y seguían con el *Times* en la cabeza... no había cesado de llover... el lacayo les hacía señas de que ya no valía la pena... Les traía sin cuidado, no se movían... También nosotros les hacíamos señas... ¡que podían darse el piro todos! No comprendían nada... En eso que fue y se anunció el coronel... Venía al *breakfast*... Con el mejor humor del mundo... contento...

«*Shake hands! Shake hands!*»

En bata rameada... bien descansado... de un humor excelente...

«*Boys!... Boys!...*» Nos cogió del brazo... cordial al máximo... nos llevó... ¡Ah! ¡apremiaba!... corrimos... Ya estábamos en el fondo del jardín... entre dos bosquecillos... una pequeña cabaña, cubierta, camuflada con hiedra... además de hierbas, detritos, sobre el techo ramitas por doquier...

«¡Chsss! ¡chsss!», nos dijo... después tosió, le dio un acceso... de pronto se puso a chupar un gran caramelo, un pirulí... no cesaba, chupaba y chupaba...

«*Good sleep?*», fue y preguntó... «*Good sleep?*... ¿Han dormido bien?»

Por fin acabó de carraspear, penetramos en aquella cabaña. Volvió a cerrar la puerta con cuidado...

«*Do you know the gas?*»... otra pregunta... «¿Conocen el gas?...»

«*Oh! yes! yes!*...»

No queríamos contrariarlo... Se agachó de súbito.

«*There!... There!*...», gritó...

Abrió un grifo fuerte... ¡y brotó! ¡y brotó!... ¡fsssstt!... ¡violento! No tuvimos tiempo de saber, de decir ¡uf!... Lo recibimos en plena cara... El tiempo justo de retroceder hasta la puerta... ¡corrimos más que a la ida!... ¡un fenómeno!... Mientras jalábamos, lo oíamos... se tronchaba detrás de nosotros, ¡a carcajadas! Dimos tres vueltas al césped con el impulso de la huida... tosiendo, carraspeando... ¡ah! ¡qué inocentada más buena!... Nos desplomamos sobre la hierba. No podíamos más... Yo tenía la garganta tan acre, que ni siquiera me atrevía a respirar... No me extrañaba que tosiere, el maricón... ¡Tosíamos también nosotros dos! ¡Sosthène más aún que yo!... Ahí iba un lapo lleno de sangre... me asfixiaba... ¡me rompía en dos de los accesos!... ¡Ah! ¡tenía yo la tira de traviesos! ¡Aquél también! ¡No me dejaban en paz los graciosos!... ¡Ah! me iba a largar... Se lo grité a Sosthène...

«¡Allá te apañes con ese guasón! ¡Estoy hasta la coronilla de los charlatanes de su estilo! ¡Adiós! ¡Cariños a la rubia!...»

«¡Ah! ¡No me hagas eso!», fue y me dijo aferrándose a mí y completamente fuera de sus casillas... se arrojó a mi cuello... me abrazó...

«Me haces eso, ¡y me matas!»

Me suplicó... me imploró... Me contó, me cameló... que si era una simple broma, una ocurrencia... cosa de ingleses, la fantasía de un original... que si yo no entendía a Inglaterra... una cosita de nada...

Al final, me dejé engatusar. El coronel vino a recogernos, era un Luna Park<sup>[202]</sup>, su quinta... Nos llevó un poco más allá, hacia otra cabaña, otro chamizo totalmente camuflado también con hiedra... ¡Ah! ¡yo desconfiaba, la hostia puta!... ¡Esa vez iba a ir en serio!... ¡Yo no iba a entrar!... miré desde fuera... Había cachivaches dentro, correas, pequeñas dinamos, la tira de mesas, la tira de chismes también por el suelo... montones de martillos, berbiquies, cacharros mecánicos...

«¡Ahí! ¡trabajo yo, *gentlemen!*...» Anunció, muy orgulloso... «*Work! Work! I and my engeneers!* Mis ingenieros y yo...»

En todo caso, estaba vacía aquel día... Ingenieros, ¡y una leche!... nadie había en el local...

Volvió a agacharse... ¡Pfffttt! un chorro amarillo... ¡había vuelto a abrir un grifo! ¡Pfft! ¡en nuestras piernas! ¡no tuvimos tiempo de verlo!... ¡ah! era como un relámpago, el muy bruto, para hacer tonterías... entró en trance, ¡bailaba! ¡sin dejar de toser! ¡y toser!... pataleaba con su pesada broma... ¡Era su vicio! ¡es que se pirraba! ¡Ah! ¡qué locuelo más mierda! ¡Me hubiera gustado hacerle jalarse sus

grifos!... Siempre me tropezaba yo con unos camelistas de cuidado...

«¡Cállese, pobre desgraciado!... ¡Es el comienzo de nuestras pruebas!...»

El Sosthène se me aferró... gimió, veía que iba a darme el piro, me ponía muecas de piedad, que no lo dejara en el dolor.

«¡Ah! ¿Comienzo?... ¡estás tú guapo, maricón!... ¡a ver si acabas ya, oye!... ¡Ya es que me muero de la tos!...»

Era cierto que no soportaba más. Me salía amarillo y sangre, de todos los agujeros... de la nariz, de los oídos... ¡Anda, hombre!... ¡vaya una gracia!

El coronel se divertía, de todos modos, no nos dejaba descansar siquiera, tosía y tosía, pero se cachondeaba con ganas... Nos llevó a otro sitio más lejos aún... *Sniff! Sniff! Sniff!*... Nos indicó así, sin dejar de bromear, la forma de librarse... ¡Bastaba resoplar al revés!... era una peste, un raspado de la garganta... en las profundidades... te quemaba por dentro... te despellejaba y cada vez peor... ¡yo iba a vomitar los pulmones!... *Smmuuff! Smmuuuff!* ¡De nada servía! ¡la leche!... El coronel seguía chupando su gran barra de regaliz... ¡Ah! ¡me habría marchado! ¡a tomar por culo Sosthène!... ¡Ya se arreglarían esos dos!... Pero no podía olvidar a la chavala... Si me largaba así, con viento fresco... ¡no habría nada que hacer!... ¡no podría volver nunca más!... El tío me cogería fila por mi mala cabeza... ¡Ah! me forcé a quedarme... tosía... y tosía... resoplaba... probaba el método de él, de los *sniff! sniff!* seguí, era cobarde en el fondo... Ahora subíamos la escalera... un piso... dos pisos... ahí era... Nos hizo quedarnos ante la puerta.

«*Wait!*», nos dijo... «¡Esperen!...»

¡Yo estaba seguro de que iba a volver a hacérmola! ¡ah! ¡estaba seguro! Se lo dije a mi chorra.

«¡Vas a ver! ¡esta vez nos mata!»

¡Ah! estaba sobresaltado, quería irme.

«Bueno, Sosthène, ahí te quedas, ¡yo me largo!...»

Escuché al chalado a través de la puerta, toqueteaba utensilios.

«*Wait! Wait!*», nos gritó desde el fondo.

Tenía miedo de que nos escapáramos.

«¿Oyes?... ¡Está preparando los tubos!...»

Yo estaba seguro, del todo seguro...

«¡No! ¡No! ¡Espera un segundo!»

¡Bueno! esperé, me dejé convencer otra vez... reventado, conque descansé un poco. De pronto se abrió la pared... un tapiz que se apartó... se apartó... se alzó como en el teatro... ¿y a quién me vi allá?... ¿en pleno escenario?... ¡A nuestro burlón!... en persona, ¡y de punta en blanco! ¡gracioso! ¡con uniforme de gala! ¡charreteras! ¡portapliegos y todo!... Acababa de cambiarse. Quería fardar con su lujo... Ahora se las daba de gran señor... ¡Un coronel! ¡chacó! ¡gran sable! ¡magnífico, vamos!... ¡de gala!... ¡alamares! ¡botas! ¡espuelas!... ¡ceñido con caqui y forro rojo!... ¡Ah! ¡era increíble, la jeta!... ¡chacó con plumas, nada menos!... ¡Era

un caricato!... ¿Sería un uniforme inglés? ¿de dónde habría sacado todos esos oros? ... ¡Ah! ¡Sosthène con su túnica amarilla quedaba a la altura del betún!... su dragoncito, ¡una mierda pinchada en un palo!... ¡sus pasamanerías mimosa! ¡Ah! ¡huy, huy! ¡Lo que me reí!... Se quedó un instante para que lo admiráramos... dio media vuelta, ¡volvió al pequeño estrado! ¡El coronel fantasía! ¡El efecto!...

No nos dejó tiempo de pensar... ¡Hale! ¡volvió a saltar sobre nosotros!... Nos volvió a llevar a otro sitio... ¡no debíamos respirar ni un minuto!... un pasillito... un piso... una escalera... y otra... ¡Uf! ¡ya estábamos!... delante de nosotros, el desván. Nos presentó el local... el «*Hall de los experiments*», como lo llamaba... estaba bajo el techo, inmenso... como un cobertizo estafalario... Vi los *experiments*... ¡otra leonera de cuidado!... Había de todo allí dentro, chatarra, cristalería... montículos como en casa de Claben... No salía yo del desorden, con semejantes recogecascos, ajuares de aquí y de allá... Estaba seguro de que iba a encerrarnos... ¡La manía general! ¿Qué otra cosa iría a inventar?... ¿dónde habría puesto los grifos?... ah, yo estaba seguro, los buscaba en la pared... en el aire... por todos lados... a ras del suelo...

«¡Chsss! ¡Chsss!» Volvió muy misterioso... ¡siempre los secretos!... ¿No nos habría seguido alguien?... preguntó, se inquietó... y después se inclinó... llamó... gritó en lo alto de la escalera.

«¡Virginia!... ¡Virginia!...»

Otras dos veces más... Nadie le respondió...

Se volvió hacia nosotros.

«*She is shrewd!* ¡Es astuta!...»

Ya estábamos prevenidos...

Se jaló el pirulí. Sabía la tira sobre Virginia... ¡Oh! ¡huy, huy! ¡no veas!... Escuchó... ¡No! ¡No! ni un ruido... Volvió a cerrar la puerta despacito... Volvió a las confidencias... casi al oído...

«¡Yo! ¡Collogham! ¡Coronel! *Royal Engeneer!*»

Se saludó militarmente.

«¡Ya ven! ¡treinta y dos años de servicio! India! *Here!* ¡En las Indias! ¡Aquí! ¡allá!... *The Empire is in danger!* ¡Grave peligro! ¡Los gases! ¡Los gases! ¿Han oído, *Gentlemen?*»

Oír, ¡menudo si habíamos oído!

«*The devil!* ¡El diablo! *Gentlemen!* ¡Ya ven, *Gentlemen!* ¡el Pecado! ¡Lucifer! ¡Azufre! ¿Han oído? *Sulfur?* ¿Me comprenden? Conque, ¡hay que rezar a Dios! *Pray God!* ¡En seguida! *and now!*...»

¡Y era una orden!

«*Pray God!* ¡Y en seguida!...»

«*Pray God?*...»

Me quedé agilipollado.

Me cogió las manos, me las juntó, iba a hacerme rezar mi oración... Iba en serio

de verdad...

«¡Así! ¡eso es! ¡de rodillas!...»

Él también se puso de rodillas con el uniforme de gala... Ya estábamos de rodillas los tres... Podía estar contento.

«*Pray God!*», gritaba... «*Pray God!*»

No quedaba sino obedecer.

¡Yo sólo sabía el «Padre Nuestro»! lo recité... En seguida, se me acercó... Quería asegurarse de mi fervor... me estrechó... me besó en la frente... ¡Se volvió a levantar embelesado de verdad!...

«¡Oh! *You understand!*... ¡Oh! *you understand!*... *my dear invincible!* in... vin... *cibelle!* *allies!* *magnificent alliaies!*... ¡La China! ¡Fruans!... ¡De rodillas!... ¡yo os consagro!...»

Eso era importante. No había que reírse... Sacó su espada de la vaina... me golpeó... me dio golpecitos en el hombro... ¡Y listo!... ¡Ya estábamos consagrados!

...

«*England rule the World!*...<sup>[203]</sup>», fue y chilló... «¡Inglaterra dirige el mundo!...» Esperaba que repitiéramos en coro.

«¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!...»

¡Listo!... repetimos y después, además, *Vive la France!* ¡Estábamos de un animado! ¡No cabía en sí de gozo!...

«*Gentlemen!*», nos abrazó... «¡han comprendido! *Boaches caput!* *Gas! caput!*... *Finish!*...» ¡Se tronchaba!...

Yo desconfiaba de las exuberancias...

«¡Agua!...», grité a Sosthène... «¡Ya estaba! ¡esa vez lo había visto yo!... ¡se había metido bajo la mesa!... ¡Iba a abrir otro grifo! ¡No!... ¡No era eso! ¡Era otra cosa! ¡Ah! ¡qué miedo me había dado! Dos trastos enormes fue lo que sacó, dos como máscaras, de estilo extraño, con gafas muy grandes... y con tubos alrededor que se enrollaban, serpentines... grandes y pequeños... tipo buzo... pero aún más aparatosos... unos trastos increíbles de verdad... que debían de pesar muchísimo... lo ayudamos, solo no habría podido...

«*Gentlemen! Safety first!*»

Eran su orgullo... nos presentó sus rarezas.

«¡Guillermo el Conquistador 1917<sup>[204]</sup>! ¡A Berlín! ¡A Berlín! *Modern!*... *Modern!*...», así lo anunció. Se quitó su chacó de repente... Iba a tocarse con un aparato... Debía de tener intención de salir para Berlín... No iba a retenerlo yo...

¡Ah! nos mimaba la suerte, ¡habíamos topado con un famoso! Nos explicó los utensilios... no eran iguales... no había que confundir... ¡uno válvulas!... ¡Ése!... ¡el otro sin válvulas!... ¡Ése, «damajuana»!... ¡el más pesado!... con un gran tubo de plomo... El otro, el llamado «de válvulas», se abría por lo alto de la cabeza... había que ver el dominó de cobre que se bajaba, te obturaba los ojos, y las gafas azules y rojas... ¡Ahora debía probar Sosthène!... ¡vamos! que aspirara por las válvulas... ¡Se

iba a divertir!... ¡Cada cual a su turno, claro está!... Se pusieron a hablar de técnicas... Los vi y me irritaron... Sosthène y su disfraz chino... el otro en plan opereta... Se acaloraban... Yo meditaba... no estaba en el ajo... Aun así, ¡querían explicarme el sistema de aspirado! ¡Ah! ¡a eso me negué rotundamente! Querían seducirme... ¡Ah! ¡con qué ganas los habría mandado a tomar por culo! Todo aquello era repugnante y se acabó... Sólo, que no podía, claro, por Virginia... Soñaba... soñaba...

El coronel estaba en plena forma, un auténtico entusiasta. Tenía otra idea más...

«¡Los tres! ¡Nosotros tres a la guerra! *War!* ¡Uar! ¡Uar!...»

Tocado, verdad, con su máscara...

¿A eso era a lo que quería ir a parar?... Quería rechazar a los alemanes con su jeta de válvulas... ¡Oh! era muy dueño... ¡Qué leche! ¡a su salud! ¡Ya me lo sospechaba! ... Hice señas a Sosthène para que nos largáramos... esa vez, ¡adjudicado! ¡Final de línea! Ni hablar, ¡se sentían amiguetes! lo experimentaban al máximo... No querían separarse más... Les ponían cachondos los instrumentos... Sosthène ni siquiera me miraba ya. ¡Iban a atemorizar a los alemanes!... Se prometían, se juraban... Jerigonzaban francoinglés con ganas. Debían de entenderse al sesgo... En fin, se adoraban. No sería yo quien fuera en la vida... ¡con campana para gas o para mierda! ... ¡A paseo la algarada! Podían casarse, esos dos... Yo no les disputaba a nadie... ¿Por qué no se llevaba al antepasado? Achille Rodiencourt... Bastante me había hablado de él... Para empezar, yo me conocía los cascos... los había llevado en la guerra... con poblada melena en forma de brocha y todo... Medité... Pesaban menos que ésos... y eso que eran cosa seria, los cascos del 14.º Coraceros... ¡Oh! ¡yupi! aún los tenía grabados, pero bien, en el cráneo... Ahora con ojos de sapo y supuestamente contra los gases... de dónde sacarían esas tonterías... ¡Oh! ¡ay! ¡qué suerte más puta! No acababa ahí la cosa... Además, con mi fenómeno... ¡y se entendían de maravilla! ... Ya no se ocupaban nada de mí... Abordaron el material... desmontaron, rompieron todo... estaban del todo de acuerdo... desparramaron todos los sistemas... ¡descuajaringaron con martillo!... ¡con destornillador!... hicieron saltar las clavijas... se lanzaron ahí dentro... ¡las más finas membranas!... Rabiaban, farfullaban, algo horrible... Eran como presas de una fiebre... Y soltaban carcajadas, contentos estaban... ¡como embriagados estaban de mecánica con avaricia! si hubiera yo dicho una palabra, me habrían hecho daño... ¡el frenesí destructor! no hacían caso de mí... la tenían tomada con su leonera... Se arrojaron sobre ella... como salvajes... ¡cada uno por un lado!... ¡Oh! ¡aúpa!... agarraron las magníficas máscaras... ¡las lanzaron contra la pared! ¡y después se lanzaron sobre los restos!... ¡Yo ya sólo veía los traseros de los dos! el chino bordado, el coronel escarlata... desparramaron sus chirimbolos... ¡tiraban todo por el aire!... ¡A puñados!... llovían... volvían a caer... los clavos... ¡las micas!... Debía de emborracharlos el gas... ¡menudo cachondeo!... ¡unos loquillos!... ¡Ah! me repugnaban... ¡A paseo! Me las habría pirado sin trompeta... Ni siquiera lo habrían advertido... ¡Bueno! ¡Adelante!... ¡Reaccioné!... y

luego ¡plof! ¡volví a flaquear! Y la muchacha, ¿qué? Vacilé, ya es que no sabía, me sentía desgraciado... ¿Cómo iba a despedirme?... Me traería mala suerte, seguro, largarme como un patán... es que había sido tan amable... tan generosa, sobre todo con nosotros dos... que nos habíamos mostrado tan groseros, sobre todo el otro, el pájaro de la China... ¡Ah! quería volver a verla, qué caramba... explicarle antes de marchar que no era un cualquiera... unas palabritas... no marcharme así, como un patán, tragón, idiota, grosero... era verdad, sólo era una chiquilla, pero sería ya como una mujer... se veía, daba órdenes... se imponía en la casa... era el ángel de la casa... ¡ah! la esperaría y después eso... los dos brutos, mis chatarreros, acabarían por fuerza rajándose, durmiéndose sobre sus ruinas... Ya aporreaban mucho menos fuerte. No son eternos los accesos.

No se acabó tan deprisa... se divertían demasiado juntos... siguieron al menos tres horas más montando y desmontando y gastándose inocentadas, además... se escondían utensilios... se los tiraban a la jeta... se hacían bromas así... ¡un circo! ¡monos piripis!

Sosthène se había alzado las faldas, sujetas con imperdibles.

«*One wealve embryoun gentlemen!*»<sup>[205]</sup>

Lo demostraba todo, el coronel... el gran invento, el que se sujetaba al vientre con un gatillo, ¡una astucia! ¡cómo «humificaba» los gases y el aire y el nitrógeno! ¡es que los fundía gota a gota! ¡con los venenos! ¡había que ver qué sistema! Sosthène se quedaba con la mui abierta... no se perdía ni una palabra... repetía todos los gestos...

De pronto el coronel se alzó, se sobresaltó... se quedó en suspenso con el dedo en el aire...

«*Piss! Piss!*», fue y gritó... «¡mi próstata!...»

¡Y con los ojos muy fijos, como si oyera voces!... ¡Ya empezaba con otra historia! Después se hurgó en los calzones, se metió el dedo en el trasero... y se precipitó, ¡se las piró!...

Más adelante nos acostumbramos, le sucedía de vez en cuando, sobre todo después de haberse exasperado... entonces, ¡no había Cristo que lo fundó! Aquella vez me alegré... Tenía que decir unas palabritas a Sosthène. Iba a resolver mis asuntos.

«¡Sosthène! ¡Sosthène!», lo cogí por banda... «¡Sosthène! ¿va a durar esto? Dígame, ¡a ver! ¿lo sabe, querido maestro? ¡Yo no aguanto más!... De volver a la guerra, ¡ni hablar!... ¡Ni pensarlo!...»

¡Ah! se quedó sin respiración, ¡palabra!... Me miró, desconcertado.

«¿Cómo? ¡Usted que hablaba de morir! ¡de suicidio! ¡de desesperación! ¿Y ahora tiembla de canguelo?»

¡Ah! lo había yo dejado patidifuso.

«¡Creía que iba a alegrarse!... ¡que cogería al vuelo la ocasión!...», fue y añadió.

¡Ah! me tomé a mal la broma. ¡Se estaba quedando conmigo, palabra!



«Y usted, tonto de capirote», fui y le respondí... «¡la magia de mis pelés! ¿Sigue encantándole su viaje a las Indias? ¿Se marcha o no?... ¿No estaría mal saber la decisión ahora?... ¡Viejo estafador, trapichero, cornudo!...»

No me anduve con rodeos sobre mis sentimientos...

«¡Viejo fantasma!... ¡Viejo enredón!...», añadí.

Estaba de mala hostia.

«¡Oh! ¡huy, huy!», me dijo... «¡Oh! ¡Qué mala educación!» Se enfurruñó... lo había ofendido.

«¿Quién le ha enseñado esos modales?...», me preguntó cabreado.

«¿Y a usted, viejo fantasmón?»

Pintaban bastos... Lo repetí claro y fuerte.

«¡Yo no voy a ir a palmarla por un menda como usted!»

«Pero ¿cómo? ¡Dígame cómo, tontaina! ¡Se nos ha presentado una oportunidad! ¡Una ocasión inesperada! ¡Una de entre mil! ¿Es que no ve las condiciones?... Pero ¡si es que nos esperan 1500 libras!»

¡Aparentaba estar fuera de sí!

«¿Dónde las ha visto, las 1500 libras?»

«Pero ¡si nos las ofrece el coronel!»

«¡Ah! ¡conque nos las ofrece! ¿y dónde? Muy bien, le tomo la palabra, quiero vestirme entonces, ¡en seguida! Quiero un traje, ¡y nuevecito! Ésa es mi condición razonable... ¡y no es un lujo!... usted me lo ha dicho bastantes veces... “¡Corrección, joven, corrección!”»

Es cierto que me había avergonzado...

«¡A ver! Entonces, ¿hacen doce libras?»

Fijaba mi precio, quería ver el cacareado parné, al menos el color... ¡No pedía 1500 yo! ¡doce!... ¡sólo un pequeño anticipo!

«¡Hale, venga! ¡para que me vista! ¡lo honre a usted un poquito!... ¡Yo no tengo una túnica china, marqués!»

«¡Oh! ¡qué apresurado, brutal, es usted!...»

¡Eso le iba, al marrano!

«¡Va usted a comprometerlo todo! ¡El coronel está dispuesto! muy predispuesto hacia nosotros... Pero así, ¡de buenas a primeras! ¡va a hacer mal efecto! ¡y se acabó! ¡es bien fácil de entender!»

«¡Hale, venga! ¡un pequeño anticipo! No puedo seguir con esta farda hedionda... ¡Mire qué facha tengo! ¡Causo un efecto pésimo! ¡Es horrible incluso en casa!... ¿Se da usted cuenta? ¡Usted mismo me avisó ya! Me dijo: “¡Las apariencias, Ferdinand! ¡Las apariencias!” ¡Fíjese en la señorita! ¿qué va a pensar?... ¡las apariencias! Unos boqueras es lo que son, ¡los que se le han presentado así! ¡Usted de chino y yo con andrajos!... ¡Ah! ¡está feo!... He dormido en cualquier parte, ¡ya lo sabe! ¡ya no estoy presentable!»

«¡Ah! ¿le interesa la señorita? ¡Ya veo! ¡Ya veo!»

«¡Eso no es asunto suyo, cochino!»

«¡Ah! ¡el pillín empalmado!»

«¡Empalmado!... ¡Empalmado!... ¡Qué más quisiera!»

¡A él qué le importaba!...

«Pero ¡el Ministerio de la Uar! *War!* ¿No ha oído?»

Volvía a soltarme el camelo.

«¡Ya está ahí el pedido! ¡se lo aseguro!»

¡Ahí mentía! ¡Volvía a decir gilipolleces! ¡A mí lo que me hacían falta eran mis doce libras para maquearme muy guapo!... Yo sólo sabía mi exigencia, ¡e inmediata! ¡Y nada más!...

«¡El coronel tiene ideas!...»

«Pero ¡si todos tenemos ideas! ¡Nos la sudan, cenutrio de la hostia!...»

¡Me irritaba!

«Pero si el mundo está podrido de ideas<sup>[206]</sup>... ¡A mí lo que me interesan son mis zapatos! ¡ya ves tú! ¡y mi traje de *tweed!*»

¡Me mantenía en mis trece! ¡Doce libras! ¡Doce libras!... ¡Un anticipo! ¡Un pequeño anticipo!

Machacaba así.

«Entonces, ¿es presa del amor? ¿Está chalado por ella, Romeo?»

Volvía al asunto, muy pagado de sí mismo.

«¡Qué amor ni qué mierda! ¡mis zapatos no resisten más! ¡Tengo agujeros en las nalgas! ¿Entiende eso, pureta?...»

«¿Qué va a hacer con ese dinero?»

«¡Vestirme, Maestro!... ¡de lo más espléndido! ¡Honrarlo a usted! ¡Deslumbrarlo!»

«¡Es la fiebre, seguro!... ¡La fiebre!»

Lo explicaba todo.

«¡Estoy hartito de ir con andrajos!»

«Entonces mire, vuelva a pasar por mi casa, ¡pida una túnica a Pépé!... ¡Una de las mías!... ¡Una muy hermosa de flores! ¡Se la presto!»

«¡Con un chino basta y sobra!...»

«¡Su precipitación va a perdernos! Está clarísimo, le aviso... ¡Es una pifia! ¡una locura pura y simple! ¡Va usted a arruinar así todas nuestras posibilidades! Tenga paciencia, ande, hasta el lunes... Así tendré tiempo... la semana próxima... ¡Hombre, mire! ¡le hablaré esta noche!... más no puedo decir... Es tan delicado en francés... ¿Acaso voy a darle el sablazo así, de sopetón? ¡Oh! ¡huy, huy!»

Le ponía enfermo.

«¡Que no! ¡Que no! Yo no espero. ¡Que le den por saco a usted! ¡Me doy el piro!»

¡Ah! ¡Era inflexible!

Me miró fijamente, hacía visajes... No salía de su asombro ante mi decisión.

«¡Que sí! ¡Que sí! ¡Soy terco! ¡Seis libras!... Seis libras, mire usted, ¡y ahora

mismo!...»

Rebajé. Seis al contado.

«¿No le hacen seis libras?»

Regateó aún, refunfuñó...

«Mire, ¡mañana! ¡Mañana por la mañana!...»

«¡Que no! ¡Que no! ¡Ahora mismo o a la mierda!...»

Veía perfectamente que se equivocaba. Se hurgó en los bolsillos... en toda la túnica... ¡ni un céntimo!... los forros... nada de nada... ¡Yo echaba cuentas! ¿Un traje curioso?... Por lo menos tres... cuatro libras... un pequeño impermeable: ¡doce chelines!... ¡y no buscaba la elegancia! sólo lo urgente, lo presentable... En cuanto a los calcos, ya volveríamos a hablar...

«Pero ¡ayer se encontraba bien!...» Estaba sorprendido... «¡No se quejaba lo más mínimo!»

«Sí, pero ¡hoy he cambiado!...»

«¡Ah! ¡huy, huy! hay que ver esta juventud qué caprichosa es... lunática...»

Resoplaba, gruñía, volvía a tentarse... Se dio una palmada en la frente... Meditó... echó un vistazo al armario... a la estantería... los chirimbolos... los frascos en hilera... Me dijo...

«¡Pásame ése, ande!... ¡ese grande de ahí, el que brilla!...» Se lo pasé. Pesaba...

«¡Hale, largo! ¡Date el piro!»

Me lo metió hasta dentro en el bolsillo.

«¡Ya está! ¡Ya está! ¡Lárgate deprisa! ¡Con eso vas aviado!...»

Lo miré.

«¡Pásate por el Lane en Petticoat! ¿Sabes dónde está el mercado?»

Lo sabía.

«¡Es mercurio para termómetros!... ¡con eso te sacarás al menos tus siete u ocho libras!... y que no te roben, ¿eh?... ¡Es puro!... ¡Extra!... ¡ten cuidado!»

¡Ah! ¡ahí me dejó patitieso!... ¡me despachaba! ¡No se me había ocurrido!...

«¡Anda, no lo pienses más!...» me metía prisa... «¿quieres ir maqueado, sí o no? Podrás, ¡raglán no sé cuantos!»

¡Y me empujó hacia fuera! ¡Ah! ¡era una audacia, de todos modos!

«¡Cheviot para el señor! ¡Guapetón!»

Toqueteé el frasco, estaba indeciso.

«¡Ah! ¿se puede saber lo que quiere?...»

¡Eso era verdad! tenía razón. Ahora el que lo ponía difícil era yo.

«¡Hale, venga! ¡joder! ¡Que va a volver a subir!»

¡Ah! ¡me hizo decidirme, qué hostia!

«¡Hasta luego!», le dije... «¡adiós! Me las piro, ¿eh? ¿me oyes? ¡No tardaré!... ¡Vuelvo en seguida!...» Tenía yo mi idea de traje... había contemplado los escaparates... en la esquina Tottenham-Euston... había uno chachi... uno a cuadros beige, lo elegante entonces... le había echado el ojo... aún lo veo... Temía que ya no

estuviera...

No me entretuve en las compras... Antes de las seis estaba de vuelta, maqueado absolutamente magnífico... una auténtica ocasión... no donde creía yo en Tottenham... sino en Süß<sup>[207]</sup>, en el Strand, casi nuevo... Había pulido bien su mercurio... Tres libras *fifty* exactamente... valía la pena... No había tenido malos encuentros... había sido rápido... najando de un sastre a otro... No estaba tranquilo fuera, así, lejos de mis amigos... durante mi ausencia, ¡eran capaces de cualquier cosa!... Compré el *Mirror* a toda prisa... ya no se hablaba nada de Greenwich... parecían habernos olvidado... Aun así, no me tranquilizaba... ¡Ah! ¡las inquietudes! ... No me entretuve por las esquinas de las calles... guapo como un astro, la verdad... ¡Una libra *fifty*, el traje ribeteado!... ¡Un cheviot de verdad *homespun*!...<sup>[208]</sup> ¡Todo un *clubman*! ¡Najé!... ¡me lancé!... ¡Willesden!... Ahí estaba la casa, la divisé... la verja... Ni un competidor ya ante la puerta... ni un gato ya... Por fin se habían dado cuenta... Fui por la puertecita del jardín... ya estaba en el vestíbulo... me lancé a la escalera... un machaca me detuvo... Me desvió hacia el salón...

Me dije: «¡Adiós!»

En cuanto me hube sentado, se abrió otra puerta... El coronel y la chiquilla... No hacía falta hablar... ¡estaba seguro yo!...

«*Oh there you are?...*»

Como si se alegraran de volver a verme... ¡de lo más amables los dos! Él iba chupando su pirulí... sabor a turrón... Me observó de arriba abajo... Se había quitado sus hermosos oros, iba vestido como todo el mundo.

«*O isn't he smart? ¡Qué elegante! ¡Qué muchacho!*»

Nada más.

Pero terminó de sopetón.

«¿Y el *mercury*?»

¡Ya empezábamos!... ¡Estaba seguro yo!... ¡Me atacaba! Y al tiempo se reía... se tronchaba... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡cómo se divertían!... ¡Ah! ¡qué chiste más bueno! la chica también... Estaban encantados los dos... ¡Poco exigentes!... ¡Ah! ¡en seguida se disiparon mis dudas!... Sosthène... ¡Ah! ¡menudo maricón! ¡Me habría gustado verlo!...

No estaba allí, claro...

Me puse rojo... verde... farfullé... ¿Qué irían a hacer conmigo?... ¿Debería pedirles perdón?... ¡Echarme a sus pies!... ¡suplicar!... ¡joder! ¡En fin! ¡Mala suerte!

«¿Puedo marcharme?», pregunté... «*Go out?*», así mismo...

«*Sit down! Sit down! ¡Siéntese!*»

Cordiales, amables al máximo... No querían en modo alguno que me marchara... Se divertían demasiado mirándome... No parecían enfadados lo más mínimo... Pero eso no quiere decir nada... ¡los ingleses son falseras y conchabados!... te entregarían con cara de angelitos... Para mí, estaba todo fraguado... eso estaba más que visto... ¡Una trampa y se acabó!... ¡Había caído yo en ella como un chorrinas!... los polis

iban a abillar otra vez... Para adelante, amigo, ¡delito flagrante! nos íbamos a divertir un poquito... «¡A confesar, joven! ¿De dónde ha sacado ese traje? ¡Hale, venga!... ¡Al trullo, chaval! ¡seis meses por esto! ¡tres meses por lo otro!» Y, además, ¡mis otros pufos! ¡Huy, huy, huy! ¡no me costaba imaginármelo! ¡Estaba pringado hasta dentro!... ¡Ah! ¡no lo habían cocido mal! Me había yo dejado dar por culo... ¡Un corderito! Once... ¡doce meses sin rebaja!... ¿Dónde estaría ese otro granuja? Allí arriba, en el desván, seguro... ¿Y si fuera a decirle unas palabritas?... ¿Y si se lo explicase a ésos?... ¡De paisano ahora el gilipuetas ese!... ¿Sería coronel? ¿No sería simplemente de la pasma?... ¡Ah, joder! Me dolía todo el cuerpo... ¡Ah! ¡naquerar otra vez!... ¡najar!... ¡gesticular!... ¡los paripés!... ¡Ah! ¡me emborrachaban y se acabó!... pero ¡es que ya estaba harto! ¡y hasta los huevos estaba!... ¡Que pensarán lo que quisiesen!... «¡Renuncia! ¡Renuncia! Quédate sentado...» Era la voz de la razón... Iba a dejarme hacer el avión y, además, es que tenía, ¡qué leche!, remordimiento, de todos modos... ¡No era yo más gilipollas que ellos!

«Entonces, ¿es Matthew el que va a venir?»

Les pregunté así, como si nada, con toda franqueza. Me conocía yo el percal.

«¿Matthew el inspector?... *Inspector*?... ¿Eh? ¿el guri del Yard?»

«¿Matthew? ¿Matthew?»... no me entendían... ¡no sabían nada!... ¡Había que ver!...

«*Tea? Tea?*», me ofrecieron en su lugar.

«¡Venga el té! ¡hostias!...»

Eran unos hipócritas de la leche, la verdad... Les divertía verme así... atrapado, atado, farfullando... Una distracción. El estilo exacto de toda esa gente... Ricos, ingleses, cabrones... sin distinción de edad ni de sexo...

«¡Venga! ¡el té!... Con mucho gusto...»

Ya que esperábamos a la policía... la flema yo también... ¡No quería estar más nervioso que ellos!... ¡Qué cojones me importaba, al fin y al cabo!... Duro... ¡Duro ahí otra vez!... ¡Ya no tenía gran cosa que perder, la verdad!... ¡Adelante con el baile! La chiquilla parloteaba... revoloteaba... ¡alrededor de mí! loca de contenta... no cesaba de saltar... ¡qué músculos más hermosos!... ¡Dirigía la conversación! Pero ¡qué charlatana! Era atrevida para su edad... Nos hablaba de cine... de cricket... de deporte... ¡de las *contests*!... sin dejar de hacer cabriolas... Ya nadie hablaba de mi mercurio... El coronel se enjugó la boca... Iba a levantarse... ¿Otra vez la próstata? No. Avisó, era otra cosa... iba a trabajar... Nos dejó a solas con la monina... ¡Ah! modales curiosos... Se marchó con su pirulí... ¡Ah! era sorprendente, de todos modos... Se excusó, muy educado... Subía allá arriba, a los experimentos... Iba a reunirse con Sosthène y las máscaras... ¡Bien!... ¡Muy bien!... ¡Me venía pero que de maravilla!

Yo, al fin y al cabo, me tranquilicé... ¡como era la moda!... Nada arriesgaba, de un modo u otro... ¿Para qué cansarme? Ellos no se inmutaban... me quedé sentado... tomé más té... da aplomo... me sirvió la nena... ¡Ah! ¡qué hermosa era!... ¡qué

admirable! ¡no lo podía creer yo!... ¡qué sonrisa!... ¡Todo eso para mí!... ¡ahí los dos!... Era gracioso, el tío... pensé... ¡Ah! qué diablillo, traviesa... era maliciosa, sabía, seguro, lo que pasaba... Me hubiera gustado volver a hablar del mercurio... me preocupaba... me atormentaba... Pero ¡no! no se estaba quieta... lo suyo era el movimiento... me aturdí incluso, debo decirlo... saltaba y volvía a saltar, pirueteaba como un duendecillo... por el cuarto a mi alrededor... ¡Qué cabellos más bonitos!... ¡qué oro!... ¡qué chiquilla!... Si yo decía una palabra, me miraba... no se la tomaba por la tremenda... Me hubiera gustado ser trágico... ¡vi malicia en sus ojos!... ¡me hubiera gustado que no cesase de sonreír!... de mi necedad incluso... ¡Pues no estaba idiota yo con mi traje!... ¡Haber salido a propósito para eso!... estaba haciendo el ridículo... ¡y, encima, el mercurio! ¡qué efecto, de todos modos! ¡Ladrón! Qué vergüenza me daba... estaba en ascuas... Enrojecí... no iba a poder decir nada... les escuché, a ella... su cháchara... era un pajarillo inglés... yo no entendía todo... Hablaba un poco deprisa... era caprichoso el inglés, juguetón, travieso, el de las niñas... saltaba también... tintineaba... reía por nada... hacía cabriolas... palpitaba... ¡Qué alegría!... Qué hermosos reflejos claros y, además, malvas... sus ojos me arrebatában... ¡Al instante! me olvidaba... y no veía nada más... era demasiado agradable, ¡flor! sí, flor... respiré... ¡aldiza!... pájaro, he dicho... prefiero pájaro... ¡en fin! Estaba hechizado... ojos de aldiza... una chiquilla... ¡y aquellas faldas cortas!... ¡Ah! ¡demasiada atracción, cochino! los cabellos rubios desparramados... cuando saltaba, iluminaba el aire... ¡Ah! ¡era demasiado hermoso!... iba a desmayarme... ¡Era adorable!... ¡Ah! ¡me tranquilicé!... ¡mala suerte, joder!... No debía... ¡Nos dejaba solos, el otro extravagante!... ¡Cómo estábamos ahí los dos!... ¡Ah! me encontraba demasiado bien en el sillón... me estaba sentando de muerte... ¡Palpitaba! ¡palpitaba!... ¡Ah! qué hermosa, esa chavalina... ¡ah! ¡cómo la adoraba yo!... Me la hubiera jalado... ¿Qué edad tendría? ¿A que se lo preguntaba?... Pero ¡no! ¡no me atreví!... tomé más té... comí poco... por discreción, otra vez... recordé la otra ocasión. Era horrible masticar ante su mirada... mascar ahí, engullir, ante sus hermosos ojos adorables... no habría podido nunca... me habría muerto, ¡ah!... una delicadeza que me consumía... es que no podía, puestos a morir, ¡mejor de no comer! ... moriría delicado, ¡y listo!... ¡de fervor por Virginia!... ¿Se llamaría de verdad Virginia?... Tendría que preguntárselo, si me atrevía...

«Virginia?... You Virginia?»

«Yes! Yes!...»

¡Ah! demasiado hermosa... ¡todo era demasiado hermoso! ¡su mirada! ¡su sonrisa! ¡sus muslos! Se los veía, cuando saltaba, los muslos... no se cortaba un pelo... musculosos, ahí, rosas y tostados... su vestido era demasiado corto... ¡Ah! me hacía buena compañía... o simplemente me vigilaba... No debía olvidarlo, de todos modos... eran unos hipócritas... pero no tenía ganas de irme... ¡estaba preso!... ¡me había hecho preso!... ¡Ah! ya no me atrevía a moverme... ¿Habría pedido «socorro» ella, si me hubiera movido?... ¡allí solitos! Me estuve muy quietito... Me dejé

hechizar, la escuché, palabritas muy divertidas, sus observaciones maravillosas sobre todo... y sobre nada... Rechacé los pastelitos... eso no le gustó... me regañó... me lo habría jalado todo por una sonrisa... todos los pasteles, la fuente, la mesa... ya era su prisionero... ¡en la prisión más bella del mundo!... ¡Ah! me quedaría allí bien inmóvil... Dije:

«¡Sí! ¡Sí! Yes!... Yes!...»

Me parecía bien todo lo que ella quisiera. Quería que volviese a tomar té... Me atiborré, me atraqué... pero fue ella quien me hizo levantar... me hizo ir hasta la persiana... Quería enseñarme algo... ahí, en la persiana... en la hiedra... ¡Ah! ¡sí! vi en el brillo... el intersticio... el ojillo del gorrión... ¡Ah! ¡bien que acechaba también él!... ¡cuiii!... cuiii... ¡menudo si la veía! ¡era extraordinario de verdad! ¡un grueso gorrión erizado y audaz, en una palabra! ¡como ella!... esperaba... espiaba... nos asomaba un ojillo por la rendija... minúsculo ojillo, cabeza de alfiler... muy negro y brillante, ¡y cuic! ¡cuic! ¡cuic!...

«También él espera...»

Me informó... Era para que yo entendiese... que fuera tan paciente como el gorrión. Se rió.

Es curioso, a la tira de años de distancia, el siglo pasado, por decirlo así, aún me acuerdo de aquel gorrión... Ella fue quien me lo enseñó... Cuando veo una persiana, hiedra, me acuerdo siempre de su ojillo... ¡Ah! no te queda gran cosa, si lo piensas, de toda una vida de chanchullos, juergas y promesas por recordar, me refiero a cosas agradables... mínimo, en una palabra... no abundan las ocasiones... Todo el mundo puede darse cuenta... Yo aquel pajarillo es algo que siempre recuerdo contento... no quisiera que echase a volar... se marchará, cuando yo haya desaparecido...

Era fina, la chiquilla... me cogía por banda hábilmente... me veía sensible, atraído... que escuchaba bien su cháchara... entonces se puso a hablar de su gran perro, su podenco... ahí estaba... barrigudo... tosiendo, trotando como el coronel... como el tío... Era un animal muy patudo, muy viejo ya, asmático, baboso, ella pensaba por él, era maravilloso cómo pensaba, cómo hablaba en lugar del perro... por él... bien contento que estaba él... movía la cola... es cosa tonta, pero mágica... me hubiera gustado comprender así también al podenco, al pájaro y, además, a ella... ¡ah! y, además, a todos los animales... los caballos también, qué leche... me hubiera gustado llevármela conmigo... un hada... Qué poder gozoso. Era la alegría. Yo estaba embobado... estaba feliz, ahí, juntito a ella... ¡la adulaba!... me hacía todo el pecho un lío que me mirara a los ojos... me daba un cosquilleo por todo el interior... escuchar su inglés tan vivo, tan caprichoso, guirnalda por el aire de cháchara... pillín secreto... Ah, yo no sabía nada... ¡qué tunante, aquel perro!... ¡Ah! ¡yo quería más! ... que me hablara más y más de aquel Slam, tan patudo... ¡ah! ¡yo quería repetir!... ¡era de lo más delicioso! ¡de lo más divino!... Pero ¡si es que era un hada auténtica! ¡más que una niña!... El perro la entendía también... hablaban los dos de mí, de mi traje, de mis modales... él le respondía con la cola, azotaba, daba golpecitos en la

alfombra... Era verdad... se veía que estaban del todo de acuerdo... Ella debía de comprenderme también a mí... ¡Ah! ¡era otro mundo de repente!... Ahora quería que nos paseáramos... paseamos en torno a la mesa... era el jardín de las delicias... con el viejo podenco... los tres así, bien de acuerdo... yo caminaba en un sueño... ella me guiaba de la mano... nos precedía en las maravillas... de una palabrita a otra... a propósito del pedazo de azúcar... de la comida en su plato... de la golondrina que había de venir... ¡Ah! la comedia mágica... ¡Ah! ¡cómo me gustaba!... ¡Ah! ¡cómo la amaba!... ¡nos paseábamos por el país de las hadas!... ¡Listo! ¡Ya estábamos!... ¡Todo el salón a nuestro alrededor era un mundo de hadas!... yo no sabía... me informó... ¡ah! ¡cómo la adoraba!... todo iba a animarse... hablar... reír... el cojín gordinflón también, como el chuquel... ¡el sillón también!... ¡la tetera con su largo cuello!... ¡toda la casa un zafarrancho!... al mimo, todo el mundo... cada cual a su modo... la comedia del milagro... el gran velador de tres patas... cruzó el cuarto anadeando... casi como Boro... todo ello entre una palabrita y otra de mi hada... ¡y yo comprendí todo! ya no hacían falta frases... ¡Una sonrisa me hacía comprender!... Y el intenso brillo en el aire... ¡el inmenso miriñaque de velas!... Sus lágrimas de cristal que se vertían... ¡chorreaban por doquier!... ¡Osciló enorme faralalalá!... ¡Ah! pero ¡qué gracia! ¡Se me nublabla la vista!... ¡veía todas las candelas! ¡las pavesas! ¡Estaba cubierto de lágrimas!... ¡de lágrimas de esplendor! Un gran minino saltó sobre mí... llegó, todo miao, del sótano... todo terciopelo y tibieza era... ¡Miau! ¡Miau!... me ronroneó... ronrón... ¡tenía su música de cámara!... y después al oído, ¡que era confidente también!... Nos entendimos en seguida... ¡Ah! yo ya no era yo... ¡Ah! ¡veía en mi corazón!... en mi propio corazón... rojísimo... ¡Ah! ronroneé con él... ¡ron!... ¡ronrón! ¡absorto entonces, igual que él! Se ejercitaba con las garras en mi hombro... ¡Ah! ¡qué contenta estaba Virginia! ¡Qué forma maravillosa!... ¡Preciosa Virginia!... ¡Estaba en el cielo yo! ¡sencillamente!... se produjo despacito y por sí solo... ¡sólo con su sonrisa!... se mostraba de lo más adorable, la verdad... mucho más aún... ronroneaba yo... ¡ronroneaba! ¡Era su corazón!... mi corazón... ¡su corazón!... ¡Ah! farfullaba... ¡Ah! ¡la adoraba demasiado!... La perfección de las delicias así... ya sólo me faltaba dormir... quedarme dormido... despacito... ¡ronrón! ¡ronrón!... ¡ronrón!... babeante... sin defensa arrebatado por el encanto... ¡ya era hora! llevaba meses con todo el cuerpo dolorido... la cabeza... la cadera... ahora ya no sentía nada... sólo un dulce calor... Me abandoné... ¡que me ejecutaran!... ¡Si se atrevían! ¡Si se atrevían! acunado me sentía, en una palabra, acunado... olvidaba... Pero ¡alguien me tiró una piedra!... la recibí en el costado... me sobresalté... ¡me levanté de un brinco!... ¡Qué despertar!... ¡Ahí estaban los malvados! Volví a sentarme... Si se empeñaban, ¡mala suerte! Me abandoné al verdugo... ¡Sus ojos!... ¡sus cabellos!... ¡Mi niña! ¡lo primero! ¡Ah! la besaría muy lúcido antes del cadalso... ¡antes de acabar de una vez!... ¡Ah! ¡la maravilla hechicera! con los ojos abiertos... pero ¡cuidado! ¡huy, la Virgen!... de repente me asfixiaba... una cuchillada había recibido... ¡unos celos que me apuñalaban! ¿Sería hija del coronel?



¿y no su sobrina, por casualidad?... ¿su amante tal vez?... ¿su muñeca?... ¡Ah! esa pregunta me importunaba... ¿Más mentiras?... ¿su amante?... ¡qué sé yo!... ¿Un sátiro?... ¡Echaba chispas! ¡Me inflamaba celoso perdido! ¡Llameaba! Le pregunté brutal:

«¿Su padre? ¿el coronel?... *Your father?*»

¡Ah! ¡saberlo todo! ¡Inmediatamente!

«*Oh! No! Not father! Uncle!* ¡Mi tío!»

¡Qué brutal estuve! ¡Qué preguntas!

«*Father no more!*... ¡Padre desaparecido!»

Su frágil, tan gracioso rostro... su puntita de barbilla temblaba, temblaba con lágrimas... ¡oh! ¡la había apenado!... ¡Cernícalo! ¡imbécil! ¡Ah! se había acabado la magia... ¡Ah! ¡la había herido!... ¡ah! ¡qué pesar!... ¡Le pedí perdón! ¡perdón sincero!... ¡estaba consternado!... ¡me vine abajo!... me iba a morir, si ella lloraba... ¡Se lo dije ahí, al instante!... La amenacé... ¡Ah! ¡que me perdonase!... encogió un poco los hombros... quería darle compasión yo... ¡Vaya un perro que era yo también! ... ¡un perro! ¡y se acabó! ¡un perro inmundo!...

«¡*Yo dog! dog!*»

¡Ladré!... ¡ladré!... le mostré que la amaba... ¡que la adoraba!... le parecía, de todos modos, un poco exagerado... Gesticulé... ladré, hice de animal apaleado... corrí a cuatro patas bajo los muebles, hasta el punto de que me dolió mucho la cabeza... no era gimnasia para mí... me zumbaba pero que toda la cabeza... y luego pitidos... palpitaciones... estaba en un carillón... en una caldera... fulminaba... hervía... ¡rodé con el vientre por el suelo!... gemí... ¡me retorcí sobre los cojines!... quería que me perdonara, era indigno, era indigno... ebullicionaba de amor... ¡ya lo creo!... ¡Ah! ¡unos arrebatos!... ¡sinceros!... ¡quería que me comprendiera!... ¿Sería tal vez demasiado pequeña?... ¿Iría a espantarla tal vez?... ¿así, con las gesticulaciones?... y me golpeé en mi desgraciado brazo... lo que me lanzó entonces, ¡y unos gritos que di y en serio!... Me reventé el traje, nuevecito... ¡Bien que valía la pena!

«¡Virginia!... ¡Virginia!...», imploré... Era demasiado... ¡demasiada felicidad!...

Le pedí perdón una vez más... diez veces... cien veces... me alcé de nuevo hasta sus rodillas... iba a decirle mi plegaria más tierna... iba a adorarla hasta la muerte... ¡Ya veis qué corazón!... ¡y más aún!... La muerte no era nada... ¡un simple suspiro! ... Yo suspiraba como treinta y seis bueyes... ¡adoración y cien veces más!... ¡así era yo!... Se reía de verme agitarme... arrugar, chafar toda mi chaqueta... Me riñó... ¡ah! qué gracioso era, pese a todo, de todos modos... ¡Ah! Era un circo yo solito... La tenía ahí, en mis narices... hecha un ovillo en el sofá... se reía... con las piernas cruzadas... sus hermosos muslos... ¡ah! ¡me dio vergüenza!... ¡ah! ¡la adoraba yo!... llevaba calcetines cortos y azules... ¡ah! era una simple niña, la verdad... ¡ah! ¡qué riesgo otra vez! ¡ah! pero ¡la adoraba yo!... ¿Por qué nos dejaban a solas?... ¿Por qué no había vuelto su tío?... ¡Tal vez fuera otra trampa!... Volví a ser presa de la

desconfianza... la duda... ¡un miedo intenso!

«¡Matthew! ¡Matthew!»

¡Estaba seguro yo!... ¡Ah! no me reí más de ellos... me volví a alzar... ¡tenía palpitaciones! ¡Ah! presa de la zozobra de nuevo... ¡atormentado por el guri!...

«¡Perdón! ¡Perdón, señorita! ¡Es usted demasiado bella! demasiado maravillosa... ¡Voy a morir con el fuego en el corazón! *Fire there!... Fire!... ¡Fuego ahí!...*»

Le enseñé mi corazón... ¡Me tocó el pecho!... ¡Ah! cómo hacía reír yo a aquella niña... ¡Aún no me conocía!... ¡Al final me molestó!... ¡Le iba a dar un buen mordisco!... ¡Ah! ¡ya no sabía!... la miré ahí, las piernas tendidas, musculosas, espléndidas, rosadas ahí... largas... tostadas... sus muslos, ¡iba a besarlos!... ¡no me atrevía! ¿Y si me rechazaba?... ¿Si pedía socorro a su tío?... ¡Qué cochino estaba yo hecho!... ¡Ah! me la habría jalado entera... ¡ah! ¡la adoraba!... ¡Todo o nada!...

Ella no se inmutaba, no me tomaba en serio... sólo quería hablar de cine... siempre cine ahora... Regent Street, ¡su cine!... ¿No había visto yo los *Misterios*?... *Misterios*... ¡Ah! ¿misterios? ¡Ah! me irritaba... me chinchaba con ganas... ¡Misterios! ¡Misterios! pues no conocía yo misterios ni nada y que no eran películas ni mucho menos... ¡Pues no era fútil, aquella maldita mocosa! con sus misterios... *Misterios de Nueva York*, al parecer... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡*Misterios de Nueva York*! ¡Pues no conocía yo misterios ni nada y de por allí precisamente! y horribles y trágicos como no se podía imaginar... ¡la cruel nena! y que era muy desgraciado... ¿Desgraciado yo?... Se extrañó. ¡Ah! ¡se burlaba!... se rió, como una bendita... ¡era demasiado joven! me fastidiaba... cómo la divertía... ¡Entonces me rebelé!... ¡y al instante! ¡Basta ya!... de provocaciones... ¡Le eché una bronca, a aquella asquerosa mocosina! Me hacía pasar por todos los estados... ¡así de desgraciado era yo!... todo por su culpa y no por el brazo... llevaba la guerra, lo confieso... ¿Es que no me había visto el brazo? En qué estado padecía. Me despellejé a propósito, le enseñé... Tocó... lanzó unos suaves «¡Ah! ¡Ah!...» ¡y se acabó!... no le extrañó demasiado... Y la cabeza, ¿es que no me la había visto?... ¿la oreja?... ¡No le espantaba!... ¿No me creería tal vez?... las cicatrices no eran trolas... ¿creería acaso que estaba todo amañado? ¿que era como su tío? ¿como Sosthène? que éramos todos una banda de payasos... ¿Veía, de todos modos... que era un cuento fantástico?... ¡Ah! ¡me sacaba de mis casillas! ¡Ah! ¿quería horrores?... Lo que le molaba era el cine... Necesitaba sangre la señorita... Bueno, pues, ¡podía contarle horrores, yo, de batallas!... ¡que si la sangre chorreaba por doquier! Conque, ¡no veas, monina!... ¡Yo en persona y auténtico!... Y, además, una metralla más juguetona... ¡el infierno de los combates! ¡los vientres que se abrían! ¡se volvían a cerrar! ¡las cabezas que estallaban! ¡tripas por doquier!... ¡gluglús!... ¡Ah! ¡unas matanzas dos por tres! ¡Así sí que habría tenido motivo para estremecerse!... ¡No veas, nena!... Carnicerías tan rojas, tan espesas, que el suelo ya no era sino una papilla, llenos de carne los surcos y huesos triturados, ¡montículos y colinas! y torrentes llenos de cadáveres, ni siquiera del todo muertos aún, ¡lanzando suspiros todavía! ¡y los cañones pasándoles por encima! ¡a la

carga! pero ¡ya lo creo que sí!... ¡en tromba, vamos!... ¡y los autobuses! ¡y vuelta a pasar, toda la caballería!... ¡otra vez y otra! estandartes desplegados al viento... y un ruido que hacía todo ello tremendo... ¡un fragor de la tierra al cielo! ¡Diez! ¡veinte! ¡cien truenos! le imité los gritos de la carnicería... los estertores, ¡los hurras!... no se inmutaba... la dejaba fría, ni siquiera le divertía, al parecer... ¿No le parecía yo el mayor de los héroes?... ¡Ah! ¡la leche! ¡me quedé confuso! ¿el más fantástico de los heridos?... ¡Y eso que me desgañitaba! escupía, burbujas... ¡Lo que yo cargué, la hostia!... *Tagadá... dí... ¡le enseñé! ¡a la cabeza de los escuadrones más duros!... ¡más feroces!... ¡Me superé!... ¡Era muy distinto, pese a todo, el tembleque!... ¡Ah! ¡ni hablar!... ¡Temblor de tierra bajo la embestida de las divisiones! ¡Eso sí que era cosa seria! ¡Andando a las baterías! ¡la leche que les dieron!... ¡Danzando!... ¡Metralla a cero!... ¡el torrente de las caballerías!... ¡Tumbas abiertas!...*

¡Todo eso la hizo reír entonces!... ¡Ah! ¡qué panoli!... ¡no entendía nada! ¡yo me desplomaba pero bien!... ¡volvía a caer en el sillón!... ¡desconsolado de verdad!... ¡desplumado!... ¡Esfuerzo inútil!... ¡qué maldad!... ¡Esfumado, el encanto!... Había perdido el tiempo...

Más adelante, te resignas... te conformas... te contentas, ni siquiera cantas ya... chocheas... después susurras... luego te callas... pero, cuando eres joven, ¡qué duro es! ¡Necesitas paparruchas!... ¡la fiesta!... ¡las marchas militares! ¡y zas! *Badabum!* ¡Rayos y truenos!... ¡eres exigente!... ¡La Verdad es la muerte!...<sup>[209]</sup> Yo luché por las buenas contra ella, mientras pude, la verdad... la cortejé, la festejé, bailoteé con ella, ¡la jaleé con ganas!... la engalané, la alegré con la *farandole* tralarí... Pero ¡ay!, bien sé que todo se rompe, cede, flaquea en algún momento... Bien sé que un día la mano cae, vuelve a caer, a lo largo del cuerpo... He visto ese gesto miles y miles de veces... la sombra... el peso del suspiro... ¡Y se dicen todas las mentiras! se envían todas las participaciones, ¡se anuncia la subida del telón en otra parte!... ¡otras comedias!... Chaval granoso, ¿me comprendes? ¡Mírame!... te voy a convencer, te voy a cantar ¡*Tralarí lalá!*... ¡No! ¡mejor aún! ¡dame tus tres dedos!... ¡las aventuras del cuarto!... el más astuto... ¡el pequeñín!... ¡el más fetén!... ¡el que fue por leña! ...<sup>[210]</sup> Yo era presumido en aquella época... ¡Quería causar efectos soberbios, cuando me daba la Luna!... ¡no salía todas las veces!... debo reconocerlo, debo decirlo... con Virginia nada, pero es que nada... no quería saber nada de misterios, le parecía gracioso para escuchar, un poco cómico, nada más... no me tomaba en serio... al fin y al cabo, no era sino un francés, sin duda... ella era inglesa... romántico quería ser yo, no que me tomara por un saltimbanqui, un farsante de feria como Sosthène... De nada servía que le volviera a enseñar el brazo, el agujero en la cabeza, las cicatrices, las largas, las pequeñas, le hiciese tentarme la cabeza, no le espantaba lo más mínimo... ¡Ah! ¡insensible! ¡asombroso incluso, me atrevería a decir, en una chiquilla!... ¡Era cínica, en el fondo!... ¡Ah! ¡me iba dando cuenta yo poco a poco!... El que era presa de su hechizo era yo, ¡extasiado! arrobado, ¡víctima! ... ¡Ah! ¡le acaricié los cabellos! ¡mala suerte!... le pasé la mano por los bucles, ¡el

espesor, la profundidad!... ¡Ah! ¡la electricidad del alma! ¡Se lo dije! ¡Me volvía loco! ¡La sentí en mis dedos entera! Si le hubiese metido la mano entre las piernas... ¡le habría encontrado el alma ahí! Se lo avisé igual, ¡le supliqué!... El alma me preocupaba... Un hada rozagante, mona, tan clara ahí, ante mí, ¡y tan bicho!... ¡Ah! ¡no se podía aguantar!... ¡Ah! ¡qué mal asunto!... yo había admirado sus magias... me había dejado hechizar... Quería que me admirara... ¡que me amase a fondo!... ¡Volví a lanzarme a mis epopeyas!... ¡Ah! ¡tenía aún de sobra!... ¡Cómo había salvado al capitán! ¡quería que lo supiera todo! ¡mi extraordinaria bravura!... arrastrándolo de los cabellos por todo el campo de batalla... rubio y con bucles como ella, ¡él, no! ¡no! ¡no! ¡muy negro! muy fuerte, ¡crines! entre las bandadas de balas, ¡auténticas nubes de pólvora y balas! un bombardeo tan espeso, que obscurecía el cielo... por encima de nosotros dos, el capitán y yo<sup>[211]</sup>... Le imitaba la metralla, sus silbidos, estallidos... Aun así, ¡se burlaba! ¡Resultaba burlesco! ¡Hablaban yo para nada!... ¡Y eso que me ajetreaba!... ¡gesticulaba hasta hacerme daño!... No quedaba patético, ¡y se acabó! ¡No la emocionaba! ¡Un fiasco!... No la hacía temblar, estremecerse, pedir gracia y mil perdones! ¡Socorro! ¡arrojarse en mis brazos! ¡Ah! ¡mi amor! ¡ah! ¡piedad! ¡Qué puta!... Cierto es que era burlona... tal vez fuese de la bofia, además, pasma, eso es... así me habría explicado las provocaciones... los muslos... esa forma de comportarse... ¿adónde había ido a caer yo, en suma?... la monina y tan monina... ¿la divertía? ¡Melindres! ¡me engañaba! ¡me hechizaba para la poli!... ¡Ah! ¡estaba guapa, la señorita! ¡Hechicera por los cojones! ¡Ah! ¡había que ver! ¡Ya me las pagaría! ¡Esperaba a la pestañí y se acabó! ¡Estaba en el chanchullo, la nena! ¡Claro está! ¡La hipocritilla me tanguelaba! debía de divertirse... ¡Menudo lilanga agitándome ahí yo!... de todos modos, ¡comienza en la cuna el vicio! ¡Ah! ¡pensé! ¡esos guris tardaban en llegar! Eso me parecía a mí... Debían de andar entretenidos donde Matthew... Éste iba a presentarse con ellos... Ya no me cabía la menor duda... Aun así, le pregunté:

«¿Matthew?... ¿Matthew?...»

Ya no bromeaba yo nada.

Ella no comprendía...

«¿No comprende?... ¿No comprende?... ¡lagarta!...»

¡Ah! qué espanto, lo péfida que podía ser... abismos de hipocresía... Hale, tenía que besarla, de todos modos, antes de marcharme... llevaba una hora atormentándome esa idea... tenía que aprovechar... se iba a acabar... No era mejor que la Finette... pensándolo bien, en resumidas cuentas... Tres cuartos de lo mismo, ¡fucias, chivatas, péfidas!... pero ésa, ¡precoz, vamos! ¡Ah! ¡huy, huy! ¡qué chungo, de todos modos! Me daban ganas de bramar... quería, pese a todo, estar seguro... me volvía el gustito... Quería hacer una pregunta... saber a qué atenerme... Fue ella la que me atacó.

«¡Usted es como el cine!» ¡Eso era lo que había descubierto! «¡Está triste! ¡y después alegre!...»

Ése era el efecto de mi pantomima... No era halagador... ahora estaba segura... ¡Yo era como el cine! ¡Como el cine o nada!...

¡Ah! ¡nada tenía que responder yo! ¡Podía irme!... Pero ¿cómo iba a encontrarme solo?... ahora no iba a poder... Al instante fui presa del espanto... ya no iba a poder vivir nunca sin ella... ¡ah! pero ¡si es que sería aterrador! ¡qué leche! ¡mala suerte! me quedé así, no me moví más... de pena petrificado... me quedé ahí, atornillado, estupefacto... imposibilitado... ¡ridículo!... ya no veía sino sus ojos... ¿Qué iba a hacer fuera? Me daría hostias por todos lados... ¿Y los otros? ¿los dos andabas?... ¡eso me animaba otra vez! ¿qué cojones andarían haciendo? ¡No bajaban!... ¿Qué catástrofe estarían preparando allá arriba, en el desván?... ¡Menudos chorras esos dos también!... Tenía tiempo, de todos modos, de pensar en ellos con mi desasosiego... ¡Ah! ¡eso prometía sorpresas!... Había circo para rato. ¡Ah! ¡reaccioné! ¡qué hostia! me forcé... ¡Hombre! ¡iba a ponerla verde! ¡Ya me había vejado bastante! ¡Iba a aterrarla, la hostia puta!

«¡Despreocupada!...» le dije... «¡atolondrada! *Don't you know?* ¿No lo sabe? ¡Me voy a suicidar esta noche!...»

Era una ocurrencia estupenda.

«*You?... You?... You?...*»

No quería creerme... yo veía que sus ojos reían... ¿Qué podía hacer para dejar estupefacta a esa chavalita chungona? Seguía buscando... renuncié... no llegaba a nada con ella... ¿Cómo podía hacerla gemir, retorcerse, revolcarse, bramar presa de las lágrimas, a esa mala putilla? ¡Ah! ¡esperando a la pestañí!... Volví a pensar en eso... ¡Iba a hacerles ver algo, a los guris! ¡Yo! ¡Iba a cargarme a Sosthène! ¿Entendido? ¡payaso asqueroso! ¡bandido! ¡soplón! ¡Aplastármelo! ¿Sería más fuerte que las películas? Y al tío también, al mismo tiempo... ¡joder!... ¡ya que estábamos! ... ¡coronelillo farfullero y piojo! ¡La hecatombe! ¡Sangre a porrillo! ¡para que viera la señorita! una carnicería en pleno salón... iba a hacerlos venir yo... ¡charcos!... ¡pozas!... ¡arroyos!... ¡quería cine de verdad! Le prometí mi muerte, se reía... bueno, pues, ¡iba a ver otra cosa! ¡iba a ver tres! ¡diez! ¡doce! los machacas con nosotros. ¡Hecatombes! ¡Como en casa de Prosper!... ¡como en casa de Claben!... y después, ¡prendería yo fuego!... ¡Bien que iba a ver si había soñado yo!... ¡Iban a ver todos si bromeaba! ¡Ah! iba a besarla... ¡antes de que ardiera todo!... se escapó, jugaba al escondite, ¡ya no quería pero es que nada!... ¡no conseguía yo nada!... ¡El Cielo en sus ojos!... ¡la briboncilla!... ¡Ah! ¡qué milagro de hermosura!... ¡Ah! ¡me olvidaba de todo al mirarla!... ¡Ah! ¡perdía el norte! ¡la memoria! ¡ah! ¡volví a caer de rodillas!... ¡No tenía inconveniente en que reclinara la cabeza sobre sus rodillas!... ¡Ah! ¡mi querida maravilla!... ¡Ah! ¡las palabras, de lo más tontas, que se me ocurrían!... ¡Me derretía! Me derretía... ¡le pedí perdón! ¡otra vez! ¡un día me iba a cortar la lengua!... ¡Me arrojé a sus pies!... Me destrocé, me reventé el traje... ¡Ah! me puse en pie... iban a llegar los otros... Se rió otra vez... ¡Ah! ¡qué cruel era!... ¡Ahí estaban los malditos domésticos! nunca estábamos tranquilos largo rato... traían

los cubiertos, pronto iba a ser la hora de la cena... iban y venían, abrían las puertas... llegó el olor de la cocina... ¡lo percibí! ¡Ah! era pierna de cordero... estaba claro... Olfateé... era superior a mis fuerzas... ¡Vergüenza!... ¡Qué hambre tenía!... ¡Tenía hambre otra vez!... ¡sí!... Antes de morir, ¡antes del suicidio! ¡las hecatombes! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ah! ¡el horror! ¡gorrino! ¡lo reconozco! me sonaban las tripas de hambre... de gazuza.

«*You stay with us?*»

Me invitaba. Se burlaba... Debía irme... ¿Y el mercurio, entonces?... Estaba olvidado... ¡Olvidaba todo!... ¡Iba a volver a ver al tío! ¡a Sosthène! ¡Toda la familia a la mesa! ¡Como si tal cosa!... ¡Qué degradación!... ¡Surgió mi amor propio! ¡Se reía, la bribona!... Veía que yo sufría... ¡de vergüenza y hambre!... ¡Yo, que no quería comer nunca más!... ¡Me lo había jurado absolutamente!... De la cocina nos llegaban más vaharadas de pierna de cordero... era pierna de cordero, sin duda... ¡Yo había jurado morir! ¡huir al menos!... Pero estaba ya tan cansado... me zumbaba la cabeza... ¡Era el hambre!... Me quedé ahí, mala suerte... ¿palmarla? ¿jalar?... ¡No me podía escapar! ¿mancillar mi amor tan trágico?... ¡Jamás me comprendería ella!... ¡Era una insensible!... Monina... un hada... pero fútil, tontina, caprichosa... ¡yo era un incomprendido!... ¿Suprimirla, entonces? ¡Dios santo! ¡que ahuecara el ala!... ¿amarla hasta la muerte?... yo divagaba... ¡me hacía gracia a mí mismo!... ¡Otra vez la mataría!... ¡a jalar, pues! ¡hale, a trapiñar! ¡El apetito me embriagaba! el olor que nos llegaba... por la puerta... invadía... penetraba... ¡yo olfateaba!... babeaba... ¡Amor fatal!... ¡Qué difícil es!... ¡No me comportaba bien!... ¡La pierna de cordero!... Ya no miraba nada... esperaba el asado... Me la traían floja los otros... ¡Que abillaran!... Los cuchillos se agitaban... los cubiertos... los cristales... las copas ahora... ¡el champán!... ¡todo estaba preparado!... los entremeses... ¡y ramos de rosas!... ¡Hombre, era una verdadera fiesta!... ¿Serían tal vez por nosotros esos extraordinarios?... ¡Ah! pero ¿y ese frasco? ¿en todo el centro? ¡el mercurio!... ¡mi mercurio! ¡lo festejaban! ¡me festejaban! ¡un frasco como el otro! ¡el mismo frasco exactamente!... ¡Lo reconocí!... ¡de adorno!... en todo el centro de la mesa, entre las rosas... ¡iban a festejar mi mercurio!... ¡en familia, entre buenos amigos! ¡Ah! ¡la broma mordaz! ¡qué astucia!... ¡Comprendía que me invitaran!... ¡que contasen conmigo!... ¡claro! Iban a llegar... toda la compañía... ¡Un poco de amor propio! ¡Lárgate, Ferdinand!... Miré a la hermosa niña... Ella me sonrió un poquito... ¿Me iba? ¿No me iba? Enrojecí... tartamudeé... ¡mostré el frasco a la pequeña!... ahí, entre flores, en todo el centro.

«*Oh! it's funny!*... ¡Qué gracioso!...»

A mí no me parecía gracioso ni mucho menos... se veía que no era cosa de ella... Tienen sus formas propias de divertirse ellos...

«*Don't mind!*... *Don't mind!*...»

Era lo único que se le ocurría... una especie de chiquillada... ¡Yo era de una cobardía abominable!... Estaba deseando ceder... Me iba a quedar allí una vez

más... enrojecí, pero me quedé, no me moví... viejo chocho... abúllico... ¡a esperar a los *policemen!*... ¡que me llevaran!... ¡El golpe estaba urdido, desde luego!... ¡estaba visto!... ¡Estaban todos de acuerdo!... Yo estaba convencido en el fondo... ¡lo del mercurio, el cuadro, el ramillete!... ¡el mercurio sobre la mesa! ¡el frasco! ¡el cine!... ¡El señor está servido!... Sosthène, ¡ése me las iba a pagar!... ¡Pitraco!... ¡Estaba en el chanchullo, el macarra!... Y esa otra, la miré, ¡monina! Me fastidiaba, lógicamente... Tuve un arranque de energía... ¿Eh? ¡calientabraguetas!... ¡palmito! ¿a qué jugaba en el fondo?... ¿con los mininos? ¿los pájaros?... ¿Toda la mímica... el camelo?... ¿a qué venía eso?... ¿melindres... la pirula... estratagemas?... ¿Y si le hubiera bajado las bragas yo también?... ¿Le hubiese dado una azotaina terrible?... desvergonzada... ¿qué habría dicho de esa música?... ¡no la de los pájaros! ¡Razón tenía su tío! ¡hay que castigar en el sitio! ¡Ah! ¡sentía zumbidos en la cabeza! ¡Todo eso decidí! ¡ya no sabía!... ¡nada de nada!... ¡amenaza!... ¡amenazas por doquier!... ¿adónde iba yo a parar?... ¿la prueba?... y, además, ¡la pierna de cordero ya casi estaba!... ¡la olía yo!... ¡todo el olor que llegaba!... ¡subía tantálica!... subía de la antecocina... los machacas se agitaban... me aturdían con su agitación... ¡Volví a hundirme en mi sillón! Cerré los ojos...

«¡Dichosos los ojos, caramba!...»

Sosthène se presentaba muy jovial...

«¡Ah! ¡pajarraco!... ¡espera!»

¡Ah! me sacó del embotamiento... ¡ah! ¡la tunda que le iba a dar a ese marrano!

«¡Atrévete, canalla!»

Lo cogí por banda.

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡qué carácter!...»

Me rechazó con una mano.

«Señorita, ¡discúlpelo!...»

¡Sentía vergüenza por mí! ¡Fue él quien se excusó!... ¡Las conveniencias!

«¡Viejo asqueroso! ¿Me oyes, canalla?»

De callarme, ¡nada! ¡Soy malo!

«¡Te vas a enterar tú de lo que vale un peine!»

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡Guardemos la calma!... ¡delante de esta niña!...»

Me rogó que respetara los oídos... me dio el brazo... me llevó... ¡Ah! ¡igualito que el Boro!... ¡Fules y consortes!...

¡La mesa estaba servida! ¡Ahí estaba el coronel! ¡y la manduca! Se habían cambiado los dos... con mono, botas altas de goma... ni de chino ni de opereta ya... serios los dos... ¡absolutamente *experiments!* ¡Sabios trabajando! Yo ya no existía a su lado... ¡ni siquiera con mi 3 libras 6! Ataqué en seguida... ¡Le comenté!

«¡Está usted lo que se dice hermoso, Sosthène! ¿Roba también usted?»

Así, ¡pin, pan!

«¡No tanto como usted, niño!»

Se esperaba mi pulla. Nos susurrábamos cosas amables... No nos dejábamos

tranquilos... La pequeña no oía nada... El coronel, tampoco... no decía nada... yo lo observaba entre un bocado y otro... sonreía así, recto, al frente... ¡Un hombre absorto en sus reflexiones!... De vez en cuando gruñía «¡Hum! ¡Hum!» y después se servía una buena tajada... jamón, cordero... ¡todo!... Era comilón... Había de sobra... ¡Había que ver qué servicio!... Susurré de nuevo a Sosthène:

«¡Te vas a atracar con la que te voy a dar, so guarro!... Te voy a hacer comer fetén, ¿me oyes, querido Maestro?... ¡comer mierda!...»

Me horripilaba.

Y el frasco ahí, con el mercurio, delante de nosotros, entre las flores, ¡no estaba ahí de adorno!... Era por mí, claro... para ver la jeta que pondría... ¡Ah, tenían tiempo que perder!... ¡Yo resistía, hostias, resistía bien!

«¡Oye!», le avisé otra vez, así, al oído, «oye, asqueroso, si vienen los otros... tus tronquis... los guris, tus amigos, verdad... ¡so mierda!... ¡bueno, pues! ¡no iré para adelante solo!... Te lo digo yo ya, ¿eh? ¡pestañí! pestañí, ¡te aviso de antemano!...»

«¡Chsss! ¡Chsss! pero, bueno, ¡miserable!»

Se ofuscó... ¡le parecía insoportable!...

«¡Qué modales!»

Se quejó... ¡ah! ¡lo crispaba! ¡Me estaba comportando pero que muy mal!...

«¡Cuidado! Pero ¡bueno! ¡Compórtese! ¡No está usted en el cuerpo de guardia! ¡Hace ruido con la boca! ¡No todo de una vez! ¡Córtese la carne!»

Me estaba comportando mal, era cierto, estaba nervioso... era culpa suya... La pequeña nos veía cuchichear... por fortuna, el tío no miraba nada... Tenía los ojos así, fijos... jalaba como un sonámbulo... tragaba todo sin mirar... como en un sueño... el apio... una gran sardina... después *roquefort*, todo un gran trozo... Y luego caramelos... un puñado... volvía a hacer la comida a la inversa... volvía a empezar por la fruta... y un ruido, ¡que para qué, vamos! ¡masticaba como un perro! ... ¡diez veces más que yo!...

«Bueno, ¿qué? ¿No te ríes, Sosthène?»

¡No! no se reía ni mucho menos... Y eso que estaba ahí, justo enfrente... ¿No era gracioso eso? ¿no? ¿que no? ¡Vaya un lameculos!

¡Ah! no iba yo a piarlas otra vez, discutir, ¡cabrearme de nuevo! ¿Para qué? No servía de nada... Me desanimé, abandoné, allá películas, ¡qué leche!... Ya había hablado más de la cuenta yo... ¡hale, venga! ¡sonrisas a todo el mundo!... eso, así, gilipollas como ellos y tranquilo, decoroso, desde luego, ¡lo que hiciera falta!... ¿Que venía la pestañí? Pues, ¡que viniera!... Yo la esperaba allí, ¡me iba a encontrar decoroso! en familia y todo, con el mercurio en el centro de la mesa... las flores... las sonrisas...

Apenas dormimos... en fin, dormitamos en los sillones... Nadie nos había echado... ya era algo... cuando Sosthène se despertó.

«Amigo mío, ahora, ¡nada de callejear más! ¡va a tener que hacer algo útil!...»

Ésas fueron sus primeras palabras... tiránico... En seguida, ¡elevó el tono! Me



metía en cintura él... Me daba sus directrices...

«¡Acérquese corriendo a Rotherhite! ¡Suba a ver a Pépé! Dígale que no me va mal, que estoy contento con el coronel, que haga el favor de tener paciencia, ¡y que no coma demasiado chocolate! ¡que no me haga demasiadas tonterías!... ¡que no meta mano en el catafalco! ¡Ella sabe lo que quiero decir!»

Me apuntó: «Achille...» Comprendí... La momia...

«¡Que le dé mis pipas!... ¡Ah! y también dígale firmemente que, si no se está tranquila, ¡nunca más volveré a verla!... sobre todo, que no compre nada... ¡que no me contraiga deudas!... Que tal vez vaya a verla pronto... ¡si se porta bien! ¡Eso! ¡Ya está! ¡listo!... Todo lo que tiene que decir... ¡Ah! y después, ¡lo más grave! ¡Pase por el ministerio!»

Me miró un poco el traje...

«¡Ahora va usted vestido como Dios manda!... ¡ah! y cuidadito con el vocabulario.»

Estuvo contemplándome...

«Puede pasar... ¡y cuidadito con los modales!... Apéese en Whitehall<sup>[212]</sup>... es el autobús 42... en seguida verá los inmuebles... no es difícil... todos los ministerios contiguos... a los dos lados de la avenida... tendrá que buscar el nuestro... Se parecen todos... ¡Atención!... el *Secretary for war*... Infórmese... ¡Departamento de inventos!... Entre en el inmueble, pregunte por el *Office "Special"* para el concurso de máscaras de gas, las condiciones del concurso, las horas, las fechas, tráigame el folleto... ¡No lo pierda!... Al parecer, ¡lo han cambiado todo!... han adelantado las pruebas... ¡Apresúrese! ¡Esté de vuelta antes de la noche!... No se entretenga en Rotherhite... ¡No vuelva borracho! ¡Cumpla correctamente con el recado!... ¡Arree y sea discreto! ¡No dé nuestra dirección!... ¡Ah! la dirección, ¡a nadie! La dirección, ¡nunca! ¡Sobre todo a Pépé!...»

«¡Cuenta conmigo, señor Sosthène! ¡Hay personas mucho más charlatanas!...»

Me fastidiaba mucho con sus recomendaciones...

El coronel le escuchaba, lo aprobaba punto por punto... movía la cabeza... De repente fue y se levantó súbito... ¡Firmes! como la otra vez con las ganas de mear...

«*England! England rule the Gas!*»

Volvió a darle, berreaba... ya no era la próstata... Se sentó otra vez... y nada más... Volvió a sumirse en su embotamiento, la mirada así, fija hacia el frente. Su sobrina lo trataba con mimo.

«*Uncle!... Uncle!...*», le murmuraba muy tierna... muy afectuosa...

Pero ¡Sosthène, por su parte, estaba muy animado! ¡Cortó esa escena de familia! ¡Quería energía, acción!

«¡A trabajar!...», clamaba. «¡A trabajar!...»

Y me agarró al tío del brazo, con fuerza, se me lo llevó... ¡Ah! ¡era terrible el espectáculo de ese estilo! ¡Chulería semejante! ¡Un aplomo! ¡una insolencia!... ¡Ahora el baranda era él! Yo no lo podía soportar... Podía cortar, claro está,

abandonarlo todo... ¡Era lo que se merecía mismamente! Lo pensé... ¡ah! volví a pensarlo... era una idea que no podía quitarme de la cabeza... Pero ¡la pequeña entonces!... ¿La pequeña?... La dejaría plantada en ese caso, se la dejaría al pajarito, la abandonaría por ese payaso... ¿sería posible?... ¡Me iba a hacer largarme ese asqueroso!... ¡Ah! ¡ni hablar! ¡antes lo mataría!... Pero ¿y si la hiciera mía? ¿me la llevase? ¡Ah! ¡sería magnífico!... ¡sería heroico y sublime!... ¡Ah! iba a preguntárselo... quería su consentimiento... me entusiasmé... ¡ah! ¡me inflamé! ¡vi la felicidad!...

«¡Señorita!... ¡Señorita!...»

Me acerqué en seguida a decírselo... farfullé... tartamudeé... ya no podía... ¡ah! prefería pensármelo más...

«¡Me marché!...» anuncié... «¡Me marché! ¡Y vuelvo!...»

Se sorprendieron un poco, de todos modos... cuando me marché por las buenas... cuando obedecí sin replicar...

Ya estaba fuera, la calzada... la avenida... cojeaba un poco, pero me apresuré, encantado, emocionado de felicidad... ¡Ella era un ángel! ¡iba jubiloso! ¡era un ángel! ¡Era un auténtico talismán, una chiquilla así del cielo! ¡un ídolo de belleza radiante!... ¡su encanto tenía que salvarme sin duda!... ¡tenía yo la potra del amor!... si la guerra no tardaba demasiado en acabarse, ¿tal vez pudiéramos casarnos?... establecernos... ¡Ah! me hacía desvariar... iba aún mucho más lejos... lo veía todo color de rosa, como un milagro... amnistiado así o asá... de una forma o de otra... ¡forado cosa mala!... capitán general en cuanto a pasta... todo se arreglaba milagroso... Transportado por mis reflexiones, mis ilusiones tan ardientes, tan impetuosas, ya no veía mi trayecto, ¡las calles, los transeúntes, el autobús! ¡transportado por la pasión! ¡la fe! ¡la alegría! Encontré Rotherhite como un sonámbulo... la calle... la casa... di con ella por chiripa... ¡aúpa! las escaleras, ¡de cuatro en cuatro! ¡una puerta!... otra... husmeé... ¡Era ahí!...

«¡Pépé! ¡Pépé!», la llamé... «¡Pépé Rodiencourt!...»

Llamé... golpeé... ¡Tardaban!... volví a llamar... Oí palabras dentro, al otro lado... ¡Tardaban en abrirme! Por fin llegaban... ¡Era ella!... con los cabellos por la cara... escupiendo, resoplando, toda pintarrajeada de carmín... ¡salía de una batalla! ... se ajustó el refajo... la bata, los faldones de andrajos... ¡Ah! ¡muy bonito, hombre, muy bonito!

«Señora», le dije... «¡Señora!... ¡Su marido le manda muchos recados!...»

«¡Ah! ¿lo envía ese granuja? ¡Déme en seguida su dirección!... ¿dónde ha vuelto a esconderse?...»

En seguida recuperó el ánimo.

«¡Señora!... ¡Señora!... ¡Es imposible!...»

Al instante, el ataque.

«¡Ya veo! ¡Ya veo! ¡Quiere matarme de pena!»

Y se me deshizo en lágrimas, en sollozos terribles... Se retorció de dolor contra la

puerta... Y yo que había ido a conciliar...

«¡Señora! ¡Señora! ¡se lo ruego! ¡no se enfade! ¡Es que es, verdad, un secreto!»

¡Ah! ¡horror! pero ¡qué había dicho!... Se puso a berrear diez veces más fuerte...

«¡Quiere matarme! ¡Ya comprendo!... ¡Quiere que vuelva a morir!... ¡Me lo conozco yo a ese bandido!»

Olía a priva, que no veas, me lo resoplaba en toda la nariz...

En ese momento, «¡Poëp! ¡Poëp! ¡Poëp!»... Una voz me llamó. Una voz de hombre desde el fondo, detrás de ella... Yo no lo veía, al buen señor...

Ella hacía como que no oía nada... Era una voz aguardentosa... «¡Poëp! ¡Poëp!» vuelta a empezar...

¡Ah! pero si es que... ¡Poëp! ¡Poëp!... ¡eso me decía!... ¡me recordaba algo!... Me hubiera gustado ver a ese gachó...

«¿Quién anda ahí?...»

«¡Oh! ¡un amigo!...»

No cesó, había que verla, de llorar...

«¿Cómo se llama tu amigo?»

«Nelson...»

«Nelson, ¿qué?», pregunté... «¿El Nelson de las pinturas? ¿El Nelson de Trafalgar?...»

Vi que le jorobaba responderme... pero ella también me intrigaba mucho... quería yo saber... repetí la pregunta... ella se colocó justo en medio... cortando el paso... Intenté pasar... Cerró la burda, la dejó justo entornada... desconfiaba ahora... ¡Bien! Me quedé ahí... Nos quedamos así, uno delante del otro... era hipócrita, la nena...

El Nelson, ¡menudo si lo conocía yo! si era el de los cromos... el artista al aire libre... justo en las escaleras de la «National<sup>[213]</sup>»... un caricato chungalí, en mi opinión... contrahecho también como Ciempiés, no más simpático, impedido de nacimiento y malo, soplón, rencoroso... en el *Leicester* desconfiábamos de él... Pese a su pata corta, najaba cosa mala... pinreleaba de lado, como un cangrejo, en torno a sus croquis... una auténtica peonza en el asfalto... todo el tiempo agitado, pirueteando... no paraba... explicaba a las jais las Pirámides, el Niágara... y todos los monumentos del mundo... todo para su clientela... ¡la torre Eiffel, el Kremlin, el Crystal Palace<sup>[214]</sup>! además, un velero de seis palos y el salto del río de Epsom<sup>[215]</sup>... y, además, una escena de orgía romana, también, con dieciocho mujeres con peplo... no se podía najar... Exponía en todo Londres, en los trenes, en el Charing, en Chelsea, pero su salón principal eran las losas de Trafalgar, justo debajo del monumento... Allí se lo encontraba habitualmente entre los palomos y el estanque... por eso lo llamaban Nelson<sup>[216]</sup>... Al instante me había asqueado a mí, ese estafador... Se anunciaba mutilado de guerra... ¡era un puro farol! «*Ex-serviceman*» en su cartel... ¡Absolutamente falso!... Era un simple impedido de nacimiento y nada más... Eso me sublevaba, lógicamente, a mí, que tenía títulos y de verdad... No se

defendía sólo de artista, de pintamonas callejero, tenía otras bazas. A la salida del «Museum», con frecuencia las señoras descansaban un poco, admiraban la hermosa perspectiva, dejaban sus cosas en un banco, había que ver qué atolondradas, las señoritas sobre todo... Nelson no se aburría, no quitaba ojo de la pesca, las pupilas siempre al acecho... se dedicaba un poco a los bolsos de mano... no es que los mangara propiamente, sino que tomaba su pequeño diezmo, uno o dos chelines, con dedo ágil, ni visto ni oído... Yo no me habría fiado de él. Cuando era chipendi lerendi era en los momentos de niebla, cuando invadía todo Londres de repente, así, en pleno mediodía... como un edredón sobre el tráfico... Él no tenía igual para guiar a las personas de regreso a su hotel... con frecuencia a diez, veinte en fila india... las que se encontraban atrapadas, turulatas, bloqueadas en pleno *fog*... En eso, como auxiliador de turistas, hay que reconocerlo, un virtuoso... Una caída de nubes en pleno paseo era chachi para el manús... Todo el Imperio pasaba por Trafalgar... lógicamente... un día u otro, todos los dominios de garbeo, los mirones de los tres continentes... Como las brumas soplaran del río, el viento lanzase un buen viaje, toda la plaza se veía asfixiada, toda blanca, toda opaca en un dos por tres, un desconcierto descomunal, las personas ya no se veían ni los zapatos, había que guiarlas como a ciegos... Por la gran avenida Westminster<sup>[217]</sup> la niebla cubre toda la ciudad en menos de cinco minutos... puede sobrevenir a partir de octubre, el amortajamiento blanco... ¡Entonces hacía él su agosto! la fiebre de Nelson sobre sus peanillas, perdía el culo tras los turistas, las *miss* perdidas en los vapores... las alcanzaba palpando en los faroles de gas... recogía a los viejos despavoridos, los pasmados, los titubeantes, renqueantes a derecha e izquierda que iban a chocar por todos lados... Reunía, llamaba a voces a todo su personal, agrupaba, najaba de un grupo a otro, me los llevaba a todos de la mano y gritando «¡Poëp! ¡Poëp!», así hasta el próximo metro y hasta su domicilio, si aún tenían miedo... En cuanto se volvía todo blanco, imposible ver nada, lanzaba su «¡Poëp! ¡Poëp!», la llamada de la bruma en derredor... Resultaba útil, hay que reconocerlo, prestaba servicio a muchas personas, no tenía ninguna gracia, cuando el tráfico se detenía, podías dar vueltas sobre ti mismo durante horas y horas, se volvía a veces tan opaco, que ya nadie se atrevía a avanzar, todo se detenía, hasta los pequeños taxis, hasta los *cabs* de caballos, un desastre en el Strand, los *coachs* volvían a la cochera, toda la multitud se chocaba en las aceras, se pegaban porrazos contra las paredes... Era un instinto lo que tenía el chepudo ¡Poëp! ¡Poëp! para arreglárselas en las nieblas, había que ver cómo se orientaba en las espesuras de algodón, a ojo de buen cubero, como navegante, nunca una duda, un zigzag, ni siquiera en los momentos tan espesos, que apagaban las luces de Bengala, las antorchas de soldar, las que resonaban a la salida de los teatros, de las furias de la forja, ya nada, ya no se distinguían, ¡la niebla podía más! Parecía que todo el vapor iba a coger y llevarse la ciudad. Ya sólo Nelson se orientaba con un tiempo así... En cualquier rincón de Londres, con cualquier andoba, cualquier objeto, no se equivocaba nunca de dirección, de plaza, de callejón, habría encontrado a tal

fantasma de un vaho a otro... Y eso que son cansinas las calles de Londres, en plan vete-a-paseo, numeradas al revés, como con los pies... Sin embargo, nunca se liaba, daba en el blanco en seguida, con la campanilla, ¡miren, señores! ¡La señora está en su casa! y «¡Poëp! ¡Poëp!», se lanzaba rápido a buscar a otros. Se hacía cinco, seis libras fácil así, en una tarde... Alborotaba desde el peristilo a toda la basca de los titubeantes: «¡Poëp! ¡Poëp! *any direction!* ¡para todas las direcciones! ¡Síganme!» Los había guiado tal cuales de todas las especies hacia todos los rincones de Londres, altas *miss*, enormes gordinflones, del Afghanistan, del Perú, de la China, de Panamá y también provincianos avergonzados... colecciones de aturullados, de pasmados en las nieblas súbitas. Se aprovechaba un poco de la confusión, de que las personas desamparadas olvidaran algunos objetos... Sin embargo, no abusaba... Pero como guía, ¡impecable, vamos! los llevaba a todos a buen puerto, ¡a la dirección exacta! Se aumentaba, pero bien, los beneficios los días de ataques de las brumas. Abandonaba rápido sus cromos, en cuanto se volvía como guata... La verdad es que estaba bien situado para su currelo, su puesto, la plaza Trafalgar, era un circo, una auténtica cita para las nubes... las vaharadas afluían a ella de todas partes en espesores, remolinos gigantescos... Como para azarar a los clientes, sobre todo porque se embadurnaban, patinaban. Les hacía cruzar las calles de la mano, y siempre con su grito «¡Poëp! ¡Poëp!», en retahíla y después a lo largo de los escaparates... «*Lady be careful!*»... Tenía labia y humor... siempre guasón y tranquilizador... Todo eso y «¡Poëp! ¡Poëp!».

¡Ah! lo recordé, al pensarlo... ¡ah! ¡era él! ¡ya caía yo! ¡su jeró! lo había oído, ¡no estaba soñando! así, delante de Pépé, recordaba... ¡era ese gachó!

«Pépé», le dije. «¡El Nelson está ahí! ¡Tienes que presentármelo!»

Estaba seguro de que era un soplón... quería mirarlo cara a cara...

«¡No!», me dijo ella. «¡No entrará usted!...»

«Pero ¡si lo conozco, a su visitante!»

Gimió otra vez, pero no tan alto, se hacía la mosquita muerta, para que le diera yo un toque.

«¿Lo conoce usted?», me preguntó.

«¡Claro que sí! ¡Poëp! ¡Poëp! ¡Eh! ¡Claro que sí!... ¡Poëp! ¡Poëp!», lo llamé así...

«¡Poëp! ¡Poëp!», me respondió desde el interior.

«¿No irá usted a hablar de nada?...»

Ahora era ella la espantada.

«¡No! ¡No! Se lo prometo... Pero ¿cómo ha venido aquí?...»

«Lo buscaba a usted...», me susurró... Ya lo estaba denunciando ella...

«¿Cómo la ha encontrado?»

Otra vez el jeroglífico.

En fin, ya estaba, entré, penetré, lo encontré sobre la cama.

«¡Poëp! ¡Poëp!», me saludó con un vaso en la mano, muy contento, tendido.

Estaba muy a gusto...

«¡Hola! ¡Poëp! ¡Poëp! Estás trompa, ¿qué tal?»

Lo atacó, me asqueaba...

«¡Ya me ves!... ¡Como ves!»

No se enfadó.

«¿Y qué cojones has venido a hacer aquí?»

Me informé.

«Pues, mira, ¡a pasármelo pipa! ¿Es que no lo ves? ¡A pasármelo bien! y, además, ¡te estoy buscando, chinorri! ¡Poëp! ¡Poëp! ¡Colega! ¡Ah! ¡qué contento estoy de encontrarte!»

Quería levantarse para darme un besito.

«¿Por qué estás contento?»

«¡Es que me vas a dar mis dos libras!»

«Dos libras, ¿de qué?»

«¡Para que cierre el pico!»

La cosa requería explicaciones.

Se arrellanó mejor sobre la piltra. Se lanzó a la serenata:

*Salut! ô ma belle inconnue!*

*Salut! Salut<sup>[218]</sup>!*

Después volvió a echarse, a acostarse.

«*Drink! Drink! darling!*»

Daba órdenes. Se llevaban muy bien, lo vi en seguida... Ella volvió con una botella... era ron... sirvió... hizo para mí como que estaba violenta así, delante de mí... melindres... entonces él me la agarró... me la sentó... ¡Oh! ¡huy! ¡cariño! le metió mano, la hizo caer patas arriba... ella protestó...

«¡Poëp! ¡Poëp! pero ¡bueno!», chilló.

Él la besó... volvieron a caer juntos. ¡Qué carcajadas!

«*Darling! Darling! I love you!*»

Ya no estaba violenta... Sacó el frasco de debajo del catre... Se sirvieron, ¡y venga lingotazos!... ¡En el mismo vaso y a mi salud!... Estaba todo el suelo cubierto de hojas de rosal, pétalos, la lluvia de los cestos... ¡También a él le había hecho la escena! ¡Ah! ¡ya me conocía yo su estilo! ¡La seducción! ¡el cuento de las fotos!... conque la cosa pitaba, carburaba, ¡sin duda alguna! ¡yo llegaba para la apoteosis!... ¡Había que ver qué Pépé! Él me hizo un comentario obsceno, si no me parecía que se empalmaba como un caballo... ¡Es que su padre era palafrenero en Maisons-Laffitte! ...<sup>[219]</sup> ¡Eso tenía gracia, claro! ¡Era como para reírse! ¡Se troncharon los dos!... ¡tenía que olvidar todas sus penas ella!... y justo entonces le volvió a dar, terrible... se puso a llorar una cosa mala...

«¡Cállate! ¡Cállate!», le dijo él, brusco... ¡No quería lloros a su alrededor! Volvió a hacerle mimos, teniéndola sobre las rodillas... ¡pasaron a las caricias otra vez!... ¡Ah! ¡joder! ¡vale ya! ¡Quería que me hablara! ¡Le tiré de los pies!...

«¿Quién me busca, eh? ¡Di, Nelson!»

Aprovechando que ahora estaba de buen humor... ¡Tal vez se mostrara charlatán!

«¡Espera, colega! ¡Espera! te lo voy a decir...»

Estaba deseando contar. Volvió a colocarse a la Pépé sobre las rodillas...

«¡Eso! ¡Así!»

Se tiró un eructo, seco, ahora estaba mejor...

«¡Mira! ¡Verás!», me contó... «Pues, ¡es que llegó por la noche Angèle, su mujer! ¡ya la conoces! ¡La señora Cascade, mejor dicho!... me cogió por banda en plena sesión... justo con las tizas, ¡tú figúrate!... tenía un gentío increíble... ¡Me habló!... Me dijo: “¡Ni un minuto que perder! ¡Nelson! ¡Nelson! ¡De lo más urgente!”, así mismo. “¡Cascade quiere verlo! ¡Rápido al *Leicester*! ¡Hale, venga!...” Ya me conoces, ¿no?, complaciente, servicial y rápido, aun inválido como estoy... pero es que era un desastre... ¡Tenía gente para parar un tren ante mis garabatos! turistas, ¡gente bien!... Precisamente estaba acabando una torre Eiffel... ella insistió... me suplicó... cedí... dejé todo plantado... ¡Muy bien! ¡Ya conoces a Cascade! ¡Menudo genio! ¡Yo no quiero cizañas! ¡No quiero molestarlo por nada del mundo!... Le debo demasiados favores... Y, además, ¡ya sabes que con Cascade nunca pierdo un céntimo!... ¡Su mujer es otra cosa!... Conque lo primero pregunté a Angèle: “Es para su marido, ¿verdad? ¿no es para usted?” “¡Es para él y a dos libras la hora!” ¡Ah! ¡enterado! “Es una investigación muy delicada...” ¡Oh! ¡ante eso me lancé! ¡siempre me interesan las investigaciones!... ¡Ya ves cómo fue!... ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!...»

Y se reía aún del recuerdo, de cómo había ocurrido... cómo había saltado él... y la Angèle, ¡y que si había que salir pitando! Y después se pusieron a magrearse otra vez, Pépé y él... presencié como un primo todo eso, los besazos y los grititos... Ya no me miraban...

«¡Venga! ¡Venga!...» Los desenganché... «¡Hale! ¡cuenta, anda, cabrito!»

«¡Ya va! ¡Ya va! Como te contaba, me dijo: “¡Cascade anda por medio! le traerá más cuenta que los garabatos... ¡Corra a la queli!...” Salí de naja... ya estaba yo allí... como comprenderás... En seguida me soltó: “¡Mi querido Nelson! ¿Y el Chino? ¿Ha visto al Chino en su Trafalgar? ¿Lo ha divisado? ¡el Chino! ¿el Chino de la túnica?” Así me habló. Bromeé. “Chino... Chino... ¡depende!... ¡No faltan chinos precisamente!...” Había visto la tira... era muy cierto... ¡chinos de todos los colores! ¡no sabía si era ése! ¡auténticos batallones había visto ante mis cuadros! pequeños, gruesos, medianos... “¡Explíquese, a ver, un poquito!... ¡No es nada del otro mundo, un chino!” Conque me dio detalles... El suyo era, en una palabra, falso... por lo que comprendí... era un francés, de hecho, disfrazado con una túnica... un payaso... con túnica verde y dragón amarillo en el culo... alguien que se ocultaba... Me lo describió un poquito... cómo hablaba... sus modales... su jeró... ¡Entendí! ¡Poëp!

¡Poëp! ¡Ah! ¡el fenómeno!... No se separaba de su paraguas... llevaba también rollos de papel así, los alares llenos... se paseaba mucho... casi por todas partes hacia el centro, pero sobre todo hacia Dover... Bond Street<sup>[220]</sup>... “¡Poëp! ¡Poëp! ¡Entendido! ... ¡No tardaré en pescárselo!...” “Ronda en torno a las chicas... Les hace daño... ¡les pincha el bul hasta hacerles sangre!...” ¡Hombre! ¡eso me recordaba algo!... ¡un maníaco!... Finette me había hablado de él... Exactamente un chino... Espera un poquito... ¡Ah! y después, de repente, ¡caí!... Te había visto incluso con él... Fíjate tú... “¿No será marica?”, fui y le pregunté... Me refería a ti... Veía que te buscaban junto con él... “No, no es ese estilo”, me replicaron... “es algo turbio, ¡un golpe que están montando!...” ¡Ah! mal asunto, entonces... comprendí que estaba encabronado, que le estabais organizando una faena ese chino y tú... que os habíais ido de la quelí con esas intenciones... “¡Un chaval al que habíamos recogido!... que estaba en las últimas... ¡y va y me tanguela! ¡Péscame a ese chino! ¡Ojo de lince! ¡Arrea! ¡lo necesito! ¡y al chinorri también!” “¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Perfecto, Cascade!...” Nada de condiciones con él, me conozco yo sus modales... ¡Me lancé!... ¡No le gustan las vacilaciones!...»

Me pareció bien contado... me abría perspectivas... él estaba muy animado. ¡Entonces nos cortaron otra vez!... Era la puerta, llamaban... Pépé saltó de la cama, corrió, era el joven lechero, nos dejó, ¡salió pitando de la cama!

«¡A ver! ¡A ver!», lo estimulé. «¡Cuenta, Poëp! ¡Poëp! ¡anda, suéltalo ahora, leche! ¿Cómo has llegado aquí? ¿cómo has encontrado la vivienda, a la señora?»

«Oye, chavea, ¡un respeto! ¿Es que te crees que no conozco yo a nadie?»

¡Ah! le ofendía yo.

«¡Un chino es fácil de encontrar, tontaina! ¡Sobre todo si es falso! ¿me oyes?... ¡No hay tantos por ahí sueltos!... Mira, ¡lo habría encontrado, yo, al manús, disfrazado de mierda de ratón! ¡Chino o no! ¡en los pelos del culo del lord alcalde!... ¡Ah! ¡fíjate lo que te digo!»

¡Qué cabezón!... eso, sí... ¡un cabezón!...

«¡Ah! ¡tú no me conoces, chorrinas, cuando me decido!...»

Me diquelaba con una piedad. Era un presumido terrible con lo de encontrar cualquier jeta en las calles de Londres, si quería. Más lince que nadie.

«¡Ya ves! ¡Ni un día he tardado!... ¡y Poëp! ¡Poëp! ¡al nido el hurón!... ¡Me llevo al nene y a la nena! ¡Lo he tenido fácil, lo reconozco! no había ni una onza de niebla... ¡un tiempo ideal! ¡sí, señor! Pero, aunque hubiera caído la estopa, los doce distritos llenos, mira, ¡así!, las manos llenas de puré de niebla, te los pescaba igual... ¡Nada de particular! ¡Yo, cuando busco, encuentro! ¡Recuérdalo, rácano! ¡de eso ya puedes estar seguro, por descontado!»

¡Y escupió a la estufa de lejos! *Vloff!* un lapo enorme... ¡que crepitó y se fundió!

«¡Ya ves cómo es el chache, tontaina!...»

¡Prendado de sí mismo hasta rugir! Me miraba por encima del hombro, desde el borde de la cama, ¡lisiado cabrón, en plan presuntuoso! La Pépé fuera, en el rellano,



no se ocupaba de nosotros lo más mínimo... lanzaba risitas en pleno filete con el recaderillo, en el vano de la puerta... el lecherito... ¡se oía el morreo! No perdía ni un segundo... Nuestras charlas debían de aburrirla... Toda ardor, era su estilo... Yo comprendía a la señora. ¡Poep! ¡Poep! se puso a tirarse más faroles, quería darse pisto a toda costa, con el relato de sus proezas otra vez, me veía sonreír...

«¡Yo, ¿me oyes, chorra?, soy, lo puedo decir sin jactancia, el mayor piloto de Londres! ¡los del Río<sup>[221]</sup> no existen! ¡Para que te enteres, chaval! ¡Yo, libras! ¡Diez libras! ¡Presento! ¡Vale! ¡Toma ya! ¡Nunca una palabra! ¡Con Dios! ¡Hasta otra! ¡Eso es un trabajo! Esta vez son al menos diez libras, ya ves tú, por encontrarte así...»

O lo tomas o lo dejas... Había un envite...

«Sí, pero ¡Poëp! ¡Poëp!, te precipitas, no atiendes a lo que te estoy diciendo... sólo piensas en el parné... pero lo que te digo no es sólo pasta... ¡una propuesta de bolsas así!»

¡Volví a hacerle los gestos!...

«¡Hasta me haces sonreír un poco con tus diez libras! Miserable... ¡Ah! ¡huy! ¡huy!... cómo me troncho... si sólo fuese la tela, ni siquiera te habría hablado... pero ¡hay algo más dentro! Escucha un poquito...»

Me le acerqué al oído...

«¡Es también un asunto de honor!»

Entonces me diqueló, le dieron vueltas los acáis... Le susurré en el conducto...

«¡Secreto militar!»

¡Ah! eso no se lo esperaba. Se cayó de culo... fue una conmoción.

«¡No te puedo decir más! Ahora, ¡haz lo que quieras!»

Se balanceaba en el borde, iba y venía, no lo podía creer...

«¡No te tires faroles, chinorri! ¿es que te quieres quedar conmigo?...»

«¡Que no! ¡Que no! ¡Contigo, no, Poëp! ¡Poëp! ¡Contigo no vale la pena! ¡Eres un lince! ¡Ven conmigo, si lo dudas!»

¡No podía haber dicho mejor cosa!...

«¡Te digo que estás vacilando conmigo!»

Refunfuñaba.

«¡Que no!»

Seguía escéptico. Lo había herido yo en lo vivo.

«¡Es un golpe para ganar la guerra! A ver, ¿comprendes ahora? ¿Comprendes a lo mejor la gravedad? ¿Lo quieres o no, que la ganen los aliados? ¿o te la trae floja? ¿es que te da igual?»

Seguía patidifuso.

Y yo categórico.

«Ahora, ¡Poëp! ¡Poëp! ¡estás informado! ¡Haz lo que quieras! Si saboteas, ¡alla tú! Yo ya te he avisado, conque ya está... ¡Que te vaya bien!»

Así mismito le hablé. ¡Ah! ¡le excitaban mis palabras! Diquelaba hacia abajo y luego hacia arriba... de la agitación que le producían mis palabras misteriosas. Ya es

que no se atrevía a mirarme a la cara... Se debatía violento.

«Pero ¡idiota! pero ¡si ya está hecho! Pero ¡si está más que ganada la guerra! ¡Qué cojones tendrá que ver eso! *England win the war!* ¡Y Francia también, la hostia puta!»

Después cambió de opinión:

«¡Ah! ¡vamos, hombre! ¡Mierda para Francia!»

Estaba encolerizado.

«¡Ah! ¿lo ves, ¡Poëp! ¡Poëp!? ¡dices paridas! ya es que no sabes lo que dices.»

«*What idea!* ¿De qué se trata?»

«¡Que todo depende de ti!, ¡Poëp! ¡Poëp! ¡es muy sencillo! ¡Está clarísimo!»

«¡Cómo que depende de mí!»

No salía de su asombro.

Volví a explicarle.

«¡Poëp! ¡Poëp! ¡tienes carácter de mujer! ¿No puedes dejar de decir gilipolleces? Ando tras un golpe extraordinario... quiero ponerte al corriente como amigo... ¡Como sueltes la liebre por ahí! ¡Adiós, muy buenas! ¡se hundió el asunto!»

«¿Cómo que adiós?»

«Pues, ¡adiós al secreto! ¡el secreto para ganar la guerra! ¡que me voy a cagar hasta en Dios! ¡No puedo repetirte todo hasta mañana! ¡Vas a rajarlo todo en casa de Cascade! ¡Y con ganas! ¡El señor está servido! vamos a perderla... así es como se pierde... un gilipollas de tu estilo...»

«¡Ah! pero ¡que sí que la vamos a ganar, chinorri!»

¡No quería en absoluto!

«¿Cómo vamos a ganarla? ¿Con tus cojones? ¿Eh, artista?»

Le hice un corte de mangas. Empezaba a arder bien.

Insistí aún más.

«¡No con tu pachorra, desastre!»

¡Ah! ya no podía contenerse en la piltra... ¡se retorció de cólera! ¡Ah! ¡cómo me estaba cachondeando yo!...

«¡La ganaremos!... ¡está chupado!»

Lo dijo a gritos, terco y rabioso.

«¡Ah! ¡ni mucho menos!...»

Yo no daba mi brazo a torcer.

«*Long live England! Health for England!* ¡A la mierda los franceses!», berreaba él mucho más fuerte aún.

Entonces echó mano al ron, se echó un lingotazo a la glotis, así, empinando... *glu... glu... glu...* Después se puso a tirarse faroles de nuevo... quería hacerme ver otra vez su estilo, su tiro a los palomos... los imaginarios... por el tragaluz... ¡*Baúm!* ¡*Baúm!* Se excitaba así. Veía palomos por doquier, en torno a mí, como en la explanada de su plaza<sup>[222]</sup>. Y después entonó su gran himno. ¡No quería dejarse abatir por mis cuentos!...

«*Health for England! Victori..ou..s! Riou..s!... and Glori..ous!*»<sup>[223]</sup>

Se infundía así confianza de nuevo... Volvió a empezar dos, tres veces más... Se sentía mucho mejor, revigorizado, ¡en plena forma!... ¡Hale!... ¡Iba a darme una oportunidad!... Le inquietaba, de todos modos...

«¡Chinorri! ¡Chinorri! ¡te escucho!...»

Le repetí todo una vez más, cómo íbamos a ganar la guerra gracias a la invención maravillosa... no le dije cuál...

Meditó.

«¡Bueno! ¡Bueno! ¡Vale, de acuerdo! ¿Estás seguro, entonces? ¿Secreto militar? ...»

«¡Sí! ¡Sí!»

Escupí. Rotundo. Admitió.

«¡Bueno! Pero entonces, ¿me lo vas a contar todo? No repetiré nada, ¡te lo juro!»

Escupió él también.

«¡Chsss! ¡Chsss! ¡Chsss!»

Ahí lo corté en seco. ¿Y la Pépé y el chavea?... ¿Es que no los veía en el rellano? Pero ¡si es que podían oír!... ¡Qué gilipollas y charlatán, ese Nelson!

«¡Ya he dicho demasiado!», le dije.

¡Ah! ¡eso le jodió!... ¡Le había intrigado y ahora le cortaba! Se moría por cotillear... Me miró muy apenado... volvió a privar, un lingotazo casi de litro... Exhaló a fondo... Me resopló en la nariz... Me guiñó el ojo... Lo había dejado atontado yo... Ya no comprendía nada...

«¡Es una gilipollez, tu historia!»

Ésa fue su conclusión.

«Bueno, pues, ¡ven a ver! ¡vamos!...»

No podía haber dicho nada mejor.

«Vamos, ¿adónde?»

«A ver al Kitchener. ¿No lo conoces?»

«¿Quién es ese Kitchener?»

«¡En el *War Office!*»<sup>[224]</sup>

«¿Vas a enrolarte?»

«No, hombre, ¡no seas panoli! ¡A ver al ministro! ¡Es el ministro!»

«¿Se lo vas a decir?»

«¡Todo, no! ¡Todo, no!»

«¡Ah! ¡Ah! ¡cuenta, cuenta!»

Entonces me impuse. Le hacía sufrir con mi discreción...

«¡Eres astuto, pajarraco! ¡Eres astuto! ¡Gracioso! ¡Canalla!...»

Me apuntaba el flanco también a mí... así, ahí... como a los palomos... ¡y *bum!* ¡*Bum!* me apuntaba en pleno corazón... Me reí con él.

«¡Ven al ministerio y verás!»

Lo apremiaba, le rogaba.

«¡No te puedo ofrecer nada mejor! ¡Te presento a Kitchener en persona!»

«Entonces, ¿eres espía? ¿Eres espía? ¡No me lo habías dicho!»

Se le ocurrió de pronto que tal vez fuera yo espía... Me miró... ¡Ah! ¡no salía de su asombro! Tuve que disculparme.

«¡Que no, hombre, que no! ¡No seas chorra! ¡Es el invento!... ¿Es que no comprendes? ¡Es algo personal!... ¡Es para el ministro!»

«¿Has inventado la pólvora?»

«¡Algo mucho mejor que eso, ¡Poëp! ¡Poëp! ¡Mil veces mejor!... ¡Ah! ¡vas a ver tú! ¡No puedes hacerte idea!... ¡Ven conmigo!... ¿Qué más quieres que te diga?»

«¡Ah! pero ¿después me lo contarás todo?»

«¡Ya lo verás tú mismo! ¡Te lo juro!...»

Se cayó rodando de la piltra. Se alzó sobre sus torvas peanas. Ahora estaba de lo más bullicioso...

«Bueno, pues, ¡en marcha!... ¡Me voy contigo!...»

«Bueno, entonces, ¡andando!»

¡Había que darse prisa! no quería yo que cambiara de opinión. La Pépé seguía en la puerta con el chaval, dándose el filete... Quería que entrara, ¡él no quería!... se lanzaban reproches...

«¡Ah!», dijo. «¿Os vais?...»

Estaba muy sorprendida...

«¡Hale, venga! ¡Ya volveremos!...»

La apartamos, ¡y pitando!... ¡Ah! ¡se me olvidaban las pipas del viejo! Me había insistido mucho... Mala suerte, ¡ya volvería! ¡Teníamos mucha prisa!... ¡Ah! ¡estaba contento de mi broma tan lograda! No sospechaba nada, el chavalín... Tenía yo un planecito para él... Fuera lo dejaría plantado... Tenía una idea... Siempre dispondríamos de algún tiempo hasta que nos volvieramos a encontrar... dos o tres días... el tiempo de un respiro... tenía que plantarlo, eso desde luego... ¡ah! sin la menor violencia... ¡con astucia!... Ya estábamos en camino. Estábamos llegando a Aldgate, justo en el cruce de los tranvías... Empezó a flojear... se detuvo... y vuelta a empezar con las gilipolleces...

«¡Venga, chorbo, que te estás quedando conmigo!», ¡fue y me atacó! «¡Qué ministro ni qué niño muerto! ¡Todo esto es un camelo! ¡Yo me vuelvo!»

«¡Ah! pero ¡habráse visto el cabrón! ¡andando ya!»

Yo tiraba de él, lo apremiaba. No debía escaquearse, ¡coño, joder!...

«Oye, en la calle, ¿nada de escándalos, eh?...»

¡Ah! ¡me mostraba arisco yo! Refunfuñó, reanudó la marcha. Volvimos a cruzar el Strand. En el asfalto vimos aún sus tizas en el suelo<sup>[225]</sup>... su Crystal... su torre Eiffel... Pese a la intensa lluvia, se había mantenido... Estaba aún muy vivo, en colores... Entonces se pavoneó.

«¿Ves, chorra? ¿Lo ves? ¡no es una chapuza!»

Era cierto, lo felicité.

¡Ah! ya estábamos ante Whitehall... los largos edificios... buscamos... buscamos... encontramos el «War». Lo detuve bajo la farola...

«Tú espérame aquí, ¡Poëp! ¡Poëp! ¡Espérame! ¡Tú quédate aquí! ¡no te muevas!»  
¡Ah! no le hacía ninguna gracia... Quería venir él también. Insistí.

«Tú espérame aquí, ¡y no preguntes nada!... No me quedo ni un minuto allí arriba... Bajo y vuelvo a buscarte... ¡Tengo que avisarles de que somos dos! Sobre todo, ¡no te vayas!...»

Aun así, quería venir, protestó... no lo escuché más, me lancé... embestí la puerta giratoria... ¡me interné por los pasillos!... ¡jalé!... ¡Ahí estaba la escalera!... ¡A la buena de Dios! ¡Me detuvo el conserje!...

«Los “*Inventions*” if you please...»

Pregunté yo...

«*Inventors?* ¡Puerta 72! *Seventy-two!*»

¡Naja que te naja! ¡Tropecé con alguien! ¡Flaqueé! ¡Me recuperé! ¡Hala! ¡72! *Bing Bang!* ¡Llamé! «*In!*», me respondieron... ¡Ya estaba! Las paredes, el escritorio, llenos de carteles... y anuncios y colores «*GAS MASKS TRIALS*»... No era difícil de entender... ¡Era mi asunto sin lugar a dudas!... El conserje barbudo me entregó un folleto... las condiciones... Comprendí en seguida... *Gas Masks Trials*... En Willesden lo leeríamos... todos los detalles...

«*Thank you! Thank you!*»

Ahora, ¡en marcha! ¡Jalando! ¡Adiós, muy buenas! ¡Por el otro lado! ¿Y si el ¡Poëp! ¡Poëp! me hubiera seguido?... ¡Me metí para dentro otra vez! ¡Oh! ¡Huy, huy! ¡menudo cómo jalé, bajé!... ¡quemando la moqueta! Me lancé en la dirección opuesta... debía de dar a St. James Park<sup>[226]</sup>... divisé los árboles en el extremo, al fondo de los pasillos... ¿Cómo me precipité!... ¡puertas y más puertas!... otra carrera... dos plantas... bajé rodando todo... en tromba alcancé el peristilo... ¡Salí! ¡listo! ¡ahí estaban los árboles!... ¡ah! ¡respiré! ¡uf! ¡nadie!... ¡El muy cabrón! ¡Le había hecho la cusqui pero bien, a ese mierda! ¡Da vueltas y más vueltas, cacho idiota! ¡Ah! ¡el lince! ¡el mamón! ¡me cachondeé!... ¡Ahí te quedas, majo!... ¡El autobús 17! ¡Monté!... Poco faltó para que volviera al Strand, ¡sólo para verle la jeta! ¡Ah! ¡el cenutrio! ¡cabezón de melón! ¡pensaba!... me cachondeaba con el aire de la imperial... ¡respiraba, resoplaba!... ¡Ah! ¡el maldito presumido!... ¡Ah! el malvado guripa... No había que volver a verlo, a ése... Es que era rencoroso, cabezón... ¡Lo tozudo que había sido, ese menda!

«Maestro», fui y le dije, «¡esto se pone feo!... no vamos a estar mucho tiempo tranquilos... Nelson anda tras nuestra pista... Esa túnica de usted es lo que nos perjudica... ¡llama la atención por todas partes!... sería mejor que se la quitara...»

«¿Quién es ese Nelson? ¡No lo conozco!...»

Le expliqué un poco su estilo, la clase de fisgón que era...

«¡Ah! ¡la de gente que conoce usted! ¡Ah! ¡bonitas relaciones, las tuyas!»

Entonces le conté mi visita... cómo había vuelto a ver a su Pépé... no todos los

detalles, claro está... sólo un poquito... qué tal le iba... muy bien, a decir verdad... y, además, que tenía amistades... ¡el alegre ¡Poëp! ¡Poëp! en persona!... más luego, ¡mi aventura! cómo me había zafado... ¡que lo había dejado plantado, a ese gachó!... ¡oh! pero ¡no había acabado ahí la cosa!... ¡tozudo, ese menda! ¡una sanguijuela! que volveríamos a verlo... No le causaban demasiado efecto a Sosthène mis revelaciones... Me escuchaba así, distraído... ¿Qué tenía contra mí?... Estaba de morros... Bien que le había hecho el recado... el folleto y todo... había vuelto puntual... ¡Ya tenía los detalles! el lugar de las pruebas... la fábrica... ¡todo! Iba a celebrarse a comienzos de junio... nos dejaba margen de sobra... ¡Tenía tiempo él de hacer el indio!... ¡Ah! ¡había olvidado sus pipas!... En fin, no me hablaba de eso... Estaba de morros simplemente... Al final, me harté...

«Oye», fui y le ataqué, «¿me escuchas? ¡No estoy hablando a la Luna!»

Quería noticias de lo del contrato. Eso era lo que me interesaba.

«¿Se decide o no se decide», le pregunté, «el excéntrico? ¿Qué te ha dicho? ¿Adelanta o no?...»

Seguía en las nubes. Lo zarandeé...

«¿El a... el a... el adelanto?», tartamudeó...

«Pues, ¡claro, farfullero! ¡el adelanto!»

¡No quería que lo disfrutara él solo!...

«Pero... Pero ¡si no necesita usted nada!... ¡Está vestido de maravilla! ¡como un príncipe!... ¡un Lo... Lord!...»

¡Ah! ¡hipócrita, el muy ful! ¡estaba seguro yo!

Él se había servido, ¡y a mí que me zurcieran!

Le solté todo el pastel...

«Sosthène, le voy a decir una cosa... Esto no va a durar mucho tiempo... ¡No me canso de repetírselo!... ¡Poëp! ¡Poëp! anda tras nuestra pista... ¡Es usted conocido como un chino ful! ¡todo Londres lo conoce! ¡Espere a que el Nelson abille con sus guasones! ¡Se arrepentirá! ¡Se lo anuncio!... ¡Me conozco un poquito yo a esas personas! ¡con todo lo inocentón que soy! Esto se pone feo, Maestro, ¡es un desastre! Parece cosa de nada... No quiero conmoverlo, pero podría usted ir a la cárcel... ¡eso es lo que me huelo!»

El duro era yo.

«¿Cárcel?... ¿La cárcel?...»

¡Ah! entonces fue presa de la agitación... ¡Ah! ¡qué palabras tan insoportables! La palabra «cárcel» lo despertó... le entró el cabreo, me insultó... ¡que si quería entregarlo a los peores bandidos! ¡había que ver cómo era yo!... que si lo comprometía a propósito... que si estaba tramando su secuestro...

«¿Qué tengo yo que ver con esos canallas, a ver? ¿Me lo quiere decir? ¡Tunante! Pero ¡bueno! A ver, ¡explíquese!»

«¿Y yo, entonces, querido Maestro? ¿Que cómo los conozco? ¡la fatalidad de la vida! ¡La guerra!... los horrores... los trapicheos... ¡las circunstancias abominables!

... ¡Ah! ¡si pudiera estar en otra parte!... ¡Con el diablo! ¡Sí, mira, con el diablo!»

Al fin y al cabo, se lo solté bien clarito... ¡yo tenía quejas, por mi parte! ¡muchas más!

«¡Me había usted prometido la China, Sosthène! ¡el Tíbet, señor mío! ¡Las islas de la Sonda!... ¡Las plantas maravillosas y mágicas! ¿Y qué ha sido de todo eso? ¿eh? ¿Me lo quiere decir?... ¡Tralarí! ¡Tararí que te vi! ¡camelos! ¡trolas!»

¡Lo enfrentaba a sus mentiras!... Se había quedado corrido, muy violento, burlón, con una sonrisa en las comisuras... Pero yo no lo diquelaba en broma... iba a causar una desgracia otra vez... con una sola mano lo estrangularía... con la mano izquierda... su gañote de pato... ¡Te trastorna la mala fe!... ¡de un chino semejante! es que te saca de quicio... como soltara otra risita... ¡no iba a poder contenerme más! ¡me lo iba a retorcer!

¡Ah! ¡prodigio! justo en ese momento un resplandor que subía, nos inundaba, me llegó a los ojos, me deslumbró... me colmó la cabeza... ¡el corazón!... Un resplandor... ¡una aurora!... Estábamos en la antecámara, justo delante del comedor... Yo esperaba para pasar a la mesa... ¡Era ella!... ¡Así, ahí!... ¡Sí, ella!... ¡su divina sonrisa!... Acababa de entrar en el cuarto... no me había dado cuenta... ¡Magia! ¡La adoraba yo!... ¡Ah! ¡palpitaba! ¡Acababa de entrar!... ¡mi Virginia!... ¡El corazón me latía más fuerte! ¡más fuerte!... era ella... ¡como para saltárseme! ¡Su carita adorable!... ¡Farfullé, tartamudeé!... Ya es que no sabía qué hacer... ¡Me quedé temblando ahí!... temblando de miedo ante su mirada... ¡Qué ojos! ¡el cielo! ... los añiles del cielo... me perdía... ¡No! ¡el reflejo!... ¡Ah! ¡si la hubiera perdido un solo día!... Ya no me atrevía a arriesgar nada... ¡me habría gustado abrazar el mundo! ¡y a Sosthène con él! ¡a él también! ¡de alegría! ¡por el milagro! Toda mi cólera había desaparecido, disipada por el encanto... ¡todas las maldades!... Estaba curado, gozoso, ¡en la gloria! Pataleaba, brincaba... ya no sentía mi trepanación, mi dolor de cabeza... De volverla a ver, a mi maravilla... ¡Ah! por fortuna, había vuelto... iba yo a cometer otro crimen... Su sonrisa, su palmito me salvaron... Mi ángel de la guarda, mi adorada... su falda tableada escocesa... sus hermosos muslos... de músculos tan ágiles ahí... duros, rosados, mates...

¡Ah! ¡huy, huy! ¿qué era ahora?... «¡A la mesa! ¡A la mesa!» Yo le miraba las piernas... Era demasiado maravilloso, más aún... Era una estatua de luz, rosa, fresca e insolente... ¡si fuera a largarse! ¡la sujetaría! ¡Ah! tendría que atraparla ahí... de la rodilla, ahí... agarrarla, morderla un poquito... ¡Oh! ¡qué iba yo a hacer!

«¡Vamos! ¡a la mesa!» ¡me empujaba el otro! el maleducado... No cabía en sí de gozo, se agitaba... ¡Había pasado mucho miedo antes! con mi maldad... ¡Ahora se había acabado! ¡Sonaba el gong! Venga, a atiborrarse otra vez, a ponerse las botas de nuevo... ¡Qué desolación! ¡Yo no debía comer nada más!... Debía vivir sólo de su luz, de la belleza de mi adorable... eso desde luego... sólo de la aureola de sus cabellos... la amaba demasiado...

«¡Hale, venga!»

¡La prisa que tenían! Incluso la pequeña, que me veía remolón... quería pasar también ella a la mesa... Yo, que adoraba su luz, que estaba ahí, transido de admiración... Me sonrió... La contemplé, a mi diosa... Ella se contoneó...

«¡Vamos! ¡adelante!», me dijo... «*Go on!*»

«¿Quieres comerlo todo frío, entonces? ¿No quieres sopa?»

Ése era Sosthène, el grito del corazón... ¡Ah! ¡el malvado!

¡Ah! vivir sólo de atenciones... de fervor... de iluminación... Tal vez un poco de fruta y nada más... su beso... ¡una palabrita a la hora de las comidas!... ¡Y nada más! ... ¡de una monería delicada!... Que me dijese ahora: «¡Te quiero!»... Pero ¡era demasiado joven, demasiado sensible!... ¡Ah! el cerdo, todo hocico... ¡me empujaba!

...

«¡A la mesa! ¡A la mesa! ¡El coronel los está esperando!...»

Él brincó, se lanzó... Se arrojó sobre el mantel, sobre los platos... Al instante acometió... Saltó sobre las alcachofas...

«¡Soy vegetariano!», anunció, así, en broma, claro está...

Jamaba con todos los dientes, como un asno... Hacía un ruido con la boca... masticó tres tronchos uno tras otro... Y después acometió el jamón... así, por el hueso... ¡mordía a huevo! ¡Un ogro!... ¡Y eso que no tenía un gran chasis!... Era un alfeñique, un enclenque... ¡Había que ver los viajes que lanzaba con las mandíbulas! ... ¡de famélico, de ogro presa de la privación!... Un huracán sobre los entremeses... Como para hacerte bramar, de verlo comer... Yo ya no me atrevía a mirar a Virginia, de la vergüenza que me daba... Sirvió borgoña... El coronel recitó las «gracias»... la oración de ellos... Bajó los ojos, el Sosthène... Se recogió como cuando masticaba despacito... «*ever and ever...*» su *Pater*...

De todos modos, después de aquella buena comilona, en lugar de dormirse, aunque tenía mucho sueño, le impedí adormilarse, lo zarandeeé con ganas... me obedeció un poquito... cogió por banda al coronel, que estaba también ahíto, daba cabezadas, eructaba... Que si no podíamos seguir así, que si era necesaria una decisión... que si nosotros dos, allí para lo de las máscaras, trabajadores íntimos, por así decir, debíamos acostarnos en el taller... ¡no se anduvo con rodeos!... ¡que lo de ir a sobar a la ciudad era una pérdida de tiempo inmensa!... ¡en detrimento de las investigaciones! ¡Que lo pensara el coronel!... También se podía recurrir al salón, claro está, pero no era plan... sobar sobre los divanes... valía para dos o tres días... acostarnos en el laboratorio, eso sí que era interesante... ¡al pie del cañón, en una palabra! no necesitábamos gran cosa... simplemente unas almohadas, un jergón... ¡Ah! ¡en eso me pareció astuto!... descarado, de todos modos... a ver si reaccionaba el otro... ¿nos enviaría a tomar por culo?... ¡Ni hablar!... Se lo tomó perfectamente... ¡Oh! ¡qué buena idea!... le encantó... Se puso contento... «*Yes! Yes! certainly!...*» ¡y señal a los machacas!... que nos alojaran... que nos instalasen... ¡y mucho mejor que en el salón! nos apresuramos, subimos, ya estábamos en el segundo piso... Una magnífica alcoba con dos camas... No queráis ver... ¡lujo!... ¡seda!...



¡cortinas briscadas!... ¡edredones así de grandes!... doble alfombra... ¡de no creer!... ¡en la misma casa que mi idolatrada!... ¡ah! ¡qué mimo! ¡bajo su propio techo!... ¡mi corazón!... ¡estaba yo soñando! ¡No me lo creía!... ¡Era imposible!... Tocamos... ¡palpamos los dos!... Era de verdad... ¡no un decorado!... y con calefacción, con mimo y con todo... ¡Huy, huy! ¡la hostia! ¡y qué mesa, qué papeo, qué refinamiento! ¡No se burlaban de nosotros precisamente!

«¡Oye», dije, «Sosthène! ¿No te parece que es cosa de la planta mágica?... ¿que ya hemos llegado?... No lo digo en broma...»

Se sentó... ¡No me respondió nada!... Saltó sobre la piltra... muelles perfectos... una lana increíble de blanda... el confort total... ¡Ah! ¡para emocionarse, la verdad! Nos envolvía... Él estaba conmovido, lo vi perfectamente... Se mecía, se inclinaba, distraído... los ojos se le humedecían... soltó una lágrima... Lanzaba miradas hacia la ventana...

«¿Qué te pasa?», le dije... «¿Qué te pasa? ¿No te quejarás aquí?...»

Estaba postrado... Ya no podía más... No le salían las palabras...

«¡Pobrecito mío!... ¡Pobrecito mío!...»

Sollozaba, se consumía.

«¿Qué ocurre, abuelo? ¿qué ocurre?...»

Me inquietaba.

«¡No puedo decírtelo!... ¡No puedo!...»

«¡Que sí!... ¡Que sí! ¡Sí que puedes! ¡Inténtalo!»

«¡Es un callejón sin salida, pobre hijo mío!... ¡Un callejón sin salida!...»

¿Un callejón sin salida?... Fue lo único que le saqué...

«¿Por qué?... ¿Por qué un callejón sin salida?...»

¡Yo quería detalles!...

Estaba hundido, se venía abajo, había perdido toda su cara dura, ¡hecho jirones!... Se quedó ahí, hecho polvo, pensativo... y después el derrame otra vez...

«¡Po... pobre hijo mío!... No... ¡No sabemos adónde vamos!»

¡Vaya una broma! Entonces, se puso a farfullar, llorar, temblar tan fuerte, que sacudía toda la piltra, los montantes y el bastidor, que chirriaba... Era un ataque, una desolación... ¡Ah! ¡estábamos buenos!... ¡Y ya no sabía adónde íbamos! ¡Pues sí! ¡estaba bonito eso!

«Pues, ¡para el Tíbet nos vamos, abuelo!... Pues, ¡para el Tíbet! ¡eso está claro! ... ¡Lo hemos dicho cien veces!... ¡Ahora es de verdad!... ¡en cuanto consigamos la prima! ¡el adelanto, hostias! ¡nos damos el piro!»

Me mostré energético.

«¡Oh! ¡Oh! ¡hijo mío!... ¡Oh! ¡hijo mío!... ¡Si usted supiera!» Sólo podía decir eso... «¡Si usted supiera!...»

«¡Si yo supiera, ¿qué?»

¡Volvió a deshacerse en sentidas lágrimas!... Ya no podía más de pena. Se levantó. Se lanzó a mi cuello... Me abrazó... ¡Me empapó con sus lágrimas!... Yo

me dejé...

«¡Las máscaras!... ¡las má... máscaras, hijo mío!»

¡Ah! ¡vaya! ¡las máscaras! ¡Ése era el quid! ¡ah! ya me lo sospechaba yo... Él gemía... resoplaba... sollozaba...

«Las máscaras, ¿qué?»

«¡No están listas, hijo!... ¡No están listas!»

«Pero ¡lo estarán!...», lo tranquilicé... «Tiene usted aún mucho tiempo!... ¡Más de un mes por delante!...»

¡Resoplaba cada vez más!... No lo había tranquilizado yo... ¡Estábamos guapos! ... ¡Se rajaba!... ¡Adiós mi Tíbet!... Al agua los planes, los misterios... Yo no quería saber nada... ¡Adiós al paripé! ¡Se cagaba por la pata abajo, el asqueroso monigote! ¡Adiós al vuelo!... ¡habría que encontrar otra cosa! Pero ¡los guris iban a abillar con ganas! ¡Lo íbamos a ver!... ¡Lo sentía yo! ¡Y no dentro de un mes! ¡Enseguidita!

«¿Entonces? ¿Qué?»... lo avergoncé... «¿Lo va a dejar completamente?... ¿de qué sirve que llore?... ¡Va usted a ver al coronel! ¡y lo comprenderé, a ese hombre! ¡darle ese palo en pleno currelo! ¡en pleno esfuerzo! ¡y mal asunto con un excéntrico! ¡es capaz de cualquier cosa!... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡menudo! ¡ante la justicia!... ¡pues no se va a quejar ni nada!... ¡Ah! ¡se lo habrá buscado usted! ¡Él no vacilará!»

No le perdonaba yo... lo colocaba ante su infamia...

«¡No sé si podré, Ferdinand!...»

«¿Por qué no?...»

«¡Ponérmela!... pues, ¡ponérmela!...»

Me mostró la máscara en su cabeza. Hizo el gesto, la enormidad... Estaba muerto de miedo, le rechinaban los dientes, era una música... un auténtico ataque le daba, un canguelo... Estaba descompuesto, los ojos le giraban, se le quedaban en blanco, paralizados... volvió a sentarse... ¡Ah! era lastimoso...

«Be... be... be...», me agarró las manos... se ahogaba, entregaba el alma sólo de pensar en los ensayos.

Lo ayudé a echarse en la cama, lo sostuve, le coloqué una gran almohada...

«¡Venga, abuelo! no hay que tirar la toalla... ¡Aún hay tiempo!... ¡Falta un mes!»

Probé, para que no temblara más...

«Aún hay tiempo...», insistí... y después me reí de la máscara con plumas... lo bien que sentaba...

«¿No son buenos esos chismes?... ¿no es buen material? ¿No es un buen descubrimiento?»

Requerí un poco de información... No sabía... pregunté.

«¡Claro que sí!... ¡Claro que sí!... ¡Creo!... Tal vez...»

Poco entusiasta...

Volvió a ser presa del canguis... ¡No estaba convencido, la verdad!... Me preguntó a mí también qué opinaba... ¡Era el colmo!

«¿Te parece estrambótico también a ti el coronel?...»

«¿Estrambótico?... ¿Estrambótico?... ¡Según los días!... ¡Esos inventores siempre son estrambóticos! ¡Si hubieras conocido a Des Pereires<sup>[227]</sup>! ¿Es que no somos estrambóticos nosotros, eh?»

Quería que se riera, que se diese cuenta... que no era tan extraordinario... que veía visiones... la indisposición... que ya se le pasaría... Le dije:

«¡Vamos! ¡Te estás deteriorando!... ya no te reconozco... ¡te estás consumiendo por dentro!... En realidad, ¡no tienes el menor motivo!... Ni siquiera has leído el folleto... Te dejas impresionar por nada... ¡Mira! ¡infórmate primero! ¡mira!»

Le enseñé el papel, la nota... Se la deletreé... la miramos juntos... No había entendido nada por sí solo... Para el inglés era obtuso, la verdad... Estaban bien descritas las condiciones... Estrictas, ¡había que reconocerlo!... «Todos los inventores al mismo tiempo tocados con sus máscaras respectivas, en una única casamata, ¡dos gases, uno tras otro! arsinas<sup>[228]</sup> y después el gas desconocido... el 8 de julio por la mañana, a las nueve horas exactamente, en las fábricas Wickman, Kers and Strong... Upper Betlam Green<sup>[229]</sup>». El día siguiente, otros dos gases más, las mismas pruebas, diez minutos cada uno. Todo ello con control oficial «casamatas herméticas blindadas», así estaba subrayado incluso. Y después los miembros del jurado: un almirante, dos generales, tres ingenieros, dos médicos, tres químicos, un veterinario. De lo más serio, la verdad...

Todo parecía previsto en el programa. La gama de las primas y las recompensas. En caso de asfixia ligera, una pequeña prima de veinticinco libras. En caso de indisposición bastante grave, cuarenta libras *fifty*. En caso de muerte, cien libras para la viuda, treinta para el huérfano... pero el inventor que carburara bien, el triunfo en todas las pruebas, ¡una golosina, que no veas!... ¡la gloria, los millones! ¡la tira!... ¡el encargo enorme inmediato!... ¡Cien mil máscaras al mes!... ¡Ya no haría falta el Tíbet siquiera!... ¡El gordo para parar un tren! ¡Una palma de la hostia!...

Yo intentaba animarlo con eso...

«¡Ah! ¿Ves? ¡Mira! ¡No es moco de pavo!... ¡Para que veas!... ¡Reacciona!»

No lo reanimaba... Seguía muy melancólico, lanzando profundos suspiros... perro apaleado...

«¡Ah! ¡joder!... ¡Eres desalentador!...»

¡Me ponía negro!... yo no necesitaba... ¡llorar así como para partir el corazón!... Me repugnaba... ¿Qué podía yo hacer?... Lo cogí otra vez de los hombros, lo zarandé un poco...

«¿Entonces?... ¿Qué?... ¿No has acabado?...»

Lo arrullaba, que lo zarandeara, lo mecía... Se me quedó traspuesto, volvió a caer al instante, se adormeció... un plomo... tiernamente... Al instante, ¡ya estaba roncando! ¡Me quedé con un palmo de narices!

Me senté enfrente... Lo contemplé... La fatiga se apoderó de mí también... el torpor... Sentía que parpadeaba... Era un cuarto demasiado agradable... ¡hacía días que jalábamos!... que corríamos y corríamos...

¡Ah! ¡el mamón! ¡jelines! ¡tenía que resistir!... ¡Era la oportunidad suprema!... ¡No tenía que fastidiar al coronel! ¡Ah! ¡Le iba a echar yo un sermón! Tenía que escucharme, ¡coño, joder! Me hice el fuerte, me levanté, vacilé... tampoco yo tenía fuerzas ya... ¡Me dolía demasiado el brazo, para empezar!... más luego la cabeza, que estaba doble, enorme... como el plomo pesaba... la cama era demasiado suave, para empezar, demasiado traidora para sentarse... demasiado atractiva... acolchada... conté las flores en la pared, la cretona... en el techo... ¡Me repantigué ahí, como el otro!... al final, me desplomé, volví a caer, no podía más, cedí... Me dolían los ojos demasiado... ¡los párpados!... el casco... ¡sí! ¡la máscara!... ¡y toda la pesca, joder! ... ¡todo!... ¡La gavota de la seda!... todas las cretonas bailoteando por todas las paredes... pastores y pastoras... corderos en derredor... el plumón tan tierno... la espuma... ¡las olas y la espuma!... El otro gilipollas roncando ahí, ¡ah! ¡lo oía yo, la verdad!... esa piltra, un plumón... ¡una nube!... ¡una nube para mis huesos!... pastoras... ¡ya es que tenía los ojos enrojecidos!... había una música, eso seguro... en nosotros los ojos son las brasas... todo azul, era Virginia... pastoras y holgazanas... a mimir con ganas... pues, ¡no!

El día siguiente fue mucho peor aún... Ya es que no quería levantarse... Hacía huelga... No quería volver a subir allá arriba, al desván de los utensilios... No quería volver a verlos en modo alguno, ni las máscaras ni al coronel ni nada... el pánico total... Intenté hacerlo entrar en razón, convencerlo... Hablamos amablemente... ¡Claro que no quería morir! ¡Como todo el mundo!... Sobre todo, asfixiado por los gases... «No es una forma humana...» así mismo dijo... ¡A mí tampoco me habría apetecido!... Ya las heridas no son agradables precisamente, pero, de todos modos, ¡ocurren al aire libre!... no son apestosidades vergonzosas, suplicios humeantes, matarratas... Era como para pensárselo bien... ¡no se podía negar!... hasta un hombre decidido podía pensárselo un poquito... yo comprendía su vacilación... Se podía estar muy chiflado y también conservar las preferencias, no tragar ciertas proezas... Eso de tragar el gas no parecía entusiasmarle... Y, además, las máscaras del coronel no le parecían del todo perfectas... Otro riesgo más... Eran muchas cosas... Lo que sé es que a mí, que estaba bien al corriente de los peligros de la guerra, que había pasado lo mío en la matanza, que conservaba plomo en las alas, que arrastraba, cojitranco, mi zanca, que había sufrido a fuego lento, los gases, pese a todo, sólo de pensarlo, ¡me daban un canguelo!... Comprendía que él vacilara... ¡Yo nunca lo habría probado!... ¡Y eso que no soy cobarde! ¡No quería saber nada con los cuentos del Collogham!... ¡Le había avisado! ¡Nadie podía llamarse a engaño! ¡me conocía a los inventores!... Para empezar, ¡no me pedían nada! Sólo tenía que hacer sus gestiones, sus recados, el trajín en la ciudad... ¡Yo no iba a recibir nada tampoco! ... ¡Él era el que se iba a ver forrado en oro en el momento final!... ¡Si se libraba!... ¡Eso estaba más claro que el agua!... ¡Si salía sano y salvo! ¡Yo sólo llegaba al segundo acto, para la caravana del Tíbet!... la caza de la flor esa, ¡el asunto de la magia Tara-Tohé!... Figuraos el programa... No debía irse al carajo, ¡eso sí que no!

... Tenía que resistir nuestro patán... Entretanto, yo estaba a la expectativa... Me apalancaba un poco... ¡Ya era hora de que me tocara!...

«Se escaqueó usted de la chingaripén, querido Sosthène», le comentaba yo... «¡Ahora le tocan a usted las proezas, mi querido profesor! ¡A usted le toca salvar a Inglaterra! ¡a Francia! ¡a los Estados Unidos! ¡Complazca, pues, a su coronel! Es amable con usted... ¡Lo trata de igual a igual!...»

Le hablé del mío, de mi coronel... Des Entrayes, el famoso centauro... ¡Menudo si lo había complacido yo!... en el 14.º Coraceros, ¡sangre y alma!... ¡Si lo había seguido por doquier!... ¡hasta la mui de los cañones!... ¡ni un segundo había vacilado!... ¡ya podía hacer él otro tanto!... ¡en la guerra hacen falta héroes!... ¡se había reenganchado, en una palabra, en el cuerpo científico de las máscaras de gas! ¡No lo sospechaba él! Yo se lo hacía apreciar bien...

Pero no le hacía reír, mi vena chistosa, se ponía ceñudo, sombrío y solapado, me diquelaba atravesado, terco, avieso, rezongón... No quería más trajín... Que nada se moviera ya a su alrededor... El caso se estaba volviendo de lo más trágico... ¡Como se declarara en huelga de verdad!... ¡Yo tenía los huevos por corbata!... Lo miraba ahí, desde la piltra, me había instalado justo al lado... ¿No me habría equivocado tal vez un poco?... ¿No habría exagerado un poco?... sobre todo así, ¡justo al despertar! ... estando aún todo legañoso... tal vez no lo hubiera despertado a derechas... Me hacía reproches a mí mismo... Entonces llamaron... el ayuda de cámara... el *breakfast* completo... ¡Entre, amigo!... pilas de pasteles, platillos llenos, tipo Saboya, bambas, mermeladas, emparedados, huevos pasados por agua... ¡Ah! eso lo entonó, al abuelo, ¡le chispearon los ojos de pronto!... Se le hizo la boca agua... ¡hasta babeaba burbujas de verlo!... ¡semejantes golosinas abundantes!... ¡Olvidó toda su pena!... Quería toda la bandeja sobre su cama... Se precipitó sobre las rebanadas... parecía que no hubiera cenado... Se las hacía maravillosas, con mantequilla y mermelada triple... Se puso perdido, lógicamente, los morros y las sábanas, ¡unos modales asquerosos!... se lo comenté... Los domésticos nos iban a despreciar... ¡Eso le hizo reír, al glotón!... Estaba contento de atracarse tal cual... gozaba... saltaba, se agitaba, ¡de lo bueno que estaba!... ¡delicioso!... ¡Con ello le volvieron las ideas!... Le vinieron la tira a la vez... ¡Ah! se palpaba la chola... ¡Listo!

«¡Oiga! ¡Joven!... ¡Joven!...», me llamó... «¡Una luminosa!... ¡Una luminosa!... ¡Un auténtico relámpago! ayúdeme... ¡Ah, ya! ¡Ya sé!... ¡dónde se encuentra!...»

«Dónde se encuentra, ¿qué?...»

Pero ¡caramba! ¡Ah! ¡joder! ¡ah! ¡ya no sabía!... Se le había ido la idea... ¡Qué desgracia!...

«¡No! ¡No! ¡No! ¡Hombre! ¡Sí! ¡Sí!... ¡En la maleta grande!... ¡No! ¡en la cómoda! ¡bajo el tocador de mi mujer!...»

Cambió de opinión otra vez... ¡Ah! era cenagoso su sistema... ¡Ah! no era fija la visión... Se quedó atónito... Jadeaba, resoplaba... era desgarrador, lo más trágico posible, cómo se debatía... los esfuerzos que hacía... Intentaba repasar... ¡Se

estrujaba la chola con ganas!... Era un auténtico sufrimiento... Yo no entendía qué buscaba...

«¡El Vega, claro!... El Vega de las Estancias...» ¡Ah! ¡estaba yo perdido!... «¡Vamos, tunante!... ¡Se quedó en Rotherhite!... ¿No lo recuerda? ¡En casa de Pépé, hombre! ¡El libro voluminoso!... ¿Es que no comprende nada?... ¿No lo vio?...»

¡Ah! ¿era eso el drama?... ¡Huy, la leche!... ¡Ya empezaba a decir gilipolleces otra vez!... De nuevo presa de la pasión a propósito de Vega... los hindúes... las posibilidades que nos brindaba... que si éramos imperdonables... Me cubría la cabeza de perdigones de saliva, de lo transportado que se sentía... ardía por recuperar su Vega...

«¡Vamos!... ¡Vamos! ¡despierte!...» Ahora era él quien me zarandeaba... «¡El libro de los signos! ¡Vega, joven!...»

Al exaltarse, me insultaba...

«¡Atolondrado! ¡cernícalo! ¡dése cuenta!... ¡No resistiríamos ni dos minutos con los gases asfixiantes!...»

¿Resistiríamos? ¿Nosotros?... ¿Por qué nosotros?... ¡Los gases eran para él!

«¡Yo, no! ¡yo ni un segundo! ¿me oye? ni un segundo, ¡eh! ¡abuelo!»

Lo vi palidecer... sólo de mencionar los gases una vez más era presa del miedo otra vez...

«¡Se muere usted de miedo, Sosthène!...»

¡De eso sí que estaba yo seguro!

¡Ah! ¡miedo! ¡Ah! ¡desgraciado!... ¡Cómo podía decir semejante cosa!... ¡Estaba que bramaba!

«Y del cianuro, ¿qué me dice?... ¿y las arsinas?... ¿y los arsoles?...»

Rabioso con ganas, se había puesto... ¡por mi inocente observación!... ¡Ah! ¡se conocía él las variedades!... todos los terrores de la atmósfera... las pesadillas gaseosas...

«¡Y los peroles!...», continuó... «¡y los xylenos!...»

¡Prosiguió así un cuarto de hora!... Me enumeró los mil suplicios... todo lo que se puede aspirar para palmarla... Ciertamente se trataba de un surtido espantoso. Me reí, no lo pude evitar, me sentía como un gilipollas... Él exageraba... yo le quemaba la sangre, me habría machacado...

«¡Sus tripas, así, mire!...» me las mostró... «¡Mire! ¡sus malditas tripas!...»

La había tomado conmigo, personalmente... ¡Ratoncillo!... ¡Cucaracha asquerosa!... Aplastaba trozos de chicharrones ahí, en la gran fuente...

«¡Sus ojos!... ¡sus bonitos ojos tiernos!...»

Me los mostró infectados... como peladillas... convertidos en cagarrutas por el efecto de los gases...

«La palmará usted con ellos... ¡ahumado!...»

Quería cortarme el apetito... ¡Ah! me cachondeé igual... Nunca me metería miedo...

«Entonces, ¿se acabó, querido Sosthène?... ¿Caput? ¿Caput?...»

Me burlaba de él...

«*Finish? Finish?*»

¡Ah! se reconcilió... ¿por quién lo tomaba por casualidad? ¿un cobarde él?...

¡Ah! ¡que no se me ocurriese siquiera! ¡pues vaya!... Se irritó... ¡Basta de lágrimas! ... ¡Basta de jeremiadas!... ¡El lastimoso era yo, el muerto de miedo!... ¡Yo el digno de piedad!... Forcejeaba... ¡Iba a levantarme la moral!...

«¡Ah! ¡tiparraco mamarracho! ¿Tiene usted fe?», me preguntó.

«¿Fe en qué?»

¿Qué quería decir? Suspiró, luego se encogió de hombros...

«¡Ah! ¡si hubiera usted acudido antes!...» ¡Ah! cómo lamentaba... «¡Habría tenido tiempo de aprender!... de deletrear un poquito... ¡de!... ¡le!... ¡trear!...»

«¿Deletrear?... ¿Deletrear?...» ¿qué estaba inventando? ¿Qué más iba a buscarme?...

«¡Antes estuve en el hospital, señor de Sosthène!... ¡para curarme mis pobres heridas! Antes de la guerra era un muchacho... ¡si no le importa!... en el comercio de las sederías... por veinticinco, treinta y cinco francos al mes... y después cabo en el 16.º, ¡para servirlo!... ¡Señor Gachó!... ¡Nunca tuve necesidad de deletrear!...»

«¡Vamos! ¡Vamos!... ¡Exuberancia!»

Lo irritaba otra vez... Le parecía mal educado... Ponía cara larga... ¡Ah! cara larga, ¡un momento!... ¡querido!... ¡Ah! ¡no me gustaba la cara larga ahí! ¡Ese payaso asqueroso!...

«¡Ya puede poner la cara que quiera!... ¡Desde luego!... Se lo repetiré igual!... ¡No debe caberle la menor duda!... ¡Es usted, señor Mermelada, quien se encarga de los experimentos!... ¡No yo!... ¡Yo, no!... Se lo repito... Yo estoy fuera de concurso, ¡recuérdelo bien!... ¡Déjese de historias!... ¡Se lo he dicho mil veces!... ¡Con Vega o sin Vega, con fe o sin ella!... ¡Monín! ¿Me oye bien? ¡Yo no miento a nadie!... ¡No se haga ilusiones!...»

Más claro, ¡el agua!...

«¡Está usted insoportable!», me respondió. «¡Está enamorado!»

¡Así me lo soltó ahí! ¡zas!

«¡Ah! ¡viejo gilipollas! ¿y qué más?»

«¡La pasión vuelve al hombre insoportable!»

«¡Enamorado y una leche! ¡tontaina!... ¡No es asunto suyo!»

¡Lo hice volver en seguida al tema!

«¡Estoy contratado para el viaje, la búsqueda del tesoro chino! ¡y basta! ¡y no para otra cosa! ¡y no para sus indiscreciones!... No me importa montar sus pencos, empaquetar sus trastos, cabalgar, correr todos los riesgos... pero ¡aspirar sus cochinadas, no!... Ya me han operado cuatro veces, ¡no quiero que me vuelvan a dormir!... no valgo para los experimentos...»

Me miró de arriba abajo... ¡estaba desolado, la verdad!... le hablé con firmeza...

Lo induje un poco más a sus mentiras...

«¿Y su *Vega*? ¿qué leche hacemos con él?...»

Me cogió las manos...

«¿Es usted mi amigo?...»

Vuelta a empezar con eso...

«Pero ¡bueno! Pues, ¡claro que sí, Sosthène!...»

«¿Puedo de verdad confiarme a usted?...»

«¡Ah! ¡eso por descontado!...»

Me estrechó las bas con más fuerza aún, me las masajeaba, me las poseía, temblaba...

«¡Hijo mío!... ¡Ni un minuto!... ¡Apresúrese! ¡lléguese rápido!»

Ya estaba... ¡me ordenaba! ¡me iba a hacer correr!

«¡Vuelva a Rotherhite, ¡se lo ruego! ¡se lo suplico! ¡Registre por todos lados! ¡Sacuda a Pépé para que lo encuentre!... ¡Ponga todo patas arriba, si es necesario!... ¡No vuelva sin el *Vega*! ¡Sin el *Vega* ya no hay esperanza!»

Lo dejaba tan sin aliento, que jadeaba... ¡era trágico!... Me despachaba... ¡*Vega* o la muerte! ¡todo se hundía!

«No voy con usted», se disculpó, «no puedo abandonar al coronel... ¿Me comprende?»

«¡Oh! desde luego, cae por su peso...»

Me miró profundo a los ojos... ¡Me hizo un truco como de hipnosis para enviarme al recado!... ¡Ah! ¡el rastacuero! Recalcaba con insistencia las palabras...

«¡Búsquelo bien, el *Vega*!... ¡Lo! ¡en! ¡con! ¡tra! ¡rá!...»

*Vega de las Estancias*... ¡Sobre todo el de las estancias!»

¡Ah! Y, después, ¡al instante rompió a reír a carcajadas! ¡se burlaba de sí mismo! ¡Oh! ¡huy, huy! se golpeaba el pecho, la cabeza, ¡su pobre cabeza!...

«¡Dónde tenía la cabeza, muchacho!»

¡Ah! ¡se consideraba imperdonable!

«¡Vamos! ¡rápido! ¡apresúrese!»

Presa del jadeo aún, me susurró, además...

«¡No se entretenga!... ¡Bese a la Pépé de mi parte! ¡La amo!... ¡la adoro!... Ella lo sabe... ¡Ah! pero ¡la dirección, no! ¡sobre todo la dirección, no!... ¡Estaría aquí al cabo de cinco minutos!»

«¿Y el Nelson? ¿Nelson?...»

¡Ah! le crispaba los nervios con mi Nelson...

«Pero ¡despáblese, la hostia puta! ¡me harta usted con su Nelson!... ¡Bastantes preocupaciones tengo!...»

Él podía hablar, el mamón, ¡no lo conocía a ¡Poëp! ¡Poëp! ¡Lo tenía fácil! Para empezar, ¡todo eso era un camelo!... Se estaba quedando conmigo, el Sr. Mermelada... Me olía yo su paripé... ¡Ya puede charlar, querido abuelo!... ¡El menda no se chupa el dedo, embrollón! ¡Ya verá usted lo que es bueno! Yo no



chistaba, mantenía la seriedad... y solícito incluso...

«¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Corro! ¡vuelo!... ¡Todo se hará exactamente, señor de la China!»

¡Me vestí en un dos por tres! ¡Ya estaba! ¡Le parecí de lo más diligente de pronto! ¡irreconocible! ¡Ah! teníamos que apresurarnos de cuatro en cuatro... lo arrastré... Tropezamos con el coronel, salía precisamente de su *breakfast*, alegre, silbando, andaba feliz... iba muy cómodo, abrigado, bata con grandes cuadros rameados, un auténtico pollito... regordete, perfumado, sus ojillos de cerdito muy ágiles... Nos miró de arriba abajo burlón... seguíamos divirtiéndole... Iba bien lavado, rosado, sonriente... Le brillaba el cráneo...

«*Hello! Hello! Gentlemen! Good day! Glorious weather!*»

De excelente talante... Era cierto, hacía un tiempo espléndido. Dicho eso, dio media vuelta... nos dejó... subió muy digno escalón a escalón...

Justo entonces Sosthène reaccionó terrible.

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡querido hijo mío!... ¡Apresúrese! ¡se lo ruego!...»

«¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡mi querido maestro!...»

¡Ah! yo pensaba en la pequeña... me habría gustado decirle unas palabras... una simple despedida... ¡Ni hablar! ¡él no quería!... me apremió... me insultó, ¡vuelta a empezar! ¡Sobre todo que no me entretuviera por el camino!... ¡que trajese el libro pitando! ¡ah! ¡el maldito *Vega*!

«¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Señor Sosthène!»

¡Que me dejara en paz! ¡Salí de naja! Encontré el tranvía, ¡pasaba por ahí precisamente!... ¡*Blop! ¡Blop! ¡Blop!* ¡Un traqueteo!... se bamboleaba... ¡Ya estaba! ¡Rotherhite! ¡Todo el mundo se apeó!... La casa... ¡subí! ¡llamé! ¿Volvería a ser complicado? ¡No! ¡me abrieron! Era ella en persona...

«¡Ah! ¡Buenos días, joven! ¡Ah! ¿otra vez usted?...»

Con frialdad.

«Pues sí, soy yo, señora Sosthène. Su marido le manda recados, muchos besos... ¡dice que esté tranquila!... Aquí tiene quince chelines para la semana... ¡Procure no gastarlos!... ¡no se porte como una atolondrada!... Ésas son sus recomendaciones... y, además, que no ande con Achille, el que está encerrado... ¡Su marido subirá un día de éstos!... Vendrá a recogerse... Está de lo más ocupado... ¡Ah! y, además, el *Vega*, ¡el *Vega de las Estancias*! ¡He venido sobre todo por eso! ¡Tengo que llevárselo en seguida!»

Lo recité todo de un tirón...

«¡Ah! ¡habráse visto payaso!... ¡Ah! ¡el viejo cerdo!»

Vi que cambiaba de cara...

«¡Espere un momento! ¡Ah! ¡conque ése es su recado! ¡Ah! ¡menudo punto está usted hecho! usted también... ¡golfillo asqueroso!... ¡Puede estar orgulloso!... ¡Venir a desvalijar a una mujer sola!... ¡Vaya un trabajo, el suyo!... ¡tan cobarde como ese malvado!... ¡y usted lo ayuda, pilluelo! ¡Ah! ¡ya pueden aliarse!... ¡Los dos contra

una débil mujer!... ¡Ah! ¡me abandona, el ladrón!... ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Espera un poco! ¡Bandido! ¡Ya lo creo! *Thief!* ¡Estafador! ¡Maníaco! ¡Sátiro! ¡Golfante! ¡Me lo ha robado todo! ¡Charlatán!... ¡Mi juventud!... ¡mi vida!...»

Todos los cabellos revueltos sobre la nariz. Me lanzaba perdigones de saliva, como el otro, su payaso. Eran intensos los dos, cuando explicaban... Ella, además, con el acento del sur muy marcado.

«Pero ¡no acaba ahí la cosa, lechuguino!... ¡Quiere hacerme perecer de miseria, como una rata!... ¡de miseria en esta asquerosa quel! ¿Quiere verme en el arroyo? ¡Ah! ¡el payaso paleta!... pero ¡se ha acabado eso de que me estrangule!... Se lo anuncio yo, usted no lo sabe, ¡lleva veinticinco años estrangulándome!... ¡El animal se revela al final! ¿me oye? ¡se rebela! ¡Basta! ¡Basta!... ¡estoy libre!...»

¡Menudo patatraca!... Llegaba oportuno yo... Se contorsionaba, se retorció los brazos... quería convencerme para que conviniese con ella... ¡sacudía su cabellera de leona!... Yo intentaba hacerla ir al grano... quería marcharme.

«Es por el *Vega de las Estancias*...» aventuré...

«¡*Vega!*... ¡*Vega!* ¡*Vega*, a la mierda!...»

Así me replicó... Estaba irritada al máximo... ardía... ¡no me dejaba marchar!

«¡Ah! ¡me considera *finish*, el viejo cornudo!... ¡el pavo! *turkey!* ¡viejo imbécil! Dígame que su Pépé... ¡su Pépé está rehaciendo su vida! ¡y también las maletas! ¡Para que se entere, el andaba! *New life!* ¡Vuelve a empezar de cero! ¡Sí! ¡Vuelve a empezar!... ¡y sin los cadáveres! ¡ni él! ¡ni Achille! ¡Eh! ¿oyes?»

¡Se lo podía llevar el Achille! Lanzó un suspiro tremendo, ¡con los dos brazos al cielo! ¡Cómo se reía! ¡a carcajadas! ¡ah! ¡qué liberación! ¡Qué minuto! ¡Qué feliz estaba! ¡Una alegría! ¡Qué dicha!... ¡La vida nueva! ¡Vale! Me alegré por ella... «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!» Me cachondeé también... no era mala persona, después de todo... no le llevé la contraria... dije: «¡Sí! ¡Sí!...», le gustó... me dejó entrar en la leonera... ¡Ah! iba a buscar mi libro, ¡rápido! ¡rápido! ¡y después me las piraría!

«¡El libro! ¡El libro! ¡Ah, chiquillo, otra vez te vuelve a atormentar! ¡Escúchame, primero! ¡Escúchame! Un tirano es, ¿me oyes bien? ¡Un tirano! ¡Díselo a todo el mundo!»

¡Vuelta a empezar con Sosthène!

¡Ah! pero ¡se había acabado, acabado del todo! ¡uf! ¡y uf! Resoplaba, una foca, volvía a convulsionarse, ¡se separaba de los vínculos detestados!... Me lo remedaba todo, me lo mostraba bien claro... Yo no le hice comentario alguno, no dije ni palabra... Le irritaba que yo no respondiera nada.

¡Ah! iba a buscarme mi libro, ¡ya que tanto me interesaba! ¡Después podríamos charlar!... Llamó al chaval del fondo... que la ayudara un poquito... ahí acudió... era el chiquillo de la leche... el de la otra vez, el recaderito... había vuelto... ¡era una devoradora, la Pépé!... estaba bastante violento, el amorcito... en el fondo de la cocina... ella se recogió la bata bastante arriba, no quería ensuciarse... ¡había que remover la leonera!... estaba tapado el *Vega*, el libro mágico, según me dijo, bajo las

maletas mayores... apenas tocábamos, movíamos, un huracán de porquerías... ya es que no nos veíamos, removíamos a tientas... Un cofre que volcaba y después cestos de mimbre... había que abrir el tragaluz... todo se derrumbaba, se desparramaba, estaba lleno de chismes, accesorios, y, además, fardas, túnicas chinas como la del pureta, piezas espléndidas, estolas... todos los colores y todas las clases... Valían una pasta gansa... El chavea tosía, escupía, se reía... Conque se impuso la broma... se ganó un intenso morreo... Había vuelto el buen humor... ¡Ah! ¡ahora sí que todos juntos! y ¡Oh! ¡aúpa!... ¡Cero!... ¿No era ése? ¿ese paquete, ahí, con la cuerda que veía ella?... ¡No, ése tampoco! ¡Joder, a liquidar! «*Fix your price!* elijan, ¡se subasta! ¡por nada! ¡Toda una vida de balde! Niño, ¡ve a abrir la ventana!» ¡Pépé ofrecía todo! lo gritaba... se reía histérica... ¡liquidación, señores, que nos vamos!... Había que volcar otro cofre... ¡*Vlauf!* ¡a punto estuvo de molernos las piernas! Yo me preguntaba si no estaría burlándose.

«Señora», aventuré, «señora, ¿está segura de que está en ese rincón?»

«¡Ah! ¡rincón! ¡rincón! ¡ese rincón! ¿Voy a saberlo yo? ¿Tiene prisa el señor?»

«¡No soy yo quien tiene prisa! ¡es Sosthène!»

«¡Ah! ¡tiene prisa, el coyote asqueroso! ¡ah! ¡le voy a dar yo para el pelo! ¿prisa? ¿prisa? ¡y yo, hombre! ¡treinta años llevo yo esperándolo! ¡Hará como los demás, ese imbécil! ¡Espera un poquito! ¡Prisa, eh!»

Le había despertado la cólera... las piaba entre sus baúles, silbaba... Después se hartó de buscar... Estaba de rodillas y se levantó para decirme mejor todo lo que pensaba del Sosthène, cara a cara...

«¿Me oye? ¡Un vampiro! ¡Eso es lo que es, ese calzonazos!»

La indignación la asfixiaba otra vez... después volvió a atrapar al chaval al vuelo y ¡*mua!* ¡*mua!* ¡*mua!* por toda la jeró... era un temperamento fogoso y ardiente... Ya estaban haciéndose cosquillas otra vez...

Miré en derredor, miré la queli... había más desbarajuste el otro día... vi que habían desaparecido cosas...

«Entonces, ¿nos mudamos, señora?»

¿Por qué me metía donde no me llamaban?

Soltó en seguida la réplica.

«Y a usted, ¡hermoso! ¿Le pregunto yo por su color? ¡Todo lo quiere saber! ¿Dónde está su domicilio, eh? ¿su nidito?»

Yo no podía responder.

«¡Rabia! ¡Chincha! ¡Rabia!...»

Me puso furioso...

«¡Ah! ¡Señora! ¡se lo ruego! ¡Entrégueme el libro y me largo! ¡me quito de en medio!»

«¡Lo está esperando, eh, ese voraz! ¿Se quema la sangre? ¿Se reconcome? el caníbal...» Se tronchaba de risa... «¡Ah! ¡el cerdo asqueroso! ¿Es que no le da a usted vergüenza?... ¿Venir a contarme eso a mí?... ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Es increíble!

¡No puede usted ser tan tonto, joven! ¡Más que mandado a hacer de encargo! ¿Eh?... ¡Venga a verme dentro de un ratito!»

Fue ella la que se me acercó... Vino a rozarse conmigo, me hacía mimos...

«¡Vente con nosotros!...», me invitó, con mirada pillina y con la pechera... me enseñaba sus dos grandes pezones muy negros... a propósito...

«¡Ah! ¡las pipas! ¡Señora!», ¡reclamé! Lo recordé, cierto, de repente...

«¡Burro!», me replicó brutal.

La había molestado... la asqueaba con mis lentitudes... Mecía la cabeza...

«Pero ¡si es que te va a hechizar, chico! ¡No se nota que hayas vuelto de la guerra! ¡Eres gilipollas como un perro! ¡Aún no lo conoces!... Te hará perderlo todo, ¿me oyes?... tus años... ¡tu vida!... ¡Te dará por culo, mira! ¡Te saqueará!... ¡Ya ves cómo es tu profesor! ¡Ah! ¡allá tú!...»

Estaba celosa, en una palabra.

«¡Ah! pero ¡yo ya no! ya no, ¿me oyes? ¡Ah! la vida, ¡mis amores! ¡La vida!...»

Entonces me agarró y también al otro, ¡al chavalín! nos morreó, nos hizo mimos... quería acariciarnos a los dos al tiempo... y después se puso a gemir otra vez...

«¡Una esclava! ¿me oyes? ¡una esclava!... ¡su capricho! me pegó, ¡me molió!»

No salía de su asombro, se restregaba los ojos estupefacta de estar todavía ahí... ¡después de aquellos tormentos infernales! ¡como escapada de otro mundo!... ¡de una pesadilla venía!... ¡pesadilla de Sosthène!... ¡ah! era demasiado pensar en todo aquello... ¡en todo lo que había podido soportar!... unos llantos terribles otra vez, que le dejaban embadurnada toda la cara... el rimel se corría y el carmín... una papilla demasiado trágica... me iba a ir, no podía más... me agarró, me volvió a morrear y morrear y al chaval también...

«¡Vamos! ¡ya que tanto te interesa!»

Iba a buscar otra vez... ¡Oh! ¡aúpa! nos pusimos a ello los tres... ¡Aún le quedaban muchos baúles! ¡No habían trasladado todo!

«¿Quién le hace la mudanza? ¿Se lo lleva todo?»

Volví a hacerle mi pregunta.

«¡Ya veremos!»

¡Nada de confidencias!

Había que despejar... encontraríamos mejor... conque arrastramos lo más voluminoso hasta el pasillo, los baúles sobre el gran sofá...

«Entonces, ¿no volverá nunca más, señora?»

«¡Ah! ¿qué quiere usted? ¿que me encuentre en el arroyo? ¿no me he sacrificado bastante? ¿no he perdido bastante los colores? ¿que me vuelva, como Achille, su momia? ¡Eso es lo que quiere él! ¡Achille Norbert! ¡eso es lo que necesita Sosthène! ¡Es un monstruo, claro está! ¿Acaso no lo sabe usted? ¡El egoísmo! ¡Granuja típico! ... ¡Todo para su capricho!... ¡Claro que quiere asesinarme!... se muere de ganas... ¡Ah! pero, mire usted, ¡se equivoca! No deje de decírselo... ¡Se acabó! *finish!*...»

*Finish!* ¡Pépe se marcha esta noche! ¡es libre! ¡la hija del aire! ¿Verdad, mi amor?  
*Deary! Deary!...*»

Volvió a agarrar al chaval... Lo abrazó, lo lamió, lo mordisqueó... los baúles se quedaron muertos de risa...

¡Ah! ¡qué gilipuetas!

«Bueno, entonces, ¡busco yo mismo!...»

Me lancé al montón, levanté las tapas... ¡agité volcanes de polvo!... estornudé... me asfixiaba...

«¡No está ahí!... ¡No está ahí!...»

¡Me chinchaba, la idiota! Se cachondeaba de que hurgara en vano...

«¡No sabrá dónde lo he puesto! ¡Chincha! ¡Rabia! ¡Chincha!...»

«¿Y las pipas, zorra?», le reclamé...

«¡Ah! ¡las pipas!... ¡las pipas! ¡ah! ¡vaya!...»

¡Era aún más gracioso lo de las pipas!... Se cachondeaban de mí los dos...

Entonces, ¡me empeñé! ¡Quería el voluminoso libro!

Eso le inspiró una idea de mala leche...

«Me lo guardo el libro, ¡no lo conseguirás!... Quiere tenerlo, ¡eh! ¡tu jesuita!  
¡Quiere desvalijarme completamente! ¡Ah! ¡la sanguijuela! Bueno, pues, ¡una mierda, hombre! ¡Prefiero morir! ¡Cuando pienso en todo lo que me ha arruinado!  
¡Ah! ¡huy, huy! ¡nunca lo creerías! ¡El chaval! ¡el chaval! mira, ¡por su cabeza!...»

Me juraba por la cabeza inocente...

«¡Es un ladrón de almas, tu manús! ¡un ladrón de almas! Se lo puedes decir de mi parte... ¡Que yo sería maharají hoy! maharají, ¿me oyes bien? era mi porvenir... ¿No sabes lo que es una maharají? es más que princesa, ¡es como una reina!... Si hubiera sido menos zoquete, ¡si no hubiese escuchado a ese asqueroso chorra! ¡ese payaso! ¡ese cobarde! ¡ese papamoscas! Desde luego, ¡de nada sirven los remordimientos!...»

Dejó caer los brazos... se daba cuenta...

«Pero ¡escúchame, de todos modos, chaval!», volvía a ser presa de la cólera...  
«¡Me casaba con él, oficial! ¡los notarios! ¡el palacio! ¡Todo! ¡que no se le ocurra decirte lo contrario, a tu vampiro, allá!... ¡Es verdad todo! ¡Maharají, su mujer, sería! El maharajá... ¡Me hacía mi templo en lapislázuli! ¡en jade, si hubiera querido yo!... ¡Ya me lo había encargado! ¡Ah! ¿eh? te asombra... ¡Sosthène! ¡Sosthène! ¡hostias!»

Volvió a arder de cólera... ¡Se precipitó otra vez sobre el chaval en trance y pena! ... Lloró sobre él, lo abrazó, lo magreó... Tenía una furia tierna.

«¿Quién se lleva lo de tu queli?»

Volví a hacerle mi pregunta.

«¡Nelson! ¿Estás contento?»

Me sacó la lengua. Era extraordinario... Ya me lo sospechaba yo... De todos modos, se había dado prisa... conque, ¡ya de la familia!...

«¡No va a tardar en volver! ¡Ya puedes darte el piro!»

No me retenían.

«¡Espera!», dije... «¡espera un poco! primero tengo que encontrar mi libro... vais a llevároslo, ¡estoy seguro!»

¡Ah! lo que disfruté entonces... me dejó hurgar solito... ni siquiera quería que me ayudara el chaval...

«¡Kss! ¡Kss! ¡Kss!» me decían.

Se puso a cantar una cancioncilla para burlarse de mí.

«¡Buenitas! ¡Buenitas<sup>[230]</sup>! ¡Yupi! ¡Ji! ¡Ji!»

¡Y cómo me culebreaba con el culo! bámbula tra la la... se jalaba los mechones de tanto cachondearse... Yo no hacía caso, hurgaba... transbaulaba los bultos...

«¿No está ahí dentro, señora?»

Hablaba en serio. Tenía que vaciar ahora el baúl más grande...

«¡Pss! ¡Pss! ¡Pss!...»

Me hacía de rabiar.

«¡Chincha! ¡Rabia! ¡Chincha!»

Tenía que dejarme vendar los ojos... entonces me diría frío o caliente... si no, no me iba a ayudar nada... un capricho, una fantasía... ¡Ah! entonces al chaval, de pronto, menudo cómo le divertí... una chiquilla también ella... ya estaba yo a tientas... ¡Ah! ¡qué gracioso estaba! Tropecé... «¿Ésa? ¿Ésa?», pregunté... me lancé al montón... volqué todo, revolví... me caí sobre los pies... «¡No! ¡No! ¡No!» ¡frío, frío!... Volví a revolver los trastos abrazados... así, a ciegas... me daba en la chola con la tira de accesorios... ¡y hojas de rosas! ¡levantaba nubes!... ¡Menuda risa!... Ya estaba harto, ¡iba a machacarlo todo! ¡Tres cestos de un golpe volqué!

«¡Ah! ¡caliente! ¡caliente!», chilló ella.

Me quité la venda, miré, no era nada... un cesto como los otros... estaba atado con cuerdas, lo desaté, lo levanté... había un maniquí dentro...

«¿Es esto?»

Unas carcajadas, ¡se tronchaban los cretinos!

«¡Ah! ¡qué gracioso! Bueno, ¿qué? ¡no es el libro precisamente!...»

Miré, toqué, era un esqueleto, huesos, manos, calavera, y vestido de gala, como marqués de la corte.

«Bueno, ¿qué?», dije. «A ver, ¿qué?»

¡Ah! ¡los muy gilipollas! ¡tenía una gracia! ¡Me cachondeé igual que ellos, mira tú! ¡Jua! ¡jua! ¡jua! ¡Ah! ¡qué pillos! ¡ah! ¡una malicia! En la tapa había algo escrito... en rojo... un cartel... me agaché... «Achille Norbert»... ¡Ah! ¡caí! ¡Ah! pero ¡claro! ¡Qué astucia! ¡ah! ¡menudo! ¡qué agudeza! Me cachondeé con ellos... ¡Jua! ¡jua! ¡jua! ¡como ellos! ¡ah! ¡era extraordinario! ¡Ah! ¡qué zangolotinos más majos!

«O sea», fui y dije, «¡un fiambre con sus medias, zapatos y todo! ¿habéis visto eso alguna vez?»

¡Ah! ¡me daban pena!

«¡Es tan divertido! ¡tan asombroso! ¡No necesitáis gran cosa!»

Cierto es que estaba cuidado, zapatos lustrados, faltaba más, calzón de raso carmesí, traje con vueltas plateadas... bucles dorados, piedras finas... ¡de punta en blanco! tahalí azul, espada de gala... chaleco con florecillas... ¡Ah! ¡ah! ella me miró, la había molestado yo, no me había caído de culo... ¡ya he visto cadáveres yo, tía tonta! ¿Es que te crees que acabo de caerme del árbol?

«Entonces, ¿es el abuelo de Sosthène?»

Sosthène me había hablado bastante de él...

«¡No muerde! ¿Eh? ¡no muerde!»

Quería hacerse la interesante otra vez... ¡para despistar!... ¡Ah! ¡qué camelistilla!

...

«¡Claro que no muerde! ¡Claro que no! La prueba es que me lo voy a llevar. ¡Es de Sosthène, este fiambre!»

¡Ah! ¡Ahí sí que la jodí! volvió a saltar, ¡se negó en redondo! ¡no quería desprenderse de su fantoche!

«¡No te lo llevarás, patán!...» ¡Se cabreó como una mona! «O sea, ¡que te quieres quedar con todo! Pero, oye, ¡que lo pagué bastante caro! ¡Será pirata, el chavea! ¡Es peor aún que su baranda! ¡Hale! ¡largo de aquí!»

«¿Adónde te lo vas a llevar?»

Me puse curioso a propósito, para fastidiarla.

«¡Eso no es asunto tuyo, maleducado!»

«Pero, bueno, ¡si es de Sosthène! ¡es que es su abuelo! ¡tengo que llevárselo! ¡ah! ¡desde luego! ¡eso por descontado!»

No me cachondeaba, ¡estaba seguro de mí mismo!

De repente, se puso por medio, me tiró de los faldones, se me aferró, ya no quería que tocara nada... yo la puse verde, la mandé a paseo, al diablo... ¡Cómo las pió! ¡Echaba chispas! bueno, pues, ¡yo me empeñé cosa mala! ¡Quería yo su marioneta, su osamenta, la cabeza y los huesos! ¡tricornio! ¡y penacho! ¡ah! ¡todo quería yo! ¡sin faltar nada!... Su bastón, faltaría más... ¡fino y alto y con pomo! ¡Todo el espantajo! ¡Los dedos de hueso atados al pomo por el aire! ¡Obra de artesanía!

«¡No me iré sin mi Achille!»

Lo anuncié bien fuerte. ¡Íbamos a pelearnos! Se había quedado de piedra, la nena, no lo podía creer...

«¡Es una pieza hermosa, la verdad, señora! ¡Una pieza de aúpa!»

Me estaba divirtiendo. Le indiqué los dientecillos...

«¡No todos son así, qué caramba! ¡ah! ¡yo entiendo de cadáveres! ¡He visto centenares yo! ¡millares! ¡Soy un aficionado! ¡Achille es cosa seria, la verdad! ¡es cosa seria! Se ve en seguida... ¡es un personaje!... ¡Qué hermoso está con sus ojazos! ¡diquélemelo un poquito!»

Unos agujeros enormes, exacto. Auténticas simas en lugar de ojos... ¡y las osamentas nada sucias! todas relucientes incluso... bajo el tricornio, el cráneo brillante... un poco como el del coronel, pero amarillo, limón claro... los bordados

estaban comidos por las polillas... pero eso tenía arreglo...

«¡Ah! ¡menos mal que he llegado a tiempo! ¡cuando pienso que iba usted a regalarlo!...»

¡Ah! me estaba dando prisa... la cuerda... rápido... un nudo aquí... un nudo allá... no iba a llamar la atención por la calle... era como un gran cesto plano... y, aun así, voluminoso... ¡qué contento se iba a poner el coronel! ¡ya lo veía yo desde allí! Tal vez le pusiera su uniforme... le gustaban a él, los disfraces... ¿Le pondría tal vez su gran máscara?... Eran capaces, ésos... ¡Ah! ¡qué gusto les iba a dar yo! ¡Qué juguete, madre mía!

«Adiós, señora. ¡Que siga usted bien!»

¡Me eché el cesto al hombro! ¡Aúpa y adelante!

Se me echó al cuello, me suplicó.

«*Don't be mean boy! Don't be mean!*»

Me lloraba en inglés...

«*Don't be so awful! I'll tell you all!* ¡Voy a decirte todo! ¡Te daré tu libro!»

¡Estupendo! ¡Íbamos a entendernos! ¡Ah! ¡ahora entraba en razón!

«¡Muy bien, vidita! ¡Ve a buscármelo!»

Yo no soltaba mi presa, quería hacer el intercambio o, si no... Más valía que nos aviniéramos... ¡Es que si me armaba un escándalo!... ¡me perseguía hasta la calle! ¡histórica! ¡Ya que tanto interés tenía en su momia!... al menos me llevaría los *Vegas*...

Corrió, se lanzó a la cocina. La oí agitar las cacerolas... ¡ah! por ahí lo tenía apalancado... ¡ya podía yo haber buscado!... Volvió al trote... ¡Oh, amigo! ¡era un tomo de aúpa!... un mamotreto como dos grandes Bottins... Le costaba cargar con él... Pesaba más que el disecado, ¡aun con sus armas, su peluca! Lo abrí por el medio, el libro misterio... ¡no me fuera a tanguelar!... Era, en efecto, los *Vegas*, no cabía duda... reconocí las florituras... y, además, la etiqueta «*Vegas de las Estancias*» en letras de fuego... el encartonado imitación de cocodrilo... encuadernado mastodonte... Valía pasta, seguro, ya sólo por el peso y las imágenes... todas las viñetas a mano... Era un currelo maravilloso... Ella estaba diquelándolo conmigo... como si no lo hubiera visto nunca... guerreros a caballo... cazas de tigre y de hombre... acuarelas a doble página... elefantes oro y azul... dragones alados... una figurita china en nácar y en relieve... ¡quimeras en llamas y bailarinas!... y más danzas... bayaderas y chiquillos... colores vivos y pastel en doble página... ¡Lo frágil que era!... todo un ballet en miniatura... ¡Alzaba el vuelo!... ¡detalles y finura estilo pilila de mosca! como para aturdir en plan motas de polvo y pelos del culo... y más bailarinas tipo golondrina... monstruos marinos que escupían fuego... un trabajo inaudito, gigantesco... más todo un texto en jeroglíficos realzado con viñetas en oro y rojo... y, además, figuritas, lagartos, girasoles, tulipanes... sobre fondo de gran desfile de diablos con colas prensiles y tirabuzones... en el reverso otra danza de monstruos de dos, tres cabezas y contorsiones... páginas y páginas con más



máscaras... todas las muecas de la magia...

«¡Eh! ¡hay que ver, vidita, lo que trae!»

«¡Nunca lo había mirado tanto!»

Era deslumbrante, la verdad... no era hermoso, pero era rico... te bailaba, enturbiaba la cabeza, ¡te hechizaba con ganas!

«Oye, chaval, ¡déjame!»

¡Ahora cambiaba de opinión! ¡ah! ¡era un delito! Me lo agarró, se le aferró... ¡Era una mala fe infecta! ¡Habíamos quedado en que me lo llevaba yo! Volvió a proponerme Achille Norbert...

«Ah! ¡oye! ¡no sabes lo que quieres!»

«¡Tómalo! ¡Tómalo! ¡Déjame el *Vega!*»

Me suplicaba, volvía a deshacerse en lágrimas... Ya veis cómo son las tías... Yo no aflojé, conservé el libro... me la traían floja sus sollozos... ¿No habría querido vendérmelo? Me dio a mí que habría querido venderlo... Debía de tener un aficionado...

«¿Qué va usted a hacer con él?», le pregunté.

No me respondió nada. Y el otro ahí, el Achille en calzón, ¿no habría querido venderlo también tal vez? ¿Estaría en el ajo Nelson? ¡Ah! era muy posible... De todo eran capaces...

«Y con Achille, ¿qué va usted a hacer?»

Hacía melindres, se hacía la listilla.

«¡Di, puta, qué piensas!»

Si la llevaban a Petticoat, al mercado público, la momia, saldría seguro en los periódicos... y entonces burla burlando... ¡Ah! ¡qué bicho más cursi!

«¡Dime, a ver, qué andas tramando!»

¡Ya estaba yo harto! ¡iba a poner punto final! le agarré el gañote... lanzaba risitas, creía que estaba yo de broma...

«¿Quieres hablar, eh, mierdera?»

¡Ah! eso le gustaba, esos modales... Quería que me riese con ella... «¡Le va a mandar poner ojos! ¡ojos en forma de bombillas eléctricas! Ahora ya sabes, ¡estarás contento! Bésame, curiosón...»

Yo no acababa de entender.

«¿Ojos cómo? ¿Achille?»

«¡Ojos que iluminen, tontaina! ¡para su función!»

¡Ah! qué duro de mollera era yo.

«¿Dónde va a hacerla, su función?»

«Pero ¡si eso se ha hecho siempre! ¿Es que acabas de caerte del árbol?»

Me contó un poco la técnica... Había uno en Vancouver, ganaba lo que quería, un esqueleto así, como Achille, pero disfrazado de faraón... sólo, que una farsa, claro, un ful... los huesos de escayola, traje falso, ¡todo!... Anunciaba el presente, el porvenir, con un gramófono en el vientre, superventrículo... y la luz de los ojos: azul,

rojo, según la respuesta... «Curiosidades del pasado», se llamaba... «*The Fun of the Past*»... ¡Achille era harina de otro costal! con sus papeles, traje, todo, ¡absolutamente auténticos! ¡irrefutables! nobleza, joyas... Estaban cansados de la imitación, los americanos... Sosthène lo habría puesto en marcha, si hubiera tenido tiempo... pero siempre de la Ceca a la Meca... comenzándolo todo y sin acabar nada... sólo el cartel estaba acabado... Fue a cogérmelo a la cocina...

HERCULE ACHILLE DE RODIENCOURT

Gran Maestro de las artillerías del Rey

Mariscal de Francia

Marqués de Apremont

Senescal de Épone

Comendador de la Cruz de San Luis

En una palabra, estaba chupado. Venía al pelo el Nelson, recogía un tesoro, iba a ser una atracción espléndida, de eso me daba cuenta yo, con los ojos brillantes, el fono, las palabras del más allá, la risa de ultratumba... Ella me imitaba la risa de ultratumba... todo estaba previsto... no podían por menos de estar contentos, un negocio soberbio... y después, le vino una duda, de todos modos, al tiempo que me contaba... ¡se preguntaba si no sería mejor que me quitara el libro, a fin de cuentas! ¡Ah! ¡qué hiel! ¡Ah! ¡la hostia! ¡Ah! ¡vale ya! Tengo toda la paciencia del mundo, pero ¡en fin! ¡Yo tenía los *Vegas* y me los guardaba!

«¡Sosthène los reclama, son suyos! ¡es lo más natural! Y, además, mire, no puedo decirlo mejor, ¡él le hará el intercambio, si quiere! ¡Yo me doy el piro! ¡hasta luego!»

No estuve duro ni mentiroso...

«¡Hale, Pépé! ¡adiós! ¡Y tranquila!»

Volví a bajar los dos pisos, con mi fardo bajo el brazo. Ella no tuvo tiempo de decir ni pío, ¡yo ya estaba lejos! El autobús, ¡aúpa! ¡Trasbordo! ¡Pinreleé! un trecho al galope, ¡ya estaba! ¡Ah! Llegué sudando a mares...

Me acechaba desde la ventana, el andoba.

«¿Lo trae? ¿Lo trae?» Señas... ¿No veía el paquete? ¿no era bastante grande?

«¡Súbalo en seguida! ¡tenga cuidado! ¡que nadie lo toque! escóndalo bajo la cama.»

Inmediatamente, ¡ya empezaba con las órdenes! Le cerré el pico.

«Pero, bueno, payaso, ¡un poco de educación! Pero ¡ponga un poco de atención y mire con quién habla!...»

¡Había que ponerlo en su sitio todo el tiempo!

«¿No querría tal vez algunas noticias?»

No me las pedía.

«Pues mire, señor mío, ¡son frescas! ¡Ya puede correr! ¡Vaya corriendo a buscar a su chavalita! ¡ya es pero más que hora! ¡Está paseando a Achille!... Mejor dicho, ¡va

a hacerle trabajar! ¡y con el Nelson, además! El Nelson del que le hablaba yo el otro día... ¡aquel al que no teme usted! Van a equiparlo para las ferias, como autómeta para el porvenir... lámparas en el ojo y todo... fonografía en el vientre... el porvenir de las estrellas... ¿está usted al corriente? Es el plan de usted, al parecer... y, además, el cartel... Ya tienen su contrato... todas las grandes ferias del Middle West... y, además, ¡es que lo adoran! ¡la vida nueva! ¡Te lo cuenta con todo lujo de detalles! Creo que se llevan al chavalín con ellos... va incluido en la atracción... el lecherito, verdad...»

¡Ah! ¡hombre, eso era nuevo! Le miré la jeta...

«¿Es que no es interesante?»

No chistó, se abismó en el libro, hundió la nariz, tosiqueó... ¡Tenía que volver a empezar yo, la hostia puta!

«Le van a hacer cantar, le digo... Le van a hacer decir las cosas más peregrinas... ¡Va a divertir a América! «*The Fun of the Past*», se llama... ¿Eh? ¡es original!»

Seguía sin querer responderme.

«Va a rehacer su vida», fui y le grité, «y a usted le dice: ¡a la mierda! ¡Pépé!»

¡Ni inmutarse! ¡me daban ganas de molerlo a palos! ¡ah! añadí más detalles, así, inventados...

«¡Chsss! ¡Chsss! ¡Chaval, basta ya! ¡Qué intempestivo es usted!»

¡Así exactamente le afectaba!

«¡Hale! ¡hale! ¡suba el libro de una vez!»

«Súbalo usted mismo, ¡debe ser fatiga para usted!...»

Si no le paraba los pies, ¡me haría lustrarle los zapatos!

Tenía razón la Pépé... Por una cosita de nada, se ponía furioso... un majadero insoportable... bien que lo había visto yo desde la llegada, había cambiado por completo... Con aquel ambiente, los domésticos, las alfombras, las campanillas, el paripé... Ya es que no sabía ni cómo mear. La pringada, la otra allá, también ella, con su templo, sus ópalos, sus maharajás prendados, ¿adónde iba a buscar sus faroles? Basta muy poco para que la brújula gire, se corra, serpenteé... Un pequeño cumplido, un pelín de brisa, ¡y hale! ¡zas! ¡lanzada!

¡Soltad! ¡Duro ahí! ¡Sesos volando!

Se oían sus martillazos, parecía que estuvieran rompiéndolo todo... Debían de ensañarse con sus máscaras, calibrarlas con tremenda fuerza, Sosthène y el coronel... ¡un estrépito increíble!... ¡estruendo de trueno!... un jaleo tan espantoso, la verdad, que parecía mentira... De todos modos, me daban canguelo... Me volví a vestir rápido y bajé corriendo, llegué al salón. La pequeña estaba allí, junto al piano, mi querida adorable, más mona aún que la víspera... ¡ah! ¡qué hermosa estaba! ¡qué amor! yo ya no pensaba en nada... ya no oía el alboroto... sólo la veía a ella... sólo oía sus bonitas palabras... «*Good morning, mister!*»... ¡ah! aún la veo... con su corto vestido *liberty*<sup>[231]</sup> amarillo... un junquillo, una corola... tan corto, tan corto... sus piernas ahí, sus muslos... su rostro tan burlón... sus ojos... y, además, saltarina siempre... inaprensible... nunca en el sitio... ¡ah! ¡la pillina!

¡Respiré!... ¡dejé de respirar!... al verla... se me cortó el aliento... ¡Ah! ¡era demasiado!... La amaba demasiado al instante... ¡Había dejado de ser yo!... ¡flaqueé! ¡No! ¡Reviví!... veía visiones... ¡Ah! ¡sus cabellos! ¡Una luz de oro! ¡Una fiesta! Rubia, la fiesta de sus cabellos... ¡Rubios sus bucles!... ¡Rubio mi gozo!... ¡Rubia mi plegaria!... ¡Rubia juguetera!... ¡Rubia mi hada!... ¡Rubia con avaricia!... ¡Ah! ¡cómo la amaba yo!... ¡Ah! ¡ya es que no sabía yo!... Me quedé ahí, delante de ella... ¡Era yo!... ¡Sí, era yo!... ¡Ah! ¡que estaba tan feliz junto a ella!... ¡Deslumbrado! ¡me rehíce! ¡me aferré al piano!... me hubiera gustado besarla, tocarle los muslos... ¡Olvidé el mundo entero al segundo!... sólo sus hermosos ojos, su risa... Ella se reía con ganas de mí, claro está... de mi torpeza... ¡ya es que enrojecí, yo, el guerrero! ya no sabía dónde meterme... ¡Iba a ladrar de felicidad!... ¡el rubio! ¡el oro de sus cabellos!... ¡Sus hermosos ojos celestiales!... ¡vuelta a empezar!... ¡Su sonrisa! Ah, zozobras, heridas, pensamientos transidos, ¡todo se esfumaba! ¡bogaba! ¡volaba! ¡ante el milagro de sus cabellos! ¡al instante palidecían, se evaporaban! ¡rubio! ¡rubio! resplandecía... ¡Ya es que no cabía en mí de gozo!... ¡de placer maravillado!... ¡Qué le iba a hacer! ¡Qué le iba a hacer! ¡me arriesgué! ¡revoloteé en torno a ella! ¡ya no pesaba yo nada! ¡Era una pluma! ¡aligerado! ¡girovolando! ¡en torno a mi ídolo!... ¡qué feliz era! Y después, ¡vlang! me desplomé a sus pies... ¡puro perro de dicha!... Quería lamerle todo, toda ella, ¡a lengüetadas! volví a saltar, ¡caracoleé! ¡lancé grititos!... le mordisqueé un poco los dedos... sus dedos de luz... ¡Brrrong!... ¡Brrrong!... ¡Gruñí!... ¡zumbé de delicia!... ¡Ella se reía!... ¡Se reía!... ¡cómo se divertía!... loco de remate estaba yo, todo cabriolas, ¡salté, escapé, galopé otra vez entre los muebles, las alfombras! tontito de amor por ella... choqué con el gran sillón, el enorme... volví a saltar muy alto por el aire, ¡planeé! ¡me había vuelto pájaro de un arrebató! *Barabadum*, ¡volví a desplomarme! Cuan largo era... ¡aplasté todo! ¡Qué estrépito! Le divertía, se retorecía, mi ángel... se iba a hacer pis, ¡de verme tan chistoso!... Le vi el trasero en sus braguitas... tenso, culebreante... Se reía, se reía... ¡qué le iba a hacer! ¡la adoraba!... su risa tañía... ¡qué cruel era!... ¡La amaba, de todos modos, y diez veces más!... le vi todos los muslos, rodé por el suelo... ¡le vi el trasero!... me dolía tanto la rótula... ¡que me

sentí tocado!... La hizo reír, a la desalmada... ¡se reía de todo! ¡despiadada! ¡Ríe, anda! ¡Ríe, anda! ¡so bicho!... ¡Te voy a comer los muslos! ¡Ya no me podía contener! rodé a sus pies... Le besé los zapatitos... las puntas... y después los calcetines... y después la pierna, la carne tensa ahí, tan rosa y morena... los músculos que reían también, se estremecían... el terciopelo de la vida... ¡ah! ¡ríe, ríe, pequeña! ¡mi diosa! ¡voy a morderte crudita!... ¡Vas a ver! Una fuente de dicha intensa brotaba de su risa... ¡estallaba, caía en cascada por el aire en derredor!... ¡Ah! ¡ahora era perro yo del todo!... ¡Ah! ¡cómo la adoraba!... ¡Me acarició la coronilla!... ¡me calmó tan tiernamente!... ¡me pasó las manos por los cabellos!... ¡Ah! ¡quería yo morirme en seguida por ella!... ¡Volvió a darme la fiebre!... ¡ya no quería separarme de ella!... ¡Gruñí!... zumbé aún más fuerte... ella me dio palmaditas... ¡me levantó un poco hacia atrás la pelambreira!... se burló un poquito... ¡traviesa monina!... qué ángel... qué bondad por su parte... Yo quería aullar de adoración... ¡rugir como un león embargado de amor!... Temblaba de fervor... ¡de espanto!... de miedo de que me dejara por un instante... su tierna mano me tranquilizaba.

«*What is your name?*», me preguntó. «¿Cómo se llama?»

«Ferdinand.»

Le hacía yo gracia.

¡Toda mi vida por ella!... ¡toda mi muerte!... ¡todo lo que quisiera y más!... Le besé las rodillas... ¡la tela de su vestido!... Me rechazó un poquito... ¡Ah! ¡qué pena! ... ¡qué desgarró!... Le pedí perdón... ¡y después volví a empezar! ¡Le levanté hasta arriba toda la falda! ¡le mordí en los muslos a huevo!... ¡Ñam! ¡Ñam! ¡Ñam!... ¡Me la habría comido entera!... ¡la habría devorado!... ¡Ahí, crudita!... ¡La adoraba demasiado!...

Se debatió... No le importaban las bromas... pero yo era demasiado brusco. ¿Qué edad podía tener, a fin de cuentas? unos doce o trece... ¡Ah! ¡qué cochino estaba yo hecho!

«Entonces, ¿no tiene usted nada que hacer?»

«¡Oh! ¡sí, tengo mucho que hacer! ¡Escúcheme!... ¡Se lo suplico! ¡No se ría!... ¡La amo!...»

«¡Vamos, hombre! pero ¡bueno! *If the servants*... si los domésticos... ¿si mi tío lo viera?... ¡No conoce usted a mi tío!»

¡Hipócrita! ¡Hipócrita! Estaba acostumbrada a que la magrearan. No lanzaba gritos demasiado terribles... ¡Ah! ¡pero! ¡Ah! ¡pero! ¡ah! ¡se me ocurrió! ¡seguro que había otros que la magreaban! Fui presa de la sospecha... de la duda... me trastornaba...

«¿Le hace esto también su tío? ¿Eh?»

Volví a agarrarle los muslos, la palpé fuerte, la pellizqué... Tenía que confesármelo... yo ya es que estaba jadeante... encolerizado... me cortaba el aliento, me dolía... ¡Ah! ¡qué pánfilo! ¡qué ciego! ¡qué zoquete! ¡y no veía nada!

«La ama, ¿verdad? ¿La besa también como yo?»

Quise besarla en la boca, ella se defendió con fuerza, pataleó... ¡Yo quería saberlo todo! ¡todos los detalles!... la apresé, la retuve... se reía... se reía... ¡Vamos! ¡los detalles! ¡y en seguida!... me excitaba también así, hay que reconocerlo... y qué desgraciado me sentía al mismo tiempo... ¡todo a la vez! ¡como para diñarla!... me iba a poner bruto... ¡le pegaría! Quería saberlo todo, ¡todos los detalles!... la besé... ¡oh! ¡qué monstruo! ¡era un hipócrita, el tío, sin duda! un sátiro, ¡un falso! ¡con sus máscaras y patatín! era un monstruo, ¡tenía que quitarse del medio! ¡iba a ser o él o yo! ¡así de claro! ¡y listo! ¡Tenía prisa yo! ¡no podía esperar! Era sincero, ¡y se acabó! ¡y sufría!

«¡Voy a matarlo! ¡no quiero que vuelva a besarla!»

Le dije, le anuncié en francés, ¡y después en inglés!... ¡y no quería que se riera ella! se cachondeaba igual... a carcajadas... Yo no inventaba nada, seguro, era seguro... ese viejo cochino la tocaba... ¿y qué más le hacía? ¡Dime, malvada ladina! ¿Es que no te hace cosas? ¡Dímelo todo! No quería decirme nada, se ahogaba de risa, se retorció... ¡ah! ¡tontina! ¡vas a ver tú un poquito! ¡ah! ¡pérfida, astuta gachí! ¡ah! ¡qué tunante! yo estaba seguro de que lo amaba, al viejo, en el fondo... le chiflaban sus magreos... ¡ah! me estaba poniendo celoso como para bramar...

«Le gusta, ¿verdad? ¿le gusta?»

Pero ¿me comprendía, para empezar? No se estaba quieta un instante, gesticulaba, me hacía ¡Bzz! ¡Bzz! ¡Bzz! Se burlaba de mí, ¡grotesco, ladrador, zafio! Eso era lo que pensaba, seguro... ¡y tú! ¡viciosa, lagartona, bicho!... ésa era mi opinión... si yo era huraño, desagradable, era culpa suya, desde luego... Y, si no, ¡que me respondiese! ¡Ah! después ya no pude reñirla... flaqueé, farfullé, dije gilipolleces, me eché a llorar otra vez... toda mi cólera cedió... ya no me atrevía... estaba desinflado... me hundí... caí a sus pies otra vez... Ya estaba, vuelta a empezar... Volví a pedirle perdón mil veces... estaba guapo... ¡rodé por la alfombra! ¡Le supliqué por favor!... ¡me prosterné!... le imploré... ¡ya no sabía a qué encomendarme!

«Señorita, ¡soy un infame!... ¡Es usted una simple niña! Virginia, le pido perdón... ¡he abusado de su juventud!... ¡ah! ¡me merezco la horca! ¡Soy yo el monstruo! ¡Virginia! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Me comprenderá usted! Es usted muy pequeña, muy mona... ¡Un secreto me ahoga! ¡ardo y mis heridas me matan!»

¡Adelante con toda la pesca! Quería hacerle verter todas las lágrimas... Todas mis desgracias tenía que escuchar, pequeñas y grandes... y todas las amenazas, todo lo que se cernía... y todos los horrores que me había tragado... Ella escuchaba, amable, pero no le emocionaba demasiado... creo incluso que se burlaba un poquito... había malicia... a esa edad se es insensible... volví a empezar todo mi relato, todos mis avatares en los combates... lo adorné, lógicamente... No vendría mal, así se interesaría... pero ahora eran los otros los que me preocupaban... los vulcanos payasos de allá arriba... Trituraban las murallas, parecía, por los golpazos que daban... era espantoso, su estruendo... debían de estar pasando todo por la fragua, por el ruido que desencadenaban... No era posible que me escuchara ella...

Todos mis efectos, perdidos...

«Salgamos un momento, ¿quiere? ¡Se lo ruego, señorita! Se lo diré todo... Aquí, no...»

Era una chavalina, pero, de todos modos, ¡qué porte ya! ¡qué andares, qué orgullo de los muslos! Lo vi, volvió a deslumbrarme... Ahí se ve el animal, en el diapasón de entre las piernas... su forma de vibrar en la tierra a cada pisada... la música del cuerpo... la irresistible...

Me precedió, escapó, yo me apresuré como pude... Estábamos en el jardín... una niña, una chavalina, un sueño... ¡qué pisadas tan graciosas! qué travesura en el menor de sus gestos... ¡Ah! ¡yo estaba totalmente hechizado! criatura entre el cielo y la tierra... ¡Abyecto, puerco, la adoraba!... ¡Me arrastraba, me revolcaba! ¡Desde mi ceno la amaba!

¿Dónde tenía la cabeza, por fuerza? ¿de calentarme los cascos así? ¿Qué clase de tontaina me estaba volviendo? ¿Qué cabrito? ¡Ah! ¡me repuse! ¡una chispa! ¡Menudo si se la traía floja! ¡a esa fuguilla! ¡Espera, bolsita de vicios! ¿Palmarla por eso? ¡Ah! ¡no cabía duda! ¡quería volver a vivir, al contrario! ¡Vivir diez! ¡cien! ¡mil veces más! ¡chorbo feliz! ¡Por tus hermosos ojos! ¡ante tus hermosos ojos, mi bomboncito! ¡Mil existencias y mimado! ¡para adorarla tanto y más, criatura de encanto! Pero la espantaba al forcejear... al irritarme ardoroso...

¡Ah! ¡quería yo perecer en el suplicio!... ¡Por favor, apuñale mi corazón!... ¡que se estremece!... ¡palpita! ¡sangra sólo por usted sólo!... ¡Quiero sufrir atrocemente!... ¡pisotéelo para su gozo!... ¡mi mártir!... ¡Quiero perecer descuartizado ante sus ojos! ... ¡condenado!... ¡suplicante y sumiso!... Y, después, ¡no! ¡al final! ¡no, qué hostia! ¡Demasiadas tonterías por una jodía chavala de esa clase! una chavala a la que la traía sin cuidado, ¡bien que lo veía yo! se burlaba y se acabó, atizaba... ¡Qué amor! ¡Menudo, mi adorada hada! ¿Y si huyera? ¿me abandonase? entonces sería el fin, me hundiría, se me partiría el corazón, desaparecería... ¡Cateto! ¡zafio! ¡cernícalo! ¡vas a volverla loca! ¿Vas a adorarla más tiernamente? ¡Ah! ¡lo juro! ¡no la espantaré más! ... Y, sin embargo, debía decirle todo... ¡tenía que escucharme!... todos mis secretos... el pastel... ¡chiquilla, tenga cuidado!... tenía confidencias terribles que hacerle... ¡misterios sin fin!... ¡Ah! de pronto fui yo quien me eché a temblar, quien iba a confesarlo todo... ¡Payaso! más enloquecido, trastornado, en ese jardín de las ternuras que en las borrascas de Flandes... en la pelea de los furiosos *shrapnels*... ¡ah! ¡fíjese, hermosa, cómo temblamos!... ¡cómo me baila el corazón en el pecho!... es que me sacudía todo, cabeza, pierna, ojos... que ya es que no sabía lo que veía, ¡qué cojones hacía!... ¡ya no sabía cómo recuperarme!... todo cedía en derredor, vacilaba... ¡mi corazón se desbocaba! ¡galopaba! ¡embalaba! el vértigo, los vahos me envolvían... los escalofríos me traspasaban, me hacían gemir... la mirada de la amada se empañaba... ya no sabía yo nada... ¡ah! pero ¡la tenía sujeta del brazo! ¿Dónde tenía la cabeza? ¡ahí estaba, mi querida monina!... con mucha delicadeza... ¡y qué risa!... yo que apenas la rozaba... todo balbuciente de devoción... Íbamos de

una alameda a otra, yo todo titubeante de felicidad, fervor, temor... los pajaritos al pasar nos aturdían con su piar... ebrios de primavera... todos los junquillos del césped temblequeaban con los saltos de la brisa... Así era el lozano cuadro... La primavera de Londres es frágil, el sol bañado lloraba y reía... los albérchigos en flor flameaban rosados... un conejillo ahí, por la hierba... ¡escapó corriendo!... Virginia galopó tras él, lo atrapó, lo cogió en sus brazos, lo besó... se lo llevó... ¡ah! ¡me sentí celoso!... ¡súbito, ahí, horrible! ¡como cuchilla! y después, ¡celoso de todo! ¡del cielo! ¡del tío! ¡del césped! ¡del conejo! ¡del aire que jugaba con sus cabellos!... ella apenas me escuchaba... ya no me oía... ¡Me habría gustado que me besara también a mí!... ¡Todas las atenciones para el conejo! ¡Ah! ¡la leche! ¡Me exasperaba, esa chavalina, con sus melindres! ¡mocosa! Primero debía sentarme... estaba demasiado cansado, ya no podía más... ¡Me reventaba con sus locuras! ¡El oído no me dejaba en paz, me zumbaba! ¡y qué pitidos! ¡tambores! ¡metales! ¡vapores deflagrantes! ¡juegos de fábrica! ¡Toda mi estruendosa orquesta en la cabeza! Era todo tormenta y no oía nada... el oído me hacía desgraciado... y el brazo, ¡no digamos! y las costillas... ¡No comprendía nada esa chavalina!... cuando había yo resistido dos, tres horas, estaba rendido, acabado... rezagado respecto de todos los demás... rezagado... me aferraba todo lo que podía... no eran posturitas, paripé, es que ya no me quedaba fuerza y se acabó... me desplomé... ¡sentadito me quedé! parecía lloriquear... ¡Ah! ¡me habría gustado correr!... Ya no podía levantar ni una mano... Vamos... allá... ¡la ribera bajo los árboles!... lloriqueaba, ¡farfullaba!... ¡Virginia, cielito mío! ¡Virginia junto a mí! ¡Ah! la retuve, ¡para que no se largara!... Hacía un poco de frío... el viento húmedo recaía sobre nosotros... yo quería protegerla del cierzo, ¡que no temblequeara! quería cederle mi chaquetón... ¡tenía que aceptar, hostias!... quería descubrirme por ella... temblar por ella... ¡era un cierzo traicionero!... quería calentarla con mi calor... ¡ah! pero ¡se negó! ¡no quería ni oír hablar de eso!... quería temblar en su camiseta... la calenté, de todos modos, ¡qué hostia! le cubrí con las palmas sus dos chucháis menuditos, los retuve ahí, duritos, puntiagudos, era cierto que tenía frío... culebreaba, pero con gracia... su alegre y fresca risa me elevaba hasta las nubes... ahí me teníais embelesado, radiante... ¡ah! qué mona era... ¡un sol! había yo pensado horrores, ¡y ya está!... era atroz, era gruñón, mierdero... ahora me sonreía... ¡qué bien! estaba curado incluso... ¡más que cachas!... ¡en el cielo estaba!... no cabía en mí de felicidad... ¡qué le iba a hacer! ¡qué le iba a hacer! ¡me puse a desvariar! no veía sino azul por doquier... ¡veía a los ángeles!... veía a Dios en su nube... una gran nube enorme... ¡también él me quería bien!... ¡Virginia, él y yo estábamos tiernos! Yo la requeteamaba, la besaba sobre todo... los besaba con ganas a los dos... ¡ah! era una fiesta fuera de lo común... bailaba con ella, con él... ¡y ahora los ángeles!... se perseguían de una nube a otra en *farandole*... nos amábamos todos... yo estaba ebrio de los movimientos circulares... seguía elevándome, me alejaba aún más... era como allá, en Greenwich... eso era, ¡vuelta a empezar!... ya no Delphine, ya no Claben... era el pez gordo ahora ahí, sobre su nube... ya no era el Boro, era el Dios con



barba... ¡iban a hacerme otra vez su jugada atroz!... ¡me alucinaban!... ¡tenía que volver a escaparme! más lejos, más lejos... ¡lanzarme!... ¡pitando, muchacho! me largué, escurrí, entre las brumas... era todo vuelo, todo aleteos... ¡Ah! pero giré sobre mí mismo... planeé al revés... ¡me embrollé! ¡caí de cabeza! ¡zozobré!... ¡zozobré! me aferré... ¡cuidado, que te la pegas! grité, me asfixiaba... ¡Virginia! ¡Virginia! ¡a mí! ¡Ah! ¡me había librado! ¡por los pelos! me había dado vértigo...

Había perdido el conocimiento... Por fortuna, estaba ella allí... no me había abandonado... en la misma ribera... el mismo jardín... ¡ah! ¡volvía a verlo todo!... era propenso al desfallecimiento... se daba cuenta ella... Me había visto cerrar los ojos... ¡yo no le había soltado la mano! ¡ah! ¡ni hablar! ni un segundo... En seguida continué con mi idea... muy enfermo aún de vértigo... volví a asediarla para que me comprendiese... que conociera bien toda mi desgracia...

«Virginia, cometí crímenes... ¡me vi obligado!... ¡no debería decírselo a usted! le voy a dar miedo... Es culpa también de mi cabeza... ¿ha visto qué mal me encuentro?... puedo asesinar igualito... ¿no tiene usted miedo?... ¡Mis padres no son así! ¡Ah! no es de familia... ¡es la guerra!», le explicaba... «¡ah! si los conociera usted... ¡sobre todo a mi madre! y mi padre, ¡no digamos! ¡la pena que les he causado a ellos! ¡Ah! ¡cuántos remordimientos tengo!...»

Así, sin ton ni son... Ella me miraba con dulzura, pero no me entendía del todo... Le repetí toda la serenata en inglés... todo, del comienzo al fin... era todo igualito... no entendía lo que quería yo decir... no tenía sentido para ella, pobre cielito... para una monina semejante... Sólo entendía el cine, en punto a aventuras, a cosas terribles... yo no tenía el estilo aterrador... no podía verme trágico...

«¿Por qué remordimientos?»

¡Qué pregunta!

«Y, además, ¡es que he robado a su tío! el bueno de su tío, ¡tan bueno con nosotros! ¡le he birlado todo su mercurio! ¿no es espantoso? ¿Es que no es abominable?... Y muchas otras cosas más... ¡mil veces más criminales! *Thousand times!*...»

Me calumniaba a placer<sup>[232]</sup>... a ella no la perturbaba eso.

«Pues, ¿qué es lo que hizo?»

¡Ah! ¡qué nena más estúpida! era mejor que me callara. No comprendía nada, estaba claro. A ver y, si le hablaba de las máscaras... ¿Estaría tal vez más informada?  
...

«¿Y las máscaras, Virginia?... ¿su tío?... ¿es que cree en eso? ¿en el fondo, aquí, entre nosotros?... ¿o es una broma?»

«Oh! *you know uncle!* ¡Mi tío, verdad, se divierte!... ¡sigue aficionado a los inventos!»

No sabía nada más... lo que le interesaba era su conejo... lo tenía sobre las rodillas, comiscaba... se comiscaba su propio hocico, su minúscula nariz, parecía... su puntita de nariz muy trémula... Ella lo imitaba, lo hacía todo igual... quería que lo

hiciese yo también... ¡Ah! ¡era insoportable!... no escuchaba nada... tenía que hacerle la gran pregunta... ¡vamos, hostias!

«¡Virginia! ¡Virginia! ¡por favor! ¿quiere usted casarse conmigo? ¡la amo!»

Me quedé patidifuso... Me salió de una sola tirada... ni siquiera reconocí mi voz... de tan audaz que fue el paripé... Me quedé ahí con los ojos desorbitados... Ella no me respondió nada... continuaba con su trajín... ¡Ah! ¡tenía yo que volver a la carga!

«¡Virginia! ¡Virginia! ¡la adoro!»

Le cogí la mano con fuerza... Entonces ocurrió ahí, justo delante, algo extraordinario, toda una maravilla ante nosotros... Entre los árboles y nosotros más bien... lo recuerdo exactamente... como en un teatro, podríamos decir... ¡ahí estaba la Felicidad! flameaba clara, iluminaba... ¡Lo nunca visto! ¡era un enorme zarzal en llamas<sup>[233]</sup>! ¡y qué claridades! rosáceas y verdes, centelleantes... con algunas flores de luz amarilloazulina desparramadas por las ramas... Todo aquel zarzal de fuego palpitaba... yo también palpitaba... y palpitaba al mismo tiempo que las rosas... y, además, había otros perfumes... un como espíritu de las flores que nos llegaba... de dulzura, de encanto... toda la más profunda ternura de las rosas nos rozaba a vaharadas, nos embriagaba... ¡qué éxtasis! arrobados... deslumbrados... ¡locos de felicidad!... ¡Ah! pero el cielo iba a ensombrecerse... lo veía yo a lo lejos... yo tiritaba... ¡No! ¡No! me fascinaban los resplandores, los ardores del fuego... ¡se me iban los ojos tras ellos!... quería arder, antes del frío, en pleno brasero del milagro... me lancé a huevo dentro, me agité, las llamas me rodearon, me llevaron, me elevaron entre ellas con toda delicadeza, ¡todo remolino! ¡Era de fuego yo!... ¡Era todo luz!... ¡Milagro!... ¡Ya es que no oía nada!... ¡Me elevaba!... ¡Pasaba por los aires!... ¡Ah! ¡era demasiado!... ¡Era un ave!... ¡Girovolaba!... ¡Ave de fuego!... ¡ya no sabía dónde estaba!... ¡era difícil resistir!... Aullaba de placer... ¡Había visto la felicidad ante mí en el jardín del coronel!... ¡así lo juro!... ¡La vi zarzal presa de las llamas!... ¡Lo repito!... ¡Bien que lo sé!... ¡emoción sobrenatural!... Y después, ¡ya no comprendí nada más!... Adelanté un poquito la mano derecha... Osé... me aventuré... toqué, rocé... ¡los dedos de mi hada!... ¡de mi rosa, mi maravillosa!... ¡Virginia!... la rocé apenas... ¡ya no me atrevía más!... por doquier, a nuestro alrededor... crepitaban ahora... revoloteaban mil pavesas... ¡graciosas banderolas de fuego en torno a los árboles... era la fiesta... la fiesta de los aires... de una rama a otra... temblequeantes... gozosas margaritas de chispas, corolas en llamas... camelias ardientes... glicinas encendidas... meciéndose en ramilletes... entre las ráfagas de música... el coro de las hadas... el inmenso murmurio de sus voces... el secreto de los encantos y las sonrisas... ¡La fiesta del fuego estaba en su apogeo!... ¡la felicidad perfecta!... ¡Ah! yo me sentía tan embobado, tan atónito, transido de amor, que ni siquiera me atrevía a respirar... feliz hasta la sangre... la oía arremolinarse, palpitarme por todas las arterias... mi sangre en plena fiesta... palpitaba... palpitaba... el corazón se me henchía... me ardía... ¡era todo llama yo

también!... ¡danzaba en el espacio!... ¡me aferré a mi caprichosa, a mi pillina, mi querida, mi tormento, mi vida! ¡no quería que se me escapara!

«¡Virginia, amor mío!...», le imploré... «¡Virginia! ¡Virginia! ¡Virginia! ¡piedad! ¡le conjuro, corazón mío!... ¡corazoncito!...»

Ella era todo corazón, ¡cierto! ¡mi corazón para los dos!... ¡me palpitaba ahí en los dedos!... ¡Ah! ahora la tenía bien sujeta... me la apreté toda contra el pecho... ¡Cómo la agarré! ¡no la soltaría más! ¡estaba feliz!... ¡El jardín estaba cerrado para siempre!... ¡Estábamos encerrados para siempre!... ¡presos de las lilas, las rosas!... ¡los matorrales encantados nos tenían en su poder!... ¡nos retenían! ¡Ah! ¡la felicidad total!... ¡Perfumes! ¡y más perfumes!...

«¡Virginia! ¡Virginia!... ¡mi muñeca!... ¡mi sueño!...»

¡Quería mecerla para que se durmiera!... ¡cerrara sus ojazos!... Chiquilla, chiquilla, ¡era la felicidad!... estaba ahí... ¡mimir! ¡mimir! me la comía a besitos... ¡Barabadum! ¡todo volvió a temblar! ¡un estruendo espantoso! ¡ahí, de repente! Venía de arriba, del sobradillo... ¡cien mil calderos! ¡rabiosos! ¡Vaya, hombre! ¡Vuelta a empezar! ¡nuestros brutos! ¡el escándalo atroz!... ¡se desencadenaba, machacaba, zurraba los cristales! el jardín inundado ahora de estrépito... ¡ah! ¡mis pobres oídos! ¡Mi cabeza, triturada! ¡Oh, chatarra! ¡redoblaban, se ensañaban! ¡Virginia tenía miedo! ¡La abracé! ¡la acaricié! le di friegas, le toqueteé los muslos, volví a arrojarme a sus rodillas... pero ¡nos fulminaba desde arriba del todo, el infernal alboroto! ¡era insoportable! del techo, de los tragaluces, ¡un fragor de demonios!... Eran presa de un ataque allá... arrebatados... aquello me agitó, se me contagió, me crispó los nervios a mí también... ya no sabía lo que hacía... me bastaba y me sobraba... Volvieron a provocarme la rabia, me la desataron... Bramé, berreé el doble... levanté las faldas a Virginia, ¡la ataqué! ¡la forcé! ¡le mordí por todos los muslos! ¡Ah! ¡las maravillosas, divinas carnes! ¡luz! ¡luz! ¡Babeaba, gozaba! ¡Eran ellos! ¡los que me excitaban! ¡no cesaban! ¡Pan, ban, vrang! ¡Me crispaban! ¡Me sacaban de mis casillas! ¡Devastaban todo! Un descubrimiento enorme, seguro, ¡para que armaran estrépito tan feroz! un hallazgo para poner todo patas arriba... ¡Yo lamía a Virginia, la relamía! ¡por doquier! las piernas... el vientre... ¡de verdad! Ella se reía... ¡se reía! se debatía, pataleaba... ¡le chupeteé los muslos! ¡demasiado fuerte! ¡le dio miedo! ¡chilló! ¡se crispó! ¿Por qué tenía miedo? Se lo pregunté... ¡No quería que tuviera miedo!... Despacito ahí, monina... despacito... Tenía miedo de mí, de que gruñera... ¡su perrazo enamorado! ¡Mi corazón! Mi corazoncito... ¡te voy a jalar! ¡te voy a engullir! ¡viva! ¡te devoro!

«*What is it devil? What is it?*»

Me rechazó riendo... el diablo le parecía yo... ¡Eso mismo!

«¡Ah! *What is it!* ¡Espera! ¡Espera! *I like you awful much!*»

Le expliqué que no debía espantarse... que sólo eran *mñam* en broma... que hacía como que me la jamaba... Estaba para jalársela y se acabó... la tranquilicé un poco, la acaricié... ¡Braúm! ¡Braúm! ¡el cataplum de los otros! ¡Nuestros brutos otra vez de

allá arriba! Me cortaron... Vuelta a empezar... ¡todos los calderos del estruendo! ¡con ganas! ¡Había vuelto a darles! ¡redoblaban! Iban a demoler la queli!... El techo, se veía, se tambaleaba... las ventanas se combaban... Los pájaros escapaban a todo vuelo... Era una catástrofe en estruendo... ¡Se pusieron a hacer añicos todo!... Debían de estar despachurrando sus máscaras... triturando el taller al ras... Demasiadas sacudidas... ¡por Dios, imposible!... Ya no nos oíamos en aquel jardín... Nos pasaban sobre la cabeza en ráfagas los trozos de pizarra, los cristales triturados, las esquirlas de zinc... ¡Ah! ¡qué cabrones curdela! ¡qué siniestros! Seguro que habían bebido como papas a hurtadillas... hipócritas, a puerta cerrada... Seguro que estaban trompas perdidos de alcohol... ¿a no ser que fuesen otra vez sus gases?... que se hubieran vuelto locos furiosos con sus bocanadas de porquerías... Muy propio de ellos... ¡el colmo, vamos! ¡Ah! ¡coñazos de andobas! Los veía yo... me los imaginaba... ¡Tirando todo por el aire!... ¡Petardeando ante el foro!... ¡No iba a quedar nada, si seguían aporreando así!... ¡Resonaba hasta las nubes! Iba a ser un escándalo que para qué... llenaba el espacio y la calle... la naturaleza, ¡y luego los guripas!... ¡Habían ahuyentado a los ángeles!... no era ya poca cosa... sofocadas las voces celestiales, apagada la maravilla de las luces, de las girándulas rosas y azules... un gran éxito... ¡podían estar orgullosos!... los serafines habían desaparecido, su procesión encantada... que venían hacia nosotros derechos, yo los veía en suntuosos terciopelos, en diademas de fiesta... avanzaban hacia nosotros, descendían paso a paso de las nubes para susurrarnos sus secretos... ¡Iba por buen camino nuestra felicidad! ¡se presentía admirable! ¡Habían disipado todo esos cochinos majaderos!... ¡Y no había acabado ahí la cosa! ¡Todo el material iba a recibir lo mismo! ¡seguro! ¡Sonaba enormemente a hueco, como todo un volcán lleno de marmitas en explosión! ¡Ah! unos ruidos demasiado atroces... ya no me atrevía a moverme de la vergüenza... ya no me atrevía a mirar a Virginia... todas mis efusiones ahí, plantadas... ¿No estarían peleándose en el desván? ¿Sería tal vez algo más que los calderos?... ¿Estarían luchando a muerte? Eran capaces... Seguro que Sosthène había desafiado otra vez al otro chiflado... ¡estaba seguro yo! ¡ah! me lo conocía yo... quería que me tragara la tierra de vergüenza... yo que estaba precisamente en pleno murmurio... en el fervor del tierno acuerdo... ¡unos chacales semejantes! ¡ah! no se podía respirar con semejantes mierdas... ¡Largo, hombre!...

Pero a la chiquilla no la entristecía... le parecían graciosos, al contrario, se reía de buena gana.

Bajo sus abominables golpes, la casa se estremecía, se resquebrajaba... las ventanas estallaban por todos lados... el tejado volaba en pedazos... ¡Imposible de soportar! ¡Ah! ¡yo ya no podía más! ¡corrí! ¡me escapé! ¡planté a la chinorri! me largué derecho... y después, ¡al galope, a la carga!... ¡dos, tres veces la vuelta a la casa!... ¡me hice daño al forzarme la pierna! ¡Mala suerte, hala! ¡danzando, hostias! ¡Ánimo! ¡Ánimo!... ¡Me desboqué! Ya no tocaba el suelo... saltaba, ya lo creo, de matorral en matorral... me perseguía su algazara... «¡Gilipuertas!», me animaba al

galope... «¡no volverás más a esa queli tan chungá! No volverás más, ¡es tu desgracia! ¡Cómo se quedan contigo! ¡Está clarísimo! ¡Pobre primavera! ¡Venga! ¡najando! ¡Y todos en coro! Sosthène, el chalado y la chinorri, ¡no veas! ¡Que estás contreras, chorchi! ¡Qué alucine! ¡Menudo lo que disfrutan a tu salud! ¡Oh, huy, huy! ¡píratelas! ¡Rápido! ¡No vuelvas a verlos más! ¡sobre todo a ella! ¡la nena! ¡una viciosa es lo que es! ¡hechicera en miniatura! te haría volver a la guerra, ¡te liaría hasta el otro barrio! se conchabaría con su tío, ¡si es que ya está todo preparado!... ¡Ah! ¡qué poco pintas tú, tururú!» Así me decía... ¡es que estaba sereno, resuelto! ¡La huida! ¡el piro! Pero no podía marcharme, de todos modos, sin decirle unas palabritas primero... cantarle un poquito las cuarenta a ese bicho de nena... ¡asesina en ciernes, ya veis!... ¡que me oyera un poquitín!... cómo había abusado... ¡no iba a quedar la cosa así!... Yo tenía visiones, era posible, estaba nervioso a ratos... cada cual carga con sus flaquezas... pero ¡el abuso es otro cantar! ¡que no saliera tan bien librada!... ¡ah! ¡maldita mocosa!

Furioso así, caracoleando, rumiaba bien alto mi revancha... ¡la vuelta al césped! ... perdiendo el culo... ¡aun con la pata chula! con el fogoso movimiento de la furia, ¡uno rápido a la derecha! ¡y zas! ¡pirueta! ¡ya no podía detenerme!... Estaban rabiosos, los dos... ¡Me revolvían las tripas con avaricia! Su alboroto me ponía frenético... reventaban, parecía, cien yunques con todas sus fuerzas... ¡El tambor de Dios, el trueno de Dios! Arranqué, aceleré, ¡un bólido! ¡la alameda del medio! ¡impulso con el culo! ¡zas! ¡pichón al vuelo! Caí a huevo en la escalinata... ¡uf! ya estaba otra vez en el caserón, el gran vestíbulo... ¡ah! resoplando, resollando, jadeando... Busqué por todas partes a mi Virginia... ¡Había vuelto a desaparecer! ¿Dónde estaba esa zorrilla? ¡chavalina desvergonzada! ¡ah! ¡lo irritado que estaba yo! Olfateé su perfume... el clavel salpimentado de su pelambreira... najé por las alfombras... ¡atropellé, hice dar media vuelta a la doncella!... dio un chillido... Yo temblaba como un chuquel... ¡es que había perdido a mi tortolita! ¡jadeante! ¡babeante!... me salía espuma... me lancé como un loco a horcajadas por la barandilla, rodé con mi pata chula... me estrellé de culo, caí boca arriba... me dejó la cabeza turulata, me desplomé... ¡no estaba en parte alguna, mi chavalina!... ¡ni en el salón! ¡ni en el jardín! ¿tal vez en su habitación?... «ah, pero ¡alto, caballito! ¡Mírate qué estado! ¡Vas a espantarla otra vez! ¡No llegues así, anormal! y, además, ¡a su habitación! ¡un innoble patán! ¡Tendrías que asearte un poco! ¡Ya te has reventado el traje!» Me dirigía reproches, me daba la depre, me calmé sentado... Al fin y al cabo, ¡iba a encontrarla igual!... No se había perdido... Tal vez debiera pensar un poquito... reflexionar sobre los acontecimientos... me sentaría bien... aprovechar que estaba solo un poco... ¡Ah! ¡Badabum! ¡anda y que te zurzan! Atronaba otra vez, ¡redoblaba! ¡otra vez el estruendo allá arriba de un huracán! ¡No habían concluido su sesión! ¡Aún estaban en plena labor nuestros dos especialistas!... ¡Duro ahí con la chatarra se entregaban! ¡la fiesta estaba en su apogeo! Yo creía que se habían matado ya... ¡Y bang! ¡y plang! ¡y rataplán! No habían aflojado, ¡machacaban aún más!...

¡No debía quedar nada! Se desencadenaban con metales a base de bien... ¡el trance de los cíclopes!...<sup>[234]</sup> Nada iba a poder interrumpirlos... se te saltaban los ojos del estrépito... ya es que te bullían las órbitas... Todo el edificio volvió a saltar, estremecerse, con los muebles, la enorme cómoda, la araña se columpiaba como para descolgarse con sus mil cristales, zumbaba, ¡música! el gran arcón sobre el que estaba sentado quedó patas arriba, me levantó de un bandazo, ¡me proyectó! me agarré... ¡Ah! ¡era como un bombardeo! ¡Había que ver su violencia! ¡Sacudidas de volcanes! ¡Rabiaban con ganas otra vez!... las paredes se resquebrajaban, lo vi... Seguro que ya no apreciaban su fuerza... Iban a derrumbar la queli... Parecía un martillo pilón... ¡Un Creusot de fuerza en los brazos!... ¡Ah! ¡me horrorizaron!... salí a la escalinata, miré... en ese preciso momento un cohete rojo... un chorro terrible del tejado... ¡un raudal de chispas!... era el yunque, ¡que reventaba las vigas! todo saltaba, volaba, crepitaba en llamas... ¡Ah! ¡era aterrador!... ¡y muchas llamas más! el cometa, en el culo... ¡amarillas! ¡azules! ¡naranja! ¡todo un penacho!... ¡se arremolinaba en la atmósfera el yunque y su cola!... ¡Ah! no era el momento de admirar... Aquello iba a terminar espantosamente... ¿Qué experimentos habían podido hacer?... ¡No era el momento de ponerme a reflexionar!

«¡Virginia! ¡Virginia!», la llamé.

«Hello! Hello!»

«¡Adelante, nena!»

¡No la veía! estaba ahí... ¡muy cerca delante de mí! ¡Ah! ¡felicidad! jugaba al escondite entre los árboles con el conejo...

«¡Vamos, hala! ¡chiquilla!»

¡La arrastré! ¡No había que quedarse en aquella queli! Iban a pasar cosas horribles... Ya empezaba a habituarme... no quería que volvieran a sospechar de mí... el conejito se alejó de su lado... lanzó un grito...

Exactamente lo que yo pensaba... Habían abierto una bombona de un gas absolutamente especial que los había puesto enfermos, majaras desatados en el instante mismo... el ataque al cerebro... ¡como fieras enjauladas bramando y mordiendo!... ¡y lanzándose contra cualquier cosa!... ¡los monstruos humanos en acción!... ¡el arrebató terrible!... La primera bocanada es la peor y después una embriaguez, el *Ferocious 92*, toda la bombona en verdad... y aun un complemento, además, un frasquito, sellado con vidrio, el intracto de *Ferocious*... el gas metilometílico superdestilado a quince intractos, que no tenía igual en el mundo tocante a toxicidad, ataque... ¡un milicrón bastaba!... Su descubridor no salía de su asombro... Seguía presa de la sorpresa, era profesor en un liceo de Dorchester, de botánica, sólo dedicaba unas horas a la semana a los experimentos. Por entretenerse, en una palabra, había tratado el yperol con sales de metano y después lo había supercomprimido mediante vidrio filiforme y a tales superpresiones, además, ¡que de una tonelada resultaba un dedal!... ¡Con eso está dicha la intensidad! Se lo habían sorbido todo de una vez nuestros dos intrépidos, ¡una tonelada por cada ventana de la

nariz! El efecto, ¡en el acto! Conque instantáneamente se habían arrojado uno sobre el otro, amoratados, rojos de rabia, habían arremetido, se habían aporreado primero a puñetazos y después con utensilios, todo lo que había por allí había recibido lo suyo, todo el material de la queli, un destrozo atroz... El coronel, que había abrigado tantas dudas, que no quería verse liado, que no creía en los informes, que tanto dudaba del *Ferocious*, ¡ahora sabía a qué atenerse! ¡doscientos, trescientos puñetazos en la jeró, por la cólera de que había sido presa el otro!... Sólo, que las dos máscaras tan preciosas, con válvulas, con plumas, ya es que no tenían forma... estaban hechas añicos... el taller en un estado horrible, el techo desplomado sobre el entarimado, ya no quedaba ni una baldosa, ni una retorta, todos los aparatos hechos papilla, molidos, laminados en el suelo... Un espectáculo infecto... el delirio asesino total... Se habían endiñado porrazos de una forma increíble, insensata, fantástica de verdad... sin saber ni por qué ni cómo... Se habían lacerado, cortado, la cara a grandes trazos, de la nariz a la nuca, la piel, la carne, ¡arrancándose todo! con cizallas, con garlopa, cercenándose jirones sangrantes y después con escofina, grandes trozos de orejas. Al salir de su ataque, asquerosos, titubeantes, chorreantes, los ojos salidos de las órbitas, habían asustado a todo el mundo, ¡espantajos!... hasta sus perros huían de ellos y los domésticos aún más, daban gritos, la cocinera se puso enferma... ya se veían acusados de haber urdido alguna conspiración, de ser los asesinos de sus amos<sup>[235]</sup>... ¡Ah! ¡mal asunto! Querían avisar a la policía, que se aclarara todo en seguida, que no hubiera comentarios... El coronel se lo impidió, había recuperado la razón, toda su sangre fría, su certidumbre e incluso su tic de meón, de lanzar de pronto su grito, sin prevenir lo más mínimo, «*England rule the gases!*», con el brazo derecho bien alto así, ¡rígido en posición de firmes! de lo más inoportuno, y después tres veces seguidas, «*Hip hurray!*». El Sosthène, todo morado de los chichones, que le cubrían toda la cabeza, además de los cortes y la boca toda roja de coágulos, no quiso ser menos... lo imitó y de buen grado... «¡*Hip! ¡Hip! Hurray!*» ¡a voz en grito tres veces también!... No estaban resentidos el uno con el otro por haberse dado para el pelo con furia, al contrario parecía, los había como unido, de lo más amigos... Tuvieron que darle a la priva, festejarlo en seguida... Al menos tres frascos de whisky, Sosthène, que era, por su parte, bebedor de agua, quedó completamente trastornado. El coronel volvió a levantar el vaso cinco o seis veces más a la salud de su amigo Sosthène... *The gallant Frenchman*, lo llamaba... ¡y después por el rey Jorge V! ¡y luego por el gran *magnificent* Joffre! Así se iban acalorando... ¡Después por la *great* Sarah Bernhardt<sup>[236]</sup>! ¡y después por el rey Pedro de Serbia! ¡luego por la Dama de las Camelias!... ¡Sin olvidar a nadie! Así era, claro está, estaban totalmente de acuerdo el Sosthène y él en que había que empezar todo de nuevo, ¡toda su experiencia de principio a fin!... contentísimos de haber destrozado los pertrechos, todos los filtros, las micas, las chapas, en el arrebató *furious*, ¡que había estado bien hecho! ¡y además, qué hostia, de lo más útil! ¡qué trabajo purificador! ahora iban a empezar de nuevo, ¡y con métodos muy distintos! procedimientos irreconocibles,

patentes mucho más astutas, ¡imposibles de imaginar siquiera como sutilezas de la astucia! ¡ah! que yo no podía, qué leche, concebir siquiera, ¡pobre mierdica de mí!... que es que se cachondeaban de mi estupor con intenso y perverso recochineo ante la perspectiva de las conmociones, de los prodigios... Los gases homicidas *Ferocious* les habían enseñado muchas cosas, en resumidas cuentas. Era innegable, en definitiva... El colosal caneo los había como despertado, los había sacado de su confianza imbécil... Los había templado, ¡soldados en cuerpo y alma! ¡ahora se encontraban en plena forma! Todo había quedado en entredicho... sus máscaras eran insuficientes, había quedado demostrado, ¡todo el material por renovar a menos de cuatro semanas del concurso!... ¡en verdad peliagudo! ¡Ni un minuto que perder! Se endiñaban unas palmadas afectuosas como para derribar a un buey, las del colono sobre todo eran increíbles... un chichirivainas como él mandaba a Sosthène a tres o cuatro metros contra las paredes... a valsar todas las veces... Era extraordinario, en una palabra, que, ya que estaban, no se hubieran asesinado... no podía por menos de pensarlo yo al contemplarlos... Lo que les había salvado la vida habían sido los protectores, todos los rellenos pegados a las máscaras, sus altas cimeras con pelo de cepillo y toda la pesca, el tipo alto, griego, medusas y gorgonas, guerreros del Peloponeso... Con eso habían recibido bien los golpes, les había salvado la jeta, hay que reconocerlo... pero ¡había que empezarlo todo de nuevo! ¡ah! ¡absolutamente en el mismo estilo! ¡ornamento! ¡ornamento! Incluso las válvulas de admisión, los cierres neumáticos, nada que no tuviera grabados, cercos y ribetes de plata pura... ¡Ornamento! ¡ornamento! El coronel lo exigía por doquier... No había que suprimirles nada, ni una pluma, ni un penacho... Yo debía encontrar un boa, su pluma magnífica, siete guineas, para coronar su chapiri, su mecanismo en la cabeza...

«¡Todo por la presentación!»

Era su lema... ¡la mecánica elegante!

«*Smart! Smart! we will be smart!*» Estaba empeñado... «¡estaremos elegantes! *Smart first!*»

Según él, la presentación era la mitad del concurso. Lo primero impresionar a los miembros, que el jurado se empapara... y después la técnica, las maravillas de sus válvulas blandas, de los colectores reversibles...

«*Smart and efficient!... and different!*»

«*Different*» entendido en el sentido inglés... original... irresistible... ¡La cosa prometía!... Como habían destruido todo con su rabia tónica, todo el piso estaba muy chungo, el laboratorio hecho añicos, iba a poder divertirme, ¡najar un poco por la ciudad! Surtir de material, ir a buscar la chatarra, las abrazaderas, los productos de cristal, todo lo que habían roto, reventado, derramado, eso me iba...

Hasta Soho, Tottenham, tendría que najar, hasta Broms para los colectores, las válvulas, en las fábricas muy especializadas, más allá de Shislerhurst, donde calibraban las micas con la finura de las filigranas, ¡por todo Londres y los dominios! ¡Ah! ¡allí tenía que andarme con un cuidadito de la leche! ¡no equivocarme ni un



milicrón, un cuarto de pelo, un soplo, una pestaña! ¡Era de una importancia tremenda la mica protectora de los ojos!... Tenía que encontrar fruslerías aún más estrafalarias, filtros de tungsteno, agujas imantadas, rubíes en polvo, lo habían carbonizado todo... Al verme volver de pesca, ¡los proveedores iban a chanelar!... no podía decirles lo que ocurría... tenía que instarles, de todos modos, perder el culo, ¡no olvidar nada!... El coronel era imperioso, sólo quería adornos magníficos.

«*Gas masks! Gas birds!* ¡Aves de los gases!»

Ésa era su idea... Sobre todo después de lo del *Ferocious*. Sosthène estaba totalmente de acuerdo.

Reflexionamos un poquito... Representaba una sumita que para qué, renovar todos los cachivaches... le iba a hacer pupa, sobre todo porque los precios subían como flechas, había crisis de existencias... ¡Ah! ya me veía yo corriendo pero bien... examinamos la situación... dos, tres semanas iba a necesitar por lo menos... sobre todo, para los pequeños fabricantes metidos en rincones inverosímiles... a pie, en autobús iría y no me divertiría... en taxi para las placas de chapa y las retortas, tan frágiles.

Si me lanzaba de la mañana a la noche, perdía el culo como una cebra, tal vez lo consiguiera en quince... veinte días... calculamos más o menos, es decir, sólo lo esencial...

Aquellas perspectivas de carreras por doquier me recordaron a Nelson, ¡el as, ése, de los recados!... ¡Ése se conocía su Londres! Debía de estar siguiéndonos la pista en aquel momento... Desde que le había hecho la pirula yo, debía de estar loco por dar conmigo... Más valía que no me lo encontrara por mi camino... Por fortuna, ¡Londres es un caos, una enormidad increíble!... a menos que me pusiera a tiro... que volviese a merodear por Trafalgar... que me divirtiera con el riesgo... Volvimos a hablar un poco del parné, cuánto costaría más o menos el reabastecimiento... todo lo que habían destrozado, pulverizado con su furia, no se podía saber exacto, pero no mucho menos de setecientas, ochocientas libras... Era una pasta gansa en aquella época... ya me veía con una buena sisa... Y no nos ocuparíamos del techo, que tenía un agujero de sus buenos quince metros, todas las tejas por el aire, reventadas... Habían hecho saltar las traviesas con molinetes de mango de pico... Habían hecho algo mejor aún... habían atacado las paredes con piqueta de minero... ¡Un poco más y se habría venido abajo todo! No era un gas guasón el *Ferocious 86*... No se andaba con chiquitas... Sosthène se aplicaba compresas con vulnerario, con coñac, en todos los cardenales... tenía la cabeza cubierta... Yo lo puse bajo el grifo... habíamos ido al *office*... Era lo único que servía, el agua corriente... Aun así, gemía...

«Esto no puede ser, chico... no puede ser...»

Se quejaba, fuerte incluso... y después con amargas lágrimas... no quería volver a ver al coronel...

«¡Y una leche! ¡tú vuelves! ¿cómo vamos a comer, chorra?»

Era cierto, ésa era la cuestión... *beef or not beef*...

«¡Ah! ¡tú lo tienes fácil! ¡te lo tomas a cachondeo! ¡cómo se nota que no eres tú el que aspira!»

Entonces se puso a carraspear, a asfixiarse, para avergonzarme bien...

«Si los demás la palman, te la trae floja, ¡tú lo ves desde la barrera! Te voy a decir dos palabritas, majo... ¡No! ¡ya te lo diré esta noche!...»

Bicho y viperino, así era el manús... ¡Ah! me asqueaba... No podíamos ponernos a parir, estábamos a la mesa, teníamos que acabar rápido, el coronel tenía prisa... De todos modos, unas palabritas a Virginia, justo al pasar... «La adoro... *I love you*...» La comida a toda leche... la oración... volvimos a subir, no se había prolongado... Sosthène me precedía... cojeaba lastimoso... las piaba a cada escalón... más herido que yo, ¡cien veces peor!... ya es que no pinreleaba, reptaba... una vez arriba, se arrojó sobre la piltra, se desplomó...

«¡No! ¡amigo mío! ¡No!...», me exclamó.

¡Ya sólo sabía decir eso! «¡No! ¡No! ¡No!...» Se negaba al servicio... ¡Ah! ¡qué catástrofe!... ¡qué pingo!...

¡Vi lo que pasaba! ¡acabado el jugueteo! el payaso no podía más...

«¡Vamos!», ¡lo zarandeeé! «¡Hale, abuelo! ¡Se va a poner malo! ¡lo que hay que hacer es escaquearse! ¡y se acabó! ¡hay que guillarse! ¡No se lo tendré en cuenta! Ya no puede más, ¿eh? ¡está *finish*! Pues, ¡mándelo todo a paseo!»

«¿Mandarlo a paseo yo? ¿A paseo? ¿de dónde saca eso este pilluelo? ¡Ah! ¡mentirosillo!»

Lo había herido en lo más vivo, saltó, pataleó...

«¡Víbora! ¡Sapo!», me llamó... «¡Mala fe! ¡chivato!»

Me colmó de insultos. De lo más repentino.

«¿Acaso he dicho yo que no quisiera seguir? ¡Hay que ver qué golfo! ¿Por quién me toma, la Virgen? ¿Por un gallina de su estilo? ¡Ferdinand Canguelo!»

Se reía sarcástico, en plan bravucón... Ya no lo reconocía yo... Se chungueaba de mi menda... que si le hacía mucha gracia con mis cobardes suposiciones...

«¿Tengo miedo yo del gas, chinorri?... ¡Repítelo, anda! ¡Hay que ver!»

Galleaba, sacaba pecho...

«¡El amor al peligro, pilluelo! ¡así me llamo yo!»

Forzaba su flaco pecho...

«¡Yo no me busco coartadas! ¡Yo no me hago el mutilado! Si hay que aspirar, ¡voy y aspiro por Ferdinand yo! Sufrir, ¡voy y sufro yo! Si hay que morir por Ferdinand, ¡voy y muero yo! ¡Sosthène! ¡Presente! ¡Ya está! ¡Una palabra!»

¡Toma castaña! ¡Le había levantado la moral yo! Ya es que no podía quedarse quieto...

«¡Perdón! ¡Maestro! ¡Perdón!»

Me eché atrás farfullando... pero él no quería aceptar mis excusas... insistía en mi necedad...

«¡Carece usted de matices, Ferdinand! ¡Ni uno solo! tosco, torpe, palurdo...

¡primate Ferdinand! ¡eso!»

Me abrumaba...

«¡Afínese, cacho tarugo! ¡Adquiera matices! ¡Aprenda! ¡Haga un esfuerzo, hombre! ¡inténtelo al menos! ¡inténtelo! Mire cómo vivo yo un poquito... Intente comprender... ¡Aprecie! ¡No destroce! Ya me ve usted ahí, en plena lucha... ¡yo lucho! ¡lucho! ¡eso es! Un poco conmocionado, no hay duda... ¡no por ello me he desplomado!... ¡No se precipite en las conclusiones!... Soy de naturaleza expansiva... ¡Admire! ¡Siga mi ejemplo! ¡Guárdese sus reflexiones para usted! ¡idiotas!... ¡Propala usted infamias! ¡mi naufragio! ¡mi hundimiento! ¡Alto! ¡Un momento! ¡Qué rostro! ¡Anda usted gritando eso por los tejados! ¡Acabado, Sosthène! ¡esponja! ¡telón! ¡el viejo gracioso! ¡Alto ahí! ¡muchacho!»

Se crecía, resoplaba... la tira de suspiros... de sobreentendidos... ¡Ah! ¡la comedia! ¡el cabrón!... ¡Era puro vicio, ese bandido!... le dejé charlar... Quería herirme el amor propio... que me animara con las proezas... ya me lo veía venir... ¡el héroe otra vez! que aspirara yo el gas *Ferocious*... ¡se empeñaba cosa mala! ¡Nanay, majo!... ¡Ya me lo veía! Inmediatamente lo desengañé...

«Las máscaras, señor Sosthène, son para su jeró, ¡no para mí!... ¡Es usted el ingeniero de las técnicas!... ¡yo ni mucho menos! ¡Usted es quien tiene toda la confianza, señor Chaveta! ¡El coronel lo tiene en palmitas! ¡Yo estoy totalmente deshonorado! ¡De sobra lo sabe usted! Yo no puedo participar en sus tejemanejes, ¡soy un ratero, señor Sosthène! ¡Birlé el mercurio! ¡Recuérdelo! ¡Dése cuenta! ¡Ya no quiere ni verme, su patrón! ¡cosa muy natural! ¿Tocar sus máscaras? ¡Ni pensarlo! ¡Soy un tunante de lo más indigno! ¡Qué dirían en el *WarOffice*?»

Ése era un argumento de verdad... no era yo presentable lo más mínimo... no le quedó más remedio que convenir... un réprobo, un bandido, un asesino... Eso era yo en persona... mil veces peor que él... le habría hecho llorar con mi caso... Había encontrado el tono, las palabras idóneas... Al instante nos reconciliamos... yo me había rebajado hasta más abajo del suelo... Se volvió muy razonable... e incluso de acuerdo, al final, en que debíamos entendernos en adelante, que las disputas no conducían a nada... ¡que debíamos unirnos, la leche puta, con tesón y contra todo!... nos juramos acto seguido un pacto invencible... ¡de por vida y con sangre!... que íbamos a combatir los peligros... fueran cuales fuesen y cogidos de la mano... ¡ah! los suyos, primero, los más graves... claro está... Tenía que prepararse para las pruebas... ¡Había que ver qué proeza!... ¡las máscaras, el coronel, los gases, todo!... Yo había traído el prospecto, la fecha, el sitio incluso... al cabo de un mes más o menos...

«Vas a tener el tiempo justo, Sosthène...»

¡Y lo decía en serio! no quería que se dispersara... quería que se preparase... yo solito me ocuparía de los recados... lo suyo era el saber, la técnica... y la magia también, claro está... si quería preservarse, no palmarla con bocanadas mortales... así era su método sin duda... bastante me lo había alabado... tenía que volverse amable a

los encantos, a las ondas de *Vega*... que atrajera las gracias... si no, la palmaría más que seguro... las máscaras tendrían agujeros por todos lados... Perecería con el matarratas... ¡necesitaba una magia! Ni la menor confianza en el coronel... sus aparatos, chismes de lo más chungos, reabastecidos o en pedazos... Eran datos deprimentes... ¡Ah! pero ¡no debía escaquearse! ¡Me lo conocía yo a mi bandido! tunela tramposo y sin palabra... y camelista, además... no renunciaría, el muy macarra... bien que esperaba que yo acabara por fuerza cediendo... que aspirase un poquito... lo ayudaría para ver... ¡Espera, monín! Yo lo diquelaba, tenía la sartén por el mango...

«¿Y la *Vega*?», fui y le solté... ¡Ah! estaba yo indignado... ¿Es que ya no existía la *Vega*? Tenía que darme cuentas... «¡Bastante me lo puso por las nubes!...» ¡Se lo había traído yo el dichoso libraco! «¡Yo se lo robé a su mujer! ¡Bien que valía la pena! ¡Lo robo todo para usted!» Le avergoncé otra vez... «¿Es que ya no quiere saber nada ahora?»

«¡Sí! ¡Sí!», me farfulló...

Se ablandó... yo me metí bajo la piltra... saqué el objeto... los doce kilos... Menudo si me había costado... ¡Qué peso! ¡Qué volumen!

«Pues, ¡aquí está!», fui y le dije... «¡Aquí está!»

Lo abrí por todo el medio... miramos... era en plenas danzas... se quedó atontado...

«Entonces, ¿ya no lo excita, abuelo lelo?»

«¿Lelo yo? ¿Lelo yo?»

¡Ah! se reanimó inmediatamente... ya lo tenía nervioso otra vez... Sólo, que otra vez con melindres... no quería volver a brincar tal cual... Necesitaba decorado... echar primero todas las cortinas, las dobles ventanas, etc., las persianas y toda la pesca... y, además, los burletes... absolutamente herméticos... y que fuera yo a buscarle velas... extravagancias... pero que conserváramos, de todos modos, las bombillas... sólo, que veladas, casi grises... ¡El maníaco! ¡el piojo!... No acababa ahí la cosa... ahora tenía que cambiarse de traje... tenía que volverse a vestir de chino, era indispensable, al parecer... si no, imposible encanto alguno... yo participaba también, me explicó... por fin capté... comprendí un poquito... mi papel era el acompañamiento... el suyo, la danza, la magia... yo, los palillos... golpeé el borde de la cama ¡*tac!*... ¡*tac!*... ¡*tac!*... variaba con sus muecas... muy vivo, muy vivo, después más lento... a cada contorsión... ¡aún me estoy riendo!... ¡Había que hacerlo todo!... supuestamente según las figuras, los abigarramientos del *Vega*... Miró, miré, nos embrollamos... quería ¡*ta...* *ta...* *tap!*... ¡*tap!* ¡Lo más difícil!... ¡y que chirriara! ¡que crepitase!... furioso, en una palabra... no teníamos palillos, a decir verdad... era con dos mangos de cuchillo... ¡Tenía que echar el resto!... y, además, es que el brazo me dolía en cuanto forzaba... a él le daba igual, ¡mala suerte! Seco y nervioso, eso era lo que pedía... Conque cogí los cepillos de dientes, al fin y al cabo era más vivo... ¡un tictac mucho más seco, desde luego! y después aún más

rápido con dos cucharas... Habría podido ser divertido, si no me hubiera dolido el brazo... tampoco me explicaba bien el momento de atacar... ¿exactamente con qué meneíto circular de la pierna?... y después aflojar, ¿con qué risita? Había risita en el *Vega*, la figura budista... todo eso en el gran libro, todo explicado en jeroglíficos... me comentaba cada una de las imágenes... me las iba descifrando... ¡adelante con las ciencias orientales!... Sobre todo farfullaba mucho... Bastaba con mirar, en una palabra... y después imitar, ¡si se podía!... ¡Ah! ¡eran unas viñetas preciosas! todas las posiciones de la danza, el traje, el mohín, el sable, por figuritas, por personajes, los brahmanes en cada convulsión... todos contoneando el bul, ¡los brazos, las piernas, los pies por el aire!... de un pie al otro... los mohínes y anchas sonrisas, rictus de monstruos... después nos maquillaríamos igualitos, minuciosamente... con colorido... de la cabeza a los pies... por supuesto... ¡la ilusión perfecta!... ¡Sosthène no quería cualquier cosa!... terco en eso, maníaco... Yo me equivocaba mucho... *La consagración del encanto*, se llamaba... Me costaba entender... Tenía que acompañar con finura... en plena música de los espíritus... mi ¡*top! top! tac! tac!* ¡chachi!... en el fondo era muy de chiquillos... Alzaba un pie y después el otro... ¡*top! top! tac! tac!*... Volvía el brazo así ¡*top! top! tac! tac!*... Ponía jeta de espanto, los ojos fuera de las órbitas... ¡*Tag! Tag! Pif! Pif!* mi parte... se contorsionaba las manos con las palmas del revés tras la nuca... se forzaba los codos en cruz... un esfuerzo muy duro... sin parar de menear, contonear las nalgas... y al mismo tiempo los grandes meneos en redondo con los muslos... yo, ¡*tag! tag! da! ga! dag! ga! dam!*... ¡vamos ya! ¡Uf! se desplomaba sin aliento... ¡descanso! así el adagio premonitorio... repetía yo la expresión... Debía infundir el talante al espíritu... al parecer... según sus palabras... se desentumecía un poquito, ¡y hale! ¡a seguir!... jadeante aún... otro lance místico... exactamente como en el libro... se maltrataba, no se daba la menor tregua... el contoneo de la parte de arriba del cuerpo de delante hacia atrás, con estremecimientos de los hombros hasta la punta de los dedos... tipo castañuelas en falanges... todo ello puntuado por mis ¡*top! top!*... pequeñas crepitaciones muy menudas... casi imperceptibles... la finura delicada... ¡*tac! tac! tac!*... el «Skopta para la paz de las almas»... ése era el término del texto hindú... y aún era sólo un prefacio, ¡la iniciación a los misterios!... ¡ahora entrábamos en escena!... ¡Ah! ¡lo que iba a ver yo! ¡la ceremonia! Me avisaba que me agarrase, para que no se me aturullara la cabeza... ¡íbamos a abordar el Encantamiento! ¡el meollo, el cogollo, del ballet!... ¡Él era el celebrante, el mago! ¡Ah! ¡iba a ver yo qué ejercicio! Primero tenía que alzarse las faldas, que nada estorbara el ardor de los saltos, el fervor del vuelo... Todo eso estaba bien explicado, dibujado, preciso... no se habría desviado ni una milésima de pelo... había que echar el resto, la tensión extrema... el impulso del más allá, hasta el extremo mismo del cuarto... llegaba con cabriolas y rebotaba, ¡*pflom!* ¡en pleno centro!... ¡un brinco terrible para un flacucho semejante! un choque como para descolgar los cuadros... ¡nunca lo habría imaginado yo tan pesado!... ¡algo sobrenatural!... un ruido de trituración de techo... el agua

saltaba del lavabo... ¡temblor de tierra!... ¡el rayo! No se podía negar, era mágico... Con las faldas alzadas... le grité desde mi piltra...

«Eres mágico, ¡qué tío! ¡mágico!»

¡Quería darle gusto!... no podía evitarlo... ¡Ah! después me cachondeé... él no entendía nada... Volvió desde el rincón... con las manos en forma de asas por encima de su cabeza... guirnalda sagrada... con pasitos muy graciosos, casi de puntillas... melindroso... tímida odalisca... me contoneaba las caderas, me hacía guiños... yo lo miraba atravesado... lo amedrentaba... volvía todo furioso, arrogante... me fruncía el ceño, me amenazaba, me enseñaba el dibujo... estaba molesto, ¡bien que era la mímica exacta!... el tipo del dragón en la página, no se lo negaba yo... sólo faltaban llamas por toda la mui... resoplaba para eso, carraspeaba... ¡escupiría llamas, seguro, el día que quisiera!... había que verlo ahora, cómo se agitaba, cómo se forzaba... él, que no tenía facha a primera vista, enclenque, debilucho, pálido como papel cebolla, había que verlo ahora, ¡entonadísimo! ¡un torbellino! ¡ya es que te embriagaba! ¡y, encima, tirano! ¡nunca hacía yo mis *tac* a tiempo!... me regañaba, me pinchaba... estaba en todas partes a un tiempo... yo no podía con mi mano... arreaba a la zaga... la cicatriz en la muñeca me interrumpía... le traía sin cuidado, ya no podía estarse quieto, tenía yo que acelerar, eso desde luego, debía hacer tictac a una velocidad terrible... él era presa de la desazón, se entregaba con ganas... una mímica extraordinaria... representaba dos monstruos a la vez, como en la ilustración del libro... ¡ahora se peleaban en todos los sentidos!... ¡en su propio cuerpo! me lo vociferaba, que no me quedara agilipollado, ¡sólo mirando!... ¡tenía que hacer tictac, la leche puta!... ¡ahora comenzaba la tragedia! ¡era su gran momento!... un dragón en el culo, al parecer, el otro en pleno pecho... iban a saltarse sobre las defensas, ¡el combate a muerte!... Eso ocurría dentro del Sosthène entero, en su propio cuerpo... se replegó convulso, descuajaringado... rodó por la alfombra, lanzando *hix* y *hoax*, rugidos de monstruos... Era él la batalla enteramente, él los dos monstruos al asalto... sus miembros se enmarañaban... era horroroso... en el interior de su cuerpecín... se arrinconó retorcido en la puerta... si se abría, iba a descuartizarse... la zurra de los animales... se alejó, se arrastró bajo la mesa, bramaba, pataleaba... gemía, escupía, se encorvaba, se mordía las piernas a dentelladas, se hacía sangre, se batía atroz contra sí mismo... iba a devorarse completamente... la refriega de los dragones... peor aún que el *Ferocious*... todos sus huesos crujían... se engullía glotón... un espectáculo infernal... ya no bastaban mis tictacs, tenía que acompañar con violencia... tenía que golpear con la palma... acompasarla al vuelo... iba a demolerme el brazo que me quedaba... el sobo con ganas de los dragones... tenía que excitar a los monstruos a la carnicería... debía vociferar, además, ¡*hoax!* ¡*hoax!* cada vez que él rodaba por la alfombra... Exigía, me increpaba, me enardecía... Me dejé llevar, era fatal... ¡berreé más fuerte que él!... Quería dominarme, de todos modos... «¡Esto sólo es un ensayo aún!», me gritó al vuelo. Me moderaba... Entonces, ¿hasta dónde iba a llegar? Estaba tan ardiente, tan exaltado, que apenas tenía tiempo de

saltar, detenerse en el centro del cuarto, diquelar su modelo en el libraco, ¡y *pfrrt!* ¡volver a salir en trenzado! ¡otro rigodón! ¡yo redoblaba! «¡Sigue! ¡Sigue!», me pinchaba él...

¡Ah! ¡qué déspota! ¡qué arrogancia! ¡La tortura lo exaltaba! ¡era presa sin remedio de los dragones! sus garras le laceraban las entrañas... habría sido imposible sin magia... de eso no cabía duda... yo me hacía trozos, me esforzaba... siempre iba rezagado, de todos modos... el brazo me incapacitaba... me daba unas descargas como para aullar... tiraba demasiado fuerte de las costuras... no era mala voluntad... ya no me veía las manos de tanto agitarme... hacia tictacs tan crepitantes, que el cobre humeaba... toda la barra estaba roja... mis huesos de los brazos, de las manos, de los nervios, ardían también... sacudidas, rayos me molían el hombro... a él lo estimulaba mi padecer... le gustaba el sufrimiento... ¡sólo lo excitaba el mártir!...

«¡Bravo, querubín!», me chilló...

Yo tenía toda la mano en llamas de tanto darle a mis palitos... ¡aún más rápido! ¡me ensañaba!... hervía, me zarandeaba... me volvía aún más majara que él... La verdadera danza sagrada, ¡eso desde luego! ¡La nuestra! ¡la gran sacudida!

«¡Ya está! ¡Ya está!», exclamé... Yo ya gozaba...

«¡Ya lo tenemos, Sosthène!», grité...

«¡Qué va, capullo!», me soltó con mala leche... «Y el claro de luna, ¿qué?»

¿El claro de luna? ¡Ah! ¡el macaco! ¡Me partía por la mitad! ¡Con lo que me había afanado yo! ¡A mí no me iba a pescar más! ¡Nos mataba por un ejercicio! ¡Me reventaba de fatiga! ¡Ah! ¡el asqueroso! ¡Ah! ¡el Goâ! ¡el encanto de los cojones! ¡Yo ya no me sentía los miembros de agotamiento! ¡Se estaba quedando conmigo! ¡Ascendería a «armoide» él solito, vencedor de los arkiosaurios, de los monstruos! ¡Yo no quería más culicontoneo! ¡Estaba baldado! ¡ya no podía resistir a las cresas! ¡la ferocidad de alma y cuerpo! ¡Solito iba ir él a tomar por saco! ¡Ah! pero ¡él no lo veía así!

«Y las cresas, ¿qué? ¿Eh? si te detienes, ¡será la muerte en pleno desenfreno! ¡El átomo nos fulminará!»

¡Ah! ¡ya estaba yo guapo otra vez! ¿qué más andaba trajinando? ¿En qué berenjenal me iba a meter? ¿En qué ondas? «¡Los dragones te deglutirán, si no le das más!» ¡Ahí tenía las condiciones! Era chantaje, ¡ya lo creo! Volvía a verme obligado a hacer el indio...

«¡Estás en la cuarta potencia!», me gritó al vuelo...

¡Para lo que me servía! ¡Tenía que ponerme a darle otra vez! ¡Veía todo doble, triple, cuádruple!... Veía a Sosthène con treinta y seis cabezas y la tira de colas de dragón alrededor, pegadas, soltando jugo, con grandes escamas, formaban un batiburrillo, un torbellino de carnes y huesos en el centro del cuarto, un ovillo enorme, papilla furiosa, de la que brotaban chorros de baba, surtidores ardientes hasta el techo... todo eso agitaba, convulsionaba toda la masa palpitante, toda la maraña de los nudos, golpeando, rebotando contra las paredes... e injurias espantosas que

estallaban a cada instante... rugidos de monstruos... y, además, la chillona voz de Sosthène, que salía del viscoso amasijo, de los abultados entrelazamientos de tentáculos... Yo permanecía ante aquello aterrado... ¡no podía flaquear! me había avisado él... un desfallecimiento por mi parte, ¡y habría sido el huracán cósmico! ¡no nos libraríamos! Si cesaba yo mis tictacs un segundo, ¡las cresas nos cogerían por banda! sería el horror... ¡resultaríamos vaporizados crudos! el peligro era tremendo... Estaba relatado todo en el libro... los ritos, las precauciones que tomar, la mímica sagrada... Se lo conocía todo eso, Sosthène, al dedillo... De momento, en todos los casos, apenas podía percibir yo en el centro de la barahúnda... sino una, dos cabezas aquí y allá... en un momento todo se detuvo... se desplomó en bloque... cayó todo sobre la alfombra... toda la carne furiosa... los monstruos soplaban como forjas... fatigados también ellos seguramente... después se les cayeron las escamas, los aderezos, las inmensas aletas... sus como alas de nácar... todo aquello se disipó ante mis ojos... evaporado en una nubecilla... no quedó sino el Sosthène ahí del caos, de la batalla, único subsistente, desnudo como un gusano, pálido y grisáceo... Lo interpele:

«Bueno, ¿qué? ¿Tienes ya bastante?»

«¡Vamos!», me replicó hosco. «¡Al trabajo!»

Se acurrucó en el suelo... se tentó la cabeza... de lo más pensativo... meditaba, mascullaba... la inspiración en la jeta... Esta vez era con los diablos... ¡era pero que muy distinto! ni el mismo ritmo ni mucho menos, ni la misma boga... Otra historia completamente... Se trataba de una escena de encanto, una giga realzada y saltarina, una figura vivaracha... había que excitar a los demonios... seducirlos con guiños muy vivos... lo primero... hechizarlos con picardía... culebros, claro está, del bul... pero en plan pilluelo vivaracho, ya no viscoso tropical, los sortilegios zafios, corridas de monstruos... ¡Ah! ¡en modo alguno!... ¡muy otro asunto!... ahora era todo con finura... la astucia según el texto, me lo explicó, era divertir a los malditos, aturdirlos con chistes verdes y después darles para el pelo en el descuido... aprovechar... para dominarlos a base de guasa... y después, una vez entregados al placer, agitados por intenso cachondeo, cuando ya no prestaban atención a nada, entonces entraba yo en el trance... ¡era mi momento! yo les pasaba por detrás de la cabeza y los mataba uno a uno... ¡a porrazos en la boca! ¡y *toc!* ¡y *toc!* ¡te pillé! aprovechaba las circunstancias, que se meaban de risa, que ya no hacían caso de nada... ¡me los aplastaba!... ¡Ah! ¡era hábil! De momento, claro está, sólo hacía las mímicas... ¡y aúpa! ¡y aúpa! tenía que brincar, ¡que no veas!... ¡me aplicaba con ganas! según las escrituras del libro, debía cargarme a doce demonios... ahí, uno tras otro, sobre la marcha... Él me explicaba bien el gesto mágico... Cómo debía golpear desde arriba...

«¡Yo la hice durante catorce años, la danza de los bambúes! Te imaginas que eres el príncipe Gorlor<sup>[237]</sup>... ¡Les metes un viaje con todas tus fuerzas!»

Me mostraba su estilo, ¡un brío! ¡y presuntuoso!

«Yo salía volando, ¡puedes creerme!... ¡no me sentía el cuerpo!»



Las comparaciones... ¡viperino!... Entretanto, ya no se tenía en pie...

«¡Tururú! ¡viejo gilipollas!»

¡Lo senté!... tan agotado, que le fallaban las piernas... tenía tembleque en las manos con el compás... Se lo enseñé un poco... Estaba empapado... me senté a su lado... no había nada abierto en aquella queli... había un espeso vaho de sudor, nos asfixiábamos... él tenía que hablar, de todos modos, carraspeaba, tosía... me repitió lo del Príncipe... cómo debía asestar... Al hablar de las cosas, de los triunfos, le vinieron los recuerdos... años 98 al 15... ¡el Prodigio del Pacífico!... Ya estaba lanzado otra vez...

«Pépé la Celeste la llamaban... ¡tú fíjate!... Con su vestido blanco de lamé azul... ¡Es como si la viera! ¡No te puedes imaginar!... ¡Una orquesta brahmaputra completa! ¡Todo el orfeón de los Deltas! ¡tres faquires birmanos con timbales! ¡más trece pífanos negros de Ceilán! ¡Conjunto nunca visto! Ya no era un número, ¡era la gran maravilla mística! ¡una orgía de las ondas! ¡Todos los periódicos desde Chipre hasta El Cabo! ¡en catorce columnas, chavalín! ¡de Suez a Tokio! ¡Tendrías que haber visto un poquito a mi Pépé planear por encima de los demonios! ¡No hay quien la reconozca hoy! Se la llevaban las ondas, envuelta en el encanto, transportada, te atravesaba la atmósfera sin ningún esfuerzo, ¡un ave! ¡de tan bella que era la música! ... ¡las cresas en trombas, amigo mío! ¡eso era lo que camelaba! ¡invisibles! ¡con eso te haces una idea! Pero ¡muy pequeña, pobre chavea! una tormenta tan sobrecogedora de pífanos, ¡que ya es que no sabías dónde estabas! ¡Es que volabas, vamos! ¡y los oyentes! con frecuencia había que agarrarlos... te los encontrabas por todos lados, en todos los palcos del teatro... Menuda maravilla era aquello... ¡no precisamente un espectáculo en el que te murieras de asco!»

Lo entonaba al segundo, lo reanimaba milagrosamente, la evocación de aquellos grandes momentos...

«¡No se volverá a ver una cosa igual!...»

Los recuerdos surtían un efecto... ya estaba resoplando, brincando... así, en pelota viva... quería imitarme a la Pépé... quería que me diera cuenta de verdad de cómo bogaba por el espacio, la gracia de sus velos azul cielo... el compás en tres tiempos de los brazos... ¡el vals «rayo de alma»!... la gran transferencia magnética... que apreciara la calidad... ¡Todo ello a once metros del suelo! ¡que no lo olvidase! ¡Sin red!... ningún accesorio de ninguna clase... ¡sólo los efluvios del encantamiento! ¡y la música hechicera! ¡Pépé la Celeste!

«¡Vete a hacer eso ahora al *Empire* o incluso al *Hippodrome London* con los jamalajás de hoy! ¡Vas a estar guapo! ¡Ya sólo entienden lo de vengarápido! los tenores sin huevos, las *girls* culos con resorte... ¡piernas por doquier! ¡zim! ¡bum! ¡bum! ¡la tira de proyectores! ¡ahí van las momias! ¡duro ahí con el jazz! ¡No valen un pimiento sus *Varietys*! ¡Te revuelven el vientre y se acabó! ¡Te lo digo sin cuentos! Si se ponen a enseñarte el Oriente, ¡entonces ya es que te da más que vergüenza! ¡Las chunguitas de los zocos, la hez de escoria etíope que te endiñan! ¡Cosa fina, te lo digo

yo!... todos los tarados de los muelles de Adén maqueados de clonatis, ¡ya ves tú sus ilusiones!... ¡y te los traen de gala! ¡Como para hundir la verbena de Neuneu<sup>[238]</sup>! ¡Ya ves tú! ¡hecho! ¡un triunfo! ¡se pirran!... ¡Todo el mundo contento! aplauden, ¡se rompen las manos! ¡Tendrías que verlos! ¡Ya no quedan espectadores! ¿Qué le puedo hacer yo, tan maleta? ¡Vamos! ¡Venga! ¡a mis asuntos! ¡Me deslomé en balde! ¡Veintidós años seguidos! ¿oyes, monín? ¡Sólo les gusta la mierda! ¡Son unos opacos y se acabó! No voy a morir de pena... ¡Ah! ¡no! ¡enseguidita!... Tú también, en una palabra, ¡eres un opaco!...»

Me miraba receloso...

«¡Qué opaco eres! ¡eh, chorra! Yo me entrego, ¡y a ti te la trae floja! Tú de espectador... Quizá te fatigüe también...»

Me provocaba con ganas, descarado ahora... Era inaudito en un sentido... que un minuto antes estuviera muerto... ¡Ah! ¡maldito manús!

«¡Hale! ¡Venga! ¡enseña el bul!...»

De repente lo ponía contento yo, ¡ojalá la diñara!...

«¡Hale, chorbo, menéate!»

Ya estaba, vuelta a empezar, sólo que ahora de otra manera... Como me pareciese a mí, con los ruidos... No aporreaba yo mal, la verdad... obtenía ya ráfagas, aguaceros de tictacs muy graciosos... Ni siquiera él lo superaba... Me defendía con arte... ¡Qué borde, el negro!... y, pese a mi brazo a la virulé, mi pata chula, saltaba de mis tictacs a los demonios con una agilidad que para qué... ¡me los mataba de un viaje! ¡los diez y tracatá! ¡visto y no visto!... No fallaba... En lo que apencaba pero bien era con los gritos de cólera... ¡Chaúú! ¡Chaúú! mi partitura... la gata furiosa... en el momento preciso en que él debía arañarme y volver a saltar a su giga... no me lucía, lo reconozco, lo escupía todo al tuntún... Para empezar, estaba baldado, rilado...

«¡Otra vez!», suspiraba yo...

Llevábamos horas maltratándonos... aquello tenía que acabar... El diablo en el bul, vamos, aquel bullatis macaco, y pese a la edad, el caneo y todo... con la mui de través de los cates, las napias trufadas, los ojos a la virulé, ¡faroleaba, de todos modos, el jodío! ¡Tenía que agotarme yo!... Me sacaba de mis casillas...

«¡Mira que eres cabezón, joder! ¡cállate!»

Aun así, me explicaba, se empeñaba...

«¡Mira, hombre! ¡Mira bien, chavea!»

Ya volvía a sacar las imágenes, a abrir el libro, a detallarme, no me perdonaba nada... era maravilloso... Que si le volvía a dar una idea... ¡ah! pero es que chipendi...

«Tendrías que poder retener las palabras... después irías recitándomelas al compás... justo una frase... con la cadencia... en el instante en que acometa yo... con la pierna...»

«¡Ah! ¡estás desbarrando, chorra!»

¡Iba a aprender yo el hindú al vuelo!... Lo intentaba... Nada... Para pronunciar, me desollaba la lengua, me asfixiaba... ¡Me enfadé! ¡se estaba quedando conmigo!

«Cada cual con su estilo, señor Sosthène... usted, ¿el inglés no es su fuerte? Pues pruebe, a ver, su *thou*, ¡para que nos riamos juntos! Yo, mire, ¡en el hindú es en el que estoy pez! ¡Imagínese!»

Ya estaba dicho, ¡así mismo! No hablé más, ni pío, contemplé los desastres, nuestra habitación en ruinas con el pitote... Por suerte, era una sola moqueta, toda nuestra *queli* enteramente tapizada... Amortiguaba bien los brincos... Ya nos habríamos roto los tobillos con nuestros saltos de bestias... Sólo el armario había cobrado... un choque en pleno espejo, en añicos un buen tercio...

«¿Trae suerte? ¡Di, mongólico!»

Le pregunté... Quería yo cachondeo... ¡Ah! pero ¡él no se reía nada! Se lo tomaba atravesado...

«¡Qué fáciles son, joven tontín, las paridas! ¡Evidentemente que estoy cómico! ¿Cree usted que no me doy cuenta? Y su idiotez, ¿qué? ¿Cree usted que no es trágica? ¡ojalá no atraigamos catástrofes sobre nuestras inocencias con una majadería semejante!...»

¡Grosero total!

«¡Kss! ¡Kss!», respondí, «¡quién fue a hablar!»

«¡Cállese!»

Me aterrorizaba.

«Si no fuera tan disoluto, si tuviese algo más que calaveradas en la cabeza, sus historias de rijoso y sátiro, tal vez me ayudaría un poquito... no es usted sólo un herido de la guerra, joven prematuro... ¡tiene también el seso sucio!...»

Ya ves tú qué descubrimiento... Se me quedó mirando para eso, fijamente...

«¿El seso sucio?... pero ¿a qué viene esto, monada?...»

¡Ah! ¡lo iba a machacar yo!... De todos modos, ¡ya es que pasaba de la raya el andoba!

Me contuve, quería un poco de respiro...

«¡Estamos celebrando una misa!...» Y dale con su manía... vuelta a empezar... «¡Usted no me ha comprendido nunca!» Sufría, una hiel... «¡Me contraría en todo!...» Se le saltaba una lágrima... «¡Es un saboteador de las ondas! ¡No me sirve usted para nada!... ¡Dice tonterías por un tubo!... ¡Una misa a los Espíritus de Goâ, a los Sars<sup>[239]</sup> de la tercera prueba! ¡Se lo he explicado ya mil veces! ¡Qué vano esfuerzo! ¡Qué débil soy! ¡Sólo piensa en el asunto! ¡el libertinaje! ¡un atolondrado cargado de vicios!... ¡Eso es lo que me da el cielo!»

¡Ah! yo le desesperaba por completo... cabeceaba de desesperación... Aún se le ocurrió una palabra... un último suspiro...

«¡Cuando pienso que yo lo he vestido!»

¡Ah! ¡ahí volví a saltar!... ¡se estaba pasando! ¡Ah! ¡vamos, hombre, qué hiel! ¡el muy granuja! ¿Que me había vestido a mí? ¡Ah! ¡ya es que me asfixiaba yo! ¡era todo

ponzoña! ¡y pérfido, el muy guarro! ¿Iba a volver a hablarme del traje?... ¿del mercurio? ¡de todo! Vacilaba a base de mala leche... me dejaba agilipollado... No daba su brazo a torcer, me abrumaba. Seguía con su falsete, me ponía verde...

«¡No duda usted de nada, claro está! ¡Se traga cualquier trola! ¡nada exigente! ¡berzotas! ¡Es usted como el público inglés! ¡cualquier espectáculo le encanta! la credulidad en persona... ¡hombre! ¡los dengues de esa nena!...»

¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¿Me iba a buscar las cosquillas?... ¿Dónde iba a meter el hocico? ¡Ah! ¡no quería oírlo! ¡Le salí al paso! ¡grité como un descosido!... Él me miraba...

«¡Venga ya, abuelo! ¡No hay que remolonear! ¡Tengo que hacer progresos terribles!... ¡Lo admiro! ¡lo adulo! no hemos de perder ni un segundo... ¡Enséñeme su gavota!»

Lo insté al currelo otra vez... Cuando saltaba, era menos desagradable.

¡Bien! estaba de acuerdo, entendido, pero tenía que ponerme en pelotas o, si no, ¡ya no podíamos saltar! ¡Era lo esencial esotérico!

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡déjese de tanganas! ¡Quíteseme ese sucio pantalón! ¡Con esos pertrechos no se puede! ¡El alma a flor de piel, joven! ¡Me la tiene toda tabicada, su alma! ¡Su pantalón nos asfixia todo! ¡Las formas, amigo mío! ¡Todas las formas! ¡Dios está en las formas! ¡Enseñe todas sus formas! ¡En pelotas! ¡Respiremos!»

¡Otra exigencia más! ¡Se mostraba déspota, de todos modos!... En algo tenía razón... asfixiarnos, nos asfixiábamos... Y eso que apenas estaba yo vestido... sólo el calzón... me lo quité... pero no iba a hacer mejores tictacs por estar o no en pelotas... repliqué al instante... Lo que me faltaban eran unos palillos... finos de verdad de orquesta... no esos pedazos de cepillo de dientes... habría sacado sonidos mucho mejores...

«¡Eso puede esperar!», me alegó. «¡Usted siempre pensando en gastos!...»

Bueno, venga, joder, ¡los tres toques! Se lanzó, preludió... repasamos todo el número de los diablos... la seducción... la serenata... los aguaceros de ritmo... ¡Ah! estaba en forma de verdad... bogaba, culebreaba con el bul... hechizaba a los malditos... yo le veía todos los pelos del culo color zanahoria... los antebrazos igual... Volvió a lanzarse de puntillas... brazos en guirnalda... Era el momento de los trances culebreantes... los hipnotizaba, a los demonios... Yo movía el esqueleto con ganas... redoblaba con el bastón... mi papel... los hacía relucir, a los luciferinos... los excitaba, los estremecía... entraban en el humor espléndido... tenían que estar perfectamente a punto... entonces penetré en la danza... el protocolo de la Esotería... puro hechizo, al parecer... Y entré en escena, a mi vez... Ahora tenía que mostrarme fulminante... ¡Gwendor el Soberbio! ¡El Sar! ¡Presteza! ¡doce capones! ¡las doce cabezas por el aire!... aprovechar los efluvios del encanto... embrujados como estaban por Sosthène... con la mente cargada de mis tictacs... ¡hala! ¡los acogoté subconsciente! ¡ah! ¡mis andobas! me bastaba con rozarlos apenas... ¡se evaporaban pero bien! ¡tal era mi irradiación, mi hipnosis! ¡pfop! ¡plop! ¡pfrrruu! ¡el chinorri invencible! ¡como un rayo debía ser! ¡y las doce veces seguidas! ¡Me llevaba la

palma! ¡el numerito seducción! el acogotamiento de los mendas infernales... ¡y hala! volvía a ponerme con los palillos... ¡Sin perder un suspiro! ¡Adelante con la Apoteosis! ¡arreaba, vibraba por todas partes! Aun así, ¡no le bastaba!

«¡Más duro ahí, chaval! ¡más duro! ¡Te embrollas!...»

¡Nunca satisfecho!

«Es un triunfo, ¡chipendi lerendi!»

¡Otra vez con mis instrumentos! Él se encontraba en un estado, una intensidad, un fuego como treinta y seis diablos desenfrenados... ¡Y venga espolear, remolinear! osamenta desbocada por la atmósfera, ¡frrrrrrt! Era su gran momento, hay que reconocerlo... debía pasar por encima de las cabezas con el fogoso impulso, trompo bólido de huesos... ¡justo en el instante en que yo los acogotaba!... desbocado por lo alto de la velocidad... literalmente aspirado, propulsado en el aire por el torbellino demasiado intenso... ¡Había que verlo!... derviche desenfrenado, trompo de ondas... Yo lo estimulaba con los tictacs... mi crepitante granizada de palillos... ¡y los ruidos con la boca también! ¡Chuo! ¡Chuo!... gata encolerizada... y la imitación trombo loco, ¡brrrru! el tembleque rotativo, retumbante, fulminante, ¡zz! ¡zz! ¡zz! ¡zz! escapaba de la alfombra, saltaba del suelo por fervor, por «transporte místico»... en principio, ¡en la sesión de verdad reventaba el techo! ¡el lance giratorio! se veía disparado al cenit por la magia remolineante... el momento inaudito... el Gran Paso, se llamaba... el salto de intramundos... Se forzaba en la dimensión... me explicaba bien... con todas las letras jeroglíficas era... Yo debía creerlo... ¡Entonces podía permitirse cualquier cosa, una vez domeñada la gravedad! Estaba muy seguro... la palma mística, el gran blanco... ¡Se lo llevaba todo! Ya es que no se lo podía distinguir, se esfumaba como quería... Hechicero con el vértigo se volvía, vuelto alma de danza y de fortuna... un gesto y desaparecía... ¡no lo veías más! ¡un hada, vamos! Había que verlo... Valía la pena probarlo... sobre todo en nuestro caso... ¡Y ya no habría tenido nada que temer! ni los gases, ni los guripas, ni nada... podía permitirse... nadie podía alcanzarlo ya, ningún elemento, ninguna fuerza... La inmunidad en persona, el Sar de los efluvios... y de los poderes extraordinarios... él era quien regulaba las brújulas, en cuanto era «admitido», «perito en efluvios»... ¡Ah! me impresionaba, de todos modos... Yo lo ayudaba cuanto podía, eso por descontado... Le mandaba unas ráfagas de tictacs, que ya es que me rompía los pedazos de cepillos... apasionadamente, con toda mi alma... no le hacía la menor trampa... mis sonidos con la boca, nada del otro mundo... no hacía el trompo deslizante... ¡zz! ¡zz!... fallaba... tenía razón él... Volvimos a empezar catorce veces... ¡Ah! era tozudo con eso... una cosita de nada, al parecer, y todo flaqueaba... Era puro asunto de matices... ¡Nunca podría rebotar, reventar el techo, sobrepasarlo todo, salir disparado hacia el cenit! con mis ¡z! ¡z! ¡z!... ¡nunca se metafisicaría! ¡no debía flaquear!... terco... ¡una mula!... ¡Ah! ¡taratohista cojonudo! Yo le recordaba la chaladura... ¡la pluricolor de los brahmas! la Tara-Tohé, nuestro emblema...

«¡Iremos a probarlo todo! ¡la rosa de los milagros! ¡abuelo!»

¡Iríamos a buscarla esa vez! ¡al fondo mismo del mundo, hostias! ¡a la cavidad del cielo, si era preciso! ¡No retrocederíamos ante nada! ¡Eso por descontado! Pero ¡primero tenía que ganar!... ¡pasar la prueba del Sar bibrón! ¡En ello estábamos! ¡Duro ahí! ¡Por Dios! ¡No era el momento de languidecer!

«¡Hale, venga! ¡al aire, abuelo!»

Tenía que volver a empezar desde el principio.

«¡Sacúdete el pompis! ¡La decimoquinta sacudida!»

¡Yo también me excitaba por fuerza! ¡Que no empezara, si no! ¡Ni suspiros ni leches! Estaba poseído, cierto... Se volvía a lanzar por una cosita de nada... con un redoble de palillo... ¡Ahora el baranda era yo!

«¡Hale, abuelo, la zanca!»

¡Ah! ¡yo hubiese querido que la diñara!... ¡Era terrible ver lo que transpiraba! la sangre, el churre de roña... perdía los pelos con el sudor... un pie por el aire, ya no podía más, se bamboleó, se desplomó... ¡Ah! ¡se acabó, de todos modos, vieja tartana! ¡ya no me jorobaría más! Yacía de costado, jadeaba, bramaba como una foca...

«¡Pálmala, abuelo!», ¡fui y le dije con cariño!

La lengua le colgaba fuera, daba lengüetadas, lamía la alfombra.

«¡Ah! ¡Ya lo ve, abuelo! ahora hay que dormir...»

No quería yo que se reanimara. Era capaz... Ya es que le habría aplastado la jeta yo...

Después de emociones semejantes... ¡*corridas*<sup>[240]</sup>! tan brutales, gas *Ferocious*, etc... la danza de los demonios sobre todo... yo estaba conmocionado hasta un punto... en un estado de efervescencia, que ya no veía mis sentimientos... tenía miedo de todo... de perderlo todo... ¡ah, la adoro, la amo! ¡mi cosita sagrada! estaba alucinado de amor, extraviado de pasión... demasiado ardoroso para mis heridas, mi cabeza presa del desvarío... ¡ah! ¡la adoro! ¡la amo!... repetía sin fin, sin cesar... volvía a venirme con furia... ¡todo por la felicidad!... ¡ah! ¡quería besarla! ¡más fuerte! ¡morderla un poquito! ¡hacerle daño, la leche!... le habría dicho todo, lo habría intentado todo para que ella me adorara un poquito también... «¡Sí, Ferdinand! ¡Sí! ¡usted!... ¡usted solo!... ¡sólo usted!» ¡ah! ¡me la violaba viva! ¡eso seguro! ¡la menor resistencia! ni un pequeño ¡uf! Llevaba un momento esperándola ahí... ella tenía que bajar por aquella escalera... ¡mi paciencia no iba a resistir horas!... teníamos que salir precisamente, correr, saltar a los recados... el reabastecimiento: ¡mi asunto! ¡todo lo que había pasado en el estrago!... Sólo, que no podía ir yo solo, de eso nasti, monasti... ¡Virginia tenía que acompañarme en todo y por todos lados! orden y desconfianza del bueno del tío... El mercurio me había arruinado la confianza general... me veía débil, irresponsable... la seria, la responsable, era Virginia... la conciencia... a ella correspondía vigilarme... debía acompañarme por doquier... ¡Hurra por mi vigilante! ¡Me venía de perlas! ¡Yo llevaría el hatillo! ¡y arre, caballito! ¡vamos ya con la quincalla! ella haría de azafata... de todos modos,

¡me ayudaría un poquito! yo no conocía muy bien Londres... ¡entre los dos nunca podríamos perdernos!... Era maravilloso, en cualquier caso, su nombre querido, ahí, Virginia... yo la llamaría todo el tiempo... ¡que no se separara ya de mí ni un centímetro! sería yo el tirano del paseo... ¡ah! pero más valía que obedeciera yo, a todas sus órdenes, exultante, embelesado... ni un segundo de resistencia ya... ya no sería malo nunca más... ¡mi ángel de la guarda! ¡mi gozo! ¡mi alma!... entretanto, ella se retrasaba... es que no bajaba... no sospechaba nuestra cabalgada, ¡lo que teníamos que najar!... Por fin, su voz... sus pasitos... ¡Ahí estaba! ¡mi maravillosa! ¡mi increíble!... más adorable, más mona, más gozosa de luz, de encanto, de sonrisa, que la otra noche aún... ¿Qué noche? ¿Ayer? ¿Qué mañana? ya no sabía yo. Quedé deslumbrado al verla así... todo se nubló, llameó de repente... Estaba demasiado contento yo de su mirada... La amaba demasiado, ¡eso es! Ella se reía. Se reía... yo seguía plantado, la miraba, ya no veía... ¿se burlaba de mí?... No. Reía por reír... ¡yo revivía!... me moría diez veces por segundo... ¡Qué alegría! ¡Bogaba! ¡Estaba en las nubes!...

«¡Ferdinand! ¡Ferdinand!»

¡Voz de ángel, la sigo! ¡aquí estoy! El sueño me llevaba...

«¡Vamos, Ferdinand!»

Caí de las nubes... ¿Dónde tenía la cabeza otra vez? La escalera estaba ahí... me llamó la pequeña... y nada más... ¡Y mis preocupaciones! ¡Y las inquietudes! hormigueaban, giraban en mi cabeza, me atrapaban en el cuello, me sofocaban, eran montones y masas... todo un peso, ahí, de serpientes... Me amarraban, estrechaban fuerte, nunca me dejarían salir... las preocupaciones me sobaban la cabeza... era cine, era fuego... ¡ah! pero, veía, ¡veía cosas!... no debía moverme más, pero es que nada... ¡Era el Ciempiés que salía de los raíles! Me lo figuraba, ¡lo habría jurado!... ¡funámbulo chungalí!... ¡estaba hecho papilla, al parecer!... ¡Otra pasada que me jugaba! ¡se había arrojado a propósito para pegármela! conque estaba hecho papilla, pues, ¡mejor! ¡Nunca sería sino de lo más chungalí! ¡yo también estaba hecho papilla! ¡papilla de todo! ¡la crueldad de toda la casaputas me laceraba a mí la cabeza por dentro! ¡y tan asqueroso ahí ahora! ¡que chorreaba por todo el balasto! ¿iba yo a besarlo así? ¡llenarme de churretes toda la cara! ¡es que ya tenía un poquito de guasa! y, además, ¡es que se acercaba, el guarro! ¡ya tenía yo todos los dedos pegajosos! ¡se los enseñé a Virginia, ahí, que me miraba desde la escalera! ¡ahí, mis pobres dedos! ¡la clase de bribón que puede ser un chungalí semejante!... ¡ah! ella me miró, de acuerdo... seguía sonriendo... ¡ella no tenía los dedos pegajosos! ¡Más luego los otros, encima!... no los veía, pero es que nada, la chiquilla... y eso que estaban a su lado... se reía como una imbécil... de mi cara se burlaba... motivo tenía yo para hacer muecas... y al Nelson no lo conocía ella... ¡había pasado como un rayo! ¡había saltado siete escalones de una vez! a ése tenía que correrle yo detrás... ¡y, además, los otros y todos los otros! los reconocía, yo, permanecía lúcido... ¡los había horriblemente crueles!... ¡el Van Claben, ahí, ya no tosía más!... estaba decidido...

¡era un tigre! iba a abrirme vivito en dos... ¡bramé por el choque! ocurría justo detrás de Virginia... *Hoax*, dije... Me vi en la lucha. Era como con lo de Goâ... pero ahí el demonio era mi manús... me tosía en el vientre, me estornudaba... me agitaba las tripas por dentro... ¡Ah! yo tenía presentimientos... en cuanto vi llegar a Ciempiés... pero ¡si era Boro, al oído!... oí su piano como un trueno... lo tocaba con dieciocho manos... era fiebre altísima, claro... lo peor es que estaba transido de pie... ya no hubiera podido tenderme... tenía que quedarme paralizado, sentir... ¡ah! tú puedes reír, briboncilla... si tú vieras lo que yo oigo: los teclados cascados de *La Prestancia*... el *Vals de las Rosas*<sup>[241]</sup>... iba a cantarlo yo también... hice un esfuerzo terrible... no podía... me sofocaba... flaqueaba... me sentía partir... tenía que hacer señas a alguien... ya no veía nada... ¡Virginia! ¡Virginia, cariño! sabía yo que estaba ahí... me desplomé... me volví a sentar, me forcé... con tal de que ella no hubiese desaparecido... era un vértigo, un malestar... las estrellas... cerré con fuerza los ojos... aun así, me veía... ¡y rojo y sobre blanco! ¡el coronel Des Entrayes! ¡de pie en sus estribos! entonces me entusiasmé en mi corazón... ¡en mi propio corazón! tanto palpitaba de la emoción, que tuve que aferrarme a la silla... volvía a estar en la guerra... ¡ahí estaba! ¡la carga y la fuerza! ¡ah! ¡no había que flojear! ¡era el héroe! ¡él también! pero prefería probar por el suelo... me dejé caer de la silla... me tendí y galopé, de todos modos... ¡volví a ver a mi coronel en el fuego, el jefe de mi cuerpo muy amado! ¡Estaba muy erguido en su silla! ¡Sable al sol! ¡yo pestañeaba, lloraba! Lloraba de lo hermoso que era, ¡me retorció en el suelo! ¡Bramaba con él «Arriba los corazones»! Reconocía su grito... El jefe de los escuadrones de acero... salimos de naja y atronando... yo estaba todo cubierto de baba de caballo... mordía la alfombra desbocado... las brigadas en tropel... ¡ah! el instante de los abismos... toda la horda se precipitó... me habría gustado alzarme un poquito... ¿dónde podía estar el 12.º? era Flandes, interminable... ¿dónde podían estar los compañeros? ¿en qué acción podían estar empeñados? ¿En qué batalla aún furiosa? ¡Habrían encontrado mi brazo tal vez? ¿y Raoul, que murió fusilado? y los otros, ¿qué? ¿y todos los otros? yo ya no sabía... Estaba tendido en el suelo y ya está... la chiquilla se habría ido, seguro... más que nada quien me inquietaba era el Ciempiés... Él tenía las peores perfidias, las jugadas felonas, criminales... me remataría, seguro, ahí en el sueño... ¿por dónde saltaría ahora? ¿con toda su maldad?... ¡me atormentaba, el menda tan chungo! debería haberle lanzado un viaje más fuerte, eso era lo que sentía yo... ¡Ah! ¡me dolía el recuerdo!... ya es que no sabía... ella me había deslumbrado... me alucinaba, esa niña... me turbaba, me trastornaba el alma... la razón... ¡todo!... y me di cuenta de que estaba en el suelo, aturdido... ¡oí a los ángeles! ¡oí sus trompetas! ¡podríamos decir que me divertía! ¡sus trompetas de plata! Sólo un ligero vértigo... vi las estrellas... vi Saturno... ¡vi las Lácteas de Des Pereires!...<sup>[242]</sup> vi a mi divina Virginia... en plenas constelaciones... ¡vi estrellas a su alrededor! ¡ahí, en la escalera! ¡gruñía y babeaba! me daban ganas de lanzar alaridos de felicidad... ¡ah! ¡estaba muy contento!... y después en seguida me volví a arrancar... me desperté



muy bruscamente... Todos los dolores volvieron a hacerme presa... acabado el sueño, la pesadilla me volvía a atrapar... de parte a parte los dolores... como trenes que llegaban de todos lados... los oídos llenos de sus pitidos... me zumbaban en la cabeza... ya no quería saber nada más, ¡putadas, joder! ¡Flaqueé! me agarré ahí, a la barandilla... Otro resplandor me deslumbró... ¡ah! era Virginia, estaba ahí... ¡ah! ¡sí que era ella, mi cielito! ¡ah! no estaba yo pirado... ¡en carne, en sonrisa! ¡ah! ¡no muerta, no! ¡ah! ¡me dio tembleque de la alegría! ¡ah! pero ¡qué pavor! ¡qué emoción! sólo por un pequeño engorro... ¡vamos, diablillo! ¡en marcha! Tenía que adquirir ascendiente... Ella había tenido miedo, un poquito, también... Yo me había desvanecido un poquito... estaba un poco demasiado sensible... sobre todo por lo de la cabeza... le expliqué en dos, tres palabras... como farfullaba... en inglés... era la experiencia, las hostias que marcan... no vas a la guerra en vano... el recuerdo de las peripecias... ¡Vamos! ¡en marcha, chiquitina! Basta de vapores... Me había repuesto completamente... aún no muy católico... avanzaba como por las nubes... me froté los ojos... había tenido un sueño, una pérdida de conciencia... lo habían dicho en mi libreta... «trastornos lacunarios<sup>[243]</sup>»... mi pobre chola... no había que asustar a aquella niña... bromeé, correteé con ella... ¡Hale, adelante, el autobús! no había que remolonear más, el tiempo pasaba... El autobús, cada doce minutos... Era bonito correr, pero yo tropezaba... no veía muy bien las casas, ni las aceras, ni las personas... volví a chocar, caí, me levanté otra vez... Era de la emoción de amarla demasiado... ésa era mi locura... ya es que no veía siquiera el autobús, pasó, lo dejamos pasar... chiflado, atolondrado... ¡Ah! ¡ése no nos lo perderíamos!... un salto, dos brincos, ya estábamos sentados... pisé al conductor... en los pies... me interpeló... «¿Adónde van?», me preguntó... ¡Marble Arch! ¡listo! después ya veríamos... ¡Marble Arch llevaba a todas partes! pasamos por debajo<sup>[244]</sup>... ¡Bajo el puente de Aviñón pasamos! se lo canté a la chinorri... no conocía esa canción... no me cohibía el autobús, las personas que nos escuchaban... podían todos darse cuenta de lo atrevido que era yo... ¡Tampoco debía equivocarse, la chavalina! ¡considerarme un pobre rajado por haber tenido ese vértigo! ¡ah! ¡la madre de Dios! Lo que charlé ahí, en el autobús... era largo, el recorrido... es que yo no me rajaba nunca... y después le pregunté a quién prefería, ¿al tío? ¿a mí? ¿a Sosthène? ¿a otros conocidos? ¡si tenía amiguitos! ¡Al grano en seguida! No di largas al asunto... no comprendió bien mi pregunta... el autobús armaba demasiado estrépito... yo no quería gritar demasiado tampoco. Era demasiado niña, ya está... lo que no me curaba los celos... ¡y con lo que me trastornaban! De nada servía que la apremiara... la fastidiaría y nada más... Le hablé de otra cosa... ¡Primero íbamos a pasar por Stream! ¡Lime Lane Upper<sup>[245]</sup>! ¡para los chirimbolos!... le hablaba yo entre los tumbotropicones... allí encontraríamos tal vez nuestros «avestruces»... ¡las cimeras de helenos! ¡la pacotilla de ornamento! y después en seguida, ¡a Gospel a escape! ¿el número 124? *Hundred twenty four the bus!* una hora de trayecto, al menos... ¡a pinrel todo el barrio! allí eran los suministros de metal, los pequeños calderos, las válvulas

con ventosas... las estopas también... Seguro que faltarían muchas cosas... yo ya lo veía venir... se lo había dicho la víspera a Sosthène... «Ya volverás, ¡así te das un garbeo!» Él disponía... A la chavala tampoco le preocupaba... Lo veía también eso: paseo de una tienda a otra... ¡deporte!... se lo habría llevado todo, puesto que ya estaba ahí en marcha... cualquier trasto, cualquier cachivache... ¡para ver la cara que pondría su buen tío! ¡La casa por la ventana! ¡No se tomaba nada en serio! ¡Todo le divertía a aquella desvergonzada! sobre todo si nos llevábamos un chasco, ¡si el artículo había dejado de existir!... y yo ponía mala cara... ¡entonces sí que sí que había juega! jugueteaba con todo... si la hubiera yo regañado, la verdad es que se habría largado y listo... no era posible... a trompicones de puerta en puerta logramos, de todos modos, el reabastecimiento... tuvimos bastante suerte con Gospel Co... casi al instante dos calderos, una bureta y un fuelle... ¡más luego dos ovillos de estopa y todas nuestras grandes barras con abrazaderas! ¡todo el suministro! ¡unos potrudos!... todo ello de saldo, ¡apurando hasta el último céntimo! ¡la nena llevaba el dinero! pero ¡es que mi menda! ¡qué acarreo! ¡deteniéndome cada veinte metros! en fin, ¡no era nada! ¡no todos los días son iguales! ¡aquella vez era el trabajo! ¡el coronel iba a disfrutar! ¡Ya no tendría que maldecirme más! ¡Le llevaba la tira de cosas! Podrían reanudar la carnicería, si volvían a marcarse el gas... y, además, sin demasiado gasto... Nos quedaban por lo menos cien libras... en fin, más o menos... nos habíamos defendido bien... íbamos a ver la química... Aún quedaban compras por hacer para eso... la lista era larga aún... rumbo a Soho para los drogueros... los pequeños productos verdes, azules, amarillos, el cloruro de zinc, el blanco de aluminio, las masillas... las «gomas lacas» con azufre... ¡ah! pero ¡un poquito de precauciones!... Soho, ¡parajes delicados!... todas las señoritas del *Leicester* hacían sus ligues y batidas por allí... Mimí... la Fierecilla... Nanon... Margot... su distrito de encanto... todas muy cotillas y charlatanas... ¡ah! ¡corría yo a las imprudencias!... me daba cuenta... debería haber enviado a Sosthène... ¡como para morderme los dedos! de todos modos, estaba intrigado, ¡qué leche! me moría por volver a ver el barrio, las jerós sobre todo, las fachas, a las chavalas, a los macarras... las jetillas, un poco, de todos ellos... iba pensándolo a trompicones... íbamos justo en la imperial... el 112 Oxford... diquelaba yo la corriente de multitud, la vestimenta... el curso de la calle, las personas... a las lumis se las distinguía bien... se las veía a la legua a esas mujeres... en aquella época, por la vestimenta, frufriús de colores brillantes... las rinconadas donde se turnaban, chachareaban y rajaban... dos o tres siempre... conque corríamos hacia la «Nacional»... el autobús a trompicones... delante de St. Matthew in the Field<sup>[246]</sup>... creí vislumbrar a la Nénette... la nena Ojos de Conejo... pero no descubrí a un solo chulo durante todos los recorridos, ¡y me los conocía un poquitín yo!... era extraordinario... tampoco después por Edgwin Road... Dott Street... Shafestbury... más mujeres... la tira de lumiascas, pero ni un solo chulo... era asombroso, pensé... en una batida emplumaban a todo el mundo... había un enigma, una adivinanza... voy a ver un poquito, me dije... ¡no se podían haber asesinado

todos!... pasamos justo ante el Trafalgar... me dije: bajemos a ver a Nelson... era temerario, de acuerdo... de sobra sabía yo que era de la pasma... en fin, cuando se quiere saber... vislumbré a mi manús en el asfalto... el artista en plena posición... por encima de sus cromos explicaba... soltando el rollo estaba... se lo mostré de lejos a Virginia... ¡La torre Eiffel! ¡las Pirámides!... «La más alta del mundo, señores...» Había coloreado todo eso sobre el asfalto... yo oía su mui... no quería acercarme demasiado... me lo pensaba aún... tal vez no fuese del todo prudente... pero Virginia era la audacia, quería en seguida que charláramos con él... no comprendía mis melindres... la fastidiaba con mi pesadilla... De nada había servido contarle que corría riesgos... un poco más y me hubiera echado una bronca... la traían sin cuidado mis historias... los cromos eran lo que la divertía y como yo conocía al artista... en ese momento tuve un sobresalto... vislumbré a alguien que nos miraba...

«¡Hale, venga, mocosa, en marcha! media vuelta...»

Nos largamos... me pareció que era uno de la secreta... alguien del Scot<sup>[247]</sup>... un ratito de trote... nos detuvimos... me fatigaba con el paquete... seguro que era de la pestañí... iba y venía delante de la Gallery... expliqué a la nena mi temor... ¡menudo cómo se animó al instante! ¡qué diversión más maravillosa! quería que le enseñara otros... quería que hubiera por doquier... en todas las esquinas del Square... bajo las puertas... detectives en mis talones... ah, me estaba volviendo interesante yo... y bandidos también... los necesitaba y célebres... que se los enseñara de entre la multitud... ¡yo debía de conocer la tira con mis canguelos, mis misterios!... Además, se burlaba de mí... ¡Hale, venga, el Ferdinand! Me cogía por banda... Así aprendería a parlotear con una chavalina... Y ya razonaba la mocosa... que si era un juego de los franceses acecharse en todas las esquinas de la calle... ¡Que si era como en *Nick Carter!*... ¡o en *Los misterios de Nueva York*<sup>[248]</sup>! no estaba asustada pero es que nada... el rajado era yo y con tembleque... perdía el culo delante de mí, de todos modos... rebotaba, para ser exactos... a mi derecha, mi izquierda... su faldita plisada volaba... ¡qué fuertes muslos musculosos! ¡diablillo! nos divertíamos bien, en el fondo, con mis temores... sólo, que yo me fatigaba de verdad... era yo la mula esa vez, con mi enorme carga, ¡toda la quincalla de una fábrica!... y, encima, me hacía charlar, tenía que adornar, inventar... era tirana, aquella mocosa... peripecias sin fin... que si por qué me seguían la pista así, que si cuántos crímenes había cometido... para interesarle, cargaba yo las tintas... si no, se habría largado, me habría dejado rezagado... eso seguro... ni el menor corazón... se habría escapado y no la habría vuelto a ver yo... como cine, le interesaba con mis pánicos...

Habríamos podido ir a sentarnos en la iglesia ahí, cerca de Saint-Martin... o en la National Gallery... o subir por el *Leicester*... la plaza de la Bigú... hacía buen tiempo, delicioso... allí, la verdad, era una imprudencia... ¡una temeridad!... a dos pasos de la queli... y, sin embargo, me moría de ganas de vislumbrar un poco sus jetas, sus chanchullos de cabrones... las entradas, salidas de los macarras... los solapados accesos al antro... ¡tal vez estuvieran vigilados!... ¿apestaba a bofia?

¡Adelante! no lo pude resistir, ¡me arriesgué! ¡la curiosidad pudo más! me lancé... me apalanqué a dos pasos de la acera... justo bajo el árbol, delante de la estatua... dije ¡chsss! a la nena, que no se moviera... desde aquel sitio se junelaba superbién el Shakespeare ahí, de bronce<sup>[249]</sup>... se veía todo el *business*, ni un palmo de acera se me escapaba... el trapicheo de las señoras carburaba pero bien... y las reconocía yo una por una... por el esfuerzo, la recogida del cliente... Corazoncito... Gertrude... la Finette... Mireille, la mujer de Gendremmer, con su vestido color ciruela... ¡todas carburaban pero bien!... las reconocía a todas... Menudo cómo se defendían, girovolaban, se marcaban chorchis a manos llenas, a la rebatiña... ¡por regimientos le daban al asunto! ¡venían! ¡era la hora! ¡las cinco! ¡Barrio libre!... olas y olas de sorchis... ya es que salían de todos los cruces... la avalancha por la felicidad... ¡la fiebre del *business*!... la Hortense pipeaba por allí... Maryse... Réséda... la Ninette también dale que te pego... y dos, tres más... las pindongas que alquilaban un cuarto... Nada inquieto aquel mundillo, rajando parlanchín... mordaz con avaricia... Tocante a pestañí, ¡nada que señalar!... la esquina del bar del *Empire*, que era un nido de soplones, absolutamente limpia a la vista... Sólo Bobby Coq, como lo llamaban, el guripa del barrio, que hacía el paripé delante del *Lyon's*... un inofensivo... un amigo... En una palabra, el *business* pitaba, chanchi, de buten... Debía de estar contento Cascade, que tenía casi todo el material en su propiedad... ¿cuántas ahora? ¿veinticinco socias? estuve calculando un poco... lógicamente eso me dejó pensativo... la pequeña veía bien... yo no podía explicarle la razón... no era cosa de su edad... como niña que era, aun despierta, pillina y todo, precoz, desde luego, pero no chanelaba, de todos modos... no era posible... como yo no decía pero es que nada, todo aquello la intrigaba aún más... quería saber lo que ocurría entre las señoras y los paseantes... todos aquellos militares tan pendientes y que se disputaban un poco incluso... ¿Por qué me interesaba todo aquello a mí ahí, con la boca abierta? ... ¿el nombre de esas señoras? ¿de qué las conocía? le dije que eran francesas que se encontraban con sus ahijados... era siempre así la guerra... estaban chillonas como madrinas... resaltaban bien sobre el caqui... esos frufriús de colores vivos... atraían las miradas... de las diez, de las veinte mariposas todas muselina que girovolaban de una acera a otra... las llamas del *business*... sobre todo la prensa... el disparo de las cinco de la tarde... conque, ¡un brío!... ¡una estela! ¡y la tira de multitud!... ¡sonrisas por doquier! El gran Godard delante del *Pub Queen*, bombín gris, polainas verdes, hermoso clavel, diquelaba también la barahúnda... un tremendo glotón el gran Godard... ¡Tenía apencando, que yo supiera, por lo menos a doce chorbas entre Tottenham y mi *Cecil*! ¡y era desconfiado!... Era mucho peor que Cascade, tocante a parné... no perdonaba ni una perra chica... Tenía que alistarse, había oído yo decir, se marchaba en seguida a la guerra... entonces, ¿qué cojones hacía allí, espiando aún a sus pendones? ¿Tendría ya hecho su morral? Iba a cruzar a preguntarle, a vacilar un poco con él... pero después, es que era arriesgado, de todos modos... reflexioné, me quedé guipando... Me dije que era su costumbre, que era el esclavo y se acabó...

seguiría diquelando aún, espiaría a sus jais hasta cuando su tren estuviese pitando para partir... Eran así muchos macarrones... Temía que me viera, que viniese también a echarme la parrafada... no era el momento... volví a apalancarme en el rincón... Sobre todo no quería que la niña se dejara ver... En aquel preciso instante todo un zafarrancho... toda una emoción entre las del ligoteo... se daban el piro, se dispersaban, plantaban a sus sorchis... un barullo... guipé al guripa señalado en la esquina... vi de lejos su chapiri... uno atravesado, seguramente... Pedro, el acordeón, el tuerto, que estaba de vigilante en el ángulo del *Bragance*, era el encargado de la alerta... embaló, bramó con su chisme, era la señal, recargó su *Tipperary*<sup>[250]</sup>... las mujeres se lanzaron al instante, saltaron... se desparramaron por doquier con la música... salieron disparadas por todos lados... ya no pesaban nada, levantaban el vuelo... podía ser que viniese el canguro para redadas... era el pánico... cambio de aceras... cambio de tercios... ¡Menudo cómo salieron pitando, cruzaron las libélulas! ... ¡El asfalto cubierto de lanceros!...<sup>[251]</sup> ¡todo el ballet del currelo! ¡vamos ya! y ahí estaba el guripa siguiente, llegó... pasó muy plácido por entre el alboroto... ojos de cordero... vale... no dijo ni pío... era un guripa, claro... era el rito y se acabó... el respeto del casco... Virginia quería que le contara... se preguntaba por la causa de mi desconcierto... ¿por qué se largaban las personas? ¿qué se decían a gritos?... sus nombres, sobre todo... ¿ésa?... ¿aquella? Yo intentaba recordarlas a todas... eran demasiadas, de todos modos... ¡había que ver las que había!... la Flora... Raymonde... Ginette la Camelos... la Mosquita Soñadora... Culo de Cristal... Las conocía, cierto es, más o menos... pasaban todas por la Pensión. Pero había alguien que me dejaba sin respiración, era Arnold, ahí, ¡pero bueno! ¡me lo encontraba dándose un garbeo! Besito Lindo en persona... Estaba en la acera de enfrente, charlando incluso con el guripa... ¡Pensaba yo que se había marchado semanas atrás! ... que debía de haberse incorporado a Dunkerque, según la gaceta... Llevaba *canotier*, él, Besito Lindo... otro cambio de costumbres... entonces los macarrones no se exhibían demasiado sino con bombín gris<sup>[252]</sup>...

«¡Bueno, vale ya!», rompí los encantos, «¡ahora hay que salir jalando, nena!», me dirigí a la mía, la traviesa... «¡Ya hemos remoloneado bastante! *no loafing!* ¡nosotros dos, niña! ¡A los recados! O, si no, ¡ya verá usted su tío! ¡Pss! ¡Pss! ¡El látigo!»

Le enseñé...

¡Ah! pero ¡no quería obedecer! quería que nos quedáramos allí mirando... ¡Se divertía demasiado!... ¡Que vamos, que nanay!... No quería abandonar el busconeo... el trapicheo de las señoras... Que le contara otras cosas más... los misterios y todo... dónde vivían esas personas... ¿No estaría la Bigú con ellas?... en fin cien preguntas prohibidas...

«¡Vamos!», dije, «¡andando! Más adelante se lo contaré...»

¡Qué chavalina, vamos! ¡una monina muy curiosa!... ¡exasperante al final!... No tenía yo inconveniente en que nos quedáramos sentados un momentito... Hacía un tiempo de verdad fabuloso... Cosa bastante rara por allí... ¡no había que perderse

todo!... El *Leicester* es agradable... no es un paraíso terrenal, pero, de todos modos, un poco de césped, en pleno tráfico, por así decir, justo en el lugar en que se montaban a horcajadas, se enjaretaban abominables, había un ruido ensordecedor, los autobuses se aglomeraban... más luego la multitud, caballos, bicis, el torbellino Piccadilly... estábamos contentos en el rinconcito de hierba con pájaros... Mi adorable Virginia era hada para los gorriones, los hechizaba casi al instante... llegaban en grupitos... un trocito de pan y revoloteaban... se posaban en su mano, picoteaban... los colegiales de al lado, del pensionado de Santa Agustina, llegaban también piando, pero éstos eran devastadores, se pasaban el recreo lanzando piedras, tirando de las trenzas a las chicas... las chicas del pensionado, casi tan niñas como Virginia... tal vez no tan avispadas... ¡no con vestidos tan cortos, en todo caso!... Todos los bancos en derredor ocupados... ¡el oasis completo!... ¡el recreo de todas las edades! las mecanógrafas con su comidita... las mamás con sus *babies* en su cochecito bamboleante... y vejetes mirones, *voyeurs*, que hacían como que leían el periódico... Tres, cuatro chorchis y mecanógrafas dormidos contra el quiosco... Virginia no me dejaba tranquilo... la había excitado demasiado con mis misterios... si dejaba de hablarle, se enfurruñaba... culebreaba en el banco... con sus bonitos muslos rubios tan musculosos... la gente la miraba, ¡era fatal!... llamaba la atención fácilmente... rabiosa de que me le resistiese... Nada, ¡que tenía que contárselo! ¡que lo inventara, si era necesario! todo era novela para ella... ¡exigente! ¡una tiranuela! la imaginación la embalaba... ¡era demasiado atosigarme, lógicamente!

«¡Para el carro», dije, «Virginia!»

Pedía yo tregua... para empezar, no me creía demasiado, eran ridículos mis esfuerzos... se burlaba de mí con ganas... más valía que hablara de otra cosa... de las preocupaciones un poco más serias... ¡no de las imaginarias!... y no faltaban... ¿Es que no le decía nada el tío de lo de las máscaras?... Me metía en pesquisas yo un poquito, a ver... que si Sosthène, que era muy buen tío, pero que se hacía ilusiones... para mí, que no resistiría los gases... que si tal vez no carburaría, pero es que nada... que si era, la verdad, pero que mucho riesgo... no iba a hablarle de las *Estancias*, de las danzas a Goâ, de nuestra cuarta dimensión... la pobre monina habría tenido miedo... o se las habría pirado... ¡o se habría partido de risa!... ¡No valía la pena!... no insistí con lo del tío, es que lo encontraba chiflado yo, a ése... la chaladura solapada... sus farsas con los grifos... yo ya no me tenía en pie<sup>[253]</sup> de andar y charlar a un tiempo... nos sentamos en la esquina de Lambeth... yo me guardaba mis reflexiones... allí, en el banco, mascullaba, hablaba solo... a decir verdad, estaba alhelado... me ocurría cada vez más... ¡Psst! ¡Psst! ¡Psst! ahí, a huevo en el oído... me sobresalté... volví la cabeza... ¡la Bigudí! ¡la mujer del Jaco!

«¿Qué», fue y me dijo, «chavalote? ¿Te ligas a nenas ahora?»

«¿Yo?»

No comprendía nada.

«Entonces, ¿ésta?»

Me mostró a mi chinorri... le levantó la falda... La verdad es que llevaba la falda corta, casi por los muslos... había crecido... un tipazo, musculosa, dorada, todo...

Se tenía que notar, lógicamente... ella lo había notado... Cambié de conversación.

«¿Qué tal el Jaco?»

Se sorprendió.

«¡Está en la chingaripén!... ¿no lo sabías? Lleva ocho días, ¡tú fíjate, chico! ¿A qué no lo hubieras creído tú eso? ¡Y con lo vago que es, eh! ¡Menudo! ¡Si es que se levantaba a las cinco de la tarde!... y para los dados, nada más... ¡no veas qué chollo tenía!... legal, tranquilo, todo... un cataplín así de grande, ¡tú fíjate! ¡así su varicocele!...<sup>[254]</sup> ¡tres veces la baja!...»

Me enseñaba el paquete del Jaco, las dos manos de volumen... que le hacía como una coliflor...

«¡El médico militar lo rechazó tres veces! “¡Quédese, amigo mío! ¡Quédese, hombre! ¡espere a su turno!” Así le decía... “¡No se ha acabado la guerra!” ¡De eso nasti! ¡pero es que nasti! ¡El buen señor no podía más!... ¡Se moría de ver a los otros abrirse! ¡Tatave! ¡el Piernas! ¡François! ¡el Jeta! ¡Demasiado para él! ¡Ya no podía estarse quieto! ¡Se lo habría mordido, su huevazo! Un furioso, vamos... se pasaba la noche y el día manoseándose... conque se le abultó aún más... lógicamente... ya es que no podía ponerse los alares... se había vuelto como un melón... al final me tocaba las narices ya... “¡Date el piro!”, fui y le dije... “¡Date el piro, caracapullo! ¡Jódete, leche! ¡por cabezón!...” No me fastidiaba sólo a mí... A los del consulado, igual. “¡Márchese!”, le dijeron. “¡Márchese! ¡y que no lo volvamos a ver! Aquí tiene su billete para Boulogne... ¡A hacer puñetas! ¡Adiós! ¡Imbécil!” Mira yo, verdad, no soy brutal... tuve un padre enfermo y todo... sé lo que es cuidar a un hombre... no soy amiga del cuchillo, pero con gusto le habría cortado el cataplín, ¡para que me dejara en paz de una puta vez!... ¡Y ni una palabra cariñosa, ya ves!... ni una palabra amable en la estación... ¡Ah! ¡Ni mucho menos!... ¡Joder! Como una bestia se largó... gruñendo, mira tú, así... “¡Vrong! ¡Vrong!” ¡lo que se dice un animal!... ¡al matadero el mierda tozudo! ¡Qué le iba a hacer yo! Ni siquiera se despidió... “¡Que llego tarde, Gudí! ¡que llego tarde!” Lo único que echaba por la mui... en el andén mismo, ¡eh! Charing Cross... ¡De acuerdo con su locura! ¡el motivo! ¡Francia! la Patria y tararí... Gomenol... pero es que nosotros, verdad, ¡en Inglaterra es donde nos ganamos la vida! ¡y no con el paripé!... ¡A ver si no!... ¡Pues no tengo yo currelo ni nada, vamos! ¡Podía quedarse conmigo! ¡Le he ganado la vida yo, a ese cabrón! y hace la tira, eso va a misa... Estoy situada, no estoy soñando... ¿Es que no me los conozco yo a los anglicones? Basta con mirarse un poco alrededor... ¡todo es chanchullo y demás! A ver, ¿cuántos apencan? ¡No hay ni uno por ciento que vayan! ¡Enchufes y más enchufes! ¿A qué esperan? ellos esperan... ¿Por qué no podía esperar él? ¿por qué tenía que irse ya a hacer el gilipueñas?... Nadie le metía prisa... ¡Mis cabritos no se apresuran precisamente! Me los veo todos los días... ¿Es que no

se los conocía él a los clientes?... ¿A qué venía eso? ¡Más torpe que uno del Norte, la leche, es difícil de encontrar! ¡Hay que ver cómo se la suda a los *English!* ¡Basta que veas sus autocares del sábado! ¡Críquet! ¡Críquet! ¡enchufados! ¡Hasta los topes de atletas!... Sólo piensan en jugar... Y empedernidos, ¡eh!, te lo digo yo... ¿Es que no valen ellos para la chingaripén?... Me da náuseas... Ellos esperan... No se apresuran, claro está... ¡Y sin tener los cataplínes así!... ¡Lo que podría yo contar! ¡no veas! Pasan todos por allí... Marble Arch... ¡Para parar un tren, eh! ¡No veas qué gentío!... Mira que se lo machaqué... “Mira, anda, a ver si ellos se pirran acaso!... Cuando vayan ellos, ¡vas tú, lilanga!...” Quería darle vergüenza... ¡Anda y que te zurzan! Chaveta perdido... ¡Marcharse a la guerra y se acabó! ¡Y se marchó el cacho gilipollas de los cojones! Y no dijo ni adiós, ¡para que veas!...»

Se quedó pensando en ello... ¡Ah! no acababa de digerir aquella marcha tan zafia...

Iba llamativa la Bigudí... todos los colores de la paleta... y las plumas, además... azules, blancas, amarillas... no podía yo quitarle los ojos de encima... ¡era el estilo para Collogham!... ¡y el bolso de mano todo de oro!... ¡una cacatúa!... a ella también la presentación le parecía esencial... el atavío de histérica... se la distinguía desde Marble Arch, saltaba a la vista hasta Soho... se la veía a millas de distancia... no era la única en hacer la carrera... Había la tira por su trayecto. Unas chácharas sin fin... chinorris y puretas... al menos cinco, seis mujeres bajo cada puerta dando la barrila, chismorreando... y con frecuencia de noche y de día... con mucha mala leche y mucha labia... ¡Y yo iba a ponerme en sus manos!... ¿dónde tenía la cabeza? Menudo cómo se iban a cachondear, ¡me iban a dar para el pelo pero bien con mi menor!... naquerarlo por todos lados... ¡Ah! ¡había que ser capullo! Me habría chocado contra los árboles de furioso que estaba... Si le pedía que callara, sería mil veces peor aún... que no charlase con nadie... ¡perdería el culo para soltarlo!...

«¿No pasas por el *Leicester?*», me preguntó como una mosquita muerta.

«¡Qué va! ¡De sobra sabes que no puedo!...»

¡Ya me estaba tocando los cojones, la socarrona! No insistió... se puso a hablar de otra cosa... Se interesó por la chiquilla... la miraba, le sonreía...

«¡Hola, *Miss!* ¿qué tal?», le preguntó mimosa, zalamera...

Le miré la cara a la Bigú, puras arrugas y crema... Todo pureta en ella, salvo el ojo... ¡ah! éste, ¡ardiente!... Me causó el efecto animal, el que te causa cuando eres joven... A la chiquilla no le molestaba lo más mínimo... Unas carcajadas, las dos... La pureta le imitaba un gatito... le hacía *miau miau*... no hablaba bastante inglés... conversación de niños... De repente se le ocurrió una idea, un capricho... Miró a Virginia muy fijo, me agarró los brazos.

«Oye, ¿y si cogiese yo a una chavala?»

¡Eso fue luminoso!... Al instante se sentó muy juntita a ella... me la tocó, me la acarició... cómo chispeaban sus negros ojos en el yeso... Ocupábamos todo el banco entre los tres... ya he dicho dónde era... bajo Shakespeare a la derecha, en la plaza...



«*How do you do Miss Darling?*»

Fue y se lanzó en inglés... la hizo reír mucho a ella misma... ¡y qué risa! yo me sentía molesto... Aquello era terrible, cómo se reía... una vaca no habría sido peor, mugía cosa cómica... debían de oírla hasta en el *Leicester*... ¡Ah! era un auténtico monstruo... ¡ah! ¡la que me había caído!... Volvió a empezar «*How? How?*»... No podía decir en absoluto los *how?*... Cuando aspiraba, se estrangulaba... volvió a empezar, de todos modos... era como Sosthène... estaba enfadada con el inglés...

«*How! How! How!*»

Virginia le enseñó... ¡menudo si se rieron entonces! ¡unas locas!

«*I speak english*, di, ¡a ver! ¡No veas qué bien habla! ¡Ah, es un amor! ¡Miss institutriz!»

Auténtico entusiasmo en voz aguardentosa.

Y ahora las confianzas. La cogió del brazo...

«Oye, ¡qué guapa es! ¡qué guapa!»

Así, muy emocionada... le pasó la mano por el vestido, probaba, apreciaba...

«¡Ah! ¡hay que ver! ¡hay que ver!»

Una locura, un descaró así, en pleno día, en el banco... husmeaba, farfullaba... Yo ya no sabía dónde meterme...

«¡Ah! oye, ¡es molona tu *miss!*...»

Se retorció, ya no se podía estar quieta.

«Entonces, ¿qué? ¿me la endiñas, eh, macho?»

Era cosa seria, tenía que decidir allí mismo, con apremio.

«¡No iba a ser más petardo que el Jaco!... ¡No podría ser peor!...»

Ya tenía proyectos.

«¡La encerraré, mira, a tu cielito!... Te la encerraré para que se acostumbre... ¿Verdad que sí, vidita?»

Y otro besazo.

«Te mandaré a ti a la guerra y, mira, ¡los muslos hermosos para mí!»

De pronto se agachó, la mordisqueó. La chica lanzó un grito... no demasiado fuerte... Yo no podía oponerme, era pasión. Era capaz de rodar por el suelo la tía.

«Entonces, ¿qué? ¿Me la endiñas, Ferdinand? A ver, ¿cuánto quieres por ella?»

La gente de al lado oía, por fortuna no entendía...

«Tienen muslos hermosos las *English*, ¡eh, cielito mío!»

La magreaba, la pellizcaba... La nena lanzaba risitas ahogadas... Encima, eso... toda su cara ávida fruncida...

«¿A que papá juega al fútbol? ¿eh? ¡me apuesto algo! Eso no hay quien se lo quite: ¡tienen piernas hermosas! ¡Ven a ver, tú, que no entiendes nada! ¡Nunca entenderás a las mujeres! ¡Eres como el Mantecas, mira tú! ¡Un patán!»

Se ponía a insultarme... gilipollas y torpe le parecía yo, ¡como el otro chorra! ¡opaco, mira, ya que estaba!... Le iba a presentar a Sosthène... ¡él también conocía las formas!... menudo guarro estaba hecho. Le levantó la falda a la chiquilla... la

palpó, sus hermosos muslos dorados... La chavalina se dejaba, se lo tomaba todo como juego. Qué rostro tenía la Bigudí, así, en el banco y delante de todo el mundo... era una inconsciencia... así, como a la gallinita ciega... Todas sus plumas paraíso se estremecían, su chapiri se tambaleaba... estaba toda roja de entusiasmo. Perdía todos sus polvos...

«¡Qué músculos, eh! ¡qué músculos!... ¡Y mira qué boquita de piñón!... ¡Ah! Ferdinand, ¡yo me la quedo!»

Ya ni siquiera me pedía mi opinión... Le respondí de cachondeo.

«Anda, Bigudí, ¡no me toques los cojones más! ¿No irás a soltar la liebre?»

«¡Que no, tontín! ¡Corta! ¡Corta ya!»

¡Ah! se lo tomó a mal, se molestó... se volvió a alzar el chapiri, me miró de arriba abajo... Yo creía que la nena me ayudaría, que se zafaría, se defendería... ¡Ah! ni mucho menos, se dejaba, lanzaba risitas ahogadas, burlonas, y nada más... La otra le metía mano bajo las faldas, que ya es que era repulsivo, por fuerza... Si la hubiera maltratado yo, me la hubiese llevado de la plaza, me habría armado un escándalo al instante. Bien que lo sabía la cerda... Me refiero a la Bigudí... Era demasiado riesgo. Conque, ¡no se andaba con chiquitas!... aprovechaba las circunstancias... estaban disfrutando las dos cosa mala... no era sólo infantil... ¡Ah! yo estaba patidifuso... la vieja ya es que se corría, vamos, con el magreo... ¡la chinorri y la purí!... ¡al aire libre!... ¡Nunca lo hubiese creído! ¡mi muñequita! ¡mi corazón!... ¡cómo disfrutaban!... Era yo joven, me faltaba mucho por conocer... no me sospechaba yo lo que podía ser el temperamento... se hacían cosquillas las dos... eran traviesas... ¡Estaba yo guapo!... Y la tira de gente, ahí, alrededor, ¡los bancos llenos!... ¡Qué sesión! ellas no se apuraban por tan poca cosa... auténticas niñas desmadradas...

«Entonces, ¿qué? ¿Me la endiñas, capullo?»

No daba su brazo a torcer... ¡la venta!... se le había metido en la chola...

«¡Qué edad tiene?»

«¡Doce años y medio!»

Quería meterle miedo.

«¡Ah! ¡doce años y medio!»

¡Se alegró aún más!... ¡Se daba palmaditas en sus propios muslos!...

«¡Ah! oye, pero ¿de dónde las sacas?»

¡Ahora me acusaba a mí!... La gente nos miraba, de todos modos... yo quería que me tragara la tierra... estaba borracha también, un poco... relentes de éter... le flotaba por las plumas... no quería yo contrariarla... se habría permitido otros gestos... ya bastaba... En fin, no sabía yo qué hacer... hacía señas a Virginia, yo quería que se fuera... ella no comprendía... ¿se haría la asombrada?... ¿por qué? coqueta vivaracha... ¡con aquella vieja zorra! ¡Estaban quedándose conmigo las dos! ... la vieja me provocaba incluso...

«¡Ferdinand! ¡Ferdinand! ¡la pestañí! ¡me lo paso pipa! ¡tú fíjate! ¡cómo diquelan los de la secreta!»

¡Y era cierto! ¡un gentío! ¡los *bobbies* en las verjas nos junelaban! ¡Yo no los había visto! ¡nos veían bien! ¡Huy, la leche, menudo crimen! ¡Ahora se pitorreaba de los maderos! ¡Y yo en mi situación!... A la chinorri también le divertía... ¡sacaban la lengua las dos!... ¡Estaba yo guapo! ¡Ah! ¡desafiantes, joder! No me lo podía creer en la chinorri... depravada al instante. Yo buscaba un pretexto para que se separaran... que si nos volveríamos a ver en algún sitio... farfullé, barbullé, me espabilé, la acaricié incluso, a la seductora. Le prometí que volveríamos a verla aquella misma noche en el *Empire*, a las once a más tardar... en el pasillo de abajo... ¡Jurado, todo, naturalmente!... ¡Me envolvió toda la jeró en su éter! ¡Que si era una cita de verdad! ¡Entendido, perfecto!... que si iríamos a divertirnos juntos... le prometí todo lo que quiso para zafarme... ¡la muy cerda! Temía que se pusiera a gritar muy fuerte... creo que llevaba mandanga en las napias, además del éter.

«¡Eres pura! ¡eres pura!», murmuraba. No me soltaba a Virginia... la estrechaba contra su corazón... chupendis y más chupendis... Por fin la apartó... justo cuando nos separábamos... me estrechó la mano... palideció... y palideció... toda lívida, como la cera... un pierrot... los ojos se le desorbitaron... se levantó, salió en línea recta... así, muy tiesa... como una autómatas... nos dejó... cruzó la plaza... se fue... ¡Con Dios! ¡pájara pinta!

Todas sus plumas bogaban tras ella... sus boas amarilloazulinas... pasó así, ante los maderos... caminaba como un soldado... uno, dos... uno, dos... les hizo el saludo militar... ellos no le dijeron nada... ya se había ido. Nos quedamos en el banco, nosotros dos... «¡Espera y verás, nena!», me dije. «¡No pierdes nada con esperar! ¡Te voy a enseñar yo la desvergüenza! ¡la que te has ganado, monina! Ahora que el vejestorio se ha ido, ¡vas a ver tú tus nalgas!» ¡Ah! ¡me había recobrado!... No había podido decir nada delante de ella, pero ¡lo que solté por la boca! La vergüenza que le di, ¡la lección! le conté un poquito... los puntos sobre las íes. Que si esa mujer era una guarra, ¡un pingo rabioso!... ¡una vieja drogada cochina asquerosa! ¡un feto, una cerda! Que si era atroz en una niña frecuentar a mujeres semejantes... ¡Quería mortificarla para que gritara!... Quería hacerla llorar... no lloraba lo más mínimo... me escuchó, alzó su naricita, se atusó el vestido... impertinente... ¡me puso mala cara! ¡un aplomo! Nada la desconcertaba... yo le parecía aburrido, brutal... se me puso de morros... ¡había que ver!... ¡y acababa de nacer!... no iba a ponerme a discutir otra vez, no tenía tiempo... Habíamos perdido al menos dos horas...

«¡Hale, chavalina, en marcha! ¡pirando! ¡que no vamos a acabar nunca! ¡Vamos, señorita! ¡a los recados!»

¡Oh, aúpa! arrumé mi hatillo... ¡me lo eché todo al hombro! ¡zas! ¡no era moco de pavo! Teníamos que apresurarnos... ya estábamos en marcha... Estaba yo decepcionado... aquella renacuaja, ¡había que ver! que me desafiara, que se me pusiera de morros... al pensarlo, me sentía aún más enfermo, mientras iba así, caminando... ella avanzaba con su pasitrote a mi lado... absolutamente inconsciente... como si tal cosa... me sublevaba el amor propio su conducta...

todavía una niña, qué caramba... y yo la amaba ya, estaba chalado por ella... mi Virginia adorada... mi pura, mi tesoro, mi sueño, verla ahí con aquel putón desorejado... mi niñita, mi corazón... ¡a la que no me atrevía a abrazar, yo!... y, mira por dónde, aquel asqueroso, rematado pendón... ¡ah! ¡huy! ya es que sacudía todos mis arreos, chocaba contra los cristales... me había puesto frenético, he de reconocerlo... veía las estrellas... me habría agarrado a los escaparates, de lo tembloroso que estaba... de la cólera... ¡guarra, descarada, zorra!... me daba vueltas la cabeza, veía por todos lados su asquerosa jeta, su pintura, sus ojos, Bigudí, sus cochinos acáís... veía también escenas puercas, imaginaciones terribles, así, a lo largo de todos los escaparates... las veía juntas a las dos de repente ahí... la chinorri, la purí... ¡terrible! me repateaba el bul... ¡ah! ¡fuego en el chichi!...

Entonces cogía a la chiquilla, la sujetaba del brazo para que me respondiera.

«¿No le ha parecido infecta? ¿horrible? *disgusting*? ¿apestosa?»

Quería yo saber... en cada esquina... la retenía, no quería que se largara... quería que me respondiera... ¡y detalles quería yo! Tenía la boca toda seca, del estado en que me había puesto... Me asesinaba con el ardor, el vicio, los celos... todo... Era demasiado fuerte para mi estado... la cabeza hecha papilla... era demasiado... demasiado cruel... ¡Qué monstruos!... la miraba a la chinorri, ahí al lado... no podía hacerme a la idea... ella me miraba también así, con su pasitrote... nada incómoda, burlona... se chingueaba de mí pero bien... hacía lo que quería con los ojos... sus hermosos ojos azules y risueños... ahora se hacía la mosquita muerta... ya no me comprendía... una simple chiquilla muy juguetona... no paraba de menear su grupita... su vestido tableado... ¡me sacaba de mis casillas, la verdad!... iba brincando ahí, muy cerca de mí... ¡absolutamente despreocupada de todo lo que había pasado!... yo farfullaba, hipaba de pena... ¡Ah! veía las aceras llenas de ella... los faroles... los transeúntes... de tan confundido, frenético, como estaba por tanta pena... ¡todo por culpa de aquella vieja tortillera!... avanzaba como a tientas con mis trastos, mi petate... me iba quedando rezagado con el esfuerzo... ya no veía claro... ya no veía sino escenas cochinas... la Bigudí... la niña ante mis ojos... ¡Ah! era atroz el efecto... unos celos, un trance, que no veas... ¡cómo se devoraban a fondo!... y yo debajo de ellas lamiendo a lengüetazos... les mordía los muslos... de las visiones ya no podía pinrelear... tuve que sentarme... ahí, en el borde de la acera... veía cómo se desgarraban... era una auténtica carnicería... Me jalaban también a mí, de tan locas que se habían vuelto... eso es lo que veía... me levanté otra vez... pinreleaba en zigzag... ¡Ah! ¡estaba yo guapo en la calle!... y no es que no me diera cuenta un poco... me quedaba un poquito de razón... me forzaba a seguir... unos celos de fuego del infierno que te atacan, te destrozan, te clavan un cuchillo en la cabeza, te lo remueven al rojo vivo... era una tortura, la verdad... ya es que bramaba como un asno... ¡Dios, qué gracia tenía!... la niña me veía como un payaso, que me divertía con ella... Y yo iba y le pedía perdón...

«¡Mi Virginita, mi Virginita!... ¡No me abandone! ¡Se lo suplico! ¡No la regañaré

más! Dígame que me quiere un poquito... ¡que no es sólo la Bigudí quien le interesa! ¡que yo cuento también un poco para usted!...»

¡Ah! me aferraba a la barandilla, me ponía amable, la brutalidad no daba resultado. Quería participar yo también en la fiesta... ¡las visiones me tenían acogotado! ¡joder! ¡unos celos! ya es que temblaba... ¡Ah! le suplicaba balando... ¡que no se largara, que me perdonase! ¡que nunca más le diría nada!... ¡ni una palabra ni un suspiro más! ¡no la molestaría más! llevaría modosito mi paquete. ¡Prometido, conforme! Y después, ¡qué leche!, me venía otra vez... empezaba a preguntarle de nuevo. Arrastraba la pata con mis locas visiones... le miraba un poco la jeró... ¡y zas! ¡volvía a hervir pero bien!... Quería saber más... ¡otros detalles más! Me ensañaba tras los misterios... era demasiado fuerte para mi osamenta, para mi cabeza seguro, me marcaba una fiebre subida con mis preguntas cochinas... ¡abracadabrantés!... ella no me respondía nada... me escuchaba farfullar... no me respondía, brincaba a mi lado muy viva, muy traviesa... debía de parecerle un chiflado yo... No me atrevía a forzarla, a mi adorable Virginia, mi madonna, mi hada... Yo avanzaba con mi petate cojeando, hecho polvo, la verdad... jadeante... ella me sostenía con sonrisas... Era el reventado salido... me habría tumbado en la acera. No era el momento... ¡Ah! de todos modos, ¡esas inglesitas!... tan rozagantes, tan pueriles, tan rubias... el cielo en los ojos... la perversidad de los ángeles... algo diabólico dentro... algo diabólico, seguro... el diablo en la jeta era... ¡es que la adoraba yo demasiado!...

Llegamos hacia Buckingham Road<sup>[255]</sup>... Allí, al pasar ante una puerta, quise arrastrarla, quise besarla... era un rincón oscuro... quise estrecharla un poquito, no se dejó, se retorció como un pez... la besé, la acaricié... la forcé hasta un rincón... ¡los gritos que lanzó!... ¡Ah! ¡qué gusto! ¡qué gusto! cómo me lo estaba pasando... ¡qué miedo tenía de que se me escapara!... Le hice un poco de daño... la pellizqué, quería saberlo todo... quería castigarla... por lo de la Bigudí, ¡por todo eso!... que me confesara... era perversa, la niña... ¡había que ser severo!... ¡Ah! ¡cómo la amaba!... ¡bichito!... mucho peor aún, mucho más fuerte aún... era una tortura... un veneno que quemaba de arriba abajo desde lo de la Bigudí... tenía todo el pantalón ardiendo... lleno de movimientos que me venían, que hacían daño, calambres en los muslos como para aullar... ya es que ladraba bajo la puerta... le chupeteé la cara y después, con la mano izquierda, las cachas, le magreé el cuerpecito, el vientre, el culito, tan tenso, tan duro... ¡un animalito!... ¡un culito para rebotar!... ¡trémulo!... la mantenía, la estrujaba, la sobaba, le habría podido hacer salir todo el jugo... ¡todo el jugo de su malicia, golfilla!... toda la sangre, toda la carne... y después, ¡joder! me corría... me corría... ¡y adiós, muy buenas!... Titubeé... bramé... ¡me aferré!... ¡la atrapé otra vez! ¡Haggn! ¡la mordí a huevo! a huevo en el cuello... ¡y *pfac!* ¡me replicó con una bofetada! ¡un badajo! ¡víbora! ¡qué fuerza! quedé aturdido... ¡no era cariño precisamente!... ¡y *pfac!* ¡ahí te va otra!... ¡Servido! La volví a atrapar con los dos brazos y fuerte... la apreté contra mí... le endiñé uno de esos besos glotonés, así,

contra la pared... la lamí... fue y flaqueó, sentí que se tambaleaba... la cabeza le cayó... la reanimé, la sostuve de pie... la zarandeé, le hablé, farfullé... le di friegas, la besé... volvió en sí... resopló... ocurría, ya lo he dicho, en Brigham Road<sup>[256]</sup>... un desvanecimiento... justo después de Wickhamgate, después del mercado de fruta... pero no había nada en aquel momento. No iba a insistir más... «¡Vamos, nena!...» me puse en marcha de nuevo... no debía durar aquello... que llegara gente... «¡Vamos, mi niña!» en serio... esa vez me siguió... ya no saltaba a derecha a izquierda, ya no brincaba... la verdad es que la había sacudido... había coraje, había rencor, me lanzaba unas miradas muy chungas así, en los cruces... yo creía que iba a darse el piro. De todos modos, no debíamos perder tiempo. Yo apretaba el paso, ¡mala suerte!... llevaba toda una fundición al hombro, la tira de pedazos descabalados... un peso espantoso... ¡ah! sudaba la gota gorda al kilómetro... ya ni siquiera la miraba, a la mocosa... ¡allá películas! entonces fue y se me acercó, me besó... fue ella la que se me insinuó. Quería ayudarme y al instante... se mostró muy buena... había vuelto el buen humor, ¡adiós, disgusto!... llevamos el saco entre los dos... cada uno de una punta... ¡qué contento estaba yo!... Osciló, ¡pfloc! soltó la punta... ¡me cayó todo sobre los calcos! ¡aullé! se derramó por toda la calzada... ¡tuve que correr, saltar tras ello!... ¡todas las abrazaderitas al arroyo!... ¡ah! ¡cómo se divertió Virginia! yo saltando tras los bártulos... ¡bajo todos los pies!... ¡bajo todos los transeúntes!... ¡Qué buen tanguelo! ¡ya estaba vengada!... ¡qué éxito!... no dije nada... recogí mi bulto... ya vería más adelante... Ya veríamos, ¡maldita sea!... me lo prometí... ¡Ya lo creo! no quise que me ayudara... ¡Que siguiera enfadada! lo prefería yo... Me detenía todo el rato para tomar aliento... casi en cada esquina... íbamos más despacio, por fuerza... por fin llegamos hacia Wardour... Allí, entre Wardour y Guildford, había advertido, hacía mucho, ya en mis primeras semanas en Londres, todo un batiburrillo de tiendas que eran de verdad como un museo tocante a recuerdos de viajes, curiosidades, mapamundis, cromos, antigüedades de todos los países, estampas de veleros, brújulas, peces disecados, albatros... un baratillo de aventuras como jamás había visto yo... entre Wardour y Guildford Street<sup>[257]</sup>... Y, además, era agradable, no había que temer a la pañí, todo cubierto, pasajes acristalados, unos dentro de otros... Eso permitía esperar en seco a que pasaran las trombas... proteger un poco las suelas... me recordaban el nuestro, en París, el tipo de pasaje, pero es que mucho más divertido, más chachi también, no un tropel de plebe, un albañal de multitud, como el nuestro... sólo almacenes coloniales, lo extraño, lo exótico... había pasado por allí a menudo, siempre volvía, por una razón o por otra... me había parado muchas veces por allí... ¡todos los escaparates o casi!... ¡ah! allí se podía gambear, hacerse una idea de los países, en fin, en cierto modo... sólo, que te cansa un poco, te fatiga, desanima... ¡La de lugares que hay por el mundo! ¡No sólo el Tíbet! al final la chola te da vueltas... te emborrachas... ¡hay demasiado que ver! Toda esa pacotilla exótica es embriagadora en el fondo, te presenta demasiadas perspectivas... te hace infeliz con el mundo... pobre miserable

cochinilla, nunca irás a ver nada, con tus lastimosas, enfangadas patas... canijo insecto chichirivaina... ¡nunca irás a parte alguna! Yo era demasiado ávido, además... me habría llevado la tienda, todo el almacén, el escaparate, además de mi carga de quincalla, para que me explicara el guarro de Sosthène, me instruyera un poco en serio, no siempre sus tonterías hindúes... Ahí tenía ocasión de hacer valer sus conocimientos. Debía de saber lo suyo, él, el tío borde y cagueta... no valía la pena ser tan golfo, haber corrido tanto por el mundo... ¡y se me tiraba faroles, además!... Le habría enseñado yo las mariposas, las cajitas, los mapas del cielo... se habría quedado con la boca abierta, estaba seguro yo... no sabía nada de astronomía, Des Pereires sabía mucho más... a mí mi certificado escolar no me abría los horizontes... me habría gustado recibir lecciones de cosas... se habría tirado aún más faroles... mala suerte, tenía que espabílarme... iba explicando a Virginia... así, de un escaparate a otro... al menos veinte almacenes curiosos así, uno junto a otro... curiosidades botánicas de todos los países... y, además, el murciélago monstruo con cuatro ojos y dieciséis patas... la planta carnívora... el astrolabio... un «iguanodonte con cabeza emplumada», el último en el mundo, tan bonito como la Bigú... Se lo comenté a la niña, le hizo mucha gracia... ¡Ah! yo estaba muy contento también... al fin y al cabo, ¡causaba sensación!... los mapas de exploración de África... y de los círculos polares con osos, todo aquello me hacía charlar, las focas, los peludos mamuts... bancos de hielo llenos... ¡Le inventaba yo unas historias! pero me agotaba la chola, ya es que no sabía demasiado lo que decía, me extenuaba demasiado, ya no me quedaban fuerzas... Me convertía en payaso, la nena, no cesaba de pedirme más y más... yo ya no sabía demasiado lo que miraba... todo bailaba delante de mí, los salvajes de las islas, los iguanodontes, el astrolabio... me hacía un carrusel en la cabeza... el corazón muy embrollado latiendo... otro vértigo... me daba dos o tres veces al día... Me agarré al escaparate... me encontré sentado sobre mi paquete ahí, sobre mi quincalla... me giraba... ¡todo giraba!... Me sostuve la cabeza con las dos manos... volví a verlo todo... los salvajes maquillados con máscaras... bailaban, giraban en corro... y también Des Pereires entre ellos, el pobre Des Pereires desplomado ahí, sobre su carretilla<sup>[258]</sup>... no sabía yo por qué... eran los recuerdos que volvían con el vahído... las penas revoloteantes, las mariposas de música sorda... oía un poquito... era mi corazón... y después, ¡todo rojo lo veía ahora! ¡eran los celos que volvían a acosarme!... debía moverme, pero no podía... vigilar a la chiquilla, ¡que no se largara!... ¡Ah! era atroz lo débil que estaba yo... totalmente desplomado contra el escaparate... todo se me rememoraba, se me reavivaba... vigilar a la chiquilla... ¿quién era el que la violaba, a fin de cuentas?... ¿el tío?... ¿el coronel? ¿Sosthène?... ¿qué coronel? no sabía yo ya... ¡coronel también tenía yo uno!... pero ¡uno de verdad! ¡no un manta! ¡Des Entrayes! ¡rayos y truenos, rediós! ¡el 16.º de la pesada! ¡lo mezclaba todo! ¡vomité ahí, contra el escaparate! ¡así era! ¡Lo sentía por Vega! el Norte, el Mediodía, embarullaba... ¡y el Nelson, claro, el ladino! ¡y el astrolabio! ¡y la Bigudí, la cerda, la pintada! ¿dónde iba a ponerlos? ¡y el Matthew,

guripa curdela! su ojo, que me giraba... no me abandonaba... ¿dónde iba a ponerlos? era un carrusel, me zumbaban... me retumbaban en toda la cabeza... me aturdían hasta hacerme temblar... no iba a llegar nunca. ¡Eran unos simplones!... ¡unos simplones! seguro que me la habían magreado... ¡el tío, en todo caso, sin duda! ¡eso por descontado! ¡que es que estaba ella pero que muy habituada! ya la había visto yo con la Bigudí... si hubiera sido niña, ahí, inocente de verdad, ¡se habría largado lanzando gritos! pero ¡qué hostia! ¡un placer! ¡ah! ¡cómo lo había visto yo! ¡si se lo habían pasado pipa! ¡tórtolas arrobadas! ¡pillinas ahí, en plena plaza! ¡una chiquilla! ¡ni siquiera la vergüenza, el pudor! ¡cochina mocosa! ¡con aquel pingo me tanguelaba! ¡ese feto inmundo! por culo bien ahí, ¡más claro que el agua! ¡ya es que no podía quedarme quieto! Me levanté. ¡Quería correr en línea recta! ¡Hervía por dentro! ¡mi cabeza, joder! ¡mala suerte! ¡Me forcé! ¡Atormentado de verdad! ¿Tenía que darme el piro! ¡reaccionar! ¡Hale, venga! ¡andando, Virginia! ¡No debía soltarla! ¡Le tiré de la mano! ¡Pillina mocosa descarada! ¡hale, venga! ¡en marcha! ¡el guarro de Sosthène! ¡hipócrita! ¡buscaba al diablo él! Pues, ¡yo lo tenía! ¡me retorció el tarro noche y día! ¡Bastaba que lo tomase, se lo llevara para delante! ¡No era difícil! Me subía por todos lados, ¡lo tenía en las tripas, en la pierna! ¡en el cerebro! ¡y en el corazón! y la chinorri, ahí, ¡llena estaba! ¡éramos presa del diablo todos, la hostia! ¡El guarro de Sosthène con sus raleas, el cabalístico! ¡y la Bigudí, además! ésa sí que se dedicaba a las muecas como cien mil *Vegas*, ¡ella sola!... ¡te hechizaba, te chupaba! ¡Ah! pero no estaba yo a tono, flaqueaba... ya no podía avanzar... me vi obligado a sentarme otra vez... me aturdía la cólera... volví a pensar en el maricón de Sosthène... y después en Matthew... ¡menudo par!... más luego mis celos ahora, ahí, la estreché con la mano... niña descarada, maldito bicho... el hada de mi corazón... una maravilla de niña recia, perversa... ¿qué iba a hacer con ella yo, atontado?... las ideas se me escapaban, salían pitando, me llevaban... ya no era dueño de mí mismo... estaba maduro para la camisa de fuerza... De todos modos, me di cuenta... no era nada razonable... el hada de mi corazón tan tunante... ¡un manojo de vicios! ... ¡con el feto de la Bigudí!... eso era magia de verdad... yo gruñía, jadeaba sobre mi bulto ahí, mis utensilios... estaba postrado como un chuquel ahí, contra el escaparate... ¡guapo estaba!... bien que veía que no podía yo más, ¡bien que se daba cuenta, la lagartona!... habría podido ayudarme un poco... La gente nos miraba. Era la hora de salida de las oficinas... Pasaba un gentío... ¡Cuidado con la pestañí! ¡No me fuera a llevar para delante como a un choro!... tirado en la vía pública... ¡En pie, pillito! Me repuse. ¡El esfuerzo supremo! al currelo, golfo... Me forcé. Ya estábamos bastante cerca de Gingolf, colores y masillas... allí tenía para el reabastecimiento... Gingolf y Cía., bien que lo vi, ese almacén... no me detuve... pasé... estaba absorto en mis reflexiones. Iba sonámbulo... derechito... llevaba a Virginia de la mano... Ya no quería en absoluto que me abandonara... ¡Quería quedármela de una vez por todas! Así mismito era yo. Iba a encerrarla incluso... Iba pensándolo a buen paso... preservarla como una joya... ¡no debería largarse nunca más!... ¡como las Joyas de la



Torre de Londres!... ¡Ésa era la idea que me arrebatava!... ¡nadie la volvería a ver!... yo solito la vería con los ojos... ¡igualito!... una fortaleza inexpugnable... con torreones y aspilleras... ¡puentes levadizos gigantescos!... y aceite hirviendo para la Bigudí, su jeta de bollaca inmunda! ¡encima de la puerta, ahí, siempre! ¡siempre al fuego! ¡su morro! ¡para que no volviera más! ¡cerda!

«*I'll put you in!*», le decía... Le prometía felicidad... «¡La encerraré en mi torre!»

«*Where is your tour?*»<sup>[259]</sup>

No le preocupaba.

«¡En mi gran castillo, tortolita! ¡No estará mal en él! En mi fortaleza, corazón, ¡no tendrá frío!»

Me miraba muy burlona... trotaba como un chivito... así y después con un pie tras otro... nada emocionada... «¡Cucú!», me decía, «¡Cucú!»<sup>[260]</sup> con el dedo en mi sien... saltaba de acá... yo seguía caminando... ¡el majara!

«Sí, tesoro... ¡con triple llave! ¡con triple vuelta! ¡listo!»

«¡*Crr! ¡Crr!*», se echaba a reír... ¡Ah! empezábamos bien... cuanto más insistía yo, ¡más gracioso resultaba!... Me daban ganas de llorar... la monina... la flor de mi sueño... ¡qué precoz, de todos modos! ¡Ah! ¡estaba patitieso!... las nenas inglesas así, fuertes de pantorrillas y todo, que te armarían unos follones espantosos por un quítame allá esas pajas... alborotarían, las piarían por una cosita de nada... por un poquito de confianza de más... y ésa se exhibía con ese viejo putón verbenero y pervertido, una abuela sátira... ¡Ah! era como para partirse... ¡Espérate a la queli, chavalina! ¡Locura en el bul!

«¡Cucú!», me decía. «¡Cucú!» Ciertamente es que yo estaba un poco gracioso, caminaba hablando... furioso, descuartizado cerdo... me veía tan emocionado, tan inquieto, torturado por preocupaciones... ella se burlaba y se acabó, se burlaba. Yo le divertía y no había nada que hacer... era su capullo llorón. Ella no comprendía nada... ¡Vamos, adelante, bufón! ¡tráete tus tormentos con tu talego! ¡hale, mueve el esqueleto! ¡malapata! adelante, tontaina... De todos modos, habíamos arreado pero bien... estábamos casi en el lugar del que habíamos partido por la mañana... justo en la Librería Francesa<sup>[261]</sup>... ¡Ah! había que ver, yo estaba rendido, tenía que detenerme un minuto. Ahí mismo, sin exagerar... Ya es que no había manera... Dejé en el suelo el petate... Tenía que divertir a la niña... seguí temiendo que se largara... miramos el escaparate un poco... las imágenes, los tebeos... eso era para su edad... leía bien el francés Virginia... También había libros de cochinas... le interesaban, ésa es la verdad... Para ella la *Semaine de Suzette*... Conque entramos en la tienda... Libros y más libros... sobre todo de aventuras... el polo Norte de dos huérfanos... y, además, estampas en colores, colecciones de todos los aviones, las motocicletas con turbinas, los coches de carreras... Todos los inventos del petróleo... Aquello me retrotraía... hacía al menos siete años... ocho años... conté... ¡ya! ¡qué rápido pasa! Des Pereires... sus inventos... su gruesa cielito... y después la carretilla<sup>[262]</sup>... ¡eran los buenos tiempos, joder, qué leche!... ¡pureta pirujo! ¿y ése? ¿Sosthène bailón?

¿cómo nos separaríamos?... ¡la de recuerdos que tenía yo ya!... la guerra te los acumula... Miraba a la chica ahí... la chinorri... Ella no sospechaba nada... Le comentaba yo las hermosas imágenes... eran para su edad... le contaba las esféricas... ¡de eso sabía yo un poquito!... El encargado era muy tolerante, podíamos revolverle todo patas arriba, todas sus colecciones... Tirarnos las horas muertas, mientras caía todo el diluvio... nunca las piaba... No salía demasiado de su caja, miraba las cosas desde muy arriba, es como si lo viera aún... ¡los lentes!... absolutamente miope, en una nube, el cuello de celuloide cual argolla, el dinero de la vuelta y una sonrisa... sólo, que de cerca olía, el olor acre, el gusto de la época, rancio de sudor. Fue necesaria la guerra del 14 para que la gente corriente dejara de apestar, quiero decir, así, naturalmente. Me pregunto qué perderán esta vez<sup>[263]</sup>, ¿tal vez las caries, el aliento rugiente? con dos o tres cataclismos más, ¡estaremos completos! ¡en el reino del gran Pan, los peplos! ¡la Belleza recuperada!...<sup>[264]</sup> ¡a él, el Gafitas, aún no le había llegado! ¿qué licencia habría conseguido así, tan estirado? ¿qué inutilidad tendría? Al fin y al cabo, aún no tenía la edad... Yo nunca le hacía preguntas... no quería parecer guripa... Tenía poco pelo... bigotitos de gato un poco como Pereires. Era un dependiente que para qué... ya podían disecarlo, nunca lo convertirían en modelo, nunca les enviarían otros de Francia o de otra parte... quedaba ya atrás, en una palabra, como dentro de una colección, como petrificado en el borde de la época... constituía un museo por sí solo... cuando pasaba yo por allí, entraba a verlo... yo había llevado el mismo cuello flexible que él, celuló... pajarita... pero él estaba aún en su sitio... yo había abandonado todo... era yo quien me lanzaba a la aventura en sus colecciones... ¡Es que menudo era, la verdad! los barcos a lo largo de las eras... embriagador de verdad, para escoger... de todos los siglos y pabellones... de los *draggars*<sup>[265]</sup> a los de altura, clípers, paquebotes mixtos y fragatas, galeones y corbetas... todos los fardones del océano en todos los tiempos y parajes... ¡llanos azules, mares de plomo, huracanes de espuma!... Era una compra tentadora, muy distinta de los recados para estopas... el reabastecimiento de las fundiciones... ¡Ah! me habría llevado barcos, una colección, un surtido de verdad, habría llenado con ellos las paredes, toda la escalera del coronel, todo nuestro cuarto con Sosthène, un capricho, un furor de repente, dos, tres hermosos de tres palos, por ejemplo, más luego cinco, seis mixtos de vapor...

«¿A que no te atreves?», me desafió la chavala.

«Pues, ¡vas a ver! *go!* ¡la docena!»

Y los más hermosos en colores, ¡y, además, doce! ¡con vergas, velas, nubes, tormentas! ¡loros tensos! ¡las drizas tirantes con los vientos huracanados! no escatimé en nada. ¡Me marqué por valor de cuarenta y siete libras! Al Biseles se le iban los ojos, de todos modos, tras los cuarenta y siete pavos, cuando se los poquinelé... Nunca me había vendido nada... Con eso formaba un paquete enorme, además de mi quincalla, mis fundiciones... ¡Y tenía que apencarlo yo!... en fin, se me habían quitado las ganas... Ya no se podía volver atrás... Desde luego, era poco razonable...

¡otra vez con el parné del coronel! ¡Ya no había límites!... se lo comenté a la chiquilla... que si ella tenía tanta culpa como yo... que si me había incitado a atreverme... era igual de inconsciente... lo que ella quería era historias... que comentara otra vez las batallas, los otros cuadros de la tienda. Ya he dicho dónde era: Wardour Street... dos pasos después del *Palladium*<sup>[266]</sup>... Tenía muchos otros más el Biseles, mapas antiguos de la mayor belleza... las batallas célebres, Lepanto, las galeras atronadoras... ¡además de los monstruos marinos!... ballenas de fauces pasmosas... furiosas a base de olas... ¡en plena carga contra las fragatas! las carabelas de la Armada en plena borrasca atlántica de pie cortando el océano, con estallidos de espuma y pólvora... ¡temas estupendos!... más luego todo un anaquel de atlas, todos los grandes trazados de altura... las distancias de esmeralda: Pernambuco, 3000 millas... Yokohama, 10 100... Tahití, 14... y después otros semilleros al viento... en el fin del mundo... en los antípodas, más lejos aún... la tira para elegir...

«¡Vamos, Virginia, escoja!»

Cierto, era la ocasión. ¡Absolutamente lo que deseara! ¡mar de Coral! ¡mar Caribe! ¿una isla allí, cosita de nada?... ¿un polvillo de mar? para una chiquilla como ella... Me entusiasmaba al pensarlo... ¡Quería tirarme un farol ante el Biseles! ¡Que se empapara de quién era yo! ¡un *globe-trotter* muy puesto! ¡Le expuse incluso mis condiciones! Hablé muy alto en su tienda. Quería una isla con árboles, pero ¡abrigada en todas las estaciones! ¡con triple barrera de arrecifes! ¡no quería que nos aburriéramos! no quería ninguna preocupación de mesa más... quería comida a porrillo... ¿Habría oído hablar tal vez él? plátanos, piñas, conejillos de Indias... y, además, el clima ideal, un verdadero edén necesitaba yo... ¡volvía de la guerra! y también alegría, recreo... quería curar mis putas migrañas, quería divertirme... quería peces voladores por doquier, loros que cantaran sin desafinar. Quería curar con cachondeo y con Virginia, mi nenita... ¡Ah! era encantador, eso desde luego... conque ya no más dolores en el brazo, tampoco en la cabeza sobre todo... ¡eso era lo más innoble! no más pitidos en los oídos... no más concursos de gases, ¡no más coronel! ¡no más Matthew el atroz!... ¡no más pesadillas de día y de noche!... ¡Ah! ¡la buena vida en el Caribe! ¡ya me lo veía yo! ¡No más chorras encima! ¡Se acabaron las Indias! ¡la Pépé! ¡Ah! ¡me transportaba el entusiasmo! No comprendía nada, el Binóculo... me miraba como un becerro... ¡Venga, nos vamos los tres! ¡Era generoso por mi parte! ¡Le proponía una fortuna inaudita!... era generoso por mi parte... le iba a sentar pero que muy bien... me lo llevaba a los Trópicos... con él no sentía celos... abandonaría su caja... ¡Ah! eso no quería... en seguida protestó... «¿Por quién me toma usted?» y muy triste... Así era la cosa...

Entonces, ¡partiríamos solos! ah, pero ¡no me iba a dejar retrasar! ¡Peor para el Biseles! ¡Adelante, mi pequeña Virginia! ¡Crecerá y se hará muy hermosa allá! ¡en los mares Adragantes! ¡ya había encontrado un nombre! ¡en los océanos Lázulis! ¡Adelante, chinorri!... ¡y zas! ¡la arrastré de la mano! ¡mi paquete! ¡el petate! ¡los

chismes de hierro! empezaba a conocerme, que me decidía en seguida, en fin cuando no me dolía demasiado... aquella vez, ¡al diablo el dolor! ardía con ganas. Salimos de naja... yo relinchaba de entusiasmo. ¡El antípoda en el culo! ¡Me forzaba la pierna! ¡toda mi trastería al hombro bamboleándome! ¡un jaleo! ¡Me lanzaba dentro del gentío, el tropel!... ¡ah! ¡lo a gustito que íbamos a estar allí! ¡Ah! ¡no quería que me retrasaran! ¡Me colmaban de insultos al paso! ¡Al menos a veinte personas derribé! de espaldas, así, corriendo... a lo largo de todo Oxford Street... Regent... Virginia se divertía mucho... jalaba a mi lado... *Selfridge's* a lo largo... Marble Arch... ¡la de tipos a los que zarandeamos! ¡ah! ¡es espantoso el entusiasmo! ¿Y si nos hubiéramos cruzado con Matthew? ¡ah! me decía yo eso... No se daba cuenta, la pequeña... ¡es muy bonito embalar! ¡el peligro! ¡el alboroto! Pero menudo si me rajé, me vi obligado a sentarme. ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua<sup>[267]</sup>! Me levanté... temía que me siguieran... ¿Y si estuviesen pisándonos los talones los guripas?... Me forcé otra vez... la avenida... crucé... Hyde Park... me lancé... ahí había un mojón, ¡uf! Los árboles, allí, eran mucho mejor... tenía que reflexionar... ¿qué nos había dado? ¡y todos aquellos bártulos encima! ¡lo tiré todo! hale, al suelo... un banco... tenía que reflexionar, la verdad... no me iba a ayudar la chinorri... se acabó el egoísmo... había jalado pero que demasiado... resoplaba, jadeaba con ronco estertor... ¡ah! era el momento de concentrarse... había que aprovechar una calma... nadie en nuestros talones... ni Nelson ni Matthew ni nada... ¡una suerte de miedo! conque tenía que hacer planes... las fugas son bonitas, pero cuestan lo suyo... ¡no deberíamos llevar al Sosthène! ¡ah! ¡eso lo primero! ¡ah! ¡no! ¡Al diablo el asqueroso tiparraco! No quería verlo más, ¡ni por todo el oro del mundo! ¡ese guarro y viejo feto! Me traía mala bají, ¡eso seguro! ¡Que fuera a reunirse con sus demonios! ¡y el antepasado con él! ¡engorros perversos y nada más! ¡y la otra, la Pépé, la caliente y sus templos de jade! ¡oh! ¡huy, huy! ¡ya es que no quería más! ¡Que fueran a embalsamarse todos! ¡nosotros nos íbamos a los antípodas! ¡mi nena, mi corazón, mi pajarito! ¡ése era mi tótem! ¡mi salud! ¡el mar Adragante para nosotros dos! ¡todo, nosotros dos solitos! ¡Virginia! ¡A izar nuestros paveses! ¡Mierda para los mirandas! ¡Dos años! ¡diez años, si era necesario! ¡A largar nuestras preocupaciones! ¡Rumbo al Sur! ¡Que no nos reconocieran más! ¡Eh! ¡huy! ¡Cuidado! ¡vi a un guripa! ¡hale, rápido! ¡en marcha, margarita! ¡a los otros árboles, allá! la alameda en curva... me reconocí más petulante... ¡otro ardor más!... ¡y otro!... ¡la velocidad, la esperanza!... ¡ya no me sentía las piernas! cruzamos de través, el camino más corto... rocé los céspedes con el impulso... llevaba a mi hada de la mano... mi surco querido... ¡Y uf! bueno, pues, ¡ya estábamos! ¡qué miedo había pasado yo!... ¿de qué? no sabía del todo bien... en fin, ¡un descanso de un segundo!... sólo era una alarma... no faltaban guripas precisamente en Londres... ¡aún no había acabado de reír!... ¡una pausa, de todos modos, qué caramba! respiramos... más lejos, allá, eran los *meetings*<sup>[268]</sup>, al otro lado de los bosquecillos, se les oía soltar por la mui... podríamos acercarnos un poco... los oradores al aire libre... al menos una docena que chillaban... se oían retazos de

arenga... la muchedumbre no los respetaba... «¡Jua! ¡Jua!», les soltaba... se les veían las jerós esforzándose... sobresalían de la multitud... encaramados en algo... ¡Lo que se desgañitaban! la muchedumbre les respondía, les tomaba el pelo... no los tomaban en serio... «¡Jua! ¡Jua!», se cachondeaban... como yo con Virginia, se burlaban de ellos, les lanzaban ironías... ellos hacían gestos ostentosos, se debatían... era la cólera de profeta, el viento se llevaba palabrotas...

«*I say the rich must pay!*» Estaba rojo de cólera ése, al afanarse, se le veía de lejos el color... sobresalía como un disco de entre los sombreros... estaba escarlata de furia... Quería hacer pagar a todos los ricos... se empeñaba atroz... se ahogaba para eso... la muchedumbre se chungueaba... reventaba de risa... «¡jua! ¡jojó! ¡jojójó!», soltaba tremenda... todos los ecos de la chungá...

«*Christus is at war! We bleed with him!*»

Yo no veía a esa persona de voz temblorosa, no sobresalía de los sombreros... era otro estrado... una voz de vieja... ¡Cristo está en guerra! ¡sangraba con él!, según afirmaba... chillaba agria que había que rezar... ¡y en seguida, además! nada complaciente... la muchedumbre se reía menos que con el otro... ¡Empezó a llover! un aguacero brusco... se abrieron los paraguas... No por ello se enfrió la cristiana, abjuraba, temblaba en el agua... ¡tenían que cantarle el himno 304! lo cantó sola... suplicaba, imploraba al cielo que cesara la guerra... Caía a torrentes... Virginia quería que nos fuéramos, que nos abrigáramos también con los mediomundos. Yo no quería cambiar de sitio... todo aquello estaba lleno de guripas... en las aglomeraciones es fatal... ella tiritaba con su vestidito, su camiseta empapada... La estreché en mis brazos... deshice el paquete, quité la lona, nos la puse sobre la cabeza... ¡listo! ¡ya estábamos mejor! ¡La pañí que caía! no interrumpía a los discutones... Sus jerós atravesaban el diluvio...

«*Women of Britain win de war!*»

Era una conferenciante muy seca... chillaba tan agria, que ya es que le daba rechinar de dientes, además del birujis, que era como para palmarla... Quería que ganaran la guerra las sufragistas... ¡Con eso estaba yo de acuerdo! ¡buena idea! Había para todos los gustos, los fules, en la retahíla, berreaban por todos lados... ¡y más ráfagas! ¡venga y venga! auténticas cataratas de pañí... en el otro extremo exactamente, casi en la calle, había uno rojo como un tomate que apencaba con ganas... se lo oía desde muy lejos, causaba impresión... se lo veía bien con sombrero, con chistera escarlata, gesticulaba, se contorsionaba, berreaba...

«*Accordeons for the Army!*», ésa era su queja... Se empeñaba absolutamente. ¡Todo por la distracción del soldado! ¡Nada como el acordeón! lo vociferaba... Después tocaba una tonadilla... una giga, un *cake walk*... bailaba al mismo tiempo... un día sin pan... pencas con zancos... cantaba... alborada, abroncaba... era un excéntrico filántropo... «*Accordeons for the Army!*» ¡*Tig!* ¡*gg!* ¡*ding!* ¡*dg!* ¡*dg!* bailaba su giga sobre su carricoche... ¡le traían sin cuidado los ciclones!... ¡estaba en otro mundo! ¡dándole a su asunto contento! Nadie le daba pero es que nada...

¿Acordeones? ¡sólo él tocaba! ¡Saltaba con él, trajinaba! ¡el fideo! yo también saltaba, trajinaba, ¡nadie me daba nada! ¡igualito con Virginia! ¡saltaba! ¡y saltaba yo!

«¿Verdad, Virginia, que la amo?» Le pregunté entonces en broma... «*I love you! I love you!* ¡Yo le hago todo y usted no hace nada!»

La miré en sus hermosos ojos de sueño... tan bonita, mi amor, mi alma querida... no estaba de buen humor precisamente ella, estaba un poquito de morros... la estreché, ya no la solté, aproveché la circunstancia de que la protegía bajo mi lona, de que no podía escaparse con su vestidito chorreando... la cubrí de caricias, le chupé el agua en la punta de la naricita... la lamí, le relamí como un perro todo su querido rostro tan mono... ¡ah! cómo ardía yo, inflamado de pasión estaba, de alegría de tenerla así, cogidita... ¡ah! a mí me daba pero es que igual la pañí y las cataratas de diluvio y el brazo que me dolía tanto, con tal de que se quedara ahí, pegada a mí, tan bonita, trémula y risueña... pero los otros granujas, ¿dónde estaban?... ¡Eh, chavalina del diablo! ¿pensaba en ellos?... ¡ah! de eso estaba yo seguro también... hipócrita y toda vicio, ¡eso por descontado!... Volví a ser presa del terror... vuelta a empezar, ¡ya estaba yo desvariando otra vez!... estaba seguro de que divagaba, no estaba tan loco... era dolor de celos. A ver, ¿dónde estaba el Nelson? ¿y el Matthew también? ¿y Cascade? ¿y la veterana Angèle? ¡Ah! me hubiera gustado verlos... Iban a birlármela, seguro... Ya tenían su proyecto... Contemplé los jardines alrededor... no, no veía a nadie...

«¿No ve usted a nadie, Virginia?»

No, no veía a nadie... Así era, cándida, transida en mis brazos de frío, de aguacero y amor... ¡pobre pajarito!... ¡No! ¡No! ¡No! ¡no era eso, la muy bicho! ¡ya me volvían las paridas de capullo! ¡una descarada era! ¡una fulanilla, que la había visto yo! ¡con la Bigudí! Recibía yo ráfagas en toda la cabeza, cataratas de pañí helada, eso me calmaba. ¡Era un descarro más que perverso! Veía a ese ángel... me encendía, la veía con la otra... ¡ah! era increíble el rostro, una chavalina semejante... pero muslos también, muslos... los sentía ahí, muy cerca de mí... ¡tenía que casarme con ella! ya no me la robarían más... tenía que casarme con ella en seguida.

«*You come with me Virginia? ¿You come al mar allí?*»

Le hice la pregunta. Ésa era la idea, ¡tenía que casarme con ella! Repetí...

«*You come and travel cross the seas?*»

La invité al viaje.

«*Swim! Swim!*», me respondió... «¡Nade! ¡Nade, pues!», se me burló... había yo hablado de los mares... no quería que se burlara. Yo hablaba en serio.

«¡No me abandonará usted nunca!»

Ella me mostró la lluvia, la pañí, diluvio... Debía de estar yo gracioso otra vez...

«*You come Virginia?*»

Insistí... ¡Era una lapa!... ¡Qué perspectiva! ¡Qué ideal! ¡Juntos para toda la vida! Para empezar, la tenía bien sujeta, la acariciaba... muy tierno, sobre mi hombro... la pañí no cesaba... era un chaparrón... dentro de un minuto iba a hacer bueno... le

daba confianza, la acariciaba... ella tiritaba, estaba toda empapada... volví a besarla, le hablé muy cerquita, en los cabellos... le mordisqueé la oreja... lanzó grititos salvajes... podría haberla mordido aún más fuerte. La Bigudí no se andaba con chiquitas... ¡y delante de todo el mundo! en pleno tráfico... allí no había nadie... le acaricié el cuellecito... era tan gracioso, tan sensible... terciopelo, raso, con la lluvia... bastaba con apretar... mi mano izquierda, ¡la fuerte! la estrangulaba, ¡cuic! ... un tordo... la tendría ahí, toda palpitante... la acaricié, le chupé el piquito... ¡Ah! ¡la vieja pitraco! ¡me acordé! ¡la Bigudí zurrupia! ¡guarra! ¡Me la comería entera, yo, a su cielito! ¡para que se riese por algo! ¡ovillito de vicios! ¡me la jalaría! ¡No quedaría nada para la Bigudí! ¡Si las había visto yo, en toda la boca! en plena plaza... ¡al mediodía! ¿no era espantoso? ¡si es que hacía un minuto que se habían conocido! ... esa bruja, ¡había que ver! tenía yo visiones saturnales... toda la pañí no me calmaría... ¡Vi a esa vampiro! ¡esa pintura! ¡la tragona ventosa!... ¡Me la habría sangrado, a esa chiquilla! ¡era capaz!... ¡me la magreaba con una pasión!... ¡todo para la galería! ¡Si el Matthew hubiera visto todo eso en el centro de la ciudad! ¡que ofrecía yo cuadros vivos!... ¡Menudo paquete, entonces, madre mía! ¡Toda la basquilla al trullo! ¡Yo no me rajaba, de todos modos! Con peligros o sin ellos, ¡me traía sin cuidado! visiones de verdad diabólicas como para no pensar ya en otra cosa... ardores como para vociferar, demasiado terribles para mi estado... tenía que raptarla, no había duda... retorcido, torturado de amor. ¿Pureza? ¡una mierda! ¡Libidinoso!... ¡rostro y se acabó! Tenía vergüenza y demasiadas ganas, además... volví a reflexionar un poco... una recuperación de la conciencia... ¿no sería todo un error?... un vértigo, en una palabra... ¿no habría sido víctima de una violación?... ¿de un abuso de ese cacho bicho asqueroso? ¿una intimidación horrible? perversa zorra, falsa y furcia... ¡Que no debía yo exagerar! ¿no sería víctima yo de la fiebre? ¿no estaría destrozándome, pobre enfermo?... En todo caso, ¡no debía prolongarse! ¡hale, venga! ¡andando! ¡en acción! ¡grandes medios y grandes remedios! sólo, que no había que divagar... no había que desvariar... ¡ah! ¡había que reflexionar!... sobre todo, responsable ahora... Sería mejor una isla, pensé... pero una muy pequeñita, claro está, bien defendida por los arrecifes, y, además, soleada, ¡no una fábrica de catarros, una ciénaga para cerebros como su porquería de Inglaterra! ¡ah! lo dije en seguida... sol casi todos los días, para curarme de mis dolores... ¡no más invierno! ¡sólo primavera! y, además, ¡es que existía! los Trópicos, ¡ya está! Le grité para que me oyera... no me oía bien, la pañí tamborileaba, ¡y flores, además, habría! enredaderas tan gigantescas, ¡que cubrirían nuestra cabaña! y sartas de aves liras y colibríes tan menudos, que se pelearían con las mariquitas... Ella no lo sospechaba... Le enseñé aún más cosas... todo lo que ocurría en los climas soñados... que si era un prodigio perpetuo... encantos interminables... caramelo para todos... todo lo que adorara ella habría... mariposas como las dos manos, y tan luminosas, que no haría falta lámpara por las noches... te iluminan con suaves brillos... y, además, peces voladores... focas que te siguen como perros... para la chirigota, bandadas de

negritos acróbatas que pueblan la selva, las ramas, hacen cabriolas, chillan en las alturas... especies de gnomos y monstruos... a propósito, ¿nuestros pantes de allá? recordé de repente... ya no se los oía... ¿el *meeting* bajo la pañí? ya no veía yo al descoyuntado. No tenían constancia... nosotros habíamos resistido firmes... la había yo hecho entrar en calor, a mi niña bonita... ¡habíamos recibido toda la pañí!... pero ¿qué hora era?... ¿dónde tenía yo la cabeza?...

«¿No tiene usted hambre, Virginia?»

Pero ¡si se moría de hambre y de frío! Estaba chalado yo, ¡divagaba! ¡disparataba! Pero ¡si es que ya era hora, la hostia! ¡al menos las siete! ¡ocho! En pie, querido pájaro, ¡en marcha! Reaccioné, me alcé sobre las piernas de nuevo... ya no las sentía del frío... ella se quedó paralizada ahí, la chinorri, toda encogida en el banco...

«Virginia, levántese, mi niña bonita...»

Me daba miedo de lo pálida que estaba... miraba fijamente allá, muy a lo lejos, al lado de los céspedes...

«¿Ha pillado la muerte?», pregunté... «pobre carita... ¿Qué ve, Virginia? muy grande ahí, con ojos extraviados...»

No había nada en los céspedes... sólo pañí aún... charcos... largas brumas que erraban... Miré yo también, me esforcé... no distinguí nada... pero es que nada... ¡ah! después ahí, sí, un tipo... una forma que avanzaba al final de la alameda... venía hacia nosotros... como un paseante... costeando el césped... cruzaba la hierba... ¡ah! era más que cierto, era alguien... así, solito, avanzaba... las vaharadas danzaban en torno a él... se acercaba... se detuvo... después echó a andar otra vez... pasos lentos así... sonámbulo... muy lentamente... otro paso y otro... dejé de verlo... una ráfaga de lluvia ocultaba... volvió la pañí y ya no se veía nada... la niña se quedó ahí, atónita...

«¡Virginia, vamos! ¡Virginia!»

No me oía... los ojos se le agrandaban, se le agrandaban... y después «¡Aaah! ¡aaah!» ¡el grito que lanzó! un patatús, ¡vlufl! se desmayó... un segundo... la recogí... la volví a sentar... abrió los ojos de nuevo... el hombre estaba ahí, de pie, ante nosotros... yo no lo había visto... ella lo miró fijamente... era cosa seria... un vértigo... ya estaba, pasado, pestañeó, sonrió... no era algo corriente... el otro ahí... se había dado prisa... yo lo había visto allá, en las brumas... ahora éramos tres... miré al hombre... no parecía estar violento... creo que habló a la chinorri... no estaba yo seguro, me entró el muermo de repente, algo me pasó por la cabeza... ahora flaqueé yo casi... ¿de dónde vendría ese estrafalario? estaba muy amable ahora... habló en francés y después en inglés... yo no comprendía del todo bien, lo intenté... me quedé alelado, me di cuenta, no tuve miedo, pero una desazón... no sabría decir el efecto, algo extraño... hablaba raro también, le temblaba la voz... se quedó ahí plantado, ya no se movió más... la niña le hablaba, charlatana incluso me pareció... yo no entendía lo que se decían... desvariaba yo solo, estupefacto... no sabía lo que



me pasaba. Mascullé... ¡había que ver qué cliente, de todos modos!... ¿qué podía querer de mí?... ¡ah! me desconcertó, no salía de mi asombro... me inquietaba cada vez más... quería mirarlo, pero no me atrevía... la niña, en cambio, se animó... se decían tonterías, los escuché... no cesaba de reír ahora ella... se entendieron de maravilla en seguida... ¡La Virgen, qué raro era! no era corriente... ¡otro caradura! así, de buenas a primeras, tan amiguitos... ¡ni un minuto perdido!... ¡ah! era espantoso, como con la Bigudí, en una palabra... ¡las plazas, los parques, me mataban!... Quería yo verlo, a ese fenómeno... hablarle de tú a tú... No había forma, no tenía fuerza... me dejaba clavado pero bien... de pronto un malestar ahí, de plomo... en la cabeza, los miembros... oí su desagradable voz... una cabra, exacto, un falsete... un poco como Sosthène... ¡ah! ¡tenía que verlo yo! me forcé, lo miré... era feísimo, eso sí... a la nena no le parecía así, desde luego, por la forma como le sonreía... casi no le quitaba los ojos de encima... estaba fascinada, ¡palabra! ¡ah! lo miré a la cara... bien mirado, no me era desconocido... lo reconocía... no lo reconocía... no estaba seguro... me daba un malestar... era él... ¡no era él!... estaba ahí, de pie, bajo el aguacero... no parecía notarlo y eso que caían trombas... ¡y no estaba protegido con nada!... nosotros dos al menos teníamos la lona... se derramaba sobre él, chorreaba... volví a mirarle el rostro... le llovía con fuerza encima y salpicaba...

«¿Qué?», me preguntó. «¿No sabes nada, Ferdinand?»

A mí se dirigía... ¿Cómo es que sabía mi nombre? Tartamudeé, no podía responderle... ¿de dónde salía ése?, pensé... ¿de dónde llegaba ese funámbulo? con la chinorri se entendía bien... se burlaban de mí los dos... eso fue lo que entendí... farfullé, barbullé... era verdad, me emocionaba, de todos modos... me tendió la mano... habría podido vociferar, no cogérsela... me forcé, de todos modos, se la estreché con fuerza, era dura... su mano, metal... y, además, fría... helada... de hierro... Él no temblaba, estaba firme... volví a mirarlo bien a la cara... y, además, ¡su traje, tan desgachado, el polichinela ese!... lo hice a propósito, lo miré de arriba abajo... iba todo de negro, en andrajos, desflecado todo él... su mano me helaba ahora todo el brazo... yo temblaba, sentía todo ese lado del cuerpo... era extraño, ese chorra...

«¿Qué es?», dije. «¿Qué es?»

Así, súbito ahí... no pude remediarlo... oí mi voz, no la reconocía... no podía contenerme... no me hacía ninguna gracia... mi voz salía muy rara... había cambiado como la suya... tan velada, alteradísima... ¿qué cojones hacía yo con esa voz? Repetí bajito: «¿Qué es?», me forcé... se me secaba el gáznate, me ahogaba... ¡estaba yo guapo!... ¡voz de pureta!... ¡ah! le eché el ojo bien, al pingo... seguía ahí plantado, gangueaba, le temblaba la voz... no entendía yo lo que decía... de cabeza hablaba... le miré la cabeza... y después todo el individuo, su chaquetón, su chaleco, sus flecos... y luego su pantalón... era un puro andrajo, su pantalón... eso no lo había visto yo... todo el vientre en sentido horizontal... el chaleco recosido con hilos

blancos... así, en harapos... empapado por los aguaceros... pero ¡no me daba miedo! ¡de pie ahí, así, yo también! así mismo y tranquilo... ¡le hacía frente a ese polichinela! de lo más tieso, como él... sonreía yo también, me imagino...

Volvió a empezar con sus preguntas.

«Bueno, ¿qué, Ferdinand?»

Quería a toda costa que hablara yo. Me retiró la mano, me la volvió a dar... Se andaba con remilgos... ¿Querría tal vez que me fuese?... ¿que le dejara a la niña? era la manía que tenían todos...

«¡No! ¡no! ¡no!», le dije... no pude decir otra cosa...

Me retuvo la mano.

«Ciempiés», anunció. «¡Ciempiés!»

Se presentó... ¡se inclinó!...

«Ciempiés, verdad, ¿recuerda? ¿Ciempiés?»

Insistió.

«Conque, ¿has vuelto?», dije. «¿Has vuelto?»

No me acobardé... resistí... le hice frente... de todos modos, tartamudeaba... «¡Eres! ¡eres! ¡eres!», ya no podía detenerme... eso le hizo reír, rechinó...

«Ya ves... ya ves...», me respondió...

Me lo sospechaba antes... es una alucinación, me había dicho yo.

«¿Virginia?... ¿Virginia?» Me la mostró con el dedo... ¿Cómo podía conocerla? ... no la había visto nunca... ¡a la chinorri no le extrañó!... ni el menor desconcierto... se hablaban, se comprendían, me pareció... los miré a los dos... miré la hierba, la arena, los charcos... habría desaparecido, si hubiera podido... aparenté serenidad... no había nadie en el parque en derredor... ¡ah! era el colmo... ¡era para mí!... ¡era extraordinario! Ya podía mirarlo, era exacto... su chaquetón, sus harapos desgarrados... los guiñapos, la jeta... ¡había pasado bajo el rengue!... ¡ah! ¡no me llegaba la camisa al cuerpo!...

«¿Has vuelto?», dije rechinando los dientes. «¿Has vuelto?»

Tenía la misma voz que él... palpitaba, eso por descontado... yo que ya tenía el corazón pachucho, ahora era un galope, la carga... ahora palpitaba por todo el cuerpo... ¡tac! ¡tac! ¡tac! ¡tac! el culo me latía, el bul, me daban ganas de gritar... ¡ah! me paralizó la garganta... me ahogaba ahí, un torno... ¡no iba a ponerme yo a hacerle preguntas! intenté aparentar indiferencia, me contraje con el miedo, me forcé... para empezar, teníamos que irnos antes de que él llegara... habíamos quedado... la nena tenía frío... habíamos de buscar un restaurante... ¡ah! debía decírselo, hacerla reaccionar... yo también estaba impresionado, ¡la leche! ahora era una complicación ese funámbulo ahí... Sería un alivio que nos moviéramos, saliésemos de aquella extensión, de aquella bruma, aquella pañí... «Polichinela», fui a decirle, «¿comes acaso?...» ¡Le habría resultado violento! ¿tal vez ya no comiese como los demás? ¿con el estilo funámbulo que había adquirido? no era corriente... ¡Le iba a mandar a hacer puñetas yo, al chulo!

«¡Tú! ¡tú! ¡tú!», balbuceé primero... repliqué... mi voz se enganchó arriba, nada salió... se tuvieron que reír por fuerza... aprovecharon... estaba yo impresionable, no me encontraba bien... Virginia rompió el hielo.

«*Shall we go to lunch?*», propuso.

Tiritaba también ella, pero no de miedo, no de espanto, eso seguro, en seguida le había gustado Ciempiés, en seguida familiar, amiguita... igualito que con la Bigudí... bastaba con que fuera algo extraño y ya estaba encantada... se pirraba, ya no se podía estar quieta, ni siquiera me miraba...

«¡Vamos! ¡Vamos!»

Recuperé un hilo de voz, me forcé... ellos me imitaron, se burlaron...

«¡Vamos!», dijeron con voz cascada. «¡Vamos!»

Les temblaba la voz como a mí ahora... en ese preciso momento ¡*Brum!* ¡*Braúm!* dieron las seis en el Big Ben... pasaba por la bruma, había que oír la repercusión... ¡un eco! el aire se bamboleaba... ¡ya no era hora de almorzar, la leche! ¡Era mucho más tarde!... habíamos perdido horas... ¡Ah! al Ciempiés lo afectaba de lleno cada ¡*bum!*, bogaba, se tambaleaba... parecía que el eco le hiciera daño, le daba bandazos, lo zarandeaba todo él, toda su osamenta de espantajo... como si fuera a caer a cada *braúm*... ¡ah! pero ahora había de qué reír... ya no era sólo yo el gracioso... también él tenía gracia, ¡su jeró! ¡la mueca que puso! a cada *braúm* se bamboleaba como borracho... no acababa nunca, ¡era el carillón!... cerró los ojos de la zozobra... ¡ah! ¡estaba guapo!... la chinorri se divertía, loquilla... ¡ah! nos divertíamos... ¡los traviosos! galopaban en la niebla los toques, era lejos, era la Torre<sup>[269]</sup>, le daba de lleno, lo tiraba... se aferró, se repuso muy derecho, rechinaba los dientes, reía sarcástico... era un juego... quería tomárselo a broma... ¡Ah! ¡ya estaba yo harto de ese payaso!... de repente me atacó a los nervios... un impulso, lo atacé ahí rotundo, no pude contenerme...

«Conque, ¿eres tú?», fui y le dije... ¡le iba a enseñar yo modales! toqué con mi mano... no digo más... me quedé agilipollado... paralizado ahí de golpe... ¡ah! un vacío... como aspirado yo... me vi obligado a sentarme, estaba muy confuso... me volví a sentar... dejé de mirarlo... ¡me había hecho daño otra vez!... muy superior a mis fuerzas... demasiado... ¡ya podía reírse burlón el asqueroso fantoche! era como el de Delphine, el de la noche de los cigarrillos que Claben se puso tan malo, que la había engatusado y todo... ¡si lo sabía yo!... que había caído sobre la vía del tren... que le había hecho observaciones. ¡Ah! por mí habría cobrado, ¡ya podía hablar! ¡no me iba a cortejar en plan pompas fúnebres! ¡eso lo defendía yo perfectamente! ¡en guardia con los súcubos!

De todos modos, me había dejado derregado, mi simple gesto ahí... habría perdido el conocimiento... ¡ah! era un manús muy chungo, temible y todo... a Virginia no se lo parecía... divertido le parecía, gracioso, agradable en persona... se hacían muecas... el reloj había acabado... él se sostenía de pie solo, ya no oscilaba... ella estaba ansiosa por su comida.

«*Chop! chop! chop!*»<sup>[270]</sup>, nos recordaba... una gusa... «¡A la mesa, *gentlemen!* ¡adelante!»

Todo le divertía, que era un primor... la pañí, el terrible diluvio, y el chorra ese, ¡no digamos! ¡menudo coleguilla! ¡y yo con mis muecas de desconcierto! todo la hacía reír a carcajadas, sobre todo yo tal vez con mis muecas de desconcierto... nos salpicaba y nos cubría de fango en los charcos... ¡hale, zas! ¡en pleno charco!

«¡La cena! ¡La cena! ¡que está servida!»

¡Adelante, ya que se empeñaban! no quería yo quedarme atrás... pero, a ver, ¿qué restaurante? ¿adónde íbamos a llevarlo, al tembleques? ¿es que no lo había visto? ¿no se daba cuenta?... Yo seguía boquiabierto de verlo... ¿qué efecto causaría en público? tal vez hubiera tenido yo hambre sin él... pero ahí, con ese olor... Estaba seguro yo de que desprendía un olor. Los dejé pasar delante de mí... ella brincaba por la alameda, enseñaba los muslos, le tiraba los tejos, ¡palabra! ¡me lo provocaba! Conque él no le fue a la zaga... como unas castañuelas, ¡se puso a naquerar! ¡a camelarla!

«¡Pequeña *miss!* ¡corolita!», la llamó... con voz trémula... «Es usted nuestra rosa bajo la lluvia... ¡tiene todos los frescores! ¡déjenos el frío! ¡la escarcha! ¡ji! ¡ji! ¡ji!»

Dicho eso, rechinó, crujió, horrible... todos sus huesos a la vez...

«¡El frío me lo guardo para mí!», así declaró... «¡El frío! ¡la escarcha! ¡ji! ¡ji! ¡ji!»

Estaba exultante, brincaba... la chavalina no paraba de dar saltitos, de bailar en derredor... ¡qué pesada! ¡y se dejaba galantear por ese apestoso!... ¡yo lo olía, lo olía!... ¡ella adoraba a su desenterrado! en seguida se había pirrado por él como por la otra vieja cerda el otro día<sup>[271]</sup>... la misma historia, con tal de que fuera algo pocho, se corría... ¡le iba a dar yo olla podrida! yo lo oía perfectamente, llegué por detrás... le chirriaba todo el cuerpo, al altivo galán... hacía tanto ruido con sus huesos como yo con todos mis trastos, todo lo que yo cargaba en mi lona... ¡*Cling! ¡gue! ¡ti! ¡cling!* toda su osamenta a cada sacudida... y, además, un olor, desde luego... me acerqué otra vez, lo miré de perfil... era él, no era él... era sin duda la cara de Ciempiés... aunque no lo hubiese jurado yo... pero, eso sí, un brillo bajo la piel... exactamente eso, un brillo... sobre todo cuando pasábamos bajo los árboles... en la sombra, lanzaba como un reflejo, iluminaba como cetrino... algo fuera de lo normal... con toda su cabeza, sus manos también... ¿es que no lo notaba la chinorri? ... salía de él... de debajo de su piel... era gusano reluciente por la jeta... de eso no había duda, estaba seguro yo, no iba a ir a preguntárselo... sólo me habría respondido tonterías, se habría puesto arrogante... lo más fácil, me habría mortificado, habría querido hacerme entrar bajo tierra... lo pensé antes de hablar... ¡*cling! ¡gue! ¡ting! ¡cling!* arrogante y todo... si le daba un corte, basta ya, enseguidita me habría dicho que eran culpa mía, sus agujeros, su olor, sus andrajos... que si yo lo había tirado bajo el rengue... que si había muerto de la herida, despedazado vivo... que si hablaba como un tarra ahora... que si que, si no, que no lo hubiera empujado... que si tenía

mucho frío, que si era culpa mía... que si era todo culpa mía... que si no acabaría nunca de temblar, de lanzar la tira de brillo en derredor... ¡ah! cuanto más lo pensaba más me fascinaba... me sentía atraído por su encanto... era como la chinorri, al fin y al cabo... lo oía, lo escuchaba... ¡cling! ¡gue! ¡ting! ¡cling! era yo el chuquel en la pista... volví a mirarlo, escuché su sonido de huesos... yo apencaba rezagado con mi carga, pringado, mi bulto, mi chamarileo... cojeaba... era igual, ¡iba tirando! ya no se ocupaban de mí, los dos... en seguida se la magrearía... ya iban cogiditos del brazo... íbamos así hacia la verja... ¡ah! era él, no había duda... clavadito, exacto... ¡ah! un palpar al reconocerlo, no era una simple farsa, una pesadilla... ¡ah! no iba a soltarlos yo, de todos modos... llevaba un gran peso en la lona, acarreaba el reabastecimiento, ¡no hacía tanto ruido como el andoba! Habría podido quejarme, yo, sufría cosa mala, también yo tenía huesos enfermos... Me sentía la pierna, el brazo, todo... cojeaba, me bamboleaba, me caía rodando... pero nunca habría hecho tanto ruido como él... me mareaba, su ruido, me mareaba... pero yo no lanzaba resplandores... Iban conversando al trotar, jugueteando, flirteando, los oía yo... se me distanciaron un poco, los alcancé... un esfuerzo más... me colé entre los dos a propósito... puestos a tener rostro, ¡pues todos! quería que ella me diese el brazo también a mí... quería que me sostuviera más que a él... me apoyé encima a propósito... sentí como algo blando ahí, titubeé... todos mis bártulos se desplomaron... ¡a huevo en los pies! ¡huy! ¡qué mueca! tuvo que alzarme él... estaba yo pegado a él, lo olí... ¡jumelaba, qué leche! se descomponía en relentes acres... ¡menudo cómo le rugían los andrajos, al guapetón! ¡lo comenté en voz alta! «¡Apesta!» ¿Es que no lo notaba la chica? Yo quería que lo olfateara, ¡que se diera cuenta!... él se dejaba oler complaciente... yo quería que le diese asco... no se movía, quieto parado para que lo oliéramos a voluntad... ¡ella tenía la nariz tapada cosa mala! ¡no olía nada!

«¡Apesta! ¡apesta!», afirmé, lo grité muy fuerte, lo berreé al cielo. ¡Quería que se armara escándalo! ¡estaba harto! pero no había nadie alrededor, era un absoluto desierto... sólo nosotros tres ahí, bajo la pañí, y los céspedes y las brumas... de nada servía que lo injuriara, él se cachondeaba... en fin a su estilo, rechinando... se burlaban de mí los dos... no era un gachó normal, ¡joder! ¡no me inventaba yo nada! ... ¿de dónde venía? ¿qué andaba trajinando? no vacilé más, se lo pregunté... a la cara, ahí, ¡hala! lo interpelé... ¡bastaba con mirarlo! le hice la pregunta... Pero ¿es que no se daba cuenta la chinorri?... ¡no veía al menda! ¿el monstruo, el estilo que era? ¡Eran ellos los que se reían a carcajadas, se divertían! les parecía la monda yo, ¡demasiado vacilón! ¡lo tenían fácil! ¡fácil! se reían como descosidos... no iba yo a sacar nada, claro está... ¡se ahogaban de risa!... ¡me agitaba, me asesinaba para nada!

...

«¡Hale, venga! ¡andando los mierdas!»

¡Así concluí! ¡me repugnaban tanto el uno como el otro! yo los seguía reventado, ¡ya no las piaba más, qué hostia! Aun así, justo delante de Bishop Gate<sup>[272]</sup>, la verja,

fui presa otra vez de un arrebató, un arranque de cólera... hasta la salida.

«¡Oye tú, Ciempiés! ¡oye tú, aborto!»

Me lo agarré así, me puse delante...

«¡Esto tiene que acabar! ¡Date el piro!»

Quería que se largara, que nos dejase tranquilos... No me respondió, me miró, sólo me puso la mano sobre el brazo, su mano, a su estilo, trocitos de hueso... listo, ¡flop! dejé de existir. Quedé como vaciado de una vez... tartamudeé. ¡Ah! ¡qué gracia, qué hilaridad! ¡yo siempre el clonatis!... se lo estaban pasando bomba los dos... ¡los iba a tirar por el aire, yo! ¡por el aire! ¡y el petate también! ¡los cachivaches! ¡no iba a llevarle nada al pureta! ¡iba a poder esperar sentado! ¡iba a ser un robo más! para empezar, ¿adónde se dirigían, esos frívolos? ahora guiaban ellos... ¡yo no tenía la menor gana de jalar! ¡no tenía apetito! ¡ya podían comerse, puesto que se deseaban! ¡esa pindonguilla y ese jumelante! ¡hale, *vlouutt!* ¡juntos! ¡en seguida! ¡que echaran un polvo, cojones! ¡ya podían casarse, la hostia puta! ¡congeniaban! ¡me hacían hablar mal a la fuerza! ¡estallé!

«¡Casaos!», ¡aullé! «¡Y que os den por el culo!»

¡Quería armar un jaleo terrible! Quería amotinar al populacho... ¡no eran medias palabras lo que yo decía! ¡quería exponerlo al público! se lo vociferaba por detrás... de lejos... iban deprisa, querían librarse de mí ahora... ¡yo quería que se casaran al instante! ¡y después que les dieran mucho por el culo!

«¡Por el culo, he dicho! ¡por el culo, hostias! ¡a base de bien! ¡por el culo! ¿me oyes, apestoso?...»

¡Así iba a haber aglomeración, de todos modos!... ¡era una expresión magnífica, me parecía, «¡por el culo!» ¡Ah! me oyó, ¡se volvió!

«¡Por el culo! ¡Por el culo!», aullé... «¿Oyes? ¡Por el culo!»

No debió de gustarle... volvió atrás... yo lo esperé ahí a pie firme... estábamos justo delante de una tienda... se congregó gente... ponían mala cara... debían de decirse: son maleantes, es un altercado del hampa... Vi que no caíamos simpáticos...

«¡Por el culo!», les grité. «¡Por el culo! ¡mirones!»

Abrían la boca de par en par... No me comprendían, eran ingleses... Ciempiés les habló un poco temblequeando, los tranquilizó, les indicó mi cabeza, que andaba mal, que es que me iba de la olla... que no había el menor peligro... que no tenía mala intención...

«¡Por el culo! ¡y por el culo! ¡por el culo os voy a dar a todos vosotros!», volví a vociferar.

Ahora me tocaba a mí cachondearme... me cogió del brazo, me llevó... no quería líos... volví a alzar mis alforjas, mis avíos, ya estábamos en marcha otra vez... ¡entre la chavala y él!... ¡ajá! ¡lo había logrado! Caminaba entre los dos, renqueaba, los obligaba a avanzar muy despacito... ¡Ah! ¡no eran ellos los que me daban miedo!... ¡eso por descontado!... ¡era el Matthew! ¡sólo él me daba miedo! él me iba a dar por el culo... se lo dije por lo bajines, les conté... no temía nada, de Ciempiés, ¡pobre

mocoso mulé en tiras! ¡Espectro de los olores! ¡ah! ¡nanay! lo traté como a la altura del betún... se bamboleaba, rechinaba, ¡me lanzaba sus falsos brillos! ¡yo me guaseaba! ¡Al Matthew era al que temía yo! ¡él era el peor chacal del sistema! ¡les iba a dar para el pelo a todos! no tardaría mucho, si no lo conocía yo mal... tenía ojo, dientes y ferocidad... ¡se me los jamaría con mantequilla! sería peor que el tribunal militar, más infame que la guerra, ¡más rapaz, enconado canalla que toda la casa de fieras en armas! ¡No necesitaban alistarse! ¡Él haría todo el currelo! ¡Frotaría con estropajo bien toda el hampa! ¡piante chungalí voraz! ¡ah! no me hacía yo ilusiones... tenía un presentimiento muy fuerte... ¡no se iba a encontrar nasti en el Strand!... ¡allá ellos, joder, al fin y al cabo! ¡Provocaban a la fiera! ¡No iba a ser el jumelante quien lo remediara! ¡Ah! eso se lo dije bien claro... Me escuchó ahí, sin dejar de andar... ¡Iban a ver lo que era un guripa de verdad! malintencionado inglés bribón, un campeón del Yard... ¡y un chapa que no me conocía! ¡no me conocía en el fondo, el Matthew! se lo conté a los dos ahí, me explayé... ¡no debían dejarme tirado, pirárselas, aún!... ¡tenían que escucharlo todo!... era todo un malentendido, se lo dije bien claro, me expliqué... yo le sorprendía, a Matthew, ¡le exasperaba!... le provocaba una cólera furiosa, con rayos y centellas... no se explicaba mi actitud, mis modales enfermizos, mis alharacas, le irritaba... me esperaba más que a nadie, me iba a enviar a galeras, a hacer puñetas, a donde fuese, con tal de que ahuecara, me iba a guillotinar él mismo para acabar de una vez, me tenía demasiada fila. ¡A eso había llegado yo con toda lealtad, final de esfuerzos!... le exasperaba con la existencia... era un funesto malentendido, tendría que haber conocido a mis padres, la lealtad en persona, la probidad que podían tener, el trabajo de buey... Se habría dado cuenta de mi temperamento, ¡la educación que había recibido!... Lo veía allá dándose cuenta... los hermosos modales del Passage... la tienda verde de mis padres... ¡allí se habría enterado de lo que valía un peine, el pobre panoli! ¡no eran clientes como los suyos! ... ¡las clientas sobre todo! ¡sólo baronesas de la más alta sociedad! ¡refinadas de la más alta alcurnia! ¡una distinción, el encanto y todo! ¡y los perfumes, los velos y las batistas, los «chantilly»!... ¡allí iba a saber lo que era bueno, el pobre cardo! ¡perdería un poco de su ralea! ¡Lo veía yo, lo imaginaba, me cachondeaba! ¡no lo podía evitar!... ¡lo veía prendido en los encajes! ¡un ataque de risa, de nervios! ¡ah! ¡iba a estar gracioso en la batista! ¡guripa asqueroso, gilipollas, lo veía yo! ¡allí iba a hacer reír pero bien a la gente! ¡Ah! me senté, no podía más, era demasiado fuerte... me calentaba la cabeza demasiado... me había aturdido otra vez... Ahí, así, descansé... Me senté sobre mis enormes alforjas ahí, en plena acera... al otro le molestó, se agachó, rechinó, me preguntó qué me pasaba.

«Oye, ¡pareces cansado! ¿Quieres coger el metro?»

¿Metro? ¿Metro? ¡ah! di un salto... ¡ah! ¡otra vez con eso ése! ¿metro?... ¡qué hiel tenía!

«¡Marica! ¡asesino!», lo llamé, «¡asesino!» ¡y lo berreé! ¡lo grité! quería que la gente se le echara encima, ¡se lo llevase! No le tocaban un pelo, se quedaban

alrededor. Yo era el que les parecía extraordinario, me toqueteaban la cabeza, las mejillas... él conservaba la sonrisa, se me mofaba, todo un rictus de sus mandíbulas así, una en la otra... se quedaba conmigo ahí, en público... una mueca muy suya... y después me cogió la mano, me la apretó con fuerza, era implacable, me alzó despacio, yo lo seguí, me sacó así, despacito, de la muchedumbre, yo daba pasos, como él, rígido... la chinorri nos precedía dando brincos... la gente caminó un poquito detrás... formaba como una procesión... pasamos una calle y después otra... ¡vi adónde iba!... el restaurante... el *Corridor* se llamaba... estaba lleno de candelas, de girándulas, era un sitio de lujo... yo nunca me habría atrevido a entrar... quería tirarse un farol, a su vez... había leído en mi cerebro... ¡podrido extralúcido!...

«¡Vamos a entrar!», dijo, se pavoneó, entró ahí, era un señor... a mí no me llegaba la camisa al cuerpo... ¡Ah! ¡nada lo desconcertaría a él, ricura! los camareros se mostraron solícitos... el *maître* se inclinó casi hasta el suelo... esperaban órdenes... los que chinchaban eran los de fuera, no nos veían elegantes precisamente... se atropellaban, se aglutinaban en los cristales, veían nuestro prestigio... no tardaron en instalarnos... los cojines, los sillones y todo, nos instalamos en las felpas... me pareció que teníamos la mejor mesa... flores, rosas en profusión, un centro de mesa soberbio... ¿nos habrían estado esperando?... no sólo las flores embalsamaban, nada más sentarnos lo olí intenso... ¡venía de debajo!... ¡sabía que me iba a quitar el apetito!... era un olor soso, graso y húmedo... me habría gustado pedir que abrieran la ventana... iba a ser terrible, cerrado... olía como la cera y otra cosa... a él no le molestaba, evidentemente... pero a la chavalina tampoco, pero es que nada... no iba a empezar yo otra vez a hacer ascos... era el olor de cera y se acabó... la chinorri, de todos modos, buscaba, agitaba un poco las ventanas de la nariz... como un conejito... husmeaba alrededor... no eran las personas de al lado... ¡ni mucho menos! era un olor muy especial, un relente que me conocía yo... Él nos vio que husmeábamos... eso lo puso de un humor encantador... me lanzaba guiños de complicidad... ¡ah! ¡era el monstruo!... me moría de apetito, la verdad... miraba la carta ahí, ¡me venía hasta la primera papilla!... volví a husmear, era muy innoble, se condensaba ahí abajo, debía de estar removiendo cosas bajo el mantel, restos de su cuerpo... en fin, yo ya no entendía... ¡era él, seguro, su infección! estaba yo convencido... ¡ah! le iba a avisar, ¡que saliera! me tapé la nariz con dos dedos... delante de él, bien ostensible, para que me comprendiese... no era demasiado discreto... ¡estábamos uno frente al otro!...

«¡No! ¡No! ¡No!», ¡protestó!, «¡no! ¡no!»

¡Ah! ¡eso era demasiado! iba yo a hablarle al oído... me incliné por encima de la mesa, ahí arriba lo vi bien... ahí, en pleno oído... muy verde tenía el cuello, y, además, trozos de carne arrancados... y también como un humor que manaba... más luego trozos de piel rosa y amarilla... ¡ah! ¡lo inmundo que era!...

«¡Cochino!», le susurré, «¡cochino!» No lo pude impedir... así, al oído...

«¡Pues claro! ¡pues claro!»



No se molestaba, ¡ahí lo teníamos riendo otra vez y con más ganas! yo le parecía de lo más gracioso... rechinaba, así era su risa... sus mandíbulas se crispaban, raspaban... se chocaban... un péndulo viejo en la boca... así era su carcajada... ¡estaba de acuerdo, jubiloso!... hacía su acuoso ruido de huesos a propósito... ya no intentaba disimular, ¡era mulé y listo! yo me replegué a mi sitio en seguida... rápido, ¡había que hablar de otra cosa!... iba yo a pedir... ¡pidió él! con voz trémula y para la galería... tenía que oírlo todo el mundo... le interesaba... era su forma de alegrarse en público... lo había puesto en trance yo con mi observación... estaba exultante literalmente... pidió que acercaran los entremeses, el gran velador lleno de vituallas... una variedad increíble... caviar con aceitunas en salsa, arenques rellenos con mayonesa y piña con tomate... me miraba bien, a la cara... ¿no iría a vomitar yo? me contuve, luché, lo miré por encima de las aceitunas, le miré bien sus grandes agujeros de órbitas, lo miré de arriba abajo y él a mí... había brillos en el fondo de sus ojos... una especie de fosforescencia... y luego un pequeño centelleo y después cesaba... estaba entero, era inaudito... era como el Achille Norbert, el que iban a llevar a la verbena... ¡me refiero al Nelson y a la Pépé! ¡no éste! ¡el otro manús! ¡ah! ¡no debía confundirlos yo a todos! ¡se revolvían por fuerza, se peleaban en mi cabeza! ¡no debía embrollarme! lo miré a la cara otra vez por encima de las fuentes de entremeses... no iba a darme miedo, no iba yo a bajar la vista... ¿era él? bueno, ¿y qué? ¡a ver! ¡joder, ya estaba yo harto! volví a sentarme, no hablé más... ¿qué iba a decirle yo a ese escabechado? ¿presentarle excusas tal vez? ¡ah! ¡no, qué cojones! ¡antes lo volvía a tirar bajo el metro! ¡asesino redomado como era yo! que nos lo volvieran a despachurrar, ¡y listo! Y, además, ¡tenía que enterarse y en seguida! ¡tenía que darse cuenta bien! ¡no fuera a creer que me lo pensaba! ¡tan poco como él, payaso asqueroso! ¡Hale! ¡zas! ¡lo iba a poner verde! Luego, no... ¡luego!... más valía esperar un poquito... él aprovechó, lo infestó todo... chispeaba de las pupilas...

«¡Gusano brillante!», fui y le dije, «¡gusano brillante!...»

Él me mostró el caviar...

«¿No quieres?»

Como si tal cosa... la chinorri no entendía pero es que nada... sólo tenía apetito, probaba esto y lo otro... se relamía... niña absolutamente niña... él le recomendó las gambas... casi se las disputaron... ¡ah! ¡qué par de patas para un banco!... él se hacía el fino, el distraído, ¡ya no sabía! miraba la carta del revés... otro ataque de risa... Iba a cortarle yo eso...

«¡Es usted extraño, eh, Ciempiés!»

Así lo interpele serio, duro... ¡lo iba a dejar patidifuso al cabronazo!... ¡Se acabó el chamulle!... Me armé con todas mis energías...

«¡Ah!», me respondió... con su voz de paloduz... «¿le parece a usted? ¿le parece, joven?»

Lo tomó como un cumplido... cómo se estaba luciendo aquella noche... y después empalmó, ¡hizo el pedido, encantado! ¡con voz trémula y muy alta a

propósito! que todas las mesas alrededor lo oyeran... yo lo olfateaba, lo olfateaba, no cesaba... ¡su olor ahí abajo cómo sacudía!... como para caer redondo.

«¡Ciempiés! ¡Ciempiés!»

Hice un esfuerzo... me hubiese gustado que se diera cuenta, el osario... ¡ah! ¡bah! tenía la cabeza en otro sitio, peroraba para la galería, no iba yo a cortarle su efecto... ahora se estaba metiendo con el cine... las películas de moda... hablaba con autoridad... atraía las miradas, la atención... hacía que llamáramos la atención, era terrible... se quedaron todos con el tenedor en el aire... iba a interrumpir el servicio, con tanta exaltación, gesticulación... y, además, brillaba desde el fondo de los ojos... era impresionante... Terminó así su parlamento sobre los actores de moda...

«¡Son todos fantasmas! ¡ji! ¡ji! ¡ji! ¡todos fantasmas!...»

Más gracioso no le podía parecer, quería que nos riéramos, ¡ji! ¡ji! ¡ji! se daba pisto ante la gente, de todos modos... les parecía un excéntrico de cuidado... eran todo oídos... ya no tragaban... ¡menudo cómo lo embriagaba a él ese éxito! de lo más contento, ¡se animaba el Monstruo! Eran terribles sus ruidos, el tembleque, toda su osamenta que chirriaba, se agitaba... ¡y un olor en el restaurante!... su jactancia ya no tenía límites... era persona informada. Contaba, ¡menudo si sabía! dejaba estupefacto al auditorio... las anécdotas más verdes... ¡qué indiscreto era el marrano! sobre todas las estrellas más famosas... en inglés, en francés, hablaba... ¡el internacional!... y sobre Max Linder<sup>[273]</sup>... ¡Pearl White! ¡sobre Judex! sobre Suzanne Grandais<sup>[274]</sup>: sabía intrigar a su público... y sobre los grandes teatros, ¡no veas! los comediantes, los recitadores finos... sobre Basil Hallane, sobre Ethel<sup>[275]</sup>... ¡sobre todo le entusiasmaba Basil! el favorito del *Strand Review*... Basil, el encantador ceceante... lanzaba todos sus estribillos... temblequeando, había que oírlo... ceceando incluso...

¡ *Gilbert the filbert!*

*e Prince's of the nuts*<sup>[276]</sup>!

La imitación perfecta... ¡todo el mundo tenía que repetir! les marcaba el compás con el cuchillo... y después pasó a Ethel, su voz como un hombre... en eso estuvo gracioso, se esforzó... Ethel Levy, la opereta...

*itch your step! watch your step*<sup>[277]</sup>!

*e is an adventure!...*

Lo repitieron en las mesas, mascullando... ¡Huy, la leche! ¡le horripiló! ¡chsss! ¡basta! tenían que callar todos... ¡Silencio! Había algo importante... quería hablarme confidencial... no, a los dos, ¡a Virginia también!... tuvimos que acercarnos a su boca... eso era aún más repugnante... quería hablarnos de muy cerca.

«Escucha», me dijo. «¡Escúchame bien! Gloria Day<sup>[278]</sup>, ¿verdad? ¿Gloria Day? ¡No! ¡no! ¡no es ella!», cambió de opinión... «¡No es ella! ¡qué va! ¡cómo va a ser ella, hostias!»

¡Qué error! Se golpeó en el cráneo ¡toc! ¡toc! ¡toc! con el mango del cuchillo, como yo en la barra de la cama... Sonaba a hueco su cabeza... lo reanimaban esas cosas... las revelaciones en la elocuencia...

«¡Gaby Deslys<sup>[279]</sup>! ¡señoras y señores! ¡Gaby Deslys! ¡ésa era!...»

Se dirigía a todo el restaurante.

«¡Escúchenme bien! ¡les anuncio que ha muerto! ¡la bailarina de Harry Pilcer<sup>[280]</sup>! querida personita encantadora... ha fallecido esta mañana misma... ¡ji! ¡ji! ¡ji! ¿Me oyen todos? yo la he visto fallecer...»

La gente se miraba perpleja... no veía qué tenía eso que ver con los entremeses...

«¡Que sí! ¡que sí!», insistió... se rió a carcajadas, estaba arrebatado. «¿Verdad, Ferdinand? ¡fantasmas! ¡simples fantasmas, Ferdinand!»

Me interpeló en público, me puso por testigo... era su compadre yo... no podía rechazarlo yo, se habría molestado... le habría dado la rabia, habría sido asqueroso... tenía risa macabra y se acabó... Era todo un personaje Gaby Deslys... No salían de su asombro ante la noticia.

«¡Fantasmas! ¡Fantasmas!» Lo repetía, estaba contento de impresionarles, que no supieran ya ni cómo ni por qué...

«¿Verdad, Ferdinand? ¿verdad? ¡simples fantasmas!»

¡Ah! ¡no iba a llevarle la contraria yo!

«¡Pues claro, Ciempiés! ¡claro que sí! ¡tiene usted más razón que un santo!»

Yo quería cambiar de disco un poco.

«¡La sopa!», reclamé. «¡La sopa!»

Había que tener valor... ¡como si estuviera hambriento!

«¡Ah! sí, ¡pues claro!»

¡Despiste total! Recordó... Se golpeó muy fuerte otra vez el cráneo, así cambiaba, pero bien, de ideas.

«¡Camarero! *Oberst! Waiter!* ¡Mozo! *Kellner*<sup>[281]</sup> *schnell! schnell!*»

Los llamaba en todas las lenguas... los quería a todos a la vez... ¡qué farsante! ¡qué joven!

«¡Sírvanos primero un pollo! ¡un hermoso pollo con nata! ¡Sobre todo no olviden la nata!»

Me lanzó un vistazo picaresco.

«¡Ah! ¡es maravillosa la nata! ¡ya verán, amiguitos! ¡se van a relamer! ¿Tiene usted aún hambre, monina? ¿y usted, chorra?»

«Así... así...», respondí.

«Entonces, ¿cangrejo? ¿caviar? ¿croquetas tal vez?» Proponía de todo...

Quería ver mi asco, sabía de sobra lo de sus olores... Ya estaba empezando a exasperarme con ganas otra vez.

«¿Es usted muy rico, señor Ciempiés?», le dije en voz muy alta.

«Oh, rico... ¿rico?... ¡es una forma de hablar! va y viene y se acabó... ¡hago circular el efectivo!... heredo, gasto... heredo, verdad, todos los días... ¿me entiende?»

Nunca se habría desconcertado. Me dio detalles... así, campechano...

«Me llegan cada minuto, ¿me entiende? pequeños tesoros por aquí, por allá... ¡ji! ¡ji! ¡ji! ¡de todo un poco! a fin de cuentas, ¡representa sumas! ¡No cesa nunca! ¡no me falta!»<sup>[282]</sup>.

¡Qué gracia le hacía! Se tronchaba de pensarlo... la forma como le llegaba... que no cesaba... la pequeña no entendía nada, se reía con él y se acabó... debía de creer que estaba con Polichinela... ¡el gracioso como para troncharse!... ¡la inocente! Él repetía que lo comprendía todo...

«Viene... ¡viene!», se agotaba, ¡se exaltaba! «¡Es una cuenta corriente! ¡ji! ¡ji! ¡siempre abierto, señoras y señores! ¡Corner House! ¡siempre abierto! de día y de noche.»

¡Qué chungón, la verdad! ¡era la monda! «de día y de noche» repetía, la ocurrencia... ¡como el *Lyon's Leicester*<sup>[283]</sup>! ¡Menudo granujilla, de todos modos! ¿Quién le habría dejado salir?... Lanzaba resplandores en torno a toda su cabeza, venían de sus ropas... le brillaba el fondo de los ojos, era su estilo místico. ¡No iban a poder hacer nada mejor con Achille! Lo comprendí ahí al verlo... la momia pancarta... aun con bombillas y todo... ya podían reconstituirlo... no sería tan extraordinario... habrían podido coger a éste... yo se lo habría regalado con gusto... La gente alrededor olió, de todos modos, empezó a inquietarse. Me miraban, a mí no me llegaba la camisa al cuerpo... se preguntaban de dónde podía venir ese tufo a cenagal... cogían los platos con las dos manos, olían sus bistecs de cerca... ¡ah! estaban graciosos de repente... me dio un ataque de risa, no podía parar... ahora éramos tres chungones... toda esa gente olfateando con ganas... A él no le preocupaba, el funámbulo. «¡Es una cuenta corriente!», chillaba, le parecía buenísimo... Intrigaba a la chinorri de todos modos.

«*Isn't he funny? don't you think?* ¿Verdad que tiene gracia?»

«¡Mortal!», le respondí.

Eso le hizo volver a carcajearse. Pero le molestaba que yo me resistiera, que no vomitase en mi plato. La única que no olía nada era Virginia, no percibía el inmundo olor... era extraordinario... estaba encantada y se acabó... adoraba el restaurante, a todas aquellas personas... la música... ¡era una escapada! ¡y el tío esperándonos allí! ... la fiesta estaba en su punto culminante... Su naricita respingona tembló, vi que iba a hacer una pregunta... la curiosidad de las gatitas.

«¿Lo conoce desde hace mucho?»

Así se lo preguntó a Ciempiés... descarada, me pareció... de mí se trataba...

«¡Desde siempre, querida nena! *Nobody knows him better!* ¡Nadie lo conoce mejor que yo!»

¡Y cómo se lo pasaba! ¡Qué chollo!

«¡Ya lo creo que nos conocemos nosotros dos! ¡No se lo puede usted imaginar, señorita! A ver, pregúntele un poquito... ¡Tiene unas cóleras, que no vea! ¡Es fuego, ascuas, un pronto de bilis! ¡Menudo si te conozco, que eres como yesca!»

Y más rictus como para molerse otra vez todos los piños... la cabeza llena de castañuelas... y, además, tufaradas por debajo, del osario podrido, como para dar un patatús a un batallón... los demás alrededor seguían olfateando, se obstinaban con sus bistecs, no se daban cuenta de nada...

¡Quería ovación con avaricia! ¡qué comediante, el funámbulo!

«¡Conozco chistes, niña, de los que no se oyen a menudo! ¡puedo decirlo sin jactarme! ¡en las tablas más cómicas! ¡sé de qué hablo! ¡en las ferias más hilarantes!»

Me guiñó el ojo cómplice... Vio que estaba yo pensando en Achille... me lo vio en la cara... ¡ah! ¡yo no quería que me adivinaran las intenciones!...

«¡Sí», insistió, «¡sin jactarme! ¡atracciones fuera de lo corriente! ¡las aprendí en otra época!»

Entonces lanzó un suspiro, que no veas, una tristeza como para partir el corazón, un enorme sollozo por la nariz... como un gran eructo, el ruido que hizo... ¡y qué hedor! era atroz... me recuperé por los pelos, me estaba mareando... ¡esa vez me había podido! ¡el marrano!...

«¡En otro mundo!», repitió... se quedó pensativo... una melancolía... parpadeó...

«¿En América?», dijo la chinorri... América, eso le sonó en seguida.

«No, no, señorita... en París...»

«¡París! ¡París!» se retorció... tampoco le desagradaba París... para empezar, quería ir a todas partes... y después se entristeció súbito... se puso a mascullar... conocía París, me pareció... había estado con su tío... hablaba ahora como en un sueño... ¡algo fuera de lo normal!... cobraba también un aire nostálgico... ¡ah! ¿de dónde salía eso?... ¡imitaba a Ciempiés! «A menudo, a menudo en París...», mascullaba así... una tristeza... «con mi tía, mi tío, todo... ¡querida títa, querido títo!... vestidos, sombreros, encajes... todo para mi tía... *dresses! dresses!* ¡yo también, verdad! *dresses!*» ¡Recuerdos ya de coqueta!... estaba muy triste y después muy alegre... de un segundo a otro... y después sollozaba...

«*You didn't know my auntie?*» ¿Si había conocido yo a su tía? así, muy ingenua, muy apenada, como si todo el mundo se conociera... ¡Otra vez la obra de ese mulé plasta! Me la afligía pero bien.

¡Aún más tunela quería ser!

«¡Conozco a todo el mundo, señorita!»

«¿A todo el mundo? ¿y tu madre, mulé?»

Así, zas, le di el corte...

«¿Es que no has visto mis tripas?»

Así me replicó, presa de la cólera... Vi el gesto, se hurgaba en los andrajos... Iba a sacarme sus avíos. Me vino una basca, estaba yo vencido... me tragué la chulería... pero lo había molestado, ya no relucía, no rechinaba ni nada más, se quedó apagado así, en su silla... cardo tozudo y chungalí... ya no enviaba sus resplandores, estaba de morros... la condenada chavalina volvió al asunto... quería saber a toda costa...

«Pero si es que murió, mire usted, mi tía... era tan buena... buena...»

Había que ver la conversación...

Le di con la rodilla, no comprendió.

«Murió, verdad...»

Lo repitió. De pronto él se volvió de un tirón.

«¿Nadie la mató, a su tía? *Nobody killed her?*»

Causó efecto a la gente de alrededor...

La chinorri, por su parte, puso unos ojos como platos, ya es que no sabía lo que quería decir eso... repitió «*killed her... killed her...*» miró a la gente... a las personas...

Él se inclinó, la interrogó a huevo.

«¿No tuvo un accidente?»

Y después se puso a rechinar, a sacudir sus huesos de una forma, que armaba un ruido, un estruendo de la osamenta, los vasos, platos, creí que iba a derribarlo todo, romperlo todo con el jaleo que armaba, el ataque de comicidad que le venía...

«¡Ah! ¡qué gracia! ¡ah! ¿habéis visto?», dijo con un tembleque tan intenso, que crujían, sacudidos, todos los cristales.

«¡Un accidente! ¡un accidente! Pero ¡si yo no creo en los accidentes!»

Era de verdad un escándalo, una vergüenza, su comportamiento... sus chillidos... Miré hacia el gerente, estaba allí en frac... ¿Por qué no lo expulsaba?... ¿Estaba hechizado también él? ¿no notaba el olor? Parecía tener respeto, lo contemplaba desde lejos... Aquello no podía seguir así.

«¡Es un esqueleto!», lo increpé así, alto y fuerte... ya no me andaba yo con chiquitas... Hizo como que no oía nada... la pobre nena estaba bien descompuesta... ¡qué grosero!... su monina carita apenada... miraba perturbada a ese monstruo... ¡estábamos guapos! pero, si hubiese llegado la pestañí, habría sido aún peor... era una situación estrafalaria... volví a sentarme, le escuché decir paridas... ¡fascinaba a todo el mundo, la Virgen! nadie se atrevía a decirle nada... un hechizo extraordinario... de todos modos, ¡la había jodido, el funámbulo! ¡había que ser gilipollas para preguntar eso sobre la tía! ¿a qué cojones venía eso?... ¡asesinato! ¡asesinato! tenía siempre esa palabra en la boca... ¡iba dirigida a mí la ocurrencia! ¡bien que lo vi venir! ya podía rechinar sentado... ¡Me la traían floja a mí sus alusiones! Yo era el asesino en persona, ¡no me escondía lo más mínimo! ¡la medalla, los honores y todo! ¡para que te enteres, pobre osario! El caso es que era mejor que

patinara, ¡que dijese paridas así, desastrosas! un poco más y se me la habría llevado al huerto, me la habría engatusado con sus métodos místicos... ella había acabado viendo por sus ojos... tiene prestigio a su edad el género espectral, sobrenatural, era una suerte que patinara de lleno, que plantificase el pinrel con ganas... ¡ah! ella no daba crédito a lo de su tía, ¡estaba hundida de pena la pobre pocholita!... ¡tan alegre un minuto antes!... ¡ah! esqueleto, pero ¡qué pifia! Y aún quería arreglarlo, ya no sabía cómo apañárselas... se daba cuenta un poquito, intentaba desquitarse... no era eso, ¡era otra cosa! farfullaba a gusto rechinando, estremeciéndose... ¡ah! se enardecía cada vez más... ¡lastimoso, lamentable! de pronto se iluminó desde dentro, resplandores por toda la piel... quería recuperar su prestigio... no podía quedarse tranquilo... tenía que ser interesante... ella ya no lo escuchaba, ya no lo miraba... estaba deshecha en lágrimas... ¡ah! ¡había ganado, el papilla! era un placer... ¡qué fiasco! cómo disfrutaba yo por dentro... pero yo no lanzaba resplandores... tampoco golpeaba tanto, esperaba... ¡El Sr. Chorra del más allá! Había perdido su arrogancia... Ya no sabía imponer nada... ahora los camareros se desquitaban, activaban enormemente el servicio... aportaron de todo... apio, tres ensaladeras... y, además, un velador de aves... me habría gustado que se detuviesen un poco, para recuperar el aliento... en fin, es un decir... no habría podido con su olor... tres grandes bandejas más de carne fría... todo de tres en tres... carne fría y sangre... tres salseras... y, además, tres tazones de jugo un poco verde y amarillo... me subió una náusea... él me diquelaba insistente.

«¡Para las personas de la familia!»

Fue él quien soltó eso rechinando... la finura era su estilo... se repetía... yo volví a tragar, estoico... el gerente nos miraba... pero el gusto que tenía yo en la boca... ¡era lo extraordinario, espantoso!... agarré rápido un trozo de miga y masticué y masticué... no cesaba de masticar, ¡no quería vomitar! la chinorri no quiso seguir de morros demasiado... al verme con tan buen apetito, probó también ella un poco, picoteaba a derecha e izquierda... yo seguía atracándome de pan... ¿y él? me habría gustado ver cómo jalaba... nos miraba comer y nada más...

«¿No come usted», lo interpele, «señor Pachulí?»<sup>[284]</sup>

«Oh, no me hace falta, mire usted... una simple malva... una raíz...»

Otra vez el estilo irónico... no tenía arreglo... Conque, punto y final, ¡a emborracharse! ¡alcohol, hostias! ¡vino! ¡el de Banyuls primero! ¡La nena tenía que ahogar su pena! ¡él tenía que reparar! le sirvió... nos servimos... ella nos sirvió... y después vinos cada vez más tintos... nada era demasiado caro, ya lo había dicho él... hablaba y hablaba, la nena, ¡estaba piripi! ¡Qué cotorreo!... ¡había sido rápido! Dos vasos de chablis, ¡qué charlatana! dos de moscatel más, ¡lo soltó todo! ¡lo que le contó! todos nuestros proyectos, todos nuestros secretos, sencillamente... fue muy rápido... que si nos íbamos a América... el precio de los viajes, los mapas... los falsos pasaportes que llevaríamos... no ocultaba nada, para que disfrutara él... que si iba yo a dejar de llamarme Ferdinand... un auténtico informe de policía. ¡Ah! ¡ladina

achispada! yo le daba con la rodilla y de nada servía... ¡y que si patatín y que si patatán!... quería hacerse la interesante, se puso tonta de buenas a primeras... además, hablaba para la galería... tenía que escucharla todo el mundo, ¡era como el otro jumelante! ¡para matarlos a los dos! todo para el foro... palabras inglesas, palabras francesas... ¡Le vino de perilla a él!... ¡un auténtico chollo! ¡lo que disfrutó! volvió a ganar ventaja.

«¡Eso esperaba yo! ¡Eso esperaba yo!» Lo rechinó muy fuerte. «¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Ferdinand!» Me aprobaba en todo y por todo... La gente se interesaba también, les daba gusto nuestra charla... ¡ahora a la endiablada nena no había quien la hiciera callar! ¡la de tonterías que podía contar! ¡ah! estábamos causando sensación en verdad... iban a recordar nuestro paso por allí... si no hubiera habido el pútrido olor, habría sido bastante divertido en cierto modo... pero no parecía molestar a nadie, sólo me fastidiaba a mí... ellos chachareaban, se tronchaban... nos dirigían pullas... ¡Ah! nada les quitaba el apetito... Ciempiés no me había cogido tirria... Y eso que lo había puesto a parir antes... éramos coleguillas como nunca...

«¡Qué jodío Ferdinand!», me llamó... ¡me daba unas palmadas! era terrible su mano... mucho más dura aún que la mía... ¡puro hueso, la verdad! Me daban ganas de gritar con sus chuletas... no dije ni pío...

Quiso alzar su vaso en honor...

«*To the young couple! Hip! Hip!*» Convidó a la sala, ¡estaban a punto para eso!

«*Hip! hip! hurra!*», respondieron todos.

Se pusieron a jalar otra vez y con más ganas... había un gran ruido de jalandria por doquier... ¡oh! pero nuestro golfo cambió de jeta, quiero decir de resplandores, ya no arrojaba nada... ¡Oh! ¡una pregunta! se golpeó el cráneo, el hueso resonó como una campana...

«Y su tío, ¿está al corriente?»

Eso era lo que le inquietaba de pronto... ¿De qué lo conocía, para empezar, al tío? nunca lo había visto... A la chinorri la traía sin cuidado, jugaba, lanzaba migas de pan a la redonda... ya no se cortaba un pelo, era el vino, ¡la trompa!...

«*Uncle! uncle! he don't care*<sup>[285]</sup>! ¡le importa un bledo!»

Y volvió a servirse espumoso, ella solita.

«¡Va a necesitar muchas esterlinas!»

Volvía a ese asunto, le preocupaba.

«*Hoards of money! hoards of money!*»

Lo rechinó tan áspero otra vez, tan áspero, agudo, que todo el servicio se interrumpió...

«¡Tiemblo por ustedes!», chilló, «¡tiemblo por ustedes dos!»

Y se puso a chirriar, crujir, chocar como nunca tan fuerte... con toda su osamenta... era un estruendo como si sacudiesen cien porras juntas en una lata... era gracioso al mismo tiempo... había gente en derredor que se cachondeaba...

«¡Los veo mal encaminados, hijos míos!»



Gimió otra vez por nosotros.

La gente gemía con él, imitaban sus ásperos lloriqueos... Lanzaba suspiros él, suspiraba la gente...

«¡Está lejos el Pacífico! ¡lejos! ¡es desorbitado! ¡al menos quinientas libras, monines! ¡el barco! ¡los barcos! ¡la manduca!»

¡Ah! menudas gilipolleces decía... ¡No lo iba a permitir yo! le corté.

«Menos caro que el Tíbet, ¡vamos, hombre!»

¡Que no se quedara conmigo! ¡tenía yo las cifras en el bolsillo!

¡El Tíbet! ¡El Tíbet! ¡menudo la que había desencadenado yo con eso! ¡ah! ¡se sobresaltó! ¡un clamor!

«El Tíbet», chilló, «¡el Tíbet, el Tíbet! ¡Lo que hay que oír!»

Se bandeaba todo él, pataleaba, se agotaba... crujían todas sus coyunturas, su cabeza se bamboleaba, daba botes de un metro a cada grito... era atroz ver cómo sufría... ¡ah! lo que se me había ocurrido decir, ¡el Tíbet!

Y, después, me atacó, de todos modos, me pellizcó, ¡me maltrató! ¡le parecía graciosísimo yo! ¡demasiado divertido! ¡quería que vociferáramos juntos y fuerte! ¡que alborotásemos a la concurrencia! ¡Qué jugueteón! ¡me lanzaba unos viajes en los muslos como para romperme los huesos! eran peor que mazas sus manos, ¡no iba a poder levantarme más con esos golpes!... ahuequé con los brazos, cambié de silla... ¡ah! eso le hizo reír mucho más aún... era abyecta su forma de apestar al agitarse, piruetear... era espantoso lo que hedía... me lanzó un guantazo en la espalda... ¡de pura broma! no me lo pensé dos veces, le contesté con un mamporro... alzó el brazo para golpearme, abrió así el agujero bajo la manga... el hueco, la carne, los jirones podridos... estaba todo deshilachado por dentro... ahí se podía ver bien... ¡y las costillas!

«¡Te voy a hacer cosquillas!», fui y le dije, «¡carroña! ¡Te voy a enseñar yo, canalla! Me la traen floja los escándalos, ¿me oyes?»

¡Ah! ¡estaba irritado yo! Por su olor, creo, sobre todo... ¡y porque los otros no olieran nada!

«¡Asqueroso bribón!», ¡le atacué!, «¡quita de ahí tus guiñapos! ¡Farsante! ¡Tiñoso! ¡Que vean de dónde sales! ¡No soy una niña yo, mequetrefe!»

Así fui y le hablé.

«¡Tíbet! ¡Tíbet!», ¡le repetí!, «Tíbet, ¡sí, señor!»

¡Quería que se enterara!

«Le molesta, ¿eh, gilipuertas? ¿eh, carapijo?»

Y después lo miré fijo en los ojos, en todas las órbitas... quería ver si resistía... ¡ah! tem... tem... temblequeó un segundo... no sabía lo que ocurría... no se esperaba el ataque. Pero ¡se rehízo rápido, plasta de tumbas! ¡A grito pelado se puso a cantar! ¡Hale, venga!

*le soleil par les trous*

*Il toit descendait chez nous...  
Il passant faisait à tous  
sette... risette... risette!...* [286]

¡Era una copla del Segundo Imperio!... me la susurró al oído... ¡otra copla! ¡y después dos!... y luego volvió a su manía... ¡Y dale con nuestro viaje! ¡nuestro maldito viaje! ¡ah! ¡eso lo atormentaba!...

«¡Un ojo de la cara, Ferdinand! ¡lo que se dice un ojo de la cara! ¡eso es lo que cuesta!...»

Categorico.

«¿Tienes quinientas libras, Ferdinand? ¡ah! ¿eh? ¿tú, pobre diablo?»

No supe qué responder. Me cogió desprevenido.

«Entonces, ¡no pueden marcharse! ¡Nada más caro que los barcos! y parné, ¡no digamos! ¡y la casa! ¡hace falta parné en los antípodas! ¡un barco para ir por el agua!»

*petit mousse!  
vent te pousse* [287]!

Su voz cascada desvariaba, rechinaba... era espantoso escucharlo... quería que todo el mundo lo acompañara... dirigía con un tenedor...

*Il berceau, un bateau  
pour aller sur l'eau* [288]!

¡Ah! ¡qué cabeza de chorlito! se golpeó el cráneo, ¿iba a cambiar de idea otra vez? ¡No, era un olvido!

«¡Qué atolondramiento, queridos! Pero ¡la cuna es la vida!»

Y pasó a la romanza, enternecido ahora, nodriza.

*Ilis dodo, câlin mon petit frère!*

Y después, ¡un buen trago de espumoso!

*Il aura du lolo* [289]!

¡Era astucia! ¡Ah! ¡qué chungón, el fiambre payaso! ¡Jumelaba en la gloria! daba gusto ver su frescura.

¡Y es que tenía aún más, graciosas! ¡una revelación!

«Pero ¡yo tengo una cuna, pillina!»

A Virginia se dirigía.

«¡Una cuna! ¡Una cuna!», sin cesar... «¡Una cuna!» ahí lo teníamos exultante, en trance... la idea de la cuna... Intenté hacerlo cesar... apestaba demasiado, cuando se retorció...

«¡Basta! ¡Basta!», le ordené. Busqué una razón... «¡Se va usted a hacer daño!»

«¡Ah! ¡daño! ¡daño! ¡lo que hay que oír!» Me mostró con el dedo a la concurrencia. «¡Qué rostro, señoras y señores! ¡qué rostro!»

No tuve más remedio que guardarme el discurso.

La niña estaba bien consolada, se sirvió fresas con nata y después azúcar como para parar un tren... él se lo roció todo con champán... ¡la ensalada embriagadora!... ¡y ya estaba pero que muy achispada! ¡la juerga! ¡la chavalina terrible!... ahora quería uvas... ¡tenía que buscárselas! él se levantó, cruzó toda la sala con su paso de autómatas... la gente se reía al verlo andar... un número estupendo... imitaba a Buster Keaton... el *clown* inquietante de aquella época... Volvió a sentarse, estaba orgulloso... la chinorri farfullaba, sin parar...

«*What is “casa”?*», le preguntó ella... la palabra que había dicho antes... no había comprendido «casa»: «¿Casa?... ¿casa? ¿casa? *what is it?*»

«¿Casa? Pero ¡bueno! *sweet home!* ¡*darling, deary Virginia!*»

¡Ah! ¡qué chistoso! ¡qué ocurrencia! le mondó las uvas... eran muy coleguillas... tan chinorri uno como el otro... ¡el *flirt* con champán! se reían a dúo... él en plan áspero, agitado, chalado, ella gorgorito... ella bullía sobre su culín gozosa, locuela traviesa... estaba yo guapo... él se bamboleaba, temblequeaba con todo el esqueleto, no paraba de reír de sus propias bobadas... más gilipollas, imbécil, era yo que permanecía ahí pocho, gruñón, ¿no debería haber bullido igual, haberme mostrado lúbrico y agudo? ¡haber lanzado pullas! Pero él me dio un corte, se alzó de súbito, levantó su vaso a nuestra salud. Iba a ser un brindis... al mismo tiempo lanzaba resplandores alrededor de toda su cabeza, como luciérnagas...

«¡Una ayudita!», exclamó... «*Money, money for the kids!* ¡dinero para los enamorados!»

Pero ¡era una simple broma! ¡una travesura! estaba cargado de dinero, me susurró, se agachó para ello hasta mi oído.

«*Money*, mira, tronqui, ¡la tira! ¡no saben lo que es todos esos de ahí! ¡chorrinas! ¡chorrinas! ¡tontainas!» Los barrió con un gesto... «¡Son unos don nadies!»

Y se puso a patalear, sacudía toda la mesa con tanta exaltación... se divertía con locura... la chinorri no le iba a la zaga...

«¡Fresas, Ferdinand! ¡Fresas!», me ofreció ella... no sabía lo que decía...

¡Zas! se acabó, ¡cambio de idea! ¡no quería quedarse ni un segundo más! ¡a largarnos y en seguida!

«*Bill! Bill!*», pidió. ¡Había que arrear! Yo no había tocado casi nada, tenía demasiado olor en la boca... la pequeña sí que había hecho los honores... Miré la

cuenta, ¡era astronómica!... se hundió en el fondo de sus andrajos, con los dos brazos, así, en todo el vientre... justo ahí... sacó todo un fajo de libras, ahí, del hueco, del fondo... esterlinas... volvió a hundirse, a revolver... manojos de dólares ahora a puñados... lo arrojó todo sobre la mesa...

«Estoy lleno», chilló, «¡estoy lleno! Estoy gordo, hijos míos, ¡no lo parezco!»

Llenó dos platos con esterlinas, un mogollón de billetes, y de los del Banco de Francia... todos húmedos, grasos, viscosos...

«Y ahora, ¡oro!», anunció.

Eso hizo volverse a todas las cabezas... se tiraba faroles delante de todo el mundo, exacto... había que ver el prestigio... cómo se iluminaba por los cabellos, en fin, crines más que nada... había una profusión ahí dentro, hormigueaba, eran gusanos de luz... su fosforescencia podrida... me dejaba patidifuso, lo confieso... puñados de oro se sacaba... se revolvía a fondo, brutalmente... la tira otra vez, un plato y después dos... ¡lo nunca visto! formaba montoncitos de luses de oro... ¡menudo cómo diquelaban los camareros! ¡era cosa de prestidigitador!... cosa sobrenatural, ¡magia! ¡y unos potosíes de propina! auténticos luses que titubeaban, tropezaban... ¡era, seguro, algún tráfico infame! ¡podía mostrarse generoso! ¿dónde había pillado ese Klondik<sup>[290]</sup>? ¿todo de su pantalón? ¡qué zorro! ¡qué tunela!

«*You're more fun than a box of monkeys!* ¡es usted más gracioso que una jaula de monos!»

Eso le declaró la niña. ¡Menudo éxito! ¡Lo locuaz que estaba! ¡Lo que pataleaba! ¡y no bastaba! ella me lo zarandeó: ¡css! ¡css! tenía que sacarse más tesoros... se hurgó a fondo... se puso a excavar con furia, así, como un chuquel, como debajo de un árbol... sacaba de todo... más efectivo, esterlinas... más piezas de veinte francos... tiraba todo contra el techo... y ahora una proeza: alzaba la cabeza boca arriba, atrapaba los luses de oro al vuelo... se los tragaba... después volvía a encontrarlos en su calzón... con los dos brazos se hurgaba ahí dentro... mostraba que tenía todo el cuerpo hueco... mostraba a todo el mundo que estaba calado... ¡una proeza extraordinaria! La niña estaba ebria, no se daba cuenta, estaba roja, carmesí... ¡un buen trabajo! su postura no podía ser peor... las faldas levantadas hasta arriba... enseñaba todos los muslos... con los pies en el banco... estaban desenfrenados los dos...

«¡Le voy a llamar Polichinela!»

«*Mr. Gollywoag*<sup>[291]</sup> *if you please!*»

«No, ¡le voy a llamar Lord Ciempiés!»

Ésas eran las bromas que se gastaban. ¡Lluvia de oro! ¡lluvia de oro! ¡y qué risas! La gente reptaba tras las fortunas, ¡yo los veía a cuatro patas y picoteando! Ahora era a mí a quien atacaban... me refiero a mis dos desvergonzados... Que si estaba de morros, que si era insoportable, así me veían... celoso indecente.

«*Look at Ferdinand!*»

No tenía yo buena cara, claro está, pero no iba a desternillarme, culebrear, por

sandeces semejantes, pamplinas de bandido pútrido, ¡monstruo superviviente de las fosas! ¡ah! ¡jeta de marrano! Me ponía de una mala leche... ¡un asco! estaba a punto de desmayarme con su olor, ¡eso es lo que yo pensaba de su finura! ¡y luchaba! ¡luchaba! ¿No olía nada la chinorri?

«¿No huele usted nada, chiquilla? ¡Olfatee, por Dios!»

¡Ah! ¡cómo podía encolerizarme esa depravada menor, bicho! me indignaba cosa mala... no entendía pero es que nada las alusiones... estaba borracha y se acabó... Un aguafiestas era yo, ¡un aguafiestas! Eso se repetían... Que se lo ventilara entonces, al osario, que se lo cepillase, al Lord Gusano, ¡ya que tanto se pirraba por él! La mujer es puro vicio, desde el biberón.

«Conque, ¡nos vamos! ¡nos apresuramos!»

Harto estaba yo de las fantasías. Había reído bastante de momento. Creo que había bebido también, a fin de cuentas... no había habido más remedio, y champán... por el olor, la lucha... no estaba acostumbrado a las bebidas... le veía bien los muslos, en cualquier caso... me refiero a Virginia... eran muslos de muchacho, fuertes, musculosos, rosados, firmes y así. Tal vez estuviese borracho yo, pero reflexivo... no era sátiro... ya digo, muslos admirables, tajadas soberbias... pero la nena era perversa... taimada ya en la cuna, así mismito... y el vicio la estropeaba aún tierna... las copulaciones monstruosas... ¡eso es y nada más! ¡el quid! ¡bien que lo había visto yo todo y a la Bigudí! ¡la comedia! iba a haber visto todo, ¡jornada completa! así era la experiencia, ¡los abismos! muslos así... diez... doce años... la Bigudí cincuenta... ¡pongamos! ¡pelos en el culo todo gris! ¡Ah! la hermosa pareja... ¡de dos patas para un banco! ¡viciosas y tunelas!

«¡Le voy a llamar Gollywoag!»

¡Yo había oído eso! ¡las peores promesas del Gusano! Virginia, mi corazón, era el ángel desgarrador en persona, era Cupido con su flecha que me despedazaba las vísceras... no eran heridas de la guerra, eran torturas mucho más vivas... ¡y no quería yo ver el resto, la hostia puta! ¡todo el tinglado de la magia! Lo primero, ¡a marcharnos de aquella quelí! Apeataba demasiado, la verdad, dentro y ya había arrojado bastantes luses de oro. ¿Aguafiestas yo? ¡había que ver qué vileza! ¡el más alegre chavalote de la pandilla! ¡Que esperaran y verían, los novatillos! Tenía los menudillos llenos de metralla... pero ¡aún era el más gracioso de la panda! ¡no se puede reír sin beber! ¿celos yo? ¡yo no disputaba nada! ¡se la daba a todo el mundo, mi tunante! sufría, ¡en carne viva, claro está! una tortura que me quitaba las fuerzas, además de mis heridas de los miembros... pero ¡ya reiría sin falta en otra ocasión! ¡otra girándula! ¡otra guerra que fulminaría todo! ¡danzando por siglos y más siglos! ¡ah! ¡ya no me andaría con chiquitas yo! ¡sería general, para empezar! ahora no me encontraba muy católico, estaba en la extravagancia, pero anémica, ni siquiera habría podido encolerizarme... sólo habría podido diquelarla un poco, a mi descarada, pillina, bribonzuela, ahí, bajo su faldita de cuadros... bien que la había visto yo a la Bigudí cómo guipaba, sin el menor paripé... es que era *flirt* al aire libre y en plena

plaza delante de todo el mundo... se retorcían las dos, marchosas con avaricia... que por poco si no se me la ligaba, a mi chinorri picarona... en pleno Leicester, ¡no en sueños! ¡las faldas hasta arriba, la nena!... cornudo al sol yo, vamos... la faldita de cuadros... se pirraban pero bien... una desvergüenza provocativa... ¡yo estaba como sonámbulo! me volvía a venir por una cosita de nada... ¡unas visiones crudas como para gritar! ¡Ah! no debía reflexionar más...

«¡A ver! ¿qué cojones hacemos?»

Me levanté. ¡Basta ya! ¡a salir! Me puse en movimiento.

«¿Que meditas, billón?» Así lo llamé... «¡Infinito!...» Quería quedarme con su estilo.

Ya no quería moverse precisamente. Sorbía despacio su café. Yo estaba seguro de oler también a cadáver, a fuerza de estar así, tan cerca... de rozarme todo el tiempo... Olfateaba y olfateaba, ellos se burlaban... Debía de parecerles provinciano, con mis alarmas por cositas de nada... nos miramos, un poco incómodos... me la traía floja, yo estaba decidido. Comprendió él mi carácter.

«Entonces, ¿os vais los dos?»

Volvía a la carga.

«¡Al fin del mundo, tío tonto!»

¡No fuera a creer que iba yo a palidecer! ¡Más decidido que nunca estaba! ¡Quería abatirme a remordimientos, desalentarme a suspiros! ¡ah! ¡pobre pardillo! ¡Iba a conocerme con el bastón! ¡Me subestimaba, gusano reluciente! ¡todo para salvar a mi pillina! todo para sacarla del hechizo perverso, ¡del tejemaneje de las catacumbas! ¡ah! ¡fantasmón de las criptas! ¡Sal, y verás, a la calle! ¡tú y yo, gallito de hueso! ¡Sal de aquí! ¡Yo estaba dispuesto y con lealtad! ¡Quería mi ídolo para mí solo! ¡Quería raptarla! ¡me la llevaba! ¡arrancarla a sus sobornos! A quien me estorbara, ¡lo derribaría! ¡con fósforo o sin él! ¡gilipuertas! ¡Al fin del mundo, había dicho! ¡Me veía presa de más fervor inflamado! Y no eran los vinos, ¡era la idea, el corazón, el ardor de la indignación, del amor!

«¿Verdad que juramos que nos marcharíamos? ¿Verdad, Virginia?»

¡Tenía que pronunciarse ella, caprichosa! Juventud, juventud, ¡un engorro! Inocencia, ¡qué cojones! ¡La edad no contaba para matarme! ¿Quería que me lo prometiera al instante! Le supliqué, le rogué... Tenía que quedar pero que bien claro... que lo plantara ella misma, a ese siniestro... y no dentro de diez años, ¡sino al instante! ¡que se fuera a relucir a otra parte! ¡Que se fuese, pues, a reunirse con Nelson y la Pépé y el Achille, además! ¡Iba a ser un número terrible! ¡Ah! ¡el fiambre gusano reluciente! ¡Ahí estaba la puerta! pero ¡nada! nos amargaba y se acabó, ¡nos ponía enfermos!

«¡Dígaselo, Virginia! ¡Dígaselo! ¡Tú la llevas! ¡La ligas! ¡eso es lo que pensamos!»

Lo dije fuerte a propósito para que él me oyera...

«Yo aplasto», me respondió, «¡aplasto!»

Cogió fresones, los trituró en su plato... papillitas rojas...

¡Ah! las alusiones, ¡ya recapacitaría!

«¡Tú eres una pura mierda!», le dije.

«¡Oh, Ferdinand! ¿qué mosca lo ha picado? ¡Sangre fría, vamos! ¡un poco de decoro!... ¡Sangre fría! ¡Sangre fría!», dijo rechinando, temblequeando... «¿Quieres sangre fría, Ferdinand?»

Y vuelta a empezar así, jubiloso. No lo había molestado lo más mínimo yo... al contrario, nunca tan locuaz... lleno de proyectos... sobreentendidos innobles.

«Os he encontrado, queridos, ¡y no os dejaré jamás! ¡Vais a ver qué hermoso regalo! ¡Prometido! ¡Jurado! ¡una potra, angelitos! ¿no me lo rechazaréis?»

Y, acto seguido, lanzó resplandores... por todas partes se puso a fosforear... los andrajos, la cabeza, las manos... y después vuelta a agitarse, patalear... ¡un arrebató de alegría! y con ello el olor áspero, graso...

«¡El más hermoso viaje de la Tierra! ¡Ése va a ser, pocholitos, mi regalo! Sí, de la Tierra, ¡si lo sabré yo! ¡de la Tierra a lo largo y a lo ancho! ¡va a ser canela! ¡Nunca más el metro, Ferdinand! ¡nunca más el metro de la existencia! ¡Te quitaré todos los metros!»

¡Ah! ¡huy, huy! ¡qué fino! Cinco minutos de crujidos después de eso, castañuelas de todos sus miembros.

«¡Ya sólo barco, coleguilla! ¡Camarotes de seda! Ahora, ¡por la noche nada de tiquismiquis! ¡Usted, nena, al amor!»

Una coplilla de cachondeo...

*ngo buen tabaco en mi petaca...*

¡Dios! ¡qué ladino! autosatisfecho cosa fina... ofreció puros a la redonda, ahora toqueteaba bajo la mesa... la mesa se movía, se elevaba... estaba haciendo cosquillas a Virginia en los muslos... ella lanzaba grititos, no se apartaba... probó incluso a darle un tortacito, ¡en broma! ¡lo feliz que estaba él! Estaba yo guapo ahí, gruñón... volvió a empezar con sus curiosidades... toqueteaba por ahí al azar... me cogió la pierna... me agaché, miré, la buscaba a ella... ella coqueteaba, lanzaba risitas ahogadas, como en la plaza exactamente... una marranada indignante...

«¡Hale! ¡nos vamos!», decidí.

«¡Nos vamos! ¡nos vamos! ¡qué prisa tienes!»

«¿Adónde nos vamos?»

«¡Afuera! ¡afuera!»

Yo no pensaba en otra cosa.

«Pero, Ferdinand, seamos serios...» Rechinaba tristemente, era un reproche... «Yo me derrito fuera, ¡sufro! ¡con el calor! ¡con la luz! ya no me siento demasiado bien... ¡con todo me derrito! ¡No tiene usted corazón, Ferdinand! ¡necesito humedad yo! ¡sótanos! ¡tinieblas! ¡más y más tinieblas!»

Llamó a un botones.

«¡Tres *benedictines*, *waiter*!»

Ahora ya no quería marcharse, pegado como una lapa.

«¡Basta de luces! ¡basta de trapicheo! ¡reclutón! ¡estése quieto!» Así me trataba.  
«¡Sentado, impetuoso! ¡Escuche la voz de su maestro!»

Así me calmaba.

¡Ah! ¡cachondo mental! ¡Me enfadé! ¡no! ¡piano! ¡más valía marcharse!

«¡Hale, en marcha!» Volví a empezar...

«Muy bien, como guste, ¡perfecto!»

Rechinó otra vez mucho más áspero, temblequeó, era una cólera... Se puso tan nervioso, que se le trababa la lengua...

«¡Yo... yo soy el mayor poseedor de las pasiones extra!»

Se alzó un poco para decir eso. Que dijera paridas, pero ¡que acabáramos! De pronto hizo un gesto en el aire con su largo brazo enjuto... Me dije: otro discurso... avisó a la sala... Pero bajó el brazo y ¡Vrrumb! ¡un trueno<sup>[292]</sup>! Miré, no quería dejarme engañar de nuevo... no fuera a ser otra vez cosa de mi cabeza, una alucinación auditiva... qué va... ardió, atronó la tira en las paredes... haces de fuego de una pared a otra... ¡Ah! ¡cómo vociferaban! No, ¡no sólo yo!... el fuego en la quelí... y después una nube roja... todo el restaurante abrasado... una explosión, una tormenta... ¡y *vromb*! la vajilla... las mujeres más que nadie... «¡Los zepelines!», chillaban, «¡los zepelines!»... No me pregunté más. Me lancé derecho... olvidé hasta a mi pocholita... perdí toda la sangre fría de una vez... ¡Tenía yo suerte, joder, con los truenos! ¡Era un avatar como en casa de Ben<sup>[293]</sup>! Me pasó por la cabeza... ¡Huye derecho, alma mía! ¡huye derecho! Por fortuna, no era una multitud, sólo una clientela de gastrónomos. «¡La bomba de zepelín! ¡la bomba de zepelín!» Se lanzaron a la puerta, piándolas... ¡ah! allí había un atolladero, de todos modos... un tropel feroz... ¡Ah! ¡ya estábamos reunidos! yo no fui presa del canguelo, ¡qué leche!... Virginia, Ciempiés... venía desgreñada la nena... él, centellas por doquier... un triunfo de mistífico... era él el funámbulo, el farsante, él lo había provocado todo... para los comensales, era una bomba... ¡lo decían chillando! estaban seguros... «¡Zepelín! ¡Zepelín!» Ya no podíamos avanzar nada, nos quedamos comprimidos en la puerta... era culpa de los triples batientes... ¡ah! pero Ciempiés, por su parte, se animó... una laminilla ahí, ante nuestros ojos... una hoja de una especie de gelatina se volvió con un esfuerzo... toda su osamenta... una cosita de nada... se deslizó así, por entre las puertas... algo fenomenal... una jalea reluciente... sin dolor pasó... ¡ya había salido!... estaba en la obscuridad... en la calle... nosotros estábamos despachurrados... yo lo oía reír fuera... por fin, nos reunimos con él... su risa me guió... del chacal... ¡ah! ¡lo contenta que estaba la niña!... le saltó al cuello... los encontré a tientas... ella estaba alegre como él...

«¡En marcha! ¡adelante!»

Yo nasti, claudiqué, las pié, había perdido mis bártulos... los había olvidado en el



banco... ¡no iba a ir a buscarlos! Vi también que aquello apestaba a policía, íbamos a caer en una emboscada... ¡Hale, venga! ¡andando! yo quería que aprovecháramos la obscuridad, que aún no supieran dónde estaban... pero él no tenía la menor inquietud... retozaba, daba vueltas, caracoleaba entre los grupos... jugaba al escondite... era fácil con sus resplandores... la nena lo perseguía... Se metían conmigo porque refunfuñaba.

«*Look at Ferdinand! look at him!*»

«¡Entonces, ¿no te diviertes, Ferdinand? ¿No te diviertes, héroe de la muerte?»

¿Qué podía responder yo?

«¡Vamos, por aquí!», decidió él ¡En seguida tiránico! Más luego su execrable olor... ¡Ah! ¡a tomar por el culo! ¡yo abandonaba! ¡No! Me enganché otra vez...

«¡Te sigo, boceras!», le dije. ¡Ya había aguantado demasiado a ese canalla!... ¡No debía considerarse ganador siempre! Le seguía la pista en la obscuridad... su voz temblequeante a lo largo de las tiendas lo oía... lo oía... no paraba... No me iban a dejar tirado, ¡podía asegurárselo yo! Los seguía a su paso, pegado a ellos... Oía su quincalla, su risa de hiena... ¡cómo retozaba!

«¡Belleza arrebatadora! ¡cielo! ¡tesoro!» Así anunciaba... ¡ese artista! ¡la forma como se había comportado! ni el menor asomo de vergüenza... ¡Era aún peor que Boro!... ¡ni el menor respeto ya ése!... ¡Sólo me tocaban monstruos a mí!... Después de aquellos furiosos avatares, ni un átomo de malestar de nada... flirteaba, bromeaba... y con una niña, además...

«¡Belleza arrebatadora! ¡cielo! ¡tesoro!» Era su arrullo... se volvió hacia mí un momento...

«¿Qué, coleguilla? ¿oyes? ¡fray morros!...», me increpó de lejos en la obscuridad... quería que yo me alegrara también... me apresuré, los alcancé... resoplando... «¡Te voy a hacer un regalo, hermanito!» Me agarró la mano, me la apretó, me la sacudió fuerte... me hacía un daño con sus huesos, ¡como para aullar! ... no aullé... seguíamos najando... me deslizó algo en la mano... en la obscuridad yo no veía lo que era... era algo caliente... era asqueroso, no chisté... venía de su cuerpo, de su calzón... sentí que se revolvía... era como un tubo, una morcilla... era blando, redondo... quería que me desmayara tal vez... ¿que desfalleciera, pidiese compasión? ¡ah! ¡el pobre pardillo! ¡ya recapacitaría!

«¡Espectro!», dije. «¡Estás podrido! ¡es tu porquería!»

Así, tan campante... con la misma moneda... ¡Ah! ¡ji! ¡ji! ¡ya podía reírse burlón! ¡Perdía el tiempo!

«Mire, gachó, ¡es usted un pedazo de gilipollas!» Así lo traté y en la obscuridad y en la noche... ¡con el olor y todo! Ya no me desconcertaba. ¡Ya había hecho todo su número! Yo lo seguiría hasta el fin del mundo ahora, le hacía la puñeta...

Avivó la marcha... no callejeábamos... yo no cedí un ápice... en el momento en que cruzábamos las calles le salieron la tira de fuegos fatuos... de los pingos, por todas partes... era muy cómodo para el camino...

«*Touit-Touit Club!*», rechinó... «*Tuit-Tuit Club!*»

Debía de ser allí adonde nos llevaba... un club nocturno, algún garito... ¡iba a echarnos a perder! ¡las locuras! ¡Empezábamos bien! ¡el garbeo de los búhos!

«*Woopee! Woopee! Tuit-Tuit Club!*» ¡ya sólo naqueraba eso!... Quería que nos mostráramos jubilosos por adelantado, quería darnos vértigo... Aun así, ¡no se libraría de mí, el asqueroso! Yo sabía que andaba cociendo algo en la chola... fingía sólo ser coleguilla... Quería a la nena para él solito... era otra astucia de vampiro... me estaba preparando un currele, ¡algo pérfido, criminal, que no sería moco de pavo! ¡ah! su revancha extraferoz... lo presentía yo, lo presentía... pero yo estaba en guardia... ¡de eso, nasti! eso pensaba yo... una y otra vez... y pensaba también en mi petate, mi quincallería loca, me daba suerte a la espalda, ¡no debía haberlo abandonado!... había sido un fallo por mi parte...

Él no cesaba de chillar, el pillo bufón.

«*Night-club children! night-club!*» Así, sin dejar de caracolear... Me costaba seguir... él bailaba la *farandole* en torno a mí... él era el más chavalín aún... La calle estaba absolutamente a oscuras... ya no cesaban las alertas... una tras otra desde hacía un mes... tendría que acabar de una vez aquella guerra... volví a pensar en todo eso... no habríamos visto a dos metros sin sus fuegos fatuos y su olor también, hay que ser justos... Los transeúntes, me preguntaba yo, ¿qué dirían?... Debían de creer que jugábamos a algo, que nos frotábamos cerillas... Nelson, por su parte, era otro estilo, con gritos reunía él, conducía a su gente... Cada encantador con su método... Ahora no bastaba aún, estaban tan alegres y contentos, ¡que querían que saltara con ellos! ¡que diese yo también brincos de cabrito! ¿a qué venía eso? ¿que fuera a atropellar a las personas?... ¡ah! ¡no estaba yo de humor locuelo! Yo pegado a ellos y listo... Para ellos, la *farandole*... ¡Yo había olvidado mi petate!... a mí lo único que me preocupaba era el deber.

«*Come on children!*»

Se empeñaba... A mí ya no me sorprendía gran cosa alguna, pero, aun así, aquel golfo de desenterrado abusaba, me parecía a mí, de su faroleo... ahora crepitaba con los dedos... castañuelas enteramente... me recordaba a Carmen la sesión... tocaba bien, había que reconocerlo... ¡como granizo!... era, la verdad, un artista también... No le faltaba nada, en una palabra... Lástima que no estuviese más lozano... ¡Habría hecho gracia, el infecto! ¡Habría dado risa, mal bicho! pero yo habría preferido que estuviera lejos... entretanto, nos daba órdenes... nunca avanzábamos bastante deprisa...

«¡*Come on*, hijos de la patria!»

Teníamos que apresurarnos... lanzaba sus resplandores cada diez pasos... más o menos... olores casi a cada sacudida... chirriaba, se bamboleaba... ¡un placer! yo ya sólo lo oía a él en la calle... sobre todo sus articulaciones rechinaban... además de los tembleques... con las palabras... era terrible caminar a su lado... un cesto viejo parecía, sacudido de acá para allá, lleno de calderilla... ¡también yo armaba

escándalo cuando llevaba aún mis alforjas!... ¿Por qué las había dejado tiradas? Me daban suerte... ¡Para ir más ligero, la leche!

«¡Hasta el fin del mundo, gangrena!» Me dirigí a él... ¡era culpa de aquel asqueroso pútrido, húmedo, sepulcral! Nos había liado bien. ¡Para qué repetir lo de su encanto! ¡Tuit-Tuit! ¡y echando leches! ¡Estaba dicho todo! La resistencia era desigual... soltaba camelos sin cesar... yo oía su falsete... ¡*Las profundidades de la Tierra!* así hablaba a la mocosa... ¡*Las grutas encantadas!* le prometía maravillas... ¡No quería yo perderme el jolgorio! ¡Estaría yo también! ¡estaría en todo!... me apresuré, aligeré... él apretó aún más, quería dejarme tirado... Apeataba, el doble... no iba a hacerme vomitar, de todos modos... no iba a distanciarme... resistí... iba con la lengua fuera, lo reconozco... me habían dejado derrengado de tanto correr... escuchaba yo nuestro trote, el estrépito, menudo cómo repercutía en las paredes... no era posible, ¡éramos sólo nosotros! parecía una multitud de trotones... Llamé «¡Virginia! ¡Virginia!» Me inquieté por fuerza... Llegó un momento en que ya no hablaba, no me respondía nada... seguía, seguía... corría con nosotros y se acabó... ni siquiera me oía, parecía...

«*Hello! Hello!*», volví a llamar... ¡No tenía gracia precisamente correr así!... no estábamos chalados aún, de todos modos... y, además, ¿adónde nos llevaba?... era un capricho poco claro... Delphine también había corrido... yo creo en las series nefastas... Si supiéramos leer en la vida, es un paisaje que vuelve a empezar, para cada chorbo hay un secreto... Se toma el trabajo de repetirlo, la vida, su jeroglífico, los despistados ponen ojos como platos, bizquean, diquean el asunto... ¡Ah! ¡yo no estaba despistado! ¡yo ya lo veía enredar los bártulos! ¡lanzárnoslo todo a la jeta! que es que iba a ser una sesión épica... nos estaría bien empleado también, primaveras farfulleros que estábamos hechos, nos lo merecíamos todo... Habría sido el momento de largarnos, por las buenas... ni un segundo que perder ya... ¡romper brutalmente el hechizo nefasto! A Delphine había sido un pequeño gnomo el que le había saltado sobre la rabadilla desde lo alto del Túnel... a nosotros era nuestro siniestro ahí, nuestro golfo de los olores, el que se lo pasaba pipa quedándose con nosotros... ya no me sacaba sus jirones de tripas, íbamos demasiado deprisa. Standwell Road a una marcha tremenda... ¡demasiado najar para lisiados! después Briars... luego Clapenham... Yo reconocía las esquinas de la calle... pero a partir de Acton Vale<sup>[294]</sup>, ¡un embrollo! ya sólo redes, rodeos, nos perdía, parecía... callejones sin salida del laberinto... Nos estaba dando un buen garbeo... Estaba oscuro, cada vez más oscuro... yo no quitaba los ojos de allá arriba, el cielo, las pequeñas chimeneas que se recortaban... estaba gris allá arriba... la luna... las nubes venían de lejos, del río... ¿de dónde venía el viento? ¿de dónde?... Me dolía la pierna... Alcancé a Virginia, le estreché la mano... «¡Virginia! ¡Virginia!» La llamé, no me respondió... ella seguía y seguía y se acabó... ¡No iban a poder conmigo a base de fatiga! ¡eso estaba decidido! ya podía jumelar todo lo que quisiera, ¡una peste diez veces peor! ¡estaba resuelto yo hasta la muerte! ¡Se lo susurré bien clarito a la carrera! ¡Se la traía bien floja!...

¡Najaba y nosotros con él! ¡*Tig que dig clac!* ¡Qué estrépito! Podía apestar aún más, ¡eso seguro y descontado! ¡ya veríamos! ¡ya oleríamos! Iba a perdernos en los dédalos... no era un barrio corriente... ¡Ah! de todos modos, se oía algo... una sirena muy a lo lejos... del río, de un barco... ¿Sería otra vez la alerta? ¿algún zepelín que nos sobrevolara? ¡yo no quería volver a hablarle, al crujidos! ¡no quería volver a oír su voz temblequeante! prefería jalar sin decir nada, no sabía yo adónde iba, ¡era igual! ¡él dirigía y se acabó!...

Me atacó, el marrano.

«¡Nunca podrás orientarte!», me dijo rechinando. ¡Qué rostro! ¡ya me la esperaba, esa gracia!

«¡No!», respondí, «¡ángel mío! ¡Claro que no, nene! ¡avanza!» ¡Así la arrogancia! ¡con la misma moneda! No iba a intimidarme precisamente. Era el puerto allí, seguro, las llamadas... ¿Iría a lanzarnos al agua? arrojarnos a las ratas habría sido pero que muy propio de él... me las conocía yo las orillas del puerto, los légamos con cangrejos... no, no se dirigía hacia allá... Me lo tomé a broma...

«¡Duro ahí, Arthémise!»<sup>[295]</sup>

A la chavala eso la hizo reír de repente...

«¡Lord Ciempiés! ¡Ciempiés!», llamó, «*where is your TuitTuit?*»

«¡Por aquí, *darling!* ¡por aquí!»

Muy meloso siempre con ella... de todos modos, ¿tal vez no sería ya muy lejos? ... aminoró, buscó, tanteó... llamaba en los escaparates... era una callejuela como diez, como veinte... tal vez como mil así, en la obscuridad... no entendía yo qué andaba trajinando... se detuvo en seco, chocó, se bamboleó... llamaba a una aldaba... No venía nadie... nos quedamos de plantón... nos llovía encima... una pañí recia... aquella puerta seguía sin abrir... ¡ah! ahora, ¡ya venían! un raudal de luz, entreabrieron... ¡*Yup!* nos zambullimos todos, nos precipitamos... la chinorri del brazo, ¡y hala! ¡Ah! no me quedé ahí yo, ¡me lancé! Yo no veía nada, al instante cegado... una iluminación terrible, ¡y qué charanga! ¡qué zumbido! Y, además, no tenían frío, ¡qué horno! Te dejaba turulato viniendo de la calle... ¡Vi las estrellas con aquel tiberio! Sobre todo los címbalos... ¡tenían un bombo de los truenos! rodamos allí dentro, corrimos... estaba muy abajo... ¡ah! yo no veía pero es que nada... sólo oía aquel guirigay... y, además, estaba perfumado, pero es que un extraperfume, algo así como a verbena fuerte... excesivo incluso... ¡ah! ya no olía a carroña... rodamos cada vez más abajo... habíamos llegado en plena fiesta, ¡llegábamos de refuerzo alegre!

«*Whopee!*», exclamé. Los habría visto a todos sin aquella luz... veía todo amarillo aún, todo turbio... pero bien que los oía, la verdad, unos berridos por entre la música... y, además, las risas, grandes meneos de la mui... debían de tronchase allá, al fondo... ¿seríamos nosotros los que les hacíamos gracia?... que caíamos allí desde la acera, rodando hacia ellos... ¡un refuerzo de caricatos! pero ¿sería una gran fiesta privada?... titubeé en los escalones... bajé... bajé... ¡era una orgía! eso fue lo

que pensé... ¡Media vuelta, entonces! ¡media vuelta! ¡pensé en Virginia! ¡No debíamos acabar en pelota viva! ¡Les puse cara de asco! ¡de verdadero asco!

«¡Media vuelta en seguida!», exclamé... Nadie me respondió... No distinguía aún los rostros, era un puro oleaje, una multitud... una vez más nuestro funámbulo, nuestro mentor podrido lo había planeado todo, seguro... ¡Al aquelarre nos entregaba!... ¡Lo había urdido todo! Pero ¡brum! ¡y vrrang! se desencadenaba... Ni un instante para reflexionar... Eran los furiosos tambores, címbalos. Aporreaban allí dentro más aún que nuestros dos chalados mecánicos... ¡Creía oírlos yo en su sobradillo! Era la serie, ¡estaba seguro yo! ¡la serie nefasta! volví a ser presa del sentimiento... allí, en pleno club tugurio de orgía... y, además, vociferaban, aquéllos... «¡Tuit-Tuit» de estribillo, al compás... lo que había anunciado, en efecto... *Tuit-Tuit Club!* ¡el gozo!

«¡Socorro!», llamé. «¡Virginia!»

Bajé rodando tres, cuatro escalones más... Aullaban de placer... ¿Sería nuestra jeta la graciosa?... ¡Ah! distinguí un poquito... Era una larga cuba toda luz... espejos por doquier a la redonda... y, además, la gente al fondo que giraba, unos con otros, bailarines galantes, pensé... parejas y también ristras... y todos cantando, berreando el estribillo... chillando más bien... ¡llegábamos oportunos nosotros, tan molones! ¡Ah! de repente vi al negro... estaba muy negro bajo la luz... le vi la boca, de lobo, los grandes dientes... era un tío, ¡dominaba el oleaje!... ¡me interpeló a mí!

«¡Calla», fui y le dije, «boca de cocodrilo!»

Una réplica graciosa. Berreaba, al tiempo que se contoneaba, se convulsionaba pero bien<sup>[296]</sup>. ¡Ah! si Sosthène lo hubiera visto, menuda pareja habría encontrado... ¡muy distinto de los trances hindúes! ¡ése sabía hacer el tic-tac! ¡ya es que no se veían siquiera sus palillos con su vertiginoso toque! y, además, descompuesto de todos los miembros, que proyectaba al techo y le regresaban, *pflaf!* ¡elástico!... no era moco de pavo... ¡cazaba las moscas a veinte metros!... ¡y *vlof!* ¡se las traía en la datilera! Ciempiés lo miraba con expresión gilí... Era un número terrible, ¡Ciempiés nunca lo habría logrado! ¡tenía que interpelar yo a ese fantasmón!...

«¡Eh, tú, capullo! ¿has visto la mosca?» Quería vejarlo en público.

Nadie me escuchó... Para empezar, ya no lo veía yo, a Ciempiés... se había disuelto en la barahúnda con la nena del brazo. Los Tuit-Tuit berreaban, exclamaban... Hormigueaban por toda la pista. No había duda, era una gran fiesta... ¡Ah! pero ¡ahí estaba otra vez nuestro esqueleto! ¡Lo divisé en los espejos! hacía el excéntrico también... rivalizaba con el negro... nunca iba a dejarse superar...

«¡Eh! ¡barrigón!...»

Ya es que no se veían sus resplandores, ni mucho menos... se perdían en el deslumbramiento... sólo se veían su cabeza y sus andrajos, con vuelo, hilachado... su cabeza era hueso y nada más... debían de creer que era una máscara, y una fantasía de excéntrico... y, además, es que estaban demasiado ocupados... se restregarrugaban unos con otros, la rumba al rojo vivo del vientre, toda la cuba

bramaba, relinchaba... era un placer poco corriente... gruñían, rugían de las delicias... estaban en verdad demasiado ocupados... ni siquiera debían de sentir el olor, la peste que exhalaba... el perfume de la cuba dominaba todo, como una enorme verbena... como para marearte también, con lo que se subía a la cabeza... en fin, el inmundo quedaba cubierto... ahora los veía yo bien a los bailarines, era una enorme cuba de gozo... se agitaban, movían el esqueleto, chillaban... ya no estaba yo deslumbrado... ¡y *brum!* el bombo, un vigor, que sobresaltaba a la masa entera, todo el bullicio gozoso... a cada toque, saltaban un metro... toda la cuba colores negros y claros... los vestidos de seda, las lentejuelas... menudos tirones y aullidos... ¡bullía allí dentro el baile de tres, diez, veinte! ¡toma ya! ¡mil, qué hostia! aullidos y el bombo que te los devolvía, ¡y el trombón furioso! y ronco y piándolas, ¡y «Tuit-Tuit»! Cantaban todos en coro, ¡aullaban todos! ¡El Ciempiés se lo estaba pasando bomba! ¡Nadie lo molestaba! ¿Habría escamoteado a la niña? ¡Yo ya no divisaba sus rubios cabellos! ¡Eso iba a ser otro lío! ¿La habría escondido en alguna parte?... Era del todo igual en aquel momento... ¡causaba sensación en la concurrencia con sus camelos! Quería eclipsar al artista negro... Volvió a subir los escalones otra vez... fue a zambullirse en plena juerga, ¡a huevo en la cabeza de los Tuit-Tuit! ¡Zas! ¡en la cuba! ¡Rebotó en todo el techo! ¡entero! ¡no un miembro o dos! ¡*Beng!* ¡en pleno espejo!... ¡era algo más que cazar moscas! ¡de un solo impulso todo! era muy asombroso, había que reconocerlo... incluso ellos, los hastiados, se quedaron turulatos... lanzaron un ¡*aaah!* general... Era una revancha para nuestro infecto... el pobre moreno ya no existía... sí, pero ¿y Virginia?... no iba yo a vocearlo a los ecos, haría reír y se acabó... tenían demasiado júbilo con Ciempiés, entraban en trance de mirarlo... es cierto que era extraordinario, revoloteaba de todas partes a la vez... ya no tenía peso, ni gravedad... flotaba, era un paquete de harapos por encima de la concurrencia... un auténtico fenómeno, un vellón así, planeaba, bogaba, oscilaba como quería... iba a palpar a las personas, les rascaba la cabeza, se suspendía en vertical del techo como una araña... se extendía por encima como un hilo... ¡y *frutt!* un soplo de brisa, ¡y escapaba! ¡Así bogaba!... ¡era el gracioso en andrajos y en los huesos! superaba el entendimiento, había que reconocerlo, por el equilibrio, el lance en el vacío... ¡Alucinados los ardientes TuitTuit! bramaban en el fondo de su cuba... de embeleso, de exaltación... «*More! More!*», reclamaban fuera de sí... ahora, ¡listo ya! ¡era el preferido! ¡no cesaban de pedir más! cabriolas, verdaderos milagros... así, en pleno vacío... les mimaba rigodones, brincos de araña loca... por encima de sus cabezas... otro remolino, un vals... y después volvía a oscilar, rozar en equilibrio justo por encima... y con la cabeza para abajo, los pies en los espejos, una auténtica mosca en el aire trotandito... sus pingajos flotando alrededor... ¡la admiración que causaba! ¡oh! ¡unos suspiros!... que ya es que algunas bailarinas se sentían mal... ¡como para mearse de placer!... grandes charcos de pipí por todos lados... era en verdad prodigiosa la forma como se adhería a las paredes, trepaba muy derecho vertical, brincaba cómico y después con la cabeza al revés, ¡y con los estribillos! ¡con

la música! demasiado hilarante incluso para los negros... que ya es que no podían tocar pero nada... ya es que se decapitaban de tanto cachondearse... rodaban por el suelo en montón y bailarines y bailarinas con ellos sin aliento ya... ¡así era el efecto del Ciempiés!... ¡Derecho del revés en el techo! ¡Nunca visto, un artista igual! ¡de ahí se te arrojaba a las paredes! ¡volvía a oscilar sobre las cabezas!... era prodigioso el impulso, ¡no se aguantaba siquiera en un hilo! ¡ah! cautivaba a toda la concurrencia... ¡el esqueleto volante!... ¡Me habría gustado que lo viera el Sosthène! ¡él con sus trances a-lomírame! ¡su Pépé! ¡su abuelo enlatado! ¡habría podido aprender un poquito! ¡ah! ¡el pobre chavea y la China! ¡habría visto aquel trabajo de vértigo! lo que era la magia virtuosa, ¡la verdadera proeza de atmósfera! ¡él con sus máscaras rampantes! ¡ah, el pobre chichirivainas! ya podía yo odiar a Ciempiés, en fin a éste<sup>[297]</sup>, el caso es que me dejaba embobado... un artista maravilloso, la verdad... tres veces, diez veces en girovuelos entre las paredes y las grandes arañas... pirueteaba, rozaba, ¡volvía al lance con el tambor! ¡un hacha ahí arriba él solito, en el aire! ¡insecto loco! ¡giraba y volteaba con la música! ¡ya nadie bailaba más que él en el local!... todas las cabezas para arriba... ya no se movían, estaban fascinados... ¡ah! atrapé una mano... alguien ahí, muy cerca de la pared... ¡era mi monina! ¡qué alegría! ¡la amaba!... «¿Es usted, Virginia?...», ahí en el oleaje de los atontados... ¡Qué milagro! Temblaba como una hoja, vamos... estaba tan nerviosa, que tartamudeaba... me pellizcaba, me agarraba... era Pies Locos allá arriba quien la espantaba... Me lo señaló con el dedo.

«Bueno», dije, «¿y qué? ¡Es un *clown* y ya está!» Quería que se tranquilizara... oscilaba justo por encima del jazz, por encima de los negros... iba y venía... y suspendido de nada, ¡lo que se dice de nada! en eso estribaba el prodigio...

«*Isn't he wonderful?*», preguntó ella, se fascinaba también... farfullaba... Él planeaba allí arriba, no pesaba nada...

«Es un payaso, ¡eh! ¡el chorrinas! ¡es una ilusión que le infunde a usted!»

Me fastidiaba boquiabierto así por ese asqueroso fantasma podrido, farsante, rompecabezas, desecho, ¡basura humana! humana es palabra muy bonita, ¡es muchísimo decir! Le dije las verdades, lo puse verde.

«Es un juego de espejos, ¿no lo ve?»

Abrió la boca, no respondió nada, se quedó patidifusa, ¡y se acabó! ¡Ah! ¡yo no tendría lo que les había inoculado! estaban turulatos, se lo hacían encima... el prestigio de ultracatacumbas... miraban esa especie de insecto allá arriba en convulsión de los aires... los dejaba atónitos, se mecían, ronroneaban así, de asombro... Volvió a atacar el tambor... ¡unos trinos y en el piano!... pasó a cuatro patas a través de las teclas... ¡una zarabanda con la tira de octavas! ya es que era un molido de sonos atroces, te hacía girar los ojos, ¡te retorció los lóbulos de las orejas! ¡ah! ¡el devastador! ¡el demonio! ¡y lo contento que estaba! había despertado a la concurrencia, que estaba atontada, había que reconocerlo... sobresaltados lo clamaban, vociferaban... el otro los saludaba desde arriba, desde la araña... estaba

encaramado, triunfaba... esas ovaciones lo exaltaron aún más... ya estaba lanzado otra vez por el espacio... cabriolas inacabables entre techo y entarimado... sin tocar nunca el suelo... estaba fuera de sí de virtuosidad... ¡ah! ¡teníamos un amiguito simpático! ¡podíamos estar orgullosos de sus pasos!... la chinorri boquiabierta sencillamente, boca hacia lo alto, ya es que no sabía cómo... era el hipnotismo de asqueroso... ya sólo existía él, ese espantajo, ese *clown*, la gangrena... ¿es que no había olido ella antes la peste que había en la calle? y en el restaurante, ¡no digamos! ¿con los mejillones, la endivia, las codornices?... ¿no lo había olido? y en la calle, sus tripas, ¿no había visto lo que me pasaba? ¿No era un poquito inmundo? ¿no la sublevaba ver esa pinta? ¿esa chulería de despanzurrante malhechor esquelético perdido? Yo le gritaba eso ahí con el estruendo, que me escuchara, que me oyese bien... que saliera de su estupor. Precisamente estaba haciendo ahora el hombre orquesta, una cacofonía él solito... golpeaba todos los tambores, tiraba de todas las cuerdas, soplaba en los metales, ¡todos los instrumentos al paso! ¡al vuelo! ¡suspendido en el aire revoloteando! tres dedos en el piano, ¡y *vrruf!* ¡toda la gama! un desgranado maravilloso... y todo eso con la cabeza al revés... ¡atrapó el tambor al vuelo! ¡se lo llevó! osciló con él en la atmósfera... nunca se había visto una destreza así... ¡era el prodigio sobre nada de nada!... sin dejar de oscilar así chupaba la flauta, ¡la tocaba! un verdadero colibrí diminuto en el aire... ¡envió la flauta a los címbalos! ¡*Tzimm!* ¡Qué gracioso! ¡la concurrencia pataleaba! A la nena le hacía tal efecto, que lloraba, reía, estaba loca... «¡*Eh!* ¡*uaooo!*!», decía, maullaba, ya no la reconocía yo... Interpretaba el jazz ahora él solito... volvió a bajar al estrado de los negros... se lanzó con todo el paquete, sus huesos, sus andrajos, todo, ¡contra el gran tambor!... y *vflam* rebotó al otro ángulo, en el otro extremo exactamente... volvió a caer sobre el bombo con todo un estruendo de huesecillos... parecía que se desparramaba, que se desprendía en añicos... unas ovaciones ya inacabables... fanáticamente lo adulaban... eran todos presa de un auténtico furor, se arrojaban unos sobre otros... querían atrapar a Ciempiés, les fascinaba demasiado... alzaban sus trescientos brazos al aire... ¡no atrapaban pero es que nada!... atrapaban humo... no era sino un trompo sobre sus cabezas... giraba tan rápido, tan rápido, tan rotativo, que cantaba, piaba el aire por encima de las cabezas... era un vértigo trompo vivo... así era él... se convertía, él, en la velocidad, el impulso como una gran bola de resplandor azul... y después, ¡más deprisa! ¡más deprisa aún! ¡y *brang!* ¡un toque de metal en la orquesta! ¡una vez más con todos sus huesos, con toda su pelvis! se arrojó al trombón... volvió a salir de él como de una nebulosa... un chorro de luz rosa... ahí estaba... tan guapo, ¡volvía a brotar! la gran bola azul se había parado en seco... ahí lo teníamos plantado derecho, muy en su papel ahí, muy dominante sobre el trombón... con el dedo en el aire por encima de todo el mundo... su largo dedo de hueso... quería causarnos impresión... sobre el tambor infundía respeto... se había estirado, parecía, quiero decir toda su osamenta, quiero decir, sus huesos... resultaba de verdad un espantajo... más luego la cabeza, no veas... de muerto... ¿No molestaba eso a los



chiflados? ¿no veían la clase de camelista? y, además, los interpeló...

«*Ladies!*», gangueó... «*Ladies Gentlemen! we are here to present you Virginia the virgin beauty! and Ferdinand her jealous!*»

Después gran redoble de tambor ejecutado por él mismo... una granizada de pelillos, de dedos, y sus largos dedos de los pies, además... a cuatro patas, descalzo... un torbellino en el tambor... ¡lo que crepitaba! crepitaba por toda la sala... luego volvió a plantarse, quedó inmóvil, de pie, derecho... miraba de arriba abajo a la concurrencia... me había localizado, al parecer... desde el otro extremo de los espejos me había visto... Yo no oía del todo bien lo que contaba... peroraba, temblequeando, su estilo enteramente... La gente no le escuchaba nada... bramaban, no querían oír nada más... imitaban al asno, al cerdo, al perro... se precipitaron hacia el estrado... fueron a agarrar a Virginia... ¡él nos había señalado, el monstruo funámbulo! conmigo también la tenían tomada ahora, iban a agarrarme a derecha e izquierda... listo, ya me tenían, me zarandearon, me tiraron del pantalón... ¿sería una enfermedad? ¿qué sería? ¿chiflados sin corazón? ¿una furia bacanal? «¡Tuit-Tuit!», chillaban... su cantinela... lo cantaban cada vez que se agitaban... ¿iría a ser cacería tal vez?... el sacrificio por las buenas... ¿irían a jalársenos en el asador?... entretanto se enredaban bien, se trababan entre sí, ¿sería la danza de las víctimas tal vez? ¡la danza de cuatro! ¡seis! ¡ocho! ¡doce! Había un jaleo del copón... oleadas, vociferaciones por todos lados... todo el tropel se puso en movimiento de nuevo... Virginia y yo fuimos agarrados bruscamente, levantados, llevados para delante... era un vértigo de remolinos... la *farandole*, sin duda alguna... en plan pataleo... zarandeo... ¡y un desgañitarse! todo el bailongo, espejos, piano, lámparas, se balanceaba, se bamboleaba... ¡y las paredes!... era demasiado para semejante local... demasiado ardor, demasiados frenéticos, iba a desplomarse luego... íbamos a quedar todos enterrados vivos... Eso fue lo que pensé en mi fuero... ¡era el gran aquelarre! me lo figuraba... la música piaba, toda la orquesta... habían vuelto a su estruendo... ¡energúmenos «Tuit-Tuit»! ¡qué clamores!... berreaban, se desgañitaban de todos lados... entre las trompetas, el tambor... un bullicio demencial, tremendo... Ciempiés atrapó una flauta al vuelo, sin abandonar la acrobacia, después un saxo, sopló, ¡le sacó un lamento que para qué! un gallo, una violación de quimera... un horror para el oído... y, además, un miau de diluvio... atacó a los nervios de los Tuit-Tuit... bramaron, redoblaron... sufrían, se apretaban, se acariciaban, así, sin dejar de contonearse, se chupaban las bocas con ruidos en cantidad, más aún, era una saturnal... era espantoso su comportamiento... se marcaban unos besos, que les dejaban rilados... se sangraban, yo los vi, les salía espuma por la nariz, las orejas... las órbitas... auténticas crueldades de vampiro... se entendían de espanto... se atacaban los nervios totalmente, pegados panza con panza, se enlazaban, se aglutinaban a base de meneíllos... si se interrumpía la música, aunque fuera por un segundo, unos clamores de desuello... ¡no lo podían soportar!... «¡Asesino! ¡Vampiro!», aullaban... habrían sido capaces de mandar todo el local por los aires...

¡Querían su placer ante todo! los negros ya no querían saber nada... tenían miedo, se andaban con remilgos... ¡La que se iba a armar!... Yo veía acercarse una catástrofe... Por fortuna, sólo fue un pequeño cabreo... volvieron a su guirigay... ¡todo metales y cuerdas y trombones!... ¡ah! menudo ¡uf! de alivio... iban a asesinarse de acritud... todo el baile volvió a pitar *fortissimo*... sólo dos, tres parejas desfallecieron, se desplomaron, presas del soponcio, bajo los pies... toda la zarabanda les pasó por encima, pisoteó, holló, ladró de placer... El gran baile tuit-tuit echaba chispas con ganas... era en verdad el trance general de la juerga total... bullía allí dentro la cuba entera, sobre todo en los extremos se abrasaba... auténticos demonios en los cuatro rincones... ¡Y no había acabado el cachondeo!... preparaban un asalto final... los más energúmenos, quiero decir... husmeaban allá... los vi, se agrupaban... los miré de reojo... nos husmeaban a Virginia y a mí... allí era especial, los tenía yo calados, no me sorprendían, era una maniobra... el desarrollo de los peores tejemanajes... el pitote chulángano... ¡me esperaba cualquier cosa!... para empezar, ¿dónde estaba nuestro asqueroso? ¿nuestro tío huesos, nuestro volatinero? ya no lo veía yo nada... pero estaba ahí, eso seguro... estaba oculto, se andaba con rodeos, pero él era el conspirador en jefe... yo me esperaba una carga de los lúbricos... ahí había diez, cuatro, doce que piafaban, iban a lanzarse desde el tropel... salieron, se arrojaron, ¡ahí los tenía ya!... su choque fue irresistible... Virginia y yo fuimos agarrados bruscamente, levantados, llevados, masajeados por diez... veinte... cien manos suaves... sobados, separados... arrojados... otra vez a lo alto por el aire... recogidos, devorados a caricias... al menos seis mujeres me abrazaron a mí, me trituraron, descaró... debería haberme resistido, irritado... ellas tenían la fuerza... mi Virginia, mi adorable, mi niña, mi pillina, ¿dónde estaba?... ¡Ah! las bribonas me hacían pedazos... ¡Hasta pronto, Virginia, mi hada!... ¡al otro lado del ciclón! Pero en qué estado, ¡veinte mil lágrimas! Debería haberme resistido, haber aullado, lacerado a aquellos pingos... Descaradas violadoras que me oprimían, me saltaban las seis sobre los órganos... ¡jamás había sentido cosa igual! ¡me hacían horrores de miedo!... me aturdían a besos, a chupetones tremendos hasta asfixiarme... me manipulaban patas arriba... me volteaban, me ponían del revés... me daban la vuelta a mi pobre calzón... era un juego infame de faunitas... ¡y unos labio-con-labio que me hacían gritar!... ¡nunca conseguirían mis ardores! ya podían ensañarse, molerme, devorarme en sus locos dominios, acribillarme manús de amor, ¡nunca me despepitaría por ellas! ... ¡mi fervor fiel ante todo! ¡para y contra todos, hostias! Me llevaron a un cuchitril, ahora eran diez contra mí... ¡Yo las ponía verdes! ¡jodías por culo! ¡guripas! ¡pendones! Me hacían saltar sobre sus rodillas... ¡ninguna de mis palabras las enfadaba!... así, con mi calzón deshecho. Me veía en los espejos... mi pobre cara... ¡les veía también las caras a ellas, las satánicas! ¡con los cabellos deshechos en borrasca! estaban en celo furiosas, ¡todas rojas del celo! ¡Me defendería con el fervor! ¡con el recuerdo de Virginia! ¡todo por su palmito adorado! Querían hacerme beber, las muy zorras... ¡otra trampa!... ¡algún filtro de brujería! «¡Pollo primero!

¡pollo! ¡caviar!» ¡Aparté su asquerosa copa!... maniobra última... ¡suprema sangre fría! Sólo quería beber con la boca llena... y escupirlo todo pero bien ahí, ¡vlan! ¡en todas las malditas jetas pintarrajeadas!

«¡Virginia! ¡Virginia! ¡socorro!»

Ése fue mi grito ante el suplicio.

¡Ah! ¡anda y que te den por saco! Nadie lo oyó, todo el mundo se cachondeaba. El alboroto era pero que demasiado tremendo... a mis fulanas las traía sin cuidado... se volvieron hacia mí ahora, así, con la carne vuelta... me pasaban las entrepiernas por toda la nariz... me veía sumergido, todo rosa, en muslos, me degollaban los inciensos, los perfumes de chichi, los efluvios... ¡ardores como para acometerlas a todas, devorarlas durante siglos! chichis del cielo, de un rubio angelical como jamón del Paraíso, como jalarse caliente la Eternidad... Ataqué... ataqué... mordisqueé a huevo... la regordeta ahí... las nalgas ardientes... iba a tragarlo, engullirlo todo... babeaba, babeaba... ¡la lima de amor! tenía gusa... ¡a la mierda Virginia! las quería a todas ahí mis infernales... cambié de opinión, muy repentino... En el entreverado de las carnes, a través de los muslos, la divisé, la vi en el espejo... ¡era ella, el bicho! mi pillina... allí, en el fondo... entre la pared y el piano... no se amargaba, mi palomita... ¡toda cubierta como estaba también! ¡ah! ¡distinguí!... diquelé perfectamente... todo un tropel de hombres también sobre el vientre... fracs, trajes... cabellos blancos... una barahúnda también sobre ella... los tenía por todos lados meneándose... retozaban por encima y por debajo, la manipulaban, me la removían... con su faldita en el aire... como mi pantalón, exacto... ¡su falda desmadrada! ¡Ah! nos hacía reír... ¡y se reía también ella, la bribona! ¡a saltos, a brincos, se les escapaba! la volvían a atrapar, la derribaban otra vez... era sobo con avaricia... yo no oía sus gritos, ni mucho menos... había demasiado estruendo... eran los Tuit-Tuit y las trompetas... ¡menudo cómo soplaban y aullaban! ¡Berreaban sin parar con sus caritas! ¡gritaban! ¡Iban a ponérmela en papillotes! ¡el gran huracán de las pasiones! se desencadenaba y se arremolinaba... al menos tres bacantes tenía encima... iba a causar desgracias, de todos modos... me vi arropado en las caricias, las pieles de seda, besos locos, tiernos, ardientes, empaquetado en los ardores, los tirones de veinticinco diablesas, no me iban a soltar... me forzaron rabiosas carnales, verdugos de placer... me iban a vaciar el alma a chupetones... me derribaron otra vez, me forzaron hasta el suelo, me cabalgaron de nuevo en la boca, la nariz, ¡tenía que mamarlas pero bien!... si me mostraba reacio, me degollaban... con un esfuerzo sobrehumano me solté... me desprendí, respiré, reviví... ¡volví a divisar a Virginia! en los espejos su carita... ¡su adorable palmito!... pero no veía su querido cuerpo... engullida mi palomita, mi corazón, mi adorada chavalita, bajo aquel innoble revoltillo, aquel montón furioso... eran al menos veinte ahí, sobre ella, trajes, negros, fracs, gruñendo, rugiendo, chapoteando... ¡no era posible una cosa así! ¡iban a desgarrarle las carnes, aquellos tragones maníacos! por sus muslos rugían, ¡frutos de oro y ámbar demasiado maravillosos! por sus macizos tesoritos, pillines chucháis,

nalgas vivarachas, mármol y carne y rosa... Todo era presa de aquellos cerdos... se revolcaban, la cubrían... la adoraban, ¡claro está! ellos también... la querían entera y muy caliente... el éxtasis de establo a dos carrillos... la pululación de los gozos... me la mancillaban espantosamente... soporté un martirio demasiado fuerte, bramé bajo mis locas, bramé... me vertieron champán en la garganta, botellas enteras... me sofocaba, me asfixiaba... ¡ah! ¡las malditas liantes! pese a que me desenlacé, me recobré, caí al instante, me desplomé... su brebaje me había liquidado... ¡las malélicas putarras estaban exultantes!... me encogí bajo sus lametones... querían tenerme en pelota viva... alrededor un bamboleo que para qué, el ataque, todo el maldito tugurio en efusión... berreaban, pataleaban con la cantinela ahora, al compás... anda jaleo, jaleo, por doquier, el batiburrillo del tracatrá... la fiesta estaba en pleno auge...

*uit-Touit Mister!*

*uit-Touit Sister!*

*upi Master!*

*uac! Couac! Couac!*

No era demasiado variado... pero ¡había furia en la cuba! La jauría tuit-tuit gruñía de entusiasmo... desatados estaban, fuera de sí... se saltaban encima a horcajadas, se arrancaban mechones enteros de cabellos... se hacían daño, se hacían gritar, cayó todo el montón en la pista... formaban pilas de borrachos, vociferantes, espumosos, vomitones... era el fervor de los chichis hirviendo... pilas de depravados en maraña, cada cual por su lado con la lengua fuera... la música palpitaba, removía el oleaje con duros tatchines, que parecía que inflaban la tortilla, toda la carne ahí, tendida y gruñendo... como un enorme *soufflé* a todo lo ancho de la pista, se dilataba, se hinchaba, subía enorme y después se achataba otra vez... todo ello con la música... ¡con eso está dicha la embriaguez, la intensidad! la trompeta acre desgarraba la quelí hasta hacer crujir el aire, todos los espejos vibraban... ya veis cómo transcurría.

El oleaje de las pasiones por doquier... querían volvernos criminales... yo aullaba también en coro... no sabía qué hacer, ¿imitar a la vaca como ellos, al cerdo? ¿la risa de la hiena? El águila es lo que habría preferido ser, alzar el vuelo con mi amor... berreaba como un asno, estaba arropado bajo las caricias, me llegaban de todos lados, calientes, frías, suaves, ásperas... mil dedos me recorrían el calzón... estaba anonadado de abrazos... mis sobresaltos las excitaban, a aquellas zorras... Si hubiera chistado, me habrían arrancado las partes... ¿Qué podía intentar? era magia irrevocable... O cedía o me despellejaban... Los Tuit-Tuit aullaban en mi honor.

«*Damn him! Damn him!*» Se veía su opinión... ¡condenado me veían! ¡qué hiel!

¡Iba yo a replicarles firme y clarito! Iban a ver mi cólera un poquito... No se esperaban mi salida... ahora se soltaban de los montones, de su infecto amasijo, ya estaban todos de pie y furiosos, reanudaban la batalla, ¡locos salvajes a la rebatiña

unos contra otros! Busqué a Ciempiés en la tormenta. Ya no lo veía... ¿Dónde podía estar nuestro fantástico?... en la pista no se veía nada... el sobo general... hasta mis bacantes me abandonaron para saltar a ese loco tropel del combate... los andobas atacaron en seguida, las levantaron patas arriba... ¡había que ver cómo se lo pasaban! ¡una exuberancia de diablos! aquelarre de verdad, me lo figuraba... Montarse a horcajadas unos en otros, eso era lo que intentaban... piruetas inusitadas, a decir verdad, uno de pie, el otro en cizalla así, con la cabeza para abajo... me pareció que querían imitar a Ciempiés... les había impresionado en los sesos... ¿dónde estaba nuestro muerto, el Vacilón? ya no lo veía yo, al huesos asqueroso... estaba seguro de que reaparecería, de que estaba preparando una faena fulminante, una sensación, un remate... seguía yo sin verlo... los furiosos ahí, en el oleaje, rugían, rabiaban aún más... eran más o menos locos salvajes... se deterioraban a mordiscos... Yo seguía buscando a mi Ciempiés... ¡Ah! no era como en el metro... ¡iba que se mataba como víctima! Imposible distinguirlo... Los locos furiosos las piaban todos en coro, ahora remataban a las mujeres... las zarandeaban, las tiraban al suelo... les arrancaban los vestidos, las pisoteaban... Como para que saliera el jugo, parecía... El despachurramiento del sexo débil. Con los pies juntos saltaban, brincaban... En pelota los cuerpos adorables... Todos los instintos estaban permitidos... la doma a la fuerza... así eran... cogieron también a mis furias, las machacaron por la fuerza, les dieron para el pelo como a las demás... ¡Aullaban martirizadas! ¡Ah! ahora les tocaba a ellas... La belleza soltaba jugo por todo el entarimado, chorreaba a cántaros... un palizón de aúpa... el triunfo de los *gentlemen*... ¡ah! cómo me alegré... respiré, la atmósfera estaba muy cargada. Si hubiera podido recuperar a mi amiga, mi queridita encantadora... Seguía allá, debatiéndose... «Tuit-Tuit», aullaban en el suelo las locas, las ciervas diezmadas... ¡Ah! la hostia puta, me agité, golpeé, relinché en acción yo también, no quería perecer en el torpor... ¡hale! a reventarles algo también yo... aquellas camelistas habían abusado demasiado, hale, rápido, ¡un carrillo, un chucháy! ¡a quitarles el descaro! ¡saltarles un ojo primero! ¡arrancarles la perfidia! ¡Nada de cachondeo! ¡Seguro que me habían servido el filtro! Todo el mundo se cachondeaba en derredor. Veían que quería librarme, ¡lanzarme al vértigo de los cuerpos! que hacía esfuerzos supremos... ante eso, las mujeres se lanzaron sobre mí otra vez... eran leonas rojas con sus mordiscos... querían castigarme por el arranque... esa vez era seguro, sin esperanza... era yo el juguete de las mesalinas... sus dientes me arrancaban trozos de las partes... ya no me quedaba fuerza... el mal encarnado triunfaba... Perdí una viruta, dos, luego tres... quedé ahí desfallecido soltando saliva... perdí toda mi fuerza... otro espasmo, un hipo más... ¡cuic! ¡cuic! expiraba, me iba a pique... ¿En qué infierno habíamos caído? ¿a qué burdel nos había llevado el vampiro granuja? mi brazo, tan achacoso, ya no respondía pero es que nada... ni siquiera podía sostenerme sobre el codo... ya no podía alzarme... Volví a llamar a Virginia, le supliqué, le imploré... ¡ah! ahí estaba, me hacía señas, no se destrozaba, la modistilla, pasaba de todo la pillina, con todo el culo al aire estaba, desnudo... la vi

en los espejos... a huevo en las rodillas de los hombres... ¡menudo cómo se contorsionaba, se agitaba! no se tomaba la orgía por la tremenda, sólo en plan de acrobacia cachonda... ¡era una vergüenza! yo gruñía, ladraba... y, encima, abrazaba a tuitiplén, ¡a todos los hombres a su alrededor! ¡duro ahí, chati! era un desfile sobre ella... primero un cingaro, después un negro, luego un barbudo, después un atleta y luego, mira tú, una viejecita con gorro, binóculo y trompetilla en el oído... se hicieron arre-caballito las dos para mostrar su perfecto acuerdo... y después saltaron... ellos montaron por turno... ¡Ah! ¡qué juego más bonito! Yo lo veía todo, no podía equivocarme, ella los obsequiaba a todos sin piarlas, mi pupila... La más avariciosa era la vieja, quería morderle todo el trasero... perdió los lentes... ¡ah! qué suplicio para mí, yo aullaba... mi felicidad estaba ahí... yo tiritaba... mi fervor, mi alma... tartamudeaba de rabia... mis bacantes volvieron a agitarme... me dieron la vuelta y ya no vi nada más... se pusieron a masajearme feroces, me retorcían las partes del cuerpo... yo ya no podía aullar siquiera del dolor... sólo iba, venía bajo sus meneos... aun así, oí la voz, una forma de ser muy espontánea, era la juventud, una lozanía... estaban en la gloria, los cerdos tragones, la vieja la más loca... algunos la pusieron en pie... la levantaron del suelo... querían que cantara ahora... la amenazaron con una buena paliza, ¡una azotaina de ochenta manos! vi que se resistía, lloraba, se aferraba... cedió y abajo las armas... ahora se elevaba su voz... una voz lo que se dice de ángel... dulce, clara como el cristal, tierna de terciopelo, todo... Pero era el estribillo golfo.

*it-Tuit that's the way to be*

el estribillo de fuego de aquel antro...

¡Todas las mancillas a mi palomita!... ¡Ah! ¡yo no iba a revivir nunca!... ¡Un espantoso toque de la trompa hizo cuac! ¡atronó! ¡gruñó! ¡desafinó, el cabrón!... Fue una señal... Algazara... Las parejas, los grupos, se daban para el pelo...

«¡Despejen la pista!» Los negros bramaron, se lanzaron al montón... «¡Despejen! ...»

¡Una manga de incendio brotó, chasqueó, roció!... ¡Ah! ¡ya estaba despejado! ¡Una tromba en las nalgas! ¡Oh! ¡huy! ¡huy! ¡El vacío!... ¡se deshizo el tropel!... Un redoble de bombo... salió un botones de entre bastidores... transportaba una gran baraja, gigantesca, mucho más alta que él... toda la baraja a su espalda... Extendió todas las cartas por el suelo... otro botones trajo una ruleta... «¡La suerte está echada!...» Ante eso, ¡otra vez la furia!... ¡Todos los Tuit-Tuit querían jugar en seguida! El pugilato al punto... Nadie quería esperar un segundo... Se curraron... Se dieron caña para apoderarse de las cartas... los botones se llevaron a dos machacados... el champán detonaba... inundaba... «¡La suerte está echada!...» Ciempiés se colocó... ¡se apalancó de *croupier*!... ¡Ah! ¡ahí teníamos otra vez a nuestro desaparecido!... ¡Aún verde y gris!... ¡En seguida al currelo! ¡Blandió la

raqueta!... ¡Me instó!... ¡que me acercara!... ¡Me rechinó por encima de la barahúnda!...

«¡Hale, Ferdinand! ¡la fortuna!...»

¡Que me acercara un poquito!... ¡La suerte estaba echada!... ¡Ah! ¡yo ya no podía moverme pero es que nada!... ¡las locas me habían vuelto a agarrar en gran número! ¡yacía desplomado bajo las caricias!... mis últimas energías se desprendían... me despellejaban, aquellas perfumadas... ¡se embriagaban con mi desamparo!... abusaban atrocemente de mi cuerpo, de mis cicatrices, de mi brazo sobre todo... que retorcían... estiraban... yo aullaba y no me rendía... no me gustaba ninguna de aquellas lúbricas... Las odiaba a todas... ¡sólo adoraba a mi Virginia! Cuanto más se alejaba, ¡más la adulaba yo!... Volví a verla allá estrechada, sorbida, lamida, mamada, jadeante y mimosa, se retorcía, se deshacía en la alfombra... allá en el extremo de los espejos... Otra vez todos los depravados encima... Gruñían de gozo... ¡Los mataría a todos yo!... Con convulsiones, tortícolis, ¡logré moverme un poquito! ¡Repté! ¡repté!... Iba a alcanzar a mi Virginia... ¡Quería alcanzarla!... ¡Iba a arrancarla a los puercos!... El botones llamó al ganador... Esperé un poco... El 12... el 12... crucé el entarimado, todos los números con tiza... ¡repté!... ¡repté!... ¡el 6... 3... 9!... ¡La suerte estaba echada de nuevo!... Ciempiés era el que lanzaba las bolas... ¡Lo diquelé a huevo, al guarro!... Estaba encogido bajo el piano... acurrucado con sus olores... ¡fosforecía por un tubo todas las veces!... a cada lanzamiento de bola... ¡El 9!... ¡el 9!... Se reía burlón... hacía trampas... a todo el mundo... se les quedaba todas las joyas... Hacía cuac... cuac... cuac... Como un pato... ¡El estilo de su alegría!... Pasaba su raqueta... arramblaba con todo, era un cuadro en verdad horrible... Ahora se quedaba con las almas... Las almas se jugaban también todo lo que tenían... ¡los Tuit-Tuit! había la tira de almas en el entarimado... la cosa pitaba... eran un poco como corazones... pero muy pálidas, muy translúcidas... ¡Se veía que eran de lo más frágiles!... ¡Ah! ¡diquelé en todo su horror al Ciempiés maldito!... ¡Se lo había tenido merecido su metro!... ¡Ah! ¡Dios, la leche, no!... Lo vi trabajar... ¡Ah! ¡ni un pelín ya de remordimiento!... ¡Se esfumaron mis remordimientos! ¡Todos! ¡Ah! ¡estaba curado yo!... ¡Lo haría pasar de nuevo bajo el rengue! ¡Ah! ¡no me andaría con chiquitas!... ¡Que volviera! ¡Me reía yo tan burlón como él!... ¡Jojojó! ¡Jojojó!... ¡Me puse a reptar de nuevo!... ¡Atravesé otra vez la guerra de los cuerpos!... ¡el oleaje de los lúbricos! Iba a aullar... ¡bramar yo también!... Repté... Cuando de pronto el tambor... redobló... redobló... El sonido del tambor... Sonaba... sonaba... se acercaba... venía de arriba... de la escalera... *Brrr... Brrr... Brrr...* toda la bacanal se detuvo... en seco... cesó la música... los juerguistas se quedaron paralizados... desconcertados así... ya no se movían... el tamborilero bajó... No se apresuraba... *Brr... Brr... Brr...* Venía hacia nosotros, peldaño a peldaño... Bajaba de la calle... Ahora lo veíamos... era alto y flaco... Lo veíamos entero ahora... ¡*Brr!*... ¡*Brr!*... ¡*Brr!*... Hacía su currelo muy serio... a cada peldaño que bajaba ¡*Brr!*... ¡*Brr!*... Daba un redoble... No movía

la cabeza... Se acercó más... Pasó ahí, muy cerca... Le vi la gorra... «*Cimetry*<sup>[298]</sup>» llevaba escrito en plata sobre hule... Bajó más... Era un guarda de uniforme... larga levita tahalí amarillo... un agente... importante... barbudo era, toda la barba... bajó así... pasó... Avanzó hacia el piano... a pasos acompasados... ¡Ciempiés, que estaba debajo, cerró el pico!... ¡Se acurrucó como una bola con todos sus huesos! ¡se encogió aún más!... Se agazapó en un montoncito... ¡Daba asco el miedo que tenía! ... ¡Ya no era sino un mínimo tintineo de palillos!... ¡Ah! ¡ya no hacía el acróbata!... ahí arriba, en el espacio... ¡Ya no revoloteaba más en la atmósfera!... Se acurrucó bajo el taburete... Intentó meterse bajo el suelo... Arrancó trozos de entarimado... Cavó, hurgó... ¡como un perro!... Gimió atroz... ¡todo eso delante del guarda del tambor!... El guarda se le acercó aún más. Lo tocó con la punta de su palillo... Ciempiés se sobresaltó, rechinó espantoso... y después se acabó... terminado... Ciempiés saltó de debajo del piano, gañía muy modoso ahora. Brincaba en torno a su amo... Se arrojó a sus zapatones... Lamió... le chupó las suelas... Se puso de lo más afectuoso... El guarda subía ahora peldaño a peldaño, como había venido... su figura no se había movido en toda la escena... ¡No había dicho ni una palabra!... Tocaba el tambor... ¡y nada más!... ¡a cada peldaño que subía! ¡Vram!... ¡Vram!... Se llevaba a Ciempiés así, al son del tambor... ¡vram!... ¡vram!... ¡vram!... ¡Ciempiés ya no se separaba de él!... le pisaba los talones... ¡hechizado tras él!... ¡husmeando a cuatro patas!... Lanzaba un gritito a cada peldaño... como un gemido de dolor. Nadie se atrevía ya a acercárselos... ¡Todos los depravados seguían paralizados!... Habían contemplado la escena así, ¡embobados, desconcertados!... Ciempiés y el guarda del cementerio subieron así, despacito, la escalera... ¡brr!... ¡brr!... ¡brr!... ¡Desaparecieron en la noche!... ¡por la puerta que se abrió sola!... ¡Ah! ¡los depravados ya no se empalmaban!... Seguían ahí corridos... ¡Ah! ¡nada orgullosos! ... ¡Ya no sabían qué decir ni qué hacer!... ¡Ah! ¡la leche! a mí no me parecía nada mal, una osamenta tan asquerosa y funesta, ¡que el barbudo la hubiera hecho circular! ... ¡tan cochino, pútrido y demás!... ¡Ah! ¡la leche! habría vuelto a tirarlo bajo el rengue, ¡si lo hubiera vuelto a atrapar con sus travesuras!... haciendo malas pasadas a las personas que no le pedían nada... ¡Ah! ¡era demasiado fácil! ¡Ah! ¡lo digo bien clarito!... ¡Me había jorobado el inmundo! con sus lucecitas y demás... ¡sus resplandores nebulosos! ¡Ah! el súcubo pasmoso... Esperaba que el guarda lo metiera entonces, de una vez por todas... ¡en el Agujero Eterno! ¡nada de hacer la vista gorda! ¡a las larvas a reírse!... ¡Canalla de los caprichos!... ¡Ah! ¡iba a haber hostias en ciclón!... ¡Si lo volvía yo a coger fantasmearlo travieso en los bailongos!... ¡Ah! le iba a dar yo para calaveradas... ¡Ah! ¡me había venido muy bien el guarda barbudo! ¡Restablecido el orden! ¡Ah! ¡volvía a sentirme pero que invencible! ¡rehecho! ¡coleando! ¡nuevecito! ¡de acero nada menos!... ¡Ah! ¡renovación de los humores!... ¡Me repuse de una vez!... ¡de un brinco!... ¡Mandé a hacer puñetas a las sobonas! A paseo las obscenas... Me solté... ¡Me lancé!... Subí de un salto la escalera... Atrapé a Virginia al vuelo... Cayó rodando al entarimado... ¡Ah! le salté



encima... ¡Ah! ¡me lo iba a cobrar en la gachí!... La arrastré de nuevo hasta la estera... Sollozaba cosa mala... ¡me imploró!... ¡El castigo! Eso fue lo que grité... ¡El castigo!... ¡Los Tuit-Tuit! ¡con eso recuperaron el alborozo!... El «*Cimetry*» los había dejado afligidos... Arrastré a Virginia de los cabellos...

«*Kill her! Kill her!...*», me animaban. «¡Mátala! ¡Mátala!» Me forzaban... ¡Cosa superflua!... ¡Ahí iba la zurra!... pensé, ¡y zas!... ¡y zas!... ¡una mano de hostias!... ¡Ah! pero es que entonces, ¡el delirio!... ¡Con eso se pusieron más contentos que nunca! Me ovacionaron... ¡Me incitaron!...

«¡Bravo, *young deer*! ¡Bravo, venado!...», así me llamaban... Pisoteé a la monina un poco... le salté ligeramente sobre el vientre... así, dos, tres veces... ¡Ah! entonces la furia desatada... ¡Se levantaron la ropa todos! Se convulsionaron... Se abalanzaron al asalto... Se hurgaron... volaron los pantalones arrancados... ¡Era terrible ver una cosa así!... les salía la tira de sangre por el trasero... por los oídos... ¡por los ojos!... era el paroxismo de la pasión por los abrazos... Los negros habían cogido miedo al final... Se habían encaramado en la gran araña... Bogaban por encima de la refriega... Cantaban así, suspendidos...

*uit-Touit! Madam!*

*ay!*

*uit-Touit! Madam!*

*ep and play!*

Y después su inmenso grito... «*Fikedííí!*», que traspasó todo. ¡Ah! los jueguistas volvieron a arder... ¡Se lanzaron otra vez unos sobre otros!... Se enmarañaron con el horrible calor... La fusión de los apasionados... la cuba espumeaba con los abrazos... Se oía su intenso placer... ¡Ronroneaban y después se reían a carcajadas! ... ¡Se reventaban los jebes!... Ya no me hacían el menor caso... ¡no podían estar más absortos! Iba a escaparme... escurrirme... fue lo que me dije... Acopié mis últimos vigos... ¡Me forcé bien en pie! ¡Ahí, sobre las piernas! ¡Uf! Atrapé a Virginia... la arrastré... La forcé a saltar a cuatro patas... ¡La escalera estaba libre!... Me forcé las pencas... forcé mi dolor... ¡Lo forcé todo!... Empujé al botones... ¡Forcé la puerta! ¡Uf! ¡El aire libre ahí! ¡la calle obscurísima!... Llovía a cántaros... cataratas... ¡No podíamos quedarnos ahí!... ¡Adelante! Saltamos en los charcos... ¡Ahora nosotros dos, monina!... ¡Ah! ¡no había acabado el caneo! Lo prometido... ¡es deuda!... Me detuve bajo una puerta... al abrigo... ¡ahí era mucho mejor!... estaba empapada... hecha jirones... no me escuchaba... estaba vomitando... la sostuve... le sujeté la cabeza...

«*Leave me alone!*», fue y me dijo, una vez que hubo vomitado todo... «¡Déjeme tranquila!...»

¡Ah! ¡qué rostro!... ¡Ah! ¡qué crimen!... Yo, que la había arrancado a los monstruos... ¡Yo, que había removido cielo y tierra!... ¡para salvarla de los

demonios!... ¡Ah! ¡la pequeña arpía!... ¡La muy puta!... ¡Pfeng! ¡un bofetón!... ¡Salió zumbando!... ¡Quedó tendida y llorando!... Volví a cogerla... la levanté a mi altura... ¡la besé! ¡Ah! ¡la adoraba!... ¡la estreché!... ¡Ah! ¡la amaba demasiado!...

«¡No llores!», ¡le supliqué!... «¡monina! ¡Soy un monstruo!... ¡Sí, soy el peor monstruo!... ¡el peor de todos!... ¡perdóname, querida!... *Forgive me darling!*...»

Farfullé en inglés... ¡la estreché contra mí!... ¡tiritaba!... la hice entrar en calor, le di friegas, ¡la besé! No estaba tierna... ¡ni amable!... Estaba enfadada... ¡Le había pegado yo! ¡Sí! pero ¡también era verdad! ¡lo había visto yo!... ¡Lo había visto todo yo!... ¡todos los horrores! ¡Cómo se dejaba acariciar!... cepillar... ¡magrear!... ¡Ah! ¡menudo! ¡por la horda! ¡Mosquita muerta!... ¡Ah! ¡la briboncilla! ¡Ah! ¡no salía de mi asombro!... ¡Ah! ¡huy! ¡huy! ¡No era posible! ¡Ah! ¡con eso me vino el rapto otra vez! ¡Ah! ¡menudo! ¡un sueño!... ¡Ah! ¡volví a verlos! ¡a todos!... aquella cabalgada... ¡aquella jarana!... ¡Ah! ¡le mordí el cuello!... ¡La mordí!... ella quería liberarse, gritaba... ¡yo la agarré de los riñones, de las nalgas!... así, de pie contra la pared... La retuve bien así... ¡Ah! ¡no debía escaparse más!... Llovía a mares... ¡toda el agua del reguero se derramaba en ducha!... sobre nosotros ahí... nuestras cabezas... No pasaba nadie... Quería marcharse... Yo no quería... la afiancé... contra el canalón... le hablé en los bucles, le chupé los cabellos... la lluvia... quería que me dijera... que me dijese todo...

«¿Ciempiés, *darling*?... Ciempiés... ¿*you love him*, Ciempiés?... *Little one!*...»

¡Quería que me dijera que amaba a Ciempiés!...

«Piltrafilla... ¡tramposilla!... ¡Ah! ¡voy a saberlo todo!...» ¡No quería que me tanguelara!...

«¡Viciosa!...» fui y le dije... «¡Fulana!...»

¡Ah! ¡me torturaba pensarlo!... cómo había hecho gozar a todo el mundo... ¡Ah! era demasiado demencial... ¡demasiado fuerte!... ¡Penetrante! La mordí... la mordisqueé... ¡volví a arrinconarla contra la pared!

«A la Bigudí también, ¿eh? ¿la quieres?... ¿Eh? ¿La quieres mucho más que a mí?... ¿Eh? ¿te gustaría que se te llevara con ella? Dilo... Dilo, ¡a ver!...»

Le rogué... ¡le supliqué!... ¡la apreté!... ¡Así, bajo el agua del canalón!... ¡Ah! ¡me destrozaba!... que no me respondiera... ¡Ah! ¡cómo empapaba!... ¡calaba!... torrentes... ¡cántaros!... ¡un diluvio llegaba!... ¡Estábamos encerrados en la lluvia!... ¡se desplegaba con el viento bajo la bóveda celeste!

«¿Eh?», ¡le dije!... «¿Verdad que te gustaría? ¿Eh? ¿que te entregara a Ciempiés? ¿Verdad que lo abrazarías también? ¿A la Bigudí también? ¿Verdad que te la comerías a la Bigudí? ¿Eh? ¿a los dos?... ¿a cuál prefieres? ¡Di, querida! ¡Di! ¡Di! ¡mi amor!... ¡Di, nenita mía adorada!...»

¡Y venga zarandearla!... ¡y venga apretarla!... ¡y la mordí otra vez muy fuerte!...

«¡Ferdinand!... ¡Ferdinand!...», me respondió así, muy bajito... Estaba muy tierna... ¡muy mona!... su soplo... su soplo de ángel en mi boca... Me dio su boca... «¡Tesoro mío!...» Fue ella la que me besó... tomé sus labios... «¡Mi muñeca!... ¡Mi

vida!...» ¡Ah! ¡la adoraba demasiado! La levanté... la alcé... ¡mi adoradísima!... ¡Ah! aquel rostro tan fresco, ¡mojado!... cómo lo besé... ¡la chupé!... «¡Mi reina! ¡Mi corazón!» ¡Ahí, en la noche!... «¡Mi queridita! ¡Mi hada!» ¡Ah! pero ¿y la locura de antes? ¡Ah! ¿los Tuit-Tuit?... ¿y las gachís?... ¡Ah! el furor en el aparato me disparó otra vez... ¡Ah! ¡el fuego de la lluvia y la hostia! ¡Ah! ¡yo bizqueaba en la oscuridad!... ¡Me habría gustado verle los ojos!... ¡cómo mentía!... ¡la boca!... ¡la cara!... ¡su preciosa cara tan dulce!... ¡empapada!... ahí... reía bajo mi boca... ¡lamí todo por todos lados! ¡enloquecí!... Estaba mejor ahora... se recuperaba... cruel... mala... traviesa... maldad suavizada un poco, acunada en mis brazos... ¡Oh! ¡se iba a marchar!... ¡escapar! ¡Ah! ¡iba a largarse para siempre!... ¡En la oscuridad!... así... ¡reírse de mí!... Una chavalina... ¡una traviesa!... un ángel... «¡Mi angelito!...»

«¡Virginia!... ¡Virginia!...» la llamé... «¡Virginia!...» Se meneó un poquito... se rió un poquito... ¡Era verdad! ¡Ah! ¡se reía!... ¡se burlaba!... ¡Ah! ¡descaradilla!... Era mala... ¡se retorció!... ¡Ah! ¡ya se encontraba mejor!... ¡se encontraba mucho mejor!... Quería escapármeme en seguida... La retuve... ¡la besé!... «¡Bichito!» ¡pataleaba! ¡Le toqué el senito!... ¡Quería chuparlo también!... ¡ya no le quedaba vestido!... todo estaba rasgado, en jirones... ¡se debatía!...

«¡Idiota!», le dije... «¡Idiota!... ¡Muévete, a ver!...»

Me dio patadas... era yo un animal, ¡hale!... ¡No había nadie!... Primero gimió... ¡después maulló!... ¡la hice saltar de la fuerza que tenía!... «¡Salta! ¡Salta! ¡cabrito!» ¡Ya no sabía yo lo que decía!... la sentía en la punta... a cada viaje gruñía... ¡Estaba caliente en la punta!... ¡caliente!... «¡Mi ángel!...» La besé... me dejó... ¡zarandeeé!... ¡zarandeeé!... La apretaba demasiado fuerte... ella me agarró la oreja... ¡mordió! ¡Ah! ¡aullé! ¡qué bicho!... ¡La pegué a la pared!... ¡La iba a acogotar, a la viborilla!... le metí la rodilla entre los muslos... ahí. «¡No te vas a mover más!» La apoyé... aún forcejeaba... ¡pataleaba! ¡chillaba! me apoyé... la aplasté otra vez... ¡la sujeté!... estaba arrebatado... ¡más fuerte aún!... ¡la carne en la punta!... ¡en carne viva en la punta!... ¡carne viva! ¡Ah! ¡grité!... ¡grité! Oí la calle en derredor... toda la calle que gritaba... no era nadie... ¡era yo!... no era nada... ¡era la oscuridad!... ¡los ecos!... ¡Estaba bien!... ¡era atroz!... ¡no era nadie! ¡Ah! volví a morderla... la sujeté bien... ¡la adoraba!... le chupé el hombro desnudo... su precioso hombro todo mojado... ¡Ah! ¡me agité!... ¡me agité!... era perro total yo... perro empapado... ¡toda el agua del canalón!... que nos calaba... que chorreaba entre nosotros... ¡Cargué!... ¡cargué!... ¡por todos lados!... todo mi cuerpo contra ella... ¡Ah! ¡sufría por todos lados yo!... me arrancaba todo... la fuerza me agitaba...

«¡Monina querida! ¡Monina querida!...», la llamé. «¡Perdón! ¡Perdón!...», la zarandeeé... ¡mordí!... ¡chupé!... ¡Ah! ¡era el ardor!... ¡la sangre!... ¡el rayo!... ¡me desboqué! ¡me desboqué por la fuerza viva!... ¡La iba a reventar!... ¡triturarla viva!... ¡ya no podía detenerme!... ¡Machaqué con fuerza ahí!... la molí... estaba desbocado... ¡cargué! ¡cargué!... Hablé... tenía que gruñir... «¡Le vas a hacer todo!... ¡Le vas a hacer todo!...» ¡Sentí que me besaba!... me mamaba la boca... ¡Era un

amor!... ¡Arrollé!... ¡Cargué!... ¡La iba a matar!... ¡La iba a matar!... ¡Era cierto!... ¡Era cierto!... ¡tenía yo que saber! ¡Era aún más fuerte!... ¡Más rápido!... ¡que fuera peor!... ¡que nos arrancáramos todo!...

«¡Virginia!... ¡Virginia!...»

Se iba... ¡flaqueaba!... ¡estaba toda fláccida!... ¡ya no abrazaba!... volví a alzarla... ¡la sujeté contra la pared!... ¡la estreché de nuevo en mis brazos!... No veía yo nada... ¡No le veía la cara!... le toqué la nariz... ¡bajo la lluvia!... ¡los ojos!... ¡la boca!... ¡Iba a llevármela a cuestras!... ¡la senté contra la pared!... ¡Ah! ¡era atroz!... ¡espantoso!... ¿Qué me ocurría?... ¿Qué había hecho?... Le eché agua encima... la rocié... la tira de agua... un arroyo...

«¡Virginia!... ¡Virginia!...», le di cachetitos... ¡Ah! ¡aquello no duraba!... ¡Ah! ¡felicidad! ¡misericordia!... ¡Ah! ¡mejor así! Volvió a hablar un poco... ¡unas palabras!...

«¡Virginia!... ¡Virginia!...», volví a llamarla... ¡estaba desnuda!... ya no le quedaba nada... todo su vestidito desgarrado... le eché encima mi chaqueta... le metí las mangas... la hice caminar de nuevo... así, muy despacito...

«¡Vamos, Virginia! ¡Venga conmigo!...»

Estaba obscuro... ¡tropezaba!... yo no veía su rostro tan mono... ¡Ah! me hubiera gustado verlo...

«¡Vámonos! ¡Virginia!...»

Yo pensaba en la casa... en el coronel... en Sosthène... ¡Ah! ¡los recados! ¡los accesorios!... ¡los malditos trastos!... ¿dónde había dejado yo todo eso?... ¡Ah! ¡en el *Corridor!*... ¡Ah! ¡me volvía la razón!... *Corridor!*... ¡la leche puta!... ¡Ah! ¡toda la pesca!... ¡Ah! ¡ahora me acordaba bien!... ¡Eso no arreglaba nada!... ¡Ya no veía la menor visión!... intenté apreciar así, en la obscuridad... dónde podíamos estar... lo que se dice nada de luz... un barrio muy tranquilo, seguro... casitas todas semejantes... ristras... ¿pasaría un autobús por algún sitio?... en alguna esquina por allí...

«Nos vendría bien un autobús...», le decía yo a Virginia... habría sido agradable... ¡Ah! pero ¡no lo habríamos podido coger!... ¡Ni pensarlo!... ¡en nuestro estado de andrajos y harapos!... sobre todo la chinorri, ¡así, desnuda!... con sólo mi chaqueta... iba a ser imposible... ¡el cobrador nos habría mandado detener!... ¡teníamos que aligerar pero bien!... ¡perder el culo antes de que fuera de día!... ¡orientarnos!... a obscuras... y no preguntar nada a los *policemen!*... ¡Estaba recuperando mi presencia de ánimo!... te despabilan, las putadas... ¡te pillan!... ¡y estás salvado!... ¡no desatinas más!... En seguida mi plan... ¡el sentido común!...

«¡Nena!», ¡le dije!... «¡Escucha el Big Ben!»

Nos paramos para oír mejor...

¡Las cinco!

«¡Ya ves!», le dije... «¡nada de cuentos! ¡adelante, monina!...»

Yo no sabía dónde estábamos... pero quería guiarme por el eco... Una vez

encontrado Westminster, ¡saldría solo!... Conque cogí a la chinorri de la mano, ¡y adelante hacia la salida! Había que escapar de aquel barrio, de aquellas callejuelas, dédalos y zigzags... unas en otras... Chocábamos por todos lados en la obscuridad... Por fin, una avenida... la reconocí... era Acton Road y después Long Avenue... ¡Ah! ¡eso estaba mejor!... ¡Mucho mejor!...

«*Quick! Quick!...*» ¡era nuestro camino!... ¡estábamos contentos!... De todos modos, una caminata que para qué... al menos una buena hora aún... Por fortuna, apenas llovía ya... pero hacía frío... apreté el paso... ¡yo ya sólo pensaba en llegar! ... La chinorri no se quejaba... sólo me preguntaba dónde estábamos... si faltaba mucho aún... ¡Iba dando saltitos, pobre angelito!... con mis zancadas... ¡no perdíamos el tiempo, desde luego!... Ahora, ¡todo derecho!... Edgware Road... después Orchard Scrubbs... el jardincillo... por último, Dwlk Commons... más allá quedaba Willesden... la avenida... ¡los árboles altos!... ¡Ah! ahora había que mirar un poco... No había que presentarse así, ¡*vlan!*... ¡Ahí era nuestra casa!... Vi la casa... vi la fachada... ¡las inmediaciones!... ¡Nada!... sólo el lechero... su carricoche... La puerta del jardín estaba abierta... ¡*flitt!*... nos colamos los dos... entramos por allí... ¡de nuevo las sombras!... nadie nos había visto...

«¡Oye!», me dijo... «¡Eh! ¡oye!... ¡El viejo está que trina!»

Así me despertó.

«¡Su sobrina le ha dicho que perdiste todo!»

Yo me había desplomado tal cual, ¡*plof!*, al llegar... Me zarandeaba para contármelo... Quería que le respondiera...

«¿Quién lo ha dicho? ¿Quién lo ha dicho?...»

Yo no caía aún... estaba aún sobando...

«Pues, ¡la sobrina, leche!... ¡A ver! di, ¡a ver!... ¡Ah! ¡di, anda!...»

«¿Echa chispas?»

«¡Ah! ¡es capaz de cualquier cosa!...»

«¿Está violento?»

«¡Le ha pegado!...»

«¡Me cago en la leche! ¿Con qué?»

«¡Con la fusta!...»

«¡Ah! pues sí...»

Un despertar agradable... ¡menudas noticias me traía!...

«Creo que está celoso...»

«¿De quién?»

«¡De tu menda, claro está!... ¡no de la mía!...»

¡Hasta Sosthène lo había notado! ¡Estábamos listos!...

«¡Sólo nos queda pirárnoslas!...»

Mi conclusión inmediata.

«¡Ah! pero ¡qué va!, ¡ni mucho menos! ¡Ah! pero si eso estaba previsto también. Ha dicho que, si nos marchábamos, ¡avisaría a la policía!... ¡Mandaría que se nos

llevaran!... que tenía nuestros compromisos... que nos pagaba... alimentaba... que nos alojaba... ¡el respeto de las firmas!... ¡Así!... Así ha dicho... ¡Me ha avisado bien claro!... ¡que haría lo necesario!... que faltaba poco para el concurso... ¡que no podíamos largarnos!... ¡que ya no podía substituirnos!... ¡que era demasiado tarde! ... que teníamos que probar sus máscaras... que nos habíamos comprometido a propósito. ¡Ah! pero ¡no en broma!...»

«¡Nos! ¡Nos! ¡Nos! ¡Querrás decir tú!... ¡Yo ni hablar!... ¡Perdona, pero no!... ¡Yo no prometí nada sobre las máscaras!... Dije que haría los recados, ¡y se acabó!... ¡Sólo los trabajillos!... ¡que bastante fatiga es ya para un mutilado como yo!... ¡No soy ingeniero yo!... ¡Es usted, señor de Rodiencourt!... ¡Todos los oros son para usted! Usted es el gran especialista mimado...»

«¿A eso llamas tú recados? Y lo de la sobrina, ¿es también un recado?»

«Eso no es asunto suyo.»

«Sí, pero, oye, ¡para el tío sí que es asunto suyo!»

«¿Y qué?...»

«Pues ya se lo dirá usted mismo... Se explicará usted con él...»

«Bueno, voy ahora mismo...»

«¡No está!... ¡Ha salido!...»

«¿Dónde está?»

«Con los fabricantes... ¡ha ido a buscar otra vez todo lo que tú perdiste!... ¡Todo lo que tú mandaste a hacer puñetas!... Se ha ido con su sobrina, ha dicho que volvería a traer todo... Ya no tiene confianza en nadie...»

«¡Tiene gracia!...»

«¿Dónde dices que perdiste todo?»

Tenía curiosidad.

«Ella ha dicho que te volviste loco por la tarde hacia Wapping... que te metiste en un club... que la obligaste a bajar... que querías que se divirtiera... ¡que le hiciste beber champán!... que reventaste los paquetes... que tiraste todo a los negros... todos los bártulos... todos los utensilios, las plumas, los chismes... así, ¡en un arranque de loco! ¡que estabas horrible!»

Yo lo escuchaba... no respondía nada.

¿Era eso todo lo que había dicho?

No era gran cosa...

«¡Menuda la que le dio entonces el tío!... ¡Ah! ¡no veas! ¡Un julepe, chico!... ¡Ah! fíjate, ¡lo oía yo desde arriba!... ¡Ah! toma amor, ¡por el bul! ¡Ah! ¡me habría gustado verlo, oye!... “¡Oncol! ¡Oncol!”, gritaba ella... ¡y no de mentirijillas!... ¡eh! una zurra de verdad... ¡unas bofetadas! ¡te lo aseguro!... “¡Socorro! ¡Socorro!” ¡la serenata!... ¡Tú no has oído nada!... ¡Roncabas! ¡debía de oírse desde la avenida!»

¡Ah! yo no salía de mi asombro...

«¿Es duro, eh, el tío? ¿Es duro?...»

Sólo podía decir eso.

«¡Y eso que ya es mayorcita! y fuerte para su edad... ¿no te parece?... ¡Debe de tener sus buenos catorce años!»

No estaba seguro él.

«Entonces, ¿qué vas a hacer?»

Me preguntaba.

Me reprendió una vez más.

«Conque, ¿te dio así, de repente?... ¡Como con la priva! ¡Tú que no bebes nunca! ...»

«¡Vete a la mierda!...», fui y le respondí. «¡Vete a la mierda!...»

No iba yo a soltarle la liebre.

«¿Adónde se han ido, eh?»

No lo había oído bien.

«¡A ver a los fabricantes, tontín!...»

Y después me contó... volvió a empezar...

«¡Tenías que haber visto entonces al coronel!... Se metió en su alcoba, no veas... ¡la de la nena!... ¡La sacó de la piltra! ¡Ahí, desnuda!... Mandó subir a todos los domésticos... ¡todo el *office*!... ¡todo el mundo!... la cocina... ¡todo el trajín!... los *butlers*... las criaditas de abajo... ¡las de las cofias!... ¡la lavandería!... ¡todos a la alcoba!... toda la casa... ¡y la azotaina delante de todos!... ¡No veas qué reparto!... ¡Parece ser que ya lo había hecho!... cuando era pequeña... y desobedecía... me lo ha contado el *butler*... el que lleva frac... el que habla francés... Hace todo lo que ella quiere, su tío, pero ella no debe descarriarse... si no, ¡la zurra!... y la aplicaba, ¡eh! ¡no te vayas a creer!... ¡Para el pelo!... Pero parece ser que ahora, desde que es mayorcita, está hartito de la sobrina... ¡no quiere verla más! Va a mandar venir a su sobrinito... a ésa la va a liquidar... ¡es un menda así, antojadizo!... Va a meterla interna en un colegio después de las vacaciones... El *butler* se conoce a la familia... ¡Está aquí desde hace veinte años!... ¡Él no cree que sea de verdad su sobrina!... sino que es sólo una niña que adoptaron, en fin él no... más bien su mujer... En fin, ¡líos!»

«¡La de cosas que sabe usted, Sosthène! ¡Charla pero bien su *butler*!...»

«Le gusta hablar francés... Hace diez años que no lo practica... Sólo lo hablaba la mujer... en fin, la señora... También es extraño cómo murió... ¿No lo has oído?»

«¡No pierde usted el tiempo, Sosthène!... ¿Qué más sabe?...»

«¡Ah! ¡sí! la nena va a heredar.»

«¡La mima, oye!... ¡La mima!...»

«Sí, pero, en fin, no es del todo seguro, porque va a adoptar al sobrino... ¡el chavalín!... seis años tiene...»

«Y a ti, ¿no te va a adoptar, eh, chorra? ¿Marujón? ¿No te va a dar con el látigo? ¡tal vez sea vuestro estilo ahora, de los dos!... ¡Ya estáis pasando a las manos!»

Yo no entendía.

«¡Ya verás!... ¡ya verás!...»

Para reír un poco.

«En todo caso, ¡mira, Sosthène! ¡Yo no lo trago! ¡Le voy a hacer una caricia, hombre! ¡te lo aseguro! ¡Ya que le gustan los golpes!...»

«¡Él tampoco te traga!... ¡No te vayas a creer!...»

«Entonces, ¿por qué nos tiene aquí?»

«¡Tal vez para que la diñemos bien!»

¡Ah! ¡qué gracia!...

«¡No sería muy de extrañar!... ¡sería muy propio de él!...»

Y después volvió a hablar de la sesión. ¡Ah! de todos modos, ¡era un chulo!... ¡qué gachó, el coronel ese! ¡Su sobrina ahí, delante de todos los machacas!...

¡Ah! volvía a darle vueltas Sosthène... ¡La fusta!... ¡Duro ahí!... ¡Ah! no podía quitárselo de la cabeza... ¿Por qué no lo había mandado llamar también a él, al Sosthène?...

«¡Eso te excita también, asqueroso!...»

Se la refanfinflaban mis sentimientos...

«¡Eres un marrano, chino!... ¡Estáis hechos, mira tú, el uno para el otro!... ¡Os voy a arrejuntar yo a los dos!...»

Nada le hería el amor propio... no valía la pena.

«Entonces, ¿no te ha dicho nada sobre mí?»

De todos modos, quería yo enterarme de algo.

«¡Ah! ¡nada! ¡eso te lo juro! Pero ¡es que nada!»

La sinceridad.

«¿No quiere echarme?»

«¡Oh! ¡huy, huy! ¡qué va! ¡Oh! ¡no!...»

«Tú debes de saberlo, ¡sois uña y carne!...»

«¡No, Ferdinand!... ¡No, te lo juro!... “Vosotros vinisteis aquí juntos”... eso es lo que dice... “Y os iréis de aquí juntos... *together!*... ¡Ah! *together!*... ¡Quiero las pruebas!... ¡todas las pruebas!... ¡Os contraté hasta el final!...” ¡así me dijo!...»

¡Ah! vuelta a empezar... Me lo veía yo venir... ¡la perfidia!...

«¡Ah! ¡cuidado! ¡eh, Sosthène!... ¡Ah! ¡cuidado, que yo soy argentino! ¡Yo sólo estoy aquí para los recados!... ¡No lo olvide, señor Sosthène!... ¡sólo los recados!... Yo no aspiro nada... ya lo he dicho... ¡Yo soy asmático, eh! ¡me hace daño!...» ¡Ah! ¡no quería que se hiciera ilusiones!... que se calentara la cabeza...

«¡Nada de máscaras!... ¡Nada de máscaras, señor Sosthène!...»

«Tú sólo piensas en ti... así es muy fácil...»

Siempre la respuesta... Por una cosita de nada, agrio y faltón.

Mi adorada, el día siguiente, estaba pálida, eso desde luego... una pobre carita muy abatida... ¡En la mesa no me atrevía a mirarla!... en fin, ¡apenas!...

De todos modos, era ella... yo estaba contento de su presencia, tan querida... Pero ¡en qué estado!... ¡Sus pobres ojos!... ¡su pobre cara!... ¡Lástima!...

Estaba también él ahí, el bruto, el coronel, el tío castigador... Habían vuelto al



mediodía... Debían de haberse dado una prisa que para qué... de un barrio a otro... yo me conocía los recorridos, aun en taxi, ¡era una plusmarca!... Pero ¡no habían traído todo! Las entregas debían llegar después... Se impacientaba el coronel... Ya quería volver, salir de compras otra vez... Estaba aún muy nervioso... me asqueaba... Silbaba... se contoneaba... se quitaba y se ponía el monóculo... un papirotazo, ¡zas!... ¡ceja al canto!... Yo no quería decir nada, me chinchaba... pero ¡era una situación demasiado tensa!... ¡cerraba el pico yo!... ¡Se habría vengado con la monina!... pero si le hubiera regañado... ¡Ah! se iba a enterar de lo que valía un peine... eso seguro... parecía mosqueado... Los machacas presentaban los platos... A mí me servían... yo no podía con mi brazo... me dolía demasiado... sobre todo después de lo de la víspera... Otro ataque... y otro... ¡Me dolía demasiado al moverlo!... Yo diquelaba al tío con el rabillo del ojo... ¡Un clonatis repugnante, la verdad!... ¡tipejo funesto, solapado!... ¡chiflado imprevisible!... ¡No me cabía la menor duda sobre él!... ¡No lo podía tragar!... Él, Sosthène, se avenía bien, le parecía bastante divertido... ¡interesante en el trabajo! Cada cual con su opinión.

¡El julepe a la pobre nena no podía tragarlo yo!... ¡Ella tampoco seguramente!... ¡Cómo debía de odiarnos a todos! ¡Incluido yo!... ¡Yo era el responsable!... ¡Culpable! ¿Por qué me la había llevado?... ¡Yo no sabía!... Nadie se refería a eso, ni una palabra desde nuestro regreso, salvo Sosthène con lo del *butler*... Los machacas, que lo habían visto todo, habían asistido a la sesión, se mantenían muy correctos, servían con estilo impecable, nada sospechoso en sus modales... Por fortuna... Aun así, pese a todo y pensándolo bien, tal vez se encontraran bastante incómodos... En fin, ¡no sabía yo! ¿Les daría placer?... ¿Serían todos como Sosthène?... ¡viciosos rematados!... Cuando se falta a los buenos modales, ¡en seguida los mayores peligros!... Se flaquea... ¡se tropieza!... ¡patatrac!... ¡sin remedio! No hay que perder el decoro, ¡lo digo siempre y donde sea!... en cuanto se permite una libertad, ¡se burla de todo el mundo!... ¡ya no se sabe!... Ya es que no se sabe adónde va a ir a parar... ¡se pueden esperar los peores excesos!... ¡las normas civiles y honradas no son para los perros! si se escarnecen, se confunden... ¡la desgracia!... Mi madre en el *Passage*, en mi juventud, tenía siempre una palabra en la boca, el antivicio... aún me zumba en los oídos... ¡bien derecho!... «Quien hace una hace ciento, ¡y después asesina a su madre!...» No se mordía la lengua... Allí me decía yo, presa del desconcierto... es la incitación... son perversos... Veía bien de qué se trataba más o menos... pero ¡me perdía en los detalles!... ¡No sabía separar lo blanco de lo negro!... Me faltaban los usos... un poco de experiencia... la marrullería de los lugares distinguidos... y, además, el carácter del tío... sus antojos de inglés... era mucho... era enorme... en un momento tan terrible, cuando todo estaba manga por hombro con la guerra... las condiciones... que ya no había modales... ni buenas costumbres... todo el mundo lo decía, incluido Cascade... Cuando se empieza a desvariar, cuesta Dios y ayuda no deshacerse en quiproquos... ¡hay que aferrarse!... en los dédalos y los espejismos... Yo ya no quería decir nada... El *Tuit-Tuit*, a fin de

cuentas... pensándolo bien... ¡tal vez no fuera para tanto!... ¡Tal vez fuese un simple local alegre! ¡animado, acogedor, emancipado! ¡y se acabó!... un cafetín de lo más burlesco... y nada más... ¿Sería tal vez O'Collogham?... ¿miembro, también él, ardiente de honor?... ¿Y si se lo preguntara? No sabía yo... ¡lo suponía todo!... si bajaba también los escalones para pasárselo pipa... si conocía también a Ciempiés... su olor... su voz de chicharra... si hacían de las suyas juntos... los bromistas... ¿sería yo lamentablemente presa de alguna inmunda melancolía?... ¿pobre tonto insólito del desaliento?... ¿pesado aguafiestas de la pena? ¿miserable patachula gruñón? ¿llorón agorero? ¿triste manús?...

¡Ah! ¡qué aburrido era yo!

¿Iría tal vez a contracorriente?

Espiaba un poquito al coronel... sí, de lado... Tenía un tic terrible... como para arrancarse los antebrazos... con las uñas... ¡rac!... ¡rac!... ¡así! y, además, ¡una mueca al mismo tiempo!... Agitaba todos los cubiertos, todos los chismes sobre el mantel... Enviaba todo a las salsas, monóculo, cucharas, sacacorchos, con la sacudida horrible... un acceso de simio... y después se volvía muy amable... al instante... sonriente en derredor... pasado el ataque... Le duraba justo un segundo... Yo me ponía como un tomate todas las veces... pensaba en la niña... la miraba... me ponía muy rojo... era en verdad insoportable... con todo lo que había pasado... No podía más... Volvía a levantarme... me iba al pasillo... para arriba y para abajo... deambulando a derecha... a izquierda... iba... venía... para pasar el malestar... Desde allí, al ir y venir, fue como los sorprendí, al Sosthène y al coronel... su chanchullo... se hacían guiños tunantes... los sorprendí en los espejos... Se creían astutos... ¡cacho cabrones!... Me estaban preparando un trabajito... ¡Ah! ¡Comprendí! ¡sin duda!... ¡Veía su complot!... Pero no era yo tan pánfilo como parecía... En los atolladeros supremos, últimos, me aferraba al sentido animal, reacio a muerte, feroz increíble... ¡espoleado! me crecía ante la adversidad... ¡me lanzaba en embestida terrible!... ¡No había que burlarse de mí!... ¡Les iba a hacer mear sangre, a esos payasos!... ¡a eso estaba decidido!... aunque hubieran venido doce docenas aún más granujas, cien mil veces... Les habría hecho tragarse todas sus boñigas... ¡rastreros de rodillas!... ¡bien desconsolados!... ¡Así son las cosas en el fondo! ¡la voz del corazón! ¡La ley de hierro!...

Ya sabían a qué atenerse.

¡Muy bien! ¡Muy bien!... ¡Había tomado posición yo! me concentré, ¡me volví hipócrita!... ¡Reiría mejor el último! Me enviaban a hacer los recados, cumplía impecablemente, a tocateja, súbito, revoloteaba entre los autobuses, me lanzaba, como un galgo, forzaba la zanca, ni un segundo desperdiciado... Ya no me reconocía a mí mismo. Era otro joven, ya no era yo, diligente, puntual, limpito. Nada que censurar.

Virginia ya no me acompañaba. ¡Se habían acabado los garbeos!

Yo la veía sólo en las comidas, en el otro extremo de la mesa, dos, tres palabras

amables... ¡Y nada más!... Como si nada. La dignidad en la existencia es la cara de perro. El coronel me diquelaba con el rabillo del ojo, estábamos en guardia los dos. El gato y el ratón. El Sosthène estaba incómodo porque yo no quería ya charlar.

Por la noche, cuando subíamos a sobar, me contaba cosas, yo no respondía nada, roncaba, le jorobaba... De nada le servía su monólogo.

Por la tarde, cuando iba a los recados, si pasaba por Rotherhite, subía a ver a la Pépé, la encontraba siempre en el mismo estado, borracha o casi, siempre enamorada.

«¿Dónde está Sosthène?»

Eso la carcomía.

«¡Me ha crucificado la vida! Me debe el paraíso... ¡Es un monstruo, joven!... ¡Es un monstruo!...»

Todas las semanas le llevaba 5 chelines con 6 para su sustento. No le daba la dirección de Willesden... habría sido el acabose. No volví a ver a Nelson... ni al lecherito. Así pasaba el tiempo... una semana... después dos... luego tres... No puedo decir que fueran agradables, desde luego... con la desconfianza y la inquietud... teníamos quelí, de todos modos... y buena comida... sin hacer el tonto... currelando, en una palabra... los dos... Sosthène en las mecánicas... yo correcto con los recados... ni el menor alboroto ya... ni líos... Él se quedaba trabajando hasta tarde arriba, en los sobradillos... Yo me acostaba hacia las diez... Él cenaba con el coronel... no subía antes de la medianoche. Una noche, ¡estaba yo así, sobando!... Se puso a zarandear mi piltra muy excitado... fuera de sí... ¡tenía que escucharle!

«¿Sabes?...», me dijo... «¿O no sabes? ¡Dentro de ocho días son las pruebas!»

«¡Ah! ¡qué buena noticia!...», le respondí. «Bueno, ¿qué? ¿Estás contento?»

«¡Contento!... ¡Ah! pues sí, ¡contento!...»

Lo dejaba sin respiración así, con mi rostro... ¡Le parecía un auténtico monstruo!

«O sea, ¿que me envías así, a la muerte? Te da igual, ¿verdad? ¡claro!...»

«¡Ah! pero ¡si yo no te envío a ninguna parte!»

«¡Ah! ¡no me envías a ninguna parte!... ¡El señor se hace el cínico, encima!... Entonces, si la palmo... ¿será chachi? Te la trae floja, ¿verdad?... ¿Te la trae floja? Desde que volviste de la juerga, ¡no me has dicho ni cuatro palabras!... Anda, ¡reconócelo!... ¡ni cuatro palabras!... ¡Me tratas peor que a un chucho!... ¡Yo ya no existo!... ¡Y eso que soy yo el que corre todos los riesgos, señor Romeo!... ¡Mientras usted se entrega al vicio, señor Galán! ¡Se alegraría usted mucho de verme palmarla! ... ¡le dejaría muy tranquilo!... ¡Poco respeto humano, señor Romeo! ¡Permítame decírselo!...»

¡Ah! ¡en eso exageraba bastante!...

En seguida le repliqué.

«Pero si yo, señor de los Mártires... Pero si yo, mire usted, ¡vuelvo del matadero! ¡gachó chungalí y rollista! ¡No estaba usted en mi lugar! ¡Hale, venga! ¡venga ya! ¡No soy yo el ingeniero patentado! ¡Eso usted! ¡Déjeme en paz!»

Bien clarito y con todas las letras... Los puntos sobre las íes.

«Sí, pero», me replicó, «bien contento que está usted del pastel. ¡No cede su trozo a nadie! ¿Verdad, chupón? ¡y venga gozar, minga y todo! ¡y maqueado como un príncipe!»

¡Así me insultaba!...

«¡Ah! señor Tonto del Culo Sosthène, ¡está usted exagerando! ¡Se está extralimitando más que la hostia! ¡Lo voy a canear!...»

«¡Quién fue a hablar! ¿y la niña, joven insigne? ¡Una niña! ¡ésa sí que es una bonita maniobra! ¡Sátiro a todas las edades! ¡o no sé yo lo que me digo! ¡Ya no hace falta ser ingeniero, señor de la Migraña! ¡Tu valor no espera a más años!...

Así me habló...

¡Pensé si no debería mandarlo a tomar por culo!... y después me calmé... prefería charlar... Quería preguntar por la chinorri... ¡la verdad es que era un poco más grave!... ¿por qué no hablaba ya nada?... ¿Se lo habría prohibido el tío?...

«¿Te habla a ti?»

«¡No, hijo! ¡Ni una palabra tampoco! ¡Ah! ¡es que aún siente las nalgas! ¡Oh! ¡huy, huy! el tío, ¡a ver!... ¡No tiene ganas de volver a empezar! ¡los pzzt! ¡pzzt! ¡la vara! ¡una doma! ¡cómo silbaba! ¡Ah! ¡huy, huy! ¡mi culo! ¡Tú, que eres de caballería, fíjate!...»

¡Lo animaba cosa mala! ¡recordar las circunstancias! Cómo estaban todos en primera fila... los machacas... ¡todos los domésticos!...

«¡Ah! oye, los machacas, ¡no veas!...»

¡Lamentaba no haber participado!...

«¡Calla! ¡anda!...», lo interrumpí... «¡Calla!...»

Empezaba a ponerme nervioso.

«Calla, Sosthène... ¡Eres demasiado tunela! Te voy a dar un consejo... ¡Eres demasiado gracioso! ¡para tu salud!... Mira, ¡yo he conocido la tira de graciosos! ¡auténticos cómicos, fenómenos! ¡acaban muy mal! ¡Te hablo como coleguilla!... ¡no te pases!...»

«¿Yo?», dijo con una risita burlona, «¿yo demasiado gracioso? ¡Ah! ¡en eso exageras, Ferdinand! ¡Tú no me has mirado bien!»

Se acaloró con eso.

«Pero ¡si es que no puedes dejar de reírte, hostias!... Pero ¡si es la salud! ¡la moral alta! ¿Y tú, eh? ¡a ver! ¡Pzzt! ¡Pzzt!... ¿y si Oncol te hiciera lo mismo? ¡así, en las nalgas! ¿no te haría reír? ¡Cómo te retorcerías! ¿no? ¡enséñamelo, a ver, un poco! ...»

Imitaba con su culo...

«¡Es usted grosero, Sosthène! ¡Es usted grosero!... ¡Grosero e imbécil!»

«¿Grosero yo? ¿Grosero yo?...»<sup>[299]</sup>

¡Ah! me miró... a los ojos... no salía de su asombro... ¡que yo lo llamara grosero!...

«¿Grosero yo?... ¿Yo, mocoso?...»

¡Ah! ¡no aceptaba lo de grosero!... ¡Ah! ¡tiraba coces espantosas!

«¡Yo, que soy metafísico!... Óyeme bien, ¡metafísico!»

¡Ah! ¡no salía de su asombro!... ¡Lo había yo herido en el alma!

«¡Eso es lo que usted no comprenderá nunca, chavea mierdero, maleta!

¡Metafísico!... ¡metafísico!...»

Tartamudeaba de la sorpresa... ¡era demasiada la cólera!

«Si... si... si... ¡me es... cuchara usted!... ¡un po... poqui... to! en lugar de seguir sus instintos... ¡Ladrón! ¡saqueador! ¡patán!...»

¡Ah! no se veía nada grosero... ¡Ah! ¡eso no lo podía tragar él!

«¡Metafísico! ¡Etéreo!... ¡Ya ve, tontín! ¡lo que soy!»

«Yo que usted, señor Sosthène, no me irritaría... no daría lecciones a nadie... ¡no llamaría la atención!...»

«¡La atención! ¡ah! ¡la atención!... ¡Ah! ¡ésta sí que es buena! ¡Hay que ver qué mocosos! ¿Y usted, golfillo asqueroso? ¿es que no ha llamado la atención usted? ¡Ah! ¡quiere usted saberlo todo! ¡Ah! ¡quiere que lo informe! ¡Ah! ¡me hace irritarme! Bueno, pues, ¡voy a decirle una cosa! ¡Ya verá lo que le va a ocurrir! ¡Le van a poner en la puta calle! ¡ingrato! ¡cabroncete! ¡en la calle! ¡marrano asqueroso!... ¡en el arroyo del que salió!...»

Estaba irritado conmigo...

«Está usted celoso, señor Sosthène... ¡Ya no es dueño de sus palabras!...», le respondí con mucha calma... «Pero, ya que es tan charlatán... ¡una confianza vale por otra! Yo le voy a decir también una cosa, señor Sosthène de Rodiencourt... si hace usted que me pongan en la puta calle... pues, ¡a usted lo ahorcarán! ¡Señor marqués de Sosthène! ¡Mierdica redomado!...»

¡Ah! ¡con la misma moneda, ahí!

«¡Lo ahorcarán! ¡sí, querido Maestro!», insistí... «¡Lo ahorcarán! ¡ya lo creo!... ¡Lo ahorcarán!... ¡como mínimo! ¡Alto y en corto! ¡y garantizado! ¡Claro que sí! ¡alto y en corto! ¡Así será!...»

«¡Berrea como un descosido, señor Soplón!... ¡No estamos en nuestra casa aquí!»

«Le cuesta a usted entenderme, ¡es usted torpe, señor Sosthène! ¡se lo repito! Ya se lo he dicho... ¡Es usted quien me obliga a gritar!...»

«Esta casa no es la nuestra... ¡y se comporta usted como un cerdo!... ¡Como un gandul!... ¡ya se ve que procede de un picadero!...»

¡Venga ya! le salté a las napias, no estaba lejos, justo ahí...

«¡Picadero! ¡Picadero! ¡ah! ¡un momento! Le voy a dar picadero yo.»

«¡Ah!», gritó... berreó... «¡el asesino! ¡Aquí el asesino!...», así con el dedo levantado... «¡ATENCIÓN! ¡ÓN! ¡ÓN! ¡ÓN!»

¡Ah! me daba asco... ¡me desalentaba! ¡No lo toqué! ¡A la mierda!... Me desplomé sobre la cama... ¡habría podido borrarlo del mapa y habría seguido siendo el peor asqueroso!... ¡No habría podido servir para nada!... ¡chungo y acabado!... ¡me volví contra la pared!

«¡Quiero dormir!», ¡grité!... «¿Me oyes? ¡Quiero dormir, maricón!...»

En fin, si podía...

«¡Cállate! ¡Apaga!», le ordené.

¡Estaba harto!...

¡Vale! muy bien... Pasó un momento... Lo oí llorar en sordina... sollozaba en su almohada...

«¿No has acabado?...»

Continuaba... con su misma idea... ya sabía yo... ¡Comediate hasta la médula! ... Me la traía floja... me adormecía... *buaaa... buaaa... buaaa...* ¡así me dormía!...

Me temía yo las controversias... Me las piraba durante el día... Justo después del *breakfast*... ¡ahuecaba el ala! En dirección a la City, Holborn y después sobre todo Clerkenwell<sup>[300]</sup> para los pequeños ingredientes de química, el cloro, los sulfuros. Volvía a pasar por la casa de la Pépé, ¡seguía siendo la más vacilona! Me contaba cosas sobre Sosthène, lo moradas que las había pasado... sobre sus viajes de saltimbanquis de Australia al Middle West, sus trapicheos mineros en el Cabo, sus gilipolleces en las Indias, sus supuestas prospecciones. Por lo que me parecía captar de las peripecias y picias, su nombre era conocido como muy chungo en todo el hemisferio austral, ¡debía de haber al menos veinte órdenes de busca y captura najando tras su culo!... Ya no podían ni pensar en volver por allí. Ya podía decir y hacer él, la Pépé sabía lo que decía sobre esas cuestiones, cárceles, encierros, ¡las había visto de cerca!...

«¡No se puede usted imaginar, mi amor!... (¡siempre me llamaba “mi amor”!) ¡cómo son los jueces de Bombay! ¡Son buitres! ¡Auténticos buitres! ¡Y aún peores los jueces de Rangún! ¿las hienas de la selva? ¡corderitos al lado de los jueces de Rangún! ¡Te descuartizan crudo!... ¡vivo!... ¡Y las cárceles, mi amor! Sólo de pensarlo, mira, ¡es que me pongo enferma!... ¡El olor!... ¡tesoro mío!... ¡El olor! ¡Qué osarios! ¡diez, cien detenidos en una fosa! ¡pudriéndose muertos y vivos! ¡todos juntos! ¡No te puedes hacer idea!... ¡Ah! ¡los jueces de Birmania!»

Se estremecía de miedo sólo de recordarlo...

«¡Ah! ¡si al menos me amara!»

¡Le volvía a dar a propósito!... Se trataba del Sosthène... ¡Le daba una tristeza otra vez!... Yo me despedía con buenas palabras. Otra vez, por la tarde, pasé por delante de la casa de Prospero, en fin el lugar donde había estado... ya sólo quedaban las ruinas... las cenizas... una empalizada... eso era todo lo que quedaba del *Crucero*... Pregunté un poco por allí... a los vecinos, en el otro *pub* más abajo... No habían vuelto a ver a Prospero... Tenía yo algo que hacer por allí, un poco más allá, en Wapping, en la fábrica Gordon Well... las bombonas de carburo... Por allí había un tráfico de aúpa, la verdad, el gran acarreo hacia las dársenas... ¡Se puede decir que no cesaba!... el barullo permanente... se precipitaba entre las murallas, las bateas, las alturas de acantilados... Retumbaba... un estruendo allí dentro, cuesta abajo, un traqueteo... caballos de varas... narrias, camiones pesados hasta los pañoles, hasta el

borde del agua, en pleno panorama, la escena del río, toda la luz, donde se estrella el viento, el ensueño arrebatada... Contemplé... me vi embargado por el sentimiento... Pregunté a derecha e izquierda... Me habría gustado volver a ver a Prospero, de todos modos, pese a todo, ¡a ver qué jeta tenía ahora!... y su quelí de madera... ¿la nueva? ... ¡Todo aquello era un mundo mojado e incluso quemado por vía de hecho!... Ya sólo quedaban los pilotes de su quelí, ¡*El Crucero* de dos plantas! ¡más luego jirones de todo en el barro!... A la bajamar, la marea subía hasta allí... sobre las ruinas... todo aquello se pudría delante de los «Dundee Docks<sup>[301]</sup>»... lo digo como lo pienso...

¡Ah! vuelvo a mi historia...

¡Yo ya no callejeaba demasiado, la verdad!... ¡sólo un pequeño rodeo de vez en cuando!... ¡entre dos fábricas!... Ya no llevaba grandes sumas conmigo... Sólo dos, tres libras para mis compras, ¡y siempre absolutamente solo!... ¡nunca más con Virginia!... Tenía tiempo de leer los periódicos así, ¡de un banco a otro!... Había muchos tirados... Ya no hablaban nada de Greenwich, de nuestra chungu historia... ¡ni una palabra ya!... ni una alusión, silencio absoluto... ¡Cierto es que ocurrían muchas otras cosas y misterios más apasionantes por el vasto mundo! incluso para Londres... pasaban cosas increíbles... ¡lo que había para leer!... Un muerto encontrado bajo un tranvía, ¡una niñera en el fondo de una alcantarilla con un puñal así de largo!... un nene de teta colgado en el aire... de un hilo telegráfico... ¡más luego las grandes ofensivas que se preparaban en Flandes!... que debían acabar en Berlín... ¡y después la toma de Salónica<sup>[302]</sup> considerada inminente!... ¡emociones incesantes!... ¡Al menos ocho «*Special*» al día!... Con eso está dicho el follón que había... Conque, ¡ni una palabra ya sobre nuestra catástrofe!... Parecía como si el Claben no hubiera existido nunca... ¡la Delphine tampoco!... ¡Había que ver!... ¡Un sueño!... ¡Me desasosegaba de verdad!... ¡Y eso que no lo había soñado!... ¡Eran preocupaciones bien reales! ¡abominables y amenazadoras!... la prueba era que me hacían palpar... ¡tiritar sólo de pensarlo!... Desde luego, vivía una pequeña tregua, pero ¡eso no quería decir gran cosa!... ¡Las peripecias de la guerra!... fascinaba un poquito a la gente... pero ¡ya volvería pronto hacia nosotros!... ¡Era un retroceso para saltar mejor!... «Bumerang, señor mío... ¡Bumerang!...» Un día volverían a hablar de Greenwich... ¡Ah! ¡de eso estaba más que seguro yo!... Llevaba mi petate y mis preocupaciones de un barrio a otro... Buscaba los lugares populosos... las calles con mucho tráfico... donde podía desaparecer muy rápido... fundirme súbito en la multitud... Miraba bien a mi alrededor... Cada vez había más heridos, las plazas llenas, los paseos llenos... la guerra empezaba a vomitar la tira... De todos los países... de todos los colores... se paseaban... vagaban en pandas... ¡en escuadras!... las aceras llenas, renqueando, machacando, doblados, en cabestrillo, las muletas por doquier. Sobre todo los *Zeeland*<sup>[303]</sup>, que me parecían los más maltrechos, ¡muchos de ellos en cochecitos!...

En la casa ya no había alboroto... ¡ni una palabra ya!... ¡conducta ejemplar!...

Volvía a la hora fijada para las comidas, ¡y justo después a mimir!... ¡Sosthène trabajaba noche y día! Yo los oía en su sobradillo allá arriba, ¡agitar toda su chatarra! ... limar, cizallar... ¡al despertar seguían golpeando!... ¡abollando las chapas!... Se preparaban, febriles, para el llamado día del «Gran Concurso»... Yo me decía que en cualquier momento volverían a hacer de las suyas... entrar en un trance terrible... ¡mandar todo a hacer puñetas otra vez!... ¡en un ataque de rabia!... ¡asesinarse a huevo en el currelo!... Bastaba con que volviesen a aspirar una vaharada, que sorbieran un poco más de su gas... el peor de todos... el *Ferocious*, ¡y vuelta a empezar con sus crímenes!... No se calmaban hasta el amanecer, ¡se desplomaban dormidos! ¡sobre sus propios utensilios!... Pero ¡no se retrasaban molidos!... recuperados tras mimir, dos simples horas, ¡hale, rápido, a la mesa!... y allí era delicado, vamos... el momento penoso de verdad... Veía a Virginia, su pobre cara, su pobre expresión... le habría gustado hablarme. ¡Ah! yo desconfiaba... Me daba demasiado miedo... ¡Sí, la verdad! ya no era simple cobardía... Miraba al tío, a Sosthène... la ventana... cualquier cosa... a cualquiera... para eludir su mirada... me daba como un terror... desde la velada del *Tuit-Tuit*... ¿Sería tal vez una simple fiebre?... ¿un antojo por mi parte?... ¿un acceso?... ¿lo habría imaginado todo yo?... ¿no habría sucedido nada en realidad?... ¡el *Dingby* tampoco!... ¿ni lo demás?... ¡una visión furiosa!... que me había venido así como así... ¡Era muy posible!... con las conmociones abominables... ¡todo lo que había sufrido en la cabeza!... fractura, conmoción, trépano<sup>[304]</sup>... ¿Habrían sido sólo vértigos?... Desde mi operación, ¡menudo si me venían!... ¡oleadas terribles!... deliraba... ¡disparataba por una cosita de nada! No quería profundizar yo... ¡Era demasiado peligroso!... ¡Demasiado!... ¡Sucumbía por la cabeza!... conque, ¡mala suerte, joder!... ¡Prudencia!... ¡Pobre queridita!... ¡Yo no quería verla más! ¡Se habían acabado los amores!... ¡me daba canguelo y se acabó! ¡y listo!... ¡Me fatigaba!

En la cena *eight o' clock* puntual, todo el mundo reunido... ¡momento aún más delicado!... Yo no comía mucho... adelgazaba, al parecer, a simple vista... ¡de forma extraordinaria incluso!...

«¡Se le ven los huesos, Ferdinand! *Eat my friend! Eat!*... ¡Coma!»

El coronel quería que yo comiera... ¡le preocupaba mi línea!... Se ajustaba el monóculo para mirar aún mejor...

«*The bones! the bones!* ¡los huesos!... *fantastic!*...»

¿Qué le importaba a él?

¡Yo no era fantástico en absoluto! ¡El excéntrico era él!... ¡el gachó estrafalario! ¡Nunca había sido tan razonable!... ¡Había envejecido completamente! ¡eso era lo que me había ocurrido!... ¡Ya no quería más aventuras!... avatares... ¡y otras hierbas!... ¡Ah! ¡no! ¡qué leche, que se lo quedasen todo!... ¡Se lo dije en seguida, a las claras!... ¡Ya estaban avisados!... ¡Podían marcharse a la Luna! ¡las Cícladas! ¡las islas de la Sonda!... ¡Con viento fresco!... ¡Buen viaje! ¡con máscara, sin máscara! ¡en dirigible! ¡en metro! ¡a cuatro patas! ¡en tranvía! ¡en ómnibus<sup>[305]</sup>! ¡me la traía



penduleante! ¡yo ya no era de su viaje!...<sup>[306]</sup> ¡no debían contar conmigo lo más mínimo! ¡Reposo total razonable! ¡Así estaba yo!... «¡Se le ven los huesos, Ferdinand!» Conque, ¡tenía que echar carne!... ¡Me lo había dicho!... ¡Ningún mal humor ya ni palabras atravesadas!... pura amabilidad... convalecencia... ¡que esperara a verlas venir! ¡la paz, el buen tiempo!... ¡Ya sólo me pirraba por el fin de la guerra!... Así mismo, ¡así de sencillo!... ¡Ya me veía con un chollete curioso!... una representacioncilla... ¡un artículo de fácil venta!... ¡Ah! ¡nada de cosas pesadas ya! ¡voluminosas!... se habían acabado los bártulos que derrengaban... ¡Basta de toneladas de peso!... ¡no, sólo ligeras, agradables!... relojes de pulsera, por ejemplo... ¡que volvían a estar de moda precisamente!... Con mi pensión de mutilado 80 por ciento y parvo, ¡capitán general! ¡un papa!... Bastaba con dejar venir despacio... ¡sin camorras! sin descaro, buen muchacho, agradable incluso... Basta de tribulaciones... Seguro o no, estaba hasta la coronilla... ¡Buena suerte! ¡Buen viaje! ¡Revolotead, moninas, andobas!... ¡pillós y polichinelas! ¡Bastante complicada la vida! ¡Andando, las zorras! ¡y las vírgenes también! ¡Zumbando, los ciclones! ¡Al diablo, chiflados!... ¡Leicester!... ¡Van Claben! ¡Tuit-Tuit! ¡Basta de anarquía!...<sup>[307]</sup> ¡Barrido de los payasos! ¡No quería agitarme la cabeza más!... ¡ni la osamenta!... ¡ni nada!... ¡Paciencia!... ¡Paciencia! ¡y mucha calma!... Hacía falta la queli en la espera... ir tirando... ¡aguantar!... Fuera había mucho Matthew suelto... ¡Ah! eso seguro... ¿allí también tal vez?... ¡Sin duda!... ¡El tío debía de tener su idea!... ¡más pérfido aún que los demás!... ¡además de sus manías de fusta! Yo lo veía perfectamente, a ése, darnos... el gato y el ratón... Nos observaba... maquinaba... ¡debía de divertirse de momento!... debía de prolongar su placer... Una buena mañana nos entregaría así, ¡toc! ¡a la bofia!... ¡Ah! ¡ya lo veía yo venir!... Pero ¿y si la palmaban en sus máscaras los dos ahí?... ¡Ah! ¡otra posibilidad!... ¡Eso sí que me habría venido bien!... tal vez habría heredado un poquito... ¡habría birlado todo antes de irme!... Eran proyectos que se me ocurrían así, en los almuerzos, mientras hablaba de esto y lo otro... ¡Ellos no eran interesantes!... ¡egoístas y se acabó!... Hasta la nena, al fin y al cabo... ¡cada cual a lo suyo!... Se acercaba la prueba... pronto sería el dichoso concurso... eso le daba como un birujis en la espalda al Sosthène chino... Ya no nos contaba gran cosa... sólo dos, tres palabras al coronel... Tenía expresión triste... con lo que éramos dos melancólicos así, en la mesa, a cada comida. Por fortuna, el coronel aguantaba mecha admirablemente... hablaba solo, muy brillante, chistes perpetuos, charadas incesantes... ¡historietas sin pies ni cabeza!... La proximidad del peligro lo volvía a él de lo más bromista, vacilón cosa mala, ya no paraba de lanzar ocurrencias, adivinanzas... por fortuna, olvidaba todo... de un momento a otro... Repetía las mismas:

*te fue por leña,  
te lo ayudó,  
te se encontró un huevo,*

te lo cascó...

No quería decir nada... De todos modos, ¡había que considerarlo gracioso!... ¡Ah! ¡nada de cuentos!... ¡no herirlo!... ¡Ah! ¡cuidado!... ¡reír y con ganas!... ¡Sosthène tenía que forzarse!... soltar su risotada... si no, el coronel se molestaba. ¡Ah! mala hostia en seguida... Y después lo del huevo... «*Éste compró un huevo... éste le echó la sal*», etc. Por último, para concluir, lo serio: la lectura del *Times*, lo abría de par en par, el gran periódico... mascullaba sobre los artículos... pasaba de largo por las secciones fijas... no le interesaban demasiado, se iba en seguida a los anuncios... los Deportes... las Inmobiliarias... nos los refunfuñaba... no insistía... Lo emocionante... la atracción principal era su «*Obituary*»... Ahí cambiaba de voz, de tono... se ponía solemne... los avisos ribeteados... las defunciones... pasaba revista... las largas columnas «Defunciones militares» «Muertos en combate...» «*Death in Action...*», anunciaba con gravedad.

«Major John W. Wallory! 214 Rifles Brigade!»

Buscaba un poco, no recordaba...

«*Don't know him!*»

Saludo instantáneo, taconazo bajo la mesa.

«Captain Dan Charles Lescot! King's Own Artillery... *Don't know him!* No lo conozco...»

Saludo. ¡Tacones!

«Lt. Lawrence M. Burck, Gibraltar Pioneer D. C. O. ¡Oh! *Known his father at Sanhurst*<sup>[308]</sup>! *No! Nigeria! Good man! Good man!* ¡Conocí al padre en Sanhurst!...»

Así toda la retahíla... muertos y más muertos... todos los antiguos compañeros, sus hijos, sus primos... todos los que había conocido... todos los que no había conocido... aquí y allá por el mundo... de Ascot a puestos donde Cristo perdió el gorro... ¡de los fondos de las Bermudas a las islas Hébridas!... por doquier al servicio y galones del 7.º *Royal Engeneer*.

Cuando había acabado, terminado, agotado la trágica lista... dirigía un *toast* al rey... Entonces de pie y con todo el mundo, ¡incluso la nena! ¡vaso en mano!...

«*Gentlemen! Ladies! Live the King! and our Gracious Queen Mary! and ¡viva nuestro general Haig! and ¡viva vuestro Joffre*<sup>[309]</sup>! ¡Viva Francia! *Rule Britannia!*...»

Todo el mundo servido... ¡Entente cordial!...

Terminaba con los artistas... ¡Otro gran *toast* para éstos!... ¡por la gloria de las glorias del teatro!... ¡por sus recuerdos personales!

«*Long Live our Helen Terry! our glorious Keats*<sup>[310]</sup>! ¡Bravo por Sarah Bernhardt! ¡Viva la Dama de las Camelias!...»

Entonces podíamos ir pensando en marcharnos.

Yo no daba demasiadas muestras de curiosidad. No preguntaba demasiado por los experimentos... si carburaban las máscaras... si estaba ya todo chapuceado... si aspiraban sin problemas... En cualquier caso, ¡ya no se injuriaban!... ¡Ya era algo!... ¡Ya no los oía yo ponerse a parir!... sólo los terribles martillazos... y chorros de vapor a presión, venían a salpicar en los céspedes, muchas veces muy lejos hasta la calle... Se subían sus *breakfasts*... ¡se lo tomaban todo en el *Ferocious*!... Para no volver a bajar, ¡perder un minuto! Estaban en plena creación, eso era lo que me parecía comprender... pero ¡no les pedía detalles! ¡confidencias!... pasaban los días, ¡y se acabó!... Por la noche yo roncaba... o fingía hacerlo...

No quería que se me pusiera a charlar, el Sosthène... cuando volvía a bajar hacia medianoche... ni una palabra... ni un suspiro... estaba firmemente decidido... ¡ganar tiempo!... ¡No pensaba en otra cosa!... Basta de proyectos fantásticos... ¡Llegar al fin de la guerra sin ser detenido ni ahorcado!... ¡Mi suprema ambición!... ¡Ya ni siquiera miraba a Virginia!... ni siquiera en la mesa... Miraba al frente... sólo un poquito por la ventana... cuando cruzaba los jardines... Ella no me veía... Tenía bastantes tribulaciones con mis zumbidos de oídos, mis dolores de brazo, y, encima, ¡ese Matthew! ¡y ese Claben! ¡y el *Leicester*!... ¡y las ideas fijas para todo eso!... y la obsesión de no poder dormir, y el consulado, ¡y Ciempiés! ¡No iba a sumirme, además, en los amores devastadores!... ¡Ah! no, ¡alto ahí! arrastrar a aquella pobre chiquilla a los avatares insensatos... ¡Serían más catástrofes aún! ¡Bastante había hecho el capullo ya!... ¡Ahora desconfiaba de mi sombra!... ¡Pena de amor no es ni mucho menos mortal!... pero ¡una gilipollez se paga cosa mala!... las consecuencias abominables... rapto de jovencita... etc.

¡Como para acabar en presidio en Inglaterra!

Ganar tiempo... ¡no pensaba en otra cosa!... Llegar al fin de la guerra sin ser detenido, ni ahorcado... ganar días... ¡uno más!... ¡uno menos!... ¡me los contaba!... ¡escapar a aquella mierdería!... ¡El resto saldría bien solo!... ¡Ni el menor sentimiento ya!... ¡ni la menor imprudencia!... tranqui razonable... ¡Complicaciones no quería ya más!... Ya no me quedaban fuerzas, la verdad... Raptar, además, a aquella inocente... ¡enemistarme con el coronel, la virtud, la magistratura!... los pajaritos del jardín que perderían a su amiguita... ¡de ésa no me libraba!... Seguro que era premeditado... ¿Volver a caer en la trampa?... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡No! ¡Había envejecido! ¡y rápido, pero es que rápido!... sobre todo desde el ataque de delirio... la noche del *TuitTuit*... ¡Todo aquello me resultaba abominable! ¡sólo de pensarlo! ¡me daban espantos!... ¡Palpitaba de recordarlo! Podía volver a darme... Los otros seguro que me diquelaban... el pureta y Sosthène... Querían herirme en lo vivo... Así era el estilo de la casa... ¡Ah! ¡yo desconfiaba cada vez más!... Tenía la cabeza rara, eso seguro... el interior, las ideas, la chaveta... ¡Ah! me daba yo cuenta... Me ponía confuso y con un dolor... No debían de haber atinado bien en el hospital, al operarme... Debían de haberme dejado algo... una esquirlilla... un trocito de hierro... justo detrás del oído, desde luego... ¡Ahí era donde me dolía sobre todo!...

Sentía la esquirra al intentar dormirme... a fuerza de voluntad... ¡Me silbaba y me hacía un daño!... No era una ilusión, era un suplicio atroz, puedo decirlo como lo pienso... ¡no había nerviosismo ahí!... Hay que probarlo un poquitito para saber la clase de placer que da ser el desgraciado, acosado gilipollas, mártir en sus chichas, que a todo el mundo por todos lados trae sin cuidado... ya es que hasta Virginia, mi ídolo, con todas sus monadas, no pensaba en el fondo sino en su chichi, en sus seducciones en derredor, ¡no era culpa suya!... No era culpa de nadie, cada cual está loco por vivir al máximo, con todo lo que posee y en seguida, nadie tiene un segundo que perder, de pie o acostado, es la ley del mundo... Los pencos cojos no están en auge... ¡no deben entorpecer los placeres!... Tienen que limitarse a imaginar, hacerse una manuela una y mil veces, humillarse, vivir en un rincón...

Estaba yo tumbado boca arriba, meditaba, no dormía... ¡De pronto irrumpió Sosthène! ¡Debía de faltar muy poco para la medianoche! Me zarandeó... ¡quería hablarme!... Me hice el sordo... ¡el muerto!... Bamboleó mi piltra, insistió.

«¡Piuit!», me hizo... «¿Es que no oyes? ¡Piuit!»<sup>[311]</sup>

Me pellizcó la nariz... el trasero...

«¡Venga ya, joder!...»

«¿Duermes?», me preguntó...

«¡Ya lo ves, gilipollas!»

Encendió la luz.

¡Fuera de sí!

«¡Tienes que escucharme!... ¡Tienes que escucharme!... ¡esto no puede seguir así!...»

«¿El qué no puede seguir así?...»

«¡Tienes que ayudarme!... ¡Tienes que ayudarme!...»

«¿Qué te pasa?»

«¿Qué? ¿No quieres seguir con los *Vegas*?»

«¿Los *Vegas*?»

¡Ya lo había olvidado!...

«¿Para eso me despiertas?...»

«Pero ¡si es que son cosa de vida o muerte, los *Vegas*! ¡señor Cachaza! ¡y cosa de su propia vida!... ¡Si no le importa!... ¡No hay cosa más seria que los *Vegas*!... ¡Vale la pena que lo despierten a uno!...»

«¡Ah! oye, ¡no exageres!»

«¡Qué cojones voy a exagerar! ¿Es que no ves que el 15 de este mes pasamos el concurso? ¡dentro de quince días!... ¡quince días!... ¡nada más!... ¿Te sientes preparado?...»

«¿Preparado para qué?»

«Pues, ¡para los gases, la hostia puta!... ¡No para ver al Papa! ¡ni para cazar mariposas!...»

«¡Ah! ¿vuelta a empezar, Sosthène?»

¡Ah! ¡con eso me desperté! ¡Qué cara más dura todavía!...

«¡Son para usted!... no para mí, ¡los gases!... ¡Qué leche!...»

¡Yo me oponía!...

«¡Claro! ¡entendido! ¡Al señor se la trae floja! ¡El señor se empalma! El señor galantea...»

«¡Se empalma! ¡Se empalma!... Pero ¡no por usted!»

«¡El señor destroza los hogares!... ¡El señor hechiza a las doncellas!»

«¡Yo!... ¡Yo!... ¡Ah! pero ¡bueno!... ¡qué rostro!»

¡Me indignaba, el patán! ¡Ya iba a ponerme en ascuas otra vez!...

«¡Claro que sí! ¡Señor guarro!», así me llamaba... «¡Ni siquiera tiene usted el valor!...»

¡Ah! ¡ahí sí que me provocó!... ¡Me andaba buscando las cosquillas!...

«¿Adónde quieres ir a parar, Sosthène?»

«¡Quiero encontrar la flor!...»

«¿La flor de quién?»

Se acercó... me susurró:

«De sobra lo sabes: ¡la Tara-Tohé!...»

¡Ah! ¡no caía yo ya!... la flor esa... ¡la había olvidado!... ¡Su Tíbet!...

«¿La Tara-Tohé?»

¡Ah! ¡exclamé!...

«¿Y para eso me despiertas, marica?»

«¡Tengo derecho a defenderme!»

«Vete a buscarla... ¡y no jorobes a los demás!»

¡Ya había oído más de la cuenta de sus pamplinas!...

Entonces se echó a llorar.

«¡Amiguito!...» Se deshacía en sollozos... «¡No me abandones, amiguito!... ¡Yo solo nunca lo lograré!... Si no tengo el hechizo, ¡estoy muerto!... ¡No puedes hacerme eso!... ¡No puedes hacerme eso!... ¡Piensa en mi mujer! ¡Piensa en Pépé! ¡La quiero, ya lo sabes!... ¡Ya la conoces!... ¡Es buena chica!... ¡Ella también me quiere!... ¡No me trates como a un mierda!... ¡Qué ingrato eres a tu edad!...»

«Pero ¿qué quieres?»

«¡No quiero palmarla como una mosca! ¡Quiero defenderme! ¿Comprendes? ¡Quiero defenderme!... ¡Yo creo en la TaraTohé!»

«¿Crees en qué?»

«¡En lo que te he dicho, hombre!... ¡En lo que leíste tú!... Lo leíste conmigo, ¡joder! ¡También tú!... ¿Es que no recuerdas nada?... ¡Qué cabeza!... Claro, ¡no conoces el país!... Pero ¡aun así! ¿Es que no miraste el libro? ¡Las imágenes!... Eres terco, ¿eh?... ¡Es que eres hostil!... ¿No quieres ayudarme? ¡Ya veo que eres hostil! ... ¿Me has escondido el libro?... ¿Dónde lo has escondido ahora? ¿Dónde me lo has puesto?...»

En seguida se puso a fantasear... ¡decir paridas! me chinchaba. Vuelta a empezar

con el alboroto...

«¡Yo creo en ella!... ¿Me oyes?... ¡Lo mío es la TaraTohé!...»

¡Me clamaba su fe!... ¡con los ojos en blanco!...

«¡Yo creo en ella!... ¿Dónde has puesto el libro?...»

¡Estaba bajo la cama, su *Vega*!... ¡Eso sí que lo recordaba! en el extremo mismo de la alfombra... Tenía que meterme... sacarlo... ¡otro coñazo!

«¿Te empeñas?...», le pregunté... «¿Te empeñas?»

«¡Ah! ¿Que si me empeño? ¡Ah! ¡Oye, Fifi! ¡Ah! ¿que si me empeño?...»

¡Yo estaba en pelotas!... me doblé, tanteé, me arrastré, ¡lo encontré!... ¡Un auténtico mamotreto!... ¡al menos dos, tres guías de teléfonos!... Levanté el trasto... Lo abrimos sobre la cama... en la página de los encantamientos... ¡en seguida me bailó ante los ojos!... ¡La tira de colores!... ¡personajes!... ¡demasiado!... ¡Demasiado intenso!... ¡me mareaba!... ¡me froté los ojos!... ¡Volví a ser presa del sueño!... ¡joder!... ¡quería dormir!... ¡Al diablo! ¡su libro!... ¡Volví a echarme!... ¡Ah! ¡había que ver! ¡Me daba la lata!...

«¡Hale! ¿Dónde has puesto tus palillos? ¡Anda! ¿No te acuerdas?...»

¡Quería que me pusiera a ello al instante!... Ya no podía estarse quieto...

«¡Hale! ¡a la danza en seguida!...»

¡Ah! ¡el poseso!... ¡Me ajumaba!

«¡Ah! ¿Qué quieres? ¡joder! ¡que estoy durmiendo!...»

No me oía... ¡Seguía con su idea, el cernícalo!...

«¡Te digo que vas a tocar en seguida!...»

Me daba órdenes, encima.

Se refería a mi cubierto... tenedor y cuchillo... que utilicé la última vez para mi instrumentación... así, ahí, ¡*tap! tap! tap!* contra la cama, los largueros de cobre... mi papel... los había apalancado en el armario... para que no los viera la criada...

No tenía ni un segundo que perder... se quitó la ropa... se quedó desnudo... así, ¡para bailar!... Estaba peludo por todos lados, pero sobre todo en el vientre, con pelos rojos...

«¡Podrías llevarlos en la cabeza!», le comenté travieso...

La verdad es que estaba muy calvo... Un simple comentario...

«¡No tiene usted gracia, señor Besitos! ¡No es calvo todo el que quiere! ¡Hacen falta ideas para quedarse calvo!... ¡Ah! ¡usted, por ejemplo, no!...»

Pasaba las páginas... buscaba su modelo de danza...

«¡Ah! ¡aquí está el SOHUKOÔL! ¡Que ni pintado para nosotros!...»

Exclamó... Estaba muy contento... ¡Me explicó!...

«Sohukoôl, ¡el demonio enjaulado!... El que sólo piensa en los viajes... El “demonio enchironado”, ¡ése es el que nos conviene!... ¡Va a haber que hacerlo salir!... ¡Nuestra tarea, joven!»

Bien que veía yo el demonio en su jaula... acurrucado bajo los barrotes... era el dibujo exactamente... ¡Ah! tenía mala pinta, Sohukoôl... bien dibujado...

pintarrajeado... estaba aburrido ahí, como buen diablo... pintado amarillo, verde y azul con una cola que rebasaba... una cola inmensa, azul y amarilla... hasta el otro lado de la página... ¡para indicar bien clara la tristeza!... ¡una mueca horrible!... ¡la boca le subía hasta los ojos!... de tan torcida... ¡convulsionada!... ¡de un hastío total!... ¡Me lo señaló!... ¡No podía haber mayor aburrimiento que el del demonio Sohukoôl enjaulado!... así era en la leyenda... Y nosotros debíamos hacerlo salir mediante encantamientos... contoneos... la danza delirante, se llamaba... Y después, por agradecimiento, ¡a partir de ese momento era nuestro para toda la vida!... ¡el demonio Sohukoôl!... ¡Nos acompañaría por doquier!... ¡enteramente a nuestro servicio!... ¡Se batiría por nosotros para siempre!... Mandaría a hacer puñetas a todos los demás diablos... ¡todos los que viniesen a jorobarnos por la ruta mágica del Tíbet!... ¡que quisieran quitarnos la flor! la Tara-Tohé... ¡todos los diablos, en primer lugar, y después los bandidos!... ¡y menudo los diablos que pululaban hacia las altas mesetas tibetanas!... ¡No hay peores granujas que en el Himalaya!... la vertiente de aproximación... ¡Así era!... ¡y no de otro modo!... ¡Sosthène estaba totalmente convencido!... La prueba de su convicción era que me había despertado a mí... ¡y que no bromeaba en absoluto!...

«Bueno, ¡ahora ensayemos!...»

¡No había que desperdiciar ni un minuto!

«¡Está enjaulado!... ¿Te das cuenta bien? ¡Los bandidos alrededor!... ¡bandidos y demonios!... ¡Ya estás concentrado!... ¡Concentrado por resolución!... El esfuerzo sobre ti mismo... Ya tienes el efluvio... Estás mamado... ¡Piensas en lo que vas a hacer!... ¡en el combate al que te vas a entregar! ¡Reconoces en seguida a Sohukoôl!... ¡Tiene la borla amarilla!... ¡Mira!...»

¡Tenía que verlo bien de cerca!... el dibujo... ¡Debía, en una palabra, alucinarme!... ¡No equivocarme de borla!... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡sería un desastre que caneara a Sohukoôl en lugar de a otro diablo!...

«¡Ah! ¡cuidado! ¡para reconocerlo!... ¡A él! ¡No a otro!... Tiene siete dedos en la mano izquierda... ¡los demás diablos sólo tienen cinco, como todo el mundo!...»

¡Listo! ¡ahora ya no podía equivocarme!... ¡Adelante con la música!...

«¿Ves? ¡sólo golpes secos!...»

Me enseñaba con el tenedor ¡*tic, tic, toc!*... así, en el cobre...

«La síncopa, ¿oyes? ¡La síncopa!... ¡No tocas de cualquier modo! ¡Estás en cuclillas!... ¡Te vuelves a alzar!... ¡Te inclinas primero! ¡Me saludas!... cada veinte ¡*tac! tac!*... ¡Es el homenaje!... así se llama... ¡el homenaje!...»

Al mismo tiempo miraba la imagen, ¡para que entendiéramos bien los dos!...

«¿Ves? Yo, ¡torsión a la derecha, el cuello, la cabeza! ¡dos, tres guiños!... ¿Te enteras? ¡*Tac! Tac! Tac!*... ¡Van juntos!... ¡Yo entro en celo! ¡me excito! y después, ¡adelante con el adagio!... Yo hago las puntas al principio... ¡Tú me granizas el acorde!... ¡*tac! tac! tac!*... Yo ruedo... ¡entonces ruedo!... ¡Tú me ves venir!... en torno a la supuesta jaula... el demonio... el interior... Sohukoôl... tengo que guardar

los brazos bien así...»

Me enseñaba cómo estaban los brazos en la viñeta... los brazos en forma de asas... por encima de la cabeza... muy graciosos...

«Así ruedo yo... ¡Ensayemos!...»

Se puso a mimar... Se detuvo.

«¡Ah! ¡la Pépé! ¡amigos!... ¡si hubieras visto sus puntas!... ¡Ah! entonces, no veas qué encanto... El hada sobre las puntas... ¡la sílfide! ¡Ah! ¡yo no existía!... ¡La atmósfera! ¡Vamos, amigo! ¡tac! ¡tac! ¡tac!...»

Recuerdos...

Yo golpeteaba... golpeteaba... ¡Tocaba el granizo como él quería! ¡toda la barra de cobre!... de arriba abajo... Él se meneaba, pataleaba... pero sin moverse del sitio... Muy distinto del dibujo... ¡Ah! ¡no tan ardiente ni mucho menos!...

«¡Anda ya!», protesté... «¡Qué cabrón! ¡haces trampa!»

¡Empezaba a estar empollado yo!... Me hacía cachondearme... ¡Contoneaba sólo un poquito el bul!... ¡No era eso en absoluto!... ¡Yo era experto!...

«¿Y el esfuerzo?... ¡Has dicho el esfuerzo!...»

¡Quería yo que lo sudara!...

«¡Nunca lo conseguirías a tu vacilón! ¡Lo vas a asquear a tu demonio! Va a decirse: ¡vaya un vago!... ¡el macarra!...»

¡Yo quería que la palmará!... ¡que se descoyuntase! ¡que no me hubiera despertado para nada!... Entonces se excitó... ¡se dio un tute! Zapateaba... saltaba... ¡ya estaba lanzado!... Me guiñaba... pestañeaba... ¡se elevaba del suelo!... auténticos brincos... empezaba a parecerse al libro... Pero ¡aún no la *farandole!*... ¡el auténtico torbellino Sohukoôl!... ¡Ah! ¡ahí no entendía!... Goteaba con las piruetas de tanto transpirar... ¡rociaba con todo el cuerpo en pelotas!... Resopló un poco... repitió... Pero ¡tuve que cubrir la luz!... ¡camuflarla con mi calzón!... ¡es que era demasiado cruda para el Espíritu!... ¡demasiado brutal!... Aun así, ¡no venía! ... ¡Joder! ¡Se rajó!...

«¡Basta de Sohukoôl!... ¡Harto, oye!...»

Renunció... se detuvo... ¡resopló!...

«Nunca lo lograré... ¡Es demasiado gilipuertas! ¡Ya no lo siento! ¡joder! ¡Ya no lo siento!... ¡Largo, cabrón!»

¡Así lo echó con gesto brutal!...

Y se desplomó.

Era un fracaso... ¡había que reconocerlo!... De todos modos, ¡no podíamos dejarlo así!... Nos habíamos extraviado... ¡y nada más!...

«¡Búscame la página del Goâ! ¡Ése sí que es un Sar!... ¡uno de verdad!... ¡mágico!»

Volvió a ser presa del entusiasmo.

«Yo lo hacía venir como quería... ¡Sar de la tercera Prueba! ¿Me oyes, Ricitos? ¡La tercera!... Conque, ¡imagínate tú qué potencia! ¡Al Sohukoôl no le gusta



Londres!... Eso, ¡ahora lo comprendo!... ¡No voy a decir más!... Hay que traer al Goâ, ¡y listo!... Ya casi lo tenía yo... Puede resistir en Londres ése, el Goâ... ¡Es un húmedo!... ¡El otro es un seco!... ¡Siempre lo he dicho!... ¡Debería haberlo supuesto!...»

Volvíamos a revolver en los *Vegas*... Encontramos las tres páginas... ¡el Rito y las Ofrendas!... ¡Con eso había para al menos dos horas de gesticulaciones!... ¡según las viñetas!...

«¡Dale!... ¡Dale!... ¿Te acuerdas?... Yo con el tacón... ¡*taa!* ¡*la!* ¡*la!* y después tú, ¡cuatro veces!... ¡*Pfof!* ¡Hale, muévete! ¡Deja de sobar!... ¡Yo te sigo al milímetro!... ¡*taa!* ¡*la!* ¡*la!*!...»

Volvió a entrar en trance... ¡era la convicción!...

Ya estaba lanzado otra vez... Danzaba con peplo... mi sábana... se enrolló en ella... la enviaba por el aire... la volvía a atrapar... corría detrás... ¡era el despegue! ... patinó... ¡majara! ¡*Bum!*... ¡se estrelló!... ¡toda la quelí se bamboleó!... salió propulsado... cien mil pedazos... ¡la catarata! ¡Ah! ¡qué jeta!... ¡Caracapullo! ¡Cien mil trozos!...

«¿Qué?», dije... «¿Se acabó?...»

«¡Infortunio para diez años!...» Ése fue su comentario... ¡No había que ser tunela!...

«¡Sí! Entonces, ¿nos acostamos?»

¡Creía yo que con eso iba a ser bastante!... ¡que ya habíamos destrozado bastante! ¡Ah! pero ¡qué va!...

«¿Terminar así?... ¡y una leche!...»

«Pero, oye, ¡no exageres!... ¡con todo el espejo en añicos! ¡Ah! ¡pues sí! ¡De eso, nasti!... ¡Ah! ¡tú eres un monstruo!... ¡Te lo aseguro!...»

«¡Hale, venga, hombre débil!...»

Me tiranizaba con avaricia... ¡Me tomaba por un chavea!... ¡Había que oír al déspota!... ¡Me jorobaba!...

«¡Al compás!... ¡y dale duro ahí!... ¡De tripas, corazón!... ¿Nunca te lo han dicho?»

Y piruetas y rebrincos de gato... ¡el payaso entregado!... Por doquier otra vez... saltaba como liebre, ¡de las camas a la ventana! pasaba por encima del sofá... ¡pirueta! el texto indicaba un ¡*Vvv!* ¡*Vvv!* ¡*Vvv!*... quería decir velocidad... estaba anotado en pequeños jeroglíficos... Empezaba yo a entender... Toqué con mi tenedor... después con la cuchara... Él se meneaba en el centro... se agitaba los pelos del vientre... era la danza... el trance... Después suspiritos... ovillado... mimoso... voluptuoso... y después, ¡de pie otra vez!... ¡Vuelta a empezar!... Mimaba el espanto... ¡iba yo a darle mulé a base de ahogos!... No le perdonaba ni un ¡*Vvv!* ¡*Vvv!* ¡*Vvv!*... Tenía que remolinearme todo eso... ¡y guiñarme al mismo tiempo!... si no, ¡iba a parar yo! ¡empezar todo de nuevo!... ¡Estaba en el texto!... ¡Era yo el más fuerte! ¡despiadado!... ¡lo agitaba!... ¡lo zarandeaba!... ¡*pam!* ¡*pam!* ¡*pom!*...

¡Lo hacía saltar otra vez!... ¡para que se entregara!... ¡Tenía que superarse!... ¡con los párpados y con la pelvis!... y con el estremecimiento de la cabeza... ¡Ah! estaba yo puntilloso... ¡implacable!... «¡Todo lo que está escrito!... ¡Todo lo que está escrito!...» Tenía que reproducirme toda la página... ¡Sin hacerme trampas!... ¡ni con una sola viñeta!... ¡Lo quería yo todo!... ¡Todo el Vega!... ¡Lo quería todo!... ¡quería que se muriera con ello!... Él obedecía, pero flaqueaba, ¡azotaba el aire con los brazos al saltar! ¡La verdad es que lo había extenuado yo, qué leche!... ¡Tenía que pedirme perdón!... ¡Debían de ser las tres de la mañana!... ¡Resonó el eco allá! ¡Era el Big Ben fuera, en la noche!...

«¡Hale, venga!...» yo no aflojaba... «¡Con nervio!... ¡un meneíto! ¡Ah! ¡necesitas el látigo!... ¡duro ahí con el culo!...»

Así le hablaba yo... ¡Ahora era yo el que lo estimulaba! Para empezar, había la tira de látigo en las páginas... en los dibujos... ¡picas, ganchos!... como para acribillar a un regimiento. De ejemplo, ¡digo yo! ¡las varas de los Vegas!... ¡tiras de todos los colores!... ¡Lo avisé!... Sudaba a mares... las piaba... desollado... ¡Ah! pero ¡no cejaba!... ¡Tenía resistencia el viejo tozudo! Pero ¡le iba a hacer yo pedir perdón!... ¡Lo iba a dejar K.O.!...

Ahora me conocía yo la canción... todos los ¡tip! ¡tac! ¡tac!... ¡Los ejecutaba al milímetro!... ¡Era una redcilla de saltamontes sobre mi barra de cobre!... ¡una siembra punteada!... Pero quería joderme la marrana también él... quería complicarme las cosas... Ahora quería un sonido de la lengua... ¡ah! ¡afinaba!... ¡un gluglú a cada síncopa!... ¡Para dar gusto a los espíritus de la danza!... ¡Eso los excitaba, al parecer!... ¡Los hacía brillar al máximo!... O sea, ¡otra preocupación más!

«¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!...» ¡Sin contradicción!... Era él el que me fatigaba, en una palabra... Se salía con la suya... decía la última palabra... La próxima vez, ¡me haría el enfermo!... Iría a despertar al coronel para que tocara sus matracas... así pensaba yo... su danza del vientre y sus gluglús...

«¡Ferdinand!... ¡Diquélame cómo apenco!...»

Quería que me entusiasmara... ¡que me arrebatase con el ritmo! ¡Se superaba en el remolino!... ¡Ya es que no lo veía yo, de la velocidad!... ¡Y vvrroutt! ¡por el aire! ¡Era él!... ¡El Tifón en pelota!... ¡Ah! ¡me esperaban los peores bicharracos!... ¡Ahora Terpsícore en persona! ¡Que me le echara encima!... ¡El rey de las danzas transcendentales!...

Yo estaba extenuado... bostezaba... Él me injurió...

«Entonces, ¿me pones la zancadilla? ¿Me sabotas? ¡El señor se descarga!... ¿Qué será de mí? ¡Se la trae floja al señor! ¡Penduleante, vamos!... ¡El señor se descarga!... ¡El señor de la mui y del bul!... En el currelo... ¡nadie!... ¡El mariposeo! Pues sí, lo tendrá usted todo solito, ¡la chiquilla y la tartera! Lo tendrá usted todo, ¡se lo predigo!... ¡Su benefactor palmará! ¡su jeró, de Sosthène, no le molestará más!... ¡Tendrá piernas de cordero así!... ¡para usted solito!...»

¡Ah! ¡era él mi benefactor!... ¡Ah! ¡me hacía gracia!... Se volvía un monstruo injusto... ¡por ponerlo yo en duda!... ¡el maldito huraño!...

Hubo que volver a empezar todo... ¡no carburaba pero es que nada, la verdad, el encantamiento, la danza de Goâ!... ¡Chorreaba empapado de sudor!... ¡chirriando con sus viejos huesos!... ¡desgañitándose, bamboleándose por todos los extremos!... No servía de nada... ¡menos encantamiento que la leche!... conque, ¡se ponía loco, agresivo! Un fracaso total... No daba su brazo a torcer.

«Espera que voy a mirar...»

Volvió a agarrar el libro... Yo bostezaba... ¡las cuatro estaban dando!

¡Otra idea!... ¡Otra más!...

«Hombre... Necesitaría el ritmo 27, el del Pandah Voûlii. ¡Ah! ¡menudo es!... ¡del templo Korosteno!... ¡Ah! ¡huy! ¡no veas lo que es!... ¡Yo llego por el extremo!... ¿Te das cuenta?... Tengo la cara cubierta de hollín... en la oscuridad... Al principio, ¡tú no me reconoces!... Representas el pavor en el cobre... ¡el espanto enloquecido!... así, muy sincopado, ¡pánico! ¡La borrasca del miedo!... Llego hasta ti... ¡Quiero estrangularte!... Entonces, ¡tú vas y me abrazas!... ¡Das palmas! ¡Estás contento!... ¡yo atiende tu plegaria!... ¡Llevas doce lunas reclamándolo!... Yo vengo a darte mulé... ¡está claro! Tú no tienes inconveniente... ¡Crees que consiento!... ¡que voy a atender tu plegaria!... ¡Es comedia!... ¡Anda y que te den por el culo, gachó!... Mira, ¡es ahí!...» Volvió a enseñarme el libro... «Ahí, dibujo 27... ¡Se ven las pausas, las muecas!... las plásticas... las pillerías diversas... ¡Míralo bien!... Como ves... ¡me niego a tu sacrificio!... ¡Desprecio tu cuerpo!... No me gusta tu piel... ¡tu olor!... ¡Tu alma tampoco!... ¡Fíjate cómo te desdeño!...»

Exacto, figura 27... ¡Se veía muy bien!...

«Entonces, ¡es cuando llega a ser espléndido!... Tú te retuerces... ¡Te ensañas a fondo!... ¡Quieres aspirarme! ¡Quieres que te tome a toda costa!... ¡Yo soy el Espíritu del templo Korosteno! ¡Sólo quiero tu bien!... ¡No tu cuerpo! ¡Eso es la mímica! ¡Danzo en torno a todo tu cuerpo!... Te fascino... pero ¡te considero impuro!... doce piruetas en el sentido de la Luna, de izquierda a derecha... un cortejo... ¡hasta el tocador!... en torno a todo el supuesto templo... ¡Tú lloras porque no quiero sacrificarte!... ¡Te revuelcas!... ¡Me suplicas!... ¡Me ofreces el cuello!... Mira, así...»

Me enseñó.

«¡Pides ayuda a Uandôr!... ¡el diablo pájaro!... ¡para darme celos!... ¡y me acompañas en seis tiempos!... ¡Ah! ¡no olvides nunca la música!... ¡Ah! ¡no olvides nunca tu música!... ¡Tienes que comenzar con el tenedor!... ¡top! ¡top! ¡tip! ¡tip!... y después la cuchara... ¡tap! ¡tap! ¡tap!... y luego tres gluglús... ¡lu-lu-lu!... ¡Anda! Empiezas nervioso, ¡y después mimoso!... ¡mimoso para Uandôr!... ¡Uandôr se presenta por el otro lado!... ¡no te lo esperas!... ¡la sorpresa!»

En el *Vega* estaba en rojo toda la descripción... Todos los caracteres del sánscrito... ¡Me los deletreaba palabra por palabra!... ¡No debía de saber leer

demasiado bien!... ¡Las estampas eran bellas!... ¡El Uandôr-pájaro escupía llamas!... Con sus alas verdeazulinas desplegadas en dos grandes páginas, toda la altura... el pájaro fantástico...

«¡Le voy a enseñar a usted el sánscrito, mocoso!... será mucho más cómodo.»

«¡Y que lo diga usted, señor Sosthène!»

¡Me iba traduciendo!...

Eran cosa fina las convulsiones que debía yo hacer, ¡y de la mayor importancia! ... ¡Ah! insistía en eso, ¡tenía que ponerme amable y después suplicante y luego voluptuoso!... ¡Adelante con los palillos!... Él se presentaba por el pasillo a hurtadillas... El supuesto Uandôr... ¡en la punta de las alas! en cuclillas... solapado... ¡para la impresión!... enrollado en la alfombrilla... Tenía que sorprenderme... Yo hacía «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!» ¡la sorpresa!... Y al instante desencadenaba la borrasca... ¡toda la cadencia a huevo en los barrotes!... en el somier... ¡en la silla! ¡Entonces se arrebatava!... ¡se lanzaba!... ¡se desplegaba en torno a las camas!... los diablos en persona, vamos... ¡exactamente como en los grabados!... Me hacía muecas... Nos poníamos frente a frente... ¡Ah! ¡era demasiado divertido!... ¡Yo me tronchaba!... ¡Al compás! Cogió los palillos... ¡había que volver a empezar!... ¡Por mi culpa!... ¡Volvió a irse al pasillo!... ¡Esa vez tomó impulso! ¡una propulsión terrible!... ¡Se arrancó! de un aletazo superó las camas... Fue a caer, ¡brumb!... ¡un plomo!... ¡de espaldas!... ¡qué estrépito!... ¡Él, que no era demasiado pesado! toda la queli se estremeció... ¡Aulló de dolor!... ¡Las pió! ¡Se había hecho demasiado daño!... ¡Me pareció que se había deslomado!...

«¡Ah! ¡Ah!», ¡dijo!... «¡Ya lo tengo!... ¡Ya lo tengo!... ¡Ferdinand! ¡ya lo tengo! ...»

Estaba exultante.

«¿El qué tienes?»

«¡Lo siento! ¡Lo siento!...»

Se convulsionaba... ¡se descomponía en la alfombra!... agitaba los brazos... ¡las piernas!... ¡con su peludo vientre presa del tembleque!... ¡vacío y después lleno!... y luego hinchado... ¡suspирaba!... ¡un odre! ¡una gaita!... después, ¡volvía a darle!...

«¡Lo tengo!... ¡lo tengo!...»

Era un ataque.

«¡Lo siento!... ¡Lo siento!...»

Babeaba... espumarajeaba... gruñía... ladraba... ¡un perro!... y después gimoteaba otra vez...

«¡Ya lo tengo!... ¡Lo tengo, Ferdinand!...»

Y más esfuerzos... ¡una lucha terrible!... ¡como contra sí mismo!... ¡afianzado con el cuerpo!... ¡una contorsión sobrehumana!... en medio del cuarto... ¡como si estrechara a un gigante!... ¡Ah! ¡era tremendo!...

«¡Ya lo tengo!... ¡Ya lo tengo!...»

¡Me gritó!... ¡Las pió!...

¡Ah! ¡era espantoso!

«¡Duro! ¡duro ahí!»

Lo animé.

«Acuéstate en la cama», le aconsejé.

Me pareció que sería más cómodo para la lucha atroz...

«¡Acuéstate, hombre!... ¡Acuéstate!...»

«¡No! gilipollas...», me respondió... «¡Es Goâ!...» Pero es que rojo, crispado, furioso así, ¡sin dejar de luchar a muerte!... ¡agarrando por la cintura y en torno a sí mismo!...

¡Ah! ¡Goâ! qué sorpresa... ¡Ah! ¡no era a él a quien esperábamos! ¡a quien habíamos invocado!... ¡Goâ, el gran feroz! ¡Un error asombroso!... ¡Yo comprendía su estupefacción!... ¡su furor intensificado!... A quien esperábamos era a Uandôr... ¡Uandôr-diablo pájaro!... ¡no Goâ!... ¡Ah! ¡no era lo mismo!... A Goâ lo habíamos esperado para la otra contorsión... Y ahora el que se presentaba era él... ¡al que ya no esperábamos! ¡Ah! ¡el golpe traidor! ¡Ah! ¡menudo cabrón!... Y, además, ¡feroz en las cogidas! ¡como para romperte los huesos!... ¡Bien lo veía yo!... ¡unos apretones trágicos!...

«¡Te digo que es él!... ¡Goâ!», me vociferaba así, en la lucha... ¡en ebullición contra el monstruo!... acababa derribado otra vez por el suelo, rodando por la alfombra, babeando, enfermo a morir... lanzando unos ¡han! ¡han!... ¡Así mismo!... ¡Yo contemplaba patidifuso de espanto!... ¡No podía ayudarlo!... ¡Era la lucha con la forma, el cuerpo simbólico!... ¡Nada que hacer!... «¡El Sar de la Tercera Potencia!...», me dijo tartamudeando entre la baba...

«¡Lo tengo por todo el cuerpo!... ¡Por todo el cuerpo!... ¡Me entra, Ferdinand!... ¡Me entra!...»

Era horrible, las convulsiones terribles, la furia mística en la alfombra... cómo se revolvió contra sí mismo... ¡en pleno abrazo a Goâ!...

«¡Me entra!... ¡Me entra!...»

Ahora gruñía en la alfombra como un perro, ¡rendido, extenuado, apaleado a muerte!...

Se extasiaba en los dolores... totalmente desnudo... yaciente ahí...

«¡Es pesado, Ferdinand!... ¡Es pesado!...»

De eso se quejaba...

Goâ estaba encima como místico... ¡lo aplastaba con un peso horrible! Yo quería que se volviera a elevar... De nada servía que le diese la mano... tirara de ella... ¡oh, aúpa! ¡más, más!... Era demasiado pesado, al parecer... aplastado así... bajo el demonio...

«¡Ah! pero ¡me cago en la leche!... ¡Estás tú bueno!...»

«¡No te cachondees, idiota!...», me insultó...

Se ahogaba de cólera... ¡y luego hipos!...

¡La leche! ¡ya podía reír yo!

«¡Desterníllate!...»

¡Yo bramaba! ¡hi-han! ¡hi-han! como un asno... ¡Ya no podía parar!... ¡Estaba muy propio ahí, jadeante! ¡con el vientre al aire! ¡en pelota! ¡pelos rojos! ¡Oh! ¡huy, huy! ¡Dios mío!...

¡Qué sesión!...

Ya es que no podía moverse... ¡aplastado por la dichosa carga!

«¡Hasta la coronilla!... ¡Me voy a acostar!», le anuncié.

¡Me alegraba de que se hubiera acabado!... ¡Estaba hasta la coronilla de las acrobacias!... ¡Ya podía palmarla él con el vientre al aire!...

¡Ah! pero ¡qué va!... ¡Acabado, no!... De pronto volvió a ser presa de todas las sacudidas... Volvió a dar coletazos de punta a punta... ¡todo el cuerpo!... ¡Se caía! ¡Se retorció!... desvariaba... se le ponían los ojos en blanco... rodaba sobre sí mismo... forcejeaba... ¡era epilepsia!... Me incliné sobre él...

«¿Dónde te duele?», le pregunté.

Al final ya es que me tocaba los cojones.

«¡Estoy feliz!...», me gimió... «¡Estoy feliz!... ¡Es Goâ!... ¡Es Goâ!... ¡Lo tengo!...»

El muy cabezón.

«¿Dónde lo tienes, mi amor?... ¿Dónde lo tienes?»

Me daban ganas de reír.

«¡En la barriga, imbécil!... ¡En la barriga!...»

Me acerqué... me agaché hasta él, ahí, junto a los pelos... con la nariz pegada... ¡Quería ver al Goâ bajo sus huesos!... ¿Se vería tal vez?... ¡Yo no veía nada!... Sólo se agitaba cada vez más... cada vez más ferozmente...

«Entonces, ¿vale?», concluí... Ya no quería comentarlo en absoluto... «¡Muy bien!... ¡Es un éxito, Sosthène! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡mi querido Maestro!...»

Entonces volvió a convulsionarse horrible... ¡diez veces más otra vez! ¡Le había devuelto el ardor yo, parecía!... sólo con un mínimo cumplido... Se convulsionaba... se revolvía, doblado para atrás, tan contorsionado a la fuerza, ¡que formaba como una auténtica O con todo el cuerpo!... Se agarraba los pies con la boca, así, por detrás... ¡Se mordía los talones!... ¡Era espantoso!... Con eso está dicha la extraordinaria agilidad, la contorsión que lograba... Entonces lancé un grito de entusiasmo... quería abrazarlo... Se mordía los dedos de los pies... ¡de un impulso con el lomo volvió a ponerse de pie de un brinco!... ¡Había que ver cómo era!... y la jeta, ¡no veas!... ¡la sonrisa!... ¡un éxtasis!... ¡Qué feliz estaba!...

«¡Chavalín!... ¡Chavalín!», me llamaba... ¡Lo contento que estaba!...

Y después me susurró confidencial:

«¡Aún no está acostumbrado!... ¡Chsss! ¡Chsss!... ¡sobre todo no me sacudas!... ¡Lo tengo en el vientre!... ¡Ten cuidado!...»

Me avisó.

«¡La menor tontería!... una palabra mal colocada... ¡una palabra de más! ¡vlof!...

¡echa a volar!... ¡la menor brusquedad!... Sale volando otra vez, ¡y se acabó!... ¡Lo perdemos!...»

¡Ah! ¡qué grave era!

«¡Lo tengo en el vientre!... ¡Ya estoy acostumbrado!...»

¡Eso era lo que sucedía!... ¡por eso andaba pisando huevos!... ¡Ah! ¡bueno, muy bien!... ¡Perfecto!... Lo mejor, entonces, era acostarnos... ¡ya bastaba de pantomimas! ¡Ah! ¡entreacto! ¡Descanso! «¡A mimir! ¡Goâ!...», fui y le dije.

Se lo tomó a mal.

«Entonces, ¿no te lo crees?... ¿No te lo crees? ¡Anda, dilo!...»

Ya estaba irritado otra vez.

¡Ah! ¡coño, joder!

«¡No, no te lo crees!... ¡No, te estás burlando!»

«¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que me lo creo!... ¡Tienes toda la razón!... Pero ¡es que tengo sueño! ¿Comprendes?»

¡Ah! Saltó... Fulminó... Vuelta a ponerme verde.

«¡Sueño! ¡Sueño!... ¡Lo que hay que oír!... ¡Ah! ¡el pobre mamarracho! ¡cuando tengo en el vientre a Goâ yo!... ¡Lo terrible que es oír una cosa así!... Mira, ¡te voy a decir una cosa!... ¡No te mereces nada!... ¡Cuando lo tenga en la barriga!... ¡ah, llena!»

Se golpeaba el flaco torso y luego los muslos y el trasero... ¡Resonaba a hueco!

«¡Ahí! ¡Ahí! ¿oyes?»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Tienes razón, Sosthène!...»

No iba a ponerme a discutir otra vez... Me estaba durmiendo sentado... Él venía a provocarme, me lanzaba las paridas a la cara...

«¡Ya lo tuve en Benarés! ¿Me oyes? ¡Ya lo tuve!»

Me lo gritaba fuerte... Tenía yo que escucharlo.

«Ya lo tuve durante quince días!... ¡Ya sé lo que podemos hacer con él!... ¡Pásame el teléfono!... ¡Podemos hacerlo todo!... ¿Me oyes?... ¡Estás encarnado!... ¡Tienes la potencia! ¡la Tercera!... ¿Oyes?... ¡La Tercera!...»

¡Otra iniciativa!... ¡Quería demostrarme su Goâ! ¡Ah! ¡no podía librarme yo! ¡A todo trance!

«¡Me lo conozco yo! ¡Te digo! ¡Me lo conozco! ¡Me posee!... ¡Y yo lo poseo!...»

Iba y venía sujetándose el vientre, así, ¡con las dos manos!... de la puerta a la ventana... ¡No había acabado, la hostia puta!... tembloroso, ¡presa del más ferviente ardor!...

Le dije:

«¡Vas a coger frío!»

Estaba sudando a mares y en cueros.

«¡Pásame el aparato! ¡Pásame el aparato!»

No pensaba en otra cosa. Le pasé el aparato.

«¿Quién es el más fuerte en Londres?», me preguntó entonces de buenas a

primeras.

Me dejó patidifuso.

«¿A quién temes tú más?»

Me quedé agilipollado.

«¡Vas a ver tú lo que es bueno!...»

«¿Qué vas a hacer?», le pregunté.

«¡Tú no te metas!... ¡No soy yo el que habla!... Es Goâ... ¡Él es el que está ahí dentro!»

Se zurraba la frente, el vientre, las costillas... Me mostraba que ya no era él... ¡que era todo Goâ, todo entero!... que estaba poseído... Y después se inclinó hacia la ventana... Entonces, ¡solemne!... ¡Solemne!... ¡más bajo aún!... una reverencia muy profunda...

«¡Los Espíritus de la Noche!», anunció.

Abrió la ventana de par en par... ¡Iba a caer enfermo!

Otras dos... ¡tres saluciones!

«¡Goâ! ¡Goâ!...», dijo trémulo... se hablaba a sí mismo... ¡Se rezaba!... ¡Se aspiraba! Se prosternaba con el trasero en pompa...

«¡Goâ! ¡Goâ!...», llamaba así, implorante... ¡Qué flaco estaba!... ¡todo huesos! ... ¡le vi el trasero!... ¡el bul picado!... volvió a empezar toda su gimnasia... lo menos diez... ¡quince veces!... ¡genuflexiones!

¡El homenaje a Goâ!...

¡Ah! vale... ¡se levantó otra vez! ¡muy puesto! ¡radiante! ¡hinchado con ganas!... ¡Todo vibrante de efluvios y fe!... ¡La fe brahmína!

«¡Al teléfono, remolón!, ¡andando!... ¡Pásame la trompetilla!»

Ahora estaba seguro de sí mismo... ¡Iba a haber hostias!

«¿Has encontrado al manús chungo?», me preguntó.

Estaba impaciente.

No veía yo a quién podía dar miedo... sobre todo así, por teléfono.

«¡Que le voy a echar la suerte Mourvidias!»

Veía yo que quería tirarse faroles, se me ocurrió la idea.

«¡Telefonea al cónsul de Francia! Hombre, mira, ¡ése sí que es cabrón!»

Cierto era que me tocaba los cojones, pero bien, ése, ¡qué hostia! ¡desde lo de la visita! ¡es que había mandado ponerme en la calle! ¡Ah! ¡el cabronazo!... ¡Ah! ¡me habría corrido de gusto, si hubiera cobrado bien en la jeta!... ¡algún moloso curioso! ... ¡Ah! ¡quería ver la magia yo!... ¡que lo hiciera añicos, coño, joder! ¡Cónsul de Francia!

«¡Pásame la guía, granuja! ¡Vas a ver tú a cómo le voy a dar para el pelo yo a ese punto! ¡Vas a ir a verlo dentro de ocho días, a tu cónsul de Francia! ¡No te imaginas tú la mala suerte! ¡es que se la envió yo!... ¡por Goâ! Pero ¡hay que aprovechar! ¡hale! ¡venga! ¡El efluvio de Goâ! ¡Por menos de nada se pone de morros!»

Buscamos los dos el número... revolvimos la guía...



«¡Bedford!... ¡French Cónsul!... ¡Bedford Square!... ¡Ah! ¡aquí está! ¡Tottenham 48 486!»

«¡Pídelo tú!... Píde.»

Él no lo lograba.

«*Four! Eight! Four!...*»

Lo ayudé.

¡Ahí estaba el consulado!... volví a pasarle la trompetilla...

«¡Quiero hablar con el cónsul de Francia! ¡Con el cónsul en persona!»

Autoritario, sin réplica.

Había farfulleos en el otro extremo del hilo... alguien que tartamudeaba.

«¿Qué desea?»

¡Ah! se puso furioso al instante. ¡Ah! ¡no podía soportarlo! Agarró el chisme.

«¿Me oye, cónsul de Francia?»

«¡El señor cónsul está durmiendo!», eso fue lo que respondieron.

«¡Durmiendo!... ¡Durmiendo!... ¡Rápido, que lo despierten! ¡El Presidente está al aparato!... ¿Me oye? ¡El Presidente! ¡Aquí, Raymond Poincaré! ¡Hale, venga! ¡Dése prisa!»

Así fue como habló.

¡Ah! ¡eso era decisión! ¡Eso sin duda!...

Entonces perdieron el culo en el otro extremo del hilo... ruidos de centralita, de clavijas... voces que se cruzaban... ¡Ah! ahora, ¡ya estaba!... ¡Ahí estaba el cónsul!

«¡Oiga! ¡Oiga! ¡El cónsul de Francia!...»

«¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es usted el señor cónsul? ¡Aquí, el presidente Poincaré!...» Vas a ver..., me susurró. «¡Vas a ver!...»

Me guiñó un ojo... ¡me mostró que estaba seguro!...

«¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es usted el cónsul de Francia? ¡Ah! ¡muy bien, gracias! ¡Aquí, el presidente Poincaré!... Voy a decirle una cosa... ¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡Y a la mierda! ¡Es usted un cacho gilipollas! ¡Y va usted a palmarla por Goâ!... ¡Ya lo creo que sí!...»

¡Y toc! ¡colgó!... ¡Ah! ¡menudo cómo lo exaltó!... ¡Presencia del júbilo! ¡Brincaba! saltaba de alegría, vuelta a bailotear... en pelotas así, ahí, de lo más chistoso... en torno a la alfombra... la giga... ¡de victoria brahmína!

¡Había que ver cómo era!

«¿Has oído? ¡Toma castaña!... ¡Con tres “a la mierda” basta! ¡Date cuenta!... ¡Ya tiene para ochenta años! con Goâ es el mínimo, ¡de ochenta a noventa años!... ¡Date cuenta lo que se ha ganado!... ¡No se librá nunca!... ¡Ahí tienes el trabajo Benarés!»

¡Lo ponía como unas castañuelas! ¡ese éxito por teléfono!... Se puso a brincar otra vez en derredor... ¡la zarabanda del triunfo!... Entonces, ¡ya ni pizca de fatiga! ¡un auténtico cabrito!...

«¡Tres “a la mierda”! ¡tres “a la mierda”!», decía exultante. «¡Ah! ¡chavalín!...

¡Ah! ¡chavalín! ¿no tienes otro más? ¿Otro tío borde? ¡para que le revolbamos las tripas! Anda, ¡date prisa! ¡Ya no tenemos ni un minuto que perder!»

Se veía que estaba en pleno fervor, ¡en pleno trance del Príncipe de los Efluvios!

...

«Oye, ¡que me está rascando el hueso! ¡Me está rascando el hueso! ¡Tócame la cadera, ahí! ¡Es la señal fina! ¡Ah! ¡Ah! ¡eso es lo chachi! ¡Un poquito más de rezo! ... ¡Espera! ¡Espera!»

Volvió a prosternarse... Reverencia... ¡cinco, seis veces más!... ¡ante los Espíritus de la Noche! ¡con los balidos rituales!

¡Goâ! ¡Goâ!... ¡Ah! ¡ya estaba!... ¡Ya estaba listo otra vez! ¡Para el salto! ¡Tacatá!...

«¿Preparados?»

«¡Venga! ¡tic! ¡tic! ¡tac! ¡Le voy a enviar una suerte como para diñarla!...»

Me avisó...

«¡Un marrón que no va a poder respirar más!... ¡se va a tirar por sí mismo bajo un tranvía! ¡Ya ves el fluido que le meto yo! Conque, ¡toma fluido conmigo!»

Me recomendó. ¡Había que ver lo seguro que estaba de sí mismo!... ¡Ah! me dejaba patidifuso... al fin y al cabo, ¿sería algo tal vez? ¿Tendría tal vez influencia? ... ¿Como los que hacen girar las mesas?... ¡Ah! tenía motivos para preguntármelo... ¡Tenía expresión de tremendo convencimiento!... ¡Es camelo la supermagia!... ¡puro charlatán y otras hierbas!... ¡Robert Houdin!...<sup>[312]</sup> Aun así, ¿prestidigitaría tal vez? ... ¿las putadas a distancia?... ¡tenía motivos para estar perplejo yo! ¡Ah! ¡busqué a alguien! ¡Jolines, qué caramba!...»

«¡Nelson! ¡Hombre, Nelson! ¡Menudo cabrón está hecho ése!»

Puesto que quería a un mierda.

«¡Ah! ése no veas... ¡Ah! ¡menudo!»

¡Me había olvidado de él!

Pero ¡Nelson no tenía teléfono!... Entonces, ¡a por otro!...

«¡Hombre, Matthew! ¡el de la pestañí! hombre, ahí tienes a uno... ¡Un mariconazo!... ¡Duro ahí, joder!... Hazlo palmar... ¡Ah! a ése, si puedes, ¡ya lo creo! ¡Échale una suerte!... Mira, ¡así!...»

¡Ah! ¡huy, huy!... Se la enseñaba yo mismo... ¡una inmensa!... ¡le proponía a Matthew!... ¡Ah! ¡a ése no lo podía tragar yo!... ¡Ah! ¡eso por descontado!... ¡El más taimado, eso desde luego!... ¡el más reptil de toda la pandilla!... ¡de pies a cabeza!...

«¡Llámame al Yard! ¡Pásame al cliente! ¡Ah! pero tiene que ser en seguida... ¡antes de que se haga de día!... ¡De día se nubla! ¡se disuelve! ¡Goâ!... ¡sólo en las sombras!... ¡de noche!...»

Para Matthew, ¡era Whitehall!... ¡Whitehall el número!... yo lo conocía... ¡cero! ¡uno! ¡cero! ¡cero! ¡uno!...<sup>[313]</sup>

En seguida lo tuvimos...

«Hello! Hello! ¿Scotland Yard?... ¡Whitehall!... 0. one. 0.! 0. one!» Ahí estaba.

«Hello! Miss! please! urgent! Chief inspector Matthew! very urgent! Matthew Donald!»

¡Líos y más líos!... ¡Tuvieron que buscarlo por los servicios!... ¡Ah! ¡no estaba! ... ¡Sí, sí que estaba!... ¡No, no estaba!... Me ponían la cabeza como un bombo con sus *switch*... el tiberio, ¡*twif tracc*!... Tenían una centralita que trituraba todo... ¡Ah! ¡qué brutos! ¡Tenían que llamarlo a casa, entonces, si no estaba!... ¡Si estaba durmiendo en su domicilio!...

«Call him up! Special! Special! ¡Despiértenlo inmediatamente! ¡Y a escape!...»

La autoridad se coge bien... ¡Me volvía Goâ yo también!... en un dos por tres cobraba el tono mágico...

«Special!... Special!...»

Debían de estar buscando su domicilio.

«Special! Special! for a crime... ¡por un crimen!...»

Yo insistía muy fuerte... ¡nada de paripés!...

¡Ah! ¡su domicilio!... ¡Drrring!... ¡Drrring!... ¡estaba sonando! ¡Ahí estaba! ¡Se puso él en seguida!...

«Hello! Hello!...»

Escuchamos cada uno por su trompetilla... ¡Era Matthew sin duda!... ¡Su voz bien clara!...

«¡Ahora tú!», dije a Sosthène... «¡Ahora tú!»

Al fin y al cabo, ¡el demonio era él!

«¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡A la mierda!...», berreó en el chirimbolo... Pero rápido, ¡eh!... ¡rapidísimo!... ¡Colgó najando!... ¡Salvado!...

«Entonces, ¿eso es todo?», fui y le pregunté.

«¡Ah! ¡no veas!... ¡si está maldito!», me respondió como si tal cosa...

Yo no lo veía así... pero ¡es que ni mucho menos!... ¡No era de su opinión!...

«¿Tienes miedo de Matthew, Sosthène?...» ¡Ah! lo acusé a las claras. ¡Ah! ¡no le perdonaba nada!... ¡Me había despertado!...

«¿Miedo?... ¡Ah! ¡miedo!... ¡Ah! ¡maldito diablillo! ¡Goâ no tiene miedo de nada!... ¡A ver si te enteras, mocoso!... Pero ¡es que de nada!...»

¡No estaba contento!

«¡Venga, rápido! ¡otro!...»

Empezó a darme la lata... que le buscara a otra víctima más... ¡Ah! yo buscaba... ¡ah! ¡no veía nada!...

«¡Ah! oye, ¿y los coleguillas del *Leicester*?... ¿Te hacen esos golfos? ¡Podrías darles para el pelo un poquito!... ¡No les vendría mal!... ¡Meterles un poquito de canguelo!... ¡Son puro *farniente* y compañía!...»

«¡Ah, no! ¡esos, no!...»

¡No quería ni oír hablar de eso!... ¡No quería que despertara yo a Cascade!...

«¿Tienes miedo también de ése?»

¡Me lo sospechaba bastante!...

«¡No! Pero no son gente seria... No contarían para los efluvios... Hace falta gente solvente... bien situados... ¡no vividores!...»

«Entonces, ¡búscalos tú, señor Dificil!...»

«Hombre, ¡el Lord Alcalde!»

Eso fue lo que se le ocurrió... ¡Una idea brillante!

«¿Nunca lo has visto con peluca? ¿En la carroza de oro? ¡Ése sí que es un personaje!... Mira, voy a hacerlo trizas, ¡vas a ver tú! ¡en cuanto el Goâ lo coja por banda! Quiero que se desplome en su carroza la primera vez que monte en ella! ¡Es el voto! ¡Que sí! ¡Crac! ¡Hale! conmigo, ¡zas! ¡Duro ahí!...»

Escupí con él.

«Ahora, ¡pregunta por él al teléfono!»

«¿A esta hora? ¡Estás loco!»

«¡Anda! ¡Te digo! ¡Es el rey de España Alfonso<sup>[314]</sup>! ¡Anuncias a Alfonso!»

¡No era ninguna tontería en cierto sentido!...

Llamé City 7124, el número de la guía... Buscamos.

«Hello! Hello! The lord Mayor please! Here the King of Spain! ¡Alfonso!»

¡Resultaba chistoso preguntar así!

Los sorprendió en el otro extremo del hilo... ¡otra vez unos chirridos cosa mala!

«Hello! Hello! King of Spain here! Está you Mayor? Yes? Yes? Yes?»

«Yes! Yes! Yes!», respondieron.

«Bueno, pues, ¡a la mierda!... ¡a la mierda!... ¡y a la mierda!... ¡Goâ te mea en el culo! ¡Y que la palme usted pronto!...»

¡Y toc! ¡zas! ¡colgaron!...

«¿Has oído? ¡Es el colectivo! ¡Es el anatema! ¡el anatema de las avalanchas! ¡el Gran Derecho mayor! ¡No lo hay más terrible en el mundo!... ¡Menudo viaje le he lanzado!... ¿Te has fijado? ¿Eh?... ¡Ha recibido su merecido!... ¡Te lo garantizo yo!»  
¡Ah! ¡orgulloso de sí mismo!

¡Qué perverso era ese Sosthène de Rodiencourt Pelos Rojos!... ¡Nunca lo hubiera creído yo hasta ese punto!... ¡Cómo se lo pasaba echando la suerte!... ¡Caracoleaba de omnipotencia!... ¡una *farandole* de Benarés!... ¡en torno a las camas el chorra!

«¡Tengo que recalentarlo!...», me gritó así, sin dejar de brincar... ¡otra vez a vueltas con Goâ!... «¡El frío le es contrario!... lo congela... ¡lo desimanta! ¡Me pierde sus tres cuartas partes!... ¡eso seguro! ¡Hale, rápido! ¡al tenedor!» ¡Me lanzaba al currelo otra vez! A mi cubierto, ¡y *tip!* ¡*tip!* ¡*tip!*... Granizado menudito... menudito... ¡La zarabanda y después pirueta! ¡patinazo! ¡pirueta! así, ¡en torno a la alfombra!... ¡Ah! el tirano bien clarito... así, en la página 81... ¡toda la acuarela roja y azul!... pero ¡él entonces sin accesorios!... ¡sin escudo ni coraza!... ¡Sin máscara con muecas! sólo desnudo enteramente y yo la música... ¡*tic!* ¡*tic!* ¡*tac!* ¡*tac!* ¡*tac!* ¡Se entregó a fondo! Aceleró... se hostió contra el armario... ¡Chocó!... ¡Era demasiado brío! ¡Se desplomó!... ¡*Plauf!* ¡cuan largo era!... resopló... ¡se rehízo!...

¡Ya estaba en danza otra vez!... Se encabritó... ¡Imitaba a un poney de circo!... ¡Ah!  
¡era maravilloso! ¡Qué recuperación!... ¡Un tiovivo!... ¡clavado! ¡de la alta escuela!

...

«¡Duro ahí! ¡Duro ahí!», me incitaba.

Me estimulaba él a mí... ¡me regañaba!... ¡Estaba embalado! ¡Remolineaba!...  
Daba tales vueltas, ¡que yo ya no le veía las piernas!... ¡no las ponía en el suelo ya!

...

«¡Duro ahí! ¡Aprovecha! ¡Ya es nuestro! ¡Lo tengo mejor que en Benarés!»

¡Me lo gritaba sin dejar de trotar!... Después aminoró... ¡Se detuvo! ¡Se tendió  
en la alfombra!...

«¡Palpa! ¡Pálpame esto!...», me dijo.

¡Era su vientre!... ¡su ombligo!...

«¡Ahí! ¿Lo sientes? ¿el nudo?...»

¡Era Goâ bajo su ombligo!... ¡el hueco del vientre!... algo duro... ¡Quería que lo  
palpara profundamente!... que hundiera bien ahí toda la mano... la mano izquierda,  
la fuerte, la firme<sup>[315]</sup>... que palpase.

Con su delgadez se llegaba al fondo en seguida, por el otro lado, ¡a la columna!

«Mira, ahora, ¡ahora viene lo bueno! ¡so manta! ¡Escucha! ¡el calambre de Goâ!  
... ¡Es el supremo! ¡Ya puedes estar seguro de que estamos agraciados!... ¡Mira!...  
¡Busca la página!» ¡Tuve que volver a abrir el *Vega*!

¡Se quedó ahí, por el suelo, jadeante!...

«La página, ¿cuál?»

«¡La página del Rey!»

Yo no la veía.

«¡Concéntrate! La hostia... ¡Concéntrate!»

«¿Para qué?»

«¡Pregunta por Buckingham Palace!»

«Pero no nos lo pasarán.»

¡Ah! ¡suspiró!... yo lo desanimaba... ¡Se quedó ahí, boca arriba, con el calambre  
en el vientre!...

«¡Ah! ¡mira! ¡es que me lo estropeas todo!»

¡Era una observación inane! Y yo que había hecho todo lo posible.

No veía el milagro yo, ¡y se acabó!... ¡No era culpa mía! ¡Tenía que achacárselo  
a sí mismo!

Le molestaba, claro está... ¡Intentaba fingir aún!

«¿Quieres que cambie las cosas de cómo son?»

¡Cada vez más fuerte!...

¡Quería superarse en trance! ¡hacerme chincar de admiración! Lo más difícil  
todavía.

«Es que no te bastan las suertes malditas? ¿Necesitas cataclismos? ¿El señor  
quiere el diluvio?»

¡Ah! ¡me hacía gracia, la verdad, el Señor de los Camelos! Ya podía yo estar reventado, que ya no me tenía en pie... ¡Él ahí por el suelo, con su gran nudo! ¡y ahora los cataclismos!

«¡Ah! ¡oye!», le dije... «¡no digas paridas!»

No pude remediarlo... ¡ya bastaba!

«¡Pelos del culo rojos! ¡Estás fresco, Goâ!...»

Para cachondearme... ¡no lo podía evitar!...

«¡Cuidado! chaval... ¡Cuidado!...»

¡Ah! me amenazó... Iba yo a ver una cosa.

Diqueló hacia la puerta, a ver si de verdad nadie podía oírlo. Me hizo una seña para que me agachara... que quería hablarme al oído... Me agarró la cabeza... me cuchicheó...

«¡Quiero hacer que se peleen los dioses! ¡Se van a pelear entre sí!»

Me soltó la cabeza... ¡Volví a alzarme! ¡Ah! ¡no comprendía yo!... ¡Seguía siendo terrible! Puse ojos como platos... ¡Espere!

«Entonces, ¿qué va a pasar?...»

Volvió a hacerme la seña para que me agachara... ¡que iba a explicarme mejor aún!... ¡me estaba cachondeando demasiado!... ¡Se enfadó!... ¡Me tronchaba en sus narices!... Me escupió en la jeró... estaba despechado... ¡le parecía demasiado idiota yo!

¡Ah! ¿de qué se quejaba? ¡Había hecho yo todo! ¡Telefoneado todo al Lord Alcalde!... ¡al cónsul!... ¡al Papa!... ¡Ahora quería él llamar a Dios! ¡Me jodía la marrana con su Goâ! ¡Me tiranizaba!... ¡Era yo demasiado gilipollas!... cierto... ¡por soportarlo!

«Me lo meo en el culo... mira, ¡a tu Goâ! ¡y a ti igual!...» ¡Así le hablé bruscamente! ¡Quería que me dejara en paz de una puta vez!... ¡que nos acostáramos! ¡que me dejase dormir! ¡ya bastaba!...

«¡Que sí! ¡Que sí!...», se empeñó... «¡Es raro que tengas cogido a Goâ! ¡Es un milagro, cacho cabrón de ogro! ¡Tú lo jorobas todo! ¡Lo chapuceas todo!»

¡Volvía a acusarme!... Se puso de pie otra vez... Fue a situarse en el extremo del cuarto.

«¿Te hago las siete señas?», me anunció... «¡Te hago las siete señas!...»

Estaba desenfrenado.

¡Iba a ser cosa fina otra vez!

Los dos brazos así, agitó... ¡señales en el aire!... y después zigzag... ¡vuelta a empezar con todo de espaldas! en el otro sentido... y más zigzags...

«No te muevas», me gritó... «¡Son los Sars de la Tercera Potencia!... ¡Es la Inversión de las religiones!...»

¡Se desgañitaba!... No valía la pena... ¡Lo oía muy bien yo!

«¡Bien! ¡Bien!», ¡fui y le grité!... «¡Te comprendo!...»

«¡Mírame!», ¡me dijo!... «¡Mírame atento!... ¡No te muevas!... ¡Mírame bien!

¿No me ves nada en torno a la cabeza?»

Seguía agitándose ahí, en pie, solo y desnudo ante la ventana.

«¡Mírame bien!»

¡Yo desorbitaba los ojos con ganas! No le veía nada en torno a la cabeza.

«¡Concéntrate! ¡Concéntrate! ¡La hostia puta! Vas a ver la aureola, ¡te lo digo yo!

...»

«¡Ah!», le respondí... «¡basta! ¡Hale, venga, corta el rollo!»

«¡No hay nada! ¿Que no hay nada? Tú te estás quedando conmigo...»

¡Había que ver lo insolente que era!...

¡Ah! ¡la que le iba a dar yo otra vez! ¡Ah! ¡se me estaban hinchando las narices!

...

«¡Ah! oye, ¡ahora hay que dormir!»

Era el ultimátum.

«¿Cómo? ¿Cómo?...»

Él no quería saber nada de eso... ¡Quería concentrarse hasta el fondo!... ¡Quería que yo viera su aureola!... ¡Me entró una rabia abominable!

«¿Es que no quieres que nos acostemos, entonces? ¿Eh?»

«¡La estoy palmando por un patán! ¡un grosero! ¡Me estoy calcinando la vida!»

¡Así mismo habló!...

«Floto, ¿comprendes, imbécil? ¡Floto en el fluido! ¿No me ves flotar? ¡Mira!»

¡Ah! ¡Ya es que no lo miraba! ¡Ah! ¡que se hiciera trizas! ¡que se ensañara del modo como se deslomaba, el gilipollas!... ¡Najaba en derredor del cuarto!... ¡La danza de los fluidos!... Me lo bramó... ¡Yo ya no lo escuchaba! ¡Ah! ¡ya podía salir volando! el chalado asqueroso... ¡a la mierda! ¡Me traía sin cuidado!... ¡Ya no lo miraba!... ¡Ya no lo oía! ¡Me traía sin cuidado! ¡Estaba haciendo seda yo!

Conque estábamos en el taller. Veía yo esos famosos utensilios, máscaras y más máscaras... Había por todos lados, pequeñas, grandes, increíbles de dimensiones y de aspecto. Todas las estrafalarias, las chapuceadas, las logradas, las camufladas, con válvulas, con tubos, con cuerdas, todos los hallazgos del coronel, para todos los tipos, las dimensiones, un carnaval de chatarra... Cascos y máscaras de todas las épocas, equipados para la guerra de los gases. De cartón, de cobre, de níquel, todos los peligros. ¡Armas y juguetes! todos los tocados para el infierno, ¡la carrera hasta el fondo de los abismos! Tres enormes trajes de buzo para las presiones oceánicas. Todo un armario de cofias estilo Enrique VIII, emplumadas, con los tamices de tul, filtro contra los gases, muy coquetones. El coronel pensaba en todo. ¡Un desorden de la hostia! ¡Siempre me tropezaba con guarros yo! Los bancos desaparecían bajo cinco, seis capas de herramientas de todas clases y calibres. Sosthène farfullaba allá, al fondo, ¡provocaba avalanchas buscando un pequeño destornillador! Todos los cachivaches, ¡taradabum! ¡se desplomaban hasta la escalera! ¡torrentes de chatarra! Entonces, ¡unos berridos!

«*Mister Sosthène! You are a skunk! You loose everything!* ¡Señor Sosthène, pierde

usted todo! ¡Es usted un *skunk!*»<sup>[316]</sup>

Cambiaban palabras muy duras, se trataban abominablemente por el desorden. Al parecer, iba a poner orden yo. Había de colgar todo de los clavitos, de las viguetas, todos los instrumentos que andaban al retortero, despejar los bancos, el horno, los tragaluces. ¡Tenía un chollo!... ¡Yo era el orden!... ¡Iba a servir para algo!

«*You know young man we are lost!* ¡Perdidos! ¡Perdidos! El señor es un cerdo.»

En el portalón del taller, en un rótulo por el aire, estaba escrito en letras rojas: «*Sniff and die!* ¡Aspira y muere!» Me indicaba la divisa así, muy alegre, muy divertido, el coronel O'Collogham... ¡le hacía mucha gracia!... ¡Se tronchaba solo! ... «¡Ji!... *Sniff and die!*... Era su vena de chacal, su forma de espantarnos. Después volvía a su currelo, sacudía una bombona, dos bombonas, dejaba derramarse el líquido, aspiraba un poco, se reía con ganas... Sosthène, por su parte, esmerilaba, limaba, ajustaba clavijas plantificadas en una gran máscara muy roja, cobre con montura de níquel, adornado con enormes tragaluces de mica, más un bidón en equilibrio en la coronilla sostenido por un juego de tirantes, cables flexibles que te cogían bajo los brazos y en el talle como un cinturón, un efecto muy gracioso, la verdad, además de una docena de tubos con conductos finos tipo serpentina que se desplegaban hacia atrás en penacho de dos, tres metros, ¡efecto fantástico! En una palabra, ¡una especie de torre Eiffel individual y endomingada que llevar así, sobre la cabeza!... Al parecer, desde el punto de vista técnico, ¡era un prodigio de destreza!... la inmunidad antigás casi 100 por ciento... Un progreso considerable, innegable, de un alcance inmenso... la «filtración» universal...

Sosthène, que se consideraba instruido, había preferido ese modelo a cualquier otro. Le parecía pesado para el uso, agobiante incluso, sin borra, pero racional y serio con su fabriquita de cabeza, la «borbolladora antigás», sostenida por los doce tirantes. No obstante, no era absoluto... podía haber algún escape por algún lado... había riesgo... trastornaba a Sosthène el riesgo, lo deprimía incluso cosa mala... ¡Se quedaba horas sin hablar!... es que se acercaban las pruebas... Se preparaban en Wickers Strong... «Suelten los gases...» Iba a ser en unas como casamatas... ya teníamos los detalles...

El coronel había elegido por su cuenta un modelo de tela «hocico de estopa», impregnado de tres soluciones absolutamente neutralizadoras, cuya fórmula no revelaría hasta después de las pruebas y sólo al rey en persona... Ese sistema para entendidos convertía los gases más tóxicos, los más perversos y fulminantes, en inhalaciones anodinas, ozonigenadas, tónicas incluso, a partir de la decimoquinta o vigésima bocanada, regulable, además, mediante una junta y automática, según la densidad de la nube y el carácter de los esfuerzos, dosificada a tanto para el ciclista, tanto para el nadador, tanto para el peatón, el regulado milineumático, el ideal, evidentemente, el sueño de todos los ingenieros desde el Congreso Neumático, Amsterdam, marzo de 1909.

¡Iban a quedarse turulatos, pero bien, los *gentlemen* de la Wickers! El coronel les



aportaba no una, sino ¡veinte soluciones al problema de la milidosificación! ¡su protocolo lo atestiguaba! ¡Había que ver lo que era!

¡Ah! pero ¡cuidado!... ¡Precauciones! ¡no descubriría sus baterías hasta su ultimísimo recurso! Su segunda máscara de concurso recordaba más que nada a un dominó, armado de anteojos con facetas, morro prominente y portaestopa en redecilla... ¡todo ello montado sobre estameña que cubría y moldeaba el rostro y coronado con tres plumas! ¡penacho de avestruz, estilo príncipe de Gales! Siempre el afán de elegancia. ¡La ciencia estilizada!... Ese utensilio estaba acabado, absolutamente ultimado, pero el pesado, el de Sosthène, la escafandra de cobre, daba aún muchas preocupaciones. Hubo que pasarlo otra vez por la forja para volverlo un poco más estanco, trabajarlo al fuego al menos dos buenas horas aún para encajarle las válvulas... una inquietud terrible... ¡Y todo por culpa de Sosthène! ¡Otra vez y siempre él!... Al parecer, respiraba mal, le habían dicho cien mil veces que debía respirar en tres tiempos, ¡y no de una sola vez como un bruto! ¡A cada hipo lo desenganchaba todo! ¡Había que volverle a colocar todo en su sitio! ¡Otros motivos para ponerse de vuelta y media! ¡Se cabreaban como monas los dos!...

«¡Oye!», me decía, «oye, ¡tú fíjate qué catástrofe!...» y lanzaba un grito terrible, un alarido así: «¡Uah! ¡Uah!», ¡para disipar su mal humor! ¡Que si el coronel exageraba! No comprendía nada el coronel.

«¿Qué dice usted, señor Rodiencourt? *What is it?*»

«*Nosing! Nosing!*»

Entonces, ¡la crisis por el *nothing!* en seguida las palabras agrias.

«¡Le voy a enseñar, señor Sosthène! ¡Haga como yo! ¡Mire! *thing! thing! thing!*»

«¡Mi general! No vale la pena, me rompo la lengua, me maltrato para nada... Tal vez pudiera con la Torre de Londres, la Torre en punta, ¡la Torre de cuidado! pero ¡ese zig-zig de ustedes! ¡nunca lo dominaré!... ¡Hay que tener la lengua de otro modo!... Ya en el 93, en Chardenagor, perdí 235 libras apostando a que lo lograría... ¡Me empañé!... Era en la cantina de oficiales del *Indian Medical Service*... Lo intenté durante cinco horas... Nos habían recibido a mi mujer y a mí... ¡Qué fiesta! ... ¡Las Mil y Una Noches! ¡Ah! ¡esa gente sabe recibir!... ¡eso es estilo, mi coronel! ¡El *Indian Medical Service!*... Pero, ese zigzig de ustedes, mi coronel, ¡ya pueden metérselo en el culo!...»

Así toda la tarde, ¡se ponían verdes por turno!... sin comprender del todo sus propios insultos a causa del terrible estruendo, de los martillazos a huevo en las chapas, de las bombonas que se caían, rodaban... ¡chatarra en movimiento!...

Virginia subía hacia las cinco el té y los *sandwiches*. Su tío la llamaba por el tragaluz. Tenía que esperar en el jardín en el momento preciso...

No debía salir nunca más, se habían acabado nuestros recados en la ciudad. ¡Ya sólo tenía derecho al jardín con su perro y sus pájaros!... Estaba enclaustrada, de hecho... ¡Todo eso desde la historia del *Tuit-Tuit!* ¡Ah! ¡no era como para reír!... ¡Ah! ¡a mí no me llegaba la camisa al cuerpo!... ¡Ah! ¡tenía remordimientos! Me

daba miedo que me hablara, incluso que me diera los buenos días. ¡Me habría gustado estar en el quinto infierno! ¡Tenía miedo de todo!

Yo la veía tan triste, tan paliducha, a la pobre monina. Me habría gustado besarla, pero no podía... ¡Me sentía culpable de todo!... ¡culpable al máximo! Pero ¿cómo consolarla? ¡No tenía poder!... ¡No tenía fuerza ni dinero!... Estaba enfermo y desvariaba... ¡Había perdido el norte! ¡Un trance!... La fiebre me había arrebatado... ¡Mi amorcito tan confiado!... ¡Qué daño le había hecho!... ¡La había embarcado conmigo en la danza del disparate!... ¡El ataque de delirio!... ¡Ah! ¡estaba yo guapo! ... ¡ya no distinguía lo verdadero de lo falso! ¡Y eso que andaba con ojo!... Había tenido impulsos... ¡No era mi primera sacudida!... pero ¡nunca tan brutal!... Desde Hazebrouck tenía sacudidas... desde el hospital... desbarraba... Pero ¡esa vez yo había cedido! ¡furia, el desatino en la chola! ¡Ah! ¡ya es que estaba hecho papilla! ¡Ah! ¡loco avatar!... ¡Tan triste, tan chiquilla, desgraciada, mi amorcito!... ¡Ah! me atormentaba, me consumía la sangre... Pero si hubiera ido a decirle:

«¡Señorita! ¡quédese tranquila!»

Entonces, ¡al instante el peor patán! ¡sobornador sin corazón! ¡sin entrañas! ¡que si me burlaba de ella!

Así eran las cosas.

Estaba tan triste, desolada, mi pobre adorada chiquilla... ¡tan rozagante, traviesa, justo antes!... ¡Ah! ¡qué broma la mía!... ¡Ah! ¡la había afligido por todo!... ¡Había acabado con su despreocupación!... ¡apenas dos, tres palabras en la mesa!... una nena muy apenada... ¡Menuda faena!... Y todo ello delante de los domésticos, ignominias, pero bien, éstos... cautelosos... escurridizos... ¡siempre yes!... ¡canallas finos!... ¡y que habían visto la paliza! Debía de haber sufrido el martirio de encontrarse así, ante sus jetas... ¡el blanco de todos aquellos cerdos!... También, ¿por qué no se había largado?... ¡eso habría sido enérgico!... ¡y qué lección para los machacas!... ¡Ah! ¡así me decía yo!... ¡Una resolución firme, la verdad! ¡Qué chiquilla, vamos!... ¡Ah! ¡eso se lo habría yo admirado!... ¡Ah! ¡eso me habría venido pero que muy bien!... ¡habría arreglado todo, a decir verdad!... La amaba con pasión, desde luego... tal vez más incluso... más tiernamente que antes de aquella noche maldita, a mi adorable y tierno ídolo... pero ya no me atrevía a acercarme a ella, ¡ocuparme de ella! ¡ni siquiera un poquito!... ¡Me daba miedo!... Durante las comidas, en el momento de la cena sobre todo, yo dirigía la vista arriba, a un lado, bajo la mesa, por la ventana, ¡a cualquier parte para no mirar su querido rostro!... Adoptaba cualquier actitud, seguía la conversación con una atención, una fiebre, que los ojos se me salían de las órbitas, sudaba a gotas... con las peores tonterías de Sosthène me quedaba embobado, todas sus chácharas sobre las Indias, hacía como que me las creía... aplaudía incluso... ¡El coronel de vez en cuando me echaba una mirada atravesada! no me ponía en la puerta... ¡eso era lo principal!... En seguida el postre... los restos, me excusaba... una fatiga tremenda... me largaba a acostarme... ¡sin explicaciones!... Desconfiaba de las incitaciones, de las confianzas de después

de la cena... como la nena tuviera algo que decirme... ¡ah! ¡y ya estaba!... ¡Oh! ¡ni hablar!... ¡Oh! riesgo ninguno... ¡Ah! ¡me traía mala suerte!... ¡Habría sido enfadar otra vez a su tío!... ¡receloso el pájaro!... ¡no se daba cuenta ella!... ¡era ligera!... ¡demasiado ingenua!... ¡Tenía que ser prudente yo por los dos!... ¡por nosotros dos!... ¡ni la menor imprudencia!... ¡Desconfiaba yo día y noche!... Saltaba a la piltra... ¡dormir! ¡aparentar!... Era arduo el sueño... ¡en eso no exagero!... ¡Un tormento! por los silbidos en los oídos... pesadillas también... ruidos... catástrofes... clases de trampas... tropezaba, ¡me estrellaba contra el fondo!... ¡Me sobresaltaba!... ¡me despertaba! ¡llamas por todos lados! ¡como en el sótano de Claben!... me rodeaban, se me llevaban... ¡así en la pesadilla!... Me aferraba, ¡aullaba horrible!... ¡zas! ¡el columpio!... me dormía otra vez... volvía a ser presa... ¡ranas ahora!... ¡ranas de fuego!... y después, ¡el dragón que se las tragaba! uno fantástico, viscoso, muy verde, soltando llamas!... ¡como el de la túnica de Sosthène! pero ¡es que enorme de verdad! ¡en plena furia!... ¡Se tragaba las ranas al vuelo!... ¡las ranas de fuego! y después, ¡de un salto me atacaba!... ¡Se lanzaba sobre mí!... un gran viaje, ¡Hangg!... ¡los piños a huevo!... ¡en mi brazo enfermo!... ¡Lanzaba un berrido yo!...

Entonces, ¡Sosthène montaba en cólera!...

«¿Te vas a dormir, gilipollas?»

¡Ah! ¡me habría gustado!... Me trataba terrible... Me volvía diez veces seguidas la misma pesadilla antes de que me abandonara el espanto... ¡acabase durmiéndome, de todos modos!... ¡y no por mucho rato!... ¡una hora o dos!... ¡como máximo!... Yo era difícil, la verdad, eso lo reconozco, así, compañero con mis sobresaltos, mis pesadillas, mis gritos desaforados, no debía de hacerle gracia a Sosthène... Y, además, la nena que me remataba... que me desesperaba de pena con su pobre carita... No se daba cuenta, ingenua, claro está, pero egoísta... ¡era una simple niña!... no comprendía mis preocupaciones... lo complicaba todo... debería haberse marchado... haber salido de sí misma... haberse largado... ¡Ah! ¡de eso estaba yo seguro!... eso lo habría arreglado todo... ¡pensaba en eso sin dormir!... ¡de no dormir te vuelves brutal!... vengativo incluso... te vuelves despiadado... El hombre que quiere dormir es un monstruo, sólo quiere un vientre y muy calentito, felicidad de niño, toda la tierra en tripa para su chola, entrar hasta el fondo, muy mullidito.

Aún se las arreglaron para aplazar las pruebas... ¡dos semanas!... anunciaron... ¡Nunca se decidirán!... Eso pensaba yo. Si los otros concursantes con máscaras eran tan peregrinos como nosotros, ¡menudas perspectivas prometedoras!... ¡Debían de figurárselo en Downing Street! ¡Por eso lo aplazaban sin cesar!... esperaban el hastío... que los inventores se desanimaran... pero nadie desanimaba al coronel... de eso estaba yo bien seguro... El primo era yo en aquella historia... así la fantasía a tomar por culo... todos mis recados terminados... *finish*... ni una razón más para pasearme por la ciudad... ya sólo me quedaba leer los periódicos... aprovechaba... me los leía todos... buscaba... encontraba un pequeño eco... un pequeño recuerdo... algo... ¡sobre nuestra *Greenwich Tragedy*!... ¡Ah! ¡ni palabra!... ni una sílaba...

¡como si nunca hubiera sucedido!... Debía de estar cociéndose entre los guripas, me lo estaba oliendo... ¡Ah! ¡ni mucho menos tranquilizado!... se estaba incubando... ¡y se acabó!...

Mientras tanto, yo ya no daba golpe y Sosthène me veía escaquearme... Le jorobaba enormemente... Currelando quería verme él... ¡Su manía!... que subiera yo allá arriba a buscarme una buena... a esforzarme con las mecánicas, ¡martillar, limar, trefilar!... ¡a ver si aprendía la química!... ¡aspiraba un poco sus bombonas!... ¡Ah! ¡se iba a enterar! ¡Siempre lo mismo! ¡Ah! ¡me mosqueé!...

«¡Pero bueno! ¡acuérdate! ¡Estás loco! ¿Es que no me habías dicho que se había acabado? ¿que la guerra había terminado? en fin, en una palabra, ¡por así decir!... ¡que lo habías revolucionado todo!... ¡que ya sólo era cosa de horas!... ¿La inversión de la suerte?... ¿que Goâ tenía la sartén por el mango?... ¡Ah! ¡No irás a decirme lo contrario!... ¡No me he inventado nada yo!... ¿o era todo payasada? ¡reconócelo ahora mismo!...»

¡Ah! presa de la pirula... ¡Ah! ¡no daba yo cuartelillo al maricón!...

«¡Anda, camelista!... ¡mentiroso!... ¡Canalla!...», ¡le daba vueltas en la parrilla!

...

«¿No me lo juraste por lo más sagrado? ¿caca mensaje y patatín?... ¿No recuerdas nada? ¡por la Pépé lo juraste!... ¡que habías mandado todo a tomar por culo! ¡La guerra y toda la pesca!... ¿y el teléfono? ¿y mis palillos? ¡que te cagaste hasta en Dios Santo!... ¡Tú mismo lo dijiste! ¡que se habían acabado las desgracias! ... ¡que era sólo cosa de días dijiste!... conque, ¡qué leche voy a aprender a aspirar tus chismes!... ¡Así mismo me lo dijiste!... ¡las máscaras son currelo perdido!... ¡Ya aspiré vuestros cigarrillos!...<sup>[317]</sup> ¡No salgo de los fumaderos!... ¡Ni una estufa, vamos!... ¿Es eso lo que querías, Choubersky?»

¡Ah! ¡creo que me hechizaba a la fuerza!... ¡ese brujo de los cojones, hostias!... ¡Me echaba suertes de asfixia!... ¡Capullo de los humos! ¡berzotas! ¡Ah! ¡me estaba volviendo brutal! él me diquelaba piarlas... por el rabillo del ojo... le fastidiaba que abriera los ojos, que me mosqueara así, de repente, con sus trapicheos.

«A mí no me la das», repetía yo... «¡Que no me la das!...»

Él refunfuñaba entre dientes... No se atrevía a refutar demasiado, le habría partido la cara yo...

«¡Hale! ¡Venga! ¡casca! ¡dilo, anda!...» Lo sacaba yo de sus casillas... «¿Por qué me tanguelas?... ¡Me haces pasar las noches en blanco! ¡saltar tras tus fantasmas! ¡Y ahora quieres que me suicide!... Dilo ahora mismo... ¡Eres un vampiro!... Pero ¡una mierda! ¡vas a ver tú!...»

¡Ah! entonces se inflamó... echaba espuma... Tascaba el freno... Estalló... con hipos... ¡farfulló!...

«¡Va... vamos a ver, Ferdinand! Vamos a ver... ¡Que soy yo quien te salva la vida! Pero ¡si es que no paro!... ¿No te das cuenta?... Pero ¡si el coronel no piensa sino en mandar enchironarte!... ¿Es que te crees que no ve nada? ¡No dice nada!...

¡Que no es lo mismo!... ¡Conmigo la toma!... ¡Que si aquí no vales para nada!... ¡sólo para abusar de su confianza!... perezoso... ¡vago!... ¡ladrón!... Le digo que eres digno de lástima... ¡Le respondo!... ¡Lo calmo como puedo!... que si eres víctima de tus heridas... ¡un simple pobre trastornado que no para de soltar paridas! ... ¡el inválido de la cabeza chungu!... ¡no lo contengo nasti con eso!... ¡Se muere por endiñarte a los guripas!... ¡Ah! ¡oye! ¡lo que tengo que predicar!... ¡afanarme más bien!... ¡Me peleo!... ¡Ya puedes estar seguro de que eres un ingrato!...»

¡Había tardado en darse cuenta, el mierda del coronel O'Collogham, de lo que pensaba yo de él! ¡maldito asqueroso mierda cacho cabrón! ¡Ése era todo el efecto que me causaba!... Sosthène también ése, ¡de la misma ralea los dos!... ¡La revelación! ¡ah! ¡calaña de mierda!... ¡Ah! ¡me las iba a pagar! ¡La confidencia!... ¿por qué no me hablaba francamente el coronel? ¡a ver!... ¡mierda de O'Collogham! ... ¡que me tenía allí jeró con jeró! que me atacaba por detrás... ¡el asqueroso!... ¡por la sobrina azotada y todo!... ¿El pastel? ¡No fuera a hablar yo! ¡Claro!... ¡contar también cosas!... ¡Había que ver qué dos gachós!... Así se ocupaban... allá arriba, en el cuchitril de la chatarra... ¡poniéndome verde y como un trapo!... ¡poniéndome a parir cosa mala!... ¡en lugar de trabajar como Dios manda!... ¡Bien que lo veía yo!... ¡Y, encima, tenía que colaborar, acabar de triturarme los dedos para darles gusto! ¡entre los martillos, los yunques! ¡Ah! ¡Había gato encerrado!... ¡Y daba risa!... Pero ¡amenaza también!... ¡Y sería!... ¡Ah! ¡me daba cuenta!... ¡Tenía que marcarme algo!... ¡un sálvese quien pueda!... ¡darme el piro!... ¡no mancillar ni un minuto más los gozos familiares con mi presencia abominable!... ¡abrirme y discreto, por favor! ... ¡mi presencia de vago y golfo!... ¡Ah! ¡los muy maricones!... ¡Se había acabado la ociosidad!... «*No loafing!*»<sup>[318]</sup> ¡los términos mismos del coronel!... ¡Y la sobrina igual!... ¡Sin cuartelillo! ¡Ah! ¡un gusto de pandilla!... ¡que subiese también ella al sobradillo! ¡que se pusiera a dar el callo!... ¡Todo el mundo debía hacer algo útil!... ¡darse un tute! un julepe... ¡El gran lema del momento!... ¡Centuplicad!... ¡La orden de Lord Curzon!...<sup>[319]</sup> ¡El gran edicto del rey Jorge!... ¡Estaba escrito en todas las paredes! ¡en carteles inmensos!... ¡Todo por el trabajo de la Victoria! «¡Centuplicad el esfuerzo!...»<sup>[320]</sup> ¡Se veía que no tenían mis manos, el señor George<sup>[321]</sup> y Lord Curzon!... ¡mi cabeza tampoco!... ¡Ah! no quedaba más remedio que darse el piro, salir najando de aquella maldita queli. ¡Me iban a liquidar!... Pero fuera estaba la cosa chungu también... ¡los guripas en el culo!... ¡Partir estaba bien!... pero ¿y la jalandria?... ¡No estaba yo en condiciones de defenderme!... ¿currelar en los muelles? ¡más valía un poco más de paciencia!... ¡aparentar arrepentimiento y todo! ... ¡darles largas como al *War Office!*... ¡hacerme el gilipuertas!... el «no comprendo»... ¡Al tío le hubiera gustado que huyese!... ¡Ah! ¡eso seguro!... ¡que tuviera la amabilidad de abrirme!... ¡sin decir ni pío!... ¡No debían de gustarle los escándalos!... ¡que no fuera a contar lo del látigo!... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡no! ¡que me diese el zuri cagueta!... ¡furtivo!... ¡liara el petate!... ¿Y si me llevaba a la monina? ... ¡Ahí habría habido de qué parlar!... Pero ¡fuera habría que vivir!... ¡siendo dos

sería mucho peor aún!... El amor, querer... ¡no basta! Lo sensato... lo mejor, lo menos malo, aferrarse al papeo, ¡mala leche, joder!... ¡No flaquear, hostia!... ¡hacer frente!... ¡Todo por los almuerzos!... ¡Ahí así!... ¡Ahí frente a frente!... ¡la perfidia misma!... y, además, lanzarse a los chirimbolos... ¡aturdidos con el currelo!... ¡apencar, faenar con la chatarra!... ¡hacer el paripé!... ¡A base de celo, hostia puta!... ¡hacer más ruido!... ¡Qué poco les costaba decirlo a Lloyd George, al señor rey y al Curzon!... ¡dichoso trabajo!... ¡triple trabajo!... ¡No eran ellos los que hincaban el lomo!...

Yo me decía: quedémonos tranquilos, ganemos tiempo, salud... Pasemos el invierno, los hielos... lo más duro habrá pasado... Sin creer las gilipolleces de Sosthène, ¡podía acabar, de todos modos, antes de lo que pensábamos aquella mierda de guerra!... ¿Por qué no?... La esperanza vuelve rosas las paridas... Me daría el piro en primavera... ¡En marcha para Australia!... ¡Tenía puestos los ojos en Australia!... Había carteles gigantescos por todo el Haymarket... pedían hombres jóvenes... resueltos... ¡emprendedores!... ¡Eso! ¡Eso es! ¡Entendido!... Allí me haría un hombrecito<sup>[322]</sup>... Me parecía bien, como a ese chaval ahí, en el anuncio... el magnífico cow-boy muy erguido sobre los estribos... mostraba orgulloso Australia, un paisaje como para comérselo de vegetación opulenta y en plenitud... ¡radiante al sol!... sazonado con tulipanes y rosas... «*Come and live with us*», estaba escrito en el cartel... «Venga y viva feliz.» ¡Menuda invitación! ¡Me proponía obedecerla! Pero, eso sí, ¡absolutamente solo! «*After the war come with us!*» ¡Ya lo creo!... ¡En seguida! ¿Por qué no? ¡Ah! ¡le daba vueltas y más vueltas! ¡Ah! ¡me calentaba la chola!... ¡Ya no veía otra posibilidad futura!... Una mañana me haría la maleta... ¡bombo ni platillos!... ¡Ah! era mi proyecto ferviente... ya sólo me quedaba ese tónico... a ver si resistía la adversidad... ¡Sin diñarla!... ¡afrontando la desgracia! ¡Frente al peligro! ¡Tripas corazón!... Subía allá arriba, al sobradillo, ponía clavos, ¡todo por el orden! ¡No más indolencia!... ¡Era el orden yo! ¡La nena también!... ¡Me pasaba el martillo! ¡Yo me aplastaba los pulgares!... ¡Aún más orden!... Sistema Delphine en casa de Claben... Un claro en el medio del cuarto... y después vallecitos alrededor, todos los cachivaches levantados otra vez, las porquerías separadas en montones de nuevo... El viejo me diquelaba receloso, veía esa metamorfosis, el estilo, el ardor que ponía, ¡irreconocible! ¡en el trabajo! ¡Ah! ¡le parecía extraño yo! ... Intentaba sorprendernos a la chiquilla y a mí... Llegaba al tabuco, donde guardábamos el cristal, los frascos, las pipetas... la nena enjugaba, yo pasaba el paño... Así, bruscamente, en la puerta... No sorprendía pero es que nada... ¡Ya podía venir!... ¡ni el menor gesto!... ni una palabra... ¡con mucho ojo!... conque, ¡no veas! ... ¡El muy cabrón!... ¡eso es lo que le habría gustado!... Vengativo, celoso, inmundo... cogirme magreando... ¡*in fraganti!*... ¡Menuda delicia, entonces!... ¡En la gloria! ¡me habría endiñado perdiendo el culo a la pestañí!... ¡Nada que objetar!... ¡Granuja, golfo, gorrón! ¡Sátiro de nenas! ¡No me habría librado del vergajo! ¡No me habría dejado escapar en *Police Court!* ¡Ah! ¡el motivo perfecto! ¡La propia sobrina

del coronel! ¡Ah! ¡si me hubiera puesto a tiro, golfillo de mí! ¡Ah! ¡la moraleja! ¡Ah! ¡lo habría pagado todo! ¡Me habrían despellejado! ¡Oh, huy! ¡por poco! ¡por muy poquito! ¡pomada!... ¡Uf! ¡catástrofe!... ¡Ah! ¡firmes! ¡Ah! ¡mi recelo! El ogro, a mí, ¡muy sencillo! ¡Ah! ¡ya podía venir cuando quisiera! surgir a hurtadillas, etc. ¡Así era yo!... Ni palabra... ¡ni una palabra a la nena!... ¡Ya es que no la conocía!... ni siquiera cuando estábamos solos, en el fondo más extremo del taller... hacía como que no la veía... a la defensiva, ¡cabezón!... La oía lanzar sus suspiros... ¡Ah! ¡ni la menor salida de tono! ¡ni la menor debilidad! ¡blindado, terco, resuelto!... Así, en plena chapuza, ¡ya sólo pensaba en mi Australia!... Decía: «Mumum... mumura...», cuando ella me hablaba... un simple gruñido... Ya es que no comprendía nada... En mi cabeza era donde carburaba... ahí, no veas, ¡eran tormentas!... trastornado, destrozado, migraña, las sienas me saltaban... ya es que habría bramado de remordimiento, de los reproches, los recuerdos, las palabras... todo lo que me afluía a la chola... los buenos principios del *Leicester*... que no había yo seguido en absoluto... cómo hablaban los macarras... todo aquello me volvía a la azotea... todos los buenos consejos... ¡la prudencia chachi!... «¡No te pringues en las familias! ¡sólo tendrás problemas! ¡Móntatelo en los *pubs*! ¡bares de faldas! ¡No te salgas de la basquilla! ¡No compliques la desgracia!» ¡La pretensión, la muerte del hombre! ¡ése era mi caso! ¡Pretencioso! ¡Ah! ¡Dios me había castigado! ¡Ah! ¡tenía mi merecido! ¿en qué berenjenal había ido a meterme? ¡Ah! ¡me habría gustado saberlo! ¡La chavalina de alto copete! ¡Ah! ¡qué astucia! ¡Se lo tenía merecido mi menda! ¡Ah! ¡recordaba sus palabras! ¡Ah! ¡no debería haberlo probado!... Tenían razón los timaticátirras, que eso me había hundido aún más precisamente, me había hecho caer más bajo, ¡ese estilo guapetón!... ¡No iba a librarme nunca!... sobre todo yo, que no soy nada fogoso<sup>[323]</sup>, en fin, para el asunto, me apresuro a declararlo. ¡Cómo había podido ocurrírseme, la leche puta, arrancar a la sobrina del látigo! ¡del tío de la manía!... ¡Ah! ¡había que ser capullo!... ¡coño, joder!... ¡Salvar los huesos yo solo! ¡Ése era el programa! ¡No dejarme engatusar más!... ¡Ella estaba desolada!... Ah, pero ¡qué leche! ¡Era un error! ¡Ah! ¡no le volvería a hablar más! ¡Ya podía suspirar solita! También yo tenía infortunios, ¡y mil veces peores!... ¡y no precisamente moco de pavo!... ¡Basta de enternecimientos funestos!... ¡Me habría dejado la piel bajo el látigo! ¡el látigo de la pestañí! ¡el vergajo! ¡A otra cosa, mariposa! ¡Plancha horrenda! ¡Con ojo, desgraciado! ¡Ya no podía pegar ojo con las preocupaciones trágicas! ¡Y, encima, la nena jeremiando! ¡Ah! ¡yo echaba las tripas! me entraba la depre por fuerza, ¡ya es que la habría abofeteado, vamos, con sus sollozos!... ¡ahí, mientras aclaraba los utensilios!... ¡Ah! ¡ya es que no podía oírla más! ¡Se sorbía las lágrimas! ... ¡chinchá! ¡rabia! ¡nena mala enfurruñada!... ¡Estaba harto de mi destino!... ¡Me estaba volviendo como Sosthène!... ¡Destino muy chungo!... ¡Tenía que cambiar mi destino! ¡Destino robado! ¡Otro, hostia puta!... ¡Que se fuera a tomar por culo, el muy chungo! ¡mi mierda de destino! ¡Largo! ¡Un destino chachi! mimado con cariño, enchufado, chupado, ¡eso quería yo! A fuerza de frecuentar a los magos, ¡empezaba a

saber la tira! ¡sentir yo la mística! ¡Ah! ¡me estaba volviendo idóneo! ¡La estrella, como se suele decir, lo es todo! ¡la estrella de los ingleses es cosa fina! me habría gustado tener una ídem... Yo veía a muchos ingleses... No sabía lo que hacían para su estrella... para que se mostrara tan chipendi... ¡si la encantarían como Sosthène con la danza del vientre!... en cualquier caso, ¡lo lograban! Veía por todos lados pasárselo pipa a *english boys*... muchos que tenían justo mi edad... ¡unos enchufados que no veas!... los *english boys*... *cricket*... *rowing*... fútbol... el asunto... y maqueados de príncipes y piculinas, todo por el cutis y el *bridge* con coqueteo... en fin, le daba vueltas a eso... envidia... ¡tal vez estuviera de mal talante, maníaco!... no veía sino enchufados por doquier... ¡Había soldados, desde luego!... ¡me la traían floja! ¡Me habría gustado que la palmaran todos!... Me parecía que tenían buena estrella, ¡los soldados también!... ¡los destinos chipendis!... Yo, ¡lo que me veía obligado a hacer!... ¡pasar por unos papelones innobles! ¡joder! ¡hartito, vamos! ¡el destino cuenta lo suyo! ¡Sosthène lo veía tirado! ¡Tenía que llegar a cambiar de signo del Zodíaco! ¡Tauro! Cualquier cosa, ¡rápido! ¡a ver si me armaba con lo esotérico! ¡me apasionaba ahí de repente!... De pasarlas putas como una rata perpetua obtenía revelaciones... así, al lavar la bujería, ¡no pensaba sino en mi suerte!... con la nariz en la tina... sumergía las pipetas, los tubos... salpicaba... ¡me las apañaba mal!... ponía todo perdido... no me daba maña... pero serio, ¡huy, no veas!... ¡no alzaba la nariz de mi currelo! absorto, terco... ¡ni la menor locura!... Ella daba vueltas en torno a mí, la chiquilla, nerviosa... iba... venía... le habría gustado hablarme... ¡sin la menor importancia!... «mmumm... ¡mmumm!...» y yo el maleta, gruñón, cernícalo, revolviendo el agua sucia... ¡ni la menor idea pícara!... Jalar... sobar... ¡y se acabó! Rumiaba mi plan... Hacía como rezos para que mi destino cambiara... ¡Ah! me obsesionaba... Por la noche pensaba en eso con ganas... retorciéndome en la piltra... es que seguía costándome tanto dormir por lo de los oídos, los chorros de vapor... ¡Ah! ¡no hace falta que jure que he sufrido!... no hacía la danza del vientre como Sosthène, ¡la contorsión brahmína de las Gracias!... Me parecía una tontuna... pero mascullaba votos ardientes para una inversión de la fortuna... ¿sería posible?... que soplara un poco para mi lado antes de que quedase apergaminado, la diñara de tanta inquietud horrible... ¡que najasen mis estrellas!... No era un gran sortilegio, pero ¡me habría salvado la baza pero que muy bien!... No era yo demasiado pretencioso, ¡no quería derrocar a Cristo!... ¡No quería la muerte del Papa! Sólo quería el queo, la escapatoria curiosita... ¡que el coco no me jalara más cuerpo y huesos! que me dejaran en paz de una puta vez... ¡la peltreva y andando para Australia! ¡Aliguerarse de las calamidades! ¡no era pedir la Luna!... Podía carburar, seguro, desde luego, pero entonces actuar muy ágil... ¡sin bártulo alguno!... ¡Ah! ¡me daba cuenta! ¡ligerito! najar... ¡saltar!... ¡sin carga en el culo!... ¡Viento en popa!... ¡Aliguerarse de gachós tan chungos!... ¡Claben y su pandilla!... ¡Sosthène el gesticulante!... ¡Fatal el Matthew! ¡Ah! ¡me veía libre como el viento!... ¡Hombrecito! ¡la vida en rosa! ¡Ah! ¡desvariaba con avaricia!... ¡Subía a acostarme



antes que nadie!... ¡Me enardecía así en sueños!... Deliraba con mis zumbidos. ¡Ah! ¡no es fácil precisamente! ¡lo reconozco!... Hay que tomar impulso... Abandonaba la mesa antes del postre... Me excusaba... mi dolor de cabeza... No era sólo una excusa... No podía más, no resistía más... ¡Ah! no quería que me molestaran más... Rumiar, eso era lo que quería... hundirme en la piltra... reflexionar... así, hundido en la almohada, ¡absolutamente solo!... Sosthène se quedaba hasta tarde abajo... hacía compañía al purili... ¡Sosthène, supuestamente el hombre del agua, caballero de las Olas!... ¡Había olvidado sus votos!... Volvían a subir tarde los dos, eructando, cachondeándose, trompas como cubas... jerez, whisky, gin fizz... y champán... ¡Flip!... ¡Flop!... ¡Yo oía saltar los tapones!... Conversaban con optimismo... Sosthène aprendía el inglés... aprendía *Victory!*... *Victory!*... vociferar así... yo no les molestaba... desplomarse, cocerse en su priva... así pasaban agradablemente el tiempo... no se ocupaban de mi persona... la nena debía de estar en su alcoba... ¡Yo temblaba por el porvenir!... bamboleaba toda la piltra de los nervios... ¡de aprensión ardiente, intensa! ¡A ver cómo iba a escaparme de esos dos chorras!... daba un tute a la almohada y con los zumbidos, los vapores, todo lo que me crepitaba en la cabeza, zumbaba, pitaba... ¡la bacanal de los zumbidos!... ¡la chifladura!... ¡Ah! ¡un estruendo!... ¡Ah! ¡lo que apencaba yo para dormir!...

Una noche... ¡toc! ¡toc! ¡toc!... oí la puerta... no era un sueño... ¡llamaban!... no respondí... Sosthène no había subido... Entonces escuché... ¡toc! ¡toc! ¡toc!... no respondía nada... Quería que me creyesen dormido... ¡tal vez fuese un doméstico!... Tal vez quisieran que volviese a bajar... ¡Un capricho de borrachos!...

«¡Ferdinand!... ¡Ferdinand!...»

Era Virginia...

Salté de la piltra.

«¡Aquí estoy!... ¡Aquí estoy!...»

Salté a la puerta... la entreabrí.

«Venga al jardín...», me susurró... así, muy nerviosa... jadeante... «¡En seguida!... ¡En seguida!... ¡Tengo que hablarle!...»

¡Oh! ¡Huy, huy, huy! ¿qué sería ahora?... ¡Una calamidad!... ¡más que seguro!...

«*What?... What?...*»

Farfullé... barbullé... quería saber... pregunté... pregunté... ¡qué historia!... ¿qué más? Se había atrevido así... un arranque de audacia... subía a verme mientras el tío se emborrachaba abajo... ¡Ah! ¡un descarro las chicas! cuando ya no quieres hablarles, ¡son ellas las que te persiguen! quería llevarme al jardín... ¡decidida ahí!... ¡ni un segundo!... tenía que saltar yo... yo, que estaba muy inofensivo... ya en sueños... ¿Adónde quería llevarme? ¿descarriarme otra vez? ¡Aprovechaba que el tío estaba ebrio!... ¡Ah! ¡qué traidora! ¡el vicio desde la cuna!... ¿Al cine?... ¿al baile?... ¡Ah! ¡no estaba yo encantado precisamente!... Chavalina desvergonzada, ¿eh?... ¡perversa!... ¡Ah! ¡había que ver!... ¡la piel del diablo!... Conque no veas... el señor Sosthène... la diablilla... no sabía él... ¡estaba allí conmigo!... ¡Ah! ¡había que ver

qué hechizos!... ¡Ah! perdía yo la resistencia... ¡Ah! me sentía encantado... muy pasivo... ¡Ah! ¡la incitación de la juventud!... ¡Ah! era yo presa de la chavalina... ¿por qué no regresar al *TuitTuit*? ¡Ah! ¡caramba con la chiquilla!...

Me vestí rápido... obedecí... ¡iría a cualquier sitio por su capricho!... De todos modos, no quería yo que entrara... que penetrase así en la habitación... ¡yo desnudo ahí!...

«*Go down!... Go down!... ¡Ya bajo!...*»

Bajó delante de mí... Me apresuré... ¡Listo!... ¡Ya estaba!... Ya nos encontrábamos juntos en el jardín... Al principio no la vi en la obscuridad... me cogió de la mano... fue ella la que me condujo hasta el fondo... Cruzamos el césped... hasta la yedra junto a la pared...

«¡Ferdinand!... ¡Ferdinand!...», así al oído... me murmuró... estaba inquieta... ¡ya no era su voz!...

Yo la tenía apretada contra mí... no le veía la cara.

«¡Ferdinand!... ¡Ferdinand!...», repetía... «¡Ferdinand!...»

«Ferdinand, *what?*...», le pregunté, de todos modos... «Ferdinand, ¿qué?»

Yo estaba a mil leguas.

«¡Oh, Ferdinand!... ¡Oh, Ferdinand!...», no podía decir nada más... se quedaba parado en la garganta.

«¿Qué?... ¿Qué?...», la zarandeeé un poco.

Era verdad... no comprendía nada... sus charadas... ¿qué quería decir, a fin de cuentas?...

«*Well!...*»

Insistí... ¡Dios santo!... ¡que se explicara!... Me abrazó, seguía sin decir nada... no veía yo lo que quería... la abracé yo también...

«¡Cariño!...», le dije... «¡Cariñito!...» La estreché contra mí... Creo que era eso lo que quería... que la mimara así, de pie... pero no era serio... me di cuenta... ¡Ah! no debía... ¿y si era otra faena?... ¿una trampa que me tendían?... ¿un embrujo? ¿a ver si me desencadenaba sátiro otra vez?... ¿si no estaba afligidísima?... ¿si esperaba simplemente?... ¿a que yo hiciera tonterías?... ¡Ah! me habría gustado que hablara... lloraba... y lloraba... no hablaba... sollozaba con la cara pegada a mi hombro... ahí, de pie en la obscuridad... ¡Estaba yo guapo!... ella, nada llorona por lo general... ¡ah! me desconcertaba...

«¡Virginia!... ¡Virginia!...»

Le rogué... la mimé...

«*Dear what is it? ¿Qué ocurre?...*»

Yo ya no sabía. Suponía cosas al final... que el tío había vuelto a cogerla... le había dado otra zurra... algo que no se atrevía a decirme.

«Le ha pegado su tío... *whip?... whip Uncle?*»

«¡Oh, no!... *No!...*»

¡No, no era eso!...

«Entonces, ¿qué ocurre? *Then what is it?*»

¡Ah! ya me estaba fastidiando con el lloriqueo. Y después, de repente, no sé cómo, ¡se me ocurrió la idea!... ¡Ah! ¡la leche, la hostia!... ¡me pasó por la cabeza! ... ¡No lo había pensado!... ¡Ah! ¡maldición!... ¡mierda!... ¡pero!... ¡pero!... ¡pero! ... ¡Ah! pero ¡eso, eso!... ¡Ah! ¡me habría gustado verle la cara! ¡Ah! ¡sí, ya lo creo! ... ¡estaba demasiado oscuro!...

Se la espeté a boca jarro:

«¿*You have an* hijo?...», la pregunta... «¿Hijo?... ¿Virginia?... ¿Hijo?...»

Dijo: «¡Sí! ¡sí!»... así, con la cabeza... contra mi hombro.

¡Oh! ¡huy, huy! ¿Qué había dicho?... ¿Qué había preguntado yo? ¡Oh! ¡memoria! ... ¡De hipo!... ¡ya no sabía qué hacer!... vacilaba... me bamboleaba... ¡qué golpe! ... Me ahogaba... no me salían las palabras... palpitaba... farfullaba...

«*You... you... you sure?... sure?*»

«¡Sí!... ¡Sí!...»

Bien claro.

¡Ah! ¡no era posible!... ¿Posible?... ¡Pues claro que sí!...

Yo oscilaba con ella así, de pie... me contoneaba... ya es que no sabía dónde estaba... la chavalina... ¡oh! ¡huy! ¡huy!... ¡Ah! ¡no lo podía creer!... ¡Ah! ¡era demasiado fuerte!... ¡Ah! ¡me desplomaba! me mordí la lengua... no, me contoneaba... la mecía así, de pie, pegada a mí... ¡ya es que no sabía dónde estaba!... no lo creía... era la conmoción... ya es que no sabía...

«*You sure?... You sure?...*», le repetí... así, en la obscuridad... sólo sabía decir eso... «*You sure???... You sure?...*»

«*I think... I think... Eso creo...*» Una pobre voccecita... temblaba... endeble... no era su estilo, temblar... traviesa pillina... no temblorosa...

¡Yo quería que fuera de verdad seguro!... que no fuese sólo un miedo... ¡tal vez no comprendiera ella bien aún! ¡tal vez sólo imaginara!... así, de haber oído decir... cosas que no acababa de entender... un espanto de nena... ¡una chiquilla!... la cabeza tarumba simplemente... yo pensaba en su edad ahí, así... que era joven... muy pequeña... ¡ah! ¡joder! ¡a esa edad!... Pero ¿cómo?... para empezar, ¿qué edad tenía? ... ¡Ah! entonces... ¡era verdad!... ¡con el bombo así, una chinorri!... ¿y si se moría? ... ¿se moriría?... No sabía yo... ¡nunca lo había pensado?... ¡Ah! ¡ya sólo me faltaba eso!... ¡Ah! ¡era un mazazo en toda la cabeza del terror que me daban las consecuencias!... me hacía palpitar... ¡contoneándome así, con ella, de pie!... ¡me sonaban las sienes!... ¡Ah! ¡no debería haberlo hecho!... ¡no haberlo hecho!... con sus faldas cortas... tan cortas... debería haber sabido... con sus pantorrillas... sus muslos... ¡Ah! ¡no sabía yo!... ¡Ah! ¡no pensaba en otra cosa! ¡seguro que era demasiado joven!... ¡Cárcel, perillán!... ¡cárcel!... ¡patíbulo!... ¡cárcel!... ¡cuerda al cuello!... ¡*cuic!*... ¡así es!... ¡así es, así, tan joven!... ¡Ah! me atormentaba la pregunta... ¡Ah! ¡joder! ¿era yo?... ¿era ella?... ¡Ah! ¡ya es que no sabía yo nada!... todo bogaba... ¡se mezclaba en mi cabeza!... ahí, contoneándome de pie en la

obscuridad... ella pegada a mí... yo la estrechaba fuerte... No nos veían... no se veía nada... era noche cerrada... ¡mejor!... ¡todo se me embrollaba en la cabeza, además de los pitidos de los vapores! ¡Ah! estaba yo aviado... ¡yo!... ¡yo!...

«*What age are you?*»

«*Fourteen...*»

«*Fourteen!... ¡catorce!...*»

¡Ah! ¡había que ver!... ¡la música!... además, ¡de verdad!... ¡no era un sueño!... Yo la sujetaba presa de los sollozos... ¡ahí, sin dejar de contonearme!... con ella... hacía bueno... una noche hermosa... ¡cubierta de estrellas!... ¡Ah! ¡lo recuerdo bien! ... ¡allí, en el césped! ¡Ah! ¡estaba avergonzado!... ¡qué historia!... ¡no lo podía creer!... ella lloraba... y lloraba... se deshacía en lágrimas, en sollozos... ¡Ah! ¡no se podía más!... ¡una desesperación!... ella siempre tan animada, jovial, siempre un capricho, ¡otro!... saltando... corriendo... brincando... no había quien la sujetara... ¡un diablillo! ¡Ah! ¡no se podía más! Se había acabado, picarona... ¡diablillo!... ¡Ah! ¡huy, huy! ¡deshecha en lágrimas!... muñeca toda rota... ¡toda apenada!... ¡unos lagrimones!... ¡su ternísimo cuerpo ahí, contra mí!... ¡Ah! ¡la abracé!... ¡la abracé! ... pero primero... ¿cómo lo había sabido?... ¡Ah! ¡eso es! por cierto... ¿Lo creería sólo?... ¿lo pensaría?... se imaginaría simplemente... ¿habría oído simplemente hablar de cosas semejantes? Eso es, ¿era eso todo?... ¡que se emocionaba!... ¡que perdía la cabeza!... ¡un espanto!... ¿el coco?... ¡Ah! ¡se comprendía a su edad!... y me daba miedo a mí también... Poquito a poco intentaba yo conseguir que me dijese un poquito... pero no cesaba de llorar... ¡Ah! ¡era la catástrofe!...

«*Who told you darling? ¿Quién se lo ha dicho?*»

«*The doctor...*»

«*Doctor?... You've been?... when?*»

«*Last night...*»

¿Habría ido al médico, por la noche?... ¿No sería otra mentira?... No era demasiado mentirosa ella... ¿habría ido sola?... era muy posible... ¡Ah! ¡lo que faltaba!... ¡Ah! ¡eso sí que sí!... ¡menudo palo en la chola! ¡La palma!... ¡Ah! ¡todas en el mismo carrillo!... ¡el acabose!... ¡Ah! contoneándome ahí... en el sitio... La nena ahí, pegada a mí, llorando... yo ya es que no sabía ni a qué santo encomendarme... ¡Me caían demasiados marrones! ¡Ah! ¡coño, joder, hostias!... ¡qué forma de llover, caramba!... En fin, ¡jódete y baila!... ya es que, ¡vamos! ¡Di tus paridas, farfulla, capullo! ¡Responde! ¡Es demasiado! ¡Es demasiado! ¡en mi cabeza! ¡*Brum!*... ¡*Brum!*... ¡Y *brum!* ¡El bombardeo perpetuo... ¡Todo lo que me salía en catarata por la mui! Me sucedían demasiadas calamidades... la abracé... la abracé...

«*Dear!... Dear!... Dear!...*», fui y le dije... estaba trastornado... de lo más emocionado... me daban ganas de llorar a mí también... No podía ser duro con ella... no habría conducido a nada... ¡Todo eso por lo del *Tuit-Tuit!*... ¡Ah! ¡no me llegaba la camisa al cuerpo!... Si había ido a un médico... y se lo había dicho... entonces, ¡era seguro!... ¿Qué médico?... ya se lo preguntaría después... cuando

dejara de llorar... ¡Ah! qué oscuro estaba el jardín... Mejor... más valía así... pero me habría gustado verle la cara... su carita, ahí... ¿sería verdad de la buena?... ¡Ah! ¡ya es que no podía yo dejar de contonearme!... la mantenía estrechada en mis brazos... ¡Ah! ¡valiente chavea!... ¡menudo chorra! ¡ah! me imaginaba lo que iba a ocurrir... ¡tirándose a nenas!... ¡marrano espantoso!... ¡monstruo perverso!... ¡cepillarse a una niña!... ¡el bombo, chico! ¡el bombo, sátiro! ¡Ah! ¡valiente punto!... ¡maldito golfo!... ¡loquillo! ¡Sátiro! ¡Francés! Qué va, ¡loco, no! ¡Señoras y caballeros! ¡Las estrellas! Polla loca, ¡eso sí! ¡loca! ¡muchacho malo! ¡chulo! ¡bandido! ¡que me lo cuelguen! ¡Ah! ¡yo la abrazaba!... la consolaba... así, sin salir de ahí, del césped... ahí los dos... ¡nosotros dos juntos!...

«¡Cariñito!», le decía yo... así, muy tiernamente... «¡Mimosita!...»

¡Ah! ¡qué lío!... ¡Ah! ¡qué vergüenza me daba! ¡huyhuyhuy!... ¡ella me besaba!... ¡me besaba!... ¡me sujetaba por el cuello así!... ¡Ah! ¡estábamos guapos los dos!... ¡Eso sí que sí!... de todos modos, tenía que comprender, ¡no había niñerías que valieran!... tenía que escuchar... y yo hablarle en serio... sin que llorara... ni saltase... ni se largara... ¡tenía que ser razonable!... teníamos que reflexionar...

«¡Virginia!... Virginia monina... ¡Chiquitina!...»

No podía decirlo todo... la besaba... ¡dejó de llorar! ¡Ah! oíamos los pájaros... seguramente era un ruiseñor... ¡Se lo indiqué! «*Nightingale!*...» Sabía que le gustaban los pájaros... ¡La hice llorar otra vez!... ella me mimaba... me mecía el cabezón así, en sus brazos... me hablaba muy bajito...

«*Dear Ferdinand!*... ¡Ferdinand!...», así, en serio...

Yo creía que tenía miedo de la obscuridad...

«¡Pobre pequeña!... ¡pequeña!... ¡pequeña!... *little one!*... *little one!*», respondía yo... Era verdad que era pequeña... robusta, fuerte... pero pequeña... en fin, ¡a mi lado, quiero decir!... alta para su edad... ¡Ah! ¡me cago en la leche!... ¡Ah! ¡me cago en la leche!... ¡encinta!... me decía yo nada más... Qué pifia... mala pata, ¡mala bají horrible!... ¡Había que ver la desgracia que tenía yo!... «*Little*», le decía yo... la mecía así yo también... nos mecíamos los dos... «*Little one*»... en el césped... en la obscuridad... la estrechaba contra mí, ahí, de pie... no la apretaba demasiado fuerte... ¡andaba con cuidado!... ¿el vientre? pensé... no fuera a hacerle daño...

«¡Chiquitina!», le dije... «Vamos a sentarnos...»

Me senté con ella en el banco... la abracé... la abracé... la mimé bien... Ya estaba mejor ahora... sollozaba menos... y después, ¡cataplum! ¡volvió a darle!... ¡se deshizo en lágrimas otra vez!... En plena obscuridad todo aquello... ya no sabía yo qué hacer ni qué decir... ¡se me habían acabado las ternuras!...

«*Hear the birds!*... *Hear the birds!*...», le indiqué el pájaro otra vez... todo lo que se me ocurría... «¡Chiquitina!... ¡Chiquitina!...», era una palabra agradable para ella... no se le pasaba la pena... yo buscaba algo... no la comprendía bien... ¡Ah! tenía pena de verdad... ¡Ah! yo quería consolarla... bien que veía que a mí también me partía el corazón... no sabía yo decirlo en inglés... que me partía el corazón... yo

la quería... ¡eso es!... la quería... ¡tan pequeñina ahí, sobre mi hombro!...

«*You sure?...* ¿Está segura?...» ¡Ah! volvía a hacerle la pregunta. ¡Ah! ¡caramba! ... ¡Ah! ¡pfuui! ¡ah! ¡eso contaba! ¡Ah! ¡no era seguro! ¿de todos modos?... ¿No?... ¡Ah! ¡yo palpitaba!... ¡me acudía todo en tropel a la chola!... ¡en el mismo momento!... ¡no era posible!...

«*You sure?*»

«¡Sí!... ¡Sí!...»

Así me decía que sí... que sí... con la cabeza... en mi brazo... ¡con unos lagrimones!... ¡Ah! ¡me desconcertaba!... ¡Ah! ¡ya es que no podía yo más!...

«*Then I don't go!*... Entonces, ¡no me marchó!...»

Así lo decidí... no podía decir nada mejor...

«¡No me marcharé nunca!...», le juré... «*I'll never will leave you!* ¡No la abandonaré nunca!... ¡Ah! lo juro... ¡juro!...» No quería que llorara más... se lo juré otra vez...

Ella no me pedía nada...

¡Siempre!... ¡Jamás!...

Aun así, lloraba...

Ya no cesaba de llorar... ¡ah! ¡era la desolación!... ¡Ah! ¡me daba cuenta yo! ¡mi infamia asquerosa!... ¡Ah! ¡era su edad!... ¡Ah! no había pensado en eso... yo también era joven... claro... no se piensa en todo... con el arrebató, la bebida, las luces allá... ¡la bacanal *tarabum!* ¡locura!... ¡todo aquello del *Tuit-Tuit!*... ¡cosas que cuentan!... Pero ¿y ahora?... ¡Ah! ¡decidí! ¡Ah! estaba más que decidido, en serio... se lo juré otra vez... y, además, es que tenía que ir a acostarse... ¡era tarde!... muy tarde... allí, en el banco... hacía fresco... El ruiseñor seguía cantando... era una noche clara, pero fresca...

«*Go to bed dear!... go to bed... We'e see tomorrow...*»

No debía coger frío... el día siguiente ya veríamos... ya tiritaba mucho... no se había puesto el abrigo... sólo su vestidito... La dejé al pie de la escalera... no debían vernos juntos... Estaba muy razonable... se daba cuenta bien... que se lo mandaba sólo por su bien...

«*Tomorrow little one!... Tomorrow!...* ¡Mañana! ¡pequeña mía! ¡mañana!»

Así obedeció... ¡seria y buena!... yo me quedé en el jardín, en la obscuridad... un buen rato más... y después volví a subir, me acosté, hice como que dormía... ¡Ah! pero ¡no dormí mucho!... Me venían demasiadas cosas a la cabeza... ya ni siquiera me oía zumbiar...

¡Ah, sí! ¡muy bien! ¡desde luego! ¡La resolución! ¡Firmes! ¡Truenos! Carácter... después reflexionas... la firmeza... el corazón de hierro... ¡el orgullo incluso!... te preguntas... dichoso el que no duda... prometido, jurado... cierto y seguro... ahí, en mis brazos... pero aun así... pobre pajarito tan confiado... me enternecí... ¡ah! ¡nada de cuentos! me trastornaba... me jorobaba... ya es que no sabía... palpitando... de honor... fervor... ¡pobre valor! ¡Serénate!... ¿comprometido a fondo en cuerpo y

alma? ¿frente a los peligros?... ¡ah! ¡jurando por mi medalla!... que me asesinaran, si flaqueaba... ¡Sea! ¡Ni un pasito atrás! ¡Porfiado como una mula! ¿y si hubiera desaparecido, malhechor en polvorosa? ¡Bonita faena! ¡Qué chollo para los cabronazos! Habría enconado las cosas ahí, tenaz, tal cual, mierdero, indecente... el tío se habría puesto rojo de rabia de verme... desaparecido yo, todo se habría arreglado... se habría explicado... golfillo que se quilaba a niñas... pinta, bribonzuelo... ¡Claro! ¡Claro!... cometido el crimen, aún sigue corriendo... hurónapestoso piante... Romeo el del canguelo... ¡French bicho mancillador de *homes* y respetos! ¡mocoso del vicio, jindón, camelista! ¡French granujilla, el de la bragueta! ¡mancillador de Inglaterra! pues, ¡ya estaba! ¡su merecido al chungón! para el pelo así mismo, tan chungalí... ¡con eso se habría desquitado ya pero bien su tío!... la nena habría salido bien librada con dos, tres sobas de fustas... ¡Pum! ¡para sus nalguitas!... Es que el bicho malo era yo... Habría perdonado, al no verme más... La habría conservado bajo su techo... era lo principal... todo habría quedado olvidado poco a poco... salvo el rorro, claro está... llegaría con el buen tiempo... para abril más o menos calculaba yo... que yo me diese el piro, seguro, era la fórmula... despejaba la pista... Ya se arreglarían en familia... ¡Hale, venga, pum! ¡sin rodeos! hace falta valor en todos los sentidos... para el ataque o para la marcha... yo me decía: tú no eres responsable... y, después, volvía a consumirme, de todos modos... destrozado, trémulo... ¡qué vergüenza!... una vacilación tras otra... supongamos que resistiera, que me quedase... afrontara al pureta, la ley, la pestañí... entonces, ¡a ver! ¿fiel, terrible héroe de amor? ¿Qué iba a ser de nosotros?

¡Suerte echada!...

Yo me derrumbaba, farfullaba, me rajaba... Los terrores volvían a abrumarme... ¡No iba a poder nunca!... Porfiaba, imaginaba... volvía a pensarlo todo eso... ¡Qué emoción!... Desvariaba de tanto pensarlo... ya me veía largándome con ella... en su estado... el bombo y todo... ¡venga, ya! ¡la raptaba!... ¡mandaba al carajo la queli, la manduca, el tío, todo! ¡La resolución heroica!... ¡viva la libertad! ¡pirando! ¡para nosotros la calle, los asfaltos! ¡el amor y el agua fresca! ¡familia del arroyo! ¡Ah! ¡íbamos a estar guapos! ¡sobre todo ella, con su estado!... Que es que tenía hambre y náuseas... y luego, ¡hambre otra vez!... la manduca es que es feroz... es que no crece por entre los adoquines... Se podía poner el cazo, desde luego... pasar el sombrero a la redonda... era un recurso... ¿cantando coplas los dos?... ¿su voz y la mía, a seducir?... ¡no veas, la policía!... ¿trabajador legal, entonces? ¿mantener a mi familia?... ¡no tenía papelas decentes!... a la primera de cambio, un problemita, pringaba con la pestañí... era horrible por todos lados... ¿cómo iba a dar a luz?... y, además, antes que nada, ¿dentro de cuántos meses?... volvía a contar yo... me había equivocado del todo... ¿diciembre?... ¡no! en primavera... ¡abril!... ¡decía paridas! ... más valía así... en primavera habría sido más cómodo... el verano también, se puede deambular... sentarse en un parque, otro... ¿y si lo hiciese en un jardín?... se puede vivir fuera... pero ¿y si hubiese sido por septiembre?... volvía yo a contar...

entonces, ni hablar... la bruma, la lluvia, el frío, que empapan... En los «asilos», en su «Salvation<sup>[324]</sup>», nunca en la vida nos recibirían... su edad, su bombo y todo... nos identificarían de inmediato... nos echarían a los guripas... en cuanto te pones a examinar en serio, te quedas lelo de infortunio... de la amplitud... no hay que pensar... ya no tenía empleo, eso era lo principal... ¡me echaba a la espalda una chinorri y, encima, con el bombo!... ¡sin empleo!... la mala conducta, ¡había que ver el panorama! ¡mi madre lo había previsto sin falta! ¡todas las consecuencias! oía sus palabras yo... «Joven sin empleo... la ociosidad, la madre de todos los vicios... rodando por el arroyo... ¡crímenes y más crímenes!... corruptor sátiro de niñas... ¡Soleiland!<sup>[325]</sup> los tribunales...» ¡Pobre madre! pobre padre también... ¡pobre tío! ¡pobres todos!... ¡calamidad del deshonor!... ¿Y si me calentaba la cabeza? ¿qué provecho sacaría? ¿si me consumía, destruía del todo? ¿os dais cuenta? razonaba, evocaba el recuerdo... veía a la chinorri... tronchándose por una cosita de nada... siempre brincando... ¡piruetas!... ¡un cabrito!... traviesa por doquier... montaba a horcajadas por la barandilla, ¡y *fuiitt!* ¡ya estaba abajo!... ¡yo gritaba! ella se burlaba... yo era el lisiado que arrastraba la pata... ya no sabía yo jugar... ¡no tenía bombo, yo, la hostia puta!... la reñía... ella me besaba... había que ver cómo era... con falda corta... sus hermosas pantorrillas, tan nerviosas... ¡Qué músculos elásticos! ... ¡y dorados!... ¡divinos, insolentes!... a mí mis cicatrices me molestaban... en los brazos... el muslo... el hombro... estaba hecho papilla, cierto... ¡el intrépido sostén para la familia!... y, encima, ¡migrañas, vamos! la bala que tenía metida detrás del oído... tenía muchas excusas... veía las estrellas a la más mínima... y, además, gente incluso... cosas... el Matthew, que me caía encima, ahí, así, de pronto... un espanto, ¡y me lo veía ahí!... ¡el Matthew, mi guripa! pestañí y compinches... No me olvidaba ni un segundo, pendiente de mi salud... No me dejaba ir a la deriva... Veía yo su cabeza y sus cejas... su ojo de acero... su bombín gris perla<sup>[326]</sup>... Se quedaba ahí, me lanzaba miradas como puñales... ¡ah! cabrón con avaricia... me embrujaba pero bien... Se aprovechaba de que estuviera yo pachucho... me imponía su terror... Me lo veía en todas las puertas... No hacían falta brahmanes para eso... darle al bul en los trances... ¡gavotas y rayos!... Veía yo a Matthew en todos los rincones... abillaba solito... me ponía pero es que verde... me trataba atroz... todos los calificativos de la asquerosidad... me prometía los peores suplicios... Ya es que chorreaba sudor frío... hipnotizado, hay que reconocerlo, por aquel guripa chungalí... Abillaba todo rojo en la obscuridad y después amarillo y verde... ésos eran sus colores... y después se esfumaba en la neblina... quedaba rilado yo, piernas y cuerpo, de la emoción que me causaba. Era peor que los trances brahmanes... tenía que apoyarme para no caerme... conque ya veis mi trágico estado... Todo eso porque era honrado, me obstinaba en mis escrúpulos... no quería dar mi brazo a torcer nunca... es que había jurado a la nena... lo que te pierde siempre es el corazón... late y late, te arrebató... De marcha con la menor, así, en plena multitud por la calle, ¡menuda toña me iba a buscar!... ¡sin explicación!... ¡adónde me iba a mandar el Matthew!... ¡No me libraba del



vergajo!... ¡la caricia! ¡Imaginaos qué chollo!... ¡no me volvían a ver! ¡penal y demás! ¡Hablarne a mí de amor! ¡Ah! volvía a descomponerme de cabeza a pies... corazón trastornado... sólo de volver a imaginar... era chungo, eso seguro... lo tomara a favor o en contra... ¡No insistas!... ¡No te pongas cabezón!... era otro vacile... otra vuelta de conciencia... otro modo de ver... ¡Escapa y se acabó!... ¡Apalanca tu menda! ¡Lo que te queda! ¡No compliques! ¡Lo que te queda! Píratelas, ¡naja! ¡la razón! Pobre del testarudo... Era algo muy vil, feísimo... Sólo, que era razonable, de todos modos... una verdadera solución... Es que el valor había sido mi perdición... La tozudez, corazón fiel... ¡Valor, atrás, tontorrón!... mustio, afligido, indecente en la flor de la edad... ¡Buena la había hecho!... ¡Salvador de niñas madres! ¡poquinela! ¡ah! me iba a dar el zuri... ¡no quería saber más! y después los escrúpulos me ahogaban otra vez... ¡Apesta, guarro! ¡Lárgate, marrano! Era la voz de mi amor propio... ¡Golfo, vividor! eran los términos de Sosthène... granujilla solapado, me llamaba... Abusaba de su instrucción... ¡Otro estafador, ése!... Me había saboteado mis oportunidades... me había metido en una celada con sus trances hindostanos... ¡Ah! la pringaba a base de maleficios... ¡Me tocaba los cojones, el mongol! y los sortilegios... ¡Ya es que no me iba a escapar nunca! ¡Menudo si estaba hechizado! Me había dejado trabado con influencias... por todo el cuerpo... la cabeza... los movimientos del corazón... lo sentía perfectamente... no palpitaba yo natural, ni siquiera para un febril de mi estilo, un desquiciado de los nervios como yo... Irresponsable, exacto, pero ya iría yo a decírselo a Matthew, ¡irresponsable me iba a considerar! ¡espera, chaval! ¡La cuerda! ¡La cuerda! su idea fija... Todo eso me venía a la cabeza... absolutamente como lo cuento... con la horca, Matthew, todo... francoinglés y caló... la voz de Cascade atravesada... cascada y cargada de reproches... ¡ah! ¡iba aviado yo!... me venía vértigo de oírlo... me aferraba a la mesa... todo un rumor entonces que crecía... voces de mujer parecían... toda una panda... y vengan más reproches... ¿Por qué no te casas con ella?... Así me hablaban... ¡Ah! pero ¡si era verdad! ¡no era mala idea!... ¡ah! ¡eso me iluminó! ¡Salté de alegría! ¡Ah! ¡qué contento estaba! ¡Exacto! ¡era un plan estupendo! ¡hale, venga! ¡me caso con ella! ¡Qué divertido! ¡Todo se arreglaba! ¡*English*, hostias! ¡Me casaba! ¡a escape! ¡hale, venga! ¡4 sh. 6! ¡Registrar<sup>[327]</sup>! ¡Firme aquí, joven! Conque, ¡dense un beso! *Hurray!* ¡Un cuarto de hora en total! ¡Listo! ¡Certificado y chupendis! El tío, ¡una dicha! ¡a mis brazos, yerno! ¡nos abrazábamos! ¡ah! ¡ya me veía yo la escena! ¡pestañeaba de júbilo! La esperanza, ¡el sol! ¡el amor! Volvía a ver la felicidad como la otra noche en el jardín... todo un zarzal, ¡toda una maravilla!... para nosotros dos, ¡transportados al cielo! ¡Ardientes, patatán, bienaventurados! ¡Y patatrac! ¡todo se hundía, se desplomaba!... una nube, todo se encapotaba, empañaba... volvía a ser presa de las dudas... Volvía a vacilar, a farfullar... ¡nunca lo aceptaría el tío!... ¡Eso para empezar! ¡Nos maldeciría loco de rabia! Nos entregaría a los guardias... ¡se habría acabado la locura!... ¡Ah! el optimismo, ¡qué decepción! ¡espejo de primos! Lo que tenía delante no era de color de rosa... Volvía a verlo todo

negro... me comía la cólera, ahí, ante mi fregado... me hablaba solo... me gritaba verdades... ya ni siquiera veía mi currelo, de tan frenético que estaba... ¡Que es que estaba atrasado! Que es que debía haber aclarado en seguida... adelantar la tarea... escurrir, ¡y hale! ¡otra cosa! ¡llevarlo todo a Sosthène! allá, al fondo del camaranchón, cambiar las aguas sobre todo... ¡un cenagal!... ¡ah! pero estaba demasiado agobiado... demasiado absorto en los pros y los contras... pensaba hasta no ver ya nada claro... de repente, ¡estaba decidido! ¡iba yo a hablarles a esos artistas! ¡tenían que dejar de perseguirme! ¡Se trataba de la madre y el niño!... ¡Yo era el padre! ¡coño, joder! Cambié de opinión... ¡Recuperé el valor al revés! ¡una idea súbita! ¡Se iban a quedar estupefactos!... ¿Me iba a privar del afecto?... ¡Cambié de opinión otra vez!... ¡no! ¡de ella iba a privar yo a aquellos malvados, aquellos viejos celosos, maníacos, marranos! ¡Basta de desenfreno y libertinaje! Me daba el arranque moral... Y después, ¡qué leche! ¡no! ¡Mandaba todo al carajo! Me guillaba a los extremos... ¡Iba a salvarme solo!... ¡Sálvese quien pueda! ¡Plantados la madre y el rorro! ¡Me lanzaba al frente derecho! Me desgarraba el corazón, ¡eso desde luego! ¡Mejor, coño, joder! ¡Sin piedad ya! ¡Así me trataba a mí mismo! Os cuento el horror tal cual, mi conmoción... Que ya es que me pongo enfermo incluso sólo de recordarlo... vuelvo a verme allí, temblando, ante mi cubeta... Volvía a farfullar los pros y los contras... Ya es que no podía dar golpe... asfixiado, agobiado por las dudas... cavilaba, refunfuñaba tan fuerte, que al fin me oyeron... La nena vino a verme, a cerciorarse... «¡Hello, Ferdinand!» Le hacía gracia... le gruñí un poco... se rió a carcajadas... ¡ah! ¡era gracioso!... ¿Y si me diera el piro? Chavala, ¿tendría gracia acaso? Se lo pregunté en broma, a mi vez... su sonrisa mona... le asomé, la desconcerté... ¡no! ¡nunca jamás podría irme!... Ahí, al instante, me di cuenta entonces... La agarré, la besé, le hice mimos, ante mi fregado... sus hermosos ojos, sobre todo, tan alegres, tan azules, tan burlones... el tenue reflejo gris sobre todo... nadie habría dicho, de todos modos, que estuviera preñada... Sus ojos malva, un poquito así, en la sombra... cambiaban de reflejos como el mar... Yo la estrechaba en mis brazos... se echó, mira por dónde, a llorar... lloraba a menudo por mi culpa... no la había hecho yo feliz... Pobre chavalina, joder, ¡también yo! ¡Menudo asqueroso estaba hecho!... ¡Perdón! ¡Perdón! ¡joyita mía!... ¡Lo indecente que me había portado!... en el *Tuit*, ¡qué sesión! ¡Qué monstruo me había vuelto así, de golpe! una niña, una inocente... Y ahora los otros... Tenía ella mala bají. El tío ahora, ¡el disfrazado! más luego el otro chiflado, Sosthène, ¡y los domésticos!... todos allí, puro vicio, a cuál más... era la atracción de la juventud... la belleza temprana... la tenían tomada con mi tesoro... los sorprendía yo en todos los rincones... espiando, husmeando a mi ángel... por sus celos de monstruos... pero yo no podía hablar tampoco... había llegado allí gimiendo, jadeante, patético... costurones por todos lados, y después, ¡desatado, de repente!... ah, qué tipejo... había abusado de la confianza... ¡ah! ¡estaba fresco, el pájaro! ¡ya podía hablar!... de la confusión vacilaba, ¡veía las estrellas!... palpitaba a rabiar. Más luego las injurias... «¡Cerdo,

cerdo!», me llamaban... a los cuatro vientos... «Swine!» ¡Jódete y baila! era Cascade... ¡una voz! ¡dos voces! ¡cien voces! ¡doce! Ya es que no sabía dónde meterme... ¡Qué pánico! las piernas me flaqueaban de espanto... Con las sacudidas de las bas en el agua sucia, ponía todo perdido... los copos de la espuma, ¡los platos! ... era pavoroso, en plan de amenazas, todo lo que me dirigían... ¡Ya es que no podía yo más! bramaba... me salía voz de falsete... la oía yo... ¡socorro! ¡socorro! ya es que no me reconocía... Estaba fuera de mí de terror. Os muestro un poquito mi estado... ¡Lo perplejo que estaba!... Bueno, pues, ¡a raptarla, entonces! ¡Audacia, coño, joder! ¡Adelante! Era la idea magnífica. Me entusiasmaba otra vez... ¡era irrevocable! ¡Y patatrac! Reflexionaba. ¡Cuánto tiempo iba a durar!... No tardarían en atraparnos otra vez... yo pata chula, ella falda corta... una niña, un gandul... de un piso a otro... Chupadito, vamos, para la brigada<sup>[328]</sup>... nos iban a traer de las orejas... ¡Y rigodón! ¡de cabeza al penal mi menda! ¡La chinorri se chupaba el marrón en las monjas!... Las Reverendas RMCI<sup>[329]</sup>. No paraba de hablar de las Reverendas RMCI Finette, la mujer del Mantecas. Se había comido un marrón de dos meses con las RMCI, por descuido, es que la habían tomado por inglesa con sus papelas fules. Era un recuerdo que tenía, había probado allí el látigo por una cosa de nada. La Reforma se llamaba, con los salmos y las oraciones y la sopa de guisantes. Seguro que iría Virginia a que la reformaran. Por las monjas o por su tío, no se libraba de la estaca. Daba espanto pensarlo. ¡Y todo siempre por mi culpa! Aún hoy siento vergüenza después de tantos años, y serios y feroces, casi en las últimas... me pregunto aún, vacilo... conque entonces, en el momento, ¡menudo si me atormentaba!... el estado de mis pobres sesos... ¡Y a ella le parecía yo ridículo! ¡Qué caritativa! ¡Sin corazón, el bichito! ¡hay que ver lo que ocultan, de todas formas, las sonrisas! ¡Volvía a darme un cabreo de la hostia! ¡que ya es que revolvía todo mi fregado! Si hubiera sido sensato, ¡habría dejado plantada a aquella jai! ¡Al carajo la nena, leche, desastre! ¡Nada de cuentos! Egoísta, ¡eso es! Entonces, ¡habría tenido motivo ella para cachondearse! ¡Había que ver cómo era! ¡Yo me mataba para que ella se muriese de risa! ¡Era atroz! Pero, joder, ¡si aún había tiempo! ¡Hale, pirando! ¡Me cabreaba conmigo mismo, tan zopenco! ¡hale, venga ya! ¡Despierta! Yo ya es que no me atrevía de pena, de vergüenza... ¡ah! cogí la botella del gollete, ¡la mandé al techo! ¡mil cascos! entonces me miró muy rara... «¡Ooh! ¡ooh!», me dijo... pero no la espanté nada... saltaba por allí, se divertía... se reía más aún... yo era el clonatis, eso por descontado... «Go away! go away! ¡bicho!... ¡Que ya estoy harto de sus risitas burlonas!» ¡Acabé enfadándome, por fuerza! ¡Quería que se diera el piro! Quería cavilar tranquilo... Quería atormentarme, si me apetecía... Ella se agitaba, era de la piel del diablo... ¡Espera, granujilla, a que se presente el Matthew! ¡te va a calmar la diablura! Al instante, en cuanto pensaba en ese asqueroso guripa, ¡se me aparecía de inmediato! Pasma ahí, encabronado, socarrón... Justo por encima del fregadero... se columpiaba burlón... alucinante... pero es que en el acto... toda la chola en vaivén. Me hacía el péndulo... tal cual, de verdad... me embrujaba a la más mínima... no

podía yo reaccionar, estaba pasmado... Podría haberme cachondeado, pero es que no podía tampoco... me quedaba anonadado, él me hablaba, amable, yo le respondía... me masculaba... la añagaza de los espejismos... me atormentaba... yo lo evocaba sin darme cuenta... me habría hecho subir al patíbulo de un solo y breve vistazo... Me había reblandecido en las sesiones... De eso me daba perfecta cuenta... Sensibilidad de los faquires... ésa era mi obsesión... Lo había pillado en las sesiones... ¡Otro regalo!... Lo necesitaba con mi cabeza... ¡La palmaba a base de cavilaciones!... ¡otra vez el otro cabrón, Sosthène! Pero era el Matthew mi súcubo... me hechizaba, hipnosis... Había pillado yo su cuerpo astral... Cerraba los ojos y aún era peor... ya es que no me soltaba... de nada servía que me taponara las cuencas... tenía que agarrarme... me caía... con el sonido del cañón, además... atronaba de todos lados... no veía yo sino escenas de horror, de guerra... ahora, no faltaba nada... ya estaban los otros brutos, allá, golpeando al fondo del taller... machacaban el yunque... sentía yo todo aquello en mi cabeza... me daba cuenta del delirio que era... soplaban llamas, al mismo tiempo... yo veía las carnicerías, los lanceros<sup>[330]</sup>... veía toda una batalla, ¡y humeante! ¡veía la carga de las grupas! ¡Las que había! ¡Y todo al revés, caray! ¡caballos a millares sobre hombres! ¡era la audacia loca! y después Claben y su Greenwich, ¡toda la tragedia sobre su espalda! ¡todo aquello galopaba, cargaba, se lanzaba en tromba! ¡Nada era imposible! ¡yo también galopaba, la hostia puta! ¡Iban a demoler todo Greenwich! Los veía yo precipitarse. Rodé por el suelo, me embosqué, ¡no estaba tan furioso!... estaban ahí, en la hoguera de horno... cargaban ahí dentro... era el ruido del corazón... lo vi, el corazón enorme, que palpitaba... Iba a arder yo también... ¡Vlaouf! ¡una tromba me aplastó! ¡era el agua! ¡me ahogaba! ¡los bomberos! mi cubeta derribada... ¡Eran dos que me metían dentro! ¡como allí, en Greenwich! Bebí, tragué, gluglú... ¡una celada! ¡Me retorcieron, me apretujaron las partes! ¡en mi agua infecta! ¡y después me suspendieron de los pies! ¡en las ramas! ¡en los plátanos! Era presa de la pesadilla, la multitud me ponía verde... ¡no había duda! Estaba hechizado... me columpié, rocié a toda la muchedumbre... Las piaron... me chorreaba el agua... ¡Sátiro de las familias! ¡Asesino! ¡Vampiro!... eso era lo que oía... Me hubiera gustado caer, desaparecer en lo más profundo de un hoyo... ratón, cucaracha, cualquier cosa, cagarruta. No podía ser, era yo mismo... Chocaba con las ramas... Me aplastaba contra el árbol... en las paredes... ¡ah! era víctima de una maniobra... era la fiebre de la sangre... los fantasmas, que me agredían... me tiraban de los pies, desde muy arriba... y los Goâs y el otro golfo, Sosthène, Matthew y demás... Me reía, de todos modos, ¡era demasiado rostro! me sentaba bien, me desencantaba... Caí de costado, tiritando... sólo era un trance de alucinación, empezaba a ver claro otra vez... no estaba borracho... me acurruqué con el vientre contra la pared... ¡Estaba decidido! ¡Había pasado por los terrores! Eso es, ¡me casaba con ella!... ¡yo no vacilaba más! ¡adjudicado! ¡iba a ver la farsa! ¡4 sh. 6! ¡le obligaría! ¡ahí va un hombre! ¡arranque de osadía! ¡al Registry! ¡jugada la ficha, segura y decente! ¡sin vacilar! una vez

matrimoniados, ¡al loro con el Yard! el porvenir, ¡nuestro! ¡plantaría a la nena en casa de la Bigú! una hermana para ella, abnegada... Me la guardaría hasta que pasara la tormenta... yo pondría rumbo al Norte, ¡hacia Edimburgo! seis meses, un año... el tiempo de respirar... con el armisticio, volvería a bajar... cuando hablaran de otra cosa... Cascade me arreglaría unas papelas... entonces nos instalaríamos... yo currelaría... lo veía chupado... ¡todo por Virginia! ¡la familia!... Sólo Cascade me lo podía arreglar... habría que ponerse de acuerdo... Ya no tenía yo confianza en Boro... era un hipócrita, un incendiario... estaba haciendo así mi examen, ahí, en el suelo, acostado contra la pared... ¡Ah! no había duda, había tenido un ataque, ahora veía claro... Conque ahora empezaba a carburar otra vez, a sentirme en forma... ¡todo volvió a desplomarse! Volví a ser presa del canguelo... ¡vuelta a empezar con todo!... ¡temblores! tirones, de todos los miembros dislocados... ¡Volví a agitar, a espumar en mi cubeta!... era un mártir de los escrúpulos... estaba en pleno suplicio... igualito que mi padre... sufría igualito... Siempre me hablaba encolerizado, con los ojos fuera de las órbitas... A él también la conciencia era lo que le ponía más zumbado que una pandereta... que es que se descomponía por cosas de nada... por una observación, una palabra atravesada, una mirada de los vecinos, ¡y la de vecinos que teníamos! ciento cuarenta en todo nuestro Passage... con eso esta dicho lo destrozado que estaba... yo era lo que se dice clavado a él... pero es que, además, ¡qué aventuras!... ¡tenía motivo para revolucionarme!... y ahora otra vez, ¡qué aprieto!... ¡ah! ¡no me iba a librar nunca! ¡joder! de la emoción rompí un frasco... ¡Lo lancé contra el enlosado!... Quise atraparlo... Resbalé yo también, rompí la jofaina... ¡Bagabram! Hacía más ruido yo solito que los tres allá, en su forja... ¡Me excitaban, caramba, después de todo! Me enajenaban, me incitaban al crimen... ¡Nadie me escuchaba! ¡Mala suerte! ¡a la matanza, vamos! ¡a la matanza! ¡Al carajo, la hostia puta! ¡maldito material! ¡retortas! ¡quincalla! *vrac!* ¡y *vrac!* ¡ahí va todo eso! ¡al carajo, hostias! ¡Ciclón en el piso! ¡Danzando! ¡Libertad! ¡Volcando! ¡A machacar todo eso! ¡Bonito desgüace! ¡Desparrame! ¡Ya sólo veía fuego! ¡Todo eran charcos de fuego en derredor! ¡se me chamuscaba la cubeta! ¡como en Greenwich! Y todo salpicaba, ¡desbordaba! ¡al rojo ardía y crepitaba! Grité, sufría, ¡pedí socorro! ¡que me apagasen! ¡que me cogieran con pinzas!... ¡quería que acudiesen los dos! ¡ah! ¡iba a ser una batalla! ¡que se dieran cuenta del estado de cosas! ¡que viesan la fuerza de la pesadilla! ¡en qué combustión íbamos a vivir! ¡Estaba seguro de que estaban zumbando a la nena!... Se hacían los sordos ahora... ¡Ah! yo husmeaba... me la pervertían... ¡Claro!... ¡Insolencia!... ¡Debería haberme presentado de un salto!... ¡Haberlos derribado! Me quedé ahí, agilipollado, indeciso... ¡Matthew! ¡Matthew! Era él el que me dejaba paralizado... ¡era él! ¡su mirada de acero! Me soplaban los medios... era atroz cómo me alucinaba... se subía a la pared... me hacía muecas... me guiñaba el ojo... volvía a empezar con todas sus posturitas... me espantaba... volvía a morirme de miedo... me contorsionaba... era la emoción, las tripas... sin tiempo de pensar... ¡*Flof!* ¡lo cagué todo!... un dolor que

no se puede imaginar... los alares, ¡un peso! ¡un lodo!... se me pegaba por todos lados... ya es que no podía volverme... me quedé plantado ahí, en el pastel... ¡Con tal de que no me atacaran así mismo!... No debía haber gritado tan fuerte... ya no iba a poder defenderme... por fortuna, estaban absortos... rompiendo su forja... golpeaban, se encorajinaban, redoblaban... se tomaban trabajo pero bien... ya es que no sabían nada... estaban sordos... ¡ah! habría sido el momento de andar vivo... de lanzarme, ¡raptar a la nena!... yo es que me emocioné... volví a jiñarme... fue una descarga entonces, un chorro... quedé confitado en el sitio... el desasosiego de la cabeza y del vientre... Me sublevó, me mantuve firme, ¡mala suerte!... ¡tenía que presentarme! Me apoyé en la estantería, ¡iba a lanzarme perdiendo el culo! se acabaron los tratos, ¡los melindres! ¿Por qué habían de tenerla todos tomada conmigo? ¡se había acabado lo que se daba! ¡yo me raptaba a la chinorri! ¡es que me la raptaba! ¡la palmaríamos en la miseria! ¡lo que contaba era el honor! ¡Bajo la pañí fuera, la hostia puta! ¡Estaba más que decidido! ¡en su estado! ¡y su tripa! ¡el rorro! ¡todo! ¡ah! ¡saltaba en el sitio! Ellos golpeaban, redoblaban, ¡me excitaban! Pisé los cascos, ¡iba a tomar impulso! ¡maldición, joder! ¡iba a acabar de una vez! el pantalón me taponaba, ataba... había hecho demasiado, demasiado pesado... el surco del culo tiraba, aglutinaba... ¡iba a arrancar todo de un tirón!... ¡espera y verás qué fuerza! ¡Fin del entumecimiento! Me contraje en el emplasto... ¡espera, guapa! ¡Que no se me equivocaran ni unos ni otros!... ¡Que iba a ser extraordinaria la fuerza de mi impulso! ¡ah! ¡a cada cual su turno! ¡los divisé allá, al fondo, inclinados sobre su forja! ¡Estaban rojos como para estallar! horribles, tosiendo, apopléticos... Iba a machacarlos yo también... No les iba a durar mucho... iba a quitarles la chavalina... ¡esperad, gachós! la furia me subía, eso desde luego... No más retorcimientos, era yo un ciclón, iba a dejar todo hecho añicos, polvo... ¡No más deudas, qué hostia! ¡Iba a destrozar a los fuertes!... ¡Esperad, yunques! ¡la batalla! ¡estaba yo espantoso! ¡La nena había bebido con ellos! ¡Ahí estaba el sortilegio! ¡espera, pillina, y verás! ¡el ardor me hacía patalear, agitarme! ¡con las cuatro herraduras! ¡los nervios encolerizados! ¡Piafaba, resoplaba, caracoleaba! ¡Despegaba todo! ¡sacaba mi ardor del fondo de los miembros y los muslos! ¡Me había vuelto toda la fuerza! Y mucha más aún, ¡como un caballo! ¡Caballo, hostias! ¡Cuatro herraduras! ¡Que relumbraba por todas las paredes, al piafar, saltar! ¡Todos los fondillos que se me habían despegado, todo el aglutinado! ¡ah! con eso recuperé el campo libre, ¡me estaba asfixiando por ahí! ¡ahora sí que se me iba a ver toda la fuerza! ¡Que carburara el molido, loco, ardiente! ¡herido en el cerebro! ¡Era el trance!... ¡la guerra, la furia y caballito!... ¡Paso a los caballistas!... ¡La carga era lo que había que ver!... No todo el mundo notaba... la Finette lo había visto en seguida... «¡Tú estás tocado como mi chorbo! ¡tú has cobrado en la cabeza!...»<sup>[331]</sup> Eso era bien real, exacto. «¡Me mira tan fijo como tú!», me imitaba a mí, el alelado, cómo me colgaba la boca... «Ahora, que él no puede salir solo, se cae en la calle...» No me había visto caer a mí... yo hacía cosas peores a veces... La verdad es que era perspicaz la Finette, la mujer del

Mantecas... de todos modos, no lo había visto todo... Volvía yo a oír sus palabras muy claritas... La oía hablarme... ¡Espera, pillina, tú también! ¡No me había visto saltar con mi fuerza de caballo! No había visto nada... ¡El efecto de los cuatro miembros! Sí, señor, la misma herida que su hermano... pero ¡él no tenía la fuerza! ¡la potencia de carga!... ¡Que es que yo habría saltado veinte obstáculos con tres coroneles a la espalda! ¡sobre mi gualdrapa! ¡Así hablaba yo! ¡Presas, eso es, de los ardores de la fuerza mágica! Eso era lo que me ardía en la chola. ¡Presas, vamos, de la cuarta! ¡la dimensión del rayo! ¡Habría podido gritárselo a Sosthène! ¡No me oía, el viejo mamón! Si se lo hubiera gritado a Matthew, ¡habría sido también lo mismo! «¡Al trullo, amigo! ¡al trullo!» No se lo quitaban de los labios... ¡Bribón! ¡canalla! ¡Había que ver lo brutos que eran! ¡ah! ¡tenía que machacarlos a todos! ¡cómo las gastaba yo! ¡ah! ¡demasiado cierto, demasiado cruel! Lo comprendía yo todo, pero es que todo... Sin libertad, con Matthew... Volvía a ser presa de las dudas... Volvía a morir de miedo... me jiñaba vivo. Me tumbé, me habría desmayado... Ése era el resultado de los escrúpulos... bastaba que invocara un solo segundo... más luego el olor que subía... toda mi plasta en el bul... con tal de que no notaran nada... aspiraba... aspiraba... debería haberme quitado los pantalones... ¡bah! ¡mala suerte! ¡ah! ¡libertad!... ¡todo por salir de aquel estado!... ¡me arranqué todo el pastel!, ¡todos los fondillos! arranqué los jirones... ¡los tirantes!... ¡Seguía oliendo! ¡nunca iba a ser libre!... Vociferé: ¡no soy yo! ¡no soy yo! Y entonces acudieron, mira por dónde, ante ese grito... me encogí, me hice una pelota, me atranqué contra la puerta de cancel... no quería que me viera nadie... «¡Marchaos! *Go away! Go away!*» Los conminé a marcharse... No me dejaban tranquilo... me palpaban, me olían... sobre todo Collogham, que me olfateaba... me buscaba el calzón... hurgaba bajo la cubeta... lo había yo escondido... Me quedé ahí acurrucado... No quería alzarme indecente... «*Go away! Go away!*...» no se iban. Sentía que iba a hervir furioso otra vez... ¡Descarados, guarros, cacho cabezones! Estaba tan terrible, ahí, en mi rincón... indecente, encogido... que retrocedieron, farfullaron... ¡Ah! ¡los iba a hacer entrar yo en vereda, a los gachós! ¡Iban a ver pero bien qué venganza!... Aproveché la tregua... Agarré un trapo ahí, por el suelo... me limpié con él y ya iba mejor la cosa... Oí a la nena, al fondo, que cantaba... ¡había que ver qué descaró!... ¡La iba a librar yo de los sobones!... Pataleé, fulminé... Su voz se elevaba en el taller... era una canción para niños...

*tsy... busy... busy bee!*...<sup>[332]</sup>

¡Ah! no iba yo a conservar siempre la paciencia... ¡espera, abeja de mi corazón! ... me pegué al suelo, la espié... estaba guardando los pequeños utensilios... saltaba, brincaba... la vi perfectamente... ¡revoloteaba de un armario a otro! ¡se lanzaba al vuelo por todos lados a la vez! ¡ah! ¡mi *busy bee!*... ¡atareada abejita! ¡Ya no tenía desazón, vértigo!... ¡ah! ¡era extraordinario! la había yo visto tan desanimada... y

encontrarse mal como en el *TuitTuit*... ahora muy animosa, sin poder estarse quieta... ¿Qué farsa? ¿qué música? ligera, sin parar, manos a la obra... y traviesa, además... Entonces la llamó Sosthène... una puntada a la máscara<sup>[333]</sup>... Es que continuaban los ensayos... ¡A punto para los gases! Aproveché, le hizo cosquillas... ¡ah! ¡el clonatis lúbrico, legañoso! ¡Vas a ver tú las bromitas!... Le pasó la mano por los muslos... le dio azotitos en el culo, así, en broma... en las braguitas... ¡ah! ¡qué sinvergüenza!... ¡y ella lanzaba risitas, culebreaba, la zorra! ¡ah! yo perdía la cabeza, ¡veía sangre! ¡Me provocaban, palabra! ¡ah! ¡ya lo creo! iba yo a explotar... estaba pasmado, presa del vértigo... me alzé... ¡todo daba vueltas!... La ventana se arrugaba, zigzagueaba... quería abrirla, estaba que hervía, humeaba... Mira por dónde, ¡estaban jugando al vapor! Se divertían con ganas... Se hablaban... los veía yo... conspiraban... ¡Aquello tenía que acabar!... Tenía que ponerme los alares otra vez... ¡Les iba a hablar yo también! dos palabritas a esos rematados perversos, ¡y me llevaría a la nena! ¡la birlaría! me la llevaría corriendo a casa de la Bigú... ¡al galope, vamos! ¡ah! ¡estaba decidido! pero ¡tenía el trasero demasiado sucio! Se aprovechaban ellos... trituraban hierro, ¡machacaban la forja! ¡Había que oír su rabia!... ¡Eso no me impediría pasar! Sólo, ¡que debía lavarme a fondo! ¡ah! ¡ahí estaba el quid! Me pegaba, me pegaba cosa mala... ¡no podía presentarme así! Me puse en cuclillas otra vez, me contraje, concentré... Me lanzaron con sus chorros a veinte metros... ¡cohetes de agresión!... ¡ah! ¡iban a ver, mis artistas!... ¡Ahora se ajustaban las máscaras! ¡Era la gran sesión! Ya estaba, querían asfixiarme... La nena se las ajustaba en la cabeza... ¡ah! ¡iban a ser duros en el combate!... Carraspeaban... ¡era el momento de intervenir!... Agazapado tras el autoclave, acechaba, me contraía... Veía su estratagema, lo veía todo... en una nube, Sosthène y la chinorri... Para ajustarle la máscara, para lograrlo con holgura, se había subido a una silla... los muslos... las hermosas y fuertes pantorrillas... Él la olfateaba pero bien... con la nariz pegada... ¡ah! yo diquelaba y diquelaba... le puso un dedo, se ocupó... había que ver cómo era... palpó... palpó... ¡y *pan pan!* ¡en el trasero!... y es que la hizo reír... estornudaron, volvieron a empezar... ¡ah! era un monstruito, también ella, ¡una diablilla! ¡ah! ¡qué guarrería! ¡lo que hay que ver!... culebreaba, ondulaba con el bullate, la chinorri provocativa... ¡y yo ahí, carcomiéndome!... ¡Lagarta! ¡marrana!... ¡De ver aquel tejemaneje! ¡Percha de vicios! y yo ahí, cubierto de mierda... ¡ah! me aplané aún más, de pena, me acurruqué aún más... estaba por los suelos, impotente... se la llevó al otro rincón... ya es que no veía yo nada... los ocultaban las volutas... era espeso, un vapor acre... estornudaban, tosían allí dentro... el tío golpeaba el yunque con todas sus fuerzas... ¡*Bang y Bang!*... Sosthène debía ponerse manos a la obra... era un estruendo infernal... unas sacudidas que me hacían patalear, agitarme de la cabeza a los pies... Salté de detrás del autoclave así mismo, ¡en pelotas! ¡sin remilgos! «¡A caballo! ¡me cago en los clavos!», fui y vociferé. «¡Vais a ver lo que es bueno! ¡al cañón! ¡*Bing y Bum!* ¡y *Pang!* ¡Os vais a enterar! ¡a caballo! ¡a las metrallas! *Bang*, ¡y *Bum!* ¡Listo estoy!



¡Que me monten! ¡y me desboco! ¡un caballero por un imperio!»<sup>[334]</sup> ¡Ah! ¡la sangre me corría a las tripas! Tenía que actuar, ¡los cuatro pies me ardían! ¡Piafaba por todos lados! ¡Sacudía la cola, me alzaba, resoplaba! La sangre me refluía de las partes, era un torrente que me arremolinaba, ¡me inflaba toda la cabeza de abajo arriba! ¡Iban a ver los salvajes! El intestino me culebreaba, me flagelaba... ¡Me erguía, me encabritaba, coceaba! ¡ah, ahí me tenían! ¡cuatro herraduras por el aire! ¡de pie! ¡cuatro de espantada! ¡era la batalla! ¡me desafiaban! ¡Diantre! ¡Diantre! ¡Ahí estaban los tres! ¡Cien bocas de fuego! De pie, ¡salía del atolladero! Aún me pegaba... el surco pegajoso... ¿dónde estaba mi calzón?... ¡Me vieron!... ¡mis ijares de fuego!... Bramaba en el combate. Se parapetaron, ¡me rociaron con su denso vapor!... ¡Sus y a esos piratas! ¡Vientre a tierra!... ¡Mala suerte! ¡yo encarnaba! ¡Malditos bribones! ¡Girad vuestros cañones! ¡La fuerza que yo encarnaba! ¡y el coronel a mi espalda!... Me había montado sobre el chaleco... A cuatro patas estaba yo... ¡a cuatro patas! y totalmente desnudo, excepto el chaleco... ¡Sus y a los raptos escuadrones! ¡El amor es fiel!... Estallaron las trompetas... Yo palpitaba... ¡Había llegado el gran momento! ¡La carga! ¡Soltad! ¡Que os voy a reventar el jaco!... La voz al instante del coronel... ¡el mío, Des Entrayes, jefe de cuerpo de ejército! ¡Me montó con coraza! ¡ah! ¡era un jinete altivo! ¡pesaba cien kilos! ¡una ondulación de miedo! ¡Y los escuadrones seguían detrás! ¡a su mando! ¡El órgano de trueno que tenía! su voz atravesaba el cañoneo... Nos ametrallaban con los chorros de vapor los otros ingeniosos... ¡Ah! estaban poseídos también ellos... De repente sonaba por doquier... ¡carillones traidores, zumbidos de brechas!... ¡A vuestros bronce, pillos del hierro! ¡La tremenda voz vibraba, conmovía desde el cielo hasta el subsuelo! ¡Que ya es que las estrellas me caían en el ojo! ¡La tremenda voz que amortiguaba todo! ¡De lo más vocinglera y rugiente y ronca! ¡Ya es que el eco me enloquecía! ¡Ya es que bramaba yo! ¡Me desbocaba y redoblaba! ¡Me araba con las espuelas, el cafre! ¡Me desgarraba los costados! «¡A la caaaarga! ¡a la caaarga!», nada lo interrumpía... ¡Había que ver cómo se lanzaba la brigada *traleriderá!*... corrimos sobre ellos, con el vientre a tierra... ¡Estaban apalancados, los muy hipócritas, en el subsuelo más profundo de la morada! ¡los dos, mis monstruos raptos! los tres, el *English* y *Sosthène* y, además, ¡mi pérfida! Se mudaban incluso, ¡me pareció! ¡ah! ¡era indignante! ¿No irían a huir ante la carga? Con la brida caída y el vientre a tierra, ¡no avanzábamos dos... tres... cuatro metros!... su hechizo nos cortaba las piernas... Sin embargo, Des Entrayes los desafiaba muy erguido en los estribos... ¡los míos, por cierto!... arqueado sobre mi silla... ¡Estaba espléndido, desde luego!...

Atronaba como en Flandes... ¡Había que ver el número! «¡Escuadrones en orden disperso! ¡Caaarguen!» ¡Qué sacudida! ¡Los cuatro! ¡había que oírlo! ¡los dieciséis! ¡los treinta y dos! Un palpar de la hostia me entró, un jadear... de lo terrible que era... las crines me centelleaban, ¡y el culo! ¡de ardor y furia!... ¡cien mil chispas!... ¡al galope triple! ¡una tromba! ¡Salí volando! ¡arriba los corazones! Ya no sentía a mi coronel, su gran peso, su coraza, ¡ni nada! ¡Mandé todo volando! ¡vasos, vajilla

también! ¡todos mis utensilios! ¡la pañí caliente, la tina, se derramó! ¡todos los diques rotos por todo el sobradillo! ¡los cuatro escuadrones chapoteaban! ¡*Vlagadabum!* resbalé, caí de cabeza. ¡Me holló, me volvió a atrapar en el salto así, con el impulso, feroz! ¡ah! ¡estaba ardiente, espantoso! ¡como para reventarme en el aire, al galope! ¡yo me encabritaba, me debatía! ¡Todo me llevaba! ¡nos atropelló la cohorte! ¡y seis! ¡y nueve! ¡trece escuadrones! rodamos, ciegos, derrumbados... todo el desplome por la escalera... se había vuelto inmenso, enorme... el eco repercutía... echaba pestes por la mui... yo perdía los estribos... Quería tragarme la perspectiva... ¡Era el caballo yo, en cuerpo y alma! ¡Volaba de ardor! ¡pero bien! Me llevaba el ciclón... Las trompetas rompían, hacían papilla los cristales... ¡Las catorce brigadas rodando a cuerpo descubierto! ¡en el gran abismo negro, frenos caídos! ¡La «Decimocuarta pesada» y la «Quince»! Des Entrayes se me inclinó sobre la nuca, me calzó a fondo, me hendió los costados... ¡Tenía unas espuelas así de largas! ¡Había que ver cómo era! ¡me hacía polvo! ¡Yo era torbellino a la fuerza! ¡Quería descargar al rojo en la venganza! ¡a tumba abierta! ¡hostia santa! «¡Hada mía! ¡ya voy!» ¡le grité! «¡Aquí me tienes, mal bicho!» ¡Pensaba en la que se iba a ganar! ¡Oh! ¡su grupita! ¡Los catorce mil ticitipótites vengadores! pero ¡seguíamos avanzando en el sitio, suspendidos en el aire! ¡no nos habíamos movido! ¡El colmo, vamos! y ellos tres allá abajo, sobándose... ¡se hacían *ñam-ñam!*... los oía yo... sus lenguas... su rapacidad... Y después volvían a romper material... Estaban exasperados cosa mala... Partían, destrozaban... Todas nuestras posibilidades a paseo... ¡nunca llegaríamos a tiempo! Yo chorreaba jugo, bañado de espuma... no habíamos hecho ni ciento veinte metros... La llanura cabrilleaba, se balanceaba, bajo nuestros cascos... desaparecía, se remontaba bajo la carga... siempre la misma... una batalla de rodillos... un desafío cosmogónico... el panorama estaba hechizado... ¡Estaba iniciado yo en los sortilegios! ¡El Sosthène no había perdido nada!... ¡Iba a derribarlo yo junto con los otros! ¡Le iba a birlar mi palomita! ¡ah! despegué, ¡me separé del pelotón!... ¡Había ganado al menos tres cuerpos!... Iba rozando al Sosthène, ¡sí que sí! lo husmeaba junto al hocico... ¡Paratatrac! ¡todo se embarulló! ¡me enganché con las riendas! ¡un casco! ¡los dos pies! ¡todo para adelante! Me enredé, ¡me trabé!... Me zafé, ¡lancé una coz como para romper el decorado!... ¡Pasé al pasillo!... Todos me encajaron, me siguieron, ¡la horda! ¡Todo el escuadrón, las ocho brigadas, daban bandazos contra las paredes!... ¡al galope triple! ¡la tromba! «¡Caaarguen!» ¡Yo ya no podía más! Y Des Entrayes seguía bramándome... ¡me traspasaba, atroz! ¡La leche! ¡Berreaba aún más fuerte yo, su jaco! ¡presa del ardor! ¡sus chungas espuelas me acribillaban los huevos! ¡Era insoportable! ¡Me puse a lanzar viajes contra el pelotón de al lado! ¡Arrollé una muralla!... Y entonces me atraparon de las cuatro patas, me aferraron, amarraron... me trabaron las patas... ¿Quiénes eran los canallas? Me pregunté... ¡*Tag!* ¡*Tag!* ¡*Pam!* ¡Rompí todas las ligaduras!... al galope otra vez... ¡lanzado, lanzado!... Había dado tres, cuatro zancadas... era todo agua, todo espuma... en tromba, al galope, como loco... sacaba al menos cinco, seis, siete

metros... estaba casi en el extremo del taller, ¡tocando a la puerta, al yunque! ¡ahora! ¡ahora las represalias! las trompetas soltaron un estrépito, un eco, que para qué... ¡te quebrantaban, embriagaban, agitaban todas las paredes!... ¡una batalla de locos! ¡iba yo a descuajaringar toda la puta queli! ¡Quería llegar hasta mis granujas! ¡Se apalancaron donde las bombonas!... El cañón, los obuses, nos mandaban volando, ¡nos deportaban al paso! Conque, ¡ya veis qué intensidad! ¡mi Des Entrayes seguía vociferando! ¡Se estribaba, calzaba a fondo! ¡Quería que decuplicáramos, que nos superásemos! ¡Iba yo a mandarlo al cuerno, al muy capullo! ¡Ya es que no se podía soportar más! Me estrujaba, atroz... ¡se lo esperaba! ¡sus dos botas de hierro! un viaje de mi terrible grupa, partí, volando, ¡prodigio de tirón! ¡Planeé por sobre las explosiones! ¡Ah! ¡no me sometía yo, joder, qué leche! ¡Le metí una espantada! vaciló... ¡se me aferró a las crines otra vez! ¡Qué tenaz, qué vampiro! Solté más coces, ¡lo iba a despachar! ¡Arriba los corazones! ¡Se asió otra vez, el bruto!... ¡Se irguió él, me precipitó!... ¡Y vientre a tierra en el huracán!... ¡*Bagadamdam!* fuimos a dar en toda la vajilla... los taburetes... ¡los trastos por los aires!... ¡Mejor, qué hostia, ya sin calzón!... Era caballo de batalla, no de broma... grupa en pelotas... ¡pelotas y nervios!... ¡y encrespado de lo lindo! ¡Iban a ver cómo cargaba! en el 17.º pesado, bota a bota... ¡tres mil quinientos jinetes!... ¡y masas, además! ¡espumas, corazón al viento en plena borrasca!... ¡así embestíamos y hendíamos! ¡*Ta! ¡ga! ¡dam! ¡vromb!* ¡todo se precipitaba! ¡A tumba abierta! ¡Tronar de la tierra! ¡con el rugido! ¡Des Entrayes en silla de oro y crespón! ¡así era él! ¡*Te Deum!* ¡Todo retumbaba, rugía, del suelo a los cielos! ¡Toda la perspectiva jadeaba! ¡Catorce divisiones en tromba! ¡Vi los estandartes!... ¡flotaban al viento! ¡Ah! ¡Sosthène, picha, bajo la mesa! ¡ah! ¡lo vi de pronto! ¡justo con el fogonazo! ¡Estaba feroz yo con el galope triple! ¡Me lo iba a desalojar, a plena luz! ¡Que nos dejara ver su tejemaneje! ¡La horda me arrebatava! ¡Anda y que te parta un rayo! ¡La cabalgada retumbaba con su tronar! ¡cien mil zancadas nos impulsaban! ¡y el cañón, tan avieso, además! ¡Era demasiado! el suelo se ondulaba, bogaba, se reblandecía... iba y subía, se venía abajo... te venían náuseas hasta el horizonte... eran colinas de pura melaza... se iban deshaciendo al tiempo... no sostenían nada... bajo la carga, se plegaban, se hundían... ¡Yo echaba las tripas! ya es que no se podía mirar... Las largas paredes se abolsaban, se arrugaban, se agrietaban... todo el taller se desencajaba, se desplomaba, ¡iba a zozobrar todo junto con nosotros! ¡Oh! ¡caímos con Des Entrayes en el abismo! ¡Estaba ahí! ¡ahí, abierto, negrísimo! ¡Nos atrapó en tromba!... ¡planeamos en la nada! ¡en el rapto maldito! ¡los dieciséis escuadrones, toda la horda al culo!... Des Entrayes, mi coronel, ¡escuche la ira de Dios! ¡la galopada de los locos! ¡Yo sacudía el aire negro con los pies! ¡Todo ocultaba! la carga al abismo... ¡las entrañas de la negrura! ¡Des Entrayes! ¡ah! me dio risa ahí, en pleno abismo... ¡piafaba, me retorció, a carcajadas... ¡había que verme! ¡caballo o no! ¡Entrañas! ¡Des Entrayes<sup>[335]</sup>! ¡Qué gran palabra jubilosa! ¡Oh! ¡ay, la hostia, qué gracioso! ¡Cómico! ¡Quiproquo! ¡Me desternillaba! Me doblaba, ¡me atravesaba!

¡Me reía, caballo erguido, arqueado! ¡Piafaba, relinchaba, ijares de fuego! ¡Y zas! ¡volvió a montarme el otro! ¡Me castigaba, me destrozaba los costados! ¡No quería que riera! ¡Me desplomaba de dolor al galope! ¡ah! ¡qué verdugo! La horda, los veinticinco escuadrones me caracoleaban en la cabeza, los costados... ¡Me prensaban, saboteaban, abrían!... «¡Arriba los corazones!», gritaban todos juntos... ¡El coronel salió de naja! ¡se me saltó de la perilla! ¡desapareció en el abismo pero bien! ¡Yo lo había desmontado de un viaje con el culo, colosal! ¡Era fatal! ¡La palabra de burla, de desvarío! ¡de entrañas! ¡De las Tripas! ¡Des Entrayes, ése, qué hostia! ¡Me iban a matar de risa loca! ¡los ijares en llamas!... ¡ah! ¡el abismo nos tragó! ¡de tanto cachondeo! ¡Toda la carga, la brigada en desorden y los andobas! ¡Estaba cerca la victoria! ¡*vlauf!* ¡uf! ¡se me cortó la respiración! ¡me vi rociado! ¡un raudal gélido! ... ¡ah! ¡resoplé, vomité! ¡Tres me agarraron! ¡Doce! ¡veinticinco! Los tenía por todos lados... me hundían, me volteaban... ¡era una tina! ¡el ataque felón! ¡a ahogarme! ¡un ahogo! ¡una emboscada! ¡vuelta a empezar con lo de Greenwich! ¡Todo por la cabezonería! ¡Ahí estaban los bomberos! ¡Volvieron a hacérmelo todo! Me cegaron con sus terribles chorros... Me aplastaron otra vez con todo su peso... Eran locos furiosos, se vengaban... sólo podía ser el O'Collogham... Él lo había tramado todo con el otro granuja... había aprovechado mi dolor de cabeza... mi debilidad con la herida... ¡me habían hecho respirar su gas!... en el sobradillo de las mecánicas... ¡ah! ahora querían reconciliarse conmigo... tenían miedo... ¡la habían pifiado! ¡habían querido matarme!... ¡Aún querían, la hostia puta! ¡la prueba es que volvían a bañarme! ¡Me los iba a destripar yo con las cuatro herraduras! ¡mi golpe fulgurante! Me amonestaban, me llamaban «chavalín»... ¡qué miserables! ¡qué cara más dura! Se apoyaban en mi pecho... «No debería haberlo hecho, Ferdinand», así me hablaban... ¡el sermón! ¡Se me sentaban en el rostro!... ¡No querían que los mirara a la cara! ¡Claro! ¡Claro! Reaccioné... ¡Me convulsioné, me retorcí! Ellos me machacaban, me pateaban... Yo lo sentía todo... había perdido el hechizo... ¡Ya no era caballo!... Era un chorbo chuchurrío y nada más... Yacía ahí, huesos y jirones... Del dolor daba alaridos... volvieron a agarrarme por los tobillos... me hicieron piruetas, me oprimieron a propósito sobre el cuerpo... les daba rabia verme tan flojo... Entonces me cogieron de las extremidades, me hicieron columpiarme como una hamaca... «Debería haberse puesto la máscara... y no estaría enfermo...» Otra vez con los reproches... «¡Ha sido culpa de este asqueroso mequetrefe!...» Yo no podía responder nada... Me lanzaron contra la pared así, como peso muerto... La chavalita los miraba. Sosthène concluyó: «¡Se va a morir por gilipollas!» Seguía opinando que yo era un tío borde. «¡En pie los bravos!», troné y volví a ponerme de pie... de un respingo del culo. ¡Había que ver la cólera! de rabia resucité... ¡Iba a acogotar a esos canallas! Se lo anuncié... ¡Qué horribles se pusieron! Desorbitaban, bizqueaban, bramaban... ¡ahora los que tenían miedo eran ellos! «¡Entendedme, bestias!», les grité, «¡quiero recuperar a mi amor, mi ídolo! ¡Devolvedme mi hada, guarros!» ¡No les llegaba la camisa al cuerpo!... «¡Ah! ¡no os aprovecharéis más de

mi estado con estratagemas infernales!»

Yo estaba decidido, chalado, ¡todo! ¡Hasta las narices ya de mis vértigos! de los espantajos para gorriones... Se iba a acabar... ¡Iba yo a meter en cintura a todos esos granujas! ¡y a la chiquilla payasa! «¡Esperad, Tíbet y compinches! ¡ni de “cuarta<sup>[336]</sup>” ni de mantequilla en ondas! ¡Firmes, bribones!» Así mismito se lo dije, se echaron a temblar... vieron mi indignación... tartamudeaban, ya no sabían qué hacer... ¡ah! ¡qué poco molaban!... Se pusieron, solícitos, a atenderme... ¡ah! pero ¡cuidado, caníbales! Atenciones de casado, ¡ése era mi estilo! Quería precauciones en la caricia... ¡Tenían todos los vicios!... «¡Yo no soy Claben!», les avisé... «Cuando haya recuperado todo mi vigor, ¡os haré pasar por las doce escaleras!... ¡chacales en mi bota! ¡monstruos! ¡cerdos!...» Las estaban pasando putas... yo los dominaba, los ponía a parir... ¡No había acabado!... Quería que me masajearan la zona del corazón... Ahí era donde más me dolía... ¡Qué celoso estaba, al pensarlo! ¡y de esa asquerosita bicho! «Pero, a ver, ¿dónde está? ¿Eh?» ¿Desaparecida otra vez? No la veía yo por allí... Alcé la cabeza, hice el esfuerzo... Desaparecida... «¿Dónde la habéis metido?...» ¡Les iba yo a dar una buena!... Les iba a romper los huesos en fila... como en casa de Ben Tackett, a trancazos... ¡eran cómplices todos!... ¡Iban a entrar en cintura! y después en el yunque, ¡su chungu chola! ¡Les iba a hacer mecánica yo! ¡Máscaras con el martillo! ¡Les prometí todo eso! ¡A mi manera! ¡*Tra la la bum!* ¡y *pang!* ¡y *pang!* ¡a la chica también! ¡remilgada! ¡mi hada embaucadora! ¡quería que se le fuera la bribonería! ¡Palabras del corazón! ¡Los achuchones de Des Entrayes, caracoleador fenomenal, me habían quitado la ebriedad! ¡Me había salido de quicio! ¡Eso, lo principal! ¡Fuerza y sangre! ¡Tenía que curarme! «Masajeadme, bribones, pero ¡con suavidad!» ¡Tenían que expiar sus fechorías! ¡Quería yo ver sus lágrimas! ¡Y que me devolvieran mi ídolo! ¡No iba a dar mi brazo a torcer!... ¡Iba a aplicar mis conocimientos!... «¡Atención, canallas!», les avisé, honrado... «¡os voy a acogotar por tiempos!...» Ya veía yo un martillo flotando... ahí, en el aire...

«*Darling! Darling!...*» alguien me llamó... Pero ¡si era mi cariñito!... ¡mi ángel! ¡mi ángel! ¡mi corazón! ¡mi alma!... ¡quería verla! ¡quería respirarla!... Desorbité los ojos, me esforcé... ¡Qué deslumbramiento! Le respondí: «¡Virginia!... ¡Virginia!...» ¡Olvidé todo! ¡era ella! ¡su mano! ¡su manita!... Parpadeé... ¡qué luz! Su querida cara... sus rubios ricitos... ¡ah! se me nubló con los reflejos... se inclinó... ¡qué buena!... su manita me rozó la frente...

¡Ah! ya me encontraba mucho mejor... renacía... Lo notaron en seguida los otros cómo me hechizaba, que era una resurrección... Vieron el efecto que me producía... que era una amabilidad mágica... Ese mismito sentimiento... Había olvidado todos mis reproches... la adoraba y se acabó. Su presencia, ¡mi vida!... Permanecí sentado, no me moví apenas... Estaba pegado a la pared... Recuperé el ánimo... Ella estaba muy atenta a todo... no quería que me agitara... era un verdadero milagro, sencillamente... Sólo de volver a verla, ya estaba curado... no me movía, en éxtasis... Aun así, no me perdí a mis dos clonatis... Se volvieron muy corteses, ellos

también... Querían llevarme arriba, al piso, a mi cuarto... Me dejé ayudar, nada más... di el brazo a la monina... Me volvieron los recuerdos... y, sin embargo, no estaba tranquilo... Me palpaba... meditaba... con la sangre fría recuperada... no había bebido... ni mucho menos... Me había desatado de repente... igualito que en el *Tuit-Tuit*... «¡Vamos! ¡Vamos! ¡no lo pienses más, hombre!» ¡Ah! ¡qué encantadora, mágica!... ¡Volvía a ver mi maravilla! Vi que... ¡Me deslumbraba aún! Yo naqueraba, las piaba, que era hermosa... Gozaba como un perro... Ella reía, sonreía, me dejaba extasiarme... Si se hubiera ido, habría yo dejado de vivir... habría muerto ahí, súbito...

«*Darling... Darling*», la llamé así, muy suavcito... Ya no disimulaba delante de los dos tunantes... el hipócrita del tío y el otro bribón... ¡Que piensan lo que quisiesen! ¡Tenían que darse cuenta del amor! Me acompañaron hasta el piso... Yo estaba feliz, era un gozo... Me sentía llevado como en una nube... Me tumbé en la cama... «¡Cielo! ¡Cielo!», la llamé... no quería que se me separara... me habría gustado que se acostase conmigo... ¡A eso se opusieron ellos!... Me la retiraron... pero no brutales ni insolentes... sólo así, que si no era serio...

«¡Pero bueno, Ferdinand! ¡Que Virginia es una niña!...»

¡Así opinaba Sosthène, el muy cabrón! En fin, mala suerte, no iba a pelearme... que se quedara junto a mi cama... sólo la veía a ella, veía sus ojos azul pálido... ojos de color de mar... un vaho azul sobre su rostro... su rostro rosado y rubio... ¡Veía yo su alma!... ¡se lo dije a los otros, a los dos asquerosos! Estaba entusiasta, ¡era increíble!... ¡Me habría gustado besarla por todo el cuerpo! ¡Me puse a gritar!

«¡Me gustaría comerla, beberla!»

«¡Ah! ¡está insoportable, la verdad!»

¡Se indignaron al instante, los cerdos! ¡Iban a empezar otra vez con los escándalos!... Yo estaba en el ensueño, ¡qué caramba, joder! ¿Soñaba? ¡No, no soñaba!... Le oía el corazoncito bajo el vestido... ahí, palpé, palpé... y su limoncito, muy en punta... y luego el otro... ¡ah! ¡qué feliz, qué contento estaba! ¡Ya podía poner mala cara el tío! ¡No lo iba yo a mirar a ese marrano!... ¡Anda y que palmara de celos! yo estaba ahí, sobando... nuestros dos corazones, los sostenía yo... los tenía, muy cálidos, en las bas... ¡ah! el suyo, el mío, ¡los toqueteaba!... ¡ardía todo yo! un calor suavcito que palpitaba... todo el cuerpo lleno, el vientre, la garganta... ¡*Plof! ¡plof!* en ternura y todo... ¡ah! qué bueno, delicioso, era... me habría gustado dormir... lo necesitaba... lo habría necesitado... pero ¿y si aprovechaba que estuviera yo durmiendo?... ¿para largarse?... no, ¡su corazón estaba ahí! ¡ah! ¡tontina!... en mi mano estaba, ¡en mi mano! «*I love you! I love you!*...» cerré los ojos con confianza... veía cálido y rojo... me habría gustado que me hablara más... que me dijese dos o tres palabras bonitas... no decía nada... sólo se reía bajito... le hice cosquillas... en broma... no fueran a moverse los otros dos...

Estaba tan preocupado, que estuve a punto de pedir un consejito a Sosthène. Le hacía alguna alusión a las dificultades de la vida... que si los momentos de locura se

pagan... que si el tío no tenía buena cara... que si no debería fatigarse... que si su sobrina no estaba bien tampoco... Apenas recibía respuesta.

Sólo pensaba en sí mismo, Sosthène, en sus preocupaciones personales. Jalaba bien, entretanto, y, sin embargo, no engordaba. Era como yo, Sosthène, aficionado a la mermelada... voraz, la verdad, sobre todo con la de naranja acababa hastiado, de tanta como tomaba. Nos servían en la alcoba el *breakfast* completo, todas las mañanas. ¡Una vida de grandes señores! Tostadas con mantequilla, chocolate, todo... y *haddock*, sardinas y fruta. Era una pena que se fuera a acabar, no podía durar para siempre, de todos modos, daba tristeza... Sosthène estaba desmejorado, pese a que jalaba la tira. Había engordado al principio, pero ahora lo perdía todo. Le daba cagalera ocho, diez veces seguidas. Ya es que no paraba... de día, de noche... me despertaba sobresaltado... se lanzaba al retrete, dejaba la puerta abierta...

Al final, las pié.

«¡Esto es para morir! ¡a ti te da igual!»

«Pues, ¡anda que a ti, cacho cabrón!»

Me respondió con mala leche...

«¡A ti qué te importa adónde voy! ¡A cagar! ¡sí, a cagar! ¡Qué le voy a hacer! Tengo preocupaciones, ¡mire usted! ¿Cómo lo voy a pasar yo dentro de ocho días? ¿eh, ricura de capullo? ¡El señor no tiene ninguna preocupación! ¡El señor va a lo suyo! ¡El señor sólo piensa en situarse!...»

«¿Te dan canguelo los ensayos?»

Le hice la pregunta.

¡No me respondió que no, convencido! se precipitó al lavabo, volvió, se sentó, charlamos.

«¡Mañana!», me dijo. «¡Mañana iremos!»

Así, decidido.

«Iremos, ¿a qué?»

«¡A probar la fuerza!»

«¿Estás enfermo entonces de verdad?»

«¡Ah! ¡te lo suplico, bandido! sé leal por una vez conmigo... ¡No olvides, eh, que no estás solo! ¡que fui yo, eh, quien descubrió al coronel, la manduca!»

Me hacía la escena...

«¡Que te has puesto morado gracias a mí! Mira que eres feliz ahora y que me lo debes a mí, conque anda, ¡muévete un poquito!»

«¿Qué quieres?»

«Quiero ver lo que sale ahora... Lo tengo aquí metido, aún lo noto...»

«¿Estás seguro?»

«¡Ya lo creo!»

«Pero, aun así, ¿tienes miedo?»

«Son los nervios... no quiere decir que tenga miedo... tengo una idea incluso... ¡una chachi!... No te la digo... ¡ya lo verás!... Tú hablas demasiado... ¡irías a

contárselo todo a tu chorba!... Anda, vamos en seguida...»

¡Ah! Me cogió de improviso... En cierto modo, era divertido... Me atacaba con el garbeo... Yo era débil por ese lado... Pero pensaba en Virginia... No era demasiado grave... íbamos a volver al cabo de una hora, el tiempo justo de ir y volver... probar la experiencia... diquelar otra vez la potencia...

De acuerdo.

«Pero, mira, ¡a huevo! ¡En el centro mismo de los obstáculos!»

Se estremecía el Sosthène ante esa perspectiva.

«¡Ah! ¡Te vas a quedar patidifuso, tronqui, con lo que vas a ver! ¡Ah! ¡ya estás bien advertido!... Basta con que te llesves la cuchara y el aro de la servilleta... con eso, mira, así... ¡tac! ¡tac! ¡tac! ¡vas que te matas! me marcas el compás... yo me lanzo al trajín... pero muy cerca, ¡que yo te oiga!...»

«¡Hale! ¡venga! ¡aúpa! ¡andando!...»

Nos apresuramos a vestirnos, él enrolló su traje de chino, un paquetito bajo el brazo, ya estábamos en marcha.

Era casi de noche aún. Bajamos de puntillas, por la calle nos dimos prisa... montamos en el primer tranvía... Era el amanecer... una bruma fría con avaricia. Era octubre... tiritábamos...

«¿Adónde vas?», le pregunté otra vez.

«¡No puedo decírtelo!... De la sorpresa depende todo... ¡Tú me oficias!... ¡Tiene que dejarte estupefacto! Sin sorpresa, ¡no hay choque! ¡ni fluido!... ¡No vienen los espíritus!»

«¡Ah!»

Yo dudaba un poquito...

«¡Vas a hacerlo también por lo de los gases!... ¿Comprendes? ¡el compás! la envoltura de las ondas... ¡ahí está el secreto!»

«¿Sigues teniendo el Goâ?»

Quise informarme.

«¿Que si lo tengo? ¡Ah! ¡no veas, chaval! ¡vas a ver! ¡vas a darte cuenta! ¡un poquito! ¡qué aflujo cósmico! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!»

¡Una seguridad! ¡El tranvía iba lleno! Asiduos, abonados que bajaban hacia Ludgate, empleados, «Harrows<sup>[337]</sup>», rostros pálidos, flacos, pachuchos, todo un cargamento apilado, los hombres fumaban un poquito... se limpiaban en el periódico los gargajos de la bruma. No es divertido precisamente el amanecer... El sudor del tranvía en Londres huele a bodega de barco... ¡los viajes a los antípodas! por los Orientes, los pasos malayos, por las pipas, los tabacos con miel... con sándalo un poco.

Tal vez piensen en eso también los empleados del tranvía, en lata, en gavillas, traqueteando pero bien, chocando unos con otros, en los cambios de agujas, en las esquinas de las calles, echando chispas, a trompicones, de High Point a Shepperd<sup>[338]</sup>, todos los arrabales ondulados, la sarta de bungallows, los jardincitos en fila india,



cercados de geranios, muy curiositos, señuelos de flores, alegres como miles y miles de sepulturas un día de Todos los Santos... La culpa es del cielo, que allí siempre es siniestro entre el amanecer y el mediodía.

Recogíamos gente por doquier, en cada parada acudían, jadeantes, ya derrengados con el trabajo, antes de empezar, señores y señoras, inquietos por la hora, titubeantes fantasmas todo excusas...

«*Beg your pardon!*»

Por el trayecto yo pensaba en Pépé.

«¿No vamos a ir a verla?», le pregunté.

No íbamos desde hacía ocho días... Debía de estar haciendo conjeturas...

«¡Todo el mundo hace conjeturas, joven! ¡todo el mundo! ¡Así es la vida! ¡hacer conjeturas!... Yo también las hago...»

No insistí.

No tenía un gran corazón precisamente. Eso ya lo sabía yo...

¡Llegamos a Shepperd Bush molidos con los empujones! ¡Todo el mundo se apeó! ¡Una avalancha, la carga hacia el metro! ¡El abismo! ¡Todo desapareció! ¡Todo rodó cuesta abajo!

¡Ah! ¡no me hacían gracia aquellas tinieblas! ¡Tenía mis razones! Propuse que cogiéramos el autobús...

«¿Adónde quieres ir?»

Ni palabra.

El secreto en persona. Me puse cabezón. Me obstiné.

«Haz lo que quieras, ¡yo me quedo aquí! ¡No quiero volver al metro!»

Cedió, montamos en el autobús con imperial que iba al centro, el 61. Un trayecto de chorchis. Se desplazaban, se dirigían a Charing Cross, la estación de la chingaripén<sup>[339]</sup>.

Ahora ya era de día. Había militronchos por doquier, caquis para parar un tren, toda la calzada llena, todo el Strand, refuerzos, camino del frente, en el rengue para Flandes, hacia los combates, y lumis ya en el currele, todos los cruces desde el Bridge<sup>[340]</sup>, las veía yo desde allí arriba, desde la imperial, las reconocía unas tras otras, las de Cascade, las de Gencive, las de Jérôme<sup>[341]</sup>, otra vez Ginette y también la Bigudí delante del gran *pub* “La chispa” en la esquina de Winham Road.

Me dio un codazo, me avisó, ¡nos apearíamos en Villiers Street!

«¡Te lo voy a explicar todo! ¡Sipi!»

No me parecía mal.

Volvimos al tascucio chino, el de nuestro primer encuentro, que daba al túnel, en plena cuesta<sup>[342]</sup>. Como la otra vez, tocaban con ganas la armónica mecánica, con trompetas y tambores y girándulas que se iluminaban con cada toque de los címbalos. Tronaba pero bien la quelí...

Me gritó:

«Voy a ponerme la túnica...»

Se precipitó al retrete. No tardó demasiado, volvió completamente emperifollado de chino, maquillado, con trenzas, coturnos, todo...

Le dije:

«¡Bien maqueado vas! ¡Bravo! ¡Enséñame tu dragón!»

Giró el bul, me lo enseñó, rojo y verde y escupiendo fuego, un bordado espléndido. Los camareros venían a admirarlo, palpaban la seda auténtica.

«¿Estás contento ya?»

Estaba causando sensación, todos los temblequeantes de la barra vinieron también a verle el trasero, toquetearle el dragón. Soltaban unas bromas estupendas...

Bebimos tres copas de coñac con los camareros, además del té y los pasteles.

«¿De dónde has sacado la pasta?»

Me respondió:

«¡Hum!»

Habíamos salido sin un... Ya eso sólo era un milagro.

«¿Cómo vas a hacer los otros? Ya no te queda demasiado tiempo. Sólo una hora. ¿Qué vas a hacer?»

«¿Tienes valor?», me respondió.

«¡Con avaricia! ¡me sale por las orejas!»

«Entonces vas a ver tú lo que es bueno.»

«Pues mira, hace la tira que me lo prometiste, ¡lo que me haces esperar para disfrutar! ¡Para ver la corrida un poquito! ¿Dónde vas a maravillarme?»

Me figuraba yo un poquito que iba a hacer el gilipollas fuera, provocar a la multitud, entorpecer el tráfico, era su forma de engatusar, de seducir a los Espíritus y a Goâ, someter sus efluvios a su hechizo... Toda una labor extraordinaria. Se estaba excitando a ojos vista, al tercer coñac ya estaba piripi, rebotaba en el sitio. Le temblaban los hombros, vibraba de arriba abajo. Ya no podía estarse en el bar. La gente se desternillaba. Se burlaban de nosotros, yo me sentía incómodo.

Le pregunté:

«¿Te sientes fuerte?»

«Dale un poquito al tenedor.»

En seguida le hice *tac tac tac...* el acompañamiento que me había dicho... sistema improvisado...

«¿No has cogido el aro de metal de la servilleta?»

Venga reproches al instante.

No resultaba bien en la madera, sonaba, claro, a castañuela...

«¿Lo recordarás?»

«¡Ya lo creo!...»

Que nos iban a detener, me lo veía yo venir, seguro, pero, si me hubiera marchado en seguida, si hubiese dejado plantado al otro con su túnica, mi aro de servilleta, su exhibición, su manía de faquir, tal vez no habría regresado nunca él a Willesden, habría sido el abandono, la pobre Virginia solita con el tío y sus fantasías, un régimen

curioso entonces, pero es que moradas, y el látigo familiar. No se iba a librar.

Era imposible.

¡Ah! ¡iría hasta el final, qué leche! me iban a dar para el pelo, ¡mala suerte!

«¡Hale!», dije, «viejo, ¡vamos a probar! pero ¡date prisa! tenemos una hora, ¡no más! ¿Qué cojones vas a hacer? ¿No crees que sería mejor que volviéramos a casa? ¡Date cuenta, hombre, cómo lo dejamos todo! ¡No arreglamos nada en el sobradillo! ¡Todos los utensilios al retortero! ¡Ah! ¡tú fíjate qué mala hostia! ¡Debe de estar que trina, el coronel! ¡Ah! ¡ya es que lo oigo desde aquí! Conque la nena, ¡no veas qué zurra! ¡No te imaginas!...»

«Vete a follártela, joder, lárgate... ¡Ya que no quieres ayudarme!»

«¡Que sí que quiero! Pero ¡aligera, anda! ¡No te cortes! ¿Sales? ¿Te quedas aquí? ...»

Estuvo observando a las chatis y después el tráfico un poco fuera, los mirones en Villiers Street.

«¡Van a ser diez minutos!», anunció por fin, decidido. «Cierra el pico y haz lo que yo te diga.»

«¡Bien! de acuerdo entonces, te escucho, pero ¡procura que estemos de vuelta para las once!»

«¿Perdiendo el culo?»

«Pues, ¡sí!»

Seguía sin revelarme su proyecto... ¿Iría a bailar en público? ¿Recoger dinero?...

Se lo pregunté francamente.

Me miró, movió la cabeza...

«¡Oh!», fue y me dijo... «Tú no das la talla, no comprendes nada de las pruebas...»

Pagó... salió... lo seguí... Nos aplaudieron al marcharnos... Debían de ser las diez y media... Había ya no pocos guripas en el Strand, arriba... Comprendí, era su hora más o menos, el relevo de la guardia de Whitehall<sup>[343]</sup>.

Volví a repetirle:

«Date prisa, no sé lo que quieres hacer, pero no me gustaría que me reconociesen las chavalas del Square, todas las taconeras de Cascade, Dios me libre.»

Se dirigía hacia allí precisamente, cruzamos todo Trafalgar, toda la plaza, pasamos a tres metros de Nelson, por suerte no levantó la cabeza, estaba absorto en su bosquejo... Y eso que Sosthène llamaba la atención, la gente, los chorchis, lo escoltaban, creían que era un disfraz, el paripé para el reclutamiento, que iba a pronunciar un discurso, subirse a una caja, sobre todo detrás de la Gallery, donde daban en aquella época, junto con Hyde Park, las charlas así, al aire libre<sup>[344]</sup>...

Continuó, no se detuvo. Cruzamos delante del *Empire*, pasamos justo por la esquina de la calle. ¡Ah! yo me moría, Leicester Street... Me dije: está loco, quiere entrar en casa de Cascade, enseñar su hermosa túnica. Qué va, continuó, ya estábamos al borde del Circus<sup>[345]</sup>, en la acera justo delante del teatro, donde los

coches daban la vuelta con mucha dificultad, el punto atestado de tráfico, ¡donde avanzaba a un cuarto de rueda! Acudía por todas las vías, de Regent sobre todo, de Tottenham<sup>[346]</sup>. El policía estaba plantado en su peana justo a la derecha del Cupido. Era el corazón del Imperio, como se suele decir...

Vi al Sosthène detenerse en seco, yo lo seguía a cuatro o cinco metros para que no pareciera que iba con él.

Me gritó: «¡Aquí es!»

Se plantó ahí, osciló, vaciló, como en equilibrio en el borde del tráfico, al ras...

Me dije: está hartito, ¡va a tirarse bajo el autobús! ¡con su túnica y todo! ¡Estoy aviado! ¡el numerito del suicidio!... ¡Me ha traído a propósito para eso!... ¡La desesperación y el canguelo! ¡Quiere un testigo!

Entonces me aparté aún más en la acera. Me quedé bajo la marquesina del teatro, entre los vendedores de periódicos. Me hizo señas para que me acercara...

¡Y una leche!

Me gritó:

«¡Ven! ¡Que no muerdo!...»

Me acerqué.

«¡Ahora, Ferdinand, un poco de valor! ¡Vas a ver el gran desafío! ¡Pon a sonar tu instrumento! Cógeme bien el ritmo, sígueme de muy cerca, para que yo te oiga... Bien claqué y después perlas... gotitas... *tu... tu... tu...* ¡Mírame! ¡Voy a mostrarte la fuerza de Goâ! ¡la inversión del tráfico! ¡Voy a abolirte la policía! Anda, ¿eh? ¿Crees que exagero?»

Era atrevido.

«¡No, no exageras!»

Era el desafío puro y simple. Bajó de la acera, avanzó por la calzada. El guripa en medio del cruce lo vio venir, pitó, nos hizo señas para que diéramos media vuelta. Los otros, con el pitido, pararon en seco, los autobuses, los camiones, las carretas. Sosthène alzó una mano y después la otra, en figura danzante, dio tres pasos más, se volvió a alzar el gran faldón de su túnica, se quedó plantado delante de los autos, detuvo todo. Se cruzó de brazos. Unos rugidos terribles, unas vociferaciones hasta Oxford<sup>[347]</sup>. Un desencadenarse de bocinas y gritos. Bloqueaba todo el Circus, todas las filas, le llegaba una cencerrada de todas partes. Se quedó ahí fijo, heroico. Después se puso a echarles la bronca. «¡Anglicones!» les llamaba: «¡Silencio! ¡*Chutt up*, Inglaterra! ¡Goâ puede más! ¡Media vuelta!»

Quería hacerlos dar marcha atrás.

«¡Ven a verme!», me gritó. «¡Que vengas a verme!»

Estaba exaltado, se encolerizaba, berreaba en trance, se quitó su chambrita, les iba a ofrecer una danza de verdad...

«¡Tócame tu 92!...»

Yo ya no daba con el 92... Me lo recordó.

«¡TAC! ¡tac! ¡tac! ¡tac! ¡TAC!...»

Volví a subir a la acera. ¡No quería tocarle nada! ¡Bastante escándalo armaba ya él! Gesticulaba, se meneaba... era la figura 92... ahora la reconocía yo... ponía los brazos... se contorsionaba... la mímica, todo... el descoyuntarse... Era arduo... él, que no era garboso... se forzaba... todo eso justo en ese sitito... tenía los autos casi encima... Zumbaban, bramaban, cosa horrible, contra él... Unos mugidos por toda Regent Street, que ya es que yo veía borrosas las casas, me entraba un vértigo de aceras de tanto como zumbaba el aire de cólera, con los estampidos de todos los maderos motorizados desde Marble Arch<sup>[348]</sup>, una tormenta de pitidos que subía, arrancaba el eco, se llevaba las voces, los ruidos de motores, los ojos, la vista, la cabeza, todo.

Ya podía vociferar ese de ahí sobre su peana, lo veía yo al guripa, como un tomate, saltaba detrás de su señal, reventaba de cólera. Berreó a Sosthène:

«*Go away!... Go away!... Fool! Scrum!*»<sup>[349]</sup>

Pero Sosthène no lo oía... Exultaba, me hacía señas de que estaba en la gloria de potencia. Me mostraba los camiones, los autobuses que temblequeaban todos ante él, todos los motores que chorreaban, se derretían, salpicaban de no poder embragar más, chirriaban, se descuajaringaban, se cagaban, echaban las tripas. Todo el enorme rebaño alborotador, los monstruos echando chispas, tozudos, domados así, en el asfalto, caguetas. ¡Ah! Era horrible... desde el *Empire* hasta la *Royale*<sup>[350]</sup>, un embotellamiento infecto, una anguila habría resultado pillada, una pulga habría perdido a sus pequeñines. El guripa de la circulación ya es que no podía más de contonearse sobre su estradillo, de intentar alejar a Sosthène, dejó todo, su situación, su palito para las señales, sus flechas, su peana, todo, bajó al pavimento... ¡Ah! estaba fuera de sí... Era un gigante de feria, la anchura de espaldas, los hombros, las manos...

Vi sus guantes blancos en el aire por encima de Sosthène, por encima de su cabeza, iba a anularlo, a aplastarlo...

El otro seguía danzando, se contoneaba sobre un pie y luego sobre el otro... la jeta en éxtasis...

«*Will you stop!*», fue y le gritó el guripa... «*Will you stop, rascal?*» Se oía su voz, de tan fuerte como berreaba... por entre la tormenta de los tractores, lo dominaba todo, las bocinas, los gritos, las sirenas, los chillidos de los transeúntes agrupados en muchedumbre por las aceras.

Sosthène corría delante de su guripa, escapaba con piruetas, entre los camiones, cabriolas, elevaciones, paso de lado, ¡y más piruetas! Se recuperaba... ¡cucú!... ¡todo ello por detrás de los autobuses! trémulos, ahí, al menos tres mil... en pleno embotellamiento enorme, estruendo, treinta y seis mil trompetas, bocinas, cascabeles, sirenas, pistones, desenfrenados en el atasco de Charing Cross a Totthenham, un estrépito de Juicio Final. ¡Toque de acoso a Sosthène!

Entonces él en gran rigodón, mágico como para no saber ya cómo ni por qué, levantado del suelo con su túnica, arrebatado, arremolinado, elfo en vuelo, gracia y

milagro, travieso entre los autobuses, se desvanecía, reaparecía, vivaracho, al escondite, y venga sonreír, las figuras del Encantamiento, el 96 de los *Vegas*, esfumado, el guripa en trance por el culo, galopando, espumando de rabia.

Yo lo admiraba, no lo podía remediar, ¡no iba a ponerme a tintinear ahora con mi tenedor! No me habría oído. Me habrían despedazado y se acabó.

Chocaba con los autobuses el enorme guripa, lo arrollaba todo... Sosthène se le colaba por los dedos... Ya no tenía peso... ¡un soplo!... ¡Lo que se divertía la multitud entonces! ¡era una gozada! ¡una delicia!

Yo no iba a meterme, me limitaba a berrear con los demás... Animaba la corrida de Sosthène con su guindi, la caza que le lanzaba el otro por entre el rugiente caos, el rebaño de monstruos trepidantes. Había deporte en ello, emoción...

«*Go on! men!... Cut him short fellow!...*» y ¡*puac! ¡puac! ¡wooo!...* ¡Yo imitaba las trompas! ¡me lo pasaba pipa! Tenía guardado en el bolsillo el aro de la servilleta y el tenedor... y la cuchara... No quería llamar la atención... Los sorchis también se divertían. Había la tira de caqui en los autobuses... Se apearon para ver mejor la caza... Se pusieron a gesticular como Sosthène... en plan bailongo... Invadieron la calzada... rodearon a los civiles... iban cogidos de la mano todos... es que les venía la fiebre... Había algunos borrachos y vendedores de barquillos, todo un coche de violetas en la bacanal y dos gaviotas y un gorrión que volaban justo por encima de Sosthène. Lo noté. La muchedumbre salió de las aceras, invadió el Circus, todo el Piccadilly, los cruces, absolutamente irresistible, desbordaba a los guris, el tráfico, atascaba, detenía todo, hacía retroceder a los autobuses, ru-

gía así... ¡*BRROOM!... ¡BROOM!... ¡BRROOOO!...*

Sosthène iba a la cabeza de aquella locura, le había estallado la túnica, ¡se entregaba a fondo! ¡Me buscaba con los ojos! Yo me encogía... El enorme guripa nadaba enredado en los remolinos de la danza. Y ya es que no sabía cómo girarse... Se veía inmerso otra vez, aspirado, atrapado, arrastrado por el bailongo... daba la vuelta a los edificios y hasta el medio de los coches... Se deslizaba por todos lados como un sueño entre los fragores de autobuses, los furiosos mastodontes amontonados... Era la feria en pleno Londres, ¡todo ello por culpa de Sosthène! ¡Ah! acabaríamos pagándolo, estaba yo seguro... ¡Ah! me veía yo venir la sacudida contraria, ¡represalias cosa fina!... Quería eclipsarme despacito, escurrirme hacia Tottenham, pero no podía retroceder ni una pulgada, un tropel pero que demasiado tupido, avanzar tampoco... estaba listo.

¡El guri pitaba!... ¡pitaba! ¡ayuda! ¡socorro! ¡ya no podía más! Reptaba bajo los autobuses, se arrojaba desde las imperiales tras Sosthène el inasible, virovolando por doquier, saltando de un capó a otro, así, diez, doce metros de altura, un chivito, una gamuza, un hada. Enloquecía, el madero, de darse golpes, chocarse la cabeza, rugía bajo las ruedas, ¡como un león! se lanzaba desde muy lejos, se partía la boca, se había quitado el pantalón, la guerrera, el cinturón, najaba así, en pelota, a cuatro patas tras Sosthène...

«Tiene sed», decía una niña, «ladra, está rabioso.»

Yo no quería seguir viéndolo...

En ese preciso momento, la campana de los bomberos, se los oía llegar de lejos...

«*Fire! Fire!...*» Repercutía, hacía eco en la muchedumbre...

¡*Dong! ¡Dong! ¡Dong!*

Sosthène bailaba también a ese ritmo... primero un pie y luego el otro... en arabescos... y todos los jubilosos... todos los chalados, ¡a todo tren!... de la mano... la zarabanda...

¡*Dong! ¡Dong! ¡Dong!*

Iban lanzados a una velocidad de locura, la cola de la danza retumbaba en las paredes, percutía, chillaba con acritud...

Los bomberos se alejaron... se fue apagando su campana...

En aquel momento llegaba, se anunciaba, una caterva de maderos, se veía el montón, en el extremo de la plaza, de Haymarket, al menos un centenar, *copper*<sup>[351]</sup> de azul... No perdí los estribos, me lo temía... pero feroces, ¡os lo aseguro! ¡Una tromba! ¡Se lanzaron como un hato de bueyes! ¡No había pitado en vano el guripa!...

Cargaron sobre la zarabanda, saltaron, cayeron a huevo, aplastaron la giga a puñetazos, arrollaron, derribaron todo el corro, lo pisotearon, machacaron, patearon. Los cuerpos berreaban, despachurrados, hipaban por ahí debajo, sonaban las cabezas, chocaban, estallaban, había sangre por todas partes... Otra caterva de maderos se abalanzó. ¡Por un pelo los esquivé! ¡Fallaron! ¡Corrí! ¡Presencia de ánimo! ¡Los búfalos con esclavina acogotaban todo bicho viviente! Recuperé el aplomo de pronto por Sosthène, ¡no quería que la palmara! ¡Sólo habría faltado eso, joder! ¡El remate! ... ¡Que volviera yo con su último suspiro! ¿Qué iba a explicar? Lo busqué... lo llamé... Corrí por delante de la fila de autobuses... Lo descubrí en el suelo, en la acera, había dos colosos zumbándolo, acabando con él, uno con la porra y el otro a puntapiés...

«*There! There!*», grité... les señalé el otro lado de la calle... como si hubiera algo extraordinario... «*Fire! Fire!*», ¡alboroté!... Con eso se desvió la atención de aquellos búfalos... ¡Se fueron hacia allá gruñendo con sus esclavinas estiradas con plomos!

«¡Ah! Maestro», fui y dije a Sosthène, «con lo que tiene en la cabeza se va a morir... ¡le mana sangre por todos lados!...» Hipó en el arroyo... Le chorreaba la cabeza. Le arranqué los jirones de la túnica... Más valía que no lo reconocieran... aún seguía peleándose la gente por doquier, continuaba la emoción, los maderos aporreaban a todos cuantos había delante de *Lyon's*. Íbamos a poder desaparecer. Intenté alzar a Sosthène, ponerlo de nuevo vertical.

Había cobrado de lo lindo, tenía los ojos hechos papilla y la nariz tan inflada, que le formaba tres o cuatro ventanas nasales. Todo eso salpicaba sangre.

Le habían dado para el pelo bien.

«¡Lo han dejado guapo, querido maestro! ¡No ha funcionado precisamente la

Fuerza!...»

En aquel momento un acceso de pánico volvió a derribarnos sobre la acera y después la multitud nos arrastró, nos vimos llevados por el tropel. En cierto modo, fue una suerte. ¡No se habría sostenido en pie por sí solo! Tenía la boca cubierta de puches, sangre, cabellos, dientes, baba...

Escupió todo eso poco a poco sobre la gente alrededor. Nadie lo notó. Quería hablarme, vomitó. Me cubrió de chocolate. Se vio arrastrado un poco más allá... Por fin lo alcancé. Consiguió decirme en pleno caos:

«Entonces, ¿no ha funcionado?»

Estaba asombrado, parecía.

«Va usted a coger frío», le solté.

La multitud nos arrastró. Era un torrente hacia Shaftesbury... Nos asfixiábamos y después respirábamos, a tirones, según... La compresión de los esqueletos. Me clavaban huesos por todas las costillas. Me laminaron contra una tienda. Divisé a Sosthène, su jeta, la sangre que le manaba por las ventanas de la nariz. Era más ligero aún que yo, flotaba sobre la multitud. Por fortuna, hacía un tiempo casi bueno. Él iba en mangas de camisa y calzoncillos sólo, todo ello muy empapado, asqueroso. Había rodado por el arroyo...

Por fin salimos del grupo que era presa del pánico... Seguía vociferando, la multitud nos superó. Me quedé a un lado junto con él. Nos apalancamos en una entradita. Ahora ya se tenía de pie solo. Ya estaba recuperado más o menos, salvo la sangre, por todos lados manaba, de los oídos también.

Me preguntó:

«¿Bebemos algo?»

Yo no quería volver a verlo borracho.

«No», fui y le dije... «¡Volvamos a casa!»

Montamos en el 114, por Marble Arch no quedaba lejos... En Piccadilly debían de seguir machacándose. Iba yo pensando en eso. No debían de haber acabado los tumultos, ¡la zarabanda!

«¡Menudo pitote ha armado usted, maestro!»

Tenía que darse cuenta un poco de que yo tampoco estaba cegato...

No respondía nada... Estaba taponándose las ventanas de la nariz... En fin, no quería yo insistir. Lo principal era que llegáramos. Estaba impaciente por volver a ver a Virginia, saber lo que había ocurrido. Volví a hablarle a Sosthène, mientras se tapaba las ventanas de la nariz, se apretaba para contener la hemorragia, así, en lo alto del autobús, de las circunstancias del escándalo, de sus imprudencias, de cómo se había expuesto... y de que yo lo había librado de la muerte, lo había arrancado de las garras de los maderos ebrios de sangre...

Entonces montó en cólera, me insultó, que si la culpa era mía enteramente, que si yo había ahuyentado a los espíritus de Goâ, en particular por mi cobardía, que si lo había saboteado todo, ¡ni siquiera había aventurado un solo *tic tac* en el momento



trágico! ¿Y el aro de la servilleta? ¿Y el tenedor? ¡que si había quedado fatal! ¡que si era una vergüenza!...

Estaba cabreadísimo conmigo por haber hecho una chapuza con sus *tic tac*, pero ¿es que no le había salvado yo la vida? Entonces, ¿no contaba eso acaso?...

Sangraba tanto por las nupias, por los ojos hechos papilla, que le chorreaba por todos lados, llevaba la boca cubierta, las gilipolleces que iba diciendo le salían por entre los cuajarones, iba espurreando a los vecinos... llevaba toda roja la chaqueta por delante...

«¡Hale!», dije. «¡Vamos a apearnos!»

La verdad es que faltaba aún un buen trecho para llegar. No quería yo más cuentos. Caminamos un poquito. Llegamos ante la casa. Seguía sangrando por la nariz, por los ojos. No quería yo que nos vieran así. Pasamos por el senderito de los álamos y después el jardín, la cocina...

Tuvimos potra. Acababa de salir precisamente el tío. No iba a volver hasta la noche. Se pasaba el día en las carreras. Se había marchado muy temprano para Ascot u otro hipódromo.

Llamé desde abajo, desde el jardín...

«¡Virginia! ¡Virginia!»

Me respondió en seguida, estaba de lo más contenta, pero no había estado preocupada, nos esperaba, no se había dicho ni una sola vez: «Ya no volverán más.» Tenía confianza en mí. Un detalle muy bonito. Me dio tanto gusto, que la besé delante de Sosthène, no me cohibí... Me preguntó de dónde veníamos. Sentía curiosidad, de todos modos. Y, además, es que se le notaba a Sosthène, en el estado en que se encontraba, la camisa hecha jirones, sangre por todas partes, los ojos a la funerala. Había perdido tres dientes, le había quedado un agujero en la boca.

«Lo ha pillado el autobús», así mismo dije en seguida para cortar las explicaciones. «Hemos ido a ver a su mujer, estaba un poco enferma, ahora ya está mejor.»

Él lo corroboró.

Nos arreglamos un poquito, nos lavamos, nos restauramos. Por fin nos sentimos mejor. Por mi parte, bromeé.

«Oye, ¡te ha tanguelado Goâ! ¡Ah! ¡vamos que...! ¡hay que ver!» ¡Conté! Quería hacer reír un poco a Virginia. Le conté toda la aventura, cómo se había defendido en los autobuses, cómo le habían zumbado esos zorrocotronicos del Yard a Sosthène.

«¡Ah! ¡no veas! ¡la que se han marcado! ¡Ah! ¡madre mía! ¡Ah! ¡la prueba mágica! ¡Ah! ¡a base de bien, vamos! ¡Ah! ¡fijaos bien! ¡Cosa fina!»

También él se rió un poquito, pero sólo de dientes para fuera, y, además, es que me salía con que si yo lo había dejado tirado, que si no había tocado el *tac tac*, como había prometido, con mi tenedor y mi aro de la servilleta... que si me había entrado canguelo de los maderos... que si se había ido todo al carajo por mi culpa... que si la fuerza se había presentado sin lugar a dudas... que si la teníamos enteramente a

nuestro favor... que si con mi actitud yo la había hecho largarse... si no, habríamos desquiciado Londres... habríamos hecho entrar a toda la policía en las alcantarillas como ratas... que si los autobuses estaban ya completamente averiados... que, si no me parecía eso una prueba, entonces es que era hostil y más tonto aún que gallina, que, si no hubiese yo abandonado, si hubiera sacado del bolsillo el aro de la servilleta y el tenedor y lo hubiese acompañado con el *tac tac*, como habíamos quedado... se habría visto un foco de Fuerza<sup>[352]</sup> brotar en pleno Piccadilly, una perturbación de autobuses, una transmutación telúrica como no se había visto aún en Bengala siquiera, pese a que allí se producían los prodigios de Goâ Gwentor<sup>[353]</sup>, los lamas de Ofrefonde artificioaban cataclismos cósmicos que resquebrajaban el Himalaya... que ya es que la India temblaba hasta Ceilán, las interferencias llegaban hasta la Luna, se veía por el telescopio... Se habría podido ver todo eso en Piccadilly, si no me hubiera dado la pálida así, en el momento de actuar... Y él, que se había entregado a fondo... en una palabra, que yo lo había traicionado...

«¡Con combatientes así da gusto!», ésa era su conclusión. «¡Les dan miedo los autobuses!»

Eso fue lo que se le ocurrió. Para vejarme delante de Virginia.

«¡Ciclones! ¡sí, ciclones! eso es lo que tenía yo bajo los pies... los sentía en la danza... se me arremolinaban en los huevos... Si hubieras hecho ahí tan sólo *tac tac*... habría vaporizado yo el Parlamento, a los *constables*<sup>[354]</sup>, el Westminster... en el bote. Pero ¡ya has visto los *Vegas*! sin *tac tac*, ¡no hay cadencia! ¡ni corazón! ¡ya no llegan las ondas! Ya podía yo danzar hasta mañana, ¡desgastarme los pies hasta el hueso! ¡A ti te trae sin cuidado!»

Por un pelo, lo había sentido Sosthène todo el tiempo, no habíamos asistido a un como prodigio cósmico, el trastocamiento de las religiones, en pleno Piccadilly Circus, el cielo habría llegado a la tierra, con un mensaje formidable, quemaba el pavimento, juraba él, bajo sus chanclas el fluido, ¡los telurios Geon! en cuanto había esbozado la decimosexta figura... La prueba era que todos los autobuses empezaban a recular, la muchedumbre vociferaba ya ante el milagro, al parecer, hacia el Támesis y Trafalgar.

Yo no había visto nada de todo eso, había visto un follón horrible, una corrida muy atravesada, el Sosthène cobrando de lo lindo y los maderos encima... Aún tenía los ojos a la virulé, pero eso no contaba, al parecer... El cacho cabrón era yo, el chapucero, saboteador, todo... Es que era vicio...

«Mire, amigo», fui y le respondí, «le voy a decir una cosita nada más, si no hubiera estado yo presente, si no hubiese conservado mi magnífica sangre fría, los guindis lo habrían despedazado, si yo no lo hubiera sacado del arroyo, ¡no habría abierto más su chungu mui! ¡Eso es lo que le dice el saboteador! ¡No me hace ninguna gracia oír todo eso, mago de los cojones!...»

Ya podía tenerlo bien en cuenta... No había nada más que hablar.

«¡Cuídese esos ojos a la virulé!...»

Me puse a hacer cariñitos a Virginia, tendida en el sofá. La había inquietado, de todos modos, nuestra ausencia... No nos apurábamos ni un minuto, el viejo no iba a volver hasta la cena, si es que volvía. No estaba seguro, al marcharse.

«¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Reposo completo!»

Se ponía toallas mojadas, Sosthène el mago, casi por todas partes, tenía unos cardenales enormes, en la cabeza sobre todo. Había recibido un taconazo justo detrás de la nuca, que le había levantado el cuero cabelludo. Sangraba aún lo suyo, se lo taponamos Virginia y yo...

«¡Ah! ¡mira una cosa!... ¡ah! oye, ¡me la copiarás! ¡La pondrás en los grandes libros! ¡Ah! ¡no debe perderse!»

Me había molestado.

«¿Cuándo te vas para la guerra? Vas a hacer fundirse los cañones, ¡si bailas delante de ellos!»

¡No le gustaban mis bromas! Nos pusimos de acuerdo otra vez gracias a la glotonería. Era el momento de ponerse las botas.

Pedimos que nos sirvieran un té de lo más extraordinario con cinco clases de mermeladas, tostadas con miel, *sandwiches*, pasteles con nata y caramelo y después un helado de chocolate. Tan sólo para jorobar a los domésticos, que movieran un poco el bul. Estábamos a gusto en el salón, absolutamente propietarios. Pusimos el fonógrafo. Todas las tonadas agridulces, pimpantes, las sincopadas, los *rag-times*, las canciones que llegaban de Nueva York con los *Sammies*<sup>[355]</sup>, animadas, fanfarronas, tunantes, mimosas... Todo el repertorio del *Empire*, el nuevo vicio, el lloriqueo pataleante<sup>[356]</sup>. Lo adoraba Sosthène, quería bailar en seguida con Virginia. Pese a estar magullado pero bien, cubierto de porrazos, deshecho por las agujetas, se puso más contento que unas castañuelas con la música entonces profana<sup>[357]</sup>. Era un auténtico fanático.

«¿No estás cansado de dar brincos? ¡Estás chiflado, la verdad!»

Quería que bailara yo también con Virginia, *fox-trot* y *onestep* y después *cake-walk*<sup>[358]</sup>, era un recuerdo de América. Lo había bailado también con la Pépé...

«Tú fíjate, yo de Tío Sam, en San Francisco, y después ella de Liberty<sup>[359]</sup>, ¡como francesa con la antorcha! ¡era para la apoteosis! ¡menudo éxito! ¡te lo digo yo!»

Armamos un poco de jaleo, pero la pobre Virginia, no, que no se sentía con ánimos. ¡Ella, tan jovial, tan traviesa!

«Se ha ido el gato, ¡y los ratones bailan!»

Era el estribillo de Sosthène.

De todos modos, delante de Virginia no había que andarse con cumplidos. En fin, me parecía a mí. Los machacas venían a echar un vistazo, con un pretexto de servicio, por si rompíamos algo. Era simple alegría, de tener la casa para nosotros solos, de que no estuviera el coronel, de que fuésemos los amos.

La verdad es que era un aguafiestas, con sus tejemanejes a hurtadillas, el falso estilo extravagante, sus cambios de humor, así, por nada. No sabía a qué atenerme yo

con él. Me esperaba siempre que volviera a hablarme del mercurio. Me encontraba mejor cuando estaba ausente, incluso para mis molestias físicas, mi dolor de cabeza. Sólo de verle la jeta con el monóculo, esa como falsa sonrisa, tan sólo una mitad de la cara, me hacía sentirme indispuerto. ¡Ah! yo no quería que volviera nunca. Pusimos un rato el fonógrafo. Hice bailar a Virginia. Sosthène también la hizo bailar, una polka-mazurca.

De repente, se turbó, palideció, se apoyó en el mueble. Se sentó, se encontraba casi mal... Sentía náuseas...

«*I don't know...*» Hablaba muy alto... «No sé.»

«Cariñito», le dije, «no te muevas más, túmbate, preciosa, túmbate.»

La besé... la hice tenderse así, cuan larga era... Era una precaución natural. La calmé, la tranquilicé.

Pobre niña Virginia, era lógico después de todas aquellas tribulaciones, la hicimos bailar un poco, le dio dolor de cabeza y náuseas también, todo le daba vueltas.

«¿Ves? Hay que tomar precauciones.»

La tuteé. Le hablé en francés.

¡Ah! ya no me cohibía la presencia de Sosthène. ¡La familiaridad! Éramos así, no nos preocupábamos, tomamos un poco más de café. De repente, estalló una música, un tachín-tachín estridente, el organillo, subía de la calle.

«Hombre», dije, «es *El vals pardo*... Los Caballeros de la Luna... Lo que cantaban en casa de Cascade, pero es que, ¡de la mañana a la noche!...»

Remolineaba en nuestra calle, ahí, justo delante del jardín. Me acerqué a la ventana, miré un poco... ¡Ah! puse ojos como platos... ¡No era eso!... ¡Sí que lo era! ... me alejé, volví a acercarme... Era presa del asombro, ¡huy, la leche, no! ¡Claro que sí!... ¡claro que sí!... ¡eran ellos sin duda!... ¡En absoluto era una ilusión!... Me agarré a las cortinas... me flaqueaban las piernas... Me senté... volví a la ventana... pero ¡claro que eran ellos! ¡no había duda! Me habían visto incluso... me hicieron señas...

Nelson era el que sostenía los varales, Ciempiés el que giraba la manivela... Nelson se cachondeaba... me señaló con el dedo... Yo lo reconocía perfectamente... y Bigudí estaba ahí también... ¡Ah! menuda lata... Estaban ahí con el instrumento... Se estaban quedando conmigo con ganas. ¿Cómo habrían llegado hasta allí?... ¿así, los tres?... ¿Quién los habría informado?... ¡Vaya otra bromita!... ¿Quién los habría enviado?... ¡El Ciempiés... Nelson... Bigudí! ¡Ah! ¡Qué obstinación más chunga! Una persecución perversa... era yo el juguete de las maquinaciones... No iba a decírselo a Sosthène... Habría armado otro alboroto. Tampoco iba a decírselo a la chinorri... Conservé la sangre fría. Fui a aspirar una bocanada de aire, salí... me dirigí a la puerta... bajé la escalinata... me lancé... llegué a la verja... ¡Sí que eran ellos!... Plantados ahí... tronchándose... Me recibieron como unos salvajes...

«¡Ah! ¡vaya, hombre, ahí estás, tontaina! ¡Ferdinand, cabronazo! ¡Qué modales tienes! ¡Pasas de todo, maricón! ¡es que pasas de todo! ¡Qué encumbrado andas

ahora! ¡eh, so cardo! ¡Siempre encoñado, eh, tío molón! ¡Siempre poniéndote las botas! ¡Ah! ¡qué chulo! ¡Ah! ¡lo tuyo es de alucine!»

«¡Ah!», fui y les dije, «¡eso es asunto mío!»

En seguida, venga insolencias.

«¡Asunto tuyo! ¡Asunto tuyo! ¡no nos vengas con ésas, anda! ¡Ah! vamos, hombre, ¡joder! ¡Ah! ¡hay que ser cabrón! ¡qué rostro!...»

Les debía yo todo, al parecer. Seguían girando el organillo, no cesaban el alboroto... y siempre *El vals pardo*... Poco faltó para que me zarandearan, con los aspavientos que hacían para explicarme lo cabrón, ingrato y poco simpático que era yo.

«¿Qué cojones venís a hacer aquí?» Fue lo único que respondí.

El Ciempiés seguía verde así, en la cara, con su brillito por debajo... era, pues, natural en él, pero ya no olía tan fuerte. El Nelson, tan cojo como siempre, no cesaba de cachondearse. La Bigudí, por su parte, se tronchaba de verme así, desconcertado... yo le veía todos los dientes moverse en su boca... y carmín en los labios... que le llegaba, como a los payasos, hasta la nariz, hasta las orejas... Era como una máscara en su cara... de yeso y carmín... Los ojos llenos de lágrimas de la risa... más luego todos los dientes, que se le movían...

Intenté lograr que se marcharan... pero ni hablar... querían entrar... Querían visitar la casa... Eran desvergonzados... No querían quedarse bajo la pañí... Lo dijeron en seguida...

«Tú tienes queli, ¡estás bien! ¡vacilón! ¡Espera un poquito! Oye, ¡no viniste al paseo! ¡Así cumples tu palabra!»

Me lo esperaba yo eso... era el cabreo por que la hubiera dejado plantada el otro día, me tenía tiña por lo de la cita.

«¡Ah!», se rió a carcajadas, «¡vaya un macarra, que no se atreve a llevar a su chorba! Siempre me da risa...»

Era perversa Bigudí, lo sabían todas las socias, una cascarrabias, que siempre tenía peleas con su hombre por eso, porque así perdía tiempo... No se había marchado él *because*, no era celoso pero es que nada, no había que exagerar. ¡Se había marchado como un gilipollas, lo repetía bastante fuerte, para volver de general! Los hacían cachondearse también así, bajo la pañí, esas reflexiones inteligentes. Estaban empapados los tres. Yo les palpaba la ropa, quería asegurarme de verdad de que no estaba soñando... Chorreaban con ganas... Me daba placer en cierto sentido que fueran clavados, reales, que no fuesen cosa del delirio, que fueran, en efecto, de carne y hueso... Desconfiaba, lógicamente...

«¿De dónde venís?», les pregunté.

«¡De donde no te importa! Y tu madre, ¿qué tal mea?»

«¡Iros a tomar por culo al infierno!», fui y respondí.

«¡Que te has creído tú eso!», ¡me dijeron los tres a un tiempo! «¡Estamos demasiado contentos de verte la jeta! ¡No vamos a irnos así como así! ¡Con lo que

nos ha costado! ¡Ah! ¡tú ves visiones, chavea! ¿Es que no nos has visto? ¡Ah! ¡hay que ver qué mala leche!»

¡Ciempiés ya es que gemía de rabia! ¡Estaba casi como en el *Tuit-Tuit!* ¡Ah! no daba yo aún crédito a mis ojos. ¡Ah! lo había irritado yo. A la Bigudí también. Nelson, en cambio, no era mala persona, lo traía sin cuidado, ¡todo le hacía gracia!

«¡No eres legal, Ferdinand! ¡No tienes ni pizca de honor! ¡Hacernos marchar así! ¿No vas a enseñarnos tu queli? ¡Ah! ¡eso sí que está feo! ¡Nosotros venimos en plan de amigos! ¡Mira un momentito el instrumento!... Venimos cargando con él desde Leicester... Me lo ha prestado Jérôme...

»“Busco a un hombre en Willesden”, le he dicho. “Préstame tu música... No sé el número... voy a tener que recorrerme todas las puertas... preguntar en todas partes por un coronel... pero no quiero armar escándalo, inspirarle desconfianza, parecer un guripa... haciendo la colecta saldrá solo...”

»Conque nos hemos puesto en marcha los tres, hemos hecho incluso 2 chelines 6 de puerta en puerta, tú fíjate... estamos contentos de volver a verte... ¡y tú nos quieres mandar a paseo!... ¡Mira que tienes delito! ¡Ah! ¡Es demasiado, la verdad! ...»

A Bigudí no la entristecía...

*s caballeros de la Luna...*

*e traemos la fortuna!*

Lo cantaba a voz en cuello ahí, en la acera... Ya estaban abriendo las ventanas en las quintas de enfrente. Habían bebido ya un poco... Debían de haber ido haciendo altos...

«¿Habéis salido esta mañana?

«¡Tú lo has dicho, chico!»

«¡Entrad!», dije. No quedaba más remedio, para evitar más escándalos. Los acompañé.

Bigudí iba ataviada pero bien para la carrera... pero le había llovido encima... el boa de plumas de avestruz chorreaba... el velo de Chantilly desteñía... el vestido de *liberty* violeta, la elegancia cacatúa... el gran bolso colgado del hombro hasta el suelo... ¡al estilo húsar! entró en la casa con toda la pesca... y Ciempiés detrás y Nelson. Les impresionó la entrada, la alfombra de lana alta, los lacayos.

Les dije:

«¿Y el órgano? ¿Lo dejáis?»

«Luego te lo tocaremos, ¡de momento no tienes derecho!»

Así de traviosos.

Sosthène no comprendía. Nunca los había visto... Pero ellos lo reconocieron en seguida..

«¡Ah! ¡Ahí está tu Triboulet<sup>[360]</sup>! Oye, iba de chino, lo hemos visto contigo esta

mañana. Es que estábamos en la acera. ¿Cómo es que te meneabas así? ¡Y qué locuras hacía él!...»

¡Bigudí se azotaba los muslos, de gusto que le había dado! ¡De lo gracioso que estaba el pureta con su túnica!

«¡Ah! ¡Tú no lo viste, Ciempiés! ¡cómo inmovilizaba todo Piccadilly! ¡todos los autobuses parados! ¡Así, por la cara! ¡cómo hacía la mariposa! ¡la bailarina! ¡Ah! ¡un pinrel hasta las napias! ¡y la cabriola! ¡Ah! ¡un fenómeno! Y entonces los maderos, ¡una música! Corrían tras él, ¿no? ¡Estaba guapo Piccadilly! ¡Imitaba al ángel de la fuente, imitaba al amor!»<sup>[361]</sup>

¡Lo remedaba, la Bigudí! se alzaba las faldas. Llevaba medias con lentejuelas...

«Yo estaba en *Lyon's*, en la peluquería... Conque, ¡imagínate cómo lo vi! ¡La madera estaba que echaba chispas! ¡y los autobuses! ¡Ah! ¡en plan desatado! ¡Unos coches dentro de otros! ¡Así mismo habían acabado! ¡Ah! ¡un follón! ¡el pureta! ¡Lo que me hizo troncharme! Me meaba en las bragas. Gaby, la peluquera, me dijo: “¡Mimí, te va a sentar mal!” ¡Conque eres tú el que arma esos pitotes! ¡Ah! ¡qué viejo farsante! ¿Dónde has aprendido a bailar? ¡Ah! ¡qué viejo tunante! ¡no se raja! Oye, ¡tienes que enseñarme tu *matchiche*<sup>[362]</sup>! ¡Para dar miedo a los autobuses! ¡Ah! ¡la leche!»

¡Le daban fuertes palmadas así, en los hombros! Les parecía a los tres un héroe extraordinario, ¡menudo cómo había detenido todo el tráfico en Piccadilly! ¡contorsionándose como un chino!

«¡Ah! ¡qué fenómeno!»

No era corpulento Sosthène, ¡se tambaleaba con los empujones!

«A ver, enseña la piel un poquito...»

Les gustaba ver los golpes. No tuvo inconveniente, se desabrochó, estaba bastante orgulloso de ellos. Ya podía ser faquir, que le habían dejado marcado, de todos modos... No sólo los dos ojos a la virulé y la brecha en la nuca, ¡sino también porrazos en todas las costillas!

«Y, oye, además, ¡está tatuado!»

Eso sí que lo admiraban... Una rosa, una encantadora de serpientes y una ardilla... todo ello en azul y en amarillo, de la clavícula al pubis, un trabajo muy fino y cabalístico, por lo visto, parecía encaje, de tan fino que era. Tenía un sentido metafísico, pero le estaba prohibido revelarlo a los profanos, so pena de los más graves accidentes, conque se estaba quedando con nosotros... Ya es que les daban convulsiones, a los golfantes, de las ganas con que se reían...

«Éste siempre me hará mearme», decía, entre hipos, Bigudí.

No habían visto a Virginia, tendida en el diván delante de la chimenea. Se habían reído tanto, que no la habían visto.

«¡Ah! ¡hombre!...», la advirtió Bigudí.

Se precipitó... la besó.

«¡Ah! ¡qué alegría más grande, oye! Mirad qué mona es...»

Se la enseñó a los dos granujas.

«Pero ¡qué bonita es! Menudo lo que ha pillado éste... ¡De primera, vamos!»

Se había quedado presa de la admiración la Bigudí, así, plantada delante del diván... como una experta... una entendida.

«Pero ¿qué te pasa? ¡Estás paliducha! ¡Ah! pobrecita mía, ¿no te habrá hecho daño ése? Es un bruto, no entiende nada.»

Volvió a arrodillarse, la besó otra vez...

«¡Ah! ¡Sigues guapísima, tesoro mío!»

La acariciaba, le hacía cariñitos. La gran efusión.

«Bueno, a ver», pregunté, «¿qué cojones habéis venido a hacer aquí?»

Entonces, ¡ya es que reventaban, ante mi comentario! No estaba yo borracho, eran ellos los que habían bebido, no yo. Apestanaban a alcohol. Nelson sobre todo, estaba alelado, se balanceaba así, delante de mis narices. Ahora se desternillaban todos.

«¡Ah! ¡qué gracia tiene! ¡Ah! ¡lo que hay que oír!»

Bigudí ya es que se quedaba ronca, no podía ya hablar. Se desternillaba, agitaba sus collares, llevaba al menos cinco o seis que le recorrían el estómago y todos de oro, claro está... con brillantitos engastados. Era rica, todo el mundo lo sabía, no se había matado por los amigos, siempre había tenido una cuenta en el banco desde su juventud, tan sólo un tanto a la semana a su chuláy y listo, se había enriquecido sola, era una comerciante, había puesto a trabajar incluso a dos o tres periquitas por cuenta suya.

«Mi debilidad, mira tú, ¡son las chavalitas! ¡eso de verdad! las adoro cuando son tan tiernas. Me trincaría una todas las mañanas... ¡Hombre, Ferdinand! ¡como ella! ¡tu virguito! ¡Ah! oye, ¡qué bien has elegido! me gusta, ¡fíjate! me gusta, ¡es una maravilla!»

Le hacía la corte de rodillas. La requebraba así, pegada al diván, con el boa empapado por el suelo, se había quitado los zapatos, demasiado mojados.

«¡Hale! levántate, Bigudí, déjala tranquila, que no se encuentra bien...»

«¡Me cago en la leche!», fue y me dijo, «voy a cantar algo, mira tú, para ella solita... *¡Cuando somos dos!...* Tú nos jodes la marrana... *¡Es algo muy distinto!* ...»<sup>[363]</sup>

No podía, demasiado ronca...

«Sírvenos una copita de cordial, ¡anda! Seguro que tiene, tu baranda... ¡La niña se tomará uno conmigo!...»

«No le conviene, está enferma...»

Me opuse muy firmemente.

«¡Ah! ¡mira que es gilipollas!»

Insistió.

Le eché una bronca brutal.

«¡Estás celoso, cabrón! ¡Estás celoso! ¡Yo no soy celosa! ¡Mira, joder! ¡Os quiero a los dos!»



La volvió a besar, quería besarme también a mí.

Virginia no sabía qué hacer. No sabía si iría yo a enfadarme. No me enfadé. Me rompía la chola buscando el medio para lograr que se marcharan. Si los hubiera corrido a platazos, se habrían ido a berrear fuera... habría venido la policía, se habría aglomerado gente en la calle...

Me sentía tan agilipollado, que ya es que no sabía qué hacer. Volví a formular la pregunta...

«¿De dónde habéis salido, anormales?»

«Dame algo de beber y después te lo cuento.»

Bigudí era más sociable, los otros se habían vuelto reservados. Saqué el whisky de la alacena. Se sirvieron sin sifón. Repitieron, Sosthène brindó.

Le dije:

«No estamos en nuestra casa, ¡el coronel puede volver en cualquier momento!...»

Era verdad, era una grosería tremenda. Desde lo del mercurio, yo desconfiaba...

Volvió a darles la risa. Se retorcían como jorobados, les causaba el efecto más cómico con mis recomendaciones. Se cachondeaban así los tres... justo al ras, por encima del diván, los tenía así, justo delante de la nariz, parecían tres máscaras con muecas. Se inclinaron para mirarme mejor. En el fondo, ¿qué querían de mí?

Apreté a Virginia contra mí, la estreché en mis brazos. Vi que andaban preparando una fechoría muy chungueta.

«¿De dónde salís? ¿A qué viene este cachondeo?»

Me horripilaban... Basta ya.

«No son horas de venir aquí... a una casa respetable.»

Me habría gustado que se hubieran marchado por sí mismos.

«¡Respetable! ¡Respetable! ¡Oh! ¡Huy, huy! ¡Pues vaya! El señor recibe clases de baile.»

Nelson fue el que habló, rechinando los dientes.

«¡Mira qué traje más bonito lleva! ¡Ah! ¡está pimpante, el enamorado! ¡Llegó a Londres en cueros! ¡con su medalla!»

Dijeron: «Sí, sí», los tres con la cabeza, aprobaron... Seguían inclinados y pegaditos a nosotros... Virginia temblaba, del frío...

¡Campana! ¡Campana! ¡Carillón!

Se pusieron a cantar en coro, desgañitándose, así, de repente. Estaban locos.

¡Ding! ¡Dang! ¡Dong!

¡Dong! ¡Ding! ¡¡¡Ding!!!

¡El carillón!

Bigudí volvió a vaciar una copita... y después una grande... Se puso en pie, resopló ¡Hooooo! ¡soltó fogosa! ¡Estaba encantada!

«¡Sí, señorita! ¡Boqueras!»

Me señaló...

«¡Cubierto de ladillas! ¡Llegó de lo más cochambroso! ¡por grandeza de alma! ¡Ya sólo conoce a los coroneles! ¡Sí, como lo oís! ¡Ah! ¡joder! ¡está mono, el pájaro! ¡gigoló por mis ovarios! ¿Es que no es espantoso? Lamía los platos, boqueras que daba pena. “¡Una monedita, señoras y caballeros!” Se mantenía sólo gracias a la caridad. ¡Y ahora escupe en los dedos de los colegas! ¡ya no reconoce nada! ¡ya sólo saluda a los coroneles! ¡Sí, eso es! ¡el listillo! ¡Ah! ¡la leche! ¡está interesante! ¡Ah! ¡menudo pajolero fino! ¡Está instalado, señoras y señores! ¡Instalado! Acuna a su nena, ¡a mimir! ¡a mimir!»

Me imitaba...

«¡Ella tiene náuseas! ¡Es lógico con un inmundo semejante! Anda, cielo, ¡canta conmigo!»

Quería que Virginia se levantara, se pusiera en pie un poquito, que ya llevaba mucho echada... que tocase el piano...

«¡Es más bonito que el organillo! ¡se gana menos dinero, eso desde luego! Dile, Nelson, cuánto has hecho desde Trafalgar... ¡Ah! ¡un viaje fino! ¡un repertorio, ¿eh?, así de grande! ¡Yo he empujado! ¡dame las cuentas!»

«¡Doce *bobs fifty*! Ya te lo he dicho...»

«¡Es mi dote, monina! ¡Mi dote! ¿No estás contenta?»

Tomó la mano de Virginia. Me plantificó su sombrero en la cabeza con el velo y todo.

«¡Amo a tu nena! Mira, ¡la amo! ¡No quiero que sea desdichada!»

Ya es que lloriqueaba...

«¡Bebe conmigo, asqueroso! ¡a ver si entiendes un poco! ¡Que no entiendes nada! ...»

Estaba afligida por Virginia.

«¡Ah! ¡menudo cerdo estás tú hecho!»

Ciempies y Sosthène y el otro querían echar una partidita de malilla, Bigudí lloraba, no quería. Se aferró a Virginia, me tachó de chulái sin corazón.

Pasaba ya de castaño oscuro.

«Bigudí, ten cuidado, que no estás en casa de Cascade.»

Saltó. Me tomó la palabra.

«¡Cascade! ¡Cascade! ¡Déjalo en paz! ¡Deberías besar el suelo que pisa! Ése es un hombre que te salvó. ¡Vale millones de veces más que tú, asqueroso!»

Nelson y Ciempies eran de la misma opinión y aprobaban esa invectiva.

Toma castaña, exacto... ¡Ah! ¡me lo había merecido!... ¡Les veía la jeta a los tres!

«¡Ah! ¡huy, huy! ¡Hay que ver!», decían así, asqueados, los tres a la vez. Yo había rebasado los límites. Cabeceaban. ¡De dónde sacaban ese descarro todos? Y el Ciempies ese, ¿de dónde volvía ese funámbulo? ¿ahí, así, tan socarrón? Yo me había cargado al menos a uno, me decía, ¿verdadero o falso? ¿Veía doble, triple o un

céntuplo? Había que averiguarlo de una vez. ¿Y si atrapara a ése del pescuezo? Se desternillaba tan sólo de verme, permanecía por encima del diván, así, bien burlón, se acercaba un poquito más, para que lo viera de mucho más cerca aún, para que me hiciese una idea tal vez... ¡Ah! ¡era un depravado de verdad! y se divertía con ganas con su tejemaneje... con la cara que debía yo de poner.

«Mira, Mamona, va a darle otra vez.»

Avisaba así a la Bigudí de que yo iba a hacer el idiota de nuevo, el fenómeno desencadenado... Habían venido a propósito para eso... pero yo estaba bien al loro... no soltaba a Virginia, mi amor, todo mi tesoro... me la miraba... la besaba... ella me besaba... ya no la soltaba... mi esperanza, mi resolución...

«Cariñito», le decía... «Cariñito...» No quería alucinarme más... sabía cómo me daba... ahora tenía experiencia... con un poquitito de alcohol... tan sólo una copita bastaba... y también una mínima discusión... que alguien me contradijese... me desbocaba... era el fin... Siempre por culpa de mi cabeza, ¡estaba escrito en mi licencia de inútil total!...

«Cefalorrea, trastornos de la memoria, hebefrenia comicial, secuelas de conmoción y trauma...»<sup>[364]</sup>

Quería decir que por una cosita de nada me largaba, desatinaba... por una pequeña contrariedad.

Tenía que andarme con muchísimo ojo, por mucha que fuera mi desconfianza no bastaba. Había pagado cara la experiencia, podía ser juguete de los guasones. De todos modos, quería que se decidiera la cuestión, saber por qué habían venido, cómo me habían vuelto a encontrar. La única que hablaba era Bigudí. Los otros no decían gran cosa, esperaban para divertirse, para desternillarse de risa, a que yo me lanzara a mis proezas, a que me volviera loco furioso... Estaban listos, ¡no iba a moverme! Me hacía el socarrón como ellos. ¡Tan sólo una pregunta así o así! ¡Ah! olía pero bien a jujana... ¡Ah! ¡no me gustaba a mí ese estilo ambiguo, trapacero, chacal! Debían de saber la tira al respecto...

Le daban a la priva sin hacerse de rogar, eran tragones con los licores, ella tanto como ellos... *Gin bitter, calvados, menta*... El coronel O'Collogham poseía una bodega de aúpa... como para enterrar a un papa... al menos diez, doce marcas de whisky... un brandy que pocas veces se tiene ocasión de probar... y un jerez y un oporto que no se pueden imaginar... ¡auténticas quintaesencias! todo un lienzo de pared en tonelitos, unos sobre otros... bastaba con servir... con abrir los grifitos... No se cohibían...

El que esperaba era yo. Era el juego del gato y el ratón... No iba a ser yo quien dijese gilipolleces... Estaban bien cocidos... Y más que iban a estar... whisky, orujo... y todas las gamas de oporto... Sosthène los ayudaba... y eso que él no era muy bebedor.

¡Bigudí se ponía a cavilar, al ver tanta variedad!

«Oye, chico, ¡cómo bebe ese hombre!»

«¡Ah! ¡Es para los invitados!», fui y le dije, «conque, ¡duro ahí!»

Se trincó otra copa, auténtico cóctel pernod-cherry. Era la mezcla de su hombre, su preferida.

«No se merece que siga amándolo... ¡que lo beba a su salud! ¡A ti es a quien amo, corazón!» Se lanzó sobre Ciempiés, lo besó...

«¡Dame un besito! ¡Ponte las botas!»

Después cambió de idea, me miró de arriba abajo, quería insultarme otra vez, pero no pudo, titubeó, vaciló, tuvo que sentarse de nuevo, estaba mareada.

«Pásame un puro, que me sentará bien...»

Los había superiores, una caja llena, unos gruesos totalmente envueltos en papel dorado, de lo más virgueros.

«¡Esto sí que es chachi!»

¡Se sirvieron todos! Ella besó a Nelson.

«¡Enciéndeme, colega! ¡Enciéndeme!»

«¿No te parece que está apenado, el Ferdinand?... mira qué triste está, ¡un hombre joven! ¡un joven! ¡Y el otro gilipollas que me ha hecho venir aquí, ese cacho gilipollas! ¡el Ciempiés! ¡Es culpa suya! ¡Todo culpa suya! ¡Y, además, de Matthew! Ven, ¡vas a ver qué gracioso está! ¡En tu vida te habrás cachondeado tanto! ¡Tenías que haberlo visto en el *Tuit-Tuit!* ¡Como para mearse, para morirse! ¡Las acrobacias que nos hacía! ¡que ya es que todo el público estaba loco! ¡a mí me llamaba fantasmita! ¡Ah! ¡no veas qué fenómeno!... ¡Tenías que haberlo visto salir volando! ¡que es que saltaba de la pista al aire como una auténtica rana! ¡Sólo él llegaba a las arañas! ¡En su vida se había reído tanto! Bueno, pues, ¡le doy dolor de vientre! ¡joder! ¡Ya ves qué potra por haber venido! ¡En mi vida he visto a un gilipollas más triste! ¿Son tus heridas<sup>[365]</sup>? ¿Te dan mareos? ¡que yo no me chivé de nada! ¿O es tu monina la que te putea y estás celoso otra vez?»

«Tú no eres celosa, ¿eh, belleza? Ten, fuma el puro conmigo... Te va a sentar bien a ti también... las mujeres tienen que fumar... No tienes buena cara... Te comes el coco... ¿Es él el que te hace desdichada?»

Me harté.

Sentí que no podía más.

«¡Hale! ¡daros el piro!», fui y grité... «¿Es que no habéis bebido bastante?»

«¡No! ¡No!», dijeron Nelson y el otro... «¡No! ¡no bastante! ¡No! ni mucho menos...»

Se repantigaron... se tendieron... Iban a dormir un minuto...

«¡El papeo del que has hablado!... ¡El papeo! No nos iremos hasta después de comer... ¡Un pastelito! ¡No ha vuelto tu baranda!... ¡Anda! ¡no te preocupes, monín! ¡Aún faltan horas! ¡eh! ¿a que no ha vuelto, Nelson? ¿A que falta aún para que vuelva? ¡Está ocupado tu baranda!»

Parecían estar de lo más enterados...

«¿De quién hablas? ¿quién no va a volver?»

«¡Pues tu coronel! ¡eh, tontaina! ¡Ah! ¡mira que es capullo! ¡lo que tarda! ¡el tortolito!»

Me tomaban a broma.

Sosthène no acababa de entender, me preguntaba con la cabeza... qué quería decir todo aquello.

Lo felicitaron por su hermosa demostración, su deslumbrante corrida en Piccadilly, ¡todo el Circus en ebullición! ¡Nunca se había visto cosa igual!... más luego, ¡su túnica con dragón de oro!... ¿sería para la publicidad?... ¿Trabajaría para una empresa? ¿para Selfridge? ¿Para Harrow Brothers?...<sup>[366]</sup> ¡querían saberlo! y, además, ¡un estilo! ¡una marcha! ¡el tiberio que había armado entre los cachas del Yard! ¡los sajones de choque! ¡Ah! ¡la leche! ¡qué clase! ¡ah! ¡qué tío!

Estaban turulatos.

Bebía las mieles el Sosthène.

«¡Hurra por Sosthène! ¡el tigre! ¡el chino!»

En seguida lo habían bautizado... ¡Otro brindis a su salud! Era la juerga en el salón... Estábamos envueltos en nubes, además... todos los puros consumidos. Quiso pronunciar un discurso Sosthène, dar las gracias muy atento:

«*Gentlemen*», comenzó, «*Lady Gentlemen I am most thrilled by your praise magnificent!... thrilled! thrilled!...*»

Lo repitió tres veces... ¡Ah! ¡huy! ¡no podía creerlo! El más arduo de los *th*... así, ¡de una vez! *thrilled! thrilled!* ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡ooooh!... ya es que enrojecía de orgullo...

«¡Eh, tú! ¡Zoquete! ¡Zoquete!», me llamaba. «Mira... ya lo domino tu *th*... ¡Ya está!... ¡ya está!...»

Era de verdad un milagro...

«¡Ya ves, desgraciado!... ¡Ya ves, cernícalo! ¿Eh? ¡si sirve o no!...»

«*Thrilled! thrilled!*», lo hacía sonar, ¡no fallaba ni uno solo!... no paraba ya. ¡Era un triunfo!

Ya no podía más, volvió a sentarse. Se quedó así agilipollado, alelado, bizqueando.

Bigudí, que se había quedado turulata, no podía hacerlo, lo intentaba, se hacía daño en la boca, como para escupir los dientes.

«¡Nada, que no me sale!», reconocía su derrota, «hace veinticinco años que estoy en Londres, pero es que, para empezar, soy muy francesa, y cuanto más me quedo menos hablo... ¡Para atrás como los cangrejos! ¡Los cabritos quieren hablar, todos! ¡Sobre todo desde la guerra! ¡conmigo van listos! *Aoh yes*, ¡monina!

*s la reina de Inglaterra!*

*ue ha caído culo a tierra!*

»Pero es que, mira, ¡yo sé contar en libras! ¡con la guinea, que hace veintiuno<sup>[367]</sup>! En eso no la pifio, ¡estáte tranquila! El truco perfecto. *Allô! yes, ¡monina!... Mira, nena, a ti te jalaría!...*»

¡Con eso volvieron a ocurrírsele ideas! Se lanzó otra vez sobre Virginia... y eso que ésta estaba muy cerca de mí, que yo la protegía de las efusiones.

«¡Oye!», fui y la detuve, «no has contestado... ¿Qué has venido a hacer aquí?»

«¡Ah! ¡es curioso el tunela! ¿Eh? ¡es curioso, este hombrecito! ¡Quiere saberlo todo! ¡Ah! ¡va a ser desgraciada! ¡con un punto semejante! ¡Ah! ¡oye! ¡qué desastre! ¡Yo sí que te haría disfrutar, fíjate, nenita mía! ¡ya es que iba a ser un paraíso! ¡No te iba a faltar nada, corazón!...»

Se acurrucaba contra ella.

«¿No vas a despedirte de ella?», tuvo el descaro de decirme...

«¿Despedirme, aborto? ¡Qué farolera eres, la verdad, cerda!»

Se lo tomó a mal, se molestó.

«Pero ¿es que tú te crees que no va a suceder, monicaqui? ¿que vas a poder escaquearte así, hasta que las gallinas meen? ¿Con tu nena? ¿Que no van a venir a buscarte? ¿A darte un poquito para el pelo?»

«¿Por qué no?», fui y le dije...

«¡Espera y verás! ¡No estás en tu casa en Londres!»

¿A qué vendría esa salida? ¿A quién habría oído decir eso? Me quedé agilipollado, me estaba tomando el pelo, sabía demasiado sobre mí. Se lo pasaban bomba viéndome tan pez, los muy cabrones.

«Perdona, Bigudí, pero me voy a quedar con ella... es un asunto entre nosotros...»

¡Ya estaban otra vez tronchándose como locos!

«¡Ah! ¡Hay que ver qué lilanga!... ¡desbocado! ¡está contreras, el fenómeno! ¡Ah! ¡vamos! ¡es increíble! ¡no hay quien lo detenga ya! ¡Ah! oye, ¡a los del Yard no les va a hacer ninguna gracia!»

¡Ah! ¡no caía yo pero es que nada! Se estaban quedando conmigo así, con un vacile jeroglífico, me la daban con adivinanzas. Eran perversos en el fondo... Habían bebido, trincado, de lo lindo, jalado al máximo, estaban ahítos, joviales, y ahora querían divertirse. Ya no se cohibían en el salón, ¡estaban en su casa!

«¡Hale! ven a tocarme *El hermoso Danubio*», pedía Bigudí.

*ru lu lu la la!*

*¡! ¡la! ¡la! ¡la!*

»¡Eh, pichoncito! ¡Carita de alhelí!

*is a long way to Tipperary*

«Vas a tocar ésa para ese menda.»

Quería todo un repertorio... imperiosamente. Volvió el mayordomo. Era hora de poner la mesa.

«Voy a echar las cartas», dijo Nelson, «¡date el piro, machaca! ¡date el piro! ¡es demasiado temprano! ¡Tu amo no ha regresado aún! ¡No regresará tan pronto! ¡Ah! ¡vaya, hombre! ¡Mira, díselo! Díselo tú, ¡anda!»

Era toda una faena, seguro, que habían tramado juntos. Para empezar, ¿por qué estaban allí?

*ando somos dos...*

*algo muy distinto*<sup>[368]</sup>...

«Tócame eso, corazón... Ven, que te voy a dar el brazo... ¡vamos a cantarla juntos!»

Insistió... Virginia se levantó... fueron hasta el piano. Virginia tocó un poquito... Comenzó *El hermoso Danubio*... pero la aturdió. Tuvo que volver al diván. Se pusieron a insultarme a mí.

«¿Qué le has hecho, canalla? Tú eres el que la pone enferma.»

«Ten, angelito mío, un coñac...»

Eso sí que no... se lo prohibí... hice oscilar la copa. La que me armó...

«¡Hostia!», exclamó, «¡un fino así! ¡Ah! ¡qué ganas tengo de que te lleven para adelante! ¡el menda que jode la marrana a todo el mundo!...»

«Oye, ¿me hablas a mí?»

«¡Pues, sí, mocoso mierdero! ¡que más vale que se limpie usted la nariz! ¡Pedazo de presumido! Pero ¿sabe lo que le digo? ¡que ya debería estar haciendo puñetas en chirona! ¡así servirá para algo! ¡con sus deduchos inútiles!»

Estaba rabiosa. Hacía muecas de asco.

«¡Es que eres de la bofia tú!», le dije así, en sus narices, «¡de la bofia! ¡de la bofia!»

Le dio el hipo... Se había ido de la lengua con la cólera...

«¿De la bofia? ¿De la bofia?», farfulló... «Oye, que yo de largar nada... pero es que nada...»

También los otros se pusieron de morros... eso les fastidió.

«¡Déjate de misterios! ¡desembucha, venga!» La intimé, ahí, entre la espada y la pared... se puso como un tomate... farfulló...

«¡Que no!... ¡Que no!... No has entendido.»

«¿Que no he entendido? ¡Me cago en la leche! ¡Hace una hora que andas con misterios! ¡Ah! ¡vieja tontarra! que eres un bicho, ¡eso es lo que quieres decir! ¡Vacilas! ¡No sabes nada! Te gustaría pregonarme, ¡y se acabó! ¡Tú venga puchelar, guarra! Bien que puchelas, ¡reconócelo!»

La había yo calado... Se ponía chula, se resistía, sobre todo delante de Virginia.

Al final, parecía una gilipollas.

«¡Dando el bocinazo! ¡El bocinazo! ¡Zorrupia!»

Yo tenía ventaja.

«Oye, Ciempiés», dijo para desquitarse... «anda, dile, a ver... quién vino a buscarme... ¡Ah! díselo, vamos, pero es que ahora mismo... Hale, díselo... ¡Duro ahí!»

Se plantó en el centro del salón, se puso a lanzar su boa como una cometa...

«Hale, díselo, ¡qué leche! ¡y allá películas!»

No quería darse por vencida, pero el otro no quería hablar.

«Bueno, pues, ¡fue Matthew, tontín! Por si te interesa. ¿Ves ahora el marrón? ¿El que te vas a comer? ¿Te das cuenta un poquito? ¿Sí? Ciempiés, ¡di si miento!»

«No, es verdad de la buena... exacto...»

«¡Lo ves como eso va a misa! ¡que no tienes la menor posibilidad!»

Lo confirmaba Ciempiés... No se podía poner en duda...

«No te tires faroles, rica... No seas fantasma, anda...»

La estaba irritando...

«¡Ah! Si hubieras visto al Matthew, lo contento que estaba... “Vale”, me dijo, “comprendo, están los dos juntos, el chino y él”...»

«¿Cómo lo sabía?»

«Eso se lo preguntas a él... Me mandó llamar, tú fíjate, me envió a su baró Mollesbam, el pelirrojo, al *Cinzano*... Yo estaba charlando un poco con Cara Bonita, la mujer de Jonkind el Holandés, tú la conoces, ¿no?, a Cara Bonita. Mollesbam también, el cuatro ojos... Me dijo: “¡Bigudí! ¡despacho 115!...” No dijo por qué ni para qué... Es un tío borde... no se le pueden pedir buenos modales... Deputy Constable<sup>[369]</sup> se llama. Como comprenderás, ¡obedecí!... con mi situación... hace veinte años que me conocen en el Yard. “¿Se ha puesto la inyección?”<sup>[370]</sup> así me hablan... “La voy a mandar emplumar...” “Muy bien, señor Constable...” Nunca una palabra de más... mi libra... mis dos libras sobre la mesa... “*Good bye!*... ¡Señora Bigudí! ¡Sigue usted *beautiful!*...” Me los conozco yo, es la broma que gastan... ¡Buenos días!... ¡Buenas noches! ¡A paseo!... ¡A tomar por culo! No me gustan, yo tampoco les gusto a ellos... Poquinelo... ¡Y en paz!

»A mí no me gusta el despacho 115, en ése es en el que hacen preguntas. Yo nunca he tenido líos... Fíjate bien, he tenido tres hombres y te aseguro que eran unos golfos... nunca he largado sobre uno solo de ellos... Ni en el Scot ni en la PP<sup>[371]</sup> y eso que tenía motivos... He cambiado de casa cuatro, cinco veces... He cambiado de acera... de pueblo... incluso a los barandas de los picaderos he respetado y eso que son, ¿eh?, todos unos cerdos... Conque, ¡me da cien patadas oír decir eso a un mindundi como tú!... ¿comprendes? Conque, ¡ir yo a puchelar a los gendarmes!... ¡Eso sí que es una parida, mocosos! ¡Ahora sí que me parece que estás loco! ¡Es que es verdad! Ciempiés, ¡tienes razón!... Me llaman y voy, claro está, ¡no les voy a dar plantón! ¡Ya pueden despertarme, ya! “¡Hale, venga, zorra!” ¡Corro! Si no, ¡la



pringo! Eso, ¡matemático! ¡Una mujer sola! ¡no veas! Pero ¡no me gusta el despacho 115! ¡Sé lo que digo! ¡y tampoco me gusta el Matthew!... ¡Menuda jeta de ful tiene ése! ¡Prefiero los maromos! ¡Prefiero al borde de su *constable*!... Entro... Y va y me suelta de sopetón...

»“¿Conoce usted al coronel? Bigudí, ¡no mienta!”...

»“Conozco coroneles y por todos lados, ¡ya lo creo! ¡Unos falsos y otros verdaderos! ¡He tenido la tira! ¡Y remilgados! ¡y estafadores! ¡y farsantes! No los tengo todos en la memoria... A algunos los he olvidado... ¡y comandantes también y tenientes para servirle! y sorchis, ¡no digamos!”, fui y le dije, “con perdón, ¡para parar un tren!...” Él se dijo... “Ésta se está quedando conmigo...” Me lo conozco yo... Hay que responderle así... Ya sabes que habla bien francés... “Sí, pero el coronel... el que se dedica a los inventos... ¿le suena, Bigudí?” Me dejó reflexionar... “Haga memoria... el que está con Ferdinand allá por Willesden...” Por un oído me entra y por el otro me sale. Yo, verdad, nunca hago preguntas. “No, no me suena, señor inspector.”

»“¿Y Sosthène de Rodiencourt? ¿No lo conoce a ése? ¡Estaba usted ahí, esta mañana, al borde de la acera, cuando hacía el chino en Piccadilly!... ¿No irá a negármelo?”

»“Sí, estaba allí, señor inspector, y me he reído mucho, lo confieso, pero no lo conozco a ese hombre...”

»“Tenga cuidado, Bigudí”, fue y me dijo entonces, así, muy serio... Me hizo una seña para que me acercara... que era de lo más secreto... Con eso te digo todo... ¡Ah! ¡Ya ves que es verdad! ¡Pásame ese coñac tan bueno! ¡Hablo demasiado! ¡Tú, en cambio, no hablas!... No conozco al coronel, ¡te das cuenta! ni al chino ese tampoco. ¡Y me llamas mentirosa! ¡El otro allá me llamó mentirosa! Pero ¡si yo soy la única que no miente! ¡y que te quiere! ¡Y a ti también, mi flor de amor! ¡A ti te quiero con locura!...»

Volvía a los magreos.

«¡Vete a la mierda!», fui y le dije. «No sueltes más trolas. ¡Te ha enviado él!...»

«¡Ah! ¡si serás capullo! ¡ya te estás pasando! ¡ya es que me asqueas como para no verte más!... ¡Con lo que yo te defendí! Fui y le dije: “Señor inspector, no se quede usted conmigo... ¿Ferdinand en el espionaje<sup>[372]</sup>? ¡Eso sí que me resulta increíble! A él, que es un memo y un pato mareado, que está mal de la chaveta, es que está trepanado, al parecer, que se rompe la crisma por las aceras y hay que recogerlo con cuchara, no lo veo yo de espía. El chino no digo que no. ¡No sé qué andaré trajinando! Pero el Ferdinand, ¡ése está sonado! No llegará lejos, es un pobre desgraciado, un boqueras... Se apiadaron de él los macarrones en casa de Cascade... llegó sin un céntimo, de convalecencia... todo el mundo se lo dirá... un manguta... un desgraciado majara... ¡ése sí que es un Fantomas<sup>[373]</sup>! ¡Haga usted caso a una mujer con experiencia!... Si él es espía, yo soy obispo...” Ya ves cómo te defendí... “Es estrambótico... es cosa de su cabeza... Tiene aún una bala dentro... o tal vez

dos...” le dije, además... “Es que le dan ataques... Todos los chuláis se lo dirán... y las lumis también... Lo conocen en el *Leicester*...” ¿No hice bien?»

«¡Sí! ¡Sí! ¡hiciste bien!...»

«No podía decir más... habría pensado: ¡ésta está en el ajo!... “Estaba en el hospital en Hazebrouck, en Francia, con Roger, el hermano de Cascade<sup>[374]</sup>, el que fusilaron...” ¿No hice bien en decirle eso?»

«Sí que hiciste bien, desde luego...»

Me miraban los tres. No estaban demasiado seguros. Virginia intentaba seguir... no comprendía del todo... Era demasiada jerga para ella... Pero tenía mucho miedo... Sospechaba que eran horrores que estaban maquinando contra nosotros... Temblaba de verlos tan cerca, así, las caras, las tres mirándonos fijamente...

«¡Hale! ¡Piráoslas! os digo... Que voy a llamar a la policía...»

«No te preocupes, ¡ya vendrá sola! ¡Hale! ¡nos vamos! ¡Hale, venga!...»

Se levantaron... Esa vez se marcharon, no insistieron más... Ahora ya era de noche fuera. Habían vaciado las botellas, todos los whiskis... Tenían aplomo... ¡Se mantenían de pie, más o menos!

*erra tus hermosos ojos...*

*ues las horas son breves!...*

*ierra tus hermosos ojos<sup>[375]</sup>!*

Bigudí era incansable... cuando dejó de cantar, se puso a declamar...

*quiero tu corazón!... ¡Quiero tu corazón!...*

Salió así, a la escalinata... Bramó en la noche...

*quiero tu corazón!... ¡Quiero tu corazón!...*

Bajaron hasta abajo los escalones... No dijeron adiós... Ya no se ocupaban de nosotros... Se peleaban... los oía yo en la obscuridad... a ver quién iba a empujar el carricoche y quién no... Por fin ya, arrancaron... se oyó rechinar...

Después allá películas, dieron la vuelta al cacharro...

*s el vals pardo!...*

Se oyó aún a lo lejos... perfectamente... y después se acabó...

¡Ah! me dije: ¡ya se arreglará! Eran las malas impresiones... el desasosiego, la fatiga... te da vueltas la cabeza por fuerza... te altera el talante... ya no sabes lo que

te ocurre... desatinas y se acabó... Más vale dormir, eso seguro... Me decidí... me hice cargo...

«¡Levantemos la sesión!... ¡Vayamos a acostarnos, chicos! ¡Olvidemos a todos esos energúmenos! ¡Han venido a emborracharse y se acabó! ¡Folloneros asquerosos! ¡Unos golfos sin importancia! ¡Vayámonos a descansar!»

¡Volví a besar a Virginia! La ayudé a subir la escalera.

«No va a volver...», dije.

Me refería al coronel...

«No volverá hasta mañana por la mañana...»

Era otra impresión.

Pobre Virginia, ya no podía más... La habían dejado descompuesta los otros con sus mandangas...

«*Darling!*...», me llamaba... «*Darling!*...»

Pobre palomita... Y pálida y, además, con náuseas... Casi a cada peldaño, vahídos...

Sosthène le dijo:

«¡Chupe un trozo de hielo! ¡con un dedo de menta!...»

Era un medio.

«¡Oh! *no!* ¡Oh! *no!*»

No quería...

La besé, la desnudé, estaba enferma, sin fuerzas... una niña.

Le palpé el vientre un poquito, a ver si le dolía...

«¡Ahí!», me dijo... «¡ahí!»

A los lados... sentía tirones. No estaba muy hinchado, sólo un poquito, parecía. Y nada más. No parecía haber error. El médico que había ido a ver, en Sternwell Road, al lado, no había tenido la menor duda.

«Vuelva a verme dentro de un mes y no haga imprudencias, ¡ni bicicleta ni tenis!»

No estaba para saltar. Se encontraba mejor tumbada. Volví a mirarle el vientre. ¡Ah! de todos modos, ¡qué mala suerte tenía yo! No me daban ganas de reír precisamente.

«¡*Poor Ferdinand!* ¡*Poor Ferdinand!*»

Era ella la que me compadecía, pero en broma, al verme la cara descompuesta... ¡Ah! ¡estaba yo guapo! ¡Ah! ¡qué fatigas! Volví a besarla dos, tres veces más. La arropé, la besé.

«*Good night! Good night!*»

¡Me aniñaba a mí también! era jovencita, aún tenía muñecas en su cuarto por todos lados, cunitas muy monas con raudales de cintas... ¡Ah! era una impresión extraña ver a Virginia así, yo la miraba, volvía a mirarla... Antes no lo habría podido creer... No causaba la misma impresión... pero, aun así, la amaba intensamente... la amaba casi más que antes... No podíamos quedarnos juntos así, toda la noche. Si hubiera vuelto el viejo de repente. La besé una vez más... «¡Buenas noches!» Y

después subí a nuestra queli, la de las camas gemelas.

¡El otro truhán llevaba ya una hora acostado!... Me acerqué en plan animado, alentador, decidido.

«¿Qué, Sosthène? ¿No ha habido malos sueños? ¿A paseo el decaimiento!»

Puntualizaba de nuevo la situación.

«¡No te quemes la sangre! ¡Bigudí es una tía borracha y nada más! ¡que te farfulla cualquier ocurrencia! ¡No tiene el menor valor, querido Sosthène! ¡la menor importancia! ¡A paseo!»

Me sentía optimista de repente. ¡Me sobrevenían responsabilidades morales! ¡Había que afrontarlo! ¡Arreglar las cosas! ¡sacar a todo el mundo del apuro! un restablecimiento curioso, ¡y Sosthène también! ¡Le debía los ojos de la cara! En fin, ¡es un decir! ¡Que se acabara nuestra mala bají! ¡Que saliéramos del atolladero todos juntos! Yo no quería que lo fastidiaran más, ¡quería que aprovecharse la oportunidad! ¡que se había acabado el dolor! ¡que íbamos a divertirnos ahora! ¡Gozar enormemente de la buena vida! ¡Veía el porvenir de color de rosa! ¡El porvenir maravilloso! Así como así, a la buena de Dios, sin motivo, había cambiado de humor, tan sólo porque ya estaba hasta las narices, ¡todo tenía que acabar bien! De joven eres curioso, revoloteas como un gorrión mimado, de la obscuridad a la luz, de la risa a las lágrimas, ves el azul del cielo siempre en los peores tornados.

¡Bien! Conque nos acostamos, yo, de lo más jovial, le conté algunas bromas para que se alegrara un poco de antemano, disfrutase con la nueva suerte, tomara un anticipo.

No había manera. Seguía enfurruñado, ¡se hundió en su almohadón! Y eso que yo me esforzaba, me lo tomaba a pecho. Ni siquiera escuchaba ya mis zumbidos, a fuerza de prodigar ocurrencias, chascarrillos. Me entonaba, me animaba, ahogaba la voz de la desdicha. Él refunfuñaba, refutaba, no quería mondarse pero es que nada. Le parecía una señal funesta que el coronel no hubiera regresado.

«¡Qué va! ¡Qué va!» Lo tranquilicé. «Está en el club, ¡nada más! Se ha ido de paseo, derecho tiene... en casa se amuerma, siempre en familia... dándole a sus máscaras de gas... Ha cambiado de disco un poquito. Un día u otro volverá... un garbeíto, ¡y listo! Mira, yo me lo veo ahora borracho, trompa perdido en el *Kit-Kat*... en el *Windmill*<sup>[376]</sup>... dos, tres clubes, con una chavalita... ¡caliche y póquer!... el estilo inglés... «¡Champán! ¡Champán!...» Socarrón y con smoking... Volverá en *cab*... Ya puedes fijarte todas las mañanas... tal vez con caqui... *Tommy tops*<sup>[377]</sup>! A lo mejor se lo pone... ¡Es la guerra, chico! ¡La guerra!... La prueba, oye, de que es un vicioso.»

Yo pensaba en la escena con la sobrina, los domésticos.

«Un sátiro de aúpa, mira, ¡me parece a mí!»

¡Ah! ¡no lo apreciaba yo!

Conque estuvimos charlando así, de él, y después nos quedamos dormidos por fin... Es que estábamos cansados... ¡Debía de ser la una de la mañana! *Tic-tac*... *Tic-*

*tac...* me desperté... no era extraordinario... tan sólo el tic-tac del péndulo... he soportado ruidos mucho peores. Los nervios seguramente, es probable.

«¡Eh!», gruñí... «¿Es que no se va a acabar nunca?»

No estaba yo contento precisamente, mi propia voz me sobresaltó... ¡Ah! ¡Estaba yo chiflado, palabra! Pero el Sosthène no dormía... Sentado ahí, respiraba con dificultad, entrecortadamente, ¡oprimido!

«¿Estás enfermo también?», fui y le pregunté.

Lo dije con mal humor, me fastidiaba con sus crisis, ¡y sí encima le daba de noche! Bastante guerra daba todo durante el día... bastantes acrobacias hacía yo para apartar las catástrofes... al menos teníamos que dormir un poco...

Le pregunté:

«¿Quieres que abra la ventana?»

«¡Ah! si quieres, ¡yo es que no puedo más!»

«¿Cómo que no puedes más?»

«¡Cuando lo comprendas!...»

¡Un suspiro! Estaba abatido y se acabó.

«Eres obstinado», añadió.

«¿Cómo que obstinado?»

Se echó a llorar, toda la comedia, la cara entre las manos... La gran sesión. Sollozaba.

«¡Ah! ¡Hay que ver! ¿No te da vergüenza? ¡Te abandonas! Tienes miedo, ¡dilo! ¡Di que tienes miedo!»

¡Fui en seguida al fondo de la cuestión!...

«¡No, no tengo miedo!», protestó.

«¡Vaya si tienes miedo! ¡Te rajas! ¡Reconócelo!...»

«¡No, no me rajo!»

Yo lo pinchaba a propósito... Repetí:

«¡Va listo el lama! ¡Como puta por rastrojo!»

Se lo tomó a mal.

«¡Tú lo tienes fácil, mequetrefe!»

Ya lo veía yo venir.

«¡Vale, vale! ¿Abandonas? No quieres saber nada más, ¿verdad? ¿No quieres saber más? ¡Te vas a llorar ante el coronel! ¡Ah! ¡Eres demasiado horrible, la verdad!»

«¡Envíame en seguida a morir!»

Le indignaba yo. Se estremecía sobre su colchón, ¡le daba puñetazos!

«¡Hago lo que quiero, joder! ¡Hago lo que quiero!»

«Pero ¡si yo no te envío a nada!»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Eres tú! ¡Eres astuto! Quieres que la palme... ¡Quieres vengarte de lo del mercurio!»

«¡Ah! pero bueno, ¡qué puñalada, cabrón! ¡como si no estuviera yo ya bastante

pringado sin necesidad de ir a matar a nadie!...»

«¡Sí! ¡Sí! ya te veo... ¡ya te veo yo venir perfectamente!»

Eran las insinuaciones.

Era tozudo, piante, no quería comprender nada... y tenía mala fe...

«¡No he sido yo quien te ha despertado, ¿no?, pedazo de rollista! ¿Lo ves? ¡Ya lo ves! ¡Eres tú el que provoca! Sabes que estoy fastidiado con lo de Virginia... que es posible que esté encinta...»

«Pues vaya un motivo... Eso no es motivo...»

¡Había que ver qué obtuso, el muy cerdo!

«Eres gilipollas... Es que eres gilipollas... ¡no comprendes nada!»

«¿Que no comprendo nada?»

¡Me desconcertaba por fuerza con sus ademanes de conspirador!

«Bueno, a ver, ¿qué? Desembucha... ¿Qué te ocurre?»

«Pues, ¡que estamos perdidos!», me respondió. «¿No te parece bastante, ricura?»

«¡Yo no lo veo así! ¡Hablas por hablar! ¡Quieres hacerte el interesante! ¡Ya me despertarás otro día!»

«¡Tú no ves ni la Luna! ¡No ves que todo está montado! ¡que estamos en las últimas! ¡bien aviados! ¡un sueño! ¿No te suena?»

«¡Tú no andas bien de la chola! ¡No andas bien!»

Yo estaba de lo más optimista, cosa que no me sucedía a menudo... Le desesperaba.

«No sé si estará encinta ella, pero tú estás muy duro de mollera.»

Sacudía su piltra, un auténtico macaco con ataque de nervios. Lo sacaba de sus casillas.

«¡Hale! ¡enciende! ¡cuenta! ¡suelta la mui! ¡así no me habrás despertado por nada! ¡Venga! ¡Te escucho!»

Quería yo saberlo todo, a ver si era tan interesante.

«¡Mira qué hora es! ¡Las dos! ¿Siempre te da a la misma hora? ¿No podrías llorar por la tarde? ¿No irás a ponerte a bailar? ¿Quieres la túnica? ¿Quieres que te haga los tic-tacs? ¿Quieres volver a hacer el chorra? ¿Quieres que salga a buscar hielo?»

Le ayudaba a encontrar un motivo.

No abría demasiado los ojos, los tenía cerrados con cardenales azules y rojos, el doble de hinchados. Se los toqueteaba, sangraban. Había recibido de lo lindo. Me levanté, le empapé una toalla, se la llevé...

«¡Hale! adelante... ¿No habrás soñado?»

Quería yo, de todos modos, que se decidiera, que dijese sus paridas, ¡y se acabó! si es que le molestaba para dormir.

«¡Ah! ¡Si tú supieras! ¡Ah! ¡si tú supieras!»

Lo superaba, parecía, todo lo que tenía en la chola. Se contoneaba sentado con las piernas cruzadas, al tiempo que se calmaba el ojo.

«A ver, ¿qué?... ¡A ver!...»

Por fin lo soltó.

«¡Estoy seguro de que va a entregarnos a la bofia!»

Eso era lo que le traía tan de cabeza, ¡lo que tanto había cavilado!

«Bueno, pues», fui y le dije... «¡Estás tú pero que muy puesto! ¿De dónde has sacado eso, listillo?»

¡A mí me traía sin cuidado!

«¿Para eso me despiertas, so golfo? ¡Ah! ¡qué cara tienes, oye!»

¡La leche! Me hacía reír al verlo en la cama... así, tan flaco, demacrado... con la tira de pelos en el estómago... pelirrojo como un ladrillo... y delgado como para contarle todos los huesos... Tenía un aire a Gandhi<sup>[378]</sup>... pero la nariz nada aguileña, más bien respingona...

¡Ah! estaba seguro de que el coronel, pese a su estilo estrambótico, nos vendía a la pasma... una inspiración por su parte... que le había venido de noche, así, brutalmente, que ya es que no le dejaba dormir...

«¿Y por qué nos iba a entregar?»

¡Ah! ¡le parecía demasiado pesado yo con mis preguntas tan tontas!

«¿El señor Mentecato habla inglés?» Le fastidiaba que yo hablara inglés... «¡Yo no hablo inglés!... Pero ¡yo me conozco Inglaterra! ¡desde el 70, señor mío! ¡y las Indias también! ¡y el Beluchistán! ¡y Bengala! ¡y Egipto! ¡y Palestina! ¡Yo he viajado, joven! ¡Malaca! ¡y las Falklands<sup>[379]</sup>! Conque con eso se hace usted idea de si conozco mundo, ¡y los *crowns colonels*<sup>[380]</sup> de la corona británica! ¡Y artistas considerables! ¡en el mismo cartel! ¡y Little Tich! ¡y Barrymore! ¡el padre<sup>[381]</sup>! ¡y lores y primeros ministros! ¡y Thornicraft! ¡sí, Thornicraft! ¡lo pronuncio! ¡sí, el ingeniero! ¡y el general Both<sup>[382]</sup>! bueno, pues, mire usted lo que le digo: ¡su coronel es un vampiro! ¡Nos está chupando en este momento! ¡mañana nos liquida con la pestañí!»

«Pero ¡si yo no tengo nada que ver con él! ¡Fuiste tú quien lo encontró en el periódico!»

¡Ah! ¡me lo encaraba yo! ¡Por encalomármelo ahora!

«Pero tú lo adoras, no vayas a negarlo, ¡es papi político!»

«¡Te pasas de listo, chino! ¿Dónde has visto tú que nos vendiera? ¿en la llave de los sueños?»

«¡Es posible, macarra! Pero tú, tan insolente... di dónde se encuentra en este momento el coronel O'Collogham... ¡A ver, adivina, vacilón!»

«Para mí, que está de juerga, ya lo he dicho, está divirtiéndose, ese hombre... distrayéndose... volverá en un taxi... está bajo la mesa en este momento... gozando de la vida... volverá con el lechero... en su carricoche... ¡arre, caballito!...»

«¡Ah! ¡qué listillo es usted, mequetrefe! Pero voy a decirle una cosita. En este momento el coronel está divirtiéndose, ¡eso desde luego! Pero ¡no como usted cree! ¡de un modo que le va a resultar muy gracioso! Está a la mesa, ¡por descontado! Se está poniendo las botas, ¡ya lo creo que sí! pero ¡con el señor inspector! ¡Le está

contando historias sabrosas! ¡Ah! ¡cuentos chinos! ¡Ah! ¡ya verá usted lo que es bueno, amigo intrépido! ¡Chorchi valiente! ¡Ah! ¡menuda historia! ¡Lo que se está desahogando, el cornudo! ¡La que nos está preparando! ¡Menuda hiel! ¡todo un balde! ¡la decocción que nos va a endiñar! Es la jindama, ¡se lo digo yo! ¡Es un reservado! ¡un funesto! nos lanza un viaje, *floc*, ¡y nos echa!... Si tuviera usted experiencia, vería las cosas como yo... No hace falta ser vidente ni saber la lengua inglesa... Es así, ¡y no de otro modo! ¡No se aburre el señor inspector!...»

Yo no lo veía así. Yo veía al coronel en plena juerga, aturdiéndose, levantándose la moral un poco antes de las pruebas... que no estaba tan chalado como creíamos... que tenía canguelo, como todo el mundo...

«No, no es eso... ¡es cosa del Yard! Los otros han venido a husmearnos... ¡cusqui y compañía!... ¿No has comprendido el apólogo?»

¡Le indignaba con mi idiotez!

«Tú haces el amor, ¡bien está! Pero ¡no te metas en cosas serias! ¡Te empalmas! ¡ya es que no sabes nada más! ¡Ah! ¡la miseria de la frialdad! ¡Yo, en cambio, me huelo las intenciones! ¡yo no me chupo el dedo!»

«Voy a decírselo a la nena, entonces...»

«¿Quieres buscarnos la ruina? ¡No se te ocurra, desgraciado! ¡Te empeñas en provocar un desastre!...»

«Sí, pero ¿por qué se chiva?...»

Quería yo saber, al final.

«¡Ah! ¡hay que ver lo tardo que eres, pobre chico! ¡Ah! ¡oye! ¡estás mutilado en todo! ¡te dejó sin inteligencia! ¡Tú nunca has trabajado para ellos!... ¡No conoces sus modales! ¡No! ¡Yo sí que he trabajado para ellos! y no un año, sino diez y veinte. ¡Yo siempre me he quedado boqueras! “¡El Sr. Sosthène de Rodiencourt es un estafador!” ¡Así es como se llama, si te interesa saberlo! ¡Les he agenciado fortunas! ¡con los pies y la cabeza! he recorrido desiertos para los *gentlemen*, he explorado profundidades como para no regresar nunca, ¡para esos jetas de *beef*! ¡Hay que haber trabajado para ellos! Tendría tesoros como para no saber qué hacer, ¡si no me hubieran salteado! ¡como en pleno bosque! ¡y todas las veces! ¡En las Indias dejé millones! ¡En prospecciones! ¡en el teatro de variedades! ¡por todos lados la misma canción! ¡Te dan por culo sin más ni más! ¡Te entregan a la pestañí! ¡vas dado! ¡en cuanto les has conseguido el beneficio! ¡Jódete y baila! ¡Impepinable! ¡No eres del Club! ¡Trae! ¡Trae! ¡Eres un chuquel para ellos! ¡Te dejan la jeró como fosfatina! ¡*Pfing*! ¡Un patadón! ¡en las encías! ¡es lo que te ganas! ¡a tu casilla! ¡largo! ¡Chucho! ¡Plof! ¡das con tus huesos en la cárcel! “¡Está furioso!” ¡de eso están seguros! “¡Es un *foreigner*! ¡Está loco!” Así mismito hablan, ¡en cuanto te deben pasta! Te arman unos pitotes de aúpa, ¡que vamos, que te lanzas, najas! ¡Nunca te orientas! a la hora de las cuentas, ¡quedas pelado! ¡Boquerón! ¡Vas dado! ¡Te despiertas en la paja húmeda! ¡con un marrón, un muermo, que ya es que no te atreves a diquelarte en el espejo! ¡Tienes derecho al farolillo!... ¡Es la Chacal y Cía!



... ¡Si lo sabré yo! ¡me los conozco yo! ¡Me los veo venir yo de aquí a Westminster! ¡Éste es como los otros! ¡No piensa sino en marcarse desgracias! ¡Ya me han tocado, mira, esa canción! ¡Y recuerda que son tres cuartos de lo mismo todos! ¡Ya te los encuentres en Pondichery, en Soho! ¡o en Plymouth!... ¡th! ¡th!... ¡como dices tú tan bien! ¡Vampiros y pérfidos todos! ¡vas en plan *gentleman*! ¡y te arrancan la piel! Eso es el extranjero para ellos, ¡una piel para sus botas! ¡Yo lo he vivido! ¡he pagado! ¡Me lo veo venir todo eso! ¡Es desolador!»

«¿Qué pasta quiere quedarse? ¿La prima por las máscaras? ¡Si está forrado!»

«No quiere vernos más, ¡y se acabó! ¡A ti, pichaloca, te tiene fila!... Está celoso, ¡recuérdalo! Disimula, como Fregoli<sup>[383]</sup>. ¡Aunque le dieras Notre-Dame! *pflac*, ¡se lo llevas! ¡un lingote así! ¡te bebería la sangre! Son abismos, ¡me los conozco yo!... ¡Acuérdate del vergajo! ¡La que le dio a la nena! ¡Así les forman el carácter! ¡Es un gusto inculcado por la familia!»

«¿Qué quieres decir?»

«¡No hay que intentar comprender! ¡Es vicio! ¡Ándate con ojo! ¡Tú te expones, además! ¡Provocas con juergas! ¡Te cepillas a la sobrina! ¡Vas a ver tú la vuelta de la medalla! ¡Te vas a quedar con las ventanas de la nariz vueltas del revés! ¡No sabes tú lo que son las hipocresías!»

Empezaba, de todos modos, a figurármelo...

«En el momento en que esté harto, ¡tendrá mil ocasiones para gastarte la bromita! ¡Hale, venga! ¡danzando los golfos! ¡Para dar y tomar! ¡Empúrenme a estos granujas! ¡No sé de dónde han salido! El Yard nunca hace preguntas, cuando se trata de extranjeros. ¡Hale! ¡al trullo la canalla!...»

»“¿Son espías?”

»“Pues, ¡figúrese! ¡pues es que seguro! ¡Gente que se dedica a los inventos!... ¡Merodeando en torno a las patentes! ¡Son gentuza infernal!” ¡Han abusado de la confianza del bueno del coronel! ¡Menudo lo que disfruta! ¡Carga! Él es el que lo ha trajinado todo. ¡Así le viene al pelo! Todo para él, todo para su maco, ¡la gloria y el parné! “¡Miren la guerra! ¿No es espantoso? ¡Nos trae a pillos de todos los países! Líbrenos, querido Constable. ¡Se los entrego en persona! ¡En nombre de la defensa del Imperio! ¡y de la victoria del rey Jorge! ¡Hale! ¡Cuélguemelos a todos!”

»¡Lo que los halaga eso a los maderos! ¡Que ya es que es boga y locura! ¿quién no tiene su espía pequeño? ¡o grande! ¡su enmascarado! ¡su tenebroso! ¡Ah! ¡se lo pregunto! ¡Se la trae floja a los guris un macarra! ¡un chuloputas! Pero ¡dos espías ahí, de una vez! ¡Eso es canela! ¡Pues no le da postín ni nada a un guripa en los tiempos que corren! ¡Igualito que un carterista! ¿Te das cuenta un poquitito?...»

Sí, me daba yo cuenta un poco, pero ¡él debía de ver visiones, de todos modos! ¡Interpretaba todo por la tremenda! Era su defecto... Además, la pandilla que había venido con Bigudí lo había trastornado completamente. Le habían metido canguis con sus misterios... ¡Lo que sé es que a mí volver a ver al Ciempiés me había desquiciado también! Pero yo sabía a qué atenerme... ¡yo estaba sujeto a los

espejismos!

«¡Tengo que avisar a Virginia!», eso fue lo que decidí. «Si nos ocurre una desgracia, tiene que estar al corriente.»

Pero Sosthène se oponía:

«Están conchabados, ¡te lo digo yo, gilipollas!»

¡Eso era lo que le daba terror!...

Para eso me había despertado, ¡para meterme el canguelo!

«Anda, dilo ya, ¡que te rajas!... ¡Buscas pretextos!...»

No respondía nada.

«¿No vas a ir entonces a donde Wickers? ¡di, cacho cabrón!»

Se rajaba. No respondía ni que sí ni que no. Así, con su traje, en la piltra. Sólo meneaba la cabeza, como un Buda, como un mamarracho...

«¡Te quieres quedar conmigo! ¡dilo a las claras!»

Al final estaba yo indignado.

«¡Mira en qué brete nos has metido! ¡Vas a ver tú cómo se lo va a tomar el coronel!»

«¡Oye! ¡oye! ¡tú lo tienes fácil! ¿Qué riesgo corres tú, mamarracho? Si no funciona, a ti, ¡allá películas! Tú, potrudo, ¡no vas a aspirar! ¡El que la palme seré yo! ¡No tú! Si da resultado, ¡pues qué bien! ¡Ganas de todas todas! ¡Ah! oye, ¡menudo cínico estás tú hecho! ¡no le va a dar para el pelo a usted la guerra! ¡Tú te lo puedes pasar bomba! ¡La víctima soy yo!»

Eso le hizo echarse a llorar otra vez, presa de unos sollozos que lo zarandeaban, empapaba la sábana.

«Entonces, ¿ya no crees en los *Vegas*? ¿Era un camelo el Goâ y toda la pesca?»

Yo le tiraba de la lengua. Quería que dejara de llorar, que recobrase un poquito de valor.

«Entonces, lo reconoces, ¿era un puro camelo todo? ¿Querías que aspirara yo también? ¿Era ésa la astucia? ¡Reconócelo un poquito! ¡Anda!...»

No respondía nada.

«¡Ah! ¡me las vas a pagar, so golfo! ¡Nos lías! Nos llevas de aquí para allá. ¡Y después nos dejas tirados en el momento de la verdad! ¡Ah! ¡No se puede ser más guarro! ¡Vergüenza debería darte! ¡Estás guapo!»

A fin de cuentas, había sido él, la verdad, el que lo había trajinado todo, que habíamos embarcado a ese chalado, nos habíamos agenciado todo aquel material, aquella cacharrería, aquellas máscaras y demás, que se estaba complicando la cosa tanto, que no íbamos a salir de allí sino con destino al presidio, que estaba cobrando un cariz... había que reconocerlo... Matthew, la Wickers... ¡la pasma!... Bigudí... los espías... el consulado... ¡era demasiado todo junto! y, encima, ¡los Aparecidos!... ¡Ya sólo quedaba sucumbir! más luego la pobre monina, que se encontraba con el bombo en aquel momento... ¡Que es que todo nos caía encima en el mismo instante! ¡Ah! ¡como a propósito, vamos!... ¡la coincidencia!... ¡acumulábamos los palos!

¡Ah! ¡estaba yo orgulloso de mis éxitos! ¡Romeo el Pifias! No me jactaba de nada... Era culpa mía y no lo era... Había cedido a mis impulsos... No la habría yo tocado en un momento normal, así, con sangre fría... la amaba demasiado desde el principio... admiraba su belleza... la respetaba maravillado... Me hacía feliz con su encanto... su bondad... su alegría... no le habría causado el menor daño con mis modales... ¡Había sido cosa del *Tuit-Tuit!* ¡la borrachera! las circunstancias, la fatiga... Ahora me daba cuenta perfectamente... mi cabeza, sobre todo, había flaqueado... un ataque de pánico me había dado, me había arrojado sobre ella como un perro... la habría mordido... estrangulado... me daba cuenta ahora... no era del todo culpa mía... Daba igual, yo era responsable... No procuraba salirme por la tangente... Se lo volví a decir a Sosthène...

«No tengo las ideas demasiado claras... pero ¡soy responsable! ¡Eso por descontado! Está escrito bien claro en mi hoja de licencia. “Trepanado, psiquismo afectado, pero responsable.” No dejaré de cumplir. ¡Honor y Conciencia! Así es en mi familia.»

Me miraba como un atontado, con lágrimas en los ojos.

«Sí, ¡bien claro lo proclamo aún! Me has despertado, ¡pues entérate bien! ¡No la abandonaré nunca! Me has despertado, ¡pues escúchame! ¡Yo no soy un cantamañanas como tú! ¡Yo cumplo mi palabra! ¡Herido! ¡Trepanado<sup>[384]</sup>! ¡Muerto o no! ¡Ya ves tú cómo somos los de la quinta del 14!»

Le di un corte de aúpa.

«¡Yo no soy un hombre que abandone! ¡Yo seré el padre del niño! ¡Ya ves tú cómo soy yo!»

¡Ah! estaba yo orgulloso de soltarle eso...

«¡Pobre monicaco! ¡Niño usted mismo! ¿a qué viene tanto largar?»

¡Ah! lo había hecho entrar en cólera.

«Pero ¡si no dejo nada, la hostia puta!»

Descuajaringaba la piltra, de tanto agitarse furioso.

«¡Ah! ¡Esto pasa de castaño oscuro! Pero ¡no me dejaré insultar! ¡Tenga cuidado con lo que dice! ¡Mocoso! ¡Golfillo!»

Se irguió, estaba fuera de sí, ¡le giraban los ojos!

«¡Ah! ¡ya no lloras!» ¡Ah! ¡yo me tronchaba! «¡Anda! ¡chinchá, rabia!»

Pero eso no le hacía reír.

«¡Repíte! ¡Repíte! ¡Yo no he dejado nada! ¡Mientes, asqueroso!»

Estaba fuera de sí.

«Mire, señor mío, ¡su *Vega* es un camelo! ¡Su túnica china! ¡Su danza! ¡Su nariz que se mueve! ¡Ni lama ni Cristo que lo fundó!... ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Lo que es usted es un estafador. ¡A mí no me la ha dado! ¡con sus payasadas! ¡Farfullero! ¡Tiene que encontrar a otro más capullo que usted!»

¡Ah! lo estaba yo hiriendo profundamente, ponía ojos de cordero degollado. ¡Qué pillo era!

«¡Joven ¡Joven! ¡Está usted perdido! ¡Despotrica como un loco! ¡Y yo lo escucho! ¡Pura insensatez! ¡Tiene usted el cuerpo enfermo! ¡Ha sufrido! ¡Podría ser una excusa! ¡Su inteligencia no es nada del otro mundo! Pero ¡el mal es más hondo! ¡No tiene el corazón en su sitio!»

«¿Que no? ¡Ah! ¿que no?»

Salté.

«¡Retire eso o provoco una desgracia! ¡Le estrello este orinal en la jeta!»

Si no cerraba el pico, ¡lo iba a machacar con el orinal!

«¡Cacho cobarde! ¡emboscado! ¡tramposo!»

Saltó hacia el péndulo, lo agarró, iba a defenderse...

«¡Atrévete!», fue y me dijo... «¡anda!»

Miré, lo blandía en el aire, eran las tres y veinte. Iba a catapultármelo. No esperé... ¡BRUM! ¡en pleno espejo! ¡estalló! ¡hecho añicos! No le había hecho nada, se rió burlón.

«¡Ah! ¡cerdo!» Le salté al cuello.

«¡Guarro! ¡Asqueroso! ¡me las vas a pagar todas juntas!»

«¡Huah! ¡Huah!» Berreó, lo apreté, ¡bramaba como un toro!... «¡Huah! ¡Huah!» Yo estaba de rodillas encima de él, volví a saltarle encima, como si fuera un muelle...

«¡Hale! ¡Venga! ¡aúlla, cerdo! ¡Que no hay nadie!»

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! llamaron...

«Please!... Please!» llamaron... Era Virginia...

Entró, estaba en bata.

«¡Ya ve!», fui y dije... «¡Ya ve, mire!...»

No se me ocurría nada más. Estaba horrible, el otro, debajo. Le había yo hecho un poco más de pupa con un solo brazo, a codazos. Le había reventado los ojos a la virulé. Había sangrado, lo enjugamos, había dejado perdida la alfombra.

Virginia bajó a la cocina, eran las cuatro de la mañana. Iba a hacernos un poco de café.

Sosthène gemía, echaba las tripas, le había yo aporreado demasiado en el estómago. A mí me había sacudido él en la cabeza. Tenía un vértigo que no se me iba.

Por fin nos acostamos al final. Pedí perdón a Virginia, cuando volvió a subir de la cocina.

Estaba disgustada.

«Sleep!...», me dijo. «Sleep! You are no good!»

Yo quería estrechar la mano a Sosthène.

Ya roncaba, sobaba con ganas. Creo que lo había yo herido mucho. Sin noticias del coronel.

Entretanto, no volvía, de eso sí que estábamos seguros... Un día... dos días... sin noticias... Ya no hablábamos de él... Era delicado, de todos modos, con Virginia... Podía estar bastante preocupada... Era su tío, su único pariente... aunque fuese un asqueroso, era, a pesar de todo, su sostén.

Yo miraba un poco el *Mirror* y después el *Daily Mail*, sobre todo la rúbrica «*Personal*»... Ni el menor eco... Era extraordinario de verdad. Los domésticos no sabían nada. Hacía años, al parecer, que no le había sucedido... Ya había protagonizado fugas... La última en 1908... El jefe de comedor, Shrim, recordaba que en 1905 se había escapado por dos meses de la misma forma exactamente, sin avisar a él ni a nadie. Así, de buenas a primeras, ¡*bum!* ¡había volado! Nunca habían sabido por qué ni qué había hecho fuera. Había vuelto una noche, cubierto de piojos y hecho un asco, con el pantalón hecho jirones. El propio Shrim lo había acostado. Tres días durmiendo. Después había reanudado su vida como si tal cosa. Nadie le había hecho preguntas. Tal vez fuera lo mismo otra vez. Tal vez volviese al cabo de dos o tres meses, ¡tal vez al cabo de dos o tres días! ¡Quizá se hubiera alistado de nuevo! ¿habría vuelto al servicio del *Royal Engineer Pioneers*? ¿Qué iría a escribirnos desde el frente? ¿Sería tal vez el viento que soplabá, como con los macarras de Cascade? ¡El viento de los héroes! Ya volvería, ¡joder!, cuando quisiera. No había dado órdenes. Los proveedores seguían haciendo entregas. Se pagaba con la cuenta del banco.

Virginia se encontraba un poco mejor. Sin embargo, se cansaba en seguida. Palidecía por una cosita de nada. No le sentaba bien el embarazo. Le dolía la espalda ahora. Ella, que era el movimiento en persona. Una chavalita traviesa, saltarina... ¡Ah! ¡yo me portaba muy bien! Volvimos con los pajaritos, a jugar en el jardín con ellos... Conocían bien a Virginia, sobre todo los pinzones, de ojitos muy curiosos, venían a picotear en su mano. No hay cosa más mona que un pájaro. Es una borlita graciosa que engaña para aparentar más volumen, se hincha con las plumas. Un ladino. En la mano es una cosita de nada, es un espíritu del aire. ¡*Tuituit!* un copito de viento. ¡Ah! ¡sientes deseos de ser pájaro! ¡El cielo puro para vivir! ¡Qué leche, no es lo mismo! Se lo decía yo a Virginia, muy amablemente, desde luego... Queridita, amiguita... que ella era un pájaro en cierto sentido... Y yo entonces, el salvaje, le había jugado una mala pasada... Aun así, aun sentada, le venía un malestar, se fatigaba... Tenía que tumbarse. Yo le prodigaba cuidados, puedo decirlo. Yo hacía de papá, ella de mamá, eso la hacía reír, pero ¡no demasiado! Derramaba una lagrimita... Yo me apresuraba a besarla... Pensaba yo en eso: ¡un niño!... Me quedaba de una pieza... Ya es que no me movía más.

«*It rains dear!*»

Llovía. Había que volver a la casa. Tosía también un poquito... y eso que era una muchacha sólida y de complexión fuerte, musculosa, bulliciosa, vamos...

Bien, volvíamos a la casa. Yo telefoneaba a dos o tres sitios... Quería saber, de todos modos, qué había sido de aquel payaso, dónde podía haberse metido, ¿en el *Bar Jellicott*? ¿en el que había *barmaids* especiales, tipo cantineras, que decían obscenidades a los vejetes? Eso podía irle, al tipejo. Los carcamales del ejército, de su estilo, se reunían allí para el póquer. ¿En el *Squadron Club*, adonde le dirigían las cartas, adonde Shrim le llevaba la maleta las noches en que había función de teatro y

no dormía en casa? Tampoco allí lo habían visto. Me dije: no sé lo que se está preparando, pero no debe de ser agradable. Sosthène, por su parte, estaba paralizado. Ya no se comía el coco. Ya no quería moverse por nada. Esperaba al cumplimiento de la profecía, que los guripas vinieran a pillarnos. Allí, todos allí, de una vez. Lo apostaba delante de los domésticos. Lo daba por descontado.

Virginia, en cambio, se reía de todo eso, de sus ocurrencias de polichinela, de sus «¡Oh! ¡huy, huy!» por cosas de nada... más luego los suspiros que lanzaba... Cuando hablaba un poquito rápido, ella le hacía repetirlo todo...

«*Say it again captain!*»

Lo había nombrado capitán. Pero quería enseñarle el inglés, se empeñaba con tesón, además de los *the* y los *thou*...

«¡Le daré una lección en seguida, si se pone ahora mismo la túnica! ¡y nos danza como el otro día!» ¡Que se nos marcara el Piccadilly otra vez! ¡Y precisamente cuando ya no quería saber nada más! ¡del Piccadilly ni de nada! ya no estaba de humor mágico, lo había agotado tanto el trance de Goâ, la batalla, que no podía prever siquiera cuándo volverían a darle los efluvios. Se había descargado tanto de toda potencia «Cuarta» durante la corrida de los guripas, que ahora se encontraba desinflado, y no era broma, seguramente para varios años. Todo ello por mi culpa, claro está. Que si no había tocado como debía en mi servilletero *tac tac*, que si lo había saboteado todo, etc., etc. Me buscaba gresca. No eran sino ardidés torpes para escapar a las condiciones... que si no había acabado lo de las máscaras... que si tenía que volver a los ensayos... ¡Ya no quería! ¡Yo le había hecho perder la suerte!... Si hubiera tocado con los bastoncillos en Piccadilly... absolutamente como estaba convencido... con la cadencia *tac tac... tacc tacc...* todo habría salido de maravilla... se habría producido el gran milagro... Volvían a darle las grandezas. Yo no respondía nada. Era fútil... mala fe y se acabó... ¡No me atrevía a pensar en el futuro! ¡La que me esperaba! Yo me decía: mala suerte, ya está echada, ¡que suceda lo que tenga que suceder! entretanto, tenemos la piltra, la jalandria y la calefacción... Catástrofe por catástrofe, no vale la pena moverse... Lo mágico era que ya no nos separábamos, ni siquiera un instante, Virginia y yo, que ya no nos encontrábamos alejados nunca, ni en los días buenos ni en los malos, que era de verdad para toda la vida...

Yo me estaba volviendo serio en un sentido, en los sentimientos, vamos... No obstante, había una pega, complicaciones... El sentimiento no lo arregla todo... Yo reflexionaba con Sosthène. Volvíamos a charlar amables...

¡*Drrrrring!* el teléfono...

«¡Diga! ¡Diga! ¿Quién es?»

«La catedral de Saint-Paul...»

Así mismo...

«¿Cómo dice?»

Estábamos asombrados...

«¡Llámenos al Sr. Sosthène! Queremos hablar con él...»

Una voz bastante áspera.

«¡El Sr. Sosthène no está!»

Mi presencia de ánimo.

«¡Sí! ¡Sí! ¡sí que está!»

Insistieron.

«Pero ¿quién es usted?»

«Soy Dios.»

¡*Tac!* colgaron... Un bromista.

¿Quién sería?

Nos preguntábamos.

¿Quién podía estar al corriente?

«Sosthène», le dije... ¡Tú has hablado!... ¡Has contado cosas a los sirvientes! ¡Te portas como un cerdo!»

Me juró por su cabeza. No era buena garantía. Nos había hecho sonreír, de todos modos, pero no tenía yo ganas de volver a empezar. Colgué el aparato.

¡*Toc!* ¡*Toc!* ¡*Toc!* ahora era la puerta...

Un policía. Dije: «¡Ya está!» No.

«¡Mister Sosthène de Rodiencourt! ¡Miss Virginia O'Collogham!»

Dos tarjetas entregó, giró sobre su eje, salió. Dos convocatorias, la misma para los dos.

*Will call at Room 912.*

*iday 6, 3 p. m.*

*otland Yard I.»*

Las leí primero yo, después Virginia y luego Sosthène.

Decidí:

«¡Chicos! No hay que ir... Estoy seguro de que es ful.»

No lo dudé un instante... Hice temblar a Virginia con la forma como se lo expliqué... de tan seguro que estaba... que era una emboscada horrible... Ella, nada temerosa precisamente, deportiva, descarada al máximo... volvía a ser presa de la debilidad, era su estado... Nos vimos obligados a tenderla, le rechinaban los dientes. Me miró... me vio todo borroso... muy diferente... era un ligero malestar... Le di palmaditas en las manos... estaban heladas... La besé... la besé... la vi muerta... dejé de verla... ya no veía nada...

Volvió a sonreír... me devolvió la vida... me poseía como un pájaro... estaba yo en la jaula de su felicidad... me llevaría a donde quisiera... yo ya no quería que se alejara... yo ya no quería separarme de ella ni un segundo... olvidaría todas mis desgracias, mi brazo, mi cabeza incluso, el ruido perpetuo dentro de ella, el dolor que tenía por todo el cuerpo, el cónsul, la convocatoria, a fuerza de verla feliz... Quería que fuese totalmente feliz... De momento, era complicado... No estaba la cosa bien

encarrilada. La prueba era la convocatoria... No había que ir, era una trampa... Estábamos decididos.

Pero, si no íbamos, ¡vendrían ellos! ¡Así no se arreglaba nada!

Moraleja: ¡había que darse el piro! ¡pies en polvorosa! ¡diez, quince días! ¡Garbeo! ¡Garbeo también nosotros! ¡Bonita juerga! Bien que se había largado el coronel, si volvía de improviso, no podía sorprenderle demasiado que nos hubiéramos ido también nosotros a tomar el aire un poco...

¡Era una forma de ver las cosas!

«Y, además, ¡qué leche! ¡no tenemos nada que perder! ¡Hale, venga, en marcha!»

Virginia estaba totalmente de acuerdo. Ahora, ¡que la bolsa estaba a cero! Había que prever los gastillos... ¡Un garbeo de tres cuesta lo suyo! Virginia tuvo la idea entonces. Yo no le sugerí nada. Subió al segundo piso, al despacho de su tío. No vaciló un segundo. Abrió dos, tres, cuatro cajones... la oímos zarandear la cómoda... nos bajó con siete libras *fifty*... No era la tira, no podía llevarnos demasiado lejos... Aun así, quince días... dos, tres semanas... el tiempo para que los guris nos creyeran en el quinto pino... en el extranjero... No habíamos interpretado mal el guión... no habíamos dado la alarma... nos habíamos comportado de lo más natural, como el coronel... anunciamos a los machacas... que volveríamos para la cena, que íbamos a dar una vuelta a la ciudad...

Tal vez no fuera un detalle demasiado astuto, tal vez no pudiese engañar a nadie. Nos habían cogido desprevenidos, había que decidirse. Debíamos de tener un aire bastante extraño.

Ya estábamos fuera.

¡Ah! ¡ojo entonces! ¡Precauciones! ¡No dejarse ver otra vez en Tottenham! ¡ni Piccadilly! ¡Huid! ¡Huid de la boca del lobo! ¡Ah! ¡localizados los excéntricos!

Me dije: por la parte populosa llamaremos menos la atención... En marcha hacia el Este... ¡Poplar!... montamos en el 116... Y, además, que siempre era más tentador... por el lado de Greenwich, el puerto, los *pubs*... No obstante, tenía yo cuentas por allí... ¡Ah! pero el deseo puede más... Hay barrios que prefiere uno... estaba el *London* también, el Hospi, el largo, tipo bastión, frambuesa y negro, donde ejercía Clodovitz, el médico de los amigos. Había que tener cara para dejarse ver otra vez por allí... ¡Mala leche! ¡la atracción! Conque montamos en el autobús. El trayecto, las tiendas de colores, así, desde la imperial, bamboleados, un gozo de tumbos, todo baila. Iba recobrando la confianza Virginia. Yo me había traído su abrigo de pieles. Estaba contenta de tenerlo. Yo estaba atento a los detalles. Se encontraba mejor al aire libre.

A mí me daba alegría que nos fuéramos, que nos pirásemos de aquella queli Willesden... Hacía llamadas a los transeúntes... «Helio! Helio!» de júbilo repentino...

«Pero ¿es que vamos de boda?»

No comprendía Sosthène...



«¡Alegre ese cara, coleguilla! ¡estamos salvados!»

Yo veía todo de color de rosa... Besaba a mi Virginia con los traqueteitos... en las curvas... nos hacían caer uno encima del otro... con el viento te embriaga... Es la libertad... A Sosthène lo adormecía... la jeta bamboleada con los virajes... Es bastante largo el trayecto de Willesden al *Elephant*, una buena hora... el Strand y después Cheapside... Era por la afluencia de coches... masas, tropeles de todas clases... en fila india, barullos, vueltas y revueltas, sentidos contrarios... embotellamientos como no se han vuelto a ver desde entonces... Hablo del invierno de 1916. Había que ver las arterias, las grandes calles de Londres descuartizadas, dislocadas, reventadas por los vehículos. Torrentes de América en vituallas, quincallas, bazar de armamentos, cañones, forrajeras, landós, trenes de impedimenta, ómnibus, los últimos *cabs*, columnas en marcha, *Tipperary*, locomóviles en plena calle, asombrosas marmitas, unos sobre otros todos, organillos<sup>[385]</sup>, pontoneros del corte, de la junta, la astucia de un cruce al otro, la salida, la calzada toda levantada, hendida, todo el piso de madera con las sacudidas, abarrotando, hundiendo los bordillos en la avalancha hacia Victoria, el gran embarque hacia Flandes, el barullo Continente, la mudanza de los Reinos...

Era un auténtico tiovivo fantástico, mil veces más divertido que los caballitos. Iba lejos nuestro 116, amortizábamos bien el parné... ¡Ah! es agradable el tráfico, consuela de muchos sinsabores...

Yo apretaba fuerte a mi Virginia, le gritaba mis confesiones, el zumbido del autobús se me llevaba las palabras... la trepidación...

«*You are an angel Virginia!... nice weather soon!... you appear!* ¡Es usted un ángel, Virginia! ¡Aparece usted y hace bueno!»

Más delicada, más sensible que un ángel, ¡mucho y mil veces! ¡en el estado en que se encontraba! ¡Pobre muñequita tan frágil! ¡Qué buena y qué animosa!

«Virginia, ¡es usted un ángel!»

Sosthène no acababa de creer que fuera una buena idea haber abandonado Willesden... Se preguntaba ahora... escrúpulos con cada tumbo... «¿Y si el coronel no nos encuentra? ¿Y si la policía vuelve a vernos?... ¿Y si los domésticos telefonan?... ¿al *Club Engeneer*?...» ¡y más «si» hasta el infinito!...

Yo dije: «Olvídalo y diviértete, hace bueno, ¡mira cómo se anuncia la primavera y las ofensivas! ¡Yo ya no estaré!»

Hacía dos o tres días que no llovía, hacía un poco de sol incluso de vez en cuando. Podía provocar fiestas, procesiones de gratitud, un mes de marzo no demasiado remojado... En Londres es normal que caiga con ganas, que la primavera traiga diluvios.

No se alegraba Sosthène, no tenía el corazón contento, pensaba en Scotland Yard.

«Mira, Sosthène, mira los chorchis.» Yo le hacía admirar la calzada, las compañías en pie de guerra, menudo si desfilaban hacia Victoria, caqui para dar y tomar...

«Mírales la cara, no lloran, y eso que parten para la chingaripén... ¡esta noche estarán en fila! ¡Jóvenes y rebosantes de salud! Sosthène, ¡es usted un verdadero egoísta! ¡Sólo piensa en su barriga! ¡Está feo a su edad!»

No respondía.

«¿Será que le falta la danza?»

Lo pinchaba yo.

«A ver, ¿es que no ves que vamos de paseo?»

Daba tumbos totalmente atontado.

El autobús bramaba, humeaba, hipaba, soltaba jugo a lo largo de toda Fleet Street, la calle de la Prensa, de las revistas, las murallas de mármol, ¡a fuerza de sacudidas trepaba gruñendo hasta justo la cima! se empecinó, se detuvo... ¡Drrring! ¡El timbre! ¡Soltad todo! rodó cuesta abajo, dando tirones, ¡se lanzó! ¡Cuidado con las bicis! ¡Bajó en picado, se encabritó, volvió a trepar! ¡Ludgate Hill! ¡La gran cúpula allí delante! ¡la gigantesca! ¡la enorme de Saint-Paul! ¡La catedral! ¡nuestro teléfono<sup>[386]</sup>! Nos cachondeamos un poco... No es un lugar agradable precisamente, pero en seguida, después de la placita, aparece el río ahí, al cabo de poco, New Bridge<sup>[387]</sup>, a la vista. Abajo, en el agua, el flujo de las brumas amarillas, rosa pálido, que bogan al sol.

El autobús llegó al puente, se internó en él. Lo envolvieron las vaharadas, la imperial avanzaba en pleno cielo. Ya no veíamos nada. Era demasiado opaco. Propuse que nos apeáramos, que mirásemos un poco desde el antepecho, los barcos, la ribera, el movimiento.

¿Estaría cansada Virginia?... ¡No! ¡No! ¡quería también pasearse!...

El barrio era oportuno en un sentido... no había riesgo de tener encuentros indeseados... tipo Matthew... curiosos... Por allí sólo había currantes... empleados<sup>[388]</sup>, apresurados... no miraban... se lanzaban... No eran curiosos. Nos acodamos... no veíamos gran cosa... las vaharadas lo ocultaban todo. Se adivinaban los barcos, se oía su sonoro hálito, se oía su chapoteo... la corriente que rompía contra el arco... que giraba en el gran agujero... barrenaba, cavaba, mugía, agitaba la espuma, pasaba rauda... *chuuu*.

Las gaviotas nos rozaban, se zambullían en los remolinos, planeaban entre las vaharadas, graznaban, girovolaban... El sol iba abriéndose paso, tocaba las dos riberas, todo el gigantesco biombo de las dársenas, la enorme sarta de ladrillos, brillaba en el amarillo, en el malva, resplandecía en los cristales, caía en cascada, chorreaba en las orillas, en el barro, volvía a pasar por la corriente, centelleaba, salpicaba con mil fuegos...

¡Ah! ¡era de pura y simple fábula! ¡Nadie podría decir lo contrario! Pregunté su opinión a Sosthène. No quería hablar. Le parecía demasiado frío el antepecho y yo le parecía muy nervioso, él tiritaba, con la nariz toda malva. Virginia temblequeaba también... ¡Ah! ¡a mí es que me animan los grandes ríos! Me transportan la imaginación... Salgo de mí al ver el agua correr...

Aun así, ¡tenía frío yo también, joder!

«¡Un grog!», propuse... «¡Un grog!»

Conocía yo un pequeño *saloon* en Blackfriars, muy cerca, a dos pasos.

«¿Quieres demolerme el estómago?»

¡Qué borde!

¡Volvimos a subir por Fenchurch!...<sup>[389]</sup> volví a encontrar mi *pub*, vuelvo a verlo ahora, justo enfrente de «La Belle Sauvage<sup>[390]</sup>», el patinillo con el rótulo. Se veía la «Belle Sauvage» en pelotas y contoneándose, bailando con ramilletes de plumas por todo el cuerpo, en el culo, sobre la cabeza, en los chucháis... Una pintura de época. Algo así como el coronel con sus excentricidades de máscaras... Aquello volvió a inspirarme reflexiones. ¿Cómo se anunciaba nuestro futuro?... ¡Menuda perspectiva! ... ¿Dónde podía andar ganduleando el tipejo en aquel momento?, pensaba yo... ¿qué tejemaneje?... ¿Por qué no había vuelto a casa? ¡Pensaba yo en todo aquello!... ¿Su intención?... ¿Y el teléfono? ¿Y la nota del Yard?... ¿Sería tal vez él el provocador?... ¿A qué venía eso, a fin de cuentas?... un trabajo muy chungo... Yo me comía el coco con hipótesis... no podía decirlas en alto... inquietar a la pequeña aún más... y, además, es que era demasiado delicado, su pariente, su tío... desde luego, que era un asqueroso... un viejo con pasiones... un tipo guarro... No podía negarlo ella, ¿verdad, monín, frágil tesoro? Yo volví a besarla un poquito... La besaba cada vez más... Eso no se hace en los *public bars*. El caso es que seguía yo muy perplejo. Eran muchos problemas para mí, aparte de mis nervios deshechos y mis preocupaciones personales con el consulado y demás... ¡Ah! ¡es que era demasiado, joder! Volví a besar a Virginia... ¡Ah! ¡la cosa no se arreglaba! Tribulaciones en todos los sentidos. ¡Y ella, mi pobre maravilla, con el bombo! ¡mi hada! ¡mi ternura! ¡Yo el padre! ¡Bonito padre! ¡Menudo! Sosthène me dejaba languidecer con mis pensamientos de la mala suerte, ¡él se encontraba muy bien en el *pub*! Se servía té con ron, una jarrita tras otra... y eso que él no era nada bebedor... estaba cogiendo gusto a los licores... después de aquellas terribles emociones.

«¡Creía que no te gustaba el alcohol!»

«Mira, tú me das pena, ¡y punto!»

Le vino una lágrima al ojo. Le salían con facilidad. Era yo el que lo apenaba... ¡Oh! ¡qué rostro!... ¡él, que no tenía corazón!

Una comedia.

«¿Te lo vas a beber todo?», fui y le pregunté. «¿Las siete libras *fifty*?»

Se indignó. Salimos.

Volvimos a encontrarnos en la acera.

Se me ocurrió la idea.

«¡Hombre, Prospero Jim! ¡A ése es al que deberíamos volver a ver!»

Bigudí había vuelto a hablar de él el otro día en el banco delante del *Leicester*... Había montado otra *queli*, según Bigudí... al otro lado del Támesis... con el *parné* del seguro... un *saloon* para los obreros, con *tentempiés* para los descargadores, una

simple cantina, vamos... ya no un mesón completo ni mucho menos... No había salido demasiado bien lo de la bomba con el seguro... no le habían reembolsado todo, sólo un poquito... Y eso que era un gran charlatán, zalamero, el Prospero Jim, y con relaciones útiles por todos lados, en todas las dársenas, los talleres, en todas las tripulaciones o casi, de cabotaje como de larga ruta, ¡y en la aduana casi un baranda! ¡Ah! ¡si quisiera ocuparse él! Podía perfectamente sacarnos. Volvía a infundirme esperanza esa súbita idea.

«Si tuviera algún medio, por ejemplo, mira, para Irlanda. ¿Del todo discreto, secreto, y tal? ¿Algo en el fondo de la bodega para nosotros tres? ¿No le gustaría, Virginia?»

¡Claro que le iba en seguida! Era una idea vagabunda. Mejor no podía parecerle. No le daba miedo la aventura. A Sosthène tampoco. Pero ¿cómo íbamos a hacerlo? ¿Por dónde íbamos a comenzar? ¿con qué parné? ¿qué papeles? Se comía el coco con puñetitas.

Dicho y... ¡En marcha! ¡Coño, joder! ¡En busca de ese Prospero! ¡tras el rastro de ese acróbata<sup>[391]</sup>! ¡Volver a cruzar todo el puente! Para empezar, sólo podía encontrarse por allí... después de la fábrica elevadora, pasado Blackfriars y el Almacén, la dársena en seco<sup>[392]</sup>, justo después de los depósitos, donde la orilla se hace más alta, donde comienzan las callejuelas con revueltas, toda la sarta de los *cottages*, los millares de puertas con aldaba, geranios hasta perderse de vista, todo el batiburrillo de los callejones de ladrillo, Holborn Commons, Jelly Gates, grises laberintos abarrotados de chiquillería, que se te tiran a todas las piernas, barullo, rebotes, aros, cacerolas, batahola, se cuelan por todos lados, gritan a pata coja, se pillan, hacen cabriolas, ¡bum! ¡pídola! chicas, chicos, ¡volteretas! ¡pfluf! ¡al arroyo! ¡te transporta con brusquedad! ¡te salpica de alegría tan viva! el sol te atrapa por todos lados, te quema el corazón de placer, paredes viscosas, callejuelas mágicas, chicas remangadas, rubitas leonadas, ¡alcaravanes de estopa! con grandes empujones de juventud, ¡delirio! ¡delirio! ¡brincos para la eternidad! Morir así, ¡transportadito de juventud, de alegría, de chiquillería! ¡la felicidad misma! ¡el aroma de alegría de Inglaterra! tan fresco, tan pimpante, ¡divino! ¡margaritas y rosas excitantes<sup>[393]</sup>! ¡Ah! ¡me exaltaba yo! ¡Ah! ¡me embriagaba! ¡Olvidaba mi objetivo! ¡Me perdía! ¡Prospero! ¡Prospero! ¡Tu cantina! ¡Te encontraremos! ¡Aunque estés escondido bajo las orillas, encogido en el fondo de una cloaca, con las ratas, el contrabando! ¡No te volverás a escapar! ¡Rápido a las preguntas! Ese transeúnte... ese otro... esa casa... todo el barrio... ¿Por favor? ¡Nadie sabía! Ahí estaba el *Dingby*... los escombros... Igualitos aún... cieno, ceniza, vigas. Por fin encontramos a un charlatán... tres tiendas más allá... *Grocer*, tendero de ultramarinos... quería recordar, de todos modos, que tal vez hubiese oído decir que Prospero había vuelto a la ribera de enfrente... ¡otra travesía!... una barraca de tablas, al parecer... *The Moor and Cheese* se llamaba... «El Moro y el Queso»... En marcha otra vez... Trooley Street<sup>[394]</sup>... la barcaza rápida... Ya estábamos... Jamaica, la gran antedársena... veinte metros a la

derecha dimos con ella... Era un auténtico cobertizo en tamaño, inmenso, feo, negro, horrible, una barraca enorme, al final de la sirga, justo enfrente del agua... Estaba escrito, en efecto, «*Moor and Cheese, Prospero propietor*»... No había error posible, era allí. Empujé la burda. No hubo sorpresa. Nos había visto llegar. Debía de diquelar desde la barra.

«Hola, ¿qué tal?» No hubo detalles...

«Conque», fui y le dije, «¿has vuelto a establecerte?»

«¡Oh!», respondió. «Así, así...»

Con prudencia.

No insistí.

«Aquí, Sosthène», fui y le presenté, «¡un amigo de verdad! y aquí, Miss O'Collogham... ¿Puedes servirnos algo caliente? ¡Es una nevera este río!...»

Hacía un gris también en su quelí, no estaba bien cerrada, entraba del Norte por todos los tabiques. Un simple cobertizo arreglado a base de chapuzas. En el centro, un enorme cofre de madera negra y encima la barra. Quinqués en las mesas. Enrejado de madera en el suelo, enteramente, como un barco. Cabía la tira de gente, como para instalar a un regimiento.

«Oye, ¡esto es mucho mayor que el *Dingby*! ¡Has ampliado, la verdad! ¡Debes de pasártelo bomba!»

Me mostré amable.

«¡Oh! ¡van y vienen!», admitió... «No rechazamos a los clientes... Pero a veces, verdad, ¡hay bombas!...»

Me dije: ¡Ya está atacando!

Creía yo que se refería a Boro... no, era la bomba del zepelín que había caído en Cable Street... dos días antes por la noche... Un zepelín a pequeña altura... Pasaba muy despacito sobre Londres... en pleno resplandor de los faros... Su blanco era la dársena de Santa Catalina<sup>[395]</sup>... Estaba bien descrito en el *Mirror*...

«Pues mira, ¡podrías asegurarte!»

Un comentario así, sin mala intención.

Se lo tomó a mal.

«¡Contra el crimen habría que hacerlo! ¡Nadie asegura contra el crimen!»

«¿Lo dices por mí, Prosper?»

«¡Oh! Por todo el mundo...»

Había recuerdos.

No insistí, lo pasé por alto, ¡no quería yo cuentos!

Habíamos ido para otra cosa. Estaba vacía su cantina. Dos o tres clientes en un extremo... El lleno se producía más tarde, me explicó, de todos modos, cuando toda la basca volvía a subir de las dársenas, los descargadores, toda la mano de obra, en el gran entreacto a las cuatro de la tarde... Entonces se ponía de bote en bote en un instante. De momento había un currelo total, había un ajetreo, la cosa pitaba en las bodegas, carburaba al máximo con la guerra, ¡los equipos unos sobre otros! en todos

los sentidos con vagonetas llenas, grúas, atraques, a toques de silbato, a chorros fulgurantes, hormigueando, giraban sobre su eje, pululaban, trepaban, se colaban en los pañoles, hordas de ratas, revolvían, cargaban al hombro, enganchaban con el bichero la cacharrería, se iban para estribor, volcaban, polipastos vertiginosos, bajaban, se acercaban a los ténders, lanzaban a huevo en ellos, ¡listo! ¡Chutando! La locomotora pitaba, se lo llevaba... Dos, tres, cargueros por descargar en dos, tres filas y otros dos o tres en cada reflujo, dos, tres equipos de treinta y cinco en seis, ocho horas, era trajín, ¡un cacao de la hostia!... ¡echando chispas de día y de noche!... ¡Cadencia *furious* era la palabra<sup>[396]</sup>! ¡Ni un pulgar escaqueado! ¡a matacurreantes! ni un pelo seco desde Catherine Dock hasta London Pier. ¡Nadie Tacaneando! ¡currelo a más y mejor! la basca mimada a dos *pence* la hora. Se veía el muelle desde la queli de Prospero, desde el tragaluz se diquelaba todo, el movimiento, los cabrestantes<sup>[397]</sup>.

«¡En tu muelle no soban ni un minuto, chico! La verdad es que tienes afluencia... ¡deben de venirme con una sed que para qué!... ¡Así vas a comprarte un *pub*!...» Le indiqué, tan largo como el Támesis... «¡cuando esto acabe!...»

Nunca había yo visto tanto pavo embaulando tanta mercancía, arcones, barriles, chatarras, harinas, llegaban caravanas de todas partes, caían en los abismos de los pañoles, chocaban con el lastre, rebotaban contra el cabrestante, ¡asesinos! ¡lo trituraban atroz! ¡le rompían todos los dientes! ¡reventaba la cadena! ¡giraba! ¡caía todo rodando! ¡*Braaang*! ¡hipaba el carcamán! ¡retumbaba su gruesa panza! ¡*Bum*! el golpetazo desfondaba la cavidad, todo el casco... la queli temblaba...

Tal vez no os interese eso... os pido disculpas... Os decía que estaba yo sondeando a Prospero...

«¡Es que, mira, vienen de todo el mundo! ¿Has visto ahí?... ¿Brisbane? ¿Australia?»

Exacto: justo ahí, bajo sus ventanas, el barco, se veía su nombre: *Brisbane Australia*. Un carguero de lana y frigorífico. Suspiró, respondió con vaguedades.

«¡Oh! ¡es bonita Australia! ¡Hay avestruces! ¡hay ovejas! ¿Verdad, señorita?...»

Otro suspiro...

«Hay gente que viene de todo el mundo... Hay gente que no vuelve nunca...»

Tipo charada.

«Entonces», fui y le dije, ya me estaba impacientando, «¿tú no sabes nada?»

Fui al grano.

«¿Nada de qué?»

«¡Del viaje, joder! ¡Para darnos el piro!»

Ya estaba dicho y bien clarito.

«¿Eres desertor?»

«¡No! ¡No! ¡Qué va! ¡Declarado inútil!»

«¿Estás en un lío?»

«Así, así... pero no peor...»

De todos modos, se habría enterado.

«¿Y al viejo y a ella? ¿te los llevas?»

«No es lo que te imaginas...»

Sabía yo lo que se imaginaba...

«¿Adónde quieres marcharte?...»

«A donde no esté Matthew...»

«¿No te hace gracia?»

«No...»

«A mí tampoco...»

Al menos teníamos algo en común.

«¿Tienes un pasaporte? ¿y el pureta? ¿y la chavala?»

«Se puede encontrar...»

«Y la chavala, ¿no tiene padres?»

Me diquelaba como a un chiflado...

«Pero ¿adónde quieres ir, hombre?»

Cierto es que había sido una decisión rápida, pero no había tiempo que perder...

¡Era un tío legal!

«Entonces, ¿qué?», le pregunté.

«Pues, ¡que no estás en tus cabales!»

Eso era exacto.

«¡Te lanzas! ¡Te trae sin cuidado! ¿No sabes que hay guerra, chalado? ¿que no se puede ir así, de paseo, por el mundo? ¡a capricho! ¿que está prohibido por todas partes? ¿No lo has oído?»

¡Ah! ¡Ya sabía yo! ¡era trivial! Se escabullía y se acabó.

«¡Enhorabuena, señorita! ¡felicidades! ¡Un explorador! ¡Va usted a ver mundo!

¡Passepartout<sup>[398]</sup>! ¡el Rey del Viaje!»

¡Se estaba quedando conmigo! era su estilo, provocar delante de las mujeres, comediante siempre, su vieja costumbre...

No me enfadé... No era el momento... Quería hacerlo hablar.

«Bueno, vale, ¡no te gusta hacer favores!»

«¿Hacer favores yo?»

Reaccionó brusco. Un pavo real de amor propio...

«¡Ah! ¡huy, la Virgen! Prosper, entérese, currutaco, ¡ha hecho más favores que bigote tiene usted! ¡Eminentísimos! Sólo, ¡que usted viene a jeringarlo con sus manías! ¡que es que ya es como las ganas de orinar! ¡Partir! ¡Partir! ¡una epilepsia! El *signor* se lleva a menores! ¡y, además, a abuelos! ¿y qué más?»

Más no podía yo irritarlo. Tartamudeaba de cólera.

«¿Te gustaría que te aplaudiera?»

Hacía el tonto.

«¡Que no! ¡Qué va! ¡Lo sabes de sobra! ¡Te pido un barco! ¡no la Luna!... mira, ¡para Australia, por ejemplo!... ¿hay barcos para eso?... ¿no?... ¿Tan extraordinario es?»

«¡Viaje! ¡Viaje! pero ¡me cago en la leche! ¿y los cuartos? ¿Viajas de balde ahora?»

¡Ah! ¡un tanto! ¡Con eso me dio el corte! ¡Lo había yo olvidado! ¡Qué atolondrado! ¡Se me había ido de la cabeza completamente! ¡Faltaba eso! ¡Exacto! En fin, ¡tan sólo las siete libras *fifty*! ¡las que había pispado la nena! ¡Era una birria para Australia!...

«¡Ferdinand! ¡eres magnífico! ¡magnífico! ¡Triunfo! *Signor Escampetta! Clandestina! nulle peso! uno mondo!*»

Le daba tos de la risa... hacía visajes con las pestañas... con las pupilas... aplaudía...

«¡Inaudito!... ¡Inaudito!... ¡La amiguita! ¡El conocido! ¡El cliente! ¡Todo! ¡hale, venga! *Signor!* ¡Parroquiano! *Signor!* ¡Parroquiano!»

Veía a Sosthène como cabrito. No andaba descaminado...

«Señorita, ¡*çou bambino* tiene la *Fourgnioule! Fourgnioule!*»<sup>[399]</sup>

Hizo la señal así, de atornillarse la cabeza...

«¡Enfermo, chico! ¡Enfermo!»

A mí no me la daba, no iba a quedarse conmigo con sus muecas... Entretanto, no decía nada...

«¡Sirvenos un caldito, si no tienes café preparado. ¡No estás ahí sólo para piarlas! ¿Ya no haces el cocido?»

Yo conocía los gustos de su cocina... el tentempié especial, el caldo con sal, *pickles*, doble de carne. Había de todo en su trastienda, al otro lado del patinillo. Fuimos a ver su comistrajo, su salchichería, *sandwiches*, *hotdogs*, el *irish stew* a fuego lento... Le hicimos todos los cumplidos, y sinceros, y con la boca hecha agua. Probamos con honor. Un tío borde, pero legal, Prospero, daba cuartelillo a los amigos. Era habitual en aquella época, largueza, mesa puesta. Olla empezada, olla acabada. ¡La mesa para los maromos y muerte a los guripas! Nobleza en cierto sentido. Nunca preguntas. Me habría muerto boqueras al instante veinticinco veces, de no haber sido por los macarras de la Saint-Jean<sup>[400]</sup>, ¡siempre al quite! Justicia quiero hacerles a treinta y tantos años de distancia por su generoso gesto. La habría diñado hace la tira, no estaría de escritor hoy, sentimental, si no los hubiera conocido allí, cordiales y todo. Habría sido una pena. Me habría hecho mella la niebla, habría tosido para los restos. Gracias a sus detalles resistí uno y mil momentos. Se ponía la mesa a la buena de Dios en aquellos tiempos, no se miraba un plato, en el *Leicester*, por ejemplo, era el servicio perpetuo, de la mañana a la noche. No había tiquismiquis por quince o veinte cubiertos más o menos... Siempre llegaba una basca, hacia mediodía, a la buena de Dios, no se sabía de dónde, mindundis con los piños así de largos... primos de chavalas, relaciones, un chulo que nadie sabía de dónde salía, un superviviente, un *book*, un cabrito, la manicura, más luego por la noche a cenar incluso, un gracioso, el tendero de abajo, el cliente de la hermana, dos o tres jetas mamadas que se quedaban dormidas en el propio mantel y los pingos entre dos



servicios, de prisa y corriendo, a base de salchichón, ahí, de pie. Desde el alto Soho hasta Tilbury, de la Albert Gate<sup>[401]</sup> al *Leicester* en ninguno de los picaderos descansaba nunca la cocina. ¡La de piernas de cordero, capones, perniles Chester que desfilaban! Nunca una pamplina por el papeo. ¡Todo lo de la mejor calidad! ¡Hay que tener en cuenta también aquel clima! un apetito de tortura, unas gazuzas que para qué. Las mujeres, horas así, fuera, circulando en el hielo de la bruma, volvían pálidas, descoloridas, muertas de hambre. Necesitaban cocina. Nosotros, sólo de pasearnos en la humedad, estábamos ya que nos desmayábamos. Lo comprendió perfectamente Prosper, festejamos sus salchichas y después los chicharrones con mostaza.

Volvía la alegría. Virginia ya no se encontraba mal. Nos quedamos un poquito así, hablamos de esto y lo otro, contemplamos un poco el panorama, se estaba despejando, se veía bastante bien, por la bahía, el vano del cuchitril, las dársenas de enfrente, la esclusa, el puente, la subida... Después, en seguida, los escombros de su antiguo *pub*, el *Dingby*, el que había explotado. Ya sólo quedaban trozos de vigas, cascotes, desechos. No habían quitado nada aún. Estaba oscuro como un barco, hundido en el barro, la pañí. Tiene sus buenos trescientos o cuatrocientos metros, el Támesis, en aquel punto. ¡Una anchura curiosa! Me siento con ganas de contaros de nuevo, una vez más, aquel fastuoso espectáculo de las aguas, con la perspectiva del tráfico, los paquebotes, los cargueros que se esforzaban, echaban el bofe, a la subida, pegados a las riberas, cautos con las balizas, rozando las boyas, monstruos presumidos, muy empavesados, rodeados de revoloteos, gaviotas y chorlitos largando el alma, mojándose aquí, allá, pétalos de cielo en el chapoteo. Y toda la chiquillería batelera, toda la morralla maniobrera, barquillas, botes, lanchas mayores, corchos marineros, azocando, bordeando, danzando, atormentados de un remolino a otro, con el marrón en el culo, lanzándose a la amarra, a la esclusa, remos al canto, brincando, bailando la polka, ¡en piruetas! mojados con remolinos, ¡gorriones de espuma! ¡Ondas en punta! Presentiréis con mi relato que no se trata de un débil sortilegio, sino de un temible encanto náutico... No vayáis a creer que quiera, sería vil, hechizaros, pasmaros con los brincos... tramaros un vértigo traidor... guiños... bolonio en los abismos... veros ya bogar en las Arenas... desfilar allí, hinchados, en las escolleras de Southend<sup>[402]</sup>... al despuntar el alba... donde el mar rompe en rodillos... en largos montes verdes... muge, azota, se pasma... ¡se lo lleva todo!

¡Oh, recuerdos demasiado desgarradores! ¡grandezas, miserias, cargas de alta mar! ¡Goletas Dundee! ¡Balandros en pleno rocío! ¡Muertos los alisios! ¡Muerto el encanto! ¡Evaporada caballería de la espuma! ¡altas olas bramando al barrer! ¡Adiós, graso de Cardiff y de pez! ¡paladas de carbón azotando la espuma! ¡Adiós, foques locos y cangrejas! ¡Adiós, ondas libres y al viento!... ¡Bramemos al mar! ¡Encógete! ¡grotesco apuro! ¡baldado perro de palabras! ¡A la casilla! ¡adentro! ¡todo está bien así! ¡Cada cual con su canalla! ¡Bramemos a las brújulas! en el muelle Símil de Isla, en la tasca perdida, a la que se acercaba la pañí, en la carena sin hombres, de compuertas oxidadas, de semáforos tuertos, de mástiles caídos! ¡Acabada la carrera!

¡Adiós apuros! ¡Muertos los capitanes! ¡Besemos las cartillas<sup>[403]</sup>! ¡Inscritos espectros! ¡El señor jefe del departamento marítimo, para servirle! ¡Gaviota, llévate al cielo esas almas que merodean! Nubes, ¡apartaos!...

¡Ah! ¡me pierdo! ¡ah! ¡me depravo! ¡Ah! ¡palpito con los recuerdos! ¡Narciso con inclinaciones! ¡Chungo y turbio! ¡toca! ¡toca! ¡suelta el corazón! ¡Silencio explotador!

¡Volvamos al hilo! al barrio de las cartas, páginas reservadas...

Os lo decía, no demasiado bien, de acuerdo, la cosa estaba que ardía para Prospero...

Yo le parecía energúmeno con mis proyectos, mi capricho de embarque así como así! ¡en familia! ¡sin papelas! ¡sin parné! ¡y la menor! ¡qué regalo!

«¡Ah! ¡oye! ¡vaya un crimen!»

Así le parecía a él.

«¿Es que no te das cuenta un poquitito?»

Cierto es que no me faltaba valor.

«Entonces, ¿no ves ninguna forma?»

¡Mala suerte! ¡Mala suerte! Yo insistía. Al final convenía él, de todos modos...

«Pues, mira, si tuvieras treinta, cuarenta libras... te diría: ve a ver al Soccer... Jovil... en el Cannon<sup>[404]</sup>... a veces tiene un pequeño transbordador... ¡pero no con tus quince pavos! ¡el tarra y el nene! ¡su menda! ¡Vas de culo! ¿Cómo es que no te llevas a la abuela?»

No me enfadé. No quería discutir. Teníamos que emigrar todos juntos. Estaba acordado así y ya está... Prometido, jurado, convenido. Sosthène opinaba a fondo. Le venía de perlas que nos largáramos lo más lejos posible.

No quería volver a ver al coronel... ni el taller... ni las máscaras... Sólo, que no estaba de acuerdo con lo de pirárnoslas como ladrones... Quería que pasáramos por el Yard... correctos, educados hasta el final... que acudiéramos a la convocatoria. Una idea lo que se dice de chorra. Yo solté mi opinión sin rodeos, que era una vergüenza por su parte. Cuando yo lo abroncaba violentamente, se quedaba alelado, guiñaba el ojo...

«¡No te aclaras, chavea!»

Cierto es que era como una polilla... La luz del día le sentaba mal, eso seguro... Quiso comer más carne, otra porción, un plato con repollo...

De toda la panda, Virginia era la que se divertía más. Casi había recuperado el buen color, se reía con ganas de nuestros quiproquos.

«*Ferdinand is awful darling! He wants a boat for a penny!*»

¡Yo quería un barco por unos céntimos! ¡una tripulación de Golliwoags! ¡Eso era lo que le había llamado la atención!

¡Vvvvvooooiii! ¡En aquel momento! ¡Sirenas en las dársenas! ¡El descanso! ¡Las tres y media! ¡El papeo! Diez, doce, veinte más que desgarraron las dos riberas... ¡unos rugidos! ¡el papeo! ¡Ahí los teníamos en seguida! ¡la multitud! ¡lanzados! de

naja... los jóvenes delante... los viejos rezongaban... cojeaban... tosían... echaban lapos... una avalancha... Los chinos primero... y después los malayos... pasaron por la puerta, fueron a sentarse... *dockers english* con bombín... los indolentes... perdidos de tizne de carbón... torsos peludos... gigantes tatuados que subían de las hullas, escupían al viento... Los primeros en sentarse eran los primeros en el deleite... ¡La enorme marmita! Tres hombres la cargaron con barras, la alzaron hasta el mostrador. ¡Tajadas del fondo grandes y blanditas! ¡A remover! En seguida estaban dando lengüetadas, haciendo gluglú por todo el gran local, se echaban el papeo entre pecho y espalda, muertos de hambre. Los jóvenes vociferaban que querían repetir... los viejos refunfuñaban con sus toses, con mala leche, soltando palabrotas en pleno papeo...

«*Damned Prospero! Rascal! Dog! Men eater! Thief!*»

No quería traer el rancho: «¡Ladrón! ¡comehombres! ¡perro! ¡cabrón!» Todo eso por tres peniques *a penny*, con el té y el gran confort. No necesitaban mucho. Una cosita de nada los ponía a tono, no sólo el feroz apetito, las prelaiones para las sobras, sino todos los motivos y ninguno. El menor rayo de sol, el menor clarito les causaba efectos trágicos, los volvía, como un resorte, criminales. Como no solían verse en el fondo de las nieblas del carbón, se descubrían de repente... se veían, a la luz cruda, atroces, jetas horribles... Se lo vociferaban cara a cara...

«*Oh! yé! Look at your face! Golly! what a mess you got!*»

Se veían demasiado asquerosos. Ya es que no se soportaban al sol... Al instante había hostias, sangre...

«*Men eater! Men eater! cash!* ¡El dinero! ¡la cuenta! ¡glotón!» ¡Volvió a sonar el pito desde todas partes! ¡Sirenas! ¡Llamada! ¡Todo el mundo a los pañoles! ¡La tromba! ¡Volvieron a lanzarse! ¡Rally a los cabrestantes! ¡*Bum!* ¡Un atasco en la burda! Cedía el tropel, se filtraba, ¡torturaba entre los batientes! Los menos lanzados, los más puretas se derrumbaban... rodaban, acababan abajo, en el lastre... trepaban por la batayola... devolvían el papeo... ¡En las escalas no perdona! El contraamaestre diquelaba... al último que enganchaba:

«*Shilling!* ¡El lique! ¡A paseo! ¡culo flojo! ¡Borrado de los controles!»

No era una carrera de rosas precisamente. Sosthène lo meditaba.

«¡Yo nunca lo toleraría! ¡Yo es que no podría ser descargador! ¡No podría verme empujado!»

Sin embargo, los guris la víspera, ¡menudo! lo habían tratado aún peor. Era pura y simple vanidad.

Prospero volvió de la cocina.

«Bueno, ¿qué? ¿estaba buena?»

«¿Cuánto?»

«*One and six!*»

Me señaló al camarero:

«¡Para él!»

De nosotros no aceptó nada. Se sentó, charlamos. El camarero se fue. Ya no quedaba nadie en el local. Yo me puse al instante a hablar otra vez del *Dingby*, de las circunstancias del ¡*badabum!* ¡de aquella dichosa noche! ¡del siniestro! ¿Cómo era que había estallado? Volví a enumerar los detalles. ¡No se había andado con chiquitas el Boro! Lo había lanzado, ¡*toc!* ¡Cómo habíamos corrido todos! ¡Ah! ¡qué forma de pirárnoslas! ¡y la Carmen! ¡qué alaridos! ¡con el churi en el culo<sup>[405]</sup>! Se reía, pero de dientes para fuera, el Prosper. No le gustaba mi broma.

«¿Es que no acabó bien?»

Me refería al seguro.

«¡Sí! ¡Claro que sí! Pero ¡corta el rollo!...»

Yo hacía el tonto adrede... y no cejaba... todo el cachondeo... las circunstancias... la carga en las *streets*... ¡Ah! ¡no le hacía ninguna gracia!... ¡De cabeza! ¡ah! ¡iba a largar un poquito el muy cabrón!... ¿Dónde se habían enchufado los macarras? Más preguntas... ¿Jim Tickett el *book*?... que estaba herido, si no recordaba yo mal... ¿y Jérôme el Guapo? ¿el Acordeón?... ¿y Cosaque el Tirillas? ¿adónde se habían largado todos? «¡Ah! ¡qué pájaros, chico! ¡Ah! ¡perdiendo el culo! No corrían más allá, ¡con trescientos mil *fritz* en el bul! ¡Te lo digo yo! ¡La pura verdad! ¡La guerra, Prospero! ¡La guerra!»

¡Me daba pisto! ¡Quería chincharlo bien! Me había negado los chamulles, ¡le iba a hacer mear sangre! Sosthène estaba con la boca abierta. No comprendía nada. Y eso que le había yo contado el caso del *Dingby*, la explosión, la bomba... ¡una y mil veces!... Pero no me había creído lo más mínimo. ¡Me había tomado por un fanfarrón!... Ahora estaba turulato, al ver que era totalmente cierto. Si hubiera conocido a Claben, a Delphine, los cigarrillos malditos, la catástrofe en la tienda, entonces sí que se habría quedado lelo, entonces habría visto un poquito lo que era un maleficio de verdad, un hechizo espantoso, ¡un verdadero drama de la hostia! muy distinto de las muecas Goâ, las contorsiones brahamas industanas. No quedaba demasiado lejos de donde estábamos Greenwich, no llegaba a dos kilómetros río abajo. ¡Digo *river* a la inglesa!... ¡Como hay quienes se hablan de *you!*... Es de mejor tono... ¡Yo os hablo de tú!... Conque todo termina en las llamas, tú, usted, un día u otro, acaba en ceniza o en un pan como unas hostias, a tú, a ti, a él y nosotros... cuando los maleficios se nos llevan, al agua, a los hoyos o al fuego... ¡Está escrito todo eso!

Yo le explicaba a Prosper. Sosthène me escuchaba también. Les contaba a los dos cómo actúan los sortilegios. ¡Un cataplum!... ¡una pifia! ¡y todo sale volando! ¡Sólo eso cuenta! ¡El menor pretexto! ¡*Baúm!*... ¡Todo estalla! ¡El rayo! ¡Los cielos están cargados! ¡El maleficio actúa! ¡Yo había visto saltar a Prosper! ¡Había visto saltar a Claben! ¡No había acabado! ¡Iba a haber otros! ¡Ni la menor fatiga! ¡No veas qué estallidos en Flandes! ¡y miles de veces más secos! ¡y de día y de noche! Conque, ¡eso era todo! La *queli* de Prosper, el *Dingby*, había salido por el aire con la barra, ¡todas las paredes! por una granadita, ¡un huevo! Todo el adobe había salido

volando...

«¡Ah! ¡no veas, oye, qué cómico! ¿No has vuelto a comprarte la vajilla?»

Yo no veía un piano.

«¿No has vuelto a ver al Borokrom?»

«¡Oh! ¡no lo busco yo a ése!»

Era asunto suyo, al fin y al cabo... ¡Había hecho estallar su quelí!

En una palabra, no quería hablar.

«Entonces», fui y concluí... «¿Nos vamos? ¿Nos dejas marchar?»

«Como gustes...»

Sin embargo, estaba al corriente... Al menos dos hombres del *Leicester* habían viajado gracias a él... y clandestinos... el Víctor me lo había dicho y certificado, antes de alistarse... en un carguero griego... eran su percal los cargueros griegos... los veleros también... La Plata... dependía de las estaciones... Pero con nosotros no quería... ¡era terco! Organizaba incluso a crédito salidas para América, me habían informado, adelantaba las 35 libras, le devolvían la suma, una vez que se las hubieran arreglado, con su gratificación, 150 guineas... Ni una sola vez lo tanguearon, siempre le llegó puntual como un Pepe... Con eso está dicho que conocía su mundo. Pero nosotros no le interesábamos. Una manía suya y se acabó. Le causábamos mala impresión...

«Entonces, de verdad, ¿no sabes nada?»

Yo porfiaba, quería que me informara, ¡venga, de una puta vez! por fin...

«¿Así, los tres?»

«¡Claro!»

«¿Así, sin parné? ¿sin pasaporte? ¡Está usted loco, Ferdine!»

«¡Reconoce que te da canguelo!»

«¿Estás mal de aquí?»

Me indicaba la cabeza...

«¿Es que no te das cuenta? ¿un poquito?»

«¡Que no!... ¡Que no!... ¡Eres un chavalín y punto! ¡Tienes miedo de los guardias!»

¡Ah! ¡los guardias!...

«¿Miedo yo de los guardias?»

¡Qué insulto!

«¡Desgraciado chulín! ¡héroe de la guerra de mis cojones! ¡Vamos, hombre! ¡vamos, hombre!»

Tartamudeaba... Ya no podía contenerse...

«¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!...»

«¡No pasaréis de Tilbury! ¡ni de Tilbury! ¡Os lo anuncio! ¡Lo registran todo! ¡Os lo digo yo! ¡todo! ¡la bodega! ¡la cubierta! ¡las lanchas! ¡no escaparás! ¡la brújula! ¡los retretes! ¿me comprendes? ¡A las ratas pasan revista!»

Yo insistía, de todos modos. Me daban igual sus razones.

«Tenemos que marcharnos, ¡te digo! ¡tenemos que marcharnos! ¡tienes que indicarnos!...»

«¡Ah! ¡bueno, mira! ¡eres un payaso!»

Miró el reloj.

«¡La Virgen! ¡La Virgen! ¡La patrulla! ¡Las cinco! ¡la patrulla!»

Se sobresaltó... Era para distraer.

«¡No sabes que tengo que cerrar! Hale, ¡largaos todos!»

«¡Ah! oye, ¡qué mal educado eres! ¡Insultas ahora a las señoritas! ¡Pues sí que sí!»

«¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡A la mierda!», respondió. Rabioso, ¡fuera de sus casillas!

«Mala suerte», dije yo...

Volvimos a sentarnos.

Pero Virginia me hacía señas. No le gustaban las disputas. Sosthène no sabía bien qué hacer... yo seguía atornillado a la silla... Me lo tomaba con calma.

«¡No nos iremos! ¡ni memos! no nos iremos... ¡Tú nos dirás dónde está el barco bonito! ¡gorgorito! ¡Dónde embarcan tus andobas! ¡no te jorobas!»

¡Así, como un cernícalo, como un tonto del haba!

«¡Y una mierda! ¡para que te enteres! ¡Y una mierda! ¡a ver si me entiendes, mocoso! ¡golfo! que te meas en la cama...»

«Pues, ¡igual no nos iremos! ¡ni memos! ¡ni memos! ¡ni memos!»

Yo saltaba sobre el culo, me divertía, aporreaba el banco, ¡no iba a moverme!... ¡Me aplaudía a mí mismo! ¡Ksss! ¡Ksss!, decía...

«¡No se nos va a jalar tu patrulla!»

Él veía el desafío.

Cavilaba. Nos miró y después a la pañí, allá lejos, a través de los cristales... que corría... el ancho Támesis... nos miraba a uno por uno... una desconfianza... se preguntaba si debía moverse. ¡Miró al suelo!... y después a mis bas... era felino, yo no me fiaba.

Me toqué los bolsillos... me di palmaditas... hice como que me urgaba... fingí...

«¡Cuidado con la bomba!», grité...

¡La broma!

Saltó hacia atrás... ¡enloquecido!

«¡Fer... Fer... Ferdinand!», porfiaba...

Unos acáis como platos... se quedó paralizado... se asfixiaba... Le mostré las bas... vacías...

«Achupé, tontaina...»

Todo el mundo se cachondeaba. Lo tranquilicé... Hizo un esfuerzo...

«¡Daros el piro!...»

Volvió a sentarse, ¡ya no le sostenían las piernas! ¡No veas qué crisis! ¡el muy imbécil! ¡La jindama que había pasado! ¡por nada!

«¡Vale!», dije, «¡te dejamos! pero dinos el barco... ¡nos abrimos!...»

Bien complaciente...

Si no decía nada, volvería yo a empezar, encontraría otro truco, ¡lo amargaría con avaricia!...

«¡No seas cabezón! ¡un barco! ¡bastantes conoces tú, joder! ¡anda!»

¡No se decidía! ¡Meneaba la cabeza!

«¡Hale! ¡Venga! ¡Decídetel... ¡Habla! ¡Que son las cinco!»

«¡Fuera! ¡Fuera! ¡Cacho cabrones!»

Volví a ponernos de patitas en la calle.

«¡No! ¡No! ¡Prosper! ¡No seas mala persona! ¡Que te tiro una de verdad! ¡Con eso no ganas nada!»

Volví a hacer como que me urgaba.

Estaba ya fuera de sí.

«¡Fuera! ¡Fuera!»

«¡Danos un peta! ¡y nos damos el zuri!... ¡no volvemos a verte nunca! ¿Eh, vale?»

Farfullaba... resoplaba... ya no sabía qué hacer...

«Pero ¡si es que no tenéis una perra chica! ¿Adónde vais?»

«¡A América!»

«¿Así?»

«¡Exacto!»

Nada nos detenía.

«¿Acaso no se marchó así mismo Jujube? ¿Y Lulu el Pulga? ¿y Villemombe? Conque, ¡no diga que es imposible! ¡Señor Prospero! ¡Está usted perfectamente en el ajo! Sólo, ¡que no quiere decir nada! ¡Signor Prospero! ¡Anda usted con secretillos!»

Le hablaba yo como Matthew, le tiraba de la lengua. Ya no sabía qué hacer. Se levantó... volvió a sentarse... barbullaba esto y lo otro... se emperraba... ¡volvió a alzarse de pronto! ¡extraviado! entonces se peyó... un ril enorme... repercutió... hizo eco... se quedó lelo... atontado... sobre el banco... nos miró a todos... fijamente...

Me sentí incómodo por Virginia... el muy cerdo...

Sosthène se tronchaba. ¡Qué fantasía!

¡Le iba a hacer hablar yo a ese cochino!

Se apalancó en el banco, no volvió a moverse. Era un obstinado.

«¡Largaos!», rezongó... «¡Largaos! ¡leche!»

«¡No nos largamos! ¡habla!»

Me quedé ahí.

Se movió un poco así, sentado, leves meneítos del culo hacia la barra. Yo no quería que se moviera.

«¡No te muevas, Prosper!»

¡Un centímetro! Y le estrellaría el sifón en la jeta.

¡Bien! ya no se movió más.

«A ver, ¿qué?»

«¡Pues mira! ¡tú lo has querido! ¡Después no vengáis a llorarme!»

Se decidió sudando.

«No, no lloramos nosotros... ¡te escuchamos!»

«Pues es Jovil... Cannon Dock... Decídselo de mi parte... Cannon Dock...»

«¿Estás seguro? ¿firme? ¿Jovil? ¿Cannon?»

¡No quería yo pifias!

«No te preocupes... Vas de parte de Prosper... No des el cante en la aduana...

Pasa con tiento... Tal vez admita aún...»

«¿Admita para dónde?»

«¡La Plata!»

«¡Chachi!»

«¿Así, los tres?»

«¡Veremos a ver!»

Yo quería que nos enseñara por la ventana... que lo viésemos fuera.

«¡Los mástiles que sobresalen! ¡oh! ¡qué fastidio!»

Le daba yo la lata.

«Allí, en Millwall... los mástiles...»

Era Cannon Dock...

«Que sobresalen...»

¡Tenía yo buenos ojos!

«¡Preguntas por Jovil! ¡Prosper! En seguida entenderá.»

«Entonces, ¿es que es un velero?»

«¿No querrás el *Lusitania*?»<sup>[406]</sup>

«¿Qué haremos en él?»

«¡Amarrados en la argolla!»

Quería yo detalles.

«¿Cómo se llama ese barco?»

«¡*Kong Hamsün*!»<sup>[407]</sup>

«Jovil el *Skip*<sup>[408]</sup>... *Kong Hamsün*...»

Repetí.

«Oye, ¿y si nos manda a paseo?»

«¡Allá te las compongas!»

«¡Te las compondrás tú, cuando volvamos, chaval!»

Yo no cedía.

«¡Ah! ¡cómo me fastidias!»

Lo hastiaba yo.

«¡Vale! ¡Vale! ¡no te ofendas! ¡Vamos pitando!»

Hice pasar a la nena delante... Yo salí despacito y de costado. Cerré de un portazo la burda, ¡y ya estábamos fuera!

«¡Pitando! ¡Cannon Dock!»



Primero había que encontrar la lancha, la que cruzaba hasta la esclusa<sup>[409]</sup>... ¡llegamos justo a tiempo! ¡tuf! ¡tuf! ¡tuf!... Al otro lado, ¡atracó! Corrimos cinco minutos... ¡al trote!...

Virginia resoplaba un poquito... ¡A Sosthène le costaba lo suyo por las hostias del otro día!... Maldecía todo... najaba como pureta... con el culo torcido... los chichones, los cardenales, las costras por todo el cuerpo... ¡el espantoso caneo en Piccadilly! Las piaba... ¡Gruñía!...

«¡Vuélvete!», fui y le dije... «¡vete a descansar!...»

«¡Ahí están, hijo! ¡mira! ¡ahí están!...»

¡Era verdad! ¡no los había yo visto!... ¡Estábamos debajo!

¡Ah! ¡ya lo creo! ¡Ah! ¡magníficos! ¡Qué estraves! ¡Qué flancos! ¡Qué prestigio! ¡Ah! ¡los admirables navíos! Estaban atracados en el muelle ahí, dos, tres, cuatro, ¡muy modositos, gigantescos, bordo con bordo!

Ocupaban casi toda la capa de agua, todo Cannon Dock de foque a proa, amplias envergaduras, con vergas que planeaban del cielo a popa, de un bordo al otro, perfilándose, trémulas en el espejo de la dársena, con inmensos ramajes, baupreses lanzados, espigas de aventura, rozando los tejados, muy por encima de los cobertizos.

Pasamos a lo largo, nos colamos de una amarra a otra...

A la sombra de una proa, todo cede, huye presa de la fealdad, se encoge, nada soporta, acartonado, rata de agua, rata de hombre, nada es comparable, lastimoso asombra, flaquea, desaparece, ratón.

¡El admirable vuelo de los estraves! ¡Piedad de nosotros!

Merodeamos un poco más tocando los cabos, las anclas, colgantes, dijes de gigante, tampones colosales, encajes de algas, verdes, azules, rojas, en el extremo de las cadenas, adorno de abismos, dioses de terror, pelucas.

Fuimos a leer los nombres, en oro amarillo y rojo en los escudos... El *Draggar*, el *Norodosky*... ¡Ah! ¡el *Kong Hamsün*!... ¡Ah! al instante lo admiré. ¡Me vi en éxtasis! ¡Qué mueble! ¡Lo toqué! ¡La amplitud, la fuerza de aquel grueso flanco! ¡Áspero! ¡Marrón mugre! ¡Madera y sal! ¡Musgos de rocío! el flanco se elevaba... y se elevaba más... ¡exaltante! ¡Corrimos a la proa! ¡Qué desafío! ¡la proa! ¡Qué majestad! ¡Con motivos tallados! ¡El enorme barbudo coronado dominaba el estrave! ¡Acorazado! ¡Todo! ¡Empuñando una espada! ¡Ordenaba, mandaba! ¡a las olas! ¡Era él! ¡el *Kong Hamsün*! ¡con rizos! ¡con bucles! ¡barbudo! ¡ojos verdes! ¡recién pintado! ¡Navío magnífico listo para lanzarse! ¡Largad! ¡Largad! ¿Aún no? ¡Qué multitud! ¡Qué labor! ¡Las pasarelas llenas! ¡en todos los escalones! ¡trepaban, bajaban! cien... mil currelantes... Se precipitaban, como hormigas, de todas partes... La afluencia *docker*... sobrecargando puestos y crujías... ¡transportando barriles y toneles! algodones, enormes bobinas, entre tres, entre seis... abarrotando los pañoles... whisky, brandy para los trópicos... alambre para los antípodas... Cogí por banda a un menda atravesado sobre un mojón... Me miró con ojos extraviados... Lo zarandé...

«¿Jovil? ¿Jovil el *Skip*?...»

«¿Jovil?», me dijo. «*There!*» Me indicó. Escupió. La batayola de borda por encima de nosotros... El hombre que se asomaba ahí... con gorra... jeta muy roja... escotera que vociferaba... ¡era él! ¡Volvió a indicarme! ¡Ése, ése era! Las piaba, echaba chispas en aquel momento por la grúa... que chirriaba... que se desenganchaba... ¡Era él, Jovil *Skip*, aquel furioso!

«*There! There!*» ¡Insistía el viejo! ¡Ése es!

Vociferaba tan fuerte, aquel *Skip* furioso, que repercutía en eco hasta el fondo de los cobertizos... y en toda la dársena repercutía, ¡todo el Cannon Dock temblaqueaba! cuando rugía a los hombres... ¡Era una fiera rabiosa! ¡Había insultos para todo el mundo! ¡El Gran Diablo! ¡La Tierra! ¡El Picadero! ¡el cielo! ¡los perros! ... ¡Un piante de espanto!

Y eso que revoloteaban en los alrededores, no se echaban a sobar, daban vueltas sobre su eje, alzaban hasta las bordas, a toda cuerda, la mercancía caía en cascada de todas partes, hincaban el callo de la cubierta del puente a la popa, ¡oh, aúpa! ¡por aquí! ¡vamos ya! ¡ahí! ¡cataratas de paquetes que se precipitaban a los pañoles! ¡Las vagonetas al ras del muelle se despachurraban! ¡de prisa loca! ¡chatarra! ¡descacharrada! Otros peones se agolpaban, salían de todos lados, amarillos, negros, lívidos, con levita, en pelotas, en cueros, para el reclutamiento, con paraguas, con sombrero de paja, para el tajo del *one and six*<sup>[410]</sup>, para el pitote, ¡a las escalas! a ver quién era el más duro y enganchaba, de todas las callejuelas abillaban, eran los clientes de Prospero, que acudían al currelo.

Lo más trágico eran los cabos que retenían el navío por los extremos, era, aun con su tamaño y su enorme panza, ligero, se habría ido volando, era un pájaro, pese a las miríadas de mercancías que había en su vientre de madera, colmado hasta rebosar, el viento que le cantaba en las cofas se lo habría llevado por el ramaje, aun así, enjuto, sin tela, habría partido, si los hombres no hubieran bregado, no lo hubiesen retenido mediante cien mil cuerdas, azocadas hasta enrojecer, habría salido desnudito de las dársenas, por las alturas, habría ido a pasearse por las nubes, se habría elevado hasta lo más alto del cielo, fina arpa por los océanos del añil, habría sido así su alzar el vuelo, habría sido el espíritu del viaje, puro indecente, ya sólo habría habido que cerrar los ojos, nos habríamos visto transportados para mucho tiempo, habríamos partido a los espacios de la magia de la despreocupación, ¡pasajeros de los sueños del mundo!

Eran los cabos, los cables que lo amarraban, lo retenían por todos lados, los que obstaculizaban en el muelle todo el tráfigo, hacían que todo el mundo se rompiera la crisma y Jovil el *Skip* vociferase tan fuerte. No lo soltaban hasta el último instante, recogía el viento, se iba muy despacito... ¡No otra cosa son los milagros!

¡Ah! yo sólo soy feliz junto a los barcos, es mi temperamento, no quiero otra cosa.

Se lo gritaba bien claro a Sosthène, hacía la competencia al *Skip*. Quería que

compartiera el entusiasmo. Se apoderó de mí el entusiasmo, los altibajos, en el momento en que menos me lo esperaba, me sorprendí, me oía decir paridas. Se me olvidaba nuestro asunto... que habíamos ido para lo de la marcha...

Es una embriaguez irresistible, el olor lo primero, el olor a cáñamo y a calafate.

«Llámalo, ¡venga!»

Me apremiaba él. Yo ya no veía demasiado bien, por efecto del hechizo, el lugar, la situación... ¡el embarque para la alucinación! Ya no recobraba mi sentido común, el poco disponible. Me quedaba ahí, cegato, junto al casco, con gusto habría besado la borda, toda su gran porta hedionda, su alquitrán, sus drizas, sus poleas que rechinaban y toda la pesca, su colosal marmita sobre las brasas, me habría bebido toda la sopa, el papeo de las ratas y el gorjear danzarín del chapoteo, *farandole* en torno al casco, olitas que acudían, desde todos los rincones de la dársena, hacia su gruesa barriga tosca, ¡me las habría bebido también! ¡Oh! ¡el gran amor! Me gustaba demasiado su canción silbante, brisas atrapadas en las fibras de arriba, buriles cada vez más ligeros, agujas en el aparejo, encajes, de verga a verga, saltando de audacia, ¡de añil en añil!...

¡Era demasiado! El alma se me escapaba...

Pero Sosthène me devolvió a la realidad.

«¡Eh! ¡venga!»

Me sacó del encanto.

Berreé, a mi vez:

«¡Jovil! ¡Jovil *Skip!*»

Lo llamé.

«*Is it you man?*»

«*Yea my dear! yea! oua! oua!*»

¡Una respuesta como un eructo!

Se asomó sobre la borda, se inclinó tanto, que teníamos su cabeza ahí, su jeta ahí, a huevo.

«*Yea!*»

Ya sólo le quedaban tres dientes en la mui.

Se esforzó aún más para vernos mejor... estiró su cuello de avestruz...

«¿Jovil? ¿Jovil?»

Repetí.

«*Yea! Yea!*»

Eso era lo único que sabía decir. Apareció otro en la borda, otra jeró roja justo encima de nosotros... Pero ése no abrió el pico... el nuestro era el que tenía autoridad... Entonces se pusieron a escupir los dos... a nuestro alrededor... unos lapos enormes... Me aparté... un cachondeo que para qué, al verme evitar el chorro. Se chamullaron en extranjero. Les venía de la glotis esa habla, les subía en hipitos, después canturreaba y luego les volvía a pasar por la nariz. Era sueco, según Sosthène, de vez en cuando hablaban con burbujas, la vertiente branquial del

lenguaje... se parecía al inglés, pero no tan fino, tan elegante, más de pato que de pinzón...

*Roar! Roar!* ¡dos veces! Eructaron al unísono... De la reflexión...

«*What you want?*», preguntó por fin.

Le hice señas de que queríamos embarcarnos... que queríamos partir los tres...  
*One! Two! Three!*

Eso lo hizo volver a soltar la carcajada y a todo el mundo alrededor, la tripulación. ¡Se daban unos porrazos como para machacar un buey, con la risa loca!

«*Come on!*»

¡Les hacía yo demasiada gracia! Tropecé, bregué, había la tira de cosas por allí. Un barullo, un peligro para las piernas, tan sólo para acercarse a la escala. Estuve a punto de caerme quince, veinte veces bajo las cataratas de viguetas, que ya es que planeaban, valsaban por todos lados, se columpiaban, apalancaban, alucinaban, ¡flechas en armadías! baupreses fuera, enormes yacijas con mercancías, cajas por los aires, juguetes prodigiosos, cacharrería acróbata, pianos de cola para los trópicos, todos los bártulos crujían, giraban en los pañoles, titubeaban, caían rodando, chocaban en las bodegas. ¡*Bum!* Yo me colé entre los insultos. Llegué hasta el Jovil.

Ahora que estaba yo allí, ya no me hacía caso. Trepó a un tonel, plantado así, ahí arriba dominaba. Atronaba con órdenes, bramaba hacia los mástiles, hacia los cabestrantes, vociferaba hasta las nubes dirigiéndose a los marineros que, diciendo «aaaa... aúpa», tensaban pliegue tras pliegue, colgaban de las cuerdas, bogaban en el vacío, rozaban, ¡cogían al vuelo la tela que daba bandazos! ¡Candaliza al sol!

«*O Riss... Oyé!... O Riss! Oyé... O Drisse!...*»

¡La tela cedía! ¡chasqueaba! ¡flameaba! ¡entraba la brisa! Entre diez o doce engancharon la verga, azocaron encima, espumajearon con un tremendo ¡*han!* El gran juanete cedió, giró por el ala... ¡un bordo! ¡el otro! ¡bajó! ¡Aligerado! se desplomó en desorden sobre el puente, un amasijo... ¡crespón enorme!... gruñeron, se lanzaron terribles... rumor feroz... toda la brigada saltó encima... se arrojó cuerpo a tierra, rodó, apretó como para sacarle el jugo a la orden de «*Kiop! Kiop! Kiop! Kiop!*» Jovil desde su tonel decía a compás: «*Kiop! Kiop!*» Eran treinta, cincuenta, empeñados en retorcer la dura tela... dominar los gigantescos pliegues, modelar, embutir...

«*O yé! O yé!*» ¡un golpe furioso! Bramaban todos con el «*Kiop! Kiop!*» para que se encogiera, se estirara aún más... que entrase en el molde de cigarrillo monstruoso... así, brillante en el puente... blanco... ¡Ah! ¡Ya estaba!... ¡Ah! ¡era sólido! ¡Jovil estaba orgulloso de su mui! Se estrechaba las dos bas por encima de la cabeza, así, ¡como campeón vencedor!

«*Come on!*», me llamó... «*Come on!... What you want?*»

¿Qué quería yo?

Volvió a acordarse de mí.

«*Go to La Plata!*»

No vacilé. Anuncié el juego. Quería que embarcáramos sin demora, Sosthène,

Virginia y yo. Ni un minutito que perder. Quería explicárselo desde muy cerca. Me alcé sobre la punta de los pies. Él se agachó, hizo un esfuerzo. Quería hablarle al oído. No nos entendíamos demasiado bien por el jaleo de alrededor y, además, el inglés que farfullábamos, sobre todo él, puedo decirlo sin jactancia... era imposible de comprender, hipaba a cada palabra, resoplaba, escupía, volvía a empezar con todo... No había modo de acabar... Se sacó la pipa de la boca.

De cerca, así, pegado a su jeró, era mucho más feo aún, le faltaban todos los dientes de arriba, eso era lo que lo hacía farfullar más. Dos cicatrices en la mejilla izquierda, en cruz, una cruz de traidor. La manga que le colgaba era un brazo de madera, acabado en garfio, con punta de metal. Le enseñé mi mano yo también, cómo me colgaba inerte, es que habíamos cobrado bien los dos. Él no en la guerra, sino una verga, me explicó, remedó con gestos, que le había aplastado el brazo justo por encima del codo. Ese detalle nos hizo sentirnos más cercanos. Podíamos hablar mejor. Me hizo comprender lo fuerte que era con su garfio... que podía levantar cualquier cosa... que debía yo ponerme uno... idéntico... que valía más que un brazo flojo... que debía mandármelo cortar sin falta... que me resultaría mucho más cómodo... Para demostrármelo bien claro, se inclinó, enganchó... un fardo de por lo menos doscientas veinte libras... me lo levantó, ¡*pluff!* ¡una pluma en el aire! Me dejó pasmado. ¡Qué Hércules! Intercambiamos comentarios sobre ello... Expresé mi fascinación. Lo felicité... Pero quería que me dijera un poquito qué pensaba del plan... ¿Si nos aceptaría extras?...

«¡Prospero!», susurré... «¡Prospero!»

Mi referencia... le señalé allí, la cantina... al otro lado del río...

«*Prospero he says we can... go... with you!... America!*»

Le señalé, ¡lejos! ¡lejos! ¡más lejos! ¡siempre! ¡Oh! ¡huy, huy! volvieron a darle la hilaridad esas pocas palabritas muy naturales. De repente Sosthène se puso nervioso...

«¡Viaje! ¡Viaje!» Gesticulaba, quería ayudarme... gritaba con voz de falsete...

«¡Crucero marítimo!... ¡Larga travesía!...»

Y después el barco en el mar... los ruidos de las olas... los ¡*chuuoit!* ¡*chuuoit!*... imitaba... balanceaba... cabeceaba... le indicaba cómo era el viaje... para que comprendiera bien nuestras intenciones... «*Viache!... Viache!...*» ¡Había comprendido! ¡la otra jeta! ¡la de la gorra!...<sup>[411]</sup> ¡Aquello los exaltó a los dos! «*Viache! Viache!*» Berreaban de risa... ¿Por qué?... Puros idiotas. Me señalaron la bodega allá abajo... a contrapunte... vasta y del todo abierta... el enorme hueco... «*Viache!... Viache!...*» Se aporreaban las costillas al cachondearse, ¡de la gracia que les hacíamos! Justo entonces se elevó una nube de harina de las profundidades... ¡un huracán!... ¡Estornudo general!...

«*Viache! Viache!*» Los brutos ladraban, se ahogaban, pataleaban. Era una giga a base de carcajadas. El Jovil sobre todo se mondaba... Con el acceso, cantaba, se le quedaba la boca así... abierta... Le parecíamos para morir de graciosos con nuestra

manía «*Viache!*».

«*There! There!...*» Volvió a señalarnos... el pañol, tan profundo. Bailó un poquito sobre el tonel, ya es que no se sostenía del cachondeo. Hacía claqué gimiendo... sufría... un poco más y reventaría... Llamó a todo el mundo, ¡para que nos vieran! ¡los colibríes, los fantásticos! ¡Ya es que no podía solo! Vociferaba para todos lados, a las alturas, a los bajos, ¡que se agruparan! ¡que abillasen! ¡que perdieran el culo hasta sus calcos! Se cachondearon, se hicieron los remolones, las piaron y después se movieron... de los cables, de las crujías, afluyeron, calafates, mandados, grumetes, coolies...

De los cabos, de las mangas veletas, se tiraron, dando volteretas, se apiñaron a los pies del gritón... Ahogaron el jaleo, el enorme estrépito carpinteril, la tormenta en el fondo del casco... mazos quirúrgicos... Ya no nos oíamos...

Venían abajo otros más, negros, amarillos, velludos, de todas las vergas colgaban, en racimos de los trinquetes, como monos. Del muelle a montones... ¡aaa... aúpa! ¡De la pañí en gluglús! sobrenadaban, se enganchaban a las armadías, se alzaban hasta el puente, las carenas, calafates... se agarraban a las bordas, trepaban para divertirse, se agrupaban en torno a aquel gran cabrón... mientras chamullaba sobre su tonel, ¡y se chungueaba con ganas de nosotros! Con su forma de imitarnos mendigando grotescos, ya es que se cagaban por la pata abajo... les daba el patatús... De tanto tambalearse reventando de risa, se caían unos sobre otros... ¡Era demasiado fuerte! ¡El despiporre, vamos!... Un pelirrojo flaco se acercó a nosotros ahí... vaciló... se bamboleó... se asfixiaba... se sujetaba las costillas... resbaló... ¡bogó! ¡el charco se lo llevó!... ¡se fue a tomar por culo, el cacho cabrón! al ras del maderamen... ¡*Vringg!*... la jeró hecha añicos... sangraba por todos lados... enrojeció todo el aceite... ¡ah! ¡tenía demasiada gracia! Tuvimos que reírnos también nosotros... No había acabado el otro gran vacilón... Más gracias aún... que si queríamos hacer las Américas nosotros, ¡los intrépidos! ¡desafiar el mar y las olas por dos chelines *fifty!* Les señaló nuestra astucia... Bramaban, rebotaban sobre el culo con el recochineo. ¡Ah! se divertían a nuestra costa. Me interpelaban, maullaban... ladraban... que si queríamos bajar al pañol con la monina... imitaciones... El otro seguía fogoso sobre su barril, un auténtico triunfo, gesticulaba, se desplegaba, agitaba su garfio de muñón justo por encima de nuestras cabezas con grandes molinetes. Me parecía a mí que era para colgarnos a los tres... que ya estaban hartos de vernos... ¡*Toc!* Se quedó quieto parado. Canturreó... Esperaba la decisión. Eran ellos, los marineros, ahí, apiñados... los acuclillados los que decidían... los de a bordo los que decían sí o no... Gruñían, rodaban, se bamboleaban sobre el culo... No estaba decidido. Comprendí que no era para colgarnos, sino para llevarnos o no... escupían, rezongaban, no querían saber nada...

Entonces se enfadó el gorila, saltó del barril, volvió a subir, ¡los puso, atroz, de vuelta y media! me enganchó de la mano, se me llevó, quería hablarme a solas...

Era en la popa misma, nos metimos tras la rueda del timón, en aquel cuchitril. Él

ocupaba todo el espacio... lo abarrotaba con su corpachón él solito. Cerró la burda tras nosotros. Yo quedé aplastado contra el tabique... Me ladró así, en la jeró.

«*Money? Money? How much?*»

Quería saber de cuánto disponía yo exactamente. Yo no quería mentir.

«*No money!*»

Pero tenía yo un recurso, un garante, no había que olvidarlo.

«¡Prospero! ¡Prospero! *Money!*»

Era de lo más exacto. Lo había prometido.

Movió la cabeza. No lo creía.

«*Papers? Papers? You got papers?*»

¡Ah! ¡los papeles! ¡Pues claro que teníamos! ¡de todas clases, procedencias! pequeños, grandes, pero ¡no precisamente los que necesitaríamos!... ¡Siempre es así! ... Los verdaderos pasaportes, los visados de verdad... con la «Emigración» no se juguetea... los guripas son los más cargantes... ¡los puntillosos de las papelas! sobre todo nosotros, con la nenita... Mi pequeña Virginia, tan menor... clandestina pura... ¡Ah! ¡el arduo problema!

«*Papers! Papers!... ¡Ah!*»

Yo intentaba camelarlo un poquito... hacerle apreciar la delicada situación... que si nos casaríamos lo antes posible... en cuanto hubiéramos desembarcado... que si estaba convenido, concertado... quería provocar la simpatía...

«*Yop! Yop! Yop!*», me repelió, «*no females! Body! no females on board!* ¡Nada de hembras a bordo!» ¡Era brutal el marrano! Me apuñalaba... ¡Yo no quería dejar a mi Virginia! ¡Ah! ¡no, ni hablar! ¡Gozaba con mi angustia!

«*Vloaf! Vloaf!*», me hizo en toda la nariz... un gran ruido de paladar... enorme gluglú... así, el merluzo... se la sudaba el mundo...

«*Vloaf! Vloaf!*»

Eso quería decir que yo debía reír también. No tenía yo ganas...

«*No passport?*» Se recochineaba, clamaba, bramaba. «*Passport!... Vloaf! Vloaf! ...*»

Me diquelaba muy de cerca... casi tocándome con su gran napia. Giraba los acáis. Le parecía yo asombroso con mi viaje en familia.

«*No? No? No money? Impossible!*»

«Imposible, ¿por qué?»

Insistí, ¡joder!

«*Women no! Old gaga no!... Ni mujer ni viejo chocho.*»

Eran condiciones muy crueles. *Vloaf! Vloaf!* Me parecía a mí.

Pero, a mí, ya lo creo, no tenía inconveniente.

«*You!... ¡Usted!...*» Me aceptaba. ¡Me alistaba!

«*With other guys! Hop! Crew! Crew!*»

Se refería a la tripulación. Me mimaba. Trepidaba sobre la mesita con un claqué fogoso... silbaba... embelesado... absolutamente encantado... pero se golpeaba la

cabeza con la tapa... la chapita saltó, era demasiado bajo para él... se encorvó en dos, pero siguió con la giga igual... ¡*Tig dig pam!*... Vi que alistaba con alegría. Estaba contento, me tenía en sus manos... me veía ya en la arboladura... amainando los trinquetes... ¡recluta idiota!... Mejor que nada... cualquier cosa... me contrataba. Pero ¡a Virginia, no! ¡a Sosthène, no! ¡Ah! ¡categórico! ¡Ah! ¡qué rabia me daba! Le enseñé una vez más mi brazo muy de cerca ahí, ante sus narices, con las cicatrices y todo, para que no se hiciera ilusiones, un pingajo, un muñón peor que él, sin garfio, endeble al máximo.

¡Daba igual! ¡Daba igual! ¡No importaba! ¡Podía acompañarlos! pero ¡solo! ¡Me tomaba así mismo! En La Plata de América haría que me pusieran un garfio. ¡Jurado, convenido! Me prometía buena vida.

«*The war!*», ¡me berreaba!, «*The war!*», ¡al tiempo que me daba palmaditas en la cicatriz! Así, ¡de pie y pegados el uno al otro! La guerra. «*The war! Vloaf! Vloaf!*»

Me hacía un daño atroz. No podía salir, aprisionado como estaba. Yo vociferaba aún más fuerte que él. Eso le divertía cada vez más. Me masajeaba cada vez más apasionadamente. Yo las piaba a muerte. Pataleaba como un locuelo al verme en convulsión. Iba yo a morderle el moflete, ¡aun con toda su fuerza! Quería hacerme de nuevo la escena fulgurante. ¡*Pflof!* Me tiró abajo de la mesita... ¡*Pzinc!* ¡Me volvió a enganchar de los alares! ¡*Ptof!* me alzó, ¡*toc!* con los pies juntos ahí, ¡zas!... ¡Me quedé pasmado! Lo felicité. Me entusiasmé. Lo abracé...

«¿Qué tal?», dije... «¿Bien?»

Me habría gustado que acabara. Llevábamos la tira parlamentando en el cuchitril. Fuera debían de preguntarse un poco qué andábamos palpando. Él estaba meditando, bien lo veía yo. Me eructaba en las narices.

Siguió pensando.

«*You are no cook?*» Se le ocurrió de repente. ¿Es usted cocinero? «*All Frenchmen are cooks!*» ¡Todos los franceses son cocineros!

La idea luminosa.

«¡Oh! yes! ¡Oh! yes!»... fui y respondí.

¿Qué arriesgaba?

«*Good! Ah! Good! fine!*»

Me dio una palmada como para desmembrarme. No debía consistir en huevos con salsa *mousseline* precisamente la cocina a bordo, no me resultaría difícil. ¡Ah! eso me venía pero que muy bien.

«*Viache! Viache!*», reiteró...

«¡Ya lo creo, chico! ¡Olé tu madre!»

«*Yop! Yop! Certainly!*» ¡Hurra por mí mismo! cualquier cosa por el piro... ¡Nos llevábamos de lo mejorcito! ¡Iba yo a ser un ratón en el *Hamsün!*... ¡Era una ocasión entre mil! Ya me ocuparía yo de América, una vez transbordado... ¡A mí las *new chances* y los recursos! ¡Allí ya no valía la pena! Había demasiadas malas intenciones en el aire... Ya no sabía uno a qué atenerse... Había que pirárselas. Y punto, hartito



ya. ¡Las velas! ¡había que reconocerlo! ¡La cosa se presentaba admirable! ¡Ah! ¡No iba yo a vacilar!

«¡Bueno pues eso! ¡Que sí! *Goddam! Cherry! ô Frenchy!*»

«*I'll be there! Skip! I'll be there!*»

¡Prometido! ¡apalabrado! ¡nos estrechamos las bas! ¡Un orgulloso marinero! Estaría allí, *eight fifteen!* ¡Ocho y cuarto! ¡Partida! ¡Jurado! ¡*o'clock* y todo! *Hurray!* ¡Vida nueva! ¡Ahora no era eso todo! La señorita, el pureta, ¡danzando! ¡Al diablo los pelmas! ¡Rigodón! ¡a la mierda el viejo! ¡a la mierda la nena! ¡Que les dieran por culo! ¡La vida nueva! ¡Liquidación! ¡Ánimo! ¡Solventado!

¡Me embarcaba yo solo! ¡Alistado, qué leche! ¡Sin apurarme! ¡A paseo los gorriones! ¡Sin compromisos! ¡Me daban mala bají los dos! ¡Al diablo los pesos muertos! ¡Comprendía yo mi destino! ¡Abur! ¡Ya no era víctima de mi buen corazón! ... ¡Viva el porvenir!... ¡La juventud desenfrenada! ¡Adiós! ¡Me largaba! ¡Hasta la noche!

Ya me lanzaba yo... Él me agarró. Najaba a comprarme una camisa. Me retuvo del muñón... Me mostró a todo el mundo reunido, acuclillado ahí, toda la tripulación, todos los descargadores ahí, en círculo en torno al tonel, esperando su palabra... Otras jetas emergían de las bodegas, de las crujías... los acróbatas en la arboladura... todo el mundo esperando la decisión...

Entonces berreó hacia las grandes alturas, que toda la tripulación oyera la noticia.

«*Froggy on his way! Froggy on the list!* ¡El franchute va a partir! ¡Jo! ¡Jo!»

Unos hurras, unos vivos, monstruosos desde las profundidades hasta la punta de los mástiles, que el carcamán sacudía la capa de agua, cubría la dársena de olas, pliegues hasta el río.

«¡El franchute de navegante!»

Se desternillaban de tan gracioso que les parecía yo, desde las espigas en pleno cielo hasta el ras de la pañí, dos cayeron al agua con las convulsiones. ¡No se había visto a nadie más gracioso que mi menda para esa tarea! Del negro al amarillo, del marrón al verde, a cuál se carcajearía más. Toda la tripulación de mi chola. No me molestaba demasiado. Había circunstancias más espantosas. Me hicieron sonreír incluso un poquito. Tal vez pensarán que me iban a azorar... ¡Ah! ¡Qué leche! ¡Ah! ¡Chipendi! ¡Ah! ¡a reír! ¡yo también quería! ¡Ríe mejor el último! ¡Risitas! ¡Risitas! ¡Mindundis! ¡Fatuos! ¡Vais a ver! ¡Desgraciados forzados de las tempestades! ¡Os voy a hacer atracaros con mi cocina! ¡Vais a ver lo que es bueno! ¡Veó ratas que os van a hacer relameros con la salsa de ascalonias! ¡La rata en plan pifia! ¡Esperad, nenes! ¡Tengo buen material! Eso es lo que pensaba por dentro, ¡el efecto que me hacían esos chorrinas! ¡Ya nos veremos! *Booaa!* les berreé... ¡hostias!... mi imitación así a sus jetas. «¡Golfos! ¡Froggy os manda a la mierda! ¡y a todos!» No era un paripé. ¡Tranquilo! ¡Ya nos veremos esta noche! Era promesa. ¡Sarcasmistas por los cojones! ¡Allí me tenían, correcto y legal! ¿Quiénes se creían, fétidos patanes? ¡El *Skip* y sus curres me los pasaba yo también por ahí! ¡Eso era lo que pensaba yo!...

¡No eran los primeros tatuados a los que conocía en mi vida! Iban a llevarse una sorpresita, ¡con todo lo joven que me veían! ¡Ni pizca de virgo! ¡Ah! ¡Se me estaban hinchando las narices! ¡A punto de reventar! ¡Oh! ¡huy! ¡esos chulos! ¡Me habría gustado verlos ante las cortinas de fuego! ¡A ver quién habría tenido jindama! ¡Boah! ¡Boah! volví a berrearles. ¡Hasta la vista! ¡farfulleros! ¡No se iban a quedar conmigo precisamente éstos! ¡Terroros de pipí! ¡Quería yo ver! ¡Iba yo a ir pero que seguro! ¡A mi América! ¡La Plata también! ¡Sí! ¡La mala bají se quedaría por allí! ¡Pese a ese puñado de guasones de poca monta!...

«¡Os voy a meter en cintura!», ¡fui y les grité! «¡Vais a hacer piruetas en el aire con mi cocina subidita!» ¡La guindilla de mi quinta! ¡Le señalé el trabuco!... «¡Vais a saltar hasta la Luna! ¡La mui os va a salir volando como una gaviota! ¡Hasta luego, listillos!»

Y entonces me abrí. El *Skip* hacía gorgoteos de muerte... No me había visto colérico. Era aún más gracioso.

No me gustaban los desafíos...

«¡Hasta la noche, gamberros! ¡Abur!»

¡Ahora era otro costal! lo más delicado... dar de lado a la nena y al viejo majareta... encontrar las palabras para explicarlo... las razones serias... mi abnegación... las grandes esperanzas... las razones de peso... para que yo antes de marinero... y ellos después... más adelante ellos... más adelante...

Me esperaban al pie de la escala. Hacían idas y venidas... dos horas llevaban esperándome... Las habían pasado canutas con los marineros. Dos hombres borrachos de lo más insolentes querían besar a Virginia... Habían tenido que ahuecar el ala, presa de la rechifla... Les habían vociferado maldiciones desde todas las arboladuras, les habían lanzado lapos amarillos y verdes así de grandes, unas mascadas enormes... Al final se habían escapado, se habían refugiado en el fondo de un cobertizo. Justo entonces salían. Virginia muy descompuesta... ¡mi monina!... mi corazón... ¡mi hermosura!... ¡La ignominia de esos monstruos! Se ponía muy delicada, lógicamente, en su estado, ¡frágil y sensible! La consolé como pude.

«*Dear! They don't know! Drunken dogs!* ¡Están borrachos! ¡Esos perros!»

Era cierto y no lo era. Los hombres no necesitan estar borrachos para asolar cielo y tierra. ¡Llevan la carnicería en las fibras! Causa asombro que subsistan con el tiempo que llevan intentando reducirse a nada. Sólo piensan en la nada, clientes perversos, ¡simientes de crímenes! Se encabronan por doquier. No hay que insistir, sería el fin de los poemas.

A Sosthène lo entristecía un poco ese prejuicio contra nosotros. Ese odio de la tripulación que nos escupía con avaricia, sin provocación alguna.

«¡Es el prejuicio de la gente del mar!», le expliqué en seguida, ¡el prejuicio! ¡Y eso no sería nada, pureta! ¡no sería nada! ¡si quisieran aceptarte para la larga travesía! pero ¡nanay! ¡te dan el lique!»

Le dije la chipén.

«¡Ya no tienes edad para eso!»

«¡Ah! ¡ya no para eso!»

¡Leche! eso lo hirió.

«Pero, oye, ¡si hay ahí dentro mamones que tienen tres veces, vamos, cuatro veces mi edad!»

Estaba seguro.

«A la nena tampoco la admiten...»

«Y a ti, ¿qué?»

«A mí, sí... en fin, de machaca... en las cocinas»

«¡Sí! O sea, ¡que te las piras! ¡Nos dejás tirados!...»

Así era, en efecto.

Se le cambió la cara un poquito, que ya no era brillante.

«¡Se va!», dijo señalándome a la nena.

Me miraron... no se lo creyeron al principio... miraban al barco allí... y después a los pintores que calafateaban...

«Se va...»

Los dejó deshechos. No se lo habían imaginado...

«Tienes razón, mira... tienes razón... es un barco hermoso... Y nosotros, Miss, ¿qué vamos a hacer?»

Ésa era la cuestión.

Virginia tenía la mirada perdida... a lo lejos, allá, hacia el otro lado... la otra orilla... así, del todo ausente... Ni una palabra había dicho... ni una mínima reflexión... se volvió hacia mí... lindo rostro sin enfado... e incluso una sonrisa amable... vuelvo a verla aún entre el vaho malva... así, tan paliducha, mirándonos... el viento le aventaba los mechones... el viento soplaba en ráfagas... pintarrajeaba todo... la pizca de sol... el vaho... lluvia... el humo malva... tenía un poco en la punta de la nariz... naricita traviesa... nariz de gato... ¡Ah! vuelvo a verlo todo con precisión... ahí, en el muelle mismo... junto al navío... la sonrisita... y lo veré aún, creo, al otro lado... en la otra orilla del fin de las cosas... era pura magia... no me reprochaba nada... dispuesta aún para reírse de todo... pero, aun así, cansada, paliducha... con su estado era lógico...

Me hice cargo de la situación.

«¡Hale, venga, en marcha!»

Pensaba en algo caliente.

«¡Eso es lo que os hace falta a los dos! ¡Ya no os tenéis en pie! ¡Ardiendo para el señor y la señora! ¡Un grog! ¡Están verdes!»

Los cogí del brazo, me los llevé. ¡Impetuoso mi menda! ¡Animador! Quería hacerles pasar lo más duro... Explicarles afectuosamente que, si me marchaba así, solo, a La Plata de América, era para preparar el futuro, que no tardaría en pitar la cosa... que los haría venir inmediatamente... en fin todo perfecto, ideal... que era, de todos modos, más indicado que desembarcar tres colgados boqueras... emigrantes

medio muertos... ¡con el capital de tres libras *fifty!*...

No respondían nada.

Íbamos cogidos del brazo, por los callejones entre las dársenas. No estaban demasiado de acuerdo... Se lo notaba en la cara... Se callaban muy modositos, pero había pena. No los consolaba yo lo más mínimo... Y eso que era razonable, que, si desembarcábamos juntos así, de una vez, no llegaríamos lejos... que era una absoluta locura... No lo discutían... Decían sí... sí... pero yo veía por su cara... que pensaban no... no...

Era doloroso, lógicamente. No obstante, yo quería que se dieran cuenta...

Ella acabó echándose a llorar, a fuerza de oírme hablar así y asá... mi pobre nenita dulce... era demasiado cruel, no lo entendía... sobre todo en aquellas condiciones... quedarse sola con su pariente en la gran casa Willesden... con las máscaras, las historias, más luego las chifladuras, el látigo... y ese otro, el Sosthène, que había ido a sumarse... con sus manías mágicas... y todo eso con el bombo... ¡No era, desde luego, plato de gusto! pero, aun así, había que reaccionar...

«¡Vamos! ¡No es una catástrofe!»

Yo reaccionaba.

Pero ¿y si no salía bien... si me ocurrían líos imprevistos... si fracasaba... si desaparecía... si no me volvían a ver nunca?... ¡No basta con decir América! Me amargaban con su expresión de que me decidiera con mi idea... Lógicamente, yo reflexionaba.

Buscábamos el camino... las callejuelas para salir de las dársenas... Estaban hechas de cualquier modo... laberintos... auténticos acantilados por la altura... todo de ladrillo, hendiduras, grietas... Nos colábamos... En el fondo, todo eran sombras... kilómetros en zigzag... sólo ladrillos, almacenes... todas las dársenas West hasta Eastham... Se prestaba a la meditación... Era un dédalo impresionante... Yo procuraba hacerlos hablar un poquito... Decían «sí, sí» y se acabó. Estaban de acuerdo... No me reprochaban nada... ni una palabra... En aquellos callejones así, tan encajonados, tan encerrados entre las paredes, la luz llegaba entre las vaharadas... revoloteaba entre el malva y el azul... era una luz dulce y tentadora... inclinaba a lamentarse, hay que reconocerlo... a escucharse tristemente... Yo podía quejarme también, al fin y al cabo... podía sumirme en la pena... tenía motivos dolorosos... No decía nada y punto... me mostraba discreto... pero podía quejarme... Además, me dolía la pierna... tanto como al viejo chorra... y me costaba mucho pinrear... más luego la cabeza y el oído, de los que padecía siempre... Me puse a cojear para que lo notaran... no notaron nada... unos egoístas... Lo dije bien alto... Para que me respondieran... Girábamos sobre nosotros mismos de una calle a otra... Volvía a decirlo más fuerte... ¡Tenía yo mérito, en resumidas cuentas, al irme así, solito!

No respondían nada...

Y eso que era bien cierto... ¡marinero presa de las sacudidas, de un peligro horrible! ¡de la mar furiosa!... ¡Héroe una vez más! lisa y llanamente... ¡Ah! me

ponían nervioso sus caras de pena... me parecían repugnantes, ingratos... que no se daban cuenta ni un poquito de los riesgos que corría yo... que yo me sacrificaba por todo el mundo... al ir a hacer el payaso en las vergas... con mi neuritis, mi pata chula... mi gamba arrastrada... mi cabeza vertidiginosa... que corría riesgos enormes... todo ello por valerosa bondad... Pero ya que no valía la pena... que nada conmovía su corazón de mármol... yo ya no tenía razón para vivir... me dejaría llevar por el tornado... me tiraría al agua y se acabó... me llevaría la tormenta...

«¡Tendréis remordimientos!»

Ya estaba dicho.

Aun así, no estaban emocionados... Iban así, muy apenados, de una acera a otra... ¡Me cago en la leche! ¡Me tocaban los cojones, lógicamente!...

¡Unos cabezotas que para qué!...

¡Ya podían palmarla, a fin de cuentas! ¡tan distinguidos y de morros! ¡Me crispaban los nervios! ¡Y es que no podía verlos más! ¡Egoístas! ¡De mala hostia me ponían! ¡Enchufados, los monines, potrudos, en una palabra! ¡no iban a correr los grandes peligros! Lo tenían fácil ellos, ¡esperarme y nada más!... ¡Yo iba a revolotear por las arboladuras!... ¡Iba a afrontar los huracanes! ¡Iba a cocinar en las tempestades! ¡Los mimados eran ellos! ¡los librados de los embates de la suerte! Sólo tenían que divertir al viejo, jugar con sus máscaras, dar largas a las pruebas, entretenerlo, de tiquismiquis a pretextos... para que pasara el tiempo... diese noticias, me estableciera en las pampas... los mandase venir, salvara todo. Era un programa valeroso. ¡Para mí los triunfos del valor! ¡Iba a superarme increíblemente! ¡Prometido, jurado, que no se retrasaría mucho! Me seguirían muy pocas semanas después. Dos camarotes les reservaría en un *Plutus Co. Liner*, célebre por el lujo, directamente para La Plata. El superconfort bien conocido, no los submojaculos con torpedos como el *Kong Hamsün*... Pintoresca carraca con drizas y telas, amarrado así, tan pancho, pero seguro, fijo, lo más chungo, una vez soltadas las amarras, azocadas todas, proa a la borrasca, con espuma en el culo. El maldito del Norte y del Sur, el infierno a bordo.

¡Lo que debía de soltar el *Skip*, una vez en el mar! ¡Bastaba con verlo sobre su barril! ¡De lo más furioso ya! Debía de hacer danzar en un minuto a toda la canalla a cabezadas de espigas a proa! ¡Ah! ¡qué muermo!

Además, había que pensar, para hacerse idea de mi valor, que carcamanes como el *Kong*, de tan engalanados, atirantados, blancos, se ven de un océano al otro, catedrales de hálitos, aturdidos por las ondas, lindo blanco para toda clase de piratas. Un saquete de pólvora y ese gran payaso se iría haciendo piruetas a los abismos.

Les hacía yo comprender un poco el peligro a mis acólitos... ¡cuán frágil es un velero!...

No comprendían gran cosa... Yo buscaba un *pub*, un bar, un salón de té, en cualquier rincón al abrigo para explicárselo aún mejor... Era yo paciente en aquella época... Una bebida caliente, un café solo, tal vez un *bovril*, con un poquito de ron...

que nos sentáramos por lo menos... no seguir deambulando todo el tiempo... Y, además, es que pasaba el tiempo... empezaba a llegar la noche... Había una pasiva<sup>[412]</sup> severa desde lo de los zepelines. Por muy poco nos habríamos perdido entre Millwall y Romney Dock. Sólo callejones y recovecos... acantilados de ladrillo por doquier... fortalezas de cobertizos... ¡y ni un *pub*!... Ya es que no nos orientábamos al final... Acabábamos en el fondo de patios... Yo no quería llamar a una puerta... Les dan las cavilaciones por nada a los ingleses, en cuanto ven merodear así, entre dos luces, sobre todo a franceses... y, además, con una nena... de falda corta... Debían de haber largado en los alrededores, desde luego, no quedaba lejos el hospital, el frambuesa y negro, nuestra cita con Clodo<sup>[413]</sup>... circulaban muchas historias... verdaderas y falsas... Nunca hay que llamar entre dos luces...

«¡Tuerce a la izquierda!», dije... «¡Tuerce a la izquierda! Y Prosper, ¿qué? ¿Y Prosper?»

¡Me olvidaba yo de ése! ¡aturdido por el paseo! ¡Oh! ¡allí, ya lo creo! ¡Allí había café!

«¡Hale, venga, chicos! ¡pitando!»

¡Volvimos a cruzar! ¡en marcha! Ya no me acordaba de Prosper. ¡Teníamos una cuenta pendiente y menuda! ¡Ah! ¡me iba a oír un poquito! Prosper, ¡ticitifé!

¡Así mismo! ¡Caliente e hirviendo! ¡Café-café moka!»

Les entusiasmé.

¡Quería darle la enhorabuena! ¡Diez céntimos! ¡diez céntimos! ¡a precio de coste! ¡Por el favor! ¡el chamulle de la casa! ¡Ah! ¡el embarque soberbio! ¡Seguro que me lo copiaba! ¡El menda del Jovil! ¡Auténtica distinción!

Volvieron a sonreír.

Se tomaban mejor las cosas. Ciertamente, me exasperaba de repente cómo nos había puesto a parir toda aquella canalla, nos habían tratado peor que a una basura, nos habían cubierto de ridículo. De acuerdo, Prosper nada tenía que ver, eso estaba más que claro, no me había engañado, embrollado, mentado... conforme... su información era perfecta, ¡la prueba era que iba a embarcarme a las ocho *fifteen*!... ¡y por la cara! ... ¡de palabra!... ¡sin parné! ¡No era moco de pavo!... una recomendación de verdad... ¡un resultado!... Sólo, que tal vez camelando... insistiendo... dando aún más el coñazo... lograría que aceptaran a la nena... y, además, al pureta incluso... Tenía que ponerme otra vez de mala hostia, hacerme el ofendido terrible, nada contento, que si insultaban a los amigos, ¡que si había que ver qué vergüenza!

Cierto era que las *Port Authorities* les hacían pasarlas canutas a los contramaestres, acosaban de verdad a los clandestinos, que había que pensárselo mucho... que, además, iban tan atestadas... tan apretujadas las tripulaciones... sus puestos de sardinas... que, lógicamente, tres mendas más... les hacían poner mala cara... la «Comandancia» no se andaba con bromas... Un incumplimiento de las funciones... capitán a tierra... ¡confiscación del carcamán! No se colaba ni su padre.

Bastaba la tripulación con sus chulos patentados... Sin complicaciones para los

siniestros. Un casco que se resquebrajaba, un agujero en el agua, una cruz en el Lloyds<sup>[414]</sup>, ¡clausurado!

¡Ah! ¡me apiadaba yo de mí mismo! ¡mi carrocería bogando! ¡Reflexionaba yo! ¡Iba de verdad camino del sacrificio, presa de los perversos caprichos del destino!... ¡Ah! ¡qué suerte la mía! aquellos amigos, ¡qué chungalíes! ¡me veían en un lecho de rosas! ¡Qué monstruos! ¡Nunca había visto mayores sordos! ¡mayores ciegos! Me rezongaba a mí mismo, al tiempo que buscaba a tientas nuestro camino a lo largo de Alberts Bank... el muelle enfrente de la queli de Prosper<sup>[415]</sup>... ¡Ah! ¡qué suerte la mía! ¡Ah! ¡menudo! ¡Dolores! ¡Sacrificios! ¿De quién? ¡De mí! ¡la hostia puta!...

¡Ya no podía soportar más las lágrimas! ¡Ah! ¡Era demasiada injusticia! ¡Ah! ¡Estaba harto de aquellas caras! ¡Ah! ¡las depres! Se lo dije ahí, sin dejar de caminar... ¡que ya bastaba de suspiros!...

«¡Soy yo quien va a hacer acrobacias en los obenques del *Kong Hamsün*! ¡Es mi jeró! ¡mis huesos! ¡Soy yo quien va a hacer cabriolas a cincuenta metros en la atmósfera, por encima de los elementos furiosos! ¡A vuestra salud! ¡La chola! ¡Soy yo el capullo en todos los casos! ¡Ah! ¡Ah! ¡tenéis poco amor propio para quejaros, etcétera! ¡Soy yo el que es digno de lástima terrible! ¡Yo que afronto las circunstancias! ¡Ah! ¡Tenéis un descaro de asco!»

¡No se inmutaban lo más mínimo!

Era un lugar traidor la ribera... Se podía resbalar hasta la pañí así... ¡Vloff!... del tablero de la pasarela... había también cordajes que se enredaban en los pies... Sosthène se enganchó, tropezó, ¡cayó al suelo!... ¡se sentó sobre un ancla!... dio un alarido... se había hecho daño... Bien estampado... Por suerte, era buena señal... ¡caer sobre un ancla!... da suerte al instante... Había que admitirlo y se acabó. El azar manda. Lo dijo él mismo...

«¡Aligera, remolón! ¡aligera! ¡Mira a ver dónde está!»

Estaba a punto de abrir la queli de Prosper... Se veía la lucecita al final del empedrado... la cantina... el tragaluz... Nos acercamos. Entramos. Estaba ya lleno de clientela. Un humo, tan espeso, ¡que resultaba malva acuario! bogaba bajo las lámparas, ¡los andobas totalmente glaucos! Las guirnaldas de lucecitas rojas en torno a las mesas, las pipas. Choqué con dos de malas pulgas... nos amenazamos... pasé, perdiendo el culo... quería anunciar a Prospero... ¡el amigo legal!... ¡corazón de oro! ... que me abría... ¡que no me vería más!... ¡que estaba acordado para América!

Armaban en la barra tal tiberio, que tuve que vencerlo. Berreé al máximo.

«*Hai!* ¡Prosper! ¡Ha carburado! *Bum! Dié!*...»

El grito de reunión<sup>[416]</sup>. Me vio venir hendiendo el malva de las pipas... guata que cortar... Yo creía que lo sorprendería... Ni hablar. Estaba lavando vasos... Continuó... Hablaba con un italianini, un piloto del *Majorio*.

Me presentó:

«José de Mallorca.»

«Pues mira», anuncié. «¡La partida!»

«¿Qué partida?»

«Pues, ¡en esa carraca!»

«¿Qué carraca?»

«Pues, ¡el *Hamsün*, tontaina!»

Se echó a reír burlón.

«Tú has soñado, caracapullo!», fue y me dijo...

«¿Soñado? Pero ¡qué dices! ¡Si ya hemos quedado!»

«Pero ¡que no, hombre, que no!»

«Mira, Prosper, ¡vete a la mierda! Embarco a las ocho, ¿te enteras ya?»

Era como para matarlo con sus desmarques.

«Esta noche, pero ¡si es tu santo, cretino!»

¡Eso fue lo que me respondió!

«¿Mi santo? ¡Cómo que mi santo!»

«¡El día de San Fernando, corazón!»

«¿Fernando?»

No entendía yo.

«¡Pues sí!», insistió. «¿No lo sabías?»

¿Qué cojones tenía que ver mi santo?

«Pero ¡si todo el mundo quiere celebrarlo en tu honor! ¡No se marcha uno el día de su santo! ¡Nunca se ha visto eso!»

Su ninchi convenía, claro está, José de Mallorca.

Giraban los acáis los dos de horror, ¡porque me marchara en un día semejante! ¡el día de mi santo! ¡Imposible!

Yo no tenía calendario, él tampoco, ¡claro está!

Había que ver qué rostro...

Entonces me habló de Cascade, de las chavalas, de los amigos, que si querían felicitar-me, que si iban a sentirse mortalmente ofendidos, si me despedía a la francesa, que si estaban todos preparados para una juerga de aúpa, que si debía ser la ocasión para disipar todas las depres en mares de champán, para que todo el mundo se las quitara de encima, ¡que si sería una celebración, que no veas, de la victoria! ¡y del regreso pronto de los macarrillas! Que no podía escaquearme. Una juerga de la hostia, ¡guateque y jodienda y todo! ¡Vacaciones en el picadero para todo el mujerío! ¡Todo eso por ser el día de San Fernando! ¡No se puede uno marchar el día de su santo!... Me dejaban turulato, de todos modos... No quería ser un maleducado... Si era verdad... esperaría a ver... que su intención fuese amable...

Quise invitar a algo... Se me adelantó él.

«¡Esta ronda corre de mi cuenta!»

Se impuso.

«¿Señorita? ¿una copita de *banyuls*? ¿Y usted, abuelo?»

Para todo el mundo.

Me ganaba por la mano.



¡Ah! me preguntaba yo qué pasaba... Aún no había visto yo a nadie ocuparse de mi santo... el día de San Fernando...

Se pusieron todos a darme besos... la ronda los había excitado... Prospero... el piloto... Sosthène... y la nena... Presas de la alegría al instante... Me desearon mil felicidades... Pregunté por todo el mundo... la pensión... los alistados... Ya había dos muertos...

«¡Ah! ¡Ha telefonado Cascade!» ¡Recordó de repente!

Me dio otras noticias más... de éste... de aquél... de la Carmen del culo recosido... Se estaba poniendo charlatán... ¿A qué venía eso de mi santo? Quería yo preguntarle, era una idea estrafalaria. Caía en un momento extraño, mi santo... No acababa yo de entender... ¿A qué venía de repente toda aquella amistad? No los había yo visto desde hacía meses... Me las había pirado... ¿A qué venían otra vez a jorobarme? Era culpa de Bigudí. Lo había propalado ella, había excitado a la pandilla... No les hacía gracia que yo me abriera... Tenían una segunda intención... ¡En mi santo!... ¿las felicitaciones?... bah... bah... bah... ¡Qué sospechoso!... ¡Esperaría a ver!... ¿o guillarse en seguida?... ¿salir pitando?... Pero ¿y si fuera una jujana lo de allá? ¡Ni alistamiento ni niño muerto!... ¿y si fuera cómico también?... ¿y si hubiera hecho yo el primo por doquier?... ¡Ah! y, además, ¡qué leche!... ya me hartaba... ¡En su lugar descanso! ¡A sentarse tocan! ¡Y aguantar el golpe! ¿Najar otra vez?... No iban a comerme... ¡Me hacían reír todos por fuerza! ¡Pánico en las perneras! ¡Ésa era mi razón! ¡Venga la curda! Dije a Sosthène:

«¡Haz lo mismo! ¡la nena también! ¡Sentados!...»

¡Aceptamos la invitación de Prosper! ¡Que sirviera! ¡Que invitase! ¡Ya que era mi santo! ¡por la salud! ¡y todos los parlanchines de la barra! ¡y todos los parlanchines del mundo! que largaran, cotorreasen, renegaran, *God be damned!* ¡eructasen y se quemaran la lengua! *Boah!* ¡soplasen llamas de lo fuerte que era! arrebatados por el alcohol. ¡En mi santo! ¡El día de San Fernando! ¡El cachondeo de verdad! ¡A alegrarse! Con eso lo dejé pasmado al Prosper, ¡creía que iba a rajarme! ¡escaparme cagueta por las pullas! ¡Ni mucho menos! ¡En forma, mire usted! ¡Invitaba la casa! Me presentó a otro amigo, un comerciante de sorbetes del Soho, que buscaba igual un tránsito, algún medio para la Argentina... Burla burlando, comprendí que era desertor ése, desde hacía un año y medio... de la *Regina Marina*...

No tocaba mal la guitarra... tenía permiso incluso para dar conciertos en el Soho... No se encontraba así como así un permiso de música... era extraordinariamente arduo incluso conseguirlo... se lo pasaban siempre en familia... era tan ventajoso, que no se trocaba, por decirlo así, nunca... Conque nos pusimos a hablar de los permisos... de las mil formas de maquillarlos... de hacer tres o cuatro con uno... en fin, los vicios del asunto...

Nos pusimos a hablar de Boro, de cómo había conseguido el suyo de un feriante, para tocar el piano en los *pubs*, que se lo había revendido a Guédon<sup>[417]</sup> por dos libras *fifty* para pagar la multa por alboroto que le habían endiñado... Pero Guédon, hombre

nada serio, se dejó atrapar, al cabo de pocos días, en una redada en el bar *La Reale*... Para escapar, fue y se lanzó, perseguido por los guris, con el esfuerzo veía borroso, se tiró al agua debajo del puente, en el *Embankment*, se fue al fondo, la congestión, los cangrejos lo devoraron en menos de una semana y con él el permiso, para que veáis la clase de cangrejos que había debajo de Victoria<sup>[418]</sup>, no se vuelve a encontrar ni rastro, los más voraces de toda la ribera, los cangrejos de albañal, especie en tal profusión en las mareas, tal amasijo de capas, tan denso, tan compacto, que se confunde con la ribera propiamente dicha, que caminas sobre ellos sin darte cuenta... Para que veáis la clase de cangrejos de que se trataba.

Virginia, por su parte, cerraba los ojos, estaba cansada de verdad con tantas palabras en torno a ella... tantas idas y venidas también... se quedó dormida del todo...

«¡A mimir!...», la acunaba yo, «mi nenita... ¡A mimir!...»

Cierto es que era muy chiquita, sobre todo así, en mis brazos, una nena muy chiquita que había saltado demasiado.

«¡No es amable, tu amorcito!»

Observó el Prosper.

«¡Se duerme la noche de tu santo!»

Para molestarme.

«¡Ah! ¡Ya me estás jorobando, oye, con mi santo!»

Era yo demasiado paciente.

«¡Hasta luego!»

Me levanté... ¡Me fastidiaban con mi santo!

«¡Ya verás tú si no es tu santo!»

«¡Había que ver qué cabezonería!

«¡A la mierda!»... fui y les dije a todos. «¡A la mierda! ¡Y a la mierda!»

Me sacaban de mis casillas.

«Tengo que correr, ya te lo he dicho, ¿no? ¡Tengo que estar allí a las ocho! ¡A las ocho sale! a las ocho.»

«¡Tú no sabes lo que es un barco!»

El Napo y también el otro, el Mallorca, se rieron a carcajadas, ¡como unas locas!

«¡No sabe lo que es! ¡Ocho días, te lo digo yo, resistirás!... ¡Y ocho días es mucho! ¡La palmas! ¡Va a ser una sopa con tus huesos! ¡Así va a ser tu cocina!»

¡Oh! ¡Oh! ¡huy, huy! ¡qué fuerte!

«¡Y una leche! ¡Me tenéis contento, paisanos!»

Me daban pena...

«¡Ya hablaremos, chaval!»

¡Unos zulúes! ¡prefería yo callarme!

El napolitano de la música quería darme una paliza a los dados. Yo no arriesgaba demasiado, dos *pennies* tres *sets*. Aun así, prefería el billar, había visto dos en el fondo, pero con aquella luz, ¡era como mirar con el ojo del culo! sólo una lamparita

en la pared. Primero quería dejar a la nena, instalarla bien sobre dos sillas o una banqueta, si la encontraba. En ese momento preguntaron por Prosper, dos hombres en la puerta y después toda una panda. Vi lo que eran, buhoneros, recaderos, chapuceros malteses, chinos, italianinis, papúes... merodeaban por las dárseñas a hurtadillas, montándose, con intercambios, pacotillas, entre dos luces, revendiendo en pequeña escala. Hablaban bajito, trataban a obscuras, no miraban a la clientela, venían, se iban como habían venido... No ocupaba lugar, un retazo de seda, de la de verdad, una nube en la ba, el jugo de adormidera, unas gotas, un extracto de rosa... Cosa fina de almacén. Prestidigitada. En el *Dingby*, enfrente, antes del incendio, sucedía lo mismo siempre a la caída de la noche, momento de tejemaneje, de sordo tráfico en el umbral. En esta orilla, las mismas costumbres.

«¡Prosper!...», susurraron.

Otras tres o cuatro veces más lo molestaron, ¡que fuera él mismo a la burda!

Yo no era brillante al billar, los tantos no venían con fuerza. Me daban una decena de ventaja por mi brazo, el tiempo pasaba, ¡tenía que darme prisa!

«¡Me voy, Prosper! ¡Adiós, amigo! ¡Salud y suerte!»

Decidido.

Se colocó delante de mí.

«¡No, hombre!... ¡No!... ¡Pero bueno! ¡mira! ¡Si ya no hay nadie!»

¡Exacto! ¡Así era! Me sorprendió a mí mismo... ¡Nadie ya! Se plantó delante de mí, me lo impedía absolutamente.

«¡Anda, tronqui! ¡vaya unas ideas! ¿adónde vas? ¡Que es tu santo!»

Vacía ahora la queli, nadie ya en las mesas, ni un alma, desaparecidos todos los clientes, ya sólo daba vueltas por allí el humo, bogaba bajo los pabilos y el olor a repollo, el rancio, el tabaco de mascar y el alcohol.

Olía que daba asco. Volví a sentarme.

«¡Se mueve», le dije, «tu fanal! ¡Se mueve!»

Oscilaban todos en el techo, los fanales, la sarta... no uno solo... todos... así, en las bovedillas, la cabeza me bogaba también... muy desagradable...

¡No cesaba de parlotear, un palizas, el Prosper!

«¡No te marcharás, Ferdinand! ¡No te marcharás!...»

«¡No me jodas!», le respondí. «Oye, ¡no me jodas!»

No podía levantarme... un malestar...

«¡No te marcharás hoy!»

¡La idea de aquel cabezón!

Yo también era obstinado.

«¡Que sí! ¡Que sí! ¡tontín!»

«¡Mira, mira!», fue y me dijo... «¡Mira bien!... No has visto lo más bonito... No has mirado bien...»

Al rincón me señalaba, allí, en la obscuridad, al fondo de todo... Yo no veía nasti.

«¡Que sí!... ¡Que sí!... ¡Busca!»

Abrí los ojos como platos... ¡Ah! ¡sí, ahí!... ¡Eso, ahí!... el sombrero... las plumas... brazos cruzados... era alguien durmiendo... sobre la mesa...

«A ver, ¿qué?», pregunté.

Llamó:

«¡Delphine! ¡Eh!... ¡Delphine!...»

El bulto se movió... el chapiri... ¡Era ella! ¡Era ella! ¡El peinado! Se frotó los ojos. Miraba a ver de dónde venía...

«¡Delphine! ¡Delphine! ¡Somos nosotros! ¡un besito!»

Yo soy afectuoso. No tenía motivos para jugar al escondite.

«Ah! *darling!* Ah! *Treasure!*»

Se abalanzó... la falda, arrastraba, se la recogió. ¡Ahí estaba!... Me echó los brazos al cuello...

«*I knew darling! I knew!* ¡Sabía que vendrías!»

Eso era asombroso...

«*How did you know?*»

Quería informarme... ¿Cómo lo había sabido?

«¡Oh! ¡por aquí! ¡por allá!»

«Conque cotilleando, ¡eh, ricura!»

Estaba claro, era la chaladura... Misterios y medias verdades... ¡Incluso esa vieja pelandusca! Con acertijos... ¡con dengues!...

Me asediaron los dos. Se pusieron a hacerlo juntos.

«¡Quédate, anda! ¡Que lo vas a pasar bomba! ¡Y tu nenita también! ¡y tu hermoso pureta! ¡tu fenómeno! ¿Nos deja?»

Estaban de acuerdo en que era un crimen. Ella se apiadó de mí, solemne...

«*Worried young man!* ¡inquieto joven! ¡Oh! ¡huy, huy!»

Quería mimarme, la purí. Era yo su extravío. Me lo clamaba... «*My fancy! My fancy!...*» Volvió a echarme los brazos al cuello. Virginia no era demasiado celosa, ¡por fortuna, Señor mío!... Para empezar, ¡era mi santo! ¡Qué alegría en los corazones! Eso también la exaltaba, a Delphine, que mi santo fuera el día de San Fernando.

«¡*Long life to Ferdinand!* ¡Larga vida! ¡Larga felicidad!»

Yo gozaba. ¡Felicidad! ¡Salud! ¡Fortuna! ¡Todo eso para mí!

También me divertía, lógicamente.

Me tomaba yo bien las bromas.

Estaba animada, la Delphine, ahora que la habían sacado de su sueño. Chillaba estridente, cascada. Debían de oírla desde fuera... Quiso pimplar en seguida, ¡alzar su copa por la Victoria! Hubo que servirle y no poco. Se plantó delante del arcón, vuelta hacia nosotros, con el sombrero ladeado y la falda, arrugada, toda recogida, era la función...

¡Para nosotros! ¡Para nosotros! Estábamos avisados. ¡En nuestro honor! ¡Espectadores de honor! Se dispuso...

«*Honorable Company!*»

¡Atención! ¡canción escogida! ¡Preparación! Unas estancias con la mímica de las *Merry Wives of Windsor*. ¡Y la copa en alto! En seguida fue presa de la pasión, se le puso la boca toda torcida, el ojo izquierdo se le subía hasta el cabello, de la entrega con que entonó la copla.

*Tye on sinful! Fantasy!*

*e on lust and luxury!*

*st is but a bloody fire*<sup>[419]</sup>!

Con un grito se lanzó... con voz demasiado alta... se le rompió, se le descarrió, le dio un acceso... tosió sin poder controlarse... La copa le salpicó por las ventanas de la nariz, de tanto desternillarse... No se molestó... La hicimos volver a sentarse... quería volver a empezar... ¡ah! ¡eso no!... La felicité... Charlamos otro poco más... Yo no quería hacerle preguntas... Aunque tenía muchas ganas... sobre cómo habían ido las cosas después de lo de Van Claben... si había leído los periódicos... si había tenido problemas... cómo había desaparecido... que no se la había vuelto a ver por ninguna parte... y después aparecía ahí... ¡Ah! no me hacía yo a la idea de volver a verla de súbito... me palpitaba de mirarla... se presentaba desde un sueño ahí, tan oportuna... con el velo, los mitones, todo... como si tal cosa... tan excitada, chalada, charlatana... No podía ser el final... Eso me parecía a mí... Me veía soñando despierto... pero es que, de todos modos, era ella sin lugar a dudas... Delphine en afeitado y hueso, desorbitada, vocinglera, todo... ¡no era otra!... Yo no estaba bebido ahora, no había fumado nada... Y, además, Greenwich no quedaba lejos... enfrente... ¡no!... ¡en el mismo lado! dos minutos... ¡joder!...

Volví a mirar ese rostro... blanco, ¡ahí! todo pintado, maquillado... joder, me daba sudor...

«¡Qué carita!», fui y le dije... «¡Qué carita!»

¡Iba yo a gritar! joder... Me dominé... Fue un esfuerzo... Me preguntó quién era Virginia... no la conocía... Tenía yo que presentársela... ¡Y eso que acababa de cantar delante de ella las *Merry Wives!*... ¡Ah! ¡había que ver!... ¡qué atolondrada!

«*Darling! Darling pet!*»

Presenté... ya no había quien se oyera en el local... Había un gentío, llegaban... gritaban como mil... Tuve que desgañitarme para presentar mejor...

«*Mistress Delphine!...*» No me oían... «*Mistress Delphine!*»

Gran reverencia de la artista a la compañía... ¡a la barra! Una presentación con todas las de la ley... Que no se me pasara nada, detallase... el aderezo... las bonitas plumas... el impertinente, ¡todo lo clásico! La artista que había sido... ¡que era aún! *Goddam!* ¡que dijera yo todo bien! que explicase, tradujera para Sosthène... Éste no comprendía, atontado.

«¡Delphine Vane! ¡Sosthène! *Artist!*»

Me corrigió, se molestó:

«*Yes you said bubble*<sup>[420]</sup>... *Artist... certainly! comedian! Many parts young man! Many souls! and some!*»

Le parecía yo frío.

«¡Numerosos papeles, joven! ¡Numerosas almas y otras más!»

De repente, ¡el recochineo! ¡Bramidos!... ¡en todas las mesas hasta el fondo!...

Ya sólo con el chapiri, los dos velos, las plumas de avestruz amarillas y rojas, el impertinente, ¡era como para reírse, incluso en Londres!...

Además, desafiaba, me los ponía verdes...

«*Asses! Asses! despisable asses!* ¡despreciables asnos!»

¡Rang!... ¡Bamg!... ¡Banf!... ¡De repente unas explosiones fuera! ¡En el preciso momento! Por todo el cielo, al parecer... el suelo temblaba... ¡Bang! ¡Bang! Por encima de Poplar bombardeaban<sup>[421]</sup>... Todo saltaba, la queli, las mesas, todo... Ráfagas furiosas... ¿los zepelines?... Aún no se veía... se reflejaba rojo en todo el cielo y el agua... el chapoteo... la noche se encendía... los reflectores... se oía la campana de los bomberos a galope tendido... su marmita contra el fuego que pasaba... se lanzaban en la noche... toda la ribera de enfrente se reflejaba roja...

¡Patapum!... ¡Pflac!... Otra tunda... por todas las nubes atronaba... No era pavoroso, siniestro, más bien feria, ¡y patapum!... ¡fuegos artificiales!...

«Hurray! ¡Hurray!»

Crepitaban secos... estallaban fuerte, era la bacanal de los truenos... Delphine se entusiasmó:

«Hurray!... Hurray!... Celebration!... Long live Mary!...<sup>[422]</sup> Long live the King!»

Saltaba, brincaba, cogió su chapiri, los velos, quería alborotar... Hizo tres brindis por la salud del rey Jorge...

¡Agua! ¡el comisario del río! el de la policía de la parte alta. No lo habíamos visto acercarse, demasiado ocupados con las candelas... Se dirigió a nosotros... salió de una lancha.

«Gentlemen! Gentleman! a child is lost!... ¡Un niño perdido!...»

Lo buscaba.

Nos barrió con su linterna...

«No Sir!... No Sir!...» todos a la vez.

«Good!...» ¡Bien!...

«Good night!»

Desapareció.

La verdad es que era admirable el follón en el cenit, ¡con grandes *badabum* en todos los sentidos de la atmósfera!... cestos de flores de fuego por encima de la ciudad, con tallos deslumbrantes, follajes azules, amarillos, rojos...

¡Ah! ¡sabían hacerlo espléndido! ¡Ah! ¡bien distinto que en la chingaripén! Estallaba en las estrellas, rayaba, fulminaba en los cielos! ¡No te reventaba en los huevos! ¡Se contemplaba con placer! Ni siquiera se veía bastante bien por los pequeños cristales de la queli. Se salieron incluso todos para mejor admirar los efectos.

Cogí a Sosthène por banda, era el momento... Me lancé...

«¡Oye! ¡chiflado! llevo retraso... ¡el barco parte! *Eight fifteen.*»

«¡Ah! ¡cacho cabrón!» Hablaba a puros gritos. «¿No irás a dejar plantada a la nena?... ¿No irás a hacer eso?»

«¿Y tú?», respondí. «¿Es que no estás tú ahí, desgraciado? ¿Acaso no puedes ocuparte tú de ella? ¿Tomarte la molestia por casualidad? ¡Mientras yo me las apaño por vosotros!... ¿voy preparándolo allí? ¿No puedes entretener al tío? ¿No puedes

ayudar?... Anda, no jodas, ¿eh? ¡so vago!...»

Me ponía una jeró, unas muecas, se contoneaba.

«¡Ah! ¡hay que ver!... ¡ah! ¡vamos, hombre!...»

¡Terco! Le parecía yo un guarro por marcharme, ¡un descastado, un mierda! No quería quedarse en Londres. Quería marcharse al mismo tiempo, en seguida... no esperar... Ya conocía América... Se las iba a apañar aún mejor que yo... Era su opinión...

«Eres demasiado viejo, chico... demasiado viejo...»

Me mandaba a tomar por culo.

«¡Quédate tú con ella! ¡Es tu papel! ¡está encinta! ¡Tú lo has dicho!...»

Reproches ahora... Tenía yo que vociferar... Los bombardeos eran tan fuertes fuera, que ya no nos oíamos. Estallaban, petardeaban por encima de Kingway, Brompton, Millbridge... más lejos aún... hacia Newport<sup>[423]</sup>... todo el cielo en cohetes, ráfagas, ramilletes pantes por doquier, todos los ecos reventados, bramantes, reflejos de fuego en todos los cristales.

Era la caza a los zepelines, todo el mundo estaba de mala hostia delante de la puerta, se ponían a parir todos en la ribera, que si eran más bien aviones, los «taubes<sup>[424]</sup>» de la época. ¡Los alemanes habían anunciado que iban a pulverizar Londres! Estaba por ver. La clientela no tenía miedo, quería estar en los primeros palcos.

Salí con la nena. Espectáculo apasionante, había que reconocerlo... Ya habían hecho apuestas... Jugaban a todo los descargadores... ¡El primero que viera el zepelín! ¡La ronda para el primer vidente! Los reflectores fallaban... lanzaban unos ¡Ah! ¡Aha!, porque no pescaban nada... la multitud despechada... andanadas de pitos... ¡Abucheo a la candela!... Se les embrollaban los pinceles, no era serio... De repente, se oyeron unos ¡Oah! ¡Oah!... Yo creía que habían visto algo... pero ¡qué va!... Eran más personas, gente en la ribera... que llegaban del fondo... ¡llamadas!

Prospero el que gritaba más fuerte:

«¡Por aquí!... ¡Ohé! ¡Ohé! ¡Por aquí!...»

Y después para mí:

«¡Ferdinand! ¡Ferdine!»

«¿Qué hay?»

«¡Ohé! ¡Ohé!» Muchos clamores así, entre los cañonazos. Los que llegaban respondían ¡Ooah! ¡Ooah! ¡Chicos alegres!... Concurso de jaleo... a ver quién se hacía oír más... ¡Baúm! ¡Baúm! ¡Ooah! ¡Ooah! de la tierra al cielo. Un cachondeo que para qué. Me habría gustado ver las caras de aquellos recién llegados... que acudían tan tarde... Por las que tanto gritaban todos...

«¡Ohé! ¡Ohé! ¡colegas!... *Here! Here!* ¡Venid a que os demos un besito!...»

Se reían, tropezaban, andaban a tientas... se atrapaban por todos lados... renegaban... besitos... Me parecía bien... andaba también yo a tientas... me llamaron... mi nombre... Pregunté al final... No reconocía las caras con los



relámpagos de arriba... ¡Joder!

«¡Viva Ferdinand! ¡Viva Ferdinand!»

Gritó uno...

«¡Eso! ¡Eso!...»

Era un pitote... presté atención... Busqué a Virginia... la volví a encontrar... no quería separarme de ella...

«¡Eso! ¡Eso! ¡Ohep! ¡Ohep!»

Una afluencia que llenaba la orilla... habían salido todos los clientes, se sentaban a la buena de Dios, unos sobre los otros... Tanteé a las personas... Todo el mundo se cachondeaba... ¡Ah! pero ya reconocía...

«¡Es Renée!... ¡Ah! oye, ¿y ahí?... ¡Es Finette!... ¡Ah! pero ¡todo el picadero! ...»

¡Todas las mujeres! ¡y la veterana Angèle! Menudo cómo se divertían con el culo en el suelo así, empujándose por las piedras, eran unas chinorris, se desternillaban, unas locas... Yo me enredaba entre ellas... ya no me orientaba... ¿Dónde estaría Cascade? ¡Todo el *Leicester*! ¡La salida! ¡la juerga! ¡Las locas sueltas! Me felicitaban, ¡eso desde luego!

¡Ellos me localizaban a tientas!

«¡Aquí estás, fuguilla! ¡mal chaval! ¡Meón! ¡Locatis!»

Me toqueteaban, me derribaban... Se me subían todas encima, me pisoteaban, así, en broma, sobre las piedras... Yo berreaba, ¡pedía piedad!

«¡Tu santo, Ferdinand! ¡Tu santo!»

No debía oponer resistencia, se me habrían jalado, furias chungueantes.

«¡Tu santo! ¡Tu santo!...»

Estaban exaltadas... Habían venido a propósito de allá, del centro, para felicitarme, en coro, todo el picadero, las chinorris y las purís. Una tirada en autobús y después a pasitrote, ¡con tacones como agujas y por las piedras!

¡A propósito por mí!...

El bombardeo las divertía, se tronchaban con ganas al ver los ramilletes, pero, de todos modos, había trozos de metralla... un auténtico granizo a nuestro alrededor... rebotaban en las piedras...

«¡Me ha dado en un ojo!», fue y gritó Bigudí.

¡No era cierto!... Aun así, daba miedo... Todo el mundo volvió a entrar... Allí, con los fanales de la cantina, les vi las caras, no los reconocí a todos... El pequeño Néstor parpadeaba, estaba deslumbrado... Bigudí estaba de mala uva, se había torcido completamente un pie... El Matamoscas no quería ayudarla, la puso a parir más bien. Se atropellaban todos en la puerta, las chavalas se acariciaban, estaban como piradas, el bombardeo las ponía nerviosas... Querían jugar en seguida a la gallina ciega con los marineros, les vendaban los ojos... Y, en seguida, el magreo... Habían venido a pie por la ribera, una caminata desde el metro de Wapping... Se descalzaron, les ardían los pies. Presenté a Virginia.

«No te molestes», me respondieron. «Ya la conocemos a tu monina.»

Bigudí lo había largado todo con mil detalles sobre el encuentro de la otra vez. Que si era hermosa, mi niña... sus bonitas pantorrillas, sus bellos ojos, todo... que si yo era un tontarra... opinión unánime... un bruto... un patán...

¡*Badabum!*... vuelta a empezar fuera... se reanudó cosa mala... volvimos al umbral, no había que perderse nada... Las idas y venidas... las risas locas...

«¡Poëp! ¡Poëp! ¡Hu! ¡Hu!»

Bigudí ululó... Llamó en la obscuridad... Aún había otros que llegaban del fondo... de hacia la esclusa... el resto de la banda... Todo el *Leicester* estaba anunciado... también Gertrude, la Veleta, Carmen... Se habían metido por Tower Bridge... Habían querido ver el incendio... llegaron por fin. Cascade no venía con ellas... Iba a venir un poco más tarde... No se paseaba con las mujeres, se reunía con ellas en un lugar... en el bar o en las carreras... pero nunca en la calle juntos. Eran los usos... Hablamos de él, lógicamente, de lo que pensaba de mi conducta...

«¡Lo echo de menos a ese chaval! ¡Lo echo de menos! ¡Estoy seguro de que estará haciendo gilipolleces!...» Sus propias palabras.

«¡Ah! ¡ya puedes estar seguro de que le caes bien! Otro que hubiera hecho la centésima parte, ¡no veas qué serenata iba a recibir! ¡ay de tus huesos!»

¿Cómo había ido la cosa desde mi marcha? ¿La pasma? ¿Matthew? ¿Habrían preguntado por mí tal vez?

Sí, al parecer... un poquito... ¿y los hombres en la brea?... ¿Había noticias de ellos? Sí, tres muertos... Los otros con buena salud... ¿Y las señoras?... ¿Rirette y demás?... ¿serias? ¿emperifolladas?... Pura y simple pereza... pero que muy bordes... los chorchis las hacían beber demasiado... se emborrachaban, una vergüenza... para hacerlas salir de la piltra, la que había que armar... a las cuatro de la tarde... Con el macarrón lejos, ni pizca de conciencia... en la cena seguían roncando... Ya es que era un asco al final... Ya podía jurar, amenazar, echar chispas Angèle... una insubordinación chulángana... Con el macarrón lejos, ya no respetaban... Cascade hacía lo posible, pero no quería canearlas... ¡las tenía sólo en depósito! abusaban de su palabra... Estaban tan curdelas los sábados, que ponían perdidos los pasillos de vomitonas... Ya sólo vivían de whisky, de éter incluso la Nénette... Le daba incluso de beber a su perro... Hasta el vicio se les había pasado... se quedaban dormidas... Todo ello por la pena, al parecer, por el fastidio de esperar noticias...

¡La guerra! ¡La guerra! ¡siempre la guerra! Ya sólo el *badabum* las despertaba un poquito... tenía que atronar y terrible, sacudir el cielo y la tierra, para abrirles un poco los acáis... Es floja una puta sin su maromo.

Debía de ser una bombardería de aúpa, a juzgar por la alerta...

Estaba anunciada...

Debían de ser por lo menos doce zepelines, según las habladurías... pero seguían sin verse... tan sólo una granizada de trozos de metralla... que rebotaba con ganas en

el tejado, toda la queli se bamboleaba, temblaba...

Todo el mundo pimplaba a mi salud, y también de los ausentes, los presentes, las señoras, de Miss Virginia, del chino... Fui enterándome de las noticias en detalle hablando con uno tras otro... los que habían caído en Flandes, Raymond el Percales... Bobby Droga... y también Lulu el Fallas en los Vosgos... Carmen era la más cotilla, menos borracha, menos gilipuetas que las otras, gozaba con los chismes...

Por un momento volvieron los porrazos... vuelta a sacudir la puerta un poco... unos piantes... otra tanda... Unas desgredadas... chavalas de Mario, cinco o seis que acudían también por mi santo... Una panda... Ahora, que curdelas de verdad, como cubas... Vi a Bigudí lanzarse hacia ellas, besarlas a todas en plena boca... efusiones inacabables. Dédé también, el Acordeón, estaba en la panda, se subió en seguida a la mesa, se instaló, nos tocó *La Marsellesa* al son del cañón... e inmediatamente después *El Danubio*... el vals... el precioso... ¡con el corazón!...

«¡Con el corazón! ¡Con el corazón! ¡Bailad el vals! ¡Con el corazón!»

Invitaba...

Yo no quería bailar el vals ni nada... quería largarme... ¡Con el corazón por los cojones! En primer lugar, ¿cómo es que habían venido? ¿me habían encontrado? Se lo pregunté de nuevo a la Joconde, no quiso responderme.

«¡Misterio! ¡Misterio! ¡Pues a la mierda! ¡Me voy, amigos! ¡Pitando! Me llevo a Virginia, ¡miradlo bien! ¡A Virginia, a la que quiero!»

Categorico.

Entonces se rebelaron, ¡un follón! ¡un pitote espantoso! ¡No querían en modo alguno!... Un jaleo que cubría la música, el acordeón, el cañón fuera, las sirenas, la alarma de la dársena. ¡No querían! ¡en absoluto! Me agarraron... Volvieron a sentarme a la fuerza... ¡Ah! volví al montón... les di ganchos, con la izquierda que me quedaba, me hicieron la llave en el cuello, me derribaron. Me mantuvieron en el suelo entre tres, cuatro... Todo eso por la alegría de volver a verse... Estaba yo indignado delante de Virginia... Me solté... los puse verdes...

«Pero ¡si es que te habíamos perdido, capullo!»

Debía yo entender que era el afecto. ¡Yo no quería hablar más! Dédé el Tratos, que era chungón, quiso vacilar un poco con los marineros, trepó a la mesa, se puso a bailar una giga... No les gustó nada...

«*Froggy jump!* Franchute, ¡date el piro!»

Estaban admirando el cañoneo, ¡no querían que los distrajeran! Pero uno de ellos, el alto y flaco, se excitó...

«*Go on Dédé!... Go on me love! Love with you Dédé! Boum! Boum! Love with you!*»

Se levantó de su banco... Titubeó... Quería cogerlo de los alares... Quería abrazarlo al Dédé... Era un mariconazo, seguro...

¡*Ping!* ¡*Bing!* ¡*Bang!*... ¡En toda la jeta, entonces! ¡le caían como granizo! ¡Sus

troncos le dieron un palizón! Se desplomó. Sangrando. Volvió a sentarse, llorando, se enjugó, chorreaba por toda la mesa, echó una vomitona muy roja, se lo llevaron...

El drama continuaba fuera... Toda la atmósfera ardía... pasaban los bomberos pitando, a todo correr... se los oía najar por la ribera de enfrente... se lanzaban hacia los incendios... Debía de arder con fuerza en Wapping... Era un ataque en serio, la verdad, y no sólo ruido, ejercicio...

Otra voz me reclamaba... desde el fondo de la queli...

«¿Dónde está ese artista?... ¿Dónde está ese amor?»

Bigudí me buscaba. Se quedaba ronca. Una voz áspera, ¡enferma de las cuerdas! «¡Estoy enferma de las cuerdas!» Su motivo de orgullo. «¡Desde mi primera comunión!» Se daba golpecitos en el pecho... ¡Aaarh! ¡aaarh! tosiendo... como un perro que se asfixiara... Lo probaba...

«El chasis, ¡no veas! ¡Desde mi primera comunión!... ¡Cogí frío en la iglesia! ¡En el Sacré-Coeur de Montmartre! ¡Nunca me lo he curado!»

«¡Artista! ¡Artista! ¿Dónde estás?»

Iba a tientas en la obscuridad. Chocaba. Yo quería evitarla... Me di de bruces con ella...

«¡Aquí estás, amor!»

Había dado tres veces la vuelta en torno al local... Quería que volviéramos a la taberna, la nena también...

«*You are pretty Miss Virginia! You are pretty darling wonder!*»

Admiraba a Virginia bajo la lámpara colgante. La tenía cogida de los hombros, delante de ella, así, muy tiernamente.

Todos los clientes y las chavalas estaban fuera berreando ante cada trueno.

«*Hello boy! Hit him! Bang!*»

Animaban. Seguían la lucha en las nubes... Las ráfagas sacudían la queli, temblaba por todas las juntas, era un bombardeo tan potente, que la ribera bailaba. Bigudí se lo estaba pasando pipa mirando a Virginia de muy cerca, fijamente a la cara... La traía sin cuidado lo de fuera...

«Es usted bonita», repetía... y después mimosa, «¡Querida, querida!... ¿*you are suffering?*... *Suffering?*»

Me preguntó, con inquietud.

«¿Qué le haces? ¡Está paliducha, la monina! Mal bicho, anda, ¡que eso es lo que eres! ¿Le pegas?»

«¡No, qué voy a pegarle!»

Fuera se detuvo el cañón, ¿se habría acabado la alerta? Los espectadores discutían, parloteaban y después todo se calmó. La ribera se vació, era tarde, el Big Ben dio las tres y media con su *ding-dong*. Tan sólo el chapoteo de la pañí y los rumores de lejos, del puerto, el viento de Tilbury, los barcos que halaban, se llamaban... ¡Ah! Con qué gusto me habría marchado también yo... ¿Tendría aún un minuto?... ¿Estarían aún allí?... Pero me había fatigado demasiado, además de mi

zumbido... la lucha también con aquellas locas... me había dejado molido... y la otra, la Delphine, con sus trolas... ¿Qué debía hacer? Esperar otra media hora, eso fue lo que decidí. Me senté, Bigudí, el Napo enfrente, cara a cara, Dédé a mi lado con dos, tres mujeres. Había que esperar, charlamos... Volvían siempre a lo de las peleas y las agresiones. Sabían la tira, las mujeres, de agresores. Es que eran víctimas, las pobres, desde hacía varias semanas ya, de agresiones extraordinarias, por gamberros increíbles, carteristas con un descaro como no se había visto nunca... Eso fue lo que escuchamos. Que de Bond Street a Tottenham, se llevaban todo corriendo, toda la recaudación, el bolso, los papeles, te pasaban rozando, salían pitando como flechas, no tenías tiempo de advertirlo. Se confundían con la noche. Eso explicaba la desgracia de las muchachas, todo perdido, zumbado, que ya es que volvían peladas de la carrera, después de ocho, diez horas de esfuerzos, desoladas, enfermas, hechas un asco. Aquellos vampiros del bolso... por culpa de la obscuridad.

No picaba Angèle.

«¡Cuentos, guapas! ¡No hay más que veros la cara! ¡Os lo habéis bebido, el parné, y se acabó!»

¡Ah! ¡menudo cómo protestaban! ¡Qué horror! ¡Suponer semejantes crímenes! ¡Qué injuria! ¡Qué sospechas más chungas! ¡Ah! ¡no podían soportarlo! ¡La rebelión de las inocentes! Lloraban, ¡se asfixiaban con los sollozos! ¡Que de verdad que sí, seguro! ¡Estaban todas de acuerdo! ¡Que es que era más que sabido! ¡Los vampiros, los fantasmas! que era la banda de Consuelo, el chulo de las *Madrid Follies*, el chulo de las máquinas tragaperras... No hacía falta cavilar, buscarle tres pies al gato. ¡Él era el autor de esos crímenes! Ya lo habían castigado por montárselo tan mal... Le había costado una oreja hacia 1909... Jean-Jean se la había cortado una noche de Navidad... Jean-Jean el Parisino ajustaba todas sus cuentas la noche de Navidad...

Bigudí lo había visto todo eso. Bien que podía hablar de recuerdos ella... Veintidós años llevaba en Londres... «mi primer aborto...» los desgranaba... «podría tener una hija inglesa, ¡mira tú! ¡mayor que la tuya!...» ¡Un beso a Virginia!... «*Pretty Miss!*»

Eran recuerdos deshilvanados... le venían como hipos...

«¡En aquella época!... ¡*uaq!*... ¡los hombres eran respetados!... ¡*uaq!*... sus mujeres también... ¡*uaq!*... ¡por las aceras de Londres! y el trabajo, ¡ya lo creo! ¡*uaq!* ¡No se iban a la guerra a que les dieran por culo! ¡*uaq!*»

Pero Angèle no estaba tan conforme, no se tragaba esas tonterías, fantasmas, vampiros, etcétera. Todo eso eran puros cuentos para ella... invenciones de unas indecentes, chavalas mentirosas, depravadas, que habían perdido la conciencia, ¡se soplaban todo el bolso en la taberna!

¡Ah! Entonces no veas qué agonía... «¡Cacho zorra! ¡asquerosa! ¡horrorosa!» ¡podía decir lo que quisiera esa idiota! ¡mentirosa! ¡Ah! ¡menudo! ¡qué hiel! ¡puras mentiras soltaba por la mui!

¡Nos reventábamos de risa! ¡nos asfixiábamos!

«¡Ah! ¡será puta! ¡Y una mierda!...»

Virginia no entendía todo... Era demasiada jerga para ella... Pero se divertía igual... ¡con ganas!... ya no quería dormir... Le resultaba curiosa toda aquella pajarera alborotada... Era más divertido que en casa de su tío...

Prosiguió Bigudí:

«Oye, está paliducha, tu nena...»

«¿Y a ti qué te importa?»

«¡Pues claro que me importa, gamberro! ¡Pues claro que sí!... ¡Qué fina es tu chorbata!... Anda, ¿me la dejas?... ¡Hale, largo!... ¡para América!...»

Me echaba.

¡Ah! ¡qué gracia tenía! ¡Las putas se meaban de verme tan tontorrón! ¡que si iba a casar a mi nena con Bigudí! ¡partir de grumete!... ¡solito!...

*vent te pousse...*

*petit mousse*<sup>[425]</sup>...

¡En coro todo el mundo!... ¡todo el café, las mesas, la barra! ¡incluso Sosthène! ¡incluso la veterana Angèle!...

Se desternillan con facilidad las lumiascas en panda... se ríen por una cosita de nada... una mosca que se ahoga y les da un ataque... lo que ponía fea la cosa, vamos, era que mi niña, tan tierna, de carita tan fina, se divertiera con las mismas ganas... una locuela como las otras... de los peores vaciles bobales, idiotas. Nunca la había visto yo divertirse con tanto gusto... con los peores juegos de palabras gilipollescos... de todo y de nada... de mí también, en definitiva... jeta de pim pam pum con mi manía de viajar, ¡mi ataque de cocinero de Larga Travesía!

Con eso ya es que se morían, de lo payaso que les parecía... ¡Cosa fina! ¡una enfermedad! ¡La diversión de las chavalas!

«¡Tienes fuego en el culo! ¡sopla! ¡No te ahogues! ¡Que estás bien aquí, capullo! ...»

Así opinaban... La tomaron con Virginia.

«¿No la llevas a la escuela? ¡Te la quitarán! ¡Mira que calcetines!...»

Fueron a palparle las pantorrillas...

«Danos tu chorba... ¡Dánosla! Que a ti no te sirve... ¡Te largas pitando!»

Entonces se abalanzaron sobre Virginia, la cubrieron de chupendis.

Bigudí no quería, echaba chispas.

«¡Fuera! ¡Fuera! ¡sátiras!...»

«¡Buuuu! ¡Buuuu! ¡Abuela! ¡A la mierda, barbuda! ¡Es nuestra! ¡nuestra, la ja! ¡Caperucita roja!»

Y venga efusiones, ¡besitos por un tubo! ¡Todo el mundo besaba a mi cielito! Prospero también le daba chupendis, decía que era su primita.

Sosthène le enviaba besos por encima de la mesa. Ya es que no podía moverse.

No había rechazado ni una sola copa, había soplado todas las veces. Él, hombre de lo más sobrio, estaba para el arrastre, quieto parado en el sitio... Tan sólo podía levantar la copa, para que volvieran a servirle... y después sonrisas en derredor... Prosper abrió otro *brandy*... lo vertió entero en el vino caliente, el barreño, más luego ginebra y, además, una corteza de limón... «Es el *punch* extra del *Moor and Cheese*.» Nos anunció... Como para derribar a un regimiento. Yo hacía como que bebía... pero no bebía... Me daba demasiado dolor de cabeza... tenía motivo precisamente... bastante desvariaba ya... El caso es que no cesaban los *gluglús*... Se me ocurrió preguntarme... ¿y la nota? me entró el canguelo súbito... Avisé a Prosper...

«¡Atención! ¡este cura no tiene ni un *penny*!...»

«¡No te preocupes!», me respondió...

«¡Muy bien! ¡Muy bien!...»

No insistí.

Al fin y al cabo, era legítimo... ¡Ya había pagado yo, qué leche! ¡bien podían! ¡Me hacían los honores! ¡era lógico! ¡con mi santo o sin él! ¡Era mutilado en un 80 por ciento! ¡Tal vez no se diesen cuenta! ¡Pues ya era hora!

Un orgullo.

Pero ¿mi santo? ¡Yo es que ya no comprendía!...

Se embrollaba... Volví a preguntar...

«¿Y mi santo, Prosper?»

«¡Vacía tu copa! Hablas con la boca llena...»

No valía la pena que insistiera yo. Se cachondeaban al instante como locos.

«¡Una canción!», ¡cómo me jorobaban! «¡Canción! *Sing! Sing!* ¡Bis! ¡Bis! ¡Bis!  
¡Canta, Ferdine! ¡o paga! ¡Hostias!...»

¡Qué maldad!

En seguida me zafé... Les lancé...

*us hermosos ojos!...*

de mi repertorio en el 12.º...

tes, ¡las horas son bre... e... ves<sup>[426]</sup>!

etcétera... y después, en seguida

*iry Queen...*

a petición general, en inglés... el éxito de Gaby Deslys<sup>[427]</sup>, la estrella del *Empire* en aquel momento...

Me aplaudieron ruidosamente, sobre todo por mi acento, era yo bueno para las

imitaciones.

¡Ahora Virginia! ¡su turno!

«¡Vamos Miss! *in french! in french!*»

Se reía tanto, Virginia, que no podía cantar... Se divertía con locura con aquellas personas. El vino caliente la excitaba. No estaba acostumbrada. Al cabo de un momento, le volvió la voz, de todos modos.

«*In french! In french!...*»

¡Una canción para voz, por favor!...

*Hirondelle!*

con toda clase de matices, de rodeos, de hermosos retornos, de vuelos y cascadas de trinos... tan graciosa con la canción como con las sonrisas y las risas... de perlas todo...

¡*Revenez-nous Hirondelle*<sup>[428]</sup>!

¡Qué triunfo! ¡Las señoras se la bebían con los ojos! «Dios mío, ¡qué mona es!»

«¡Ya lo creo! un ángel...»

Bigú, la más loca...

«¡Un ángel!... ¡Una voz del cielo!...»

¡El éxtasis!

La única que no tragaba era Delphine, no le gustaba la canción, ni la monina, ni nada de nada... Se puso de morros, las pió, gritó, trepó sobre la mesa, entonó:

¡*a long way to Tipperary*<sup>[429]</sup>...

La agarraron... a la interruptora... la echaron... En aquel preciso momento volvió el jaleo, el follón en la puerta... unos fulanos llamaban a porrazos... Prospero saltó a la mirilla... Gente que preguntaba:

«¿Están ahí?»

Reconocí una voz... ¡Cascade!

Entonces unos gritos por todo el local... ¡Todas las nenas chillando! «¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Eh!» ¡La alegría en el tascucio! ¡Lo contentos que estaban de volver a verse!

«¡Ahí está! ¡Ahí está!», gritaban las chicas...

A mí se referían...

«¡Ah! ¡muy bien! ¡Ah! ¡muy bien! el artista...»

Comprendí ahí al instante... me lo sospechaba... La jugada... la emboscada... ¡Muy chungo! ¡Para mí todo aquel camelo! ¡Qué historia! ¡El día de San Fernando!



¡y demás! ¡La molestia que se habían tomado! ¡Distracción para un gilipollas como yo! ¡Deberíamos habernos dado el piro! ¡al alba! ¡volando!... ¡La primera idea es la buena!... Nos habíamos dejado pillar con las caricias... Debían de haber traído a los maderos... No los veía yo aún... Eso era lo que me olía... ¡La danza del escarpelo!... «¡Venganza!», ¡se habían dicho!... «¡Ferdinand nos tanguela!» ¡Y zas! ¡Nos habíamos presentado como unos primavera! ¡Chupadito! ¡Como coger margaritas! ¡Ah ¡me cago en la leche! Me sobresalté, ¡afroché!...

«¡Volvemos a vernos, Ferdine!»

Lo vi venir... el chapiri gris... el mechón engominado...

«¡A ver! ¿Qué quieres?» Pregunté...

«Pues nada, muchacho, ¡nada de nada!...»

Parecía muy sorprendido de que yo estuviera así, ¡inquieta, brutal!

«¿Estás enfermo?»... me preguntó... «¿Estás enfermo? ¿No te alegra que volvamos a vernos?... siéntate, hombre... ¡siéntate!...»

Estaba tranquilo.

No tuve valor para piarlas.

«Al parecer, ¡el señor está de visita por Londres!»

Fue él el que atacó... Echó una mirada al banco... hacia Sosthène... una sonrisita a Virginia...

Las chicas, por su parte, lanzaban risitas ahogadas, estaban en la gloria... al verlo tratarme como a un chava... un histérico...

Entonces Prosper cargó las tintas... dio detalles...

«Por desgracia, ¡no sabes todo Cascade! ¡El señor se va! ¡El señor sale de viaje! ... ¡El señor nos tiene ya muy vistos a todos!... ¡Ésa es la noticia! ¡Ah! ¡Ya era hora! *Oltramare*<sup>[430]</sup>! ¡América! ¡con la periquita! ¡y aquí, el Sr. Sosthène! ¡una expedición!...»

«¡Oh! ¡huy, huy! Ferdinand, ¡tan deprisa! ¿Así, sin equipaje? ¿Sin despedidas?»

Le asombraba yo a Cascade. Se echó hacia atrás el chapiri, un papirotazo... se atusó el cabello, sin dejar de mirarme...

Yo también lo miraba...

Debía de hacer unos cuatro meses que había yo abandonado el *Leicester*... Había envejecido, Cascade, el mechón se le había vuelto grisáceo, el caracol, la gomina... Toda su cara se había ennegrecido... las patas de gallo... se había chupado, así, ¡toc!, una gran fatiga... Incluso su cruz de los «Bat», su tatuaje en la comisura del párpado, se había sombreado...

Meneó un poco así, la jeró... se cachondeó solo y después se detuvo... se pasó la mano por la cara como para disiparse una preocupación... volvió a ponerse soñador...

«Entonces, chaval, ¿haces la peltreva?»

Arrastrando la sílaba acentuada.

«¡Qué ocurrencias tienes!»

Miró a Virginia...

«¿La gachí?»

La contempló...

«¡Vaya! ¡Vaya! ¡oye, chavalín!... ¡Qué veo!... ¡Es mona! ¡Muy mona!...»

Apareció.

«¿Por qué no la enseñas? ¡Yo las enseño, a mis señoras!»

Se cachondeaba... ¡Ah! eso no se podía negar...

Sus señoras reventaban de risa, se asfixiaban, gemían... ya es que no sabían qué hacer...

¡Ah! ¡la gracia que tenía yo!... ¡Ah! ¡de verdad! ¡Ah! ¡inaudito era yo!...

No sabía yo por qué...

La única que no se divertía era Delphine, sorbía su grog despacito, terca, refunfuñando así, por lo bajines, lacrimosa... Otro trago de ron se echó... Estaba aún más pintada, maquillada, que la Bigudí... Al llorar, se le derretía... se le abigarraba... las mejillas cubiertas de regueros azules y rojos... Se levantó, se fue a otra mesa... ya es que no podía oír a aquella gente... se cubrió la cabeza con los mitones... se acurrucó... sollozando... unos sollozos tremendos... fastidiaba a todo el mundo... lloraba, era espantoso...

El enfurruñamiento...

«¿Qué pasa, Delphine?»

Nada respondió.

Me pidieron a mí que volviera a cantar.

No tenía yo inconveniente, pero ¡iba a ser *Petit Mousse!*...

Me pusieron a parir entonces, no querían... Conque, ¡me enfadé! Querían que fuera sobre el amor... Me negué...

Fue Cascade el que lo hizo... Ya estaba como una rosa otra vez. Había sido tan sólo un momento de cansancio...

*um! Pou! Pou! Poum!*

*ici Monsieur le Maire!*

*ois pas en avant!*

*ois pas en arrière*<sup>[431]</sup>!

Un cachondeo... Estaba más alegre sentado que de pie... Era el corazón, más adelante me enteré, la edad. Le daba mala cara...

Comenzaba con el estribillo:

*ois pas en avant!*

¡Y la imitación del trombón!... El que se equivocaba pagaba multa... Tres copas

seguidas... ¡Había alegres quiproquos! ¿Partía yo o no partía? Un borracho quería saberlo... Vino a resoplarme en la nariz...

«*Going? Going lad?*»

La Bigudí se puso a ello también... una canción suya...

*Donnez-moi votre fille  
à tronille!...*

Y después el estribillo a grito pelado...

*Donnez-moi! Donnez-moi!  
votre fille...  
en suis fou...  
Madame Cantaloup!...  
Ooû! Ooû! Ooû!*<sup>[432]</sup>

Marcando el compás fuerte con los pies.

«¡Está bien aquí! ¡Aquí se queda!»

¡Eso es lo que se había decidido! Mi suerte entre bastidores... Cascade era el más categórico...

«¡No se irá!...»

Era descaro en un sentido... pero la intención era amable...

«¡El Sr. Sosthène también se nos queda! ¿Verdad que la cosa pita, señor Sosthène?»

El Sr. Sosthène de momento veía doble, farfullaba... Jugaba a cruzarse las manos con la Joconde... ¡Se veían con diez o doce!... Y después se endiñaban sus buenos guantazos... uno tras otro, en broma... ¡Pflac! ¡Pflac! ¡Pflac! ¡Estaban de lo más a gusto! El *marinero* de *La Reale* tenía ganas de una *matchiche*<sup>[433]</sup>... conque enlazó a la Mimi, la hizo saltar con magreos, pero Prosper quería ponerle fin... cerrar su despacho... había pasado la hora, al parecer. Hector puso en marcha el fonógrafo, pese a su prohibición... uno de campanilla<sup>[434]</sup>, ¡una carraca atroz!... Prosper no quería ya que moviéramos el esqueleto... ¡que cesara todo al instante!

¡Bram! ¡Bra! sonaron los postigos... ¡Otra vez los policías! ¡Suerte que no eran los de verdad!... eran sólo los guardas jurados de al lado, de la dársena de Poplar...

Los hicieron pasar... No tenían mala leche éstos... sólo, que siempre sedientos, ¡auténticas esponjas!... Era su turno de guardia, venían a ver por qué se cantaba... se sentaron entre las señoras... ¡Cascade contó la historia de Jérôme el Piernas! que se había apostado una de sus chavalas así, por fardar, a que cruzaba el *Crystal Palace* por el tejado sin romper nada... Era una proeza prodigiosa, ¡daos cuenta bien! a cuarenta y siete metros de altura... cruzar así toda la vidriera en equilibrio sobre las

mínimas juntas de hierro<sup>[435]</sup>... como si dijéramos, andar por el aire... ¡como para la Tara-Tohé!... en una palabra, ¡un milagro!... Todo el mundo había acudido a verlo el día anunciado, todo el *Leicester*, toda la *Royale*... ¡Estando allá arriba! ¡la jindama! Le hizo presa, ¡fflof! ¡Un pingajo! ¡Se rajó!... ¡Hizo señas de que volvía a bajar!... que no insistía... ¡Ah! ¡menuda entonces la que se armó!... «¡Maricón! ¡Chorra! ¡Cantamañanas! ¡Malqueda y fantasmón!» ¡Querían su muerte! ¡Resonaba bajo las vidrieras! ¡colmaban el *Crystal* los chillidos! ¡Había salvado la piel por los pelos del linchamiento! De naja se había escapado, había vuelto a pasar por el Tribunal Militar... No habían vuelto a verlo nunca, de vergüenza, en parte alguna... ¡Derecho para América! ¡Perdido!... ¡borrado!... Ésa era la historia de Jérôme...

«Lo tuyo no es igual, chico, ¡tú no tienes motivos para abrirte!»

Las mujeres se reían aún de la jeta que ponía allá arriba el Jérôme en el *Crystal Palace*! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Burla burlando con buen humor, me dieron por fin noticias de casi todo el mundo... del *Monico*... de donde Víctor... de *L'Aztèque*... ¡en el Soho!... en fin, de todas las quelis de amigos... de la *Tour Eiffel*... en todas había habido quienes se habían marchado, mujeres por ahí abandonadas... el consulado hacía llamamientos... «¡Todo el mundo te llama!» Era la consigna. Me lo veía yo venir...

«Mira, ¿ves qué armonía?...»

¡Se pitorreaba!... Me mostró a Angèle y la Joconde bebiendo en la misma copa...

«¿Ves?... ya ni una palabra agria... ¡Reconciliadas!... Si vuelven a regañar, les dije: “¡Me alisto al instante! Pero ¡seguro, vamos!” ¿Has visto el efecto?... ¡palomitas! ¡No vacilaría yo!... ¡Avisé! ¡Guerra o paz! ¡No quería que me tocaran los cojones más!... ¡Ya conoces mis sentimientos!... El ruido me pone negro... ¿No tenías tú ruido en la cabeza? Me lo dijiste, ¿no? ¿No me lo dijiste?...»

«¡Ah! ¡un poco, claro!... Un poquito...»

No quería quejarme...

Volvió a hablarme de la guerra... de mis heridas... y también de mi cabeza... Si seguía doliéndome... Era amable conmigo... Volvimos a hablar de las mujeres... Las paces por vía de hecho... ni una palabra más, atravesada...

«Si vuelven a pelear, ¡están avisados!... Me largo, ¡y me alisto!... ¡hago como los otros!... Pero ¡seguro, vamos! ¡a la primera palabra! ¡Ah! ¡no veas entonces qué amor, chaval!... Y no vacilaría yo, ya me conoces... ¡Soy hombre de palabra! Y eso que, ya sabes mis sentimientos... me costaría, ¡eh! me costaría...»

Me miraba atentamente...

«¿Te enturbia a ti el alcohol?»

A él no le hacía nada... Nunca desvariaba por eso... Por lo demás, no abusaba... Coco de hierro... Volvimos a hablar de la guerra... de mis heridas... de mi cabeza... si seguía padeciendo tanto...

«¡Ah! ¡hay que ver! ¡Ah! ¡hay que ver qué maricones!...»

No se le iba de la cabeza esa idea sobre los militares... Le venía al instante, en

cuanto pensaba en ellos. No pasaba...

Se atusó con la palma el mechón y la gomina...

Tenía manos pesadas y duras, pulgar grueso de estrangulador. Era terrible con las manos, más duro que yo, ¡incluso con la izquierda! aun siendo yo bien zurdo... No tenía un rostro avieso, siempre dispuesto más bien a cachondearse, siempre necesitado de diversión... guasas. Londres no lo había entristecido a él... La guerra era lo que no le caía bien... Y después, ¡a tomar por culo! ¡allá películas! ¡hale, venga!... ¡Ya estaba lanzado otra vez! Se calaba el chapiri sobre el mechón, ¡y *hop bum die*<sup>[436]</sup>! ¡adelante!... ¡El primer baile! ¡la purí o joven! al torbellino... ¡la juventud loca! Aun así, había envejecido en menos de tres meses en los que no nos habíamos visto. Las chavalas no lo ayudaban precisamente, resultaban muy pesadas con sus gilipollices... preocupaciones perpetuas, trafalgares un día tras otro, ¡con motivo y sin motivo! Tenía once sobre sus hombros... ¡las chicas de René! ¡de Jojo! de Tatave el Broncas, de Jean Chiotte, etc., y las segundas de Périgot, las de Vison, de Gendremmer... todo un picadero... e incluso dos o tres... ¡Todos los que se habían pirado, atrapados en la brea, alistados a toque de trompeta! los pobres chalados, los asfixiados, había acogido a todas sus mujeres, en depósito, como hermano de confianza, ¡hasta su rápido regreso! ¡Qué leche! ¡Era un coñazo increíble! Cumplía su palabra, pero ¡menuda leonera! ¡Ni el menor corazón! ¡ni el menor sentimiento! Me lo decía Angèle. La que había que armar para que enviaran la papela a sus maromos... Lloraban... Lo olvidaban todo... Descuidadas, mugrientas, chivatas, charlatanas a morir y, encima, borrachas, más que nada... El clima tenía, desde luego, mucho que ver... Se aburrían, eso por descontado. La cuestión del médico también... Unos dramas todas las veces para las inyecciones... las traían sin cuidado sus chuminos chungos... con tal de marcarse nuevos abrigo de pieles, boas, sombreros de fantasía... más luego el pernod... sólo se compraban guarrerías, con pufos por todas partes, ¡incluso en el zapatero! Se bebían los cuartos para las medias suelas, caminaban sobre el agua, ya es que no paraban de toser... Ese mismito era el panorama y los celos, que es que se tiraban días enteros de morros, que ya es que no querían levantarse de la cama.

Volvió a sentarse Cascade, cansado, sudando. Miraba bailar a las chavalinas, todas alegres, guasonas.

«¡Parecen simpáticas así, chico! pero ¡muchos días dan ganas de matarlas!...»

Sólo, que no era brutal, le repugnaban los castigos...

«Quiero devolverlas intactas. ¡Es que las mataría!»

Era una lucha para cumplir con su palabra. Lo provocaban a placer. Fuera se comportaban mal a propósito... pagaban copas a los italianinis, trapicheos de canallas, ¡no eran sólo los fantasmas vampiros!... Tenía él que ajustar cuentas también por allí... canearse con mocosos por un quítame allá esas pajas... e incluso morárganos que venían a olfatear el gallinero... Como para envejecer más que de sobra... Y la guerra no acababa...

«¡Y yo que iba a dejarlo, fíjate!... ¿Cuánto te crees tú que puede durar?...» ¡A mí me parecía que dos o tres años más!...

«Pero, oye, ¡entonces la habremos diñado todos!» Conque nos pusimos a hablar también del *business*... de la calidad de los clientes... y después de esto y lo otro... Alrededor había un desmadre total, hablaban sin ton ni son, vociferaban, lo rompían todo... ¡Se tiraban los vasos a puñados!...

Había que gritarse al oído. Angèle, por su parte, se desgañitaba para dar también su opinión. Cotorra ésa, que no veas, una furia, una enfermedad, un zumbido... te machacaba el oído...

Cascade no quería oírla más...

«¡Cállate ya, la hostia puta!»

Lo que le interesaba a Cascade era la historia de Raoul, ésa sólo, ninguna otra...

Volvía otra vez a ella. No se le iba del coco. Ya veía yo lo que quería.

«¡Ah! oye, ¡hay que ver!... ¡Ah! ¡hay que ver!»

Que se la contara otra vez... se contoneaba así, sentado... me diquelaba fijamente... que no me quedara con él... que no me había inventado yo nada... que había ocurrido exactamente así...

«¿Estás seguro?... ¿No te equivocas? ¿Dormía cuando llegaron? ¿Estás seguro? ¿Fue así?»

«Pero bueno... pero ¡si estaba yo allí!...» Mejor no podía yo saberlo... «Yo estaba en la cama de enfrente... ¡la 14!...»

No pasaba por alto los detalles... Yo veía que le afectaba... Se aferraba a una pequeña duda...

«¿Se lo llevaron a las cuatro? ¿Y dices que era de día?»

«Aún no.»

«¡Cojeaba!»

«¡Ya te lo he dicho!»

Del pelotón quería saber... Cuántos eran...

¡Eso no lo había visto yo!...

«¡Ah! ¡lo ves! ¡lo ves!...»

Conservaba la duda... Poca cosa... No me creía del todo... Y eso que era verdad.

«¿Te dio mi dirección?»

«Pero bueno, ¡ya te lo he dicho! ¡La víspera por la noche! ¿Cómo iba yo a venir, si no?»

Se lo había repetido cien veces... No podía explicárselo mejor... La duda lo minaba... Tenía que volvérselo a contar... las últimas palabras de Raoul... cuando me había dicho: «¡No vayas! ¡Ábrete!» y otras palabras... No recordaba yo todo. En fin, había retenido la dirección. Por fuerza me callaba. Estaba cansado de contarle siempre lo mismo...

No podía explicárselo mejor...

Se ponía enfermo pero bien. Se destrozaba para nada. Se dejaba corroer por la

duda... si lo habrían fusilado de verdad... No me creía del todo... Y eso que era verdad...

Se quedaba ahí contoneándose... a horcajadas... Le venían los zumbidos... Se quedaba así, aturdido... en el banco ahí... ya no hablaba... Ya no miraba nada ni a nadie... ya no oía la bacanal... los berridos a nuestro alrededor... seguía refunfuñando siempre igual...

«¡Me cago en la leche! Joder, es duro...»

No acababa... Se volvía a atusar el mechón... se lo alisaba... con la palma... tozudo, rezongón... seguía dándole vueltas... no se ocupaba de los demás...

La fiesta estaba, la verdad, en su apogeo... las chavalas habían obligado a Prosper a ponerse otra vez con la ocarina... ¡o rompían todos los vasos!... Empezaron a llamarse unas a otras histéricas por el tango... ¡El baile que las chiflaba! ¡unas sobre las otras!... Angèle fue y se amoscó, quiso saltar sobre Carmen... ¡Se había acabado el armisticio!... «¡Kss! ¡Kss! ¡Ks!» ¡Otra vez el acaloramiento! ¡fulminando! Unas a favor y otras en contra... Hicieron un círculo para que se canearan... Cascade no miraba, no lo veía... tenía la mirada perdida delante de sí... soñador... volvía a ponerse el chapiri... se lo quitaba... seguía dándole vueltas...

Me cogió de la manga, me llevó, dejó a las mujeres zurrarse...

«¿Comprendes?», me dijo... «¿comprendes?... su madre... en fin, no es asunto tuyo... fui yo, verdad, quien lo crió... Conque, ¿no?... ¡Eso es lo importante!»

Me tomaba por testigo... Yo lo veía maníaco... Se enfermaba con la idea fija...

Cuando eres joven, te precipitas, ni siquiera las adversidades te educan, hace falta la edad, entrar en años, para acercarse un poco a las cosas... no mandar todo al carajo, en cuanto te metes... La juventud es muy chungueta... Me hartaba en el fondo Cascade con aquella historia de Raoul. Lo había olvidado yo al Raoul... Él no olvidaba. Hay muchas razones para estar triste. ¡Tampoco faltan para cachondearse! ¡Ésa era mi opinión en aquella época!...

Le dije:

«¡Hale, hombre, Cascade! ¡Hay que resignarse! ¡Piense en otra cosa! Mire a Bigudí, ¡no se deja afectar!»

Precisamente ésta estaba desnudándose. Se preparaba para acostarse ahí, delante de todo el mundo, en el billar... se había quitado la blusa, el corsé, la falda. Se iba a acostar encima. Era su idea... Los vigilantes la magreaban, se ahogaba de la risa, estaba en la gloria... No le interesaba eso a Cascade...

«Chaval», me preguntó... «¿Te nos quedas? ¿Adónde querías irte?...»

«¡A La Plata en el *Hamsün*!... el *Kong Hamsün*... con Jovil, el capitán...»

«¿Quién te lo ha encontrado? ¿Prosper?»

Entonces le echó el ojo y con mala leche...

Yo lo arreglé un poquito... expliqué... reparé...

«Fui yo solo el que insistió...»

No quería yo bronca con Prosper...

«¡Él no quería en modo alguno!»

Afirmé... Certifiqué... No quería yo que pagara él el pato... Soy un tío legal...

«Bueno, entonces, ¡vale!... mejor así...»

Se tranquilizó... no debía de figurar en el programa que yo me tomara libertades semejantes... que me embarcase en veleros. ¡Iba a oírlo el Prosper! Yo tenía que quedarme y se acabó.

Volví a mirar a Cascade... el sombrero calado sobre los ojos... la colilla yendo y viniendo... con la irritación de la boca... De repente estaba de mala uva... Diquelaba a las chinorris... ¡Que se lo estaban pasando pipa!...

¡Ahora *cake-walk*!... ¡Reverencias!... oscilantes... vacilantes... A Cascade no le gustaba eso... Veía yo que iba a saltar en medio, dar un guantazo a tres o cuatro... lo hacían a propósito el ruido... Él se contenía... Tascaba el freno... Le veía yo las mandíbulas...

«¡Que tenga uno que ver esas pantomimas!...»

Estaban ciegas de la curda... Habían bebido más que los hombres, más que los marineros...

«¿Por qué las has hecho venir?...»

Le pregunté, al fin y al cabo.

«¡De sobra sabes, anda, que es tu santo!...»

¡Ya estaba! ¡vuelta a empezar!... ¡Qué santo ni qué leches!... ¡me sacaba de mis casillas por fuerza!

«¡Que sí! ¡Que sí! ¡Ya lo verás!»

Insistía a toda costa. Se empeñaba en las adivinanzas...

«¡Bueno, vale!...»

Volvió a ponerse a refunfuñar... Se calmó, volvió a sentarse... ¡*Bang!* ¡*Bang!* ¡*Bang!* Aporrearon la puerta y con fuerza esa vez...

«Música, ¡alto!»

Ordenó Prosper... Las chicas apagaron, soplaron a los quinqués, Cascade no quería, volvieron a encender...

Prosper entreabrió. Dos hombres empujaron, pasaron. Eran el Nelson (del Square) y Ciempiés... Sin aliento, sudorosos. Vieron a Cascade, se lanzaron hacia él...

«¡Ya llegan!», dijeron resoplando. «¡Ya llegan!...»

«Bueno, ¿qué? ¡Déjalos venir!»

No le gustaban los gritos.

«¿Dónde están?»

«¡En el *cab*!...»

«Que dónde están, te pregunto...»

«Jermyn Road...»

«¿Entonces?»

«Vienen por la ribera.»

«¿Lo traen? ¿así?»



Hizo una seña... ¿Pesa?...

Dijeron que sí.

«Ve a indicarles tú, Ciempiés... No van a saber... Diles que de acuerdo... Tú, Nelson, ¡atento a la burda! ¡Sobre todo no te muevas! ¡Que ya llegan!»

En seguida hubo un barullo... llamadas... ¡otra vez *Pii-ouit!* ¡*Pii-ouit!*...

Piedras que rechinaban... pasos...

«¡Prosper! ¡Prosper! ¡el *rosbeef!*»

Cascade puso todo en marcha.

«¡Las chicas a la mesa!», ordenó.

«Ya no queda más», rezongó el Prosper...

«¿Que no queda más? ¡Oh! ¡qué chulo! ¡Maldición! ¿Vas a darte prisa? ¡y café! ¡caliente! ¿Entendido?...»

Prosper salió, dejó la puerta abierta...

Había cesado el jaleo fuera... las palabras... todo... sólo el chapoteo en la ribera... el molino de Prosper moliendo... desde el fondo... desde la cocina... el *ding... ding... ding...* del tranvía muy lejos... al otro lado... ¡la otra orilla!... Wapping...

Sosthène se acercó... Me preguntó:

«¿Qué ocurre?... ¿Has oído?»

No estaba tan borracho...

Cascade lo oyó...

«¡A tomar por culo!», cortó.

No era el momento de incordiarlo... También yo me preguntaba... ¿Tabaco?... ¿mandanga?... ¿una bolsa de adormidera?... ¿de poderoso?... ¿un antro entonces?... ¿armas?... transporte discreto, en cualquier caso... un chanchullo, seguro... Pregunté a Cascade...

«¿Es cantidad?»

Había yo visto su gesto...

«¡Ya verás! ¡Ya verás! ¡No te muevas!...»

«¡Ah! pero, joder, ¡si yo me piro! Oye, que me esperan en el carcamán!»

«¡Que no! ¡Que no! ¡No te esperan!»

Le irritaba.

«¡Que sí!», dije. «¡Que me esperan!...»

Me tocaban las narices de repente todos juntos... así, ¡reencuentros donde Prosper!... ¡Tan a propósito! por milagro... ¿A qué venía todo aquello?... el asqueroso del Nelson, ¡el chungo del Ciempiés!... ¿Y todas aquellas borrachas?... ¿y la otra, la tortillera?... ¿y el Cascade?... ¿y el Jovil tal vez también?... ¡que se habían entendido todos!... ¡Una emboscada facilita!...

«¡Oye!», fui y le pregunté bien clarito. «¿Os habéis dado cita todos?»

«¡Sírvele otro poco!», me respondió... «el vino caliente va bien para el pecho. ¡No vayas a pescar algo chungo! ¡Es terrible, verdad, la corriente de aire! ¡algo

chungo!»

La puerta seguía abierta de par en par... las chicas tosían, se reían burlonas, se daban codazos...

Las piedras se movían... venía gente... por fin se acercaban... Cascade agarró el quinqué, sopló... las chicas protestaron...

«¡Callad la boca!»

Salió. Habló. Volvió. Eran tres... traían... vi su sombra en el cuadrado, el marco negro... pesaba lo que traían...

Virginia me susurró:

«*They carry some one...* Traen a alguien...»

No quería yo decirlo. Volvieron a cerrar el batiente. Prosper volvió a encender. Vimos. Vi a los porteadores. Eran el Clodovitz y Boro. Me parecía a mí... Dejaron su bulto en el suelo... Era pesado, grande, olía que apestaba... En seguida sorprendió... se esparció... Todo el mundo olfateaba... Nadie dijo nada... Me miraron todos... a creosota... a alquitrán... era acre...

El Clodo... sus grandes orejas... estaba ahí delante, jeró bien chungo... transpiraba, goteaba... estaba contento de haber llegado...

«¡Buenos días, doctor!», fui y le dije...

«¿Qué tal, chacho? ¿cómo va la salud?...»

Debían de haberse dado una caminata... Se quitó las gafas... se sentó... habían apencado... Vi que llevaba levita... Todo él de negro y corbata blanca... Se había puesto de ceremonia...

«¡Doctor!», fui y le pregunté... «¡Doctor! ¿qué nos trae usted?...»

Prefería hablarle a él antes que a Boro... A ése no lo tragaba yo, pero es que nada... follonero, tramposo, brutal... me caía fatal... mientras que Clodovitz podía pasar... aún se le podía hablar...

El Boro no estaba tranquilo... daba vueltas en torno al bulto... iba, venía, se contoneaba... como un oso... había engordado aún más, me pareció, desde la última vez que nos habíamos visto... en los hombros... en el culo... en la manos... estaba embutido en la chaqueta...

Fue él quien respondió por Clodo...

«¡Oooh! ¡Ooh! ¡ya lo verás, chinorri!...»

Se reía él solo con toda su gruesa chola, con el pecho, ¡un tonel!... ¡Ooh!... ¡Ooh!... ¡Ooh!...

«¡Ya verás, niño prodigio!»

Pronunció: ¡*Prroodiggio!*

«¡A beberrr! ¡hostias! ¡a beberrr!...»

¡Siempre con sed!...

Sosthène resopló, estornudó... era comprensible... ¡por el granizo! me pareció... Todo el mundo estornudó a la vez... Y después el cachondeo... ¡era el ánimo! Pues claro, ¡era mi santo! ¡Había buen humor! ¡rigodón! ¡para dar y tomar! ¡fantasía!

¡Tralarí! ¡lo! ¡liro! ¡Las chicas querían a toda costa! ¡No debía cesar ni un minuto! Treparon sobre Boro, le dieron chupendis, lo manosearon, ¡lo magrearon en todos los sentidos! ¡Gritos! ¡la jarana! El Clodo, tan legal, soltó la carcajada, tan gazmoño al llegar, rozaba, mira por dónde, la insolencia, ¡quería mamar de la Nénette! Se pelearon un poquito...

«¡No es usted serio, doctor!»

¡Toda la fantasía desenfundada!... Venga manoseos, ¡locura de chupendis! Los marineros se tomaban libertades... Los vigilantes veían borroso... de tanto celebrar, ¡copa tras copa! ¡soplar en mi santo! ¡Ya no daban crédito a sus ojos!... Se los frotaban, se los estiraban...

«*Long life! Happy Ferdinand! ¡Viva Francia! ¡Vivan los sailors!...*»

El olor, menudo, era innoble... ¿Es que no lo sentían ellos?... Los traía sin cuidado... Venía del bulto... al fondo... Me habría gustado mirar... Eran relentes... una infección... No molestaba a nadie, parecía... Olfateaban... pero nada más...

Me habría gustado ir a ver... La Carmen me acechaba... no había bebido ésa... Pregunté a Boro... No comprendía nada... demasiado absorto... Tenía cuatro chavalas vociferándole... que querían quitarle los pantalones... De pronto, ¡zas! se soltó... saltó... era ligero, cuando quería... no pesaba nada su gruesa barriga... atrapó a la pequeña Elise, ya estaban lanzados por la pista... Fue el torbellino... Todo el mundo lanzó el vuelo... volvieron a encender tres quinqués... ¡Todo volvió a pitar con más ganas! ¡Qué alegría! ¡las chicas a cuál giraba más rápido! ¡más rápido aún! ... ¡trompo! ¡perdiendo el culo! ¡torbellino! ¡Bzing! ¡Bing! ¡voltereta! culo... ¡Pang! ¡hecho trizas! Bigudí, la más desenfundada, daba vueltas con Lulu Mouche... enredadas... tarumbas... coronaron... tiradas por el suelo llorando las dos... Ahora había orquesta... todos los pífanos... los marineros con las ocarinas... Prosper con guitarra y el Napo... ¡Dédé estaba demasiado borracho!... Ciempiés invitó a Virginia... insistió a toda costa... Cascade estaba muy reanimado... de lo más ardiente... dirigía la *matchiche*... hizo voltear a Carmen de un extremo a otro del local... Besito Lindo se había levantado la falda por encima de la cabeza... se puso los peines en la boca para imitar dientes largos... muy verdes... quería que viéramos su danza del vientre... Gritó que tenía el chocho más hermoso... Eso hizo que Angèle se encolerizara... fuese a indicarle un poquito lo que pensaba... ¡si era atuendo, ése, para un baile! Iban a zurrarse... pero ya no quedaba grog en el barreño... Se detuvo el combate... Había que hacer flamear otra vez el *punch*... Toda una historia... Sin llamas, ¡no hay alegría!... Por fin, ¡ya estaba!... ¡vuelta a empezar con todo!... ¡Una fiesta de verdad!... ¡Eso desde luego! Se lo dije yo mismo a Boro... Sólo, que había el bulto allá, que habían traído... En una lona... Volví a preguntarle... no respondió... un olor de verdad abominable... No molestaba a nadie, al parecer... olfateaban y se acabó... Movían el esqueleto, gesticulaban, ladraban... como si tal cosa... El estribillo hacía furor:

*itch your step!*  
*itch your step!*

Las chicas berreaban, repetían... no sabían qué... una gritaba *La Paimpolaise*<sup>[437]</sup>  
... El vinazo estaba caliente ahora...

*uache your step!*  
*uache your step!*

a la francesa...

«¡Ah! ¡chipén! ¡Ah! ¡chipén!...» Se admiraban personalmente de saber cantar tan bien.

A Sosthène, que había cobrado tanto, molido en todos los sentidos, que había pillado leñazos espantosos, que ya no podía arquearse en absoluto, al que los guris habían castigado tanto, llenado de enormes ojos a la virulé, le apeteció súbito, un chaval con la Mireille, atrapó la lámpara colgante, apídola... Cada vez había más diversión... Yo ponía mala cara un poquito... Cascade me envió a su mujer Angèle...

«¡Ferdinand se aburre!...»

Me invitó... no pude negarme... ¡Ya estábamos lanzados!... No me gustaba demasiado la *matchiche*... Era demasiado complicado para mí... me aturullaba... Quería que cambiaran de rigodón...

«¡Polka!», pedí... «¡Polka!...»

«¡Vale!»

Prosper cambió de tonada... ¡no! era un vals... ¡Mala suerte!... ¡Vale!...

¡iiiiiii!... en aquel preciso instante... ¡un alarido atroz!... Desde el fondo... ¡de la obscuridad!... un animal al que degollaban...

Todo se detuvo...

¡iiiiiii!... ¡vuelta a empezar!...

Pero si era Delphine...

La llamé:

«¡Delphine!... Delphine...»

Había yo reconocido su voz... ¿Le habrían hecho daño?... Yo no veía nada... Las chicas gritaban alrededor... ¡un follón!... ¡un barullo!... Las había como desenfrenado aquel grito salvaje... Ya no sabían lo que se hacían... Berreaban como locas, un pánico, se acurrucaban unas contra las otras... Solté a la Angèle, que cayó de rodillas... Se quedó despavorida, chilló, así, al aire, recitó toda trémula...

*anta Barba! ¡Santa Flor!*  
*speranza de nuestro Salvador!*  
*os que a ti digan oración*

## *lvados serán de perdición!*

Tres, cuatro veces así, seguidas. Se volvió a levantar, se arrojó sobre Carmen, en sus brazos... Sollozaban, farfullaban juntas, gemían...

«¡Virginia! ¡Virginia!...», llamé.

Acudió corriendo... la abracé...

¿Qué?... ¿Qué?... ¿Una catástrofe?

«¡Cascade! ¡Cascade!» Le grité... ¡Qué desmadre! Estaba al fondo, ocupado... Había cogido el quinqué... Estaba inclinado junto con los otros. Estaban absortos. Delphine estaba de rodillas... la rechazaban... no quería... quería quedarse ahí... Tiraban de ella, estiraban... ¡que se quitara!... ¡Un clamor entonces! ¡la degollaban! ... ¡Vuelta a empezar con el grito!... No querían que toqueteara el saco... querían impedirselo.

Ella se debatía, mordía, se aferraba...

La sacudían a huevo, ella daba unos alaridos horribles, se zafó, se escapó, corrió, se alzó en el fondo, nos amenazó...

«*Hear Macbeth! Hear! Impotence of purpose!...*»

Estaba lanzada otra vez, nos acusaba, amenazando con el dedo, ojos como platos, el horror, todo.

Erguida y pegada al tabique...

«*Give me the Dagger! The sleep of the dead!*»<sup>[438]</sup>

Nos ordenó. ¡El puñal quería! ¡El sueño de muerte! ¡Bramaba, se asfixiaba, jadeaba! Volvió a lanzarse al montón, el bulto, volvió a echarse encima, se aferró a todo.

«*Darling! Darling!*», llamó. «*Forget me not! ¡No me olvides!*»

Todo el bailongo vociferaba, se echaba el guante, se ponía a parir. ¡Había que sacarla! ¡ya bastaba! El olor es que era atroz de muy cerca... A carne estropeada, a pitraco y, además, con forma de granizo... una mezcla que te revolvía el estómago pero bien... Yo me lo conocía, claro está... me lo conocía...

Mientras se peleaban con Delphine, la arrancaban, se defendía, me incliné... miré... estaba el quinqué... vi de muy cerca... vi la cabeza primero... una cabeza hecha gachas... en remojo ahí dentro... ¡Y lo que apestaba! ¡una sopa de pescado! ¡No era un sueño!... ¡La cabeza!... ¡la cabeza!... ¡era una cabeza sin duda! en fin, ¡el trozo!... era Claben... era su jero sin duda alguna... pero ¡ya sin ojos!... y después puras gachas nada más... jirones de cuello... todo ello bien quemado... en la lona... en el jugo... ¿Eso era lo que habían acarreado?... ¿con todos esos remilgos?... la lona... el pitraco... ¡Ah! ¡ya veía yo!... un currelo curioso... ¡joder!... ¿y de dónde habían ido a sacarlo?... Pensaba yo en todo eso en seguida... No me conmovía a mí, el fiambre, ¡pues no había yo visto ni nada!... ¡Ah! ¡una historia!... Vi... Vi... volví a mirar bien... No hacían caso de mí... Se ponían a parir a propósito de Delphine... Prosper no quería que la sacaran... ¡que armase follón fuera! Iban a pegarse por

ella...

«¡No arméis escándalo! ¡No quiero escándalo!»

Se desgañitaba el Prosper...

Sosthène miraba conmigo... Se inclinó igual... Me sujetó el quinqué... Yo no quería que Virginia se acercara... La hice sentarse... Yo me agaché... miré cada vez más cerca... busqué el agujero... el agujero del cráneo... cuando Boro lo cogió así... le chocó la cabeza contra el suelo y con los pies por el aire... ¡Y *Bang!* ¡y *Peng!*... Yo estaba allí... ¡quería mirar!... Pero Delphine, que estaba con los otros, advirtió que yo miraba, que yo tocaba su fiambre... ¡Ah! vuelta a empezar... volvió a lanzarse sobre mí... me saltó encima... ¡era un tigre!...

«*You witch! you devil!*», fue y gritó... «*You killed that angel*<sup>[439]</sup>! ¡Usted, brujo! ¡usted, diablo! ¡usted mató al ángel!»

No quería yo discutir, era una situación trágica.

«¡Asquerosa!», fui y dije. «¡Es el colmo!»

¡Ah! ¡me defendí, joder! ¡Ah! ¡ya lo creo!

«¡Yo no he matado a nadie! ¡embrollona! ¡Qué cara tienes, mentirosa!»

«*Yes! Yes! You did!*», insistió: «¡Usted! ¡sí! ¡sí! ¡usted!...»

Se desternillaban los otros, los muy gilipollas... ya es que no sabían lo que hacían, ¡estaban demasiado borrachos!... Se me acercó, me fascinaba con la mirada... ¡me eructó en la nariz! ¡*Buah!* No perdí la serenidad...

«¡*Buah!*...», fui y le respondí... Y después, ¡a hacer puñetas la mandé!... con el culo en las gachas... ¡*Pflac!*... ¡con las piernas por el aire!... Ya no podía levantarse... se cachondeaba... nos había salpicado a todos... Menudos gritos lanzaban las chicas... Carmen tenía la blusa cubierta... una asquerosidad... Todo el mundo la olfateaba... ¡Qué pitorreo!

Yo la puse a parir ahí, en el suelo, a Delphine... no la dejaba yo en paz... quería que se enterara... ¡no fuera a creerse!...

«¡Fueron los cigarrillos! ¿recuerdas? ¡los cigarrillos!...»

¡Lo recordaba yo! ¡Me acordaba!... Había sido ella quien los había traído... ¡había ido a propósito a buscarlos yo qué sé dónde! ¡Ah! ¡no eran tonterías!... ¡eso existía! ¡era la verdad!... Lo dije delante de los otros... ¡Había que reconocerlo un poco! ¡Que dijera todo! ¡Su culpa! ¡Sí! ¡Su culpa! ¡De nada servía acusarme!...

¡Lo berreé, ¡lo vociferé! Ella estaba ahí, con el culo en las gachas. ¡Lo grité a todo el mundo que había sido ella! ¡Que se enteraran! ¡que no se hablase más! ¡Que todo el mundo me oyera!

Nadie me escuchaba... Se revolcaban sobre los bancos, del cachondeo... No comprendían nada. Los vigilantes se meaban también. Ya no llevaban túnica ni zapatos. Estaban casi desnudos de la borrachera, tan sólo el cinturón, caminaban a cuatro patas bajo las mujeres. Ladraban así, de placer.

«¡No te joroba! ¡Será puta!...» ¡meditaba yo!... ¡Pensaba en Delphine! ¡Sería capaz de acusarme!... Y el Boro ahí, sin decir nada...

«¡Hay un asesino entre nosotros!»

¡Eso fue lo que grité alto y fuerte! A todo el mundo lo traía sin cuidado.

«¡Bebe, chaval», intentaba convencerme Cascade. «Bebe, chaval, ¡que te haces daño al coco!»

Los otros me miraban reflexionar... ¡Reventaban de risa, los muy guarros!

«¡Gran hipócrita!», fui y la insulté... «¡Vieja piruja! ¡Cernícalo! ¡Sapo!»

¡Le iba a enseñar yo modales! ¡asesina diez veces más que yo! ¡Se lo dije! ¡se lo dije a Delphine! Se lo repetí incluso... ¡No lo oculté!... Se lo grité en el barullo...

Entonces fue y se metió Bigudí... ¡Yo no le pedía nada a ésa! Se me acercó, me cogió del cuello, me gritó fuerte también, para que lo oyera todo el mundo.

«Oye, ¡que lo pilló el tren!»

Y se meaba al decirlo.

«¿A quién?», dije yo...

«¡Pues al andoba! ¡tontaina!»

Me indicó el bulto ahí, que apestaba.

«¡Que no! ¡Que fue un rayo!»

Me volví. Prosper había soltado eso. Una gracia...

¡Tampoco le pedía yo nada a ese gilipollas! ¡Un vacilón! ¡dos risas! ¡y después todo el mundo! ¡El recochineo general! ¡Nunca habían visto nada más gracioso!

«¡Un rayo! ¡Un rayo!», repetían...

«¡Me cago en la hostia! ¡Es que me cago en la leche!»

Me ponían enfermo con su gilipollez.

Entonces Delphine, que estaba con el culo en las gachas, se rehízo, se puso otra vez de pie para ponerme a parir... hecha un asco toda... toda chorreante... con las faldas perdidas de carroña...

«*Wash your hands!* ¡Lávese las manos! *To bed! to bed!*»

¡Me mandaba a la cama!... me maldecía...

«*Damned you! Damned you!*» Declamaba...

Prosper nos quitó el quinqué...

«¡Hale! ¡Venga! ¡basta ya!»

Las mujeres se lo impidieron... Querían ver claro...

«¡*Chsss! ¡Chsss!*» ¡No había acabado Delphine! «*Hear!* ¡atención! *There is a Knight on the gate!* ¡*Chsss! Child!* ¡Llaman!...»

Hizo como que escuchaba.

«¡Un postigo!»

Olfateó:

«*A smell of blood!* ¡Un olor a sangre!»

¡Adiós!

Titubeó... volvió a cogerse la falda... lanzó suspiros... iba, venía, se preparaba...

Todo el mundo dijo: «¡*Chsss! ¡Chsss!*...»

Nos iba a soltar una buena.

«*A smell of blood! A smell of blood!*»<sup>[440]</sup>

Declamó así, inspirada... se quedó en suspenso... con el dedo en el aire...

Era su manía.

Miró a la concurrencia. Como me volviera a atacar, le iba yo a tirar la silla a la jeta.

Para empezar, no era olor a sangre... Era una tontería lo que decía... ¡Me lo conocía yo el olor a sangre! Era olor a quemado, a podrido... ¡Hay diferencia! y también a un tipo de creosota... Bastaba con ver la carne, la cabeza... pues no había visto yo carnes, cabezas... que no viniera a vacilar conmigo... ¡Qué leche!...

Yo no quería hablar a Boro, pero, aun así, lo atacué... volví a preguntarle:

«Oye, ¿de dónde lo has traído?...»

¿Aún no lo habían sacado? quería decir que no habían hurgado en los escombros. Lo veía yo aún en el sótano... no lo había soñado yo eso tampoco. ¡Cómo lo habíamos hecho bambolearse!... y el fuego que había prendido en seguida... la cacharrería... ¡la leonera!...

No respondió a mi pregunta.

«A ver», fui y le dije... «¡Que no eres sordo! ¿De dónde viene?»

Gruñía y nada más.

«¡Venga, hostias! ¡cuac! ¡cuac!...», vociferé.

«¡Del hospital!...», se decidió.

Se mostraba molesto conmigo. Yo me preguntaba de qué. ¡Joder!... ¡Era yo el que tenía razones! ¡Me parecía a mí un poquito! Se lo dije. Se encasquetó aún más el chapiri... Seguía de morros...

«Me duele el vientre», me gruñó, «¡son las judías!...»

«¿De dónde lo habéis traído?», insistí... «¿del hospi? ¿de lejos?...»

«¡Del London!», me dijo.

Yo no comprendía.

Entonces, ¿lo habían sacado? ¿Ya lo habían exhumado?

«¡Del depósito de cadáveres viene, tontín!... ¿Es que no lo ves así, en una cama? ¡Del depósito de cadáveres del London! ¡Ya ves! ¿Está satisfecho ya el señor?...»

Lo había puesto yo nervioso.

«Pero ¡si yo no sabía nada!»

«¡Tú nunca sabes nada, mamarracho! El señor se las guilla y listo... El señor se escaquea, ¡se va! ¡Al señor no le gustan los problemas! ¡que los colegas se las apañen!...»

Iba yo comprendiendo un poco...

Era Clodo el que lo había sacado... había aprovechado su servicio... sus funciones en el hospi... Debía de ser un chanchullo de aúpa...

«¿Cómo lo habéis hecho?»

«¡Haberrrr venido!... ¡Y lo haberrrrías visto!...»

La Delphine berreaba con ganas... estaba animada, febril... había recuperado



todo su aliento... bramaba delante del tabique... La tragedia la zarandeaba por todo el cuerpo... los brazos... la cabeza... los ojos... el bul... se agitaba convulsa... ¡se desgarraba los volantes!... la cola... ¡vracc!... ¡y otra vez!... ¡vrrac! ¡saltos salvajes en el escenario!...

¡Se plantó ahí!... Nos apostrofó:

«*Macbeth! Macbeth! what's the business? Such a hideous trumpet calls to parley!*»<sup>[441]</sup>

¡Hacía como que escuchaba a lo lejos!...

Imitaba:

¡*Taii!*... ¡*Taii!*... el sonido del cuerno... que la llamaba... ¡estridente, áspero!... ¡*Taii!*... ¡*Taii!*

«¡Ohé, Macbeth!... ¡Ohé!...» Entonces, ¡un follón en la queli! ¡Gritos todos en coro! *Taii... Taii...* ¡Un jolgorio!...

Pero era cierto que en la puerta había más visitas...

Dos, tres tipos que sacudían el batiente...

Ciempies fue a ver...

Golpes con fuerza... la empujaron... Eran dos policías... Apuntaron sus linternas...

«*And you scoundrels? What your light?*»

Les parecía que estábamos demasiado iluminados. Volvieron a salir... Trajeron a un negro... Lo arrastraron... un piente... un merodeador... un negro de pañol... Lo habían sorprendido robando... barrenando un tonel de ron... para chupar así mismo el agujero... con sus belfos es fácil... el método *kiss*, es sabido... lo tiraban de las orejas... él lloriqueaba... protestaba... Eran otros tres más que tenían sed... Siempre tenían sed...

Fueron a sentarse con los demás... Vieron el grog que humeaba... No hablaron más... Fueron a sentarse entre las chicas... Deberíamos haber cerrado, era cierto, estaban cansados, olfatearon... El negro ya no lloraba, quería beber, quería que lo trataran como a un invitado... Iban a dar las tres de la mañana, burla burlando... Cascade ofreció puros... Los rechazaron... después los tomaron, el negro no, los policías...

Delphine dormitaba un poco así, sentada contra el tabique, había representado demasiado la comedia. Yo tenía algo que decirle. Ya se lo diría luego. Me puse a fumar. Cosa seria, no un purito, con vitola y denominación de origen, un *Coronaro*... ¡Era mi santo! Menos cuarto, sonó en el Big Ben... Resonó lo suyo por encima del río... llegaba hasta las nubes... cañón suave... ¿A qué se debía la juerga? Me habría gustado que me explicaran...

¡Ah! otra vez la pregunta... «¿Por qué no habíamos cerrado?...» Les preocupaba a los guris... Lo preguntaron sin brusquedad...

«¡Es el santo de Ferdinand!»

Todo el mundo les respondió unánime... No iba yo a mostrarles el montón en el

suelo... ¡Para que vieran un poquito qué santo!... Delphine sobaba casi encima... ¡Debería haberlos hecho poner un poco de mala cara!... ¡Oh! ¡ya, ya! ¡claro!... Había tanto tabaco ahora... quedaba opaco en todo el local... cubría un poco el olor a pitiraco... Podían pensar que había retretes por todos lados... una cocina al fondo...

Meditaba yo...

¡Beng!... ¡Peng!... en ese momento volvió el tembleque de repente... todos los cañones saltaron a la vez...

Una andanada de alerta... ¡No había acabado!... Era un simple entreacto... ¡Tarabum!... Unos estallidos tremendos por encima de Poplar... Esa vez debía de ser un zepelín... Se precipitaron todos a la burda... Yo no me moví, me zumbaban demasiado los oídos... me repercutía a cada cañonazo... Me sacudían toda la cabeza... Veía las estrellas... Ya estaba yo harto de esos estruendos... Otros volvían a salir para ver... ¡Yo quería tranquilidad!... ¡Quería irme al fondo! Choqué contra Boro... Estaba de rodillas... No lo había visto yo... estaba en la obscuridad... rehaciendo el bulto... cerraba la lona... ¡Ahí sí que olía áspero y acre!... no le importaba... azocaba el saco... Ciempiés sujetaba la punta... «¡Aaaaúm!... ¡oyé!» dos... tres cuerdas... y luego nudos... ¡Aaa... úpa!... Lo levantaron... Ciempiés lo cargó a la espalda... salieron... se colaron... la puerta del fondo... no la del muelle... por el patinillo... Nadie lo había visto... El aire frío que entraba despertó a Delphine, la corriente de aire... No había visto nada... se frotó un poco... se reanimó... En seguida se puso a berrear... a arengar... Nadie le hacía caso... Por lo de fuera sí que se interesaban... Los zepelines que acechaban...

«There!... There!...»

¡Algunos los veían!... ¡Afirmaban!... ¡Bravo por los reflectores!...

¡Delphine volvió a ponerse en pie!...

«*Infectious minds!*», clamó... en seguida los insultos... ¡Mentes infecciosas!...

«*To their deaf pillows*<sup>[442]</sup>! ¡A la sorda almohada confían sus secretos!...»

La irritaba cosa mala que nadie la escuchara... Se afanaba en el fondo de la quelí... berreaba cada vez más fuerte... quería atraer a la gente... ¡quería causar efecto!... Llegó Cascade por detrás, le dio una patada en el culo que la elevó a tres metros. Rebotó, lanzó un grito que lo cubrió todo, ¡el ruido del cañón!

«*Out damned spot!*»<sup>[443]</sup>, vociferó... «¡Largo de aquí!»

Se resistía cosa mala, estaba aviesa. A nosotros era a quien quería poner de patitas en la calle... Me la cogió, la envolvió con los brazos, ¡y hale! se la llevó. Era fuerte. Ella lo agarraba, arañaba, arrancaba, ¡daba alaridos atroces!... Justo entonces volvían a entrar los otros... Atronaba demasiado... estallaba, deflagraba a ras del suelo ahora... había rebotes por toda la ribera... las techumbres zarandeadas... Era el gran momento para Delphine... la excitaba aún más. ¡Se sobresaltaba a cada ¡bum! ¡bum! ¡Fuera daba el do de pecho!

«*Lady Macbeth!*», llamaba... «*Lady Macbeth! there we are!*»<sup>[444]</sup>

¡Lady Macbeth! ¡era ella precisamente!...

Sola estaba ahora. Berreaba entre el granizo de la metralla. Arrecriaba justo por encima del cobertizo... ¡rebotaba con ganas en las chapas! Ya no se podía salir.

No había miedo, sino cachondeo. Todo el mundo volvió a soplar por mi santo... ¡Por Delphine también, que estaba fuera! «*Hurray, Delphine! Hurray good girl!*» Los policías cerraron la puerta, no querían que saliésemos nosotros. ¡El reglamento era categórico! De todos modos, era un bochinche espantoso. La *queli* saltaba. Hasta los vigilantes, dormidos bajo las mesas, se despertaron. Las mujeres les tiraban de los pies...

«*No! No! ¡Es San Patricio!*»

¡No les gustaba San Fernando!... Eran irlandeses los dos. No quería decir nada para un irlandés... ¡Todo el mundo dándose chupendis!

Fuera, ¡*bum! ¡Bum!*, cada vez más... ¡La fuerza del cañón!... Al negro le gustaba hacer eso, ¡*bum! ¡bum!* ¡se aterraba a gusto! de rodillas se prosternó... hacía visajes con los acáis... ¡*Bum! ¡Bum!* Daba miedo a las chicas con su gruesa boca... ¡*Bum! ¡Bum!*...

La única que dormía apacible era mi pobre nenita Virginia... hecha un ovillo en el banco... un angelito... profundamente... desde hacía una hora... yo velaba por su sueño... los brutos no la habían despertado... el cañón tampoco... Con su estado tenía que dormir... La quería yo mucho, la quería mucho... Se lo dije a Gertrude, que estaba ahí...

«¡Yo también te quiero mucho!», fue y me respondió.

Es que todo el mundo se quería en la *queli*... Era el calor de mi santo... Era una lástima que hubiese el olor... *In love! In love!*, bramaban así, sin cesar de magrear a los policías y luego entre ellas... culebreaban un poco... ya no bailaban, demasiado borrachas, demasiado cansadas, vacilaron en seguida, se desplomaron, de dos en dos... de cuatro en cuatro... en montón... empezaron a roncar... Faltaba un poco de aguardiente, ¡una sacudida! ¡Venía el adormilamiento! Fueron a buscar... las botellas... ¡*Bing! ¡Bing! ¡Bong!*... todo se reavivaba... ¡Había ido a estallar en plena agua! Una onda... una violencia... una tromba... la pañ salpicó... todo se movió de sitio en la *queli*... chocó, volcó, los vasos... los frascos... cajones... los tabiques de la *queli* se alabearon, se resquebrajaron... ¡Las chicas se volvían locas con el *bumbum!* ¡Se daban guantadas en todas las nalgas! imitaban la fuerza, la violencia... ¡*Blang! ¡Plaf! ¡Plaf!*... ¡como para romperse el trasero! Saltaban tres juntas sobre la Renée, le dieron la vuelta, la azotaron en el culo hasta dejárselo todo rojo... Tenía que azotarlas en el culo yo también... eso me daría suerte, al parecer. Conque, ¡no veas entonces qué gracia! Los policías se divertían tanto, arrastrándose, retorciéndose del cachondeo, que dos de ellos se asfixiaban, vomitaban, se ponían carmesíes, ya es que no podían más...

«¡*Oh! my! my!*», expiraban.

La Renée, bajo la azotaina, de las guantadas que le daba todo el mundo, gesticulaba, vociferaba, se agitaba, hipaba de loco placer, *croar! croar!* como un gato

que la diñara, con cada golpe en el culo. Era tan hilarante, que es que ya no se sabía lo que hacían, que es que era una espiral meando por todos lados, rodando, vomitando, eructando por todo el local, ¡unas sobre las otras!

No iba yo a vomitar sobre mi nena, que estaba ahí durmiendo como un ángel... ¡Ah! ¡eso no! ¡Ah! ¡qué infamia!...

Pero de repente ahí, ¡zas! me sobresalté. ¿Dónde estaban éstos? No veía yo ya a Boro ni a Clodovitz... ¡Cierto! ¡Exacto! ¡Me quedé helado! ¡ahí! ¡el espanto!... ¡Estaba convencido yo!... No me podía contener.

¡Se habían ido a cometer traiciones! «*Traitors here! traitors!*» Lo grité, lo afirmé... ¡Nadie me lo impediría! «¡Traidores aquí! ¡traidores por doquier!»

¡Ah! quería buscar a la Delphine... Quería declamar con ella. ¡Ah! ¡no era yo un desgraciado! ¡Quería que se enterara! Me la encontré ahí en las piedras. Me insultó, no quería levantarse... Quería dormir así mismo, tranquila... así, ¡bajo los espantosos obuses!... ¡Era valiente! ¡se burlaba de mí!... ¡y yo cobarde! Parlamenté, renuncié, ¡joder! ¡Allá películas!...

Las chicas del *pub* estaban tan borrachas, habían azotado tanto a la Renée, que ésta sangraba abundantemente, gruesos regueros le manaban... El negro fue a lamer todo eso... otro transporte de risa con ganas... Ahora me tocaba a mí. Iban a azotarme en el culo, insistían, era mi turno... Corrían detrás de mí... Yo les daba puñetazos, las calmaba un poquito... Entonces fueron a zarandear a Virginia, estaban empeñadas en eso... ¡Querían enseñarle la *matchiche!*... Yo les enseñé los taconazos... ¡*Bzing!* ¡en el pie!... ¡Tenían callos todas! saltaban... ¡iiiiii!

¡Caían sobre los guris!... ¡Ay!... *You yé!*

Volví a hablar a Cascade, le pregunté al oído:

«¿Dónde están éstos?»

Me tenía muy preocupado dónde podrían estar... adónde se habrían llevado las gachas...

Si era en broma, no me hacía gracia a mí y, si era una gran ocurrencia, me parecían palurdos, de lo más gilipollas, ¡asquerosos, funestos! No se llevan paseando por ahí los cadáveres, eso sólo puede divertir a los niños, a los listillos de su clase, la gente que no va a la guerra, ¡pobres chulillos tontines! ¡guasones de andar por casa! Le expliqué un poco al oído, ¡para que no se creyeran que se habían quedado conmigo!... ¡pobres golfillos atontolinados!...

¡Y, encima, la técnica! ¡Ah! ¡no veas!...

¡Lo sacaron justo durante la alerta! ¡Eso era tino! ¡Mientras todos los guris diquelaban la ribera! ¡Ah! ¡qué ocurrentes!...

¡Los felicitaba yo!...

«¿No podían dejarlo aquí?...»

Eso me parecía menos absurdo...

«¿Quieres hacer chicharrones con él?», fue y me preguntó, ¡don sarcasmo!

«¿Qué cojones van a hacer con él?», volví a preguntar. «¿Aparte de los

chicharrones?...»

Ésa era la cuestión.

«¡Van a tirarlo a la pañí, so cretino! ¡Por si te interesa! Se lo jalarán los cangrejos, ¡y se acabó!... ¿Está usted satisfecho, joven?... ¡Por si te interesa! ¡No se puede quemarlo más! ¿No? ¿No has visto su cabeza? ¿No querrías comértelo tú tal vez?... ¡Alguien tiene que ocuparse de él! ¡Si no le importa!... ¡Señor Besito Lindo!... ¡El señor no acaba su trabajo! ¡El señor tiene otras ideas!... ¡Hay que correr a apañárselas por él! ¡Hay que hacer desaparecer sus basuras! ¡Hay que arreglar sus cosillas! ¡Ya ve usted, señor joven hermoso! ¡Héroe magnífico y todo! ¡El señor no piensa sino en el amor!»

Ahora ya tenía yo una respuesta... que meditar... Ellos también me daban para el pelo, en una palabra... Tenía cuentas atrasadas con personas... ¡ésos u otros!... Con todo el mundo en verdad... Empezando por la familia... con mi padre... con mi madre... más luego con los guris... con Ciempiés... etc., con los macarrones... con el cónsul de Francia... ¿con el 16.º de coraceros?... no estaba yo del todo seguro... con Totor, con Titine, con Bigudí, la Veleta, el coronel y Tartempion... ¡Tenía demasiado en el coco para que una cuenta más cambiara algo! ¡Que se fuesen todos a tomar por el culo! ¡Ésa era mi forma de pensar!... ¡Me recordaban precisamente cosas chungas!... ¡Era pura envidia!... ¡y se acabó!...

¡Ah! me olvidaba yo de mi nena encinta, mi ángel, mi querubín, mi vida... ¡Ah! ¡no quería yo que la tocaran!... los mataría a todos, ¡joder!... Ya podían cogerse por banda todos, irse a la mierda en fila india, de la tierra al cielo... no iba a cambiar nada de nada con eso, ¡y asesinarme para acabar! ¡puesto que eran los usos! Yo no daría mi brazo a torcer, perecería con sangre ahí, en el sitio, en defensa de mi ídolo.

¡Así mismo era yo! ¡Era lenguaje militar! ¡Se lo solté bien directo y franco! ¡Ah! ¡lo senté! ¡Vaciló!... Me contempló un segundo... Se dijo: «¡Hay que ver qué borde está hecho este chavalín!...»

Entonces aproveché, me aferré. Lo había dejado pasmado, quería tomar ventaja. Quería que se dijera: «¡Hay que ver qué tío, la verdad!»

«¡Me colgarán!», proclamé... «¡De acuerdo! ¡Me colgarán! ¡Bien está! ¡Entendido! No faltan motivos precisamente...»

Pero ¡estaba yo hasta las narices! ¡No iba a jugar más al escondite! ¡Había ganado! ¡De acuerdo! No abusaría. Quería que me respetaran. Y se acabó. ¡Me llevé a Virginia! quería que bailase... ¡Nos traían sin cuidado, a nosotros, los *bumdabum*! ¡Ya habíamos visto otros pitotes muy chungos! ¡Que no eran dos o tres peditos de fuego!

Cascade me cogió de la manga:

«Oye, ¿no has vuelto a ver a Matthew?»

«No, aún no.»

«Porque la investigación continúa... tal vez no estés al corriente...»

«Sabes de sobra que estaba yo ocupado, que estábamos en casa del coronel... en

Willesden... ¡Lo sabes de sobra!...»

«Sí, pero continúa, de todos modos... Con Willesden o sin él...»

En todas las nupcias. Me devolvió la pelota.

«¡Ésa es la canción, picha linda! Ahora está usted informado. ¿Qué me dice usted? ¿Se marcha igual esta noche?»

«¡No! ¡No! ¡claro!...»

Me miraban todos.

«Entonces, ¿te quedas?»

«¡Pues claro!»

No chisté, lo afronté.

«¡Bravo, tronqui! ¡Eso es aplomo!»

Me felicitaron.

«¿Y tu mujercita?»

Me indicó con el dedo a mi angelito, que dormía<sup>[445]</sup>.

«Es una inglesa... ya te he explicado lo del tío...»

Quería yo que se enterara bien... de furcia nada...

«Bueno, pues si vas a hacerla trabajar, ¿para qué quieres marcharte tan lejos?... ¿no está bien con nosotros?»

«Es que, mira, no es eso... habría que ver...»

No acababa él de entender.

Ella se estaba despertando despacito.

«¡Hola, señorita!»

La miró. No la había visto bien de cerca. Ahora la miraba ahí, a huevo.

«Oye, ¡tiene unos ojos preciosos!»

Se mostraba galante, no era su costumbre precisamente. No solía reír a las mujeres.

«*Good bye Miss!*»

«*Good bye Sir!*»

No estaba asustada, mi cielito.

Él meditó.

«Tendrás que vestirla más de largo... Así queda demasiado como una menor...»

Pensaba ya en la carrera por el pasillo del teatro<sup>[446]</sup>...

«¡Ah! ¡pues sabes que es muy mona!...»

Tenía confianza.

«Sólo, que ¡cuidado con los italianinis! es mi consejo. Son muy aficionados, chalupas... ¡Una enfermedad para ellos, las rubias! ¡Se te las ligan! ¡En un soplo! ¡Un vértigo! Salvajes, te digo. ¡Italoscojones! *Fumiero!* ¿Verdad, Prospero?... ¡También los hacemos entrar en vereda! ¿Verdad, Prospero?...»

Lanzó un gran lapo. Los recuerdos... Se tomó un poquito más de molestia... Dijo así, una vez más... «Hola, señorita.» Un guiño. Después miró para otro lado, se ocupó de otra cosa...

Precisamente entonces las chicas se agitaban, trepaban, ¡escalaban sobre los guris! se tiraban rodando, ¡y venga magreos y venga besos!... No debía cesar aquello ni un segundo, no debían ocuparse de nada, estaban bien ahí y así debían seguir... *Kiss!... Kiss!... Kiss!...* magreo furioso. Las chicas les quitaron los cascos, hicieron ademán de mearse en ellos. A mí no me hacía la menor gracia. En mi opinión, sospechaban los «vigilantes», habían venido a propósito como si tal cosa, parecían así, atontados, borrachos perdidos, carcamales, en realidad se estaban poniendo las botas, diquelaban... nos preparaban una buena... ¡Éramos nosotros los choras a los que nos iban a hacer el avión!... Eso me iluminó ahí, de repente... ¡me trastornó, me conmovió!... ¡Lo pensé! temblé... ¡no daba pie con bola!... temblequeaba de la cabeza a los pies... Virginia me vio, me cogió las manos, yo palidecí, enrojecí, ya no sabía qué hacer... Era presa otra vez del terror... de una ilusión... ¡Nada de ilusión! Me palpé... ¡Era yo!... ¡era yo mismo!... ¡No había duda!... ¡No estaba soñando ni mucho menos! ¡Ya no pensaba más en eso! Lo había olvidado, ¡y listo! ¡Qué leche! ¡Qué gracia! ¡Aturdido por el dolor de cabeza! La cabeza de él, ¡vamos, es que no veas! ¡cocido<sup>[447]</sup>! ¡No la mía! ¡La suya! ¡Oh! ¡Huy, huy, huy! «¡Tiembra! ¡Tiembra! ...» ¡Siempre lo mismo! ¡Me ponía como un tomate! ¡la confusión!...

«¡Coño! ¡Joder! ¡Ha vuelto!»

¡La interpelé yo, a la Delphine!

«¿Me oyes, Lady?» ¡Quería yo verla! «¡Se marchó! ¡Y ha vuelto!»

No me oía, ¡estaba fuera!

«Hecho unas gachas está, ¿comprendes? ¡Unas natillas! ¡Está repulsivo! ¡Él solito apesta más que trescientos mil de vosotros!»

Eso mismo anuncié.

«¡Eso es un hombre! ¡un salchichón!...»

¡Me la sudaba que me oyeran! ¡Me la sudaban sus remilgos! ¡Me la sudaba todo! ¡Me dejaba llevar por el terror! ¡No tenía yo rival! ¡Era el trueno! ¡*Bum! ¡Bum!* ¡Lo hacía yo solo como el negro! ¡Me bombardeaba! Pues no había visto yo cañoneos... «¡Quinientas mil veces más que todos vosotros! ¡Y os vais a la mierda ahora mismo!»

¡Me sentó bien! ¡Me imponía!... Estaba yo orgulloso... No era un don nadie. Besé a Virginia. Había vencido el miedo. Se dieron cuenta. Me ovacionaron.

A la Delphine eso la despertó, me gritó desde fuera, me provocaba ahí, al viento...

«*Little man! Little man stupid!* ¡Hombrecillo estúpido!», me llamó...

Se atrevía en la obscuridad.

¡Ah! ¡me cachondeé, joder, al final!... Un pavor, pero después ya menos... ¡Hay que conformarse! ¡Macabros guasones! chorrinas, les iba yo a decir una cosa, ¡atención!

*buena, ¡oh, bella desconocida!*  
*ara la que tanto he cantado<sup>[448]</sup>!*

¡La solté ahí muy decidido y sin un gallo! Eso los dejó de lo más pasmados. No sabían que fuera tan artista. Logré un triunfo. No insistí.

«¡Oye», volví a abordar a Cascade, «y la investigación, ¿qué? ¿No cuentas más?»

«¡Venga! ¡Venga! ¡Sigue cantando! ¡Ya volveremos a hablar de eso!»

No era una respuesta.

Seguían los bombardeos un poquito, no sobre Wapping, más lejos hacia el Este, hacia Chelsea... el mar...

La pequeña Renée, la veterana Angèle, estaban furiosas una contra la otra a propósito de los cascos... que si les quedaban mejor a una que a la otra... Se los probaron llenos de pis... se lo echaron por todo el cuerpo... Y después volvieron al *cakewalk*... que resultó bastante cenagoso, titubeante... Estaban bajo la lámpara colgante rosa. Todo el mundo estaba ahí, amontonado entre las cuatro mesas... No debía salir ningún madero... así no había problema, una astucia... no convenía que uno de ellos olfateara por los alrededores... tenían que volver los guasones... encontrarse delante de la puerta... ¡Ah! ¡menudo, maldición!... Los maderos estaban pimplando, de acuerdo, pero, de todos modos, podían sospechar... un poco antes había habido el olor... Había que divertirlos aún más... cada vez más... En mi opinión, no estaba logrado en absoluto... las chicas se alzaron las faldas hasta las orejas... ¡eso sí que era juerga!... Cascade, Prosper daban palmas... Reavivaron la jarana... ¡Adelante las señoras! Piernas por el aire... ¡El gran cancán de la *Bum dié!* ¡*Taradabum! dié*<sup>[449]</sup>... Y después la *farandole*... Los guris tenían con qué divertirse... Ya sólo veían pololos... chochos peludos entre el encaje... el culángano ahí, saltando... *Tara-Bum-Dié!* ¡Justo al ras de los acáis!... Con el vapor del alcohol resultaba borroso, insólito... de todos modos, les pestañeaban los ojos... se balanceaban con ganas... no veían ni gota... volvían a caer sobre la mesa con la cabeza en los codos, eructaban, preguntaban por más detalles...

De acuerdo, eran maderos cargados de *gin*, pero, aun así, no dejaba yo de cavilarlo... me parecía que habían visto, dudado, algo... sólo, que fingían estar tan curdela... Se olían la tostada, habría sido demasiado bonito, si no...

Bailé un poco la polka con Virginia. Y después volvimos a sentarnos. Quería hablar otra vez con Cascade... lo que me traía de cabeza...

«¿Cómo ocurrió lo de que lo sacaran del depósito?... ¿en trozos, gachas semejantes?... ¿a la espalda?... ¿en *cab*?... ¿en coche?... ¿Es que no estaba bien en el depósito?...»

Le hice la pregunta. Se lo pregunté... Era la décima vez por lo menos...

«¿Para qué llevarlo a pasear por la ciudad?... ¿tirarlo a la pañí?... ¿Para qué?...»

Volvió a atusarse el chapiri... un toquecito... me dicó atravesado... Qué fastidio le daba yo.

«Entonces, ¿es que no conoces nada de aquí? ¿No sabes cómo funciona la cosa?»

Una compasión...

Lo sacaba yo de quicio, ¡eso desde luego!



«¡Habla inglés el tío! ¡lo conoce todo! pero ¡no conoce nasti! ¡no conoce la *convictchioûn*<sup>[450]</sup>! ¡CONVICTCHIOÛN!»

Se atracaba toda la boca con ella... La pronunciaba con mayúsculas... ¡así! ¡CONVICTCHIOÛN!

«¿No te dice nada eso? Pues mira, ¡no es una paparrucha precisamente!... ¡Existe! ¡Te lo digo yo!...»

Le daba marcha al coco que no veas, consternado ante mi lentitud de entendederas.

«¡Que tienes la CONVICTCHIOÛN! pues, ¡te cuelgan! ¡Ya ves tú lo que pasa! ¡así funciona la cosa aquí! ¿Me comprendes un poco o nasti?... ¿No te enteraste en el regimiento? ¿CONVICTCHIOÛN? ¡Es lo único que existe! Tú causas una muerte, ¡y te trae sin cuidado! ¡de naja! ¡de naja! ¡El joven guapín corre a divertirse! ¡Se cree aún en la guerra! ¡Pues sí, señor! ¡Deja plantada su CONVICTCHIOÛN! ¡Allá se las apañen los demás!... ¡Ah! ¡qué ricura es usted, mequetrefe! ¡La próxima vez va a esperar usted sentado!»

Disfrutaba poniéndome a parir.

«¡Le voy a decir yo, tortolito, cómo funciona la CONVICTCHIOÛN! Es el pitraco, ¿comprende usted? ¡No le dice nada a usted eso, claro está! ¡Se sacrifican esos muchachos! ¡apencan! ¡Usted no es capaz! ¡Borran sus crímenes! ¡Lo cubren a usted, señor mío, pirrado por los chupendis! ¡Un manazas con los corazones! ¡Ferdinand Vergüenzas!»

Me estaba echando una buena bronca.

«¿Colgado? ¿Se pregunta usted? ¿Colgado? ¡Sin la menor duda! ¡No lo cavile más! ¡CONVICTCHIOÛN! ¡Sabe usted inglés! ¡Dígaselo a su Miss *Good bye!* ¡don Récamier!»<sup>[451]</sup>

Estaba satisfecho de su parrafada.

¿Récamier, por qué? ¡a ver! Una palabra que no quería decir nada... ¡un puro efecto!...

Pero el fiambre, ¿dónde se encontraba? ¿en la pañí? ¿en la lona? ¿todo el bulto? ... Ahí debía de estar en aquel momento... yo veía la lancha... el tráfico... la pañí... ¡CONVICTCHIOÛN! ¡Ah! ¡Menuda congoja que me entraba! ¡Ah! aquello se embrollaba cosa mala... ¡Ah! ¡aquello iba a acabar en catástrofe!... ¡Ah! Yo temblaba, abrazaba a la nena... ella no comprendía... no había visto nada... había sido mientras dormía... Volví a preguntar a Cascade:

«Entonces, ¿se acabó? ¿Le han dado el lique? Pues ya está, joder! ¡No se hable más!...»

Quería yo que se acabara de una vez.

«¿No se hable más?... ¿No se hable más?... ¡ya veremos!»

Seguía teniendo dudas él.

«Tú, monín, hablas... es fácil... Es que se prolonga, ¡mira! se prolonga... no puedo decirte más...»

«¡Ah! oye, ¡qué leche! ¡yo no tengo nada que ver con eso!...»

Me irrité yo también, por fuerza. Me provocaba.

«¡Me hacéis gracia a mí! ¡Yo estoy en mi santo!»

Hacía yo como ellos, me hacía el chiflado. Cogí a Virginia, me la llevé, nos lanzamos a la *farandole*, ¡su estado no le impedía bailar! Bebí toda una botella así, a morro, de champán... al tiempo que bailaba el vals... ¡*gluglú!* ¡*gluglú!*

*Aquí está la Parisina*<sup>[452]</sup>.

Me enturbió todas las ideas en seguida el champán... toda la cabeza se me infló... al doble de volumen... ¡uf! ¡Estallaba! ¡La Virgen, qué chachi!... ¡Era el amor!... ¡Tenía un tiberio en la cabeza!... ¡*Bum!* ¡*Bum!* y ¡*Bum!* ¡*Bum!* ¡Bastante distinto del Claben, coño, joder! «¡Mulé en el hoyo! ¡Podrido!» ¡Lo vociferé a todo el mundo! ¡Se cachondeaban todos los chacales! «¡Sin corazón! ¡Sin corazón!», ¡los apostrofé! ¡incluso a los guripas les parecía yo un cachondo! ¡hasta Virginia se tronchaba al verme tan ridículo! Bailaban todos juntos, en retahíla, con dos pies, con cuatro, a cuatro patas, acuclillados, sapos al estilo ruso, sin cesar de patalear... Gisèle bailaba bien al estilo ruso, la señora Gisèle, como la llamaban. Había sido dieciocho años puta en Rusia. No era moco de pavo.

¡*Yop!* ¡*Yop!* había que verla saltar, brincar, chillar, alrededor. Una verdadera bruja del torbellino, una vez que se lanzaba... Podía soplar llamas por la boca también, así de largas, con petróleo, era su otro talento.

«Pépé también puede hacer lo mismo y bailar igual al estilo ruso.»

Sosthène me lo comentó.

«Es triste que no esté por aquí ahora. Nos divertiríamos mucho.»

Eran talentos poco frecuentes. Sosthène se echó a llorar por su Pépé, que le habían recordado de pronto, su querida ausente. Le subían sollozos del corazón, intensos... ¡Ah! lo zarandearon... Eso no podía ser... volvieron a arrastrarlo a la *matchiche*... ¡No podía haber tristeza en mi santo! Virginia se sentía mucho mejor... estaba despierta, ya no tenía la menor náusea. Las mujeres vinieron a magrearla, les hacía gracia con su falda tan corta... de colegiala... Entonces a Sosthène le apeteció, se llevó a mi ángel al baile, ahí estaban lanzados ya los dos...

Virginia era la más graciosa, sin lugar a dudas... una maga... No pesaba nada con la música... Todo el mundo la admiraba... estaba exquisita... el espíritu del torbellino... el impulso la transportaba, era un sueño... con el chinchín... giraba, se deslizaba mimosa... volaba un, dos, tres, con el vals... una muñeca...

Había admiración alrededor y envidia por fuerza... Sobre todo a Carmen, que era una cursi, le parecía demasiado atrevida la nena, que es que hacía guiños a Cascade.

«¡Cornudo! ¡Cornudo! ¡Eso es lo que eres!», me soltó...

Justo entonces la orquesta soltaba unos gallos horribles, además de la ocarina... Bigú era la que tocaba el cornetín. Algo tenía que hacer... Los borrachos cantaban en coro cada cual una canción diferente. Debía de sonar horrible en el muelle. Si entraba la ronda, empujaba a ver, nos iban a llevar para adelante... No eran unos cachondos,

los de la ronda, como nuestros vigilantes de ahí, nuestros piripis, extraños, pero complacientes. Los de la ronda eran muy bordes, simple baja ralea, cabezones, no se casaban con nadie.

Avisé a Cascade.

«¡Ojo! ¡berrean demasiado!»

No me respondió nada.

«Y los barqueros, ¿qué leche andan haciendo?»

Tardaban, me parecía a mí.

«Haber ido tú y lo habrías sabido.»

«¿Lo van a dejar lejos?»

«¡Un poquito!»

La broma.

«Mira, ¡en dirección al mar!... ¡no delante de la Cámara de los Comunes!... Lo más posible... ¿Sabes tú remar por casualidad?»

Me preguntó.

¡Oh! ¡vaya, hombre, qué guasa! ¡Se la devolví! Lo informé en seguida.

«Fiambres yo, mi querido amigo, ¡he visto por un tubo!... ¡Como no verá usted jamás!... y luchadores, ¡bravos! ¡y con méritos! ¡y no unos cerdos! ¡jodíos por culo! ¡desgraciados Claben! ¡Para que se entere! ¡Mire usted, hombre!»

Lo puse en su sitio.

Me estaba irritando, me crispaba los nervios de tal modo, ¡que le habría dado una bofetada! de alivio, ¡*pflac!* ¡Por chulo y listillo!...

Me vio encolerizado... ¡Reconoció!... Se dio cuenta un poco... No negaba que tuviera yo razones...

«Habla sin enfadarte... ¡Aún no estás en la cárcel! Ahora que, ¡eh! ¡Ándate con ojo! ¡No olvides la CONVICTCHIOÛN!»

¡Vuelta a empezar con la CONVICTCHIOÛN!

«¡Ya te lo he dicho! ¡Estás sordo!... ¡Esto de aquí no es las Épinettes<sup>[453]</sup>! Estás en Londres, ¿me oyes? ¡En Londres!»

Lo ponía yo de un nervioso, que no veas.

«¡En Londres existe la CONVICTCHIOÛN! Ya ves, ¿entendido? ¡Sin CONVICTCHIOÛN no hay *guilty!* ¿Comprendes? *Guilty!* ¡Culpable! ¡Culpable! ¿Quién está remojando en este momento tu CONVICTCHIOÛN? ¡no la del diablo! ¡Tu CONVICTCHIOÛN! ¡Tú no, charlatán! ¡Ni el diablo! ¡Los tronquis! ¡Sí, ricura, los tronquis! ¡El Papa, no! ¿Ves la realidad? ¿No? Se dice así: *ri-a-lais!*...<sup>[454]</sup> eso es *english*, ¿eh? *spoken! Ri-a-lais!*» Estaba emperrado con eso, que debería yo haberme ido con ellos, poner yo de mi parte con mi persona, ¡que debía darme pero que mucha vergüenza!

«¡Tienes potra! ¡Anda! ¡Que tienes potra!...»

Le daba rabia.

Fuera volvía a tronar, hacia el oeste de la ciudad. Por la ventana, los cristales, se

veían los ramilletes de *shrapnels* estallar en las nubes... y más lejos aún, hacia Chelsea... y después los pinceles de los faros que corrían tras los vellones... Había jugueteo.

Las señoras, al bailar entre ellas, se metían guantadas en el culo, con cada cañonazo los cates... Lanzaban unos clamores terribles, pero nadie tenía miedo de verdad. Ocurría demasiado lejos.

La Delphine berreaba en la ribera... interpretaba su función... no quería que la molestaran...

«*Knights! Knights!*», llamaba... que acudieran los caballeros...

¡Dentro no había entreacto! Descorches y más descorches... ¡*Pam! ¡Bang! ¡Pam!* ¡el vals de los tapones! ¡corría a mares! La polka *Scottish* muy apreciada, excitante, inspiraba grititos...

Yo miraba a Virginia bailar con la Corazoncito. No me gustaba demasiado la Corazoncito, hipócrita, melosa, remilgada... pero ¡no iba yo a hacer melindres! Cascade salió de su reflexión. Miró también a las bailarinas...

«Oye», me preguntó. «¿Lo va a tener?»

«Tener, ¿qué?» No comprendía nada yo...

«¡El niño!»

«¡Ya veremos!...»

No era asunto suyo.

Nos callamos por un instante más y después me dijo de buenas a primeras:

«¿Cómo andáis ahora? ¿Estás boquera? ¿Tienes dónde sobar?...»

Se urgó, se sacó del bolsillo un fajo de *pounds*, de los grandes, ¡de los de cinco!

«¡Toma!», fue y me dijo... me dio.

Brusco.

Habría preferido no cogerlo. Lo cogí.

«¡Te lo devolveré!», dije, muy digno...

«¡Vale, vale!»

Tenía yo que pagar después, pensé... aun con lo del supuesto santo... el champán y todo... No quería yo deberle nada a Prosper, prefería que me prestara Cascade.

«¡Te lo devolveré!», repetí...

«¡Si te empeñas! pero, oye, ese chino, ¿está boquerón?»

Tuvo que gritármelo al oído, el ruido de los cañones lo cubría todo.

«Sí, pero mira, ¡es inventor! ¡explorador! ¡viene de las Indias!»

Sosthène no era un don nadie, quería yo que lo supiera, que no se equivocase al respecto, que era un hombre de mucha clase. Le expliqué.

Se cachondeó, no lo creía.

Miró a Virginia, cómo bailaba, tan jovencita, tan alegre...

«Oye, tu nena, no va a trabajar con el bombo, ¿no?... puesto que la haces tenerlo... va a tener que descansar...»

Pensaba él en eso...

Lo miré, era un detalle en cierto sentido...

«¿Quieres otra?», fue y me propuso. «¿Mientras no haga nada ella?»

Una oferta de buen corazón.

«¿Quieres dos?»

Me indicaba a las mujeres. Podía yo elegir. Estaban retorciéndose bajo las lamparitas. Pensaba él en seguida en la urgencia, me veía sin recursos, pensaba en plan puterío. No con mala intención ni brutal, sólo servicial y conocedor de la vida, que el sustento es cosa seria, que la manduca no cae del cielo...

«Como quieras, mira... Ya me lo dirás...»

Estaba por ver, claro está... No tenía que andarme con remilgos... Él chuleaba, desde luego, a diez o doce, Cascade, en el *Leicester*... Habría tomado yo una en plan familiar... incluso dos o tres... para que Virginia estuviera bien tranquila, la cosa habría carburado como una seda, nos habríamos organizado de maravilla... ¡Ah! me tentaba... lo escuchaba... Me habría simplificado todo...

Él me veía perplejo.

Y después, ¡vlan! ¡me acordé de Matthew! ¡Oh! ¡huy! ¡pánico! ¡Basta de soñar! ¡Qué memoria más corta! ¡Me serené! ¡Ah! ¡menudo corte!

«Basta de vaciles, chico, mira... ¡Rápido nos largamos! ¡Oh! ¡huy, huy! ¿Dónde tenía yo la cabeza?»

Me diqueló, ¡lo había yo molestado!

¡Baúm! ¡Beng! ¡Bing! Allá arriba arreciaba... ¡una furia por todos los cielos! ¡Un cacao horrible sobre Wapping! ¡Ping! ¡Bang! ¡Vlof! ¡Estallidos por doquier!

Volvió a preguntarme, era cabezón...

«¿No quieres otra? ¿estás seguro?»

Me lo berreó fuerte al oído.

«¡No! ¡No!», fui y le dije... «¡no va a haber problema!»

«¿No quieres la Corazoncito?»

«¡Ah! ¡eso sí que no!»

Se cachondeó, sabía que no podía yo tragarla...

¡Brum! ¡Braúm!... ¡Pepinazos!

De repente el negro, el de los guris, se puso a hacer el gilipollas otra vez, el merodeador que habían traído.

Se arrojaba en plancha.

«¡Brum! ¡Brum!», imitaba... así, a cuatro patas... cada obús, cada tiro... saltaba muy arriba en el sitio... hacía retumbar toda la queli, era fuerte, mandaba todo por el aire... las mesas, los bancos... las botellas... todo a su alrededor... era un furioso... quería rezar a Dios, anunció... vociferaba por eso... lo ponía a parir... lo amenazaba... berreaba más fuerte que Delphine... ¡con el brazo alzado amenazaba a God!... «God! God! You are not good! ¡No sois bueno!», le gritaba... Volvió a saltar, se arrojó sobre las mujeres, agarró a Carmen y después a la Matamoscas... tropezó... rodaron los tres... por el suelo luchando... levantó las faldas a la Carmen... quería

besarla a la fuerza...

«¡Mamá! ¡Mamá!», la llamaba...

Ella gritaba que la violaban. Todas las chicas se acercaron, era demasiado bonito... Se alzaron las faldas todas, para que él les viese la raja... Así, toda la ropa interior, pololos... los frufriús... las sederías volantes... ¡Ah! se quedó extasiado... hizo el Mahoma... se agachó... se prosternó, se volvió a alzar así, rápido, rápido, rápido, de repente... ¡con los brazos en alto!... «¡Booo! ¡Booo! ¡Booo!», gritaba todas las veces... ¡Ah, eso sí que era un fenómeno! Le derramaron encima toda la cerveza, las cañas, todos los botellines... los grogs... se lo tragaba todo con la cabeza vuelta del revés... ¡Glu! ¡Glu! ¡Glu!... ¡Y después vuelta a empezar con más ganas! La *farandole* estaba en su culmen, tumbaron al negro, lo hicieron rodar, lo pisotearon. Berreaba ahí abajo, se asfixiaba... de todos modos, ¡gritaba por la salud del tabernero, de las señoritas, de los hombres! ¡y de Dios Santo! ¡hostias! ¡Le perdonaba todo de pronto! «*I forgive you!*», bramó... Volvió a ponerse de rodillas. Se recogió, se concentró más... Con la jeró hecha agua, los acáís desorbitados, bramó:

«*I forgive you, Daddy God!* ¡Papá Dios!...»

¡Todo estaba perdonado!

Había que relevar a los músicos, estaban extenuados. Dédé era un vago. Léonie cogió la guitarra, la criada de Prosper, una bretona, había aprendido a tocarla en Río. Las chicas en trance se echaban unas sobre las otras, el ajenjo con champán las movía a dar gritos... Enseñaban todas sus batistas y sus *grands écarts*... ¡*Yup la la!* Una zarabanda de risas locas... La queli crujía, temblaba con el eco, zumbaba como un tambor.

«¡Por la salud del rey Jorge! ¡Por la victoria de los macarras!»

¡Así mismo lo soltaban! ¡Cascade era el que pronunciaba los brindis!

Con el entusiasmo, los hurras, los marineros se quitaron, a su vez, la chaqueta, se estaban volviendo tan gamberros como los guripas. En cueros se les veían todos los tatuajes. La panza más grande era la más tatuada. «*Rule Victoria*», tenía inscrito en letras verdes, con la reina madre cabalgando un delfín espléndido. Las chicas lo admiraron, todo se interrumpió, no todos los días se encuentra un tatuaje semejante...

Provocó en seguida disputas. Pelos de pecho contra pelos de chichi. Había división de opiniones. Cada cual mostraba sus ornamentos. Había muchos tatuajes, las mujeres tenían tantos como los hombres, sobre todo en los chucháis. Se organizó un concurso. De lo que más había eran corazones con cuchillos, pero el más bonito era sin lugar a dudas el del madero con su reina y su delfín... un auténtico monumento. Los pliegues de la panza le formaban olas, nos enseñó cómo. Todo el mundo lo envidiaba. Cascade le ofreció champán y lo declararon vencedor. La pequeña Renée pasó las botellas. Tenía tembleque, las volcó. El cañón la aterraba...

«¿Lo tienes en el culo?», le preguntaron.

«No... No... sé... no... no... sé...», tartamudeaba...

Estaba descompuesta... Sólo ella tenía pánico y el negro también... Éste hacia el

eco, hacía visajes con los ojos, atronaba con su gruesa mui. ¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!  
... Ya no podía parar...

«¡Vivan los rusos!... ¡Viva el Tíbet!...»

Sosthène se enardeció... Quería que lo escucharan.

«¡Viva el Tíbet!...»

Nadie le preguntaba nada...

No acababa aquella alerta... vuelta a empezar... hacia Lambeth... Los otros no volvían... nada, que no... Ya podía yo aturdirme... igual me daba cuenta...

¿Se habrían ahogado también?... Más valía que no volviesen nunca... ¿Y si estuvieran todos de acuerdo?... Volvía a hacerme cavilar esa sospecha... El corazón me palpitaba de pensarlo... me senté.

«¿Lo cree usted, Virginia?...»

Le pregunté, no podía comprenderme. No podía sospechar. De todos modos, estaba yo más que seguro. Era una trampa, un garabo. Por eso me engatusaba el otro granuja, me ilusionaba con las chavalas, etc... ¡jodío macarra! ¡ya me lo veía yo venir! ¡mi santo y demás! ¡me lo conocía yo! ¡Ah! ¡me tenía con el alma en vilo! ¡Seguro que era un plan curioso! ¡Bastaba ver la fiesta, que decaía! ¡Camelaban pero bien mi perdición! ¡Eso mismito preparaban! Era irresistible, ¡me di cuenta! ¡Como para desesperar! ¡No iban a volver nunca los otros! ¡El queo! ¡languciaban! ¡Los guris eran los que iban a abillar! ¡No esos de ahí! Los otros del Scot, los de Matthew, los fogosos del currelo. Los veía yo salir allí de la obscuridad... ¡no, no eran ellos! Eran *sailors*... iba a ser una celada absolutamente mirífica... ¡Hale! ¡venga! ¡conejitos! ¡Saltando pringados! ¡a la olla! ¡yo ya no veía otra cosa!... ¡a punto! ¡ahí, zas! ¡Servidos curruscantes! ¡Ah! ¡imbécil! ¡Ah! ¡mi santo! ¡Oh! ¡qué jugada más curiosa! ¡Conchabados todos!

¡Yo me piraba! ¡Esa vez de verdad! ¡Cogí a Virginia! ¡Tiré de ella!

«¡Hale, vamos! ¡Andando, señorita!...»

¡Un brinco! ¡Dos! ¡alto! ¡Cascade estaba ahí! ¡me cerró el paso en la puerta! ¡Se lo esperaba!

¡Atrás! Volví a sentarme. Todo el mundo se meaba, ¡qué gracia tenía yo! ¡El payaso! ¡su santo! ¡mi santo! ¡venga, hombre! ¡menudo! «¡Cante otra!» Yo no quería. ¡Me insultaron! El madero, el flaco, quería cantar, no gustó a nadie, le pitaron, creía que era un bis, volvió a empezar<sup>[455]</sup>. Entonces estalló el escándalo, el bochinche innoble, le rociaron la cabeza con sifón. «¡Modales, por favor!» Me interpose. «¡Respeten la Ley!» Me pitaron, maldijeron, persiguieron. Me acurruqué en un rincón con Virginia, no dije ni pío más, me concentré. Tenía cogida a Virginia del brazo. Me hablaba a mí mismo. «¡Atención, chaval! ¡Pies en polvorosa!...» ¡Estaba decidido!... Había que aprovechar la algarabía... De puntillas... ¡Agua! ¡Muy despacito! ¡Chanchi!... ¡Chanchi!... ¡Que nadie sospechara! ¡Aún no estaba del todo franco!... Había un guri ahí espiándonos... Vi que nos diquelaba a la chita callando... ¡Ah! no estaba yo tranquilo... A esperar un poquito más... Pero los otros

iban a abillar... Eso por descontado... los bestias de Matthew... orgullosos como don Rodrigo... menudo trío de cabrones... ¡Ah! ¡No veas cómo iba a reanudarse la investigación!... ¡Es que no veas, vamos!... No me libraba yo del látigo... ¡y una leche!... volverían a hablar de ello en el *Mirror*... ¡Ya veía mi foto! ¡el caso de Greenwich volvía a las portadas!... ¡Oh! ¡huy, huy! ¡La Virgen! ¡Creía yo que estaba olvidado! ¡Desgraciado palurdo! ¡Lo veía en sueños! ¡Cabeza de chorlito!... ¡Ah! el corazón volvió a lanzárame, desbocárame, palpitarme, un tambor hasta la garganta, el vientre me palpitaba, toda la tripa... las piernas me flaqueaban, se descontrolaban, ¡estaba yo guapo!... me daban pitidos en los oídos, redobles, trompas, que ya es que no oía nada de fuera. Era un vértigo que me revolvía todo... Me tumbé... ya no me atrevía a moverme... ¡Iban a volver a hablar! me salía la saliva por la boca... ba... babeaba... Iban a volver a hablar... ¡Una redada que para qué!... ¡Ah! las esposas... ¡esposas por todos lados!... en los brazos... ¡en las piernas!... ¡Había que marcharse!... Eso, ¡así de sencillo!... ¡Y correr rápido!... Enchironado, palpitante, desvariaba... ¡Ah!... ¡brr... brr... brr!... ¡tiritaba!... oía las ocarinas... gruñían como órganos... No quería separarme de Virginia... La apreté contra mi corazón... Le parloteé... muy afectuoso...

«Virginia, *I dont feel well!*... ¡No me encuentro bien!»

Lo vio... no eran cuentos...

«Salgamos, ¿quiere? ¿un instante?...»

«Pero está prohibido... ¡La alerta!...»

«Sí, pero es que no puedo resistir más, me asfixio...»

Sosthène tampoco se sentía bien... me hacía señitas... quería respirar también...

Era necesario un corte...

¡Había que buscar a Delphine! ¡Ya lo tenía! Grité bien fuerte...

«¡Escuchad un poquito cómo grita! ¡Eso no puede ser, ahí fuera! ¡Va a hacer venir a todos los guris! ¡Eso no puede seguir así! ¡Tiene que entrar sin falta! ¡Hay que buscarla!»

Mi presencia de ánimo.

«¡Ve a buscarla!», me respondieron. «*Go fetch the bitch!* ¡ese bicho!»

Ya estábamos fuera. ¡Eso estaba mejor! ¡Sí! ¡Respiramos! ¡El aire era fresquito! La noche nos tomaba, era agradable... Tronaba por encima, pero bien... Rebotaban por todas las piedras los trocitos de metralla de la defensa... Se podía soportar...

Nos sentamos, reflexionamos, recuperamos un poco el caletre, así, ¡salidos del *tarabum!* y también del humo, de los olores de alcohol, pero lo peor aún eran los berridos que te daban en el oído, que te removían la cabeza, prefería yo el cañón, pero no era momento de filosofar. Zarandeé a Sosthène. «¡Hay que correr!»

«¿Tú crees?»

No estaba él tan seguro. Quería descansar un poco más... así, con la espalda contra la quelí... aprovechar la obscuridad...

«Sí, pero oye, ¡un minuto! más no... No vayas a dormirte.»



No habría sido prudente.

Miré un poco el ir y venir... el agua... continuaba... se deslizaba en la obscuridad... había lanchas en todos los sentidos... el tráfico... se cruzaban... se borran... rojas... amarillas... verdes... un eco de sirena... y después fuertes hálitos muy cerca... ahí, así: ¡pfoo!... ¡pfoo!... de la máquina... un carguero que avanzaba... rozando... bordeándonos... se veía su grueso flanco... sombra sobre sombra... pasó... Ardía allá en la ciudad... Pues sí que habían caído, la verdad... y no pocos... tres... cuatro focos... y enormes... las llamas lamían las nubes... el humo recaía en penachos... volutas tan largas, tan inmensas, que cubrían todo Londres, la extensión, todo el reborde septentrional... hasta el Big Ben flotaba, rodeaba el Reloj, el Campanario, los Comunes, el Palacio, todo... ¡Ah! ¡menudo espectáculo! ¡gigantesco! ¡No me lo habría imaginado yo tan bello!... No veíamos nada nosotros, en el local, ¡en aquel tugurio! ¡Ah! habíamos hecho bien en salir...

«¡Hale, venga! ¡Se acabó la diversión! ¡Escuadra en marcha! ¡Lanzarse a la ciudad! ¡esparcirse por las calles!...»

Ésa era la consigna... Aprovechar aún la noche... ojo con la sirga... el sendero de los manguis y los guris... evitarlos por la revuelta y después la esclusa y luego Milford... Montar en el ferry de transporte... Por el otro lado estaba franco... Poplar es todo callejuelas<sup>[456]</sup>... puros zigzags hasta el «Tub»... ni siquiera trescientas yardas al descubierto... el «Tub» era la oportunidad... a menos que hubieran pensado en todo... hubiesen sembrado de guris las estaciones... pero no había que exagerar...

Yo era bueno para los reconocimientos, las tareas de aproximación... Lo había aprendido bien de soldado... La prueba era que el mago Sosthène me había seleccionado sólo por eso, me había alistado al instante para su caravana, su Tíbet, su TaraTohé, ¡sus espejismos! ¡Miseria! ¡Malditos sueños! ¡Al trabajo!...

Yo guiaba a Virginia del brazo, tenía miedo de que se torciese los pies, eran unas piedras terribles, le había dado un vértigo al salir de la quelí, del fumadero, de los berridos, había movido demasiado el esqueleto, además, y también había bebido demasiado, por no despreciarlo, por pimplar con todas las señoras... y, encima, ¡había saltado y bailado! ¡yo no estaba tranquilo! ¡Y toda la velada, toda la noche! ¿Dónde tenía yo la cabeza? ¡Estaba loco de verdad! ¿Me había dado cuenta? ¿Se habría hecho daño? ¿habría chocado con algo? ¿el vientre? ¡Por eso no se sentía bien! ... había flaqueado dos o tres veces... casi desvanecimientos... No era sensata por tanto saltar... se comprendía a su edad... Pero ¡yo debería haberlo pensado! Quería jugar, un duendecillo, ¡contra viento y marea!... Era natural... Pero yo era mayor que ella... Yo debía preverlo... Tenía veintidós años... y ella sólo quince... en fin, justitos... Le hacía yo pequeños reproches... ¡ah! no severos... cariñosos... que si no era serio...

Sosthène iba renqueando detrás de nosotros... gemía por los callos... Corazoncito se los había pisado durante dos o tres bailes... Iba a quitarse los zapatos, continuar a pie... nos avisó:

«¡Como en Benarés!...», anunció... «como en Benarés...»

En Benarés era sagrado caminar descalzo... nos explicó... la moda de los faquires...

Conque nos detuvimos para lo de Benarés, que cumpliera con sus ritos...

«¿Vas a hacernos otra vez el ballet?»

No quería.

El alba se alzaba por encima de las dársenas, no era brillante, perdido entre el vaho... empalidecía nuestra ribera...

El gran *Tower Bridge*<sup>[457]</sup>, a lo lejos, salía despacio de entre las brumas, abría muy lentamente su torreta, alzaba muy altos sus gigantescos brazos de arcos, en pleno río, así, para que los barcos entraran... Los grandes vapores vaporizantes, ¡*puf!* ¡*puf!* ¡*puf!* con grandes faralaes... se bamboleaban, avanzaban... con humaredas negras... grandes penachos de vaharadas azules, malva, rosa... Pavana en el río... al amanecer... Pavesada de gala... Las riberas allá, al Este, centelleaban con mil lanchas, se agitaban, temblaban... los currulantes se aglutinaban... se agrupaban... se lanzaban a las escalas... negro sobre gris... El gran zafarrancho de los abordos... las cuadrillas que se incorporaban al amanecer afluían hacia las dársenas... el intercambio de brazos... por la noche, los nocturnos que paraban... dos o tres tornos que hipaban, machacaban cosa mala... hasta los cielos llegaba su ruido... su chirriar... y después todo volvía a arrancar, ¡*chutt!* ¡*chutt!* ¡*chutt!* a poco vapor... La colosal *Portland*, la grúa, bramó feroz... Era el despertar.

El río se vio agitado, cruzado, batido en todos los sentidos... Cien lanchitas se precipitaron, se lanzaron al tráfico... sin orden ni concierto... a base de ¡*taf, taf, taf!* ... azocando... afluían de todas partes... hacia las estelas... los estraves... las popas... colándose, fardando de estraves... corchos en la espuma... rozándolo todo... arcos... hélices... ¡braceando furiosas!... ardientes drizas atrapadas al vuelo... de bordo a bordo... cargueros retacos... monstruos aplastantes... pilotos de la morralla, al amanecer, de espuma a espuma raudos escapaban... saltaban más lejos... más vivos aún... torneaban, contoneaban de ola en ola... salpicaban...

Os describo un poquito la *farandole* de los chapoteos... Pero ¡no había que estar sólo a los espectáculos! Había que apresurarse... no nos convenía hacer achupé, achupé... Sosthène estaba listo. ¡Se desdijo! ya no quería ir descalzo... volvió a ponerse los calcos, espíritu de contradicción...

«¡Vamos! ¡Vamos, Benarés!»

Yo lo achuchaba.

Virginia necesitaba descansar, lo vi... Renqueaba un poco, la monina... Y eso que la languidez no era su estilo.

«*I could sleep!*...», reconoció... «podría dormir...»

«Pero ¡ya ha dormido usted!...»

Le venía... se le cerraban los ojos...

«¡Virginia tenemos que seguir!... *We must go!*...»

Estábamos demasiado cerca de la cantina... si llegaba la redada... estaba yo seguro, de un momento a otro... eso estaba hecho, de fijo... ahí, con el culo al fresco tan modositos... ¡Oh! ¡huy, huy! Claro como dos y dos. ¡Lo veía venir alucinante! ¡Ah! ¡qué golfos! ¡qué caníbales!... ¡Ah! ¡Ya no podía yo más! ¡Ah! ¡me subía el ardor otra vez! ¡Toda la cólera! ¡Ah! ¡redomados canallas! ¡Ah! exclamé:

«¡A tomar por culo con vuestros tanguelos!»

Los avisé, estaba encolerizado... ¡Seguro que nos habían vendido! ¡nos habían trajinado así mismo a los maderos! ¡Ah! ¡coleguis chungalíes! ¡Yo me ponía enfermo! ¡me insurgía! ¡me revolucionaba! ¡veía afrenta por doquier! ¡desafío! llegaban solapados del decorado... ahí, en la niebla, los avisté... ¡atención! alerté a los amigos... quería que vieran las sombras... la emoción me oprimía... veía fenómenos en la niebla... personas y bien claritas... gente ligera, en una palabra... en la gabarra... en la escotilla... en torno al pequeño mástil, a los aparejos... que bailaban y giraban... en retahíla entre ellas... no era propiamente... una *farandole*... giraban sobre sí mismas, salían volando... al ras de las olas... y después se elevaban... personas por el aire... desaparecían... ¡El baile en corro del Támesis!... Se lo dije en seguida a él, el mago, le susurré. Tenía que saberlo...

«¡Cuidado, infeliz! ¡Grandísimo peligro!...»

¡Ah! ¡estaba yo seguro!...

«¿Estás alucinando?», me respondió...

«¿Alucinando? ¡Pobre tontaina! ¿No oyes la música?»

No oía nada.

Obtuso, una vergüenza.

«Entonces, ¿cómo quieres ver la ronda sutil y embrujadora? No ves nada, ¡no oyes nada! ¡Y ya está!»

Me inspiraba compasión...

«¡Hale, carrazón! ¡adelante! ¡Ve a personas y se acabó! ¡No puedo decirte más! ¡Nos observan! ¡Nos espían! ¡Eso es lo que te anuncio! ¡hostias!»

Los amonesté una vez más... ¡que si haría todo para salvarlos! ¡el esfuerzo postrero! ¡que me escucharan! ¡insistí!

«¡El gran peligro! ¡Traición de las vaharadas del río glauco! enlazan, enroscan, *love! love!*», ¡me estaba poniendo nervioso! «¡Vellones! ¡Vellones! ¿me oís?... ¡Avanzan! ¡Danzan! ¡Nosotros media vuelta! ¡Finta! ¡Ribera! ¡Chsss! ¡*Pfuitt!* ¡Media vuelta! ¡Nada de Millway! ¡Traición vaporosa! ¡Nada de transbordo! ¡Embrollo! ¡Embrollemos! ¡Brumas, mis amores! ¡Embrollemos nuestros caminos! ¡Embrolla mejor el último! ¡*Pfuitt!* ¡Yo me entiendo!»

Estaban pasmados... me miraban fijamente... ¡Otra vez yo! ¡Toda la energía!

«¡Señoras de la niebla, mi reverencia! ¡Sírvanse pasar! ¡Sueño! ¡Su siervo! ¡Su paje!»

Los atraje, a la nena y a Sosthène, les susurré...

«¡Dirección Lime! ¡Poplar! ¡Fervor! ¡que os salvo!...»

¡Presencia de ánimo!

Así dábamos un largo rodeo. ¡Mejor! ¡Mala suerte!...

«¡Hale, vamos! ¡En marcha! ¡Volvamos a la ciudad de través!, ¡globulosos sapos!»

¡Plan bien concebido! Por el caminito viscoso... el de los paletos, por debajo de la sirga... que resbala entre limos y algas... marea baja... por fortuna, conocía yo un poco... había estado en el «Samarland», la dársena de los fruteros... con Petit Paul... por una joven española... Por allí era nuestra salvación... ¡Ah! ¡no volver a dar en la cantina!... Otro zigzag... justo después estaba el semáforo... gris y malva... el mismo color en cielo, río, casas... Junto a la empalizada... de muy lejos divisé dos formas, dos personas acurrucadas... diquelé... no estaba claro... la niebla que llegaba envolvía densa... Del río arremetía... de naja... enormes vellones... apagaba todo...

¡Ah! había que haberlo sabido... ¡Emboscada!... ¡Los guripas! ¡ya estaba! ¡No! ¡No eran! ¡Uf! ¡Oh! ¡huy, huy! Delphine en el suelo, el negro a su lado...

«¡Delphine! ¡Delphine!...»

Me alegré. La llamé... Estaban enlazados, se daban chupendis, se hacían caricias, se calentaban, se morreaban una y otra vez... Eran cariños. Se habían encontrado en la calle, el frío...

Ella me vio. En seguida gritos:

«¡Ah! ¡Eres tú, mi vampirín!»

¡Y venga menearse, gesticular!... El sombrero se las piraba... el velo como loco... se lo llevaba el viento... los cabellos por toda la nariz...

Ya estaba de pie.

Desvariaba. El efecto que causaba yo. El negro, del canguelo, se tumbó boca abajo... pedía perdón... Me creía de la policía...

«¡Policía!», imploraba... «¡Policía! *not me! not me!*» ¡A él, no! pedía...

Era como yo, alucinaba... Veía la policía por doquier. Me hizo cachondearme, ahora me tocaba a mí.

«Oye», pregunté a la hermosa, «oye, ricura, ¿es tu hombre negro?»

Me refería, en broma, al de la otra vez, el de Greenwich, el de la noche de los cigarrillos, que le había caído, al parecer, encima, el hombre negro del puente del ferrocarril, cuando iba a buscar al médico, la velada fatal...

En fin, todo el follón. ¡Me estaba quedando con ella!

«¡Ah! ¡qué golfo! ¡Qué grosero!»

Volvió a saltar, ¡una leona! ¡me injurió! ¡se irguió extraviada! ¡Ah! ¡me atrevía yo! ¡Innoble! tartamudeaba de rabia... ¡de horror!...

«¡Oh! ¡Oh! *Go! Gosh! ô! ye!... you!... Wretch!...*» Ya es que no podía más. «*You! ... dare recall!...* ¡Se atreve usted a recordar, golfo! ¡oh, pingajo! ¡Silencio, Recuerdos! *Sai! lence!*»

¡*Pluff!*... me escupió en la nariz...

«*Murder! Murder!*», se desgañitaba... ¡Asesino! ¡Bárbaro!

La traía sin cuidado armar escándalo... que los maderos abillaran... ¡Le iba a enseñar yo! Entonces al negro le entró tal miedo, que se puso a dar vueltas a cuatro patas alrededor de ella... ya es que no sabía lo que hacía, de la jindama... «*Be! be! be! be!...*», farfullaba... se revolcaba... quería esconderse debajo de Delphine... quería meterse bajo sus faldas... arremetía... revolvió ahí debajo...

«¡Jesús!» ¡bramaba!... «*Pity! Pity!*»

Ella estaba aviesa, me lo caneaba atravesada, patadas, reveses, en todo el coco... ¡*pang! pang! pang! pang!* ¡rompía el mediomundo!... ¡Oh! ¡huy, huy! ¡qué zurra!

«*Little mother!*», gritaba él a cada golpe... «¡Mamita! *I love you!*»

Y después, ¡*jojojójó!* Se echaba a reír... ¡una voz recia! ¡*Jojojójó!* ¡*Jojojójó!* todo el río retumbaba, todo el eco.

Ella curraba... curraba... y más se cachondeaba él... ¡*Jojojójó!* tirado por el suelo, desplomado, con la barriga contra las piedras... ¡el cráneo cobraba con avaricia! ¡*pang! pang! pang! pang!*...

Ella se le subió encima... ¡El asalto final!... ¡Arre, caballito! No se reía Delphine, rabiaba, estaba fuera de sí, roja del ataque... Quería pegarme también a mí, se lanzó al verme ahí, riéndome como un capullo. Le arrebaté el mediomundo. Desarmada, se puso a berrear, redobló...

«*Kill me! Kill me then!* ¡Mátame entonces!»

Se volvió a poner el chapiri, se atusó el pelo, y el velo y los mitones. ¡Ahí estaba otra vez plantada para que la matara! Insistía absolutamente:

«*There! There!...*»

¡Me indicaba su corazón, el lugar exacto! ¡ahí y no en otro! ¡se desgarró todo! ¡*vrac!* ¡dónde debía yo asestar!...

Si abillaban los guris, iba a quedar precioso... Me gritó a propósito a voz en grito... Debía de oírse en la orilla de enfrente...

«*Lady Macbeth speaks to you!*»

«¡Calla la boca! ¡Calla ya!»

¡Estaba yo ya harto!

Si la tocaba, iba a vociferar aún peor.

«¡Comadreja apestosa!», soltó... «*Take your face away!* ¡Oculte ese rostro!...»

Me mandaba a paseo.

«*No! No!*», cambió de opinión, confidente. «¡Escucha!», me susurró...

«*Seyton!* ¡Debo desaparecer!... *Kill me!... Seyton! kill me!... Wretch! as you killed so well the other!*»<sup>[458]</sup>

Ahora era yo Seyton, así era, con ese otro peta ya no era mi santo. ¡La engolosinaba que la matara como tan claramente había yo matado a todos los demás!

...

Me miraba, me hacía visajes con los acáis, tenía yo que decidirme.

«*Seyton! Seyton!*», no salía de ahí. ¡Era yo Seyton! Así mismo le parecía, eso la desorbitaba.

«¡Macbeth! ¡Macbeth!», gritó al viento... lo llamaba a ése también... Tenía algo que decirle. Me cogió a mí, me dio chupendis, me embrujaba. Pasó a las caricias. Era la pasión. Me lo explicaba todo. Me soplaba en la nariz. Me deseaba. Debía destrozarme, al parecer... Me magreaba, me hechizaba... me estrechaba... Y contoneos... Después, de repente, se separó brusca... se marchó... volvió a trepar por el talud hasta arriba del todo, junto a la empalizada. Iba a soltar otra parrafada... Salté tras ella, quería yo razonar:

«¡Vamos, Delphine, basta ya! ¡no está usted tan loca! ¡Escuche! ¡Van a venir los guris!...»

«¡Vete a tomar por culo!» No le interesaba eso.

«*What have you done with poor Claben!*»

Era su furia. ¿Qué había hecho yo con Claben?

«¡En la pañí está, gilipuertas!»

¡Ahí tenía la respuesta! No comprendía ella... Tenía una idea fija... El negro gritaba al mismo tiempo que ella, quería que lo asesinara también a él... Saltaba en todas las piedras, a huevo... estaba impaciente, a cuatro patas:

«*Kill me! Kill me!*» Ladró. Hacía el perro al borde del agua... Estaba poseído. Una preciosidad, vamos.

«¡Hale! ¡Nos vamos!»

Me marchaba.

Ella se arrojó sobre mí, me agarró.

«*The dawn!*», ¡exclamó!... «*the dawn! Boys, ¡el alba! ¡Salud al alba! ¡Qué alegría!*» ¡Ya es que no cabía en sí! Lanzó los brazos a las alturas, profirió gritos.

¡Me daban ganas de cargármela!

Se acercaba por ahí una gabarra... que salía de entre las brumas... maniobraba hacia nosotros... costeaba los guijarros...

Apostrofó al marinero...

«*Once he benefits of sleep! And the effects of watching!*»<sup>[459]</sup>. Extraño asunto... ¡Oh! ¡el clamor! ¡Todos los efectos del sueño! Y, sin embargo, ¡los ojos lúcidos! «*Watch boys! watch!*» ¡Tened cuidado!

Los tripulantes najaban sobre el *deck*... agitaban las pértigas... pasaron por las nubes... el barco se deslizó... rozando... desapareció...

Ella les gritaba, ¡les avisaba de los peores peligros!

«*Don't be deceived young men! ¡No os dejéis desorientar!...*»

No la habían advertido. ¡Y eso que gritaba bastante fuerte! ¡No se molestó! ¡Ah! ¡vaya! ¡menudo! ¡Ella sabía lo que ocurría!

«*They know me there! Me conocen ahí.*»

Me mostró el infinito, ¡la extensión de las brumas!... No se me había ocurrido a mí... ¡Eran tronquis! ¡Oh! ¡huy! ¡qué bobo! Estaba jubilosa ella.

«¡Oh! *boy! boys!*!...»

Me di cuenta. ¡Todo se explicaba! ¡Todos los sortilegios con ojos abiertos!... Me

indicó... ¡Ah! ¡juegos espléndidos! me extasié... No iba yo a contradecirle...

Volvió a cogerme por banda... tenía que saberlo todo... ¡había otras maravillas más!...

«¡Todos los saltos peligrosos del gato! ¡del elfo! ¡acostado! *understand? young man!* ¿comprende, joven? ¡milagro! ¡mimindo! *understand? in bed! Dream! Dream!* ¡Sueña, hombrecillo!»

Era una orden.

Yo no soñaba nada. Había que cortar, largarse sin que pidiera socorro... Quería yo evitarlo... ¡Qué leche! ¡Mala suerte!

Hice señas a Sosthène... a la nena... que se largaran delante... que yo los alcanzaría... que no me esperasen más, que yo los seguiría...

«¡A la derecha!... ¡a la derecha!...»

A la derecha estaban otra vez los guijarros... y después la esclusa y luego la dársena «Peninsular<sup>[460]</sup>»... los dejé partir... ¡y *ziuf!*... ¡me las piré!...

Cojeaba, pero igual corría... ¡Ah! entonces, ¡no veas qué música! ¡Me bramaba, literal, hasta los cielos!... Lo traía el agua... lo traía inmenso... Se oía por doquier su atronadora voz... todo el eco... todo el viento... los saltos... las borrascas... ¡gruñía todo con insultos!...

«¡Ferdinand! *Beast! Froggy! Monkey!*» Me tildaba de todas las maneras...

«¡Ferdinand! *Dog! Hartless dog!* ¡Perro sin corazón!...»

Me metí por donde el pretil de la esclusa... Estaba lleno de gente allí arriba... los obreros que pasaban por el canal... Se preguntaban por qué esos clamores...

«¡Está chiflada!», les expliqué.

Intenté hacer otra vez que se callara... Le hice señas desde allí arriba.

«¡Chsss! ¡Chsss! ¡Chsss!»

¡Y una leche! ¡fue mucho peor aún! Se puso estridente, ¡me cubría diez veces!

«*Give me the dagger! Coward! Macbeth has murdered sleep*<sup>[461]</sup>! ¡Entrégueme el puñal, malvado! ¡Macbeth ha matado el sueño!»

Estaba emperradísima. ¡No iba a callarse nunca!

¡A la mierda! ¡Abur!

«¡Largad todas! ¡Al trote, chicos!...»

Pero ¡no estaba rozagante mi banda! Sobre todo la nena, ¡ya es que no se tenía en pie!... Le dio otro vértigo... pero ¡había que avanzar, de todos modos!... ¡No eran parajes para andar de garbeo!... En seguida las callejuelas... del muelle a la derecha... el interior... las sombras... después de los silos de la «Insulinde»... y más allá los callejones... astucias y zigzags... Dungow... Bermond... Hercule Commons... a toda marcha... casi en el puente Lambeth<sup>[462]</sup>... Allí, un respiro, una pausa... ¡Entreacto, por favor!... Ya había su buena distancia... Podíamos respirar. Mi linda Virginia pestañeaba... sus hermosos ojos cargados de sueño... yo le hice un pequeño reproche:

«¡Ha bailado usted demasiado, cielito!»

«*O but it was so amusing!* ¡Tan divertido!...»

No lamentaba nada... Su naricita impertinente... siempre palpitante por una cosita de nada, una sonrisa, una risa, una ideíta, estaba ahora mojada de llovizna y sus hermosos cabellos, sus divinos bucles, con las ráfagas de lluvia...

¡Ah! la besé otra vez... dos veces... tres veces... sin dejar de correr... así, ¡a hurtadillas!... ¡queridita monina!... Ya no nos ocupábamos de Sosthène... Iba hablando solo detrás...

«¿Adónde vamos?», ¡me gritó de repente!...

«¡Ven! ¡Y verás!»

Cierto era que había que decidirse...

«A ver, ¿qué?»

Yo me inclinaba por lo del tío. Había que arreglar las cosas rápido, puesto que yo no me marchaba... ¿Esperar un poco más tal vez?... ¿Telefonar lo primero quizás?... Eso era prudente, razonable... Yo miraba a Sosthène, la nena... Esperaban a que yo decidiera...

El tiempo mejoraba un poco... llovía un poco menos fuerte... tal vez fuera a ser un día bonito... ¿podríamos esperar quizás a la noche?... Pasearnos un poquito más... ¿Aprovechar el resto?...

«¿Tiene frío, Virginia?»

«*Chilly! Chilly!* Fresco...», me dijo riendo.

No eran su estilo las quejas... ni siquiera bajo un chaparrón... Pero es que iba con falda corta... Había hecho tilín a Cascade... Tal vez quedara aún más corta así, empapada...

Piernas que llamaban la atención ya, finas y fuertes, musculosas, doradas, felinas... ¡oh, el admirable arco de muslo a tobillo!... tensas de lozanía, ¡de alegría!... ¡ardientes, saltarinas de luz!

¡Ah! ¡me encandilaba todas las veces! ¡Oh! ¡la leche! ¡Oh! ¡huy, huy! Aún veo aquella faldita... encantadora, graciosa, tableada... escocesa...

¡Oh! Exacto, quedaba corta, ¡incluso para Inglaterra!... Y, además, es que... así, encinta... en fin, sólo lo sabía yo... ¡Aun así! ¡Aun así! ¡Oh! ¡un momento! nada de alucinación, ¡había que actuar! ¿Volvíamos?... ¿No volvíamos?... ¡Ah! yo farfullaba, barbullaba, mascullaba... palpitaba... estaba anonadado... Veía terminar todo aquello muy mal...

«¡Eso es!», fui y dije... «¡Eso es!»

Y nada más.

Aún no hacía novelas. No sabía extenderme setecientas páginas así, en encajes de quiproquos... La emoción me asfixiaba...

Sosthène renunció, se sentó, en la acera misma, ya no podía más... Esperaba a que me decidiera yo...

«¡Cuando estés listo!...»

Estaba congelado, temblaba. No lo veía yo muy católico...



Le pregunté:

«¿Te duele algo?»

«¡Oh! ¡ya se pasará!...», me tranquilizó, «es el corazón... me salta un poco...»

Lo dejé que descansara... Era mejor el autobús que el «Tub»... había yo reflexionado... El «Tub» estaba lleno de policía... Se lo anuncié a Sosthène:

«¡El autobús!»

«¡Vale! ¡Vale! ¡Tú mandas!...»

Conque, ¡listo! ¡estaba yo decidido!...

«Mira, cruzamos el London Bridge... el autobús del «Monumento... el 113... York Square<sup>[463]</sup>, stop! ¡Y telefoneas!...»

«¡No; yo, no: ¡tú!»

«Si te empeñas...»

«Así, señor, ¡según sus deseos!... Hale, lo seguimos...»

Le tendí las bas, se volvió a alzar, nos pusimos otra vez en marcha despacito. El London Bridge no era ahí mismo, faltaba un buen trecho, nos habíamos hecho polvo con nuestros zigzags, nuestros embrollos de pista, de callejuela en callejuela... ya es que no podíamos más... Por fin ahí lo teníamos... Estaba alto... desde la Trooley Street, quiero decir... Era una escalada... Pero, desde la barandilla, no veas, ¡lo que se descubría! Se veía casi hasta Woolwich, todo el panorama, todo el río hasta Manor Way... las dársenas King... Era una perspectiva admirable<sup>[464]</sup>...

Les dije: «¡Es el momento de respirar! Aspirad este hálito...» Era verdad, era una vaharada marina... afluía hasta el pretil... llegaba en ventoleras, ráfagas... te despejaba...

Allí vimos entonces los barcos... todo el juego de los *wharfs*... todo el gran trajín... los fondeos... las brigadas... el tiberio... todo el carrusel de los cargueros... los grandes... los pequeños... los afilados... los camuflados... las estacadas planas... todos halando, gobernando entre los remolinos... ¡un pitido! ¡zafarrancho en los *decks*!... azocando, largando amarras... enganchando en las marcas... las vaharadas se contoneaban... lanchas descaradas, oh, por doquier... doblaban, giraban, salpicaban... espumaban... diez, cien, mil... atónitos dejaban a todos... no podían dejar de gustar... A mí me fascinaban... no lo ocultaba... me maravillaba... quería que lo aprobasen... que se entusiasmaran mis dos titis... Les comenté, a Sosthène, a la nena, la destreza, el mimo con que los barcos se acercaban, se desviaban, bordeaban... hasta el ras de la cinta... Iba a fascinarles también, pero tenían frío, me lo comentaron... Las gaviotas cuadrículaban, surcaban, planeaban, se lanzaban en picado hacia las balizas... suaves se posaban...

La gran corriente rugía bajo los arcos ahí, abajo del todo, excavaba, arroyaba, espumaba... aviesa, la verdad... zarandeaba, zamarreaba las lanchitas... ¡mandaba al viento! el gran *Cardiff* cargado hasta rebosar bregaba, socavaba, se agotaba, se desviaba hacia los pilones... ¡pflor! ¡pflor! ¡pflor!... toda la máquina... las palas batían como locas... renunció, amarró... el ancla cayó a la corriente... todo el

mogollón de cadenas... ¡tarrag Brup!... la enorme chatarra... ¡atronadora!... ¡barco fondeado!...

Se acabó mi fascinación... ¡uf!... «Mirad», les comenté... «qué magnífico! la destreza de la maniobra... los peligros...»

Lo comprendían muy bien, pero tenían frío. Tenían frío y se acabó.

«¡Muy bien! Entonces, ¡vale! ¡en marcha!...»

No quería yo insistir.

Aún no era del todo de día... el «Wrigley», el anuncio eléctrico, el gigantesco<sup>[465]</sup>, no estaba apagado, se lo veía apenas entre la bruma, ahí, muy cerca, a la derecha por encima de la fábrica «Orpington»... Iba a ser un día cubierto, me lo temía yo ahora. Había creído yo que iba a hacer bueno.

Con las ráfagas de viento llegaba hollín, nos quedamos aún en el pretil, a ver si me decidía yo ya de verdad, por lo del coronel o no, y también humo muy amarillo, acre, de un incendio que aún se veía, allá, hacia East Ham, resplandores que se agitaban, grandes fogonazos por instantes.

Habían llegado de verdad los zepelines. El capullo no veía ni gota, pero Virginia tenía buena vista. Podía ver allá, a lo lejos... le indiqué... muy cerca de Cannon Dock... allí era donde estábamos antes...

«Mira, ¡han partido!», observé... «¡Sosthène!», lo desperté.

«Partido, ¿quiénes?»

«¡El Kong Hamsün! ¡torrezno!»

En efecto, ni una arboladura ya, se ve hasta la tira, un velero... Sobrepassa todos los edificios.

No me lo negaba.

«¡Sí!... ¡Sí!... ¡de acuerdo!...»

Se resignaba.

Rachas de cierzo, cortantes, nos llegaban de frente. El Sosthène no podía estarse quieto, pataleaba del tembleque.

«Oye, ¿estás enfermo? ¿Estás enfermo?»

«Ya... ya... ya lo ves... ¿no?»

«Entonces, ¡adelante!»

Trescientas o cuatrocientas yardas faltaban para atravesar el resto del puente. Los agarré así, a Virginia... y a él del otro brazo...

«¡Hale! ¡granujillas! ¡Al trote!... ¿Oís, los dos?...»

Repetí la consigna.

«Entonces al “Monumento”, ¡el 113! ¡En York Square se apea todo el mundo! ¡No tiene pérdida! *You Miss*, ¡al teléfono!»

Eso, ¡magnífico!

«Sí, pero, oye, ¡tal vez no estuviera mal un cafelito!»

Se le había ocurrido.

«Un cafelito, ¿dónde? ¡Es fácil de decir! Aún no es la hora...»

«¡Un moka, señor!»

Insistió.

«¿Dónde vas a encontrarlo?»

«Ahí, muy cerca, ¡ahí! me indicó la otra orilla...»

Yo sabía que era goloso.

«En el *Calabar*, ¿no lo conoces?»

No lo conocía yo.

«¡En Twickenham, so borde! ¡se lo digo yo! Después de la estación... ¡*Saloon* Victor!...»

«¿A esta hora?»

«¡Segurísimo!»

«¿Cómo lo sabes?»

«Me lo ha dicho un pajarito...»

¡Ah! ¡yo veía ya la cafetera! Nos tentaba...

¡Para la nena también era buena idea! Justo lo que necesitaba, un café caliente.

Aun así, era una debilidad... deberíamos habernos marchado rectos, directamente, en ese mismo momento a casa del tío, no andar de garbeo por ahí más... de un café a otro... eran pretextos... no era lo convenido ni era serio. Me daba yo cuenta... pero los dos me descarriaban...

«¡El moka es la vida!»

De pronto se sintió de lo más animado ante aquella perspectiva... de lo más pillo, gracioso...

En el centro del puente, adquiere una fuerza los días en que sopla, ráfagas que te mueven como un pelele, te llevan... Hay que hacer un gran esfuerzo contra ellas...

Los divertía con ganas, de lo más farsantes ahora, diablillos, hacían como que salían volando, se elevaban en el vacío, para que yo corriera tras ellos, los atrapara...

Dos locuelos...

«¡Hale!», me enfadé... «¡basta ya!»

Hacían ademán de soltarse de la barandilla. El viejo era el más revoltoso.

Agarré a la nena, del brazo... ahora, ¡en marcha! ¡en coro!

Luchaba con ella contra las ráfagas. ¡Ah! era una tempestad, ¡sin duda alguna! ¡Ella se reía! ¡Se reía! ¡estaba contenta!...

«¡Ah! ¡qué bonita», dije, «es la juventud!...»

El Sosthène venía detrás. Hacía el incitador, el tunante...

*¿s usted la señorita  
e estaba la otra tarde*

Cantaba en falsete...

*¿y cerquita de mí en el metro?... [466]*

Brincaba, se excitaba... Las rachas de viento lo atrapaban... se lo llevaban. Iba a dar contra el pretil... Lo traía sin cuidado, ¡se moría del cachondeo! Estaban alborotadores los dos...

Otra borrasca, una violencia... vagábamos... zigzagueábamos... nos detenían, reculábamos, volvíamos a lanzarnos... ¡repelíamos los tres a la vez!...

¡Ahí estaba! ¡El extremo! ¡Ya llegábamos! ¡Cruzado el puente! ¡Uf!... ¡Ah! ¡qué divertido!... Estaban en la gloria, se tronchaban, ¡ya es que no sabían lo que hacían del cachondeo!

Le bajé la falda, se la habían levantado hasta la barbilla las rachas de la borrasca. Habrían vuelto así mismo a la ciudad... No prestaban atención a nada... Ahora querían jugar al escondite... ¡no había manera con ellos!... Yo era el único allí que no me lo tomaba a broma... Ellos ya no estaban nada cansados... Yo tenía el don de la comicidad. Querían que refunfuñara para verlo. Ya no querían moverse hasta que no hiciera la mueca, frunciere la cejas...

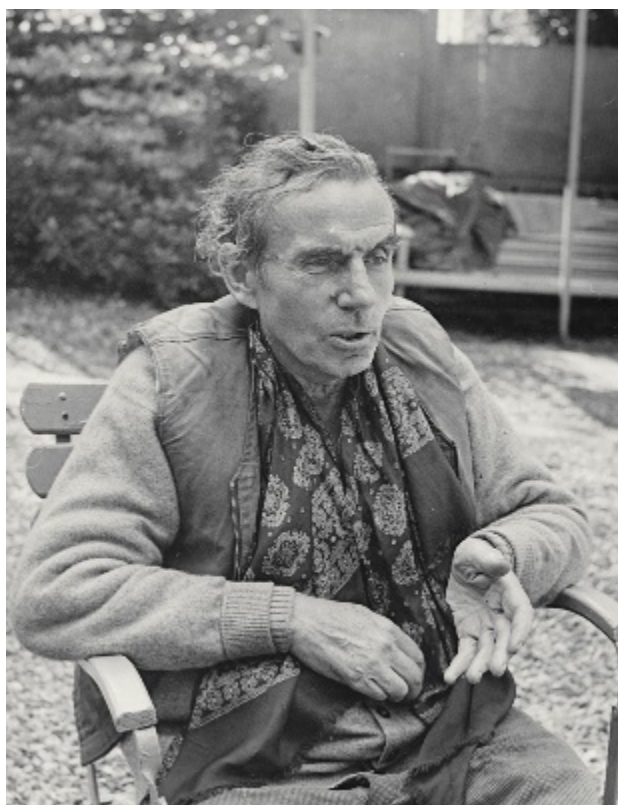
«¡Ferdinand *dear! make your facet...* ¡Ferdinand! ¡ponnos la mueca!»

«¡Hale, venga! ¡en marcha!»

Yo no quería.

Era yo el payaso ahora. ¡Había que ver!

¡Yo, tan preocupado, tan discreto!



Louis-Ferdinand Céline (Courbevoie, 1894-París, 1961), uno de los máximos exponentes de las letras francesas y de la literatura contemporánea, participó en la Primera Guerra Mundial, en la que resultó gravemente herido, y en 1924 se doctoró en medicina y trabajó cuatro años para la Sociedad de Naciones. Su primera novela, *Viaje al fin de la noche* (1932), lo reveló como un narrador excepcional. Siguió: *Muerte a crédito* (1936), el libelo antisemita *Bagatelles pour un massacre* (1938); *L'école des cadavres* (1938), presentimiento apocalíptico de la inminente catástrofe, y *Guignol's band* (1943). La extraña conducta de este negador de todo, colaboracionista del gobierno de Vichy, le obligó a huir a Alemania y Dinamarca, donde fue condenado a muerte y después indultado. En 1952 regresó a Francia y permaneció en París hasta el año de su muerte. Fruto de las amargas experiencias de sus últimos años son *Fantasía para otra ocasión* (1952 y 1954), *De un castillo a otro* (1957), *Norte* (1960), *Rigodón* (1969) y *Cartas de la cárcel* (1998), un libro en el que se recogen las cartas que el autor escribió a su mujer, Lucete Destouches y a su abogado, Thorvald Mikkelsen, desde la cárcel Vestre Faengsel entre 1945 y 1947.

# Notas

[1] ¡otra vez cuentos con este Guignol's, libro I! Este prefacio, publicado en 1944 en la edición de Denoël de *Guignol's band I*, es en sus primeras líneas un texto de circunstancias: Céline, cuyas dos primeras novelas tenían una extensión de unas quinientas páginas cada una, se siente obligado a anunciar de antemano a sus lectores que el volumen que van a leer no es sino la primera parte de una novela que se compondrá de al menos tres y a explicar por qué la publica por separado. Sin embargo, si esas páginas merecen que las mantengamos, es porque, a partir del primer párrafo, versan sobre la novela en conjunto y sobre todo acaban con una exposición que cobra el valor de un arte poética. <<

[2] ¡*vamos derechos al desastre!* En 1936, Denoël había expresado reticencias y temores ante el manuscrito de *Muerte a crédito* y se había decidido a suprimir palabras o pasajes, dejados en blanco en el volumen impreso. Posteriormente, para protestar contra la mala acogida dada por gran parte de la crítica a la novela, escribió y publicó —cosa muy inhabitual por parte de un editor— su Apología de *Muerte a crédito*. <<



[3] *¡Se nos jala incluso todo nuestro papel! Viaje al fin de la noche y Muerte a crédito* fueron reeditadas durante la guerra por Denoël, pero las restricciones de papel obligaron a reducir las tiradas. <<

[4] *hacia 1855*. El abuelo paterno de Céline, Auguste Destouches (1833-1874), fue, efectivamente, profesor de letras en El Havre y, antes de su prematura muerte a los treinta y nueve años, había publicado ensayos literarios, entre ellos una novela de folletón, con el seudónimo de A. Descordes, en un periódico de provincias. <<

[5] ¡*La transposición o la muerte!* Con la referencia al jazz y al impresionismo y los conceptos de emoción, escritura «telegráfica» y transposición, esta página de 1944 reúne varios elementos esenciales del arte poética que Céline desarrollaría sobre todo a partir de las *Conversaciones con el profesor Y*, de 1954. Además, presenta el interés de ir precedida de una formulación interesante de su posición respecto del francés académico, de sus concordancias gramaticales, sus «pertinencias» léxicas, sus figuras, su sintaxis y su propensión a la elocuencia. <<

[6] *Siete obreros de los TCRP*. TCRP: «Transportes en común de la región parisina» era el nombre, antes de 1945, de la empresa que explotaba el metro y los autobuses parisinos. <<

[7] *como por el puente*. Como en el puente de Aviñón, por referencia a la canción infantil *Le Pont d'Avignon*, según precisa el texto unas líneas más abajo: «Más bailoteo que en el otro, ¡cien mil veces más que en el de Aviñón!...» <<

[8] *¡Llevaba veintidós años así!* Desde que Céline había escapado de la guerra por haber resultado herido, habían transcurrido veintiséis años, pero nada había más alejado de su ánimo que el deseo de precisión. <<

[9] *Me sostuve con Lisette, amiguita sin miedo...* Céline hizo el éxodo con Lucette Almansor, compañera suya desde hacía varios años y con la que pronto se casaría. <<

[10] ¡*Muy bien dicho!* Las tres cortas secuencias que separan la evocación del bombardeo de junio de 1940 del relato propiamente dicho (pág. 13) forman un pasaje tan importante como difícil. Con la presente nota intentamos extraer el hilo conductor del conjunto, apoyándonos en las aclaraciones de detalles que ofrecemos punto por punto en las notas siguientes.

En el momento en que Céline comenzó a redactar *Guignol's band*, no había publicado ninguna novela desde *Muerte a crédito*, en junio de 1936, pero sí tres panfletos muy comentados sobre las cuestiones más candentes de la actualidad política. Al volver a la novela y —lo que es más— contar una historia inactual, situada en el Londres de 1915, sintió la necesidad de preparar al lector. Nadie que no se identificara con la urgencia y la violencia de los problemas del momento se habría pronunciado al respecto reiteradamente en semejante tono. Céline no tenía la menor intención de enlazar, como si tal cosa, con un nuevo episodio de la vida de Ferdinand. Para poder reanudar ese relato, antes hubo de asumir las posiciones expuestas en sus escritos y facilitar la transición.

Lo hizo reafirmando sus posiciones, pero de una forma que equivalía a un distanciamiento al menos táctico. La obsesión y las advertencias eran las mismas exactamente, pero resultaron trasladadas a segundo plano en cierto modo por una formulación en términos de hechicería o de pronóstico, en forma de enigmas o alusiones, mediante las variaciones lingüísticas en torno al tema y mediante la formulación de un propósito de prudencia. Sin retirar nada de lo que había dicho anteriormente y que adquirió un alcance dramático en función de las nuevas circunstancias, Céline se distanció de la acción inmediata. Ya en 1944 para los primeros lectores de *Guignol's band* el efecto resultó intensificado —y más aún lo resulta para nosotros— por el desfase histórico. La lectura posterior de este texto, estrechamente vinculado a la coyuntura en la que fue escrito, difumina aún más los temas panfletarios. Por esa razón, la operación llevada a cabo por Céline para pasar de un registro a otro e instalar su voz en la tesitura novelesca resulta tanto más eficaz.

Diversos indicios nos inclinan a fechar estas páginas a finales del verano o en el otoño de 1940. Desde el punto de vista de Céline, la catástrofe de junio no había eliminado los problemas fundamentales. Los primeros atentados contra los alemanes mostraron que para algunos la guerra continuaba. Es decir, que, según Céline, seguían presos del «sortilegio» (pág. 21), es decir, de la influencia de los judíos, a los que Céline, en el momento en que iba a iniciarse su martirio, consideraba aún todopoderosos: prueba de ello fue, según él, la presencia de algunos de ellos en las ceremonias patrióticas del mes de mayo. Un desastre como la derrota de mayo-junio suponía la «cooperación», la «colaboración» de organizadores en la sombra —Céline



creyó ver en las carreteras del éxodo vehículos que portaban una «decoración esotérica»— y de víctimas «insaciables con el martirio» (pág. 22). El texto habla de pasada de los primeros, Céline no deja de observar que las primeras medidas, adoptadas en el mes de agosto, fueron dirigidas contra los francmasones, lo que para él significaba que «ellos» (los nuevos gobernantes) vacilaban a la hora de atacar a los judíos. (Recordemos que el estatuto de los judíos sería promulgado en octubre por el gobierno de Vichy.) En cuanto a las supuestas víctimas, a las que la secuencia siguiente mostraría, como los panfletos, adoctrinadas, atontadas y, para colmo, ahítas de alcohol, pretende arrancarlas al sortilegio y hacerlas recobrar «en su corazón el cántico» (pág. 23), en cuya primera fila se sitúa aquí Céline manifiestamente. Pero la acción que había de llevarse a cabo queda separada de cualquier realidad por las hipérboles y la multiplicación de imágenes de suplicios medievales, que han de resultar por fuerza paródicas.

El diagnóstico que sigue sobre el estado de los franceses, entre vengativo y apiadado, desemboca también en la idea de una necesaria regeneración y en su dificultad: en el punto al que se había llegado, no resultaba fácil hacer la «Revolución en las almas» (pág. 25) (esta fórmula había de hacerse eco por fuerza de la «Revolución nacional» que propugnaban algunos en aquel otoño de 1940). El tratamiento tenía que ser por fuerza largo y doloroso —según repite— «antes de estar finos para la danza» (pág. 25). Pero aquí Céline parece no situarse en el bando de los iniciados, sino en el de quienes sufrirán dicho tratamiento: «nos queda la tira de pus y de gangrenas de adorno» (pág. 25).

En la tercera secuencia, tras haber oscilado de una posición a la otra, el péndulo se detiene en cierto modo a medio camino. Céline está sin «en las filas de los que saben, pero ya no está dispuesto a dedicar sus fuerzas a la destrucción del sortilegio. En un pasado reciente, es decir, en junio de 1939, cuando fue condenado por la Justicia, los de su bando no lo habían apoyado. Ya no estaba dispuesto a dar un paso adelante. El momento requería «precaución esotérica» (pág. 26). Dejó la acción a los otros y se entregó a los recuerdos. Ya antes había conocido a un arcángel bombardero como el del puente de Orleáns, uno de verdad. Era en Londres, durante la otra guerra.

*Les Beaux Draps* —si es cierto, como hacen pensar los indicios en uno y otro manuscrito, que el panfleto fue escrito unas semanas o unos meses después de estas páginas— constituiría una prueba de que esa operación era más retórica que otra cosa. Durante toda la guerra, Céline no se privaría de proseguir su acción, en nombre de un «saber» del que se consideraba mayor poseedor que otros. Si algo atestigua esta introducción a *Guignol's band*, es la comprensión tan fina que Céline tenía de la situación respectiva de los diversos discursos que formulaba. En 1947, cuando comenzara a escribir *Fantasía para otra ocasión*, llegaría el momento de apoyarse, al contrario, en la situación que se había creado con sus escritos polémicos para reanudar el movimiento de la obra novelesca. En 1940 aún consideraba que, para

presentarse de nuevo como novelista, debía distanciarse un poco, al menos en apariencia, del polemista, sin por ello romper con él. <<

[11] ¡*Nada se afirma, nada reluce!* Esta fórmula ha de constituir por fuerza un eco de dos versos de la estrofa de la «Canción de los guardias suizos» que Céline puso de epígrafe de *Viaje al fin de la noche*. «Buscamos un paso/En el Cielo en el que nada reluce.» <<

[12] *Asesina a un fritz en un billar*. Los primeros atentados o intentos de atentados contra las tropas de ocupación se produjeron el 14 de agosto de 1940 en París y en Royan. <<

[13] ¡Y *Tahure!* La colina de Tahure, en Champaña, tomada y recuperada por los dos ejércitos enemigos en octubre de 1915, fue uno de los lugares en que se produjeron más muertes de la guerra de 1914. Céline la evocó también en *Bagatelles pour un massacre* (Éditions Denoël, París, 1937, pág. 126). <<

[14] *En París vi Saint Geneviève...* En mayo de 1940 se celebraron en la iglesia de Saint Etienne-du-Mont unas jornadas de oración que concluyeron el 26 con la salida en procesión de las reliquias de Santa Genoveva y San Marcelo. <<

[15] *Estaba en misa de Reynaud.* El 19 de mayo se había celebrado en Notre-Dame una misa a la que asistieron Paul Reynaud, entonces jefe del gobierno, y numerosos ministros. <<

[16] *¿Que van a perseguir a los masones?* La ley sobre las asociaciones secretas, que iba dirigida en primer lugar contra las logias masónicas, data del 13 de agosto de 1940. <<



[17] *Pero ¿y si tocan ellos?* «Ellos» designa aquí al gobierno de Vichy. Los «amiguetes» que velan por los «manes del Templo» son, evidentemente, los judíos. Ya en el verano se habían adoptado medidas contra los judíos: la anulación del decreto «Marchendau» contra la discriminación data del 17 de agosto. El «estatuto de los judíos» promulgado por Vichy se publicó en el *Journal Officiel* del 18 de octubre.

<<

[18] *Hacen falta colaboraciones...* El empleo de esta palabra, en el sentido que conservaría de colaboración entre los franceses y los alemanes, data del 30 de octubre de 1940. Aquí designa más bien la «concurrentia» (cinco líneas más abajo) de los «insaciables con el martirio» y de quienes quieren lanzarlos a él. <<

[19] ¿*La decoración esotérica*? Céline volvería a ver en «Zornhoff»-Neuruppin vehículos así decorados con signos «cabalísticos», «abigarramientos esotéricos», que le evocaron inmediatamente sus contactos de 1917-1918 con los medios ocultistas. Véase *Norte*, Lumen, Barcelona, 1980, págs. 267-269. <<

[20] *François amable*. El gran aprecio que Céline sentía por Villon le hizo evocar aquí los dos primeros versos del «cuarteto» de éste (*François Villon. Obras*, Bosch, Barcelona, 1981, págs. 398-399, traducción de Roberto Ruiz Capellán).

*suis François dont il me poise,*

*¿ de Paris emprès Pontoise.*

<<

[21] *pimpla que te pimpla en los derechos humanos*. El alcoholismo y la «comedura de coco» de que serían víctimas los franceses figuran entre los temas constantes de los panfletos. <<

[22] *la flor de los trances*. Sobre la forma como reaccionó Céline, por su parte, cuando se vio amenazado de confiscación del «ahorro curioso», constituido por sus derechos de autor (es decir, su «flor de los trances»), véase el pasaje dedicado por François Gibault al episodio del oro depositado en diversas cajas fuertes de bancos (François Gibault, *Céline II. Délires et persécutions [1932-1944]*, Mercure de France, París, 1986, págs. 237-242). <<

[23] *La Revolución*. El término «Revolución» apareció en el vocabulario del gobierno de Vichy con el «mensaje doctrinal» del 11 de octubre de 1940. El 14 de diciembre, el mariscal Pétain declaró en la radio: «Sigo al timón. La Revolución Nacional prosigue.» <<

[24] *una precaución esotérica*. Véase la primera página de *Les Beaux Draps*, Nouvelles Éditions Françaises, París, 1941: «Yo ya no me comprometo pero es que nada, hermetizo, me atormentan palabras secretas. Me oculto.» <<



[25] *me quedo como un capullo*. Céline quedó marcado por su comparecencia en junio de 1939 ante la duodécima sala correccional del Tribunal de París y la condena resultante. <<

[26] *el número de Napoleón*. «Número de Napoleón» en la medida en que el mundo entero está aliado contra él. <<

[27] ¡*los prados y las riberas!* El páramo desierto (*barren heath*) es el lugar en que las brujas se aparecen a Macbeth (*Macbeth*, acto I, escenas 1 y 3). Esta fórmula es la primera alusión a esa obra, que tan citada aparecerá en la novela. <<

[28] *o en la antecámara de los patronos*. Los dos casos mencionados se refieren a la experiencia de Céline: el primero con la condena del 21 de junio de 1939, el otro con la pérdida de diversos empleos en laboratorios o dispensarios a partir de diciembre de 1937 y a consecuencia de la publicación de los panfletos. <<

[29] *prefieren callar...* En junio de 1939, Céline se sintió «abandonado» por aquellos de quienes podía esperar apoyo. <<

[30] *Yo conocí a un auténtico arcángel.* Compárese, en la pág. 16, con la fórmula con la que se designa un bombardero: «otro arcángel nos daba cera». <<

[31] *las bombas que había fabricado*. En química existen los boruros de cromo, obtenidos mediante combinación del cromo con el boro, que carecen de propiedades explosivas. En cambio, el cromato de bario asociado con el boro entra en la composición de mezclas pirotécnicas. <<

[32] *iba a trabajar en la Wickers*. En *Guignol's band II* «Wickers» será el nombre de la fábrica encargada de los ensayos de mascarillas de gas. Los diversos nombres que se le atribuyen en el texto («Wickers Strong», a partir de la pág. 28) son otros tantos juegos con el nombre de una empresa real de fabricación de armas y construcción naval, la Vickers-Amstrong. Ese juego no es inocente: la empresa Vickers, bajo la égida del negociante o especulador Basil Zaharof, fue durante mucho tiempo el símbolo no sólo de la industria de armamento inglesa, sino también de una política belicista provechosa para Inglaterra y cuyas consecuencias pagaba Francia. <<



[33] *hacia las cinco ante el Savoy*. El *Drury Lane* y el *Savoy* son dos teatros célebres del West End, es decir, de la parte más elegante de Londres. <<

[34] *otros para Trafalgar*. El Strand es una de las arterias principales y Trafalgar Square el centro de ese West End. <<

[35] *los dos extremos del Mile-End. Elephant and Castle* es el nombre de una arteria y de una estación de metro al sur del Támesis. En cambio, Mile End Road, en la prolongación de Whitechapel Road, y el barrio popular de Mile End están situadas en el este londinense y al norte del Támesis. <<

[36] *Todos los pubs a lo largo de Commercial.* Commercial Road es otra gran arteria del este londinense. <<

[37] y *la stout*. La *stout* es una cerveza negra a la que convienen perfectamente los calificativos que se le aplican en el texto. <<

[38] *el pub de la flor y nata del Lane*. En ese barrio no existe una calle llamada The Lane. Más adelante (pág. 31) veremos que *La Prestancia* se encuentra enfrente del London Hospital, es decir, en Whitechapel Road. <<

[39] *Y el retrato del Conqueror*. *El Conqueror*: Guillermo el Conquistador, duque de Normandía que llegó a ser rey de Inglaterra después de la batalla de Hastings (1066).

<<

[40] ¡A su salud!... *For he is a jolly good fellow!* «*For he is a jolly good fellow*» es una de las más conocidas de las canciones populares citadas por Céline en *Guignol's band*. Joyce la hace cantar a sus personajes, con una variante, en su relato «Los muertos». En su forma más corriente la canción sólo tiene dos versos, que se repiten varias veces:

*For he is a jolly good fellow*

*and so say all of us.*

(Pues es un muchacho excelente/Y así lo decimos todos nosotros.)

Esa canción reaparece en la novela en varias escenas de borrachera, en particular con los descargadores de *El crucero para Dingby*, págs. 95-96. <<



[41] «*London Hospital*», muy conocido, *Mile End Road*... El London Hospital es uno de los grandes hospitales londinenses, situado en Whitechapel Road, poco antes del lugar en que esa arteria recibe el nombre de Mile End Road. <<

[42] *Bajáis en Wapping...* La estación de metro de Wapping da acceso al barrio del mismo nombre, situado entre Whitechapel (Mile End) Road, a la que da el London Hospital, y el Támesis. Es un barrio de dársenas y almacenes. Céline recuerda la abundancia de las mercancías y el número de los niños. Compárese con el capítulo que le dedica Jules Vallès (1832-1885) en *La Rue à Londres* (Jules Vallès, *Oeuvres, Tome II*, Gallimard, La Pléiade, París, 1990). Para éste, Wapping no es sino un barrio de prostitución para uno de los marinos que desembarcan. «Allí», escribe al principio del capítulo, «es donde las sirenas del fango esperan a su presa en la esquina de las calles, sacándose las tetazas del vestido de colores chillones (...)» En la conclusión concede: «En mis excursiones a Wapping siempre sentí, a través de los propios cabarets, pasar el viento de alta mar y no sufrí de esas manchas, como de las manchas de otros rincones, porque el lodo de esa Capua queda lavado por la vida casta y muda del Océano.» La comparación de este capítulo con la secuencia de *Guignol's band* que comienza en esta página revela lo que separa a las dos versiones de Londres. <<

[43] *Neptune Commons...* Los nombres de calles aquí enumerados son inventados. <<

[44] *I have a wife and a family!* Las dos citadas son canciones infantiles inglesas auténticas. Figuran en la recopilación de Norman Douglas, *London Street Games*, The St Catherine Press, Londres, 1916, donde M. Binnie las ha encontrado.

La estrofa única de la primera se compone de dos dísticos separados aquí por Céline y forma un diálogo:

*Policeman, policeman, don't touch me*

*I have a wife and a family*

*How many children have you got?*

*Five and twenty is my lot (bis)*

<<

[45] *She bought a fiddle for eighteen pence!* La versión dada por Norman Douglas es la siguiente:

*encing Dolly had no sense,  
e bought a fiddle for eighteen pence  
id all the tune that she could play  
is «Take my dolly and fire away».*

Aunque esta canción esté considerada infantil, se interpretó en el music-hall en 1891 con el título de «Ta-ra-ra-boum-de-ay». Entonces los dos primeros versos eran:

*hen I was young and had no sense  
ought a fiddle for eighteen pence, etc.*  
<<

[46] *los «Chinos»*. Los «chinos» designa el barrio de Limehouse, sección del distrito de Stepney, tradicionalmente habitado por chinos. Stepney y Poplar son dos distritos del este londinense, más allá de Whitechapel. <<

[47] ¡*Grumble Avenue!*... Como los de la página anterior y los de la siguiente, estos nombres de calles son inventados. <<

[48] *Leeds Barking...* Barking aparecerá mejor situado más adelante en el texto (pág. 38). Se trata de un pueblo que pasó a ser un arrabal de Londres cerca del Támesis, río abajo. Existe, en el propio Londres, una Barking Road que comienza al este de Poplar. No existe un lugar llamado Leeds en ese sector, pero nótese que entre Poplar y el barrio del que parte Barking Road se sitúa un afluente del Támesis llamado River Lea. <<



[49] «*Guinness and Co*». Los coches de caballos de la cerveza Guinness han formado parte del paisaje londinense durante tanto tiempo y están tan asociados a la marca, que, tras ser retirados de la circulación, se recuperaron por razones publicitarias. <<

[50] *ministrel*: la forma combina aquí el inglés *minstrel* y el francés *ménestrel*. Esa palabra aparecía ya en *Muerte a crédito* para designar a músicos disfrazados de negros. Se trataba en un principio de una orquesta particular, los Christy Minstrels, fundada en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX (aparecen citados en el relato de Joyce, «Los muertos»). <<

[51] *por dos pences...* La palabra *pence* es el plural de *penny*. Así pues, la *s* es un error lingüístico. <<

[52] «*Ship Chandlers*». La forma usual es *ship's chandler*, «proveedor de equipo para barcos», que a veces se transcribe en francés con la forma *shiphandler*. <<

[53] *el Templo todo él ocre entre sus rejas*. Ese Templo podría ser el Poplar and Bromley Tabernacle, Brunswick Road, Poplar. <<

[54] *de lime a Poplar*. Lime: Limehouse. Véase la nota 46. <<

[55] *curraban en los West Docks*. West Docks: West India Docks. <<

[56] *a los wharfs. Wharf: «muelle».* <<



[57] *bajo cobertizos más colosales que las estaciones Charing*. Charing Cross Station, entre el Strand y el Támesis, cerca de Trafalgar Square. <<

[58] *Leicester y Waterloo*. Leicester Square y Waterloo Bridge, o Waterloo Station, lugares de los que se hablará con frecuencia en el resto de la novela. <<

[59] *hacia Kindall*. A diferencia de la mayoría de los nombres de lugares situados por Céline en el Támesis entre Londres y el mar, éste no hemos podido identificarlo. <<

[60] *hasta el canal del Puente Mayor*. El detalle del tablero que se abre en dos para dejar pasar los barcos identifica indudablemente este «Puente Mayor» con el Tower Bridge, pero en inglés esa denominación no corresponde a nada. <<

[61] *El crucero para Dingby* debe seguramente algo al célebre *pub* de Wapping que existe aún en nuestros días, *The Prospect of Whitby*, 57 Wapping Wall, famoso por haber sido en el pasado guarida de contrabandistas. Antiguamente tenía una salida al río. <<

[62] *entre Colonial Docks y Trom*. Los West India y East India Docks de esta parte de Londres pueden explicar el nombre desconocido de «Colonial Docks». No hemos podido identificar lo que Céline llama «Trom». <<

[63] ¡*de recordarlo!*... Esta secuencia, con sus menciones del tráfico de opio (véanse las págs. 36-38) y aquí de la policía del río, tal vez sea el vestigio de un proyecto inicial modificado posteriormente. Seguramente debía menos a la experiencia de Céline que a una imagen tradicional (encontramos un eco de ella, por ejemplo, en el capítulo que Vallès dedica a Wapping en la obra citada, véase nota a la página 31, línea 24) y a una documentación posterior a su estancia de 1915. <<

[64] *después de Gallions Rock*. Exactamente Gallion Reach, trecho del río que se ensancha para formar un estanque. <<



[65] «*P and O*»... Peninsular and Oriental, nombre de una célebre compañía marítima que hacía la ruta de India y Extremo Oriente. <<

[66] *¡Ni que fuera el Chabanais! Le Chabanais* fue durante toda una época el *nec plus ultra* y el símbolo del prostíbulo. Se inauguró en 1878. El Príncipe de Gales tenía en él su salón particular. Estaba situado en el n.º 12 de la Rue Chabanais, entre el Square Louvois y la Rue des Petits-Champs. Céline lo evoca con frecuencia. <<

[67] ¡*No soy Pelicano!* Parece haber aquí una referencia, incongruente y cómica por la inversión que entraña, al mito, popularizado por Musset en *La nuit de mai*, del pelícano que alimenta a sus pequeños con sus propias entrañas. En el caso del proxeneta es él quien es «alimentado» por sus «socias». <<

[68] *Voy a despertar al Book*. La mayúscula individualiza a quien debe ser el *bookmaker* titular de los proxenetas que frecuentan el *Regent* y la *Royale*. <<

[69] *Es la hora en la Royale*. Los nombres *Regent* y la *Royale* se refieren seguramente a dos establecimientos situados en las inmediaciones de Piccadilly Circus, por el lado de Regent Street: el *Regent Palace* y el *Café Royal* (68 Regent Street). Paul Morand menciona el *Café Royal* como uno de los lugares de Londres en los que en aquella época se declaraban más abiertamente la objeción de conciencia y el pacifismo. <<

[70] ¡Te quedas tus *fifty*...! *Fifty* parece ser, y con razón, una de las escasas palabras inglesas que Cascade y sus amigos han adoptado, pese al pundonor con que se empeñan en no hablar sino francés. Jojo abrevia aquí familiarmente la locución *fifty per cent* (cincuenta por ciento). En la pág. 48, Picpus propondrá igualmente la transacción *fifty-fifty* (a medias). <<

[71] ¡Y, además, *el gato*...! El gato: *cat-o'-nine-tails*, «gato de nueve colas», látigo formado por nueve cuerdas con nudos, instrumento de disciplina en uso hasta época reciente en ciertas instituciones inglesas. <<

[72] ¡*En el trullo en Dartmoor!* Dartmoor es una prisión célebre situada en la landa del mismo nombre, en Devonshire, a unos doscientos cincuenta kilómetros al sudeste de Londres. <<



[73] *Entonces va y se me presenta el Max...* El nombre de pila se refiere aquí a un célebre proxeneta del hampa londinense, conocido con el nombre de Max el Rojo o el Pelirrojo (esta segunda parte del apodo aparece en el texto, pág. 48). Según Henri Mahé, Céline, en la época en que se preparaba para escribir *Guignol's band*, se reunió con Max el Pelirrojo dos días antes de que fuera asesinado por un rival (Henri Mahé, *La Brinquebale avec Céline*, La Table Ronde, París, 1969, última edición 2001, pág. 126). <<

[74] *Entré en Berlemont...* Berlemont es el nombre de los propietarios de dos bares en el barrio de Soho. <<

[75] «¡No quiero ir al novar!...» Antes del descubrimiento de los antibióticos el novarsenobenzol era el medicamento específico de las enfermedades venéreas. Se administraba en inyecciones. *Ir al novar*, en el caso de una prostituta aquejada de una de esas enfermedades, es ir a ponerse la inyección, siempre temida pues con frecuencia provocaban reacciones dolorosas. <<

[76] *Gana lo que quiere en el Empire...* El *Empire Music Hall* de Leicester Square era una de las salas más renombradas para los espectáculos de music-hall. También era bastante conocida como lugar en el que se ejercía la prostitución; Charles Malato señalaba en 1885 una reciente campaña llevada a cabo contra ese establecimiento por una mujer virtuosa. Parece ser que su pasillo estuvo cerrado durante toda la guerra. La sala, renovada en 1928, fue cerrada en 1961. En 1963 se convirtió en cine. <<

[77] ¡Te sacas lo que quieres en el *biss*!... *Biss* (palabra que reaparece en la pág. 59) es una abreviación y una adaptación a la fonética francesa de *business*, otra palabra tomada del inglés por los proxenetas franceses para designar lo que para ellos es el negocio por antonomasia. <<

[78] *¡Pregunta al Pelirrojo!...* Sobre Max el Pelirrojo, véase la nota 73. <<

[79] *Se trabajan Tottenham*. Tottenham Court Road: gran arteria que parte de Oxford Street en la prolongación de Charing Cross Road y, por tanto, cerca de Soho. <<

[80] *Pasó delante de mí por la ventanilla...* No se ha podido localizar vestigio alguno de un establecimiento de apuestas hípcas en Haymarket, ancha arteria cercana a Piccadilly Circus. <<



[81] *¡cómo me pagaría el glass en Waterloo!*... Más adelante, el texto dará Waterloo Station como la estación de la que partían las tropas enviadas a Flandes. También salían de Charing Cross y de Victoria. <<

[82] ¿*Ni breach of the law*? La expresión correcta en inglés para «desórdenes públicos» es *Breach of the peace*, no *Breach of the law*. <<

[83] *Warrant* significa «orden de detención». <<

[84] ¡*El hombre más tranquilo del Borough!*... El *borough* es una circunscripción administrativa equivalente al distrito. <<

[85] *Houbigant* es el nombre de una célebre marca de perfumería. <<

[86] ¡*Vuelve al «Basto»!* El «Basto», es decir, el Boulevard Sébastopol, lugar de París en que se ejerce o se ejercía la prostitución. <<

[87] ¡y *citaciones, mira tú, como ése!*... «Como ése»: como Ferdinand. La ilusión es un elemento de identificación del personaje con el autor, que fue citado dos veces, efectivamente, en 1914, en la orden del regimiento y después de la división. <<

[88] ¡y el Mariscal Haig! Douglas Haig (1861-1928) mandó diversas unidades británicas que combatieron en Bélgica y en Francia, antes de ser nombrado en diciembre de 1915 comandante en jefe de todas las fuerzas británicas. Ascendió a mariscal el 2 de enero de 1918. <<



[89] ¡y *Poincaré*! Raymond Poincaré fue presidente de la República Francesa de 1913 a 1920. <<

[90] *¡Bien que os fumáis mis «Londrès»!* Los «Londrès» son puros habanos, en un principio fabricados especialmente para la exportación a Inglaterra. <<

[91] ¡*Guillermo nos escucha!* Guillermo II, emperador de Alemania en aquella fecha y personificación del enemigo. El nombre reaparece con su despreciativa forma familiar en la pág. 80. <<

[92] *Haría trampas con Deibler*. Deibler fue, de mediados del siglo XIX a época reciente, el nombre de la familia de los verdugos encargados en Francia de las ejecuciones capitales. Céline, que en octubre de 1933 había asistido a una de ellas, menciona en *Bagatelles pour un massacre*, *opus cit.*, pág. 83, al «Sr. Deibler, al que conozco un poco [...]». <<

[93] *Chal de Chantilly*... Tocado o chal de encaje de Chantilly. <<

[94] *la maniobra Viviani*. René Viviani, político socialista. Siendo primer ministro en agosto de 1914, se vio obligado, pese a sus convicciones pacifistas, a declarar la guerra y transformó su gabinete en gobierno de «unión sagrada», a cuya cabeza se mantuvo hasta octubre de 1915. <<

[95] *¡Se iban a enterar allá, en los sectores!...* En el vocabulario militar el «sector» es una porción de territorio definida por la unidad de mando. En época de guerra, la dirección postal de un soldado sólo lleva el número de sector, lo que explica la difusión del término. <<

[96] *Shaftesbury*. Céline da diversas ortografías a esta Shaftesbury Avenue, que bordea el barrio de Soho. <<



[97] *Tommies* y *Sammies* designaban, respectivamente (en Francia), los contingentes británicos y americanos durante la primera guerra mundial. <<

[98] *Bedford Square*, donde se encontraba el consulado de Francia. <<

[99] *un «boarding»*. «Boarding»: *boarding-house*, «pensión familiar», aquí en el sentido jergal de «chirona». <<

[100] *Constable*: «agente de policía». <<

[101] ¡*silencio!*... El *decrecendo* de un ruido que se va apagando es para Céline una sensación privilegiada y, en particular, cuando lo hacen las castañuelas o es comparable con castañuelas. <<

[102] «*Ahí está el cab...*». *Cab* es el nombre inglés del taxi pedido por Cascade. <<

[103] ¡*Dicen que Guillermo!* Fórmula usual en la época para atribuir la responsabilidad de la guerra a Guillermo II, emperador de Alemania. Véase la nota a la página 61, línea 16. <<

[104] ¡*mucho más cerca!* El Charing Cross Hospital, cercano, efectivamente, a Leicester Square, se encuentra en Agar Street, por el lado occidental del Strand. <<



[105] *luego el Port East...* La mayoría de los nombres de lugares que aparecen en esta página son exactos o aproximados y designan *grosso modo* un itinerario real. Partiendo de Leicester Square, el camino para llegar al London Hospital pasa, ya que no exactamente por Tottenham Court Road, al menos por el Strand, después por Fleet Street y luego por Eastcheap, a menos de tomar por Victoria Embankment para llegar a Whitechapel Road, cerca de Mile End Road, en el barrio del East Port. Sólo Seven Sisters Road, que se encuentra más al norte, y el *Elephant*, que se encuentra al sur del Támesis, quedan fuera de ese itinerario. <<

[106] *Clovis como el Vaso de Soissons*. La anécdota del vaso de Soissons es una de las que inculcaron a generaciones de franceses los manuales de historia de la enseñanza primaria durante la III República. Se refiere a Clovis (Clodoveo), que, después de la batalla de Soissons, deseaba como parte del botín un vaso procedente de una iglesia, para restituirlo. Como un franco se opuso a ello al romper el vaso, Clodoveo le rajó el cráneo más adelante al tiempo que le decía: «Acuérdate del vaso de Soissons.» <<

[107] «*médico de seguimiento*». Mediante las comillas con que rodea estas palabras, Céline sugiere que se trata de la traducción de un título médico inglés. No existe título alguno con esa forma, pero el inglés tiene un sustantivo *follow up* para designar la observación de los efectos de un tratamiento o de los resultados de una operación. La fórmula de Céline podría referirse a la función del médico encargado de esas tareas, por oposición al cirujano o al médico habilitado para prescribir los tratamientos. <<

[108] *Passage des Vérododats*. Esta página establece un juego sutil de ecos y variaciones con la realidad de la apariencia vivida por Céline y con la que atribuyó a Ferdinand en sus novelas anteriores. Aquí el Passage des Vérododats (en realidad, Vero-Dodat, en el distrito 1.º) se superpone al Passage des Bérésinas de *Viaje al fin de la noche* y al Passage Choiseul de *Muerte a crédito*. <<

[109] *Drancy...* En 1914-1915, Céline estuvo internado en los hospitales de Hazebrouk y Val-de-Grace en París, Paul-Brousse en Villejuif y de Vanves. «El Val» mencionado en las dos primeras novelas sirve aquí para establecer el enlace. Las menciones de Villemomble y de Drancy pueden referirse a las comisiones de baja mencionadas en una de las versiones preparatorias de *Fantasía para otra ocasión*. <<

[110] ¡*Con la fusta y prouutt! prouutt!* No carece de motivo Céline para hacer repetir aquí a Cascade, con esta descripción vengativa del sargento reclutador, un rechazo ya señalado en una escena anterior (véanse las págs. 51-52). Su rebelión contra la guerra entraña una denuncia del sistema francés de reclutamiento. En *Viaje al fin de la noche*, Princhard reprocha el reclutamiento masivo a los jefes de la Revolución y a los filósofos que los inspiraron (Edhasa, Barcelona, 1984, pág. 83, última edición en 2003). Al llegar a Londres en mayo de 1915, Céline no podía por menos de mostrarse sensible al hecho de que en aquella fecha no existiera el reclutamiento en Inglaterra (no se decretaría hasta mayo de 1916). El sargento reclutador que, en su lugar, estaba encargado de procurar soldados, era un mal infinitamente menor y —más aún— un blanco fácil. Era una figura tradicional de la vida londinense. Vallès le dedicó en *La Rue à Londres* un corto capítulo carente de hostilidad, cuya parte esencial versa sobre un desgraciado movido al alistamiento por la miseria y que termina con una advertencia contra la fuerza del ejército inglés, tanto más temible cuanto que es menos visible.

No puede por menos de sorprendernos, al final de esa tirada, ese *prouutt* con que concluye una caricatura de homosexual. Esa onomatopeya está próxima al «Prout-Proust», encaminado a ridiculizar a Marcel Proust, en *Bagatelles pour un massacre*.

<<

[111] *And sing! sing! sing!... Pack up your troubles in your old kit-bag* era una de las canciones más célebres en la época en que Céline se encontraba en Londres. El texto es exactamente:

*Pack up your troubles in your old kit-bag*

*and smile, smile, smile.*

Céline la había citado ya en *Viaje al fin de la noche* (*opus cit.*, pág. 315 y nota 1) con el título de «*No more worries*», que hacía eco a otro verso de la estrofa: «*What's the use of worrying?*» <<

[112] *Home Service*. Debe de tratarse del *Home Office*, es decir, el Ministerio del Interior, del que dependían los inmigrantes. <<



[113] ¡y *en el Yard también...*! Se trata de una fórmula humorística, ya que el nombre de la policía criminal inglesa es Scotland Yard. <<

[114] *Ruysdale*... Los nombres de lugares citados en estas páginas (hasta el final de la secuencia, pág. 105) no constituyen un itinerario: son inventados o están desplazados. Sólo tres podrían, si acaso, encontrarse en el sector en que se sitúan el *Dingby* y el almacén de Tackett: Cubit Town (y no Docks), que se encuentra en la curva del Támesis conocida con el nombre de Isle of Dogs, en el que existen, efectivamente, dársenas; el Highway (pero no «High Way Lambeth»; Lambeth Palace se encuentra al otro lado del Támesis) y Royal Mint Street (pero no Mint Place). En cambio, Marylebone (y no Marylebourne) Road es una de las calles del oeste de Londres; Moorgate no está en contacto con las dársenas; Ruysdale y Grave Lane parecen inventados. El texto parece imitar aquí la forma como los personajes intentan confundir su rastro. <<

[115] *de «Salvations»*. *Salvation Army*: «Ejército de Salvación». Los «Salvations» designan aquí los albergues del Ejército de Salvación. <<

[116] *Eran sobre todo «Pearl white» en los misterios de Nueva York...* Pearl White era la estrella de una serie de películas (*The Clutching Hand*, 1914; *The Exploits of Elaine*, 1916) distribuidas posteriormente en Francia con el título de *Los misterios de Nueva York*. <<

[117] *de Shaftesbury a Wigmore Street*. Puede considerarse que Wigmore Street, al otro lado de Oxford Street en relación con Soho, delimita con Shaftesbury Avenue un sector particularmente frecuentado durante el día. <<

[118] *Barbeley Dock*: nombre inventado. <<

[119] *en la devoradora infantería...* La infantería estaba considerada el arma más mortífera. <<

[120] *un whisky «gallon»*. El *gallon* es una unidad de capacidad correspondiente a 4,5 litros, aproximadamente. <<



[121] Este *Jolly Dame Waltz*, tan caro a Van Claben, pero interpretado también en los bares (véase la pág. 220), parece ser una aproximación para el vals de *La viuda alegre* (*The Merry Widow* en inglés), la opereta del compositor austríaco Franz Lehar que se estrenó en Viena en 1905 y conoció un inmenso éxito en toda Europa. <<

[122] *Pawnbroker*: «prestamista». <<

[123] *los paquebotes de los Straits*. La Peninsular and Oriental Company aparece ya mencionada en la pág. 41. Las líneas recorridas hacían pasar a los barcos por los estrechos (*straits*) del océano Índico, asociados en nuestra imaginación con las novelas de Conrad. <<

[124] *el Rastro de allí*. Céline menciona sólo de paso este rastro de Petticoat Lane (posteriormente absorbido en Middlesex Street), de que se ocupan por extenso varios de los viajeros franceses que han hecho descripciones de Londres. Flora Tristán (1803-1844) y Vallès le dedican un capítulo en *Paseos en Londres* (Biblioteca Nacional de Perú, Lima, 1972, 1.ª ed., 1840) y en *La Rue à Londres*, respectivamente. Charles Malato (1857-1938) habla de él en *Les Joyeusetés de l'exil* (Éditions Acratie, 1985, 1.ª ed., 1897) como del «rincón de Londres que tal vez siga siendo el más curioso». <<

[125] *con la cantinela-revoltijo...* Con la secuencia «organillos-jazz-morenos» Céline, para atacar la vulgarización de su música preferida, reitera referencias próximas a las que le hacían calificar, en *Viaje al fin de la noche*, de «negro-judeo-sajona» la música procedente de Estados Unidos (*opus cit.*, pág. 87). Unas páginas más adelante (pág. 127) ataca igualmente a los *minstrels* al decir: «¡armaban una murga! ¡su estilo en la época de que hablo!... el *swing* entonces...», no sin haber dicho anteriormente (pág. 85) que él mismo había hecho de *minstrel*. Ese tema esencial de su ideología reaparecería con toda su fuerza en la evocación de la música del *Tuit-Tuit Club*. Todo eso no debe hacer olvidar que Céline comparó su revolución estilística con la del jazz y que atribuyó a Paul Morand el mérito de haber dado «el tono del jazz a la lengua».

<<

[126] *Sólo una vez en el Old Vic*. El Old Vic Theatre, al sur del Támesis y cerca de Waterloo Station, es uno de los puntos destacados del teatro en Londres. De 1963 a 1976 fue la primera sede del National Theatre. <<

[127] *había felicitado vociferando a Miss Gleamor*. Esta «Miss Gleamor» es uno de los dos nombres de actores ingleses mencionados en *Guignol's band* que no hemos podido identificar. <<

[128] *ni siquiera la del gran Barrymore...* «El gran Barrymore» podría aplicarse a varios miembros de la familia, todos actores reputados: Maurice Barrymore (1847-1905), sus hijos John (1882-1942) o Lionel Barrymore (1878-1954). <<



[129] *Now I am the Queen!* Como las que aparecen citadas en la pág. 32, se trata en este caso de una canción infantil auténtica. Figura en la misma recopilación de Norman Douglas (véase la nota a la página 32, línea 20), que da también variantes de ella:

*My name is sweet*

*: My name is Jenny)*

*My age is sixteen,*

*My father's a farmer*

*: My father is a farmer)*

*And I am a Queen.*

<<

[130] *que había caído sobre Mill Wall*. Los Millwall Docks están situados en la curva del Támesis frente a la cual se encuentra, al otro lado del río, Greenwich. <<

[131] Al norte del Támesis no existe un «Eastwall», pero, al este de Wapping, sí que existe un barrio llamado Blackwall, y tampoco existe un «Beckleton», pero sí, también al este, una Beckton Road. <<

[132] *se le iban los ojos tras el fino «sello»*. El sello es la marca del troquel del Estado, que autentifica la aleación de un objeto de metal precioso. <<

[133] *Tenía que ir hasta el Túnel.* Puede tratarse del túnel que pasa bajo el Támesis a la altura de Greenwich o del que de Rotherhite, en la ribera meridional, permite alcanzar Wapping en la ribera septentrional. <<

[134] *To Burberry Cross!* Es una *nursery rhyme* que canta Delphine al montar a Van Claben. Figura en el *Oxford Dictionary of nursery rhymes* de Tona & Peter Opie en la forma siguiente:

*de a cock-horse to Banbury Cross,  
buy little Johnny a galloping horse.  
trots behind and it ambles before,  
and Johnny shall ride till he can ride no more.*  
<<

[135] ¡pequeños, grandes, «soverings»!... «Sovering»: *sovereing*, la antigua moneda de oro de veinte chelines, equivalente de la libra. <<

[136] ¡*tintilleaba!*... Este verbo *tintillear* (en francés *tintiller*), cruce de *tintinear* (en francés, *tinter*) y *centellear* (en francés, *scintiller*) y que asocia, por tanto, sensaciones visuales y auditivas, es un ejemplo llamativo de los logros de la creación neológica en la obra de Céline. <<



[137] ¡*media guinea*! La guinea era una unidad de cuenta que valía una libra y un chelín y, por tanto, la media guinea diez chelines y seis peniques. <<

[138] *Smack* significa en inglés «chasquido, bofetada», pero suena también como una onomatopeya. <<

[139] «*Murderers! Murderers!...*» Esta primera serie de citas (págs. 159-160) se refiere manifiestamente a la *María Estuardo* de Schiller, pero no son textuales. Si bien encontramos con facilidad en el texto pasajes o indicaciones de escena que corresponden a las diversas citas y a los gestos atribuidos a Delphine, en este caso la fuente no debe de ser el libro, sino el recuerdo de una representación. <<

[140] *¡sobre todo en Artois!...* Artois fue el primer lugar de la experiencia militar de Louis Destouches, en el mes de octubre de 1914. Allí fue donde él mismo resultó herido a finales de aquel mes. <<

[141] *Never more...* Las citas de esta página proceden más o menos directamente de la escena I del acto V de *Macbeth*, en que Lady Macbeth, sonámbula, intenta lavarse las manos ante los ojos del médico y de su dama de compañía y, al no conseguirlo, dice, entre otras cosas: «*What, will these hands ne'er be clean? No more o'that, my lord, no more o'that.*» <<

[142] *¡hasta el Observatorio allí arriba!* En la cima de la colina de Greenwich se eleva el Observatorio Real (que más adelante dejó de serlo). En el suelo, delante del edificio, una banda de cobre señala el meridiano de Greenwich, punto de referencia de los cálculos de longitud. Céline lo había visitado en 1938 con Henri Mahé. <<

[143] ¡*La tipotietisia...*! Céline, que, naturalmente, no es insensible a ciertos objetos o espectáculos tradicionalmente calificados de «poéticos» no habría utilizado esa palabra. La transformación *povoisie* («tipotietisia») es el resultado de esa situación contradictoria. <<

[144] *A! ta Boy!* Este curioso *A! ta boy!* procede, según Alphonse Juilland, del inglés *What a boy!* («¡Qué muchacho!»). <<



[145] *nos atendieron muy bien... Saint-John ambulance* es el nombre de una organización de socorro médico existente aún en nuestros días. Sus miembros llevan, efectivamente, un sombrero gris. <<

[146] *la entrada Sthepham...* El metro londinense que llega hasta Greenwich. No existe una estación *Stepham*, pero los elementos de ese nombre figuran en dos estaciones, una en el *East End*, *Stepney Green*, la otra (o, mejor, las otras, pues ese nombre figura en tres de ellas) al sur del Támesis, *Clapham*. <<

[147] *en Wardour...* La edición original da «Wardow» y «Wardour» en la pág. 193 y en la 217. Esta segunda forma es el nombre de la calle que comienza muy cerca de Leicester Square. La forma dada en el primer caso debe de ser un error de lectura, pues la escritura de Céline impide prácticamente distinguir los dos finales. <<

[148] ¡*La Guard Band hacia Buckingham!* El relevo de la guardia del castillo de Buckingham todos los días a las once y media es una atracción londinense. Una banda militar conduce desde su cuartel y vuelve a conducirlos hasta él a los hombres de guardia aportados por uno de los cinco regimientos de los Foot Guards. <<

[149] *yo lo del Novar*. Véase la nota 75. <<

[150] «¡*Depende de los gustos, Arthur!...*» Como se recordará, en el diálogo inicial de *Viaje al fin de la noche* (*opus cit.*, pág. 11), el interlocutor de Bardamu se llama también Arthur. <<

[151] *Si j'étais roi...* Se trata de la cavatina de Zéphoris, el pecador que se enamora de la joven por él salvada, cuando advierte que es una princesa, en la ópera cómica (1852) de Adolphe Adam a la que da título. <<

[152] ¡en *La Roquette!*... En *Muerte a crédito* el padre no cesa de imaginar que su hijo acabará en la cárcel de la Petite Roquette. Véase, por ejemplo, la pág. 178. <<



[153] ¡*Robó a su patrono!*... El semidelirio de Ferdinand está aquí muy próximo a las experiencias de *Muerte a crédito*: por ejemplo, el episodio del supuesto robo de la joya imputado a Ferdinand. <<

[154] *Bloody murder!... Watch your step!* (¡Cuidado!) es el título a la vez de una canción y de la revista en la que se estrenó. La cantaba Ethel Levy. El título aparece adaptado aquí a la situación de Ferdinand. Conviene indicar que esa revista fue montada por primera vez en el Empire Music Hall el 4 de mayo de 1915, es decir, exactamente en la época de la llegada de Céline a Londres. *Bloody murder!* («¡Sangriento asesinato!») no forma parte de la canción. Es un grito de los vendedores de periódicos en la calle, en el que reproducen los titulares. <<

[155] ¡*Fenchurch Street*! Fenchurch Street no está situada en Soho, sino más al este, en la City. <<

[156] ¡*Straftesbury*! Nueva variación ortográfica sobre el nombre de Shaftesbury Avenue. <<

[157] *día y noche*. Los *Lyon's* son una cadena de almacenes que ofrecen a la vez una cocina barata y diversos servicios (peluquería, banco, etc.). Parece tratarse del mismo *Lyon's Corner House* situado frente a la estación de Charing Cross que figurará en *Guignol's band II*. <<

[158] ¡la YMCA!... YMCA: *Young Men's Christian Association*, asociación cristiana de alojamiento de jóvenes. <<

[159] ¡*el consulado!*... El Consulado de Francia estaba situado en el n.º 18 de Bedford Square. <<

[160] *cuello postizo de celuloide...* Existe otro espécimen en Londres, precisamente el del gerente de la Librería Francesa que tanto sorprenderá a Ferdinand en *Guignol's band II*. <<



[161] ¡con el «sistema»!... Otro recuerdo de *Muerte a crédito* (opus cit., pág. 277). <<

[162] *Desde Hazebrouk, en Flandes...* Después de su herida del 25 de octubre de 1914, Louis Destouches recibió las primeras curas en Hazebrouk, en un colegio transformado en hospital auxiliar. <<

[163] *hacia Saint-Alban...* Debe de tratarse de la iglesia de Saint-Alban's, Brooke Street, Holborn. <<

[164] ¡*La Rapée!*... Louis Destouches había pasado por varios consejos de revisión antes de ser destinado al consulado general de Londres. <<

[165] ¡y *Pierrot el Bracitos!*... Pierrot el Bracitos aparecía anteriormente (pág. 45) no como alistado, sino como encarcelado. <<

[166] ¡*Viva Inglaterra!*... La canción patriótica es el recurso último de Ferdinand (compárese con el episodio del Amiral Bragueton en *Viaje al fin de la noche*(opus cit., págs. 146-148). <<

[167] *Me habían hecho tres eburnaciones.* En el vocabulario médico existe la palabra eburnación, que designa el aumento de la densidad de un hueso. <<

[168] *correr a ofrecerme a Gallieni...* Gallieni (que había pasado por Saint-Cyr) fue ministro de la Guerra en 1915-1916. <<



[169] *¿No ha seguido usted la misión Bonvalot?... El explorador Gabriel Bonvalot (1853-1933).* <<

[170] ¿Ése, en la *Gaurisankar*? El nombre de Gaurisankar no aparece en el volumen dedicado por Bonvalot a su misión por Asia y el Tíbet. <<

[171] ¡*La abuela de usted, por ejemplo!* Este ejemplo de Sosthène es menos fortuito de lo que podría parecer, si pensamos en que la abuela Guillou fue sin duda alguna el miembro de su familia próxima por el que Céline sintió más afecto (eligió su nombre de pila como seudónimo) y que, frente a la ascendencia Destouches, representaba el lado popular y «plebeyo» de esa familia. Hay que tener en cuenta esos hechos al apreciar el posible alcance ideológico de esta teoría de la raza nobiliaria expuesta aquí por Sosthène. <<

[172] ¡*en su cenotafio!* Ese cenotafio, que no lo es, pues contiene los restos de Achille Norbert, está hecho, como veremos en la pág. 239, de un baúl de mimbre. <<

[173] ¡*Caballos de artimón!* *Artimón* es un término de marina que designa una categoría de mástil. Interviene aquí de forma incongruente en una enumeración de diversos tipos de caballos. <<

[174] *Selfridge's*, uno de los grandes almacenes de Oxford Street. <<

[175] *todos los cabellos con nubián negro*. El *nubián* era a finales del siglo XIX y a comienzos del XX un tinte negro para cabellos, barbas y bigotes. <<

[176] *Corrimos Villiers Street.* Villiers Street desciende del Strand al Támesis, a la izquierda de la estación de Charing Cross. Es, efectivamente, una calle de restaurantes y bares. <<



[177] *la calle del Regent Strand*. Esta designación es problemática. Como Céline ha escrito varias veces antes en el texto, la gran arteria paralela al Támesis se llama sólo Strand. <<

[178] *¿intus?... ¿Exit?:* «en el interior», en latín y, más en particular, «en el interior del cuerpo» o «para uso interno» en un vocabulario médico anticuado. *Exit*, empleado aquí como su contrario, no existe en ese sentido. <<

[179] ¿*La Flor de los Magos*? La Tara-Tohé no tiene relación con la «flor maravillosa» que da título a una obra de Miguel Zamacois, de 1910, que Louis Destouches pidió, entre otros libros, a sus padres en una carta de octubre de 1916 (*Cahiers Céline 4. Lettres et premiers écrits d’Afrique (1916-1917)*, Gallimard, París, 1977, pág. 114); la acción de la obra se sitúa en Holanda y la flor maravillosa es una nueva variedad de tulipán. <<

[180] ¡*Dos Bass!* *Bass* es el nombre de una marca de cerveza. <<

[181] ¡*de mis isocenos...*! La palabra *isoceno* no existe en el vocabulario científico. <<

[182] *el barrio justo después de Poplar...* Rotherhite, que Céline ortografía de diversas formas, es un barrio situado frente a Wapping, en la ribera meridional del Támesis, y no «justo después de Poplar», que se encuentra más lejos en la ribera septentrional. La Beckton Road mencionada unas líneas más abajo está, en efecto, después de Poplar, más allá del río Lea. <<

[183] *Rapped* en inglés, del verbo *to rape*, «saquear, violar». <<

[184] ¡*el Crystal!* El Crystal Palace era una vasta construcción de hierro y vidrio edificada primitivamente en Hyde Park para la Exposición Universal de 1851 y trasladada en 1854 a Sydenham en las afueras meridionales de Londres. <<



[185] ¡a los *davidés de Bengala*! No existe rastro alguno de esos «davidés». En cambio, el adjetivo *drávida* designa una fracción importante de la población y de las lenguas del continente indio. <<

[186] *To blacklist*: «poner en la lista negra». <<

[187] *de hablar con ellos en «beluche»*. Existe una lengua beluche o baluche, que se habla en la región del Beluchistán, situada a caballo del Irán y del Pakistán occidental. <<

[188] *Aquí es, ¿lo sientes?...* Ferdinand hará también tocar su cicatriz a Virginia (véase la pág. 282 de *Guignol's band II*). <<

[189] *¡cada vez más pálida!*... Céline es sensible, en la medida en que no lo comparte, al gusto de algunos hombres por las mujeres de tez pálida o incluso lívida. <<

[190] *gouffy!*... *Goof* significa «chiflado» y *goofy*, en el habla popular, «bobo». <<

[191] *el ataque del Somme...* La Batalla del Somme ocurrió entre julio y noviembre de 1916. <<

[192] Los «*taubes*» son uno de los modelos de avión alemanes de la Primera Guerra Mundial. <<



[193] ¡*No iban a magrearse eternam!* La proximidad de las formas respecto de las palabras francesas correspondientes ha hecho pasar al francés familiar con el sentido de «sin fin» la fórmula del latín eclesiástico *ad vitam aeternam*. <<

[194] *Willesden Mansions...* Willesden, que será uno de los centros de la historia en *Guignol's band II*, es un barrio residencial al noroeste de Londres, muy alejado del centro. <<

[195] ¡joven! Esa palabra y esa idea eran ya las de los padres de *Muerte a crédito*. <<

[196] *Aldersgate*... Aldgate (y no «Aldersgate») Street no se encuentra cerca de Rotherhite, sino en el este de Londres, en la ribera septentrional. <<

[197] *marshmallows*. *Marshmallow*, «malvavisco». <<

[198] *unos toffea...* Más exactamente *toffee*. <<

[199] *Yo soy entendido...* Céline se atribuye con frecuencia ese conocimiento de los objetos antiguos, que hace remontar al comercio de lance de su abuela Guillou. <<

[200] *¡no se parecía a mi Des Entrayes!* Varias adiciones manuscritas introducen en el texto de *Guignol's band* el recuerdo del coronel Des Entrayes de *Viaje al fin de la noche*, figura compleja, padre ideal y dominante. La más elaborada y asombrosa es el pasaje en el que Ferdinand, presa de una alucinación, se ve montado como un caballo por el coronel (págs. 550-554). <<



[201] ¡*un frutti espléndido!*... *Frutti* es aquí una abreviación de *tutti frutti*, designación de un tipo de helado con diversos gustos. <<

[202] El *Luna Park* fue hasta el final de la Segunda Guerra Mundial el mayor y más célebre parque de atracciones de París. <<

[203] *England rule the world!...* La fórmula aparece como una variante del *Rule Britannia*, que es el himno de la marina de guerra inglesa.

*Rule Britannia, Britannia rule the waves.*

(«Reina Bretaña, Bretaña reina sobre las olas.»)

Más adelante la convertirá cómicamente en «*England rule the Gas!*» («Inglaterra reina sobre el gas»). <<

[204] *Guillermo el Conquistador* al estilo de 1917, que sale esa vez de Inglaterra para conquistar una parte del continente. <<

[205] «*One wealve embryoun gentlemen!*» Esta fórmula está considerada como «la más impenetrable» desde el punto de vista del inglés por Peter Dunwoodle en su artículo «Céline à l'heure du “the”», *Actes du Colloque international de Paris*, Du Lérot, Tusson, 1986, pág. 70. En efecto, para intentar darle sentido, hay que rectificar e interpretar cada una de las palabras. Si interpretáramos *wealve* por *veal* y *embryoun* por *embryo* e imaginando que Céline pudo haber confundido el nombre culinario de la «ternera», *veal*, y su nombre genérico, *calf*, se podría llegar a la idea de que una de las capas protectoras probadas por el coronel es una membrana de embrión de ternera. <<

[206] *Pero si el mundo está podrido de ideas...* Seguramente es ésta la primera expresión de una opinión que Céline reproduciría como *leitmotiv* en los años siguientes, al evaluar lo que constituye el valor de un escritor: las ideas carecen de importancia; lo esencial es el estilo. Véanse, entre otros documentos, *Entretiens avec le Professeur Y*, pág. 19; «Entretien avec Albert Zbinden» y «LouisFerdinand vous Parle», págs. 67 y 83, respectivamente, de *Cahiers Céline 2. Céline et l'actualité littéraire, 1957-1961*, Gallimard, París, 1976. <<

[207] *sino en Süß*. En la época en que lo escribe, este nombre ha de ser por fuerza una alusión antisemita. Sabido es que la novela *Le juif Süß* del autor judío alemán Lion Feuchtwanger (1925) fue tergiversada en 1941 para convertirla en un medio de propaganda antisemita en la transposición cinematográfica que de ella hizo Veit Harlan por orden de Goebbels. La obra de Feuchtwanger era una novela histórica. Contaba una historia que databa del siglo XVIII, la de un «judío de la corte» que en el ducado de Wurtemberg había llegado a ser ministro todopoderoso del duque y, justo después de la muerte de éste, había sido acusado de intriga, condenado y ejecutado.

<<

[208] *Homespun*: «tejido a mano». <<



[209] ¡*La Verdad es la muerte!*... Esta fórmula había aparecido ya en *L'Eglise* (Denoël al Steel, París, 1933, acto II, pág. 102) y en *Viaje al fin de la noche* (*opus cit.*, pág. 240). <<

[210] *¡el que fue por leña!*... Alusión a una canción infantil que cuenta una historia cuyos personajes son los cinco dedos de la mano de un niño. <<

[211] *el capitán y yo...* F. Gibault (*Céline I. Le temps des espérances [1894-1932]*, Mercure de France, París, 1986, pág. 144) da como real el episodio del salvamento.

<<

[212] *Whitehall* es la avenida, entre Trafalgar Square y la Cámara de los Comunes, en que están agrupados los principales ministerios. <<

[213] La «*National*», como más adelante el «*Museum*», designa la National Gallery, el gran museo de pintura situado en Trafalgar Square. <<

[214] Sobre *el Crystal Palace*, véase la nota a la página 184. <<

[215] *el salto del río de Epsom...* En el hipódromo de Epsom, al sur de Londres, es donde se celebra la carrera anual del Derby. <<

[216] *por eso lo llamaban Nelson...* El «monumento» que se alza en el centro de Trafalgar Square es la columna que soporta la estatua de Nelson: a ello se debe el nombre del personaje. <<



[217] *Por la gran avenida Westminster*. Esa gran avenida entre el Támesis, a la altura de Westminster Bridge, y Trafalgar Square es Whitehall, que Céline ha mencionado más atrás. <<

[218] *Salut! Salut!* Estos dos versos son un arreglo del estribillo de la celeberrima *Sérénade du pavé* de Jean Varnet, compuesta en 1895 por Eugénie Buffet:

*is bonne ô ma chère inconnue,*

*ur qui j'ai si souvent chanté,*

*n offrande est la bienvenue.*

*is-moi la charité.*

<<

[219] *Maisons-Laffitte*. En el hipódromo de MaisonsLaffitte, que frecuentaba Courtial des Pereires (*Muerte a crédito, opus cit.*, pág. 321). <<

[220] *Bond Street* y *Dover Street* son dos calles del centro de Londres, que confluyen en Piccadilly. <<

[221] ¡*los del Río...*! El Río (*the River*) es una designación corriente en Londres del Támesis. Como en todos los grandes puertos, hay unos pilotos que se encargan de guiar los barcos. <<

[222] *como en la explanada de su plaza*. Trafalgar Square es célebre, en efecto, por sus palomas. <<

[223] *and Glori...ous!* «*Send him (o her) victorious, happy and glorious*» es una frase del *God save the King (Queen)*. La presentación tipográfica reproduce aproximadamente los cortes silábicos impuestos por el ritmo de la melodía. <<

[224] ¡*En el War Office!* Lord Kitchener era el titular en 1914 y lo fue hasta su muerte en 1916 del Ministerio de la Guerra (*War Office*) en Gran Bretaña. Él es el que aparece representado en un célebre cartel de reclutamiento con el dedo apuntando hacia el espectador y la leyenda «*Your country needs you*» («Tu país te necesita»). <<



[225] *vimos aún sus tizas en el suelo...* Al llegar de Rotherhite por el Strand, Ferdinand y Nelson pasan por Trafalgar Square, donde Nelson hace sus dibujos con tiza, para llegar a Whitehall. <<

[226] *debía de dar a St. James Park...* Los edificios administrativos, cuya fachada se encuentra en Whitehall, dan, en efecto, a St. Jame's Park. <<

[227] *¡Si hubieras conocido a Des Pereires!* Esta referencia al Courtial des Pereires de *Muerte a crédito*, que Sosthène no tiene razón para conocer, establece un punto de contacto entre dos personajes que no carecen de rasgos comunes. <<

[228] *arsinas*. Los nombres químicos utilizados en estas páginas («arsinas» aquí, «peroles», «xylenos» en la pág. 319 y «gas metilometílico», «yperol con sales de metano» en las págs. 351-352) tienen, como era de esperar, una pertinencia muy relativa. Sólo las arsinas y los cianuros tienen que ver con el gas de combate. Los demás son, al parecer, invenciones a partir de productos existentes, entre ellos las arsinas y la yperita. <<

[229] *Upper Betlam Green*. Bethnal (y no *Betlam*) Green es un condado de Londres situado en el norte de Stepney y al este de Poplar. <<

[230] ¡*Buenitas!* En español en el original. <<

[231] *con su corto vestido liberty. Liberty* es el nombre de un tejido ligero de fabricación inglesa. <<

[232] *Me calumniaba a placer...* Una vez más aparece una fórmula que es, por otra parte, uno de los principios de la poética de Céline: siempre hay que «ensombrecer y ensombrecerse» (citado por sus dos secretarias: la primera, Jeanne Carayon, en su artículo «Le docteur écrit un roman», *Cahiers de L'Herne*, n.º 3, París, 1963, pág. 211; la segunda, Marie Canavaggio, en testimonios orales). El segundo figura en estos términos en las *Entretiens avec le Professeur Y*, Gallimard, París, 1983, pág. 66: «¡Mi “yo” no es muy atrevido! ¡lo presento con cuidado!... ¡mil prudencias!... ¡Lo cubro siempre entera, muy precavidamente, de mierda!» <<



[233] *¡era un enorme zarzal en llamas!* Fuera ésa o no la intención de Céline, este pasaje tiene por fuerza que evocar el episodio del zarzal ardiente de la Biblia, Éxodo, 3, 1-6. <<

[234] ¡*el trance de los cíclopes!*... Unas páginas después de haber evocado la Biblia (véase la pág. 345), Céline se refiere a la mitología griega con esos cíclopes, gigantes algunos de los cuales eran los herreros de Zeus. <<

[235] *de ser los asesinos de sus amos...* En una novela tan llena de recuerdos de *Macbeth*, no podemos por menos de citar aquí la acusación de asesinato hecha por Macbeth y Lady Macbeth contra los chambelanes de Duncan (acto I, esc. vii, y acto II, esc. iii). <<

[236] ¡*Después por la great Sarah Bernhardt!* Sarah Bernhardt, que en el pasado había actuado con frecuencia en Londres y en Inglaterra interpretando, entre otros, el personaje de *Hamlet*, hizo a partir de enero de 1916 una larga gira de recitales patrióticos. <<

[237] *el príncipe Gorlor*. Este nombre de príncipe Gorlor recuerda en parte, en un contexto hinduizante, al del Gorloge de *Muerte a crédito* y tal vez, si tenemos en cuenta la mención de Gwendor en la pág. 371, al de Krogold. Estos dos últimos nombres aparecían presentados como nórdicos en los fragmentos de leyenda citados en *Muerte a crédito*. <<

[238] *Neuneu* es la denominación familiar de Neuilly, cuya verbena era la reunión estacional de atracciones que durante mucho tiempo fue el arquetipo de diversión popular destinada a tener siempre el mismo éxito (y con la que, según Sosthène, podían acabar, sin embargo, las atracciones modernas). <<

[239] *a los Sars*. Este nombre con connotaciones religiosas orientales es conocido esencialmente en Francia como el título que se dio el escritor finisecular y místico rosacruz Joseph Péladan (1858-1918). Está tomado del asirio y originariamente designaba a un rey-dios. Obsérvese que en una carta de 1949 Céline afirmó haber conocido a Péladan y en *Fantasía para otra ocasión* evocaría los «escombros», situados bajo las ventanas de su piso de la Rue Girardon, de lo que había sido un antiguo piso o taller de Péladan. <<

[240] *corridas*. Corridas (de toros). En español en el original. <<



[241] *el Vals de las Rosas...* Este *Vals de las Rosas* aparece mencionado en *La Rue à Londres, opus cit.* En ese pasaje Jules Vallès se extraña precisamente de que en un café cantante de Wapping toquen esa tonada para jovencitas de familia bien. <<

[242] ¡*vi las Lácteas de Des Pereires!*... Las «Lácteas» de Des Pereires aparecen citadas en varios pasajes de *Muerte a crédito* —«las grandes lácteas de Antíope». <<

[243] Los «*trastornos lacunarios*» son trastornos del habla, de la memoria, del caminar y del funcionamiento de los esfínteres, que afectan en particular a las personas de edad. <<

[244] *pasamos por debajo...* Marble Arch es un arco de triunfo que data del siglo XIX. Si bien «lleva a todas partes», no es «pasando por debajo», sino porque su situación es céntrica en Londres. <<

[245] ¡*Lime Lane upper!* Como era de esperar, ninguno de los nombres de proveedores citados en estas páginas figura en el *Post Office Directory* de 1916. Asimismo, los almacenes de productos químicos se encuentran mucho más en el East End que en Soho. <<

[246] *St. Matthew in the Field*. St. Matthew in the Field: lapsus por St. Martin's in the Fields, que se encuentra a un lado de Trafalgar Square y frente a la National Gallery. Más adelante, en la pág. 380, aparece el nombre de Saint-Martin. <<

[247] *alguien del Scot...* De Scotland Yard. Véase la pág. 98 de *Guignol's band I.* <<

[248] ¡o en *Los misterios de Nueva York!* La comparación con *Los misterios de Nueva York*, ya mencionados en las págs. 109 de *Guignol's band I* y 281 de *Guignol's band II*, hace pensar que en este caso se trata de la serie de películas dedicadas en los años 1908-1912 a las aventuras de Nick Carter, detective privado, según los relatos de John Conyell.

Es digno de mención que tanto *Los misterios de Nueva York* como *Nick Carter* (en forma de tebeo esa vez) figuren entre las referencias comunes a Céline y a Sartre. Véase *Las palabras* de éste último (Alianza, Madrid, 1995). <<



[249] *el Shakespeare ahí, de bronce.* Leicester Square es una plaza cuadrada, cuya parte central es un jardín de césped y altos plátanos y está protegida por verjas. A lo largo de las alamedas hay numerosos bancos. En el centro se alza una estatua de Shakespeare en actitud meditativa, de pie, con el codo apoyado en una media columna y la barbilla en la mano. Ahora la estatua es de piedra. <<

[250] *recargó su Tipperary*. Esta canción, que ha permanecido vinculada al recuerdo de las tropas británicas que combatieron en el continente durante la Primera Guerra Mundial, era en un principio una canción del teatro de variedades de moda en Londres en el momento en que los soldados pasaban por él antes de embarcar. También ellos abandonaban Piccadilly y Leicester Square, no para reunirse con una novia en el pueblo irlandés de Tipperary, sino con dirección al frente.

*s a long way to Tipperary,*

*s a long way to go.*

*s a long way to Tipperary,*

*the sweetest girl I know.*

*odbye Piccadilly, farewell Leicester Square.*

*s a long way to Tipperary,*

*it my heart's right there.*

<<

[251] ¡*El asfalto cubierto de lanceros!*... Podemos pensar bien en la *Contradanza de los lanceros*, que data del Segundo Imperio, bien en las cargas de lanceros evocadas con más precisión en la pág. 544. <<

[252] *bombín gris*. Por eso, Boro, para que no lo tomen por un proxeneta (véase *Guignol's band I*, pág. 28), lleva un bombín verde ciruela. <<

[253] *yo ya no me tenía en pie*. Céline no presta atención a la coherencia de los detalles. Tal vez se alegre incluso, al comprobar una incoherencia, de recordar el papel que la libertad y el juego desempeñan en la invención novelesca. En la pág. 383 el relato había presentado la negativa de Virginia a abandonar Leicester Square. <<

[254] ¡*así su varicocele!*... El varicocele es una dilatación del escroto de origen varicoso. <<

[255] *Llegamos hacia Buckingham Road...* Existen muchos Buckingham Roads en Londres, pero no en el barrio en el que se sitúa esta parte de la historia. <<

[256] *en Brigham Road...* Anteriormente, Buckingham Road. No existe una Brigham Road en Londres. <<



[257] *entre Wardour y Guildford Street*. Wardour Street y Guildford Street están distantes una de la otra y situadas de tal manera, que no es posible determinar una sección que se encuentre entre ellas. En cambio, cerca de Leicester Square, que Ferdinand y Virginia acaban de abandonar, se encuentran varios pasajes cubiertos que dan a St. Martin's Lane y aún hoy ocupados por comercios de libros, mapas y antigüedades y que podrían corresponder a la descripción hecha aquí por Céline. <<

[258] *sobre su carretilla*. Véase la descripción del cadáver de Des Pereires en una carretilla después de su suicidio en *Muerte a crédito* (*opus cit.*, pág. 493). <<

[259] «*Where is your tour?*» El inglés de Ferdinand es particularmente defectuoso en esta respuesta. El verbo *put in* no se emplea de la forma como esta construido aquí y *tour* es [en el texto original] un galicismo por *tower*. <<

[260] *Coucou* no tiene en francés [ni *cucú* en español] el significado de «loco», «chalado», que indica aquí el gesto del dedo en la sien y el comentario que sigue más adelante en la misma página. Es un calco del inglés *cuckoo*, que sí que tiene ese significado en el vocabulario popular. <<

[261] *justo en la Librería Francesa...* Durante mucho tiempo existió una Librería Francesa en Wardour Street. Charles Malato, cuya estancia en Londres data del decenio de 1880, la menciona en *Les Joyeusetés de l'exil* (1897, reeditado por Acratie, 1985, pág. 165). <<

[262] *y después la carretilla...* Este lapso de tiempo es válido para la biografía de Ferdinand en la serie de las novelas, en la que el conocimiento de Des Pereires en *Muerte a crédito* precede a las aventuras londinenses. En la experiencia de Louis Destouches, era al contrario: el conocimiento de Raoul Marquis, en el que está inspirado el personaje de Des Pereires, fue posterior a la estancia en Londres de 1915-1916. <<

[263] *Me pregunto qué perderán esta vez.* «Esta vez» es la Segunda Guerra Mundial, durante la cual escribió *Guignol's band*. <<

[264] ¡*la Belleza recuperada!*... La idea o el sueño de una mejora progresiva de la salud y del físico de los hombres están siempre a punto de aflorar en la conciencia de Céline, aunque sea, como en este caso, de forma paradójica. La obra de teatro *Progrès*, de los años 1926-1928, debía ya su título a ese tema (véase al respecto *Progrès*, Mercure de France, París, 1978, págs. 100-101 y 118). <<



[265] *de los draggars*. El nombre con el que se designa el barco utilizado por los vikingos en la Edad Media es normalmente *drakkar* (más exactamente *drekki*). La forma dada por Céline puede referirse a la cabeza de dragón (*drake* en sueco) que adornaba con frecuencia la proa de esos barcos. <<

[266] El *Palladium* se encuentra a cierta distancia de Wardour Street, cerca de Regent Street (Oxford Circle). Los nombres de lugares dados en estas dos páginas (Wardour Street, el *Palladium*, Oxford Street, intersección con Regent Street, *Selfridge's*, Marble Arch, Hyde Park) componen un itinerario real. <<

[267] ¡*Agua!* «Agua» tiene aquí su sentido jergal de aviso: «¡Peligro!» <<

[268] *era los meetings*. La parte de Hyde Park en que se pronuncian las arengas al aire libre (Speaker's Corner) se encuentra, en efecto, en la desembocadura de Oxford Street, cerca de Marble Arch. <<

[269] *era la Torre*. En este caso no se trata de la Torre de Londres (véase la pág. 399), sino la Torre del Reloj, que forma parte del Palacio del Parlamento en Westminster, en la que se encuentra el Big Ben. <<

[270] *Chop! Chop!* está documentado en inglés en el sentido de «¡Al trote! ¡y volando!», pero *chop* significa también en el vocabulario popular «alimento», «manduca». <<

[271] *el otro día*. En realidad, el mismo día al mediodía. <<

[272] *Bishop Gate*. El perímetro de Hyde Park comprende gran número de «gates», pero ninguna con este nombre. Bishopsgate es el nombre de una gran arteria de otro barrio de Londres, por la parte del East End. <<



[273] *y sobre Max Linder...* El gran actor cómico francés Max Linder había realizado en 1915 una serie de cortometrajes a los que debía su fama. <<

[274] ¡*Pearl White!* ¡sobre *Judex!* sobre *Suzanne Grandais*. Sobre Pearl White, véase la nota 116.

La serie de los *Judex* de Luis Feuillade, con René Cresté en el papel de ese nombre, data de diciembre de 1916.

Suzanne Grandais (1893-1920) fue una de las primeras grandes estrellas francesas del cine. Había bailado en el *Moulin Rouge* antes de hacerse famosa en 1912 en *Léonce*, la serie de películas de Léonce Perret. Durante la guerra encarnó en nueve películas consecutivas al personaje de «Suzanne». <<

[275] *sobre Basil Hallane, sobre Ethel...* Basil Hallam, y no «Hallane» (1889-1916), comediante que pasó a ser cantante del teatro de variedades, había compuesto en 1914 la canción cuyos dos versos más célebres aparecen citados unas líneas más adelante. Gilbert aparece en ellos como un *dandy* pico de oro y vivales.

Ethel Levy, actriz y cantante del teatro de variedades, la autora de *Watch your step*, también citada aquí. <<

[276] *The Prince's of the nuts!* Esta canción forma parte de la revista *Passing show*, que se había estrenado en 1914 en el *Palace*. El texto exacto de los versos citados es:

*n Gilbert, the Filbert, the Knut with a «K»  
e pride of Piccadilly, the blasé roué.*

Juega con las palabras *filbert* («avellana») y *nut*, que designa normalmente el conjunto de los frutos secos y en inglés popular tiene diversos sentidos, entre ellos el de «dandy». *Knut*, palabra inexistente, es una grafía humorística de *nut*, documentada hacia 1910 (la *k* no se pronuncia en inglés en esa posición). <<

[277] Sobre *Watch your step!*, véase la nota 154. <<

[278] *Gloria Day*. Gloria Day es, junto con Miss Gleamor, la única de las actrices y los actores ingleses citados en *Guignol's band* a la que no hemos podido identificar. <<

[279] *Gaby Deslys*, actriz y bailarina que había debutado en París antes de hacer carrera en Londres, tenía desde junio de 1915 un gran éxito en la revista *5064 Guerrard* en el *Alhambra*. Murió en 1920. <<

[280] *Harry Pilcer*, bailarín de origen americano y pareja de Gaby Deslys en *5064 Guerrard*. <<



[281] *Kellner. Ober* (siempre que no sea *Oberst*, que significa «coronel») ,*Kellner, Waiter*: tres denominaciones de «camarero», las dos primeras en alemán y la tercera en inglés. <<

[282] ¡no me falta! Todo en las palabras y los sobreentendidos de Ciempiés sugiere una primera evocación, en forma de variante, de la figura mítica y fantástica de Caronte, que aparece mencionada en *Fantasía para otra ocasión* y reaparece en *De un castillo a otro*. <<

[283] ¡como el Lyon's Leicester! Sobre el Lyon's, véase la nota 157. <<

[284] *Señor Pachulí*. Pachulí, que originariamente es el nombre de una planta odorífera, fue en cierta época el nombre genérico de todo perfume mediocre y barato.

<<

[285] *he don't care!* «*He don't care*» es una forma incorrecta. La correcta sería *he does not care*. <<

[286] *risette!*... Pese a la relativa precisión de la fecha que sigue en este caso a la cita, no nos ha sido posible encontrar esta canción, de la que Céline citaba ya dos versos en *Muerte a crédito* (*opus cit.*, pág. 46). <<

[287] *Va petit mousse! [Où] le vent te pousse!* es el comienzo de la «Chanson du mousse» en *Les Cloches de Corneville*, «opéra-comique» de Planquette, letra de Clarville y Gabet (1877). Esta canción vuelve a aparecer citada en la pág. 672. <<

[288] *Pour aller sur l'eau!* No hemos podido identificar esta canción. <<



[289] *T'auras du lolo!* La cuarta de las canciones canturreadas por Ciempiés es la más popular de las nanas francesas. El texto más corriente de ella es el de Colas. <<

[290] *¿dónde había pillado ese Klondik?* La avalancha en busca de oro en Klondike (territorio canadiense próximo a la frontera de Alaska) data de 1896. <<

[291] *Mr. Gollywoag*. El *golliwoag* es como un polichinela en forma de muñeco que representa a un negro grotesco. <<

[292] ¡*un trueno!* Al hacer estallar una bomba en un lugar público, Ciempiés repite un gesto ya hecho en tres ocasiones en la novela por Borokrom (véase *Guignol's band I*, págs. 27, 104, 169, con una onomatopeya en estos dos últimos pasajes muy próxima a la que figura aquí). El propio Céline las relaciona con las dos menciones de Ben (Tom) Tackett, nota a la página 441, línea 12, y de Boro, pág. 442. <<

[293] *en casa de Ben*. El personaje llamado Tom Tackett en *Guignol's band I* (pág. 35), aparece citado varias veces con el nombre de pila Ben en *Guignol's band II*. En el segundo de los dos episodios de *Guignol's band I* comparables a éste, la bomba no había estallado en casa de «Ben» (adonde acude, al contrario, a buscar refugio la «banda» de Cascade), sino en el *pub* de Prospero. <<

[294] *pero a partir de Acton Vale*. Como era de esperar, la toponimia está totalmente embrollada en este pasaje fantástico. No existe una Standwell Road; si «Briars» representa Blackfriars, se trata de un puente sobre el Támesis y del barrio que da acceso a él, en la parte septentrional del río; «Clapenham» podría representar Clapham, barrio (y estación del metro) en el sudoeste de Londres; Acton Vale no existe, pero Acton es el nombre de un gran sector del nordeste de la ciudad. <<

[295] ¡*Duro ahí, Arthémise!* Esta broma que se basa en un uso burlesco de los nombres de pila es muy propia de Céline. Se encuentran varios ejemplos en las cartas inéditas a Maria Canavaggia. <<

[296] *se convulsionaba pero bien*. Conviene observar que esta visión de música y baile «negros» en un sótano decorado con espejos continúa y desarrolla con el mismo sentimiento los datos indicados en *Viaje al fin de la noche* (*opus cit.*, pág. 87) a propósito del baile del *Olympia* en París. <<



[297] *en fin a éste*. Tal vez haya que ver en esta fórmula enigmática un juego no explícito con el nombre común «ciempiés» y su empleo como apodo para designar a un individuo. <<

[298] «*Cimetry*». Esta forma representa una transcripción fonética aproximada de la pronunciación inglesa de *cemetery*, «cementerio». <<

[299] ¿Grosero yo?... Como se sabe, es el reproche supremo de Céline, el que debía ser, según sus deseos, su última palabra sobre los hombres en el momento de su muerte: «Son groseros.» Véase la larga exposición al respecto que figura en una entrevista de 1957, *Cahiers Céline 2*, *opus cit.*, págs. 67-68. <<

[300] *después sobre todo Clerkenwell*. Holborn y Clerkenwell son dos barrios, uno que se cruza y otro cerca del cual se pasa yendo del West End hacia la City. <<

[301] Esos «*Dundee Docks*», pese a aparecer ya mencionados como recuerdos en *Bagatelles pour un massacre*, *opus cit.*, pág. 42, no existen. Pero en Wapping existe una Dundee Street que desemboca en el Támesis. <<

[302] *¡y después la toma de Salónica...!* Salónica fue ocupada por los Aliados en octubre de 1911. <<

[<sup>303</sup>] *Sobre todo los Zeeland.* Los *Zeeland* son los soldados neozelandeses que fueron a combatir junto a los británicos. <<

[304] *fractura, conmoción, trépano*. Las tres palabras de esta enumeración no pertenecen al mismo plano en realidad. Trépano es el instrumento quirúrgico que sirve para perforar los huesos. Ocupa aquí, en virtud de una metonimia *sui generis*, el lugar de trepanación. <<



[305] ¡*en ómnibus!* Esta otra enumeración recuerda a un pasaje famoso del comienzo de *Viaje al fin de la noche*: «Con cascos, sin cascos, sin caballos, en motos, dando alaridos, en autos», etc. (*opus cit.*, pág. 19). <<

[306] ¡yo ya no era de su viaje!... «Ser del viaje de alguien» es una expresión fundamental del vocabulario y la imaginería de Céline. Véase, en el *Viaje al fin de la noche* precisamente: «Ahora éramos del mismo viaje» (*opus cit.*, pág. 401). <<

[307] ¡Basta de anarquía!... Comparado con algunos de sus empleos en *Guignol's band I* (por ejemplo, pág. 55), esta palabra está usada aquí en su sentido más vago.

<<

[308] *Known his father at Sanhurst!* Sandhurst (y no *Sanhurst*) es el equivalente inglés de la Academia General Militar de Saint-Cyr en Francia [o de la de Zaragoza, en España]. <<

[309] ¡viva nuestro *Joffre*! Haig y Joffre fueron nombrados comandantes en jefe de los ejércitos ingleses y franceses, respectivamente, en diciembre de 1915. <<

[310] *Long live our Helen Terry! our glorious Keats!* Ellen Alice Terry (1847-1928), gran actriz, fue «la Sarah Bernhardt inglesa».

El contexto parece indicar que este Keats es un actor. No hemos encontrado ningún comediante de ese nombre en los anuarios de la época. <<

[311] ¡*Piuit!* Con este «¡*Piuit!* ¡*Piuit!*», que es la misma llamada que utiliza Jules en *Fantasía para otra ocasión*, Sosthène se sitúa o acaba de situarse en una categoría definida de personajes celinianos. <<

[312] *Robert Houdin* (1805-1871), el creador de la prestidigitación moderna, apareció primero en el Palais-Royal y después en el Boulevard des Italiens. <<



[313] Céline conservó en la memoria ese número de llamada de Scotland Yard, ya que no en sus cifras al menos en su configuración. Lo menciona en *De un castillo a otro* con la forma Whitehall 12 12. <<

[314] *¡Es el rey de España Alfonso!* Alfonso XIII, rey de España de 1886 a 1931. <<

[315] *la firme...* En octubre de 1914, Louis Destouches fue alcanzado en el brazo derecho por una bala que fracturó el hueso. <<

[316] ¡*Es usted un skunk!* A *skunk*: «un canalla», en inglés familiar. <<

[317] ¡Yo aspiré vuestros cigarrillos!... En realidad, el episodio de los cigarrillos de droga de *Guignol's band I* no tiene relación con Sosthène. <<

[318] «*No loafing!*» El sustantivo *loafer* está documentado en el vocabulario inglés de la época para designar a los hombres que tardan en alistarse. <<

[319] ¡*La orden de Lord Curzon!*... Lord Curzon, ex virrey de las Indias, formaba parte del gabinete de guerra constituido en diciembre de 1916 por Lloyd George. <<

[320] «¡Centuplicad el esfuerzo!»... No se ha encontrado el cartel en el que figuraba exactamente esa consigna, pero está presente substancialmente en muchos de los que se han conservado. <<



[321] *el señor George*. Céline juega aquí con la homonimia parcial entre el rey Jorge V y el ministro del Ejército (posteriormente primer ministro) David Lloyd George, al que nombrará un poco más adelante. <<

[322] *Ahí me haría un hombrecito...* Seguramente deben relacionarse estas reflexiones con las que en 1916 movieron a Céline a partir para África al servicio de una compañía colonial. <<

[323] *que no soy nada fogoso*. Esta declaración, hecha aquí de pasada, coincide con otras hechas por el propio Céline. <<

[324] *en su «Salvation»*. Desde el episodio de Rochester en *Muerte a crédito*, Céline designa el Ejército de Salvación con su nombre inglés de *Salvation (Army)*. Véase ya en *Guignol's band I*, pág. 108. <<

[325] *Solleiland* fue condenado a muerte en 1907 por la violación y el asesinato de una niña. <<

[326] *su bombín gris perla...* El bombín gris ha aparecido antes (véase la pág. 383) como signo distintivo de los proxenetas franceses. <<

[327] *Registrar!* El *Registrar* es el oficial del registro civil que registra los matrimonios en Inglaterra (véase la copia del acta de matrimonio londinense del propio Louis Destouches, *Album Céline* de la Pléiade, Gallimard, París, 1977, pág. 48, documento n.º 61). 4 sh 6: 4 chelines y 6 peniques; la suma figura como el costo de la extensión de dicha acta. <<

[328] *para la brigada*. La brigada policial encargada de los casos de «peligrosidad social» y, en particular, de vigilar los «mueblés». <<



[329] *Las Reverendas RMCI*. No se ha encontrado rastro de esa orden o de esa institución encargadas de la reforma (véase unas líneas más adelante) o, más exactamente, de la recuperación de las muchachas descarriadas. <<

[330] *los lanceros...* Los lanceros son un cuerpo de jinetes armados de una lanza, pero Ferdinand sólo puede «verlos» mediante las representaciones gráficas, ya que dicho cuerpo fue suprimido en 1871. <<

[331] *¡tú has cobrado en la cabeza!...* Esta respuesta figura substancialmente en la pág. 177 de *Guignol's band I*. En esa página, el Mantecas es el «hombre» de Fernande y no de Finette. <<

[332] *busy bee!*... Estas palabras, que más adelante Céline traduce correctamente por «atareada abejita» son, con toda probabilidad, el comienzo de una canción infantil o nana, sin identificar. <<

[333] *una puntada a la máscara...* Esta indicación cobra el valor de un anuncio irónico y dramático, si tenemos en cuenta que en la sinopsis de *Guignol's band III*, que Céline no llegó a escribir, se ve que Virginia debía provocar la muerte de su tío haciendo agujeros con una aguja en las partes de tela de la máscara. <<

[334] ¡*un caballero por un imperio!* La fórmula «¡Mi reino por un caballo!» figura en *Ricardo III*, acto V, esc. iv. <<

[335] ¡*Des Entrayes!* Aquí figura explícito el juego de palabras que estaba presente ya en la primera mención de este nombre de Des Entrayes en *Viaje al fin de la noche* (*opus cit.*, pág. 29). <<

[336] ¡*ni de «cuarta»...!* Hay que entender cuarta Potencia, un grado por encima de la famosa «Tercera Potencia» de Goâ (véase la pág. 496). <<



[337] «*Harrows*». Ésa es la ortografía, aquí y en la pág. 588, del manuscrito. Harrow es un barrio periférico del noroeste de Londres, donde pueden vivir esos empleados. Pero la asociación de la palabra, en la pág. 588, con «Selfridge» puede hacer pensar también en una deformación de *Harrods*, otro gran almacén. <<

[338] *de High Point a Shepperd*. Si bien High Point se encuentra en el lejano suburbio sudoriental, Shephers (y no «Shepperd») Bush es una importante encrucijada del oeste de Londres, que se sitúa efectivamente en el itinerario que va de Willesden hacia el centro. <<

[339] *la estación de la chingaripén*. El texto precisa que Charing Cross Station era en efecto la estación de la que partían las tropas para el frente, para Flandes. <<

[340] *todos los cruces desde el Bridge. Waterloo Bridge, cerca del Strand y de Charing Cross.* <<

[341] *las de Gencive, las de Jérôme*. Gencive, o Jean Cive, es, según Henri Mahé, el proxeneta francés de Londres con el que puso a Céline en relación a finales de 1935. Céline, que estaba acabando *Muerte a crédito* y pensaba en su próxima novela, expresó, al parecer, su deseo de conocer a un «chulo de Londres» (Henri Mahé, *La Brinquebale avec Céline*, La Table Ronde, París, 1969, págs. 125-126 y 143).

«Jérôme» no tiene ningún otro apodo, pero reaparecerá varias veces más adelante (véanse las págs. 579 y 628). <<

[342] *en plena cuesta*. Dos túneles que pasan bajo la estación de Charing Cross desembocan en Villiers Street y Craven Street. En uno de los extremos de uno de esos túneles se encuentra aún hoy un *pub*, *The Ship and the Shovels*. <<

[343] *el relevo de la guardia de Whitehall*. El extremo del Strand por la parte de Trafalgar Square queda cerca de Whitehall (véase la pág. 306). La palabra *guripas* da a entender que se trata de policías encargados de custodiar los ministerios y no del pintoresco cambio de los Horse Guards a la entrada de Whitehall. <<

[344] *al aire libre...* No se ha encontrado documentación sobre arengas al aire libre detrás de la National Gallery, además de en Hyde Park. <<



[345] *ya estábamos al borde del Circus*. Piccadilly Circus, con frecuencia designado como «el corazón del Imperio». Ferdinand y Sosthène han llegado a él procedentes del Strand, cruzando Trafalgar Square y después subiendo a la derecha de la National Gallery para llegar a Leicester Square y Leicester Street. En el centro de la plaza y en medio de un estanque, se alza una estatua de Cupido. Hasta estos últimos años, había dos teatros provistos de marquesinas en Piccadilly Circus. <<

[346] *de Tottenham*. Entre las grandes arterias que desembocan en Piccadilly Circus figuran Regent Street y, ya que no Tottenham, al menos Shaftesbury Avenue (véase la pág. 571), que permite llegar a Tottenham Court Road. <<

[347] *unas vociferaciones hasta Oxford*. Entiéndase Oxford Street, al final de Regent Street. <<

[348] *desde Marble Arch*. Piccadilly Circus está comunicado con Marble Arch por Oxford Street y Regent Street. <<

[349] *Scrum*, que quiere decir «línea cerrada de los delanteros» en el rugby, podría ser un error aquí, tal vez de transcripción, por *scum* («canalla»). <<

[350] *desde el Empire hasta la Royale*. Sobre la *Royale*, véase la nota de la página 44, línea 2. <<

[351] *de Haymarket, al menos un centenar, copper de azul...* Haymarket es la gran arteria que va de Piccadilly Circus a Trafalgar Square.

*Copper*: nombre jergal de los agentes de policía («guripas»); hoy es más corriente *cop*. <<

[352] *se habría visto un foco de Fuerza*. Este «foco de Fuerza» se halla posiblemente relacionado con *La Gerbe des Forces* («El haz de fuerzas», 1937), título que Alphonse de Chateaubriand, con quien Céline estaba en relación durante la guerra, dio al libro en el que expresaba su entusiasmo por la Alemania hitleriana. <<



[353] *los prodigios de Goâ Gwrentor*. Sobre esta ortografía, véase la nota 237. <<

[354] *Constable*: nombre oficial de los agentes de policía. <<

[355] Los *Sammies*, soldados del cuerpo expedicionario americano enviado a Europa durante la Primera Guerra Mundial, aparecen mencionados ya en *Guignol's band I*, pág. 66. Esas menciones, que se refieren al período posterior a la entrada en guerra de los Estados Unidos en abril de 1917, extienden la acción de *Guignol's band* más allá de la estancia de Louis Destouches en Londres en 1915-1916. <<

[356] *el lloriqueo pataleante*. Este pasaje es un buen ejemplo de la complejidad que presentan a veces los juicios de carácter ideológico de Céline. Se siente apegado con toda su sensibilidad y toda su memoria a cierta música europea tradicional y hostil a la música de origen negro procedente de los Estados Unidos (véase al respecto la nota a la página 124, línea 35, y la pág. 123 de *Guignol's band I*). Pero, para calificar el *rag-time*, uno de los orígenes del jazz, se le ocurren palabras que son, unas, las que emplea a propósito de su música predilecta —«las tonadas agridulces, pimpantes [...], animadas, fanfarronas, tunantes, mimosas»— y, otras, las que utiliza para denunciar la música invasora: «el nuevo vicio, el lloriqueo pataleante». *Rag* significa «jirón» y el *rag-time* se caracteriza por un ritmo quebrado superpuesto a un acompañamiento regular. Sobre ese punto de vista acerca de la historia del jazz contemporáneo de *Guignol's band*, véase André Coeuroy, *Histoire générale du jazz*, Denoël, París, 1942. <<

[357] *con la música entonces profana*. Música profana, por oposición a la música religiosa o sagrada de las danzas hindúes de los episodios precedentes. <<

[358] y después *cake-walk*. El *fox-trot*, el *one-step* y el *cake-walk* son otras tantas variedades de *rag-time* y aparecen por las mismas fechas, es decir, a finales de siglo en los Estados Unidos y al final de la Primera Guerra Mundial en Europa. <<

[359] *y después ella de Liberty. Liberty: la estatua de la Libertad situada en el puerto de Nueva York, obra del escultor francés Bartholdi.* <<

[360] ¡*Ahí está tu Triboulet!* Bigudí no carece de cultura, tanto si el Triboulet del que habla es el bufón de corte de Luis XII y de Francisco I o el personaje de la obra de Hugo *El Rey se divierte* (1832). <<



[361] *imitaba al amor*. El Cupido representado en el centro de Piccadilly Circus. <<

[362] ¡*tienes que enseñarme tu matchiche!* La *matchiche* es una danza procedente de Brasil que estuvo de moda en París a comienzos del siglo. <<

[363] *¡Es algo muy distinto!... Quand on est deux* («Cuando somos dos»); canción compuesta en 1924 por Maurice Chevalier:

*Quand on est deux*

*ce n'est pas la même chose...*

*Comme on a sous les draps*

*quatre pieds, quatre bras,*

*on les mélange, on les superpose, etc.*

(Cuando somos dos/es algo muy distinto.../Como tenemos bajo las sábanas/cuatro pies, cuatro brazos/los mezclamos, los superponemos, etc.) <<

[364] *secuelas de conmoción y trauma...* Estos elementos de diagnóstico no figuran en ninguno de los expedientes de licencia o de los documentos hoy conocidos (véase F. Gibault, *Céline II, opus cit.*, págs. 158-161; *Céline III, Cavalier de l'Apocalypse (1944-1961)*, Mercure de France, París, 1986, págs. 130-131). No se conoce el texto de la decisión de licencia adoptada en diciembre de 1915 (*ibid.*, *Céline I, opus cit.*, pág. 17), pero, si hubieran figurado en él esos términos, sería sorprendente que las decisiones posteriores no los reprodujeran. «Cefalorrea» no es de empleo corriente; la hebefrenia no está relacionada particularmente con el mal comicial, es decir, la epilepsia. Se caracteriza por trastornos cerebrales, en particular del habla, que sobrevienen sobre todo en la adolescencia. De todos modos, el comentario en términos familiares que sigue a esas indicaciones («por una cosita de nada me largaba, desatinaba... por una pequeña contrariedad») resume un mecanismo con frecuencia ejemplificado en las novelas y que no carece de ejemplos en la propia experiencia de Céline. <<

[365] ¿*Son tus heridas?* La falta de comillas en el manuscrito dentro de este párrafo provoca cierta incertidumbre en la atribución de las frases sucesivas. De «Ven, ¡vas a ver» a «llegaba a las arañas», parece que Bigudí transmite las palabras de Ciempiés, que, hablando de Ferdinand en tercera persona, le atribuye sus propias acrobacias en el *Tuit-Tuit Club*. A partir de la frase «En su vida se había reído tanto», Bigudí habla de nuevo por su propia cuenta, al designar en tercera persona primero a Ciempiés («se había reído tanto») y después a Ferdinand («le doy dolor de vientre») y acabar dirigiéndose a éste («¿Son tus heridas?»). <<

[366] ¿*Para Harrow Brothers?*... Sobre «Harrows», véase la nota a la página 561, línea 12. Grandes almacenes como *Selfridge's* y *Harrods* podían emplear a Sosthène y su atuendo chino para hacer publicidad. <<

[367] ¡*con la guinea, que hace veintiuno!* Sobre las guineas, véase la nota 137. <<

[368] Sobre esta canción, véase la nota 363. <<



[369] *Deputy Constable*. Como *deputy* significa «adjunto», parece indicar que *constable* (que significa en realidad «agente de policía») designa en este caso cierta graduación de la jerarquía policial. <<

[370] *¿Se ha puesto la inyección?* Se trata de la inyección periódica para el tratamiento de las enfermedades venéreas mencionada en *Guignol's band I*. <<

[371] *Ni rien el Scot ni en la PP.* Scotland Yard en Londres y la Prefecture de Police («Jefatura de policía») en París. Céline había empleado ya esa sigla en *Muerte a crédito*. <<

[372] ¿*Ferdinand en el espionaje*? Pese a la negación que sigue, este pasaje es uno de los que suscitaron los rumores nunca confirmados de pertenencia de Céline a los servicios de información durante ese período mal conocido de su vida. <<

[373] ¡ése sí que es un *Fantomas*! En el momento en que habla Bigudí, la fama de Fantomas era muy reciente. El primer volumen de la serie de novelas policíacas a la que el personaje da título data de 1911. <<

[374] *con Roger, el hermano de Cascade*. En *Guignol's band I*, pág. 205, el compañero de hospital de Ferdinand es sobrino, no hermano, de Cascade y su nombre de pila es Raoul, no Roger. <<

[375] ¡Cierra tus hermosos ojos! Esta famosa nana de René de Buxeuil aparecía ya citada, de un modo que marcaba una distancia, en *Viaje al fin de la noche*, donde la cantaban los invitados de la gabarra de Saint-Jean (*opus cit.*, pág. 472). El texto completo del estribillo es:

*ferme tes jolis yeux,  
ir les heures son brèves  
t pays merveilleux,  
t beau pays de rêve;  
 ferme tes jolis yeux  
ir tout n'est que mensonge,  
 bonheur est un songe,  
 ferme tes jolis yeux.*

(«Cierra tus hermosos ojos,/pues las horas son breves/en el país maravilloso,/en el país del sueño;/cierra tus hermosos ojos/pues todo es pura mentira,/la felicidad es un sueño,/cierra tus hermosos ojos.») <<

[376] *en el Windmill*. El *Windmill Theatre*, en Windmill Street, callecita muy próxima a Piccadilly, tuvo durante mucho tiempo fama de ser la sala londinense más atrevida en materia de desnudo femenino. <<



[377] *Tommy tops!* Esta fórmula plantea un problema. *Tommy* significa, en efecto, «soldado» («caqui»), pero el sentido sexual que Céline parece atribuir al verbo *to top* no está documentado. Conviene observar que el *Dictionary of the Underworld* de E. Partridge indica para *Tommy tops* el sentido de «prostituta». <<

[378] *Tenía un aire a Gandhi...* La figura de Gandhi acababa de hacerse célebre en aquellos años 1915-1916, en los que había regresado a la India después de una larga estancia en Sudáfrica. <<

[379] ¡y *las Falklands!* Todos los países o territorios reunidos en esta enumeración eran, en efecto, partes del Imperio inglés o estaban bajo dominación inglesa en la época en que escribía Céline. <<

[380] ¡y los *crowns colonels*...! *Crown colonels* no es un título ni un grado del ejército británico. Nótese, en cambio, que los oficiales superiores ingleses, a partir del grado de teniente coronel, llevan una corona (*crown*) en la hombrera. <<

[381] ¡y *Little Tich!* ¡y *Barrymore!* ¡el padre! Little Tich era un artista inglés del teatro de variedades cuya celebridad data sobre todo de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Por ser de muy baja talla, era conocido como «el enano transformista» o «el enano de los seis dedos». Por el efecto cómico que causaba con su sombrero y un bastoncillo, se lo considera un predecesor o un modelo de Charlie Chaplin.

Barrymore padre: Maurice Barrymore (1847-1905), padre de John y Lionel Barrymore (véase la nota 128). <<

[382] ¡y *el general Both!* Estos dos últimos nombres son menos fáciles de identificar. El nombre de Thornycraft (o Thronycroft) existe, pero no está relacionado con ninguna celebridad particular. Existió un general W. Booth (1829-1912). <<

[383] *Disimula, como Fregoli*. Leopoldo Fregoli (1867-1936), actor célebre por su don de transformación que le permitía desempeñar gran número de papeles en una misma obra. <<

[384] ¡*Trepanado!* Ferdinand da aquí explícitamente como real esa operación que Céline no había sufrido, pero de la que a veces hablaba. No obstante, conviene tener en cuenta que las palabras que siguen a «¡Muerto o no!» disminuyen la seriedad de esa afirmación. <<



[385] *organillos*. Esta mención puede relacionarse con el pasaje de *Guignol's band I*, en el que Ferdinand afirma haber tocado el piano a tres manos por las calles con Borokrom en una etapa posterior de su estancia en Londres. <<

[386] ¡*La catedral! ¡nuestro teléfono!* Fleet Stret, Ludgate Hill y la catedral de Saint-Paul componen un itinerario auténtico del oeste al este de Londres.

Alusión a la llamada de teléfono de hace unas páginas. <<

[387] *New Bridge*. Se trata de Blackfriars Bridge, que está en la prolongación de una calle llamada New Bridge Street. <<

[388] *Por ahí sólo había currantes... empleados.* El barrio situado al otro lado de Blackfriars Bridge, en la ribera meridional del Támesis, es un barrio de almacenes.

<<

[389] ¡*Volvimos a subir por Fenchurch!*... El trío ha vuelto a cruzar el puente para llegar al barrio de Blackfriars. Fenchurch Street está a cierta distancia en la misma ribera. <<

[390] «*La Belle Sauvage*». El nombre de «La Belle Sauvage» es un recuerdo personal de Céline. Es la dirección de un editor (Cassel and Co., publishers, La Belle Sauvage, Ludgate Hill, EC<sub>4</sub>), a la que en el decenio de 1930 enviaba las cartas para su traductor inglés, John Marks. <<

[391] *¡tras el rastro de ese acróbata!* En *Guignol's band I* se dice, en efecto, que Prospero había sido funámbulo. <<

[392] *la dársena en seco*. Ferdinand anticipa aquí con el pensamiento el camino por recorrer para llegar al nuevo establecimiento de Prospero, camino que le confirmará un poco más adelante alguien familiarizado con el barrio. El *Dingby* se encontraba en Wapping, por lo que el trío en este momento ha vuelto a pasar ya a la ribera septentrional. Para encontrar el nuevo *pub* de Prospero, que está situado en la ribera meridional, como lo indican aquí la mención del Almacén y la dársena en seco, los nombres de Tooley Street y de Jamaica (Jamaica Road está en la prolongación de Tooley Street), tienen, pues, que volver a cruzar el puente de Blackfriars. <<



[393] ¡*margaritas y rosas excitantes!* La «sarta» de *cottages*, la aldaba en todas las puertas, los geranios en las ventanas y sobre todo la gracia y alegría de los juegos infantiles hacen de este pasaje una «repetición con variaciones» de un primer desarrollo de ese tema en *Guignol's band I*. <<

[394] «*El Moro y el Queso*»... *En marcha otra vez... Trooley Street*. No se ha localizado rastro alguno de un *pub* de ese nombre. La palabra *cheese* figura en el nombre de una antigua y célebre taberna que se encuentra en el este londinense, en la ribera septentrional del Támesis, *Ye Old Cheshire Cheese*, 145 Fleet Street.

En realidad, Tooley Street. <<

[395] *Su blanco era la dársena de Santa Catalina.* Está documentado un bombardeo del distrito de Whitechapel, cerca de las dársenas de Santa Catalina y de Cable Street, en el mes de mayo de 1915. <<

[396] ¡*Cadencia furious era la palabra!* La «palabra» es, muy probablemente, el nombre del gas que provocó el delirio destructor del coronel y de Sosthène, es decir, no *furious*, sino *ferocious*. <<

[397] *los cabrestantes*. Céline aprovecha la ocasión de esta nueva instalación de Prospero para volver en estas páginas sobre la visión, de la que no se cansa, del puerto y sus movimientos. El tema, esbozado en *Guignol's band I*, del barco atado por los cabos aparece desarrollado aquí un poco más adelante. <<

[398] *Passepartout* es el apodo del criado que acompaña a Phileas Fogg en *La vuelta al mundo en ochenta días*. <<

[399] Esta palabra, *Fourgnioule*, que no figura en ningún diccionario francés, podría muy bien ser, según una indicación comunicada por Alphonse Juilland, la transposición del italiano *fornuolo*, en la expresión *Essere al fornuolo*, que significa «estar enamorado», por metáfora del sentido literal «estar en el horno». <<

[400] *los macarras de la Saint-Jean*. Los «macarras de la Saint-Jean» (Saint-Jean es un barrio de Marsella) es el título de una java y el tema de un fresco pintado por Henri Mahé en el Balajo en 1936. <<



[401] *hasta Tilbury, de la Albert Gate.* Tilbury es una localidad situada a orillas del Támesis y más abajo de Londres, antes de la desembocadura, que sirve de antepuerto gracias a las dársenas construidas a finales del siglo XIX.

Albert Gate es una de las entradas de Hyde Park, por el sur, por la parte de Knightsbridge. <<

[402] *en las escolleras de Southend.* Southend-on-sea es un balneario en la desembocadura del Támesis, en la ribera septentrional. Tiene fama de tener la escollera más larga de Inglaterra. <<

[403] ¡*Besemos las cartillas!* El contexto precisa que esa «cartilla» es la de los «inscritos marítimos», es decir, los marineros reglamentariamente matriculados. <<

[404] *ve a ver al Soccer... Jovil... en el Cannon...* Restituimos aquí la última lectura del manuscrito, pese al problema que plantea. *Skipper* («capitán») es, en efecto, mucho más apropiada y, por lo demás, es la palabra que aparecerá, en su forma abreviada *Skip*, en las páginas siguientes. *Soccer*, que significa «fútbol» y por extensión «jugador de fútbol», parece fuera de lugar en este contexto. Pero la palabra es legible en el manuscrito y es la elegida en lugar de *Skipper*. Puede tratarse de una confusión momentánea entre las dos palabras, pero tampoco podemos excluir que algún día esa opción resulte estar cargada de alguna intención.

Cannon Street es una calle de la City, próxima a la catedral de SaintPaul. No existe Cannon Dock. Algunas indicaciones del itinerario parecen permitir una identificación de la dársena designada con ese nombre con St. Katherine Dock, que antiguamente recibía los barcos procedentes de alta mar y hoy ha pasado a ser zona residencial y puerto deportivo. <<

[405] ¡con el *churi* en el culo! En el pasaje de *Guignol's band I* aquí evocado, Carmen (la Joconde) no conserva en la nalga el *churi*, es decir, el cuchillo con el que ha sido herida anteriormente, sino que los vendajes le dificultan los movimientos simplemente. <<

[406] «¿No querrás el *Lusitania*?» El paquebote británico *Lusitania* fue torpedeado por un submarino alemán el 7 de mayo de 1915. <<

[407] ¡*Kong Hamsün!* La ortografía dada al nombre en la edición de 1964 (*Hamsuns*) ocultaba en parte la referencia al gran novelista noruego Knut Hamsun (1859-1952). Su asociación con el título de Rey (que sugiere la raíz germánica *Kong*) parece dar a esta referencia el carácter de un homenaje. En una conversación de 1947, Céline, según Milton Hindus, que no cita, sino que se limita a resumir (*Céline tel que je l'ai vu*, L'Herne, París, 1969, pág. 34), expresó, al parecer, un juicio negativo sobre Hamsun. Probablemente se debiera simplemente al mal humor o al deseo de no verse asociado con Hamsun en aquella fecha. En realidad, podría ser que el homenaje de *Guignol's band II* refleje más claramente su aprecio y por varias razones. Naturalmente, hay que pensar en primer lugar en la coincidencia parcial de las opiniones políticas, pues en el decenio de 1930 y durante la guerra Hamsun adoptó posiciones proalemanas, aunque por razones diferentes de las de Céline. Pero las relaciones de éste con el escritor noruego tal vez sean más profundas y ricas. Si recordamos que la capital de Noruega, la actual Oslo, tuvo hasta 1924 el nombre de Cristiania, comprenderemos que la Cristiania en la que entra el rey Krogold en la leyenda (*Muerte a crédito, opus cit.*, pág. 133) podía haber sido a comienzos del decenio de 1930 una referencia a Noruega y que ni siquiera es imposible que esa referencia tenga ya algo que ver con Hamsun: en efecto, el nombre de Cristiania aparece de forma sorprendente en la última página de la novela de Hamsun *Hambre* (1890) para designar la ciudad, antes anónima, en la que se sitúa toda la historia y precisamente en el momento en que el protagonista narrador acaba de intentar superar una situación sin salida alistándose en un barco que va a partir. Releyendo *Hambre*, se pueden apreciar ciertas analogías de situaciones, peripecias y reacciones con las que encontramos en las novelas de Céline. <<

[408] *Jovil el Skip...* Sobre este *Skip*, véase la nota 404. <<



[409] *la que cruzaba hasta la esclusa...* Una barcaza permite pasar de una orilla a otra cerca de la Torre de Londres y, por tanto, cerca de St. Katherine Dock. <<

[410] *one and six. One (shilling) and six (pence)* figuraba en la pág. 620 como el salario por hora de los descargadores. <<

[411] ¡*la de la gorra!*... Se trata de Jovil. Véase la pág. 636: «con gorra... jeta muy roja». <<

[412] *Había una pasiva.* Uno de los principales medios de defensa pasiva es la eliminación de las luces que pueden servir de puntos de referencia para los aviones de bombardeo. La supresión de la iluminación urbana hace más difícil caminar en ese barrio de construcciones poco diferenciadas. <<

[413] *nuestra cita con Clodo...* «Nuestra cita» no significa aquí un proyecto de nueva reunión, de la que no se ha hablado en las páginas precedentes, sino el lugar en que, en *Guignol's band I*, Ferdinand frecuentó a Clodovitz, es decir, el London Hospital.

<<

[414] *una cruz en el Lloyds*. «Una cruz en el Lloyds»: una cruz trazada ante el nombre del barco perdido en los registros de la célebre compañía de seguros marítimos, la Lloyd's. <<

[415] *el muelle enfrente de la queli de Prosper...* El Albert Enbankment está, en realidad, en la misma ribera del Támesis, pero bastante alejado de la parte en que se encuentra el *pub* de Prospero. <<

[416] *El grito de reunión*. Ese grito de reunión *Bum dié* es un fragmento de una canción de moda que ya aparece mencionada en *Guignol's band I* y que figura más por extenso en la pág. 706 de *Guignol's band II*. <<



[417] *que se lo había revendido a Guédon*. El nombre de Guédon, cuya única aparición en la novela es ésta, era una broma para Céline y sus amigos de Montmartre. René Guédon, aviador, era el amante de Tinou, la mujer de Le Vigan. En una carta fechada en septiembre de 1942 que se ha conservado, éste habla a su mujer de sus «relaciones con René Guédon, proseguidas pese a mis reproches y que han acabado convirtiéndome en el hazmerreír del barrio y de mis amigos» (catálogo de la venta del 19 de abril de 1985 en el Hôtel Drouot). <<

[418] *debajo de Victoria*. El Victoria Embankment se encuentra a cierta distancia de Victoria Station, cerca de la Cámara de los Comunes. <<

[419] *Lust is but a bloody fire!* La forma aberrante «Tye» es la que figura en el manuscrito. Sin embargo, se trata sin duda del comienzo de una canción que figura en *Las alegres comadres de Windsor* de Shakespeare, acto V, esc. v. Varias víctimas de Falstaff, entre ellas las mujeres a las que ha perseguido, han organizado una mascarada nocturna para castigarlo durante la cual hadas y duendes, dirigidos por la Reina de las Hadas bailan a su alrededor, lo aterran y le reprochan su libertinaje:

*e on sinful fantasy; fie on lust and luxury;*

*st is but a bloody fire, kindled with enchaste desire.*

<<

[420] *Yes you said bubble... Bubble* es la lectura del manuscrito. La traducción de las fórmulas siguientes, que figura unas líneas más adelante, no recoge esa palabra, que significa «burbuja» y ninguno de cuyos sentidos figurados parece apropiado en este contexto. <<

[421] *Por encima de Poplar bombardeaban...* Hay noticias de bombardeos contra la zona de las dársenas, en particular Millwall y «la Isla de los Perros» durante ese período, por ejemplo en septiembre de 1915 y en agosto de 1916. <<

[422] *Long live Mary!*... La reina Mary (1867-1953) es la esposa del rey Jorge V. <<

[423] *hacia Newport...* Los nombres aquí citados no definen un sector delimitable. <<

[424] *los «taubes» de la época.* Sobre los «taubes», véase la nota 192. <<



[425] *Va petit mousse...* Véase la nota 287. <<

[426] *Pues, ¡las horas son bre... e... ves!* Véase la nota 375. <<

[427] Sobre *Gaby Deslys*, véase la nota 279. No se ha encontrado la canción *Fairie Queen* cantada por ella. En cambio, nótese que el canto de las hadas de *Las alegres comadres de Windsor* citado en la pág. 661 está dirigido por una *Fairy Queen*. <<

[428] *Ah! Revenez-nous Hirondelle!* Esta canción, muy probablemente auténtica, es una de las pocas de las que aparecen citadas en *Guignol's band* que no se ha podido identificar. <<

[429] *It's a long way to Tipperary*. Véase la nota 250. <<

[430] *Oltramare!* La palabra italiana corriente para referirse a «ultramar» es *oltremare*, pero existe *oltramare* como variante y, voluntaria o involuntariamente, Céline debió de dejarse influir por el nombre o, más exactamente, el seudónimo, de un periodista suizo que conocía, Georges Oltramare, director de Radio París en la Ocupación. <<

[431] *Trois pas en arrière!* Estos fragmentos podrían proceder de una canción de Mac-Nab, «Le Banquet des maires» («El banquete de los alcaldes»), citada en ciertas obras, pero cuyo texto no hemos podido encontrar. En *Fantasía para otra ocasión*, Céline cita algunos versos de la más célebre de las canciones de Mac-Nab, «Le Pendu» («El ahorcado»). <<

[432] *Ooû! Ooû! Ooû!* No se ha podido identificar esta canción infantil. <<



[433] Sobre la *matchiche*, véase la nota 362. <<

[434] *uno de campanilla*. Esta palabra debe de designar un fonógrafo de pabellón con forma de campanilla, como el que figuraba en los discos de la marca Pathé-Marconi-La Voz de su Amo. <<

[435] *sobre las mínimas juntas de hierro...* El inmenso palacio de hierro y cristal del Crystal Palace, primitivamente elevado en Hyde Park y desplazado después al suburbio meridional de Londres (véase la nota a la página 236, línea 9) resultó destruido en 1936. <<

[436] ¡y *hop bum dié!* Sobre esta interjección que Céline usa con frecuencia y que aparece citada en forma más completa en la pág. 654, véase la nota a la página 749.

<<

[437] *La Paimpolaise...* El gran éxito popular de Théodore Botrel, «La Paimpolaise», data de 1896 y fue compuesta por Mayol. <<

[438] *The sleep of the dead! Macbeth*, acto II, esc. ii, v, 52-54. Lady Macbeth acusa a su marido de debilidad, cuando, después del asesinato, se niega a volver a la habitación del rey a llevar los puñales.

*firm of purpose!*

*ve me the daggers; the slepping and the dead*

*e but as pictures.*

(«¡Débil de voluntad!/Dame las dagas; los dormidos y los muertos/no son sino imágenes.») El texto citado por Céline difiere en dos aspectos de las ediciones corrientes de Shakespeare: *Impotence* en lugar de *Infirm* y *the sleep of the dead* en lugar de *the sleeping and the dead*, lo que sugiere la posibilidad de una cita de memoria. <<

[439] *You killed that angel!* Esta cita no es textual. Puede relacionarse con varios pasajes de la obra, por ejemplo el acto IV, esc. ii, v. 81, cuando el joven hijito de Macduff cae bajo los golpes del asesino enviado por Macbeth «*He has killed me, mother*» («Me ha matado, madre») y el acto V, esc. viii, v. 3, cuando Macduff interpela a Macbeth: «*Turn, hell-bound*» («Vuélvete, perro del infierno»). <<

[440] *A smell of blood!* «*Wash your hands!*». «*To bed! To bed!*» y «*A smell of blood*» («¡Lávate las manos!» «¡A la cama! ¡A la cama!» y «Un olor de sangre») son tres de las fórmulas más célebres de Lady Macbeth en la escena (acto V, esc. i) en la que el remordimiento le provoca sonambulismo. «*To bed! To bed!*» va seguido en el texto de «*there's knocking at the gate*» («están llamando a la puerta»), un poco modificado por Céline. <<



[441] *Such a hideous trumpet calls to parley!*

*What's the business,*

*that such a hideous trumpet calls to parley*

*and sleepers of the house?*

(«¿Qué ocurre/para que tan horrible trompeta llame a reunión/a los durmientes de la casa?») Otras palabras de Lady Macbeth, acto II, esc. iii, cuando finge ignorar la razón de la alarma dada en el castillo después del descubrimiento del rey asesinado. También en este caso la modificación del texto podría atribuirse a una cita de memoria. <<

[442] *To their deaf pillows!*

*Infected minds*

*their deaf pillows will discharge their secrets*

(«Las mentes infestadas/sobre las almohadas descargan sus secretos»). Palabras del médico que asiste al ataque de sonambulismo y oye las palabras de Lady Macbeth (acto V, esc. i). <<

[443] *Out damned spot!* «*Out damned spot!*» (¡Vete, maldita mancha!, acto V, esc. i).

<<

[444] «*Lady Macbeth! there we are!*» Esta cita, de sentido muy impreciso, no es textual. <<

[445] *que dormía*. Céline olvidó que un poco antes había mostrado a Ferdinand sacando a Virginia a bailar. <<

[446] *Pensaba ya en la carrera por el pasillo del teatro...* El pasillo del teatro de variedades *Empire*, lugar de trabajo preferente de las mujeres de Cascade. <<

[447] ¡*cocido!* Evidentemente, se trata de Van Claben, que obsesiona a Ferdinand como todos aquellos cuya muerte presenció. Van Claben se manifiesta, no en forma de aparecido, sino como «reaparecido» (véase unas líneas más adelante: «¡Ha vuelto!»). <<

[448] ¡*Para la que tanto he cantado!* Sobre la *Sérénade du pavé* («Serenata del adoquinado»), cuyos dos primeros versos son los aquí citados, véase la nota 218. <<



[449] *Tarabum dié* es una interjección a la que Céline es muy aficionado (véanse, por ejemplo, las págs. 654 y 681; *Bagatelles pour un massacre*, *opus cit.*, pág. 126, etc.) Originariamente, es el comienzo del estribillo en la transposición francesa, cantada por Polaire en 1892, de una canción inglesa de 1891 de la que Céline citó un fragmento en *Guignol's band I*, pág. 28.

*a ra boum di hé*

*a ma ra boum di hé*

*t' babut j'l'ai dans l'nez*

*a ma ra boum di hé*

*a ma ra boum di hé*

*abuter, chabuter,*

*ya qu'ça pour bien s'porter!*

<<

[450] *¡no conoce la convictchioûn!* *Conviction* por «cuerpo del delito» es un puro galicismo. <<

[451] ¡*don Récamier*! Este nombre tiene que referirse por fuerza a la figura de Mme. Récamier y a su relación con Chateaubriand, tomada como arquetipo de pasión romántica. <<

[452] *Aquí está la Parisina*. Este verso podría ser una cita deformada del comienzo de las «Coplas de la parisina» en *La vie parisienne* («La vida parisina) de Offenbach: «Elle paraît la Parisienne./En la voyant on devient fou.» («Parece la parisina./Al verla, te vuelves loco.») <<

[453] *¡Esto de aquí no es las Épinettes!* El «Studio des Épinettes», es decir, un cine. <<

[454] *Se dice así: ri-a-alais!... To realize: «comprender».* <<

[455] *volvió a empezar*. En el uso anglosajón de las salas de espectáculos, el silbido es una muestra de admiración. <<

[456] *Poplar es todo callejuelas...* En este punto del relato, el itinerario de huida resulta impreciso. No hay un lugar llamado Millford en esa parte de Londres (por lo demás, el nombre pasa a ser Millway en la pág. 721). Llegar a Poplar entrañaría cruzar el Támesis y orientaría hacia el este. <<



[457] *El gran Tower Bridge*. Los dos últimos puentes sobre el Támesis a la salida de Londres se llaman, respectivamente, *London Bridge* (el puente de Londres) y *Tower Bridge* (el puente de la Torre), el de más abajo. En este pasaje, Céline da sucesivamente los dos nombres (véase también la pág. 728), pero las precisiones dadas en la pág. 728 sobre la vista descubierta hasta Woolwich hacen pensar que sobre el *Tower Bridge* es donde acaba esta segunda parte del relato. <<

[458] *as you killed so well the other!* «¡Seyton! ¡Mátame! ¡Seyton! ¡Mátame!... ¡Miserable! ¡Como mataste a los otros!» Esa invitación al asesinato y los comentarios que la acompañan son más propios de María Estuardo que de Lady Macbeth, pero Seyton (más a menudo Seton en las ediciones recientes) es el portaestandarte de Macbeth, que hace una corta aparición en la escena iii del acto V. <<

[459] *And the effects of watching!* «A great perturbation in nature, to receive at once the benefit of sleep and do the effects of watching!» («Una gran perturbación de la naturaleza, a la vez recibir los beneficios del sueño y ¡actuar como en vela!»), *Macbeth*, acto V, esc. i. Palabras del médico cuando la dama de compañía le describe el sonambulismo de Lady Macbeth. <<

[460] *la dársena «Peninsular»*. La compañía de navegación «Peninsular and Oriental» ya aparece mencionada en *Guignol's band I*. <<

[461] *Macbeth has murdered sleep!* La cita reúne dos fragmentos del acto II, esc. ii: la fórmula de Lady Macbeth ya citada en la pág. 691 y acompañada aquí, con «*Coward!*» («¡Cobarde!»), de una variante no textual de «*Infirm of purpose*» y la famosa frase que Macbeth cree haber oído en el momento en que cometía el asesinato: «Glamis ha matado el sueño.» <<

[462] *casi en el puente Lambeth...* Esta nueva serie de nombres, como los fantásticos de las dársenas mencionadas en las páginas precedentes, deja borroso el itinerario. Sólo «Bermond», por Bermondsey, recuerda al barrio de la ribera meridional, donde se encuentran los personajes. No obstante, hemos de observar que «Hercule Commons» recuerda el nombre de Hercules Street, que está relacionado con la estancia de Céline en Londres en 1915-1916. <<

[463] *York Square*. El «Monumento» (columna erigida para conmemorar el gran incendio de 1666, que comenzó en ese lugar) se encuentra en el eje del London Bridge, pero York Place, situada más al este, por la parte de Wapping, hace pensar en el cruce del río por Tower Bridge. <<

[464] *Era una perspectiva admirable...* De Tooley Street, calle paralela al Támesis, se llega igualmente a los dos puentes. Pero las menciones de Woolwich, localidad de la ribera meridional, más allá de Greenwich, y de los «Docks King», que deben de designar la serie de las Royal Docks, en la ribera derecha, frente a Woolwich, muestran que la perspectiva ante la que se detienen Ferdinand y sus compañeros es la que se descubre desde el Tower Bridge. <<



[465] *el gigantesco*. Céline debe de confundirse aquí. Existe, en efecto, un gran anuncio luminoso «Wrigleys» en un lugar destacado de Londres, pero no en la desembocadura del *Tower Bridge*, sino en Piccadilly, en la esquina de Shaftesbury Avenue. <<

[466] *muy cerquita de mí en el metro. La Petite Dame du métro* es una canción de Mayol. <<